

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**  
**Departamento de Historia Medieval**



**CIUDAD Y OLIGARQUÍA DE TOLEDO A FINES DEL  
MEDIEVO (1422-1522)**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR  
PRESENTADA POR**

**Juan Ramón Palencia Herrejón**

Directora

**María Asenjo González**

**Madrid, 2002**

**ISBN: 978-84-669-1084-2**

**© Juan Ramón Palencia Herrejón, 1999**

**Universidad Complutense de Madrid**

**Facultad de Geografía e Historia**

**Departamento de Historia Medieval**

**1999**

**Tesis doctoral:**

**CIUDAD Y OLIGARQUÍA DE TOLEDO  
A FINES DEL MEDIEVO (1422-1522)**

**JUAN RAMÓN PALENCIA HERREJÓN**

**DIRECCIÓN: DRA. MARÍA ASENJO GONZÁLEZ**



# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>13</b>
<b>I. Presentación.....</b>	<b>15</b>
I.1. Gestación del trabajo.....	15
I.2. ¿Por qué Toledo? ¿Por qué el final del Medievo? ¿Por qué Ciudad y oligarquía?.....	17
I.3. Organización de contenidos.....	21
I.4. Método.....	23
<b>II. Fuentes.....</b>	<b>29</b>
II.1. Fuentes inéditas.....	29
A. Archivo Municipal de Toledo.....	30
B. Archivo Histórico Nacional.....	35
C. Archivo General de Simancas.....	38
D. Archivos monacales de Toledo.....	39
E. Archivo Histórico Provincial de Toledo.....	41
F. Biblioteca de la Real Academia de la Historia y Biblioteca Nacional.....	42
G. Otros archivos.....	43
II.1. Fuentes publicadas.....	44
<b>III. Bibliografía.....</b>	<b>49</b>
III.1. Bibliografía de carácter general.....	49
III.2. Bibliografía de ámbito regional y local.....	70
III.3. Estudios sobre Toledo y su Tierra.....	86



<b>1. CIUDAD Y TIERRA: TOLEDO COMO REALIDAD DUAL.....</b>	<b>95</b>
<b>1.1. “Tierra”, “término” y “jurisdicción”: problemas terminológicos.....</b>	<b>99</b>
1.1.1. La “tierra” de Toledo.....	99
1.1.2. El “término” de Toledo.....	101
1.1.3. La “jurisdicción” de Toledo.....	102
1.1.4. Por qué “Tierra de Toledo”.....	104
<b>1. 2. La Tierra de Toledo como unidad geográfica.....</b>	<b>105</b>
1.2.1. Caracteres generales de la Tierra de Toledo.....	105
1.2.2. La comarca de La Sagra.....	107
1.2.3. La comarca de La Sisa.....	109
1.2.4. Los Montes de Toledo.....	111
1.2.5. Vías de comunicación.....	112
1.2.6. Las cañadas toledanas.....	116
<b>1.3. La Repoblación de la Tierra.....</b>	<b>119</b>
1.3.1. Conquista cristiana, despoblación y repoblación.....	119
1.3.2. El límite del Tajo en el reinado de Alfonso VI.....	123
1.3.3. La repoblación primitiva bajo el reinado Alfonso VII.....	124
1.3.4. La repoblación bajo el reinado de Alfonso VIII.....	128
1.3.5. La repoblación del siglo XIII.....	129
<b>1.4. Configuración jurisdiccional y límites: siglos XIII-XV.....</b>	<b>133</b>
1.4.1. La concreción del espacio.....	133
1.4.2. La Iglesia toledana.....	135
1.4.3. Las órdenes militares.....	139
A. Orden de San Juan.....	139
B. Orden de Santiago.....	141
C. Orden de Calatrava.....	142
D. Orden de Alcántara.....	143
1.4.4. Los señoríos nobiliarios: Orgaz, Maqueda, Montalbán y Fuensalida.....	144
1.4.5. Delimitación de la Tierra a fines del Medievo.....	146

<b>1.5. La ciudad de Toledo.....</b>	<b>151</b>
1.5.1. Evolución del recinto urbano.....	151
1.5.2. El interior de la ciudad: collaciones y parroquias.....	153
1.5.3. La implantación social dentro de la ciudad.....	156
<b>1.6. La población de la ciudad y la Tierra.....</b>	<b>161</b>
1.6.1. Las fuentes demográficas.....	161
1.6.2. Población de la Tierra y población de la ciudad.....	164
<b>1.7. Formas de dominación de la Tierra por la Ciudad.....</b>	<b>169</b>
1.7.1. La dominación institucional.....	170
A. Control de los concejos rurales por la Ciudad.....	171
B. Sumisión judicial de la Tierra.....	173
C. Reconocimiento del señorío.....	176
1.7.2. La dominación económica.....	177
<b>1.8. Conclusión.....</b>	<b>185</b>
<b>1.9. Apéndice.....</b>	<b>189</b>
Mapa 1: Tierra de Toledo a fines del Medievo.....	191
Mapa 2: Comarca de La Sagra.....	193
Mapa 3: Comarca de La Sisa.....	195
Mapa 4: Comarca de Los Montes.....	197
Mapa 5: Comarca del Codo del Guadiana.....	199
Plano 1: Toledo a fines del Medievo: recinto urbano y collaciones.....	201

<b>2. CIUDAD, MONARQUÍA Y RICA HOMBRIA TOLEDANA.....</b>	<b>203</b>
<b>2.1. La forma tradicional de la presencia regia: los oficios mayores.....</b>	<b>207</b>
2.1.1. Origen y evolución de alcaldes y alguaciles.....	208
2.1.2. La exportación de la oficialía mayor toledana.....	209
2.1.3. Atribuciones y rentabilidad de los oficios.....	211
2.1.4. La dignidad de los oficiales mayores y el surgimiento de las "Dignidades" .....	217
<b>2.2. Linajes de ricos hombres toledanos.....</b>	<b>221</b>
2.2.1. Los Ayala, condes de Fuensalida.....	222
2.2.2. Los Silva, condes de Cifuentes.....	225
2.2.3. Los Cárdenas, duques de Maqueda.....	228
<b>2.3. La personificación de la presencia regia: Asistencia y asistentes.....</b>	<b>233</b>
2.3.1. La Asistencia en Castilla: origen y caracteres.....	233
2.3.2. El asistente en Toledo, pacificador y árbitro.....	237
2.3.3. El rebelde Sarmiento.....	239
2.3.4. Oficiales de transición: Villalpando y Cerda.....	242
2.3.5. El pacificador Estuñiga.....	244
2.3.6. El legislador Montalvo.....	246
2.3.7. El "breve" Guzmán y el discolo Ciudad Real.....	249
2.3.8. Los últimos asistentes: Madrid, Ulloa y Guillén.....	254
2.3.9. El significado de la asistencia en Toledo.....	261
<b>2.4. La presión regia como forma excepcional de relación: Gobernación y gobernadores.....</b>	<b>265</b>
2.4.1. La Gobernación en Castilla.....	265
2.4.2. Toledo en 1468, Pedro López de Ayala y Enrique IV.....	267
2.4.3. Toledo en 1475, Juan de Silva, Juan de Ribera y los Reyes Católicos.....	270
2.4.4. La brevedad de los gobernadores y el éxito de la Gobernación toledana.....	272

<b>2.5. La regularización del control regio en Toledo: Corregiduría y corregidores</b>	<b>275</b>
2.5.1. La Corregiduría en Castilla	275
2.5.2. Atribuciones judiciales y gubernativas del corregidor	277
2.5.3. El primer corregidor y el orgullo toledano	282
2.5.4. La misión arbitral de Gómez Manrique	287
2.5.5. Pedro de Castilla y el asentamiento del oficio	295
2.5.6. La duplicación de los corregidores en la crisis de 1506	298
2.5.7. Los corregidores posteriores	303
2.5.8. Consolidación del oficio, salario y categoría social de los oficiales	311
<b>2.6. Otros mecanismos de relación entre Ciudad y Monarquía</b>	<b>315</b>
2.6.1. Las mensajerías de la Ciudad	315
2.6.2. Las Cortes y el orgullo toledano	322
2.6.3. Las Hermandades	328
2.6.4. La Fiscalidad regia en Toledo	333
<b>2.7. Conclusión</b>	<b>337</b>
<b>2.8. Apéndice</b>	<b>341</b>
Árbol 1: Linaje Ayala	343
Árbol 2: Linaje Silva	344
Árbol 3: Linaje Cárdenas	345
Tabla 1: Alcaldes mayores de Toledo en el siglo XV (hasta 1477)	346
Tabla 2: Alguaciles mayores de Toledo en el siglo XV (hasta 1477)	347
Tabla 3: Alcaldes y alguaciles ordinarios de Toledo en el siglo XV (hasta 1477)	348
Tabla 4: Dignidades de Toledo (desde 1477)	350
Tabla 5: Asistentes de Toledo en el siglo XV	351
Tabla 6: Corregidores de Toledo (1477-1522)	352
Tabla 7: Oficiales de los corregidores de Toledo (1477-1522)	353

### **3. LA CIUDAD COMO ENTIDAD COLECTIVA: INSTITUCIONES Y GESTIÓN PÚBLICA.....355**

#### **3.1. El Regimiento, cuerpo gobernante.....359**

##### **3.1.1. Precedentes y creación del Regimiento toledano.....360**

##### **3.1.2. La regulación del oficio y su sistemático incumplimiento.....366**

A. El número de las regidurías y su inflación.....367

B. El acceso a los oficios y la renuncia.....369

C. El fiel ejercicio y el absentismo.....375

D. La rentabilidad de las regidurías.....377

##### **3.1.3. Funciones del Regimiento.....378**

A. Función normativa.....379

B. Función representativa.....383

C. Funciones administrativas.....387

##### **3.1.4. Regiduría, caballería y bonahombría: valoración social y disputas por los bancos.....389**

A. La caballería.....390

B. La bonahombría.....393

C. Disputas por los bancos.....397

##### **3.1.5. El Regimiento como instrumento político de la oligarquía gobernante.....399**

#### **3.2. El Cabildo de Jurados y la participación del Común.....401**

##### **3.2.1. Precedentes y creación del Cabildo de Jurados de Toledo.....402**

##### **3.2.2. Regulación de la Juraduría.....403**

A. La inflación de las juradurías.....404

B. El acceso al oficio.....408

C. Asistencia a las reuniones.....412

D. Rentabilidad del oficio.....414

E. Los privilegios de los jurados.....415

##### **3.2.3. El Cabildo frente al Regimiento.....422**

A. El Cabildo como entidad autónoma.....423

B. El reparto de los oficios administrativos.....428

C. Mensajerías capitulares y procuraciones a Cortes.....432

##### **3.2.4. El Cabildo, agente de una nueva conciencia política e instrumento de la “segunda oligarquía”.....438**

#### **3.3. El Colegio de Escribanos y la Escribanía Mayor de Toledo.....443**

##### **3.3.1. El Colegio de Escribanos de Toledo.....444**

A. Los escribanos públicos del número.....444

B. El oficio de escribanía: acceso y rentabilidad.....447

C. El Colegio de Escribanos: reuniones y oficios.....452

##### **3.3.2. La Escribanía Mayor de los Ayuntamientos.....458**

A. El oficio de escribano mayor: la provisión.....458

B. Funciones del escribano mayor de Toledo.....462

##### **3.3.3. Los escribanos como grupo de presión.....469**

<b>3.4. La Hacienda local.....</b>	<b>471</b>
3.4.1. Formación de los propios.....	474
3.4.2. Órganos y gestión hacendística.....	477
3.4.3. Fuentes de ingreso.....	484
A. Rentas derivadas de la jurisdicción sobre los Montes.....	485
B. Ingresos procedentes de monopolios de la Ciudad.....	487
C. Tasas impuestas sobre la producción y el comercio.....	490
D. Tarifas sobre el tráfico de personas y bienes.....	495
E. Rentas de inmuebles rurales y urbanos.....	501
F. Ingresos procedentes de sanciones judiciales.....	503
3.4.4. Gastos de la Ciudad.....	509
A. Salario de los oficiales.....	510
B. Funcionamiento de la Ciudad.....	513
C. Servicios.....	519
D. Fiestas y solemnidades.....	524
E. Obras pías.....	527
3.4.5. Algunas estimaciones sobre ingresos y gastos ordinarios. Ingresos extraordinarios.....	531
<b>3.5. Conclusión.....</b>	<b>537</b>
<b>3.6. Apéndice.....</b>	<b>541</b>
Tabla 1: Relación alfabética de regidores toledanos (1422-1522).....	543
Tabla 2: Relación alfabética de jurados toledanos (1422-1522).....	555
Tabla 3: Mayordomos del Cabildo de Jurados.....	570
Tabla 4: Escribanos del Cabildo de Jurados.....	571
Tabla 5: Receptores del Cabildo de Jurados.....	571
Tabla 6: Guardas del Cabildo de Jurados.....	572
Tabla 7: Relación alfabética de escribanos de Toledo (1422-1522).....	573
Tabla 8: Mayordomos del Colegio de Escribanos.....	578
Tabla 9: Escribanos del Colegio de Escribanos.....	579
Tabla 10: Guardas del Colegio de Escribanos.....	579
Tabla 11: Escribanos mayores de los ayuntamientos de Toledo.....	580
Tabla 12: Mayordomos de la Ciudad.....	581
Tabla 13: Contadores de la Ciudad.....	582
Tabla 14: Fieles del Juzgado.....	583
Tabla 15: Fieles ejecutores.....	584
Tabla 16: Aposentadores de la Ciudad.....	586
Tabla 17: Letrados de la Ciudad.....	587
Tabla 18: Procuradores de la Ciudad.....	587
Tabla 19: Veedores de tintoreros.....	588
Tabla 20: Sofieles.....	589
Tabla 21: Pregoneros.....	590
Tabla 22: Oficiales de la Ciudad en 1422.....	591
Tabla 23: Oficiales de la Ciudad en 1457.....	592
Tabla 24: Oficiales de la Ciudad en 1496.....	593
Tabla 25: Oficiales de la Ciudad en 1514.....	594

#### **4. LA OLIGARQUÍA DE SANGRE: LA CABALLERÍA TOLEDANA.....595**

##### **4.1. Los linajes de caballeros toledanos.....601**

4.1.1. De los linajes mozárabes a la “nobleza nueva” en Toledo.....602

4.1.2. Los Niño, señores de Noez.....604

4.1.3. Los Rivadeneira, señores de Caudilla.....610

4.1.4. Los Ribera, señores de Malpica.....614

4.1.5. Los Rojas, señores de Layos.....619

4.1.6. Los Padilla, un ascenso truncado.....623

4.1.7. Los Vega, señores de Batres y Cuerva.....627

##### **4.2. La privanza regia: oficios y señoríos de los caballeros.....633**

4.2.1. Los oficios como manifestación de la privanza regia.....634

4.2.2. La fundación de señoríos como meta del ascenso social.....644

##### **4.3. El patrimonio en la Tierra y en la ciudad.....655**

4.3.1. Evolución de los patrimonios caballerescos.....657

4.3.2. El mayorazgo, instrumento de cohesión patrimonial.....664

4.3.3. La naturaleza de los bienes.....670

4.3.4. Estructura de las haciendas caballerescas.....677

##### **4.4. Cohesión de los linajes y proyección política.....685**

4.4.1. Solidaridad interna: el reparto de roles.....686

A. Los varones: el pariente mayor y los segundogénitos.....689

B. Las mujeres: esposas, viudas y monjas.....697

4.4.2. Solidaridad externa: los bandos.....701

A. Clientelas caballerescas y estructuración de los bandos urbanos.....701

B. La lucha de bandos toledanos en el reinado de Juan II.....709

C. Los bandos “clásicos” en la segunda mitad del siglo XV.....714

D. Los bandos de la nueva era: las Comunidades.....725

<b>4.5. Simbología del poder caballeresco.....</b>	<b>733</b>
4.5.1. Elementos identificativos.....	735
4.5.2. Elementos dignificadores.....	743
4.5.3. Elementos funerarios.....	749
<b>4.6. Conclusión.....</b>	<b>757</b>
<b>4.7. Apéndice.....</b>	<b>761</b>
Árbol 1: Linaje Niño.....	763
Árbol 2: Linaje Rivadeneira.....	764
Árbol 3: Linaje Ribera.....	765
Árbol 4: Linaje Rojas.....	766
Árbol 5: Linaje Padilla.....	767
Árbol 6: Linaje Vega.....	768
Tabla 1: Acceso al señorío.....	769
Tabla 2: Fundaciones de mayorazgo.....	771

## **5. LA “SEGUNDA OLIGARQUÍA”: LOS GRUPOS EMERGENTES DE UNA SOCIEDAD DINÁMICA.....773**

<b>5.1. Hombres buenos y oficiales.....</b>	<b>779</b>
5.1.1. Oficiales al servicio de la caballería.....	780
A. Oficiales en busca de la condición nobiliaria: los Baeza.....	780
B. Oficiales sospechosos de herejía: los Peña.....	784
5.1.2. Oficiales al servicio de la bonahombría.....	786
A. Jurados y mercaderes: los Hurtado.....	787
B. Presencia en las cofradías: los Husillo.....	789
C. Corporativismo de la bonahombría: los Santamaría.....	791
D. La tradición de un oficio: los Serrano.....	793
E. Implicación en las banderías urbanas: los Terrín.....	796



<b>5.2. La oligarquía letrada.....</b>	<b>799</b>
5.2.1. Letrados de graduación académica.....	800
A. El rentismo de la bonahombría: los Cota.....	801
B. La privanza de los letrados: los Franco.....	809
5.2.2. Familias de escribanos.....	816
A. La influencia de los juristas: los Oseguera.....	817
B. La conciencia familiar: los Madrid.....	825
C. Escribanos, oficiales y hombres de negocios: los Bargas.....	828
D. La decantación profesional por la escribanía: los Alcalá, los Gómara y los Navarra.....	832
<b>5.3. La oligarquía mercantil.....</b>	<b>839</b>
5.3.1. Familias de mercaderes.....	841
A. El comercio de “altos vuelos”: Diego de la Fuente.....	841
B. Mujeres, negocio inmobiliario y piedad: Catalina de la Fuente.....	847
C. La división en ramas de una familia de hombres buenos: los San Pedro.....	854
D. Persecución religiosa y actividades crediticias: los Torre.....	859
E. Las compañías de comercio: los Acre.....	870
F. Los comerciantes modestos: los Jarada.....	874
<b>5.4. Conclusión.....</b>	<b>881</b>
<b>5.5. Apéndice.....</b>	<b>885</b>
Árbol 1: Descendencia de Rodrigo Alfón Cota.....	887
Árbol 2: Descendencia de García González Franco.....	888
Árbol 3: Descendencia de Ruy Fernández de Oseguera.....	889
Árbol 4: Descendencia de Gonzalo López de la Fuente.....	890
Árbol 5: Descendencia de Juan Sánchez de San Pedro.....	891
Árbol 6: Descendencia de Diego Sánchez de San Pedro.....	892

<b>CONCLUSIONES GENERALES.....</b>	<b>893</b>
------------------------------------	------------

<b>APÉNDICE DOCUMENTAL.....</b>	<b>903</b>
---------------------------------	------------

## **INTRODUCCION**



## **I. Presentación**

### **I.1. Gestación del trabajo**

El trabajo que aquí presentamos se inserta en una labor investigadora que tuvo su inicio hace cerca de siete años, en el verano de 1992, cuando la doctora Asenjo González aceptó tomarla bajo su dirección. Aunque finalicé dos años antes los estudios de Licenciatura, decidí no comenzar esta labor hasta consolidar una carrera profesional al margen, como funcionario, consciente de que tal circunstancia me proporcionaría la independencia económica necesaria para desarrollar el trabajo con la continuidad y la dedicación que garantiza la estabilidad laboral.

Estas circunstancias personales han marcado el desarrollo de este trabajo, porque el normal ejercicio de mi profesión ha impedido la libre disposición del tiempo que es necesario emplear para este tipo de actividad, de modo que las horas que no han podido ser utilizadas a causa de obligaciones laborales han debido ser compensadas con horas de ocio. Pero este inconveniente se ha mitigado gracias a la extraordinaria comprensión de los más allegados a mi persona; además, al no estar subvencionado, mi proyecto ha podido ser realizado en un plazo “natural” para su finalización, sin necesidad de aceleraciones impuestas.

Al margen de lo personal, hay que señalar, en lo científico, que la elección de la directora de mis trabajos de Doctorado, la doctora Asenjo González, era una decisión que había tomado ya el último curso de Licenciatura. Desde que, gentilmente, aceptó la profesora Asenjo mi propuesta, no ha existido posibilidad alguna de arrepentimiento puesto que la seriedad y eficacia

con que ha ejercido su función de directora ha sido impecable. Tengo que señalar que he aprendido más de sus razonamientos en nuestras periódicas reuniones que de cientos de horas de lectura de documentos y bibliografía. Ella me ha transmitido la pasión por la investigación, me ha mostrado puntos de vista diferentes sobre objetivos historiográficos que antes me parecían mucho más sencillos, ha corregido con su rigor científico interpretaciones erradas que yo había llegado a dar por correctas, ha desestructurado ideas torcidas que tenía construidas en mi cabeza y, una vez demolido el “edificio defectuoso”, me ha indicado el modo en que podía asentarlos mejor. Sin embargo, al mismo tiempo ha facilitado que yo haya trabajado con autonomía, y buena prueba de ello han de ser las carencias y errores que se encuentran en este fruto de mi investigación. Es enorme, en consecuencia, el agradecimiento que siento por su desinteresada labor.

Desde el comienzo del Tercer Ciclo ya estaba poco menos que definido el objetivo central de mi investigación: la Ciudad y la oligarquía toledana al final del Medievo. Como memoria de licenciatura fue presentado el trabajo *Bases de poder de la nobleza urbana en Castilla: los Ayala de Toledo (1398-1521)*, defendido en esta Universidad el 16 de diciembre de 1994, ante el tribunal formado por los doctores José Manuel Nieto Soria, Ricardo Izquierdo Benito y María Concepción Quintanilla Raso, los cuales, con sus comentarios, me hicieron reflexionar sobre aspectos de gran interés para mi posterior investigación. El trabajo presentado constituía una profundización en el más relevante linaje de la nobleza toledana, modélico en tanto que respondía a todos los elementos que son fundamentales en un linaje de la oligarquía local, pero no así por cuanto su relevancia lo hace poco representativo del grupo de los oligarcas que me proponía estudiar.

Una parte de la memoria de licenciatura fue publicada fragmentada en algunos títulos que se mencionan a lo largo del presente trabajo, pero otra parte ha quedado inédita. Otros frutos de la investigación de estos años, ya desvinculados del linaje nobiliario reseñado, han sido también

publicados como consecuencia de su exposición en congresos, en los que me he beneficiado del intercambio de impresiones con otros doctorandos y con reconocidos profesores. Estos contactos han servido para estar al tanto de los caminos que sigue el medievalismo actual, de un modo mucho más directo que la puntual consulta de revistas especializadas, y para complementar la actualizada información que la propia doctora Asenjo González me ha proporcionado periódicamente.

Tanto la memoria de licenciatura como otros trabajos publicados y, en general, el desarrollo de la investigación han sido orientados por unos objetivos preliminares muy claros que constituyen los ejes fundamentales de la propia labor que pretende reflejarse aquí. Todo trabajo de investigación se enmarca en tres coordenadas básicas: una espacial, otra temporal y otra temática y los ejes que ordenan el presente se expresan en su título con la mayor claridad, pero consideramos oportuno explicar por qué hemos utilizado Toledo como espacio, por qué el final del Medioevo como tiempo y por qué el Gobierno y la oligarquía como asuntos centrales.

## I.2. ¿Por qué Toledo? ¿Por qué el final del Medioevo? ¿Por qué Ciudad y oligarquía?

Desde el comienzo de la investigación, quedó claro que su objetivo se centraría en un espacio concreto, de ámbito regional o local; por motivos pragmáticos fácilmente comprensibles, había de ser Castilla la Nueva el ámbito sobre el que centrar nuestra atención, y dado que la región neocastellana carecía en el Medioevo de la homogeneidad jurídica, social y urbana que presentan otras áreas, el interés se concentró en Toledo y su Tierra. Es comprensible que sea precisamente éste el ámbito territorial sobre el que iba a proyectarse nuestro estudio por el hecho de ser Toledo

la ciudad de residencia del autor, pero no bastaría una razón tan comprensible para justificar que sea Toledo el centro de interés, si no fuera esta ciudad una de las más representativas del mundo urbano de Castilla en la Edad Media.

Ciudades como Segovia, Soria, Burgos, Valladolid, Cuenca, Murcia, Sevilla o Córdoba han sido objetivos de estudios de gran interés desde una perspectiva globalizadora. Toledo cuenta, hay que subrayarlo, con rigurosos estudios, como son los de Eloy Benito, Ricardo Izquierdo, Ramón Gonzálvez y Jean Pierre Molénat, pero estos y otros historiadores han dejado un vacío llamativo que nuestro trabajo pretende comenzar a rellenar: la atención al gobierno urbano, sus instituciones, su funcionamiento, su papel como entidad colectiva que representaba los intereses de los grupos más poderosos de Toledo, asunto éste que llena el capítulo 3 del presente trabajo y ocupa una parte importante de los demás.

Toledo se nos presenta como un nuevo modelo de organización política y social en el mundo cristiano peninsular desde que, en 1085, Alfonso VI incorporó esta ciudad al mundo occidental; se trata de un modelo que se contrapone a los que el norte castellanoleonés y las extremaduras proponían, pues hay que recordar aquí que Toledo fue la primera gran ciudad que conoció Castilla, una ciudad marcada por la tradición islámica que conservaría, después de la conquista alfonsina, sus instituciones gubernativas, como veremos, y su heterogeneidad religiosa y cultural, presentando durante siglos fundamentalmente dos tipos de cristianos –mozárabes y castellanos– que imprimirán carácter a esta ciudad. La dualidad cristiana y la pervivencia de las tres religiones van a caracterizar a Toledo, dando vida al mito de “ciudad de la tolerancia” y de “ciudad de las tres culturas” que aún hoy pervive; sin embargo, las peculiaridades políticas (no sólo de tinte institucional) constituirían un modelo que algunas ciudades andaluzas y Murcia, dotadas asimismo de un flamante pasado islámico, utilizarían para sí y en beneficio de la Monarquía castellana, como se observará en su momento.

Convencidos por la particularidad de Toledo en la Edad Media y su relevancia en el contexto castellano, decidimos fijar nuestro interés en esta ciudad, pero además hubo que decantarse por un período y un asunto concretos, dado que abarcar en un trabajo los más de cuatrocientos años que transcurren entre la toma de la ciudad para la Cristiandad y los comienzos del reinado del emperador Carlos V, en toda su diversidad, resultaba demasiado ambicioso. El período de atención había de derivarse necesariamente del asunto que nos proponíamos como horizonte; de haber optado por las relaciones interculturales, pongamos por caso, el siglo XIII debería haber sido el elegido; si hubiéramos fijado nuestra atención en la organización del espacio, las primeras centurias de la evolución de la Tierra en la Cristiandad nos habrían resultado más sugerentes.

Sin embargo, quisimos detenernos ante la dinámica política de la ciudad, entendiendo “Política” en un sentido muy amplio que abarca desde lo colectivo a lo particular, desde lo local a lo regional y aún más allá, y que implica un extenso conjunto de asuntos sociales, económicos, institucionales y territoriales. Al atender todos estos aspectos nos pareció lo más acertado centrarnos en el último siglo del Medievo, desde el punto de vista práctico por cuestiones que tienen directamente que ver con las disponibilidades de documentación; aunque conservamos mayor volumen de fuentes para los siglos XII, XIII y XIV de lo que en un principio pudiera parecer, la documentación del siglo XV y del comienzo del XVI resulta cuantitativa y cualitativamente mucho más importante. Se consideró, por otra parte, que la tesis de Estado de Jean Pierre Molénat se ocupaba suficientemente de los primeros siglos medievales de Toledo, y que el siglo XIV era tratado certeramente por la tesis doctoral de Ricardo Izquierdo. Aunque ambos autores han realizado investigaciones muy apreciables para el siglo XV, como lo ha hecho. Con enorme acierto, el doctor Benito Ruano durante más de treinta años, observamos que los asuntos que eran el objeto de nuestro interés constituían un camino abierto y con buenas



posibilidades para surcarlo en nuestro trabajo.

Centrar nuestra atención en el gobierno y la administración de Toledo a fines del Medievo, desde el punto de vista institucional, resultaba tentador, pues la aportación que en este campo se puede hacer no es pequeña. Sin desdeñar esta perspectiva, que afrontamos sin complejos porque nos parece de gran interés, hemos querido dotar a nuestro trabajo con un marcado cariz social, por lo que dirigimos nuestro objetivo hacia dos asuntos interrelacionados: la Ciudad y la oligarquía. La Ciudad, como se recordará más de una vez a lo largo de las páginas que siguen, era la entidad política que aunaba a los poderosos locales para gobernar Toledo y su Tierra en beneficio propio. Se distinguen las palabras “Ciudad”, con mayúscula, y “ciudad”, con minúscula, para diferenciar los dos conceptos que en el propio siglo XV se consideraban: “Ciudad” designa a esa entidad colectiva que controlaban los poderosos y que gobernaba y administraba Toledo y su territorio; “ciudad” se refiere a la simple entidad urbana, al espacio que rodeaban las murallas. Cuando se estudia la Ciudad se hace necesario atender a la oligarquía, a ese conjunto de personas que controlaban los resortes del poder en Toledo. Entendemos “oligarquía” en el sentido primitivo de la propia palabra y, en consecuencia, la empleamos para referirnos a la minoría que gobernaba Toledo, aunque ese reducido círculo de personas fuera diverso, como tendremos ocasión de comprobar.

El siglo XV es, sin duda, el período más adecuado para ubicar el estudio de la Ciudad y la oligarquía toledanas por el hecho de que durante esta centuria tuvieron lugar las transformaciones que dieron forma definitiva a un modelo político peculiar e influyente, como era el toledano. 1422 y 1522, las fechas que consideramos como punto inicial y punto final de nuestra atención, son bien significativas; la primera de ellas porque en aquel año se produjo la reforma institucional en la Ciudad que permitió la ordenación y consolidación definitiva de la oligarquía en el poder. A partir de aquel año, y hasta bien entrado el siglo XVI, tuvo lugar una renovación

en las filas nobiliarias, un crecimiento sin precedentes de la posición de hombres “nuevos” en el panorama político, una incesante dinámica en las relaciones de poder que delata una sociedad en movimiento que responde a una economía en pleno despliegue.

1522 resulta atractivo como punto final de nuestro estudio porque completa una centuria exacta desde la instauración de la reforma, pero además, y esto es lo más importante para nosotros, porque aquel año fue definitivamente sometida la rebelde Comunidad toledana. Con su derrota, se daría paso a una nueva época marcada no sólo por la progresiva pérdida de la autonomía local, sino además caracterizada por la profunda anquilosis social, institucional y política de Toledo. A lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, la tendencia al estatismo social y político de la Ciudad acompañaría la más formidable decadencia económica que ha conocido nuestra ciudad.

### I.3. Estructuración de contenidos

Expuesto el objeto de análisis, creemos conveniente señalar el modo en que los contenidos se organizan en las páginas que siguen. Después de múltiples consideraciones hemos observado que la claridad del discurso nos obliga a no distribuir en numerosos compartimentos los asuntos que aquí tratamos, sino a agruparlos en cinco grandes capítulos que pretenden reflejar otras tantas temáticas fundamentales de nuestra exposición.

- En el primer capítulo se aborda la vinculación de ciudad y Tierra bajo la autoridad de la Ciudad y se desarrolla un análisis evolutivo y espacial del territorio toledano.

- En el segundo capítulo la atención se dirige a otra vinculación, ésta de mayor nivel, la que conecta a Toledo con la Monarquía, con todas sus implicaciones.
- El tercero se centra en la Ciudad, en su organización y funcionamiento, observando las instituciones y los colectivos oligárquicos con sus nociones de lo colectivo y su modo de actuar.
- El cuarto capítulo afronta el estudio del grupo caballeresco, la sección más influyente de la oligarquía, con sus instrumentos de poder.
- El quinto, finalmente, se ocupa del otro sector de los oligarcas, el más amplio aunque menos influyente, el de los hombres buenos, que representan perfectamente el dinamismo de una sociedad viva.

Cada uno de estos capítulos se desarrolla en varios “apartados” que señalamos en **negrita**, y que se caracterizan por cierta autonomía temática, aunque en las conclusiones finales de los capítulos, los apartados que forman parte del mismo se vinculan para ofrecer la posibilidad de exponer recapitulaciones parciales. A su vez, cada apartado se subdivide en “títulos”, señalados por un **subrayado**, que carecen por completo de sentido si se les atiende independientemente, ya que la interconexión de los títulos que forman parte de un apartado es absoluta. Finalmente, algunos títulos, dada su extensión y diversidad, han debido subdividirse en “epígrafes”, que figuran en *cursiva*, cuyo contenido es mucho más concreto. Al final de cada capítulo se añade un apéndice, con mapas, planos, tablas o árboles genealógicos, según conviene, que ilustran los contenidos que se han expuesto anteriormente. Precediendo al apéndice, figura en cada capítulo una conclusión que revisa las ideas básicas expuestas con anterioridad, tratándose de una revisión que se limita a destacar algunos puntos de lo comentado. Frente a estas “revisiones” por capítulos,

se añaden al final del trabajo las “Conclusiones Generales”, en las que se recogen las hipótesis presentadas a lo largo de todo el trabajo, para mostrar cuáles son las ideas básicas a las llega el autor a través de la investigación.

#### I.4. Método

Un trabajo de investigación histórica que pretende ser riguroso debe atender a la metodología de un modo consciente, y es esta convicción la que nos obliga a exponer, aunque sea brevemente, una reflexión sobre el modo en que se ha procedido en el presente trabajo. Si aceptamos que la metodología científica exige la comprobación de falsedades y el establecimiento y argumentación de verdades que no pueden aspirar a ser eternas, porque siempre corren el riesgo de ser comprobadas como falsedades, hemos de ser por fuerza humildes en nuestra labor investigadora y reconocer que todo lo que interpretamos se queda al nivel de la hipótesis, pero esto no es menoscabo para quien acepte, asimismo, que el conocimiento es un continuo proceso de comprobación de hipótesis.

En un trabajo historiográfico las hipótesis no pueden surgir de la nada, del simple deseo del autor. En cada ocasión en que se afronta un objeto de estudio resulta inevitable partir de ideas preconcebidas, aunque el deseo de comprobarlas o rechazarlas es el que ha de animar a quien realiza esta labor. Las hipótesis previas surgen necesariamente del acervo historiográfico, del “estado de la cuestión” acerca de tal o cual problema, y este estado de la cuestión lo obtenemos de la bibliografía especializada. En ocasiones la hipótesis previa es muy concreta y su veracidad, siempre eventual, resulta de fácil comprobación; otras veces, esta idea inicial es muy general y casi

con toda seguridad va a ser matizable cuando se hagan las oportunas comprobaciones. Si las hipótesis de partida de la Historia surgen del estudio de la historiografía, de las ideas expuestas anteriormente y aceptadas por la comunidad científica, la labor del investigador ha de ser comprobar la veracidad de esas ideas previas; y las comprobaciones se realizan en el archivo, que es nuestro yacimiento de información, a través de la consulta de documentación inédita, aunque también se llega a conclusiones mediante nuevas interpretación de documentación publicada.

La consulta de documentación es un paso inicial para el acto verdaderamente transformador y satisfactorio para el investigador: la observación y contraste de las diversas informaciones que proporcionan los documentos inéditos y las ideas vertidas por los especialistas en papel impreso. Gracias a la Informática, este cruce de informaciones puede hacerse descartando el uso de las aparatosas fichas, siendo éstas sustituidas por los registros de las bases de datos, contruidos a base de transcripciones y comentarios de documentos, producto de largas horas en los archivos.

La observación y el contraste de registros que acuden a nuestras pantallas por la petición de ciertos descriptores relativos al asunto que estudiamos, permite clarificar ideas que sólo son vagas cuando operamos en el yacimiento que es el archivo. Podemos comparar a nuestro ordenador personal con un laboratorio de pequeñas dimensiones que, a petición nuestra, prepara tubos de ensayo en los que podemos mezclar los elementos que van a facilitar la formación de un nuevo elemento, porque del cruce de informaciones surge necesariamente algo nuevo, que puede simplemente ser la confirmación de la idea previa, pero que en ocasiones da lugar a una hipótesis nueva o a una matización de la anterior. De una u otra manera, el ensayo merece la pena, porque aún con la comprobación de verdades aceptadas podemos considerar que se ha producido una aportación al conocimiento histórico, por diminuta que sea.

Éste es, básicamente, el modo de operar con que se han afrontado los problemas que se

plantean en este trabajo. Es cierto que hay ideas tan aceptadas, sobre todo las referidas a los hechos acontecidos, que no se ha considerado necesaria comprobación alguna y se ha presentado como verdad reconocida, añadiendo la referencia a la obra fundamental en que se ha presentado y sostenido tal idea. A veces, hemos tenido que reconocer que no podemos avanzar más por un camino, debido a la escasez de información que nos aqueja, pero es un hecho aceptado que el conocimiento histórico es un conocimiento limitado, encontrándose dificultado en ocasiones por marcados vacíos documentales.

Al operar de este modo, hemos de recalcar que la lectura de los documentos se ha hallado mediatizada por la búsqueda, que los contenidos de las fuentes no han bamboleado nuestra intención, sino solamente, y en muy pequeña medida, pueden haberla matizado. Al consultar cada documento, teníamos en mente una serie de preguntas que hacerle y esperábamos de él respuestas más o menos concretas. Cuando el documento no contenía lo que nosotros esperábamos, cuando no ofrecía lo que queríamos encontrar, no nos hemos dejado llevar por el deseo de torcer el sentido de la realidad y nos hemos conformado con ella, porque, como antes señalábamos, nuestra labor es detectar falsedades y negar, si es necesario, verdades aceptadas, aunque nosotros mismos las compartiéramos plenamente. Así, cuando un documento expresaba una realidad distinta de la que dábamos por cierta, volvíamos incrédulos a consultarlo y releerlo, pero estas relecturas no hacían sino convencernos de que antes estábamos equivocados.

También para huir del error en lo posible hemos descartado desarrollar en exceso la interpretación. La limitación de las fuentes que más arriba anotábamos, nos ha obligado a emplear la interpretación para explicarnos algunas de las realidades que nos hemos propuesto estudiar. Se considera perfectamente lícito el uso de este instrumento de comprensión siempre que lo afirmado, aunque nunca completamente seguro, pueda basarse firmemente en argumentos válidos que proporcionan las fuentes y el método comparativo. Este recurso, por cierto, ha sido utilizado

con frecuencia a lo largo de las páginas que siguen, ya que ante la limitación informativa a que nos somete en ciertas ocasiones la escasez de fuentes, ha resultado de gran utilidad echar mano de realidades conocidas para otros lugares. El parentesco político y social existente entre Sevilla o Murcia con Toledo, pongamos por ejemplo, nos ha permitido completar perspectivas que con la documentación toledana sólo podíamos sugerir.

Siguiendo con el tema de la limitación de las fuentes y la interpretación, hemos de anotar una cuestión que nos parece fundamental: un trabajo equilibrado debe emplear en proporciones adecuadas información e interpretación. Si nos limitamos a transcribir y describir lo que las fuentes nos comunican, nuestra labor no es completa, es simplemente informativa. No se puede negar la utilidad de la información de las fuentes; de hecho, consultamos satisfechos los inventarios y catálogos de los archivos y alabamos una buena edición de documentos anteriormente inéditos, pero éstos no son trabajos historiográficos. Otras publicaciones, a las que se puede considerar de carácter historiográfico, se detienen en la descripción de la información que ofrece una serie de documentos consultados, pero no se aventuran en la interpretación, en la propuesta de hipótesis que se pueden extraer de las consultas realizadas.

Las obras puramente informativas resultan de utilidad para el lector, siempre que el autor haya ofrecido fielmente la información que contienen las fuentes. Pero hay quien utiliza la información ajena, la que otros publican, para limitarse a lanzar hipótesis, para no apartarse del trabajo puramente interpretativo. Ciertamente, sus propuestas pueden ser válidas pero dependen de la fiabilidad de la información prestada por otros investigadores, de modo que quien se limita a interpretar y no acude al archivo padece la dependencia.

Los excesos relativos de información y de interpretación construyen, según nuestro punto de vista, trabajos de investigación desequilibrados y sin remedio defectuosos. También puede ser defectuoso el trabajo que utiliza en proporciones adecuadas información e interpretación, pero

nunca podrá ser acusado de desequilibrado. La investigación que aquí se presenta ha huido de los extremos señalados: al verter sobre el papel la información que nos presta la documentación toledana, su autor se responsabiliza de la veracidad de los datos ofrecidos y por ello da cuenta puntual de las fuentes utilizadas. Por otra parte, se ha evitado llevar absurdamente lejos la interpretación, cuidando siempre de asentarla bien; al basarla casi siempre en las propias consultas documentales, consideramos que, en este sentido, no dependemos de nadie, porque incluso hemos consultado de primera mano buena parte de la documentación publicada, llegando a advertir algún error en la edición, no atribuible, por supuesto, a ninguna intención torcida del editor.

Finalmente, hemos de señalar la ayuda que nos han prestado otras disciplinas; podríamos citar varias de ellas, como la Heráldica, la Antroponimia, la Genealogía, la Geografía y la Toponimia, entre otras, que nos han proporcionado conocimientos ya elaborados y vocabulario técnico, pero consideramos de particular interés las aportaciones del Derecho y de la Antropología. La Historia del Derecho nos ha facilitado conceptos básicos y un acervo de conocimientos bien establecido para la Historia Medieval. Aunque no hayan sido citadas directamente, algunas obras de historiadores del Derecho como García-Gallo, García de Valdeavellano, Tomás y Valiente, Pérez-Prendes y Escudero, que forman parte de la galería de los clásicos de la disciplina, nos han proporcionado nociones básicas. Pero la aportación del campo jurídico no se detiene en lo mucho que ofrece la Historia del Derecho, sino que algunos conceptos que hoy manejan la Administración y los administrados para referirse a realidades jurídico-políticas han sido aquí señaladas a modo de recurso al método comparativo; así, gestión privada de la hacienda pública o servicios públicos, por poner ejemplos de realidades bien conocidas y candentes.

La Antropología es una disciplina cuyo uso por la Historia no ha hecho más que comenzar. En este trabajo solamente hemos recurrido a algunos manuales bastante conocidos,



como los de Harris o Mair para tomar de ellos conceptos básicos como los de parentesco y filiación, pero si penetráramos en estudios etnográficos que fundamentan la disciplina antropológica probablemente descubriríamos realidades que mostrarían modos de comportamiento y de organización social muy similares a los de las sociedades medievales que son objeto de nuestra atención. No obstante, solamente el empleo de algunas conceptualizaciones que para la Antropología son básicas y la lectura atenta de manuales de esta ciencia nos han proporcionado cierta amplitud de miras para comprender aspectos relativos al comportamiento de los grupos sociales poderosos.

El modo de proceder empleado en el presente trabajo se basa en todo lo apuntado anteriormente. Consideramos que aunque puedan señalarse algunas carencias en las páginas que siguen, no podrá discutirse la honradez en el proceder, porque se ha cuidado con particular esmero el rigor en el método, no se ha dado lugar a excesos descriptivos que desviarán la atención de los objetivos centrales de nuestro interés, ni se han construido artificiosas teorías que no podían asentarse en base firme. Creemos, modestamente, que hemos caminado con los pies en la tierra pero con paso firme.

## II. Fuentes

### II.1. Fuentes inéditas

Al tratar las fuentes, hemos de distinguir las que permanecen inéditas y las que han sido publicadas. Las primeras se han utilizado, por supuesto, en mayor proporción, y para presentarlas convendrá realizar una exposición general de los archivos utilizados en esta investigación, puestos que son sus continentes. Cada una de las agrupaciones documentales a que aludimos, lleva entre corchetes, a continuación, las siglas que lo identifican a lo largo del trabajo, en las notas a pie de página que recogen las referencias documentales y bibliográficas. Dentro de cada depósito se hará un comentario acerca de las secciones y series que hayan resultado de particular interés para nosotros, indicando, cuando sea necesario, las siglas que se utilizan para hacer referencia a ellas a lo largo del estudio. Asimismo se anotarán los manuscritos y fuentes narrativas que forman parte de estos archivos y nos han sido de utilidad.

*Al Archivo Municipal de Toledo [A.M.T.]*

Al referirnos a este depósito, el más importante cuantitativa y cualitativamente para la realización del presente trabajo, no podemos dejar de pensar en la extraordinaria labor que en el centro realizan, día a día, los funcionarios que se ocupan de él: Mariano García Ruipérez, Agustina Martín, Teresa y Javier. Gracias a su conocimiento de los fondos y a la continua disponibilidad en su trabajo este y otros proyectos de investigación son realizados con mayor eficacia y placer.

El Archivo Municipal de Toledo conserva una parte de la documentación de la institución municipal; una parte porque se ha perdido un buen conjunto de papeles de los que en origen hubieron de pasar al depósito; pero también “una parte” porque no toda la documentación que generaba la gestión administrativa de Toledo debía descansar en el Archivo Municipal. La observación de las secciones y series del Archivo y las reflexiones de su director Mariano García Ruipérez, nos hacen comprender que una porción significativa de los papeles de gestión no llegaron nunca al depósito.

Pensamos, por ejemplo, en los arrendamientos de rentas de la Ciudad; ésta, como más adelante estudiaremos, cedía la recaudación de diversas rentas a particulares que satisfacían a Toledo un pago establecido, a cambio de embolsarse los ingresos que la renta generaba. Sin duda, las cuentas de la recaudación y otros asuntos a ella vinculados, eran llevados por el gestor de la renta municipal o por un contable a su servicio; pues bien, estas cuentas, que tan útiles nos resultarían para la investigación, formaban parte del archivo personal del arrendador de la renta y no del colectivo de la Ciudad, porque ésta se limitaba a anotar el otorgamiento de la gestión al particular y la satisfacción de los pagos por parte del mismo.

Muchos de los oficios medievales que se corresponden con los que hoy forman parte de

la Función Pública, al no ser en aquel tiempo considerados como un servicio sino como un honor y un instrumento de influencia y de enriquecimiento, desarrollaban sus labores de espaldas a la “Administración”, gestionando sus papeles en el ámbito particular como si de una empresa personal se tratase. Un buen ejemplo de esta actitud la podemos encontrar en los encargos de obras y servicios que la Ciudad realizaba al final del Medievo; podía dejarse en manos de un regidor y de un jurado, conjuntamente, el cargo de reparar la muralla de la ciudad, dotándolos con una cantidad de dinero cuantitativamente importante, pero ellos no estaban obligados a rendir cuentas detalladas del modo de gastarlo; este detalle quedaba en sus papeles y lo que a nosotros nos llega es un párrafo suscrito por el mayordomo de la Ciudad en que se expresa algo así como “a ‘x’ regidor y a ‘y’ jurado ‘n’ mrs para reparo de los muros” y nada más.

En todo caso, son miles los documentos de la Edad Media toledana que han llegado hasta nosotros en baldas, cajones y alacenas del Archivo Municipal. La organización del depósito es tradicional, no respondiendo a los cuadros de organización que la Archivística propone, pero se ha conservado esta forma de disponer los fondos porque resulta más práctica que una radical reorganización. A simple vista, la disposición de la documentación puede parecer caótica, pero si se atiende detenidamente al origen de los documentos todo empieza a tener cierta lógica. El Archivo consta de varias “archivos” y “secciones”: el Archivo Secreto, el Archivo del Cabildo de Jurados, la “sección” de libros manuscritos, los fondos de cofradías y varios centenares de cajas con documentación de diversa índole ordenadas alfabéticamente por el nombre del asunto de que tratan.

El *Archivo Secreto* [A.S.] es lo más valorado del depósito municipal; puede considerársele el Archivo de la Ciudad y en él se encuentran varios centenares de documentos reales, casi todos originales, particularmente los privilegios de Toledo en pergamino. La denominación de este archivo nos habla del celo con que sus fondos eran tradicionalmente guardados en un enorme

mueble cuyas divisiones marcan la signatura de los documentos en él contenidos; doce cajones y dos alacenas bajas, citados como “caj.” y “ala.” en las páginas que siguen, albergan toda esta valiosa documentación.

El *Archivo del Cabildo de Jurados* [A.C.J.] es el depósito de este organismo. Su riqueza para el siglo XV hace de él un instrumento fundamental para el conocimiento de esta institución en la Edad Media, pero no sólo de ella sino también de las instituciones hermanas de otras ciudades, particularmente la sevillana, de la que conserva importantes documentos en copias. El afán conservacionista de los jurados toledanos nos facilita el conocimiento de algunos documentos referentes a la Ciudad que la propia Ciudad no ha conservado.

Dentro del Archivo del Cabildo se encuadran agrupaciones documentales menores, la mayoría de las cuales nos han sido útiles. En primer lugar, hemos de destacar la serie *Libros* [Libro], donde se hallan los privilegios y otros documentos constitutivos de los jurados toledanos, así como de los sevillanos, que son su modelo; los más importantes para nosotros de los libros del Cabildo son los números 47, 48 y 49, cuyas lujosas encuadernaciones, al margen de la envergadura informativa de su contenido, los convierte en tres de las piezas más bellas del Archivo Municipal. Sin embargo, la más relevante de las series del Archivo del Cabildo es la llamada “Documentos Originales” [Orig.], formada por más de cien documentos y contenida en diez cajas, que conserva una buena parte de los documentos constitutivos del Gobierno local, aunque no todos sean originales, como se podría pensar por el nombre de la agrupación. Otras cuatro cajas forman la serie “Varia” [Varia], que no se diferencia esencialmente de la anterior.

Para el estudio de la organización interna del Cabildo se hace indispensable la utilización de la breve serie “Actas, Cuentas y Cartas” [A.C.C.]. También breve, aunque no menos importante para atender a la institución municipal en su conjunto son las dos cajas denominadas “Traslados” [T.T.], con copias autenticadas de documentos emitidos y recibidos por la Ciudad;

y las dos cajas que se presentan con el título “Cartas” [Cartas], con originales de quejas de los vecinos de la ciudad, entre otras cuestiones tocantes al gobierno y la administración toledanos. Menos utilizadas, aunque con apreciable potencialidad son las cajas “Reales Cédulas y Provisiones” [R.C.P.], “Cuentas y Pleitos” [Cuentas] y “Personal” [Personal], pertenecientes también al Archivo del Cabildo.

Menos trascendental de lo que todos queríamos es la voluminosa agrupación *Manuscritos* [Ms.], que conserva en la “sección A” las actas municipales que comienzan ya bien entrado el siglo XVI. Hemos hecho mayor uso de la “sección B”, donde se encuentra el amplísimo expediente con el que Toledo siguió de cerca el pleito que libró durante más de un siglo por recuperar la jurisdicción sobre la comarca de Alcocer. Esta misma sección contiene algunos manuscritos de gran interés, a pesar de su fecha tardía para nosotros; en primer lugar, el *Libro de la razon de los sennores corregidores dignidades y regidores que ha habido en los ayuntamientos de esta Imperial Ciudad de Toledo* (manuscrito nº 131), escrito en el siglo XVII por el regidor toledano Juan de Toro, que se ha revalorizado para nosotros porque en él se vierten informaciones acerca de oficiales cuyo rastro después se perdió por la desaparición de documentación original. Asimismo, nos ha resultado de gran utilidad el *Libro de lo que contiene el prudente gobierno de la imperial Toledo* (nº 190), también del siglo XVII, que nos permite conocer buena parte del ceremonial de la Ciudad.

También hemos de señalar dos conjuntos documentales encuadrados que forman parte de esta misma sección y han resultado de particular interés para nuestro trabajo: el primero de ellos, de una extensión de unos cuatrocientos folios, ordenado con el nº 120 de la sección B de Manuscritos, contiene valiosa información de la actividad del Cabildo de Jurados, a cuyo archivo teóricamente debía pertenecer. Se trata de un conjunto de papeles, la mayor parte del último cuarto del siglo XV y de los primeros años del siglo XVI, de valor eventual para los jurados, a

menudo borradores y copias de documentos que en su día saldrían hacia su destino, la constancia de lo que se remitía al exterior. Además de su valor informativo inmediato, la presencia de estos papeles, despreciados por el propio Cabildo tiempo después de su escritura y conservados por la conciencia conservacionista de algún oficial anónimo, nos ponen en guardia sobre la cantidad de documentación desaparecida que hoy sería de gran utilidad para nosotros, pero que a los ojos de sus propios productores solamente gozaba de una breve validez administrativa, siendo víctima del siempre necesario expurgo. El segundo de los conjuntos de documentos de interés que hemos señalado se ordena con el nº 121 de la misma sección y conserva la copia de una serie de actas de ayuntamientos de tiempos de las Comunidades; copias simples, sin autorizar, pero inmediatamente posteriores a los hechos bélicos de aquel tiempo. El valor que para nosotros tienen estas copias, por supuesto verosímiles, reside en ser uno de los pocos testimonios directos y objetivos que conservamos de las semanas álgidas del movimiento comunero, que aún después de tantos y tan cualificados estudios a él dedicados, no conocemos bien.

Los fondos de *Cofradías* [Cofradías] conservan un nada despreciable volumen de papeles, pergaminos y libros referentes a la administración de algunas instituciones toledanas de este tipo, pero el limitado número de documentos medievales se refiere, en su mayor parte, a la justificación de propiedades de estos organismos, de modo que han sido poco útiles para nuestros objetivos. En relación con estos fondos, hay que señalar el Archivo del Colegio de la Compañía de Jesús [C.C.J.], integrado en el Archivo Municipal por motivos que ahora no vienen al caso, cuyo interés para nosotros es muy limitado, circunscrito a algunas operaciones realizadas con propiedades que a la postre pasarían al patrimonio del titular del archivo colegial.

Mayor trascendencia tiene el conjunto documental que queda al margen de todas las agrupaciones expuestas y que, en el depósito, se encuentra repartido en centenares de cajas con una simple indicación en el lomo acerca de su contenido. Se desarrollan en estas cajas algunas

series fundamentales, como las cuentas de cargo y data de Mayordomía [C.C.D.], los expedientes de vecindad [V.V.] con los que se intentaban probar los derechos de algunos moradores para obtener esta distinción jurídica, las cajas sobre la obra de la Puerta nueva de Bisagra [O.P.B.], las que conservan documentación del pósito municipal [Pósito], las que justifican el cobro de cargas sobre bienes por la Ciudad [Tributos] y las que nos ofrecen alguna toma de posesión de regidurías [Regimientos] y tres cajas de cartas [C.C.].

Las tres cajas de cartas son objeto de particular atención por cuanto ofrecen algunos datos sobre cuestiones cotidianas de las relaciones entre vecinos y de los vecinos con el Gobierno y la Justicia locales que normalmente pasan desapercibidos. Las cajas han sido numeradas para darles un orden: la que referimos como “caj. 1”, en realidad lleva escrito en el lomo “Siglo XV. Cartas y Varios”; la que aquí aludimos como “caj. 2” lleva un letrero que anuncia “Siglo XVI”; y la presentamos nosotros como “caj. 3” lleva escrito en el lomo “Siglo XV y, más abajo “XVI”. En el interior de estas cajas no hay ningún orden, pero nosotros hemos numerado los documentos que contienen, más de cien cada una, siguiendo un orden cronológico que podría modificarse en cualquier momento, dada la inseguridad en la datación de muchas de estas cartas.

### *B/ Archivo Histórico Nacional [A.H.N.]*

Puede que éste sea el segundo depósito en importancia para la construcción del presente trabajo. Sin embargo, como es bien comprensible, la búsqueda de información documental en este archivo no ha sido ni mucho menos tan sistemática como la efectuada en el Archivo Municipal de Toledo. Al margen de algunas comprobaciones realizadas en la *Órdenes Militares*



[O.O.M.M.], son dos las secciones más utilizadas de este depósito.

En primer lugar, hemos centrado nuestro interés en la sección *Clero Secular y Regular* [Clero], donde se conserva un notabilísimo volumen documental procedente de monasterios y de otras instituciones eclesiásticas toledanas, que custodian, a su vez, una gran masa de documentación privada, compraventas, acensamientos, permutas, traspasos y otras escrituras otorgadas por particulares, casi siempre relacionados por algún motivo con el monasterio que custodiaba la documentación. Una buena parte de esta documentación corresponde al siglo XV y comienzos del siglo XVI, siendo mucho más fácil acceder a ella en la serie “Pergaminos” que en la serie “Papeles”. Además de estas dos series, la sección “Clero” cuenta con una serie “Libros” que, después de algunas consultas, fue descartada por nosotros porque la documentación que contiene afecta a la institución conservadora y no a los particulares toledanos que eran quienes centraban nuestro interés.

La serie “Pergaminos” se conserva en varios miles de carpetas de enorme tamaño, de las cuales unos pocos cientos corresponden a las instituciones toledanas. De este conjunto hemos tenido que ser selectivos y consultar solamente algunas decenas que nos han parecido preferibles por la datación que se señala en los instrumentos de descripción que tenemos disponibles en la Sala de Investigadores, inventarios que ahorran un tiempo precioso a quienes los maneja y que son de agradecer. Además, para escoger las carpetas a consultar nos ha guiado el criterio de la procedencia institucional, prefiriendo los fondos de algunos monasterios poderosos bien relacionados con los oligarcas, en particular los de Santo Domingo el Real, San Clemente, San Antonio, Santa Trinidad y Santa Clara.

Más complicada resulta la búsqueda en la serie “Papeles”, porque se hallan peor ordenados y no existe un instrumento de descripción tan preciso como para el caso de los pergaminos. Los papeles de Clero se hallan custodiados en varios miles de legajos. Cada una de

estas unidades de instalación contiene papeles de diversa datación y la localización de información interesante resulta más aleatoria. Por esta razón hemos tenido que consultar bastantes más legajos que carpetas, y aunque en algunas ocasiones la suerte no acompañaba, los documentos más interesantes que hemos encontrado en la sección “Clero” corresponden a esta serie, en la cual, con paciencia e insistencia, se encuentran verdaderas joyas informativas. Pero la búsqueda no fue completamente aleatoria porque también en esta serie preferimos las instituciones eclesiásticas citadas más arriba, lo que nos ha permitido poder seguir la trayectoria de personas y linajes que depositaban de modo continuo sus escrituras entre los seguros muros de un monasterio. Quien conozca esta serie se sorprenderá de encontrar en las referencias a los documentos de los legajos un número de orden dentro de la unidad de instalación, porque de hecho los propios papeles no llevan numeración; el motivo de este añadido es que, al haber consultado toda la documentación medieval de los legajos solicitados, en su momento les dimos un número de orden cronológico, siendo el nº 1 el más antiguo de todos los documentos que forman parte de la unidad de instalación. Podíamos haber ocultado esta ordenación personal en la redacción de nuestro trabajo, pero hemos preferido mostrarla por si pudiera ayudar a la localización de las escrituras referidas.

La otra sección del Archivo Histórico Nacional de la que hemos obtenido información notable es *Consejos Suprimidos* [Consejos], donde hemos consultado la documentación de pleitos por la sucesión de mayorazgos. Estos pleitos, que atendía el Consejo Real en el Antiguo Régimen, daban lugar a un enorme volumen documental que, con frecuencia, ha sido recogido en varios legajos. Lo más interesante de estos pleitos es que reúnen documentación muy anterior a la época en que se libraban, contando normalmente con fundaciones de mayorazgo, particiones de bienes, testamentos y otras escrituras, muy valiosas para nosotros, que aportaban las partes en litigio, a veces en versión original, pero más comúnmente en copias autorizadas. La localización de los legajos de interés, en este caso, ha sido relativamente fácil, gracias a los útiles instrumentos de

descripción con que cuenta el Archivo Histórico Nacional, particularmente el índice de mayorazgos que hace más de setenta años realizó el ilustre don Ángel González Palencia.

### *C/ Archivo General de Simancas [A.G.S.]*

El Archivo de Simancas ha sido espigado con atención en alguna de sus secciones, en particular Registro General del Sello [R.G.S.], Escribanía Mayor de Rentas [E.M.R.], Patronato Real [EP.R.], Cámara de Castilla [C.C.], Contadurías Generales [C.G.] y Contaduría del Sueldo [C.S.], siendo las tres primeras mucho más ampliamente consultadas.

El *Registro General del Sello* contiene las copias autenticadas de los documentos de la más diversa índole que la Corte, en particular los propios monarcas y el Consejo Real, enviaban a personas e instituciones. La documentación correspondiente al siglo XV resulta muy accesible gracias a los ya dieciséis inventarios publicados, que describen la documentación correspondiente a esta centuria. Además, en la Sala de Investigadores está a disposición del usuario el borrador del tomo XVII de la serie, que corresponde a los registros del año 1500 y que nos facilitó su autora la archivera Isabel Aguirre, cuya amabilidad y profundo conocimiento de este gran archivo hace más sencilla y eficaz la tarea del investigador. La diversidad temática de la documentación de esta sección explica el hecho de que las referencias a ellas se encuentren bien distribuidas a lo largo del presente trabajo.

La sección *Escribanía Mayor de Rentas* nos ofrece dos series de trascendental relevancia para nuestro trabajo: “Mercedes y Privilegios” y “Quitaciones de Corte”. La serie *Mercedes, Privilegios, Ventas y Confirmaciones* [M.P.] contiene más de cien legajos en que se encuentran

concesiones de rentas a particulares, asientos y órdenes de pago por parte de los contadores mayores a los arrendadores de rentas reales, y no son pocas las que benefician a toledanos de diversa condición, tanto nobles como hombres buenos. A partir de la jugosa información que proporciona esta serie, podemos intuir con cierta claridad la cercanía de algunos toledanos con respecto a la Monarquía y en qué momento esta cercanía se hace más patente. Otro tanto podemos deducir de la consulta de los asientos, órdenes de pago y libramientos que nos muestra la serie *Quitaciones de Corte* [Q.C.], con pagos que se derivan del ejercicio de oficios cortesanos.

La sección *Patronato Real* [P.R.] es un conjunto documental creado en los primeros tiempos del Archivo de Simancas con la intención de defender los intereses y derechos de la Monarquía, de modo que reúne papeles importantes para la institución regia. Aunque son varias las series que pueden resultar interesantes para nosotros, hemos fijado nuestra atención en la primera serie, llamada “Comunidades de Castilla”, y en ella hemos consultado la correspondencia de Carlos I con algunos de sus agentes en la guerra de 1520-1522, un interesantísimo conjunto de papeles referidos al capitán Juan de Padilla y los hombres de su capitanía y algunos documentos más del contexto de las Comunidades en Toledo.

### *D/ Archivos Monacales de Toledo*

Una serie de depósitos hoy infrautilizados son los que hoy custodian algunos monasterios de la ciudad de Toledo. A pesar de que la Desamortización del siglo XIX condujo a manos del Estado un inmenso volumen de documentación eclesiástica, la misma que hizo posible la creación del Archivo Histórico Nacional, algunos de los más importantes conventos de nuestra ciudad

conservaban parte de los papeles y pergaminos que su memorable pasado les había dejado en custodia. Hoy, aunque escasas de recursos técnicos y humanos, estas congregaciones conservan una preciosa documentación que podemos conservar tipológicamente similar a la que la sección Clero del Archivo Histórico Nacional reúne.

La documentación del *Archivo de Santo Domingo el Antiguo* [A.S.D.A.], perteneciente a la congregación cisterciense del mismo nombre, fundada en el siglo XI, se encuentra inventariada y su consulta sólo nos ha sido posible a través de reproducciones que hemos debido solicitar con la sola indicación de la descripción publicada. La otra gran congregación cisterciense de la ciudad, fundada también en el siglo XI, cuenta también con inventario publicado, pero la consulta en el *Archivo de San Clemente* [A.S.C.] ha resultado mucho más provechosa, porque la extraordinaria amabilidad de la religiosa que se encarga del depósito, sor Rosario, ha dado lugar a que las búsquedas hayan sido más ágiles de lo habitual. Sin embargo, este depósito interesaría más a los estudiosos del siglo XIV, encontrándose en él valiosísima documentación de los linajes mozárabes más poderosos de aquella centuria, en particular los Gudiel, Cervatos y Palomeque.

Al estudioso del siglo XV le interesará más el *Archivo de Santo Domingo el Real* [A.S.D.R.], hoy en proceso de renovación con el empeño y apasionada dedicación de sor María Jesús, la religiosa de esta congregación dominica que atiende el archivo. Aunque este depósito no cuenta con instrumento de descripción publicado, sí resulta de utilidad un fichero-inventario que pacientemente don Gregorio de Andrés preparó hace algún tiempo y cuya publicación, desgraciadamente, quedó en proyecto. El fichero, que recoge la información de los documentos del depósito monacal y de los papeles y pergaminos de este monasterio que se encuentran en la sección Clero del Archivo Histórico Nacional, facilita mucho la búsqueda, mediante la cual hemos hallado importantísimas noticias acerca de los Ayala-Toledo, que dominaron la institución a fines del siglo XIV y comienzos del XV y abundante información de otros linajes de caballeros y

hombres buenos que estaban muy bien relacionados con el monasterio, como los Ribera de Malpica o los Oseguera.

Desgraciadamente no hemos podido consultar la documentación del monasterio franciscano de Santa Clara, cuya riqueza intuimos, aunque próximamente tendremos allanada la entrada y nos podrá servir para futuras investigaciones. Si hemos tenido acceso, en cambio, al *Archivo de la Madre de Dios* [A.M.D.], que conserva la documentación de este convento dominico; al haber sido absorbida esta congregación, hace pocos años, por la de Santo Domingo el Real, el archivo de este monasterio ha integrado el de Madre de Dios y lo pone amablemente a disposición del investigador.

### *E/ Archivo Histórico Provincial de Toledo* [A.H.P.T.]

Este depósito viene a ser una prolongación de los archivos monacales toledanos y la sección Clero del Archivo Histórico Nacional, porque, como ellos, conserva documentación privada en su sección *Protocolos* [Protocolos], la más importante de las que contiene y, sin duda, la que más llama nuestra atención. Decimos que se trata de una prolongación de los depósitos ya señalados porque alberga los mismos tipos documentales pero son fechas más tardías. Los protocolos notariales toledanos se desarrollan con cierta continuidad a partir de comienzos del siglo XVI. Hay documentos anteriores que hemos empleado, en particular los referidos a la institución fundamental de los escribanos, el Colegio profesional que les daba su fuerza y que se estudia en todo un título de este trabajo. En cuanto a las series de registros continuas, dado su gran volumen, hemos seleccionado libros de 1503, 1506 y 1509, pero hemos realizado consultas

de protocolos de otros años, consultas que nos han dado a conocer lo más selecto de la bonahombría toledana y los negocios que practicaban para enriquecerse.

*F/ Biblioteca de la Real Academia de la Historia y Biblioteca Nacional*

En estas grandes bibliotecas hemos hecho uso de algunos manuscritos. En la especializada *Biblioteca de la Real Academia de la Historia* [R.A.H.], hemos hecho uso de los fondos de la voluminosa colección *Salazar y Castro* [S.C.], que conserva numerosas copias de documentos, algunos originales incluso, referidos a la nobleza castellana. Al margen de algunas escrituras de este tipo, que se encuentran referidas, hemos centrado nuestras consultas en las genealogías del Antiguo Régimen, que nos han ayudado a reconstruir las sucesiones de los linajes de caballeros de Toledo, aunque hay que señalar que nos hemos visto obligados a corregir algunos errores que estas historias familiares presentaban con documentación original de otros depósitos documentales. En la *Biblioteca Nacional* [B.N.] nos han servido la sección *Manuscritos* [Ms.], en particular los siete volúmenes de la *Historia eclesiástica de la Imperial Ciudad de Toledo y su Tierra*, debido a la pluma del padre Román de la Higuera.

## G/ Otros archivos

El resto de los depósitos a los que hemos acudido sólo han sido útiles para realizar algunas comprobaciones sobre documentos que otros investigadores han utilizado, publicado o simplemente referido con anterioridad. Entre estos archivos hay que señalar el *Archivo de la Nobleza* [A.N.], ubicado en el Hospital de Tavera de Toledo, del que hemos utilizado fondos del *Archivo Ducal de Frías* [A.D.F.], ya conocido anteriormente por el interés que representaba para nuestra memoria de licenciatura el *Archivo de la Casa de Fuensalida* [Fuensalida], aunque también resulta de interés en *Archivo Ducal de Maqueda* [Maqueda] y el *Archivo Ducal de Osuna* [A.D.O.].

Finalmente, hemos visitado el *Archivo Capitular de Toledo* [A.C.T.], extraordinario depósito eclesiástico al cuidado de las manos expertas de don Ramón González, en el que hemos comprobado algunos detalles de documentos que otros han estudiado y comentado. Un interés más movido por la curiosidad que por el afán de consulta nos ha llevado, por último a visitar la *Biblioteca Borbón-Lorenzana* [B.B.L.], donde se conserva la célebre copia de la “Renta del Tabaco” que dio pie a los estudios de Moxó sobre esta tierra, hoy trasladada a la flamante Biblioteca Regional del Alcázar de nuestra ciudad.



## II.2. Fuentes publicadas

Para completar la panorámica de las fuentes utilizadas para la realización de este trabajo se expone una relación de los títulos de fuentes narrativas y documentales que han aparecido en ediciones impresas y que, por tanto, su accesibilidad es mucho mayor.

- ALCOCER, Pedro de: *Historia o descripción de la Imperial Çibdad de Toledo con todas las cosas acontecidas en ella, desde su principio y fundación*. Toledo, 1554. Ed. facsímil en Toledo, 1973.
- ALCOCER, Pedro de: *Relación de algunas cossas que pasaron en estos reinos desde que murió la reina Católica doña Isabel hasta que acabaron las Comunidades en la ciudad de Toledo*. Ed. de A. Martín-Gamero, Sevilla, 1872.
- *Anales Toledanos I y II*. Ed. de J. Porres, Toledo, 1993.
- BENITO RUANO, Eloy (ed.): "Las más aantiguas actas conservadas del Ayuntamiento de Toledo", *Revista de la Universidad de Madrid*, 74 (1970), p. 55-87.
- CANTERA BURGOS, Francisco (ed.): *Judaizantes del Arzobispado de Toledo habilitados por la Inquisición en 1495 y 1497*. Madrid, 1969.
- COTA, Rodrigo: *Diálogo entre el amor y un viejo*. Ed. de E. Aragone, Florencia, 1961.
- *Copilación de Leyes del Reino. Ordenamiento de Montalvo*. Ed. de E. González Díez, Valladolid, 1986.
- *Crónica de don Álvaro de Luna, condestable de Castilla, maestro de Santiago*. Ed. de J. M. Carriazo, Madrid, 1940.

- *Crónica del Halconero de Juan II*. Ed. de J. M. Carriazo, Madrid, 1946.
- DÍEZ DE GAMES, Gutierre: *El Victorial. Crónica de don Pero Niño, conde de Buelna*. Ed. de J. M. Carriazo, Madrid, 1940.
- DÍEZ DE GAMES, Gutierre: *El Victorial. Crónica de don Pero Niño, conde de Buelna*. Ed. de A. Miranda, Madrid, 1993.
- ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, Diego: "Crónica del rey don Enrique el cuarto", *Crónicas de los Reyes de Castilla*. Ed. de C. Rosell, Madrid, 1953, tomo III, p. 97-222.
- ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de (ed.): *Los Manriques: poetas del siglo XV*. Zaragoza, 1962.
- GALÍNDEZ DE CARVAJAL, Lorenzo: *Crónica de Enrique IV*. Ed. de J. Torres Fontes, Murcia, 1946.
- GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel (ed.): *Los mozárabes toledanos en los siglos XII y XIII*. Madrid, 1926-1930. (4 tomos).
- *Hechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo (crónica del siglo XV)*. Ed. de J. M. Carriazo, Madrid, 1940.
- LÓPEZ DE AYALA, Pedro: "Crónica del Rey Don Pedro", *Crónicas*. Ed. de J. L. Martín, Barcelona, 1991, p. 5-434.
- LÓPEZ DE HARO, Alonso: *Nobiliario genealógico*. Madrid, 1622.
- MILLARES CARLO, Agustín (ed.): "El Libro de los Privilegios de los jurados toledanos", *Anuario de Historia del Derecho Español*, IV (1927), p. 457-472.

- ORTIZ DE ZÚÑIGA, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*. Madrid, 1677.
- PALENCIA, Alonso de: *Crónica de Enrique IV escrita en latín*. Ed. de A. Paz y Meliá, Madrid, 1904-1909. (5 tomos).
- PALENCIA FLORES, Clemente, RIVERA RECIO, Juan Francisco, y SÁNCHEZ BELDA, Luis (eds.): *Privilegios reales y viejos documentos: I. Toledo*. Madrid, 1963.
- PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán: "Crónica del rey don Juan el segundo", *Crónicas de los Reyes de Castilla*. Ed. de C. Rosell, Madrid, 1953, tomo III.
- PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán: *Generaciones y semblanzas*. Ed de J. Domínguez Bordona, Madrid, 1965.
- PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán: *Generaciones y semblanzas*. Ed de Robert B. Tate, Madrid, 1985.
- RODRÍGUEZ DE LENA, Pero: *El passo honroso de Suero de Quiñones*. Ed. de A. Labandeira, Madrid, 1977.
- SÁEZ SÁNCHEZ, Emilio (ed.): "Fueros de Puebla de Alcocer y Yébenes", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LIV (1948), p. 109-116.
- SÁEZ SÁNCHEZ, Emilio (ed.): "El Libro del Juramento del Ayuntamiento toledano", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XVI (1945), p. 579-624.
- SÁEZ SÁNCHEZ, Emilio (ed.): "Ordenamiento dado a Toledo por el infante don Fernando de Antequera, tutor de Juan II, en 1411", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XV (1944), p. 506-547.

- SALAZAR Y CASTRO, Luis de: *Historia genealógica de la Casa de Silva*. Madrid, 1685.  
[Nueva edición: Ollobarren, 1998].



### III. Bibliografía

Los trabajos historiográficos que se citan en las notas a pie de página de este trabajo, que nos han proporcionado la base para afrontar algunos problemas centrales que se tratan en este trabajo (además de algunas obras de referencia que se han consultado, aunque no han sido citadas), serán expuestos a continuación, distribuyéndolos en tres grupos bien diferenciados: el primero de ellos contiene las obras que se ocupan de temas más generales y que abarcan ámbitos espaciales más amplios. El segundo grupo reúne los trabajos que centran su atención en regiones, ciudades o lugares concretos, así como en personas y grupos bien determinados, como linajes nobiliarios; son obras útiles para establecer comparaciones con nuestro trabajo y sacar conclusiones que integran y, a la vez, caracterizan a Toledo en su entorno geográfico. Por último, los estudios que aparecen en el tercer grupo se vinculan directamente a la ciudad de Toledo, a su oligarquía o a asuntos de ámbito local.

#### III.1. Bibliografía de carácter general

- ÁLVAREZ DE MORALES, Antonio: "La evolución de las hermandades en el siglo XV", *En la España Medieval*, 6 (1985), p. 93-103.
- ÁLVAREZ DE MORALES, Antonio: *Las Hermandades, expresión del movimiento comunitario en España*. Valladolid, 1973.

- ANDRÉS DÍAZ, Rosana de: "Las 'entradas reales' castellanas en los siglos XIV y XV, según las crónicas de la época", *En la España Medieval*, 4 (1984), p. 48-62.
- ARIÈS, Philippe: *El hombre ante la muerte*. Madrid, 1983.
- ARRANZ GUZMÁN, Ana: "El Clero", *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)* (dir. J. M. Nieto), Madrid, 1999, p. 141-173.
- ARRANZ GUZMÁN, Ana: "Clero y Cortes castellanas (participación y diferencias estamentales)", *En la España Medieval*, 2 (1982), p. 49-58.
- ARRANZ GUZMÁN, Ana: "Reflexión sobre la muerte en el Medievo hispánico: ¿continuidad o ruptura?", *En la España Medieval*, V (1986), p. 109-123.
- ARRIBAS ARRANZ, Filemón: "Los escribanos públicos en Castilla durante el siglo XV", *Centenario de la Ley del Notariado. Sección Primera: Estudios Históricos*, Madrid, 1964, p. 165-260.
- ASENJO GONZÁLEZ, María: "Aproximación al estudio de los patrimonios y fortunas de los caballeros de Santiago en Castilla, a comienzos del siglo XVI", *Anuario de Estudios Medievales*, 28 (1998) (en prensa).
- ASENJO GONZÁLEZ, María: "Las ciudades", *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)* (dir. J. M. Nieto), Madrid, 1999, p. 105-140.
- ASENJO GONZÁLEZ, María: "Ciudad y tierra: relaciones económicas y sociales en la época medieval", *Congreso sobre el Centenario de la fundación de Segovia*, Segovia, 1991, p. 1-19.
- ASENJO GONZÁLEZ, María: *Las ciudades en el Occidente medieval*, Madrid, 1996.

- ASENJO GONZÁLEZ, María: "Las mujeres en el medio urbano a fines de la Edad Media", *Las mujeres en las ciudades medievales*, Madrid, 1984, p. 109-124.
- ASENJO GONZÁLEZ, María: "Oligarquías urbanas en Castilla en la segunda mitad del siglo XV", *Actas do Congresso Internacional Bartolomeu Dias e a sua epoca*, Oporto, 1989, tomo IV, p. 413-436.
- ASENJO GONZÁLEZ, María: "Sociedad y vida política en las ciudades de la Corona de Castilla. Reflexiones sobre un debate", *Medievalismo. Boletín de la sociedad Española de Estudios Medievales*, 5 (1995), p. 89-125.
- ASENJO GONZÁLEZ, María: "El trabajo y las mujeres en las ciudades de la Corona de Castilla (siglos XIII-XV). Integración y marginación", *La donna nell'2 economia. Secoli XIII-XVIII* (ed. E. Cavaciocchi), Prato, 1990, p. 553-562.
- AYALA MARTÍNEZ, Carlos de: "Orígenes de la Orden del Hospital en Castilla y León (1113-1157)", *Hispania Sacra*, 43 (1991), p. 775-798.
- AZCONA, Tarsicio de: *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y reinado*. Madrid, 1964.
- BAQUERO MORENO, Humberto: "Exiliados portugueses en Castela durante a crisis dos finais do seculo XIV (1384-1388)", *Actas de las II Jornadas Luso-Espanholas de História Medieval*, Oporto, 1989, p. 69-101.
- BARQUERO GOÑI, Carlos: *Los hospitalarios en Castilla y León (siglos XII y XIII). Los señoríos de la Orden de San Juan*. Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 1994.
- BARRERO GARCÍA, Ana María: "Los términos municipales en Castilla en la Edad Media", *Actas del II Symposium de Historia de la Administración*, Madrid, 1971, p. 137-160.



- BECEIRO PITA, Isabel: "La conciencia de los antepasados y la gloria del linaje en la Castilla bajomedieval", *Relaciones de poder, de producción y parentesco en la Edad Media y Moderna* ( comp. R. Pastor), Madrid, 1990, p. 329-349.
- BECEIRO PITA, Isabel: "La mujer noble en la Baja Edad Media castellana", *La condición de la mujer en la Edad Media*, Madrid, 1986, p. 289-313.
- BECEIRO PITA, Isabel y CÓRDOBA DE LA LLAVE, Ricardo: *Parentesco, poder y mentalidad. La nobleza castellana, siglos XII-XV*, Madrid, 1990.
- BENITO RUANO, Eloy: "Del problema judío al problema converso", *Simposio 'Toledo Judaico'*, Toledo, 1973, tomo II, p. 5-28.
- BENITO RUANO, Eloy: *Los infantes de Aragón*. Pamplona, 1952.
- BENITO RUANO, Eloy: *Los orígenes del problema converso*. Barcelona, 1976.
- BENITO RUANO, Eloy: "Otros cristianos. Conversos en España. Siglo XV", *Encuentros en Sefarad*, Ciudad Real, 1987, p. 253-263.
- BENITO RUANO, Eloy: *La prelación ciudadana. Las disputas por la precedencia entre las ciudades de la Corona de Castilla*. Toledo, 1972.
- BERMÚDEZ AZNAR, "El asistente real en los concejos castellanos medievales", *Actas del II Symposium de Historia de la Administración*, Madrid, 1971, p. 223-251.
- BERMÚDEZ AZNAR, Agustín: "Los concejos y la administración del reino", *Concejos y ciudades en la Edad Media hispánica*, Ávila, 1990, p. 577-578.
- BERMÚDEZ AZNAR, Agustín: *El corregidor en Castilla durante la Baja Edad Media (1348-1474)*, Murcia, 1974.

- BINAYÁN CARMONA, Narciso: "De la nobleza vieja....a la nobleza vieja", *Estudios en homenaje a don Claudio Sánchez-Albornoz en sus noventa años*, Buenos Aires, 1986, p. 103-138.
- BO, Adriana y CARLÉ, María del Carmen: "Cuándo empieza a reservarse a los caballeros el gobierno de las ciudades castellanas", *Cuadernos de Historia de España*, IV (1946), p. 114-124.
- BONO, José: *Historia del Derecho notarial español*. Madrid, 1982. (2 tomos).
- BOZON, Michel: "Histoire et sociologie d' un bien symbolique: le prénom", *Population*, 42 (1987), p. 83-98.
- CALDERÓN ORTEGA, José Manuel y PÉREZ-BUSTAMANTE GONZÁLEZ DE LA VEGA, Rogelio: *Felipe I. 1506*. Palencia, 1995.
- CARLÉ, María del Carmen: "La ciudad y su contorno en León y Castilla (siglos X-XIII)", *Anuario de Estudios Medievales*, 8 (1972-1973), p. 69-103.
- CARLÉ, María del Carmen: "Mercaderes de Castilla (1252-1512)", *Cuadernos de Historia de España*, XXI-XXII (1954), p. 146-328.
- CARLÉ, María del Carmen: "La sociedad castellana en el siglo XV: los criados", *Cuadernos de Historia de España*, LXIX (1987), p. 109-121.
- CARLÉ, María del Carmen: *Una sociedad del siglo XV. Los castellanos en sus testamentos*. Buenos Aires, 1993.
- CARRETERO ZAMORA, Juan Manuel: *Cortes, Monarquía, Ciudades. Las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna (1476-1515)*. Madrid, 1988.

- CARRETERO ZAMORA, Juan Manuel: "Las peticiones particulares de Cortes, fuente para el conocimiento de la vida concejil castellana", *En la España Medieval*, 6 (1985), p. 105-123.
- CASADO ALONSO, Hilario (ed.): *Castilla y Europa. Comercio y mercaderes en los siglos XIV, XV y XVI*. Burgos, 1995.
- CASTRILLO LLAMAS, María Concepción: *La tenencia de fortalezas en la Corona de Castilla en la Baja Edad Media. Relaciones de poder entre monarquía, nobleza y ciudades (siglos XIII-XV)*. Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1997.
- CAUNEDO DEL POTRO, Betsabé: "Compañías mercantiles castellanas a fines de la Edad Media", *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 3 (1993), p. 39-57.
- CAUNEDO DEL POTRO, Betabé: *Mercaderes en el golfo de Vizcaya durante la primera mitad del reinado de los Reyes Católicos*, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 1981.
- CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Alfonso: *La Orden y divisa de la Banda Real de Castilla*. Madrid, 1993.
- CIRLOT, J. E.: *Diccionario de símbolos*. Madrid, 1997
- CLAVERO SALVADOR, Bartolomé: "Enfiteusis, ¿qué hay en un nombre?", *Anuario de Historia del Derecho Español*, LVI (1986), p. 467-519.
- CLAVERO SALVADOR, Bartolomé: *Mayorazgo. Propiedad feudal en Castilla. 1369-1836*. Madrid, 1989. (Segunda edición corregida y aumentada).
- *Cofradías, gremios y solidaridades en la Europa medieval*, Pamplona, 1993.

- COHEN, A.: “Antropología política: el análisis del simbolismo en las relaciones de poder”, *Antropología Política* (ed. J. R. Llovera), Barcelona, 1979, p. 55-82.
- COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, Antonio: “Los estudios sobre las haciendas conejiles españolas en la Edad Media”, *Anuario de Estudios Medievales*, 22 (1992), p. 323-340.
- CONTAMINE, Philippe: “Siglos XIV-XV”, *El individuo en la Europa feudal*, Madrid, 1991.
- CORIA COLINO, Jesús I.: “El testamento como fuente de estudio sobre mentalidades (siglos XII al XV)”, *Miscelánea Medieval Murciana*, IX (1982), p. 193-219.
- CORRAL GARCÍA, Esteban: *El escribano del concejo en la Corona de Castilla (siglos XI al XVIII)*. Burgos, 1987.
- CORRAL GARCÍA, Esteban: *El Mayordomo de Concejo en la Corona de Castilla (s. XIII – s. XVIII)*. Madrid, 1991.
- CORRAL GARCÍA, Esteban: *Ordenanzas de los concejos castellanos. Formación, contenido y manifestaciones (siglos XIII-XVIII)*. Madrid, 1981.
- CUARTAS RIVERO, Margarita: “La venta de oficios públicos en Castilla – León durante el siglo XVI”, *Hispania*, XLIV (1984), p. 495-516.
- DIOS, Salustiano de: *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Madrid, 1982.
- DIOS, Salustiano de: “La evolución de las Cortes de Castilla durante el siglo XV”, *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media* (coord. A. Rucquoi). Valladolid, 1988.
- DIOS, Salustiano de: “Sobre la génesis y los caracteres del Estado moderno en Castilla”, *Studia Historica. Historia Moderna*, III (1985), p. 11-46.

- DOLLFUS, Olivier: *El espacio geográfico*, Barcelona, 1982.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*. Madrid, 1988.
- EMBID IRUJO, A.: *Ordenanzas y reglamentos municipales en el Derecho español*. Madrid, 1978.
- ESCUDERO José Antonio, *Curso de Historia del Derecho. Fuentes e instituciones jurídico-administrativas*, Madrid. 1985.
- ESTEBAN RECIO, Asunción: *Las ciudades castellanas en tiempos de Enrique IV: estructura social y conflictos*. Valladolid, 1985.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: "Derrota y triunfo de las Comunidades", *Revista de Occidente*, CXLIX-CL (1975), p. 234-249.
- FUENTE PÉREZ, María Jesús: "Mujer, trabajo y familia en las ciudades castellanas de la Baja Edad Media", *En la España Medieval*, 20 (1997), p. 179-194.
- GARCÍA CARRAFFA, Alberto y GARCÍA CARRAFFA, Arturo: *Diccionario heráldico y genealógico de apellidos españoles y americanos*. Madrid, 1957, tomos 67 y 69.
- GARCÍA MARÍN, José María: *El oficio público en Castilla durante la Baja Edad Media*. Madrid, 1987.
- GARCÍA ULECIA, Alberto: "El papel de los corredores y escribanos en el cobro de alcabalas", *Historia. Instituciones. Documentos*, 23 (1996), p. 89-110.
- GARCÍA DE VALDEAVELLANO, Luis: *Curso de historia de las instituciones españolas. De los orígenes al final de la Edad Media*. Madrid, 1968.

- GARCÍA VERA, María José: *La nobleza castellana bajomedieval. Bases de su predominio y ejercicio de su poder en la formación político-social del siglo XV: el reinado de Enrique IV*. Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1997.
- GARCÍA VERA, María José: "Poder nobiliario y poder político en la Corte de Enrique IV (1454-1474)", *En la España Medieval*, 16 (1993), p. 223-237.
- GARCÍA-GALLO DE DIEGO, Alfonso: "La historiografía sobre las Cortes de Castilla y León", *Las Cortes de Castilla y León. 1188-1988*, Valladolid, 1990, p. 127-145.
- GARCÍA-GALLO DE DIEGO, Alfonso: "La ley como fuente del Derecho en las Indias en el siglo XVI", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXI-XXII (1951-1952).
- GAUTIER-DALCHÉ, Jean: *Historia urbana de León y Castilla en la Edad Media (siglos IX Al XIII)*. Madrid, 1979.
- GERBET, Marie Claude: *L' élevage dans le royaume de Castille sous les Rois Catholiques*. Madrid, 1991.
- GERBET, Marie Claude: *Las noblezas españolas en la Edad Media. Siglos XI-XV*. Madrid, 1997.
- GÓMEZ IZQUIERDO, Alicia: *Cargos de la Casa y Corte de Juan II de Castilla*. Valladolid, 1968.
- GONZÁLEZ ALONSO, Benjamín: *El corregidor castellano (1348-1808)*. Madrid, 1970.
- GONZÁLEZ ALONSO, Benjamín: "La fórmula 'obedézcase pero no se cumpla' en el Derecho castellano de la Baja Edad Media", *Anuario de historia del Derecho Español*, L (1980), p. 469-487.

- GONZÁLEZ ALONSO, Benjamín: *Gobernación y gobernadores. Notas sobre la Administración de Castilla en el periodo de formación del Estado moderno*. Madrid, 1974.
- GONZÁLEZ ALONSO, Benjamín: "El juicio de residencia en Castilla: I. Origen y evolución hasta 1480", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLVIII (1978), p. 193-247.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio: *Reinado y diplomas de Fernando III*. Córdoba, 1980-1986. (3 tomos).
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio: *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*. Madrid, 1960. (3 tomos).
- GUERREAU-JALABERT, Anita: "Sur les structures de parenté dans l'Europe médiévale", *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 36:6 (1981), p. 1028-1049.
- GUGLIELMI, Nilda: "Los alcaldes reales en los concejos castellanos", *Anales de Historia Antigua Medieval* (1956), p. 79-109.
- GUILARTE ZAPATERO, Alfonso María: *El régimen señorial en el siglo XVI*. Madrid, 1987. (Segunda edición revisada).
- GUILLAUME, Pierre y POUSSOU, Jean Pierre: *Démographie historique*. París, 1970.
- GUTIÉRREZ NIETO, Juan Ignacio: *Las comunidades como movimiento antiseñorial. (La formación del bando realista en la guerra civil castellana de 1520-1521)*. Barcelona, 1973.
- GUTIÉRREZ NIETO, Juan Ignacio: "Los conversos y el movimiento comunero", *Hispania*, XXIV (1964), p. 237-261.
- GUTIÉRREZ NIETO, Juan Ignacio: "Semántica del término 'comunidad' antes de 1520: las asociaciones juramentadas de defensa", *Hispania*, 136 (1977), p. 319-367.

- HALICZER, Stephen: *Los comuneros de Castilla: la forja de una revolución (1475-1521)*. Valladolid, 1987.
- HARRIS, Marvin: *Antropología Cultural*. Madrid, 1993.
- HEERS, Jacques: *El clan familiar en la Edad Media*. Barcelona, 1978.
- HORROX, Rosemary: *Richard III. A study of service*. Cambridge, 1979.
- IGLESIAS FERREIRÓS, Aquilino: "Derecho municipal, Derecho señorial, Derecho regio", *Historia. Instituciones. Documentos*, 4 (1977), p. 115-197.
- KLEIN, Julius: *La Mesta. Estudio de la historia económica española, 1273-1836*. Madrid, 1985.
- LADERO QUESADA, Manuel Fernando: *Las ciudades de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media (siglos XIII al XV)*. Madrid, 1996.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "El banco de Valencia, los genoveses y la saca de moneda de oro castellana. 1500-1503", *Anuario de Estudios Medievales*, 17 (1987), p. 571-594.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "La consolidación de la nobleza en la Baja Edad Media", *Nobleza y sociedad en la España moderna*, Oviedo, 1996, p. 19-45.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "Corona y ciudades en Castilla del siglo XV", *En la España Medieval*, 8 (1986), p. 551-574.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "Crédito y comerecio de dinero en la Castilla medieval", *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 11-12 (1990-1991), p. 145-159.



- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: *Fiscalidad y poder real en Castilla (1252-1369)*. Madrid, 1993.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "La genèse de l'État dans les royaumes hispaniques médiévaux (1250-1450)", *Le premier âge de l'État en Espagne (1450-1700)*, Paris, 1989, p. 9-65.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "Las haciendas concejiles en la Corona de Castilla (Una visión de conjunto)", *Finanzas y fiscalidad municipal*, León, 1997, p. 7-71.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "Linajes, bandos y parcialidades en la vida política de las ciudades castellanas (siglos XIV y XV)", *Bandos et querelles dynastiques en Espagne à la fin du Moyen Âge*, Paris, 1991, p. 101-134.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "Monarquía y ciudades de realengo en Castilla. Siglos XII al XV", *Anuario de Estudios Medievales*, 24 (1994), p. 719-774.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "Las ordenanzas locales. Siglos XIII-XVIII", *En la España Medieval*, 21 (1998), p. 293-337.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "Población, Economía y Sociedad", *Los Trastámara y la unidad española (1369-1517)*, Madrid, 1981, p. 3-104.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "El poder central y las ciudades en España, del siglo XIV al final del Antiguo Régimen", *Revista de Administración Pública*, XCIV (1981), p. 173-198.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "El sistema político en la Monarquía castellana de los Reyes Católicos: Corona, nobleza y ciudades", *Actas del Congreso "Hernán Cortés y su tiempo"*, Mérida, 1987, p. 500-519.

- LADERO QUESADA, Miguel Ángel y GALÁN PARRA, Isabel: "Las ordenanzas locales de la Corona de Castilla como fuente histórica y tema de investigación (siglos XIII-XVIII)", *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, 1 (1982), p. 221-243.
- LE GOFF, Jacques: "Construcción y destrucción de la ciudad amurallada. Una aproximación a la reflexión y a la investigación", *La ciudad y las murallas* (ed. de C. de Seta y Jacques Le Goff), Madrid, 1991, p. 11-20.
- LE GOFF, Jacques: *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*, Buenos Aires, 1984.
- LEWIS, A. W.: *Royal succession in Capetian France. Studies on familiar order and the state*. Harvard, 1981.
- LOMAX, Derek W.: "Calatrava", *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Madrid, 1973, tomo 3, p. 1812-1813.
- LOMAX, Derek W.: *La Orden de Santiago (1170-1275)*. Madrid, 1965.
- LUXÁN MELÉNDEZ, Santiago de: "La revolución comunera en las síntesis generales de Historia de España", *Hispania*, L (1990), p. 1141-1157.
- MACKAY, Angus: "Ciudad y campo en la Europa medieval", *Studia Historica. Historia Medieval*, II (1984), p. 27-53.
- MACKAY, Angus: "The lesser nobility in the Kingdom of Castile", *Gentry and lesser nobility in Later Medieval Europe*, Gloucester, 1986, p. 159-180.
- MAIR, Lucy: *Introducción a la Antropología Social*. Madrid, 1986.
- MARAVALL CASESNOVES, José Antonio: *Las Comunidades de Castilla. Una primera revolución moderna*. Madrid, 1963.

- MARAVALL CASESNOVES, José Antonio: *Estado moderno y mentalidad social (siglo XI al XVII)*. Madrid, 1986.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, José Luis: *Orígenes de la Orden militar de Santiago (1170-1195)*. Barcelona, 1974.
- MARTÍNEZ GIL, Fernando: *La muerte vivida. Muerte y sociedad en Castilla durante la Baja Edad Media*. Toledo, 1996.
- MENÉNDEZ PIDAL, Gonzalo: *España en sus caminos*. Madrid, 1992.
- MENÉNDEZ PIDAL, Faustino: *Los emblemas heráldicos. Una interpretación histórica*. Madrid, 1993.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: *Evolución de la nobleza en Castilla bajo Enrique III (1396-1406)*, Valladolid, 1968.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: *La extensión del régimen de corregidores en el reinado de Enrique III de Castilla*. Valladolid, 1969.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: "La muerte y sus discursos predominantes entre los siglos XII y XV (Reflexiones sobre recientes aportes historiográficos)", *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVI* (ed. E. Serrano), Zaragoza, 1994, p. 15-34.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: "La nobleza y las Cortes de Castilla y León", *Las Cortes de Castilla y León. 1188-1988*, Valladolid, 1990, p. 47-98.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: "El pogrom de 1391 en Castilla y sus efectos, ¿gestación de un clima para la expulsión?", *La expulsión de los judíos de España*, Toledo, 1993, p. 47-53.

- MONSALVO ANTÓN, José María: *Teoría y evolución de un conflicto social. El antisemitismo en la Corona de Castilla en la Baja Edad Media*. Madrid, 1985.
- MORALES MOYA, Antonio: "El Estado absoluto de los Reyes Católicos", *Hispania*, 129 (1975), p. 75-119.
- MORALES MUÑIZ, Dolores Carmen: *Alfonso de Avila, rey de Castilla*. Avila, 1988.
- MORALES MUÑIZ, Dolores Carmen: "Las confederaciones nobiliarias en Castilla durante la guerra civil de 1465", *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), p. 455-463.
- MOUCHEZ, Phillipe: *Demografía*. Barcelona, 1966.
- MOXÓ Y ORTIZ DE VILLAJOS, Salvador de: "El auge de la nobleza urbana en Castilla y su proyección en el ámbito administrativo y rural a comienzos de la Baja Edad Media (1270-1370)", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXVIII (1981), p. 405-516.
- MOXÓ Y ORTIZ DE VILLAJOS, Salvador de: "De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria castellana en la Baja Edad Media", *Cuadernos de Historia. Anexos de la revista Hispania*, 3 (1969), p. 1-210.
- MOXÓ Y ORTIZ DE VILLAJOS, Salvador de: "La nobleza castellano-leonesa en la Edad Media. Problemática que suscita su estudio en el marco de una historia social", *Hispania*, XXX (1970), p. 5-68.
- MOXÓ Y ORTIZ DE VILLAJOS, Salvador de: *Repoblación y sociedad en la España cristiana medieval*. Madrid, 1979, p. 201-216.
- MOXÓ Y ORTIZ DE VILLAJOS, Salvador de: "Los señoríos: cuestiones metodológicas que plantea su estudio", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLII (1973), p. 271-309.

- MOXÓ Y ORTIZ DE VILLAJOS, Salvador de: "Los señoríos: estudio metodológico", *Actas de las I Jornadas de metodología aplicada a las Ciencias Históricas*, Santiago de Compostela, 1975, tomo II, p. 163-174.
- NIETO SORIA, José Manuel: *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*. Madrid, 1993.
- NIETO SORIA, José Manuel: "Imágenes realigiosas del rey y del poder real en la Castilla del siglo XIII", *En la España Medieval*, V (1986), tomo II, p. 709-725.
- NIETO SORIA, José Manuel: "La Realeza", *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)* (dir. J. M. Nieto), Madrid, 1999, p. 25-62.
- OPITZ, Claudia: "Vida cotidiana de las mujeres en la Baja Edad Media (1250-1500)", *Historia de las mujeres*, 2: *La Edad Media*, Madrid, 1992, p. 321-395.
- ORLANDIS, José: "Sobre la elección de la sepultura en la España medieval", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XX (1950).
- OSTOS SALCEDO, Pilar, y PARDO RODRÍGUEZ, María Luisa (ed.): *Estudios sobre el Notariado europeo (siglos XIV-XV)*. Sevilla, 1997.
- O' CALLAGHAN, Joseph F.: *The Spanish Military Order of Calatrava and its Affiliates*. Londres, 1975.
- PACHECO, F. L.: "Legítima", *Enciclopedia de Historia de España: V. Diccionario temático* (dir. M. Artola), Madrid, 1991, p. 727-728.
- PALACIOS MARTÍN, Bonifacio: "Los símbolos de la soberanía en la Edad Media española. El simbolismo de la espada", *VII Centenario del infante don Fernando de la Cerda*, Ciudad Real, 1976, p. 273-296.

- PALLARÉS MÉNDEZ, María del Carmen y PORTELA SILVA, Ermelindo: "Los espacios de la muerte", *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y el Arte de la Edad Media* (II), Santiago de Compostela, 1992, p. 27-35.
- PASCUAL MARTÍNEZ, Lope: "Estudios de Diplomática castellana. El documento privado y público en la Baja Edad Media: los escribanos", *Miscelánea Medieval Murciana*, VII (1981).
- PÉREZ, Joseph: *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*. Madrid, 1988.
- PÉREZ, Joseph: *La revolución de las Comunidades de Castilla*. Madrid, 1998. (Sexta edición).
- PÉREZ-BUSTAMANTE GONZÁLEZ DE LA VEGA, Rogelio: *El Gobierno y la Administración Territorial de Castilla (1230-1474)*. Madrid, 1976. (2 tomos).
- PÉREZ-BUSTAMANTE GONZÁLEZ DE LA VEGA, Rogelio: *Los oficios de Casa, Corte y Cancillería en Castilla durante la Baja Edad Media*. Tesis doctoral inédita.
- PÉREZ-BUSTAMANTE GOZÁLEZ DE LA VEGA, Rogelio y CALDERÓN ORTEGA, José Manuel: *Felipe I. 1506*. Palencia, 1995.
- PÉREZ-PRENDES Y MUÑOZ DE ARRACO, José Manuel: *Cortes de Castilla*. Barcelona, 1974.
- PESCADOR, María del Carmen: "La caballería popular en León y Castilla", *Cuadernos de Historia de España*, XXXIII-XXXIV (1961), p. 101-238; XXXV-XXXVI (1962), p. 56-201; XXXVII-XXXVIII (1963), p. 88-198; y XXXIX-XL (1964), p. 169-260.
- PISKORSKI, Wladimiro: *Las Cortes de Castilla en el periodo de tránsito de la Edad Media a la Moderna (1188-1520)*. Barcelona, 1977.

- PITT-RIVERS, J.: "Honor", *Enciclopedia internacional de las Ciencias Sociales* (dir. D. L. Sills), Madrid, 1976, tomo 5, p. 514.
  
- PORRAS ARBOLEDAS, Pedro Andrés: "Las ordenanzas municipales. Algunas propuestas para su estudio y un ejemplo", *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 7 (1994), p. 49-64.
  
- PORRAS GIL, María C.: "El concepto de la muerte a finales de la Edad Media", *Boletín de la Institución 'Fernán González'*, 65 (1993).
  
- PRO RUIZ, Juan: "Las capellanías: familia, Iglesia y propiedad en el Antiguo régimen", *Hispania Sacra*, 41 (1989), p. 585-602.
  
- QUINTANILLA RASO, María Concepción: "Haciendas señoriales nobiliarias en el Reino de Castilla a fines de la Edad Media", *Historia de la Hacienda española (épocas antigua y medieval). Homenaje al profesor García de Valdeavellano*, Madrid, 1982, p. 769-798.
  
- QUINTANILLA RASO, María Concepción: "La nobleza", *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)* (dir. J. M. Nieto), Madrid, 1999, p. 63-103.
  
- QUINTANILLA RASO, María Concepción: "Nobleza y señoríos en Castilla durante la Baja Edad Media. Aportaciones de la Historiografía reciente", *Anuario de Estudios Medievales*, 14 (1984), p. 613-639.
  
- QUINTANILLA RASO, María Concepción: "El protagonismo nobiliario en la Castilla bajomedieval. Una revisión historiográfica", *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 7 (1997), p. 187-233.
  
- RÁBADE OBRADÓ, María del Pilar: *Una élite de poder: los judeo-conversos en la época de los Reyes Católicos*. Madrid, 1993.

- RÁBADE OBRADÓ, María Pilar: "Los escribanos públicos en la Corona de Castilla durante el reinado de Juan II. Una aproximación de conjunto", *En la España Medieval*, 19 (1996), p. 125-166.
- RÁBADE OBRADÓ, María Pilar: "Judeoconversos e Inquisición", *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)* (dir. J. M. Nieto Soria), Madrid, 1999, p. 239-272.
- RÁBADE OBRADÓ, María del Pilar: "Simbología y propaganda política en los formularios cancillerescos de Enrique II de Castilla", *En la España Medieval*, 18 (1995), p. 223-239.
- REILLY, Bernard F. *El reino de León y Castilla bajo el rey Alfonso VI, 1065-1109*. Toledo, 1989.
- RODRÍGUEZ-PICAVEA MATILLA, Enrique: *Las órdenes militares y la Frontera. La contribución de las Órdenes a la delimitación de la jurisdicción territorial de Castilla en el siglo XII*. Madrid, 1995.
- ROYER DE CARDINAL, Susana: *Morir en España (Castilla Baja Edad Media)*. Buenos Aires.
- RUIZ MARTÍN, Felipe: "La población española al comienzo de los tiempos modernos", *Cuadernos de Historia. Anexos de la revista Hispania*, 1 (1967), p. 189-202.
- RUIZ MARTÍN, Felipe: "La plaza de cambios de Valencia (siglos XIV-XVIII)", *Economía española, cultura y sociedad. Homenaje a Juan Velarde Fuertes ofrecido por la Universidad Complutense*, Madrid, 1992, p. 181-210.
- SÁNCHEZ-ARCILLA BERNAL, José: *La administración de justicia en León y Castilla en la Baja Edad Media (1252-1504)*. Madrid, 1980.



- SETA, Cesare de: "Las murallas, símbolo de la ciudad", *La ciudad y las murallas* (ed. C. de Seta y J. Le Goff), Madrid, 1991, p. 21-66.
- SOLANA VILLAMOR, M. C.: *Cargos de Casa y Corte de los Reyes Católicos*. Valladolid, 1962.
- SOLANO RUIZ, Emma: *La Orden de Calatrava en el siglo XV. Los señoríos castellanos de la Orden al fin de la Edad Media*. Sevilla, 1978.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: "Evolución de las hermandades castellanas", *Cuadernos de Historia de España*, XVI (1951), p. 5-78.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: "Del seguro de Tordesillas a la batalla de Olmedo", *Los Trastámaras y la unidad española*, Madrid, 1980, p. 377-387.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *Nobleza y Monarquía. Puntos de vista sobre la historia política castellana del siglo XV*. Valladolid, 1975. (Segunda edición corregida).
- TENENTI, Alberto: *Il senso della morte e l' amore della vita nel Rinascimento*. Turin, 1977.
- TOMÁS Y VALIENTE, Francisco: "Origen bajomedieval de la patrimonialización y la enajenación de oficios públicos en Castilla", *Actas del I Symposium de Historia de la Administración*, Madrid, 1970, p. 123-159.
- TORRES BALBÁS, "Estructura de las ciudades musulmanas: la medina, los arrabales y los barrios", *Al-Andalus*, XVIII (1953), p. 149-177.
- TORRES FONTES, Juan: *El príncipe don Alfonso, 1465-1468*. Murcia, 1971.
- TORRES SANZ, David: *La Administración Central castellana en la Baja Edad Media*. Valladolid, 1982.

- VAL VALDIVIESO, María Isabel del: Ascenso social y lucha por el poder en las ciudades castellanas del siglo XV", *En la España Medieval*, 17 (1994), p. 157-184.
- VAL VALDIVIESO, María Isabel del: "Los bandos nobiliarios durante el reinado de Enrique IV", *Hispania*, 129 (1975), p. 249-293.
- VAL VALDIVIESO, María Isabel del: "La intervención real en las ciudades castellanas bajomedievales", *Miscelánea Medieval Murciana*, XIX-XX (1995-1996), p. 67-78.
- VAL VALDIVIESO, María Isabel del: "Oligarquía versus Común (Consecuencias sociopolíticas del triunfo del regimiento en las ciudades castellanas)", *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 4 (1994), p. 41-58.
- VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Los conflictos sociales en el Reino de Castilla en los siglos XIV y XV*. Madrid, 1979.
- VALDEÓN BARUQUE, Julio: "Reflexiones sobre las murallas urbanas de la Castilla medieval", *La ciudad y sus murallas* (ed. de C. de Seta y J. Le Goff), Madrid, 1991, p. 67-87.
- VECCHIO, Silvia: "La buena esposa", *Historia de las mujeres, 2: La Edad Media*, Madrid, 1992, p. 133-169.
- VOVELLE, Michel: *La mort et l' Occident de 1300 à nos jours*. París, 1983.
- WOLFF, Phillipe: "The 1391 pogrom in Spain, social crisis or not?", *Past and Present*, 50 (1971), p. 4-18.
- YARZA LUACES, Joaquín: "La capilla funeraria hispana en torno a 1400", *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y el Arte de la Edad Media*, Santiago de Compostela, 1988, p. 67-91.

### III.2. Bibliografía de ámbito regional y local

- ABELLÁN PÉREZ, Juan: *El Concejo de Jerez de la Frontera en la primera mitad del siglo XV: composición, sistemas de elección y funcionamiento del Cabildo*. Jerez de la Frontera, 1991.
- ABELLÁN PÉREZ, Juan y GARCÍA GUZMÁN, María del Mar: *La religiosidad de los jerezanos según sus testamentos (siglo XV)*. Cádiz, 1997.
- ALONSO, J. I. y CALDERÓN ORTEGA, José Manuel: "Los Acuña, la expansión de un linaje de origen portugués en tierras de Castilla", *Actas de las II Jornadas Luso-Espanholas de História Medieval*, Oporto, 1989, tomo III, p. 851-860.
- ÁLVAREZ DE FRUTOS, Pedro: "Segovia y la guerra de las Comunidades. Análisis social", *Hispania*, 158 (1984), p. 469-494.
- ALVAREZ GARCÍA, C.: "La revolución de las comunidades en Medina del Campo", *Historia de Medina del Campo y su Tierra* (coord. E. Lorenzo), Valladolid, 1986, tomo I.
- ASENJO GONZÁLEZ, María: "Ciudad y tierra: relaciones económicas y sociales en la época medieval", *Congreso sobre el Centenario de la fundación de Segovia*, Segovia, 1991, p. 1-19.
- ASENJO GONZÁLEZ, María: "Encabezamientos de alcabalas en Segovia y su episcopalía (1495-1506). Innovaciones fiscales y reacción social", *En la España Medieval*, 20 (1997), p. 251-280.

- ASENJO GONZÁLEZ, María: "Participación femenina en las compañías comerciales castellanas a fines de la Edad Media. Los mercadeeros segovianos", *El trabajo de las mujeres en la Edad Media hispana*, Madrid, 1988, p. 223-234.
- ASENJO GONZÁLEZ, María: "Relaciones económicas y sociales en la época medieval", *Segovia 1088-1988. Congreso de Historia de la Ciudad. Actas*, Segovia, 1991, p. 59-75.
- ASENJO GONZÁLEZ, María: "La repoblación de las Extremaduras (siglos X-XIII)", *Actas del Coloquio de la V Asamblea de la Sociedad de Estudios Medievales*, Zaragoza, 1991, p. 73-100.
- ASENJO GONZÁLEZ, María: *Segovia. La ciudad y su tierra a fines del Medievo*. Segovia, 1986.
- ASENJO GONZÁLEZ, María: "Sociedad urbana y repoblación en las tierras de Segovia, al sur de la Sierra de Guadarrama", *En la España Medieval*, V (1986), p. 125-149.
- AZCONA, Tarsicio de: *San Sebastián y la provincia de Guipúzcoa durante la guerra de las Comunidades (1520-1521). Estudios y documentos*, San Sebastián, 1974.
- BAQUERO MORENO, Humberto: "Exiliados portugueses en Castela durante a crisis dos finais do seculo XIV (1384-1388)", *Actas de las II Jornadas Luso-Espanholas de História Medieval*, Oporto, 1989, p. 69-101.
- BECEIRO PITA, Isabel: "Los Pimentel, señores de Braganza y Benavente", *Actas de las II Jornadas Luso-Espanholas de História Medieval*, Oporto, 1989, tomo I, p. 317-331.
- BECEIRO PITA, Isabel: "El uso de los ancestros por la aristocracia castellana. El caso de los Ayala", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 50/2 (1995).

- BEJARANO RUBIO, Amparo: "La elección de sepultura a través de los testamentos medievales murcianos", *Miscelánea Medieval Murciana*, XIV (1987-1988).
- BEJARANO RUBIO, Amparo: "Los escribanos públicos en Castilla: el condado de Ledesma en el siglo XVI", *Miscelánea Medieval Murciana*, XIX-XX (1995-1996), p. 9-26.
- BEJARANO RUBIO, Amparo: *El hombre y la muerte. Los testamentos murcianos bajomedievales*. Cartagena, 1990.
- BONACHÍA HERNANDO, Juan Antonio: *El Concejo de Burgos en la Baja Edad Media (1345-1426)*. Valladolid, 1978.
- BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes: "El Concejo de Sevilla", *Sevilla en tiempos de Alfonso X*, Sevilla, 1987, p. 95-155.
- BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes: "Efectos del cambio económico en le ámbito rural. Los sistemas de crédito en el campo sevillano (fines del siglo XV y principios del XVI)", *En la España Medieval*, V 81986), p. 219-243.
- BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes: "Influencias de la economía urbana en el entorno rural de la Sevilla bajomedieval", *Las ciudades andaluzas (siglos XIII-XVI)*, Málaga, 1991, p. 609-616.
- BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes: *El mundo rural de Sevilla en el siflo XV: Aljarafe y Ribera*. Sevilla, 1983.
- CABALLERO, ~~Fernán~~ Fermin: "Noticias de la vida, cargos y escritos del doctor Alonso Díaz de Montalvo", *Conquenses ilustres*, Madrid, 1893, tomo III, p. 17-79.
- CABAÑAS GÓNZALEZ, María Dolores: "La reforma municipal de Fernando de Antequera en Cuenca", *Anuario de Estudios Medievales*, 12 (1982), p. 381-397.

- CABRERA MUÑOZ, Emilio: *El condado de Belalcázar (1444-1518). Aportación al estudio del régimen señorial en la Baja Edad Media*. Córdoba, 1977.
- CABRERA MUÑOZ, Emilio: "En torno a las relaciones entre campo y ciudad en la Andalucía bajomedieval", *Las ciudades andaluzas (siglos XIII-XVI)*, Málaga, 1991, p. 593-607.
- CABRERA MUÑOZ, Emilio: "La fortuna de una familia noble castellana a través de un inventario de mediados del siglo XV", *Historia. Instituciones. Documentos*, 2 (1975), p. 9-42.
- CABRERA MUÑOZ, Emilio: "La oposición de las ciudades al régimen señorial: el caso de Córdoba frente a los Sotomayor de Belalcázar", *Historia. Instituciones. Documentos*, 1 (1974), p. 13-39.
- CABRERA MUÑOZ, Emilio: "Orígenes del señorío de Espejo y formación de su patrimonio territorial (1297-1319)", *En la España Medieval*, 2 (1982), p. 211-231.
- CABRERA SÁNCHEZ, Margarita: *Nobleza, oligarquía y poder en Córdoba al final de la Edad Media*. Córdoba, 1998.
- CABRERA SÁNCHEZ, Margarita: "El sentido de la muerte en la nobleza cordobesa durante la segunda mitad del siglo XV", *Meridies*, I (1994), p. 63-83.
- CALDERÓN ORTEGA, José Manuel: "La hacienda de los duques de Alba en el siglo XV: ingresos y gastos", *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 9 (1996), p. 137-227.
- CALDERÓN ORTEGA, José Manuel: "La hacienda de los duques de Alba en los siglos XV y XVI: las instituciones", *Hispania*, 183 (1993), p. 57-113.
- CARANDE THOVAR, Ramón: "El obispo, el concejo y los regidores de Palencia (1352-1422). Aportación documental sobre el gobierno de una ciudad en la Edad Media", *Siete estudios de Historia de España*, Barcelona, 1969, p. 55-93.

- CARMONA RUIZ, M. A.: "Luchas de bandos en Baeza", *III Jornadas de Historia Medieval. La Península en la Era de los Descubrimientos, 1391-1492*, Sevilla, 1997, tomo II, p. 1301-1308.
- CASTILLO GÓMEZ, Antonio: "Las fiestas y el gasto público en el Concejo de Alcalá de Henares en el siglo XV", *Jornades d' Estudis Locals*, Palma de Mallorca, 1993.
- CAUNEDO DEL POTRO, Betsabé: "Acerca de la riqueza de los mercaderes burgaleses. Aproximación a su nivel de vida", *En la España Medieval*, 16 (1993).
- CAUNEDO DEL POTRO, Betsabé: "Un inventario de bienes de Gómez Manrique", *Estudios de Historia Medieval en homenaje a Luis Suárez Fernández*, Valladolid, 1991, p. 95-114.
- COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, Antonio: "Documentation pour l' étude de la fiscalité et des finances municipales de Séville au bas Moyen Âge", *La fiscalité des villes au Moyen Âge (France méridionale, Catalogne et Castille): 1. Étude des sources* (coord. D. Menjot y M. Sánchez Martínez), Toulouse, 1997, p. 37-44.
- COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, Antonio: "Los fiadores en la hacienda concejil sevillana bajomedieval", *Mayurqa*, 22 (1989), tomo I, p. 191-198.
- COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, Antonio: *El mayordomo del Concejo de Sevilla en el siglo XV*. Memoria de licenciatura inédita, Universidad de Sevilla.
- COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, Antonio: *Sevilla en la Baja Edad Media. La ciudad y sus hombres*. Sevilla, 1977.
- COURTEMANCHE, Danielle: *Ouvrer pour la prospérité. Les testaments parisiens des gens du roi au début du XVème siècle*. Paris, 1997.

- CRUCES BLANCO, Esther: *La configuración político-administrativa del Concejo de Málaga. Regidores, jurados y clanes urbanos (1495-1516)*. Tesis doctoral inédita.
- CRUZ COELHO, Maria Helena da: "Os tabeliaes em Portugal. Perfil profissional e sócio-económico (sécs. XIV-XV)", *Historia. Instituciones. Documentos*, 23 (1996), p. 173-211.
- CUARTAS RIVERO, Margarita: "La venta de oficios públicos en Castilla – León durante el siglo XVI", *Hispania*, XLIV (1984), p. 495-516.
- DIAGO HERNANDO, Máximo: *Estructuras de poder en Soria a fines de la Edad Media*. Valladolid, 1993.
- EDWARDS, John H.: *Christian Cordoba. The city and its region in Later Middle Ages*. Cambridge, 1982.
- EDWARDS, John H.: "La nobleza de Córdoba y la revuelta de las Comunidades", *Las ciudades andaluzas (siglos XIII-XVI)*, Málaga, 1991, p. 561-574.
- FRANCO SILVA, Alfonso: *La esclavitud en Sevilla y su tierra a fines de la Edad Media*. Sevilla, 1979.
- FRANCO SILVA, Alfonso: "La fortuna de Alvar Pérez de Guzmán, alguacil mayor de Sevilla y señor de Orgaz (1483)", *Archivo Hispalense*, CCXVI (1988), p. 37-67.
- FRANCO SILVA, Alfonso: "La fortuna del adelantado mayor de Castilla Gómez Manrique", *Ifigea*, II (1985), p. 107-123.
- FRANCO SILVA, Alfonso: "El mariscal García de Herrera y el marino don Pedro Niño, conde de Buelna. Ascenso y fin de dos linajes de la nobleza nueva de Castilla", *Historia. Instituciones. Documentos*, 15 (1988), p. 181-216.



- FRANCO SILVA, Alfonso y GARCÍA LUJÁN, José Antonio: “Los Pacheco. La imagen mítica de un linaje portugués en tierras de Castilla”, *Actas de las II Jornadas Luso-Espanholas de História Medieval*, Oporto, 1989, tomo III, p. 943-991.
- GARCÍA GUZMÁN, María del Mar: “Ascenso político y formación del patrimonio de Juan Fernández Galindo, comendador de Reina, durante el reinado de Enrique IV”, *Cuadernos de Estudios Medievales y Ciencias y Técnicas Historiográficas*, XVII (1992), p. 141-171.
- GERBET, Marie Claude: *La noblesse dans le Royaume de Castille. Étude sur ses structures sociales en Estrémadure de 1454 à 1516*. París, 1979.
- GÓMEZ-MENOR FUENTES, José Carlos: *La antigua tierra de Talavera*, Talavera. 1965.
- GÓMEZ-MENOR FUENTES, José Carlos: *El linaje familiar de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz*. Toledo, 1970.
- GONZÁLEZ CRESPO, Esther: “El patrimonio dominical de los Velasco a través del ‘Libro de las Behetrías’. Contribución al estudio de la fiscalidad señorial”, *Anuario de Estudios Medievales*, 16 (1986), p. 239-250.
- GONZÁLEZ GÓMEZ, Antonio: “Notas sobre el patrimonio de un linaje trujillano a fines del siglo XV. El caso de los Tapia”, *Anales de la Universidad de Alicante*, 4-5 (1986), p. 237-255.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio: *Repoblación de Castilla la Nueva*, Madrid, 1975. (2 tomos).
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel: “La caballería popular en Andalucía (siglos XIII-XV)”, *Anuario de Estudios Medievales*, 15 (1985), p. 315-329.

- GONZÁLEZ MÍNGUEZ, César: "Privilegios fiscales de Vitoria en la Edad Media: la fonsadera", *Hispania*, 130 (1975), p. 433-490.
- GUERRERO NAVARRETE, Yolanda: "Aproximación a las relaciones campo-ciudad en la Edad Media: el alfoz y el señorío burgalés. Génesis y primer desarrollo", *Historia. Instituciones. Documentos*, 16 (1989), p. 15-45.
- GUERRERO NAVARRETE, Yolanda: "Formas de transmisión del poder en el sistema oligárquico burgalés del siglo XV", *La ciudad de Burgos. Actas del Congreso de Historia de Burgos. MC aniversario de la fundación de la ciudad, 884-1984*, Valladolid, 1987, p. 173-183.
- GUERRERO NAVARRETE, Yolanda: *Organización y gobierno de Burgos durante el reinado de Enrique IV de Castilla, 1453-1476*. Madrid, 1986.
- GUERRERO NAVARRETE, Yolanda y SÁNCHEZ BENITO, José María: *Cuenca en la Baja Edad Media: un sistema de poder urbano*. Cuenca, 1984.
- GUERRERO VENTAS, Pedro: "El fuero de Consuegra y la repoblación de La Mancha", *Provincia*, 12 (1954).
- GUERRERO VENTAS, Pedro: *El Gran Priorato de San Juan de Jerusalén en el Campo de La Mancha*. Toledo, 1969.
- KLAPISH-ZUBER, Christiane: "La invenzione del passato familiare a Firenze", *La famiglia e le donne nel Rinascimento a Firenze*, Roma, 1988.
- LADERO QUESADA, Manuel Fernando: *La ciudad de Zamora en la época de los Reyes Católicos*. Zamora, 1991.

- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "Las ciudades de Andalucía occidental en la Baja Edad Media: sociedad, morfología y funciones urbanas", *En la España Medieval*, 69-107.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "De Per Afán a Catalina de Ribera. Siglo y medio en la historia de un linaje sevillano (1371-1514)", *En la España Medieval*, 4 (1984), p. 447-497.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: *Historia de Sevilla: II. La ciudad medieval (1248-1492)*. Sevilla, 1980. (Segunda edición revisada).
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "El modo de vida noble y su entorno social y cultural en Andalucía a fines de la Edad Media: Guzmanes y Ponces", *II Congreso de Academias Iberoamericanas de la Historia*, Madrid, 1994, p. 291-318.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: "Los propios de Sevilla (1486-1502)", *Los mudéjares de Castilla y otros estudios de Historia Medieval andaluza*, Granada, 1989, p. 313-346.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel, "Rentas condales en Plasencia (1454-1488)" *Homenaje al profesor Lacarra*, Zaragoza, 1977, tomo IV, p. 235-265.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel y GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel: *Diezmo eclesiástico y producción de cereales en el Reino de Sevilla (1408-1503)*. Sevilla, 1979,
- LARRÉN IZQUIERDO, Hortensia: *El castillo de Oreja y su encomienda. Arqueología e historia de su asentamiento y entorno geográfico*. Toledo, 1984.
- LÓPEZ BENITO, Clara Isabel: *Bandos nobiliarios en Salamanca al iniciarse la Edad Moderna*. Salamanca, 1983.
- LÓPEZ BENITO, Clara Isabel: *La nobleza salmantina ante la vida y la muerte: 1476-1535*. Salamanca, 1992.

- LÓPEZ VILLALBA, José Miguel: "Concejo abierto, regimiento y corregimiento en Guadalajara (1346-1504)", *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 5 (1992), p. 65-83.
- MALALANA UREÑA, Antonio: *Escalona medieval (1083-1400)*. Madrid, 1987.
- MARANDET, Marie Claude: *Le souci de l' Au-delà: la pratique testamentaire dans la région toulousaine (1300-1450)*, Perpiñán, 1998.
- MARTÍN FUERTES, José Antonio: "Notarios públicos y escribanos del Concejo de León en el siglo XV", *Archivos Leoneses*, 75 (1984), p. 7-28.
- MARTÍNEZ DíEZ, Gonzalo: *Las comunidades de villa y tierra de la Extremadura castellana. (Estructura histórico-geográfica)*. Madrid, 1983.
- MAZO ROMERO, Fernando: *El condado de Feria (1394-1503). Contribución al estudio del proceso señorializador en Extremadura durante la Edad Media*. Badajoz, 1980.
- MAZO ROMERO, Fernando: "Los Suárez de Figueroa y el señorío de Feria", *Historia. Instituciones. Documentos*, 1 (1974), p. 113-174.
- MENJOT, Denis: *Fiscalidad y sociedad: Los murcianos y el impuesto en la Baja Edad Media*. Murcia, 1986.
- MOLINA GUTIÉRREZ, Pilar: "La formación del patrimonio de los marqueses de Moya", *En la España Medieval*, 12 (1989), p. 285-304.
- MOLINA GUTIÉRREZ, Pilar: *Origen del señorío de los Cabrera y posesiones en la zona de Madrid: el Marquesado de Moya*. Memoria de licenciatura inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1986.

- MOLINA MOLINA, Ángel Luis y VEAS ARTESEROS, Francisco de Asís, “Los regidores del Concejo de Lorca. Sus ordenanzas y evolución (1399-1509)”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 1 (1988), p. 495-524.
- MONTERO TEJADA, Rosa María: *Nobleza y sociedad en Castilla. El linaje Manrique (siglos XIV-XVI)*. Madrid, 1996.
- MONTERO TEJADA, Rosa María: “Los señoríos de los Manrique en la Baja Edad Media”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 7 (1994), p. 205-258.
- MONTURIOL GONZÁLEZ, María de los Ángeles: “Estructura y evolución del gasto en la Hacienda Municipal de Madrid: último tercio del siglo XV”, *En la España Medieval*, 5 (1984), p. 651-692.
- MORENO NÚÑEZ, José Ignacio: “Los Portocarrero de Toro, linaje de ascendencia portuguesa y consolidación en Castilla”, *Actas de las II Jornadas Luso-Espanholas de História Medieval*, Oporto, 1989, tomo II, p. 993-1028.
- MORENO NÚÑEZ, José Ignacio: “El Regimiento de Toro en el siglo XV”, *En la España Medieval*, 6 (1985), p. 773-783.
- MURRAY, James M.: *Notarial instruments in Flandres between 1280 and 1452*. Bruselas, 1995.
- MURRAY, James M., OOSTERBOCH, Michael, y PREVENIER, Walter: “Les notaires publics dans le anciens Pays-Bas du XIIe au XVIe siècle”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 23 (1996), p. 385-401.
- PALENCIA HERREJÓN, Juan Ramón: “Fundación y consolidación del Marquesado de Aguilar de Campoo a través de los pleitos de Garci Fernández Manrique (1480-1499)”, *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, Palencia, 1996, tomo II, p. 792-793.

- PALLARÉS MÉNDEZ, María del Carmen y PORTELA SILVA, Ermelindo: "Muerte y sociedad en la Galicia medieval (siglos XII-XV)", *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y el Arte de la Edad Media*, Santiago de Compostela, 1988, p. 21-29.
- PARDO RODRÍGUEZ, María Luisa: "Exámenes para escribano público de Carmona de 1501 a 1502", *Historia. Instituciones. Documentos*, 20 (1993), p. 303-312.
- PARDO RODRÍGUEZ, María Luisa: "Notariado y Monarquía: los escribanos públicos de la ciudad de Sevilla en el reinado de los Reyes Católicos", *Historia. Instituciones. Documentos*, 19 (1992), p. 317-326.
- PARDOS MARTÍNEZ, Julio Antonio: "Hacienda municipal y constitución de rentas: 'censos' y deuda pública del Concejo en Burgos, ca. 1476-1510", *Anuario de Historia del Derecho Español*, LIV (1984), p. 599-612.
- PÉREZ-BUSTAMANTE GONZÁLEZ DE LA VEGA, Rogelio: "Propiedades y vasallos de Pero Niño, conde de Buelna, en las Asturias de Santillana", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXIII (1976), p. 97-110.
- PINO GARCÍA, José Luis del: "El Concejo de Córdoba a fines de la Edad Media: estructura interna y política municipal", *Historia. Instituciones. Documentos*, 20 (1993), p. 355-401.
- PORRAS ARBOLEDAS, Pedro Andrés: "Los bandos señoriales de la ciudad de Jaén en los siglos XIV y XV", *Senda de los Huertos*, IX (1988), p. 29-39.
- PRO RUIZ, Juan: "Las capellanías: familia, Iglesia y propiedad en el Antiguo régimen", *Hispania Sacra*, 41 (1989), p. 585-602.
- QUINTANILLA RASO, María Concepción: "Les confédérations de nobles et les bandos dans le Royaume de Castille au bas Moyen Age. L' exemple de Cordove", *Journal of Medieval History*, 16 (1990), p. 165-179.

- QUINTANILLA RASO, María concepción: "El dominio de las ciudades por la nobleza. El caso de Córdoba en la segunda mitad del siglo XV", *En la España Medieval*, 10 (1987), p. 109-124.
- QUINTANILLA RASO, María Concepción: "Estructura y función de los bandos nobiliarios en Córdoba a fines de la Edad Media", *Bandos y querellas dinásticas en España al final de la Edad Media*, París, 1991, p. 157-193.
- QUINTANILLA RASO, María Concepción: *Nobleza y señoríos en el Reino de Córdoba. La Casa de Aguilar (siglos XIV y XV)*. Córdoba, 1980.
- QUINTANILLA RASO, María concepción: "Política ciudadana y jerarquización del poder. Bandos y parcialidades en Cuenca", *En la España Medieval*, 20 (1997), p. 219-250.
- RÁBADE OBRADÓ, María Pilar: "Las escribanías como conflicto entre poder regio y poder concejil en la Castilla del siglo XV: el caso de Cuenca", *Anuario de Estudios Medievales*, 21 (1991), p. 247-276.
- RÁBADE OBRADÓ, María Pilar: "Las lugartenencias de escribanía como conflicto: un ejemplo de la época de los Reyes Católicos", *Espacio, tiempo y Forma. Historia Medieval*, 5 (1992), p. 211-228.
- RIESCO DE ITURRI, María Begoña: *La Casa de Silva y el Condado de Cifuentes. Un ejemplo de régimen señorial castellano en la Baja Edad Media*. Memoria de licenciatura inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1990.
- RIESCO DE ITURRI, María Begoña: "Constitución y organización de un señorío nobiliario en el obispado de Sigüenza en el siglo XV: el Condado de Cifuentes", *Wad-al-Hachara*, XIX (1992), p. 221-229.

- RIESCO DE ITURRI, María Begoña: "Propiedades y fortuna de los condes de Cifuentes. La constitución del patrimonio a lo largo del siglo XV", *En la España Medieval*, 15 (1992).
- RODRÍGUEZ-PICAVEA MATILLA, Enrique: *La villa de Maqueda en la Edad Media. Evolución de un concejo toledano desde el realengo hasta el final del señorío calatravo (siglos XI-XV)*. Toledo, 1996.
- ROMERO ROMERO, Francisco José: *Sevilla y los pedidos de Corte en el siglo XV*. Sevilla, 1997.
- RONCIÈRE, Charles de la: "La vida privada de los nobles toscanos en el umbral del Renacimiento", *Poder privado y poder público en la Europa feudal*, Madrid, 1991, p. 163-309.
- RUBIO VELA, Agustín: *L' escrivania municipal de València als segles XIV i XV: burocràcia, política i cultura*. Valencia, 1995.
- RUBIO VELA, Agustín: "L' escrivania municipal de València en els segles XIV i XV: notes y documents", *Caplletra. Revista Internacional de Filologia*, 15 (1993).
- RUCQUOI, Adeline: "Le Diable et les Manrique", *Razo. Cahiers du Centre d' Études Médiévales de Nice*, VIII (1988), p. 103-111.
- RUCQUOI, Adeline: *Valladolid en la Edad Media: Génesis de un poder*. Nueva edición, Valladolid, 1997.
- RUCQUOI, Adeline: *Valladolid en la Edad Media: El mundo abreviado (1367-1474)*. Nueva edición, Valladolid, 1997.
- RUIZ POVEDANO, José María: *El primer gobierno municipal de Málaga (1489-1495)*. Granada, 1989.



- RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, Juan Ignacio: "El régimen municipal de Plasencia en la Edad Media: del concejo organizado y autónomo al regimiento", *Historia. Instituciones. Documentos*, 17 (1990), p. 247-266.
- RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, Juan Ignacio: "Tránsito del concejo abierto al regimiento en el municipio leonés", *Archivos Leoneses*, XXIII (1969), p. 301-316.
- SÁNCHEZ BENITO, José María: "Poder y propiedad: los hermanos de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, Talavera y Ciudad Real", *Actas del I Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*, Toledo, 1988, tomo VI, p. 95.100.
- SÁNCHEZ BENITO, José María: *Santa Hermandad Vieja de Toledo, Talavera y Ciudad Real (siglos XIII-XV)*. Toledo, 1988.
- SÁNCHEZ BENITO, José María: "Sobre la Hermandad Vieja de Toledo, Talavera y Ciudad Real en la Edad Media: conflictos jurisdiccionales y poder sobre la tierra", *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), p. 147-155.
- SÁNCHEZ SAUS, Rafael: *Caballería y linaje en la Sevilla medieval. Estudio genealógico y social*. Sevilla, 1989.
- SÁNCHEZ SAUS, Rafael: "De los patrimonios nobiliarios en la Andalucía del siglo XV. Los bienes del caballero jerezano Martín Dávila (1502)", *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), p. 469-487.
- SANZ FUERTES, María Josefa: "Documento notarial y Notariado en la Asturias del siglo XIII", *Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XIV*, Valencia, 1989, p. 245-280.
- SKUPIENSKI, Krzysztof: "Les notaires publics en Pologne au Moyen Age", *Historia. Instituciones. Documentos*, 23 (1996), p. 403-419.

- SUÁREZ ÁLVAREZ, María Jesús: *La villa de Talavera y su tierra en la Edad Media (1369-1504)*. Toledo, 1983.
- TORRES FONTES, Juan: "La caballería de alarde murciana en el siglo XV", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXXVIII (1968), p. 31-86.
- TORRES FONTES, Juan: "El Concejo de Murcia en el reinado de Pedro I", *Cuadernos de Historia de España*, XXV-XXVI (1957), p. 251-278.
- TORRES FONTES, Juan: "El Concejo de Murcia en la Edad Media", *Concejos y ciudades en la Edad Media hispánica*, Ávila, 1990, p. 199-236.
- TORRES FONTES, Juan: "El Concejo murciano en el reinado de Alfonso XI", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXIII (1953), p. 139-159.
- TORRES FONTES, Juan: "La Hacienda concejil de Murcia en el siglo XIV", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXVI (1956), p. 741-756.
- VAL VALDIVIESO, María Isabel: "Medina del Campo en la época de los Reyes Católicos", *Historia de Medina del Campo y su tierra: I. Nacimiento y expansión* (E. Lorenzo), Medina del Campo, 1986, p. 231-314.
- VEAS ARTESEROS, Francisco de Asís: "Dinámica del Concejo de Murcia (1420-1440): los regidores", *Miscelánea Medieval Murciana*, IX (1982), p. 87-107.
- VEAS ARTESEROS, María del Carmen: *La Hacienda concejil murciana en el siglo XV (1423-1482)*. Tesis doctoral inédita, Universidad de Murcia, 1987.
- VEAS ARTESEROS, María del Carmen: "El privilegio de franquicia de pedido y moneda concedido a Murcia en 1477", *Miscelánea Medieval Murciana*, XII (1985).

- ZUTSHI, Patrick: "Notaries publics in England in the fourteenth and fifteenth centuries", *Historia. Instituciones. Documentos*, 23 (1996), p. 421-433.

### III.3. Estudios sobre Toledo y su Tierra

- ARANDA PÉREZ, Francisco José: *Poder municipal y Cabildo de Jurados en Toledo en la Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*. Toledo, 1992.
- ARANDA PÉREZ, Francisco José: *Poder municipal y oligarquías urbanas en Toledo en el siglo XVII*. Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1991.
- BARRIOS SOTOS, José Luis: "Arrendamientos y subarrendamientos de inmuebles urbanos en Toledo durante el siglo XV: acceso al 'dominio útil', su movilidad y fragmentación", *Anales Toledanos*, XXXIV (1997), p. 89-102.
- BARRIOS SOTOS, José Luis: *Santo Domingo el Real y Toledo a fines de la Edad Media (1364-1507)*. Toledo, 1997.
- BENITO RUANO, Eloy: "Don Pero Sarmiento, repostero mayor de Juan II de Castilla", *Hispania*, XVII (1957), p. 483-504.
- BENITO RUANO, Eloy: "Incidente en Polán (1470)", *Anales Toledanos*, XI (1976), p. 5-25.
- BENITO RUANO, Eloy: "Lope de Stúñiga. Vida y cancionero", *Revista Española de Filología*, LI (1968), p. 19-107.

- BENITO RUANO, Eloy: "Pero Sarmiento y la rebelión toledana de 1449", *Revista de la Universidad de Madrid*, V (1956).
- BENITO RUANO, Eloy "La sentencia-estatuto de Pero Sarmiento contra los conversos toledanos", *Revista de la Universidad de Madrid*, 22-23 (1957), p. 277-306.
- BENITO RUANO, Eloy: *Toledo en el siglo XV. Vida política*. Madrid, 1961.
- CALDERÓN ORTEGA, José Manuel: "Inventario de las propiedades en Toledo de doña Inés de Torres", *Anales Toledanos*, XX (1984), p. 37-44.
- CANTERA BURGOS, Francisco: "El poeta Cartagena del 'Cancionero General' y sus ascendientes los Franco", *Sefarad*, XXVIII:1 (1968), p. 3-39.
- CANTERA BURGOS, Francisco: *El poeta Ruy Sánchez Cota (Rodrigo Cota) y su familia de judíos conversos*. Madrid, 1969.
- CAUNEDO DEL POTRO, Betsabé: "Un importante papel de los mercaderes de Toledo a finales del siglo XV: abastecedores de la Casa Real", *Anales Toledanos*, XVI (1983), p. 139-149.
- CEPEDA ADÁN, José: *Notas para el estudio de la repoblación en el valle del Tajo: Huerta de Valdecarábanos*. Valladolid, 1965.
- CORCHADO SORIANO, Manuel: "El camino de Toledo a Córdoba", *Anuario de Historia Económica y Social*, 1 (1968), p. 621-634.
- DEDIEU, Jean Pierre: *L'administration de la foi. L'Inquisition de Tolède XVIe – XVIIIe siècles*. Madrid, 1992.

- DELGADO VALERO, Clara: *Toledo islámico: Ciudad, Arte e Historia*. Toledo, 1987.
- FRANCO SILVA, Alfonso: *El Condado de Fuensalida en la Baja Edad Media*. Cádiz, 1994.
- FRANCO SILVA, Alfonso: *El señorío toledano de Montalbán. De don Álvaro de Luna a los Pacheco*. Cádiz, 1992.
- GARCÍA LUJÁN, José Antonio: "Expansión del régimen señorial en la región de Toledo bajo Enrique II: Talavera de la Reina e Illescas", *Anales Toledanos*, XIV (1982), p. 75-93.
- GARCÍA LUJÁN, José Antonio: *Privilegios reales de la catedral de Toledo (1086-1462). Formación del patrimonio de la S. I. C. P. a través de las donaciones reales*. Toledo, 1982. (2 tomos).
- GARCÍA LUJÁN, José Antonio: "Una villa de señorío eclesiástico a través de sus ordenanzas: Ajofrín (Toledo) en la segunda mitad del siglo XV", *Anales Toledanos*, XVIII (1984), p. 63-70.
- GARCÍA-GALLO DE DIEGO, Alfonso: "Los fueros de Toledo", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLV (1975), p. 341-488.
- GÓMEZ-MENOR FUENTES, José Carlos: *Cristianos nuevos y mercaderes de Toledo*. Toledo, 1969.
- GÓMEZ-MENOR FUENTES, José Carlos: "Los Rojas toledanos", *Anales Toledanos*, VI (1973), p. 181-197.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio: *Repoblación de Castilla la Nueva*, Madrid, 1975. (2 tomos).
- GONZÁLEZ RUIZ, Ramón: *Hombres y libros de Toledo (1086-1300)*. Madrid, 1997.

- GRASSOTTI, Hilda: "En torno al señorío de Illescas", *Homenaje a don José María Lacarra de Miguel en su jubilación del profesorado*, Zaragoza, 1977, tomo III, p. 119-147.
- HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, Félix: "El camino de Córdoba a Toledo en época musulmana", *Al-Andalus*, 24 (1959), p. 1-69.
- IZQUIERDO BENITO, Ricardo: "Conflictos entre los poderes temporal y eclesiástico en las ciudades medievales: el caso de Toledo en 1390", *En la España Medieval*, 7 (1985), p. 1089-1103.
- IZQUIERDO BENITO, Ricardo: "Edad Media", *Historia de Toledo* (coord. J. Cruz), Toledo, 1997, p. 115-256.
- IZQUIERDO BENITO, Ricardo: *Un espacio desordenado. Toledo a fines de la Edad Media*. Toledo, 1996.
- IZQUIERDO BENITO, Ricardo: "El espacio público de Toledo en el siglo XV", *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 26 (1990), p. 25-63.
- IZQUIERDO BENITO, Ricardo: *La industria textil de Toledo en el siglo XV*. Toledo, 1989.
- IZQUIERDO BENITO, Ricardo: "El 'Libro de los Privilegios' de Toledo", *Anales Toledanos*, XXV (1988), p. 17-46.
- IZQUIERDO BENITO, Ricardo: *El patrimonio del Cabildo de la catedral de Toledo en la segunda mitad del siglo XIV*. Toledo, 1980.
- IZQUIERDO BENITO, Ricardo: *Privilegios reales otorgados a Toledo durante la Edad Media (1101-1494)*. Toledo, 1990.

- LÓPEZ PITA, Paulina: "Las Comunidades frente a Francisco de Rojas", *En la España Medieval*, V (1986), p. 591-601.
- LÓPEZ PITA, Paulina: *Layos. Origen y desarrollo de un señorío nobiliario: el de los Rojas, condes de Mora*. Toledo, 1988.
- LORENTE TOLEDO, Enrique: *Gobierno y Administración de la ciudad de Toledo y su término en la segunda mitad del siglo XVI*. Toledo, 1982.
- MARÍAS FRANCO, Fernando: *La Arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631)*. Toledo, 1983-1986. (3 tomos).
- MARTÍN-GAMERO GONZÁLEZ, Antonio: *Historia de la ciudad de Toledo, sus claros varones y sus monumentos*, ed. facsímil, Toledo, 1979. (2 tomos).
- MARTÍNEZ CAVIRÓ, Balvina: *Conventos de Toledo. Toledo, castillo interior*. Madrid, 1990.
- MARTÍNEZ CAVIRÓ, Balvina: "En torno al linaje de los Gudiel", *Genealogías mozárabes*, Toledo, 1981, tomo I, p. 81-90.
- MARTÍNEZ CAVIRÓ, Balvina "El linaje toledano de los Cervatos", *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 34 (1996), p. 221-242.
- MARTÍNEZ CAVIRÓ, Balvina: *Mudéjar toledano. Palacios y conventos*. Madrid, 1980.
- MARTÍNEZ DíEZ, Gonzalo: "Estructura administrativa local en el naciente Reino de Toledo", *Estudios sobre Alfonso VI y la Reconquista de Toledo*, Toledo, 1988, tomo II, p. 43-162.

- MARTÍNEZ GIL, Fernando: *La ciudad inquieta. Toledo comunera, 1520-1522*. Toledo, 1993.
- MENÉNDEZ PIDAL, Faustino: "Laso de la Vega", *Enciclopedia de Madrid, Castilla – La Mancha*, Madrid, 1984, tomo VI, p. 1638-1639.
- MENÉNDEZ PIDAL, Faustino: "Niño", *Enciclopedia de Madrid, Castilla – La Mancha*, Madrid, 1984, tomo IX, p. 2283-2284.
- MENÉNDEZ PIDAL, Faustino: "Rivadeneira", *Enciclopedia de Madrid, Castilla – La Mancha*, Madrid, 1984, tomo X, p. 2790-2791.
- MOLÉNAT, Jean Pierre: *Campagnes et Monts de Tolède du XIIe au XVe siècle*. Madrid, 1997.
- MOLÉNAT, Jean Pierre: "Des Beni 'Abd al-Malik aux comtes d' Orgaz: le lignage de Gonzalo Ruiz de Toledo", *Estudios sobre Alfonso VI y la reconquista de Toledo*, Toledo, 1988, tomo II, p. 259-279.
- MOLÉNAT, Jean Pierre: "Le problème du rôle des notaires mozarabes dans l' oeuvre des traducteurs de Tolède (XIIème - XIIIème siècle)", *En la España Medieval*, 18 (1995), p. 39-60.
- MOLÉNAT, Jean Pierre: "Quartiers et communautés à Tolède (XIIe - XVe siècles)", *En la España Medieval*, 12 (1989), p. 163-189.
- MOLÉNAT, Jean Pierre: "Réflexions sur les origines agraires de la révolte des Comunidades à Tolède", *Génèse médiévale de l' Espagne moderne. Du refus à la révolte: les resistances*, Niza, 1991, p. 193-208.



- MOLÉNAT, Jean Pierre: "La seigneurie rurale en Nouvelle Castille au XVème siècle: le cas d' Ajofrín", *Congreso de Historia rural. Siglos XV al XIX*, Madrid, 1983.
- MOLÉNAT, Jean Pierre: "Tolède et ses finages au temps des Rois Catholiques: contribution à l' histoire sociale et économique de la cité avant la révolte des Comunidades", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, VIII (1972), p. 327-377.
- MOLÉNAT, Jean Pierre: "L' urbanisme à Tolède aux XIVème et XVème siècles", *En la España Medieval*, 7 (1985), p. 1105-1111.
- MOLÉNAT, Jean Pierre: "La volonté de durer: majorats et chapellanies dans la pratique tolédane des XIIIème – XVème siècles", *En la España Medieval*, V (1986), tomo II, p. 683-696.
- MONTERO TEJADA, Rosa María: "La organización del Cabildo de Jurados de Toledo (1422-1510)", *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 3 (1990), p. 213-258.
- MORA ALONSO, Margarita: *Municipio y poder en Toledo: Dinámica política y reforma bajo el reinado de Carlos III*. Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1998.
- MOXÓ Y ORTIZ DE VILLAJOS, Salvador de: *Los antiguos señoríos de Toledo. Evolución de las estructuras jurisdiccionales en la comarca toledana desde la Baja Edad Media hasta fines del Antiguo Régimen*. Toledo, 1973.
- MUÑOZ JIMÉNEZ, Julio: *Los Montes de Toledo. Estudio de Geografía Física*. Oviedo, 1976.
- MUÑOZ JIMÉNEZ, Julio: "Toledo", *Los paisajes naturales de Segovia, Avila, Toledo y Cáceres. Estudio geográfico*, Madrid, 1977.

- OWENS, John. B. *Despotism, Absolutism and the Law in Renaissance Spain: Toledo versus the counts of Belalcázar (1445-1574)*. Tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, 1972.
- PALENCIA FLORES, Clemente: "El poeta Gómez Manrique, corregidor de Toledo", *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, XXII-XXIII (1943-1944), p. 17-41.
- PALENCIA HERREJÓN, Juan Ramón: *Los Ayala de Toledo: Desarrollo e instrumentos de poder de un linaje nobiliario en el siglo XV*. Toledo, 1996.
- PALENCIA HERREJÓN, Juan Ramón: *Bases de poder de la nobleza urbana en Castilla: Los Ayala de Toledo (1398-1521)*. Memoria de licenciatura inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1994.
- PALENCIA HERREJÓN, Juan Ramón: "El Canciller Ayala como representante de la transformación nobiliaria castellana del siglo XIV", *Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas*, Málaga, 1998, p. 45-61.
- PALENCIA HERREJÓN, Juan Ramón: "Contribución de las órdenes militares a la definición del espacio toledano (siglos XII al XV)", *Actas del Congreso Internacional "Las Órdenes Militares en la Península Ibérica"* (en prensa).
- PALENCIA HERREJÓN, Juan Ramón: "Elementos simbólicos de poder de la nobleza urbana en Castilla: Los Ayala de Toledo al final del Medievo", *En la España Medieval*, 18 (1995), p. 163-179.
- PALENCIA HERREJÓN, Juan Ramón: "La política de orden público de Enrique IV de Castilla: los gobernadores de Toledo", *Actas del III Congreso Internacional de Hispanistas*, Málaga-Ceuta, 1998, p. 161-171.

- PALENCIA HERREJÓN, Juan Ramón: "La solidaridad como fundamento de poder de la nobleza castellana en el siglo XV: el ejemplo de los Ayala de Toledo", *Anales Toledanos* (en prensa).
- PALOMEQUE TORRES, Antonio: "El fiel del juzgado de los propios y montes de la ciudad de Toledo", *Cuadernos de Historia de España*, LV-LVI (1972), p. 322-399.
- PASTOR DE TOGNERI, Reyna: *Del Islam al cristianismo. En las fronteras de dos formaciones económico-sociales: Toledo, siglos XI-XIII*. Barcelona, 1975.
- PORRES MARTÍN-CLETO, Julio: "El linaje de don Esteban Illán", *Genealogías mozárabes*, Toledo, 1981, tomo I, p. 65-79.
- RÍOS DE BALMASEDA, Antonia: "La historia de Cuerva a través de los últimos hallazgos documentales", *Montes de Toledo. Revista de Estudios Monteños*, 60 (1992), p. 1-19.
- RODRÍGUEZ DE GRACIA, Hilario: *El señorío de Mora. De la Orden de Santiago a los Rojos toledanos*. Toledo, 1990.
- RODRÍGUEZ HORTA, Andrés: "La ciudad de Toledo a fines de la Edad Media: población y caracteres socioeconómicos según un alarde de 1503", *Historia Social, pensamiento historiográfico y Edad Media. Homenaje al profesor Abilio Barbero de Aguilera* (coord. M. Loring), Madrid, 1997, p. 449-474.
- SANTOLAYA HEREDERO, Laura: *Una ciudad del Antiguo Régimen: Toledo en el siglo XVIII. (Personas, propiedad y administración)*. Madrid, 1991.

**CAPÍTULO 1:**

**CIUDAD Y TIERRA: TOLEDO**

**COMO REALIDAD DUAL**



Una entidad autónoma del Medievo castellano, como la que nos proponemos estudiar, presenta aspectos espaciales que es necesario afrontar desde el comienzo para poder comprender mejor la realidad política y social que después atenderemos con mayor profundidad. Cuando se habla de Toledo en la Edad Media, debemos pensar en un conjunto espacial formado por la ciudad y su Tierra; no es posible entender la ciudad medieval teniendo solamente en cuenta el interior de sus murallas. El caserío cerrado en sí mismo que la iconografía de la época representa<sup>1</sup>, constituye tan solo un símbolo de la urbe como una entidad bien diferenciada de su entorno rural; sin embargo, la ciudad medieval se inscribía en una realidad más amplia, formaba un conjunto integrado con el campo -salpicado de aldeas- que la rodeaba y que, jurídica y económicamente, dependía de ella. Observada desde este punto de vista, la ciudad no era sino la cabeza, el centro rector de un conjunto territorial más o menos amplio.

El área rural que envuelve la ciudad de que nos ocupamos, lo que llamamos “Tierra de Toledo”, se halla permanentemente presente en la actividad del centro rector, se concibe como una realidad inseparable de la ciudad; por tanto, si pretendemos comprender plenamente la organización y, fundamentalmente, la actividad del órgano gobernante y del grupo oligárquico que lo controla, nos hallamos en la necesidad de estudiar previamente el área rural bajo su autoridad. Asimismo, hemos de atender a la realidad física de la propia urbe, ya que algunos de los más relevantes fenómenos políticos y sociales que vamos a estudiar tienen su proyección espacial

---

<sup>1</sup>. Sobre la iconografía urbana vid. C. de SETA, “Las murallas, símbolo de la ciudad”, *La ciudad y las murallas* (ed. C. de Seta y J. Le Goff), Madrid, 1991, p. 21-66. Volveremos sobre el asunto de las representaciones urbanas y de las murallas en este mismo capítulo al tratar sobre la ciudad de Toledo como entidad espacial

dentro de los muros de Toledo.

Desde la perspectiva planteada, el análisis de la Tierra de Toledo ha de comenzar por el esclarecimiento de la terminología con que la documentación se refiere a ella. Inmediatamente después es preciso entrar en un análisis geográfico de la Tierra que observe sus cualidades naturales y su diversidad. A continuación se afrontará un estudio evolutivo del territorio toledano, marcado por el proceso de repoblación hasta bien entrado el siglo XIII; a partir de entonces se irían estableciendo definitivamente las jurisdicciones y los límites, que trataremos de esclarecer. Una vez trazado el estudio de la repoblación y el de la configuración jurisdiccional y territorial de la Tierra, entraremos en el estudio espacial de la ciudad, para pasar a apuntar algunas ideas acerca del volumen y distribución de la población de la ciudad y la Tierra, y a observar algunos aspectos de la dominación de la Tierra por la ciudad. Finalizaremos este capítulo definiendo el conjunto formado por Toledo y su Tierra como una realidad espacial diversa pero cohesionada, gobernada desde la ciudad y perfectamente estructurada.

---

## 1.1. “Tierra”, “término” y “jurisdicción”: problemas terminológicos

### 1.1.1. La “Tierra” de Toledo

Se ha denominado “Tierra de Toledo” al espacio sobre el cual la Ciudad ejerce su poder, porque con tal expresión la Histotografía se refiere a él. Pero hay que señalar que no es esta denominación la única que se emplea en el lenguaje de la época; encontramos con frecuencia dos expresiones más: “término” y “jurisdicción”<sup>2</sup>. Cabe preguntarse si los tres vocablos tienen idéntico significado, si se emplean indistintamente. Creemos que no; de hecho, los documentos no sustituyen aleatoriamente una palabra por otra, como si se tratara de simples sinónimos. Los documentos que aluden al territorio controlado por la Ciudad, sin mayor concreción, suelen enumerar las tres expresiones en el siguiente orden: “tierra, término y jurisdicción. Solemos encontrar esta enumeración de términos en las intituciones de los oficiales toledanos: *“don Pedro de Castilla corregidor e justiçia mayor de la dicha çibdad de Toledo e su tierra termino e jurediçion por el rey e reyna nuestros sennores”*<sup>3</sup>. Tal forma de enumeración no es casual, ya que expresa las denominaciones en un orden progresivo de menor a mayor precisión.

Siguiendo el orden establecido en la documentación, acerquémonos en primer lugar al

---

<sup>2</sup>. Una cuarta expresión de sentido similar, utilizada con bastante frecuencia en otros ámbitos de la Corona de Castilla, es “alfoz”, palabra que algunos investigadores han empleado con carácter global; vid. A. M. BARRERO, “Los términos municipales en Castilla en la Edad Media”, *Actas del II Symposium de Historia de la Administración*, Madrid, 1971, p. 144. Sin embargo, la documentación de Toledo no utiliza el vocablo “alfoz”.

<sup>3</sup>. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 32. Ésta es solamente una muestra de los innumerables casos en que esta enumeración aparece en la documentación toledana.



significado de “tierra de Toledo”. “Tierra” es la denominación más vaga de las tres; hace alusión al territorio, sin más detalle, bajo la influencia de la Ciudad, a la vez que expresa su cercanía y subraya su carácter agrario por contraposición al carácter urbano de la ciudad, indicando así el reverso de una misma realidad. En el lenguaje de la época no es demasiado corriente la alusión a “Toledo y su tierra” porque la terminología jurídica en que se expresa la mayor parte de la documentación que conservamos no encuentra en la expresión un significado preciso. La palabra “tierra” suele aparecer como complemento en una serie de referencias espaciales cuando se quiere aludir al conjunto del territorio que rodea a la ciudad y que, de uno u otro modo, depende de ella. Es muy corriente el uso de este término en la documentación hacendística de la Corona al aludir al ámbito toledano de recaudación; así lo encontramos, por ejemplo, en la exposición del documento que establecía en 1495 las condiciones del encabezamiento toledano: “*sobre lo del encabezamiento de las rentas de las alcavalas de la cibdad de Toledo e su tierra con los propios e montes e quadrillas*”<sup>4</sup>. En todo caso, la contraposición “ciudad y tierra” resulta historiográficamente útil para referirse a la dualidad de los elementos que forman una entidad local caracterizada por la primacía de un centro urbano sobre un espacio agrario. Probablemente la documentación lo use menos en Toledo que en otros ámbitos por ser Toledo, como se irá viendo, un enclave en que el predominio de la ciudad sobre el territorio era más evidente, frente al ámbito de la Extremadura castellana, donde la vinculación era de distinta naturaleza<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> . Este importante documento, que en su momento observaremos con atención, se conserva en A.M.T., A.S., caj. 8, leg. 2, nº 4, pza. 2.

<sup>5</sup> . Las cuarenta y dos entidades territoriales de esta región han sido estudiadas por G. MARTÍNEZ DÍEZ, *Las comunidades de villa y tierra de la Extremadura castellana. (Estructura histórico-geográfica)*. Madrid, 1983.

### 1.1.2. El “término” de Toledo

Bastante más precisa es la noción de “término” en el Medievo toledano. Esta palabra contiene, lo mismo que “tierra”, una referencia espacial evidente, pero pretende definir con mayor concreción el territorio al que alude. El “término” era -como es hoy- el espacio bajo control administrativo de un núcleo, un espacio reconocido, determinado con “lindes” materiales, con mojones, y a menudo sancionado por el Derecho. La palabra “término” se emplea cuando se pretende aludir a los límites que separan la tierra toledana de otras áreas territoriales. Cuando un espacio era objeto de disputa entre dos sujetos se procedía a la delimitación de los “términos” o límites de ambos contendientes mediante sentencia judicial. Por otra parte, la posesión de términos reconocidos no era una facultad privativa de las ciudades y villas directamente dependientes de la Monarquía, sino que los concejos sometidos a ciudades y villas tenían también sus propios términos.

Podemos comprender mejor el uso del vocablo “término” a través de un ejemplo. El 12 de julio de 1262 Alfonso X emitió una sentencia de partición de los términos de Toledo con los de la Orden de Alcántara<sup>6</sup>, con la que se intentaba establecer límites precisos entre las áreas de influencia de ambos poderes, que tenían roces en el curso medio del Guadiana, en el llamado “codo del Guadiana”, dando así fin a los largos debates que les enfrentaban. El rey resolvió estableciendo los términos de Alcocer, zona de fricción, y repartiéndolos entre los contendientes. En esta sentencia -que posteriormente será objeto de estudio más detenido- se puede apreciar cómo el vocablo que nos ocupa es por igual aplicable al área de influencia de un gran centro de

---

<sup>6</sup>. El original de esta sentencia se conserva en A.M.T., A.S., caj. 7, suelto, pza. 1. Un traslado de 1453 en A.M.T., A.S. caj. 7, suelto, pza. 2; otro traslado, éste de 1534, en A.M.T., Ms., sec. B, n° 244, pza.3.

poder, sea Toledo, sea el Maestrazgo de Alcántara, y al de un pequeño centro como Alcocer. En la partición de términos de que venimos tratando, el rey Alfonso X afirmaba “*oydas las demandas de amas las partes tovimos por bien que enviasen e pongan en ellos terminos de Alcocer*”<sup>7</sup>.

### 1.1.3. La “jurisdicción” de Toledo

En todo caso, de las tres expresiones a que venimos haciendo referencia, sin duda la más precisa y la más significativa para nosotros es “jurisdicción”. La jurisdicción de Toledo, desde una perspectiva espacial, podemos definirla como el territorio sobre el que la Ciudad ejercía su dominio, particularmente en el terreno de la administración de justicia. En nuestros días el término “jurisdicción” contiene un marcado cariz judicial, pero en el Medievo, y por extensión en el Antiguo Régimen, el concepto de justicia era mucho más amplio que el actual; englobaba, entre otras, las nociones de gobierno y de orden público. De modo que en la definición de jurisdicción expuesta más arriba se alude al territorio que dependía de la Ciudad en los aspectos gubernativo y judicial; al espacio, en definitiva, que se encontraba sometido a la autoridad de Toledo.

El término “jurisdicción” se emplea fundamentalmente en la documentación referente a conflictos entre Toledo y otro sujeto poderoso por el ejercicio de la autoridad en lugares, al margen de la situación central o periférica de éstos dentro de la Tierra de Toledo. Un ejemplo muy ilustrativo de la utilización de esta expresión lo encontramos en una orden de la reina Isabel I, fechada el 4 de enero de 1481; se refiere el documento a una disputa entre Toledo y el Cabildo

---

<sup>7</sup>. A.M.T., A.S., caj. 7, suelto, pza. 2, cit.

de Santa María de esta ciudad cuyo objeto era la alzada de justicia sobre Torrijos y algunos lugares de la comarca de La Sagra<sup>8</sup>. La reina especificaba que estas poblaciones pertenecían a la jurisdicción de Toledo: “*logares de Torrijos e Fasanna e Esquivias e Yeles e Alameda e Cobexa e Alamo logares e jurediçion de la dicha çibdad de Toledo*”; por tanto, mientras no se resolviera el conflicto, habían de llevar sus apelaciones ante la justicia de la Ciudad; en cambio, no se expresa que la villa y los lugares en pugna formaban parte de la Tierra de Toledo -aunque es evidente- porque no era eso lo que se ponía en cuestión.

Una última ilustración documental de la diversidad terminológica nos servirá para distinguir “término”, expresión de carácter puramente territorial, y “jurisdicción”, con plena significación política. Nos referimos a un privilegio real emitido por Alfonso VIII, fechado el 3 de febrero de 1207, y varias veces confirmado con posterioridad<sup>9</sup>. En este documento el rey ordenaba a las villas y lugares del término de Toledo prestar facendera a la Ciudad, incluyendo en tal obligación tanto a las poblaciones de realengo como a las pertenecientes a las jurisdicciones del arzobispo, del Cabildo, de las órdenes militares y de particulares: “*quod omnes ville et aldeie que sunt in termino Toleti sive sint mee, sive de apoteca mea sive domini archiepiscopi sive ecclesie Sancte Marie sive Salveterre sive Hospitalis sive milicie Templi sive ordinis de Ucles sive militis sive cuiuscumque hominis facienderam faciant cum civitate Toleti sicut faciunt cives illius civitatis*”. Como se observa, la Tierra de Toledo se presenta como una demarcación territorial en la que se incluyen poblaciones de la jurisdicción urbana y de otras diversas.

---

<sup>8</sup>. Esta orden real se conserva en A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 2, nº 7; vid. Apéndice Documental, nº 9. Los lugares sagreños en conflicto eran Azaña, Yeles, Esquivias, Cobeja, Alameda y Álamo. Sobre este interesante documento volveremos más adelante, al estudiar la jurisdicción del Cabildo catedralicio.

<sup>9</sup>. El original de este privilegio se halla en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 6, nº 2; documento publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegio reales otorgados a Toledo durante la Edad Media (1101-1494)*, Toledo, 1990, p. 109-110. Se hallan inserciones parciales de este documento en las sucesivas confirmaciones; una copia en castellano, del siglo XIV, en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, nº 7, fol. 12 vto. - 14 r.;

#### 1.1.4. Por qué “Tierra de Toledo”

Para concluir, justificaremos por qué hemos escogido la palabra “tierra” para aludir al territorio dependiente de Toledo. Aunque el término “jurisdicción” sería más correcto al referirnos al ámbito sobre el que la Ciudad actúa plenamente, creemos obligada la referencia a todo el territorio en el que se desenvuelve la acción de Toledo, se halle dentro o fuera de su jurisdicción. Por otra parte, consideramos el empleo del vocablo “tierra” positivamente expresivo como contraste del vocablo “ciudad”, reflejando de esta manera la realidad dual de Toledo. Finalmente, y esto es lo más importante, es conveniente el uso de la expresión elegida por su propia imprecisión, ya que cuando nos refiramos al territorio toledano lo haremos sin detallar límites ni dependencias; sólo cuando se pretenda concretar más, se emplearán otras expresiones.

## 1.2. La Tierra de Toledo como entidad geográfica

### 1.2.1. Caracteres generales de la Tierra de Toledo

A la vista de los estudios actuales, decir que la antigua Tierra de Toledo constituye una unidad geográfica es manifiestamente erróneo. Esta Tierra es una entidad espacial vinculada por una historia común, y particularmente marcada por los avatares del avance cristiano y de la repoblación, asuntos de los que nos ocupamos en el siguiente apartado. Es preciso señalar, además, que no puede observarse continuidad entre la antigua Tierra toledana y la provincia de Toledo creada en 1833 por el decreto de Javier de Burgos, primer ministro de Fomento de la Regencia isabelina; la actual circunscripción provincial, establecida al margen de criterios históricos, constituye la suma de dos tierras de marcada personalidad -la de Toledo y la de Talavera<sup>10</sup>-, áreas más o menos significativas de la antigua jurisdicción de las órdenes militares -Campo de Santiago, Campo de San Juan- territorios pertenecientes a la Iglesia toledana -Illescas, Ajofrín, La Guardia- y a señores laicos -Maqueda, Escalona, Fuensalida, Orgaz<sup>11</sup>.

En todo caso, la Tierra de Toledo abarcaba fundamentalmente dos unidades físicas, que no ocupaba en exclusiva, sino que las compartía con entidades vecinas como Talavera; estas dos

---

<sup>10</sup>. Sobre la Tierra de Talavera vid. J. C. GÓMEZ-MENOR, *La antigua tierra de Talavera*, Talavera, 1965, y M. J. SUÁREZ ÁLVAREZ, *La villa de Talavera y su tierra en la Edad Media (1369-1504)*, Toledo, 1983.

<sup>11</sup>. La historia jurisdiccional de estos territorios ha sido estudiada por S. MOXÓ, *Los antiguos señoríos de Toledo. Evolución de las estructuras jurisdiccionales en la comarca toledana desde la Baja Edad Media hasta fines del Antiguo Régimen*, Toledo, 1973.

unidades son la Cuenca del Tajo, que se prolonga al norte de este río, y, al sur del mismo, los Montes de Toledo<sup>12</sup>, dispuestas a modo de dos bandas paralelas de orientación Este-Oeste. Dentro de estas dos grandes unidades geográficas que, como ya se ha señalado, desbordan ampliamente la antigua Tierra de Toledo, se pueden diferenciar comarcas naturales, unidades físicas menores que ya sí presentan cierta personalidad histórica. Las que se engloban en la Tierra de Toledo son la comarca de Torrijos, La Sagra, la Meseta Cristalina de Toledo y Los Montes de Toledo orientales<sup>13</sup>. Pero debemos hacer algunas modificaciones a la terminología geográfica para hacer más razonables, desde el punto de vista histórico, las referencias espaciales.

En primer lugar, nos referiremos a La Sagra englobando las dos primeras comarcas señaladas, diferenciando, cuando sea necesario, una “Sagra occidental”, que se correspondería con la comarca de Torrijos<sup>14</sup> y que engloba el área de la margen derecha del río Guadarrama, y una “Sagra oriental”, que es La Sagra propiamente dicha y se localiza en la margen izquierda de dicho río. En segundo lugar, para referirnos a la Meseta Cristalina de Toledo aludiremos a La Sisle, denominación más acorde con la historia de esta tierra. Por otro lado, los llamados desde el punto de vista geográfico “Montes de Toledo orientales” son los Montes de Toledo históricos, con toda la fuerza posesiva de la expresión; son los montes que pertenecían a la Ciudad, por compra, como propios, y por tanto eludiremos toda concreción. Más allá de los Montes, se incluía dentro de la jurisdicción toledana un pequeño territorio al que más arriba hemos aludido: el “codo

---

<sup>12</sup>. Para la descripción geográfica nos basamos en el esclarecedor trabajo de J. MUÑOZ JIMÉNEZ, “Toledo”, *Los paisajes naturales de Segovia, Avila, Toledo y Cáceres. Estudio geográfico*, Madrid, 1977, p. 105-174.

<sup>13</sup>. *Ibid.*, p. 134. Para situar estas comarcas vid. el mapa de la Tierra de Toledo en el Apéndice de este capítulo.

<sup>14</sup>. Huimos con plena conciencia de la denominación “comarca de Torrijos” porque podría resultar contradictorio que una población (Torrijos) que, como veremos, no siempre estuvo bajo la jurisdicción de la Ciudad sea precisamente la que dé nombre a una comarca toledana.

del Guadiana”, que la Ciudad concebía como extensión natural de su Tierra. Así pues, las comarcas históricas que formaban la, asimismo histórica, Tierra de Toledo eran La Sagra, La Sisla, Los Montes y la Tierra de Alcocer, dispuesta las tres primeras en forma de tres bandas paralelas de norte a sur, y la última como prolongación o lengua de tierra que bajaba por el suroeste desde los Montes hasta la ribera del Guadiana.

### 1.2.2. La comarca de La Sagra

---

La Sagra forma, junto con la Mesa de Ocaña, las comarcas de Talavera y Oropesa y otras áreas extremeñas, la Cuenca sedimentaria del Tajo, recorrida longitudinalmente por este río, y transversalmente por el Jarama, el Guadarrama, el Alberche y otros ríos y arroyos que forman amplios y suaves valles. La Sagra está regada (hoy sólo circunstancialmente) de Este a Oeste por los arroyos Seseña, Borox y Guatén, el río Guadarrama y sus tributarios -los arroyos Soto, Riachuelo, Vallehermoso, Cantaelgallo, Renales y Rielves- y los arroyos Barcience y Alcubillete.

La topografía de La Sagra se caracteriza por la suavidad de sus formas alomadas. Geológicamente, esta comarca forma parte de una gran fosa tectónica en la que se ha depositado material reciente, una cuenca sedimentaria constituida por un espesor cercano a los 1.000 metros de profundidad, y cuya superficie presenta materiales blandos como margas, yesos y arenas<sup>15</sup>. La conjunción de este tipo de suelos y un clima continental moderado, relativamente seco, y de una irregularidad pluviométrica interanual acusada, hace que la cubierta vegetal originaria sea el

---

<sup>15</sup>. Continuamos guiándonos con el libro de J. MUÑOZ JIMÉNEZ, cit.



bosque mediterráneo, formado esencialmente por encinar y sotobosque de jara, cantueso, tomillo y retama. A la vista de cualquier viajero se muestra la pérdida irreparable de esta cubierta originaria; sin duda la repoblación de esta comarca jugó un papel importante en esta modificación del paisaje; la acción de hombre, tremendamente acusada, ha generado, sin embargo, un paisaje de gran personalidad, caracterizado, ya desde el Medievo, por los cultivos de cereal y viñedo. El suelo presenta una gran potencialidad para estos aprovechamientos, y aunque la deforestación ha permitido procesos erosivos fatales en lugares de fuerte pendiente, la llaneza general del terreno hizo posible, desde muy temprano, un relativo equilibrio ecológico que convirtió a La Sagra en el ámbito de la Tierra toledana más apto para el aprovechamiento agrícola<sup>16</sup>. La producción cerealera era la más característica de la comarca de La Sagra, que puede considerarse como el imprescindible granero toledano; así nos lo hace ver una carta que los arrendadores del pan de Toledo dirigían a la Ciudad en una fecha cercana a 1480<sup>17</sup>; en ella se quejaban de la carencia de pan que entonces se padecía y atribuían esta penuria a la multitud de *“carretas del pan que se sacan de La Sagra para llevar a La Mancha e a Murcia e a Aragón”*. Este testimonio deja traslucir el peso relativo que en la producción cerealera tenía la comarca sagreña.

Los lugares poblados que hemos podido detectar y comprobar en esta comarca a lo largo de la Edad Media, no todos pertenecientes a la jurisdicción urbana, son los siguientes: Camarena, Portillo, Novés, Caudilla, Rodillas, Fuensalida, Renales, Villamucén, Huecas, Arcicóllar, Camarenilla, Villamiel, Barcience, Torrijos, Alcabón, Gerindote, Rieves, Calvin, Escalonilla, Burujón y Albarreal, en el sector occidental; en el sector oriental, Móstoles, Álamo, Carranque, Cedillo, Palomeque, El Viso, Ugena, Illescas, Yeles, Esquivias, Seseña, Borox, Yuncos, Azaña

---

<sup>16</sup>. *Ibid.*, p. 110-114.

<sup>17</sup>. Esta carta, que se conserva en A.M.T., C.C., caj. 3, nº 11, no está fechada, pero puede datarse en torno a la fecha indicada por el tipo de letra, en relación con algunas cartas fechadas que forman parte

(hoy Numancia de La Sagra), Pantoja, Lominchar, Yuncler, Yuncillos, Villaluenga, Cabañas, Cobeja, Alameda, Añoover, Magán, Aceca, Higuera, Barcales, Villaseca, Mocejón, Mazarráz, Azucaica, Olias y Bargas<sup>18</sup>.

### 1.2.3. La comarca de La Sisa

La Sisa, que se corresponde con la llamada “Mesa Cristalina de Toledo”, forma parte de la unidad geográfica de los Montes de Toledo, pero se diferencia de Los Montes propiamente dichos porque puede ser considerado como un espacio de transición entre la Cuenca del Tajo y las alineaciones montañosas del sur<sup>19</sup>. La Sisa es una comarca de cuevas notablemente más pronunciadas que en La Sagra, y presenta una progresiva altitud a medida que avanzamos hacia el sur, alejándonos del Tajo, y nos acercamos a Los Montes. Como consecuencia de esta sensible inclinación general, esta comarca se halla surcada por riachuelos y arroyos, de régimen pluvial, hoy a menudo secos, que discurren de sur (de Los Montes) a norte (al Tajo); corrientes de caudal siempre variable que de este a oeste, son las siguientes: Algodor, Guazaleta, La Rosa, Guajaraz, Alpuébrega y Cubillo. En los espacios interfluviales destacan algunas colinas -a veces de significativa altitud, como es el caso de las sierras de Layos y de Nambroca- de una potencialidad estratégica extraordinaria, como se puede observar en los cerros donde se levantaron las

---

de la misma serie.

<sup>18</sup>. La localización concreta de estos núcleos se observa en el mapa comarcal de La Sagra del Apéndice de este capítulo. Algunos de ellos desaparecerían como poblaciones antes del final del Medievo.

<sup>19</sup>. La exposición que sigue sobre La Sisa, ha sido extraída de la descripción geográfica de los Montes

fortalezas de Almonacid y de Mora.

El suelo sisleño es, en general, más pobre que el sagreño, debido en parte al mayor perjuicio causado por la acción erosiva, que ha podido actuar merced a la pérdida de la formación vegetal originaria y a la existencia de pendientes pronunciadas. Son característicos de esta comarca los suelos rojos que hoy, a pie de monte, dotan de una belleza extraordinaria al paisaje y presentan una gran aptitud para la explotación olivarera. Sin embargo, las exigencias alimentarias del Medievo impulsaban el cultivo de cereales, de viñedo y de especies frutales, forzando una tierra de moderada capacidad productiva. A la limitación del suelo se añaden una irregularidad del terreno que permite cierta facilidad para el encharcamiento de las hondonadas y la presencia de frecuentes formaciones pedregosas que dificultan las labores agrícolas.

Durante la Edad Media los lugares poblados que hemos localizado en La Sisla son los siguientes: Villamuelas, Villanueva de Bogas, Manzaneque, Mora, Mascaraque, Orgaz, Casalgordo, Sonseca, Mazarambroz, Ajofrín, Chueca, Villaminaya, Almonacid, Nambroca, Burguillos, Cobisa, Argés, Layos, Guadamur, Polán, Casasbuenas, Noez, Totanés y Gálvez<sup>20</sup>.

---

de Toledo de J. MUÑOZ JIMÉNEZ, op. cit., p. 115-125.

<sup>20</sup>. Algunas de estas poblaciones pasaron, a lo largo del Medievo, a manos de la Iglesia toledana, particulares u órdenes militares. La ubicación de todas estas poblaciones se observa en el mapa

#### 1.2.4. Los Montes de Toledo

Los Montes eran la comarca más extensa de la Tierra de Toledo. Este espacio, que se definió como entidad territorial cuando, bajo el reinado de Fernando III, pasó definitivamente a la jurisdicción de la Ciudad, se corresponde, como hemos señalado, con la comarca geográfica de Los Montes de Toledo orientales, y constituyen, con su prolongación talaverana y extremeña, la divisoria de aguas entre las cuencas del Tajo y del Guadiana. Los Montes de Toledo<sup>21</sup> forman parte del antiguo zócalo, hoy muy erosionado y constituido casi en su totalidad por roquedo paleozoico, material que se manifiesta de modo sobresaliente en dos alineaciones de conjuntos montañosos cuyos elementos principales, de Este a Oeste, son las sierras de Yébenes, El Castañar, El Avellanar y Las Particiones, en la línea norte; más al sur, también de Este a Oeste, se suceden las sierras de Las Alberquillas, Fuenteblanca, El Robledo, El Comendador, El Rebollarejo, Las Guadalerzas, El Chorito y La Majana.

La formación vegetal originaria se compone de encinas, quejigos, alcornoques y rebollos, con un rico sotobosque de jaras, tomillo, romero, cantueso y brezo. La degradación de este paisaje originario no ha sido tan intensa como en las otras dos comarcas estudiadas, y mucho menos lo era en la época medieval; la relativa ineptitud de este territorio para la agricultura, debido a las pronunciadas pendientes y a la dureza del suelo, hizo de él un terreno apropiado para la práctica de la caza, el pastoreo y la apicultura, actividades que se complementaban bien con el aprovechamiento de otras comarcas de la Tierra. Podemos afirmar, con satisfacción, que la relativa conservación de este espacio natural se debe a esta afortunada complementariedad.

---

comarcal del final de este capítulo.

<sup>21</sup>. Continuamos basando nuestra exposición en J. MUÑOZ JIMÉNEZ, op. cit., p. 115-125. Del mismo autor es el trabajo más extenso sobre esta comarca *Los Montes de Toledo. Estudio de*

A pesar de ser ésta la comarca más extensa de Toledo, por las razones más arriba expuestas no fue la que mayor número de poblaciones albergó en la Edad Media. Contamos con referencias de los siguientes núcleos: Yébenes, Marjaliza, Pulgar, Villacarrillo (luego Cuerva), Milagro, Ventas con Peña Aguilera, Navahermosa, Hontanar, Navalморal, Navalucillo, San Pablo, Retuerta, Navas de Estena, Alcoba, Fontanarejo, Arroba, Navalpino y Horcajo<sup>22</sup>.

Al pie de las sierras sudoccidentales de los Montes de Toledo se encuentra una pequeña comarca que, hasta el siglo XV, en que fue perdida por la Ciudad, constituyó una prolongación de la Tierra toledana en un área -el valle del Guadiana- pronto controlada por las órdenes militares. Se trata de la comarca de Alcocer, tierra llana, apta para las actividades agrícolas y revalorizada por ser lugar de paso del ganado trashumante. Esta comarca del Guadiana contaba con las siguientes poblaciones: Bohonal, Helechosa, Villarta, Peloché, Herrera, Fuenlabrada, Garbayuela, Tamurejo, Siruela, Puebla de Alcocer, Talarrubias y Casas de Pedro<sup>23</sup>.

#### 1.2.5. Vías de comunicación

Complementaremos este recordatorio geográfico de Toledo con una presentación de sus más importantes vías de comunicación en el Medievo. En general, no se sabe gran cosa acerca de los antiguos caminos toledanos, pero es necesario señalar la notable excepción de la ruta que

---

*Geografía Física*, Oviedo, 1976.

<sup>22</sup>. La localización de todos estos núcleos de población se puede contemplar en el mapa comarcal del apéndice gráfico de este capítulo.

<sup>23</sup>. Todos estos núcleos de población figuran en el mapa comarcal correspondiente al final de este capítulo.

conducía a Córdoba<sup>24</sup>. Era ésta una vía que al final del Medievo contaba ya con una apreciable antigüedad, y que no perdió vigor hasta que en el siglo XVIII esta tradicional ruta hacia el sur fue sustituida por otra, mejor acondicionada, que partía de Madrid y atravesaba la región de Toledo por la zona de Ocaña<sup>25</sup>. El camino real de Toledo a Córdoba partía de la ciudad atravesando el Tajo por el puente de Alcántara, en sentido oeste-este y, bordeando la colina sobre la que se asienta el castillo de San Servando, se dirigía hacia el sur, atravesando Diezma, Orgaz y Los Yébenes; abandonaba a través de esta población el territorio toledano, y se encaminaba hacia el Campo de Calatrava a través de la encomienda de Guadalerzas; en este punto, confluía con esta vía principal una secundaria que, partiendo de las cercanías de Ajofrín, atravesaba Sonseca, Arisgotas y Marjaliza<sup>26</sup>.

Otra vía hacia el sur partía de Toledo junto con el camino real a Córdoba y, una legua al sur de la ciudad, se disgregaba de éste y se orientaba hacia el sureste, pasando por Nambroca, Almonacid, Mora, Bogas y, a través de Tembleque, penetraba en La Mancha, dirigiéndose hacia Murcia<sup>27</sup>.

El camino de Toledo a Córdoba no era la única vía de comunicación que atravesaba Los Montes. Hay referencias a un camino que los penetraba más profundamente, una ruta que unía

<sup>24</sup>. Esta vía de comunicación es estudiada en dos viejos, pero aún útiles, trabajos: el de F. HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, "El camino de Córdoba a Toledo en época musulmana", *Al-Andalus*, 24 (1959), p. 1-62; y el de M. CORCHADO, "El camino de Toledo a Córdoba", *Anuario de Historia Económica y Social*, 1 (1968), p. 621-634.

<sup>25</sup>. M. CORCHADO, op. cit., p. 622-624, traza la historia de este camino.

<sup>26</sup>. *Ibid.*, p. 626. Se señala el trazado de este y de otros caminos en uno de los mapas del final del capítulo. Algunas precisiones sobre el camino de Toledo a Córdoba, basándose en las fuentes árabes, son presentadas por J. P. MOLÉNAT, *Campagnes et Monts de Tolède du XIIe au XVe siècle*, Madrid, 1997, p. 249-253. El doctor Molénat señala en este camino algunas ventas que se encuentran más allá de la Tierra de Toledo: las de Guadalerzas, La Zarzuela y Durazután.

<sup>27</sup>. Bien podría ser éste el camino de Toledo a La Mancha que es mencionado en las "Relaciones" de Felipe II, en las que se afirma que atraviesa Villaminaya; vid. M. CORCHADO, op. cit., p. 624.

Toledo con Extremadura, con la comarca de La Serena en particular, y que continuaba luego en dirección a Sevilla<sup>28</sup>. Es probable que esta vía partiera de Toledo a través del puente de San Martín y que llegara al puerto de Marchés a través de poblaciones de La Sisla occidental que no podemos establecer con seguridad. Es posible, como indica Jean Pierre Molénat, que de este camino surgiera la vía que atravesaba los Montes por el puerto de Milagro a partir de las ventas que dieron lugar a la población de Ventas con Peña Aguilera<sup>29</sup>, siendo quizá una referencia a la vía principal de la que venimos tratando “*el camino del Andalucía por los Montes*” al que alude un privilegio de Juan II, por el que el 22 de junio de 1408 concedía a la Ciudad la facultad para levantar tres ventas en esta comarca<sup>30</sup>. Lo que sí parece probable es que desde el puerto de Marchés, cercano a la población monteña de San Pablo, este camino se dirigiera a Retuerta, Horcajo y Villarta, atravesando después la comarca de Alcocer. En cualquier caso debió ser ésta la más importante arteria que ponía en contacto a la ciudad con sus señoríos monteños.

Existía una segunda vía que comunicaba a Toledo con Extremadura, ésta a través de la Tierra talaverana. Este camino del oeste seguía el itinerario que el joven Juan II recorrió en 1420, huyendo de la presión a que le tenía sometido su primo el infante don Enrique<sup>31</sup>. Es posible que este camino partiera del puente de San Martín y, atravesando el cercano monasterio cisterciense de San Bernardo y las cercanías de Burujón, llegara a Puebla de Montalbán, ya fuera de los dominios toledanos; desde esta villa, continuando cerca del río Tajo, llegaría finalmente a la villa

---

<sup>28</sup>. Este camino es mencionado por M. CORCHADO, op. cit, p. 625, de quien tomamos el itinerario.

<sup>29</sup>. J. P. MOLÉNAT, *Campagnes et monts*..., cit., p. 254.

<sup>30</sup>. Se conoce este privilegio por la confirmación que el 24 de noviembre del mismo año otorgó Juan II; el original de esta confirmación se conserva en A.M.T., A.S., ala. 1, leg. 3, nº 8, pza. 1.

<sup>31</sup>. Estos sucesos son relatados por la *Crónica de don Álvaro de Luna, condestable de Castilla, maestre de Santiago*, ed. de J. M. Carriazo, Madrid, 1940, p. 43 y siguientes. El rey, acompañado de Álvaro de Luna salía de Talavera y, dejando atrás el castillo de Villalba, se protegió de las iras del infante don Enrique en el castillo de Montalbán.

de Talavera y a Extremadura.

Opuesto al anterior, no hay duda de la existencia de otro camino que recorría el Tajo remontando su curso, en sentido oeste-este. Debía salir esta vía por el frente norte de la muralla, atravesando Azucaica, el pago de Mazarrazín e Higares, para encaminarse hacia Ocaña y, más al norte, hacia el sexmo segoviano de Valdemoro<sup>32</sup>. Desde Ocaña se podía tomar el camino hacia Valencia y desde el sexmo de Valdemoro hacia La Alcarria y Aragón.

Hacia el norte salían de Toledo dos caminos fundamentales para la comunicación con el corazón de la Meseta norte: el que se dirigía a Ávila y el que conducía a Madrid; ambos partían de la Puerta de Bisagra, pero inmediatamente se separaban. El primero de ellos, posiblemente el más transitado de los toledanos junto con el camino real a Córdoba, se dirigía hacia el noroeste cruzando el Guadarrama en las cercanías de Calvin y, dejando a los lados poblaciones como Torrijos (a la izquierda) y Fuensalida (a la derecha), pasaba por Villamiel y Huecas, y abandonaba la Tierra toledana al salir de Novés<sup>33</sup>. Más allá de Escalona, este camino franqueaba los puertos del Sistema Central y se dirigía a Ávila, Arévalo, Medina del Campo y Valladolid; se trata de una vía, como puede apreciarse, que ponía a Toledo en contacto con algunas de las más importantes ciudades del reino.

El segundo camino del norte, tras atravesar la población de Olías, se bifurcaba en las cercanías de Cabañas; una de las ramas resultantes se adentraba en la Encomienda sanjuanista de Olmos para introducirse en la Tierra segoviana y llegar a Móstoles, el punto más septentrional de la Tierra de Toledo; la segunda rama se dirigía, a través de Illescas y Getafe, a Madrid, y de esta

---

<sup>32</sup>. Este camino es explícitamente mencionado en la cesión de un majuelo en Mazarrazín por parte del Monasterio de San Pedro de Dueñas a un particular; vid. A.H.N., Clero, carp. 2998, nº 6.

<sup>33</sup>. Este camino lo diseña G. MENÉNDEZ PIDAL, *España en sus caminos*, Madrid, 1992, p. 130-131., tomándolo del *Repertorio de todos los caminos de España* que Juan de Villuga describía a mediados del siglo XVI.



villa hacia los puertos cercanos de la Cordillera Central y, más allá, probablemente a Burgos y Soria<sup>34</sup>.

La red trazada no es más que la estructura fundamental de la caminería toledana del Medievo; hay que tener en cuenta que de estas vías principales salían una multitud de caminos secundarios que llegaban a todos los lugares poblados de la Tierra, lugares que, asimismo, se encontraban conectados entre sí por el aún más numeroso conjunto de caminos locales. Hay que recordar que al final del Medievo, Toledo era el centro de una red de comunicaciones de alcance comarcal y regional, ejerciendo esa función de punto inicial de caminos de largo recorrido que algunos siglos más tarde irá asumiendo Madrid.

#### 1.2.6. Las cañadas toledanas

Además de las vías de comunicación utilizadas por personas y para mercancías, había otras vías que servían para el traslado de la ganadería trashumante: las cañadas. La Tierra toledana no fue, como en el trazado de caminos, centro de una red regional de vías pecuarias, sino que quedaba entre dos de las más importantes cañadas reales<sup>35</sup>: la segoviana y la soriana, de orientación norte-sur. Sólo la primera de ellas se internaba en la Tierra toledana: una vez que los

---

<sup>34</sup>. G. MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, p. 130-131.

<sup>35</sup>. Hace ya mucho tiempo J. KLEIN, *La Mesta. Estudio de la historia económica española, 1273-1836*, Madrid, 1985 (citamos una de las muchas reediciones de este libro), p. 33, describía algunas de las grandes cañadas castellanas. Una visión actualizada de la ganadería castellana de la época bajomedieval la tenemos en el libro de M. C. GERBET, *L' élevage dans le royaume de Castille sous les Rois Catholiques*, Madrid, 1991.

ganados habían atravesado el Tajo por Puebla de Montalbán, franqueaban los Montes para dirigirse a Villarta de los Montes, por donde cruzaban el Guadiana, pero el servicio y montazgo, como indica el doctor Molénat, sólo debía pagarse en el paso del Tajo y no en la Tierra de Toledo<sup>36</sup>. La antigua cañada del Este no atravesaba el territorio toledano, sino que, viniendo del norte, se internaba en tierras de órdenes militares y pasaba cerca del comienzo de los Montes para atravesar la población sasnjuanista de Villarta, donde se pagaba el montazgo.

Para aprovechar este fructífero tráfico, la Ciudad abrió una cañada trasversal por los Montes en 1477 que conectaba las dos grandes vías pecuarias; la nueva vía, de orientación este-oeste, partía de la cañada soriana y, pasando cerca de Yébenes, atravesaba El Molinillo y llegaba hasta Pavorosa, donde conectaba con la cañada segoviana<sup>37</sup>. De esta manera, Toledo hacía posible que los ganaderos que venían del nordeste de Castilla evitaran el pago de montazgo en el puerto de Villarta de San Juan, tomando antes de llegar a él este desvío nuevo, a través del cual iban a parar a la cañada segoviana una vez que ésta había dejado atrás el puerto de Puebla de Montalbán, donde había de satisfacerse también el montazgo. A cambio del ahorro que la Ciudad permitía a los ganaderos que finalmente llegaban a los pastizales de invierno cercanos a Sierra Morena, exigía el pago de un módico precio en cabezas de ganado: éste era el llamado “travesio de San Andrés”, que figura como una de las partidas de ingreso de la hacienda local toledana<sup>38</sup>. De este modo, Toledo, que había quedado marginado de la red general de cañadas, era capaz de conseguir una tajada del privilegiado tráfico de ganado trashumante.

---

<sup>36</sup>. J. P. MOLÉNAT, *Campagnes et monts*..., cit., 261.

<sup>37</sup>. Se conserva en A.M.T., A.S., caj. 5, leg. 1, nº 5, una copia de un documento de 1496 por el que Toledo ponía en conocimiento las quejas de los labradores de los Montes por el daño que esta vía trasversal estaba haciendo a sus cultivos. Este documento ha sido utilizado por J. P. MOLÉNAT, *op. cit.*, p. 261-262, para comprender la finalidad con que Toledo había abierto la vía; nosotros utilizamos aquí su discurso.

---

<sup>38</sup>. Sobre este concepto de ingreso vid. el epígrafe 3.4.3.D. de este trabajo.

## 1.3. La Repoblación de la Tierra

### 1.3.1. Conquista cristiana, despoblación y repoblación

La Tierra toledana no fue ni en la época de la pugna entre musulmanes y cristianos ni al final del Medievo un ámbito privativo de la jurisdicción urbana. A lo largo de los siglos se repartieron la Tierra varios señores<sup>39</sup>, entre los cuales se hallan la propia Ciudad, el Cabildo de Santa María, las órdenes militares y algunos linajes nobiliarios. Hasta la segunda mitad del siglo XIII la pugna entre estos poderes que competían por el espacio se centró en la repoblación del territorio; más tarde, serían los conflictos de términos y de jurisdicción sobre lugares los problemas más habituales.

Estudiamos aquí la repoblación toledana como la acción, por parte de los cristianos, de ocupar, organizar y poner en explotación el territorio que se iría configurando como “Tierra de Toledo” a lo largo de los cerca de dos siglos en que este proceso constituyó una labor de primera importancia para los nuevos inquilinos de este espacio, en concreto entre los años 1085 y 1252. Esta última fecha, año en que Alfonso X recibe la Corona castellana, ha sido escogida como punto final porque desde el reinado del Sabio la repoblación, aunque prosiguió en el sentido en que aquí la entendemos, pasó a tomar una relevancia política y estratégica secundaria.

Al estudiar la repoblación toledana, es conveniente recurrir a la división geográfica de la

---

<sup>39</sup>. Se emplea la expresión “señores” intencionadamente, para aludir a todas aquellas instituciones y personas que establecen un dominio de cualquier clase sobre ámbitos territoriales, del tamaño que sean, de la Tierra de Toledo.

Tierra toledana en las tres grandes bandas de territorio que se suceden de norte a sur y que han sido anteriormente estudiadas: La Sagra, La Sisla y los Montes de Toledo<sup>40</sup>. Este amplio espacio abarcaba en torno a 10.000 kilómetros cuadrados y ocupaba buena parte de la actual provincia de Toledo y significativas porciones de las demarcaciones provinciales de Ciudad Real y Badajoz; esta tierra no fue adscrita a Toledo tras la conquista cristiana, sino que el paso del tiempo, los avatares de la prosecución del avance cristiano y los acuerdos entre poderosos la irían determinando progresivamente, como irían determinando las demarcaciones de otros territorios de la Corona de Castilla.

En efecto, no se tiene constancia de la existencia de ningún documento que establezca una relación de lugares o una determinación global de límites del territorio toledano; ni siquiera los fueros -tan expresivos para otros ámbitos- hacen mención, ni precisa ni imprecisa, de la Tierra. La determinación del territorio ha de hacerse penosamente, a través de innumerables alusiones parciales e indirectas que en la documentación de medio milenio se encuentran, hecho que, por otra parte, justifica que se haya optado por la imprecisión, ya comentada, que nos ofrece el vocablo “tierra”.

La acción repobladora fue protagonizada por la Monarquía, que, con el fin de realizar su estrategia defensiva frente a los imperios islámicos (almorávides y almohades), estableció las líneas de avance y los puntos de apoyo del mismo, buscando el respaldo en unos u otros poderosos: la Iglesia toledana, algunos particulares y las órdenes militares. Hay que reseñar que la larga ausencia de la Ciudad como factor repoblador se explica por la identificación de sus esfuerzos con la causa regia; así, cuando el rey actuaba directamente sobre un espacio, y por tanto éste quedaba en el realengo, se dejaba en manos de la Ciudad la jurisdicción.

---

<sup>40</sup>. Para el estudio de la repoblación incluimos dentro de Los Montes a la comarca de Alcocer, por estar ésta formada, como veremos, como prolongación inmediata de aquéllos.

Cuatro fueron los monarcas castellanos que protagonizaron el movimiento repoblador toledano: Alfonso VI (1072-1109), Alfonso VII (1126-1157), Alfonso VIII (1158-1214) y Fernando III (1217-1252). El primero de ellos, conquistador de Toledo, tuvo que limitarse a la ocupación y defensa del territorio; su nieto Alfonso VII fue el autor de la organización general del espacio conquistado, estableciendo el reparto inicial de la Tierra; Alfonso VIII apenas desplegó, modificando parcialmente, el proyecto del anterior monarca; una vez consolidado el asentamiento en La Sagra e iniciado en La Sisa, Fernando III pudo afrontar la ocupación y organización de Los Montes, ya bien entrado el siglo XIII.

La primitiva repoblación de la Tierra de Toledo se realizó muy lentamente a causa de la inseguridad de la zona y de la fuerte despoblación de buena parte de ella. Durante los años inmediatamente anteriores a la conquista cristiana de Toledo, acontecida en mayo de 1085, las fricciones en el entorno de la ciudad y en toda la taifa toledana fueron creciendo en intensidad; la debilidad del rey Alcádir (1075-1085) dio ocasión a que las presiones de Alfonso VI de Castilla, su protector, se sumaran a las de los monarcas de las taifas vecinas, en particular de Motawakil, rey de Badajoz<sup>41</sup>. Las frecuentes operaciones militares de estos años debieron crear un ambiente de inseguridad en el territorio que se prolongaría por largo tiempo tras la conquista cristiana.

Poco después de la toma de la ciudad por los castellanos, la Tierra toledana sería escenario de las feroces campañas que los almorávides lanzaron con el ánimo de reconquistar Toledo para el Islam. En 1086 las tropas de Yusuf ibn Tashufin derrotaron a las del rey Alfonso en Sagrajas, cerca de Badajoz; en 1097, lo hicieron en Consuegra; en 1099 llegaron a adueñarse

---

<sup>41</sup>. La exposición que sigue se basa en los trabajos, bien documentados, de R. PASTOR, *Del Islam al cristianismo. En las fronteras de dos formaciones económico-sociales: Toledo, siglos XI-XIII*, Barcelona, 1975, p. 87 y siguientes, y de B. F. REILLY, *El reino de León y Castilla bajo el rey Alfonso VI, 1065-1109*, Toledo, 1989, p. 183 y siguientes.

del castillo de San Servando, frente a la ciudad<sup>42</sup>. Estas acciones se repitieron hasta que Alfonso VII (1126-1157) logró reemprender la ofensiva cristiana; la llegada de los almohades en 1147 volvió a fortalecer la presencia islámica, pero parece que el peligro fue alejándose paulatinamente de la Tierra de Toledo. Entre 1085 y 1212, año en que se cerró la puerta de Castilla para los musulmanes, merced a la victoria cristiana de Las Navas de Tolosa, el valle del Tajo se mantuvo expuesto a las campañas militares de los andalusíes; a lo largo del siglo XII, el Reino de Toledo era un espacio nominalmente bajo dominio castellano, pero de hecho solamente algunos enclaves fortificados podían garantizar la tranquilidad de los pobladores.

Con la victoria cristiana de Las Navas de Tolosa se abría una nueva era en el proceso de ocupación del territorio toledano: si hasta 1212 la repoblación había sido tímida y fundamentalmente militar, desde aquella fecha se haría más decidida y popular; solamente en el área de Los Montes el fenómeno conservaría el carácter militar y pionero que caracterizó la época anterior. El reinado de Alfonso X (1252-1284) pone fin a este proceso de ocupación territorial que sentó las bases de la configuración jurisdiccional de la Tierra toledana; bajo el reinado del Sabio por vez primera se establecieron con cierta precisión los límites del territorio vinculado a la ciudad.

---

<sup>42</sup>. Estos hechos bélicos son recogidos en las crónicas de la época; vid. *Anales Toledanos I y II*, ed. de J. Porres, Toledo, 1993, p. 62, 69 y 71, respectivamente.

### 1.3.2. El límite del Tajo en el reinado de Alfonso VI

Así pues, con la toma de Toledo se abre una primera etapa de repoblación cuyos límites cronológicos pueden establecerse, a modo de referencia, entre 1085 y 1212, un proceso que en esta zona se caracteriza, como hemos apuntado, por su timidez y su cariz eminentemente militar. Ya se ha aludido a la inseguridad de la zona, una de las causas de la lentitud repobladora; pero a ésta hay que añadir una segunda causa: la escasez de recursos humanos, debida a que simultáneamente se estaba acometiendo un proceso de repoblación más sólido, el de la Extremadura castellano-leonesa, protagonizada por la creación de grandes núcleos urbanos, como Segovia, Ávila y Salamanca, entre otros<sup>43</sup>. Alfonso VI, una vez conquistada la ciudad del Tajo, estableció algunos puntos fortificados y poblados dentro del nuevo reino cristiano: Talavera, Maqueda, Toledo, Madrid, Talamanca, Guadalajara e Hita, entre otros, todos ellos al norte del Tajo. Al sur del río solamente algunos castillos pudieron ser tomados como avanzadilla. Esta precariedad de la tierra recién conquistada explica la dificultad de ponerla plenamente en funcionamiento.

La escasa documentación de la época y la inexistencia de exploraciones arqueológicas dificultan el conocimiento del primer impulso repoblador en el valle del Tajo. En todo caso, su timidez se aprecia en la conocida donación que Alfonso VI hizo a la Iglesia toledana el 18 de diciembre de 1086<sup>44</sup>; además de otros bienes el rey donaba a la sede toledana una serie de lugares

---

<sup>43</sup>. La repoblación de la Extremadura castellano-leonesa ha sido estudiada, desde un punto de vista general, por S. MOXÓ, *Repoblación y sociedad en la España cristiana medieval*, Madrid, 1979, p. 201-216, y más recientemente por M. ASENJO, "La repoblación de las Extremaduras (siglos X-XIII)", *Actas del Coloquio de la V Asamblea de la Sociedad de Estudios Medievales*, Zaragoza, 1991, p. 73-100.

<sup>44</sup>. El documento, cuyo original se encuentra en A.C.T., 0.2.N.1.1., perg. 830/530, ha sido publicado, entre otros, por J. A. GARCÍA LUJÁN, *Privilegios reales de la catedral de Toledo (1086-1462)*.



de la Tierra: Barciles, Cobeja, Cabañas de La Sagra, Rodillas, Alpuébrega, Almonacid, Turrus y Duque. Los cuatro primeros se hallan al norte del Tajo, la única zona de esta donación alfonsina que podía tener alguna eficacia económica, por tratarse de lugares ya poblados o con posibilidad de poblar sin grandes problemas; Alpuébrega y Almonacid, en La Sisla, sólo tenían un valor potencial, ya que durante muchas décadas su explotación económica sería imposible. Otros lugares poblados que se citan en esta época, como Camarena, Magán o Bargas, se sitúan también al norte del límite que marcaba el río<sup>45</sup>.

### 1.3.3. La repoblación primitiva bajo Alfonso VII

Alfonso VII consolidó la ocupación cristiana del valle del Tajo gracias a sus victorias militares frente a los almorávides y a su labor repobladora; bajo su reinado Toledo se convirtió en una ciudad relativamente segura, rodeada de un territorio fortificado que lentamente iba poniéndose en explotación. La retaguardia toledana, formada por las tierras de Escalona, Maqueda, Santa Olalla y La Sagra, conocieron en la primera mitad del siglo XII una decidida puesta en funcionamiento.

El flanco oeste del norte del Tajo se cerraba con las tierras de Escalona, Maqueda y Santa

---

*Formación del patrimonio de la S. I. C. P. a través de las donaciones reales*, Toledo, 1982, tomo II, p. 15-20.

<sup>45</sup>. Estos lugares y otros de dudosa localización se citan en el trabajo de J. GONZÁLEZ, *Repoblación de Castilla la Nueva*, Madrid, 1975, tomo I, p. 120-121. A esta monumental obra del profesor González González recurriremos con frecuencia por la copiosa aportación de datos útiles que contiene. Hay que señalar, además, las aportaciones de J. P. MOLÉNAT, *Campagnes et monts....*, cit., p. 78 y siguientes, que esboza, utilizando los escasos documentos publicados, algunas hipótesis,

Olalla. En 1130 el rey castellano concedía fuero a Escalona, ya por entonces plaza fuerte y lugar poblado; los alcaides del castillo, Diego y Domingo Álvarez, efectuaban la concesión en nombre del monarca<sup>46</sup>. El objetivo del aforamiento de Escalona, como el de otros núcleos-fortaleza cercanos, era asegurar la protección de Toledo frente a las algaradas musulmanas, que todavía llegaban al norte del Tajo con bastante intensidad; prueba de ello es que un año después de la concesión del fuero a la villa del Alberche, sus alcaides, los hermanos Diego y Domingo, resultaron muertos como consecuencia de un ataque almorávide<sup>47</sup>. Maqueda y Santa Olalla eran fortalezas de menor entidad que Escalona; su destino fue desigual: frente a la angostura del territorio dependiente del castillo de Maqueda<sup>48</sup>, cerrado por los términos de Escalona, Montalbán y Santa Olalla, la pujanza de esta última villa se hizo patente en el siglo XII. En 1124 se otorgó a su población un fuero derivado del toledano, y posteriormente recibiría algunos privilegios que acrecentarían su prosperidad<sup>49</sup>.

Al norte de la ciudad del Tajo se produjo en el mismo siglo XII una notable afluencia de población, en relación con una progresiva puesta en funcionamiento. El valle del Guadarrama contó en el primer momento con enclaves fortificados importantes -Calatalifa, Batres, Olmos y Canales- que al alejarse la frontera irían sucumbiendo en favor de más adecuados emplazamientos

---

siempre llenas de interrogantes, acerca de la estructura de la propiedad de la tierra.

<sup>46</sup>. Se conserva una copia de este fuero en B.N., Ms., n° 13081, fol. 3-6, publicada por A. GARCÍA-GALLO, "Los fueros de Toledo", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLV (1975), p. 464-467. En este mismo trabajo se desarrolla un interesante estudio del fuero de Escalona; vid. p. 390-398.

<sup>47</sup>. A. MALALANA, *Escalona medieval (1083-1400)*, Madrid, 1987, p. 27-28. Este autor señala aún posteriores ataques de los musulmanes a la villa de Escalona.

<sup>48</sup>. Sobre los primeros siglos de historia de esta población vid. E. RODRÍGUEZ-PICAVEA, *La villa de Maqueda en la Edad Media. Evolución de un concejo toledano desde el realengo hasta el final del señorío calatravo (siglos XI-XV)*, Toledo, 1996.

<sup>49</sup>. J. GONZÁLEZ, *Repoblación...*, cit., p. 200. Del fuero de Santa Olalla, cuyo original se perdió, sólo conocemos unos fragmentos que copió en el siglo XVIII el padre Burriel y que reproduce A. GARCÍA-GALLO, *op. cit.*, p. 463.

sagreños<sup>50</sup>. Para la época de Alfonso VII, tenemos noticias de aforamientos y transacciones de los hoy despoblados lugares de Aguilafuente, Algariva, Bovadilla, Calvin, Canet, Fuente del Madero, Higares, La Alameda, Mazaravedulla, Pegina, Pomar, San Nicolás y Valaguera; y los aún existentes de Arcicóllar, Azaña (hoy Numancia de La Sagra), Cabañas, Camarena, Cedillo, Cobeja, Illescas, Magán, Mocejón, Olías, Rielves, Torrijos y Villamiel<sup>51</sup>.

En el flanco oriental de la ciudad, ya al sur del Tajo, el rey castellano expulsó a los musulmanes de Oreja en 1139, e inmediatamente reforzó el castillo y concedió fuero a la población del lugar<sup>52</sup>; más al sur serían pronto iniciadas las tareas de repoblación en Dos Barrios, el año 1154, y en Ocaña, en 1156<sup>53</sup>. Así pues, apenas sobrepasada la mitad del siglo XII, el flanco oriental de la Tierra toledana, constituido por la Mesa de Ocaña, se hallaba en decidido proceso de ocupación cristiana.

El sur de Toledo, constituido por La Sisla y Los Montes, mantuvo una situación más precaria. El sector occidental, bañado por los arroyos Torcón, Cubillo, Alpuébrega y Guajaraz, permaneció yermo y expuesto a los ataques musulmanes; de ahí que los intentos repobladores, tímidos, no tuvieran gran éxito en un primer momento; como testimonio de estos intentos, está atestiguada la existencia de los lugares de Aceituna, Alcubilete, Alover, Casar del Asno, Cuerva, Genesa, Jumela, Lacabín, Mancelaceuden, Peña Aguilera, Polán, Pulgar, Santa María, Silec y Valsavero; fortificados, repartidos o aforados por Alfonso VII, la Iglesia toledana y algunos

---

<sup>50</sup>. J. GONZÁLEZ, *Repoblación...*, cit., p. 193-196. La iniciativa repobladora en esta zona correspondió a los segovianos; vid. M. ASENJO, "Sociedad urbana y repoblación en las tierras de Segovia, al sur de la Sierra de Guadarrama", *En la España Medieval*, V (1986), p. 125-149.

<sup>51</sup>. J. GONZÁLEZ, *Repoblación...*, cit., p. 203 y siguientes.

<sup>52</sup>. *Ibid.*, p. 185-186. Sobre la pugna en torno a Oreja entre almorávides y castellanos vid. H. LARRÉN, *El castillo de Oreja y su encomienda. Arqueología e historia de su asentamiento y entorno geográfico*, Toledo, 1984, p. 67-69 y 74-79.

<sup>53</sup>. J. GONZÁLEZ, *Repoblación...*, cit., p. 187.

nobles, pero casi ninguno o ninguno de ellos realmente poblado<sup>54</sup>.

La Sisla oriental, surcada por los ríos Guazalet, Algodor y Melgar, se encontraba igualmente expuesta a los ataques musulmanes y su ocupación en la primera mitad del siglo XII se limitó, casi únicamente, a la defensa militar de Toledo. No obstante, en 1147 era ya posible arar en Nambroca, a poco más de una legua al sur de la ciudad<sup>55</sup>. Más allá, Alfonso VII pudo emprender la repoblación de los lugares de Campo de Rey (1146), Mazarabuisach (1146), Bel (1150), Ciruelos (1150), Yegros (1150), Bogas (1154), Pastor (1154), Benquerencia (1155), Palomar (1155), y Villaseca (1157), y la Iglesia toledana aforó a un grupo de labradores en Almonacid en 1157<sup>56</sup>; todo esto fue posible gracias a la protección que ofrecían la fortaleza de Almonacid, sobre el Guazalet, el castillo de Peña Negra, cerca del Algodor, y el más lejano de Consuegra, ya en La Mancha. De la solidez y coordinación de estas tres fortalezas, que formaban una línea de penetración en esa tierra de nadie que era La Mancha, dependía la posibilidad de poner en explotación las tierras sureñas de Toledo; más aún, esta estructura defensiva garantizaba la seguridad de Toledo por el flanco más accesible, una tradicional vía de penetración de los ataques musulmanes que llegaba a la ciudad por terreno llano, evitando el paso por los siempre inseguros puertos de los Montes de Toledo.

---

<sup>54</sup>. La precariedad de estos lugares y el fracaso de su repoblación en esta etapa es expresado por J. GONZÁLEZ, *Repoblación...*, cit., p. 209-213.

<sup>55</sup>. Juan Muñiz, beneficiario de la donación de la aldea, tuvo que permitir que ciertos particulares trabajaran tierras de Nambroca; vid. J. GONZÁLEZ, *Repoblación...*, cit., p. 214.

<sup>56</sup>. *Ibid.*, p. 214-219. La documentación conservada hace pensar que en 1146 se puso en marcha la empresa de la repoblación toledana bajo la dirección de Alfonso VII; así lo ha expresado J. P. MOLÉNAT, "Le problème du rôle des notaires mozarabes dans l'oeuvre des traducteurs de Tolède (XIIème - XIIIème siècle)", *En la España Medieval*, 18 (1995), p. 43-44, quien pone en relación estas operaciones con la llegada de inmigrantes mozárabes a Toledo procedentes de Al-Andalus.

### 1.3.4. La repoblación bajo Alfonso VIII

Durante el reinado de Alfonso VIII (1158-1214) se produjo el definitivo alejamiento del peligro musulmán sobre la Tierra de Toledo. El Imperio almohade, que suplantó al almorávide en Al-Andalus a mediados del siglo XII, no llegó al valle del Tajo con la misma fuerza que su antecesor, aunque siguieron produciéndose ataques que castigaron con dureza las comarcas toledanas. Con la conquista alfonsina de Cuenca, en 1177, se produjo un importante avance en el frente oriental de la vanguardia castellana, lográndose cerrar el alto Tajo a los musulmanes, pero el valle medio de este río permaneció aún expuesto a sus operaciones de castigo. La pugna entre castellanos y almohades se libró fundamentalmente en las comarcas manchegas, inmediatamente al sur de la tierra toledana, de modo que la acción repobladora que hemos observado avanzó de modo muy limitado; la consolidación del movimiento repoblador en la Tierra de Toledo no fue posible hasta bien entrado el siglo XIII, una vez que el peligro musulmán, a partir de la batalla de Las Navas, dejó de ser una acuciante realidad y se convirtió en un recuerdo.

Así pues, en la segunda mitad del siglo XII encontró continuidad la timidez repobladora de la primera mitad de aquella centuria. Prosiguen las donaciones reales a particulares e instituciones en tierras toledanas, que formaban parte de un amplio programa económico-militar, cuya finalidad era la repoblación y defensa de las tierras conquistadas. Las donaciones de Alfonso VIII que conocemos<sup>57</sup> tienen por objeto, en su inmensa mayoría, lugares de la margen derecha del Tajo o a orillas de este río: Mocejón era concedida al caballero Pedro Pérez de Azagra en 1166<sup>58</sup>; Illescas y Azaña a la Iglesia de Toledo en 1176<sup>59</sup>; Borox al mayordomo real Rodrigo

---

<sup>57</sup>. Nos basamos en la documentación publicada por J. GONZÁLEZ GONZÁLEZ en su laboriosa obra *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid, 1960.

<sup>58</sup>. J. GONZÁLEZ, *El reino de Castilla...*, cit., tomo II, p. 160-162.

Gutiérrez en 1179<sup>60</sup>. Se percibe una novedad importante en cuanto a los beneficiarios de las donaciones: entre ellos aparecen las órdenes militares, en particular las recién creadas de Santiago y Calatrava; así, el rey donaba el 23 de marzo de 1171 el castillo de Mora a “los *fratres* de Cáceres”, germen de la Orden de Santiago<sup>61</sup>; y el 9 de febrero de 1176 la aldea de Mocejón a la Orden de Calatrava<sup>62</sup>. Si bien esta última donación podía responder al deseo del rey de dotar económicamente a sus nuevos colaboradores, la entrega del castillo de Mora a los caballeros de Santiago era un síntoma de los nuevos tiempos: la vanguardia de la Cristiandad estaba en manos de las órdenes militares, que serían concesionarias de amplios territorios en La Mancha, estableciendo “tierras” que pondrían límite a la toledana por sus flancos sur y este.

### 1.3.5. La repoblación del siglo XIII

Bajo el reinado de Fernando III, las tierras cercanas al Tajo pudieron ser ocupadas más intensamente, ya sin temer los ataques musulmanes. En esta época el área toledana que aún corría algún riesgo era la comarca de Los Montes, tradicionalmente inhóspita; sin embargo, en el siglo XIII recobró valor, debido a la posibilidad de vigilancia que ofrecían los riscos que dominaban sus puertos y la potencialidad económica de esta gran extensión rica en pastos naturales. Bajo el arbitraje de Fernando III se produjo una dura pugna por el dominio de Los Montes en la que

---

<sup>59</sup>. *Ibid.*, tomo II, 433-435.

<sup>60</sup>. *Ibid.*, tomo II, p. 522-526.

<sup>61</sup>. *Ibid.*, tomo II, p. 208-209.

participaron particulares, el arzobispo toledano Rodrigo Jiménez de Rada y la Ciudad de Toledo, que aparece por vez primera como agente repoblador.

El mismo año de la muerte de Alfonso VIII, su sucesor Enrique I decidió favorecer al Arzobispado de Toledo en la comarca monteña: el 6 de noviembre de 1214 donó a Rodrigo Jiménez de Rada, prelado toledano, estas tierras vírgenes<sup>63</sup>; al día siguiente le entregó la villa de Pulgar, puerta de Los Montes<sup>64</sup>. Cinco años más tarde, la Iglesia toledana completaría su presencia en la comarca con la compra de Peña Aguilera por parte del canónigo don Alfonso<sup>65</sup>. Antes de 1222, el arzobispo y la Iglesia toledana compraron al caballero Alfonso Téllez varios castillos que éste había edificado en el territorio monteño: el de Dos Hermanas, junto a la actual población de Navahermosa; el de Malamoneda, a orillas del río Cedená; el de Muro, junto al Guadiana; y el de Cedenilla<sup>66</sup>. El propio Jiménez de Rada había levantado otra fortaleza en la comarca, el castillo de Milagro, y había otorgado un fuero a los pobladores de su término<sup>67</sup>. Así pues, al comienzo del reinado de Fernando III el arzobispo se había convertido en señor,

<sup>62</sup> *Ibid.*, tomo II, p. 408-409.

<sup>63</sup> La donación se expresa en un privilegio, deteriorado, que se conserva en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 6, pza. 2; publicado por J. GONZÁLEZ, *El reino de Castilla...*, cit., t. III, p. 666-668.

<sup>64</sup> Este segundo privilegio se halla en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 3, pza. 1; publicado en *Ibid.*, t. III, p. 668-669.

<sup>65</sup> Este don Alfonso compró la alquería monteña a los hermanos Esteban ben Rinaldo y doña Orabona, como se expresa en un documento escrito en árabe que se conserva en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 4, pza. 9; publicado por A. GONZÁLEZ PALENCIA, *Los mozárabes toledanos en los siglos XII y XIII*, Madrid, 1926-1930, tomo III, p. 367-368, nº 1154.

<sup>66</sup> El 23 de enero de 1222 Fernando III confirmaba la posesión de estas fortalezas por parte del arzobispo y del Cabildo de Santa María; A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 7. Aquel mismo año Jiménez de Rada se comprometía ante Alfonso Téllez a satisfacer en un plazo de cuatro años la cantidad de dinero y de grano que habían concertado como precio por las fortalezas; A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 9.

<sup>67</sup> El 24 de enero de 1222 el rey don Fernando confirmaba la carta foral del arzobispo; A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 8.

prácticamente en exclusiva, de Los Montes; este hecho constituía un tremendo perjuicio para la Ciudad, que se veía así privada de un espacio de expansión natural al sur del Tajo y de una auténtica despensa de productos complementarios respecto a los que se obtenían en la llanura.

La Ciudad no estaba dispuesta a admitir la pérdida de Los Montes y su presión sobre Fernando III debió ser fuerte, tanto que en la última década de su reinado, en plena campaña de conquista del valle del Guadalquivir, el rey Santo tuvo que desarrollar una compleja operación que tenía como fin la entrega de Los Montes a la Ciudad y la compensación a la Iglesia con otras posesiones. Este último objetivo fue afrontado en primer lugar: el 20 de abril de 1243 don Fernando y la Iglesia toledana otorgaron una permuta de amplias dimensiones, tanto por el valor de su contenido como por el ámbito geográfico que éste abarcaba; el rey entregaba la villa de Amicel, ribereña del Tajo, con todo lo que contenía, y una importante posesión: la villa de Baza, en Andalucía, con sus castillos y sus aldeas, pero con el inconveniente de permanecer aún en poder de los musulmanes. A cambio, el arzobispo entregaba todas sus posesiones monteñas: los castillos de Cedenilla, Dos Hermanas, Malamoneda y Muro, el castillo de Milagro y Pulgar y Peña Aguilera, todo con sus términos<sup>68</sup>.

En esta permuta se detallan los términos de toda esta comarca, ahora ya bien definida; partiendo del puerto de Alover, por la sierra, hasta el puerto de Orgaz, integrando todos los villares antiguos que se hallan entre Milagro y el antiguo camino que conecta Toledo con Calatrava a través del puerto de Orgaz, integrando asimismo la aldea de Yébenes, Navas de Bermudo y la garganta de Balbulea; a partir de esta garganta, la linde continúa por el camino que pasa por Fuentes de Rabinat y llega al corral de Nuño. Por la otra parte, el límite transcurre desde el puerto de Alover, por la sierra, hasta el puerto de Avellanar, y de Marchés hasta el río Estena;

---

<sup>68</sup>. El original de esta permuta se conserva en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, n° 11. Una copia del siglo XVIII, en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, n° 12, pza. 3, p. 3-6.



de éste en línea recta hasta la hoz del Guadiana, y de éste hasta Abenójar.

Cerca de tres años después de otorgar la permuta, cuando el rey don Fernando sitiaba la ciudad de Jaén, se completó la operación apuntada con la entrega de Los Montes a la Ciudad de Toledo. El rey, necesitado de apoyos económicos y militares para lograr llevar a buen fin la toma de Jaén, vendió a Toledo la comarca monteña el 4 de enero de 1246 por el precio de 45.000 “morabetines alfonsíes” pagados inmediatamente, como el propio monarca declaraba en la carta de compraventa<sup>69</sup>. En el documento se expresa que se venden las posesiones que Fernando III obtuvo del arzobispo Jiménez de Rada, con los términos que más arriba se han indicado; pero además se detallan los lugares que contiene esta comarca, que desde aquel momento se denominó “Montes de Toledo”: Pulgar, Peña Aguilera, Dos Hermanas, Malamoneda, Cedenilla, Muro, Milagro, Torre de Foya Abraham, Peñafior, Yébenes, San Andrés, Santa María de la Nava, Marjaliza, Navarredonda, Peña, Cijara, Herrera y Alcocer, reservando una tercera parte de este último territorio al maestro de Alcántara.

Con la compra de Los Montes en 1246 puede darse por concluido el periodo de repoblación de la Tierra de Toledo que hemos pretendido estudiar, un periodo en que el primer objetivo de los protagonistas -Monarquía, Ciudad, Iglesia, particulares y órdenes militares- era ocupar, organizar y poner en explotación este territorio tomado al Islam, garantizando así su seguridad y funcionamiento.

---

<sup>69</sup>. El original de este documento, en forma de privilegio rodado con magnífico sello de plomo, se conserva en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 12, pza. 1. Un traslado de 1455 lo encontramos en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 12, pza. 4; otro traslado, éste de 1520, se halla en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 12, pza. 2. Un tercer traslado, de 1588, en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 3, pza. 2/1. Una copia validada de 1727 en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 3, pza. 2/2. Y una última copia de este documento, también del siglo XVIII, en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 12, pza. 3, p. 2-3.

## 1.4. Configuración jurisdiccional y límites: siglos XIII - XV

### 1.4.1. La concreción del espacio

Con el reinado de Alfonso X comenzaba una nueva era en la evolución de la Tierra de Toledo; alejado definitivamente el peligro islámico, la repoblación, tal como la hemos entendido, pasó a un segundo plano, al tiempo que se intensificaba la pugna entre los poderes cristianos por el control de un espacio ya seguro y rentable. La lucha por la ocupación de Los Montes bajo el reinado de Fernando III, que ya hemos estudiado, constituyó un síntoma evidente de los nuevos tiempos, ya que desde mediados del siglo XIII, los conflictos entre poderosos caracterizarían la etapa en que se consolidaron la jurisdicción y los límites de la Tierra, elementos ambos que permanecerían casi invariables hasta la extinción del Antiguo Régimen<sup>70</sup>.

La definición de términos y jurisdicciones en la Tierra de Toledo fue una consecuencia lógica del alejamiento de la frontera. Para los poderosos, ya no se trataba de defender tierras, ni de explotarlas de la manera más sencilla y segura; sólo había que hacerlas producir de la manera más rentable posible. En consecuencia, no se buscaba ya el emplazamiento más seguro, sino el más rico, el mejor regado, el más cercano a la ciudad, centro de consumo y de intercambio. Las nuevas posibilidades que ofrecía el territorio toledano y, en general, la Meseta castellana meridional, eran mucho más atractivas que las anteriores, razón por la que los poderosos entablaron largos conflictos por el control de diversos lugares.

---

<sup>70</sup>. Esta invariabilidad permitió a Salvador de Moxó estudiar la configuración señorial del Medievo

¿Quiénes fueron los sujetos que protagonizaron estos conflictos en torno a la Tierra de Toledo? En primer lugar, la Ciudad, la entidad más poderosa en este ámbito; con ella compitieron otras instituciones y personas, como la Iglesia toledana, algunas órdenes militares, y unos pocos señores laicos, éstos en constante renovación hasta el siglo XV. Algunos de estos “competidores”, al tiempo que formaban dominios en el interior de la Tierra, labraron señoríos en sus confines, poniendo así límites a esta entidad territorial.

Para conocer cuál era el espacio que quedaba bajo la jurisdicción urbana, que es el que más nos interesa, además de señalar los islotes del interior de la Tierra bajo dominio de los competidores, hemos de establecer los confines de esa Tierra; unos confines que, como ya hemos comentado con anterioridad, se van concretando a partir del reinado de Alfonso X y como resultado de la lucha entre todos los protagonistas del reparto. De manera que, una vez estudiada la “intromisión” de cada uno de los “señores de Toledo” (entidades que establecen su jurisdicción dentro del contorno de la Tierra) y la incidencia de los que establecieron “tierras” colindantes, trazaremos los límites del territorio una vez que éste se consolida, ya al final de la Edad Media.

Para estudiar el establecimiento de los señoríos en el interior y en el entorno de la Tierra -excluyendo el de la Ciudad, que extraeremos por deducción- presentamos a sus titulares, para pasar a su estudio individualizado:

- Iglesia toledana.
- Órdenes militares: San Juan, Santiago, Calatrava y Alcántara.
- Linajes nobiliarios: Casas de Orgaz, Fuensalida, Montalbán y Maqueda.

### 1.4.2. La Iglesia toledana

Al estudiar el señorío de la Iglesia toledana hay que diferenciar el señorío del Cabildo y el del arzobispo, que se separan en tiempos del arzobispo don Raimundo, en un concilio provincial celebrado probablemente en 1136, en el cual se dispuso que se constituyeran la “mesa episcopal” y la “mesa capitular”, entre las que se repartieron los bienes y rentas que la Iglesia toledana disfrutaba por entonces<sup>71</sup>. Desde el siglo XII el patrimonio capitular, ya independientemente, fue creciendo a través de donaciones del rey y de particulares, por compras y mediante otros procedimientos; simultáneamente se iba configurando el señorío del Cabildo, el cual conocemos bien para el final del siglo XIV gracias al trabajo del profesor Izquierdo Benito. En este período la jurisdicción del Cabildo no alcanzaba la decena de poblaciones del área toledana: Yeles, Fuentelmadero, Arcicóllar, Azaña, Ajofrín, Illescas, Alameda, Cobeja y Torrijos<sup>72</sup>.

Las siete primeras poblaciones no modificaron su situación a lo largo del siglo XV. No contamos con ningún testimonio de novedad referido a Yeles<sup>73</sup>, Fuentelmadero, Arcicóllar y Azaña; la evolución de Ajofrín y de Illescas se conoce relativamente bien gracias a los trabajos

---

<sup>71</sup>. R. IZQUIERDO BENITO, *El patrimonio del Cabildo de la catedral de Toledo en la segunda mitad del siglo XIV*, Toledo, 1980, p. 40-41. Seguimos este trabajo para describir el señorío de la Iglesia de Toledo.

<sup>72</sup>. *Ibid.*, p. 120-121, incluye en el “señorío” capitular hasta veinticuatro poblaciones: Ajofrín, Alameda, Alcabón, Alpuébrega, Arcicóllar, Azaña, Azucaica, Benquerencia, Borox, Canales, Capillas, Cobeja, Esquivias, Fuentelmadera, Illescas, La Figueruela, La Pedrosilla, Masaraveda, Mazarrázín, Olias, Torrijos, Valdecubas, Yeles y Zalencas. En muchos de estos núcleos, el “señorío” del Cabildo se limitaba a la titularidad de ciertos derechos, como el diezmo de la cosecha, pero solamente en nueve poblaciones era titular de la jurisdicción, con la atribución de la designación de los oficiales concejiles y la administración de justicia.

<sup>73</sup>. De esta afirmación hay que exceptuar la cesión de la alzada de justicia de Yeles, junto con la de otras poblaciones sagreñas, a la Ciudad; vid. A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 2, nº 7, Apéndice Documental, nº 9. Pero la cesión de Yeles, como la de Alameda, fue probablemente limitada en el tiempo; la de Cobeja, Torrijos y Esquivias, en cambio, debió ser definitiva, como veremos más adelante.

de quienes han penetrado en la documentación del Cabildo<sup>74</sup>; de la permanencia de Alameda bajo el señorío capitular contamos con una prueba magnífica fechada en 1491. El 17 de febrero de aquel año, el Cabildo se dirigía a un alcalde de Alameda para convocar a algunos vecinos de este lugar; en la dirección del documento, el Cabildo se refiere al alcalde como “*nuestro vasallo*”, mostrando así la dependencia jurisdiccional de este enclave sagreño<sup>75</sup>.

Mayores problemas presenta la adjudicación de Cobeja y Torrijos al señorío capitular, al menos al final del período que nos ocupa. La pertenencia de Cobeja al Cabildo de Santa María, que parece desprenderse de la donación constituyente del patrimonio eclesiástico toledano de 1086<sup>76</sup>, se mantenía en 1381, tras la despoblación del lugar<sup>77</sup>; sin embargo, poco más de un siglo después, en abril de 1510, encontramos a Cobeja bajo la jurisdicción urbana. Así se deduce de un documento que refleja los actos de la Ciudad ante la lesión de los privilegios de un vecino de Toledo, un barbero llamado Francisco de Mena, por las autoridades del lugar<sup>78</sup>; en este documento Toledo trata a Cobeja como “*logar del termino e juridiçion desta dicha çibdad*”, pero

<sup>74</sup>. Además del trabajo ya señalado de R. Izquierdo, sobre la villa sisleña vid. J. P. MOLÉNAT, “La seigneurie rurale en Nouvelle Castille au XVème siècle: le cas d’ Ajofrin”, *Congreso de Historia rural. Siglos XV al XIX*, Madrid, 1983, p. 589-597; y J. A. GARCÍA LUJÁN, “Una villa de señorío eclesiástico a través de sus ordenanzas: Ajofrin (Toledo) en la segunda mitad del siglo XV”, *Anales Toledanos*, XVIII (1984), p. 63-70. Sobre la villa sagreña vid. H. GRASSOTTI, “En torno al señorío de Illescas”, *Homenaje a don José María Lacarra de Miguel en su jubilación del profesorado*, Zaragoza, 1977, tomo III, p. 119-147; y J. A. GARCÍA LUJÁN, “Expansión del régimen señorial en la región de Toledo bajo Enrique II: Talavera de la Reina e Illescas”, *Anales Toledanos*, XIV (1982), p. 75-93.

<sup>75</sup>. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 65.

<sup>76</sup>. Nos referimos a la donación de Alfonso VI, ya aludida en el apartado dedicado a la repoblación; vid. A.C.T., O.2.N.1.1., perg. 830/530.

<sup>77</sup>. Así lo afirma R. IZQUIERDO, *El patrimonio del Cabildo...*, cit., p. 133.

<sup>78</sup>. A.M.T., A.S., caj. 9, leg. 2, nº 6. Es éste un lugar oportuno para señalar la energía que la Ciudad emplea para defender los privilegios de los vecinos de Toledo, ya que de su reacción ante un hecho aparentemente insignificante como éste depende la pervivencia de la peculiaridad de Toledo; el respeto que la Ciudad considera que se ha de tener a su fuero.

no sólo a través de esta fórmula, empleada en varias ocasiones a lo largo del documento, sino también por los propios acontecimientos que en él se reflejan, ya que la Ciudad emite órdenes dirigidas al Concejo de Cobeja en forma de “mandamiento”. También el Cabildo de Santa María intervino en el asunto, ya que era titular de ciertos derechos, al parecer solariegos, que se sustanciaban en la percepción de ciertas rentas. A través del canónigo Nicolás Ortiz, el Cabildo prohibía al vecino de Toledo pacer con sus ganados y labrar en las tierras capitulares; al concejo del lugar, el canónigo Ortiz lo intentaba amedrentar con la amenaza de ciertas penas. Pero hay que señalar que este canónigo se dirige siempre al Concejo de Cobeja mediante requerimientos y no a través de mandamientos, lo que trasluce una posición más débil que la que muestra la Ciudad; en todo caso, expresa un “señorío secundario”, de rango territorial y no jurisdiccional.

El caso de Torrijos es semejante al que hemos visto de Cobeja. La pertenencia de Torrijos al señorío jurisdiccional del Cabildo es basada por el profesor Izquierdo Benito en la donación que Fernando III efectuó en favor del arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada<sup>79</sup>, pero, aunque nos muestra que a fines del siglo XIV el señorío capitular estaba bien asentado en la población, este señorío se debía limitar a un dominio solariego, con la titularidad de ciertos derechos, manteniéndose la jurisdicción realenga. El mismo profesor Izquierdo señala que en 1389 Juan I cedió al Cabildo las atribuciones judiciales de este y otros núcleos sagreños por un plazo de tres años contra el pago de 3.000 florines de oro del cuño de Aragón por parte del Cabildo<sup>80</sup>. Esta cesión, de clara eventualidad, demuestra que era excepcional la titularidad de la jurisdicción eclesiástica.

En todo caso, contamos con una prueba documental, para la época que aquí estudiamos,

---

<sup>79</sup> R. IZQUIERDO, *El patrimonio del Cabildo...*, cit., p. 140. La noticia de esta donación la encuentra el doctor Izquierdo Benito en la crónica de P. ALCOCER, *Historia o descripción de la Imperial Çibdad de Toledo*, Toledo, 1554, ed. facsímil en Toledo, 1973, fol. LXVII vto.

de la pertenencia de Torrijos a la jurisdicción urbana: el concejo del lugar, en una solicitud sin fecha pero que podemos datar en torno a 1475, se dirige al Cabildo de Jurados de Toledo para pedir remedio al problema que se había planteado por la exención de algunos vecinos de Torrijos<sup>81</sup>. Siendo el Cabildo de Jurados el destinatario del ruego, es evidente que se está pidiendo una solución que convenga a los intereses regios, y estos intereses se basan en la percepción del mayor volumen posible de pechos, lo que estaba en peligro por el exceso de exentos en aquel momento. Algunos años más tarde, en 1485, la ya denominada “villa” de Torrijos pertenece a Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de León y señor también de las villas de Maqueda, Elche y Crevillente<sup>82</sup>. Hasta poco antes de esta fecha, tiempo de la aparición de los Cárdenas en Toledo, no parece que Torrijos dejara de pertenecer a la jurisdicción urbana.

---

<sup>80</sup>. R. IZQUIERDO, *El patrimonio del Cabildo...*, cit., p. 140.

<sup>81</sup>. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 13, pza. 12. La datación se establece, de modo sólo aproximado, por el tipo de letra del documento y por su ubicación en la serie de la que forma parte dentro del Archivo del Cabildo de Jurados.

<sup>82</sup>. La titularidad de Gutierre de Cárdenas se expresa en la partición de términos entre la villa de Maqueda y el lugar toledano de Novés; vid. A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 1, nº 7. Más adelante

### 1.4.3. Las órdenes militares

#### *A. Orden de San Juan*

Dejando ya el análisis del señorío capitular y entrando en el de las órdenes militares, comenzaremos con la institución de este tipo que más tempranamente puso pie en tierras toledanas: la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén, de procedencia foránea pero muy pronto asentada en Castilla<sup>83</sup>, y esencialmente en la Meseta meridional por ser ésta la región donde se centraba la pugna frente al Islam en el siglo XII<sup>84</sup>. Alfonso VII ubicó en vanguardia a la orden en 1144 donándole el castillo de Olmos, con las aldeas del entorno: Carranque, Cedillo, Palomeque y El Viso. El conjunto formado por todo ello, en el valle del Guadarrama, se reorganizó durante el reinado de Alfonso VIII, dando lugar a la encomienda de Olmos, que marcó durante siglos un segmento del límite septentrional de la Tierra de Toledo. También en el reinado de Alfonso VIII se formaron otras dos encomiendas sanjuanitas: una de ellas, la de Villamiel, para gestionar las propiedades y rentas de esta aldea, que había pasado a la jurisdicción hospitalaria en

---

estudiaremos más atentamente este interesante documento.

<sup>83</sup>. Sobre el establecimiento de la orden en Castilla, vid. C. AYALA, "Orígenes de la Orden del Hospital en Castilla y León (1113-1157)", *Hispania Sacra*, 43 (1991), p. 775-798. Los dos primeros siglos de su historia castellana son estudiados detenidamente en el trabajo de C. BARQUERO, *Los hospitalarios en Castilla y León (siglos XII y XIII). Los señoríos de la Orden de San Juan*, tesis doctoral inédita leída en la Universidad Autónoma de Madrid en 1994.

<sup>84</sup>. E. RODRÍGUEZ-PICAVEA, *Las órdenes militares y la Frontera. La contribución de las Órdenes a la delimitación de la jurisdicción territorial de Castilla en el siglo XII*, Madrid, 1995, p. 59-60.



1168<sup>85</sup>; la otra, en la propia ciudad de Toledo, donde la orden poseía una serie de iglesias, tiendas, mesones, casas, hornos, baños y fincas rústicas, con sus rentas<sup>86</sup>.

La más importante de las encomiendas hospitalarias en la Meseta meridional se formó en torno al castillo de Consuegra, en La Mancha, donado a la orden en 1183<sup>87</sup>. Muy pronto, esta fortaleza se convirtió en cabeza de un extenso territorio que incluía Quero, Tembleque, Villacañas, Alcázar, Turleque, Urda y Yébenes de San Juan; esta comarca, marcada por la jurisdicción hospitalaria, se conoció enseguida por el nombre de Campo de San Juan. Consuegra pasaría a convertirse en priorato de la Orden del Hospital en Castilla, la encomienda más activa de todo el reino<sup>88</sup>.

La presencia de la Orden de San Juan en el área toledana, resultaba amenazante en un primer momento, pero al pasar el tiempo fue debilitándose; no obstante, conservó una buena cantidad de bienes y derechos en el interior de la Tierra y varios enclaves limítrofes: El Viso y Palomeque, por el norte<sup>89</sup>; y por el sur, Yébenes de San Juan, que con Yébenes de Toledo formaba una aldea dual donde se produjeron algunos roces entre la Ciudad y la Orden<sup>90</sup>.

<sup>85</sup>. *Ibid.*, p. 64-65.

<sup>86</sup>. *Ibid.*, p. 62-64.

<sup>87</sup>. *Ibid.*, p. 55 y siguientes.

<sup>88</sup>. S. MOXÓ, *op. cit.*, p. 127-128. Sobre la encomienda y priorato de Consuegra, el más completo trabajo moderno es el de P. GUERRERO, *El Gran Priorato de San Juan de Jerusalén en el Campo de La Mancha*, Toledo, 1969; vid. además, del mismo autor, "El fuero de Consuegra y la repoblación de La Mancha", *Provincia*, 12 (1954).

<sup>89</sup>. S. MOXÓ, *op. cit.*, p. 127, basándose en documentación del siglo XVIII, comprueba el mantenimiento de la jurisdicción hospitalaria de estos lugares, así como de todo el Campo de San Juan, a lo largo de más de cinco siglos.

<sup>90</sup>. Sobre las fricciones en Yébenes y la determinación de los límites entre Toledo y la Orden, vid. J. R. PALENCIA, "Contribución de las órdenes militares a la definición del espacio toledano (siglos XII al XV)", *Actas del Congreso Internacional "Las Órdenes Militares en la Península Ibérica"* (en prensa).

## B. Orden de Santiago

Otra institución militar que logró asentar con gran solidez su autoridad frente a la Tierra toledana fue la Orden de Santiago<sup>91</sup>. Más arriba se ha hecho alusión a su aparición en este ámbito, cuando Alfonso VIII donaba la fortaleza de Mora a los entonces llamados “*fratres de Cáceres*”<sup>92</sup>; Mora se constituyó en encomienda santiaguista hasta que en 1568 pasó a manos del linaje toledano de los Rojas<sup>93</sup>, permaneciendo así fuera de la jurisdicción urbana<sup>94</sup>.

Junto a esta encomienda y a un amplio abanico de posesiones en la ciudad y la tierra, la presencia de la Orden de Santiago en Toledo fue extraordinariamente relevante como muro de contención de la expansión urbana hacia el este. Desde el priorato de Uclés, la orden dominaba un extenso territorio situado entre Toledo y Cuenca al que pronto se llamó Campo de Santiago, cuyo límite occidental era la Mesa de Ocaña, donde se estableció una encomienda autónoma respecto del priorato<sup>95</sup>.

---

<sup>91</sup>. Sobre esta orden militar hay que citar dos obras clásicas: la de D. LOMAX, *La Orden de Santiago (1170-1275)*, Madrid, 1965; y la de J. L. MARTÍN RODRÍGUEZ, *Orígenes de la Orden militar de Santiago (1170-1195)*, Barcelona, 1974.

<sup>92</sup>. Documento publicado por J. GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *El reino de Castilla...*, cit., tomo II, p. 208-209.

<sup>93</sup>. Sobre los Rojas toledanos, vid. P. LÓPEZ PITA, *Layos. Origen y desarrollo de un señorío nobiliario: el de los Rojas, condes de Mora*, Toledo, 1988.

<sup>94</sup>. La época santiaguista de esta villa ha sido estudiada por H. RODRÍGUEZ DE GRACIA, *El señorío de Mora. De la Orden de Santiago a los Rojas toledanos*, Toledo, 1990, p. 35-66.

<sup>95</sup>. Acerca de la evolución de esta comarca, vid. H. LARRÉN, *op. cit.* Sobre el papel de Ocaña como límite del territorio toledano, vid. J. R. PALENCIA, “Contribución de las órdenes militares....”, cit.

### C. Orden de Calatrava

También la Orden de Calatrava<sup>96</sup>, cuya principal área de dominio no limitaba con el espacio toledano, contó sin embargo con señoríos lindantes con éste, aunque su relevancia fuera bastante reducida, inferior en todo caso a la de las órdenes de San Juan y Santiago<sup>97</sup>. La penetración de los calatravos en Toledo fue temprana, pues participaron en la repoblación de la Tierra; en 1172 les fue entregado el castillo de Aceca con la mitad de la villa, sobre la que pronto ejercerían su jurisdicción<sup>98</sup>. Cuatro años después recibieron la cercana aldea de Mocejón<sup>99</sup>, pero esta donación la conservarían poco tiempo, quedando reducida su soberanía a la modesta villa fortificada de Aceca, donde se estableció una encomienda. La segunda encomienda calatrava, también modesta, se ubicó en un lugar limítrofe con el Campo de Santiago: Huerta de Valdecarábanos, cedida a la Orden en 1194<sup>100</sup>. Otras dos circunscripciones “cerraban” la Tierra de Toledo: la primera de éstas por el nordeste, cerca de Huertas, era la encomienda de Borox, Ciruelos y la dehesa de Otos<sup>101</sup>; la segunda, al sureste de la Tierra, la encomienda de Guadalerzas,

---

<sup>96</sup>. Sobre esta orden vid. J. F. O' CALLAGHAN, *The Spanish Military Order of Calatrava and its Affiliates*, Londres, 1975; E. SOLANO, *La Orden de Calatrava en el siglo XV. Los señoríos castellanos de la Orden al fin de la Edad Media*, Sevilla, 1978; y E. RODRÍGUEZ-PICAVEA, *Las órdenes militares...*, cit.

<sup>97</sup>. Los límites entre la jurisdicción calatrava y la toledana fueron establecidos en la cara sur de Los Montes en 1269, según la partición de términos que se conserva en A.M.T., A.S., ala. 1, leg. 4, nº 4, pza. 1; vid. Apéndice Documental, nº 1.

<sup>98</sup>. E. SOLANO, *op. cit.*, p. 256-257. E. RODRÍGUEZ-PICAVEA, *Las órdenes militares...*, cit., p. 108-109.

<sup>99</sup>. Documento publicado por J. GONZÁLEZ, *El reino de Castilla...*, cit., tomo II, p. 408-409.

<sup>100</sup>. Sobre los orígenes de este lugar, vid. J. CEPEDA, *Notas para el estudio de la repoblación en el valle del Tajo: Huerta de Valdecarábanos*, Valladolid, 1965; sobre la encomienda calatrava, E. SOLANO, *op. cit.*, p. 243-247. Y E. RODRÍGUEZ-PICAVEA, *Las órdenes militares...*, cit., p. 116.

<sup>101</sup>. E. SOLANO, *op. cit.*, p. 247-250.

que contenía el castillo del mismo nombre y una dehesa en su entorno<sup>102</sup>, circunscrito todo ello en la zona de límite a la que ya nos hemos referido entre Toledo y la Orden de San Juan, cerca de Los Yébenes.

#### D. Orden de Alcántara

La Orden de Alcántara<sup>103</sup> no obtuvo ningún espacio tan cercano a la ciudad como las otras órdenes militares, pero protagonizó el más encarnizado conflicto jurisdiccional con el Gobierno urbano. El territorio por el que disputaban ambas instituciones era la comarca de Alcocer, más allá del Guadiana; vinculado a la Ciudad, tras largas vicisitudes a lo largo de los siglos XIII y XIV, este fragmento lejano de la Tierra de Toledo pasó en 1445 a manos de Gutierre de Sotomayor, maestre de Alcántara, que lo retendría definitivamente a pesar de los esfuerzos de la Ciudad por recuperarlo<sup>104</sup>.

---

<sup>102</sup>. *Ibid.*, p. 216-218.

<sup>103</sup>. Una breve síntesis sobre esta institución, es la de D. LOMAX, "Alcántara", *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Madrid, 1973, tomo 3, p. 1812-1813.

<sup>104</sup>. El prolongado conflicto de Toledo con la Orden de Alcántara por la comarca de Alcocer ha sido estudiado en mi trabajo "Contribución de las órdenes militares....", cit. El posterior pleito entre Toledo y los condes de Belalcázar por el mismo territorio constituye el asunto central de la tesis doctoral de J. B. OWENS, *Despotism, Absolutism and the Law in Renaissance Spain: Toledo versus the counts of Belalcázar (1445-1574)*, Universidad de Wisconsin, 1972. Resulta, además, de gran interés consultar las páginas que E. CABRERA dedica a los acontecimientos que conducen al cambio de soberanía de la comarca de Alcocer en los años cuarenta del siglo XV en su *El condado de Belalcázar (1444-1518). Aportación al estudio del régimen señorial en la Baja Edad Media*, Córdoba, 1977, p. 108-124.

#### 1.4.4. Los señoríos nobiliarias: Orgaz, Maqueda, Montalbán y Fuensalida

Además de los señoríos que la Iglesia toledana y las órdenes militares crearon en los límites de la Tierra, nos encontramos con una serie de linajes nobiliarios que consiguieron asimismo establecer su jurisdicción sobre villas y lugares que en un primer momento habían pertenecido a la Ciudad. Frente a los estados señoriales de las instituciones ya mencionadas, los de la nobleza son de establecimiento tardío, creándose ya bajo la dinastía Trastámara. Los señoríos laicos toledanos formados desde el reinado de Enrique II hasta el de los Reyes Católicos son catorce: Barcience, Casarrubios, Caudilla, Cedillo, Cuerva, Fuensalida, Higares, Maqueda, Montalbán, Noez, Orgaz-Santa Olalla, Seseña, Torre de Estebán Hambrán y Villaluenga-Villaseca<sup>105</sup>. No vamos a detenernos aquí en su estudio, que en su día Salvador de Moxó afrontó satisfactoriamente; no obstante, hemos de señalar que diez de ellos estaban formados por una o dos aldeas de relevancia secundaria, mientras que los cuatro restantes -los de Fuensalida, Maqueda, Montalbán y Orgaz-Santa Olalla- constituían grandes conjuntos territoriales.

El señorío de Orgaz-Santa Olalla, creado en 1371, estaba formado por las villas de Orgaz y Santa Olalla, ésta última con sus aldeas de Carriches, Domingo Pérez, Erustes, Lanchete, La Mata, El Otero, Techada y Valverde, con una extensión total de 23.866 hectáreas<sup>106</sup>; si Orgaz pertenecía en un primer momento a la jurisdicción de la Ciudad, Santa Olalla y sus aldeas constituían, como ya se ha visto al estudiar la repoblación del área del Tajo, una entidad

---

<sup>105</sup>. Salvador de Moxó los ha estudiado detenidamente en su documentada obra *Los antiguos señoríos...*, cit.

<sup>106</sup>. S. MOXÓ, *Ibid.*, p. 136. El linaje de los señores de Orgaz-Santa Olalla, desde sus orígenes mozárabes en el siglo XII ha sido estudiado por J. P. MOLÉNAT, "Des Beni 'Abd al-Malik aux comtes d' Orgaz: le lignage de Gonzalo Ruiz de Toledo", *Estudios sobre Alfonso VI y la reconquista de Toledo*, Toledo, 1988, tomo II, p. 259-279.

autónoma, en ningún momento dependiente de Toledo. Un caso similar es el de Maqueda, que, con Torrijos y las aldeas de Alcabón, Carmena, Quismondo, Gerindote, Santa Cruz de Retamar, Val de Santo Domingo y San Silvestre, con una extensión total de 37.000 ha., pasó a manos del linaje Cárdenas ya bajo el reinado de los Reyes Católicos<sup>107</sup>.

El señorío de Montalbán tampoco parece haber pertenecido en ningún momento a la jurisdicción urbana; en un privilegio de Alfonso VIII se exigía a todas las villas y lugares del “término” de Toledo prestar facendera a la Ciudad y se exceptuaba de tal obligación, entre otras entidades, a Montalbán con su término, ya que, según el documento, nunca había prestado tal servicio a Toledo<sup>108</sup>. Este señorío comprendía Puebla de Montalbán, San Martín de Montalbán, El Carpio, Mesegar, Menasalbas, Gálvez y Jumela, sumando 50.000 ha. de extensión<sup>109</sup>. El cuarto de los grandes señoríos toledanos, el de Fuensalida, pertenecía al linaje Ayala; se formó desde 1445 adquiriendo lugares de la jurisdicción toledana y tomó su forma definitiva bajo el reinado de los Reyes Católicos, reuniendo cuatro poblaciones -las villas de Fuensalida y Guadamur y los lugares de Huecas y Humanes- y una extensión que no llegaba a las 30.000 ha.<sup>110</sup>.

---

<sup>107</sup>. *Ibid.*, p. 167. No se ha realizado hasta la fecha un trabajo de investigación completo sobre este señorío ni sobre el linaje titular. Sí contamos, en cambio, con un reciente estudio acerca de la época anterior en este área; vid. E. RODRÍGUEZ-PICAVEA, *La villa de Maqueda y su tierra...*, cit.

<sup>108</sup>. El original de este privilegio se halla en A.M.T., A.S., caj 10, leg. 6, nº 2, ya citado.

<sup>109</sup>. S. MOXÓ, *op. cit.*, p. 139. Sobre este señorío vid. el trabajo de A. FRANCO, *El señorío toledano de Montalbán. De don Álvaro de Luna a los Pacheco*, Cádiz, 1992.

<sup>110</sup>. El señorío de Fuensalida ha sido recientemente estudiado por A. FRANCO, *El Condado de Fuensalida en la Baja Edad Media*, Cádiz, 1994, y en mi trabajo *Los Ayala de Toledo: Desarrollo e instrumentos de poder de un linaje nobiliario en el siglo XV*, Toledo, 1996, vid. en particular p. 113-129.

#### 1.4.5. Delimitación de la Tierra a fines del Medievo

Conocidos los señores y señoríos toledanos del final del Medievo, sólo nos queda señalar con algún detalle los límites de la Tierra para deducir, con toda la precisión que nos sea posible, cuál era el área rural sobre el que Toledo desarrollaba plenamente su acción gubernativa y administrativa. Para definir el perímetro del territorio partiremos del pie de la Mesa de Ocaña; de allí nos dirigiremos hacia el sur, continuando luego hacia el oeste, el norte y el este, hasta cerrar el límite por el punto inicial.

Queda fuera de toda duda que la Mesa de Ocaña no pertenecía a la jurisdicción toledana al final del Medievo, pero ¿se consideraba parte de la Tierra? En un primer momento, esta comarca se caracterizó por la indefinición jurisdiccional; la propia villa de Ocaña, repoblada al final del reinado de Alfonso VII<sup>111</sup>, pasó a lo largo de la segunda mitad del siglo XII por manos de señores laicos, del propio monarca y de órdenes militares, hasta que definitivamente se integró en 1182 en la jurisdicción santiaguista<sup>112</sup>. A comienzos del siglo XIII era considerada dentro del “término” de Toledo en el ya citado documento real en que se mandaba a las villas y aldeas de Toledo la prestación de facendera a la Ciudad, pero Ocaña era una de las pocas villas que expresamente eran eximidas de tal obligación<sup>113</sup>; esta particularidad de Ocaña denota la enajenación de la villa de la jurisdicción urbana, al tiempo que revela el recuerdo de la pertenencia a ella en un tiempo bastante cercano, pues de otro modo no se encontraría explicación al hecho

---

<sup>111</sup>. Como se ha comentado más arriba, la repoblación de Ocaña se puso en marcha en 1156, dos años después que en el vecino lugar de Dos Barrios; vid. J. GONZÁLEZ, *Repoblación...*, cit., p. 187.

<sup>112</sup>. Todas estas vicisitudes de Ocaña han sido estudiadas por G. MARTÍNEZ DÍEZ, “Estructura administrativa local en el naciente Reino de Toledo”, *Estudios sobre Alfonso VI y la Reconquista de Toledo*, Toledo, 1988, tomo II, p. 143-144.

<sup>113</sup>. Así lo disponía Alfonso VIII el 3 de febrero de 1207; vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 6, n° 2, cit.

de que se citase como excepción a la general prestación de facendera.

Así, desde el siglo XII, el pie occidental de la Mesa de Ocaña constituyó el límite entre la Tierra de Toledo y el Campo de Santiago. Pero en el mismo pie y desde el mismo siglo, dos pequeñas aldeas se situaban entre ambos territorios: Ciruelos y Huerta de Valdecarábanos, que habían quedado bajo jurisdicción calatrava en el reinado de Alfonso VIII. Algo más al sur se aprecia una penetración de otras jurisdicciones en la Tierra de Toledo; Mora, de la Orden de Santiago; aún más profundamente, Orgaz, de los Guzmán; y Ajofrín, del Cabildo de Santa María. Todas ellas, villas exentas de la jurisdicción urbana.

Aún más al sur, la frontera toledana se establecía frente al Campo de San Juan; es éste el espacio de transición entre tierras de cuevas (Toledo) y tierras de amplia llanura (La Mancha), un espacio de transición que, más al sur todavía, ascendiendo por el curso del río Algodor, ya en el término de Yébenes, se hace montuoso. Las sierras más orientales de los Montes de Toledo -la de Yébenes, El Castañar, Las Guadalerzas, El Rebollarejo, El Comendador, El Robledo, Fuenteblanca, Las Alberquillas, El Aljibe, Bermeja- constituyen el límite sudoriental de la Tierra, una línea difusa, abierta, que abarca un terreno abrupto que durante mucho tiempo se repartieron -o compartieron- la Orden de San Juan y la Ciudad de Toledo.

Hacia el oeste, al sur de Los Montes, se abría la tierra llana dominada por otra orden militar, el Campo de Calatrava, cuyos límites con la Tierra toledana, trazados en la cara sur de Los Montes, nos son bien conocidos<sup>114</sup>. Algo más hacia occidente se haya el conflictivo límite con la Orden de Alcántara, al que ya hemos aludido; hasta 1445, Puebla de Alcocer marcaba la frontera; desde esa fecha, toda la comarca, como hemos visto, pasó a manos del linaje Sotomayor, con lo

---

<sup>114</sup>. Tenemos una idea muy concreta de los límites entre Toledo y el Campo de Calatrava gracias a la partición de términos que ambas entidades establecieron el 1 de agosto de 1269, a través de un documento que ofrecemos en el Apéndice Documental, nº 1.



cual fue sustraído a la Tierra toledana su extremo sudoccidental y el límite quedaría situado en el Rincón de Anchuras. Por la misma zona se establecieron límites con Talavera en 1262, año en el que Alfonso X otorgó una partición de términos del área situado entre el Guadiana y la Sierra de los Puertos entre Cíjara y Puerto Rey<sup>115</sup>. Las dos quintas partes hacia el río quedaron en manos de Toledo, mientras que las tres restantes las conservó el Concejo de Talavera, aunque el disfrute de aguas, pastos y caza serían compartidos en adelante entre ambos contendientes.

Frente a Montalbán, los términos no se nos muestran claramente hasta la consolidación del señorío de los Pacheco. Siendo titular de éste Alonso Téllez Girón, el 12 de marzo de 1485, se establecieron los límites entre Toledo y Montalbán<sup>116</sup>, límites que precisaban unos términos indefinidos durante largo tiempo y que, según nos informa el documento de partición, habían producido numerosos conflictos entre ambas partes; esta delimitación establecía incluso un ejido de doscientos pasos de longitud que no debía ser cultivado jamás por nadie, situado en un vado del Torcón, arroyo que servía, por otra parte, como mojón natural entre ambas tierras, perteneciendo la orilla oeste a Toledo y la orilla este a Montalbán.

Frente a Maqueda, los límites quedan claramente establecidos bajo el reinado de los Reyes Católicos. El 13 de septiembre de 1485 la Ciudad, por una parte, y Gutierre de Cárdenas y el Concejo de Maqueda, por otra, fijaban los términos respectivos para concluir con el contencioso que les enfrentaba desde hacía algún tiempo, centrado en la limitación de los términos de la villa de Maqueda y el lugar toledano de Novés<sup>117</sup>, quedando este lugar y el vecino de Portillo

---

<sup>115</sup>. El original de esta partición de términos se conserva en A.M.T., A.S., ala. 1, leg. 4, nº 2; un traslado de 1533 del mismo documento se encuentra en A.M.T., Ms., sec. B, nº 244, pza. 1.

<sup>116</sup>. El original de esta partición de términos se custodia en A.D.F., caj. 214, y ha sido publicada por A. FRANCO, *El señorío toledano de Montalbán...*, cit., p. 257-261.

<sup>117</sup>. El original de este extenso documento, que supone un duradero acuerdo entre la Ciudad de Toledo y los señores de Maqueda, se conserva en A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 1, nº 7.

completamente rodeados de espacios independientes, como baluarte de la Ciudad en la zona; se consolidó, de este modo, un potente cerco señorial en el noroeste de Toledo formado por las jurisdicciones de los señores de Montalbán, Santa Olalla, Maqueda, el conde de Cifuentes (señor de Barcience), el conde de Fuensalida, el Cabildo de Santa María (señor de Arcicóllar) y la Orden de San Juan (señora de Villamiel); un cerco que presenta un amenazante frente, bastante cercano a la Ciudad, con la línea Puebla de Montalbán - Torrijos - Barcience - Huecas - Villamiel - Arcicóllar.

Hacia el noreste el límite toledano se establecía con la encomienda sanjuanista de Olmos, ya aludida, pero una buena porción del frente norte de la Tierra de Toledo limitaba con la extensa Tierra de Segovia. Ésta, como la toledana, tenía forma alargada y un desarrollo meridional desmesurado; más allá de las sierras del Sistema Central, Segovia extendió su jurisdicción Guadarrama abajo hasta topar con la Tierra toledana<sup>118</sup>. En este área, Segovia había establecido el Sexmo de Casarrubios<sup>119</sup>, una circunscripción que, en su extremo oriental, era penetrada por el lugar toledano de Móstoles. Al comienzo del reinado de los Reyes Católicos, las dos ciudades se enfrentaron en un pleito por la jurisdicción de Móstoles<sup>120</sup>, cuyo resultado final, favorable a los toledanos, lo conocemos por una partición de términos entre Toledo y La Moraleja<sup>121</sup>.

El límite nordeste de Toledo, con el que cerramos el “círculo” de los extremos toledanos,

---

<sup>118</sup>. Sobre la expansión segoviana vid. M. ASENJO, “Sociedad urabana y repoblación....”, cit.

<sup>119</sup>. Sobre esta circunscripción contamos con la minuciosa descripción, cartografía incluida, de M. ASENJO, *Segovia. La ciudad y su tierra a fines del Medievo*, Segovia, 1986, p. 119-125.

<sup>120</sup>. El 14 de agosto de 1479 el Consejo Real amonestaba al Concejo de Segovia por la presión que ejercía sobre el lugar ambicionado, ocupando los términos limítrofes de Toledo; vid. A.G.S., R.G.S., 1479, VIII, fol. 88.

<sup>121</sup>. El original de esta partición, fechada en 1508, se halla en A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 1, nº 12. Por entonces, la jurisdicción de éste y otros lugares del Sexmo de Casarrubios pertenecían al marqués de Moya; vid. M. ASENJO, *Segovia. La ciudad y su tierra....*, cit., p. 120.

lo marcaba la Tierra de Madrid y, nuevamente, la Tierra segoviana, en particular el Sexmo de Valdemoro<sup>122</sup> que, como otros territorios limítrofes, pasó en 1480 a la jurisdicción del poderoso Andrés Cabrera, marqués de Moya<sup>123</sup>. Pero además, en este sector se observan penetraciones notables que dejan algunos concejos toledanos convertidos en islotes jurisdiccionales de la Ciudad: el señorío del Cabildo en Illescas y lugares de su entorno; la encomienda de Borox, de la Orden de Calatrava; y, más profundamente, el señorío de Villaluenga y Villaseca de La Sagra, perteneciente a los señores de Montemayor<sup>124</sup>.

---

<sup>122</sup>. Sobre esta circunscripción vid. el estudio de M. ASENJO, *Ibid.*, p. 125-127.

<sup>123</sup>. *Ibid.*, p. 126. Sobre este linaje vid. los trabajos de P. MOLINA, *Origen del señorío de los Cabrera y posesiones en la zona de Madrid: el Marquesado de Moya*, Memoria de licenciatura inédita, leída en la Universidad Complutense en 1986, y "La formación del patrimonio de los marqueses de Moya", *En la España Medieval*, 12 (1989), p. 285-304.

<sup>124</sup>. Para la comprensión visual de todos los límites de la Tierra toledana resultará de utilidad la

## 1.5. La ciudad de Toledo

### 1.5.1. Evolución del recinto urbano

Se ha señalado más arriba que el estudio de la entidad autónoma toledana, desde el punto de vista espacial, ha de atender dos realidades inseparables: la Tierra y la ciudad. Hasta aquí nos hemos ocupado del ámbito rural y es ahora el momento de observar la urbe, el recinto amurallado, el enclave central donde se desarrollaban todos los grandes acontecimientos políticos y sociales, donde confluían las ambiciones de los poderosos; un espacio que tenía una realidad física que en este punto nos interesa abordar. Y al comenzar el estudio de la urbe, vamos a detenernos en su contorno, en su perímetro, para adentrarnos enseguida en su interior.

Cuando observamos la ciudad de Toledo en el plano<sup>125</sup> lo primero que nos llama la atención es su forma casi circular. El contorno redondeado caracteriza la ciudad medieval y la distingue por igual de las urbes modernas y de las romanas. La historiografía urbana ha señalado algunas hipótesis explicativas de esta forma circular, como la relación que se establecía con el Paraíso, concebido como un círculo perfecto, o la influencia árabe basada en el modelo de Bagdad<sup>126</sup>. En todo caso, la propia naturaleza, en combinación con la necesidad de defensa, fue la que diseñó la imagen circular de Toledo, ya que el montículo que aísla el espectacular meandro

---

consulta del Mapa 1 del Apéndice del presente capítulo..

<sup>125</sup> En el Apéndice de este capítulo se incluye un plano de la ciudad, en el cual se observa un perímetro de perfil redondeado.

<sup>126</sup> M. ASENJO, *Las ciudades en el Occidente medieval*, Madrid, 1996, p. 18, recoge algunos de

del Tajo tiene esta forma, y la vertiginosa hoz que excava el río a su alrededor lo convierte en un lugar estratégico que invita a establecer en su interior una población de marcado carácter defensivo.

La necesidad de la defensa era precisamente el móvil que exigía la construcción de una muralla que encerrara en el interior el conjunto de la población<sup>127</sup>; pero Toledo no tuvo una sola muralla, sino que contó al menos con tres. El sistema defensivo cristiano derivaba del precedente musulmán, y Toledo en la época islámica, como otras ciudades de su entorno cultural, podemos dividirla en dos áreas principales: la ciudad propiamente dicha, o medina, y los arrabales. En realidad, el término árabe “*rabat*” (arrabal) designaba en Al-Andalus a todos los barrios, tanto de la medina como de fuera de ella<sup>128</sup>; sin embargo, reservamos en Toledo la denominación “arrabal” para las áreas que quedaban fuera del primitivo recinto murado, correspondiente éste a la medina.

El Toledo islámico, y más tarde el cristiano, se dividía en tres espacios bien diferenciados: la medina, donde se localizaba la mezquita mayor (luego catedral), el alcázar y otras áreas de primer orden de importancia; el arrabal de los judíos y el arrabal nuevo, o Arrabal propiamente dicho. Medina, Judería y Arrabal eran tres espacios bien diferenciados porque cada uno de ellos contaba con su propia cerca. El conjunto de las murallas de la ciudad cristiana había sido heredado de la etapa anterior, y aún hoy se observa con nitidez su carácter árabe. El nacimiento del Arrabal, en el extremo norte de la ciudad, se produjo por el crecimiento de la población toledana después

---

estos planteamientos.

<sup>127</sup>. Las murallas como imagen de la ciudad y como motivo iconográfico para el Arte son estudiadas por C. de SETA, “Las murallas, símbolo de la ciudad”, cit., y para nuestro país por J. VALDEÓN, “Reflexiones sobre las murallas urbanas de la Castilla medieval”, *La ciudad y sus murallas* (ed. de C. de Seta y J. Le Goff), Madrid, 1991, p. 67-87.

<sup>128</sup>. Sobre la terminología urbanística andalusí, vid. TORRES BALBÁS, “Estructura de las ciudades musulmanas: la medina, los arrabales y los barrios”, *Al-Andalus*, XVIII (1953), p. 149-150.

de la conquista islámica, pero su amurallamiento debió producirse a comienzos del siglo X<sup>129</sup>. Por su parte, el arrabal de los judíos o, sencillamente, Judería, mencionada ya en el siglo IX como “ciudad de los judíos” (“*madinat al Yahud*”), fue cercada después del año 820 por orden del rebelde toledano Muayir ibn Qatil<sup>130</sup>, posiblemente con el fin de evitar las consecuencias que podía acarrear la oposición de este elemento étnico. Con el tiempo, la muralla interior, la de la vieja medina, fue perdiendo vigencia y, ya en época cristiana, quedó como simple vestigio del pasado. En cambio, la cerca de la Judería mantuvo su vigor y su función, si no hasta la expulsión de los judíos en 1492, al menos hasta las violencias antijudaicas de 1391<sup>131</sup>.

### 1.5.2. El interior de la ciudad: collaciones y parroquias

Dejando al margen la ciudad de los judíos, que desarrollaba una notable autonomía religiosa e institucional, vamos a establecer una división espacial dentro de la ciudad cristiana que, si bien al principio sólo se apreciaba económica y socialmente, tuvo en 1422, con la creación del nuevo Gobierno toledano, una confirmación político-institucional. Nos estamos refiriendo a las

---

<sup>129</sup>. C. DELGADO, *Toledo islámico: Ciudad, Arte e Historia*, Toledo, 1987, p. 89, señala que cuando llegó Abd-al-Rahman III a la ciudad, en 930, la cerca exterior ya estaba construida.

<sup>130</sup>. *Ibid.*, p. 90. La profesora Delgado Valero traza un estudio urbanístico del Toledo islámico, basado en las noticias de historiadores y geógrafos árabes y en trabajos arqueológicos, que nos ayuda a comprender la urbanística cristiana posterior; vid. p. 72-119.

<sup>131</sup>. E. MITRE, “El pogrom de 1391 en Castilla y sus efectos, ¿gestación de un clima para la expulsión?”, *La expulsión de los judíos de España*, Toledo, 1993, p. 50, destaca la debilitación de las juderías peninsulares a raíz de las violencias antijudaicas de 1391. Sobre la Judería toledana y su destino vid. Las consideraciones de J. P. MOLÉNAT, “Quartiers et communautés à Tolède (XIIe - XVe siècles)”, *En la España Medieval*, 12 (1989), p. 169 y siguientes, que señala la drástica

collaciones, áreas vecinales -barrios, diríamos hoy- que se fundamentaban en las parroquias pero que no se confundían con ellas. Las parroquias eran, como lo son hoy, circunscripciones administrativas de la Iglesia, y como tales tenían una realidad física; cada una de ellas abarcaba un espacio concreto dentro de la ciudad, una serie de calles y manzanas del entorno del templo, sede de la parroquia, al cual se adscribían espiritualmente sus habitantes. La collación era, en cambio, una circunscripción administrativa de la Ciudad; abarcaba el espacio del entorno del templo y a todos los habitantes que vivieran en él. Se correspondía con el ámbito de la parroquia, pero la collación no vinculaba fieles sino vecinos, y era la unidad básica para el reparto de las velas y de otros servicios que la vecindad prestaba a la comunidad.

Establecida la diferenciación entre collación y parroquia, hay que señalar que al final del Medievo ambos términos se confundían con demasiada frecuencia. El término “parroquia” solía ser empleado por los jurados de Toledo para referirse a la circunscripción a la que representaban<sup>132</sup>; sin embargo, el lenguaje normativista de la Cancillería regia, conservó la terminología jurídicamente precisa, al menos hasta bien entrado el siglo XVI, distinguiendo claramente la circunscripción administrativa civil (la collación) de la sede de la administración eclesiástica en el barrio (la parroquia)<sup>133</sup>. Al margen de las referencias administrativas, ya sean eclesiásticas, ya laicas, el término “collación” siguió reservándose en exclusiva para la ubicación de los inmuebles urbanos; en los cientos de documentos toledanos que nos han llegado en que se

---

disminución del número de sus efectivos después de 1391 debido a las masivas conversiones.

<sup>132</sup>. Se pueden señalar múltiples ejemplos de este errado uso del término: “*Ferrando de Segovia jurado de la perrocha de Santa Maria Madalena...*”, vid. A.M.T., A.C.J., Cartas, caj. 1, nº 26; Apéndice Documental, nº 16; “*vaco una juraderia por renunçacion que della hizo Martin Serrano jurado de la dicha Çibdad en la perrochia de Santiago del Arrabal e fue elegido en su lugar Diego de Santa Maria vezino desta Çibdad por los perrochianos desta perrochia...*”, vid. A.M.T., A.C.J., Cartas, caj. 1, nº 15.

<sup>133</sup>. Una orden del rey Carlos I, de 1523, diferencia muy bien los términos cuando dice “...los jurados llaman a los vecinos donde vaca la tal juraderia e otro dia los vecinos de la dicha colacion diz que

suscriben de censos, compraventa, donaciones y alquileres de casas, tiendas, sótanos, cámaras y otros inmuebles de la ciudad, se indica la localización de éstos haciendo siempre referencia a la collación en la que se encuentran<sup>134</sup>.

En 1422 aparecieron por primera vez expuestas de forma sistemática las collaciones toledanas, con motivo del nombramiento, por parte del rey Juan II, de sus nuevos representantes, los jurados<sup>135</sup>. Según el documento por el que se crea el Cabildo de Jurados, las collaciones eran diecinueve: San Andrés, San Román, San Vicente, San Lorenzo, Santa María Magdalena, San Antolín, San Juan de la Leche, Santo Tomé, San Nicolás, San Pedro, Santa Leocadia, San Salvador, Santa María de San Cebrián, San Soles, San Cristóbal, Santiago y San Isidro, San Miguel, San Justo y San Ginés<sup>136</sup>.

---

*se juntan en su perrocha...*”, vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 59.

<sup>134</sup>. Por ejemplificar este uso del vocablo “collación” aludiremos al alarife Pedro González que, en 1459, vende a Catalina de la Fuente un censo de 350 mrs. anuales situado en unas casas del notario Alfón López de Coca “*en la collación de San Andres*”; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 7, /4.2.

<sup>135</sup>. El original de este documento constitutivo, fechado en Toledo a 10 de marzo de 1422, se conserva en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 4; copias en A.M.T., A.C.J., Libro 49, fol. 1 r. - 3 r.; en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 1 y 2/2; y en A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 265 r. - 266 vto. Este nombramiento colectivo ha sido publicado por A. MILLARES, “El Libro de los Privilegios de los jurados toledanos”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, IV (1927), p. 458-461; y por F. J. ARANDA, *Poder municipal y Cabildo de Jurados en Toledo en la Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*, Toledo, 1992, p. 151-155.

<sup>136</sup>. La localización de todos estos templos se puede observar en el plano de la ciudad que se incluye en el Apéndice del capítulo.



### 1.5.3. Implantación social dentro de la ciudad

Sería interesante analizar cómo se repartían los vecinos de Toledo por collaciones, cuál era la implantación social dentro de la ciudad, cómo se repartían las actividades económicas en el interior de la cerca urbana. Es ésta una labor que no puede emprenderse con un espíritu demasiado optimista, pues no es posible realizar un estudio sistemático sobre la ubicación de los vecinos y moradores de Toledo dentro de la ciudad, sobre lo que Jacques Le Goff denomina “sociotopografía urbana”<sup>137</sup>. No obstante, podemos exponer algunos datos que invitan a la reflexión.

Contamos, por ejemplo, con una carta de procuración, fechada el 16 de septiembre de 1442, por la que los parroquianos de San Lorenzo<sup>138</sup> apoderaban a doce representantes para solicitar licencia a los vicarios del Cabildo catedralicio para enajenar ciertos bienes con el fin de obtener dinero con el que pagar el retablo que se estaba tallando para la iglesia<sup>139</sup>. Lo más interesante de este documento es que en él se expone la lista de los que se reunieron en el claustro parroquial para emprender la acción. Entre los reunidos, que no eran todos los vecinos de San Lorenzo, los procuradores nombrados y algunas personas aludidas, obtenemos los nombres de veintidós parroquianos, de los que sólo doce aparecen asociados a su profesión. De estos doce, encontramos a tres “maestros del papel” y a un pergamintero, sin que haya ninguna otra profesión

---

<sup>137</sup>. J. LE GOFF, “Construcción destrucción de la ciudad amurallada. Una aproximación a la reflexión y a la investigación”, *La ciudad y las murallas* (ed. de C. de Seta y Jacques Le Goff), Madrid, 1991, p. 14.

<sup>138</sup>. En esta ocasión se emplea la palabra “parroquianos” con propiedad, puesto que estos individuos -que en el documento son también llamados “feligreses”- aparecen formando parte de la Fábrica de la Iglesia de San Lorenzo, institución de indudable carácter religioso.

<sup>139</sup>. Esta carta de procuración se encuentra inserta en la concesión de la licencia pedida; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, n° 19/1.

repetida. No debe ser casualidad el que nos hallemos ante un significativo número de representantes de la industria de los soportes de escritura; estamos hablando de una collación periférica, que limita con la orilla del río, donde estos “papeleros” podían servirse de la energía hidráulica para la fábrica del papel. San Lorenzo debió ser, como otras collaciones “periféricas”, un área de residencia y labor de artesanos, frente a las collaciones “centrales”, situadas en el Toledo “alto”, donde habitaban sectores socio-profesionales más prósperos<sup>140</sup>.

En las collaciones de San Pedro y La Magdalena residían y ejercían su profesión un buen número de mercaderes de Toledo, gentes de fortuna que aparecen con bastante frecuencia en la documentación privada del siglo XV, aquéllos que constituyeron los linajes en ascenso durante este siglo de los que nos ocuparemos en el último capítulo de este trabajo. Muchos de estos hombres prósperos tomaron a censo tiendas en la Alcaicería Vieja de Toledo, ubicada en la collación de la capilla catedralicia de San Pedro, de manos del monasterio de Santo Domingo el Real<sup>141</sup>. El mercader Gonzalo Sánchez de San Pedro tomaba a censo en 1504 unas casas y tiendas en esta alcaicería<sup>142</sup>; en 1505, Alfón Pérez Jarada tomaba otra de las tiendas<sup>143</sup>. En la vecina

---

<sup>140</sup>. J. LE GOFF, op. cit., p. 15, alude a esta dinámica centro-periferia, que no tiene por qué ser estrictamente topográfica, como factor estructural de la ciudad.

<sup>141</sup>. Esta Alcaicería “de los paños” fue restaurada por Inés de Ayala, hermana del célebre canciller, bajo el reinado de Enrique II (vid. su fundación en A.S.D.R., Becerro, fol. 37), y a comienzos del siglo XV, por la muerte de su fundadora, la Alcaicería pasó a manos del monasterio de Santo Domingo el Real de Toledo. Estaba formada la Alcaicería por un conjunto de calles cerrado con puertas, en que se sucedían las tiendas, algunas de ellas complementadas con almacenes y viviendas. Sobre esta alcaicería vid. J. P. MOLÉNAT, “L’urbanisme à Tolède aux XIVème et XVème siècles”, *En la España Medieval*, 7 (1985), p. 1108.

<sup>142</sup>. A.S.D.R., Becerro, fol. 74. Este “becerro” del monasterio de Santo Domingo el Real es una relación de rentas que en 1507 realizó el mayordomo de esta institución.

<sup>143</sup>. *Ibid.*, fol. 85. El anterior y éste son dos de los múltiples ejemplos que pueden mostrarse de la toma de tiendas y casas en la Alcaicería vieja por parte de representantes de este sector social en ascenso. En el mismo Becerro, fol. 37-44, se expone una extensa relación de tributarios del monasterio que poseían casas y tiendas en la Alcaicería, entre los que se cuentan algunos miembros de otros linajes importantes de Toledo, como los Cota.

collación de La Magdalena se establecieron muchos de estos “hombres de negocios” toledanos: en 1459, Alfón Gómez de Santamaría tomaba a censo del monasterio de Santo Domingo el Real unas casas en esta collación por 1.500 mrs anuales<sup>144</sup>; en 1509, Sancho de Espinosa vendía unas casas en La Magdalena al bonetero Alfonso el Lusio por 16.000 mrs.<sup>145</sup>

Las referencias anteriores indican cuáles son los lugares donde se desarrollaba la acción económica de algunos poderosos; pero sin nos referimos a la morada de los representantes de este grupo social en ascenso, a las anteriores collaciones hemos de añadir las de San román, San Vicente y Santo Tomé<sup>146</sup>. En este último barrio se concentran algunas de las escasas referencias directas que conservamos de las moradas de hombres buenos de Toledo: Alvar Pérez Jarada habitaba en la *parroquia* de Santo Tomé, como reza un documento de compraventa de 1505<sup>147</sup>. Otro documento similar expresa que en esta misma *parroquia* habitaban Gutierre de Arroyal y su mujer Beatriz de Montoya<sup>148</sup>.

En esta misma collación de Santo Tomé se encontraban las casas mayores de los Ayala, uno de los grandes linajes de Toledo<sup>149</sup>. En la collación de San Vicente, una de las más elevadas en altitud de la ciudad, tenía el mariscal Payo de Rivera su morada, al menos desde mediados del

---

<sup>144</sup>. *Ibid.*, fol. 125/3.

<sup>145</sup>. *Ibid.*, fol. 135/2. La anterior y esta operación económica en La Magdalena pueden servirnos de ilustración.

<sup>146</sup>. Un trascendental documento que expresa el largo listado de los que tuvieron la oportunidad de pagar una redención por su condición de conversos, editado por F. CANTERA, *Judaizantes del Arzobispado de Toledo habilitados por la Inquisición en 1495 y 1497*, Madrid, 1969, nos ilustra acerca de quiénes y cuántos toledanos poderosos habitaban estos barrios céntricos.

<sup>147</sup>. A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/1, fol. CCCCXXIII r. - CCCCXXIV r.

<sup>148</sup>. A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/1, fol. CCCCXXXVII r. - CCCCXXXVIII vto.

<sup>149</sup>. La intención ostentosa que representa el palacio que sobre estas casas mayores hizo edificar Pedro López de Ayala, señor de Guadamur, a mediados del siglo XV, ha sido estudiada en mi trabajo “Elementos simbólicos de poder de la nobleza urbana en Castilla: Los Ayala de Toledo al final del

siglo XV<sup>150</sup>. Esta zona alta de Toledo, que parece ser la tradicionalmente predilecta por la nobleza para establecer sus moradas, es el ámbito en que se levantaron los grandes centros eclesiásticos de la ciudad. En las collaciones de San Vicente, San Román y Santa Leocadia se concentraban, como aún hoy se puede observar, las grandes edificaciones religiosas: los monasterios cistercienses de Santo Domingo el Antiguo y San Clemente; los dominicos de Santo Domingo el Real, Madre de Dios y San Pedro Mártir; o el franciscano de Santa Clara, entre los más antiguos de Toledo.

Así pues, aunque sólo a modo de apreciación inicial, podemos establecer una división socio-espacial dentro del recinto murado de Toledo en tres ámbitos:

- un área nobiliario y monacal, en la zona alta de la ciudad, que además serviría de residencia a algunas célebres familizas de mercaderes, abarcando las collaciones de San Román, San Vicente, Santo Tomé y Santa Leocadia;
- un área comercial, donde se desarrollaba gran parte de las actividades económicas de la ciudad, que abarcaría La Magdalena y San Pedro;
- y un área de residencia y actividad del grueso de la población, que englobaría el conjunto de las collaciones periféricas: San Lorenzo, Santiago del Arrabal, San Andrés y otras.

---

Medievo”, *En la España Medieval*, 18 (1995), p. 167-168.

<sup>150</sup>. Estas casas mayores formaban parte de los bienes con que el mariscal, en 1447, crea el mayorazgo que pasará a su hijo mayor Perafán; una copia de esta fundación se conserva en A.H.N., Consejos,



## 1.6. La población de la ciudad y la Tierra

### 1.6.1. Las fuentes demográficas

La Demografía histórica<sup>151</sup> es una disciplina de difícil abordaje, particularmente cuando tratamos de una época relativamente lejana a nuestros días como es la Edad Media. Resulta desalentador para el medievalista contemplar la definición de esta disciplina que ofrecen P. Guillaume y J. P. Poussou en una de las obras clásicas: *“La Demografía es, pues, una descripción cuantitativa de las poblaciones, y un estudio matemático –estadística en la mayoría de los casos– de sus movimientos y variaciones diversas”*<sup>152</sup>. Para el siglo XV esto no es más que una quimera, algo imposible de realizar, porque la dificultad del análisis demográfico para el Medievo estriba fundamentalmente en la escasez de fuentes y en la imprecisión de éstas, ya que su objetivo es generalmente fiscal, siendo este tipo de fuentes, como veremos, de conflictiva interpretación demográfica. Para poder observar algunos datos sobre la población de Toledo y su Tierra a fines del Medievo hemos de servirnos de dos fuentes fiscales de origen regio que se hayan notablemente distanciadas en el tiempo: una de 1488-1490 y otra de 1528.

La primera de ellas es el repartimiento general de la contribución ordinaria de la

---

<sup>151</sup>. A modo de ejemplo de manuales de esta disciplina auxiliar, que no suele ocuparse adecuadamente de la Edad Media, pueden citarse los clásicos de P. MOUCHEZ, *Demografía*, Barcelona, 1966; y P. GUILLAUME y J. P. POUSSOU, *Démographie historique*, París, 1970.

<sup>152</sup>. *Ibid.*, p. 9

Hermandad de la provincia de Toledo, para los años fiscales de 1488-1489 y 1489-1490<sup>153</sup>. En esta orden, emitida por tres comisionados regios encabezados por el célebre Alonso de Quintanilla, se efectuaba el repartimiento del volumen total de maravedíes (1.542.406 en 1488-1489; y 1.533.820 en 1489-1490) que la provincia toledana de la Hermandad había de satisfacer a Abraham Senior, tesorero general de esta institución. Este repartimiento no sólo afectaba a la jurisdicción toledana, ya que la provincia de Toledo de la Hermandad englobaba además el Campo de San Juan, la Bailía de Olmos, el Campo de Calatrava y grandes y pequeños estados señoriales del área toledana<sup>154</sup>.

Desafortunadamente, este repartimiento, muy preciso para las villas y lugares de señorío, no es elocuente para el realengo y sólo señala la cifra total que correspondía satisfacer a Toledo con su *“tierra e propios e montes e vasallos”* (450.000 mrs. para cada uno de los dos años fiscales), dejando en manos de la Ciudad el repartimiento que se había de establecer para obtener la suma exigida. Por otra parte, el repartimiento general no nos da número de vecinos, siendo probable que el repartimiento particular de Toledo y su Tierra aplicaría o haría de nuevo un padrón de vecinos de sus poblaciones que nos sería de gran utilidad, pero no queda nada de esto en los depósitos documentales. Hay que señalar, en este punto, que también hemos de lamentarnos de la carencia absoluta de los padrones de pecheros que posiblemente Toledo emplearía para los repartimientos de pechos locales.

La masiva pérdida de documentación que, sin duda, fue generada por las necesidades fiscales de la Monarquía y de la Ciudad pudo deberse a causa de la utilización de un sistema de

---

<sup>153</sup>. Estos dos documentos que, desgraciadamente, no forman serie con otros semejantes, se conservan en A.M.T., A.S., caj. 2, leg. 1, nº 7, pza. 1 y pza. 2, respectivamente.

<sup>154</sup>. Entre otros, los de Fuensalida, Montalbán y Orgaz-Santa Olalla. La provincia toledana de la Hermandad, formada al comienzo del reinado de los Reyes Católicos, será atendida con cierta profundidad en el siguiente capítulo.

recaudación indirecta que liberaba a los gestores públicos de generar una documentación detallada. Los arrendadores de impuestos de todo tipo, los que hoy llamaríamos “gestores privados de la Hacienda Pública”, llevarían las cuentas detalladas de su gestión, pero no tenían por qué dar cuenta de ella a la Ciudad, sino solamente entregar las sumas requeridas, recibiendo de la Ciudad la correspondiente carta de pago, de modo que el Gobierno urbano no sería el generador de toda esta documentación de inapreciable valor para nosotros<sup>155</sup>.

Mucho más útil que el repartimiento de la Hermandad, aunque no lo suficiente, es la segunda de las fuentes fiscales con que contamos; se trata del padrón que los “averiguadores” Juan Pérez de Cereceda y Francisco de Santiago realizaron para el Consejo en 1528 con objeto de actualizar el repartimiento que se hacía en Toledo para el pago del servicio concedido en Cortes<sup>156</sup>. Este repartimiento resulta más útil porque detalla el número de vecinos, pero de nuevo hemos de lamentar la generalidad de los datos referidos a Toledo, en relación a la mayor precisión de los que se refieren a las poblaciones y tierras señoriales de su entorno, que también forman parte de este repartimiento territorial. Nuevamente se dejaba en manos de la Ciudad el repartimiento detallado para la recaudación de los 540.000 mrs. que le correspondía satisfacer.

---

<sup>155</sup>. Cuando nos ocupemos de la Hacienda local ampliaremos y comprobaremos la verosimilitud de estas reflexiones.

<sup>156</sup>. La investigación de Cereceda y Santiago se realiza para corregir la bajada que se había producido en el monto total del servicio de 1527 con respecto al de 1526; vid. A.G.S., C.G., leg. 768, fol. 448 r. - 451 vto. A nivel más general, utiliza este documento fiscal F. RUIZ MARTÍN, “La población española al comienzo de los tiempos modernos”, *Cuadernos de Historia. Anexos de la revista Hispania*, I (1967), p. 189-202.



### 1.6.2. Población de la Tierra y población de la ciudad

No obstante todo lo señalado, en el padrón de 1528 nos encontramos con la primera cifra precisa de los vecinos pecheros de Toledo y su Tierra: 5.898. Comparada con las cifras de vecinos que, utilizando la misma fuente, se obtienen en otros ámbitos de la Corona de Castilla<sup>157</sup>, la de Toledo resulta sorprendentemente escasa, ¿cómo debemos interpretarla? Puede arrojar luz sobre esta cuestión hacer alguna reflexión acerca de los privilegios de la Ciudad y releer después el padrón.

El servicio era un pecho votado en Cortes que había nacido al calor de las necesidades de Alfonso X para afrontar el costoso *fecho del Imperio* y la defensa de la frontera con el Islam<sup>158</sup>. Las Cortes de Burgos de 1274 otorgaron un servicio extraordinario de doble valor, debido a las acuciantes necesidades de la Monarquía, y ésta respondió a la generosidad del reino con algunas medidas excepcionales. A algunas ciudades les concedió el privilegio de, a cambio de la satisfacción de este pedido extraordinario, no requerírselo nunca más. Éste fue el caso de Toledo, a cuyos “*alcaldes et el alguazil et los cavalleros et los omnes buenos*”, es decir, a los que gobernaban la Ciudad, prometió “*los nunca demandar daqui adelante los serviçios de los otros annos*”, y, lo que es más trascendente, “*que nos ni los otros reyes que regnaran despues de nos en Castiella et en Leon no ge lo podamos demandar*”<sup>159</sup>. El 22 de marzo de 1303 Fernando IV

---

<sup>157</sup>. En Segovia y su Tierra el total de vecinos asciende a 16.482; vid. M. ASENJO, *Segovia. La ciudad y su tierra...*, cit., p. 133-137. En la villa de Talavera y su Tierra nos encontramos con 5.809; vid. A.G.S., C.G., leg. 768, fol. 452 vto.

<sup>158</sup>. Sobre los inicios de este pecho, fundamental en la historia de la Hacienda regia, vid. M. A. LADERO, *Fiscalidad y poder real en Castilla (1252-1369)*, Madrid, 1993, p. 57-75.

<sup>159</sup>. El original de este documento se conserva en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 4, nº 1; una copia simple en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, nº 7, fol. 16 vto. - 19 vto.; publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegio reales...*, cit., p. 131.

volvía a otorgar esta exención a los vecinos de Toledo<sup>160</sup>, quizá con ocasión de la concesión de un importante servicio que habían concedido las Cortes de 1302 y que las Extremaduras pagaban el mismo 1303<sup>161</sup>.

Las sucesivas confirmaciones de los privilegios de los vecinos de Toledo pondrían a éstos a salvo del pago del servicio, y así se recuerda en el repartimiento de 1528 que, al asignar las cantidades a las diferentes circunscripciones fiscales toledanas, refiriéndose a Toledo y su Tierra, en el momento de señalar a la ciudad, se añade "*sin perjuicio de su franqueza*"<sup>162</sup>. Es junto a este discurso donde se mencionan los 5.898 vecinos indicados, que son los que se consideran a efectos fiscales, y no el total de los existentes; si estaban excluidos los vecinos de la ciudad, estos 5.898 no pueden ser más que vecinos de la Tierra, los auténticos pecheros de Toledo. En las adiciones del mismo repartimiento se expresa aún con mayor claridad la exención de los vecinos de la ciudad al indicar que "*en la Tierra de Toledo ay muchos vezinos que se llaman vezinos de la çibdad aunque no biven en ella y dizen que por esto an de ser francos y no solamente los que fueran vezinos de Toledo por que fueron sus padres de Toledo*"<sup>163</sup>.

Interpretando de esta manera el documento de que nos venimos ocupando, resulta mucho más aceptable la cifra de las vecindades de que nos informa: 5.898 vecinos en la Tierra es un volumen comparable a los 4.694 vecinos de la Tierra talaverana<sup>164</sup>, o a los 13.632 de la

<sup>160</sup>. El original de esta reafirmación de la exención en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 4, n° 2.

<sup>161</sup>. Las noticias sobre la aprobación de este servicio y su pago por las ciudades de la Meseta norte se encuentran en M. A. LADERO, *Fiscalidad y poder real...*, cit., p. 65.

<sup>162</sup>. Se recuerda la franquicia de la ciudad -de sus vecinos, debemos decir, expresándonos con rigor- frente a la pechería de la Tierra: "*la Çibdad de Toledo sin perjuicio de su franqueza e su tierra e propios e montes e vasallos e quadrillas...*", discurso al que sigue la indicación del monto de los maravedíes que este partido ha de satisfacer; vid. Repartimiento de 1528, cit., fol. 448 r.

<sup>163</sup>. *Ibid.*, fol. 451 r.

<sup>164</sup>. Esta cantidad de vecinos "rurales" de Talavera, separada de la cifra de los vecinos de la villa, se

segoviana<sup>165</sup>. La superioridad demográfica de este último ámbito rural sobre los de Talavera y Toledo se explica por el hecho de que, sin ser la Tierra segoviana mucho más extensa que sus vecinas del sur, ocupaba zonas más intensamente explotadas; pensemos que más de la mitad de la Tierra de Toledo era ocupada por Los Montes, comarca que, como ya hemos indicado más arriba, se reservaba para una explotación extensiva que hoy consideraríamos “conservacionista”, siendo su ocupación humana de una densidad ínfima.

Conocemos, en consecuencia, el número de las vecindades de la Tierra para una época tardía que puede servirnos al menos de referencia. ¿Cómo estimar ahora el número aproximado de pobladores de la Tierra? Si consideramos, como suele hacerse, que la media de componentes de un hogar campesino, al frente del cual tenemos a un vecino, rondaba en torno a cinco personas, obtendríamos un volumen total de población de 29.490 personas. Pero, recurriendo de nuevo a las adiciones del repartimiento toledano, hemos de corregir el múltiplo utilizado; en primer lugar, considerando ese impreciso “*muchos vezinos*” de la Tierra que se estiman vecinos de la ciudad por las circunstancias a que ya hemos aludido (recordamos, aquéllos que tienen título de vecinos de Toledo pero que residen en la Tierra) y que, por ser exentos, no forman parte de la suma de los 5.898 pecheros. En segundo lugar, teniendo en cuenta que también quedan fuera de esa suma los habitantes de Argés, Cobisa, Nambroca y Burguillos, lugares sisleños cercanos a la ciudad, “*por que dis que son caseros de vezinos de Toledo*” y, por tanto, exentos<sup>166</sup>. Teniendo presentes estas circunstancias, se hace evidente que hemos de corregir el múltiplo para compensar estas

---

expresa en el Repartimiento del servicio de 1528 para la Mesa Arzobispal de Toledo, cit., fol. 452 vto.

<sup>165</sup>. M. ASENJO, *Segovia. La ciudad y su tierra*..., cit., p. 137.

<sup>166</sup>. Repartimiento citado, fol. 151 r. Esta exención está justificada por el privilegio de exención de servicio que Fernando IV concedió a los vasallos y apanaguados de los caballeros y hombres buenos de Toledo el 22 de marzo de 1303; el original de esta concesión se custodia en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 4, n° 2, pza. 1; publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 142. Se conservan, además, varias confirmaciones de este privilegio que ya han sido citadas.

importantes ausencias en la suma proporcionada por el repartimiento, y utilizar, pongamos, el siete; así obtenemos un total aproximado de algo más de 40.000 habitantes en la Tierra de Toledo.

Estas 40.000 personas no se repartían de un modo equilibrado en el territorio toledano. Basta echar un vistazo a los mapas del final del capítulo, donde se indican las poblaciones que conocemos con seguridad, para observar una notable descompensación. Si en La Sagra la ocupación del espacio fue más temprana, como se vio en su lugar, y más intensa, al sur del Tajo los núcleos de población eran más escasos y más distantes entre sí, características ambas que se acentúan avanzando más al sur, en Los Montes, comarca en que la explotación económica era fundamentalmente silvícola y ganadera<sup>167</sup>.

No contamos con cifras de vecinos para los lugares de la Tierra, pero las que el repartimiento que manejamos nos da para poblaciones de jurisdicción señorial, núcleos vecinos a los propiamente toledanos, reafirman la evidencia de una densidad de población que disminuye de norte a sur. Los grandes enclaves se hallaban al norte del Tajo: Torrijos, con 577 vecinos; Fuensalida, con 415; Santa Olalla, 637 con su tierra; Pinto, con 493; Puebla de Montalbán, 1050 con su tierra; Escalona, 1805 con su tierra. Los enclaves meridionales, en cambio, parecen estar en general menos poblados: Orgaz contaba con 384 vecinos; Gálvez, con 210; Jumela, con 140; Guadamur, con 73; Ajofrín, con 411; Cuerva, con 320; Layos, con 20<sup>168</sup>.

Si la población de la Tierra sólo puede ser abordada mediante referencias aproximativas, la de la ciudad presenta problemas aún mayores. Por ser exentos los habitantes de la ciudad -unos como caballeros, otros como vecinos, otros como vasallos y apaniaguados de vecinos- no son considerados en el documento que venimos contemplando, ¿cómo, entonces, abordar el volumen

---

<sup>167</sup>. La explotación característica de Los Montes era la posada de colmenas, de la cual observaremos algunos ejemplos en este trabajo.

<sup>168</sup>. Todas estas cifras son proporcionadas por el Repartimiento de Toledo cit., fol. 448 vto. - 449 r.

demográfico de la ciudad? A falta de documentación revisada al respecto, podemos conformarnos con las cifras que las obras de síntesis nos ofrecen, que apuntan un volumen de entre 30.000 y 40.000 habitantes para Toledo a fines del Medievo<sup>169</sup>, un volumen demográfico que en la Corona de Castilla sólo era superado por Sevilla, la recién conquistada Granada y, quizás, Córdoba y Valladolid. Una investigación reciente, debida a Andrés Rodríguez Horta, corrige a la baja las cifras que tradicionalmente se ofrecen en las obras de carácter general; este profesor estima en torno a 25.000 los habitantes de la ciudad a comienzos del siglo XVI, partiendo de un alarde realizado en Toledo en 1503<sup>170</sup>. Si las estimaciones generales anteriormente citadas las tomábamos como verosímiles, por no poder refutarlas, a éstas de Rodríguez Horta podemos considerarlas como aproximadas y realistas. Son cifras que, en cualquier caso, nos muestran un territorio macrocefálico, intensamente urbanizado considerando el predominio de población rural que era característica de la época.

---

<sup>169</sup>. M. F. LADERO, *Las ciudades de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media (siglos XIII al XV)*, Madrid, 1996, p. 14, estima una población cercana a los 30.000 habitantes. A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid, 1998, p. 25, considera que superaba esos 30.000 habitantes al comienzo del siglo XVI. M. A. LADERO, "Población, Economía y Sociedad", *Los Trastámara y la unidad española (1369-1517)*, Madrid, 1981, p. 7-8, eleva hasta 38.000 el volumen demográfico de la ciudad para una fecha tardía en torno a 1530.

<sup>170</sup>. A. RODRÍGUEZ HORTA, "La ciudad de Toledo a fines de la Edad Media: población y caracteres socioeconómicos según un alarde militar de 1503", *Historia Social, pensamiento historiográfico y Edad Media. Homenaje al profesor Abilio Barbero de Aguilera* (ed. M. Loring), Madrid, Ediciones del Orto, 1997, p. 455-457. En estas páginas se exponen los argumentos para las estimaciones cuantitativas, con criterios correctores que consideramos acertados.

## 1.7. Formas de dominación de la Tierra por la Ciudad

Nos queda por abordar un asunto de gran interés para las relaciones entre ciudad y Tierra de Toledo: los modos en que aquélla ejercía su poder sobre ésta. Desde hace ya bastantes años algunos medievalistas se vienen ocupando del problema de los vínculos entre las ciudades y el ámbito rural que las rodea<sup>171</sup>, y el ángulo desde el que lo observan no es uniforme: unos han fijado su atención en la vinculación jurídica que une a las ciudades con su territorio respectivo; otros muestran mayor interés por asuntos de tinte económico, como la transformación del paisaje agrario en función de las necesidades urbanas o el anhelo, por parte de las oligarquías, de controlar un territorio para sus intereses particulares, por poner dos ejemplos de la temática de este enfoque “economicista”.

No queremos dejar de atender ninguno de estos problemas referidos al ámbito toledano, y para ello vamos a establecer dos puntos de vista generales, interdependientes, de esta relación:

- el primero, de carácter organizativo, es el de las relaciones jurídicas entre la Ciudad y los concejos rurales;
- el segundo corresponde al interés de la ciudad, como conjunto de los vecinos de Toledo, por dominar económicamente el área circundante, con todas las consecuencias que ello conlleva.

---

<sup>171</sup>. Señalaremos aquí, de entre muchos trabajos valiosos, los de A. MACKAY, “Ciudad y campo en la Europa medieval”, *Studia Historica. Historia Medieval*, II (1984), p. 27-53; M. C. CARLÉ, “La ciudad y su contorno en León y Castilla (siglos X-XIII)”, *Anuario de Estudios Medievales*, 8 (1972-1973), p. 69-103, entre los más generalizadores. Para ámbitos territoriales más concretos, E. CABRERA, “En torno a las relaciones entre campo y ciudad en la Andalucía bajomedieval”, *Las ciudades andaluzas (siglos XIII-XVI)*, Málaga, 1991, p. 593-607; M. ASENJO, “Relaciones económicas y sociales en la época medieval”, *Segovia 1088-1988. Congreso de Historia de la Ciudad. Actas*, Segovia, 1991, p. 59-75; Y. GUERRERO, “Aproximación a las relaciones campo-ciudad en la Edad Media: el alfoz y el señorío burgalés. Génesis y primer desarrollo”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 16 (1989), p. 15-45.

Diferenciamos, en consecuencia, dos modos de dominación sobre el territorio toledano: la dominación institucional y la dominación económica; dos formas generales de control urbano del campo que, a su vez, pueden ser observadas, como tendremos ocasión de comprobar, desde diversos planos.

### 1.7.1. La dominación institucional

El primer punto de vista de la relación a que aludimos nos lleva a considerar los vínculos institucionales entre Ciudad y Tierra. En este aspecto, la dominación de ésta por aquélla se plasmaba en el control de los concejos rurales por la Ciudad, en la sumisión judicial de la Tierra y en el reconocimiento expreso del señorío por parte de la misma. Las pruebas documentales que certifican estas tres formas concretas de dominación “institucional” no son abundantes, pero sí suficientemente significativas para llegar a algunas conclusiones<sup>172</sup>.

---

<sup>172</sup>. Al comenzar el análisis de estas relaciones instituciones hemos de señalar su debilidad inicial, debida a la escasez de las fuentes y a la nada boyante producción historiográfica acerca de este tema, como recuerda E. CABRERA, “En torno a las relaciones...”, cit., p. 601.

## A. Control de los concejos rurales por la Ciudad

La primera constatación que hacemos, referida al control de los concejos rurales por la Ciudad, es la directa intervención de Toledo sobre los oficios concejiles más importantes de los lugares de la Tierra. En los fueros de los que tenemos noticia más antigua, los de Puebla de Alcocer y Yébenes de Toledo<sup>173</sup>, se hace mención expresa a la intromisión toledana en este asunto: *“que sean alcalldes quales omes entendieren que sean para alcalldes e para alguazil e que nos lo enbien dezir e vos confirmarlos hemos si entendieremos que son para ello e si non mandaremos lo que tovieremos por bien e los que fallaremos que son para ello que lo sean todavia mientras que obraren bien por ello”*, reza el fuero de Puebla de Alcocer; al Concejo de Yébenes le ordena Toledo *“que escojades e fagades dos alcalldes e un alguazil cada anno [...] e si por aventura nnon vos avinierdes en los fazer que lo fagades saber a nuestros fieles por que ellos con acuerdos de omes buenos del dicho vuestro lugar fagan alcalldes e alguazil quales entendieren que seran para ello”*.

De las citas que acabamos de hacer parece inferirse la existencia de dos modelos de concejos rurales, en lo que se refiere al control que sobre ellos ejercía la Ciudad: el primero más vigilado, puesto que obligatoriamente Toledo había de fiscalizar la elección de alcaldes y alguacil, y con oficios de duración indeterminada, o, por expresarlo con mayor rigor, de una duración determinada por el tiempo que obraran correctamente sus titulares, a juicio de la Ciudad. El

---

<sup>173</sup>. El fuero de Puebla de Alcocer fue otorgado por Toledo el 2 de febrero de 1288, y lo conocemos por una copia de comienzos del siglo XV que se conserva en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5, fol. 5 r. - 6 vto. Del primer fuero de Yébenes, otorgado el 24 de septiembre de 1258, no tenemos sino la referencia de su actualización, concedida por Toledo el 1 de mayo de 1371, la cual nos ha llegado a través de una copia, también de comienzos del siglo XV, que se halla en el mismo manuscrito, fol. 7 r. - 9 vto. Estas dos copias han sido publicadas por E. SÁEZ, “Fueros de Puebla de Alcocer y Yébenes”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LIV:1 (1948), p. 111-113 y 113-116, respectivamente.



segundo modelo de concejo rural, el de Yébenes, era algo más autónomo, ya que dejaba en manos de los vecinos del lugar la provisión de las alcaldías y el alguacilazgo, y solamente en el caso de que los miembros del concejo no se pusieran de acuerdo se contemplaba la intervención de un agente de Toledo; por otra parte, los oficios de Yébenes tenían una duración anual.

Sin embargo, no nos es posible hablar de la coexistencia de dos modelos de concejo rural, ya que la documentación del siglo XV hace pensar en la universalización del primero de ellos, el menos autónomo, el que ejemplifica el Concejo de Puebla de Alcocer. El 27 de marzo de 1474, era el propio Concejo de Yébenes, que hemos ofrecido como modelo de entidad más autónoma, el que presentaba candidatos elegidos para alcaldes, alguacil y regidores, con el fin de que la Ciudad los aprobase<sup>174</sup>. Otros testimonios de la estrecha vigilancia de Toledo sobre la composición de los “gobiernos” de la Tierra los encontramos para la última década del siglo XV, y lejos del área de Los Montes: en 1493, una comisión de jueces de términos apremiaba al Concejo de Magán a señalar los candidatos a alcaldes, alguacil y otros oficiales<sup>175</sup>; en 1497 Toledo aprobaba el nombramiento de alcalde de Chozas en favor de Diego Fernández de las Moralejas<sup>176</sup>.

La duración de los oficios debía ser indeterminada, al modo que lo era en el caso señalado de Puebla de Alcocer. La fecha de presentación de los candidatos de Yébenes, 27 de marzo, puede hacer pensar en una elección de comienzo de año concejil, pero las fechas de los otros dos casos mencionados, 14 de octubre y 3 de febrero, además de las dispares dataciones de otros actos similares que más adelante citaremos, nos hacen descartar la anualidad de los oficios, al menos

---

<sup>174</sup>. Este documento, conservado en A.M.T., C.C., caj. 3, nº 24, es el más antiguo que conocemos de los que presentan candidatos a oficiales concejiles de la Tierra.

<sup>175</sup>. Fernando de Monroy, señor de Monroy, y el alcalde toledano Juan Álvarez Guerrero tomaban esta decisión el 14 de septiembre de aquel año, con el objeto de evitar la intervención de Juan de Silva, conde de Cifuentes, en la elección de candidatos; vid. A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 2, nº 11, fol. XXVI vto. - XXVIII r.

en buena parte de los concejos.

Sin salir de este modelo de provisión controlada de los oficios, nos encontramos con una variación de la forma en una carta que el Concejo de Olías dirigía a Toledo el 21 de diciembre de 1496; en ella se presentaban a la Ciudad varios candidatos a regidor de Olías, entre los cuales se pedía a Toledo que señalase el que considerase oportuno<sup>177</sup>. Es posible que ésta fuera una forma marginal, pero al menos consideramos necesario constatar su existencia.

Lo que hasta ahora hemos apuntado respecto a los oficios concejiles de la Tierra se refiere a los principales cargos locales: alcalde, alguaciles y regidores. Pero, además de éstos, existían otros oficios denominados “menores” a los que no podemos acceder por la documentación. Estos oficios eran proveídos por los concejos rurales sin intervención de Toledo; así se muestra en una orden de la Ciudad al Concejo de Mazarambroz para que convoque a los vecinos del lugar con el fin de elegir y nombrar a los oficiales “menores”<sup>178</sup>.

### *B. La sumisión judicial de la Tierra*

El segundo punto de la dominación institucional de la Ciudad se materializa en la sumisión judicial de la Tierra. Para encontrar la mejor manifestación de tal sometimiento hemos de recurrir nuevamente a los fueros de Puebla de Alcocer y Yébenes. El primero de ellos establecía que los

<sup>176</sup>. Esta aprobación se producía el 3 de febrero de aquel año; vid. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 85.

<sup>177</sup>. Esta carta se encuentra en A.M.T., C.C., caj. 1, nº 54.

<sup>178</sup>. A.M.T., C.C., caj. 1, nº 51.

vecinos de Puebla de Alcocer habían de ser juzgados en primera instancia por los jueces locales y que en alzada los pleitos serían librados por los alcaldes de Toledo<sup>179</sup>. Un epígrafe similar se incluye en el fuero de Yébenes con las siguientes palabras: “*si alguno [disconforme con la sentencia de los jueces locales] quisiere apellar que pueda apellar ante los nuestros fieles e los alcalldes [locales] sean temudos de le otorgar el apelacion*”<sup>180</sup>.

Éstas son las pruebas más antiguas de la sumisión judicial de la Tierra a la Ciudad, pero se pueden apuntar más para el siglo XV: una sentencia del juez Alfonso Rodríguez sobre un pleito en grado de apelación procedente de Herrera en 1431<sup>181</sup>; o una carta de la reina Isabel, de 1481, por la que se obliga a varias poblaciones sagreñas a llevar sus apelaciones a Toledo y no a la Iglesia de esta ciudad<sup>182</sup>. Pero el documento que hace alusión de modo más general a la atención a las apelaciones por parte de la Ciudad corresponde ya a la época del reinado del Emperador; el 25 de mayo de 1519, ante la gran cantidad de alzadas que llegan a Toledo y observada la sustancia económica de su atención, la Ciudad decidía nombrar un regidor como juez cada mes, por orden de antigüedad, y junto a él un jurado, por orden de parroquias<sup>183</sup>.

Al menos desde la segunda mitad del siglo XV, la Ciudad se enfrentó con el Cabildo de Santa María en numerosas ocasiones por cuestiones jurisdiccionales. Hay que recordar que en la Tierra toledana, al margen de algo más de media docena de poblaciones que corresponden al

---

<sup>179</sup>. Vid. fuero de Puebla de Alcocer, cit.

<sup>180</sup>. Vid. fuero de Yébenes, cit.

<sup>181</sup>. A.M.T., Ms., sec. B, nº 244, pza. 19/1. La apelación procedía de Pedro López, vecino de Herrera, y se dirigía contra Diego Rodríguez García, arrendador de las rentas de aquel lugar: este escrito de apelación se conserva en A.M.T., Ms., sec. B, nº 244, pza. 19/2.

<sup>182</sup>. A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 2, nº 7. Ya hemos hechos referencia a este documento al comienzo del capítulo; vid. Apéndice Documental, nº 9.

<sup>183</sup>. A.M.T., Ms., sec. B, nº 121, fol. 50 r. Es evidente, por lo que se lee en este documento, que el sistema de alzadas procedentes de la Tierra, se había convertido en una suculenta fuente de rentas para

señorío capitular, había más de veinte que reconocían a éste cierta autoridad solariega, debida, en algún caso, a la asunción por parte de la Iglesia de ciertos derechos sobre la tierra anteriores a la propia repoblación del lugar. Estas poblaciones eran motivo de discordias frecuentes por el hecho de que el Cabildo pretendía someterles judicialmente, recibiendo las apelaciones que se hacían sobre las sentencias de los alcaldes locales.

El conflicto más antiguo que conocemos corresponde al comienzo del siglo XV. El 4 de junio de 1401, Enrique III solicitaba a la Ciudad, suponemos que después de un prolongado cruce de acusaciones por ambas partes, que enviara una relación de lugares del Arzobispado que no traían sus apelaciones a Toledo, y una segunda serie, ésta de personas que impedían la llegada de tales alzadas<sup>184</sup>. El 17 de marzo de 1461 Enrique IV ordenaba a los jueces de la Iglesia (que probablemente eran las personas a las que se acusaba de producir interferencias en el sistema judicial toledano en tiempos de Enrique III) que no intervinieran en la jurisdicción real<sup>185</sup>. Los Reyes Católicos intensificaron las sanciones, al menos verbales, sobre los jueces eclesiásticos que pretendían usurpar la jurisdicción de la Ciudad. La reina Isabel se dirigía directamente al Cabildo el 4 de enero de 1484, ordenándole que se abstuviese de conocer las apelaciones que algunos concejos le habían enviado<sup>186</sup>. Dieciséis años después, ambos monarcas ordenaban al corregidor Pedro de Castilla que impidiera a un vicario de Santa María la usurpación de la jurisdicción de

---

la oligarquía urbana.

<sup>184</sup>. A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 2, n° 1. En este documento la referencia de los lugares conflictivos (a los cuales no conocemos por no ser nombrados expresamente) como "*logares del Arzobispado*" no refleja necesariamente la existencia en ellos de derechos solariegos por parte de la Iglesia toledana; solamente señala su ubicación en el área toledana.

<sup>185</sup>. A.M.T., Ms., sec. B, n° 120, fol. 83 r. - vto.

<sup>186</sup>. A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 2, n° 7, cit.; vid. Apéndice Documental, n° 9.

### C. Reconocimiento del señorío urbano

Si los conflictos jurisdiccionales reseñados se basaban en derechos solariegos de que la Iglesia era titular en la Tierra, el propio reconocimiento del señorío era uno de los componentes más decisivos de la sumisión de la Tierra a la Ciudad, al menos en la amplia comarca de Los Montes, la cual Toledo poseía como propios debido a la compra que de ellos hizo en 1246 al rey Fernando III<sup>188</sup>. La sumisión de los lugares monteños por el señorío solariego de Toledo se manifestaba en el pago de un pecho concreto: los pobladores de Puebla de Alcocer pagaban la “*marçaga*” a Toledo<sup>189</sup>; los yebenosos satisfacían un pecho de diverso valor según su capacidad económica<sup>190</sup>. Pero el lugar en que más evidente era el carácter territorial de este pecho es Pulgar. Esta población había sido entregada, como hemos visto, al arzobispo Jiménez de Rada por el rey Enrique I, pasó de nuevo a manos de la Monarquía en 1243, y de ésta a Toledo en 1246. Poco después, Pulgar debió ser aforada por la Ciudad, ya que en 1483 se expresaba que el privilegio

---

<sup>187</sup>. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 88.

<sup>188</sup>. El original de la compraventa se custodia en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 4, nº 12, pza. 1. Cuando se hace referencia en la documentación a esta comarca, se manifiesta la propiedad con la expresión “*montes e propios de Toledo*”.

<sup>189</sup>. Vid. fuero de Puebla de Alcocer, cit.

<sup>190</sup>. Vid. fuero de Yébenes, cit.

de población del lugar había sido otorgado unos doscientos cincuenta años atrás<sup>191</sup>. En esta carta puebla del siglo XIII se señalaba que los vecinos de Pulgar habían de pechar el “humazgo”, de distinta cuantía dependiendo del volumen patrimonial del contribuyente, una exacción cuyo nombre hace directa referencia al cariz territorial del derecho de Toledo, a la propiedad eminente de la tierra que los labradores de Pulgar cultivaban.

### 1.7.2. La dominación económica

---

El segundo plano de la dominación urbana sobre la Tierra es de carácter económico. A la función de centro político-administrativo que ejercía Toledo sobre el territorio sometido, correspondía la función de centro económico; el hecho de ser Toledo agente organizador de un territorio desde el punto de vista institucional, lleva necesariamente aparejada su posición de “centro”, al modo en que este concepto es entendido por geógrafos y economistas, como ámbito receptor de materias primas y abastecedor de productos elaborados con respecto a la “periferia”; de hecho, la diferenciación que hacemos entre ciudad y campo implica la aceptación de la existencia de una división espacial del trabajo y de un intercambio desigual<sup>192</sup>.

---

<sup>191</sup>. El 1 de mayo de 1483 Toledo y el lugar de Pulgar acordaron una actualización del fuero en que se expresa esta noticia y la serie de obligaciones y derechos que los vecinos de Pulgar habían de asumir; vid. A.M.T., A.S., caj. 11, leg. 5, nº 1.

<sup>192</sup>. Algunas consideraciones sobre estos aspectos, con validez para todo tiempo y lugar, las encontramos en el libro de O. DOLLFUS, *El espacio geográfico*, Barcelona, 1982, p. 94 y siguientes. Situándonos en la época de que nos ocupamos, podemos observar que, en general, las ciudades del Medievo consideraban al área rural de su entorno como área de expansión natural para desplegar su potencialidad como gran centro económico; de esta manera enfoca el desenvolvimiento sevillano M. BORRERO en sus trabajos “Influencias de la economía urbana en el entorno rural de la Sevilla

En consecuencia, la subordinación económica de la Tierra es un hecho incuestionable; y es posible acercarse a este fenómeno observando algunos datos que nos ofrece la documentación. La propia Ciudad, como institución, juega un papel esencial en la configuración de este cuadro de relaciones subordinantes del sistema económico toledano; y, en este sentido, la primera preocupación de Toledo, como de cualquier otro Gobierno urbano, era el abastecimiento de alimentos, una preocupación básica que implicaba fuertemente al entorno rural. Pero más allá de esta necesidad, de orden colectivo y administrativo -de carácter "público", diríamos hoy- se descubren los intereses privados de los habitantes de la ciudad; la Tierra era el espacio en que se localizaba la parte más importante de los patrimonios urbanos, basados en la propiedad de ganado, de tierra y de otros medios de producción (molinos, hornos, posadas de colmenas) que garantizaban la superioridad económica de los hombres de la urbe.

De la preocupación del abastecimiento de Toledo por parte de la Ciudad, tenemos una prueba temprana en la donación que hizo Alfonso VIII, el 4 de enero de 1203, al colectivo de los vecinos de Toledo -"*vobis universo concilio toletano*", expresa el documento- del Mesón del Trigo<sup>193</sup>. Se dejaba así en manos públicas "*illum mesonem in Toledo ubi venditur triticum*", es decir, el lugar en que se vendía el grano en la ciudad, pero su gestión era condicionada al

---

bajomedieval", *Las ciudades andaluzas (siglos XIII-XVI)*, Málaga, 1991, p. 610-611, y "Efectos del cambio económico en el ámbito rural. Los sistemas de crédito en el campo sevillano (fines del siglo XV y principios del XVI)", *En la España Medieval*, V (1986), p. 219-243. La doctora Borrero Fernández estudia la proyección de Sevilla sobre comarcas concretas en *El mundo rural sevillano en el siglo XV: Aljarafe y Ribera*, Sevilla, 1983.

<sup>193</sup> El original de este privilegio no se conserva, pero se conoce por una larga serie de inserciones en latín y de copias en castellano; la inserción más antigua de su texto se encuentra en su confirmación por Fernando III en 1222; vid. A.M.T., caj. 10, leg. 3, nº 1, pza. K; otras inserciones posteriores, en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, nº 6 (de Alfonso X en 1254); A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, nº 9 (de Sancho IV en 1289); A.M.T., A.S., caj. 6, leg. 1, nº 1, pza. 1 (de Alfonso XI en 1333); A.M.T., A.S., caj. 6, leg. 1, nº 1, pza. 2 (de Pedro I en 1351); A.M.T., A.S., caj. 6, leg. 1, nº 1, pza. 3 (de Enrique II en 1371); A.M.T., A.S., caj. 6, leg. 1, nº 1, pza. 4 (de Juan I en 1379); y A.M.T., A.S., caj. 6, leg. 1, nº 1, pza. 5 (de Juan II en 1434); documento publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegio reales...*, cit., p. 107-108.

provecho general, y esto era una clara advertencia a los oligarcas: *“ut accipiatis semper omnes mediduras omnesque directuras que in eodem mesonem evenerint de omni tritico quod ibidem vendetur ita quod quantam acceperitis de illis mediduris et directuris expendatis in illis que neccessaria fuerint circa comunem utilitatem totius concilii Toleti”*.

Es evidente que el grano constituía la primera necesidad alimentaria de los toledanos, por lo que la Ciudad había de garantizar su abastecimiento; no conocemos con precisión la regulación con que se obligaba a la Tierra a traer grano a la ciudad, pero sí sabemos que se establecía con precisión cuál era la cantidad que cada población de La Sagra, principal proveedor de este producto, había de vender en Toledo; el 4 de agosto de 1456, coincidiendo con la cosecha de aquel año, la Ciudad hacía un repartimiento de cantidades de grano que estos lugares debían aportar al centro urbano, considerando probablemente el volumen de la producción de aquella temporada<sup>194</sup>. Pocos años después, hacia 1460, los arrendadores del pan solicitaban a la Ciudad que interviniera ante la evasión de grano sagreño que se producía, al exportarse éste sin autorización de Toledo<sup>195</sup>. El control de la producción ajena era complementado con una considerable producción propia, ya que la Ciudad contaba con un rico patrimonio de tierras productivas en las cercanías de la urbe, como podemos comprobar a través de dos largas series de compras de parcelas cerealeras que se efectuaron, una a mediados del siglo XIV y otra a comienzos del siglo XVI<sup>196</sup>.

---

<sup>194</sup>. Esta orden, que prueba el estrecho control que la Ciudad mantenía sobre la producción y la distribución del grano sagreño, se conserva en A.M.T., C.C., caj. 3, nº 8.

<sup>195</sup>. En esta petición, los arrendadores señalan cómo grandes cantidades de trigo producido en La Sagra era conducido hacia La Mancha, Murcia y Aragón; vid. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 11.

<sup>196</sup>. Se conservan numerosas compras a particulares de fechas anteriores a 1350; algunas de las escrituras se conservan en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 1, nº 2. La serie de compras del comienzo del siglo XVI se concentra en 1501, año en que la Ciudad adquirió una buena cantidad de tierras cerealeras en los pagos del entorno de la urbe; vid. A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 2, nº 3, 4, 5, 7, 8, 9 y 10.



El vino era otro de los productos básicos del abastecimiento urbano y, en consecuencia, la Ciudad ejercía un estrecho control sobre la producción en la Tierra, además de contar con un notable patrimonio vitícola en las inmediaciones del recinto urbano<sup>197</sup>. En las cartas pueblas otorgadas por Toledo se percibe la preocupación por la producción vitícola en la obligación de plantar viñas que habían de asumir los pobladores; el fuero de Puebla de Alcocer lo expresa claramente: “*mandamos que todos los pobladores que y venieren poblar que sean temudos de plantar vinnas*”<sup>198</sup>; aún más rotundo es el fuero de Yébenes, que ordena a los que se instalen en la población “*que planten en termino del dicho nuestro lugar dos arañçadas de vinna del dia que venieren fasta dos annos e si lo non fizieren asi que pechen en pena dozientos maravedis e todavia que sea temudo de plantar la dicha vinna*”<sup>199</sup>. El control urbano era tan estrecho que sólo con licencia de la Ciudad podían las poblaciones toledanas introducir vino en ellas cuando escaseaba, como ocurrió en Olías en 1494<sup>200</sup>.

Por ser el pan y el vino productos básicos del abastecimiento urbano, trigales, cebadales y viñas constituían una parte relevante de los patrimonios agrarios de los habitantes de la ciudad<sup>201</sup>. Pero las fortunas agrarias que conocemos de éstos no se limitaban a estos productos, sino que eran mucho más diversas. Podemos advertir, en primer lugar, y enlazando con la preocupación pública ya señalada, que las propiedades rústicas de los vecinos de Toledo eran

---

<sup>197</sup>. Algunas de las escrituras de compra de viñas se conservan en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 1, nº 3, nº 4 y nº 5.

<sup>198</sup>. Fuero de Puebla de Alcocer, cit.

<sup>199</sup>. Fuero de Yébenes, cit.

<sup>200</sup>. El 2 de mayo de aquel año este concejo sagreño solicitaba permiso a Toledo para abastecerse de este producto; vid. A.M.T., C.C., caj. 1, nº 47.

<sup>201</sup>. Todo lo que se ha contemplado sobre la preocupación de la Ciudad por productos como el pan y el vino, puede aplicarse a otros productos básicos como la carne, cuya atención se basaba en la protección de las dehesas y el control de las carnicerías urbanas. Pero ésta es materia para un trabajo

objeto de particular protección por parte de la Ciudad, la cual llegó a crear oficios específicos (fieldades) para guardar sus viñas, tierras de pan y huertas<sup>202</sup>. Era ésta una medida extraordinaria y discriminatoria con respecto a los propietarios rurales, que no contaban con la misma protección, como se desprende de una carta que los vecinos de Sonseca enviaron en el invierno de 1471 a la Ciudad, quejándose de los daños que sufrían sus viñas en Alijares, posiblemente de manos de vecinos de Toledo<sup>203</sup>.

Para comprobar el hecho de que la Tierra constituía el natural espacio de expansión patrimonial de los habitantes de la ciudad, o, más concretamente, de los potentados urbanos, no tenemos más que observar la composición de la fortuna de uno de los linajes mejor conocidos de Toledo en el siglo XV: los Ayala. La base del patrimonio de este linaje estaba constituida por los bienes inmuebles y, dentro de éstos, los rurales superaban ampliamente a los urbanos. No todos los inmuebles rústicos eran tierras productivas, pero, si nos centramos en éstas, constataremos que los Ayala las poseían en Humanes, Guadamur, Peromoro, Romayla, Mora, Mazarambroz, Villamiel, Esquivias y Yeles, y que en casi todos estos lugares contaban con campos de grano, olivares, viñas y huertas<sup>204</sup>. Estas tierras eran capaces de generar un volumen elevado de productos básicos para la alimentación, y, por supuesto, no se limitaban a cubrir las necesidades familiares, sino que se hallaban en disposición de ser comercializadas en la ciudad. Éste es, a

---

distinto al presente, un trabajo que está por hacer.

<sup>202</sup>. El rey Fernando IV aprobó el 28 de marzo de 1301 esta protección especial; vid. A.M.T., A.S., caj. 3, leg. 4, nº 1.

<sup>203</sup>. Dos vecinos de Sonseca, en representación del resto de los sonsecanos, pedían justicia a la Ciudad ante la imposibilidad de cultivar estas viñas con normalidad, por la desprotección que sufrían; vid. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 20.

<sup>204</sup>. Toda esta información se encuentra en mi memoria de licenciatura *Bases de poder de la nobleza urbana en Castilla: Los Ayala de Toledo (1398-1521)*, Universidad Complutense de Madrid, 1994, p. 254-261. A. FRANCO, *El Condado de Fuensalida...*, cit., p. 114-130, describe las rentas agrarias del linaje en cada una de las villas y lugares del señorío.

grandes rasgos, el patrimonio agrario del más poderoso linaje de la Toledo, pero si a él se suman los patrimonios de otros linajes y vecinos de la ciudad, nobles y no nobles, más el patrimonio de la propia Ciudad y los de las instituciones eclesiásticas radicadas en la urbe, comenzando por el Arzobispado y el Cabildo, y continuando por los poderosos monasterios e iglesias parroquiales, podemos hacernos una idea del volumen de producción agraria que se encontraba bajo directo control urbano.

Hay que añadir otra buena porción de patrimonio agrario que la ciudad controlaba de modo menos directo, aunque no menos eficaz. Nos estamos refiriendo a la producción en que los mercaderes de Toledo intervenían a través de ciertas fórmulas de inversión, entre las que destaca el adelanto del precio de la cosecha que espera obtener el agricultor<sup>205</sup>, o bien, simplemente, el préstamo a interés de la simiente a cambio de dinero o de una parte notable de la cosecha. Un buen ejemplo de esta actitud inversora lo encontramos a comienzos del siglo XVI en los hermanos Gonzalo y García de la Torre, hijos del mercader Rodrigo de la Torre; en 1503, año en que comienza con relativa continuidad la serie de los protocolos toledanos, hallamos a estos hermanos recibiendo el compromiso de un buen número de agricultores que se obligan a devolver la deuda que han contraído. Estos compromisos se producían en otoño, en la época de la siembra, cuando los agricultores se sentían necesitados de estas inyecciones económicas y los inversores toledanos distribuían su capital por los campos. Entre el 2 de noviembre y el 6 de diciembre del año mencionado los hermanos Torre recibieron el compromiso de satisfacción de este tipo de deudas de más de una decena de agricultores: un vecino de Gálvez, otro de Portillo, otro de Seseña, otro

---

<sup>205</sup>. Es ésta la fórmula de compra del "grano verde" que la doctora Asenjo González ha observado entre las operaciones económicas de algunos mercaderes de Segovia en los años iniciales del siglo XVI, por la cual éstos obtienen jugosas cosechas a bajo precio antes de que la dinámica del mercado regulara su cotización; vid. M. ASENJO, "Ciudad y tierra...", cit., p. 71.

más de La Guardia, dos de Totanés, varios de Magán, y algunos más de Villaluenga<sup>206</sup>. Aproximadamente la mitad de los deudores acordaron devolver lo prestado en especie: así, Juan Fernández y Miguel Gómez, campesinos de Totanés, que convinieron el pago de 23 fanegas y 10 celemines de pan, por mitad trigo y cebada<sup>207</sup>. Otros agricultores saldarían la deuda en dinero, como el colectivo de labradores de Villaluenga que se comprometían al pago de 3.400 mrs. por el pan que los Torres les prestaron<sup>208</sup>.

Ayala y Torre, linajes de distinta categoría social, ejemplifican dos diferentes formas de la presencia urbana en la Tierra, dos manifestaciones de la sumisión económica del campo respecto a Toledo; dos modos de esa intervención privada que complementaba la intromisión pública en un espacio agrario que se concebía como ámbito de proyección natural de una economía urbana en expansión.

---

<sup>206</sup>. Todos estos “debdo” se recogen en A.H.P.T., Protocolos, nº 1219, entre los folios CCCLI vto. y CCCCXXXV r.

<sup>207</sup>. Este compromiso de pago, fechado el 21 de noviembre de 1503, se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 1219, fol. CCCXLIX r. - vto.

<sup>208</sup>. A.H.P.T., Protocolos, nº 1219, fol. CCCCXXVIII r. - vto. Este “debdo” está fechado el 5 de diciembre.



## 1.8. Conclusión

Consideramos necesario iniciar estas últimas notas del capítulo insistiendo en una idea que venimos sugiriendo en las páginas anteriores: Toledo, realidad dual, urbana y rural, era un conjunto coherente, formado por esos dos ámbitos complementarios que configuraban un espacio integrado institucional y económicamente.

Este territorio estaba formado por espacios geográficos diversos, las comarcas toledanas: La Sagra, La Sisa, Los Montes y el codo del Guadiana; cuatro espacios dispuestos a modo de bandas que se desarrollan de norte a sur. Se trata de comarcas marcadas por realidades geográficas distintas que garantizaban la complementariedad económica de este gran espacio integrado que era Toledo. Pero además de la diversidad geográfica, estas comarcas estaban marcadas por una diversidad histórica determinada por los distintos ritmos que adoptó la repoblación: un norte de tierras más fértiles fue más fácilmente ocupado, dando lugar a mayores densidades de población; enfrente, un sur montuoso de explotación más extensiva y de densidad demográfica muy baja. Debemos señalar, si tratamos de las densidades, que la Tierra de Toledo era una entidad territorial de notablemente predominio urbano, porque hemos mostrado una ciudad poblada por cerca de 25.000 personas en medio de una amplísima extensión en la que podían habitar en torno a 40.000, lo que nos ofrece entre un 35 y un 40% de toledanos que vivían en la ciudad, frente a poco más de un 60% de toledanos rurales. Estos porcentajes pueden ser calificados de extraordinarios en una época en que el porcentaje medio de población rural era muy superior.

Hay que destacar, por otra parte, que la orientación de la jurisdicción de Toledo era notablemente meridional. Si observamos el mapa de la Tierra toledana que figura en el Apéndice del presente capítulo, nos damos cuenta de que hacia el norte de la ciudad, el espacio propiamente

toledano no alcanzaba más que unas pocas leguas, siendo posible salir caminando en un solo día; sin embargo, hacia el sur, sería necesario caminar varias jornadas por caminos tortuosos para alcanzar otra jurisdicción. Si nos referimos a las vías de comunicación, observaremos que la ciudad era un centro de una red de caminos de notabilidad regional e interregional; sin duda, centro de comunicaciones de la Meseta meridional y encrucijada fundamental en la conexión de los grandes centros de la Meseta norte y de los del sur de la Corona de Castilla. No es necesario advertir que esta “centralidad” revela el nivel de primer orden económico y político que caracterizó a Toledo en el Medievo. No se puede decir lo mismo de las vías pecuarias, que no penetraban profundamente la Tierra toledana, aunque la Ciudad sabía cómo sacar partido del movimiento de reses.

También contemplando el mapa 1, advertiremos que la jurisdicción toledana era notablemente recortada, pero mucho más en el norte. Los límites meridionales fueron tempranamente fijados con las órdenes militares y, con la llamativa excepción de la comarca de Alcocer, permanecieron estables a lo largo de varios siglos. En el norte, sin embargo, fue donde más nítidamente se sintió el fenómeno de la señorialización del final del Medievo, puesto que varios nobles e instituciones eclesiásticas pudieron establecer cuñas sobre una tierra que anteriormente había sido mucho más compacta. En el plano de la ciudad observaremos la ubicación de dos espacios amplios y marginales, menos densamente poblados y con murallas internas: el Arrabal y la Judería. En las manzanas que se abren al norte de la iglesia de Santa María y de las casas de la Ciudad y del Colegio de Escribanos, señaladas en el plano, se concentran algunos de los grandes monasterios de la ciudad y las collaciones más ricas y activas. Más allá de este espacio limitado por las collaciones de San Pedro, Santa María Magdalena, San Nicolás, San Vicente, San Román y Santo Tomé, el tumulto era progresivamente menor.

Concluiremos estas líneas reafirmando la idea de la integración de Toledo y su Tierra,

pero incidiendo en que esta vinculación era marcadamente jerárquico, puesto que la ciudad dominaba la Tierra en su beneficio. Por un lado, era evidente el dominio colectivo, de los habitantes de la ciudad sobre los del campo, o, más bien, de los poderosos de la ciudad sobre todos los demás toledanos. Este dominio colectivo tenía una vertiente institucional, que se mostraba en las diversas manifestaciones de la jurisdicción; pero también presentaba una vertiente económica, en la preocupación del Gobierno urbano por el abastecimiento de la ciudad. El dominio individual, de cada uno de los poderosos sobre el campo y sobre la producción agraria, no tiene más manifestación que la estrictamente económica, bien a través de la propiedad de la tierra, bien mediante la capitalización de la agricultura.



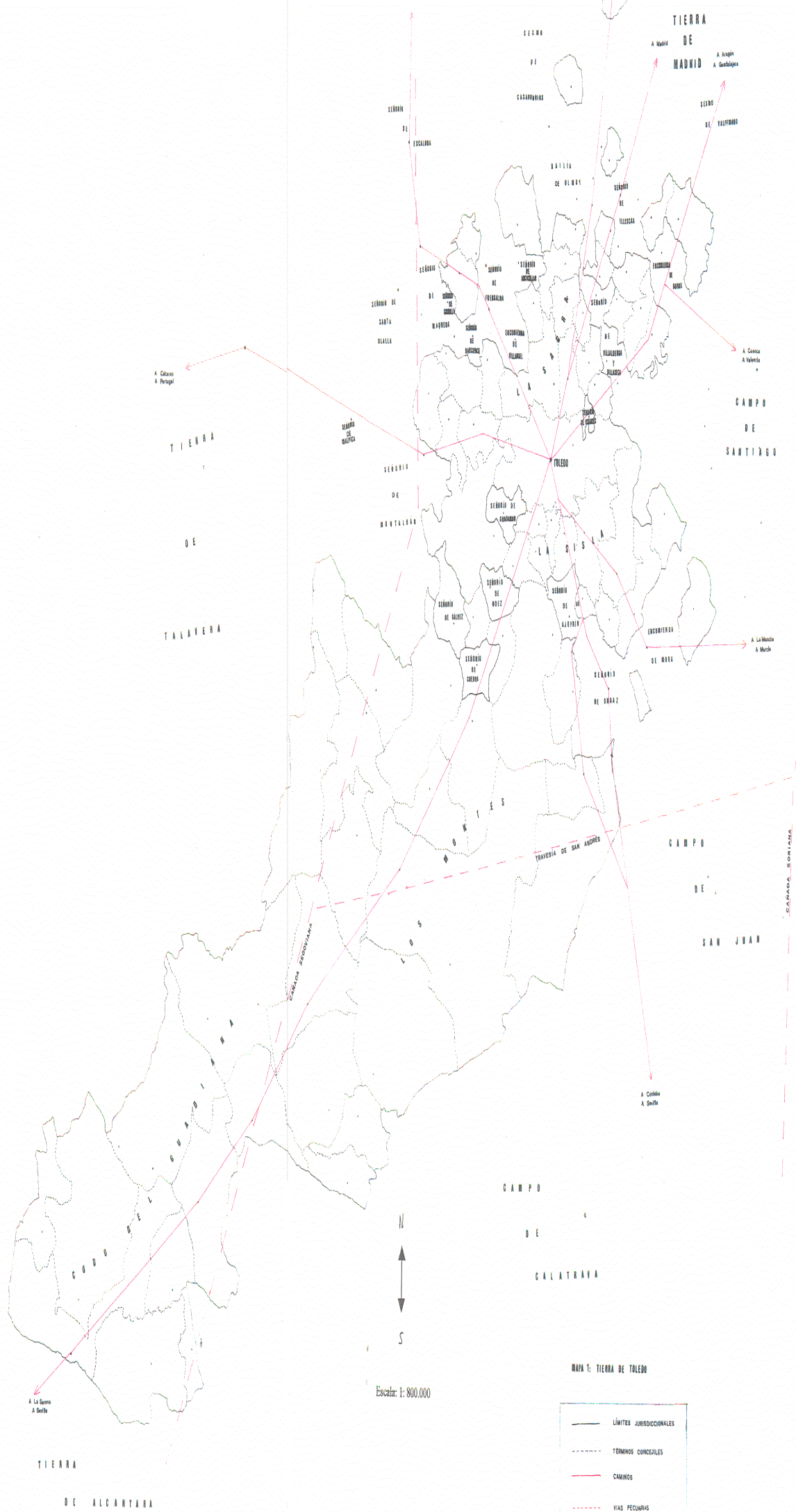


## 1.9. Apéndice

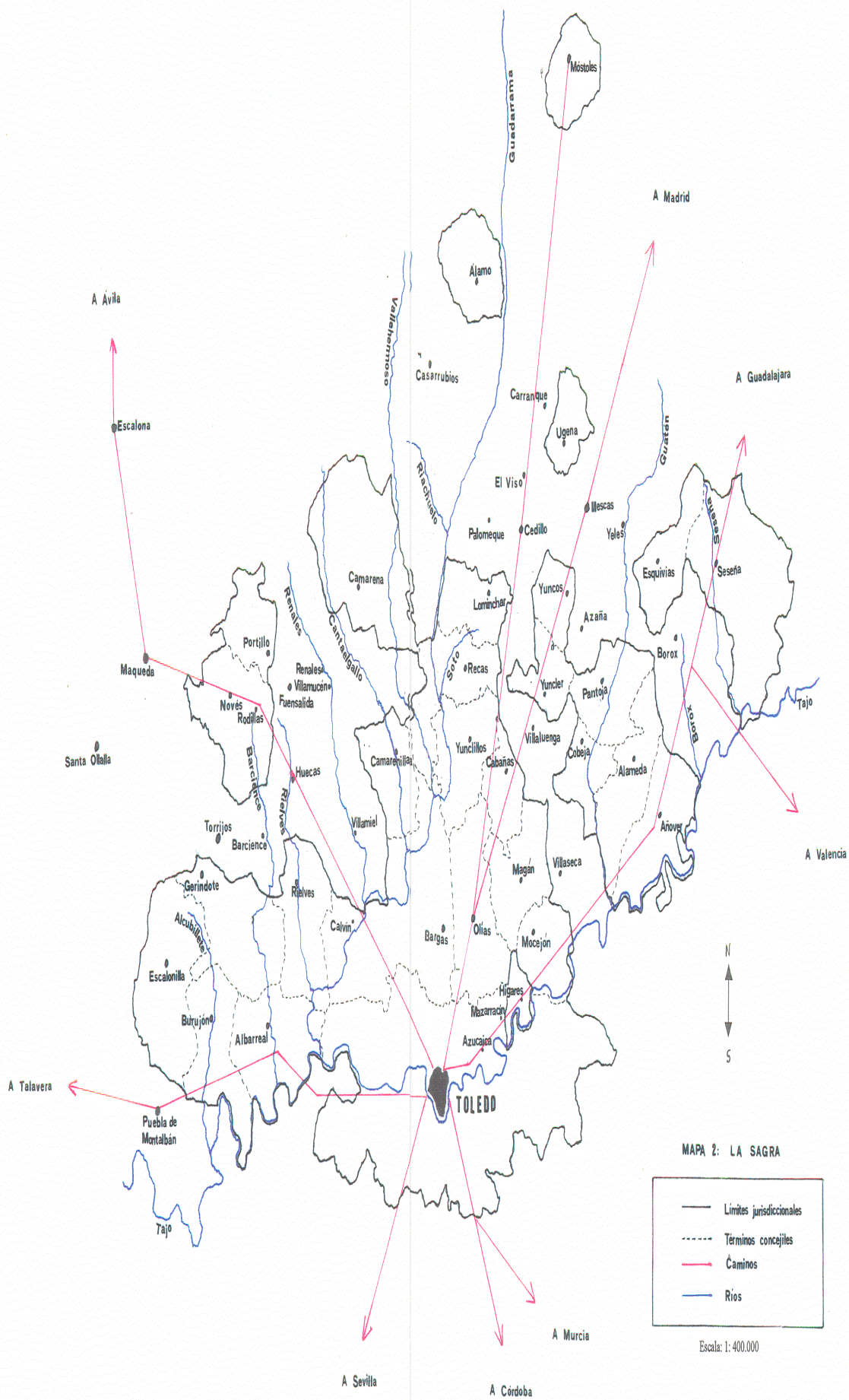
En este apéndice pretendemos ofrecer la vertiente gráfica de todo lo que hemos ido exponiendo a lo largo de las páginas precedentes. Son seis los elementos que componen este añadido: cinco mapas y un plano. El mapa 1 representa la Tierra en su conjunto, señalando la jurisdicción urbana, los límites entre concejos, los caminos y vías pecuarias principales y los señoríos que rodeaban y se introducían en la jurisdicción urbana. No hemos representado las poblaciones porque, al tener que reducir tanto el original, hubiera resultado confusa su lectura; y además, porque los núcleos de población, tanto internos como del exterior de la jurisdicción toledana, aparecen señalados en los mapas comarcales.

Estos mapas de mayor detalle son los de La Sagra (mapa 2), La Sisla (mapa 3), Los Montes (mapa 4) y el codo del Guadiana (mapa 5). En todo estos se pueden apreciar con mayor detalle los límites jurisdiccionales y concejiles, la ubicación de las poblaciones, el despliegue de caminos y vías pecuarias, los ríos y los arroyos de cada una de las entidades comarcales. Hemos tenido que situar en una fecha concreta tanto los mapas comarcales como el mapa general de la Tierra de Toledo, y esta fecha concreta es el año 1500, que se corresponde con un período avanzado de la señorialización, un momento de consolidación de los señoríos fundados. La utilización de esta fecha explica, entre otras cosas, por qué Layos aún pertenece a la jurisdicción urbana y por qué Cuerva es llamada de este modo y no Villacarrillo. En este mismo trabajo, particularmente en el capítulo 4, se encontrarán las explicaciones pertinentes acerca de estas y otras realidades que se observan en el mapa. El hecho de incluir la comarca de Alcocer, que en 1500 no estaba ya en manos de Toledo, se debe a la voluntad de que la cartografía presentada sea lo más completa precisa; en todo caso, la Ciudad no había renunciado al codo del Guadiana en esta fecha, como había hecho con otras tierras amputadas.

El plano de la ciudad pretende permitir la mejor localización de cada uno de los ámbitos urbanos que se señalan en este y en los siguientes capítulos del presente trabajo: el contorno de ciudad, con sus puentes y puertas, los barrios periféricos, las collaciones y los monasterios y lugares más destacados del conjunto. Los templos señalados son los correspondientes a las diecinueve que Juan II marcaba en 1422, al nombrar los primeros jurados de Toledo, aunque sabemos que después aparecerían nuevas demarcaciones urbanas. Entre las puertas se aprecia la nueva de Bisagra, que se construía a comienzos del siglo XVI; entre los monasterios, junto con los más antiguos, hemos creído conveniente indicar el franciscano de San Juan de los Reyes, levantado en los primeros años del reinado de doña Isabel y don Fernando.





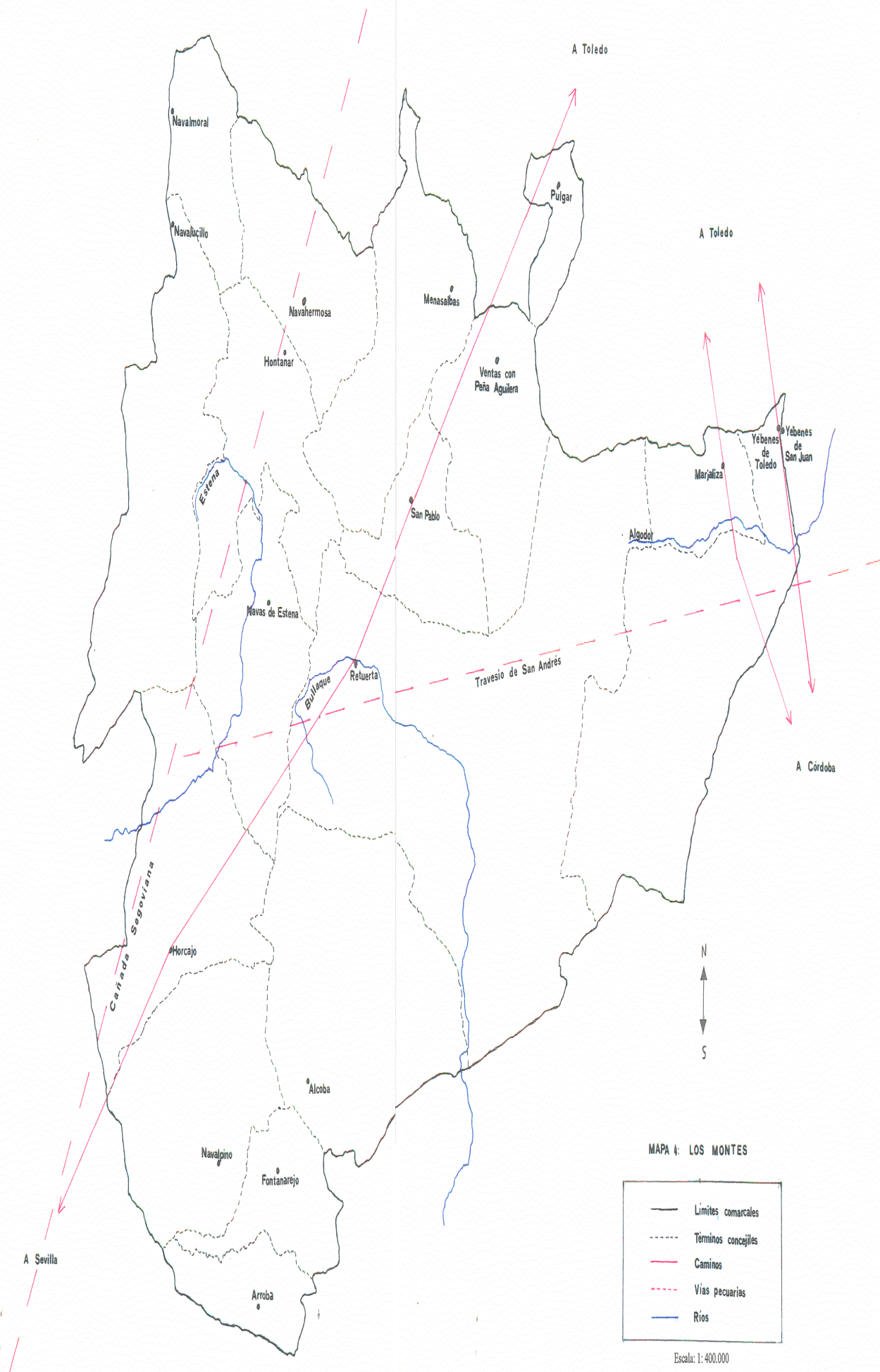




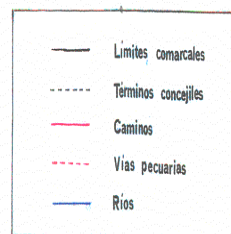






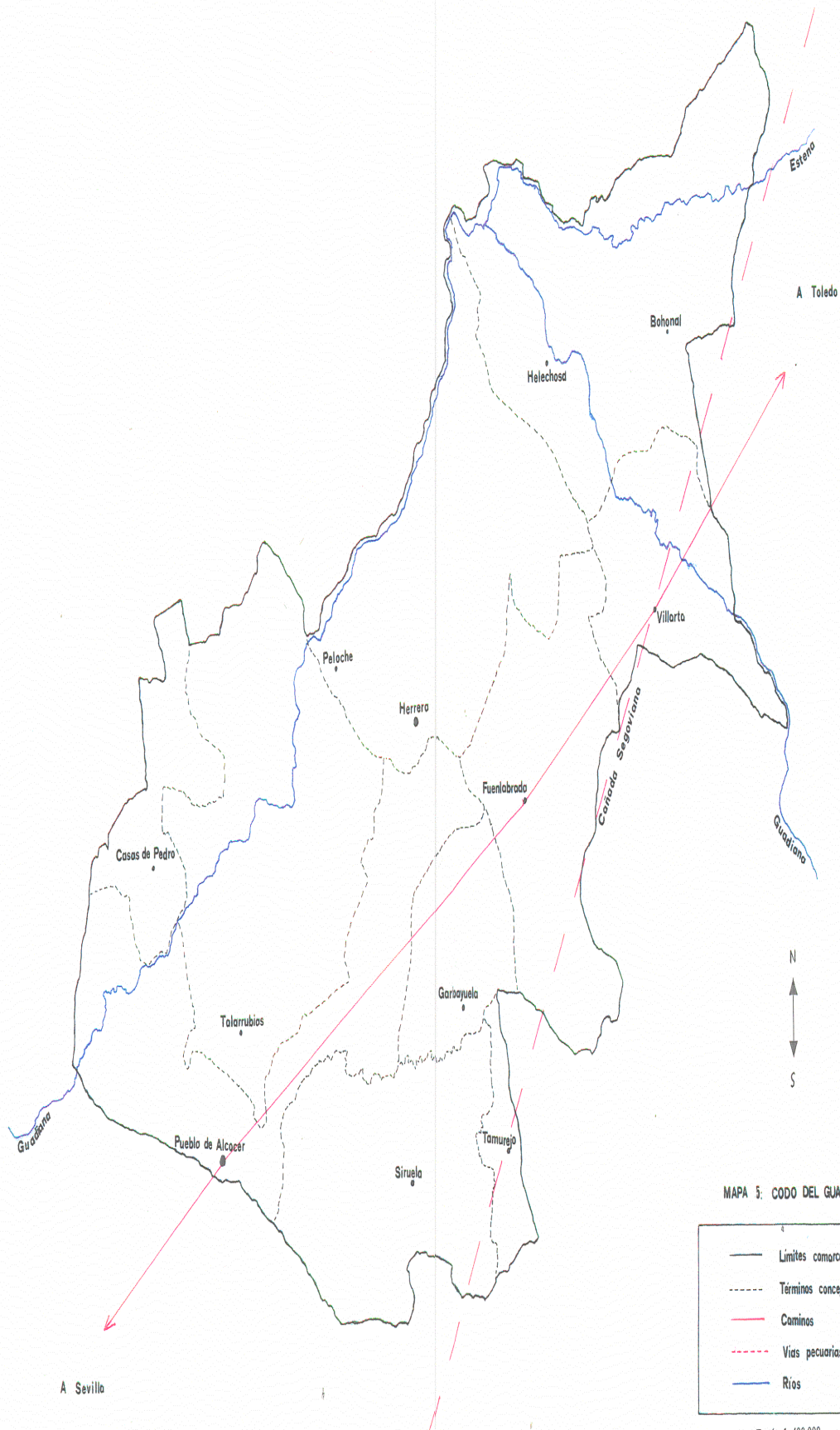


MAPA 4: LOS MONTES

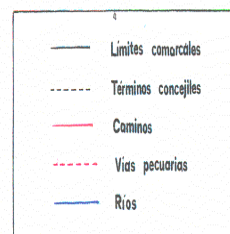


Escala: 1:400.000





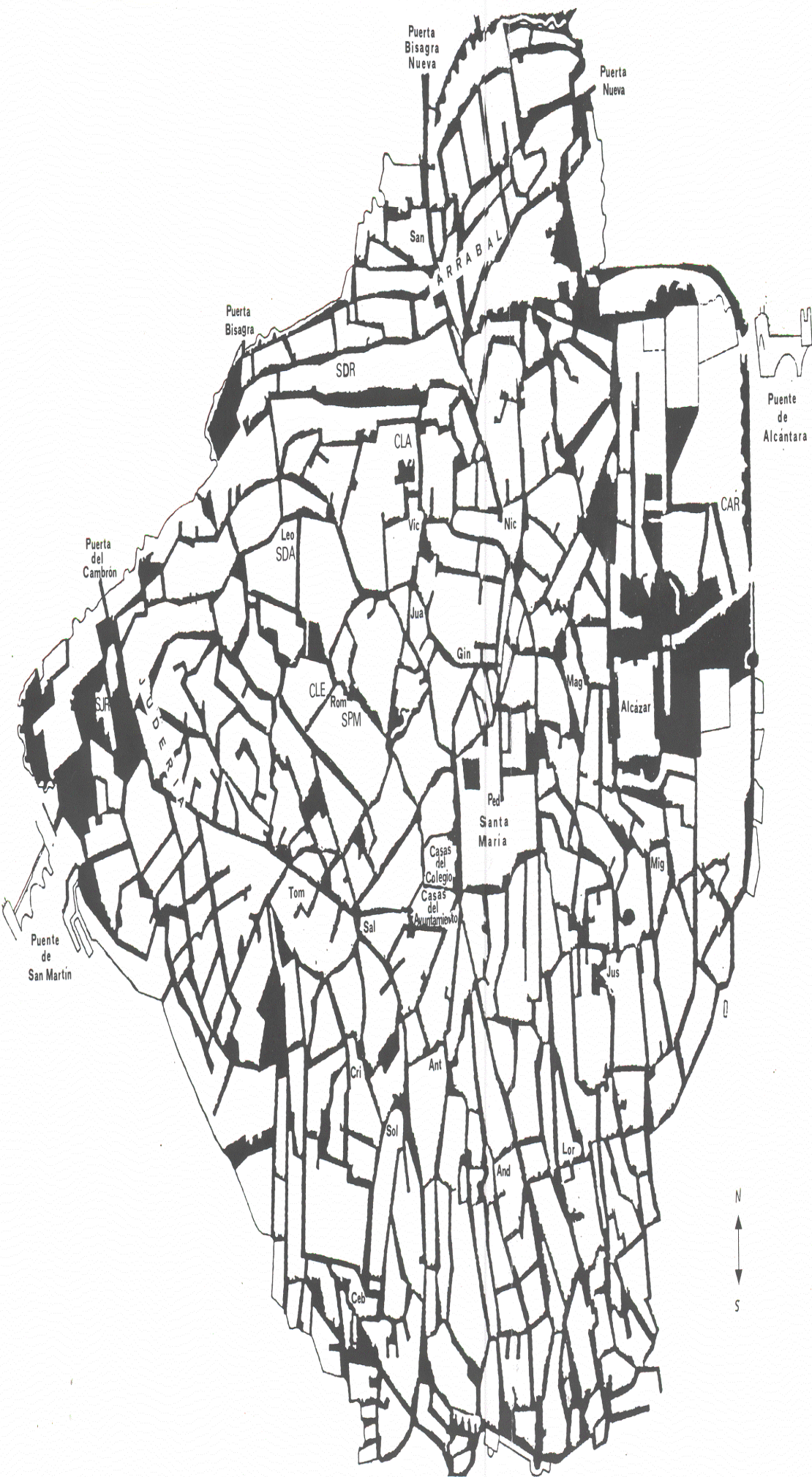
MAPA 5: CODO DEL GUADIANA



Escala: 1: 400.000







## PLANO DE TOLEDO

SDR = Monasterio de Santo Domingo el Real  
 SDA = Monasterio de Santo Domingo el Antiguo  
 SPM = Monasterio de San Pedro Mártir  
 CLA = Monasterio de Santa Clara  
 CAR = Monasterio de El Carmen  
 CLE = Monasterio de San Clemente  
 SJR = Monasterio de San Juan de los Reyes

And = Collación de San Andrés  
 Rom = Collación de San Román  
 Vic = Collación de San Vicente  
 Lor = Collación de San Lorenzo  
 Mag = Collación de Santa María Magdalena  
 Ant = Collación de San Antolín  
 Jua = Collación de San Juan de la Leche  
 Tom = Collación de Santo Tomé  
 Nic = Collación de San Nicolás  
 Ped = Collación de San Pedro  
 Leo = Collación de Santa Leocadia  
 Sal = Collación de San Salvador  
 Ceb = Collación de San Cebrián  
 Sol = Collación de San Soles  
 Cri = Collación de San Cristóbal  
 San = Collación de Santiago  
 Mig = Collación de San Miguel  
 Jus = Collación de San Justo  
 Gin = Collación de San Ginés



**CAPÍTULO 2:**

**CIUDAD, MONARQUÍA  
Y RICA HOMBRA TOLEDANA**





Toledo a fines del Medievo, como tendremos ocasión de observar en el presente capítulo, fue una ciudad marcada por una estrecha vinculación con la Monarquía. No quiere esto decir que las relaciones de la Monarquía con la Ciudad, o, más concretamente con el grupo gobernante, fueran siempre cordiales, pero en todo momento permanecieron con fuerza los vínculos entre ambas instituciones. Desde que Toledo pasó a formar parte de la Corona castellana, en 1085, se hicieron presentes los agentes regios, personas que, investidas de ciertas atribuciones, gobernaban la Ciudad para la Monarquía; pero no sólo se hacía presente la Realeza en Toledo mediante estas personas, sino que existían ciertos mecanismos de relación que aquí no podemos dejar de lado, ya que sin ellos la vinculación entre la Ciudad y la Corona hubiera sido notablemente frágil.

Así pues, vamos a ocuparnos en primer lugar de los agentes regios que gobernaban Toledo por el rey en el último siglo del Medievo, y lo haremos diferenciando las instituciones que protagonizaron este período que cerramos con la guerra de las Comunidades, instituciones que expresan perfectamente el modo de relación que en cada momento vinculaba Ciudad y Monarquía. A modo de síntesis, podemos adelantar una sucinta periodización referida a la figura institucional que se halla al frente de Toledo:

- Entre 1085, fecha de la conquista cristiana de la ciudad, y 1422, año en que se instaura el Regimiento, al frente de Toledo encontramos dos alcaldes mayores y un alguacil mayor.
- Entre 1422 y 1477 se desarrolla una etapa de transición marcada por la alternancia entre el liderazgo de alcaldes y alguaciles, el de un corregidor, el de un asistente y el de un gobernador.

- Desde 1477 hasta la llegada del Gobierno constitucional, ya en el siglo XIX, al frente de la Ciudad se encuentra el corregidor, figura que triunfa y se consolida en beneficio de la Monarquía.

Por tanto, en este trabajo se nos impone el estudio de las figuras que pugnan en el periodo de transición: los alcaldes y alguaciles, el asistente, el gobernador y el triunfante corregidor. Siguiendo un criterio evolutivo, distinto del cronológico, empezaremos por estudiar las alcaldías y el alguacilazgo, que denominaremos globalmente “oficios mayores tradicionales”, por ser los más antiguos, característicos y arraigados en Toledo. Seguiremos con el estudio de la Asistencia, un oficio de transición que caracteriza una época intermedia entre el Gobierno tradicional y el Gobierno moderno del corregidor; antes de entrar en el análisis de esta última figura, que dejará una profunda huella en Toledo durante la Edad Moderna, hay que valorar la Gobernación, un oficio extraordinario que marcó una corta etapa, asimismo extraordinaria, de la evolución política local. Y, finalmente, nos apartaremos de la observación de los agentes regios en Toledo para trazar el análisis de otros mecanismos de relación entre Ciudad y Monarquía.

## **2.1. La forma tradicional de la presencia regia: los oficios mayores**

En primer lugar se hace necesario justificar por qué llamamos “tradicionales” a los oficios que aquí nos ocupan: las alcaldías mayores y el alguacilazgo mayor. Toledo es la primera ciudad castellana donde aparecen; tanto el nombre como el oficio constituyen una peculiar herencia de la época musulmana que arraigará no sólo en la ciudad del Tajo, sino que se extenderá por otras ciudades que son organizadas institucionalmente aplicando el Fuero toledano: Córdoba, Sevilla y Murcia, entre otras. Por tanto, estamos hablando de oficios que no solamente son genuinamente toledanos, sino que además resultan modélicos, porque encontrarán un venturoso destino en la Edad Media castellana, y mucho más tarde aún, en el vocabulario político peninsular e hispanoamericano.

Ya en el terreno local, hay que señalar que durante el Medievo las dos alcaldías mayores y el alguacilazgo mayor se situaban en el primer lugar de los oficios toledanos, constituyendo la cabeza del Gobierno local hasta la instauración de los comisionados regios, que se hizo permanente desde la llegada del corregidor Gómez Manrique en 1477.

### 2.1.1. Origen y evolución de alcaldes y alguaciles

Los oficios mayores tradicionales toledanos hundían sus raíces en las instituciones islámicas de la ciudad: el alcalde procedía del *cadi* (juez) y el alguacil del *wasir*, encargado del orden público y de la ejecución de las sentencias de los jueces<sup>1</sup>. Ambos oficios, de provisión real, aparecen ya reflejados en el Fuero de los mozárabes toledanos de 1101<sup>2</sup>. Teniendo en cuenta la duplicidad del Derecho toledano de la época -los mozárabes se regían por el tradicional Fuero Juzgo y los castellanos por su propio fuero<sup>3</sup>- es lógico pensar en la duplicidad de los alcaldes en la ciudad. La doble alcaldía mayor de Toledo se conservó hasta el siglo XV, pero desde muy temprano los titulares de estos oficios se elegirían indistintamente entre castellanos y mozárabes.

No se conoce con detalle la evolución de estos oficios mayores entre los siglos XII y XIV, pero sí se puede asegurar, atendiendo al encabezamiento de las cartas que recibió la Ciudad<sup>4</sup>, que en todo momento constituyeron la cúspide del Gobierno local y que eran proveídos en favor de elementos destacados de la oligarquía toledana. Ya en el siglo XV estos oficios de justicia, afectados por el desorden normativo, serían reglamentados más estrictamente; como se observará más adelante, las reformas municipales de 1411 y de 1422 y algunas sentencias determinarían sus

---

<sup>1</sup> . J. GAUTIER-DALCHÉ, *Historia urbana de León y Castilla en la Edad Media (siglos IX al XIII)*, Madrid, 1979, p. 375-376.

<sup>2</sup> . En A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, nº 7, fol. 31 r. - 33 vto., se conserva una copia de la versión romance de este fuero que ha sido publicada por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales otorgados a Toledo en la Edad Media*, Toledo, 1990, p. 90-91.

<sup>3</sup> . Según García-Gallo, el fuero de los castellanos de Toledo no es identificable con el Fuero Viejo de Castilla, como han creído algunos autores, sino que deriva del sistema jurídico que alcanzó su plenitud en la Castilla de comienzos del siglo XI; vid. A. GARCÍA-GALLO, "Los fueros de Toledo", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLV (1975), p. 413-414.

<sup>4</sup> . Una buena parte de esta documentación regia, constitutiva del Derecho medieval toledano, ha sido publicada y estudiada por el profesor Izquierdo Benito; vid. *op. cit.*

atribuciones y rentas.

En la etapa que se inicia en 1422, marcada por la presencia de regidores y jurados en el Gobierno local, los oficiales mayores continuaban dirigiendo la Ciudad, pero las limitaciones impuestas por parte de la Monarquía, a través de la llegada de corregidores, asistentes, gobernadores y otros comisionados, iban mediatizando progresivamente su poder. Desde 1477, año en que se asienta definitivamente la Corregiduría, los oficios tradicionales de justicia se convirtieron en cargos fundamentalmente honoríficos y rentables, siendo su poder neutralizado por la acción de los agentes de la Monarquía<sup>5</sup>.

### 2.1.2. La exportación de la oficialía mayor toledana

Ya se ha señalado que estos oficiales tradicionales de Toledo sirvieron como modelo a muchas otras ciudades. En primer lugar, fueron exportados a los concejos de Andalucía occidental y Murcia. Probablemente los magistrados sevillanos sean los que mejor conocemos, gracias en particular al trabajo del profesor Ladero Quesada sobre la gran ciudad del Guadalquivir<sup>6</sup>. Las

---

<sup>5</sup>. El corregidor proveía discrecionalmente alcaldías y alguacilazgos para la administración de justicia, relegando de este modo a los oficiales tradicionales; vid. B. GONZÁLEZ ALONSO, *El corregidor castellano (1348-1808)*, Madrid, 1970, p. 93-94, y A. BERMÚDEZ AZNAR, *El corregidor en Castilla durante la Baja Edad Media (1348-1474)*, Murcia, 1974, p. 217-219.

<sup>6</sup>. *Historia de Sevilla: II. La ciudad medieval (1248-1492)*, 2ª edición, revisada, Sevilla, 1980. Para Córdoba contamos con el trabajo de J. L. del PINO "El Concejo de Córdoba a fines de la Edad Media: estructura interna y política municipal", *Historia. Instituciones. Documentos*, 20 (1993), p. 355-401, que no refleja la existencia de los oficios tradicionales, sino solamente, por referirse en concreto a los últimos años del siglo XV, a la Corregiduría y a los oficios dependientes de esta institución, es decir a las que podríamos llamar "oficios mayores modernos". Para Murcia, hay que señalar los trabajos de J. TORRES FONTES, "El Concejo murciano en el reinado de Alfonso XI", *Anuario de Historia*

alcaldías mayores sevillanas fueron creadas por Fernando III tras la conquista de la ciudad para la Cristiandad, a semejanza de las que ya existían en Toledo; pero a diferencia de los toledanos, los alcaldes mayores sevillanos fueron cuatro desde muy pronto, ya que en esta ciudad no existía la dualidad jurídica mozárabe-castellana propia de la del Tajo; además, al parecer, los alcaldes mayores de Sevilla, también de nombramiento real, juzgaban en alzada colectivamente; y una diferencia más entre la institución sevillana y la toledana es que aquélla convivía con una primera instancia judicial formada por cinco o seis alcaldes ordinarios elegidos anualmente por el Concejo. Por lo demás, las funciones que ejercían los alcaldes mayores y el alguacil mayor eran un calco de las que veremos para Toledo<sup>7</sup>.

El modelo de la oficialía mayor toledana estaba en sintonía con las pretensiones centralizadoras de la Monarquía castellana; decididos a intervenir en los gobiernos urbanos tan pronto como fuera posible, los reyes no dudaron en introducir el modelo toledano allá donde encontraron la oportunidad de hacerlo. En Sevilla, Córdoba, Murcia y otras ciudades tomadas al Islam en el siglo XIII se instauraron estos oficios de modo natural, pero en ciudades de tradición autonómica, como Segovia o Burgos, la llegada de los alcaldes y alguaciles reales era mucho más dificultosa e insatisfactoria para la Monarquía.

En Segovia la intervención regia era de menor alcance; las cuatro alcaldías y el alguacilazgo eran proveídos por el Concejo y la Monarquía se limitaba a confirmarlos. Desde 1345, fecha de la creación del Regimiento segoviano, los oficios de justicia se repartían entre los

---

*del Derecho Español*, XXIII (1953), p. 139-159, y “El Concejo de Murcia en el reinado de Pedro I”, *Cuadernos de Historia de España*, XXV-XXVI (1957), p. 251-278; y el más general y reciente “El Concejo de Murcia en la Edad Media”, *Concejos y ciudades en la Edad Media hispánica*, Ávila, 1990, p. 199-236.

<sup>7</sup>. M. A. LADERO, *op. cit.*, p. 140-142.

miembros de la oligarquía local con una periodicidad medida con precisión por la normativa<sup>8</sup>. En el caso de Burgos, los alcaldes tradicionales eran elegidos por el Concejo o asamblea de vecinos, y sólo desde el ordenamiento real de 1345, al tiempo que Alfonso XI creaba el Regimiento burgalés, la Monarquía se reservaba para sí la provisión de las alcaldías<sup>9</sup>. Los alcaldes burgaleses y segovianos, eran, aunque reales los primeros, alcaldes ordinarios y no “alcaldes mayores”, como los sevillanos y toledanos; aunque cada uno en su ciudad era la más alta instancia, la consideración de aquéllos era inferior a la de éstos; mientras los alcaldes segovianos y burgaleses no superaban en dignidad a los regidores de estas ciudades, los sevillanos y toledanos eran consideradas como la más alta e indiscutible instancia de poder local.

### 2.1.3. Atribuciones y rentabilidad de los oficios

La oficialidad mayor tradicional toledana experimentó una profunda transformación a lo largo del siglo XV, en particular a partir de la promulgación de los ordenamientos reales de 1411 y de 1422<sup>10</sup>, normas que modificaron sustancialmente la tradición jurídico-política de la ciudad

---

<sup>8</sup>. M. ASENJO, *Segovia. La ciudad y la tierra a fines del Medievo*, Segovia, 1986, p. 417-418, ha estudiado el cuidadoso reparto de los cargos de justicia que la oligarquía hace, quedando la Monarquía en un plano secundario.

<sup>9</sup>. J. A. BONACHÍA, *El Concejo de Burgos en la Baja Edad Media (1345-1426)*, Valladolid, 1978, p. 79; y Y. GUERRERO, *Organización y gobierno de Burgos durante el reinado de Enrique IV de Castilla, 1453-1476*, Madrid, 1986, p. 297-298.

<sup>10</sup>. El primero de ellos fue otorgado el 9 de marzo de 1411 por Juan II (de hecho, fue su tío y tutor el infante don Fernando quien lo otorgó); este documento, del que no se conserva copia en el Archivo Municipal de Toledo, fue publicado por E. SÁEZ SÁNCHEZ, “Ordenamiento dado a Toledo por el infante don Fernando de Antequera, tutor de Juan II, en 1411”, *Anuario de Historia del Derecho*



del Tajo, que desde la conquista cristiana de 1085 se mantenía con relativa estabilidad. Fueron múltiples los elementos gubernativos trastornados por los dos ordenamientos citados (que pueden considerarse como dos fases de una misma reforma), y a lo largo del presente trabajo se estudiarán, pero lo que ahora nos interesa es observar cómo afectaron a las atribuciones de los dos alcaldes y del alguacil.

Hay que señalar, en primer lugar, que Gobierno y Justicia son en la Edad Media dos realidades inseparables; sólo con posterioridad el Derecho ha diferenciado claramente ambos conceptos. En la Edad Media castellana las responsabilidades de Justicia son definidas con mayor precisión en ordenamientos generales, mientras que las labores gubernativas se concretan en normas particulares, derivándose de modo general de las competencias judiciales, mucho más amplias. Consideradas las particulares relaciones entre Gobierno y Justicia en el Medievo, podemos establecer estos dos tipos de atribuciones de los oficiales mayores tradicionales toledanos, sin perder de vista su estrecha vinculación.

... Aunque las competencias gubernativas eran mucho menos precisas en la normativa que las judiciales, contamos con algunos datos concretos sobre las primeras; en primer lugar, los tres oficiales mayores presidían los ayuntamientos (reuniones periódicas de la representación de los toledanos) en un orden estricto: a la cabeza se encontraba el alcalde mayor de la justicia, a continuación el alcalde mayor ordinario y en último lugar el alguacil mayor<sup>11</sup>. Resulta llamativa

---

*Español*, XV (1944), p. 506-547. El segundo ordenamiento, que complementaba al anterior y lo derogaba parcialmente, fue otorgado por el mismo monarca en 1422, al tiempo que creaba el Regimiento y el Cabildo de Jurados toledanos; pero no era éste un ordenamiento nuevo sino la aplicación a Toledo de dos ordenamientos dados a Sevilla en 1411 y 1412; el mismo E. Sáez Sánchez publicó este documento en su artículo "El Libro del Juramento del Ayuntamiento toledano", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XVI (1945), p. 579-624. A estos dos conjuntos de normas nos referiremos en lo sucesivo como "Ordenamiento de 1411" y "Ordenamiento de 1422", indicando la ley correspondiente a la mención y la página en que se localiza la referencia en las citadas ediciones de Sáez Sánchez.

<sup>11</sup>. Así lo dispone el Ordenamiento de 1411, ley II, p. 508.

la diferenciación entre las dos alcaldías mayores, y aunque no tenemos más noticias acerca de esta jerarquización de los altos oficios de justicia, se puede apuntar que es posible que la distinción entre una u otra alcaldía mayor se deba a la primacía del alcalde más antiguo sobre el más inexperto, sin que ello derive en una diferenciación de atribuciones o de dignidad. El hecho de que tal distinción aparezca en la normativa a la hora de ordenar la presidencia de los ayuntamientos puede ser revelador, ya que solamente uno de los dos alcaldes podría ocupar el asiento central de la cabecera de la Sala de los Ayuntamientos de Toledo.

Por otra parte, los tres oficiales mayores, como representantes que eran del Gobierno local, estaban obligados a estampar su sello en las cartas que se derivasen de los acuerdos tomados en las reuniones<sup>12</sup>. Otro elemento fundamental era el control que ejercían sobre las puertas de la ciudad; las llaves de las puertas de Toledo se hallaban en manos de los alcaldes y el alguacil, que durante la noche las guardaban en sus casas para evitar que los porteros pudiesen abrir la ciudad a nadie<sup>13</sup>. Por otra parte es evidente que, a través de la administración de justicia y el castigo de los delitos, estos oficiales controlaban el orden público.

La administración de justicia en Toledo durante el siglo XV estaba reglamentada con bastante precisión a través de la jurisprudencia, las sentencias emitidas al respecto, y los ordenamientos de 1411 y 1422. En realidad, como ya se ha comentado, Justicia y Gobierno no eran conceptos independientes en la Edad Media; el primero de ellos englobaba al segundo, de manera que las atribuciones de los oficiales mayores en materia gubernativa se derivaban de las más precisas en materia judicial.

Los titulares de las alcaldías eran nobles ignorantes del Derecho que, para el ejercicio de

---

<sup>12</sup>. *Ibíd.*, ley II, p. 507.

<sup>13</sup>. *Ibíd.*, ley XXXII, p. 527-528.

sus funciones judiciales, necesitaban los servicios de un delegado o lugarteniente, que presidía el tribunal por él, y de alcaldes profesionales<sup>14</sup>. Los alcaldes mayores solían delegar sus funciones en varios lugartenientes con el fin de lucrarse<sup>15</sup>, pero en 1422 se prohibió que los alcaldes mayores se sirvieran de más de un delegado, ya que no era necesario y daba lugar a corrupciones<sup>16</sup>. En todo caso, el lugarteniente del alcalde mayor, perito en Derecho, era quien efectivamente actuaba como juez y libraba los pleitos que le eran encomendados al titular. Por otra parte, a las alcaldías mayores de Toledo se adscribía una serie de alcaldes, letrados, que se especializaban en uno u otro de los fueros vigentes en la ciudad: el Libro Juzgo y el fuero de los castellanos. Cada alcaldía mayor contaba con expertos en ambos códigos que atendían los pleitos correspondientes a su especialidad<sup>17</sup>. Estos alcaldes ordinarios estaban sometidos, en todo caso, a la autoridad del alcalde mayor titular o de su lugarteniente.

El alguacil mayor, por su parte, se encargaba de la ejecución de las órdenes y sentencias de los jueces; sus misiones fundamentales eran la toma de prendas a los demandados, el cobro de multas a los sancionados, la detención de los penados y la subasta de bienes embargados. De estas tareas se derivaban frecuentes abusos, entre ellos la realización de embargos desmedidos con el

---

<sup>14</sup>. “*Los alcaldes que han de poner por si los alcaldes mayores es mi merçet que los pongan letrados e a tales personas que sean pertenescientes porque entiendan que sepan lo que juzgaren*”; vid. Ordenamiento de 1422, ley II, p. 580.

<sup>15</sup>. El Ordenamiento de 1411, ley XLIX, p. 538, prohibía esta corrupción: “*los dichos alcalldes tenientes logar de alcalldes mayores non den dineros nin otra cosa alguna por los tales oficios a los dichos alcalldes mayores*”.

<sup>16</sup>. Ordenamiento de 1422, ley I, p. 579-580. Sin duda, estas corrupciones que se indican en la ley están en relación con la necesidad por parte de los lugartenientes de alcalde mayor de rentabilizar el oficio por el que habían desembolsado una cantidad de dinero al titular, una necesidad que desembocaría posiblemente en la inflación de derechos por la emisión de sentencias.

<sup>17</sup>. El 20 de marzo de 1395 los alcaldes Diego Fernández y Ruy González resolvieron los conflictos que inmovilizaban la administración de justicia en Toledo a través de una sentencia que determinaba, mediante una compleja casuística, a qué alcalde correspondía librar cada pleito, según el fuero de los implicados; vid. A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, n° 4, fol. CXI r. - CXII vto.

fin de obtener un beneficio económico a través de su venta por un precio reducido; contra ello, el Ordenamiento de 1411 limitaba la cuantía de lo embargado al doble de lo demandado en el pleito<sup>18</sup>. Asimismo en la subasta pública de las prendas se le obligaba a adjudicarlas por el precio que tuvieran o por una cuantía ligeramente inferior<sup>19</sup>.

Las rentas de alcaldes y alguaciles mayores son difíciles de evaluar, especialmente en el caso del alguacil mayor, que en ningún momento percibió un salario fijo. Las rentas de las alcaldías mayores debieron ser durante largo tiempo motivo de discordia entre sus titulares y el Gobierno local, ya que éste acusaba a los alcaldes mayores de obtener superiores cuantías a las estipuladas para cada fase del procedimiento judicial; así, en el Ordenamiento de 1411 se limitan a cuatro y dos maravedíes, respectivamente, los derechos por la emisión de sentencias definitivas e interlocutorias<sup>20</sup>.

A pesar del intento de fijación de estas tasas, el conflicto no concluyó, y para resolverlo fue preciso crear una comisión arbitral formada por Gutierre Gómez de Toledo, arcediano de Guadalajara, y Teresa de Ayala, priora del monasterio toledano de Santo Domingo el Real. Tras un exhaustivo procedimiento, la comisión emitió el 22 de mayo de 1416 una sentencia duradera: el alcalde mayor, en aquel momento Pedro López de Ayala, cedería a la Ciudad una serie de rentas anejas a la alcaldía mayor, y, a cambio, la Ciudad le satisfaría 1.200 florines de oro del cuño de Aragón anuales<sup>21</sup>. En adelante, cada año se establecería el salario que habían de percibir los alcaldes mayores comprobando cómo se operaba el cambio monetario en la ciudad.

---

<sup>18</sup>. Ordenamiento de 1411, ley XXVI, p. 523.

<sup>19</sup>. *Ibid.*, p. 524.

<sup>20</sup>. Ordenamiento de 1411, ley XV, p. 517-518.

<sup>21</sup>. Un traslado de esta sentencia de 1416 se encuentra en A.M.T., M.S., sec. B, nº 639. Los actos del pleito entablado entre Pedro López de Ayala y la Ciudad, desarrollados entre 1412 y 1415, se recogen

El salario del alcalde mayor se perpetuaria de este modo como el más rentable, con pronunciada diferencia, de todos los que corrían a cargo de la Ciudad. Para apreciar esta alta rentabilidad de la alcaldía mayor, podemos observar algunos pagos que efectuó Juan Fernández de Oseguera, mayordomo de Toledo, en 1482, año del que estamos bien informados sobre la Hacienda local: Pedro López de Ayala, alcalde mayor e hijo del citado alcalde mayor del mismo nombre, percibía 318.000 mrs. de quitación, ya que aquel año se valoraba en Toledo el florín de oro aragonés en 265 mrs.; en el mismo 1482, los regidores obtenían 3.000 mrs. de quitación, Alfón Fernández de Oseguera 10.400 mrs. por su oficio de escribano mayor de los ayuntamientos, y Juan Gómez y Ruy Sánchez 2.800 cada uno por el ejercicio de fieldades<sup>22</sup>. Como se observa, las diferencias de renta entre la alcaldía mayor y algunos otros oficios trascendentes, al menos a nivel de salario, eran tremendamente pronunciadas.

Los alguaciles mayores obtenían rentas menos estables, pero también notablemente elevadas. Embargos, desembargos, prendimientos y otros actos de este oficial llevaban aparejados derechos fijos o porcentuales<sup>23</sup>. Desde el punto de vista económico, los más relevantes actos del alguacil eran las entregas o devoluciones de bienes embargados, que solían llevar aparejados abusos por parte del oficial. El Ordenamiento de 1422, al menos en apariencia, parece que solucionó definitivamente el problema de las entregas, disponiendo que en ningún caso el alguacil

---

en dos cuadermillos de pergamino conservados en A.M.T., A.S., ala. 1, leg. 1, nº 26, pza. 2.

<sup>22</sup>. Todos estos datos nos son suministrados por las Cuentas de Cargo y Data de aquel año; en A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 3, Data.

<sup>23</sup>. En el Archivo Municipal se conserva un tabla en que se detallan las cuantías de las tasas que percibían alcaldes, alguaciles, escribanos y fieles del juzgado de Toledo por el ejercicio de los actos de administración de justicia; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 203. Pero este documento, que no presenta datación, podemos fecharlo en el siglo XIII o a comienzos del XIV, y los derechos percibidos por los oficiales debieron elevarse notablemente con posterioridad.

percibiese una cantidad mayor que lo que montara el conjunto de bienes entregados<sup>24</sup>.

#### 2.1.4. La dignidad de los oficiales mayores y el surgimiento de las “Dignidades”

Hay que señalar, por último, un aspecto esencial de los oficios mayores tradicionales: la dignidad que conferían a sus titulares. Solamente unos pocos importantes linajes de la ciudad accedieron a estos cargos: los Ayala, Carrillo, Dávalos, Rivadeneira, Cárdenas, Ribera, Silva. Algunos de ellos conseguirían patrimonializar de forma definitiva un oficio mayor, manteniéndolo como cargo honorífico desligado de atribuciones concretas, una vez que se instauró la Corregiduría. Esta nueva institución, como veremos, conllevaba el nombramiento de oficiales subalternos suyos, lo que dio lugar a la duplicación de estos oficios<sup>25</sup>. Así pues, desde el reinado de los Reyes Católicos, sólo unos pocos linajes toledanos conservarían el privilegio de ocupar y ostentar un oficio de la mayor dignidad local, un oficio que carecía de eficacia real como tal, pero que alimentaba la ambición de honor que caracterizaría a la nobleza del Antiguo Régimen; estos linajes privilegiados tendrían durante siglos la ocasión de manifestar su reputación en las reuniones del Gobierno local, sentándose en la cabecera de la Sala de los Ayuntamientos toledanos, a ambos lados del corregidor<sup>26</sup>.

---

<sup>24</sup>. Ordenamiento de 1422, ley XI, p. 585.

<sup>25</sup>. E. LORENTE, *Gobierno y Administración de la ciudad de Toledo y su término en la segunda mitad del siglo XVI*, Toledo, 1982, p. 29-31, señala la duplicidad de los oficios de justicia un siglo después de la instauración de la Corregiduría, diferenciando un oficial honorífico, descendiente de un gran linaje local, y un oficial que usaba efectivamente del cargo.

<sup>26</sup>. Sobre este derecho hereditario a sentarse en un lugar privilegiado, vid. mi trabajo “Elementos

Así pues, una vez que se instaura la Corregiduría, se duplican los oficios mayores y comienza la gestación de lo que en el siglo XVII se llamarían “dignidades de Toledo”. Estas “dignidades” eran los oficios mayores tradicionales que habían quedado sin atribuciones específicas tras la llegada de los nuevos oficiales de justicia nombrados por el corregidor; también eran llamados “dignidades” en el siglo XVII los titulares hereditarios de estos altos oficios honoríficos, no efectivos, que ocupaban un asiento privilegiado en los ayuntamientos de la Ciudad y el derecho de voz y voto en las reuniones. Conocemos bien la categoría social de las dignidades para el siglo XVII, gracias al tratado sobre el ceremonial toledano que escribió en 1635 el escribano mayor de la Ciudad Juan Sánchez de Soria<sup>27</sup>. Si los altos oficios tradicionales habían sido tres, la generosidad de los Habsburgo había dado lugar a la duplicación de este número, siendo seis las dignidades que se sentaban al lado del corregidor en las reuniones toledanas de la primera mitad del siglo XVII, todas ellas patrimonializadas por grandes linajes:

- Alcaldía Mayor, en manos de los duques de Maqueda.
- Alguacilazgo Mayor, ejercido por de los condes de Fuensalida.
- Alcaldía de los Alcázares, que ocupaba el duque de Lerma.
- Alcaldía Mayor de las Alzadas, que tenían los condes de Cifuentes.
- Alcaldía de los Pastores, de los marqueses de Montemayor.

---

simbólicos de poder de la nobleza urbana en Castilla: los Ayala de Toledo al final del Medievo”, *En la España Medieval*, 18 (1995), p. 171. En este mismo capítulo estudiaremos a los tres linajes más significativos de los que ocuparon oficios mayores tradicionales: los Ayala, los Silva y los Cárdenas.

<sup>27</sup>. *Libro de lo que contiene el prudente gobierno de la imperial Toledo*, conservado en A.M.T., Ms., sec. B, nº 190. Una copia de esta interesante obra se encuentra en B.N., Ms, nº 294. Sobre las dignidades y el resto de la estructura gubernamental toledana en el siglo XVII, vid. F. J. ARANDA, *Poder municipal y oligarquías urbanas en Toledo en el siglo XVII*, tesis doctoral leída en la Universidad Complutense de Madrid en 1991, particularmente el capítulo I. Para el siglo XVIII, vid. M. MORA, *Municipio y poder en Toledo: Dinámica política y reforma bajo el reinado de Carlos III*, tesis doctoral leída en la Universidad Complutense de Madrid en 1998, en particular p. 168-199.

- Alférez Mayor, oficio creado para los Silva<sup>28</sup>.

---

<sup>28</sup>. *Ibid*, p. 37-38. El escribano Sánchez de Soria expresa el modo en que sentaban las seis dignidades en torno al corregidor en la Sala de los Ayuntamientos de Toledo, hoy Salón de Plenos de invierno que, con sus ornamentos de terciopelo granate, aún simboliza todo el orgullo de esta ciudad. El oficio de alférez mayor de Toledo fue creado el 21 de junio de 1567 por Felipe II para Fernando de Silva, según L. SANTOLAYA, *Una ciudad del Antiguo Régimen: Toledo en el siglo XVIII. (Personas, propiedad y administración)*, Madrid, 1991, p. 229-230.





## 2.2. Linajes de ricos hombres

Fueron más de media docena los linajes que tuvieron a su cargo algún oficio mayor toledano en el periodo que nos ocupa: los Carrillo, Ayala, Álvarez de Toledo, Dávalos, Rivadeneira, Cárdenas, Ribera, Silva. Algunos lo ejercieron brevemente, siendo más habituales en los bancos de regidores, como es el caso de los Dávalos, los Ribera y los Rivadeneira. Otros desaparecieron de la oligarquía toledana: el de los Carrillo se extinguió, y los Álvarez de Toledo abandonaron esta tierra. Otros llegaron a Toledo tardíamente y su enraizamiento en esta tierra era muy limitado; es éste el caso de los Cárdenas.

La permanencia frente a un oficio mayor, luego dignidad, delata la pertenencia a la alta nobleza por parte de algunos linajes. Es el caso de los Ayala, los Silva y los Cárdenas. No es éste el único criterio para identificar los linajes de la alta nobleza toledana, pero estos tres son los únicos clanes que influyeron de modo constante, desde su aparición por Toledo, en el desarrollo de la política local. Hay otros linajes de ricos hombres con raigambre toledana, como los Álvarez de Toledo y los Guzmán de Orgaz, pero éstos, ya en el siglo XV proyectaron su acción en la Corte y en otros ámbitos territoriales, abandonando su posición en la ciudad del Tajo. No se puede añadir a la serie de estos grandes grupos familiares el de los Pacheco, ya que, aunque desde su asentamiento en Montalbán, en los últimos años del reinado de Enrique IV, trataron de influir en Toledo, pronto abandonaron esta intención.

Reducimos, en consecuencia, la ricahombria toledana a los tres linajes señalados: los Ayala, que se convertirían bajo el reinado de Enrique IV en condes de Fuensalida; los Silva, titulados condes de Cifuentes bajo el mismo reinado; y los Cárdenas, duques de Maqueda ya en la época de los Reyes Católicos. En un escalón inferior se situaban una serie más amplia de linajes de caballeros toledanos que en su momento serán estudiados. No afrontaremos un análisis

sistemático de los tres grandes linajes, ya que, como se indicará enseguida, dos de ellos han sido ya atentamente estudiados, pero sí trataremos de establecer, al menos a grandes rasgos y cuando esto sea posible, cuáles eran los elementos en que sustentaban su influencia en Toledo: los oficios, los señoríos, el patrimonio, las solidaridades y la simbología de su poder.

### 2.2.1. Los Ayala, condes de Fuensalida

Este linaje<sup>29</sup> era, sin duda, el más poderoso de todos los toledanos, fundamentalmente porque, a diferencia de los Silva, centraron su acción desde comienzos del siglo XV en la tierra del Tajo, y porque, frente a los Cárdenas, su establecimiento aquí fue mucho más temprano. El primer elemento de estudio que hemos de tener en cuenta es la ocupación de oficios, y, dentro de éstos, en el caso de los Ayala habrá que distinguir entre los cortesanos y los locales; los que forman parte del primer grupo son la aposentaduría mayor y la montería mayor, y los del segundo, la tenencia de fortalezas, la alcaldía mayor, el alguacilazgo mayor y la gobernación de la Ciudad<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup>. Los Ayala toledanos han sido el objeto de análisis del libro de A. FRANCO, *El Condado de Fuensalida en la Baja Edad Media*, Cádiz, 1994, y de mi memoria de licenciatura *Bases de poder de la nobleza urbana en Castilla: Los Ayala de Toledo (1398-1521)*, Universidad Complutense, 1994. Una buena parte de este trabajo académico ha sido entregada a la imprenta, con las debidas revisiones, bajo los siguientes títulos: “Elementos simbólicos de poder de la nobleza urbana en Castilla: los Ayala de Toledo al final del Medievo”, *En la España Medieval*, 18 (1995), p. 163-179; *Los Ayala de Toledo: Desarrollo e instrumentos de poder de un linaje nobiliario en el siglo XV*, Toledo, 1996; “El Canciller Ayala como representante de la transformación nobiliaria castellana del siglo XIV”, *Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas*, Málaga, 1998, p. 45-61; y “La solidaridad como fundamento de poder de la nobleza castellana en el siglo XV: el ejemplo de los Ayala de Toledo”, *Anales Toledanos* (en prensa).

<sup>30</sup>. Un estudio pormenorizado de estos oficios en manos de los Ayala, las circunstancias de su ocupación, sus atribuciones y su patrimonialización, se encuentra en mi trabajo *Los Ayala de Toledo*..., cit., p. 95-112.

Sólo contemplando la serie de estos importantes oficios, todos ellos ejercidos en el siglo XV, podemos comprender hasta qué punto los Ayala eran influyentes en Toledo.

A comienzos del Cuatrocientos esta rama secundaria de la vieja stirpe vascona de los Ayala se estableció en Toledo con un notable patrimonio y el ejercicio de importantes oficios locales, pero faltaba la atribución de jurisdicción sobre tierras y hombres para que la solidez de su poder fuera indiscutible. A esta tarea se consagró el intrigante Pedro López de Ayala, hijo del canciller del mismo nombre, que, después de diversos episodios de rebeldía y reconciliación con la Monarquía, logró que en 1445 Juan II le entregara un señorío sobre la Tierra de Toledo<sup>31</sup>. En un primer momento este señorío se componía de los lugares de Cedillo, Guadamur, Huecas y Humanes; más tarde se añadirían Casarrubios y Peromoro, pero estas dos poblaciones, junto con Cedillo, se desagregarían pronto del conjunto. La incorporación más importante llegó en 1470, año en que Enrique IV entregaba a Pedro López de Ayala II, nieto del canciller, la villa de Fuensalida y el título condal referido a ella<sup>32</sup>. Desde entonces, esta importante población se convertiría en cabeza de un Estado señorial al que ningún caballero toledano podía aspirar.

El patrimonio del linaje, que a comienzos del siglo XV era aún discreto, fue haciéndose más y más voluminoso a medida que transcurría la centuria, y fue precisamente en las fases de acentuación de las luchas locales cuando de modo más visible se incrementó, particularmente en los primeros años de la década de 1440 y en los meses que siguieron a la guerra civil entre Enrique IV y los partidarios de la coronación de su hermanastro el infante don Alfonso, coincidiendo con los periodos de adquisición y de acrecentamiento del señorío. Hemos hecho referencia a la composición de este patrimonio en el capítulo anterior, tomándolo como ejemplo

---

<sup>31</sup>. El proceso de adquisición del señorío de los Ayala ha sido estudiado en mi libro *Los Ayala de Toledo*..., cit., p. 116-119.

<sup>32</sup>. Para todo lo señalado vid. *Ibid.*, p. 119 y siguientes.

de los grandes conjuntos de bienes en la Tierra que poseían los hombres de la ciudad; nos limitaremos aquí a recordar que este patrimonio contaba con bienes de todo tipo, tanto urbanos como rurales y tanto muebles como inmuebles<sup>33</sup>.

Una cuestión fundamental para los linajes de la alta nobleza, así como para los de otros sectores sociales, como veremos con detenimiento en este trabajo, era el establecimiento de un fuerte tejido de relaciones solidarias con otros linajes y con instituciones de la ciudad; pero aún más básica iba a ser la seguridad que la cohesión interna, del linaje, debía garantizar. Ambas cuestiones -cohesión del linaje y solidaridades externas- han sido objeto ya de un estudio que pronto verá la luz<sup>34</sup>, por lo que no volveremos aquí a adentrarnos en ellas, pero sí haremos mención del perfecto funcionamiento del linaje Ayala, sin una sombra de problemas internos que pusiesen en apuros la eficacia frente al exterior; se puede observar como un colectivo extraordinariamente bien coordinado, donde cada uno cumple sin dudar con su papel.

Hacia fuera de la Casa, no cambia sustancialmente esta imagen de coordinación; en los momentos en que los Ayala fueron apartados de los resortes de poder toledanos se daba la circunstancia de que el bando oponente, liderado por los Silva, había encontrado apoyos exteriores de extraordinaria importancia, fundamentalmente el de la Monarquía; de modo que no se puede afirmar que se tambalease en ningún momento la solidaridad de aquéllos que garantizaban la solidez del liderazgo de los Ayala, tanto entre los colaboradores -particularmente los Carrillo y los Rivadeneira- como por parte de los subordinados, criados y hombre de armas y de letras de probada fidelidad<sup>35</sup>.

---

<sup>33</sup>. En mi memoria de licenciatura, citada, se analiza con mayor detalle este patrimonio, vid. p. 228-298.

<sup>34</sup>. J. R. PALENCIA, "La solidaridad como fundamento....", cit.

<sup>35</sup>. Todo lo que aquí se afirma se encuentra debidamente argumentado en nuestro citado trabajo sobre

Finalmente pasamos al elemento más inmaterial del asentamiento de la grandeza de los Ayala en Toledo: el conjunto de símbolos mediante los cuales este linaje ostentaba su poder. En un artículo reciente he tenido ocasión de mostrar cuáles eran estos símbolos y cómo actuaban en el ámbito local al que estaban destinados<sup>36</sup>; nos limitaremos aquí a señalar estos instrumentos simbólicos: las armas, la onomástica y el solar, como elementos identificativos del linaje; como aspectos dignificadores, el mito del origen y el honor; y las mandas piadosas testamentarias, la pompa funeraria y la memoria de los antepasados, como estrategias relacionadas con la muerte.

### 2.2.2. Los Silva, condes de Cifuentes

Bajo el reinado de Juan I, como consecuencia de la entronización del maestre de Avis como rey de Portugal, un buen número de linajes de este país pasaron al servicio del rey de Castilla; uno de ellos fue el de Silva<sup>37</sup>. Por el volumen de su patrimonio y señoríos y la relevancia

---

la solidaridad del linaje. Acerca de estos aspectos es interesante el trabajo de R. HORROX, *Richard III. A study of service*, Cambridge, 1979.

<sup>36</sup>. “Elementos simbólicos de poder....”, cit.

<sup>37</sup>. M. B. RIESCO, *La Casa de Silva y el Condado de Cifuentes. Un ejemplo de régimen señorial castellano en la Baja Edad Media*, memoria de licenciatura leída en la Universidad Complutense de Madrid, 1990, p. 11. Éste es el estudio más completo sobre el linaje que nos ocupa, pero hay que citar otros trabajos de la misma autora sobre el mismo asunto: “Constitución y organización de un señorío nobiliario en el obispado de Sigüenza en el siglo XV: el Condado de Cifuentes”, *Wad-al-Hachara*, XIX (1992), p. 221-229, y “Propiedades y fortuna de los condes de Cifuentes. La constitución del patrimonio a lo largo del siglo XV”, *En la España Medieval*, 15 (1992). Sobre el tema de la emigración nobiliaria portuguesa en dirección a Castilla, vid. H. BAQUERO, “Exiliados portugueses en Castela durante a crisis dos finais do seculo XIV (1384-1388)”, *Actas de las II Jornadas Luso-Espanholas de História Medieval*, Oporto, 1989, p. 69-101. Contamos con monografías acerca del destino de otros linajes que desarrollaron una aventura similar: J. I. ALONSO y J. M. CALDERÓN, “Los Acuña, la expansión de un linaje de origen portugués en tierras de Castilla”, *Actas de las II*

de sus oficios, no tenían nada que envidiar a los Ayala, pero, a diferencia de éstos, los Silva no volcaron todo su potencial sobre la ciudad y Tierra de Toledo, sino que sería en La Alcarria donde se concretaría una gran parte de sus ambiciones territoriales.

Los oficios cortesanos de que disfrutaron los miembros de esta estirpe constituyen por sí solos una prueba evidente de su grandeza. Alfonso Tenorio de Silva, iniciador de la sucesión castellana, y su hijo Juan de Silva, fueron notarios mayores del Reino de Toledo<sup>38</sup>. Este último acumuló, junto con el oficio ya señalado, el cargo de teniente de la villa y fortaleza de Cifuentes, el oficio de alferez del pendón real, la alcaidía de las atarazanas de Santander, la mayordomía de la reina y una regiduría de Toledo, siendo titulado conde de Cifuentes a mediados del siglo XV<sup>39</sup>. Esta dispersión geográfica de los oficios, con toda la relevancia que ellos tuvieran, revela la desconcentración de los intereses del linaje hasta bien entrada la centuria.

Alfonso de Silva, hijo del anterior, sería nombrado capitán general de la Frontera de Valencia, además de heredar el título de conde de Cifuentes y el cargo de alferez mayor<sup>40</sup>. Nos lo encontramos en la documentación como regidor de Toledo en 1464 y lo vemos actuar en la ciudad como uno de los nobles rebeldes que en 1465 se decantaron por el príncipe don Alfonso, expulsando de Toledo al asistente que Enrique IV había dejado como garante del servicio regio<sup>41</sup>.

---

*Jornadas Luso-Espanholas*..., cit., tomo III, p. 851-860; I. BECEIRO. "Los Pimentel, señores de Braganza y Benavente", *Ibid.*, tomo I, p. 317-331; A. FRANCO y J. A. GARCÍA LUJÁN, "Los Pacheco. La imagen mítica de un linaje portugués en tierras de Castilla", *Ibid.*, tomo III, p. 943-991; y J. I. MORENO NÚÑEZ, "Los Portocarrero de Toro, linaje de ascendencia portuguesa y consolidación en Castilla", tomo II, p. 993-1028.

<sup>38</sup>. M. B. RIESCO, *La Casa de Silva*..., cit., p. 121-123.

<sup>39</sup>. *Ibid.*, p. 123-125. No podemos precisar cuándo obtiene Juan de Silva el oficio local señalado, pero aparece como regidor ya en 1444; vid. E. BENITO, "Las más antiguas actas conservadas del Ayuntamiento de Toledo", *Revista de la Universidad de Madrid*, 74 (1970), p. 55-87.

<sup>40</sup>. M. B. RIESCO, *La Casa de Silva*..., cit., p. 127.

<sup>41</sup>. En el apartado que dedicamos a los asistentes se incidirá en estos acontecimientos.

Juan de Silva, tercer conde de Cifuentes, participaría de forma más activa y duradera en las luchas de bandos toledanos. Se nos presenta como regidor, al menos desde 1473<sup>42</sup>, y dos años más tarde, en 1475, los Reyes Católicos lo nombraban alcalde mayor de las alzadas de Toledo<sup>43</sup>, oficio que perduraría en el linaje y lo situaría como una de las dignidades perpetuas.

Conocemos bien el señorío y el patrimonio de los Silva gracias a los trabajos de Maria Begoña Riesco. A través de su estudio podemos observar que la principal población de la jurisdicción del linaje era Cifuentes, y que era en torno a esta villa donde se concentraba su estado señorial, un conjunto jurisdiccional que abarcaba también algunas poblaciones toledanas de escasa entidad: Barcience, Ciruelos, Villaluenga de la Sagra, Villaseca de la Sagra<sup>44</sup>; pero éstas sólo constituían un complemento al gran conjunto territorial alcarreño que era centro de interés del linaje.

Algo mayor parece ser la incidencia que tenía Toledo en el patrimonio de los Silva. En la relación de bienes adquiridos que presenta la doctora Riesco de Iturri se percibe la relevancia de los que se localizan en la Tierra de Toledo, aunque también representan una porción importante los que se hallan en el Obispado de Sigüenza, en el señorío alcarreño<sup>45</sup>. Llama la atención el importante volumen de inmuebles urbanos que los Silva fueron acumulando en la ciudad de Toledo, esencialmente en las céntricas collaciones de San Román y San Salvador<sup>46</sup>.

La relativa dispersión geográfica de los intereses del linaje a que venimos haciendo

---

<sup>42</sup>. Así se afirma en el *Libro de la razón de los señores corregidores, dignidades y regidores que ha habido en esta imperial Ciudad de Toledo*, escrito en el siglo XVII por el regidor Juan de Toro y conservado en A.M.T., Ms., sec. B, n° 131.

<sup>43</sup>. M. B. RIESCO, *La Casa de Silva...*, cit., p. 128.

<sup>44</sup>. *Ibid.*, p. 302 y siguientes.

<sup>45</sup>. *Ibid.*, p. 254-261.

<sup>46</sup>. *Ibid.*, p. 232 y siguientes.



referencia, incidió directamente en las posibilidades de hacerse un lugar en la cumbre de la oligarquía toledana. Los Silva tardaron bastante tiempo en organizar en torno suyo una red de solidaridades segura que les permitiera competir por el poder con los Ayala. Mientras los parientes mayores de este último linaje ocupaban desde comienzos del siglo XV una clara posición de liderazgo, los Silva sólo comienzan a aparecer al frente de una facción supuestamente bien estructurada desde el tiempo de la guerra civil castellana de 1465-1468<sup>47</sup>. Es sólo a partir de estos años cuando el linaje Silva parece estar preparado para combatir al de Ayala con ciertas garantías de éxito.

Frente a la dispersión de señorío y patrimonio, la concentración de los enterramientos de este linaje indica una voluntad muy firme. Desde que Alfonso Tenorio decidiera sepultarse en el monasterio toledano de San Pedro Mártir, sus sucesores, uno tras otro, lo harían en el mismo lugar, fundando capellanías, entregando limosnas y convirtiéndose en protectores de este monasterio dominico<sup>48</sup>.

### 2.2.3. Los Cárdenas, duques de Maqueda

Al comenzar el discurso sobre este tercer gran linaje se hace necesario advertir que carecemos de un estudio sobre él semejante a los que tenemos para sobre los Ayala y los Silva, lo que da lugar a la relativa ignorancia que pesa sobre nuestro conocimiento acerca de los

---

<sup>47</sup>. Los enfrentamientos de bandos toledanos de Silva y Ayala han sido estudiados por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV. Vida política*, Madrid, 1961.

<sup>48</sup>. Sobre los enterramientos del linaje, vid. M. B. RIESCO, *La Casa de Silva*..., cit., p. 102-107.

Cárdenas. No es éste, por otra parte, el lugar de afrontar un análisis profundo sobre el linaje, trabajo que, debido a su gran interés, emplazamos para el futuro; de momento nos limitaremos a contemplar su llegada a las tierras de Toledo y su introducción y consolidación en la Ciudad, una penetración tardía, si pensamos en la más temprana presencia de los otros dos grandes linajes.

El ingreso de los Cárdenas en lo que hemos llamado “ricahombría toledana” tuvo lugar al final del siglo XV, en el reinado de los Reyes Católicos. Está, además, relacionado con la instauración de estos monarcas, ya que el primer representante del linaje, Gutierre de Cárdenas, formaba parte de ese reducido círculo de cortesanos que apoyaron incondicionalmente a la nueva Monarquía y que fueron generosamente premiados por ésta. Por primera vez se nos aparece documentado este caballero en una carta de doña Isabel, aún princesa, escrita el 26 de julio de 1471, en que recrimina a Juan de Colona, alto oficial de la Corona de Aragón, por no asistir adecuadamente a don Fernando, su marido, para atender a varios cortesanos<sup>49</sup>, entre ellos Gonzalo Chacón, otro de los incondicionales de los entonces príncipes de Castilla, y nuestro Gutierre de Cárdenas, que en esta ocasión es titulado “maestresala”<sup>50</sup>.

En los primeros años del reinado de los nuevos monarcas, don Gutierre se convirtió en señor de Maqueda; una partición de términos entre el Concejo de esta villa y Toledo nos lo presenta con tal título en 1485<sup>51</sup>. En 1482 había adquirido la villa de Torrijos, con Alcabón<sup>52</sup>,

---

<sup>49</sup>. Este carta, que refleja el fuerte carácter de Isabel de Castilla, se conserva en R.A.H., S.C., A-10, nº 1.

<sup>50</sup>. Este oficio de Corte, al que se atribuía el servicio de mesa de los monarcas y príncipes, indica la cercanía de Cárdenas con respecto a la princesa Isabel; sobre el oficio vid. L. GARCÍA DE VALDEAVELLANO, *Curso de historia de las instituciones españolas. De los orígenes al final de la Edad Media*, Madrid, 1968, p. 492. Sobre los oficios públicos vid. además D. TORRES SANZ, *La Administración Central castellana en la Baja Edad Media*, Valladolid, 1982, y J. M. GARCÍA MARÍN, *El oficio público en Castilla durante la Baja Edad Media*, Madrid, 1987.

<sup>51</sup>. A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 1, nº 7. S. MOXÓ, *Los antiguos señoríos de Toledo. Evolución de las estructuras jurisdiccionales de la comarca de Toledo desde la baja Edad Media hasta fines del Antiguo Régimen*, Toledo, 1973, p. 166., afirma que Gutierre de Cárdenas adquirió esta villa mediante

cerrando así, en muy pocos años, la constitución de un estado señorial en el noroeste de la Tierra de Toledo y absorbiendo para sí parte de ésta; un estado señorial semejante a los grandes conjuntos jurisdiccionales que se habían formado tiempo atrás: los de Orgaz-Santa Olalla, Fuensalida y Montalbán<sup>53</sup>. En muy poco tiempo Gutierre de Cárdenas, adornado con el título de comendador mayor de León de la Orden de Santiago, se había convertido en uno de los hombres más influyentes del reino; señor de Elche, Crevillente y Maqueda, señoríos dispersos, contaba con la fortuna suficiente para comprar villas tan relevantes como las que hemos señalado.

La fundación de mayorazgo de Gutierre de Cárdenas, fechada en 1503, nos pone en conocimiento del grueso de su patrimonio<sup>54</sup>. A juzgar por los bienes que vincula en favor de su hijo, parece evidente que el centro de interés del linaje era la Tierra de Toledo, aunque la dispersión era notable; además de los señoríos de Maqueda y su entorno, poseía los señoríos señalados en el Reino de Valencia y el de Marchena, en el Reino de Granada; los juros que se hallaban en su poder, cuyo monto total superaba el millón de maravedíes anuales, estaban situados en distintas demarcaciones territoriales, pero llama la atención un juro de 600.000 mrs. repartido en diversas rentas reales de las Islas Canarias; las dehesas y heredades y rentas se concentran en el Reino de Toledo y, dato significativo, las casas principales que se incluyen en el mayorazgo se hallan en la ciudad de Toledo y en las villas de Torrijos y Ocaña, todo ello en el territorio de la ciudad que parece interesar más a los Cárdenas.

Sin embargo, la introducción en la Ciudad parece haber sido más tardía que la adquisición

---

compra a Alfonso Carrillo de Acuña, sobrino del Arzobispo Carrillo.

<sup>52</sup>. *Ibid.*, p. 166.

<sup>53</sup>. Sobre estos grandes señoríos vid. el apartado 1.4. del capítulo anterior. En el mapa 1 se observa la ubicación del señorío.

<sup>54</sup>. Una copia autenticada de 1666 de esta fundación, creada en favor de Diego de Cárdenas, hijo del comendador mayor de León, se conserva en A.H.N., Consejos, leg. 25815, pza. 2, fol. 28 r. - 79 vto.

de señoríos y bienes en la Tierra. Sólo desde 1489 encontramos a don Gutierre ocupando oficios en Toledo; el 20 de abril de aquel año, los reyes Isabel y Fernando proveían en su favor la alcaldía mayor de la Ciudad<sup>55</sup>, el mismo año en que lo vemos aparecer entre los regidores toledanos. Pero el verdadero asalto a la cúspide de la oligarquía local se había producido con el nombramiento de alcalde mayor; con él se había convertido en dignidad perpetua, equiparándose a los más encumbrados linajes locales: los alguaciles mayores Ayala y los alcaldes mayores de las alzadas Silva.

El sucesor de Gutierre de Cárdenas al frente del linaje fue su hijo Diego de Cárdenas, adelantado de Granada y beneficiario del mayorazgo que hemos señalado y de algunos de los títulos que adornaban a su padre, entre ellos el de alcalde mayor perpetuo de la Ciudad. Este Diego, segundo señor de Maqueda, sumó a todo ello una merced más: el título de duque de Maqueda, otorgado por Carlos I<sup>56</sup>, una merced que le equiparaba en dignidad a los otros dos grandes linajes de la Ciudad.

---

<sup>55</sup>. En A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, n° 5/3 conservamos una copia de esta provisión; otra copia se halla en A.G.S., R.G.S., 1489, IV, fol. 8. Con este nombramiento se cubría la vacante que había dejado el difunto Pedro López de Ayala, segundo conde de Fuensalida.

<sup>56</sup>. S. MOXÓ, *op. cit.*, p. 167, aporta este dato, indicándolo como síntoma de la crecencia del linaje a la Monarquía.



## 2.3. La personificación de la presencia regia: Asistencia y asistentes

### 2.3.1. La Asistencia en Castilla: origen y caracteres

La presencia de la Monarquía en las ciudades castellanas medievales fue un fenómeno de creciente intensidad en los últimos siglos del Medievo. Cada uno de los gobiernos municipales tenía peculiares relaciones con la Corona, pero en todos ellos la sombra de la Monarquía fue haciéndose progresivamente más amplia. Una primera fase de desarrollo de este fenómeno discurrió entre los siglos XI y XIII, periodo en que la presencia regia era aún tímida; la siguiente etapa dio comienzo a mediados del siglo XIII, con el reinado de Alfonso X, que para muchos autores constituye el punto de partida del proceso que convencionalmente se denomina “génesis del Estado moderno”<sup>57</sup>. En el siglo XIV, bajo el reinado de Alfonso XI, gracias a la legislación municipal de este monarca, el fenómeno registró una notable aceleración que fundamentaría la acción frente a las ciudades de los sucesivos reyes de la dinastía Trastámara, hasta que los Reyes Católicos culminaron la presencia regia en los gobiernos locales con la generalización de los corregidores<sup>58</sup>.

---

<sup>57</sup>. Acerca de la conceptualización del Estado moderno hay que señalar, entre otros trabajos de gran interés, los de J. A. MARAVALL, *Estado moderno y mentalidad social (siglo XV al XVII)*, Madrid, 1986 (1ª ed.: Madrid, 1972); A. MORALES, “El Estado absoluto de los Reyes Católicos”, *Hispania*, 129 (1975), p. 75-119; S. DIOS, “Sobre la génesis y los caracteres del Estado moderno en Castilla”, *Studia Historica. Historia Moderna*, III (1985), p. 11-46; y M. A. LADERO, “La genèse de l'État dans les royaumes hispaniques médiévaux (1250-1450)”, *Le premier âge de l'État en Espagne (1450-1700)*, Paris, 1989, p. 9-65.

<sup>58</sup>. El problema de las relaciones entre las ciudades y los monarcas ha sido el centro de atención de tres interesantes trabajos de M. A. LADERO, “El poder central y las ciudades en España, del siglo XIV

Los monarcas castellanos materializaron su presencia en los gobiernos urbanos a través de diversos representantes; aprovechando las disputas en el seno de las oligarquías locales, el rey, en uso de su potestad arbitral, fue introduciendo en los concejos a estos delegados. Desde la segunda mitad del siglo XI encontramos al *dominus villae*, un agente que aparecía intermitentemente al frente de las ciudades realengas; dotado de atribuciones administrativas y militares, pero no judiciales, era remunerado por el propio concejo<sup>59</sup>.

A partir de la conquista de Toledo emerge la figura del alcalde real, ya con atribuciones judiciales; pero hay que señalar que el caso de Toledo, ciudad regia por excelencia, constituía una excepción. Los alcaldes reales, que acabarían sustituyendo al *dominus villae* de forma definitiva a lo largo del siglo XIII, convivieron largo tiempo con los alcaldes de fuero, elegidos por la comunidad local; en el siglo XIII se detectan tres tipos de alcaldes en las ciudades castellanas: los que elegía el rey, los que elegía el concejo y confirmaba el rey y los que elegía el concejo sin intervención regia<sup>60</sup>. Ya en el siglo XIV, como veremos más adelante, se creó el oficio que sería definitivo para hacer plenamente eficaz la intervención de la Monarquía en las ciudades: la Corregiduría; pero antes de que a la Corona le fuese posible generalizar esta institución, en muchas ciudades los reyes Trastámara tuvieron que conformarse con introducir una figura que, aunque dotada de menores competencias que el corregidor, logró sin embargo hacer presente la voluntad del monarca en los gobiernos locales; éste fue el asistente, un oficio de transición entre los gobiernos locales tradicionales de autonomía vigilada y los modernos de autonomía

---

al final del Antiguo Régimen", *Revista de Administración Pública*, XCIV (1981), p. 173-198, "Corona y ciudades en Castilla del siglo XV", *En la España Medieval*, 8 (1986), p. 551-574, y el más reciente "Monarquía y ciudades de realengo en Castilla. Siglos XII al XV", *Anuario de Estudios Medievales*, 24 (1994), p. 719-774.

<sup>59</sup>. A. BERMÚDEZ AZNAR, "Los concejos y la administración del reino", *Concejos y ciudades en la Edad Media hispánica*, Ávila, 1990, p. 577-578.

<sup>60</sup>. N. GUGLIELMI, "Los alcaldes reales en los concejos castellanos", *Anales de Historia Antigua*

controlada.

La Asistencia, como institución transicional que era, no se hizo presente en todas las ciudades, sino sólo en aquéllas en que el rey no podía aún introducir la Corregiduría. Usualmente se considera que el asistente real surgió en las Cortes de Valladolid de 1447<sup>61</sup>; sin embargo, el principal estudioso de la institución, el doctor Bermúdez Aznar, aunque afirma que el oficio fue referido por primera vez a nivel general en las citadas Cortes, observa que esta figura institucional había hecho su aparición con anterioridad en Sevilla y en Toledo<sup>62</sup>. Este historiador del Derecho señala que el asistente tenía menor interés para la Monarquía que el corregidor (dotado éste de mayor capacidad de intervención en los asuntos locales) y que, por tanto, era enviado a las ciudades más celosas de su autonomía<sup>63</sup>.

No parece conveniente extraer tal conclusión, ya que precisamente Sevilla y Toledo, las primeras ciudades con asistente, eran ciudades en que la presencia de la Monarquía era más patente de lo habitual por el hecho de que ambas habían sido tomadas al Islam siendo ya grandes urbes institucionalmente desarrolladas, no habiéndose generado como tales en el seno de la Cristiandad, y no necesitando la Monarquía, en consecuencia, dotarlas de autonomía para su desarrollo. Ni Sevilla ni Toledo experimentaron nunca el alto nivel de autogestión que era tradicional en Burgos o en Segovia, por poner dos ejemplos conocidos<sup>64</sup>, ciudades estas en que

*Medieval* (1956), p. 80.

<sup>61</sup>. Así se afirma en el documentado libro de J. A. ESCUDERO, *Curso de Historia del Derecho. Fuentes e instituciones jurídico-administrativas*, Madrid, 1985, p. 589.

<sup>62</sup>. A. BERMÚDEZ AZNAR, "El asistente real en los concejos castellanos medievales", *Actas del II Symposium de Historia de la Administración*, Madrid, 1971, p. 226.

<sup>63</sup>. *Ibid.*, p. 227.

<sup>64</sup>. El Gobierno de Burgos ha sido estudiado para la época de los primeros Trastámara por J. A. BONACHÍA, *op. cit.*, p. 67-130, y para el reinado de Enrique IV por Y. GUERRERO, *op. cit.*, p. 83-193. El Gobierno segoviano es objeto de estudio de M. ASENJO, *op. cit.*, p. 436-454.



el corregidor se introdujo desde el surgimiento de la institución. Cabría pensar, por el contrario, que en Sevilla y en Toledo no se introdujo el corregidor porque la Monarquía era consciente de que ambas estaban menos interesadas por su autonomía que por su orgullo de ser ciudades particularmente vinculadas a la Corona. No obstante, esta hipótesis tampoco podría presentarse sin matices, dadas las reticencias de Toledo a la recepción de su primer corregidor, como se verá más adelante.

El asistente se diferenciaba notablemente del corregidor en la capacidad que tenía para intervenir en los asuntos locales. El asistente se limitaba a representar al monarca, informándolo de las actividades del gobierno local, presidía las reuniones de éste, con voz y voto; juzgaba en primera instancia con los alcaldes ordinarios, en apelación con los alcaldes mayores y atendía pleitos civiles de cuantía inferior a los 6.000 mrs. La llegada del asistente no suponía, por tanto, la suspensión de los oficios de justicia locales, mientras que la llegada del corregidor sí tenía ese efecto<sup>65</sup>.

Un aspecto esencial del asistente real es el origen de su salario, procedente de la hacienda local; según Bermúdez Aznar, durante el reinado de Juan II rondaría los 120 mrs. diarios, es decir, entre 40.000 y 45.000 mrs. anuales; y durante el reinado de Enrique IV oscilaría entre los 200 mrs. diarios en Murcia y los 500 en Sevilla, lo que supone entre 70.000 y 185.000 mrs. anuales<sup>66</sup>. No contamos con documentación que nos informe acerca del salario de ningún asistente toledano, pero en el caso de percibir alguno de ellos la cifra más alta de las propuestas por Bermúdez Aznar, aún quedaría lejos del salario de los alcades mayores, que ascendía, recordemos, a 1.200 florines de oro del cuño de Aragón anuales desde el comienzo del reinado de Juan II, cantidad que en

---

<sup>65</sup>. A. BERMÚDEZ AZNAR, "El asistente real....", cit., p. 227 y 230-231.

<sup>66</sup>. *Ibid.*, p. 232-233.

1482 equivalía a 318.000 mrs. en moneda de cuenta<sup>67</sup>. Probablemente, el asistente complementaría sus ingresos mediante el cobro de tasas judiciales que eran comunes a todos los oficiales que intervenían en la administración de justicia<sup>68</sup>.

### 2.3.2. El asistente en Toledo, pacificador y árbitro

En Toledo, como en otras ciudades, la presencia del asistente estuvo marcada por la transitoriedad, a la espera de la implantación definitiva de la Corregiduría, que se produjo, como ya se ha señalado, en 1477. Dicha presencia fue, además, intermitente, estando determinada por la necesidad regia de disponer de un árbitro en momentos de tensión que se hicieron frecuentes, al menos, desde mediados del siglo XV, ante la virulencia del enfrentamiento entre los bandos toledanos<sup>69</sup>. El papel de pacificador que se esperaba del asistente en Toledo, lo observamos con nitidez en la persona de Alfonso de Estúñiga en 1458. El 6 de octubre de aquel año se firmó una tregua entre los bandos toledanos con el objeto de lograr una paz duradera en la ciudad<sup>70</sup>; en el documento, los beligerantes caballeros expresan la aceptación tanto del asistente Estúñiga, en su

---

<sup>67</sup>. La equivalencia referida se encuentra en A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 3, Data, cit. En las Cuentas de Cargo y Data de Mayordomía que se han conservado no figura el salario de ningún asistente toledano.

<sup>68</sup>. Desde el siglo XIV, al menos, están estrictamente reglamentadas estas tasas; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 203, cit.

<sup>69</sup>. La lucha de bandos toledanos ha sido estudiada por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., y en mi trabajo *Los Ayala de Toledo*..., cit. En el título 4.4.2. del presente trabajo se ofrece una nueva visión de estas luchas.

<sup>70</sup>. El original de la tregua de 1458 se conserva en A.M.T., A.S., caj. 5, leg. 6, nº 4; ha sido publicada

misión representativa, como de cualquier otro que legitimamente le sucediese: “*guardaremos honraremos e acataremos al dicho Alfonso Destunniga Asistente en la dicha Çibdad como a persona que representa en ella la persona del dicho Sennor Rey en tanto que en ella estoviere e despues a otra cualquier persona que su Altesa en la dicha Çibdad en su nombre pusiese*”. Sin embargo, esta buena voluntad de los toledanos no parece que fuera sincera, ya que, pocos años después de jurar acatamiento para el representante regio, en 1465, desatada la guerra civil entre alfonsinos y enriqueños, todos estos líderes locales expulsarían de la ciudad al nuevo asistente Pedro de Guzmán<sup>71</sup>.

Hay que señalar, por otra parte, que no todos los asistentes en Toledo asumieron el papel pacificador y arbitral que se esperaba de ellos; pensemos en Pedro Sarmiento, que no sólo actuó parcialmente, en favor de uno de los bandos en pugna, sino que además espoleó las diferencias entre los adversarios tradicionales de la ciudad y traicionó la confianza que el rey Juan II había depositado en él, llegando a combatirle abiertamente; fue éste, por tanto, el prototipo de lo que no debía ser un asistente: implicado en las luchas locales, atizador de violencias y viejas rencillas y traidor<sup>72</sup>.

Conocidas las atribuciones del asistente y observado su carácter en Toledo, pasamos a estudiar individualmente los asistentes toledanos, que actuaron, por lo que se puede deducir de lo que la documentación ofrece, entre 1437 y 1474<sup>73</sup>, de forma intermitente y con actitudes

---

por E. BENITO, *op. cit.*, p. 228-231, y en mi trabajo *Los Ayala de Toledo*..., cit., p. 143-148.

<sup>71</sup>. Esta acción rebelde es relatada por A. PALENCIA, *Crónica de Enrique IV escrita en latín*, ed. de A. Paz y Meliá, Madrid, 1904-1909, Década I, Libro VII, cap. VI, tomo I, p. 446-447; y L. GALÍNDEZ DE CARVAJAL, *Crónica de Enrique IV*, ed. de J. Torres Fontes, Murcia, 1946, cap. 66, p. 241.

<sup>72</sup>. Sobre la figura de Pedro Sarmiento vid. el trabajo de E. BENITO, “Don Pero Sarmiento, repostero mayor de Juan II de Castilla”, *Hispania*, XVII (1957), p. 483-504.

<sup>73</sup>. Estas fechas corresponden al inicio de la asistencia del primer oficial y a la última noticia que

variadas. Estos asistentes fueron, por orden cronológico, Pedro Sarmiento, Ruy García de Villalpando, Alfonso de Estúñiga, Alonso Díaz de Montalvo, Pedro de Guzmán, Garci López de Madrid, Rodrigo de Ulloa, Arias González del Río y Juan Guillén. De cada uno de ellos, y de algún comisionado más aunque no con el cargo de asistente, expondremos lo que hemos podido saber acerca de su actuación y su identidad, para poder extraer algunas conclusiones generales sobre el significado de la Asistencia en Toledo.

### 2.3.3. El rebelde Sarmiento

El primer asistente en la Ciudad fue Pedro Sarmiento, personaje maldito de la historia castellana del siglo XV. No parece posible establecer con seguridad cuándo se produjo el nombramiento de Sarmiento como asistente; la *Crónica del Halconero* lo sitúa en noviembre de 1445<sup>74</sup>, fecha verosímil por cuanto en aquellos meses Juan II realizaba lo que el profesor Benito Ruano ha llamado “plan general de recuperación de puntos y posiciones estratégicas”<sup>75</sup> tras los disturbios de los años anteriores, en que la ciudad de Toledo, con Pedro López de Ayala a la cabeza, le había sido hostil<sup>76</sup>. Pero, como ya hemos señalado, contamos con un testimonio

---

tenemos del último de los conocidos. La referencia más temprana está fechada el 28 de abril de 1437 y corresponde a un documento real dirigido al Gobierno toledano, el cual aparece encabezado por el asistente Pedro Sarmiento; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 16333, pza. 2. La más tardía, en que aparece como asistente Juan Guillén, se fecha el 10 de mayo de 1474; vid. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 16; documento publicado por A. BERMÚDEZ AZNAR, “El asistente real...”, cit., p. 236-238.

<sup>74</sup>. *Crónica del Halconero de Juan II*, ed. de J. M. Carriazo, Madrid, 1946, p. 468.

<sup>75</sup>. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV...*, cit., p. 27-28.

<sup>76</sup>. Los sucesos de aquellos años de enfrentamiento en Toledo se estudian en la obra citada de Eloy

bastante anterior del ejercicio de la asistencia por Sarmiento: el 28 de abril de 1437, cuando Juan II se dirigía a la Ciudad para confirmar el monopolio de la fe pública a los treinta escribanos del número de Toledo<sup>77</sup>.

¿Cuándo había sido investido con la asistencia? No es posible dar respuesta segura a esta pregunta, y resulta extraño, además, que en un período aparentemente tranquilo en la ciudad como es la década de 1430 encontrara Juan II la ocasión de introducir en ella un delegado. Por otra parte, en las actas de ayuntamientos más antiguas que conocemos, correspondientes a 1444, no aparece Sarmiento ni en una mínima alusión<sup>78</sup>. Es posible que se hiciera un primer nombramiento, en torno a 1436, año en que sabemos que el aún joven repostero mayor se hallaba cercano al rey<sup>79</sup>, y que muy pronto quedara sin efecto por la resistencia urbana; en todo caso, el nombramiento efectivo parece ser el de 1445, ya que desde entonces vemos actuar a Sarmiento intensamente en la ciudad.

Es mucho más fácil conocer el fin de la asistencia del repostero mayor, ya que, al producirse en circunstancias tan extraordinarias (al ser sofocada la rebelión toledana que él mismo encabezó), las crónicas lo relatan con detenimiento. El 17 de diciembre de 1449, bajo el seguro del príncipe don Enrique y por exhortación del obispo conquense Lope Barrientos, Sarmiento tuvo que abandonar la ciudad y todos los oficios que había ocupado en ella<sup>80</sup>.

Resulta interesante detenerse a estudiar cuáles pudieron ser las razones que condujeron

Benito y en J. R. PALENCIA, *Los Ayala de Toledo*..., cit., p. 46 y siguientes.

<sup>77</sup>. A.H.P.T., Protocolos, nº 16333, pza. 2, documento citado.

<sup>78</sup>. Estas actas han sido publicadas por E. BENITO, "Las más antiguas actas...", cit. A la cabeza de los oficiales toledanos encontramos siempre al alcalde mayor Pedro López de Ayala.

<sup>79</sup>. E. BENITO, "Don Pero Sarmiento...", cit., p. 495.

<sup>80</sup>. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 56-59, detalla los sucesos finales del levantamiento y la vergonzosa huida del rebelde.

a Pedro Sarmiento a encabezar una rebelión de Toledo contra un monarca que le había dado su plena confianza pocos años antes, pero conviene saber quién era este asistente. Conocemos bastante bien a este personaje, gracias a las valiosas investigaciones del profesor Benito Ruano, repetidamente citadas. Pedro Sarmiento pertenecía a un antiguo linaje de origen septentrional, como tantos otros que medraron a la sombra de los monarcas Trastámara y que formaron parte de esa nobleza de servicio que la historiografía castellana ha caracterizado con detalle<sup>81</sup>.

Los Sarmiento eran hacendados en el alto Ebro y en Álava, donde se hallaba su señorío de Salinas de Añana<sup>82</sup>, pero no residían cerca de solar sino que, como otros nobles en busca de fortuna, seguían al monarca en sus continuos desplazamientos, formando parte de su Corte; así lo hicieron Diego Pérez Sarmiento y su hijo Pedro, nuestro asistente, hasta que este último creyó llegado el momento de cambiar de suerte. Era corriente que estos “nobles de servicio”, cortesanos atentos con la persona del rey, consiguieran, a cambio de su fidelidad, alguna significativa merced regia que les permitiera establecerse con solidez en algún territorio concreto, alejándose de la Corte y de sus solares norteños, para pasar a radicarse, a ser posible, en alguna ciudad o villa de realengo donde sus ambiciones podían encontrar mejor campo de acción<sup>83</sup>. Probablemente Pedro Sarmiento, ya dotado con un importante oficio cortesano y alentado por el afecto regio, vislumbró

---

<sup>81</sup>. El trabajo más ambicioso, y pionero, en este sentido es el de S. MOXÓ, “De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria castellana en la Baja Edad Media”, *Cuadernos de Historia. Anexos de la revista Hispania*, 3 (1969), p. 1-210. En un período concreto se centra el trabajo de E. MITRE, *Evolución de la nobleza en Castilla bajo Enrique III (1396-1406)*, Valladolid, 1968.

<sup>82</sup>. E. BENITO, “Don Pero Sarmiento....”, cit., p. 487. En este trabajo basamos las siguientes líneas.

<sup>83</sup>. Un caso ejemplar de esta actitud de búsqueda de un ámbito adecuado a las ambiciones de poder nobiliarias lo encontramos en el célebre Canciller Ayala, que logró para su hijo segundo Pedro López un asentamiento muy firme en Toledo, basado en un voluminoso patrimonio en la Tierra, en la posesión de influyentes oficios locales y en una fuerte red de solidaridades en la ciudad; sobre esta actitud vid. mi trabajo “El Canciller Ayala como representante de la transformación nobiliaria del siglo XIV”, cit. Casos similares de radicación en Toledo los observamos en algunos caballeros que estudiamos en el capítulo 4 del presente trabajo.

esta posibilidad al ser nombrado asistente en Toledo; lo cierto es que desde que se instaló en la ciudad, combatió con todas sus fuerzas al hasta entonces líder indiscutible de la oligarquía local, el alcalde mayor Pedro López de Ayala, y a todos sus partidarios<sup>84</sup>.

El asistente Sarmiento llegó a encabezar la facción oligárquica que se enfrentaba, ya antes de su llegada, al alcalde mayor, pero este liderazgo no fue más que coyuntural, ya que la resolución del levantamiento toledano no resultaría favorable a su líder. Las circunstancias hicieron que Sarmiento, no más rebelde que el propio Ayala en los años precedentes<sup>85</sup>, viera abortado su intento de obtener una merced trascendente en Toledo, como posiblemente esperaba<sup>86</sup>.

#### 2.3.4. Oficiales de transición: Villalpando y Cerda

A pesar de la dolorosa experiencia, Juan II, y tras él su sucesor Enrique IV, no tuvieron empacho en continuar utilizando los servicios de un asistente en Toledo. El siguiente testimonio de este uso lo encontramos ya en 1453: el 11 de febrero de aquel año, Juan II encabezaba con el asistente la dirección de una orden a la Ciudad<sup>87</sup>, pero en este documento no se expresa el nombre

---

<sup>84</sup>. La fogosa aversión de Sarmiento contra Ayala se señala en *Los ayala de Toledo*..., cit., p. 50-53.

<sup>85</sup>. Sobre la rebelión de Ayala vid. J. R. PALENCIA, *Ibid.*, p. 47 y siguientes.

<sup>86</sup>. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 56, llama la atención sobre la posible implicación de Sarmiento en una trama reaccionaria frente a la rebelión que él mismo había fraguado, en busca del perdón real. Y además, se puede pensar, en pos de una compensación generosa por procurar el regreso de Toledo a la obediencia regia.

<sup>87</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, nº 7/1. En este documento el rey solicitaba información a la Ciudad

del asistente aludido. Es un documento fechado en abril de aquel mismo año el que puede hacernos pensar que este comisionado era Ruy García del Villalpando<sup>88</sup>. Este segundo asistente no era noble, como su predecesor, sino un letrado, con grado de licenciado, al servicio de la Monarquía; desconocemos su procedencia, aunque se podría creer que logró cierto enraizamiento en Toledo, siempre que contáramos con argumentos de peso para relacionarlo con el doctor Antonio García de Villalpando (quizá su hijo, o su nieto), que en 1502 era vicario del arzobispo de Toledo<sup>89</sup>. En todo caso Ruy García era un delegado regio que provenía del exterior en el momento de su mandato, hecho que encauza un hábito que, al margen de ser general en las ciudades de Castilla, en Toledo va a caracterizar a las figuras del asistente y del corregidor: su procedencia del exterior del ámbito urbano sobre el que ejerce sus funciones.

Antes de la llegada del tercer asistente, la Ciudad experimentó la presencia de otro comisionado regio, éste alcalde de alzadas, que intervino al menos desde 1454 dirimiendo enfrentamientos entre los caballeros toledanos; se trata de Luis de la Cerda, junto al cual aparece su pariente Jofre de la Cerda. De este alcalde de alzadas no tenemos demasiadas noticias; sabemos que había sido partidario del condestable Álvaro de Luna y que, al caer éste en desgracia, había sido encarcelado por el rey en Burgos<sup>90</sup>; y sabemos también que era noble y que conseguiría cierto

---

acerca de la disputa que Pedro López de Ayala, II señor de Guadamur, había emprendido contra ella con el objeto de cobrar su salario de alcalde mayor.

<sup>88</sup>. Así lo estima E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 77, aludiendo a un documento datado el 7 de abril de 1453 en el que el rey Juan II ordenaba a Toledo que apresase a este oficial, a causa de su colaboración con Sarmiento en la rebeldía pasada; vid. una copia de esta orden en B.N., Ms., 18631/26.

<sup>89</sup>. Como tal aparece este Antonio García de Villalpando en una orden dirigida a él por los Reyes Católicos; vid. A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 2, nº 14.

<sup>90</sup>. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 77 y 84-85.



arraigo en la ciudad, puesto que hallamos en 1459 a Diego de Segovia como escudero suyo<sup>91</sup>.

### 2.3.5. El pacificador Estúñiga

Aún permanecía en su oficio de alcaldía mayor de las alzadas Luis de la Cerda cuando llegó el tercer asistente toledano: Alfonso de Estúñiga. Ambos figuran en la aprobación que la Ciudad hizo de las ordenanzas de la dehesa de Ventas y Peña Aguilera el 20 de junio de 1457<sup>92</sup>. Poco más de un año después, en ocasión de la solemne tregua firmada por los caballeros toledanos, vuelven a coincidir Estúñiga y Cerda<sup>93</sup>. ¿Cómo explicar la presencia simultánea de dos agentes regios en Toledo? Es posible que con la duplicidad de oficios Enrique IV buscara el equilibrio entre los árbitros, a ninguno de los cuales daría una ciega confianza tal como la que su padre Juan II había concedido a Sarmiento. Pero hay que considerar, por otra parte, que las funciones de ambos agentes eran diferentes, pues si la comisión de Estúñiga tenía un carácter puramente gubernativo, la de Luis de la Cerda contenía un tinte marcadamente judicial.

Ya hemos aludido a la perfecta encarnación del papel arbitral y pacificador del asistente

---

<sup>91</sup>. Como tal aparece este Diego de Segovia al actuar como testigo en la compraventa de unas casas de Toledo; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 7/2. En torno a 1500 encontramos en la documentación toledana algunos vecinos que llevan el nombre familiar "Segovia" y que se caracterizan por el ejercicio de actividades económicas relacionadas con el comercio y el crédito, y por el desempeño del oficio de jurado.

<sup>92</sup>. Alfonso de Estúñiga, en esta ocasión, encabeza la serie de los oficiales toledanos, mientras que Luis de la Cerda, ausente en aquel momento y representado por su lugarteniente Juan de Ayala, se encuentra en una posición intermedia, por detrás de los dos alcaldes mayores de la Ciudad, Pedro López de Ayala y Diego Romero; vid. A.M.T., A.S., ala. 1, leg. 2, nº 1.

<sup>93</sup>. A.M.T., A.S., caj. 5, leg. 6, nº 4, citado.

por parte de Alfonso de Estúñiga, pero de su persona conocemos menos que de su función. No parece posible establecer una relación de parentesco cercana entre este asistente y Lope de Estúñiga, caballero que, también bajo el reinado de Enrique IV, jugaría un papel relevante en el devenir político toledano<sup>94</sup>. Al menos podemos afirmar que Alfonso de Estúñiga era igualmente caballero, puesto que en la tregua de 1458 hacía pleito-homenaje, junto con el juramento, de guardar lo pactado; y que era vasallo del rey y miembro de su Consejo, como se expresa en la documentación en que aparece. Alguien cercano al rey, en todo caso, posiblemente un segundón de alguna rama de los Estúñiga en busca de fortuna por la vía de la privanza regia, al modo en que lo hacía Sarmiento y otros tantos que hemos denominado más arriba “nobles de servicio”.

Tampoco nos queda claro cuál fue el momento en que Estúñiga dejó de ejercer su oficio. El 13 de agosto de 1459 la Ciudad, encabezada por un asistente -que no podemos afirmar que fuera Estúñiga, ni que fuera otro- decidía el modo en que sus representantes habían de ocupar los asientos en los ayuntamientos<sup>95</sup>, cuestión ésta mucho más importante de lo que en principio puede parecer. En el caso de que fuera Estúñiga el que ocupaba la presidencia de las reuniones toledanas en 1459, no debió permanecer mucho tiempo más en el oficio, ya que pronto iba a aparecer el más célebre de los asistentes que conoció la ciudad del Tajo: Alonso Díaz de Montalvo.

---

<sup>94</sup>. Sobre el linaje de este peculiar elemento de la caballería local, violento e ingenioso, del que más adelante se tratará extensamente, vid. E. BENITO, “Lope de Stúñiga. Vida y cancionero”, *Revista Española de Filología*, LI (1968), p. 17-20.

<sup>95</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 9. Esta ordenanza se conserva por hallarse inserta en la confirmación que de ella hizo Enrique IV un año después, el 22 de julio de 1460.

### 2.3.6. El legislador Montalvo

Conocido sobre todo por su trabajo de compilación de normas regias, el llamado “Ordenamiento de Montalvo”<sup>96</sup>, este gran jurista pertenecía a una discreta familia hidalga de la villa de Arévalo, que había ligado sus aspiraciones sociales a los estudios universitarios; una familia de letrados, entre los cuales se encontraba el propio padre de nuestro asistente, Gonzalo Díaz de Montalvo, enrolado profesionalmente en las administraciones de justicia y de hacienda. Alonso, el tercero de sus hijos, siguió los pasos del progenitor y estudió Derecho, siendo requerido en fecha que desconocemos por la Monarquía, que le confirió oficios tan trascendentes como los de corregidor de Baeza y de Murcia<sup>97</sup>.

La primera aparición pública de Montalvo en Toledo se produce en 1461, pero no como asistente sino como pesquisidor. El 17 de marzo de aquel año Enrique IV lo enviaba a la ciudad para que se informase acerca de cierto asunto relacionado con los guardas de los puentes y puertas de Toledo, posiblemente a petición del Cabildo de Jurados<sup>98</sup>. No tiene sentido, pues, creer en la permanencia del anterior asistente en este contexto, ya que, de contar la Ciudad con ese

---

<sup>96</sup>. Esta obra, de gran utilidad para la práctica jurídica de su época, conoció desde fines del siglo XV diversas ediciones; la primera de ellas, impresa en Huete en 1484, ha sido objeto de una magnífica reproducción facsímil: *Copilación de Leyes del Reino. Ordenamiento de Montalvo*, Valladolid, 1986.

<sup>97</sup>. Todas estas noticias biográficas son aportadas por E. GONZÁLEZ DÍEZ, *Copilación de Leyes del Reino. Ordenamiento de Montalvo*, Valladolid, 1986, p. 6-7, cuadernillo anexo a la edición citada. El autor de este estudio declara su deuda con el aún no superado biógrafo de nuestro asistente F. CABALLERO, “Noticias de la vida, cargos y escritos del doctor Alonso Díaz de Montalvo”, *Conquenses ilustres*, Madrid, 1893, tomo III, p. 17-79.

<sup>98</sup>. Una copia de la orden a Montalvo se conserva en A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 84 r. Este manuscrito es una encuadernación de varios cientos de documentos, algunos originales, la mayoría copias simples, que interesaban al Cabildo de Jurados y que reflejan importantes aspectos de su quehacer administrativo cotidiano, asunto sobre el que volveremos más adelante. En este mismo manuscrito, fol. 81 r. - 82 r., se encuentra una copia de la orden que el rey envía a Toledo para que se permitiera actuar al pesquisidor.

oficial, el rey no hubiera sentido la necesidad de servirse de un comisionado extraordinario<sup>99</sup>.

Después de ese primer contacto con la ciudad, lo encontramos ya como asistente entre marzo de 1463 y marzo de 1464, al menos. El 6 de marzo de 1463 emite una disposición, importante para la oligarquía local, que venía a resolver (aunque no lo lograría de forma definitiva) un viejo problema que enfrentaba a regidores y jurados: la composición de las procuraciones de Toledo en Cortes<sup>100</sup>. De este problema nos ocuparemos con mayor atención más adelante, pero aquí adelantaremos, por lo que se refiere a la labor del asistente, que con esta sentencia intentaba zanjar un motivo de discordia que había causado ya algunos enfrentamientos en el seno de la oligarquía local, estableciendo el reparto de los procuradores que correspondía enviar a cada uno de los cuerpos gubernativos toledanos: el Regimiento y el Cabildo de Jurados. Poco después, el 22 de diciembre de 1464, Enrique IV ordenaba a la Ciudad, a modo de confirmación, que cumpliera la sentencia de Montalvo<sup>101</sup>.

Aún en 1463, el rey Enrique encargaba al asistente realizar una pesquisa en perfecta consonancia con su misión fiscalizadora de la acción gubernativa de Toledo; ante sospechas cuya base desconocemos, el monarca ordenó a Montalvo hacer averiguaciones concretas sobre el modo en que habían sido gastadas las rentas de la Ciudad<sup>102</sup>. Acciones de este tipo justificaban la presencia del asistente; las rencillas entre los miembros del Gobierno local, que a menudo se

---

<sup>99</sup>. Conviene en este punto señalar que, en el ejercicio de su pesquisa, Alonso Díaz de Montalvo presenta el grado de licenciado, además del oficio de oidor de la Real Audiencia; el de doctor lo obtendría en la Universidad de Salamanca, una vez concluidos sus servicios en Toledo, no antes de 1464, como afirma E. GONZÁLEZ DÍEZ, *op. cit.*, p. 7.

<sup>100</sup>. El original de esta sentencia de Montalvo se conserva en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 10, pza. 1; y una reemisión en pergamino de la misma resolución, en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 10, pza. 2.

<sup>101</sup>. Una copia de esta orden regia se encuentra en A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 215 r.

<sup>102</sup>. Esta carta real se conserva en el interesante fondo, aún sin ordenar, de cartas recibidas por Toledo; vid. A.M.T., C.C., caj. 3.

manifestaban en conflictos entre el Cabildo de Jurados y el Regimiento, se hallan probablemente en el origen de la institucionalización de un agente regio -primero asistente, más tarde corregidor- que, desde la neutralidad, pusiera coto a los abusos cometidos por quienes tenían en sus manos algunos elementos tan trascendentes de la acción municipal como el control de la Hacienda.

No sería descabellado intuir, en este punto, la satisfacción de los jurados, incapaces por sí mismos de fiscalizar el poder del Regimiento, ante la presencia de un árbitro procedente del exterior que se encargaba de proteger, como el propio Cabildo de Jurados, los intereses regios; máxime cuando contaban por aquellos años con un oficial tan cualificado y tan prestigioso como lo era el licenciado Montalvo, de cuya honradez no tenemos elementos para dudar.

En este sentido, hay que citar un requerimiento que Pedro Rodríguez “el cano”, jurado de la Ciudad, dirigía el 3 de marzo de 1464 al asistente y al Cabildo de Jurados<sup>103</sup>. Los desafueros del Regimiento eran tradicionalmente combatidos por el Cabildo de Jurados, bien de oficio, bien a instancia del interesado, y solía suceder que, en los casos más sangrantes de abuso por parte de los regidores, la cuestión no pudiese solventarse en la propia Ciudad, pues estos oficiales contaban con la fuerza del voto en los ayuntamientos para llegar a acuerdos<sup>104</sup>. Por esta razón, los asuntos de mayor calado para los intereses de la Monarquía y del Común de la Ciudad con demasiada frecuencia habían de ser remitidos a la Corte, con el fin de que el Consejo Real o el propio monarca intervinieran. Con la llegada del asistente este problema, que acarreaba retrasos e importantes perjuicios a la mayoría de los toledanos y a la Monarquía, se solventaba, pues en el agente regio encontraban los jurados la encarnación de la Monarquía, una personificación cercana

---

<sup>103</sup>. Consta la acción de “el cano” en una copia conservada en A.M.T., Ms., sec. B, n° 120, fol. 363 r. - vto.

<sup>104</sup>. Este carácter decisorio de la voluntad de los regidores era manifestado en 1493, sin dejar lugar a dudas, por el escribano mayor de Toledo Juan Fernández de Oseguera, al emitir una escrupulosa declaración, solicitada por los jurados, acerca del procedimiento de toma de acuerdos de la Ciudad;

de la justicia regia que podía arbitrar soluciones rápidas a problemas acuciantes.

### 2.3.6. El “breve” Guzmán y el discolo Ciudad Real

No podemos, en consecuencia, atribuir a la casualidad el hecho de que fuesen los más poderosos caballeros toledanos quienes, aprovechando la ocasión que les brindaba la rebelión general contra Enrique IV proclamada en Ávila en 1465, expulsaran al siguiente asistente de Toledo, Pedro de Guzmán. La única noticia fidedigna acerca de la presencia de este asistente en la ciudad del Tajo la tenemos en el relato de su expulsión, hecho que podemos datar en la primera quincena de junio de 1465, algunas jornadas después del alzamiento nobiliario que tuvo lugar el día 5 de junio de aquel mes en Ávila<sup>105</sup>. Sabemos, por consiguiente, cuál fue el fin de este quinto asistente toledano, Pedro de Guzmán, del que, por otra parte, desconocemos casi todo: su estatus personal, su origen, su acción como oficial regio; ni siquiera podemos establecer con certeza cuándo fue enviado a Toledo.

Tenemos motivos para pensar que el mismo mes de marzo en que aparece Montalvo por última vez como oficial en Toledo, esta Ciudad recibió nuevo asistente. Esta suposición se basa en una carta que el rey don Enrique envió “al asistente de Toledo” para indicarle cómo habían de

---

vid. A.M.T., A.C.J., libro 47, nº 1.

<sup>105</sup>. Sobre la llamada “farsa de Ávila”, brutal símbolo del destronamiento de Enrique IV por parte de lo más selecto de la nobleza castellana, y los acontecimientos que la preceden y la siguen, vid. L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Nobleza y Monarquía. Puntos de vista sobre la historia política castellana del siglo XV*, 2ª edición, Valladolid, 1975, p. 211 y siguientes. Los sucesos toledanos subsiguientes son relatados por A. PALENCIA, *Crónica de Enrique IV escrita en latín*, ed. de A. Paz, Madrid, 1904-1909, Década I, libro VII, cap. VI, tomo I, p. 446-447.; y por L. GALÍNDEZ DE

realizarse las procuraciones de la Ciudad<sup>106</sup>, una carta que lleva fecha de 22 de marzo, sin año, pero que podemos datar precisamente en 1464 por el contenido, que serviría para recordar al nuevo agente cuál era la forma de proceder en asunto tan controvertido. Si la fecha de año es correcta, habremos de deducir que el asistente sin nombre a quien iba dirigida la misiva no era Montalvo, puesto que éste, como autor de la sentencia referida al procedimiento de elección de procuraciones, no necesitaría ninguna información sobre tal procedimiento, pues era quien mejor lo conocía. Así pues, ¿podemos concluir que la sustitución del asistente se produjo en 1464? No con seguridad, ya que también es posible argumentar contra esta suposición.

Por fortuna, nos han llegado algunas actas de ayuntamientos del año 1464, en particular de los meses de noviembre y diciembre<sup>107</sup>. Las reuniones de aquellos meses estaban presididas por un asistente cuya identidad se nos oculta, porque tanto en la exposición de los oficiales como en las referencias directas a su persona es nombrado por su cargo. Pero en los listados de los comparecientes a estas reuniones se expresa “*liçenciado asistente*”, con lo cual al menos sabemos el grado universitario que presentaba este agente. Y este grado de licenciado nos hace pensar en Montalvo, aunque no se puede descartar, y sería razonable, que Guzmán tuviera el mismo grado, pero esto no podemos contrastarlo con otras noticias.

Tendremos que quedarnos con la duda y, por otra parte, añadir que antes del levantamiento toledano contra Enrique IV de junio de 1465 aún nos encontramos con dos huellas de la labor del oficial que nos ocupa, ambas referidas al mismo asunto: los altercados que en el invierno de 1465 se produjeron en la collación de San Andrés. A principios de enero los vecinos de este barrio pidieron la intervención del asistente y del alcalde mayor Pedro López de Ayala

---

CARVAJAL, *Crónica de Enrique IV*, ed. de J. Torres Fontes, Murcia, 1946, cap. 66, p. 241.

<sup>106</sup>. A.M.T., C.C., caj. 1, nº 6.

<sup>107</sup>. Estas actas están transcritas por E. BENITO, “Las más antiguas actas....”, cit., p. 87-98.

para dirimir las disputas<sup>108</sup>; poco después, los dos oficiales requeridos tomaban algunas medidas para solventar los desórdenes producidos<sup>109</sup>. Si éste hubiera sido un simple problema civil que hubiera enfrentado a individuos por disputas particulares, hubiera bastado con que Ayala ordenara a uno de los alcaldes ordinarios de la Ciudad realizar una pesquisa, pero el hecho de que los solicitantes aludieran al asistente y la posterior intervención de éste, indican que debía tratarse de un asunto que podía afectar a instancias más altas que a las propiamente locales, quizá a la propia Monarquía, lo que conduce a pensar en la posibilidad de que el alzamiento de junio encontrara en la ciudad un caldo de cultivo adecuado para su puesta en marcha.

En el transcurso de la guerra civil que enfrentó, entre 1465 y 1468, a la nobleza castellana, encontramos en Toledo a otro agente especial de la Monarquía: el alcalde mayor “extraordinario”<sup>110</sup> Alvar Gómez de Ciudad Real, persona controvertida que intervino en Toledo durante más de una década. La primera noticia que tenemos de Alvar Gómez procede de 1465; a comienzos de febrero de aquel año, siendo secretario de Enrique IV, tuvo que huir cuando el rey descubrió que, a sus espaldas, había negociado con el marqués de Villena para favorecer los planes de éste contra los intereses regios, en el momento que se acordaban en Medina del Campo ciertas medidas favorables a las ambiciones de la nobleza<sup>111</sup>. El 6 de febrero de aquel año, ya

---

<sup>108</sup>. Así se expresa en la solicitud, fechada el 10 de enero de 1465 y conservada en A.M.T., Ms., sec. B, n° 120, fol. 97 vto.

<sup>109</sup>. A.M.T., Ms., sec. B, n° 120, fol. 96 r. - vto.

<sup>110</sup>. Como tal lo menciona E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 94, siguiendo el relato de ciertos acontecimientos que tuvieron como protagonista a este oficial en 1467.

<sup>111</sup>. Sobre la negociación de estos acuerdos y su resultado, la sentencia de Medina del Campo, que concedía a los nobles una capacidad de intervención notable en las tomas de decisión de la Monarquía, pueden leerse las esclarecedoras páginas de L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *op. cit.*, p. 209 y siguientes. En este contexto se produce la traición del secretario Ciudad Real.



huido Alvar Gómez, el rey don Enrique ordenaba el embargo de los bienes de su secretario<sup>112</sup>, y resulta sintomático que la orden de embargo se dirigiera en primer lugar a Toledo, y, secundariamente, a las demás ciudades y villas del reino. Esta dirección lleva a pensar que era en Toledo y su Tierra donde Alvar Gómez contaba con mayor cantidad de bienes, prueba inequívoca de su interés por Toledo<sup>113</sup>, un interés que se manifestaría a lo largo de bastantes años, aunque los resultados finales fueran pobres para él.

Pero es posible observar algún detalle más de estos acontecimientos de 1465. Vemos a Ciudad Real como un hombre de confianza del monarca, ya que como secretario había de permanecer cerca del rey; lo vemos como un letrado, puesto que el oficio que desempeñaba exigía ciertos requisitos de formación. ¿No estaremos ante otro hombre de Corte que quiere “establecerse” a costa de la traición a quien lo había llevado a lo más alto? Se trata de un caso similar al de Sarmiento, pero no tenemos constancia alguna de la supuesta nobleza de Alvar Gómez. Sea como fuere sus estrategias no fueron muy diferentes, ya que este alcalde mayor, como aquel asistente, se vio envuelto en tumultos de los que intentaría sacar algún beneficio.

En todo caso, el primer intento no salió bien, y a comienzos de 1465, traicionada la confianza regia y con los bienes intervenidos, Alvar Gómez hubo de abandonar precipitadamente la Corte, observando el tinte que tomaban los acontecimientos. Pero su desaparición debió durar poco tiempo, ya que unos meses después de su traición se produjo la rebelión nobiliaria contra Enrique IV y un notable éxito de los rebeldes, circunstancia que debió permitir el regreso del ex-secretario y la recuperación de sus bienes. No tardaría mucho en ser nombrado alcalde mayor de

---

<sup>112</sup>. A.M.T., A.S., caj. 5, leg. 6; documento publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV...*, cit., p. 233-234.

<sup>113</sup>. En este punto conviene señalar que Alvar Gómez de Ciudad Real estaba casado con Ctalina Vázquez, hermana del regidor converso Lorenzo Suárez Franco; vid. F. CANTERA, “El poeta Cartagena del ‘Cancionero General’ y sus ascendientes los Franco”, *Sefarad*, XXVIII:1 (1968), p. 15-

Toledo de forma excepcional y con dudosa aceptación por parte de los toledanos; el hecho es que cuando aparece de nuevo ante nuestros ojos, en el verano de 1467, será objeto de las iras del pueblo toledano, víctima de su propia ambición.

En julio de aquel año lo encontramos entrometido en la percepción de ciertas rentas capitulares de Maqueda, hecho que denuncia públicamente el Cabildo de Santa María<sup>114</sup>; en su defensa salieron los conversos de la ciudad y, lo que en principio era un simple enfrentamiento personal o, a lo sumo, institucional, se convirtió rápidamente en un violento combate entre bandos, disfrazado de lucha religiosa, que implicó a todo el pueblo toledano y al de algunas poblaciones de la Tierra. El bando del conde de Cifuentes, en el que se había enrolado, al parecer, el ex-secretario real, fue derrotado, y probablemente nuestro alcalde mayor extraordinario tuvo que salir de la ciudad, como lo hizo Alfonso de Silva.

No volvería, que sepamos, ni durante la guerra civil ni durante los últimos años del reinado de Enrique IV a mostrar su interés por Toledo, quizá temeroso del rencor regio. Reinando los Reyes Católicos volvemos a encontrarlo implicado en asuntos que tienen relación con Toledo; primero a la defensiva, cuando el caballero toledano Íñigo de Ayala y su mujer Mencía Romero le demandaron ante el Consejo Real<sup>115</sup>. Más tarde, a la ofensiva; aprovechando el resquicio legal de la posible ausencia de cese de su oficio, en pleno reinado de los Reyes Católicos emprendió el astuto Alvar Gómez un pleito con el mariscal Pedro de Rivadeneira, reclamando de éste el oficio de alcalde mayor de Toledo, por cuanto el padre de éste, Fernando de Rivadeneira, había

---

16.

<sup>114</sup>. Conocemos los acontecimientos del tumulto de 1467 gracias a E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 94 y siguientes, que recoge el relato del canónigo Pedro de Mesa. Seguiremos aquí el discurso del profesor Benito Ruano.

<sup>115</sup>. El 18 de octubre de 1477 El Consejo Real comisionaba a Juan de Bovadilla, corregidor de Madrid, para atender estas demandas; vid. A.G.S., R.G.S., 1477, X, fol. 112.

tomado el oficio tras la expulsión de Ciudad Real<sup>116</sup>. Las reivindicaciones del ambicioso ex-secretario no tendrían éxito, pero manifiestan un nuevo intento fracasado de esa característica serie de hombres de Corte que pretendían hacerse un hueco en esta ciudad codiciada de Toledo. Es de notar que en los papeles del pleito por la alcaldía mayor de Toledo, que ya por entonces no era un oficio efectivo sino una de las dignidades, Alvar Gómez aparece como vecino de Guadalajara, villa que bien podía ser su población de origen, o bien otro de los objetos de su ambición.

### 2.3.8. Los últimos asistentes: Madrid, Ulloa, Río y Guillén

A la guerra civil de 1465-1468 sigue en Toledo la etapa de imposición del alcalde mayor Pedro López de Ayala<sup>117</sup>; una etapa que concluiría en junio de 1471 con la llegada a Toledo del rey Enrique IV, acompañado de su privado el marqués de Villena. Estando el rey en Toledo debió ser nombrado asistente el doctor Garci López de Madrid, un nombramiento plenamente justificado por los recientes acontecimientos que en la ciudad habían tenido lugar: algunos meses antes habían regresado al interior de los muros, con la aquiescencia regia, los líderes del bando de Silva, el conde de Cifuentes y su tío Juan de Ribera, y, a pesar de las medidas tomadas para evitar la renovación de los enfrentamientos tradicionales, éstos no sólo se reanudaron sino que

---

<sup>116</sup>. A.G.S., R.G.S., 1480, II, fol. 273.

<sup>117</sup>. Las manifestaciones del liderazgo de Pedro López han sido estudiadas en mi trabajo *Los Ayala de Toledo*..., cit., p. 65-67. El oficio de gobernador, asumido en aquella etapa por el alcalde mayor será objeto de estudio en el siguiente apartado.

enseguida se recrudecieron<sup>118</sup>.

Así pues, el monarca imponía un nuevo pacificador y, dadas las circunstancias del momento, avanzaba un paso más: el nuevo agente, el doctor Garci López de Madrid, asumía atribuciones extraordinarias, ya que tomaba para sí las alcaldías mayores y el alguacilazgo mayor<sup>119</sup>. ¿Qué significaba esto? Ni más ni menos que, aunque nominalmente el doctor Madrid era un asistente, de hecho, dadas las funciones que desempeñaba, actuaba como un corregidor, ya que había absorbido los oficios mayores tradicionales, de modo que durante su mandato los titulares anteriores -entre ellos, el otrora todopoderoso conde de Fuensalida- habían quedado convertidos en meras dignidades, como lo serían posteriormente.

El poder extraordinario que se había otorgado al doctor Madrid estaba destinado a tener escasa duración. Sólo conocemos una de sus actuaciones, y no por cierto una manifestación importante de la intervención regia en la Ciudad. Se trata de la entrega de unas casas en la collación de San Antolín al regidor Garci Álvarez de Toledo, inmuebles que le habían sido donados a éste por Enrique IV y que, a causa de la guerra civil, aún no habían llegado a sus manos<sup>120</sup>. En todo caso, el mandato de este asistente no llegó a junio de 1472, ya que a principios

---

<sup>118</sup>. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 112-113, estudia detenidamente las circunstancias de este período.

<sup>119</sup>. La asunción de los oficios mayores queda probada por la directa referencia que Enrique IV haría a tal circunstancia algunos meses después, el 2 de junio de 1472, en una orden dirigida al siguiente asistente de Toledo, Rodrigo de Ulloa; vid. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, nº 8; documento publicado por A. BERMÚDEZ AZNAR, "El asistente real...", cit., p. 248-249. Seguramente por error de lectura, el profesor Bermúdez Aznar fecha este documento en 1462, pero el año de la data es 1472, como demuestra el propio contenido de la orden; vid. Apéndice Documental, nº 5. Por otra parte, en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 2, nº 97, se conserva otro documento que demuestra la anormalidad de las atribuciones del asistente Madrid; se trata de una orden de Enrique IV a Toledo, datada el 17 de noviembre de 1472, en la que se comunicaba a la Ciudad el deber que tenía de satisfacer al oficial, ya cesado, el salario de alcalde mayor por el tiempo que había ejercido este oficio.

<sup>120</sup>. La entrega de estas que llamaban "casas de la reina de Aragón", otorgada por el asistente Madrid, tuvo lugar el 31 de octubre de 1471; vid. A.H.N., Clero, leg. 7191, pza. 2/1.

de aquel mes un nuevo oficial ocupaba el cargo<sup>121</sup>.

Pero antes de pasar a observar al nuevo agente regio, debemos indicar quién era este Garci López de Madrid. No parece posible que este asistente perteneciera a algún linaje nobiliario, pues en ningún momento de sus alusiones documentales es tratado como noble; sí es evidente, en cambio, por el grado de doctor que presenta, que se trata de un letrado, seguramente un hombre de Corte que no representaba ningún riesgo para el monarca y que podía directamente atender a las responsabilidades judiciales que se le había atribuido.

Llegamos así al antepenúltimo asistente toledano, Rodrigo de Ulloa, al que sólo conocemos por una mención documental, aquella, fechada el 2 de junio de 1472, a la que ya hemos aludido, en que el rey don Enrique le apoderaba para tomar los oficios mayores del siguiente modo: “*que durante el tiempo de vuestra asistencia podades tener e tengades los oficios de alcaaldia mayor e alcaaldia de la justiçia çevil e alguasilasgo mayor de la dicha çibdad*”<sup>122</sup>. No se sabe cuándo sustituyó este asistente al anterior, pero no parece haber solución de continuidad entre ellos, ya que en dos cartas que recibió Toledo los meses anteriores, en abril y mayo, la Asistencia aparece a la cabeza de la dirección<sup>123</sup>. Pero además, esta asistencia continua se estaba convirtiendo en velada Corregiduría, ya que, como hemos visto, Rodrigo de Ulloa, al igual que Garci López de Madrid, tomaba para sí los altos oficios de justicia.

No le faltaban motivos al rey para vigilar de cerca la ciudad del Tajo. En el año 1472, expulsado el conde de Fuensalida, los Silva se habían adueñado de Toledo, y, dados sus

---

<sup>121</sup>. Así se revela en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, nº 8; Apéndice Documental, nº 5.

<sup>122</sup>. *Ibid.*

<sup>123</sup>. La primera de estas cartas, fechada el 5 de abril de 1472, fue enviada por la princesa Isabel; la segunda, de 7 de mayo del mismo año, firmada por la reina doña Juana. Ambas se conservan en A.M.T., A.S., caj. 5, leg. 6, y han sido publicadas por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 266-267.

antecedentes antienriqueños, no podía el monarca fiarse de sus intenciones; y, en efecto, pronto mostraron su insubordinación intentando prender al asistente. Este incidente, relatado por el cronista Enríquez de Castillo, ocurría en junio de 1472, según ha mostrado el profesor Benito Ruano<sup>124</sup>, lo que nos indica que el atentado se dirigía contra Rodrigo de Ulloa, y precisamente el apoderamiento extraordinario del 2 de junio pudo haber provocado la rebelión del bando de Silva.

El levantamiento nobiliario de Toledo fracasó, y el monarca reaccionó fortaleciendo aún más su intervención sobre la Ciudad, al enviar el día 27 del mismo mes de junio a su maestresala García de Busto para tomar los alcázares y la puerta y puente de Alcántara<sup>125</sup>. En el verano de 1472, dos personas quedaban a cargo de Toledo para el rey: Ulloa como asistente y apoderado de la justicia, Busto como teniente de fortalezas. Dos hombres de la confianza de Enrique IV, el cual había comprobado que ni el conde de Cifuentes ni el de Fuensalida eran seguros para la causa de la Monarquía. En consecuencia, el rey entregaba la ciudad a dos hombres de Corte, Ulloa y Busto, desligados de los problemas locales. Ulloa era contador mayor y miembro del Consejo Real<sup>126</sup>, un letrado ocupado en el servicio de la Hacienda regia. Busto era maestresala, un oficial no cualificado intelectualmente, pero de gran cercanía a la persona del rey<sup>127</sup>; tratándose de alguien a quien se encarga la protección de fortalezas, podemos pensar en un criado de Corte

---

<sup>124</sup>. *Ibid.*, p. 115.

<sup>125</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 15. El maestresala Busto era comisionado como teniente de modo provisional, al tiempo que permanecía el asistente Ulloa al frente de la Ciudad, como se desprende de la dirección de este documento.

<sup>126</sup>. El tratamiento de consejero real indica el reconocimiento, por parte del rey, de la dignidad que confieren los oficios cortesanos, como señala S. DIOS, *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Madrid, 1982, p. 255-256. De manera que la condición de miembro del Consejo atribuida a Ulloa se derivaba del ejercicio del oficio de contador mayor.

<sup>127</sup>. El maestresala del rey castellano del final del Medievo era responsable del servicio de mesa del monarca, hecho que revela la necesaria confianza regia en su persona. Sobre este oficio y su evolución, vid. L. GARCÍA DE VALDEAVELLANO, *op. cit.*, p. 492.

perteneciente a la pequeña nobleza y avezado en el uso de las armas<sup>128</sup>.

Antes de que concluyera el verano de 1472 el tenente Busto fue sustituido por Juan Osorio, comendador de Dos Barrios, en la Orden de Santiago, y hombre de confianza del maestre Juan Pacheco, que era quien realmente gobernaba Toledo por entonces<sup>129</sup>. Mientras tanto el asistente permanecía al frente de la Ciudad; y aún lo encontramos en los meses sucesivos, aunque no podamos asegurar que el ocupante del oficio fuera aún Ulloa. Las violencias se acrecentaban aquellos días en Toledo, donde los condes de Fuensalida y Cifuentes, los mariscales Ribera y Rivadeneira y otros caballeros parecían incompatibles<sup>130</sup>.

En abril de 1473 el asistente, desbordado por los acontecimientos, se dirigió al monarca para pedir su intervención directa, y éste contestó asegurando que enviaría al marqués de Villena para someter a los rebeldes<sup>131</sup>. Es interesante observar los términos con que Enrique IV abría la misiva a su comisionado en Toledo: "*El Rey - Asistente de Toledo amigo*"; la prueba más elocuente y directa, quizá, de la cercanía del oficial a la persona regia. A lo largo de 1473 sigue apareciendo el asistente en las direcciones de las órdenes regias<sup>132</sup>, tratándose en este tiempo de

<sup>128</sup>. Sobre la tenencia y los tenentes de fortalezas en general véase el trabajo de M. C. CASTRILLO, *Alcaides y fortalezas en el siglo XIV: poderes y conflictos en la Corona de Castilla*, memoria de licenciatura inédita, Universidad Complutense, 1993. Acerca de la nobleza del entorno de Enrique IV vid. M. J. GARCÍA VERA, "Poder nobiliario y poder político en la Corte de Enrique IV (1454-1474)", *En la España Medieval*, 16 (1993), p. 223-237.

<sup>129</sup>. El 21 de agosto de 1472 Juan Osorio tomaba posesión del Alcázar y de la puerta y puente de Alcántara, jurando tener todo por el maestre Pacheco y su hijo Diego, marqués de Villena; vid. A.D.F., catál. 12, nº 19. El 12 de septiembre Enrique IV emitía el nombramiento correspondiente; vid. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 15. Ambos documentos han sido publicados por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 269-270.

<sup>130</sup>. Los sucesos de estos años han sido estudiados en el libro citado de Eloy Benito; en este trabajo analizaremos más adelante la naturaleza y la estructuración de los bandos toledanos.

<sup>131</sup>. La carta del rey al asistente se conserva en A.D.F., leg. 8, nº 9; la carta del rey al marqués, pidiendo su actuación, en A.D.F., leg. 8, nº 10.

<sup>132</sup>. Otros dos testimonios de la permanencia del asistente se encuentran en una orden de agosto de

fray Arias González del Río, del que casi nada sabemos y al que se hace mención explícita en dos documentos: una orden de 1473, sin que pueda detallarse más la fecha, y otra de enero de 1474<sup>133</sup>; ambas misivas tienen en común la intención, por parte de la familia real, de proteger sus intereses económicos en Toledo ante los desórdenes producidos.

El año 1474 no fue en Toledo más apaciguado que los anteriores, y a causa de esa intranquilidad Enrique IV nombraría, el 10 de mayo, a Juan Guillén como asistente “*entendiendo ser conplidero a mi serviçio e a execuçion de la mi justiçia e a la buena governaçion e pro e bien comun desa dicha çibdad*”<sup>134</sup>. ¿Quién era el comendador Guillén? Evidentemente se trata de un noble, aunque de segunda fila; en el nombramiento se expresa su condición de comendador, pero no sabemos de qué encomienda, ni en qué orden militar. Era además alcalde mayor de Sevilla, ciudad donde, recordemos, el monarca contaba, como en Toledo, con un margen de maniobra relativamente amplio. También en el nombramiento, que es el único documento con que contamos referente a la asistencia de Guillén, éste figura como miembro del Consejo Real, con la dignidad que este título confería. Y finalmente, siendo quizá éste el dato más revelador, el monarca trata a Guillén como criado suyo, expresando este “título” el primero, delante de todos los demás.

Ser criado del rey significaba haber convivido con él desde la infancia<sup>135</sup>. En todo caso,

---

1473 y en otra de octubre del mismo año; ambas en A.M.T., A.S., caj. 5, leg. 6, publicadas por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 277-278.

<sup>133</sup>. La primera de las órdenes, en la que Enrique IV se ocupaba de las pérdidas en la recaudación de las alcabalas de aquel año, se halla en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 7, nº 1, pza. 13. En la segunda, la princesa Isabel solicitaba que se pagasen los juros debidos a la reina Isabel sin ningún descuento, haciéndose efectivo el pago de los últimos cuatro años A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 7, nº 1, pza. 14.

<sup>134</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 16; documento publicado por A. BERMÚDEZ AZNAR, “El asistente real...”, cit., p. 236-238. Por error, este autor data en 1464 este nombramiento, siendo realmente 1474 el año de su fecha.

<sup>135</sup>. Sobre la acepción del término “criado” en el siglo XV vid. M. C. CARLÉ, “La sociedad castellana en el siglo XV: los criados”, *Cuadernos de Historia de España*, LXIX (1987), que lo concibe como persona criada por personas distintas de sus padres, aunque éstas debían ser de más alto rango social que los progenitores. Para M. C. GERBET, *La noblesse dans le Royaume de Castille. Ses structures*



Guillén formaba parte de ese relativamente extenso y privilegiado grupo de cortesanos que contaban con una particular afectividad del monarca, uno de esos súbditos de palacio a los que el rey había visto constantemente junto a él. A los criados estimados y adecuadamente preparados se les otorgaba algún oficio para el que la Monarquía necesitase una persona de excepcional confianza, y la Asistencia de Toledo en aquel difícil momento ciertamente la requería. La efervescencia de los enfrentamientos entre facciones locales aconsejaba, por otra parte, la presencia de un hombre bien dotado para las armas, con autoridad militar, un caballero y no un letrado, una persona experimentada en las luchas de su tiempo y, a ser posible, conocedora del terreno: ese hombre era Guillén.

El nuevo asistente era caballero de vocación, como habría de serlo cualquier comendador, pero además sospechamos fundadamente que ya había participado con anterioridad en la pacificación de Toledo, de modo que debía conocer el terreno y el adversario a combatir. El 2 de septiembre de 1470, momento en que comenzaban a desencadenarse las más feroces luchas entre bandos locales, Enrique IV ordenaba a Toledo y su Tierra que prestara ayuda y obediencia a Juan Guillén, que había sido enviado para apaciguar -con la colaboración del capitán del rey Cristóbal Bermúdez y de los alcaldes mayores Ayala y Rivadeneira- las violencias lanzadas por el arzobispo Carrillo y sus secuaces en el territorio toledano<sup>136</sup>. Guillén no aparece en esta ocasión como comendador, ni como alcalde mayor, ni siquiera como criado, sino como capitán del rey, como hombre de armas cualificado que se encargaría de ordenar la resistencia de Toledo frente a los rebeldes que asolaban la Tierra.

---

*sociales en Estrémadure de 1454 à 1516*, París, 1989, p. 312, "criado" era cualquier doméstico respecto al criador, tanto el esclavo como el encargado de un servicio privado o el hombre de armas.

<sup>136</sup>. Esta orden del rey, publicada por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 260-261, se conserva, según palabras de su editor, en A.M.T., A.S., caj. 1, sin más signatura, pero nosotros no hemos podido localizarla.

La duración del oficio del comendador Guillén era indeterminada, se dejaba en manos de la voluntad regia: “*de aqui adelante quanto mi voluntad fuere*”, expresa el monarca en su nombramiento. Pero la muerte de Enrique IV a fines de 1474 dejaba sin efecto esta cláusula. Los nuevos reyes, Isabel y Fernando, no reconocieron al asistente, y en la que se considera su primera carta dirigida a Toledo, el 16 de enero de 1475, no aparece referido. Poco después, ya lo veremos, nombrarían gobernadores de la Ciudad al conde de Cifuentes y a su tío Juan de Ribera. Concluía así la época de los asistentes y, después de un breve paréntesis caracterizado por la imposición de la Gobernación, daría comienzo el largo período de la Corregiduría, y, con ella, una vuelta de tuerca más en el intervencionismo regio sobre Toledo.

### 2.3.9. El significado de la Asistencia en Toledo

No podemos finalizar este apartado sin hacer dos observaciones que creemos fundamentales acerca de la Asistencia y los asistentes: una, a la que ya hemos aludido aunque no de modo general, se refiere a la extracción social de los oficiales de esta especie en Toledo; la segunda, sólo insinuada anteriormente, hace alusión a la evolución de la institución y a su significado en las relaciones Ciudad-Monarquía.

En primer lugar, recapitulemos sobre los oficiales presentados, dejando al margen a Luis de la Cerda y a Alvar Gómez de Ciudad Real, que no portaron el título de asistentes. Hemos contado nueve agentes de este tipo: Sarmiento, Villalpando, Estúñiga, Montalvo, Guzmán, Madrid, Ulloa, Río y Guillén. Por lo que hemos podido saber de ellos, a veces solamente a nivel de hipótesis, nos encontramos con personas muy cercanas al monarca; cuatro nobles de categoría

media-baja (Sarmiento, Estúñiga, Montalvo, Guillén) y cinco letrados de alto nivel (Villalpando, Guzmán, Madrid, Ulloa y Río); así pues hemos de coincidir con la apreciación del profesor Bermúdez Aznar cuando afirma que los asistentes son “*personajes que rodean al rey y gozan de su confianza, letrados altamente cualificados y baja nobleza*”<sup>137</sup>. Hay que indicar, además, que no variaría sustancialmente nuestra observación, y esto es importante, si tomáramos como letrado, que lo era, a Montalvo; ni siquiera si llegáramos a saber, lo que no sería sorprendente, que alguno de los que consideramos aquí letrados contara con privilegio de hidalguía. En todo caso, podríamos continuar hablando de baja nobleza y cualificación en Leyes para referirnos al personal reclutado para la Asistencia toledana.

En cuanto a la evolución de la institución, que afecta a la transformación de la constitución política toledana, hay que observar, para empezar, que la Asistencia se asienta paulatinamente en Toledo. Si al comienzo del reinado de Enrique IV encontramos algunas fases sin la presencia de asistente en la Ciudad, estos espacios de tiempo de vacío se hacen más difíciles de hallar en los últimos compases del reinado. Además, los primeros asistentes, como se percibe claramente en el caso de Estúñiga, fueron enviados como simples árbitros de las luchas locales, sin que interfirieran en los oficios tradicionales; en cambio, los agentes de los últimos años de reinado romperían, aunque de modo eventual, la estructura institucional de la Ciudad, como lo harían el gobernador que los precedió (Pedro López de Ayala) y el que los siguió (Juan de Silva).

Resulta evidente que desde 1468, tras una guerra civil en que Toledo combatió al rey legítimo, las relaciones de poder entre Ciudad y Monarquía no podían permanecer tal y como habían sido anteriormente. Las violencias urbanas se recrudecieron, y Enrique IV, quizá mucho menos pusilánime de lo que se le suele considerar, aprovechó la ocasión que se le brindaba para

---

<sup>137</sup> A. BERMÚDEZ AZNAR, “El asistente real....”, cit., p. 228.

profundizar la cuña de su poder en Toledo. Así, los asistentes Madrid y Ulloa asumieron los oficios de justicia para sí, y con ello para el mayor control regio; y Guillén, que no tomó los oficios de justicia, sin embargo llegó, como capitán que había sido, a someter la rebeldía local; este último asistente, más que árbitro, era una represor. En consecuencia, podemos afirmar que con la actuación de los últimos asistentes, Toledo quedaba preparada para recibir un corregidor.



## 2.4. La presión regia como forma excepcional de relación: Gobernación y gobernadores

### 2.4.1. La Gobernación en Castilla

El tercero de los delegados regios castellanos del siglo XV es el gobernador, una figura bastante peor conocida por la Historiografía que el asistente y el corregidor. Al final del Medievo, la intervención de la Monarquía sobre las ciudades no se desarrolló en un *tempo* estable, sino que manifestó altibajos provocados por la reacción de los gobiernos locales ante la creciente presión del poder regio. Bajo el reinado de Enrique IV, las tensiones urbanas -bien internas, en forma de luchas de bandos; bien hacia el exterior, frente a la presión de la alta nobleza o del rey<sup>138</sup>- provocaron importantes ensayos institucionales por parte del monarca. Al margen del nombramiento de corregidores, asistentes y pesquisidores de todo tipo, Enrique IV echó mano de otras fórmulas, como la ampliación de las atribuciones de los oficiales ya existentes o la confluencia de más de un oficio en manos de una persona determinadamente fiel<sup>139</sup>. La emergencia de delegados regios “omnipotentes” dio paso a la creación de un nuevo oficio que las fuentes

---

<sup>138</sup>. Contamos hoy con importantes trabajos sobre estas tensiones; a las obras generales del profesor Ladero Quesada podemos añadir el de A. ESTEBAN, *Las ciudades castellanas en tiempos de Enrique IV: estructura social y conflictos*, Valladolid, 1985; acerca del enfrentamiento entre ciudades y nobles, vid. E. CABRERA, “La oposición de las ciudades al régimen señorial: el caso de Córdoba frente a los Sotomayor de Belalcázar”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 1 (1974), p. 13-39.

<sup>139</sup>. Estas fórmulas, así como sus circunstancias, son estudiadas por B. GONZÁLEZ ALONSO, *Gobernación y gobernadores. Notas sobre la Administración de Castilla en el periodo de formación del Estado moderno*, Madrid, 1974, p. 33 y siguientes. Utilizamos las enseñanzas de este

denominan “*governación guarda e defensa*” o “*guarda e governación*”; un oficio que era aún balbuciente en tiempos de Enrique IV, que fue tomando cuerpo con los Reyes Católicos y que triunfó en el Nuevo Mundo desde que el propio Cristóbal Colón fue intitulado con él.

Los gobernadores castellanos del siglo XV fueron enviados a ciudades y territorios en conflicto, dotados con poderes extraordinarios para resolverlos, y así ocurrió en el caso de los gobernadores toledanos, facultados, como veremos, para expulsar de la ciudad a quienes considerasen oportuno, a su libre arbitrio, con la finalidad de lograr la paz. Bajo el reinado de Enrique IV y de los Reyes Católicos se distinguen dos tipos de gobernadores según el ámbito territorial sobre el que desarrollan sus funciones<sup>140</sup>:

- Los gobernadores de amplios territorios, distantes del centro de la Corona de Castilla: el Reino de Galicia, el Marquesado de Villena y Canarias.
- Los gobernadores de importantes ciudades de realengo implicadas en agitaciones endémicas que la Monarquía considera preciso atajar: Murcia, Burgos, Jaén, Segovia y Toledo.

Mientras en los territorios excéntricos la figura del gobernador se convirtió en una constante a lo largo del reinado de los Reyes Católicos y sirvió como modelo inmediato para la Administración Territorial indiana, la Gobernación en las grandes ciudades de realengo antes señaladas obedeció a la coyuntura política del reinado de Enrique IV y se extinguió al comienzo del reinado de doña Isabel y don Fernando<sup>141</sup>.

---

brillante trabajo en las páginas que siguen.

<sup>140</sup>. Esta división se desprende del análisis del doctor González Alonso en el trabajo citado sobre la institución, en el que estudia cada caso con sus circunstancias locales.

<sup>141</sup>. *Ibid.*, p. 61-63. González Alonso considera las gobernaciones de Toledo y Segovia del comienzo del nuevo reinado como una reminiscencia del pasado.

La presencia de los gobernadores en Toledo responde a situaciones anormales en la ciudad<sup>142</sup>. Las fechas de su aparición son 1468 y 1475, años en que Toledo se hallaba envuelta en sendas guerras civiles que afectaban a toda la Corona de Castilla y que en la ciudad se manifestaban en forma de virulenta lucha de bandos. Como en las otras ciudades de realengo, en Toledo el gobernador era una persona con intereses locales; lo eran Miguel Lucas de Iranzo en Jaén, Pedro Fajardo en Murcia, Pedro Fernández de Velasco en Burgos y Andrés de Cabrera en Segovia<sup>143</sup>. En Toledo, además, la Gobernación fue entregada a directos implicados en los desórdenes locales, a los propios líderes de los bandos en pugna: a Pedro López de Ayala en 1468 y a Juan de Silva y Juan de Ribera en 1475.

#### 2.4.2. Toledo en 1468, Pedro López de Ayala y Enrique IV

En el verano de 1468 concluía en Castilla una larga guerra civil que había enfrentado a los partidarios del rey legítimo y a los que defendían los derechos de su hermanastro el infante don Alfonso<sup>144</sup>. A lo largo de la lucha, muchas ciudades habían pasado al bando alfonsino, abandonando la obediencia debida a Enrique IV; Toledo fue una de las que lo hicieron en 1465,

---

<sup>142</sup>. La institución en nuestra ciudad y su indiscutible éxito ha sido el objeto de estudio de mi reciente trabajo "La política de orden público de Enrique IV de Castilla: los gobernadores de Toledo", *Actas del III Congreso Internacional de Hispanistas*, Málaga-Ceuta, 1998, p. 161-171.

<sup>143</sup>. Consideramos que este interés previo o posterior al desempeño del oficio por parte de estos gobernadores no ha sido puesto de relieve suficientemente por González Alonso.

<sup>144</sup>. Este enfrentamiento ha sido estudiado, entre otros, por L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Nobleza y Monarquía...*, cit., p. 203-225; M. I. VAL VALDIVIESO, "Los bandos nobiliarios durante el reinado de Enrique IV", *Hispania*, 129 (1975), p. 249-293; J. TORRES FONTES, *El príncipe don Alfonso*,



en el primer momento, manteniéndose en esta facción rebelde hasta los últimos compases de la contienda<sup>145</sup>. Hemos de detenernos en las circunstancias finales de este enfrentamiento para comprender los motivos por los que se nombra al primer gobernador de Toledo. A lo largo de 1468, el rey don Enrique comenzó a recuperar linajes nobiliarios para su causa, produciéndose, en consecuencia, cierta inclinación de la balanza a favor del bando del rey legítimo; pero aún faltaba la adhesión de muchas ciudades importantes. Enrique IV debió valorar este elemento cuando, según los cronistas Enríquez del Castillo y Galíndez de Carvajal, se dirigió a Pedro López de Ayala, alcalde mayor de Toledo, solicitando sus servicios para que la ciudad del Tajo cambiase de bando<sup>146</sup>. La decisión de Toledo podía ser determinante para la resolución del conflicto, y Ayala, considerando los beneficios personales que tal servicio podía reportarle -la afirmación de su liderazgo en la ciudad- no dudó en forzar el regreso de Toledo a la obediencia enriqueña en junio de 1468<sup>147</sup>.

El rey don Enrique recompensó generosamente a Pedro López de Ayala por el alto valor de sus servicios, que desencadenaron la victoria final del bando legitimista en la guerra,

---

1465-1468, Murcia, 1971; y D. C. MORALES, *Alfonso de Avila. rey de Castilla*, Avila, 1988.

<sup>145</sup>. Los caballeros de Toledo expulsaron de la ciudad en junio de 1465 a Pedro de Guzmán, asistente por Enrique IV, como ya se ha anotado en el apartado anterior. El infante don Alfonso, agradecido, concedió un juro de 200.000 mrs. a los cinco principales artífices del levantamiento: Alfonso de Silva, conde de Cifuentes, el alcalde mayor Pedro López de Ayala, los mariscales Payo de Ribera y Fernando de Rivadeneira y Lope de Estúñiga; una copia del siglo XVII de esta significativa merced, que simboliza el entendimiento entre el bando alfonsino y la oligarquía toledana, se encuentra en R.A.H., S.C., M-94, fol. 335 r. - vto, documento publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 236-237.

<sup>146</sup>. B. GONZÁLEZ ALONSO, *Gobernación y gobernadores*..., cit., p. 48.

<sup>147</sup>. El relato detallado de los sucesos que desembocaron en la entrada de Enrique IV en Toledo se encuentra en las obras de A. PALENCIA, *Crónica de Enrique IV*..., cit., Década I, Libro X, cap. IX, tomo II, p. 144-147; L. GALÍNDEZ DE CARVAJAL, *Crónica de Enrique IV*, cit., caps. 98 y 99, p. 325-329; y *Hechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo (crónica del siglo XV)*, ed. de J. M. Carriazo, Madrid, 1940, cap. XXXVIII, p. 386.

entregándole el 4 de julio de 1468 la “*governación guarda e defensa*” de Toledo<sup>148</sup>. El documento de nombramiento, conocida la coyuntura política toledana de aquel momento, da a entender el significado del oficio de gobernador que ejercería Pedro López de Ayala; hay que señalar particularmente un fragmento en que se presenta al gobernador como un auténtico virrey: “*Porque vos mando a todos e a cada uno de vos que dedes fe e creença al dicho Pero Lopes de Ayala a todas las cosas que de mi parte vos dixere e mandare e aquellas pongades en execucion e fagades e conplades asi como si yo por mi persona vos las dixese e mandase*”.

Esta atribución genérica de poder se complementaba con otras más concretas; en primer lugar, el gobernador asumía competencias de orden público, ya que el rey le daba poder para que “*de mi parte pueda mandar salir desa dicha çibdad e sus terminos a quales quier personas asi eclesiasticas como seglares que el entienda que cumple a mi servicio*”; una facultad lógica, dado que la reciente inestabilidad de Toledo hacía imposible el mantenimiento en la ciudad de ciertas personas que habían sido partidarias del apoyo al infante don Alfonso. Por otra parte, el rey prohibía la realización de “ayuntamientos”, bien de jurados, bien de gentes con armas o sin ellas, sin la presencia del gobernador; al mismo tiempo ordenaba a los toledanos prestar ayuda militar a Pedro López cuando éste la requiriera. Así pues, contemplamos a un gobernador como virrey, presidente de los ayuntamientos y capitán de la milicia local. Pero las facultades de Ayala no se detenían ahí; como alcalde mayor que era, constituía la cúspide de la administración de justicia toledana por vía ordinaria, pero además tenía capacidad extraordinaria para castigar a quienes desobedeciesen sus órdenes como gobernador. El inmenso poder de que Pedro López de Ayala era acreedor como gobernador de Toledo tuvo la contrapartida de la escasa duración real del oficio. La general pacificación del reino, junto con la pacificación particular de Toledo, tuvieron

---

<sup>148</sup>. La merced se conserva en A.D.F., Fuensalida, catál. 9, nº 20, y ha sido publicada por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV...*, cit., p. 249-251, y en mi libro *Los Ayala de Toledo...*, cit., p. 149-151.

como consecuencia la pronta inutilidad de las atribuciones de Ayala. El profesor González Alonso llama la atención sobre la ausencia del título de gobernador en las siguientes menciones del alcalde mayor toledano<sup>149</sup>. De hecho, Pedro López siguió durante algunos años “gobernando” la ciudad, pero ya no como gobernador, sino como primer alcalde mayor, oficio que, ante la ausencia de otro delegado regio de más alto rango, le confería una capacidad de maniobra suficiente para manejar los resortes del poder local<sup>150</sup>.

#### 2.4.3. Toledo en 1475. Juan de Silva, Juan de Ribera y los Reyes Católicos

El segundo y último momento del siglo XV en que aparece la Gobernación entre las instituciones políticas toledanas se circunscribe en la convulsa coyuntura del acceso al trono de los Reyes Católicos. Muerto Enrique IV, los príncipes Isabel y Fernando fueron proclamados reyes en Segovia el 11 de diciembre de 1474; en las semanas que siguieron a tal acto, muchas ciudades alzaron pendones por los nuevos monarcas, entre ellas Toledo, que a mediados de enero de 1475 ya lo había hecho<sup>151</sup>. Por entonces Juan de Silva, conde de Cifuentes, y su tío Juan de Ribera, señor de Montemayor, se habían adueñado de la ciudad, quedando exiliado de ella el ex-

---

<sup>149</sup>. *Gobernación y gobernadores*..., cit., p. 51.

<sup>150</sup>. Sobre el manejo del poder por parte de Pedro López durante los últimos años del reinado de Enrique IV, vid. mi trabajo *Los Ayala de Toledo*..., cit., p. 65-66 y 68-69. Recordemos que en 1471 se producía la llegada de un nuevo asistente, Garci López de Madrid, con la cual concluía el despótico liderazgo del recién titulado conde de Fuensalida.

<sup>151</sup>. El 16 de marzo de 1475 los reyes enviaban a la ciudad una carta de agradecimiento por su fidelidad; una copia de este documento se halla en B.N., Ms., nº 13.110, fol. 97; publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 280-281.

gobernador Pedro López de Ayala<sup>152</sup>. El apoyo de Toledo a los nuevos reyes, en consecuencia, se debía en buena medida a los líderes del bando de Silva; y de modo semejante a como hemos visto que actuó Enrique IV con Pedro López de Ayala en 1468, la reina Isabel premió a sus buenos servidores de Toledo entregándoles el 27 de mayo de 1475 “*la governaçon e guarda della*”<sup>153</sup>.

En el documento de nombramiento la reina concede a los dos co-gobernadores atribuciones similares a las que Enrique IV había otorgado a Ayala unos años antes. La “*guarda*” de la Ciudad tenía connotaciones militares evidentes, ya que el conde de Cifuentes y su tío recibían el cargo del alcázar y de las puertas de la ciudad, y que los toledanos quedaban obligados a darles “*todo favor e ayuda que para ello vos pidiesen e menester ovieren*”, incluyendo en tal obligación las velas y rondas que ordenasen cumplir los gobernadores. Salvo las penas que Silva y Ribera podían imponer en caso de desobediencia, las atribuciones judiciales no se explicitan en el documento con la claridad que presentaban en el nombramiento de Pedro López de Ayala, quizá por el hecho de que el conde de Cifuentes y el señor de Montemayor no estaban previamente dotados, como el alcalde mayor Pedro López, de autoridad judicial<sup>154</sup>. Por lo demás, a los co-gobernadores se les facultaba para expulsar de la ciudad a personas conflictivas de la ciudad y para permitir la entrada en ella a las pacíficas que estaban fuera, siempre según su personal criterio.

Con la salvedad de los recortes en atribuciones judiciales y la, al menos aparente, ausencia

---

<sup>152</sup>. Sobre la lucha de bandos en este periodo, vid. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 117-124.

<sup>153</sup>. El nombramiento de gobernador compartido por Juan de Silva y Juan de Ribera se conserva en A.M.T., A.S., caj. 5, leg. 6, y ha sido publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 288-289.

<sup>154</sup>. Las posiciones que los miembros de los linajes Ayala y Silva ocupaban en el Gobierno toledano

de los co-gobernadores en la presidencia de los ayuntamientos, el control de los resortes del poder por parte de éstos era similar al que disfrutó años antes Ayala. E igual que en el caso de aquél, los nuevos gobernadores gozaron poco tiempo del cargo, ya que después de su nombramiento no figuran como tales. El 1 de enero de 1476, Isabel I dirige sendas cartas a Juan de Silva y a Juan de Ribera solicitándoles que procuren la pacífica recepción de Alfonso Carrillo en el Regimiento de Toledo<sup>155</sup>; tal solicitud sólo es comprensible si se dirigía a personas de gran autoridad, y sin duda los receptores lo eran, pero en estas cartas Silva y Ribera no eran intitulados gobernadores, habiendo sido nombrados como tales solamente siete meses antes.

#### 2.4.4. La brevedad de los gobernadores y el éxito de la Gobernación en Toledo

Se puede presentar un argumento bastante razonado para explicar el por qué de la breve duración de los gobernadores de Toledo en el cargo. Hay que partir de que los que ocuparon tal oficio estaban implicados directamente en los enfrentamientos locales y que recibieron la Gobernación en momentos extraordinariamente convulsos. Estos hechos nos llevan a pensar que los nombramientos de gobernador para Toledo eran disposiciones puramente coyunturales que servían para garantizar una paz en la ciudad forzada por la imposición de un bando sobre otro, y de ahí la característica facultad que tuvieron los gobernadores toledanos para expulsar a las personas que ellos, discrecionalmente, consideraran molestas para la conservación del orden.

---

han sido estudiados anteriormente; los oficios de los Ribera se estudiarán en el siguiente capítulo.

<sup>155</sup>. Ambas cartas se conservan en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 17; la que recibió Juan de Silva como pieza 1 y la que se dirigió a Juan de Ribera como pieza 2.

La circunstancialidad de los nombramientos se expresa en que, poco después de efectuados, cuando la paz se había estabilizado, los nombrados no eran ya intitulados gobernadores. De hecho, los propios documentos de nombramiento no determinaban la duración del oficio, lo que dejaba en manos de la Monarquía la determinación del tiempo durante el cual consideraba gobernador al nombrado; se podía entender que desde el momento en que el gobernador no era intitulado como tal por el rey, podía considerarse cesado, aunque de hecho conservase una inmensa autoridad en Toledo, como realmente la conservaban tanto Ayala después de 1468 como Silva y Ribera después de 1475.

En su estudio sobre la institución, González Alonso considera a las gobernaciones de Toledo y Segovia del comienzo del reinado de los Reyes Católicos -ya se ha indicado- como reminiscencias de un pasado, el reinado de Enrique IV, en que la Gobernación era un oficio que se utilizaba circunstancialmente para poner fin a situaciones convulsas en ciudades y territorios concretos<sup>156</sup>. Como observa este agudo historiador del Derecho, la Gobernación tomó cuerpo como institución en el Reino de Galicia, el Marquesado de Villena y Canarias bajo el reinado de los Reyes Católicos, y más tarde en las Indias, ámbitos todos ellos en los que la figura del gobernador se hizo permanente y tomó caracteres cada vez más definidos. En Toledo, Segovia, Burgos y otras ciudades la Gobernación no fue más que un oficio extraordinario, constituyendo un ensayo para la consolidación posterior en tierras periféricas de la Corona de Castilla.

En Toledo, el empleo del gobernador, junto con la presencia de asistentes "extraordinarios" en el espacio de tiempo transcurrido entre la gobernaciones de Ayala y de Silva, encontró desde el punto de vista regio un enorme éxito, ya que tuvo como efecto la preparación de la Ciudad para la recepción del agente regio que había de marcar una larguísima época de

---

<sup>156</sup>. B. GONZÁLEZ ALONSO, *Gobernación y gobernadores*..., cit., p. 61-63.

intromisión de la Monarquía: el corregidor.

## 2.5. La regularización del control regio: Corregiduría y corregidores

### 2.5.1. La Corregiduría en Castilla

Aunque en Toledo apareció antes que el asistente y que el gobernador, hemos dejado el estudio del corregidor para el final, por ser éste el delegado que se impone en el aparato institucional del Gobierno toledano definitivamente a partir, como se ha señalado ya en varias ocasiones, de 1477. Antes de entrar en el análisis de la acción e identidad de los corregidores toledanos, creemos útil esbozar el surgimiento y la evolución de esta institución, y el efecto que tuvo sobre el Gobierno tradicional toledano; para ello nos serviremos de los dos trabajos clásicos sobre el corregidor: el de González Alonso y el de Bermúdez Aznar<sup>157</sup>.

El reinado de Alfonso XI se caracterizó por el intervencionismo de la Corona sobre las ciudades realengas. Fue este monarca el que creó, como veremos, los primeros regimientos, pero además a él se debe el surgimiento del delegado que a la postre se consolidaría al frente de las ciudades con la misión de inspeccionar, y corregir en su caso, la acción de los oficiales de justicia locales<sup>158</sup>. Los monarcas inmediatamente posteriores no hicieron apenas uso del nuevo oficio, Juan I volvió a utilizarlo con cierta asiduidad, pero sería un rey de tan fuerte personalidad como Enrique III quien encontraría en la Corregiduría un valioso instrumento para actuar sobre los

---

<sup>157</sup>. B. GONZÁLEZ ALONSO, *El corregidor castellano.....*, cit.; y A. BERMÚDEZ AZNAR, *El corregidor en Castilla.....*, cit.

<sup>158</sup>. A. BERMÚDEZ AZNAR, *El corregidor en Castilla.....*, cit., p. 55, presenta el surgimiento de este oficial como fusión de los tradicionales veedores, enmendadores y corregidores de Alfonso XI.



gobiernos locales, convulsos por los endémicos enfrentamientos locales<sup>159</sup>. El desgobierno y la ineficacia de la justicia local fueron una y otra vez los argumentos esgrimidos por la Monarquía para introducir los corregidores en los gobiernos locales, cuya resistencia fue progresivamente cediendo a lo largo de los reinados de Juan II y Enrique IV. No obstante, en el siglo XV se produjeron fuertes tensiones entre la Monarquía y las ciudades al enviar aquella un corregidor, como veremos en el caso de Toledo. Bajo el reinado de los Reyes Católicos ya sólo queda resignación por parte de las ciudades ante la llegada de estos delegados regioes.

La Corregiduría constituía un ataque frontal a los fueros locales, al modo tradicional de gobernarse las ciudades castellanas, un golpe mortal a las autonomías urbanas y un síntoma inequívoco de los nuevos tiempos, del período de cristalización de un Estado moderno que tendía a acrecentar el poder regio y a someter todos los estamentos del país a una todopoderosa Monarquía. El primer y fundamental efecto que la Corregiduría tenía para los gobiernos urbanos tradicionales, y en particular para el de Toledo, era la suspensión de los altos oficios de justicia local, que, una vez nombrado el corregidor por el rey y aceptado por la Ciudad, debían entregar a éste las varas de la justicia -símbolo del poder local- para que él se convirtiera en su depositario y repartiera discrecionalmente los oficios de justicia entre personas de su confianza, normalmente expertos en Derecho que llegaban con él a la ciudad<sup>160</sup>. Así pues, una vez que se instala el corregidor en Toledo, los dos alcaldes mayores y el alguacil mayor entregan las varas de la justicia a aquél y pierden la efectividad de sus oficios, pero conservan sus títulos, y con ellos el honor y

---

<sup>159</sup>. E. MITRE, *La extensión del régimen de corregidores en el reinado de Enrique III de Castilla*, Valladolid, 1969, p. 21, señala que estos oficiales del rey Enrique son utilizados particularmente en regiones lejanas al centro peninsular, como Andalucía, Murcia y Vasconia.

<sup>160</sup>. B. GONZÁLEZ ALONSO, *El corregidor castellano*..., cit., p. 91-94; A. BERMÚDEZ AZNAR, *El corregidor en Castilla*..., cit., p. 142.

las rentas que llevan aparejados<sup>161</sup>. El corregidor, por su parte, nombraba un alcalde mayor y un alguacil mayor: el primero actuaba como lugarteniente del corregidor en la administración de justicia<sup>162</sup> y el segundo cumplía la misión de ejecutar las sentencias y vigilar el orden público; cada uno de ellos tenía a su servicio una serie de subalternos, alcaldes y alguaciles ordinarios. Tal y como siempre había sido, con la salvedad de que ahora el corregidor, y a través de él el rey, controla estrechamente toda la oficialidad local.

### 2.5.2. Atribuciones judiciales y gubernativas del corregidor

Como los oficiales tradicionales y los otros delegados regioes del siglo XV, los corregidores de Toledo reunían un conjunto de atribuciones que, según nuestra percepción moderna, podemos dividir en dos bloques: las de carácter judicial, más concretas; y las más amplias y vagamente definidas que podemos encuadrar bajo la denominación de competencias gubernativas. Nos hallamos nuevamente ante la indiferenciación de los conceptos de Justicia y Gobierno, o, por expresarlo de un modo más clarificador, ante la asunción de atribuciones

---

<sup>161</sup>. Ya hemos visto más arriba cómo los oficios mayores tradicionales se convirtieron, a partir de la instauración de la Corregiduría, en oficios honoríficos y, más tarde en “dignidades”. Al estudiar los grandes linajes -Ayala, Silva, Cárdenas- hemos observado cómo se patrimonializaron los oficios honoríficos.

<sup>162</sup>. La caracterización del nuevo alcalde mayor como lugarteniente del corregidor se comprueba por la multitud de documentos que los monarcas dirigen simultáneamente al corregidor toledano y a su alcalde mayor, entendiéndose que quien efectivamente cumple algunos de los cometidos del delegado regio es su colaborador. Sirvanos de muestra de esta indistinción la dirección de una orden de los Reyes Católicos a Pedro de Castilla el 12 de octubre de 1501: “a vos Pero de Castilla nuestro corregidor de la Çibdad de Toledo [...] o a vuestro alcalde mayor en el dicho ofiçio”; vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 59.

gubernativas por derivación de las judiciales. Comenzaremos analizando estas últimas para observar las competencias gubernamentales como derivadas y, en cierto modo, secundarias.

El corregidor era, en primer lugar, juez, el primer juez de la ciudad y tierra de que se hacía cargo; era el superior jerárquico de todos los oficiales de justicia del territorio. Actuaba a instancia de parte o de oficio, y sus sentencias, de obligado cumplimiento, las ejecutaba el alguacil mayor, su subalterno<sup>163</sup>. A veces el corregidor actuaba instado por una orden real específica, normalmente con la misión de llevar a cabo una pesquisa especialmente relevante para conseguir la buena armonía en la ciudad<sup>164</sup>. Así, el 10 de abril de 1494 los reyes Isabel y Fernando ordenaban a Pedro de Castilla, corregidor de Toledo, que se informase, para luego resolver, acerca de las actividades supuestamente ilícitas de los mercaderes de vino de Toledo; como en otras muchas ocasiones, la Monarquía emitía la orden de realizar la pesquisa a raíz de una queja del Cabildo de Jurados<sup>165</sup>. Si la actuación sobre las actividades de dudosa legalidad por parte de los mercaderes de vino pudiera parecer que no era de suficiente alcance, podemos referirnos a otra orden real, fechada ésta el 1 de septiembre de 1497, en que doña Isabel y don Fernando instaban a Pedro de Castilla a impedir que el vicario del Cabildo catedralicio de Toledo usurpara la jurisdicción de la Ciudad<sup>166</sup>.

En otras ocasiones el corregidor era requerido directamente por la Ciudad para actuar en su defensa. El 9 de enero de 1499 Toledo instaba a Pedro de Castilla para proceder contra el

---

<sup>163</sup>. A. BERMÚDEZ AZNAR, *El corregidor*..., cit., p. 174-176, recoge las principales atribuciones judiciales de este oficial.

<sup>164</sup>. *Ibid.*, p. 176-178, observa al corregidor como juez pesquisador que, por orden regia, debe reunir informaciones de testigos para proceder luego a emitir una sentencia.

<sup>165</sup>. La orden real a que hacemos referencia se halla en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 9/2, y en ella se expresa que la Monarquía se mueve a instancia del Cabildo de Jurados de Toledo.

<sup>166</sup>. Esta orden de los Reyes Católicos se conserva en A.M.T., C.C., caj. 3.

Cabildo de la Iglesia toledana por haber tomado preso a Alfón de Madrid, procurador de la Ciudad en el pleito que ésta mantenía frente al Cabildo por unos edificios del Alcaná<sup>167</sup>. Para enfrentamientos de mayor alcance, Toledo había de acudir a un juez comisionado especial que habilitaban los reyes para tal fin; en 1495 la Ciudad solicitó la restitución de los lugares que bajo el reinado de Juan II habían pasado a manos del linaje Sotomayor, titular del condado de Belalcázar, y para dirimir el pleito que surgió consecuentemente, los monarcas enviaron a la ciudad al licenciado Vela Núñez de Avila, juez comisionado de términos<sup>168</sup>.

Al corregidor se sometían los oficiales por él designados que hemos señalado, el alcalde mayor y el alguacil mayor; pero además, se subordinaban al corregidor de Toledo todos los alcaldes de los lugares de la Tierra, cuyas sentencias se hallaban sujetas a su posible revisión mediante la alzada<sup>169</sup>. Por encima del corregidor se situaban, por supuesto, el monarca y su Consejo, que podían castigarlo si al término de su actividad como delegado regio, descubrían que había cometido faltas; y la forma de descubrir estas faltas era el juicio de residencia<sup>170</sup>. El juez de residencia era otro comisionado regio que llegaba para conocer cómo habían usado de su oficio el corregidor y sus subordinados, una vez que aquél había sido cesado en sus funciones; mediante pesquisa, elaboraba un informe que servía a la Monarquía para proceder en el caso de que los

---

<sup>167</sup>. Una copia simple de este documento se halla en A.M.T., C.C., caj. 3. El Alcaná era el pequeño recinto fortificado de la ciudad en torno al Alcázar, donde, según se cree, se levantaba el conjunto palaciego de los reyes visigodos.

<sup>168</sup>. En A.M.T., Ms., sec. B, n° 244, se testimonian los autos del pleito en que se enfrentaban durante el año 1495 Toledo y los condes de Belalcázar. Este manuscrito forma parte de una amplia serie que recoge la pugna judicial entre la Ciudad y el linaje, un pleito que se había iniciado durante el reinado de Juan II y que concluiría bien entrado el siglo XVI; esta pugna judicial ha sido estudiada en la tesis doctoral de J. B. OWENS, *Despotism, Absolutism and the Law in Renaissance Spain: Toledo versus the counts of Belalcázar (1445-1574)*, Universidad de Wisconsin, 1972.

<sup>169</sup>. Así lo observa A. BERMÚDEZ AZNAR, *El corregidor*..., cit., p. 180-181.

<sup>170</sup>. B. GONZÁLEZ ALONSO, *El corregidor*..., cit., p. 100.

afectados merecieran recibir sanciones, entre tanto, el mismo juez de residencia hacía las funciones de corregidor interino<sup>171</sup>.

Si como juez, el corregidor se hallaba al frente de la Ciudad, como gobernante también estaba a la cabeza. En la documentación toledana, a este oficial se le nombra el primero dentro del conjunto de las autoridades, y siempre al margen de la Ciudad; los documentos reales expresaban el destinatario de forma muy expresiva en este sentido, dirigiéndose “al corregidor y Toledo”; asimismo, las cartas que los vecinos y las instituciones enviaban, iban destinadas a los “Señores Corregidor y Toledo”. En estas direcciones se observa, por un lado, la superposición del corregidor a las instituciones urbanas y, por otro, la marginalidad de este oficial, que corresponde a lo que hoy, en términos administrativos, llamaríamos “Administración Central Periférica”, o a lo que comúnmente se designa “Administración Territorial del Estado”, y no a la “Administración Local”; dos sectores que, aunque con distintos sistemas de denominación, entonces, como ahora, se hallaban bien diferenciados.

En todo caso, la “Administración Local” a que nos referimos se hallaba controlada por el corregidor (y, a través de él, por el rey), tanto a nivel judicial, ya lo hemos visto, como a nivel gubernativo. En este último ámbito, vemos al corregidor presidir los ayuntamientos, reuniones en que se expresaba visualmente la jerarquía de los oficiales de la Ciudad<sup>172</sup>. Esta atribución le permitía vigilar estrechamente las actuaciones del Gobierno toledano y, dado el caso, informar al monarca de las irregularidades que se cometieran, así como hacerle conocedor de posibles agravios contra la Corona en que pudiese incurrir aquél. La vigilancia del corregidor sobre la

---

<sup>171</sup>. Sobre esta institución vid. B. GONZÁLEZ ALONSO, “El juicio de residencia en Castilla: orígenes y evolución hasta 1480”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLVIII (1978), p. 193-247.

<sup>172</sup>. En el citado manuscrito del ceremonial urbano, el escribano Juan Sánchez de Soria señalaba que el corregidor tenía el privilegio de ocupar el lugar central de la cabecera de la Sala de los Ayuntamientos, bajo el palio aterciopelado que le hacía honor como representante del rey; vid. *Libro*

actividad administrativa se puede observar, concretamente, en una orden de los Reyes Católicos a Pedro de Castilla, en que le instan a tomar medidas para evitar el fraude, bastante corriente por otra parte, en la elección de fieles que se celebraba el primer día de marzo de todos los años<sup>173</sup>.

Como consecuencia de sus altas atribuciones judiciales, el corregidor era el primer responsable del orden en la Ciudad; muy significativamente se dirigia Cristóbal de Arenas, arrendatario de la cárcel real de Toledo, a Pedro de Castilla el 23 de noviembre de 1493, para solicitar la presencia continua de, al menos, cinco alguaciles ordinarios en la ciudad para mantener el orden<sup>174</sup>. Es lógico que al corregidor se dirigieran quienes pedían responsabilidades de orden público, ya que a este oficial, por ser quien designaba a los alguaciles, se le concebía como el garante de la paz urbana. Por otra parte, el concepto de orden público se encontraba estrechamente vinculado al de Justicia; así se observa en una carta que el Cabildo de Jurados remitió a la reina doña Juana a comienzos de diciembre de 1506, cuando se habían desatado fuertes disturbios como fruto del enfrentamiento que mantenían los partidarios del conde de Fuensalida (muy vinculado al difunto rey don Felipe) frente a los del corregidor Pedro de Castilla<sup>175</sup>; en esta carta, como en otras que el Cabildo de Jurados envió en aquel trance, se lamentaba que no había “justicia” en la ciudad, ya que los altercados entre uno y otro de los contendientes daban lugar a tropelias en las calles sin que se produjera una reacción firme por parte de las autoridades.

---

*del prudente gobierno....., cit., p. 37.*

<sup>173</sup>. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 361 r. - 362 r. Este documento ofrece una prueba evidente de un intervencionismo regio que no podía producirse a través de los oficiales mayores tradicionales.

<sup>174</sup>. A.M.T., C.C., caj. 3. El solicitante expresaba en la misma que la presencia de tal número de alguaciles en Toledo era preceptiva por ordenanza.

<sup>175</sup>. Una copia simple de esta carta se encuentra en A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 324 vto. Éste es uno de los varios documentos que el Cabildo de Jurados emitió en los dos últimos meses de 1506 para denunciar la tensa coyuntura política que padecía por entonces Toledo.

Los ejemplos que sobre las atribuciones judiciales y gubernativas del corregidor podríamos exponer son innumerables, pero conviene no abusar de ellos y pasar a estudiar la evolución de la Corregiduría toledana, en la que se verán otras muchas expresiones de las competencias de estos agentes del poder regio, y observar cómo a lo largo de la centuria de que nos ocupamos, la institución fue consolidándose. Este estudio evolutivo implica la observación de la actuación de cada uno de los sucesivos corregidores que llegaron a la ciudad del Tajo, las circunstancias políticas que en ella se encontraron y el modo en que actuaron para poner orden y paz entre los vecinos de Toledo, además de exponer lo que se conoce sobre su persona, estatus social, político y profesional. Partirá nuestro estudio de las primeras noticias que tenemos sobre la llegada de corregidores, correspondientes al reinado de Juan II, y concluirá con la atención al papel desempeñado por estos oficiales en los tiempos revueltos de las Comunidades.

### 2.5.3. El primer corregidor y el orgullo toledano

El primer corregidor que la Monarquía nombró para Toledo fue el doctor Alvar Sánchez de Cartagena, que no logró, sin embargo, tomar posesión de su cargo. El rey Juan II quiso imponerlo en 1421 para controlar efectivamente una ciudad que se le presentaba conflictiva. Recién llegado a la mayoría de edad, el rey don Juan tuvo que padecer la imposición del infante don Enrique, su primo, que se apoderó de su persona y de su Corte con la intención de beneficiar a los suyos<sup>176</sup>. Con la ayuda de Álvaro de Luna, el joven monarca logró, a finales de 1420,

---

<sup>176</sup>. Sobre ésta y otras acciones del infante don Enrique y de su hermano don Juan, que marcaron la

liberarse de la sumisión a que el infante le había relegado; el rey Juan fue recuperando enseguida su capacidad de acción, y respecto a Toledo tomó una actitud autoritaria. Los más altos oficiales de esta ciudad, el alcalde mayor Pedro López de Ayala y el alguacil mayor Pedro Carrillo, le había traicionado formando parte del partido del infante don Enrique, y para someter los residuos de la rebeldía decidió enviar un corregidor que había de tomar los oficios de tan discolos oficiales. La crónica de Fernán Pérez de Guzmán relata cómo el rey hizo llegar a Alvar Sánchez de Cartagena a Toledo con su provisión de nombramiento, pero los toledanos no lo quisieron recibir, expresando que *“aquellas cartas eran de obedecer por ser cartas del rey pero no de cumplir por quanto eran contra las leyes destos reinos las quales disponian que no se diese corregidor sin ser demandado”*<sup>177</sup>.

El argumento era correcto, puesto que en las Cortes de la época se había expresado en repetidas ocasiones, por parte del Tercer Estado, que el envío de corregidores a las ciudades debía ser precedido por la solicitud de éstas al rey; de otro modo, la Monarquía atentaría contra los fueros, aún fundamentales como fuente de Derecho local. En repetidas ocasiones, los monarcas aprobaron esta justa petición de las ciudades pero, una y otra vez, rompieron el compromiso adquirido o buscaron justificar el envío del corregidor con argumentos que las ciudades pudieran admitir.

En cuanto a la forma jurídica con que los toledanos rechazaron al corregidor Cartagena, no había nada que al respecto pudiera el rey objetar. El obedecer y el cumplir eran dos fases en el proceso de asimilación de las normas provenientes de la Monarquía por parte de las ciudades

---

historia política del siglo XV, puede consultarse el aún útil trabajo de E. BENITO, *Los infantes de Aragón*, Pamplona, 1952.

<sup>177</sup>. “Crónica del rey don Juan el segundo”, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, tomo III, ed. de C. Rosell, Madrid, 1953, año 15º, cap. XIX, p. 405.



castellanas<sup>178</sup>. El obedecimiento de la norma llevaba consigo su aceptación, el reconocimiento de la autoridad regia para emitirla y el propio reconocimiento del origen real del documento. En la documentación toledana podemos observar cómo eran recibidas algunas órdenes regias en los ayuntamientos: el escribano mayor leía o hacía leer la carta y, una vez escuchada, ésta era mirada y tocada por cada uno de los miembros de la reunión, con el fin de comprobar su autenticidad y su materialidad. Comprobado así el origen regio, los miembros del ayuntamiento, por estricto orden jerárquico, se posaban el documento sobre la cabeza, dando a entender que se sometían a esa orden, que le prestaban el debido “obedecimiento” como carta real que era. Obedecida ésta, reconocida así la autoridad del rey sobre Toledo, se daba paso a la expresión oral del cumplimiento, haciéndose así operativa la orden.

Sin embargo, en ocasiones sucedía que una orden que llegaba del rey agredía el fuero local. Y era en estos casos cuando al obedecimiento debido se podía añadir el no cumplimiento. Éste había de ser argumentado con una alusión a normas que el propio monarca había aprobado en Cortes, máxima expresión del encuentro rey y reino, foro en que las ciudades tenían ocasión de plantar cara al monarca y, a cambio de la aceptación de servicios, obtener de él un reconocimiento expreso de respeto hacia los fueros. Así, las ciudades podían afirmar que el rey había emitido una “carta desaforada”, que lesionaba el Derecho local<sup>179</sup>.

Cuando el desafuero de la carta regia se hacía evidente, y éste era el caso del envío de un corregidor contra la voluntad de los toledanos, la Ciudad podía decidir el no cumplimiento de la

---

<sup>178</sup>. Sobre esta fórmula y sus implicaciones en el proceso de imposición del Derecho regio sobre los fueros municipales, contamos con el interesante trabajo de B. GONZÁLEZ ALONSO, “La fórmula ‘obedézcase pero no se cumpla’ en el Derecho castellano de la Baja Edad Media”, *Anuario de historia del Derecho Español*, L (1980), p. 469-487.

<sup>179</sup>. Es ésta la expresión que recoge B. GONZÁLEZ ALONSO, “La fórmula...”, cit., p. 475. Los viejos cuerpos legales, el *Espéculo* y las *Partidas*, reconocían ya la posibilidad de promulgación de cartas reales “contra fuero”, *Ibid.*, p. 478.

orden. Pero el no cumplimiento no significaba la anulación de esa orden, sino la suspensión de sus efectos, la devolución de la norma a su emisor para que éste, ya advertido de su incoherencia, resolviese el asunto ateniéndose al Derecho; pero no sometándose al fuero local sino a la jurisprudencia creada por la propia institución monárquica en Cortes<sup>180</sup>.

De hecho, así debió suceder con el envío del primer corregidor a Toledo. Cartagena no llegaría a ocupar el cargo, pero Juan II logró introducir el agente apeteído. Tenemos constancia de ello por un trascendental documento fechado unos meses después del rechazo del corregidor Cartagena: el 10 de marzo de 1422, Juan II proveía las primeras juradurías toledanas, y el privilegio de provisión se dirigía a la Ciudad encabezada por un corregidor<sup>181</sup>. ¿Cómo había logrado el rey introducir este oficial en Toledo? Probablemente había llegado a un acuerdo con la oligarquía local.

Hay que tener en cuenta que en este contexto se había llevado a cabo una importante reforma municipal, que en su momento tendremos ocasión de analizar con detalle, que había dado lugar al nacimiento del Regimiento y del Cabildo de Jurados, cuerpos que permitieron el acomodo de los más importantes linajes de la ciudad en posiciones que garantizaban el anhelado control del Gobierno urbano por parte de éstos. Cabe entender la introducción de un corregidor, oficio eventual por entonces, como un simple vigilante de la correcta realización de la reforma, siendo

---

<sup>180</sup>. Así lo sostiene González Alonso, basándose en las sabias reflexiones de A. GARCÍA-GALLO, "La ley como fuente del Derecho en las Indias en el siglo XVI", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXI-XXII (1951-1952), reflexiones que muestran la deuda de las manifestaciones del Derecho colonial respecto al castellano medieval.

<sup>181</sup>. El original de este fundamental documento, que será repetidamente citado en nuestro trabajo, se conserva en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 4; algunas copias del mismo se hallan en varias signaturas del mismo archivo: A.C.J., libro 49, fol. 1 r. - 3 r.; A.C.J., Orig., nº 1-2; y Ms., sec. B, nº 120, fol. 265 r. - 266 vto. Ha sido publicado por A. MILLARES, "El libro de privilegios de los jurados toledanos", *Anuario de Historia del Derecho Español*, IV (1927), p. 458-461, y por F. J. ARANDA, *Poder municipal y Cabildo de Jurados en Toledo en la Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*, Toledo, 1992, p. 151-155.

necesario su cese cuando ésta se hubiera consolidado. Y es un hecho comprobable que la duración del oficio no se prolongó por mucho tiempo; aún permanecía el corregidor el 14 de julio de 1423, cuando Juan II, completando la reforma señalada, regulaba el reparto de algunos oficios municipales entre regidores y jurados<sup>182</sup>. Los oficios que se repartían -fielejecutoria, contadurías y algunas fieldades- eran de tal calado político que no ha de extrañar que aún permaneciese el garante de la reforma.

Después de la fecha de este documento, sin embargo, la Corregiduría sería casi olvidada en Toledo durante varias décadas. La única aparición de un corregidor en esta ciudad tuvo lugar en 1427-1428, años en que conocemos un par de alusiones a Gómez García de Hoyos como titular del oficio. A través de sendas órdenes a dos agentes hacendísticos en Herrera (el arrendador Diego Rodríguez de Madrid y el receptor Rodrigo García) la Ciudad hacía llegar cierta cantidad de dinero al corregidor<sup>183</sup>.

---

<sup>182</sup>. Se conservan varios traslados de esta orden: uno, del mismo 1423, en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 5/1; otro, de 1436, en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 5/2; otro de 1445, en A.M.T., A.S., caj. 2, leg. 4, nº 1.

<sup>183</sup>. La orden a Diego Rodríguez se conserva en A.M.T., Ms., sec. B, nº 244, pza. 16/2.1; la que se dirigía a Rodrigo García, en A.M.T., Ms., sec. B, nº 244, pza. 16/4.1.

#### 2.5.4. La misión arbitral de Gómez Manrique

El siguiente corregidor, quizá el que dejara una impresión más imperecedera en esta ciudad, fue Gómez Manrique. Formaba éste parte de una de las más ilustres estirpes nobiliarias castellanas, los Manrique, asentados en tierras de la Meseta norte<sup>184</sup>. El padre de nuestro corregidor era el poderoso Pedro Manrique, adelantado mayor del Reino de León, notario mayor del Reino de León y señor de Amusco, Treviño, Paredes de Nava y otras importantes villas ubicadas al norte del Duero. Algunos de los hijos de Pedro Manrique y de Leonor de Castilla, su mujer, formaban parte del selecto grupo de nobles cuyo posicionamiento en las luchas políticas del siglo XV resultaba relevante en el desarrollo de los acontecimientos<sup>185</sup>.

El más conocido de los hermanos de don Gómez fue Rodrigo Manrique, inmortalizado en las célebres coplas que escribiera su hijo Jorge; don Rodrigo, que fue el primer conde de Paredes, llegó en los últimos años de su vida a convertirse en maestre de la Orden de Santiago y condestable de Castilla, con toda la influencia que estos cargos generaban. Diego Gómez Manrique, otro de los hermanos mayores, heredó los principales oficios del padre y se convirtió en el primer conde de Treviño; y otro más, Fadrique Manrique, se titulaba señor de Baños. Entre los hermanos que eran más jóvenes que nuestro Gómez, tenemos a Garci Fernández Manrique, señor de Las Amayuelas y también experimentado representante regio, ya que ejerció el oficio de corregidor en Salamanca, Toro, Zamora, Córdoba y Málaga; otro hermano, Íñigo Manrique, se

---

<sup>184</sup>. El estudio más completo sobre ellos es el de R. M. MONTERO, *Nobleza y sociedad en Castilla. El linaje Manrique (siglos XIV-XVI)*, Madrid, 1996. Sobre la implantación territorial del linaje contamos con "Los señoríos de los Manrique en la Baja Edad Media", *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 7 (1994), p. 205-258, artículo debido a la misma autora. Las informaciones sobre los parientes de Gómez Manrique que se expondrán a continuación se basan en la prosopografía del linaje que se incorpora como apéndice al primer trabajo mencionado de la doctora Montero Tejada.

<sup>185</sup>. Seguimos el trabajo de R. M. MONTERO, *Nobleza y sociedad*....., cit.

dedicaría a la carrera eclesiástica y llegaría a convertirse en arzobispo de Sevilla; en cambio Juan, más joven, se quedaría en canónigo de la catedral de Burgos y arcediano de Valpuesta; y Pedro, siguiendo otro camino, se titulaba señor de Ezcaray y ejerció algún tiempo como asistente en Sevilla. El propio Gómez Manrique fue señor de las modestas poblaciones de Villazopeque y Cordovilla, y, antes de ser corregidor en Toledo, había asumido el mismo oficio en Salamanca y Ávila y, aún más temprana el de asistente en Burgos.

Los Manrique, en su conjunto, fueron firmes defensores de los derechos de los Reyes Católicos frente a la minoría nobiliaria que se puso del lado de doña Juana y de su marido Alfonso V de Portugal<sup>186</sup>. La incondicionalidad de los Manrique explica la atribución de altas responsabilidades políticas que los reyes Isabel y Fernando hicieron a algunos miembros del linaje, entre ellos don Gómez, nuestro corregidor. Pertenecía éste, como su hermano Garci Fernández, a un caracterizado grupo de segundones del linaje que desarrollaron una brillante carrera profesional de servicio al frente de ciudades realengas<sup>187</sup>. Estos segundones son tratados en la documentación con la distinción de "contino", tratamiento que nos muestra la confianza regia en estos hombres. En 1477, año de la entrega de la Corregiduría toledana a Gómez Manrique, la confianza en los delegados regios era una cuestión de extrema necesidad, y nuestro corregidor supo estar a la altura de las circunstancias, como enseguida observaremos.

Al contemplar la Corregiduría de Manrique, que transcurrió sin interrupción a lo largo de trece años en una ciudad que hasta entonces no había soportado un agente regio durante mucho tiempo, hemos de preguntarnos por las razones que llevaron a tan prolongada comisión. Para

---

<sup>186</sup>. Sobre la guerra de 1475-1479 sigue siendo de gran utilidad el libro de T. AZCONA, *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y reinado*, Madrid, 1964, p. 211-277, donde se presenta con clarividencia el trasfondo político de este enfrentamiento nobiliario.

<sup>187</sup>. R. M. MONTERO, *Nobleza y sociedad*..., cit., p. 210-211. Ya hemos anotado el ejercicio, por parte de don Gómez, de las corregidurías de Salamanca y de Ávila, además de la Asistencia de Burgos.

explicarnos el porqué de su durabilidad, recordaremos las circunstancias de Toledo en el advenimiento de los Reyes Católicos al trono: contemplamos una ciudad agotada por las luchas entre facciones de la oligarquía, combates que en los últimos años del reinado de Enrique IV habían llegado a la cúspide de la violencia; una ciudad, por otra parte, acostumbrada a la intromisión de la Monarquía mediante el envío de agentes pacificadores, de árbitros que intentaban, desde la neutralidad, imponer el orden.

Pero hay que valorar el papel que en esta nueva pacificación, que a los ojos de los toledanos de entonces parecía definitiva, jugó un hombre de excepcionales dotes para el oficio que había de ejercer. Cuando llegó a Toledo, Gómez Manrique tenía a su favor la experiencia como agente regio en las ciudades de Burgos, Salamanca y Ávila, excelentes campos de ensayo para quien debía enfrentarse a la revoltosa ciudad del Tajo. La noticia conocida más temprana de la corregiduría toledana de Manrique se remonta al 20 de febrero de 1477, fecha en que los reyes Isabel y Fernando ordenaban a la Ciudad, ya presidida por don Gómez, que se nombrasen cogedores de alcabalas<sup>188</sup>; el mismo día, los monarcas ordenaban a Toledo que librase al nuevo corregidor 25.000 mrs. anuales de salario<sup>189</sup>.

Llama la atención la enorme diferencia entre este salario y el que por entonces percibía el conde de Fuensalida como alcalde mayor de la Ciudad, que ascendía en 1482, recordemos, a 318.000 mrs. por año<sup>190</sup>, pero esta diferencia debía compensarse con las rentas complementarias que generaba el oficio de corregidor, al margen del ahorro de importantes gastos corrientes del oficial, que corrían a cargo de Toledo, como comprobamos por un documento fechado el 21 de

---

<sup>188</sup>. El registro de Corte de este documento se conserva en A.G.S., R.G.S., 1477, II, fol. 300.

<sup>189</sup>. A.G.S., R.G.S., 1477, II, fol. 318. La orden se dirige, en particular, a los arrendadores de los propios de Toledo.

<sup>190</sup>. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 3, Data.

febrero de 1477, por el que la Ciudad ordenaba al mayordomo de Toledo que librase 5.000 mrs. al recién llegado corregidor para que alquilase una casa donde morar<sup>191</sup>. El oficio de corregidor, por otra parte, ofrecía a Manrique la posibilidad de acceder a sustanciosas rentas; el 26 de agosto de 1479 nuestro oficial era designado, junto con el jurado Francisco Núñez, para actuar como procurador de Toledo en las Cortes que el año siguiente tendrían lugar en esta ciudad, con las rentas que tal actividad generaba<sup>192</sup>.

Si prosiguiésemos con la relación de las actuaciones de Manrique al frente de la Ciudad, que conocemos por varias decenas de documentos, podríamos alargar nuestro discurso sin ninguna utilidad. Más conveniente será que nos detengamos para hacer una reflexión acerca de la adecuación de este oficial para Toledo en el tiempo que fue investido con la Corregiduría. Don Gómez era miembro de un linaje de primera fila, pero dentro de ese linaje ocupaba un lugar secundario, adecuado para emprender una carrera política como la que llevó a cabo junto a su hermano Garci Fernández. Así pues, Gómez Manrique, como bien ha expresado la doctora Montero Tejada, era un “corregidor de capa y espada”<sup>193</sup>, un hombre experimentado en las luchas de su tiempo y capaz de enfrentarse con los problemas de una ciudad envenenada por la violencia.

No es menos cierto que a la acción, para la cual se encontraba ya limitado por su considerable edad, Gómez Manrique acompañaba la reflexión. No hay que olvidar que nuestro corregidor formaba parte de un linaje en que brillaban algunos de los más grandes hombres de letras del siglo XV; en este aspecto, los más célebres fueron el propio Gómez y su sobrino Jorge

---

<sup>191</sup>. Este libramiento se apunta en A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 2, Data, nº 2.

<sup>192</sup>. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 6/5. Hay que apuntar que la representación en Cortes llevaba aparejado el mantenimiento de los procuradores por el tiempo que durara la asamblea.

<sup>193</sup>. *Nobleza y sociedad*..., cit., p. 211. Rosa María Montero sigue aquí la tipología establecida por B. GONZÁLEZ ALONSO, *El corregidor castellano*..., cit., p. 83.

Manrique<sup>194</sup>, guerreros y poetas ambos, prototipos del noble ilustrado del siglo XV, del que tan buenos ejemplos encontramos en Toledo. Como poeta, nuestro corregidor dejó magníficos testimonios de la reflexión sobre su profesión; en sus *Coplas para el señor Diego Arias Dávila, contador mayor del rey*, manifiesta su experiencia como administrador de justicia dando el siguiente consejo a su discípulo:

“El alcalde cadañero,  
atendiendo ser juzgado  
después del año pasado,  
en el judgar es temprado,  
ca teme lo venidero;  
pues si este tu poder  
no es de juro,  
nunca duermas no seguro  
de caer”<sup>195</sup>.

Conocía bien don Gómez el trabajo de los jueces de residencia, pero podemos creer que, más allá del pragmatismo del oficial experimentado, este corregidor tenía una fe profunda en la labor que ejercía como agente del Estado naciente y en la necesidad de que todo oficial en su función había de pensar siempre en el servicio público y no en sus intereses particulares. Así lo acredita la inscripción que salió de su pluma y que aún hoy adorna y ennoblece el Ayuntamiento de Toledo, una inscripción que expresa un mensaje que el corregidor Manrique dirigía a los oficiales de la Ciudad:

---

<sup>194</sup>. Una antología de la obra literaria de algunos miembros de este linaje se debe a J. ENTRAMBASAGUAS, *Los Manriques: poetas del siglo XV*, Zaragoza, 1962.

<sup>195</sup>. *Los Manriques...*, cit., p. 61.



*“Nobles, discretos varones  
que governays a Toledo:  
en aquestos escalones  
desechad las aficiones,  
codicias, amor y miedo:  
por los comunes provechos  
dexad los particulares:  
pues vos fizo Dios pilares  
de tan riquisimos techos,  
estad firmes y derechos”<sup>196</sup>.*

Hombre de Estado íntegro, Gómez Manrique era el corregidor que convenía a Toledo en el delicado momento en que fue nombrado. Ya hemos señalado su experiencia en oficios semejantes y su fidelidad sin tacha a los nuevos monarcas. Hemos de añadir que en nuestra ciudad este corregidor era particularmente adecuado por sus relaciones equidistantes con los cabecillas de las facciones en pugna: los Silva y los Ayala. Con los condes de Cifuentes le unía una trayectoria política común de apoyo constante a los hijos de Juan II e Isabel de Portugal: primero a don Alfonso, hasta su muerte en 1468; luego a doña Isabel, a la que sirvieron los Silva y los Manrique desde el primer momento. Teniendo en cuenta que fue Juan de Silva el promotor de la inmediata adhesión toledana a los nuevos reyes, arrinconando así en su posición distante a Pedro López de Ayala<sup>197</sup>, podría pensarse que con el envío de Manrique los reyes pretendieran el definitivo desplazamiento de los Ayala. Para mostrar que no era este el objetivo de los monarcas hemos de considerar las vinculaciones que existían entre el nuevo corregidor y el conde de

---

<sup>196</sup>. Esta inscripción se halla reproducida en el viejo artículo de C. PALENCIA, “El poeta Gómez Manrique, corregidor de Toledo”, *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, XXII-XXIII (1943-1944), p. 36-37.

<sup>197</sup>. La toma de posiciones en Toledo a la muerte de Enrique IV ya la hemos tratado al estudiar la Gobernación de Silva y Ribera.

Fuensalida.

Algunos años antes de la llegada de don Gómez a Toledo se habían establecido lazos de parentesco entre los Ayala y los Manrique. En 1469 el alcalde mayor Pedro López casó a su hija Elvira de Castañeda nada menos que con Rodrigo Manrique, el miembro más notable de este linaje<sup>198</sup>. El poeta Jorge Manrique, hijo de un matrimonio anterior de don Rodrigo, casaría con Guiomar de Meneses, la menor de las hijas del primer conde de Fuensalida<sup>199</sup>. Así pues, Gómez Manrique había de tratar con el suegro de su hermano y de su sobrino; no era un parentesco que obligara, pero sí existía una vinculación que habría de facilitar el pacto de Ayala con Gómez Manrique y, a través de éste, con los Reyes Católicos.

El pacto entre la Monarquía y cada uno de los grandes linajes nobiliarios de Castilla era un objetivo que doña Isabel y don Fernando se proponían realizar, evitando el siempre ineficaz reparto de premios que seguía a la pacificación de los conflictos<sup>200</sup>. Y sería precisamente Gómez Manrique la persona que se encargaría de garantizar la realización de ese difícil pacto con los “vencidos” Ayala. Desde el acceso al trono de los Reyes Católicos hasta la llegada del corregidor, el linaje condal de Fuensalida tuvo que someterse a las exigencias de sus tradicionales enemigos, los Silva, expresadas éstas en las complejas capitulaciones matrimoniales negociadas en la primavera de 1475, sustanciadas en una serie de acuerdos en torno al desposorio entre los aún menores Pedro López, nieto del conde de Fuensalida, e Inés de Ribera, hija del señor de

---

<sup>198</sup>. La noticia de este enlace se encuentra en la crónica de L. SALAZAR Y CASTRO, *Historia genealógica de la Casa de Silva*, Madrid, 1685, p. 210-211.

<sup>199</sup>. La política matrimonial de Pedro López de Ayala, primer conde de Fuensalida, ha sido estudiada en mi trabajo *Los Ayala de Toledo...*, cit., p. 30-31.

<sup>200</sup>. Así se expresa, en este sentido, L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Nobleza y Monarquía...*, cit., p. 259: “El sistema de pactos tenía además un objetivo: destruir e impedir las ligas de nobles. Cada uno de los grandes establece un acuerdo sinalagmático con el rey, mediante el cual fija sus respectivas obligaciones”.

Montemayor y prima-hermana del conde de Cifuentes<sup>201</sup>. No entraremos aquí en los pormenores de estas capitulaciones; nos limitaremos a señalar que expresan de manera muy evidente la posición ventajosa que en aquel momento disfrutaban los Silva<sup>202</sup>.

El nombramiento de Gómez Manrique suponía un freno a los abusos que en aquel tiempo comenzaban a cometer los Silva, aprovechando la posición de debilidad de los Ayala, abusos que sin duda producirían nuevos enfrentamientos. De hecho, recién llegado el corregidor, el 15 de marzo, se percibe ya la recuperación del bando sometido; en aquella fecha, Gómez Manrique es comisionado por los monarcas para atender una queja del conde de Fuensalida contra ciertos alcaldes de la Hermandad Vieja de Toledo que procesaban a unos escuderos suyos<sup>203</sup>. En los meses siguientes, seguirían las reclamaciones de los Ayala y las subsiguientes actuaciones del corregidor, teniendo este proceso como resultado el reajuste de las posiciones de una y otra facción y la progresiva pacificación entre ellas, logrando una convivencia impensable entre quienes tan fuertemente se habían combatido. Por lo demás, la actuación de Manrique como corregidor iría acostumbrando a los toledanos a la presencia de un oficial de esta naturaleza. Los principales linajes de la ciudad admitían su presencia como necesario pacificador, satisfechos algunos de ellos con las dignidades que les habían sido atribuidas, oficios perpetuos que generaban honor y

---

<sup>201</sup>. El 1 de abril de 1475 se iniciaban los acuerdos con el concierto del matrimonio; una copia del siglo XVII de éste se conserva en R.A.H., S.C., K-37, fol. 122 vto. Una nueva escritura de compromiso, fechada el 24 de mayo del mismo año, se halla, también en copia del siglo XVII, en R.A.H., S.C., K-37, fol. 123 r. - 125 r. Las capitulaciones matrimoniales se completaban con el juramento y pleito-homenaje firmados por ambas partes el 9 de junio de 1475; vid. R.A.H., S.C., K-37, fol. 122 vto. - 123 r.

<sup>202</sup>. Entre otras seguridades que los Ayala concedían, se pueden citar la cesión temporal del oficio de alguacil mayor de Toledo, la entrega en custodia del niño Pedro López, futuro conde de Fuensalida y la aceptación del oficio de alcaldía de las alzadas en manos del conde de Cifuentes. Los pormenores de este acuerdo, más que capitulaciones matrimoniales, han sido estudiados en mi trabajo *Los Ayala de Toledo*..., cit., p. 80-82.

<sup>203</sup>. Esta comisión se conoce por su registro en A.G.S., R.G.S., 1477, III, fol. 445.

sustanciosas rentas. Cuando Gómez Manrique murió, en 1490, la Monarquía no encontraría ningún problema para enviar un nuevo corregidor.

### 3.5.5. Pedro de Castilla y la consolidación del oficio

Pedro de Castilla, sucesor de Gómez Manrique, es el corregidor que durante más largo tiempo se mantuvo al frente de la Ciudad, entre 1490 y 1506. La noticia más temprana que poseemos del nuevo corregidor es de dudosa atribución a su persona, se data el 17 de marzo de 1490 y es una orden por la que el Consejo Real comisionaba a un Pedro de Castilla, alguacil del corregidor de Jerez de la Frontera Juan de Robles, para hacer residencia<sup>204</sup>. Es posible que este alguacil de Jerez fuera el futuro corregidor de Toledo y que, a través de su misión como juez de residencia, tomara contacto con nuestra ciudad, ya que, recordemos, un juez de residencia se convertía, de hecho, en un corregidor interino. Tenemos otra referencia de Pedro de Castilla fechada el mismo año de 1490: el 12 de julio de aquel año era comisionado por los reyes, junto con el comendador Ludueña, Francisco Luzón y otros, para emprender una pesquisa en el Concejo de Madrid, misión muy adecuada para un oficial de su talante<sup>205</sup>. Finalmente, y éste es ya un dato por el que podemos identificar sin sombra de duda a nuestro oficial, el 11 de febrero de 1491 Pedro de Castilla era nombrado por los monarcas corregidor de Toledo para el periodo

---

<sup>204</sup>. Conocemos esta orden por el registro de A.G.S., R.G.S., 1490, III, fol. 195.

<sup>205</sup>. A.G.S., R.G.S., 1490, VII, fol. 408.

de un año<sup>206</sup>. No tenemos evidencia de la prórroga de la comisión, pero la documentación toledana deja claro que Pedro de Castilla continuaría como corregidor durante muchos años más después de 1492<sup>207</sup>.

La labor de este oficial constituye una continuación de la que había emprendido Gómez Manrique. A lo largo de su ejercicio, al menos hasta la muerte de Felipe el Hermoso, Toledo prosiguió el periodo de relativa armonía que se había iniciado en 1477. Su mandato coincide con el periodo de regulación del oficio de corregidor en Castilla, primero a través de los capítulos de 1491 y más tarde mediante las normas de 1500<sup>208</sup>. Por lo demás, la abundante documentación sobre la actuación de Pedro de Castilla, de la cual hemos presentado un breve muestrario al comienzo de este apartado, nos lo dibuja como la cabeza de toda la acción local, como la encarnación de esa figura institucional que se iba convirtiendo en habitual para los toledanos.

Después de un prolongado periodo de tranquilidad, que sin duda sirvió para asentar la Corregiduría toledana, el mandato de Pedro de Castilla concluirá con nuevos enfrentamientos entre bandos, siendo el propio corregidor objeto de la cólera de algunos poderosos. Esta nueva convulsión tendría lugar con motivo de la actuación y, aún de modo más virulento, con la muerte del joven rey Felipe I, pero unos años antes la figura del corregidor Castilla sería ya puesta en entredicho por su injustificada intervención en la provisión de oficios locales. En 1501 el Cabildo de Jurados, que en principio había de ser el cuerpo político más satisfecho por la presencia del corregidor, protestó ante la Monarquía por la actitud de éste, acusándolo de atentar contra el

---

<sup>206</sup>. A.G.S., R.G.S., 1491, II, fol. 23.

<sup>207</sup>. No se tiene nueva noticia de Pedro de Castilla hasta el 7 de junio de 1493, fecha en que un vecino de Móstoles le solicitaba ciertas instrucciones; vid. A.M.T., C.C., caj. 1, n° 38.

<sup>208</sup>. Los capítulos de 1491, dirigidos a corregidores y jueces de residencia, fueron enviados a Toledo por los Reyes Católicos el 22 de septiembre de 1493; este envío, con las instrucciones, se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, n° 3. La norma de 1500 ha sido publicada por B. GONZÁLEZ

procedimiento tradicional de provisión de las juradurías. En respuesta a esta queja, el 12 de octubre de 1501 los reyes ordenaban a Castilla que respetara tal procedimiento, limitándose a cumplir con su cometido al respecto<sup>209</sup>.

Unos meses después se manifiesta una nueva actitud intervencionista del corregidor: el 11 de febrero de 1502, el regidor Alfón Ramírez de Villaescusa solicitaba al Cabildo de Jurados que informase a los reyes acerca del acuerdo que Pedro de Castilla había establecido con ciertos regidores que intentaban arrebatarle el banco<sup>210</sup>. El intervencionismo en los dos cuerpos gubernativos -Regimiento y Cabildo de Jurados- no presagiaba nada positivo, dado el celo corporativo de estos colectivos. Por lo que sabemos, Gómez Manrique se había mostrado escrupulosamente respetuoso con los privilegios de los jurados y ante las rencillas personales de los regidores.

No sabemos, en todo caso, cuál era el objeto de las acciones que despertaron la animadversión de los oficiales locales, y es posible que Pedro de Castilla, celoso en su función, interviniera para evitar corruptelas en la provisión de las juradurías y para frenar la actitud prepotente de algún regidor. Más allá de la posible justificación de la intromisión de Castilla, estos roces delatan una notable elevación de la temperatura política en Toledo que no se va a detener fácilmente.

En 1504 el corregidor tendría un nuevo tropiezo con el Cabildo de Jurados: a juzgar por lo que la documentación expresa, Pedro de Castilla no contaba con los jurados para la realización

ALONSO, *El corregidor castellano*..., cit., como apéndice documental.

<sup>209</sup>. La orden se conserva en un traslado fechado el 29 de octubre del mismo año; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 1, nº 2; otra copia, en traslado fechado el 18 de agosto de 1526, en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 29. En el siguiente capítulo, al estudiar la provisión de las juradurías, volveremos sobre este conflicto.

<sup>210</sup>. La súplica del regidor Villaescusa se halla en A.M.T., A.C.J., Varia, nº 10; vid. Apéndice Documental, nº 13.

de algunos actos en los que la presencia de éstos era preceptiva para el correcto cumplimiento de sus funciones de servir a la Monarquía y velar por los intreresees del Común de los toledanos. El 24 de abril de aquel año los reyes ordenaban al corregidor que permitiese la presencia de, al menos, un jurado en los momentos en que fuese abierta el arca de las escrituras<sup>211</sup>, mueble en que se depositaban los más relevantes documentos de la Ciudad. De no haber un jurado presente se habría excluido simbólicamente la participación del Común de Toledo, representado, al menos en teoría, por el Cabildo de Jurados.

#### 2.5.6. La duplicación de los corregidores en la crisis de 1506

Ante la creciente incomodidad de los toledanos frente al corregidor, el rey don Fernando tomó una medida extraordinaria en los días en que la reina doña Isabel se hallaba en el lecho de muerte. El monarca, sintiendo la debilidad de su posición ante la inminente desaparición de su esposa y conociendo la intachable fidelidad a su persona por parte del corregidor de Toledo, decidió apoyar la consolidación de Pedro de Castilla en la Ciudad, entregándole la tenencia de la Puerta Bisagra<sup>212</sup>. Pretendía así fortalecer su posición, ya manifiestamente débil ante la nobleza del reino, en una ciudad esencial como Toledo, y lo hacía cimentando la primacía de un oficial particularmente fiel. Pero era entonces un hecho que algunos poderosos de Toledo estaban

---

<sup>211</sup>. El original de la orden, consevado por el Cabildo, lo encontramos hoy en A.M.T., A.C.I., Orig., nº 65.

<sup>212</sup>. A.G.S., C.S., T.F., leg. 5, pza. 3. Esta signatura incluye los libramientos de salario para los años 1504 y 1505.

esperando el momento para lanzarse al asalto de poder, y el intento de reforzar la posición del corregidor no haría sino acentuar sus temores y sus ansias de acabar con él. Así, el momento del asalto llegó, para los toledanos incómodos con la nueva situación, con el acceso al trono de doña Juana y de su marido el archiduque de Austria don Felipe. La escasez de fuentes útiles y la siempre lamentable pérdida de las actas de los ayuntamientos dificultan el conocimiento y, más aún, la interpretación de este tumultuoso período en la ciudad del Tajo, que transcurre entre los últimos días de 1505 y los primeros de 1507 y que protagonizaron el corregidor Castilla y el alguacil mayor Ayala, pero en el que también se vieron envueltos muchos otros miembros de la oligarquía toledana y alguna destacada institución como el Cabildo de Jurados<sup>213</sup>.

Es posible que el afán intervencionista de Pedro de Castilla desempeñara un papel importante en el origen de las violencias toledanas de 1506, pero consideramos que tuvieron mucho mayor peso las circunstancias políticas locales, en estrecha relación con las castellanas, en particular el anhelo de algunos poderosos por recuperar el terreno perdido bajo el reinado de los Reyes Católicos<sup>214</sup>. La nobleza, ya lo hemos mencionado, hubo de someterse al sistema de pactos que promovió la Monarquía, pero sus ambiciones se hallaban solamente dormidas. Algunos nobles que habían tenido que soportar el recorte de sus rentas y señoríos intuyeron que con el cambio de monarcas se les presentaba la oportunidad esperada para rehacerse. En los últimos días de noviembre de 1504 murió la reina Isabel, dejando la corona en manos de su hija Juana y su yerno

---

<sup>213</sup>. Es posible que una minuciosa exploración de la documentación privada de la época y la deseada recuperación de algunas escrituras consideradas hoy perdidas ofrecerían datos muy esclarecedores sobre la oscura fase toledana que se corresponde con el reinado de doña Juana y Felipe el Hermoso.

<sup>214</sup>. M. A. LADERO, "El sistema político en la Monarquía castellana de los Reyes Católicos: Corona, nobleza y ciudades", *Actas del Congreso "Hernán Cortés y su tiempo"*, Mérida, 1987, p. 509, subraya el hecho de que algunos nobles habían permanecido ajenos a la Corte durante este reinado y se sentían resentidos y dispuestos a luchar para recuperar la posición perdida.



Felipe de Austria, pero debiendo éstos gobernar con los consejos de Fernando de Aragón<sup>215</sup>.

Muy pronto, los descontentos del reino, fundamentalmente nobles, buscaron la vinculación del archiduque de Austria don Felipe, en el empeño de intentar arriconar al rey de Aragón. El nuevo monarca contó enseguida con la colaboración en Toledo del conde de Fuensalida, que encabezaba la facción de aquéllos que buscaban la recuperación de la influencia perdida: para su llegada a Castilla, Felipe el Hermoso ordenó a Pedro López de Ayala que tuviera preparadas cincuenta lanzas para su servicio<sup>216</sup>; mas tarde, ya asentado en el reino, el archiduque de Austria envió un nuevo corregidor a Toledo<sup>217</sup>. El nuevo corregidor fue instruido con órdenes concretas para desarrollar su acción en colaboración con el conde de Fuensalida<sup>218</sup>.

La colaboración de Ayala al nuevo oficial debía ser indispensable, puesto que era necesario forzar la salida de Pedro de Castilla, que con el nombramiento del nuevo agente había sido implícitamente cesado en sus funciones. La labor no era fácil, pues el corregidor Castilla contaba aún con el apoyo de Fernando de Aragón, un apoyo que se iba devaluando debido al rápido aislamiento político que iba experimentando el aragonés; pero Castilla disponía, además, de fuertes apoyos en Toledo, puesto que a finales del mismo año 1506 aún permanecía en la

---

<sup>215</sup>. Sobre el breve reinado del archiduque de Austria don Felipe, resulta de interés la reciente obra de R. PÉREZ-BUSTAMANTE y J. M. CALDERÓN, *Felipe I. 1506*, Palencia, 1995.

<sup>216</sup>. El embajador real Filiberto de Veyre comunicaba las órdenes reales a Pedro López el 23 de agosto de 1505; vid. A.D.F., Fuensalida, catál. 14, adición nº 3. Un año después, el agradecido rey don Felipe nombraba montero mayor al conde de Fuensalida; vid. A.D.F., Fuensalida, catál. 14, adición nº 3.

<sup>217</sup>. J. PÉREZ, *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*, Madrid, 1988, p. 375, señala que este corregidor -cuyo nombre ignoramos- debía ser acompañado a la ciudad por el marqués de Villena.

<sup>218</sup>. En el documento que el 27 de mayo de 1506 el rey Felipe envía desde La Coruña a Pedro López de Ayala se intuye la colaboración solicitada a éste; vid. A.N., A.D.F., Fuensalida, catál., 14, adición nº 2. El mismo día, el monarca ordenaba al Cabildo de Jurados de Toledo que prestara su obediencia al conde de Fuensalida en lo que de su parte les indicara; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 310 vto.

ciudad<sup>219</sup>. Es posible que el nuevo oficial no llegara nunca a su destino, ya que cambió de modo brusco la suerte de los privados del archiduque de Austria cuando éste murió repentinamente el 25 de septiembre de 1506. Rápidamente el rey don Fernando recuperó la influencia perdida, pero en Toledo Ayala y sus partidarios continuaron enfrentándose al persistente corregidor Castilla, que con el regreso del rey de Aragón se sentía más seguro.

Las luchas toledanas no se dirigían en aquel confuso año de 1506 contra un agente externo, como antes había sucedido, sino que cada bando en pugna apoyaba a un corregidor diferente: los Silva, los Ribera y los Padilla, entre otros, protegían a Pedro de Castilla, mientras el conde de Fuensalida y el marqués de Villena pretendían imponer al oficial nombrado por el rey don Felipe<sup>220</sup>. Las violencias comenzaron antes de la muerte del joven rey; ya durante el verano de aquel año el Cabildo de Jurados remitió diversas solicitudes con la intención de detener los desórdenes que estaban teniendo lugar. El 27 de junio encontramos la primera señal clara de alarma: aquel día, el Cabildo de Jurados se dirigía a Pedro López de Ayala, alguacil mayor de la Ciudad, para rogarle que pacificara a su gente y buscara un acuerdo de paz con el conde de Cifuentes<sup>221</sup>.

Convencidos de la ineficacia del recurso a los contendientes y sin querer dirigirse a ninguno de los dos corregidores simultáneos por la implicación de éstos en los desórdenes, los

---

<sup>219</sup>. Más adelante veremos que los Silva y otros importantes linajes sostenían a Pedro de Castilla.

<sup>220</sup>. La alineación de los linajes en cada una de las facciones la expresa a mediados del siglo XVI el cronista P. ALCOCER, *Relación de algunas cosas que pasaron en estos reinos desde que murió la reina Católica doña Isabel hasta que acabaron las Comunidades en la ciudad de Toledo*, ed. de A. Martín-Gamero, Sevilla, 1872, p. 20.

<sup>221</sup>. A.M.T., Ms., sec. B, n° 120, fol. 311 r. - 313 vto.. Nótese que el receptor de las reclamaciones de los jurados era el conde de Fuensalida, probablemente el principal instigador de las violencias, engrandecido por entonces por el pleno apoyo de la Monarquía. Además es significativo el hecho de que se dirigiera la solicitud a Pedro López por el hecho de ocupar el cargo de alguacil mayor de la Ciudad, debido a la imagen que este oficio tradicionalmente ofrecía de garante del orden público.

jurados, el 10 de julio, remitían al propio rey Felipe una carta informándole de la situación en Toledo<sup>222</sup>. Pero los enfrentamientos se sucedían sin que, al parecer, hubiera modo de poner remedio, y a principios de agosto de aquel año se producía el incidente más sobresaliente de esta serie de violencias: el anciano jurado diego Terrín era asesinado en un callejón por un grupo de hombres que, según más tarde insinuaba el Cabildo, habían sido enviados por el marqués de Villena para efectuar el delito<sup>223</sup>.

Es posible que el indigno asesinato, más doloroso si cabe por haberlo cometido sobre un anciano y físicamente indefenso oficial, hiciera recapacitar a los contendientes, o quizá al propio rey. En todo caso, no tenemos noticias de otros altercados hasta la muerte del monarca. Ya el 27 de noviembre un ayuntamiento de la Ciudad debatía acerca del mejor modo de llegar a la paz<sup>224</sup>. El mismo día el Cabildo de Jurados se dirigía a la reina Juana para informarle de la intención del conde de Fuensalida: éste pretendía tomar para sí las varas de justicia y nombrar alguaciles, simbolizando así la recuperación de la efectividad de su oficio de alguacil mayor y el rechazo de Pedro de Castilla<sup>225</sup>. El mismo 27 de noviembre, este corregidor, que debía ser ya el único que permanecía en la ciudad, solicitaba al Cabildo de Jurados ayuda armada<sup>226</sup>. La intervención de los

---

<sup>222</sup>. Se conserva una copia simple de este documento en A.M.T., Ms., sec. B., nº 120, fol. 309 r.

<sup>223</sup>. El 6 de agosto el Cabildo de Jurados remitía varias cartas a personas influyentes, entre ellas por supuesto el rey Felipe, informando de la muerte de Diego Terrín. Una copia simple de la carta dirigida al monarca, solicitando justicia, se conserva en A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 356 r. En este documento se especifican las circunstancias de la cruel muerte del jurado, llevado con engaño a un lugar retirado donde fue repetidamente golpeado con palos.

<sup>224</sup>. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 313 r.

<sup>225</sup>. Estas son sólo intenciones según el relato que encontramos en los capítulos que el Cabildo de Jurados entrega al jurado Tomé Sánchez para que informe a la reina; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 322 r. - vto. Por otros documentos sabemos que, de hecho, el conde de Fuensalida recorrió las calles de Toledo ostentando las varas de justicia; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 326 r. - vto., fol. 228 y fol. 324 vto; vid. Apéndice Documental, nº 15.

<sup>226</sup>. El bachiller Juan de Cañizares, alcalde, escribió por orden del corregidor esta solicitud, que se

jurados habría supuesto la movilización general del pueblo, dadas las atribuciones que en este campo tenía el Cabildo. Pero los jurados, bien por no comprometerse con uno de los bandos contendientes, bien por no tener claro que Castilla fuera el legítimo corregidor, se mostró esquivo ante la solicitud, pidiendo a su vez explicaciones al corregidor sobre las causas de su petición de auxilio<sup>227</sup>. Los jurados estaban convencidos de que Pedro de Castilla, marcado por su implicación en los altercados, no podía imponerse y seguir al frente de la ciudad, de modo que el 1 de diciembre de aquel año volvieron a informar a la reina sobre la situación<sup>228</sup>.

#### 2.5.7. Los corregidores posteriores

La solución definitiva partió de la Corte: doña Juana cesó a los dos corregidores por los que se habían desatado las hostilidades y el 4 de diciembre envió a un comisionado especial, el licenciado Gonzalo de Gallegos, para pacificar la ciudad, emprender una pesquisa sobre los pormenores de lo sucedido y castigar a los responsables<sup>229</sup>. La resuelta actitud de la reina llevó a establecer entre los caballeros toledanos un compromiso para la paz que tuvo lugar el 12 de diciembre de 1506, en el cual juraron y prestaron pleito-homenaje no sólo Ayala y los suyos, por un lado, y el conde de Cifuentes y sus secuaces, por otro, sino también Pedro de Castilla, que ya

---

conserva en A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 347 r.

<sup>227</sup>. El borrador de esta respuesta lo tenemos en A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 347 vto.

<sup>228</sup>. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 327 r. - vto.

<sup>229</sup>. Esta noticia la encontramos en A.N., A.D.F., Fuensalida, catál. 14, adición nº 1.

no se intitulaba corregidor<sup>230</sup>.

El nuevo delegado regio, Gonzalo de Gallegos<sup>231</sup>, fue comisionado de modo extraordinario para la pacificación de Toledo por noventa días. El 9 de febrero, cumplido el plazo establecido en la comisión, la reina lo prorrogaba en su misión por otros cuarenta días<sup>232</sup>; y aún después de cumplirse este nuevo plazo Gallegos seguía actuando en Toledo, puesto que el 27 de abril de 1507 la reina doña Juana le ordenaba que se informase sobre las intenciones de algunos caballeros desterrados e informase al Consejo Real acerca de su actitud, para que éste estudiase si era conveniente su reingreso en la ciudad<sup>233</sup>. No parece que permaneciera largo tiempo en la ciudad, quizá algunos meses y, en cualquier caso, con la misión específica de lograr un acuerdo entre los contendientes.

Lo que es seguro es que para el otoño el juez de residencia ya había dejado su oficio, puesto que un nuevo corregidor, Jaime Ferrer, era recibido por la Ciudad el 22 de octubre de 1507<sup>234</sup>. Unos meses antes, el 9 de febrero del mismo año, este oficial se había dirigido al Cabildo de Jurados de Toledo para solicitarle que velase por la justicia en la ciudad hasta que el rey don

---

<sup>230</sup>. El original de esta solemne concordia se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 27. Ha sido publicada por A. MARTÍN-GAMERO, *Historia de la ciudad de Toledo, sus claros varones y sus monumentos*, ed. facsimil, Toledo. 1979, p. 1069-1073; por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 305-310; y en mi libro *Los Ayala de Toledo*..., cit., p. 157-165.

<sup>231</sup>. En un documento del Cabildo de Jurados, fechado el 6 de enero de 1507, a este Gonzalo de Gallegos se le atribuye el oficio de juez de residencia; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 357 r. -vto.

<sup>232</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1 leg. 8, nº 21. En esta prórroga, doña Juana señalaba que Gallegos seguiría al cargo de la justicia de Toledo y recordaba la misión que se le había encargado de tomar residencia a Pedro de Castilla.

<sup>233</sup>. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 83.

<sup>234</sup>. A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 23, fol. 596.

Fernando llegase, puesto que no se encontraba en Castilla<sup>235</sup>. Observando que la datación de la carta de mosén Jaime Ferrer coincide con la fecha de la prórroga concedida por la reina al licenciado Gallegos como juez de residencia, se puede pensar en una intromisión de Fernando de Aragón en asuntos político que sólo correspondían a doña Juana. Por el final que encontramos en este tiempo de espera de Toledo sin corregidor, comprobamos que, si existió tal combate, la victoria fue de don Fernando, puesto que Ferrer era un hombre de su confianza. Lo que cabía sospechar por el nombre del corregidor, se confirma por una carta suya al licenciado Ronquillo fechada el 28 de mayo de 1516, cuando ya había dejado el oficio de corregidor de Toledo: en su escrito, Ferrer se quejaba amargamente de las injurias que sobre él pesaban, lo que consideraba *“pura malicia y vellaqueria y porque yo soy criado del rey catolico y pues no se pueden vengar en el quierense vengar en mi”*<sup>236</sup>.

Tenemos con ello una nueva prueba de la aversión toledana por un corregidor que, si en un primer momento había servido para ejercer el papel arbitral que de él se esperaba, algunos años después se hacían caer acusaciones de todo tipo para evitar nuevas prórrogas que consolidaran su persona al frente de la Ciudad. Jaime Ferrer, caballero catalán, valenciano o mallorquín de la confianza de don Fernando era una pieza más de la estrategia del rey de Aragón para recuperar el terreno perdido en Castilla a la llegada del rey Felipe, su yerno. En cuanto a su actuación como corregidor, no podemos afirmar que se hubiese producido ningún problema de extraordinaria importancia, nada que nos permita intuir la incubación de lo que cinco años después de su partida iba a convertirse en la más violenta rebelión de los toledanos contra su Monarquía.

---

<sup>235</sup>. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 82, pza. 1. Jaime Ferrer se dirigía a Toledo desde Torquemada, pero indicaba que el rey se hallaba con su flota (en Nápoles, hay que suponer) sin poder salir de puerto por el temporal que azotaba al Mediterráneo, pero dispuesto a embarcar en cuanto mejorasen las condiciones.

<sup>236</sup>. Conocemos esta carta de Jaime Ferrer, que se conserva en A.G.S., C.C., Pueblos, leg. 20, gracias

Al margen de otras noticias de su actuación, nos llaman la atención algunas órdenes reales que delatan el hecho de que el salario de este corregidor provenía de la Hacienda regia. El 22 de abril de 1509 la reina doña Juana ordenaba a los contadores mayores el libramiento de 308.000 mrs. anuales en favor de mosén Jaime Ferrer<sup>237</sup>. Un mes después, el 30 de mayo, el rey don Fernando ordenaba al toledano Francisco de Bargas, receptor de las penas de cámara, librar 15.000 mrs. cada año a su fiel corregidor<sup>238</sup>. En 1512, Jaime Ferrer permaneció cesado durante setenta y nueve días, tiempo durante el que otro delegado regio le tomó residencia; al término del plazo establecido, fue de nuevo proveído el corregidor, y en esta ocasión, Fernando de Aragón ordenó a sus contadores mayores que le fuese satisfecho su salario anual íntegro, como si hubiera ejercido los trescientos sesenta y cinco días<sup>239</sup>. Resulta extraordinariamente llamativo el hecho de que este corregidor sea pagado por la Monarquía, aunque quizá nuestra extrañeza se deba al hecho de aceptar sin dudas que el salario de estos oficiales proviniese de las haciendas locales. Como en otros aspectos de la intervención de la Realeza en las ciudades castellanas, la cuestión del salario debió ser variable, adaptable a las circunstancias en que se desenvolvían las relaciones con las diversas ciudades en distintos momentos. En todo caso, es un hecho comprobado que la Monarquía pagaba su salario a Jaime Ferrer y, aunque no sepamos por qué razón cargaron los monarcas con estos pagos, nos sirve para poner de manifiesto que no es aceptable la generalización acerca de oficios, como la Corregiduría, que todavía no se habían consolidado

---

a la transcripción que amablemente ha sido facilitada por la doctora Asenjo González.

<sup>237</sup>. A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 23, fol. 598. En la orden se señala que al mismo Ferrer la Hacienda regia le libraba otro salario por la tenencia que estaba a su cargo, refiriéndose probablemente a las fortalezas de Toledo.

<sup>238</sup>. A.M.T., C.C., caj. 1, n° 63. La orden de Fernando V se encuentra inserta en la orden emitida por Francisco de Bargas al receptor de las penas de cámara en Toledo, para que le fueran librados a Ferrer 15.000 mrs. por el año 1509.

<sup>239</sup>. La orden de Fernando el Católico se conserva, en copia autorizada, en A.G.S., E.M.R., Q.C., leg.

firmeramente a comienzos del siglo XVI.

Como más arriba se ha mostrado, conocemos la fecha exacta de la recepción de Jaime Ferrer en Toledo, pero además nos es posible establecer la fecha de su baja efectiva como oficial al frente de la Ciudad: el 10 de mayo de 1516 este corregidor entregaba las varas de justicia al licenciado Gallegos, que nueve años después había sido de nuevo nombrado para efectuar la residencia de un corregidor de Toledo<sup>240</sup>. Por la carta que más arriba hemos mencionado, fechada el 28 de mayo de 1516<sup>241</sup>, sabemos que los poderosos toledanos, particularmente el Cabildo de Jurados, dirigió contra Ferrer un buen número de denuncias ante el juez de residencia Gallegos, quizá porque su actuación en Toledo no se considerase justa, bien porque la oligarquía se resistía a la consolidación del oficio y, con ello, al cada vez menos soportable peso de la presión monárquica. Si entendemos la aversión toledana en este último sentido, estamos contemplando un precedente del movimiento comunero; si, además, observamos que a Ferrer se le considera “*extrangero destes reynos*”, acusación de la que él mismo se defendía ante Ronquillo, el precedente nos puede parecer más nítido.

Después del nuevo intervalo cubierto por el licenciado Gallegos llegó un nuevo corregidor a Toledo: Luis Portocarrero, conde de Palma, nombrado el 8 de noviembre de 1516<sup>242</sup>. Su ejercicio no debió ser tranquilo; su provisión fue suplicada por la Ciudad, solicitando a los reyes la revocación del nombramiento, pero éstos no cedieron y confirmaron su primera decisión el 23

23, fol. 599 – 600.

<sup>240</sup>. En un testimonio de autos de junio de 1516 se recoge la entrega de varas al nuevo “justicia mayor” de Toledo; vid. A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 35, fol. 581. En este acto, el licenciado Calderón, alcalde mayor de Ferrer, también hizo entrega de su vara.

<sup>241</sup>. A.G.S., C.C., Pueblos, leg. 20. Esta carta se dirigía al licenciado Rodrigo Ronquillo, alcalde de Corte que había servido a Ferrer en Toledo años atrás como alcalde mayor.

<sup>242</sup>. Afortunadamente hemos conservado el nombramiento inserto en su confirmación por la reina Juana y su hijo don Carlos, en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, nº 24; vid. Apéndice Documental, nº 18.



de noviembre de 1516<sup>243</sup>. Durante el primer año, las actividades de Portocarrero debieron desarrollarse en un clima de relativa normalidad, pues conocemos dos noticias del año 1517 que no salen de lo habitual: el 1 de mayo de aquel año, se testimoniaban las pesquisas que el Consejo Real le había ordenado hacer sobre las actividades supuestamente delictivas de algunos criados del deán del Cabildo de Santa María<sup>244</sup>; el 12 de noviembre del mismo año, Alonso de Salvatierra, alcalde mayor por el conde de Palma, se ocupaba de informar acerca de un nevo atentado de un eclesiástico toledano contra el poder real<sup>245</sup>. Al ser conocida la actividad del corregidor Portocarrero en 1517 por dos documentos que reflejan actos dirigidos contra eclesiásticos, podría dar la impresión de que aquél fue un año de luchas entre Ciudad e Iglesia, pero esto no es cierto y sólo podemos atribuir al azar el hecho de que hayan llegado hasta nosotros estas dos acciones del oficial y sus subalternos.

Sin embargo, esta aparente normalidad se rompió el año 1518, pues en la primavera de aquel año se debe fechar una nueva súplica de la Ciudad contra el nombramiento del conde de Palma<sup>246</sup>. La profesora Asenjo González ha reunido algunos datos sobre su persona y su fortuna, gracias a los cuales sabemos que Luis Portocarrero era un noble establecido en el Reino de Sevilla, territorio en el que se asentaba su patrimonio; comendador de Azuaga, de la Orden de Santiago, era uno de los caballeros de esta institución que más elevados ingresos declaraba en

---

<sup>243</sup>. *Ibíd.*

<sup>244</sup>. Este testimonio se conserva en un cuadernillo de 37 folios bajo la signatura A.G.S., C.C., D.C., leg. 40, nº 5.

<sup>245</sup>. El alcalde Salvatierra informaba sobre la apropiación, por parte del canónigo Pedro de Mendoza, de las llaves de la torre de la Iglesia de Toledo que el alcaide Francisco de Tamajón tenía por los reyes.

<sup>246</sup>. Esta nueva suplicación se conserva en A.G.S., C.C., Pueblos, leg. 20.; *vid.* J. M. NIETO (dir.), *Orígenes de la Monarquía Hispánica (ca. 1450-1520)*, Madrid, 1999, p. 483-486.

1505<sup>247</sup> declaraba parecer, las razones que argumentaba Toledo para recusar al oficial eran bastante dignas de tener en cuenta, ya que la base de su protesta era el hecho de que Luis Portocarrero se debía sentir implicado en los asuntos toledanos por estar casado con Leonor de la Vega, hija de Garcilaso de la Vega y Sancha de Guzmán, y hermana de Pedro Laso de la Vega, regidor y señor de Batres y Cuerva, futuro comunero de primera fila. Pariente cercano, en todo caso, de un linaje de caballeros implicado en las luchas de bandos que a menudo daban lugar en Toledo a combates sangrientos.

La pobreza de la documentación municipal de los años posteriores impide conocer datos sobre la Corregiduría toledana en una fase de la historia política de la ciudad de extraordinario interés debido al protagonismo que Toledo asumió en el movimiento comunero. Tenemos constancia de que el conde de Palma continuaba ejerciendo las funciones de corregidor en 1519, ya que el 4 de julio de aquel año una disposición de Toledo aparece encabezada por “*el conde corregidor*”<sup>248</sup>. El siguiente corregidor que llega a nuestra vista es Esteban Gabriel Merino, arzobispo de Bari y obispo de León, que fue el encargado de tomar Toledo para la Corona una vez que los comuneros fueron vencidos. Gracias a las cartas que el arzobispo envió a los gobernadores del reino y al propio monarca conocemos, además, algunos datos de la situación en Toledo durante los últimos meses de 1521, pero lo que nos interesa es constatar el papel de delegado regio que asumió Merino en aquel tiempo. El 29 de octubre del año a que nos referimos, el arzobispo notificaba a los gobernadores del reino que él mismo se iba a encargar de nombrar a los oficiales de justicia en la Ciudad, ya que a él le iban a ser inmediatamente entregadas las

---

<sup>247</sup>. M. ASENJO, “Aproximación al estudio de los patrimonios y fortunas de los caballeros de Santiago en Castilla, a comienzos del siglo XVI”, *Anuario de Estudios Medievales*, 28 (1998), aún por aparecer.

<sup>248</sup>. Se trata de la sanción a un vendedor de trigo por no haber entregado la mercancía que ya le había pagado la Ciudad; vid. A.M.T., A.S., caj. 3, leg. 3, n° 5, pza. 4.

fortalezas toledanas<sup>249</sup>. Tres días después, el 1 de noviembre, Merino notificaba al rey que la ciudad le había sido entregada a su persona<sup>250</sup>.

Debía sentirse desasistido el arzobispo cuando, unos días más tarde, insistía en una carta al monarca acerca de la necesidad de su presencia ante el desorden que tenía lugar en una ciudad vencida pero no disciplinada<sup>251</sup>; Merino manifiesta verdadera indignación ante el monarca cuando describe el caos que se observaba en Toledo y su reino: “*la infanteria que tenia [el prior de San Juan, que rindió la ciudad de Toledo para el rey] estan aposentados en tierra de Alcala y Talamanca y Huzeda comen a discrecion tienen asolada la tierra y todos los soldados que vienen de Valençia y de otras partes como hallan alli cuerpo sin alma vanse a juntar con ellos ay agora alli mas de siete mill harto buena gente*”. La ironía del arzobispo revela su disgusto por no poder dominar una tierra dejada de la mano de la Monarquía; el rey, debió buscar la compensación de los desvelos de Merino cuando el 21 de diciembre de 1521 ordenó a la Ciudad recibirlo como gobernador de Toledo<sup>252</sup>.

Ya conocemos las circunstancias que daban lugar a los nombramientos de gobernadores, por lo que resulta fácilmente deducible la corta duración de la comisión del arzobispo de León. En todo caso, la institución de la Corregiduría, sustituida circunstancialmente por la gobernación, se había asentado con fuerza en Toledo, y podemos aludir, como colofón al estudio de la evolución del oficio podemos a un documento, algunos años posterior a las Comunidades, que

---

<sup>249</sup>. A.G.S., P.R., caj. 2, nº 90, fol. 104 r. – vto. El arzobispo remitía este mensaje desde el monasterio de La Sisla, muy cercano a la ciudad.

<sup>250</sup>. A.G.S., P.R., caj. 2, nº 90, fol. 105 r.

<sup>251</sup>. A.G.S., P.R., caj. 2, nº 90, fol. 107 r. Debido a su expresividad y viveza, esta carta forma parte de nuestro Apéndice Documental, nº 19.

<sup>252</sup>. Esta orden, emitida por Carlos y su madre doña Juana, se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, nº 25.

muestra hasta qué punto la Corregiduría se había convertido en referencia permanente de la Ciudad: el 9 de febrero de 1524 el rey Carlos y su madre doña Juana ordenaban a la “justicia mayor” de Toledo el respeto al modo tradicional de provisión de juradurías, y lo hacían dirigiéndose a esa “justicia mayor” del siguiente modo: “*a vos el que es e fuere nuestro corregidor o juez de residencia de la Çibdad de Toledo*”<sup>253</sup>, dando por supuesto que sobre la ciudad del Tajo se situaba un oficial regio de tal categoría.

#### 2.5.8. Consolidación del oficio, salario y categoría social de los oficiales

Para finalizar el estudio de la Corregiduría vamos a señalar, a modo de conclusiones, tres aspectos: la perpetuación de la institución, el origen del salario de los titulares y la extracción social de los agentes. Acerca del primer punto que queremos subrayar hemos hecho ya algunas alusiones a lo largo del análisis evolutivo del oficio. Se ha afirmado que desde el comienzo de la Corregiduría de Gómez Manrique la ciudad estaba preparada para recibir un oficial dotado de notables poderes, debido a la experiencia precedente de asistentes y gobernadores todopoderosos. Pero quizá haya que reconocer algún mérito al propio Manrique, que en un período difícil supo asentar una institución que, a pesar de todo, era extraña para Toledo. Una sabia y, esto es fundamental, prolongada labor del oficial consiguió perpetuar una Corregiduría que ni siquiera se tambalearía en la fase extraordinariamente delicada del enfrentamiento entre Felipe el Hermoso y Fernando el Católico. En 1506, recordemos, la pugna local se centró en el debate sobre quién

---

<sup>253</sup>. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 59.

había de ser el corregidor, hecho que demuestra que la presencia de un oficial de este tipo ya había sido digerida por los poderosos toledanos. La orden real de 1524 que hemos citado<sup>254</sup> evidencia con toda nitidez esta realidad.

La segunda observación también ha sido apuntada en las páginas precedentes, pero aquí queremos insistir en la idea de que nos equivocamos si afirmamos que el salario de los corregidores se cargaba sobre los propios de la Ciudad, pero también erraríamos si creyéramos que el rey corría a cargo de la satisfacción del salario de estos oficiales toledanos. Parece más cauto y más cercano a la realidad que nos muestran las fuentes, creer que las circunstancias de cada momento se imponían a la hora de decidir quién había de pagar el salario de los corregidores. Hemos contemplado que a Manrique se le dio una cantidad para alquilar una vivienda donde morar en Toledo, pero nada sabemos de su salario, porque no hemos encontrado ninguna partida de gastos de la Hacienda local destinada a la satisfacción de quitaciones a los corregidores de Toledo. Sin embargo, el nombramiento del conde de Palma expresa con toda claridad una orden a Toledo que parece indicar lo contrario: “*que fagades dar e dedes al dicho nuestro corregidor este dicho anno otros tantos maravedis como aveys acostunbrado dar y pagar a los otros corregidores que fasta aqui han sido*”<sup>255</sup>. ¿Puro formulismo? En rigor, sí, porque ya hemos mostrado cómo la Hacienda regia cargaba con las quitaciones del corregidor Ferrer. Podía ser éste un caso excepcional, admitido por Fernando V para evitar el rechazo de los toledanos hacia un corregidor extranjero; sea como fuere, esta actitud del rey Fernando sirve para que nos demos cuenta de que las circunstancias políticas del momento obligaban a trastocar instituciones que no podemos atender desde un punto de vista demasiado rígido.

---

<sup>254</sup>. Vid. nota anterior.

<sup>255</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, nº 24, cit.; vid. Apéndice Documental, nº 18.

La tercera observación que extraemos de nuestro estudio atiende a la categoría social de los corregidores de Toledo: los cuatro que tenemos documentados eran nobles. Gómez Manrique pertenecía a uno de los más grandes linajes del reino, como hemos visto. Aunque no podamos establecer cuál era la ascendencia de Pedro de Castilla, reconocemos su categoría de caballero por el tratamiento que recibe y por el pleito-homenaje que presta en la concordia toledana de 1506<sup>256</sup>. En cuanto a Jaime Ferrer, contamos con un tratamiento esclarecedor, al cual hemos hecho ya alusión: “*el noble cavallero mosen Jaime Ferrer*”, con que se le refiere en una orden de su alcalde Diego de Rojas<sup>257</sup>. Y no cabe dudar de la condición nobiliaria de Luis Portocarrero, dado que se titula conde de Palma. Así pues, cuatro nobles, cuatro corregidores “de capa y espada” que atribuían los trabajos técnicos a alcaldes y otros subalternos expertos en Derecho, como el propio Diego de Rojas; cuatro caballeros, por otra parte, casi siempre ajenos a los problemas locales (aunque aquí habría que exceptuar, quizá, la actitud de Pedro de Castilla en la última fase de su corregiduría y la hipotética decantación del conde de Palma), sin obligaciones contraídas con las facciones toledanas, independientes, capaces de trabajar por la causa de la Monarquía, institución ésta que, sin lugar a dudas, obtuvo el mayor beneficio de la perpetuación de la Corregiduría.

---

<sup>256</sup> A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 27. En este documento se le trata a Castilla de “*muy noble sennor don*”.

<sup>257</sup> A.H.P.T., Protocolos, nº 16006, fol. 37 r.



## 2.6. Otros mecanismos de relación entre Ciudad y Monarquía

Al comienzo de este capítulo hemos afirmado que sería incompleto el estudio de la relación entre Ciudad y Monarquía teniendo solamente en cuenta los agentes que hacían presente el poder regio en Toledo. Es necesario, además, entrar en el estudio de otros vínculos que aquí hemos denominado “mecanismos de relación”, que desde muy temprano hicieron posible la fluidez de los contactos. Nos estamos refiriendo, en particular, a cuatro formas de relación:

- las mensajerías, forma ordinaria de vinculación,
- las Cortes, órgano estable de conexión entre rey y reino (y dentro de éste, las ciudades),
- las hermandades, de objetivos parecidos a las anteriores y de difícil consolidación,
- y la presencia de la Hacienda regia en Toledo y su Tierra.

### 2.6.1. Las mensajerías de la Ciudad

El primero de los mecanismos que hemos presentado, la mensajería<sup>258</sup>, ha sido hasta hoy un tema arrinconado por la Historiografía, de modo injustificado según nuestro punto de vista. Las relaciones entre ciudades y monarcas a través de mensajeros, aunque parezcan insignificantes

---

<sup>258</sup>. Estudiaremos aquí las mensajerías (entendidas éstas como el intercambio de mensajes entre Ciudad y Monarquía) desde el punto de vista de las relaciones institucionales, emplazando para el siguiente capítulo las cuestiones referentes a la composición de estas misiones, su dotación



en el complejo de los vínculos que nos ocupan, no lo son de hecho, ya que se nos presentan como el modo ordinario de contacto entre ambas instancias. Frente al carácter institucional de las Cortes y a la dificultad de establecer un modelo estable de hermandad de ciudades, las mensajerías representan la forma de relación cotidiana de la Monarquía con las ciudades; frente a la concepción colectiva de Cortes y hermandades, las mensajerías se nos aparecen como el modo de vinculación entre una ciudad y el monarca. El intercambio de mensajeros, sin duda, fue el mecanismo más eficaz con que ciudades y reyes contaron para su mutua relación. Curiosamente, siendo el mensaje uno de los documentos que con más frecuencia se utiliza al estudiar las vinculaciones entre estas instancias de poder, no hay quien se haya detenido a reflexionar sobre el valor y las formas de este mecanismo. Y hablamos de formas porque es importante diferenciar, al menos, entre los dos sentidos que las mensajerías presentaban: uno de la Monarquía a la Ciudad y otro de la Ciudad a la Monarquía; y entre dos agentes urbanos de esta comunicación: la Ciudad propiamente dicha y el Cabildo de Jurados, que, como veremos, tenía una marcada autonomía en este campo.

Las órdenes reales a Toledo solían llegar a través de mensajeros de la propia Ciudad, por el hecho de que estos apoderados, tras comunicar a los reyes los asuntos que Toledo quería hacer llegar, esperaban algún tiempo, normalmente uno o pocos días, la respuesta de los monarcas. Así lo podemos observar en una carta que los Reyes Católicos hicieron llegar a Toledo el 20 de abril de 1502, comunicando que el regidor Juan Niño, que era mensajero de la Ciudad, marchaba hacia Toledo para informar sobre lo que ellos, los monarcas, habían dispuesto acerca de la carta que les había presentado<sup>259</sup>. Este viaje de ida y vuelta del mensajero era, claro está, menos gravoso y más rápido para la comunicación, además de resultar más eficaz al ser gestionado el asunto por

---

presupuestaria y otros asuntos que corresponden a la parcela temática de los conflictos locales.

una persona bien informada. Otro testimonio de mensajería “de ida y vuelta” lo tenemos para 1519: Juan Carrillo había sido enviado por la Ciudad para que el rey don Carlos confirmase una norma toledana referente al vino, y en febrero de aquel año el mensajero regresaba a Toledo con la carta real correspondiente para que la Ciudad dispusiera guardarla<sup>260</sup>.

Es lógico que la iniciativa de las mensajerías partiera de la Ciudad, ya que los asuntos que exigían la comunicación con la Monarquía eran de interés esencialmente local. Y una buena prueba de este interés la encontramos en las confirmaciones de privilegios toledanos: cada vez que un nuevo rey accedía al trono, normalmente en ocasión de la celebración de Cortes, las ciudades abrían el arca de sus privilegios para presentárselos (hay que pensar que en forma de copia) al monarca y obtener de éste la correspondiente confirmación. Es por esto que las confirmaciones a Toledo suelen estar fechadas en los límites iniciales de los reinados o de la llegada a la mayoría de edad de los reyes que accedieron al trono en la niñez: en 1222 las de Fernando III, entre 1252 y 1254 las de Alfonso X, en 1333 las de Alfonso XI, en 1351 las de Pedro I, en 1367 (y en 1369 y 1371, además) las de Enrique II, en 1379 las de Juan I, en 1393 las de Enrique III o en 1475 las de los Reyes Católicos<sup>261</sup>.

Al interés de la Ciudad corresponde la carga de los gastos que entrañaban las mensajerías: era siempre Toledo quien corría con el costo de los viajes. En las cuentas de cargo y data de Mayordomía se aprecia este hecho, ya que en ellas encontramos algunos conceptos de la data en

<sup>259</sup>. Esta notificación real se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 2, n° 69, pza. 0.

<sup>260</sup>. La disposición de Toledo, que conocemos por una relación del siglo XVI, se fecha el día 15 de febrero de 1519; vid. A.M.T., Ms., ssec. B, n° 121, fol. 53 r.

<sup>261</sup>. Para comprobar la datación de las confirmaciones al comienzo de los reinados, basta con echar un vistazo a la larga serie de las confirmaciones de privilegios toledanas presentes en el Archivo Municipal de esta ciudad; una parte de estas confirmaciones ha sido publicada por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales.....*, cit.

que se especifica el desembolso realizado<sup>262</sup>. La mayoría de las mensajerías eran de corta duración y suponían un gasto relativamente discreto. Pero también había misiones de larga duración, en las que el mensajero, normalmente un hombre capaz, había de negociar algún asunto de interés para la Ciudad ante el monarca o, lo que era más corriente, ante alguna de las altas instituciones judiciales de la Monarquía, como el Consejo o la Chancillería.

Una larga misión de este tipo fue impulsada por el Cabildo de Jurados, en 1493, para tratar la defensa de la jurisdicción de Toledo. La primera noticia que tenemos de esta empresa es la indicación que se hace al jurado y mensajero Fernando de Segovia sobre lo que ha de comunicarse a los reyes<sup>263</sup>. El 8 de marzo de 1493 se lanzaba la misión con una serie de cartas en que el Cabildo avisaba de sus intenciones de enviar a Fernando de Segovia con el también jurado Alonso de Balmaseda para tratar sobre el asunto<sup>264</sup>. Poco más de dos semanas después, el 24 de marzo, Alonso de Balmaseda informaba al Cabildo del desarrollo de su misión<sup>265</sup>. El 2 de abril, el Cabildo remitía a los enviados algunas instrucciones sobre la defensa de la jurisdicción urbana que estaban realizando<sup>266</sup>.

---

<sup>262</sup>. Por poner un ejemplo, observamos que en el cuadernillo correspondiente al año 1457 el mayordomo Antón de Ayllón registraba 1.500 mrs. que se habían librado en favor del regidor Arias de Silva por una mensajería que había realizado ante Enrique IV; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 1, Data, nº 1.

<sup>263</sup>. Éste es un borrador con algunas instrucciones concretas que se ha conservado en A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 9.

<sup>264</sup>. Una de estas cartas se dirige a los propios reyes, y la conocemos por una copia simple conservada en A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 19/1. Otra se envió al corregidor Castilla; vid. A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 19/4. Algunas más, remitidas a otras personas interesadas, en A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 19/2, nº 19/5, nº 19/6 y nº 19/7.

<sup>265</sup>. A.M.T., A.C.J., Cartas, caj. 1, nº 3. Hay que suponer que los dos jurados-mensajeros contaban con un equipo de ayudantes, con funciones de mensajeros también, que se encargaban de la comunicación entre el Cabildo de Jurados y ellos mismos.

<sup>266</sup>. A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 26. Posiblemente los hombres que cubrían esta comunicación interna del Cabildo realizaban mensajerías "de ida y vuelta".

Ni conocemos bien el asunto jurisdiccional que gestionaban Segovia y Balmaseda ni sabemos cuánto duró su misión, pero es indudable que se prolongó durante más de un mes. Esta larga estancia en el exterior de los mensajeros suponía gastos de manutención de éstos y sus colaboradores, además de los gastos de gestión del asunto tratado y de comunicación con el Cabildo. Todo ello generaba un importante desembolso a los jurados, en este caso, pero en última instancia a la Ciudad, que era la que había de sufragar estas misiones con su patrimonio. En consecuencia, las mensajerías de larga duración eran muy poco frecuentes y sólo se justificaban por la gestión de asuntos de enorme interés para Toledo.

Pero el costo de las largas misiones no sólo recaía en las instituciones sino que los propios enviados padecían las consecuencias económicas de su trabajo. Así lo expresaba el jurado Juan Ortiz en una carta que envió al Cabildo desde Granada a fines del siglo XV: en ella, al margen de informar de la marcha del asunto que trataba ante el Consejo Real, solicitaba ser sustituido por otra persona, y justificaba su petición en el alto coste económico que le estaba suponiendo su prolongada misión, con el consecuente abandono de sus asuntos particulares<sup>267</sup>. Observando este problema, la Ciudad estableció el 30 de julio de 1515 un salario para los mensajeros a la Corte, que variaba dependiendo de la residencia de la misma y de la categoría del emisario: si la Corte se hallaba en Toledo o su Tierra, un mensajero regidor percibía 260 mrs. diarios, y un mensajero jurado 130; si la Corte se encontraba en otro ámbito territorial, el regidor se embolsaba 3.000 mrs. diarios y el jurado 1.500<sup>268</sup>.

Las mensajerías que partían de Toledo, bien de la propia Ciudad, bien del Cabildo de Jurados, eran minuciosamente preparadas. Comenzaban con la redacción de unas instrucciones,

---

<sup>267</sup>. A.M.T., A.C.J., Cartas, caj. 1, n° 8. Este documento puede fecharse en torno a 1498-1500, ya que en aquellos años coincidían como jurados Juan Ortiz y Alonso de Balmaseda, de los que se testimonio el ejercicio del oficio.

denominadas “capítulos” en la documentación, al mensajero o mensajeros que habían sido designados para llevarlas a cabo. Algunos de estos “capítulos” han llegado hasta nuestros días en forma de copias simples, quizá como copia que el escribano de la institución correspondiente (escribano mayor de los ayuntamientos o escribano del Cabildo) anotaba para tener constancia de la correcta realización de la misión, quizá como borrador que el propio mensajero llevaba consigo para recordar con detalle lo que había de tratar y que luego devolvía a la institución.

La más temprana instrucción de este tipo que conservamos corresponde al año 1493: es la que elaboró el Cabildo de Jurados para Fernando de Segovia en la primera misión de larga duración que hemos mencionado<sup>269</sup>, la cual se desarrolló en los más completos capítulos redactados en marzo de 1493<sup>270</sup>. En marzo de 1495 el Cabildo elaboraba de nuevo capítulos para ciertos mensajeros que habían de tratar con los reyes<sup>271</sup>. Pero los primeros capítulos conocidos de la Ciudad propiamente dicha a un mensajero son los que el 15 de febrero de 1496 instruían al regidor Diego Ramírez de Lucena<sup>272</sup>, capítulos a los que los Reyes Católicos se referirán un mes después, el 12 de marzo, dándolos respuesta<sup>273</sup>. Algún tiempo más tarde, pero aún en el siglo XV

<sup>268</sup>. Así se dispone según una relación del siglo XVI; vid. A.M.T., Ms., sec. B, n° 121, fol. 55 r.

<sup>269</sup>. A.M.T., A.C.J., A.C.C., n° 9. Se trata de los asuntos jurisdiccionales que el jurado Segovia y luego también el jurado Balmaseda habían de defender en la Corte.

<sup>270</sup>. A.M.T., A.C.J., A.C.C., n° 19/3. Se puede datar este documento en torno al 8 de marzo de 1493, fecha en que hemos visto que el cabildo ponía en marcha la misión. Hemos de Señalar en este punto que los capítulos de instrucciones para mensajeros presentan el inconveniente de no llevar fecha, debido a la pronta caducidad de su validez administrativa, pero pueden ser fechados de modo aproximativo por los asuntos tratados y por los nombres de los mensajeros a los que aluden.

<sup>271</sup>. A.M.T., Ms., sec. B, n° 120, fol. 284 r. - 287 r.

<sup>272</sup>. A.M.T., C.C., caj. 3, n° 83, y también A.M.T., Ms., sec. B, B, n° 244, pza. 36/1. Estos capítulos tratan del pleito que Toledo desarrollaba entonces con los Sotomayor por la jurisdicción sobre la comarca de Alcocer.

<sup>273</sup>. Los reyes hacían directa alusión a los “capítulos” en su provisión; vid. A.M.T., Ms., sec. B, n° 244, pza. 36/2.

probablemente, la Ciudad instruía al regidor Martín Vázquez de Rojas y al jurado Juan Ortiz con una serie de capítulos que señalaban peticiones diversas, referentes a la milicia y la hacienda locales, la Hermandad y la defensa de la jurisdicción en los Montes, entre otras cuestiones<sup>274</sup>.

Debia ser este tipo de contenidos, diversos, el más usual de las instrucciones a mensajeros. Lo menos corriente sería el tipo de capítulos a que nos hemos venido refiriendo, aquéllos que se centran en un asunto concreto. La escasez de este tipo documental no nos permite demostrar nada en este sentido, pero podemos imaginar que si se han conservado algunos capítulos “monográficos” es porque el asunto se estimaba lo suficientemente importante como para no deshacerse rápidamente de la prueba documental del procedimiento. Los capítulos de contenido diverso producían varios documentos reales como respuesta, de modo que la instrucción no se adjuntaría a ninguno de ellos porque no formaba parte de un solo “procedimiento administrativo”, por expresarlo en términos actuales, y, como consecuencia, su interés era menor. Suponemos, además, que predominaban numéricamente las instrucciones de diversidad temática porque, dado el alto coste de las mensajerías, si se podían tratar varios asuntos en una sola, el gasto efectuado se compensaba con una mayor rapidez en la resolución de los problemas.

---

<sup>274</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 4, nº 1.

### 2.6.2. Las Cortes y el orgullo toledano

La mensajería servía, hemos observado, para establecer una comunicación constante y fluida entre la Monarquía y Toledo, una relación individual, muy diferente a la que se hacía posible a través de una, ya en el siglo XV, tradicional institución castellana: las Cortes, órgano de encuentro entre la Monarquía y los representantes del Reino, entre los cuales Toledo era un elemento más, pero no un elemento cualquiera, como enseguida tendremos ocasión de observar. La representación de nuestra Ciudad en Cortes puede ser abordada desde dos ángulos de visión bien diferentes: el primero, que es el que aquí nos ha de llamar la atención, se circunscribe en el más global estudio de las relaciones de Toledo con la Monarquía; el segundo, que emplazamos para el siguiente capítulo, constituye la vertiente interna del fenómeno y forma parte del estudio de las luchas locales entre el Regimiento y el Cabildo de Jurados por la selección de quienes habían de representar a la Ciudad ante la Monarquía<sup>275</sup>.

Nos situamos, entonces, en el primer punto de mira y atendemos la vertiente “externa” de la representación de Toledo en las Cortes, aquélla que atiende a la vinculación entre Ciudad y Monarquía. Ya hemos mencionado que las Cortes fueron el instrumento tradicional de encuentro entre rey y reino<sup>276</sup>, el órgano político que reflejaba el deber que el reino asumía de aconsejar al

---

<sup>275</sup>. El problema de las luchas locales por la representación de la Ciudad en Cortes se afronta en el título 4.2.2. del presente trabajo.

<sup>276</sup>. Sobre las Cortes castellanas existe una interminable serie de trabajos. Entre los clásicos, citaremos el de W. PISKORSKI, *Las Cortes de Castilla en el periodo de tránsito de la Edad Media a la Moderna (1188-1520)*, Barcelona, 1977, y el de J. M. PÉREZ-PRENDES, *Cortes de Castilla*, Barcelona, 1974. Algunos estudios recientes de interés, referidos a la época que nos ocupa, son los de J. M. CARRETERO, *Cortes, Monarquía, Ciudades. Las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna (1476-1515)*, Madrid, 1988; S. DIOS, “La evolución de las Cortes de Castilla durante el siglo XV”, *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media* (coord. A. Rucquoi), Valladolid, 1988, p. 137-169; y, por supuesto, los trabajos incluidos en la obra colectiva *Las Cortes de Castilla y León, 1188-1988*, Valladolid, 1990. La participación de los estamentos privilegiados

monarca, el *consilium* feudal. Surgidas en el Reino de León en la segunda mitad del siglo XII, las Cortes eran convocadas por el rey y cumplían las funciones básicas de votar impuestos y aprobar leyes. La emisión de normas jurídicas reales, que constituían respuestas a las peticiones de los estamentos, se anotaban en los “cuadernos de Cortes” y se promulgaban en forma de “ordenamientos de Cortes”<sup>277</sup>.

Al final del Medievo las Cortes habían tomado una relevancia política de primer orden. Se celebraban cada dos o tres años y en ellas el rey obtenía servicios que otorgaba el reino, pero a cambio tenía que asentar a algunas peticiones de las ciudades, las cuales habían convertido esta institución en el ámbito donde se planteaban las protestas contra las actuaciones regias que alteraban el ordenamiento jurídico establecido. Basta recordar, en este sentido, las numerosas quejas que manifestaron las ciudades en Cortes por el envío de delegados de la Monarquía. Y eran precisamente los ordenamientos de Cortes las normas a las que las ciudades aludían para argumentar sus protestas, ya que estos ordenamientos, emitidos con toda solemnidad ante la asamblea de representantes del Reino, se habían convertido en referencia inexcusable del sistema jurídico castellano.

Las Cortes, por otra parte, interesaban mucho más al estamento ciudadano que al eclesiástico y al nobiliario, pues era el “Tercer Estado”, al fin y al cabo, quien había de satisfacer los servicios votados y a quien más afectaban los ordenamientos. Las ciudades representaban a los territorios del Reino y sólo enviaban procuradores aquéllas que eran consideradas cabezas de

---

es atendida en los artículos de A. ARRANZ, “Clero y Cortes castellanas (participación y diferencias estamentales)”, *En la España Medieval*, 2 (1982), p. 49-58; y de E. MITRE, “La nobleza y las Cortes de Castilla y León”, *Las Cortes de Castilla y León*, cit., p. 47-98. Una revisión de la producción sobre este tema se encuentra en la aportación de A. GARCÍA-GALLO a este congreso, titulada “La historiografía sobre las Cortes de Castilla y León”, p. 127-145.

<sup>277</sup>. El Archivo Municipal de Toledo cuenta con una notable serie de copias de ordenamientos de Cortes, que comienza en 1348, bajo la signatura A.S., caj. 8, leg. 1.



circunscripciones territoriales. Desde las Cortes de Madrid de 1435 se estabilizó en diecisiete el número de las ciudades con representación: Toledo, Burgos, León, Sevilla, Córdoba, Jaén, Murcia (estas siete como cabezas de reino), Zamora, Toro, Valladolid, Soria, Segovia, Ávila, Salamanca, Guadalajara, Madrid y Cuenca, a las que más tarde se incorporaría Granada<sup>278</sup>.

No era Toledo un elemento más de este grupo; el orgullo de la ciudad del Tajo no permitía que se le considerase un representante cualquiera, sino que exigía una consideración extraordinaria que la Monarquía habría de aceptar para evitar incidentes que podían alterar el normal desarrollo de las reuniones. Estas asambleas se abrían con un discurso del rey, en el que se daban a conocer los asuntos a tratar y que era contestado por los estamentos. El nobiliario hablaba por boca del conde de Lara, el eclesiástico por la del arzobispo de Toledo y el ciudadano por un procurador de Burgos. Sin embargo, Toledo no estaba dispuesta a admitir que los burgaleses mantuvieran esta primacía simbólica y en las Cortes de Alcalá de Henares de 1348 protestaron airadamente.

¿Por qué en las Cortes de Alcalá? A juicio de Wladimiro Piskorski, por ser ésta la primera ocasión en que Toledo enviaba representantes a las Cortes<sup>279</sup>, de modo que antes no podía la Ciudad defender este privilegio. El Canciller Ayala, al relatar en su *Crónica del Rey Don Pedro* las Cortes de Valladolid de 1351, recuerda los sucesos que tuvieron lugar tres años antes en Alcalá: a la hora de responder al discurso real, se produjo un fuerte debate entre los procuradores de Burgos y Toledo sobre quién debía hablar, y ésta porfía degeneró muy pronto en un enfrentamiento generalizado que oponía a los miembros de la asamblea en dos bandos: unos

---

<sup>278</sup>. L. GARCÍA DE VALDEAVELLANO, *Curso de historia de las instituciones*..., cit., p. 474, recuerda esta serie.

<sup>279</sup>. Así lo apunta E. BENITO, *La prelación ciudadana. Las disputas por la precedencia entre las ciudades de la Corona de Castilla*, Toledo, 1972, p. 13, en éste que es, sin duda, el primer estudio riguroso sobre la defensa del orgullo local por parte de las más soberbias ciudades del reino.

defendían la postura de Burgos “*por quanto es cabeça de Castilla*”, otros la de Toledo “*diçiendo que fue e es cabeça de España*”. Ante el desorden que se cernía sobre la sala, el rey Alfonso hizo callar a los oponentes y resolvió sabiamente el desencuentro ordenando que “*los de Toledo faran lo que yo les mandare e asi lo digo por ellos e por ende fable Burgos*”<sup>280</sup>.

Enigmática resolución que, en todo caso, serviría en numerosas ocasiones para disipar los enfrentamientos entre las dos ciudades más soberbias de Castilla. El relato es sacado a colación por el cronista Ayala debido a que Pedro I recurrió a la resolución de su padre para solucionar, a su vez, la nueva porfía que se produjo en las Cortes de Valladolid de 1351. Pareciéndole útil esta medida, Pedro I quiso consolidarla otorgando a Toledo el privilegio de ser representada por el rey: tras las Cortes vallisoletanas, el 9 de noviembre de 1351, este monarca enviaba una carta a Toledo en la que declaraba haber asumido la solución salomónica paterna que parecía conformar a las dos partes, aunque en esta misiva la medida parece más favorable a la ciudad del Tajo, al expresar que el rey Alfonso en las Cortes alcaláinas “*tovo el por bien de fablar en las dichas Cortes primeramente por Toledo e por esto yo tove por bien de fablar en las Cortes que yo agora fiz en Valladolid primeramente por Toledo*”<sup>281</sup>.

La satisfacción de las dos partes se basaba en que Burgos conservaba la representación de las ciudades como “cabeza de Castilla”, al tiempo que Toledo era enaltecida por hablar por boca del propio rey. Pero si nos preguntamos por qué nuestra Ciudad era acreedora de un privilegio tan peculiar, hemos de recordar nuevamente la estrecha vinculación que Toledo tenía con la Monarquía. El propio cronista Ayala, a propósito de la resolución de Pedro I en las Cortes

---

<sup>280</sup> P. LÓPEZ DE AYALA, “Crónica del rey don Pedro”, *Crónicas*, ed. de J. L. Martín, Barcelona, 1991, Año Segundo, cap. XVI, p. 44.

<sup>281</sup> El original de esta declaración solemne de Pedro I se halla hoy enmarcado en un lugar destacado del Archivo Municipal toledano, bajo la signatura A.S., caj. 1, leg. 1, nº 4; ha sido publicada por C. PALENCIA, *Privilegios reales y viejos documentos: I. Toledo*, Madrid, 1963, documento IX, y por

de Valladolid, comenta las excepcionales circunstancias de la constitución política toledana a raíz de la conquista de 1085<sup>282</sup>. Si Toledo no envió procuradores a las Cortes anteriores a las de 1348 fue porque el propio monarca representaba sus intereses. Ya hemos observado que la autonomía de Toledo era relativizada por el hecho de que sus dirigentes -alcaldes y alguacil- eran oficiales del rey. Pedro I recuerda en su declaración de 1351 que a los toledanos no les dieron los reyes antepasados *“pendon nin sello e fueron e son merçed de los reyes onde yo vengo e non ovieron pendon sinon el de los reyes onde yo vengo nin an sinon el mio e los seellos de los mios oficiales”*<sup>283</sup>. Aún algunas décadas más tarde, Juan II (de hecho, su tío el regente don Fernando) ordenaba que los documentos emitidos por la Ciudad, una vez registrados, debían ser sellados por los alcaldes y alguacil<sup>284</sup>, con su sello personal y no con un hipotético sello de Toledo.

La resolución alfonsina podía servir, en el mejor de los casos, para solventar las disputas en el momento de contestar el discurso regio, pero no aportaba nada para abordar el problema de la preeminencia a la hora de ocupar los asientos y de prestar juramento y pleito-homenaje. De hecho, se produjeron fuertes porfías sobre ambas preeminencias en las Cortes de Toledo de 1402. El día en que se iba a jurar por heredera del trono a la infanta doña María, primogénita de Enrique III, los procuradores de Toledo madrugaron más y los de Burgos, al llegar, encontraron ocupados los asientos que, según su parecer, les correspondían: *“en derecho de las caras reales de los Reyes.....que quando semejantes juramentos o pleitos e omenajes se façian en Castilla que sienpre los procuradores de la dicha çibdat se asentavan primero en el dicho lugar e fablavan*

---

E. BENITO, *La prelación ciudadana.....*, cit., p. 67.

<sup>282</sup>. P. LÓPEZ DE AYALA, op. cit., Año Segundo, cap. XVIII, p. 45 y siguientes, argumenta la excepcionalidad toledana en el hecho de que Alfonso VI envió a sus propios oficiales para gobernar la ciudad, de manera que no se constituyó un “concejo”.

<sup>283</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 4.

<sup>284</sup>. “Ordenamiento de 1411”, Ley II, p. 507 de la edición de E. Sáez, “Ordenamiento dado a

*e juravan e fazian los pleitos primero*<sup>285</sup>. Ante la resistencia de los procuradores toledanos a ceder, el rey tuvo que levantarse de su propio asiento para expulsar a los celosos toledanos del que consideraban suyo y acomodar en él a los burgaleses. Llegado el momento del besamanos de la infanta, Enrique III se vio obligado a intervenir de nuevo ante la rápida llegada a su presencia del procurador toledano Juan Ramírez de Guzmán, que por expreso mandato regio tuvo que ceder el paso, a regañadientes, a los procuradores de Burgos, primero, y después a los de León.

No fue aquélla la última ocasión en que los toledanos disputaron asiento: en las Cortes de Toledo de 1406, el día 21 de diciembre en particular, los procuradores de esta ciudad volvieron a madrugar más, esta vez para arrebatarse su lugar a los procuradores leoneses, que tenían la segunda voz y les correspondía sentarse “*juntos con los procuradores de la dicha çibdat de Burgos a la mano derecha*”<sup>286</sup>. En las Cortes de Segovia de 1407, convocadas para reconocer como rey al aún bebé Juan II, se produjo una nueva disputa con Burgos, y la reina madre doña Catalina dio preferencia a los burgaleses declarando que ella, como tutora del rey y presidenta de las Cortes, hablaba por Toledo. Se trata de la vieja fórmula de Alfonso XI que en algunas ocasiones había dado a los reyes tan buenos resultados, pero esta vez los toledanos no se conformaron y protestaron airadamente, según los propios procuradores Fernán Pérez y Gonzalo Álvarez reconocían: “*beyendo que la dicha sennora Reyna agraviava a la dicha çibdat de fecho e contra derecho a altas bozes diximos e agora en nombre de la çibdat dezimos que non consentimos en cosa alguna de lo que la dicha sennora Reyna fizo o fiziera contra la onra e*

---

Toledo....”, cit.

<sup>285</sup>. Un testimonio notarial de estos sucesos se conserva en el Archivo Municipal de Burgos, Serie Histórica, nº 756; publicado por E. BENITO, *La prelación ciudadana*..., cit., p. 68-72.

<sup>286</sup>. Un testimonio notarial de estos sucesos de las Cortes de 1406 se conserva en el Archivo Municipal de León, bajo la signatura nº 749; publicado por E. BENITO, *La prelación ciudadana*..., cit., p. 73-76.

*privilegios de la dicha çibdar*<sup>287</sup>. La reina doña Catalina, ante el cariz violento que tomaban las protestas toledanas y observando la congoja en el rey-bebé, ordenó que los procuradores vociferantes fueran detenidos y expulsados, concluyendo el debate con esta medida de fuerza.

Al final de la serie de reivindicaciones toledanas en Cortes, de las que aquí hemos señalado las más relevantes, parece que fue muy poco lo que tan reiteradas quejas produjeron para nuestra Ciudad. Toledo quedó con el privilegio de ser representada por el rey en las Cortes, como ciudad regia por excelencia, pero tuvo que ceder ante la primacía de Burgos en la palabra, y ante la precedencia de Burgos y de León en el asiento y en el juramento y besamanos de los herederos al trono y nuevos reyes.

### 2.6.3. Las hermandades

Algunos elementos comparte con las Cortes el tercer mecanismo de relación entre Ciudad y Monarquía que hemos enunciado más arriba: las hermandades. Sobre éstas ha existido en la historiografía castellana cierta confusión que ha sido puesta de manifiesto por Antonio Álvarez de Morales, estudioso de las mismas<sup>288</sup>. Todas las confusiones se deben a la dificultad que entaña la comprensión de un término que engloba instituciones diversas: el nombre “hermandad” no

---

<sup>287</sup>. Así se expresa el suceso en el testimonio notarial que solicitaban los procuradores toledanos el 2 de febrero de 1407; vid. A.M.T., A.S., caj. 8, leg. 1, nº 11, publicado por E. BENITO, *La prelación ciudadana*..., cit., p. 80-86.

<sup>288</sup>. A. ÁLVAREZ DE MORALES, *Las Hermandades, expresión del movimiento comunitario en España*, Valladolid, 1973, p. 10, expresa que esta confusión se debe a que la pluralidad de hermandades se ha homogeneizado equivocadamente, generalizando aspectos que son peculiares de una u otra hermandad.

expresa más que una vinculación que se establece entre personas y grupos, sin que deba inferirse necesariamente la presencia de unos objetivos predeterminados<sup>289</sup>. No obstante, nosotros nos referimos en este apartado a las hermandades de ciudades en los últimos tiempos del Medievo y, por tanto, hemos de olvidar las asociaciones de personas y las grupos que no sean entidades urbanas.

Considerando solamente las hermandades de ciudades, aún observamos diversidades pronunciadas, referidas fundamentalmente a sus objetivos. María Asenjo, en un interesante trabajo sobre la política urbana de Castilla, ha diferenciado diversos intereses de estas asociaciones que han sido atendidos por nuestra historiografía, como el carácter antiseñorial o la tendencia interclasista<sup>290</sup>. Aunque siempre expuesto a la crítica, es loable el esfuerzo de algunos historiadores por establecer una tipología de las hermandades de ciudades, como es el caso de la clasificación que hace ya bastantes años propuso Luis Suárez Fernández en tres grupos<sup>291</sup>:

- hermandades de ciudades con intereses económicos comunes, como la Hermandad de las Marismas del Cantábrico,
- hermandades formadas en tiempos de anarquía para amparar una Monarquía debilitada, como aquéllas que vincularon a las ciudades desde fines del reinado de Alfonso X hasta la llegada a la mayoría de edad de Alfonso XI, y

---

<sup>289</sup>. *Ibid.*, p. 9, recuerda que las primeras “hermandades” eran de carácter religioso.

<sup>290</sup>. M. ASENJO, “Sociedad y vida política en las ciudades de la Corona de Castilla. Reflexiones sobre un debate”, *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 5 (1995), p. 109-110. La propia profesora Asenjo González se interesa en este trabajo por la instrumentalización de las hermandades por parte de las oligarquías urbanas con el fin de asentar su poder en los concejos.

<sup>291</sup>. L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, “Evolución de las hermandades castellanas”, *Cuadernos de Historia*

- hermandades de ciudades destinadas a proteger las propiedades de sus vecinos en un área geográfica infestada de bandoleros, como la celeberrima Hermandad Vieja de colmeneros y ballesteros de Toledo, Talavera y Ciudad Real.

No nos interesan aquí las hermandades de áreas geográficas concretas, ni siquiera la de los defensores de los intereses de las ciudades de la Meseta meridional en los Montes de Toledo, que, por otra parte, ha sido ya minuciosamente estudiada<sup>292</sup>. Estamos observando las relaciones de Toledo con la Monarquía, y éstas, en el ámbito de las hermandades, se producían en las asociaciones generales de las ciudades castellanas. Este tipo de hermandades fue tomando en el siglo XV un carácter político cada vez más evidente. Si las primeras, aquéllas que se formaron en tiempos de desorden por las sucesivas minoridades reales, eran movidas por el deseo ciudadano, y de otros estamentos, de proteger la institución monárquica, las hermandades del siglo XV, sin perder este carácter “cívico”, fueron convirtiéndose en instrumento en manos de una Monarquía cada vez más poderosa<sup>293</sup>.

Aparentemente, la hermandad general de las ciudades de Castilla había de servir al rey para acabar, a través de la coordinación de las entidades territoriales, con la delincuencia en ámbitos de difícil control, caminos y despoblados, pero, de hecho, Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos, en sentido creciente, utilizaron las fuerzas armadas que los municipios ponían a su disposición para fines mucho más apremiantes para la Monarquía que para las ciudades y bastante

---

de España, XVI (1951), p. 5-78, presentó esta tipología que ha criticado Álvarez de Morales.

<sup>292</sup>. Sobre esta institución vid. los trabajos de J. M. SÁNCHEZ BENITO, *Santa Hermandad Vieja de Toledo, Talavera y Ciudad Real (siglos XIII-XV)*, Toledo, 1988; “Sobre la Hermandad Vieja de Toledo, Talavera y Ciudad Real en la Edad Media: conflictos jurisdiccionales y poder sobre la tierra”, *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), p. 147-155; y “Poder y propiedad: los hermanos de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, Talavera y Ciudad Real”, *Actas del I Congreso de Historia de Castilla - La Mancha*, Toledo, 1988, tomo VI, p. 95. 100.

lejanos a la erradicación del bandolerismo. Para conseguir estos objetivos no resultaba útil una asociación como la Hermandad Vieja de la Meseta meridional, ya que las nuevas condiciones políticas del Cuatrocientos exigían a la Monarquía la autoridad continua sobre un conjunto de hombres armados mucho más poderoso que el que tres ciudades podían brindar.

No fue Toledo una ciudad particularmente ferviente de las hermandades generales; participó, nunca en primer lugar, en las asociaciones de los tiempos de desorden y en las posteriores<sup>294</sup>, pero las necesidades inmediatas el orden público en su Tierra, en sus Montes, las tenía cubiertas con su propia Hermandad Vieja. Es un hecho contrastado que los órganos de ésta sirvieron en parte como fundamento de las ordenanzas de la Hermandad General creada por los Reyes Católicos<sup>295</sup>, pero el precedente inmediato de ésta hay que buscarlo, como señala Álvarez de Morales, en la última constitución de la hermandad general de Enrique IV, fundada en los capítulos de Villacastín de 1473<sup>296</sup>. La participación de Toledo en la Hermandad “Nueva” de los Reyes Católicos parece bastante activa, al menos en los primeros años, a juzgar por el volumen documental que ha dejado en el Archivo de la Ciudad<sup>297</sup>.

En todo caso, la integración en la Hermandad Nueva exigía la colaboración militar y

<sup>293</sup>. Así se observa en el discurso de A. ÁLVAREZ DE MORALES. *op. cit.*, p. 109-148.

<sup>294</sup>. *Ibid.*, p. 40 y siguientes, recuerda la formación de estas asociaciones desde la constitución de la hermandad general de 1282 en apoyo del infante don Sancho, rebelado contra su padre Alfonso X.

<sup>295</sup>. Así lo pone de manifiesto J. M. SÁNCHEZ BENITO, *Santa Hermandad Vieja...*, cit., p. 129-130, señalando las atribuciones de los alcaldes, las funciones de los cuadrilleros y las penas impuestas.

<sup>296</sup>. A. ÁLVAREZ DE MORALES, *op. cit.*, p. 138 y siguientes. Vid. además, sobre esta centuria, otro trabajo del mismo autor: “La evolución de las hermandades en el siglo XV”, *En la España Medieval*, 6 (1985), p. 93-103.

<sup>297</sup>. El interés inicial de Toledo en esta renovada institución se refleja en la serie de copias autenticadas de ordenanzas que se conservan bajo la signatura A.S., caj. 2, leg. 1, nº 3, comenzando por las de Madrigal de 1476, y continuando con las de Cigales, Segovia, Toro, Dueñas, Medina del Campo y Madrid.



económica<sup>298</sup> de los pecheros toledanos en una institución que no servía directamente para atajar los problemas de orden público internos, los cuales eran atendidos ya de una forma tradicional por la Hermandad Vieja con mayor o menor eficacia. Posiblemente Toledo, tierra dotada con esta institución que luchaba contra la delincuencia, no se sentía satisfecha por una compensación material notable y directa a cambio del servicio militar y económico prestado. Puede encontrarse la satisfacción de Toledo, como de otras ciudades, en el reconocimiento implícito, por parte de la Monarquía, de la necesidad de contar con el apoyo de las entidades urbanas, reconocimiento que indirectamente tenía, sin duda, compensaciones materiales como puede ser, pongamos por caso, el extraordinario interés que los Reyes Católicos mostraron por proteger la integridad de la jurisdicción toledana<sup>299</sup>.

---

<sup>298</sup>. La contribución económica de Toledo y su provincia de la Hermandad la podemos cuantificar a través de dos repartimientos, uno correspondiente al año fiscal 1488-1489 y otro al de 1489-1490, conservados en A.M.T., A.S., caj. 2, leg. 1, nº 7.

<sup>299</sup>. En este sentido, hay que recordar que durante el reinado de los Reyes Católicos se reavivaron las reivindicaciones toledanas sobre la comarca de Alcocer. Algunas de las cuestiones jurisdiccionales de este periodo son atendidas por J. P. MOLÉNAT, "Tolède et ses finages au temps des Rois Catholiques: contribution à l'histoire sociale et économique de la cité avant la révolte des

#### 2.6.4. La Fiscalidad regia en Toledo

El cuarto mecanismo de vinculación enunciado, la presencia de la Hacienda regia en Toledo y su Tierra, se basa en la eficaz colaboración de ambas entidades, Ciudad y Monarquía<sup>300</sup>. Era ésta una colaboración de gran utilidad para la Corona, puesto que la Hacienda regia se servía de la infraestructura de las haciendas locales para percibir los impuestos<sup>301</sup>. La fiscalidad toledana, como la de otras entidades territoriales autónomas, exigió desde muy temprano una organización que permitiera el cobro de los pechos locales<sup>302</sup>; esta organización implicaba la creación de pequeñas circunscripciones fiscales con una detallada contabilización de los pecheros a través de padrones locales. Teniendo en cuenta que los pecheros de Toledo coincidían con aquéllos que habían de satisfacer las contribuciones que exigía la Monarquía, la infraestructura para el cobro de los pechos reales estaba ya establecida, y la Corona no tenía más que utilizarla para su recaudación.

El aprovechamiento de la infraestructura fiscal de Toledo por parte de la Monarquía era sobre todo útil para la recaudación de servicios votados en Cortes, aunque se empleara igualmente para la percepción del más jugoso impuesto indirecto: la alcabala. Hay que tener en cuenta, además, que eran las ciudades con voto en Cortes las que autorizaban a la Monarquía a percibir los impuestos directos más importantes. Y los gobiernos de estas ciudades eran los primeros

---

Comunidades”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, VIII (1972), p. 327-377.

<sup>300</sup> . La colaboración entre ciudad y Monarquía para la percepción de un impuesto concreto ha sido analizada por F. J. ROMERO, *Sevilla y los pedidos de Corte en el siglo XV*, Sevilla, 1997.

<sup>301</sup> . Así lo constatan M. A. LADERO, *Fiscalidad y poder real en Castilla (1252-1369)*, Madrid, 1993, p. 252, y M. ASENJO, “Encabezamientos de alcabalas en Segovia y su episcopalia (1495-1506). Innovaciones fiscales y reacción social”, *En la España Medieval*, 20 (1997), p. 253-254.

<sup>302</sup> . La organización y funcionamiento de la Hacienda toledana serán estudiados en el apartado 3.4. del presente trabajo.

interesados en gestionar el cobro de estos impuestos, los servicios. El profesor Ladero Quesada, refiriéndose a una etapa precedente a la época Trastámara, encuentra razones de peso para explicar esta actitud por parte de las ciudades: el alejamiento de agentes regios que podían interferir la economía de los pecheros y la posibilidad de derivar parte de lo recaudado hacia la Hacienda local o en favor de los intereses de la oligarquía<sup>303</sup>. Los objetivos de la intervención toledana a fines del Medievo no debían diferir en absoluto de los que acabamos de recordar.

Las grandes circunscripciones fiscales castellanas tradicionalmente venían a coincidir con los ámbitos territoriales de los obispados, entre los cuales el Arzobispado de Toledo contaba con una extensión excepcional, circunstancia ésta que condujo a la división de esta circunscripción en varias, de extensión más abarcable. En los últimos tiempos del Medievo se habían establecido diversos partidos fiscales: por un lado, la Mesa Arzobispal de Toledo, que se subdividía a su vez en territorios adscritos a villas de relevancia, como Talavera y Alcalá de Henares; por otro lado, quedaba la “Provincia de Toledo”, que se agrupaba con Ciudad Real y Campo de Calatrava<sup>304</sup>. Esta “Provincia de Toledo” abarcaba aproximadamente lo que conocemos por Tierra de Toledo, incluyendo las poblaciones de la jurisdicción urbana, las que pertenecían a señores laicos y las que formaban parte del señorío del Cabildo de Santa María.

A ciertos agentes de la Monarquía, los “averiguadores”, correspondía la labor de establecer las sumas que debía pagar cada población. Las cantidades se modificaban con la variación en la cantidad de vecinos pecheros y en el patrimonio que éstos tenían. Pero estas modificaciones se habían de basar en los padrones de vecindades que la Ciudad realizaba para el cobro de sus propios pechos. Se establecía así una colaboración que beneficiaba a ambas partes:

---

<sup>303</sup>. M. A. LADERO, *Fiscalidad y poder real*..., cit., p. 252.

<sup>304</sup>. Esta organización fiscal se conoce por las averiguaciones de vecindades para el cobro del servicio de 1528, conservadas en A.G.S., C.G., leg. 768 (fol. 448 r. - 459 vto., para lo que se refiere a las

la Monarquía utilizaba la infraestructura fiscal de la Ciudad y ahorra de este modo un esfuerzo de investigación mayor; Toledo, por su parte, controlaba en lo posible la gestión hacendística, de manera que tenía la ocasión de derivar en su favor algunas rentas, al tiempo que impedía una intervención excesiva de los agentes regioes que podía trastocar la capacidad contributiva de sus pecheros.



## 2.7. Conclusión

Los asuntos que hemos venido estudiando a lo largo de este capítulo nos hacen observar, en primer lugar, que las relaciones entre Toledo y la Monarquía no eran las que vinculaban habitualmente a una ciudad castellana con la Corona. Desde el tiempo de la conquista de la ciudad por la Monarquía castellana se plantea esta peculiaridad, puesto que Toledo fue desde entonces una ciudad regida por los oficiales del rey y no por un gobierno local autónomo del tipo que por aquel mismo tiempo cristalizaba en las ciudades de las extremaduras. Esta peculiar vinculación de Toledo con la Monarquía no es, como hemos podido ver, un aspecto simplemente pintoresco de nuestra Ciudad, sino que actuó de modo constante en las relaciones entre ambas entidades. Era el acicate que impelía a Toledo, por ejemplo, a exigir su primacía dentro del estado ciudadano en las Cortes; es, además, la razón que explica la tardía instauración del Regimiento y de los agentes regios más novedosos del final del Medievo, asistentes y corregidores.

En todo caso, las relaciones entre Toledo y Monarquía se desarrollaron con la misma tensión que podría observarse en cualquier otra ciudad castellana de realengo. Todas las modificaciones en estas relaciones son explicables desde la perspectiva del avance del poder monárquico, que ponía trabas constantemente a la autonomía urbana. Si la modificación del estado de estas relaciones partía siempre de la Monarquía, en cada ocasión la Ciudad ensayaba una respuesta, y el resultado definitivo de la tensión producida era el fruto de un acuerdo entre ambas instancias. La introducción de un agente regio o la exigencia de un impuesto por parte del rey, eran compensadas con una ventaja para los que tenían la capacidad de decidir cuál había de ser la respuesta de la Ciudad, para aquéllos que formaban la oligarquía local.

De esta manera, el resultado final de las tensiones que producía el avance del poder regio era favorable, sin duda, para la Monarquía, que conseguía introducir nuevas formas de su

presencia en la Ciudad, pero también beneficiaba a la minoría poderosa, que lograba consolidar su predominancia en el ámbito local. La Monarquía se servía así de la oligarquía, pero simultáneamente ésta aprovechaba los movimientos de aquélla para asentar progresivamente su posición. A largo plazo, y como fruto de esta colaboración no premeditada entre Monarquía y oligarquía local, Toledo llegaba al siglo XVI como una ciudad con una autonomía muy recortada y con una minoría de poderosos bien asentada en la dirección de los intereses públicos.

El desarrollo de las relaciones entre Ciudad y Monarquía se articula en torno a dos formas básicas: una de ellas se basa en los mecanismos habituales con que cualquier ciudad castellana planteaba su vinculación con la Corona, pero en el caso de Toledo estos mecanismos adquirían, en algún caso, una forma peculiar. Así ocurrió particularmente con la representación en Cortes, en las cuales Toledo ofreció una nota discordante con su continuo enfrentamiento con Burgos y otras que le hacían sombra; el orgullo de nuestra Ciudad llegó a presentar caracteres verdaderamente excepcionales, llegando a provocar tensiones que a nuestros ojos resultan desmedidas, pero que, atendiendo a la peculiaridad de Toledo, ampliamente comentada en este capítulo, pueden comprenderse.

La otra forma básica de relación entre Ciudad y Monarquía se manifestó a través de las personas que representaban al monarca en Toledo. En primer lugar, hemos observado que el modelo institucional toledano que utilizó ya el propio conquistador Alfonso VI era de nueva planta en Castilla y sirvió como modelo para algunas grandes ciudades reconquistadas más al sur, en particular para Córdoba, Sevilla y Murcia. Pero el modelo de representación regia en Toledo, basado en las alcaldías y el alguacilazgo, fue “mejorado”, desde el punto de vista de la Corona, por las ciudades del sur, y más tarde éstas servirían como modelo para Toledo, que ya en el siglo XV se adaptaba a los nuevos tiempos, con la aparición de asistentes y corregidores. A pesar de ser Toledo una ciudad tradicionalmente cercana a la Monarquía, se resistió largo tiempo a la

presencia de estos nuevos oficiales, pero finalmente los asistentes, y más tarde los corregidores, arraigaron en la ciudad del Tajo.

El siglo XV y el comienzo del siglo XVI constituye la época decisiva para el afianzamiento del poder monárquico en Toledo, y para ello fueron utilizados algunos elementos de la alta nobleza con arraigo local, como los Ayala, y el conjunto de la oligarquía local que, incapaz de hallar un equilibrio definitivo, aceptó la progresiva presencia del poder regio beneficiándose en lo posible de ella.





## 2.8. Apéndice

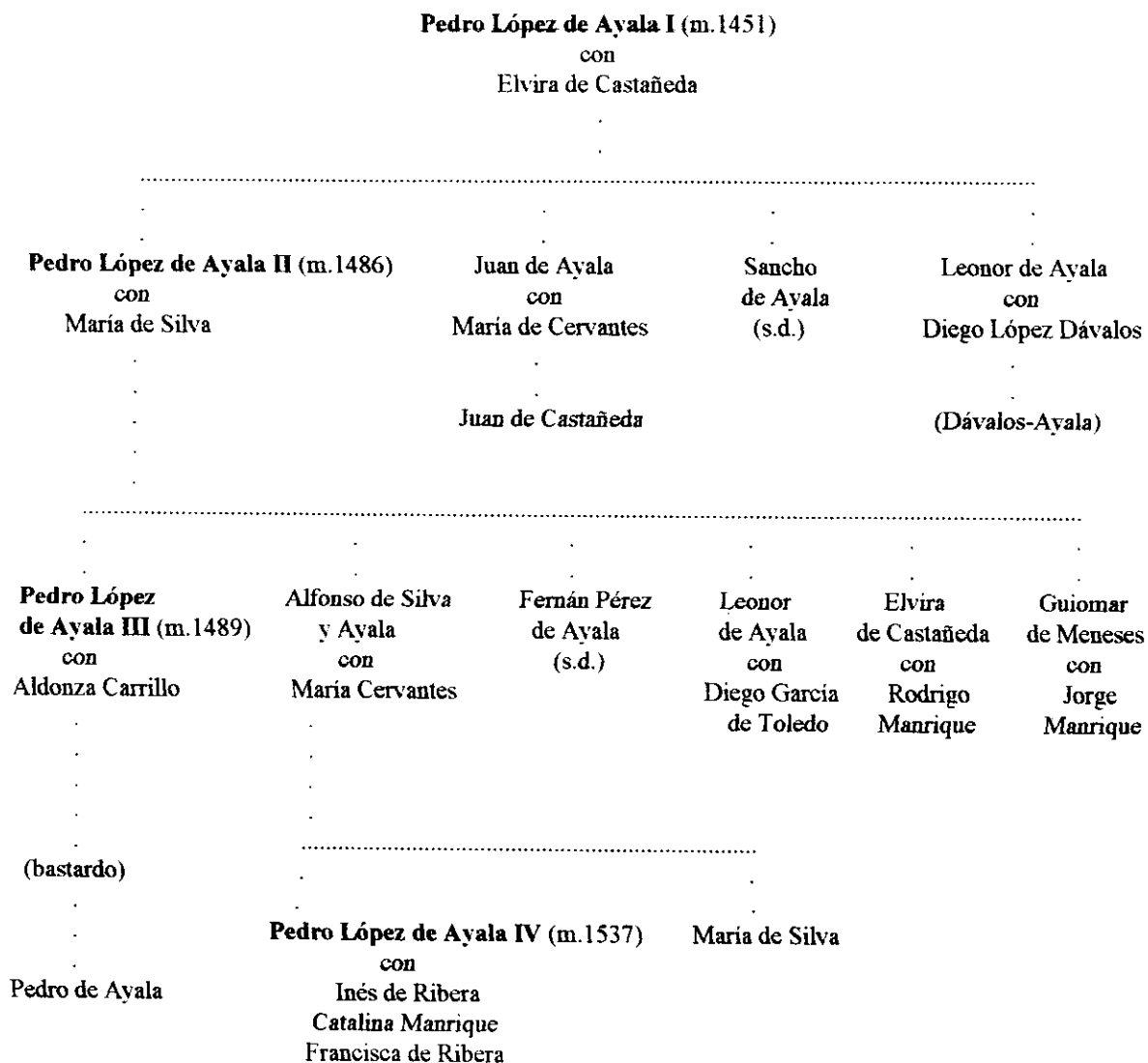
En este apéndice se incluyen tres árboles genealógicos y siete tablas. Los árboles corresponden a los tres linajes de ricos hombres que han sido estudiados en el apartado 2. de este capítulo: los Ayala, los Silva y los Cárdenas. Los nombres de los parientes mayores de estos grupos familiares se señalarán con negrita, añadiendo entre paréntesis la fecha de fallecimiento de algunos de éstos con el fin de establecer cierta orientación temporal, aunque algunas de estas referencias sólo pueden considerarse aproximadas y no exactas.

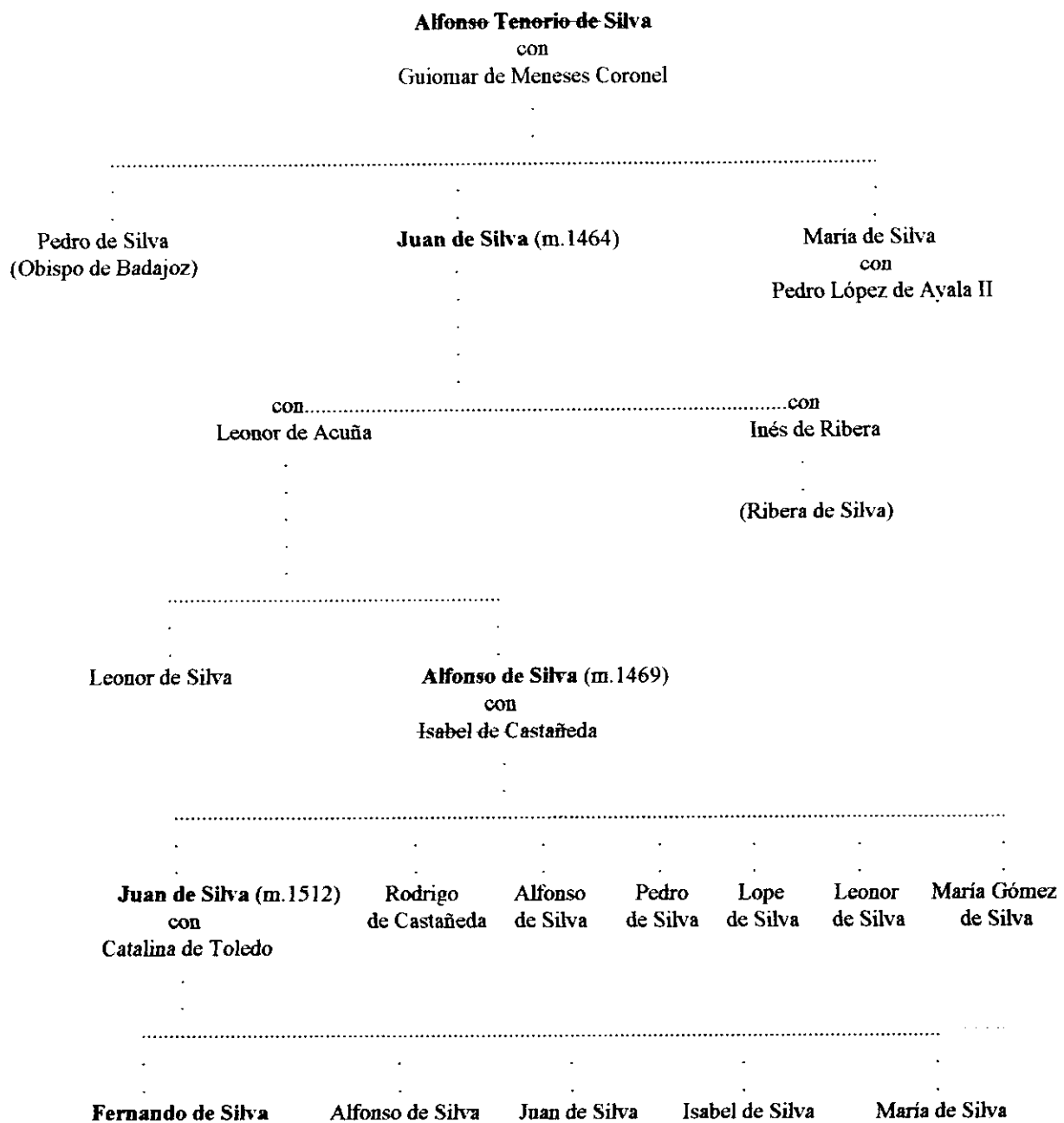
Las tablas recogen el nombre y las fechas de ejercicio en el cargo de los oficiales toledanos que han sido referidos a lo largo de este capítulo. Las tablas 1 y 2 recogen los alcaldes mayores y alguaciles mayores; la tabla 3 contiene a los alcaldes y alguaciles ordinarios, a los que acompaña (si se conoce el dato) el nombre del oficial mayor por el que ejercían el oficio y el año o los años en que sabemos que actuaban como oficiales. Estas tres primeras tablas tienen como límite temporal el año 1477, fecha en que, como sabemos, se instaura definitivamente la Corregiduría, y a partir de la cual los altos oficios de justicia tradicionales dejaron de ser efectivos y sus titulares no podían nombrar oficiales. La fecha señalada de 1477 es el término inicial de la tabla 4, la de las dignidades.

En la tabla 5 se expone una relación de los asistentes que conoció la ciudad de Toledo en el siglo XV, señalando para cada uno de ellos las fechas (lo más completas que se puedan) de inicio y fin de su ejercicio o, cuando menos, del conocimiento que de su actuación tenemos. Dentro de esta misma tabla se incluyen los oficiales extraordinarios de similares atribuciones a las que presentaban los asistentes, porque son equivalentes. La tabla 6 presenta un cuadro similar referido a los corregidores, iniciándolo en 1477. Y la tabla 7 contiene una relación de los oficiales de estos corregidores.

En todas las tablas se hace alusión a fechas -generalmente en forma de año-, que aparecerán seguidas de un punto cuando se trate de una referencia aislada. Cuando la documentación nos posibilita expresar un ámbito temporal más amplio, las fechas inicial y final de éste se separan con un guión.

# Árbol 1: Linaje Ayala



Árbol 2: Linaje Silva

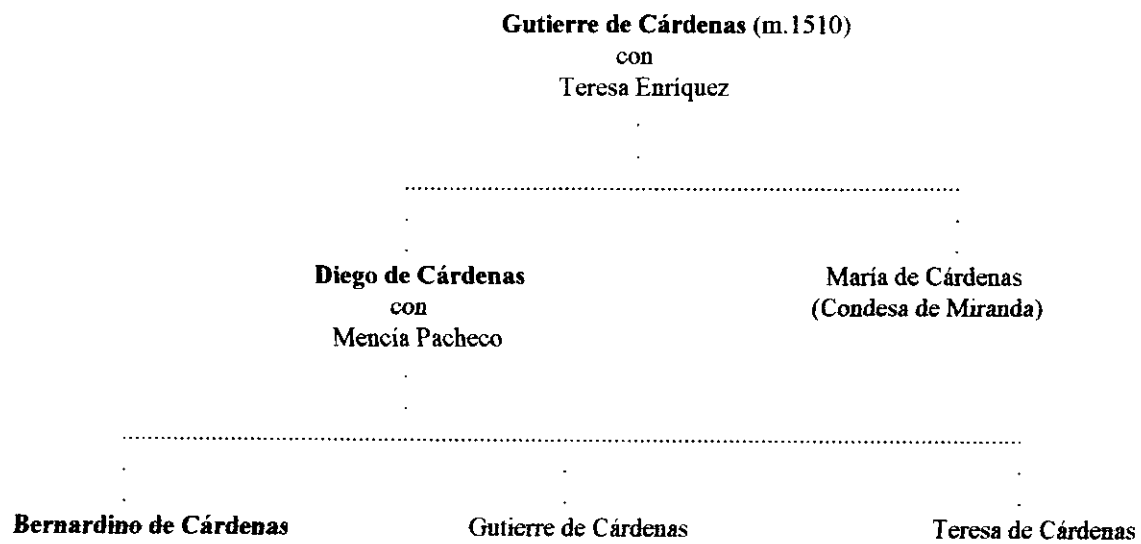
**Árbol 3: Linaje Cárdenas**

Tabla 1: Alcalde mayores de Toledo en el siglo XV (hasta 1477)

NOMBRE	TÍTULO/GRADO	FECHAS DE EJERCICIO
--------	--------------	---------------------

## ALCALDÍA I

Pedro López de Ayala I	Señor de Guadamur	1390-1451
Pedro López de Ayala II	I Conde de Fuensalida	1451-1477

## ALCALDÍA II

Juan Carrillo	Señor de Layos y Cuerva	1385-
Diego Romero	Consejero Real	1456.1457.
Pedro de Treviño	Bachiller en Decretos	1467.
Ruy López Dávalos	-	1468.1469.
Fernando de Rivadeneira	Señor de Caudilla	1469-1475.

**Tabla 2: Alguaciles mayores de Toledo en el siglo XV (hasta 1477)**

NOMBRE	TÍTULO/ATRIBUTO	FECHAS DE EJERCICIO
Pedro Carrillo	Señor de Bolaños	1411-1422-
Juan de Ayala	Regidor	1444.
Fernando Álvarez de Toledo	Conde de Alba	1445.1456.1457.
García Álvarez de Toledo	Conde de Alba	1471.
Alfonso de Silva y Ayala	-	1471-1472
Pedro López de Ayala IV	-	1472-1477



Tabla 3: Alcaldes y alguaciles ordinarios de Toledo en el siglo XV (hasta 1477)

NOMBRE	OFICIO	OFICIAL POR EL QUE ES INVESTIDO	FECHAS DE EJERCICIO
Diego Martínez	Alcalde	Pedro López de Ayala	1416.
Juan González de Madrid	Alcalde	Pedro López de Ayala	1436.
Juan Fernández (bachiller)	Alcalde	?	1444.
Alonso de Ávila	Alguacil	?	1444.
Juan Fernández de Villarreal (bachiller)	Alcalde	Pedro López de Ayala	1456.
Álvaro de Toledo	Alguacil	Fernán Álvarez de Toledo	1456.1457.
Diego Alfón	Alcalde	Diego Romero	1457.
Diego González Jarada	Alcalde	Diego Romero (en 1457)	1457.1464.
Per Álvarez	Alcalde	?	1460.
Juan Rodríguez de Baeza	Alcalde	?	1464.
Diego Castillo	Alcalde	?	1464.
Alfón Díaz de Fuensalida	Alcalde	Pedro de Treviño	1467.
Pedro de Córdoba	Alguacil	?	1468.

Gómez Garabito	Alcalde	Fernando de Rivadeneira	1471.
Pedro de Córdoba	Alcalde	?	1475.
Juan Flores	Alguacil	?	1475.

Tabla 4: Dignidades de Toledo (desde 1477)

NOMBRE	TÍTULO	DIGNIDAD	FECHA DE EJERCICIO
Pedro López de Ayala II	I Conde de Fuensalida	Alcalde Mayor	1477-1486
Pedro López de Ayala IV	III Conde de Fuensalida	Alguacil Mayor	1477-1537
Pedro de Rivadeneira	Mariscal de Castilla	Alcalde Mayor	1480.
Pedro López de Ayala	II Conde de Fuensalida	Alcalde Mayor	1486-1489
Mateo de Rivadeneira	Mariscal de Castilla	Alcalde de Pastores	1488.1503.
Gutierre de Cárdenas	I Señor de Maqueda	Alcalde Mayor	1489-1512
Mateo de Rivadeneira	Mariscal de Castilla	Alcalde Mayor	1503.
Diego de Cárdenas	II Señor de Maqueda	Alcalde Mayor	1512-1524
Juan de Silva	¿Señor de Montemayor?	Alcalde Mayor	1519.
Fernando de Silva	Conde de Cifuentes	Alcalde Mayor de Alzadas	1522.

Tabla 5: Asistentes de Toledo en el siglo XV

NOMBRE	GRADO ACADÉMICO	FECHA DE EJERCICIO
Pedro Sarmiento	-	28 de Abril de 1437 – 17 de Diciembre de 1449
Ruy García de Villalpando	Licenciado	¿11 de Febrero de 1453? - 7 de Abril de 1453
Luis de la Cerda [alcalde mayor de las alzadas]	-	24 de Septiembre de 1456
Alfonso de Estúñiga	-	24 de Septiembre de 1456 - ¿13 de Agosto de 1459?
Alonso Díaz de Montalvo	Licenciado	6 de Marzo de 1463 – 12 de Marzo de 1464
Pedro de Guzmán	-	¿10 de Enero de 1465? - ¿10 de Junio de 1465?
Alvar Gómez de Ciudad Real	-	Julio de 1467
Garcí López de Madrid	Doctor	Junio de 1471 - 31 de Octubre de 1471
Rodrigo de Ulloa	-	2 de Junio de 1472
(Fray) Arias González del Río	-	1473 – Enero de 1474
Juan Guillén	-	10 de Mayo de 1474

Tabla 6: Corregidores de Toledo (1477-1522)

NOMBRE	OFICIO	TÍTULO	GRADO ACADÉMICO	AÑO/S DE EJERCICIO
Gómez García de Hoyos	Corregidor	-	-	1427-1428
Gómez Manrique	Corregidor	Señor de Villazopeque	-	1477-1490
Pedro de Castilla	Corregidor	-	-	1490-1495
Vela Núñez de Ávila	Juez de Residencia	-	Licenciado	1495
Pedro de Castilla	Corregidor	-	-	1495-1506
Gonzalo de Gallegos	Juez de Residencia	-	Licenciado	1506-1507
Jaime Ferrer	Corregidor	-	-	1507-1512
Vela Núñez de Ávila	Juez de Residencia	-	Licenciado	1512
Jaime Ferrer	Corregidor	-	-	1512-1516
Gonzalo de Gallegos	Juez de Residencia	-	Licenciado	1516
Luis Portocarrero	Corregidor	Conde de Palma	-	1516-1519
Gabriel Esteban Merino	Gobernador	Arzobispo de Bari Obispo de León	-	1521

Tabla 7: Oficiales de los corregidores de Toledo (1477-1522)

NOMBRE	GRADO	OFICIO	CORREGIDOR POR EL QUE ES INVESTIDO	AÑO/S DE EJERCICIO
Diego González de Montiel	Bachiller	Alcalde	Gómez Manrique	1477.1478.1479. 1482.
Álvaro de Montoya	-	Alguacil	Gómez Manrique	1478.
Juan de Cuero	-	Alguacil Mayor	Gómez Manrique	1479.1481.
Fernando Guillén	-	Alcalde	Gómez Manrique	1485.
Diego Martínez de Ortega	Bachiller	Alcalde	Gómez Manrique	1486.1488.
Martín de Salcedo	-	Alcalde	Gómez Manrique	1489.
Barragán	-	Alguacil	?	1491.
Álvaro de Mena	-	Alguacil Mayor	Pedro de Castilla	1493.1495.1496. 1498.1499.
Juan Álvarez Guerrero	Bachiller	Alcalde Mayor	Pedro de Castilla	1493.1496.1498. 1499.1505.
Juan Quijada	-	Alcalde	Pedro de Castilla	1494.
Diego Castellano	-	Alcalde	Pedro de Castilla	1498.1500.
Martín de Salcedo	-	Alcalde	Pedro de Castilla	1503.

Luis de Aguirre	-	Alguacil Mayor	Pedro de Castilla	1505.
Juan de Cañizares	-	Alcalde Mayor	Pedro de Castilla	1505.1506.
Francisco Chirino de Loaysa	-	Alcalde	Jaime Ferrer	1508.
Alonso de Ponte	-	Alguacil	?	1509.
Alfón de Azafrán	-	Alcalde	Jaime Ferrer	1509.1513.
Rodrigo Ronquillo	Licenciado	Alcalde Mayor	Jaime Ferrer	1510.1511.1513. 1514.
Diego de Rojas	-	Alcalde	Jaime Ferrer	1513.1514.
Calderón	Licenciado	Alcalde Mayor	Jaime Ferrer	1516.
Alonso de Salvatierra	Licenciado	Alcalde Mayor	Luis Portocarrero	1517.1519.
Gaspar de Córdoba	-	Alguacil Mayor	Luis Portocarrero	1519.
Fernando Verdugo	-	Alcalde	Luis Portocarrero	1519.
Luis Ponce de León	Licenciado	Alcalde Mayor	?	1520.

**CAPÍTULO 3:**

**LA CIUDAD COMO ENTIDAD COLECTIVA:  
INSTITUCIONES Y GESTIÓN PÚBLICA**





Hemos estudiado la Ciudad como centro de poder del territorio toledano y como entidad engarzada en el sistema político de la Corona de Castilla al final del Medievo. Ahora nos corresponde penetrar en el interior de esta entidad para observar cómo se organiza y cómo funciona. No vamos a limitarnos a desarrollar un frío estudio institucional, sino que en el análisis de actuaciones y organismos que aquí se va a llevar a cabo, haremos una incursión en sus implicaciones políticas, sociales y económicas. Nos sentimos obligados a ello, ya que el motivo que nos empuja a contemplar la Ciudad como entidad colectiva es la necesidad de atender a los resortes de poder en Toledo que explican por qué la oligarquía se hizo cargo de ellos, cómo los manejaba y en qué diversos niveles los elementos de esta minoría se acomodaba; porque creemos que la propia acción de la Ciudad refleja con bastante transparencia la acción de los oligarcas y su capacidad de control sobre Toledo y su Tierra.

Sin más preámbulos, pasamos a presentar los distintos apartados en que hemos organizado los contenidos de este capítulo: en primer lugar se estudia el Regimiento, el órgano que goza de mayor capacidad de acción y que aglutinaba a los linajes más relevantes de Toledo; a continuación, el Cabildo de Jurados, institución con menor capacidad en que los grupos emergentes encontraban su lugar; de similar categoría social eran los integrantes del Colegio de Escribanos, institución que no formaba parte plenamente de la Ciudad pero que se hallaba íntimamente relacionada con ella, particularmente a través de la Escribanía Mayor de los Ayuntamientos. No menos importantes son los ámbitos de la gestión urbana para comprender la estructura social de Toledo, y en primer lugar la Hacienda, a través de cuyo estudio se puede observar la autonomía financiera de Toledo, su dominio jurisdiccional sobre el territorio y la forma

en que la oligarquía utilizaba los recursos públicos para fortalecer su propia posición política. Se hara alusión, asimismo, a otros aspectos implicados en el funcionamiento de la Ciudad, como la Administración de Justicia, el abastecimiento urbano o el control de los precios, en los que la intencionalidad económica de la oligarquía se manifiesta con toda claridad.

### 3.1. El Regimiento, cuerpo gobernante

En la actualidad contamos con interesantes estudios sobre los regimientos de muchas ciudades castellanas, algunos aparecidos en forma de breves monografías y otros formando parte de investigaciones más amplias<sup>1</sup>. En casi todo ellos se coincide en el tratamiento de algunos puntos, como las funciones de la institución, el salario de los regidores o la patrimonialización de los oficios. Estos asuntos nos parecen esenciales pero, al no ser nuestra intención dotar al estudio de un sesgo institucional, sino ofrecer además un contenido político y social, no queremos detenernos en ese puñado de cuestiones y hemos considerado que una visión global del Regimiento toledano exige afrontar los siguientes aspectos:

- la instauración del órgano en Toledo, con sus precedentes externos y la incidencia en la evolución gubernativa de la Ciudad,

---

<sup>1</sup>. Entre otros, citaremos los de J. ABELLÁN, *El Concejo de Jerez de la Frontera en la primera mitad del siglo XV: composición, sistemas de elección y funcionamiento del Cabildo*, Jerez de la Frontera, 1991; M. ASENJO, *Segovia. La ciudad y su tierra a fines del Medievo*, Segovia, 1986; J. A. BONACHÍA, *El Concejo de Burgos en la Baja Edad Media (1345-1426)*, Valladolid, 1978; R. CARANDE, "El obispo, el concejo y los regidores de Palencia (1352-1422). Aportación documental sobre el gobierno de una ciudad en la Edad Media", *Siete estudios de Historia de España*, Barcelona, 1969, p. 55-93; E. CRUCES, *La configuración político-administrativa del Concejo de Málaga. Regidores, jurados y clanes urbanos (1495-1516)*, tesis doctoral inédita; M. F. LADERO, *La ciudad de Zamora en la época de los Reyes Católicos*, Zamora, 1991; M. A. LADERO, *Historia de Sevilla. La ciudad medieval*, 2ª edición, Sevilla, 1980; J. M. LÓPEZ VILLALBA, "Concejo abierto, regimiento y corregimiento en Guadalajara (1346-1504)", *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 5 (1992), p. 65-83; A. L. MOLINA y F. A. VEAS, "Los regidores del Concejo de Lorca. Sus ordenanzas y evolución (1399-1509)", *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 1 (1988), p. 495-524; J. I. MORENO NÚÑEZ, "El Regimiento de Toro en el siglo XV", *En la España Medieval*, 6 (1985), p. 773-783; J. L. del PINO, "El Concejo de Córdoba a fines de la Edad Media: estructura interna y política municipal", *Historia. Instituciones. Documentos*, 20 (1993), p. 355-401; J. I. RUIZ DE LA PEÑA, "Tránsito del concejo abierto al regimiento en el municipio leonés", *Archivos Leoneses*, XXIII (1969), p. 301-316; del mismo autor, "El régimen municipal de Plasencia en la Edad Media: del concejo organizado y autónomo al regimiento", *Historia. Instituciones. Documentos*, 17 (1990), p. 247-266; J. M. RUIZ POVEDANO, *El primer gobierno municipal de Málaga (1489-1495)*, Granada, 1989; F. A. VEAS, "Dinámica del Concejo de Murcia (1420-1440):

- la regulación que le da forma y el significado político de su sistemático incumplimiento,
- sus funciones, reflejo de la capacidad de acción de los oligarcas, y
- la condición social de los regidores.

### 3.1.1. Precedentes y creación del Regimiento toledano

El primero de los asuntos a tratar, la creación del Regimiento toledano, hay que observarlo en su contexto castellano y local. Cuando en 1422 llegó a la ciudad del Tajo la institución no representaba ésta una novedad; el establecimiento de los regimientos en las ciudades castellanas constituye un jalón significativo en el contexto de dos procesos simultáneos e inseparables: la oligarquización de las sociedades urbanas y el desarrollo del poder de la Monarquía. A lo largo del reinado de Alfonso XI (1312-1350) ambos procesos se acentuaron considerablemente, en particular durante la última década del reinado, en la que la intervención de la Monarquía sobre los municipios se hizo más patente a través de la instauración, en algunas importantes ciudades, del Regimiento, una forma de concejo restringido que dejaba el gobierno local en manos de un número determinado y reducido de personas -los regidores- de la confianza del monarca.

A mediados del siglo XIV, el hecho de que una minoría de poderosos gobernara las ciudades castellanas no constituía una novedad<sup>2</sup>, aunque por entonces los concejos restringidos

---

los regidores”, *Miscelánea Medieval Murciana*, IX (1982), p. 87-107.

<sup>2</sup>. A. BO y M. C. CARLÉ han estudiado el proceso de oligarquización del poder urbano a través de los fueros en su artículo “Cuándo empieza a reservarse a los caballeros el gobierno de las ciudades

generalmente estaban formados por un número indeterminado de personas, normalmente caballeros y hombres buenos. Las reuniones de estos grupos, tumultuosas y broncas, producían con frecuencia conflictos entre facciones y continuas paralizaciones de la acción municipal. Esta situación de inestabilidad proporcionaba a la Monarquía el mejor argumento para intervenir como poder superior, arbitral y pacificador, dando lugar a gobiernos urbanos aún más restringidos y controlados.

Así, al calor de las disputas locales, fueron surgiendo los regimientos desde mediados del siglo XIV: en dos importantes ciudades, Segovia y Burgos, el año 1345<sup>3</sup>, y sucesivamente en otras, grandes y pequeñas. Pero tampoco era rigurosamente nuevo el Regimiento, ya que, aunque sin esta denominación, existían concejos cerrados formados por un número determinado de personas, nombradas por el rey, en las ciudades del sur: en Murcia, donde el propio Alfonso XI había reglamentado esta forma de gobierno<sup>4</sup>; y en Sevilla, donde desde el reinado de Alfonso X el cuerpo gobernante tomó el nombre de Veinticuatria, por el número de miembros que lo constituían<sup>5</sup>. La instauración de regimientos, pausada pero imparable, tuvo dos consecuencias

castellanas”, *Cuadernos de Historia de España*, IV (1946), p. 114-124. M. ASENJO establece el punto álgido de esta transformación socio-política en las minoridades de Fernando IV y de Alfonso XI, al tiempo que se consolidaban los linajes urbanos, basados en la solidaridad familiar; vid. “Oligarquías urbanas en Castilla en la segunda mitad del siglo XV”, *Actas do Congresso Internacional Bartolomeu Dias e a sua epoca*, Oporto, 1989, too IV, p. 419.

<sup>3</sup>. El Regimiento de Segovia ha sido estudiado por M. ASENJO en su *Segovia. La ciudad y su tierra*..., cit., p. 438 y siguientes. J. A. BONACHÍA, por su parte, estudia el Regimiento burgalés en *El Concejo de Burgos*..., cit., p. 74 y siguientes.

<sup>4</sup>. La constitución de este cuerpo por el rey justiciero y su posterior definición, debida a su hijo, ha sido estudiada por J. TORRES FONTES, “El Concejo murciano en el reinado de Alfonso XI”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXIII (1953), p. 139-159, y “El Concejo murciano en el reinado de Pedro I”, *Cuadernos de Historia de España*, XXV-XXVI (1957), p. 251-278. F. A. VEAS, “Dinámica del Concejo de Murcia...”, cit., p. 98 y siguientes, estudia la reforma del Regimiento murciano de 1424, que tomó el modelo del cuerpo toledano creado dos años antes.

<sup>5</sup>. M. BORRERO, “El Concejo de Sevilla”, *Sevilla en tiempos de Alfonso X*, Sevilla, 1987, p. 147 y siguientes, estudia el nacimiento y naturaleza de esta peculiar institución.

fundamentales: para la Monarquía, supuso un avance esencial en el proceso de asentamiento de su intervención sobre los municipios; para la oligarquía local, el Regimiento se convertiría en el más perfecto instrumento de consolidación de su control sobre el gobierno urbano.

La creación del Regimiento toledano tuvo lugar en 1422, cuando ya había surgido este tipo de cuerpo gobernante en la mayoría de las ciudades castellanas, pero tengamos en cuenta que desde mucho antes el Gobierno de la Ciudad era restringido. Contamos con pocos testimonios que nos informen de la constitución política toledana anterior al siglo XV, correspondiendo al reinado de Alfonso XI el primero que presenta cierta concreción. El 12 de marzo de 1333 este monarca se refería a la asamblea gubernativa de Toledo como reunión de “*cavalleros e omes bonos ayuntada mientre*”; a petición de la Ciudad, el rey concedía que estas reuniones se celebrasen en forma plenaria, participando conjuntamente en ellas los oficiales, caballeros y hombres buenos de Toledo y anulando así una disposición anterior en que ordenaba que se celebrasen separadamente, reuniéndose por un lado los oficiales y caballeros y por otro los hombres buenos. Los representantes de los toledanos habían persuadido al rey de la afrenta que tal orden suponía, argumentando que tradicionalmente los ayuntamientos eran plenarios, sin separación por “estamentos”<sup>6</sup>. No entraremos aquí a valorar a qué sector de la población toledana se refiere la denominación “hombres buenos”, puesto que de ello nos ocupamos unas páginas más adelante, pero señalaremos aquí que la participación en el Gobierno urbano debía ser ya restringida; el rey no se refería a Toledo como “concejo”, que era la denominación empleada comúnmente para aludir a la universalidad de los participantes en los gobiernos tradicionales, y sabemos que esta Ciudad nunca fue considerada concejo por otras razones que ya se reseñaron en el capítulo anterior.

---

<sup>6</sup>. La disposición alfonsina referida, conservada en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, n° 1, recoge toda esta valiosa información.

A comienzos del siglo XV aún seguían celebrándose en Toledo los ayuntamientos plenarios, y era objetivo de la Monarquía, tanto como de la oligarquía local, que las riendas del poder pasara a manos de un grupo restringido de personas, para así poder controlar mejor las acciones de la Ciudad. La reforma gubernativa no era fácil de realizar, teniendo en cuenta que el pueblo toledano, que había de ser la víctima, podía contestar con violencias al ser excluido; de manera que la reforma que se anunciaba debía evitar radicalismos y dejar un canal de participación al sector popular. Los temores de los poderosos explican la realización en dos fases de la restricción de los componentes del órgano de gobierno local y la creación de un cauce de participación para los elementos más influyentes de la ciudadanía toledana, como vamos a observar a continuación. Hemos hecho alusión al despliegue de la reforma gubernativa toledana en dos fases, pero hay que indicar que, más que dos fases, fueron dos acciones, dos reformas: una, que se realizó en 1411 y que fue sólo un ensayo, un experimento, para la definitiva, que tuvo lugar en 1422. La primera fue impuesta por el regente don Fernando, seguramente aprovechando el prestigio obtenido con el éxito de sus campañas contra el Reino nazarí de Granada, en particular la toma de la población de Antequera.

La reforma toledana de 1411 se insertaba en una serie de intervenciones sobre los gobiernos municipales que el infante don Fernando emprendió y que afectó, entre otras a las ciudades de Sevilla y de Cuenca<sup>7</sup>. Suponía un nuevo impulso al proceso de control monárquico de los municipios a través de la oligarquización de sus gobiernos. En Toledo, la intervención se fecha el 9 de marzo de 1411, data del ordenamiento que impuso el infante; este ordenamiento, que modificaba la constitución política toledana, contenía sesenta y una *leyes* que reglamentaban todos

---

<sup>7</sup>. La reforma sevillana fue tratada por el cronista ORTIZ DE ZÚÑIGA, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Madrid, 1677, p. 281-282. La reforma conquense ha sido estudiada por M. D. CABAÑAS, "La reforma municipal de Fernando de Antequera en Cuenca", *Anuario de Estudios Medievales*, 12 (1982), p. 381-397.



los aspectos de la organización y el funcionamiento de la Ciudad<sup>8</sup>. Este conjunto de normas va precedido por un preámbulo que expone los motivos por los que se aborda la intervención: “*entre otras razones por fazerse el regimiento en ella por grande muchedumbre de gente ayuntada para ello*”<sup>9</sup>. Ésta es otra prueba de la existencia anterior en Toledo de una reunión municipal abierta a la participación de un buen número de personas; y es precisamente con este ordenamiento como se da fin a la forma de congregación abierta.

El preámbulo referido concreta las categorías a las que pertenecían los reunidos en los ayuntamientos: “*el estado de la justiçia que son los alcajldes e el alguaçil e sus logares tenientes e el estado de los cavalleros que contiene los cavalleros e los fijosdalgo e el estado de los omes buenos que son los omes buenos e çibdadanos de la dicha çibdad*”. Las primeras normas del ordenamiento determinan que estos tres estamentos seguirían gobernando Toledo, pero ya no en forma plenaria sino representativa. Los tres oficiales mayores, como representantes del rey, continuarían al frente, pero serían acompañados solamente por tres caballeros y tres hombres buenos, representantes de los toledanos, llamados “fieles”<sup>10</sup>, elegidos por los estamentos cada dos años. Así pues, los ayuntamientos eran formados por diez personas: los tres oficiales reales, los seis fieles y el escribano de la Ciudad.

La reforma del infante sería duradera en algunos de sus aspectos, ya que las normas que acompañaron a la creación del Regimiento de 1422 sólo parcialmente modificaban el Ordenamiento de 1411. Precisamente la constitución de los ayuntamientos parecía ser su aspecto

---

<sup>8</sup>. Este importante documento normativo ha sido publicado por E. SÁEZ SÁNCHEZ, “Ordenamiento dado a Toledo por el infante don Fenando de Antequera, tutor de Juan II”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XV (1944), p. 506-547, siguiendo un traslado de 1418 que se hallaba en la Biblioteca de la Escuela de Estudios Medievales, no conservándose al parecer ni el original ni otra copia del documento.

<sup>9</sup>. *Ibid.*, p. 506.

más frágil, ya que permitía tener voz a todos los caballeros toledanos, que asistían a las reuniones para hacer valer sus intereses presionando a los fieles; la crónica del reinado de Pérez de Guzmán nos describe unas reuniones tumultuosas, en ocasiones violentas: *“En este ayuntamiento donde ellos se ayuntaban (se refiere a los tres oficiales mayores y los seis fieles) entraban todos los cavalleros de la çibdad que querian e cada uno dellos habia voz e lo que se ordenaba por los mas de los fieles con uno de los alcaldes e alguaçil e con las mas voçes de los cavalleros que ende se açercaban aquello se guardava e como un dia acaçia venir unos e otro dia otros lo que los unos haçian a los otros desplaçia en tal manera que siempre habia sobresto divisiones e aun algunas veçes escandalos e ruidos”*<sup>11</sup>.

Las circunstancias ofrecían una oportunidad perfecta para emprender una reforma más profunda que la de once años atrás: si el problema era un exceso de personas que provocaban escándalos, el modo de atajarlo era impedir la entrada a las multitudes, pero para lograr que una restricción tan inusual en Toledo provocara mayores protestas, había que ampliar el número de los componentes de las reuniones, dando así cabida a los más encumbrados representantes de la oligarquía local: a este planteamiento responde la creación del Regimiento, que además tenía para la Monarquía la ventaja de gozar del control de la elección de estos representantes, ya que las regidurías eran oficios de provisión regia. En el primer momento Juan II, tomando el Regimiento burgalés como modelo, nombró dieciseis regidores, ocho caballeros y ocho hombres buenos, que ejercerían su oficio vitaliciamente. Los nombres de los primeros regidores toledanos son los siguientes: Pedro Gómez Barroso, Hernando Niño, Hernán Gómez de Aguilar, Juan Vázquez, Sancho Hernández, Pedro Fernández del Lance, Martín Vázquez de Rojas, Esteban Alonso

---

<sup>10</sup> . *Ibid.*, Ley 3, p. 509-510.

<sup>11</sup> . F. PÉREZ DE GUZMÁN, “Crónica de Juan II”, *Crónicas de los reyes de Castilla*, edición de C. Rosell, Madrid, 1953, tomo III, año 16º, cap. XXI, p. 421-422.

Zorita, Juan Gudiel de las Roelas, Nuño Hernández del Registro, Diego Terrín el viejo, Mosén Juan, Juan Rodríguez de Torrijos, Ruy Sánchez Zapata, Pedro Esteban Zorita y Pedro Rodríguez de San Soles. Todo ello se conoce de forma indirecta, a través de noticias de la época y posteriores<sup>12</sup>. Acerca de la aparición del Regimiento toledano no se conoce de cierto nada más; será la propia evolución de la institución la que nos permita estudiarla más profundamente.

### 3.2.1. La regulación del oficio y su sistemático incumplimiento

Antes de entrar en el estudio de los aspectos funcionales y sociales, es necesario examinar lo que la institución del Regimiento y el oficio de regidor pretendían ser y lo que realmente fueron. En el momento de su instauración y a lo largo de su primer siglo de evolución, esta institución toledana contó con una regulación, tanto explícita como implícita, bastante precisa, pero desde muy temprano, y con la aquiescencia regia, la realidad del oficio fue distanciándose de su regulación, dando lugar a una plasmación cotidiana muy diferente.

Es preciso señalar, antes de observar la distancia entre teoría y realidad del Regimiento

---

<sup>12</sup>. La provisión de las primeras juraderías toledanas, fechada el 10 de marzo de 1422, señala que las primeras regidurías ya habían sido proveídas; vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 4; se conserva una copia del siglo XVII de esta provisión en A.M.T., A.C.J., Orig. nº 1 y 2/2. Este documento ha sido publicado por A. MILLARES, "El Libro del Juramento del Ayuntamiento de Toledo", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XVI (1945), p. 458-461, y por F. J. ARANDA, *Poder municipal y Cabildo de Jurados en Toledo en la Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*, Toledo, 1992, p. 151-155. En cuanto a las noticias posteriores, que nos dan el nombre de los dieciséis primeros titulares, hay que señalar dos: P. ALCOCER, *Historia o descripción de la ciudad de Toledo con todas las cosas acontecidas en ella, desde su principio y fundación*, Toledo, 1554, edición facsímil en Toledo, 1973, fol. LXXVI, y el *Libro de la razón de los señores corregidores, dignidades y regidores que ha habido en los ayuntamientos de esta Imperial Ciudad de Toledo*, escrito por el regidor toledano Juan de Toro en el siglo XVII y conservado en A.M.T., Ms., sec. B, nº 131; p. 61.

toledano, que la regulación de los regimientos de las ciudades de realengo castellanas constituía una atribución exclusiva de la Monarquía. Estas instituciones eran tan dispares, tan peculiares en cada ciudad, que a la Monarquía no le era posible establecer una normativa común, como ocurrió en el caso de otros oficios reales, como corregidores y jueces de residencia<sup>13</sup>. La regulación de los regimientos se formó como cúmulo de disposiciones concretas que se iban tomando según surgían problemas peculiares en cada ciudad, de modo que el Regimiento toledano se hallaba regulado a través de una serie de órdenes reales y de costumbres locales, autorizadas éstas por la Monarquía, que jalonaron su evolución.

La distancia entre teoría y realidad del Regimiento puede observarse contemplando cuatro elementos fundamentales del oficio: el número de las regidurías, el acceso a estos oficios, su fiel ejercicio y su rentabilidad. A continuación, vamos a estudiar con cierto detenimiento cada uno de ellos, señalando su corrupción más característica.

#### *A. El número de las regidurías y su inflación*

El tratamiento de esta cuestión nos impone trazar una evolución del Regimiento toledano, paralela a la de tantos otros regimientos. A lo largo del siglo XV en las ciudades castellanas se produjo una notable inflación de los oficios, tanto regidurías como otros, a partir de un número

---

<sup>13</sup>. B. GONZÁLEZ ALONSO, *El corregidor castellano (1348-1808)*, Madrid, 1970, p. 299-317, publica los "Capítulos de 1500 para corregidores y jueces de residencia". Aunque ésta es la norma general más conocida, existe una anterior, del año 1491, que es señalada por el propio González Alonso (Ibíd, p. 79) como precedente de la de 1500; una de las copias que se conservan de las "ordenanzas e capítulos" de 1491 se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, n° 13.

original al que siempre se pretendía regresar. En Toledo, el número de regidurías “ideal” era veinticuatro; en 1422, Juan II había optado por proveer dieciseis, pero poco después él mismo proveería otras nueve y consumiría una, de modo que al final de su reinado el número de regidurías quedaría establecido en veinticuatro, conforme al modelo sevillano. Bajo el reinado de Enrique IV el número se acrecentaría notablemente, llegando en 1473 a cincuenta y dos<sup>14</sup>.

En las Cortes de Toledo de 1480 los Reyes Católicos tomaron medidas para reformar el gobierno de las ciudades castellanas, y precisamente una de las más relevantes, adoptada para dar respuesta a una petición de los procuradores de las ciudades, se dirigió a restaurar el antiguo número de los oficios locales, entre éstos las regidurías. Los reyes Isabel y Fernando, considerando que su antecesor había otorgado mercedes “inconvenientes” en este sentido, ordenaron la consumición de los oficios acrecentados según fueran quedando vacantes por muerte de sus titulares, hasta reducir su número al “antiguo”, el originario.

Contrariados por tal decisión los regidores toledanos, junto con los jurados de la Ciudad, elevaron al rey una petición por la que solicitaban licencia para continuar practicando la renuncia de sus oficios en favor de otras personas. Esta práctica, denominada jurídicamente “*renuntiatio in favorem*”<sup>15</sup>, afectaba por igual a oficios antiguos y acrecentados y tendía a perpetuar el exceso en el número de oficiales contra el que los monarcas se habían pronunciado en las Cortes de Toledo. Sin embargo, el 7 de noviembre de 1480, el mismo año de las Cortes, Isabel y Fernando concedieron la licencia para renunciar solicitada por los oficiales toledanos, si bien se reservaban

---

<sup>14</sup>. Todos estos datos acerca del Regimiento toledano, así como los nombres de los titulares de las regidurías, nos han sido transmitidos por el *Libro de la razón*..., cit., p. 61-63, cuyo autor manejaba actas de ayuntamientos hoy perdidas.

<sup>15</sup>. Sobre esta corrompida fórmula de transmisión de oficios, que más adelante trataremos ampliamente, véase F. TOMÁS Y VALIENTE, “Origen bajomedieval de la patrimonialización y la enajenación de oficios públicos en Castilla”, *Actas del I Symposium de Historia de la Administración*, Madrid, 1970, p. 123-159.

el control de las renunciaciones de los oficios acrecentados a través de la exigencia de una licencia regia especial para efectuarlas<sup>16</sup>. Esta cláusula sería esencial, ya que permitió a los monarcas realizar satisfactoriamente la reforma proyectada en Cortes. Efectivamente, a partir de entonces las regidurías acrecentadas se irían consumiendo hasta restaurar el número de veinticuatro nuevamente en 1507, y hasta 1543 no volverían a acrecentarse<sup>17</sup>.

### B. *El acceso a los oficios y la renuncia*

El segundo elemento señalado del Regimiento toledano, el acceso a los oficios, es probablemente el que en mayor medida se encontraba marcado por la corrupción. Como hemos visto, Juan II había designado a los dieciseis primeros regidores de Toledo; era evidente que el monarca se reservaba la atribución en exclusiva de la provisión de regidurías, como lo haría en las más notables ciudades del reino, siendo sólo por delegación expresa del rey como otras personas podían proveer estos oficios. Tenemos noticia de la provisión de una regiduría, en favor de Martín de Ayala, otorgada por el cardenal Cisneros, gobernador del reino, cuya presentación ante la Ciudad se produjo el 2 de agosto de 1517<sup>18</sup>; se trata de una escritura que el cardenal

---

<sup>16</sup>. La concesión se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, n.º 22.

<sup>17</sup>. Libro de la razón..., cit., p. 63-64. El Regimiento toledano en la Edad Moderna ha sido estudiado por F. J. ARANDA, *Poder municipal y oligarquías urbanas en Toledo en el siglo XVII*, tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1991, p. 162-226; y por M. MORA, *Municipio y poder en Toledo: dinámica política y reforma bajo el reinado de Carlos III*, tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1998, p. 201-284. Tengo que agradecer a los autores de estas voluminosas obras su amabilidad al permitirme la consulta de las mismas.

<sup>18</sup>. La noticia nos ha sido transmitida por el *Libro de la razón*, p. 101.

extendió como delegado de Carlos I, antes de que éste llegara a Castilla y se hiciera cargo directamente de los asuntos del reino.

El oficio de regidor era vitalicio, como se advierte desde el momento de la instauración de la institución, pero el monarca se reservaba el derecho a cesar a aquellos oficiales que traicionaban la confianza en ellos depositada. El primer caso conocido de cese de un regidor toledano lo hallamos en 1476; el 6 de marzo de aquel año, Fernando V comunicaba a la Ciudad la destitución de Pedro de Baeza, alcaide de Trujillo, al que se calificaba de rebelde, probablemente por haber prestado sus servicios a Alfonso V, rey de Portugal y pretendiente al trono castellano<sup>19</sup>.

Tras el fracaso del movimiento comunero, la represión carolina llegó a Toledo en forma de destitución de algunos de los regidores de la Ciudad que habían estado involucrados en la insurrección; Pedro Laso de la Vega, hermano del célebre poeta Garcilaso, fue suspendido el 16 de junio de 1524<sup>20</sup>; Juan Carrillo, seis días después, el día 22<sup>21</sup>; Gonzalo Gaitán, el 1 de abril de 1525<sup>22</sup>. La tardanza regia en suspender de sus oficios a los insurrectos constituye un evidente indicio de la tensión que, aún años después de la derrota comunera, persistía en Toledo; la debilidad de la posición de Carlos I ante la oligarquía toledana queda corroborada por el hecho de que la suspensión de estos tres regidores no sólo fue suscrita por él, sino que necesitó de la

---

<sup>19</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 17/3. Para sustituir al traidor Baeza, el monarca entregaba la regiduría vacante a Alfonso Carrillo, caballero de la Casa del rey.

<sup>20</sup>. *Libro de la razón*, p. 323. Vasco Ramírez de Guzmán tomó su lugar en el Regimiento aquel mismo día.

<sup>21</sup>. *Ibid.*, p.353. Lo sustituyó Juan de Ayala.

<sup>22</sup>. *Ibid.*, p. 345. En su lugar, Garcilaso de la Vega tomó el oficio. Estos tres regidores cesados formaban parte de la lista de los exceptuados del perdón general que el emperador había otorgado a los insurrectos el 8 de octubre de 1522; vid. F. MARTÍNEZ GIL, *La ciudad inquieta. Toledo comunera, 1520-1522*, Toledo, 1993, p. 123-124.

confirmación expresa de su madre doña Juana, que había jugado un papel ambiguo en los sucesos pasados.

La provisión de un regidor toledano, expedida por el rey o por un delegado autorizado, se expresaba con fórmulas estereotipadas. Una vez recibida la provisión por el beneficiario, éste la presentaba ante el ayuntamiento de la Ciudad, la tomaba el escribano mayor y la leía en voz alta. Conocido su contenido, los miembros del Gobierno, en orden jerárquico, la observaban, la tocaban y se la posaban sobre la cabeza en señal de obediencia, por reconocer que era una orden del rey. A continuación, cada uno de los oficiales reunidos expresaba que la cumpliría, admitiendo que era conforme a Derecho<sup>23</sup>. Un representante de la Ciudad tomaba entonces juramento solemne (y, en caso de ser caballero, además hacía pleito-homenaje) al nuevo regidor acerca del fiel ejercicio del cargo, concluyendo el acto con la entrega del asiento correspondiente en la sala<sup>24</sup>.

No siempre resultaba tan sencilla la recepción de los nuevos oficiales. En ciertas ocasiones, la Ciudad se resistía a recibir a alguno de los regidores designados, argumentando la disconformidad del nombramiento con la regulación de la institución. Así, en el invierno de 1476, los Reyes Católicos encontraron numerosas dificultades para introducir como regidor de la Ciudad a su criado Alfonso Carrillo. El 1 de enero de aquel año, la reina Isabel envió sendas misivas a Juan de Silva, conde Cifuentes, y a Juan de Ribera, señor de Montemayor, sus más fieles partidarios en Toledo por entonces<sup>25</sup>. En ambas cartas expresaba la reina que don Fernando y ella

---

<sup>23</sup>. Sobre la diferenciación entre obedecer y cumplir, véase el esclarecedor trabajo de B. GONZÁLEZ ALONSO, "El 'obedézcase pero no se cumpla' en el Derecho castellano en la Baja Edad Media", *Anuario de Historia del Derecho Español*, L (1980), p. 469-487.

<sup>24</sup>. Los actos de toma de posesión de las regidurías se conocen por las provisiones regias del oficio; la más antigua que se conserva en Toledo es la del contador mayor del rey Diego Arias Dávila, fechada el 9 de agosto de 1456; vid. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 8. Conservamos la copia simple, incompleta, de una toma de posesión que podemos fechar en 1507, correspondiente probablemente al regidor Alfón Gutiérrez de Madrid; vid. A.M.T., Regimientos, caj. 1, nº 1.

<sup>25</sup>. Estas cartas, de expresión sencilla y afectuosa, se conservan, respectivamente, en A.M.T., A.S., caj.



habían otorgado una provisión de regiduría a Carrillo y se habían producido dilaciones por parte de la Ciudad en su cumplimiento, motivo por el que solicitaba a los destinatarios facilitar el recibimiento de su criado. La razón por la que se resistían las autoridades locales a la admisión de Carrillo se expresa con toda claridad en la orden de recibirlo que expidió el rey don Fernando el 6 de marzo del mismo año de 1476<sup>26</sup>: la Ciudad se mostraba decidida a no cumplir la orden, argumentando que los reyes habían dispuesto no hacer merced de regiduría vacante -y ésta había vacado, recordemos, por la suspensión de Pedro de Baeza- en tanto no descendiese el número de regidores a veinticuatro. Era un buen argumento, si pensamos que, si bien la regulación del Regimiento toledano dependía de la voluntad regia, ésta había de ceñirse al Derecho local; y es evidente que una orden de tal naturaleza lo lesionaba. El hecho es que la resistencia local contra la orden regia probablemente tuviera peso, ya que no encontramos como regidor de Toledo a Alfonso Carrillo en los años posteriores.

Sin duda, la más llamativa corrupción del Regimiento toledano, en directa relación con el acceso a los oficios, era la patrimonialización de éstos. La propia Monarquía tuvo su responsabilidad en la generalización de este nocivo uso de las regidurías, al expedir provisiones válidas para más de una generación: el 8 de enero de 1467 el infante don Alfonso, como rey de Castilla, proveía una regiduría en favor de Juan Rodríguez de Baeza, disponiendo que tras su muerte recibiera el oficio su hijo Pedro de Baeza<sup>27</sup>. Sin embargo, este tipo de merced no era usual; la patrimonialización de las regidurías tuvo lugar fundamentalmente a través de una fórmula: la

---

1, leg. 1, nº 17/1 y nº 17/2. El 27 de mayo de 1475, como se ha estudiado en el capítulo anterior, Juan de Silva y Juan de Ribera habían sido nombrados gobernadores de Toledo; vid. A.M.T., A.S., caj. 5, leg. 6; documento publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV. Vida política*, Madrid, 1961, p. 288-289.

<sup>26</sup>. Véase esta re-emisión de la orden en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 17/3.

<sup>27</sup>. *Libro de la razón*, p. 131. TOMAS Y VALIENTE, op. cit., p. 142, remonta el empleo de nombramientos dúplices al reinado de Juan II.

renuncia<sup>28</sup>.

La provisión de regidurías, como hemos visto, era competencia exclusiva de la Monarquía, pero tal exclusividad no era incompatible con el traspaso de los oficios por parte de sus titulares, siempre que la Monarquía lo aprobase expresamente mediante la expedición de una carta de provisión en favor del sucesor. Para ocultar esta práctica corrupta, aunque no ilegal, el legislador del Cuatrocientos elaboró una fórmula jurídica denominada “*remuntiatio in favorem*” o “*resignatio in favorem*”: la renuncia del oficio. En principio, ésta consistía en la transmisión de un oficio por parte de su titular aduciendo un motivo legal (duplicidad de cargos) o personal (imposibilidad física para desempeñarlo)<sup>29</sup>. De hecho, la renuncia no solía emplearse para transmitir cargos en vida, sino que entraba en vigor cuando el renunciante moría. En tal trance, al monarca le era presentada la renuncia del oficial para que expidiese la correspondiente provisión en favor del beneficiario. Tal práctica se hizo tan usual en el Regimiento toledano que, al menos desde comienzos del siglo XVI, con toda normalidad se presentaban provisiones reales en que se expresaba que el beneficiario era nombrado por renuncia del anterior titular<sup>30</sup>.

Ya se ha hecho alusión a la licencia para renunciar otorgada en 1480 por los Reyes Católicos a los regidores toledanos<sup>31</sup>. En esta concesión, Isabel y Fernando exigían una licencia

---

<sup>28</sup>. Al margen de la obra general de Francisco Tomás y Valiente, se han llevado a cabo investigaciones de gran interés sobre estas prácticas a nivel local, como el trabajo de Y. GUERRERO, “Fórmulas de transmisión del poder en el sistema oligárquico burgalés del siglo XV”, *La ciudad de Burgos. Actas del Congreso de Historia de Burgos. MC aniversario de la fundación de la ciudad, 884-1984*, Valladolid, 1987, p. 273-283.

<sup>29</sup>. F. TOMÁS Y VALIENTE, op. cit., p. 157-159. Este autor define y estudia esta fórmula observando su aplicación en los más diversos oficios, no sólo en las regidurías.

<sup>30</sup>. En el *Libro de la razón*, p. 93 y siguientes, se refieren constantemente este tipo de provisiones, siendo aún más usuales que los nombramientos de regidores que se justifican simplemente por la muerte del anterior titular.

<sup>31</sup>. Véase la concesión en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 22.

regia especial para efectuar renunciaciones en los oficios acrecentados, lo que nos obliga a pensar que los regidores del número no necesitaban ningún permiso inusual para renunciar, de lo que se concluye que la patrimonialización de las regidurías del número era un hecho consumado ya por entonces. No conocemos directamente ninguna renuncia de regidores toledanos, pero el *Libro de la razón* nos refiere algunas de ellas, indicándonos así los linajes que habían conseguido patrimonializar los oficios<sup>32</sup>.

Aunque era lo más usual, no todas las renunciaciones se hacían en favor de hijos o parientes más o menos cercanos. Algunas de ellas beneficiaban a personas que no tenían ninguna relación de parentesco con el otorgante, circunstancia que nos hace pensar en una venta velada del oficio. El 14 de noviembre de 1488 los Reyes Católicos habían prohibido la venta de alcaldías, alguacilazgos, regidurías, veinticuatrias, juraderías y fielejecutorías en todo el reino<sup>33</sup>; en esta orden los monarcas prohíben asimismo permutar los oficios por algún precio y renunciarlos a cambio de algo. En este punto se pone de manifiesto algo que sin duda ocurría: el titular de un oficio lo renunciaba en favor de otra persona a cambio de una cantidad de dinero o como pago de un favor recibido de ella. El 20 de noviembre de 1501, a petición de los jurados de la Ciudad, los monarcas enviaron la anterior orden al corregidor de Toledo, para que insistiera en su cumplimiento<sup>34</sup>. Con bastante probabilidad las ventas, ocultas por renunciaciones, se producían y se seguirían produciendo en el Regimiento toledano; en otro caso, se hace muy difícil explicar por

---

<sup>32</sup>. Entre los ejemplos que se pueden encontrar, citemos la renuncia de Pedro López Padilla en favor de su hijo Juan, efectiva en 20 de julio de 1513, o la de Fernando Álvarez de Toledo en favor de su hijo Martín Álvarez, que dio lugar a la provisión de Carlos I presentada el 29 de diciembre de 1517; referidos ambos casos en *Libro de la razón*..., p. 139 y p. 301, respectivamente. Los principales linajes de regidores toledanos, fruto de la patrimonialización de los oficios, se estudian en otro capítulo de este trabajo.

<sup>33</sup>. Esta orden se inserta en un documento conservado en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 60.

<sup>34</sup>. Esta orden, conservada en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 60, inserta la anteriormente citada.

qué, por ejemplo, Juan Ramírez de Sosa, heredero de una honorable dinastía de regidores toledanos, renuncia su oficio en favor del licenciado Pedro de Herrera en 1514<sup>35</sup>.

### *C. El fiel ejercicio y el absentismo*

El tercer elemento de los expuestos es el fiel ejercicio de las regidurías; su corrupción más característica, el absentismo de los titulares. La asistencia a los ayuntamientos constituía una de las obligaciones básicas de los oficiales, ya que era en estas reuniones donde habían de concretarse las funciones que tenían encomendadas. Como ocurría en otras ciudades de Castilla, la asistencia de los regidores toledanos a los ayuntamientos de la Ciudad no fue ni mucho menos general. Para aportar una prueba documental en este sentido, hemos tomado los datos de dieciocho reuniones municipales: siete corresponden al año 1444 y once a 1464<sup>36</sup>; escasas noticias para ensayar una estimación de la asistencia de los regidores toledanos a los ayuntamientos, pero al menos puede servirnos como orientación conocer que la media de regidores que asistía a estas reuniones alcanza la cifra de 7,6. Si pensamos que el período entre 1444 y 1464 constituye, como hemos

---

<sup>35</sup>. *Ibid.*, p. 107. La presentación de la provisión correspondiente tuvo lugar el 3 de marzo de 1514.

<sup>36</sup>. Conservamos relaciones completas de asistentes de muchas más reuniones, pero sólo consideramos aquí las actas originales de 1444 y 1464, que han sido publicadas por E. BENITO, "Las más antiguas actas conservadas del Ayuntamiento de Toledo", *Revista de la Universidad de Madrid*, 74 (1970), y corresponden a los ayuntamientos de los días 19, 21, 24, 26, 29 y 31 de agosto, y 6 de septiembre de 1444; y 9, 12, 14, 16, 22, 23, 24, 26, y 29 (dos reuniones) de noviembre, y 3 de diciembre de 1464. Preferimos no tener en cuenta para esta modesta estadística los datos proporcionados por otras relaciones de asistentes porque, al no ser originales sino traslados o copias simples, reflejan ayuntamientos de excepcional interés para los oficiales –registrando, por tanto, mayor asistencia de lo habitual– y no ayuntamientos cotidianos como las actas que en su día publicó el profesor Benito Ruano.

observado anteriormente, una etapa de acrecentamiento del número de regidurías -que alcanzó la cifra de cincuenta y dos en 1473-, hemos de concluir que la asistencia media de regidores a los ayuntamientos no pasaba de entre el 25 y el 30% de los titulares. Como márgenes superior e inferior de asistencia tenemos los catorce oficiales que se hallaban presentes en la reunión de 14 de noviembre de 1464 y los solamente tres que acudieron a las de los días 19 y 31 de agosto de 1444.

La media de asistencia era baja, pero no podemos afirmar que el absentismo de los oficiales fuera generalizado, ya que conocemos casos de regidores fieles al servicio que cumplían, como Alonso González de la Torre, que asistió a los ocho ayuntamientos conocidos de 1444, o el mariscal Payo de Rivera, que acudió a diez de las once reuniones citadas de 1464<sup>37</sup>. Sin embargo, no nos puede extrañar el absentismo predominante, puesto que la Regiduría no era concebida por sus titulares como servicio, en el sentido que hoy apreciamos la función pública, sino que el oficio era por encima de todo un honor, un símbolo de poder que generaba una reputación deseada y muy apreciada en la época. Por otra parte, los asuntos tratados en las reuniones eran generalmente de interés para los oficiales, pero el método de la toma de acuerdos, que sólo requería de la mayoría de los miembros de los “ayuntamientos” con voto (oficiales mayores y regidores), permitía que, habiendo entendimiento entre los regidores, todas las decisiones salieran adelante con la presencia de muy pocos de ellos<sup>38</sup>.

Sin embargo, los Reyes Católicos se sentían enojados por la despreocupación de los regidores castellanos y, decididos a acabar con el absentismo en las reuniones municipales,

---

<sup>37</sup>. Vid. E. BENITO, “Las más antiguas actas....”, cit.

<sup>38</sup>. Sobre el sistema de toma de acuerdos en los ayuntamientos hizo el 14 de septiembre de 1493 una declaración el escribano mayor Juan Fernández de Oseguera, subrayando las evidentes ventajas de los regidores; esta declaración se recoge en un testimonio conservado en A.M.T., A.C.J., Libro 47, nº 1.

dispusieron en las Cortes de Toledo de 1480 que aquel regidor que no asistiese al menos durante un tercio del año a los ayuntamientos no percibiría salario alguno; sí lo percibirían, en cambio, aquéllos que se ausentasen justificadamente: por enfermedad, por estar prestando servicio a la Monarquía o por expresa licencia regia. Por estos dos últimos motivos, entre los años 1478 y 1499 algunos regidores toledanos cercanos a los monarcas -Fernando de Rivadeneira, Pedro de Rivadeneira, Diego García de Cisneros, Diego de Ribera, Pedro de Baeza, Pedro de Hontañón- percibieron su salario anual íntegro a pesar de no asistir a un solo ayuntamiento en todo el año<sup>39</sup>.

#### *D. La rentabilidad de las regidurías*

El cuarto y último elemento de la regiduría que hemos señalado es la rentabilidad del oficio. No entraremos aquí en la valoración de las rentas que se derivan del ejercicio de oficios administrativos a que los regidores accedían, ya que en el siguiente apartado serán objeto de comentario; nos centraremos ahora en el salario que correspondía al propio oficio de regidor, observando, para empezar, que representaba una pequeña parte de los ingresos que los oficiales percibían de la Ciudad. Al crear el Regimiento, el salario se había establecido en 2.000 mrs. anuales, siendo ésta la cantidad que repetidamente se refleja en la documentación; en 1457, fecha del primer cuadernillo de la serie de cuentas de Mayordomía, se registra el libramiento de los 2.000 mrs., para ser satisfechos en tres pagos a lo largo del año, en favor de varios regidores

---

<sup>39</sup>. En A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, n° 20, se conservan doce licencias de este tipo emitidas por los Reyes Católicos.

toledanos<sup>40</sup>. El 20 de julio de 1480 los Reyes Católicos concedían el alza del salario de los regidores de Toledo a 3.000 mrs. anuales<sup>41</sup>; en los años posteriores la Ciudad ordenaba al mayordomo el pago de esta suma a los oficiales<sup>42</sup>. No se volvió a elevar en las siguientes décadas este salario, que resulta insignificante si lo comparamos con los ingresos que los regidores llegaban a percibir por otros conceptos, como las procuraciones en Cortes.

### 3.1.3. Funciones del Regimiento

Pasamos así a la tercera cuestión general de interés de este apartado: las funciones del Regimiento. Y hay que comenzar advirtiéndolo que la multiplicidad de órganos que constituyen el Gobierno de Toledo no debe inducirnos al error de pensar que existía en él un real equilibrio de poderes. Las instituciones que formaban parte del órgano rector de la Ciudad no tenían el mismo peso en el Gobierno local; los oficiales mayores asumían el honor de presidirlo y gozaban de la influencia que su cargo les confería pero, desde la constitución del Regimiento, en 1422, habían perdido su capacidad para dirigir efectivamente la actividad política frente a los regidores, muy superiores en número y, por tanto, cualificados por el sistema de mayoría para tomar todo tipo de decisiones. Los jurados, por su parte, no podían intervenir directamente en la toma de

---

<sup>40</sup>. El 14 de marzo de aquel año la Ciudad ordenaba al mayordomo de Toledo el pago a Diego Palomeque, a Arias Gómez de Silva, a Fernando de Rivadeneira y a Fernando Dávalos; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 1, Data, nº 12, nº 13 y nº 14 y nº 15, respectivamente.

<sup>41</sup>. Esta decisión se expresa en una orden enviada a Toledo y conservada en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 21.

<sup>42</sup>. Así se observa en los libramientos colectivos de 1482, 1485 y 1489; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1,

decisiones, ya que carecían de voto en las reuniones municipales. Así pues, cuando pensamos en las funciones del Gobierno toledano, estamos considerando las atribuciones del cuerpo que lo controlaba, el Regimiento, pero no como tal, como institución, sino como suma de las voluntades de sus titulares. Si entre ellos había suficiente entendimiento, sus opiniones se imponían; respecto a esta realidad, ya hemos apuntado anteriormente cómo el escribano mayor de Toledo Juan Fernández de Oseguera declaraba el 14 de septiembre de 1493 que, a pesar de los lamentos del Cabildo de Jurados, todo acuerdo que era apoyado por la mayoría (que equivalía a la mayoría de los regidores) él debía asentarlo en las actas como acordado por la Ciudad<sup>43</sup>.

Para estudiar comprensiblemente la multiplicidad de funciones que el Regimiento asumía hemos de englobarlas en tres áreas competenciales generales: la normativa, la representativa y la administrativa; estas tres atribuciones generales comprenden otras muchas funciones concretas que evidencian la gran capacidad política de los regidores toledanos.

### *A. Función normativa*

La primera de las funciones expresadas, la normativa, no era privativa del Regimiento, sino que la compartía con la Monarquía<sup>44</sup>. De ahí que distingamos dos niveles de normas

---

cuad. 3, Data, nº 53 y nº 54; cuad. 4, Data, nº 27; y cuad. 8, Data, nº 19, respectivamente.

<sup>43</sup>. Esta declaración del escribano Juan Fernández de Oseguera, efectuada en 1493 a petición del Cabildo de Jurados, se conserva en A.M.T., A.C.J., Libro 47, nº 1.

<sup>44</sup>. En cuanto a la convergencia de la normativa regia y la local vid. A. IGLESIAS, "Derecho municipal, Derecho señorial, Derecho regio", *Historia. Instituciones. Documentos*, 4 (1977), p. 115-197.



aplicables en Toledo, teniendo en cuenta la entidad que las dictaba: las normas de origen regio y las normas de origen local, ambas de obligado cumplimiento para los toledanos. Las normas emanadas de la Monarquía podían ser generales, de aplicación en toda la Corona de Castilla, como los ordenamientos de Cortes; pero también podían ser dirigidas específicamente a Toledo. Entre estas últimas podemos señalar los ordenamientos de 1411 y 1422, que ya hemos señalado, y las disposiciones más concretas, que marcaron la evolución institucional del siglo que nos ocupa y que, por lo general, trataban de acabar con las ambigüedades que se planteaban en el desarrollo de la acción política y solventaban los conflictos surgidos entre los órganos del Gobierno local, particularmente los que enfrentaban a regidores y jurados. Estas normas regias afectaban fundamentalmente a la superestructura política, procurando la definición de la organización y el funcionamiento de las instituciones, pero además se establecían como legislación-marco, que no podía ser contradicha por la normativa de origen local.

El segundo nivel de normas que habían de cumplirse en Toledo interesaban de modo más directo a los pobladores, afectaban a la vida cotidiana y a las relaciones entre particulares y de éstos con el Gobierno toledano. Este segundo nivel, el de las normas que emanaban de los ayuntamientos, se expresaba en lo esencial en las ordenanzas municipales<sup>45</sup>, disposiciones, con frecuencia articuladas, que afectaban bien al conjunto de la población, bien a grupos concretos. Para comprender esta dualidad de afectados tomemos como ejemplo dos ordenanzas de 1398: una

---

<sup>45</sup>. Sobre este tipo normativo vid. A. EMBID, *Ordenanzas y reglamentos municipales en el Derecho español*, Madrid, 1978; E. CORRAL, *Ordenanzas de los concejos castellanos. Formación, contenido y manifestaciones (siglos XIII-XVIII)*, Madrid, 1981; M. A. LADERO e I. GALÁN, "Las ordenanzas locales de la Corona de Castilla como fuente histórica y tema de investigación (siglos XIII-XVIII)", *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, 1 (1982), p. 221-243.; P. A. PORRAS, "Las ordenanzas municipales. Algunas propuestas para su estudio y un ejemplo", *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 7 (1994), p. 49-64; y M. A. LADERO, "Las ordenanzas locales. Siglos XIII-XVIII", *En la España Medieval*, 21 (1998), p. 293-337.

de ellas prohibía, con el fin de promover la higiene pública, dejar puercos sueltos por la ciudad<sup>46</sup>; la segunda regulaba las actividades de los pellejeros toledanos<sup>47</sup>. A pesar de ser anteriores a la creación del Regimiento, hemos utilizado estas dos disposiciones municipales deliberadamente, para observar a continuación que en el año de 1398 tuvo lugar una recopilación de ordenanzas toledanas con el objeto de reunir las, y de renovarlas en caso de que fuera necesario. Se conservan ordenanzas de diversas fechas, pero la mayoría se concentran en torno a 1400: en la referida recopilación de 1398 y en los años posteriores como adición a la anterior<sup>48</sup>.

Esta capacidad normativa de segundo nivel, atribuida al Regimiento, era el equivalente de lo que hoy entendemos como potestad reglamentaria de la Administración Local y expresaba, en el terreno normativo, la autonomía urbana respecto al poder monárquico, del mismo modo que en el ámbito judicial la evidenciaban las competencias de los magistrados locales. Pero las atribuciones normativas del Regimiento se hallaban sujetas al asentimiento regio y a la costumbre local.

La primera de estas servidumbres queda evidenciada en las ocasiones en que la Ciudad tomaba decisiones de particular relevancia; la mayoría de los acuerdos municipales no contaban con la confirmación regia por considerarla ociosa, pero cuando la Ciudad afrontaba decisiones importantes o delicadas requería la confirmación de la Monarquía para asegurar la puesta en práctica de la nueva norma sin contratiempos. Así, cuando, después de muchas disputas entre regidores, la Ciudad decidió establecer un acuerdo acerca del asiento que debían ocupar los

---

<sup>46</sup>. Una copia simple del siglo XV de esta ordenanza se conserva en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, n° 5, fol. 68 r.

<sup>47</sup>. Copia simple del siglo XV en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, n° 5, fol. 68 r. - vto.

<sup>48</sup>. Este conjunto de normas locales, conocido como “Ordenanzas antiguas de la Ciudad” nos ha llegado a través de una copia simple de ellas conservada en un manuscrito del siglo XV; vid. A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, n° 5.

regidores en la Sala de los Ayuntamientos, se tomaron dos medidas extraordinarias que nos resultan de particular interés. El 13 de agosto de 1459, fecha de la toma del acuerdo, se hallaba presente en la reunión municipal -además del asistente- Alvar Gómez de Ciudad Real, secretario del rey, para dar fe del acto que tenía lugar, al margen de que como todo acuerdo municipal fuera asentado en los libros de actas por el escribano mayor de los ayuntamientos<sup>49</sup>. En el mismo acto la Ciudad disponía que esta ordenanza, pues ésta era su categoría jurídica, fuera aprobada por el rey Enrique IV; y, efectivamente, el monarca la confirmó un año después, el 22 de julio de 1460<sup>50</sup>. La necesidad de una confirmación explícita de la Monarquía, cuando lo normal era el implícito asentimiento a través del silencio, indica hasta qué punto una ordenanza como ésta era importante para Toledo.

La segunda cortapisa a la capacidad normativa del Regimiento venía impuesta por la costumbre local, a la que siempre había de plegarse. No conocemos ninguna norma que fuese anulada por contravenir las tradiciones jurídicas toledanas; los desafueros de los gobernantes solían cometerse al margen de las normas, violándolas con toda tranquilidad o aprovechando la imprecisión del Derecho en algunos puntos, pero no suscribiendo normas que chocasen con la costumbre, puesto que tal acción hubiera supuesto inevitablemente su derogación, bien por la queja del Cabildo de Jurados, bien por la acción de algún delegado regio.

---

<sup>49</sup>. Este acuerdo se conserva inserto en su confirmación de 22 de julio de 1460, vid. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, n° 9.

<sup>50</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, n° 9.

## B. *Función representativa*

La segunda de las atribuciones generales del Regimiento que hemos señalado, la representativa<sup>51</sup>, forma parte de la propia esencia de la institución. Ya se ha comentado la existencia de los “ayuntamientos” como reuniones de los representantes de la comunidad, como órgano de Gobierno municipal que congrega a los regidores. Desde comienzos del siglo XV el Regimiento, a través de sus reuniones periódicas o “ayuntamientos”, asumió las funciones de representación de la comunidad toledana en general, la misión de decidir por el conjunto de los toledanos de la ciudad y la Tierra.

Hasta tal punto representaba el Regimiento toledano a la comunidad que sus reuniones, los “ayuntamientos”, se identificaban con la Ciudad misma. Ya hemos visto cómo se empleaban con frecuencia las palabras “Ciudad” o “Toledo” para designar el conjunto de los representantes de los toledanos: oficiales mayores, regidores, jurados y escribano, reunidos en su clásico “ayuntamiento”<sup>52</sup>, y cómo cuando se llegaba a un acuerdo en las reuniones (un acuerdo entre los regidores, podemos decir) el escribano mayor lo anotaba en las actas como aprobado por la Ciudad. Los particulares e instituciones que se dirigían al Ayuntamiento en sus escritos encabezaban con el título “Señores Toledo”, dando a entender que aludían a un amplio colectivo, aunque fuera éste representado por un conjunto reducido de personas.

Como representante del conjunto de los vecinos de Toledo, el Regimiento asume las

---

<sup>51</sup>. Hay que advertir que de esta función representativa del Regimiento se deriva una función ejecutiva de las normas que, según hemos contemplado los propios regidores y la Monarquía emitían.

<sup>52</sup>. La documentación de la época que estudiamos no utiliza el término “Ayuntamiento”, como nombre del organismo, por mucho que el nombre de la institución municipal de la actualidad derive de la denominación de aquellas reuniones. Designar “Ayuntamiento” al Gobierno local del siglo XV sería tan inconveniente como llamar al de nuestro siglo “Pleno Municipal”.

relaciones de la ciudad con el exterior, disponiendo acerca de las “mensajerías” o delegaciones del Gobierno local ante la Monarquía y ante otras entidades y personas, y participando particularmente en las más dignas delegaciones de la Ciudad: las procuraciones en Cortes. Pero todas estas representaciones las comparte el Regimiento con el Cabildo de Jurados. Ya se ha hecho alusión a estas representaciones de la Ciudad ante la Monarquía en el capítulo anterior, pero cuando hemos estudiado mensajerías y procuraciones en Cortes lo hemos hecho desde el punto de vista de la relación entre Toledo y los reyes de Castilla, y es en el presente capítulo donde corresponde tratar la vertiente “local” de estas actividades. Sin embargo, los problemas generados por las atribuciones representativas del Gobierno toledano entre los regidores y los jurados, serán atendidos en un epígrafe que forma parte del apartado dedicado al Cabildo de Jurados. Aquí nos bastará con observar quiénes habían de ser elegidos para representar a Toledo en la Corte.

Hay que advertir que la regulación para las mensajerías y para las procuraciones en Cortes era diferente, siendo mucho más flexible la primera que la segunda y generando, en consecuencia, muchos más problemas la segunda que la primera. La primera regulación referida a las mensajerías la encontramos en una orden real de 1423<sup>53</sup>; recién creados los cuerpos de regidores y jurados, Juan II quiso clarificar cómo habían de repartirse entre ambos colectivos los oficios y funciones de la Ciudad, y el 14 de julio de aquel año envió una orden que establecía reglas muy precisas al respecto. En lo que se refiere a las mensajerías, se establecía que el rey determinaría en cada ocasión los emisarios que habían de acudir a la Corte: cuando fueran cuatro, uno sería regidor,

---

<sup>53</sup>. La orden de 14 de julio de 1423 determinaba, además de la forma de realizar las mensajerías, cómo se habían de repartir oficios tan importantes como las fielejecutorias, las contadurías o el Juzgado de la Fielidad, de modo que será necesario aludirlo en varias ocasiones en este mismo capítulo. A falta del original, contamos con tres traslados de este documento: el primero está fechado el 27 del mismo mes y año que la propia orden y se conserva en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 5/1; los otros dos, fechados ambos el 5 de marzo de 1436, se encuentran en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 5/2, y en A.M.T., A.S., caj.

otro jurado y los otros dos ni regidores ni jurados; siendo dos, uno lo elegirían los regidores y el otro los jurados; en el caso de requerir el rey un solo mensajero, éste sería elegido por regidores y jurados, pudiendo o no ser un oficial de alguno de los dos cuerpos. Esta disposición, a juzgar por la documentación que poseemos, debió cumplirse sin demasiados problemas. Conocemos mensajerías que realizaron dos personas, siendo éstas un regidor y un jurado, como es el conocido caso de la labor que realizaron en 1496 Martín Vázquez de Rojas y Juan Ortiz<sup>54</sup>; pero más corrientes son las misiones que llevaba a cabo una persona en solitario, teniendo siempre en cuenta que esta persona se hacía acompañar de un grupo más o menos nutrido de subalternos, como se ha comentado en el capítulo anterior. En este caso el enviado podía ser regidor<sup>55</sup>, jurado<sup>56</sup> u otro vecino de Toledo cualquiera, siempre que manifestara cierta capacitación intelectual, necesaria para el buen fin de la misión. No puede extrañar que las noticias que conservamos acerca de emisarios que no contaban con un oficio de regiduría o juraduría, se refieran a personas con un considerable nivel de estudios, como el bachiller Plazuela, que realizó una misión ante la Corte en 1457<sup>57</sup>.

---

2. leg. 4, nº 1, Hemos utilizado el traslado de 1445 de este último en el Apéndice Documental, nº 3.

<sup>54</sup>. Conocemos las instrucciones que la Ciudad redacta para la misión del regidor Rojas y el jurado Ortiz, conservadas en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 4, nº 1, y la información que sobre el encargo que cumplen envían los mensajeros a la Ciudad el 8 de junio de 1496; vid. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 83.

<sup>55</sup>. Como ejemplo, citemos la misión de Arias de Silva, que el 31 de mayo de 1457 percibe 1.500 mrs. como pago de la Ciudad por el servicio prestado; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 1, Data, nº 1.

<sup>56</sup>. Éste es el caso, por ejemplo, de Antón de Valladolid, que llevó a Toledo cierta orden de Enrique IV, fechada el 11 de marzo de 1469, sobre la devolución de prendas tomadas sobre las rentas de algunos particulares; vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 7, nº 1, pza. 5.

<sup>57</sup>. Alfonso Gómez de la Plazuela fue pagado con 42 doblas, 40 para él y 2 para el escribano que le acompañaba, por la realización de una mensajería ordenada por Enrique IV para Toledo; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 1, Data, nº 18. Por las datas de Mayordomía se conoce que las misiones realizadas por mensajeros comunes (ni regidores ni jurados) fueron las más corrientes; vid., por ejemplo, A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 20, Data. Solamente algunas misiones de particular relevancia eran atendidas por un regidor o un jurado, aunque otras muchas veces, como hemos visto, por un letrado como Plazuela.

El reparto de las procuraciones en Cortes, mucho más problemático en su cumplimiento, hay que remontarlo al precedente sevillano. El 26 de febrero de 1394 Enrique III ordenaba al concejo de aquella ciudad que para cualquier diputación en la Corte, ya fuera para la reunión de Cortes, “*ayuntamiento o en otra manera*”, reservara la mitad de las procuraciones a los jurados sevillanos, de manera que si habían de presentarse dos personas, una fuera jurado; y si se ordenara la presencia de cuatro, lo fueran dos de ellas<sup>58</sup>. Ante la ausencia de especificación del reparto de las procuraciones en Cortes en la referida orden real de 1423<sup>59</sup>, hemos de aceptar que la norma sevillana regiría en Toledo. La confirmación de tal sospecha la encontramos en una sentencia que emitió el asistente Alonso Díaz de Montalvo el 6 de marzo de 1463, dictando que el reparto de los procuradores se había de hacer equitativamente entre los regidores y los jurados, de la misma manera que se hacía en Sevilla; además, Montalvo empleaba los mismos supuestos que había utilizado el rey Enrique III: si son cuatro los que han de acudir, que sean dos jurados; si son dos, que sea uno del Cabildo<sup>60</sup>.

---

<sup>58</sup>. Una copia de este documento se conserva en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 14/5.

<sup>59</sup>. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 5/1, cit.

<sup>60</sup>. Esta sentencia la conservamos en original doble, en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 10, pza. 1 y pza. 2.

### *C. Funciones administrativas*

El tercer bloque competencial del Regimiento toledano se circunscribe en el ámbito puramente administrativo, derivando directamente en la capacidad de intervención que los regidores tenían en el desarrollo de las actividades locales. Estas competencias “administrativas” del Regimiento se expresan fundamentalmente en tres campos: la atención que debía prestar a las peticiones de los vecinos que solicitaban “justicia”, haciéndose así presente en las relaciones entre particulares; en el nombramiento y aprobación de escribanos públicos, influyendo fuertemente en este importante sector profesional; y en el nombramiento y asunción de funciones administrativas concretas, como las fialdades del vino, fielejecutorias, contadurías y guarda de puertas, entre otras, haciendo sentir así su peso en aspectos tan relevantes como la administración de justicia, la defensa de la Ciudad o su abastecimiento de productos básicos. En cuanto a la intervención sobre las escribanías y sobre oficios propiamente administrativos no vamos a entrar en este punto: la primera acción tiene en este mismo capítulo un lugar oportuno para tratarlo; el estudio de los oficios administrativos tiene entidad para centrar el interés de una investigación que no es ésta.

Sin embargo, hemos de afrontar ahora el primer campo de acción administrativa de los regidores: la atención a los problemas de los vecinos de Toledo y su Tierra, tanto a nivel individual como colectivo o institucional. Las solicitudes que, en este sentido, dirigieron los toledanos a su Regimiento debieron ser innumerables, pero hoy no nos quedan más que algunas decenas en su forma original<sup>61</sup>, además de las que se incluían en las actas de los ayuntamientos,

---

<sup>61</sup>. Los documentos de particulares al Gobierno toledano en que se pide la intervención de éste para restaurar la “justicia” se conservan en el fondo del Archivo Municipal de Toledo conocido por la denominación “Cartas”, cuyas tres cajas más antiguas aquí nombramos “caj. 1”, “caj. 2” y “caj. 3”.



reuniones en las que eran atendidas las peticiones y, si ello era posible, resueltas<sup>62</sup>. La desaparición de tan voluminosa documentación puede explicarse por la temprana caducidad de documentos que reflejan pequeños problemas entre particulares a los que se había de dar rápida respuesta. Por poner algún ejemplo expresivo de este tipo de solicitudes vamos a citar una, datada en 1456, en que Pedro de Montalvo, vecino de Toledo, pedía justicia a la Ciudad porque unos vecinos de la villa de Santa Olalla le habían robado tres asnos y cierta cantidad de trigo<sup>63</sup>; u otra, de 1471, en que un conjunto de vecinos de Sonseca pedían auxilio a Toledo para combatir a algunas personas que les impedían cultivar en el pago de Alijares<sup>64</sup>. Este tipo de cartas dirigidas a la Ciudad presentan un rico muestrario de cuáles eran los problemas cotidianos de los toledanos; en una de ellas un capellán de la catedral se quejaba de los daños que recibía de la construcción y puesta en funcionamiento de un horno de pan junto a su casa, en la collación de San Justo: *“de lo qual esta çibdad e vesinos e moradores comarcanos della reçebimos mucho agravio e perjuýcio e asi mismo del mucho fumo que del dicho forno se fase tengo perdida toda mi casa e non soy senmor de estar en ella e muchas veses se a prinçipiado fuego en ella sy non por Dios nuestro senmor que me ha querido librar”*<sup>65</sup>.

Pero aún de mayor interés resulta la atención a estas peticiones que se observa en las actas

---

<sup>62</sup>. Como muestra de esta actividad del Gobierno toledano podemos observar el tratamiento que de alguna petición se recoge en las actas del siglo XV que publicó en su día E. BENITO, “Las más antiguas actas...”, cit.

<sup>63</sup>. Esta petición, la más antigua que conservamos, esta fechada el 26 de enero de aquel año; vid. A.M.T., C.C., caj. 1, nº 1.

<sup>64</sup>. Juan Mateos y Juan Abarraz, vecinos de Sonseca, representaban a este grupo de vecinos que se sentían indefensos ante la injusta agresión de otras personas; vid. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 20.

<sup>65</sup>. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 7; documento publicado por R. IZQUIERDO, “El espacio público de Toledo en el siglo XV”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 26 (s.f.), p. 60. En este trabajo y en el posterior libro *Un espacio desordenado. Toledo a fines de la Edad Media*, Toledo, 1996, el doctor Izquierdo Benito ha dado a la imprenta hermosos ejemplos de este tipo documental que venimos comentado.

de los ayuntamientos. Aunque sólo se han conservado en su estado original unas pocas anotaciones de esta clase, en ellas hemos de celebrar que se conserve constancia de acciones del tipo de las que venimos tratando: el 21 de agosto de 1444 el yesero-barbero Francisco López solicitaba a la Ciudad que actuase ante un problema que le enfrentaba con Juan de Toledo en un asunto sobre cierta cantidad de yeso; la Ciudad contestaba que *“a Lope Fernandez escribano mandaron aver informaçion çerca dello que para el primero dia de ayuntamiento sabran si se ovo la dicha informaçion e proveeran en ello”*<sup>66</sup>.

#### 3.1.4. Regiduría, caballería y bonahombria: condición social de los regidores

Se llega en este punto a una cuestión de suma importancia para la comprensión del poder de los regidores en el restringido ámbito de Toledo y su Tierra. No podría entenderse hasta qué punto era apreciada la dignidad y la proyección política de la Regiduría si no atendiéramos a la condición social de quienes ocupaban los oficios.

Hay que observar, en primer lugar, cuál era la categoría social de quiénes ocupaban las regidurías, y para ello hemos de acudir a la misma fundación del Regimiento, para el cual Juan II repartió equitativamente los bancos entre los caballeros y los hombres buenos, ocho para cada sector<sup>67</sup>. Caballeros y hombres buenos ya colaboraban en las asambleas del gobierno tradicional toledano, como se observa en la orden de Alfonso XI, fechada el 12 de marzo de 1333, en la que

---

<sup>66</sup>. E. BENITO, “Las más antiguas actas...”, cit., p. 61.

<sup>67</sup>. Así se indica, ya lo hemos visto, en la primera provisión de las juradurías, fechada el 10 de marzo de 1422; vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 4, cit.

se refería a la reunión de “*cavalleros e omes bonos ayuntada mientre*”<sup>68</sup>. Cuando el infante-regente don Fernando daba, en 1411, nueva forma al Gobierno local, concretaba los estamentos que se reunían en el reformado ayuntamiento: “*el estado de la justiçia que son los alcajldes e el alguaçil e sus logares tenientes e el estado de los cavalleros e los fijosdalgo e el estado de los omes buenos que son los omes buenos e çibdadanos de la dicha çibdad*”<sup>69</sup>.

Así pues, caballería y bonahombría compartían la tarea de gobernar Toledo, antes y después de la instauración del Regimiento; pero estas dos categorías no se definían por sus atribuciones políticas, sino que éstas eran consecuencia de los privilegios con que cada una de ellas contaba. Veamos, entonces, cuáles eran esos privilegios y cómo definían las categorías sociales de que nos ocupamos, teniendo en cuenta que, para nuestro trabajo, este análisis es esencial, ya que los dos últimos capítulos del mismo se ocupan de estas dos categorías de oligarcas toledanos.

### A. La Caballería

Éste era el grupo social que contaba con la posición más ventajosa en Toledo, como en el resto de la ciudades castellanas<sup>70</sup>. Las caballerías urbanas constituían un grupo muy

---

<sup>68</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 1, cit.

<sup>69</sup>. Ordenamiento de 1411, cit.

<sup>70</sup>. Sobre la caballería urbana de Castilla al final del Medievo existen interesantes trabajos, como el dedicado a la baja nobleza por A. MACKAY, “The lesser nobility in the Kingdom of Castile”, *Gentry and lesser nobility in Later Medieval Europe*, Gloucester, 1986, p. 159-180. Hay trabajos dedicados al estudio de estos grupos en un ámbito regional, como el de M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, “La

característico de un país en expansión conquistadora cuya vanguardia habían asumido las ciudades desde finales del siglo XI. El protagonismo de este grupo en la lucha contra el Islam le proporcionó, a cambio de sus muy útiles servicios militares a la Corona, la concesión de un buen número de privilegios que consolidarían su posición al frente de las ciudades fronterizas de la Extremadura castellano-leonesa y de la Transierra<sup>71</sup>. Toledo no era una excepción en esta dinámica social que afectaba a las ciudades de la zona y los que podían en la ciudad del Tajo mantener caballo y equipo de guerra para combatir sobre sus lomos, se beneficiaron de importantes exenciones que les distanciaban ostensiblemente de la mayoría de sus vecinos.

El más antiguo privilegio que conocemos de la caballería toledana fue concedido por Alfonso VIII el 30 de septiembre de 1182; con él eximía a los caballeros del pago de pecho por las heredades que tuvieran en Toledo y su Tierra: “*dono itaque omnibus Toleti et totius termini sui militibus presentibus ac futuris quod de omnibus hereditatibus quas habeant in Toletis aut in aliqua parte termini sui vel de cetero habuerint nullam decimam nec forum aliquod regi nec domino terre nec alicui alii unquam persolvant*”<sup>72</sup>. El propio rey Alfonso VIII redondearía este

---

caballería popular en Andalucía (siglos XIII-XV)”. *Anuario de Estudios Medievales*, 15 (1985), p. 315-329. Sobre las caballerías de ciudades en concreto vid. R. SÁNCHEZ SAUS, *Caballería y linaje en la Sevilla medieval. Estudio genealógico y social*, Sevilla, 1989; M. D. CABAÑAS, *La caballería popular en Cuenca*, Cuenca, 1980; y J. TORRES FONTES, “La caballería de alarde murciana en el siglo XV”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXXVIII (1968), p. 31-86.

<sup>71</sup>. El despegue de la caballería “villana” en esta época ha sido motivo de atento estudio por parte de historiadores del Derecho hace ya tiempo. Quizá el más celebrado trabajo sea el de M. C. PESCADOR, “La caballería popular en León y Castilla”, *Cuadernos de Historia de España*, XXXIII-XXXIV (1961), p. 101-238; XXXV-XXXVI (1962), p. 56-201; XXXVII-XXXVIII (1963), p. 88-198; y XXXIX-XL (1964), p. 169-260. Sobre la asunción de atribuciones gubernativas por este grupo vid. A. BO y M. C., CARLÉ, “Cuándo empieza a reservarse a los caballeros el gobierno de las ciudades castellanas”, *Cuadernos de Historia de España*, IV (1946), p. 114-124.

<sup>72</sup>. El original de este privilegio lo tenemos en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 6, nº 1; inserto en su confirmación por Fernando III, en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, nº 1, pza. K. Este documento ha sido publicado por J. GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid, 1979, tomo II, p. 678-680; y por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales otorgados a Toledo durante la Edad Media (1101-1494)*, Toledo, 1990, p. 102-103.

privilegio el 24 de diciembre de 1202 con la complementaria exención de pecho por las heredades poseídas por los caballeros más allá de la Tierra toledana, en todo el reino castellano<sup>73</sup>. Manteniendo el servicio propio del caballero —“*quicumque in Toletu morati fuerint ibidemque vicinitatem et miliciam secundum forum Toleti fecerint*”, como expresa el segundo de los documentos citados- el toledano económicamente capacitado para ello podía convertirse en exento de tributación, circunstancia que lo convertía en privilegiado, situándolo en el más alto peldaño de la escala social de la ciudad. Estas exenciones de pecho constituyen el rasgo distintivo más notable de los caballeros de Toledo frente a los demás vecinos de la ciudad, pero hubo otras concesiones importantes, entre las cuales destacaremos la exención de moneda, que Alfonso X los concedió el 26 de enero de 1259<sup>74</sup>.

---

<sup>73</sup>. El original de esta exención se halla en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 5, nº 1; inserta en las confirmaciones de Fernando III y de Alfonso XI, la tenemos en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, nº 1, pza. K, y en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 5, nº 2, respectivamente. El documento ha sido publicado por J. GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *op. cit.*, tomo III, p. 285-287; y por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 105-106.

<sup>74</sup>. “*Que todos los cavallero [...] que son et que fueren moradores en la noble çibdad de Toledo que sean quitos de moneda pora sienpre que non la den*”. El original de este documento no se conserva, pero se conoce por las inserciones en las diversas confirmaciones posteriores: la de Sancho IV en 1289, en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 1, nº 1, pza. D; la de Alfonso XI en 1333, en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 1, nº 1, pza. E; y la de Pedro I en 1352, en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 1, nº 1, pza. H. El mismo privilegio fue confirmado por el mismo Alfonso X el 6 de febrero de 1260 con motivo de la petición de la moneda doblada por el “*fecho del Inperio*”; vid. el original de esta confirmación en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 1, nº 1, pza. A. Ambos documentos han sido publicados por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., la concesión de 1259 en p. 123-124, y la confirmación de 1260 en p. 126-129.

## B. La Bonahombría

Frente a la exención general de los caballeros, propiciada por Alfonso VIII, los hombres buenos sólo lograron la exención de moneda, al margen, por supuesto, de estar todos eximidos, como vecinos de Toledo, del pago de servicios y pedidos, exención ésta que incluso alcanzaría a quienes se hallaban ligados personalmente a los vecinos de Toledo por vasallaje o de otro modo<sup>75</sup>. En todo caso, los hombres buenos no lograrían las mismas ventajas que los caballeros y habrían de conformarse con la exención de moneda, que les llegaría treinta años después de que empezaran a disfrutarla los caballeros de la ciudad. El 30 de diciembre de 1289 Sancho IV les hacía esta concesión: “*que todos los omnes bonos del comun que sean moradores agora et fueren daqui adelante en la noble cibdat de Toledo que sean quitos de moneda pora sienpre que la non den*”<sup>76</sup>. La gran cantidad de copias insertas que se conservan de esta merced hace pensar en la preocupación por hacer valer el derecho, quizá el único derecho que los diferenciaba, pero ¿de quiénes había de diferenciarlos?

Podría parecer sencillo responder a la pregunta planteada, pensando que los hombres buenos eran una minoría que se elevaba sobre el conjunto de los vecinos de Toledo, pero probar resulta más complicado de lo que se supone. Hemos de preguntarnos directamente quiénes eran los hombres buenos de Toledo, planteándonos si todos los vecinos lo eran o si sólo se consideraba

---

<sup>75</sup>. El rey Fernando IV concedió este privilegio a los “vasallos y apanaguados” de los vecinos de Toledo el 22 de marzo de 1303: vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 4, nº 2, pza. 1; documento publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 142.

<sup>76</sup>. El original de esta merced se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1º, leg. 1, nº 1, pza. B; inserciones posteriores tenemos en la confirmación de Alfonso XI de 1333, en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 1, nº 1, pza. F; en la de Pedro I de 1351, en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 1, nº 1, pza. 14; en la de Enrique II de 1371, en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 1, nº 1, pza. J.; en la de Juan I de 1379, en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 1, nº 1, pza. LL; y en la de Juan II de 1434, en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 1º, nº 1, pza. L. El documento está publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 136-137.

como tales a un sector minoritario de la vecindad. En los fueros primitivos de Toledo no se establece ninguna diferencia entre los vecinos de Toledo; las direcciones de los reyes utilizan expresiones generales como “*ad omnes cives toletanos scilicet Castellanos Mozarabes atque Francos*”<sup>77</sup> o “*omnibus christianis qui hodie in Toletto populati sunt vel populati venerint mozeravos castellanos francos*”<sup>78</sup>, e incluso “*vobis toti toletano concilio presenti et futuro*”<sup>79</sup>. Llama la atención que en el primero de los tres documentos que acabamos de utilizar como ejemplo, la expresión “*cives*”, que nosotros traduciríamos por “ciudadanos”, los toledanos del siglo XIV lo tradujeron por “*omes buenos*”<sup>80</sup>, término con el que parecen referirse a todos los vecinos de Toledo y no a un sector privilegiado de ellos. Pero contemplando la documentación del siglo XIII creemos que el concepto de “hombres buenos” puede clarificarse mucho mejor.

Los privilegios que Fernando III y Alfonso X conceden a los toledanos emplean inequívocamente el término “hombres buenos” para referirse a la generalidad de los vecinos. Fernando III, en la confirmación general de los privilegios de Toledo, fechada el 16 de enero de 1222, se dirige a “*vobis concilio toletano militibus civibus tan moçarabis quam castellanis seu*

---

<sup>77</sup>. Así lo vemos en la recopilación de fueros de Alfonso VII de 1118; vid. su inserción en la confirmación de Alfonso VIII de 1174 en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, n° 4; publicado, entre otros, por A. GARCÍA-GALLO, “Los fueros de Toledo”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLV (1975), p. 473-483, y por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 92-94.

<sup>78</sup>. Vid. la exención de portazgo y aloxor de Alfonso VII, fechada en 1137, que el profesor García-Gallo consideraba una falsificación, en A.M.T., A.S., caj. 9, leg. 1, n° 1; publicado por A. GARCÍA-GALLO, *op. cit.*, p. 484-485, y por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 97-98.

<sup>79</sup>. Así se expresa Alfonso VIII en 1182, en la primera exención de pecho a los caballeros que hemos citado; vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 6, n° 1, cit.

<sup>80</sup>. Como tal figura traducido el término en la versión romanceada que del fuero de 1118 hizo la Ciudad, probablemente a comienzos del siglo XIV, en el llamado “Libro de los Privilegios”, que se conserva en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, n° 7 (para el detalle vid. fol. 4 vto.). Sobre este manuscrito vid. R. IZQUIERDO, “El ‘Libro de los Privilegios’ de Toledo”, *Anales Toledanos*, XXV (1988), p. 17-46.

*franquis*<sup>81</sup>; es la primera vez que aparecen diferenciadas dos categorías de toledanos para referirse al conjunto de los que forman el gobierno y la población dotada de plenitud de derechos en Toledo, ya que para los hombres del siglo XIII “*concilio*” equivalía a la totalidad de los vecinos, como se puede comprobar en la traducción de ese término por “*todos*” en la versión romanceada del Libro de los Privilegios<sup>82</sup>. Alfonso X, ya en castellano, emplearía la doble referencia a caballeros y hombres buenos para aludir al conjunto de los toledanos; al confirmar el fuero, el 2 de marzo de 1254, el rey exponía: “*quando vin a Toledo a fazer hy mis Cortes vinieron a mi los cavalleros et los omes bonos del conceio de Toledo*”<sup>83</sup>. Unos meses después, el 15 de mayo de 1254, el mismo monarca emitía una disposición acerca de la forma de realizar los procedimientos judiciales en la ciudad, en la cual exponía: “*yo acorde estas cosas que aqui son escriptas en esta carta con los cavalleros et con los omes bonos de Toledo*”<sup>84</sup>; es decir, con todos los toledanos, o con su representación, ya que el término “*hombres buenos*” suele aparecer cuando la documentación hace alusión a asuntos públicos.

Sería arriesgado, sin embargo, considerar equivalentes los términos “*hombre bueno*” y “*vecino*” en el caso de Toledo, porque hay algún documento, como la exención a los vasallos y apaniaguados de los toledanos de Fernando IV, concedida el 22 de marzo de 1303, en que aparecen las dos categorías formando parte de la misma serie, dando mayor sensación de

---

<sup>81</sup>. El texto lo extraemos de la inserción que se incluye en la confirmación de Alfonso X de 2 de marzo de 1254, vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, nº 6; publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 115-116 (desde aquí sólo citamos la edición del doctor Izquierdo Benito, aunque casi todos estos privilegios han sido publicados antes por otros autores).

<sup>82</sup>. La traducción de la confirmación general de Fernando III se encuentra en el Libro de los Privilegios, fol. 3-16.

<sup>83</sup>. A.M.T., A.S., caj. 10., leg. 3, nº 6; publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 117-120.

<sup>84</sup>. A.M.T., A.S., caj. 8, leg. 1, nº 1; publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 121-122.



generalidad la segunda: “*por fazer bien e merçed a los alcalldes et al alguaçil e a los cavalleros et a los omnes bonos et a todos los vezinos de Toledo*”, expresa la dirección del documento<sup>85</sup>.

Pero pocos años después, el 28 de abril de 1309, al confirmar esta merced, el propio Fernando IV no establece la misma diferenciación, refiriéndose a los vasallos y apaniaguados de “*los cavalleros et de las duennas et de las donzellas et de los otros vezinos de Toledo quales quier*”<sup>86</sup>.

En el siglo XV, los particulares toledanos no nobles que aparecen en la documentación se presentan como “vecinos” de la ciudad, nunca como “hombres buenos”, porque al final del Medievo esta última denominación se reserva para definir a aquéllos que representaban al pueblo toledano en el Regimiento, a los hombres procedentes del Común que asumían una función pública. Aceptaremos que no son equivalentes las categorías “hombre bueno” y “vecino”, que su diferenciación se basa en la aplicación al lenguaje político del primero de los conceptos, porque el hombre bueno se caracterizaba por su capacitación para ejercer una función política. Sin embargo, el término “vecino” se empleaba para aludir al hombre libre de Toledo que no tenía condición nobiliaria pero que como toledano, protegido por el fuero de la ciudad, se diferenciaba claramente de los habitantes de la Tierra y de aquéllos otros hombres libres que por su condición de judíos, musulmanes o extranjeros, no podían representar a la colectividad. De modo que todos los hombres buenos eran vecinos de Toledo, pero sólo unos pocos vecinos podían considerarse hombres buenos, puesto que esta categoría se había convertido al final del Medievo en un grupo privilegiado por su capacidad para el ejercicio de funciones políticas.

---

<sup>85</sup>. El original de esta merced se conserva en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 4, nº 2; publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 142.

<sup>86</sup>. Una copia de esta segunda exención de Fernando IV se encuentra como inserción en la confirmación de Alfonso XI de 1334; vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 4, nº 4; publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 143-144.

### C. Disputas por los bancos

Aunque las primeras regidurías proveídas por el rey se repartieran equitativamente entre los caballeros y los hombres buenos o “ciudadanos”, más adelante no se respetaría tan escrupulosamente esta proporción. En el siglo XVII, el regidor toledano Juan de Toro pudo examinar algunos libros de actas, hoy perdidos, de comienzos del siglo XVI, y por ellos pudo saber con total fiabilidad la condición de los regidores de aquel tiempo. En su *Libro de la razón*, que ya hemos utilizado<sup>87</sup>, nos informa acerca de la sucesión en los veinticuatro bancos de regidores durante aquel tiempo, lo que nos permite observar el predominio de caballeros sobre ciudadanos. No estaba establecido que el banco material fuera de caballero o de ciudadano por la posición que ocupaba en la sala, sino que se convertía en banco de uno u otro tipo dependiendo de la condición de la persona que lo ocupara. Conocemos el caso de un banco, el duodécimo de la mano derecha del corregidor, que estuvo ocupado sucesivamente por un caballero y por un ciudadano: por vacante de Fernán Pérez de Guzmán, que ocupaba este asiento, tomó posesión Álvaro de Ayala el 16 de noviembre de 1521, dándosele banco de caballeros. Pero unos años más tarde, este Álvaro de Ayala renunció a su regiduría en favor de Juan de la Torre, que tomó posesión el 29 de abril de 1529 en banco de ciudadanos<sup>88</sup>.

Más curiosa es la evolución del vecino banco undécimo de la misma mano derecha del corregidor. Hasta 1512 lo ocupaba el comendador Diego García de Cisneros, caballero de Toledo del que, frente a lo habitual, tenemos bastantes huellas en el Regimiento; por alguna razón que desconocemos este Diego de Cisneros renunció su oficio en favor de Pedro Marañón, hombre

---

<sup>87</sup>. Se conserva en A.M.T., Ms., sec. B, nº 131, cit.

<sup>88</sup>. *Libro de la razón*, cit., p. 155.

bueno que tomó posesión en banco de ciudadano el 22 de junio de 1512. Diez años después, este regidor renunció a su vez el oficio en favor de su hijo Francisco Marañón, que el 26 de julio de 1522 fue presentado en el ayuntamiento, donde, al serle ofrecido banco de ciudadanos, protestó por considerarse acreedor al otro tipo de asiento. Se acordó que, hasta la resolución del conflicto, se sentaría en una silla al lado del escribano mayor, fuera de los asientos de los regidores, y debió permanecer largas horas allí puesto que sólo se le concedió el banco de caballeros que él exigía el 27 de mayo de 1538<sup>89</sup>.

El conflicto de Francisco Marañón es un buen ejemplo de la valoración que se hacía de una posición social que proporciona ventajas indiscutibles a sus titulares, entre las que destaca la exención de pecho. Pero la búsqueda del reconocimiento social en Toledo a fines de la Edad Media no podía tener como único objetivo el bienestar material; el hecho de que el regidor Marañón renunciase durante dieciséis años a sentarse en los bancos en que se ubicaban sus compañeros nos obliga a pensar que hay un condicionante mental muy poderoso que mueve las actuaciones de los oligarcas de Toledo. Pero éste es un asunto que escapa a las aspiraciones de este capítulo, de modo que lo emplazamos para más adelante.

---

<sup>89</sup>. Este conflicto nos lo relata Juan de Toro en *Ibid.*, p. 147.

### 3.1.5. El Regimiento como instrumento político de la oligarquía gobernante

Hemos contemplado cuál era el nivel de predominio de los regidores en el Gobierno municipal, un predominio que les hacía acreedores de un poder muy superior al de los jurados, que ante los “desafueros” de los regidores sólo les quedaba recurrir a la intervención de Monarquía, pero que frente a los regidores, a nivel local, nada podían. El Regimiento era el colectivo que emitía normas para la ciudad y su Tierra, de obligado cumplimiento para todos los que habitaban en el territorio; se constituía en Ciudad, asumiendo así la representación de todos los toledanos, pero además tendía a imponerse en las procuraciones de Cortes y en todos aquellos ámbitos en que Toledo había de ser representado. Por otra parte, los regidores se hacían cargo de funciones judiciales en una instancia superior a los tribunales de primera instancia: alcaldías de la Tierra y Juzgado de la Fielidad; controlaban los oficios de escribanos públicos toledanos y podían ejercer individualmente diversos oficios administrativos, con la rentabilidad y todas las oportunidades de influir que llevaban consigo<sup>90</sup>.

Todas estas potencialidades convertían al oficio de regidor en el más codiciado para todas aquellas personas que estaban en condiciones de acceder a un cargo público relevante. Algunas dinastías de caballeros y hombres buenos de Toledo lograron patrimonializar regidurías gracias al instrumento jurídico de la renuncia y, con ello, asentarse en una posición extraordinariamente ventajosa para manejar resortes de poder que se encontraban restringidos para un colectivo muy limitado de personas. Entre estas dinastías a que aludimos, podemos señalar, a título de ejemplo,

---

<sup>90</sup>. M. I. VAL, “Oligarquía *versus* Común (Consecuencias sociopolíticas del triunfo del regimiento en las ciudades castellanas)”, *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 4 (1994), p. 43, defiende, quizá con más eficacia que ningún otro investigador, la idea de que la creación de los regimientos supuso la plasmación de una alianza de la Corona castellana con la oligarquía urbana para beneficio de ambas partes y esta afirmación es válida, desde luego, para Toledo.

los Silva, los Niño o los Padilla, entre los caballeros, y los Baeza o los Peña, entre los hombres buenos.

Estas familias eran conscientes de que tenían en sus manos una herramienta fundamental para mantenerse en el poder y manejarlo en beneficio propio. En relativamente poco tiempo, fueron formando un reducido círculo de toledanos que controlaban la ciudad y la Tierra; en el seno de este grupo existía una diferenciación de carácter social notabilísima que separaba a nobles y a no nobles, pero, como veremos en los últimos capítulos de este trabajo, esta diferenciación, a nivel político y económico, no era tan pronunciado como puede suponerse. El hecho trascendental es que el Regimiento, que no daría cabida a toda la oligarquía toledana, sí constituyó el instrumento de una “oligarquía política” que en el siglo XV aún no se encontraba cerrada. Todavía a comienzos del siglo XVI se producía cierto reemplazo de unos linajes por otros en el seno del Regimiento, lo que significa que no existía una “oligarquía política” acotada al margen de una más amplia “oligarquía social” que alcanzaba a los miembros del Cabildo de Jurados y del Colegio de Escribanos, y a los más eminentes elementos de profesiones lucrativas como el comercio y la especulación inmobiliaria.

En todo caso, el Regimiento, abierto solamente a los miembros de la oligarquía toledana, en la que más adelante diferenciaremos niveles, fue desde 1422 la más útil de las herramientas que esta oligarquía tuvo para imponer su predominio en Toledo y su Tierra, con pleno consentimiento por parte de la Monarquía.

---

### 3.2. El Cabildo de Jurados y la participación del Común

En marzo de 1422 Juan II creó el Cabildo de Jurados de Toledo, un cuerpo que se encargaría de velar por el servicio de la Ciudad a la Corona y de hacer llegar al Gobierno local la voz del Común. La creación del Cabildo de Jurados formaba parte de una amplia reforma del Gobierno toledano que incluía, además, la creación del Regimiento, nuevo cuerpo gobernante de la Ciudad. Frente al Regimiento, donde tendría cabida lo más selecto de la oligarquía local, el Cabildo de Jurados representaba la participación del Común de Toledo; es cierto, como veremos, que este cuerpo manifestó preocupación por los intereses generales, pero no se puede pasar por alto que los oficios del Cabildo, las juradurías, de carácter vitalicio, constituían además un objetivo para un sector de los hombres buenos de Toledo que pretendía acceder a una posición social notable. El análisis de este cuerpo y de sus titulares ya ha sido atendido por algunos historiadores<sup>91</sup>, hecho que nos excusa de profundizar en ciertos aspectos de la institución, de modo que los asuntos que aquí se van a analizar son los siguientes:

- la creación del Cabildo de Jurados,
- la regulación del oficio, con todas sus implicaciones,
- las actividades del Cabildo y cómo éstas lo enfrentan con el Regimiento y
- una reflexión acerca de los intereses de los jurados en particular y del

Cabildo en general, como conclusión.

---

<sup>91</sup>. Los trabajos que han atendido esta institución son el de F. J. ARANDA, *Poder municipal y Cabildo de Jurados en Toledo en la Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*, Toledo, 1992; y el de R.M. MONTERO, “La organización del Cabildo de Jurados de Toledo (1422-1510)”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 3 (1990), p. 213-258.

### 3.2.1. Precedentes y creación del Cabildo de Jurados de Toledo

La reforma municipal de 1422 no creaba en Toledo una forma de gobierno desconocida; el Regimiento y el Cabildo de Jurados, que hacían su aparición en la Ciudad, eran instituciones consolidadas en otras ciudades de la Corona de Castilla. En el apartado anterior hemos visto cómo fueron surgiendo los regimientos y cómo estaban llegando a su madurez cuando se creó el Regimiento toledano. Algo parecido sucedía con los cabildos de jurados: en Sevilla, en Córdoba y en Murcia existían cuerpos de jurados que tenían encomendadas las mismas funciones y que se beneficiaban de los mismos privilegios que serían otorgados a los jurados de Toledo. Es Sevilla, como iremos viendo a lo largo de este apartado, la ciudad que sirvió como modelo institucional para la ciudad del Tajo.

La reforma municipal toledana de 1422 trajo consigo, como se ha visto, la instauración del Regimiento, cuerpo gobernante en el que se asentaron los principales linajes de la ciudad, pero no dejó el Gobierno local a la entera disposición de estos oligarcas, sino que introdujo un cuerpo que serviría para fiscalizar la acción gubernativa de los regidores: el Cabildo de Jurados. El 10 de marzo de 1422 fue creado este cuerpo; en el propio documento regio constituyente<sup>92</sup>, Juan II señalaba que la misión fundamental de los jurados era que *“tuviesen cargo de todas las cosas que los jurados de la çiudad de Sevilla tienen porque mi serviçio se guardase e fuera puesta buena diligençia en la justiçia e regimiento de esta çiudad e yo pudiese ser avisado de lo que se no hiçiese como debia para proveer en ello como mi merçed fuese e entendiese que cumplia a mi*

---

<sup>92</sup>. El original de este documento se halla en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 4; se conservan además dos copias de la época en A.M.T., A.C.J., Libro 49, fol. I r. – III r., y en A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 265 r. – 266 vto.; y una copia más, ésta del siglo XVII, en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 1 y 2/2. Este documento ha sido publicado por A. MILLARES, “El Libro de los Privilegios de los Jurados toledanos”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, IV (1927), p. 458-461, y por F. J. ARANDA, *op. cit.*, p. 151-155.

*serviço”.*

Con estas palabras, el monarca establecía claramente cuál había de ser la principal función del Cabildo de Jurados de Toledo: la vigilancia del respeto del Gobierno local hacia la institución monárquica; o, expresado sin ambages, el control del Regimiento. Y se puede afirmar, por cierto, que esta misión fue adecuadamente observada por los jurados en su primer siglo de existencia, ya que comprobamos que el Archivo del Cabildo de Jurados está repleto de documentos que hacen referencia a quejas de este organismo por los abusos que el Regimiento cometía en su acción de gobierno. La comunicación del Cabildo con la Monarquía fue fluida y no tenemos razones para dudar de que cierto interés por el Común fuera el móvil que impulsaba a los jurados en buena parte de sus peticiones a los monarcas, como más adelante se verá.

### 3.2.2. Regulación de la Juraduría

El oficio de jurado -la Juraduría- no surgió en Toledo con una regulación totalmente precisada. Las normas generales a que se había de atener eran las que se aplicaban al oficio sevillano, pero la realidad toledana no se ajustaba a la de la ciudad andaluza, y este desajuste generaba la necesidad de introducir nuevas normas. Además, la propia evolución del Cabildo toledano, lógicamente cambiante, daba lugar a un constante reajuste de lo establecido; pero es, sobre todo, la distancia entre regulación y realidad lo que nos obliga a detenemos en algunos puntos esenciales del oficio. Cinco, en concreto, son los asuntos que a continuación estudiaremos: el número de las juradurías, el acceso al oficio, su fiel ejercicio, su rentabilidad y los privilegios anexos.



### A. La inflación de las juradurías

En primer lugar, observaremos cómo el número de las juradurías padeció una continua inestabilidad. En el momento de la creación del Cabildo fueron nombrados treinta y seis jurados de un total de 19 collaciones, a razón de dos por cada collación, salvo la de San Cebrián y la de Santiago y San Isidro, que sólo contaban con un jurado. Como en tantos otros colegios administrativos medievales, en el Cabildo de Jurados toledano había un número de miembros que se juzgaba óptimo, un número que respondía al ideal trazado en el origen de la institución; este número era treinta y seis y constituía un objetivo al que difícilmente se llegaría de nuevo, una vez iniciada la andadura del Cabildo.

La evolución del número de juradurías no se conoce con detalle<sup>93</sup>, pero tenemos la certeza de que no tardó mucho en producirse el acrecentamiento, debido bien a la prodigalidad de la Monarquía, bien al interés del propio cuerpo de jurados. Al menos desde los primeros tiempos del reinado de Enrique IV, el número ideal de juradurías estaba en peligro; el 5 de enero de 1457 la Ciudad pedía al monarca que resolviese el problema que había surgido en el Cabildo de Jurados a causa de que un oficio se hallaba duplicado<sup>94</sup>; se trata del más temprano testimonio con que contamos sobre el acrecentamiento de las juradurías, pero es posible que no fuera un problema nuevo en el Cabildo.

Cuarenta años después surgió abiertamente un conflicto que enfrentó al Cabildo de

---

<sup>93</sup>. Si para el Regimiento contamos con el *Libro de la razón de los señores corregidores, dignidades y regidores que ha habido en los ayuntamientos de esta Imperial Ciudad de Toledo*, conservado en A.M.T., Ms., sec. B, nº 131, escrito en el siglo XVII y bien documentado, no tenemos para el Cabildo de Jurados una fuente semejante.

<sup>94</sup>. Una copia simple de esta misiva de la Ciudad, poco explícita ante el problema, forma parte de una interesante serie de cartas, aún sin ordenar, del Archivo Municipal de Toledo; vid. C.C., caj. 3, nº 9.

Jurados con los vecinos de Santo Tomé, un conflicto de difícil solución que hundía sus raíces en los acrecentamientos del reinado de Enrique IV. A la muerte del jurado Alonso Vélez de Sevilla, ocurrida a fines de 1496 o a comienzos de 1497, los vecinos de Santo Tomé, a los que había representado Alonso Vélez, eligieron como nuevo jurado a un tal Cebrián. Pero el Cabildo no admitió en su seno a este Cebrián amparándose en el hecho -cierto, por otra parte- de que Alonso Vélez de Sevilla ocupaba un oficio acrecentado y que, por tanto, debía consumirse a la muerte de su titular: *“al tenor de los previllegios e cartas que de los reyes antepasados de gloriosa memoria donde sus altesas los reyes nuestros sennores vienen los quales estan aprovados e jurados por sus altesas puesto que la dicha juraderia del dicho Alonso Veles fuera de las acreçentadas e suçediera de las de la prima criaçion de jurados no menos se consumiera que las que fasta oy han vacado e se an consumido”*<sup>95</sup>.

Si por la collación de Santo Tomé había tres jurados, por la de San Isidro, en cambio, sólo había uno y la muerte de Alonso Vélez ofrecía una ocasión para dotar a esta demarcación de un segundo jurado; de esta manera justificaba el Cabildo que la elección de su nuevo miembro correspondiese a esta otra demarcación vecinal: *“en la perrocha de Santo Tome no ovo lugar la tal eleçion porque no avie neçesidad della pues ay como dicho es dos jurados perrochanos [....] e otra cosa no ay usada ni sea de guardar salvo que en cada perrocha aya dos jurados e que aquellos dos que se eligieren donde no oviere mas de uno que se eligan en la misma perrocha donde faltare el tal jurado”*<sup>96</sup>. La parte perjudicada se quejó ante el Cabildo, presentando un

---

<sup>95</sup>. Esta argumentación la encontramos en el escrito justificativo que el Cabildo envió a los reyes a comienzos de 1497; una copia simple de este documento se conserva en A.M.T., A.C.J., Varia, nº 9. El curioso escrito justificativo de los jurados se basaba en la disposición real de las Cortes de Toledo de 1480, en que los Reyes Católicos habían ordenado que los oficios “inconvenientemente” acrecentados bajo el reinado de Enrique IV, debían extinguirse a la muerte de los titulares que entonces los ocupasen.

<sup>96</sup>. La justificación de esta, cuando menos, curiosa sustitución de la juraduría de San Isidro por la de

escrito en que se argumentaban las razones por las que Cebrián debía ser admitido como jurado<sup>97</sup>; una de éstas era que desde hacía hasta cuarenta años (es decir, desde el comienzo del reinado de Enrique IV) había tres jurados por Santo Tomé sin que el Cabildo hubiera tomado ninguna medida frente a tal situación.

El hecho es que el tal Cebrián no aparece posteriormente como jurado, y no se sabe si llegó a proveerse la segunda juraduría de San Isidro, pero se constata que poco después de este conflicto, en febrero 1497, los vecinos de Santo Tomé elegían a Miguel de Hita, alcaide del puente de Alcántara, como jurado en lugar del difunto Alonso Vélez de Sevilla, el mismo al que se señalaba como ocupante de un oficio acrecentado<sup>98</sup>. Y no cabe duda de que esta elección sí fue efectiva, ya que encontramos a Miguel de Hita como miembro del Cabildo en diferentes ocasiones a lo largo de los años que siguieron hasta 1522. La contradicción entre la argumentación del Cabildo para amortizar la juraduría de Alonso Vélez y la provisión de un nuevo oficial en su lugar nos hace pensar en la torcida intención de los jurados. Se nos ocultan las razones por las que el Cabildo no aceptaba a Cebrián y admitió -y, posiblemente también, alentó- la inclusión de Miguel de Hita en su seno, quizá a costa de no dotar a la collación de San Isidro de un segundo jurado. La propia documentación del Cabildo no explicita estas acciones de dudosa legalidad, pero lo que conocemos de este oscuro asunto nos autoriza a poner en duda, cuando menos, la integridad moral de estos jurados toledanos que, como veremos, tan a menudo se quejaban del incumplimiento de las normas por parte del Regimiento de la Ciudad. En todo caso, es evidente que el problema del acrecentamiento de las juradurías, y las dificultades para solucionarlo, no son

---

Santo Tomé se encuentra en el escrito del Cabildo citado anteriormente.

<sup>97</sup>. Este escrito se conserva en A.M.T., A.C.J., Varia, nº 7, pza. 1.

<sup>98</sup>. Esta elección es relatada en un testimonio autorizado; vid. A.M.T., A.C.J., Renuncias, San Román [sic], documentos sueltos, nº 4.

atribuibles solamente a la generosidad desmedida de Enrique IV, al que comúnmente se le culpa del problema, sino que, al parecer, los intereses coyunturales de los propios oficiales juegan también un papel de cierta relevancia.

Hay, por otro lado, alguna prueba de la voluntad por parte de la Monarquía para atajar el problema. Es bien conocida la ya citada disposición de los Reyes Católicos en las Cortes de Toledo de 1480, que ordena regresar al número original de los oficios municipales; pero además tenemos constancia de que estos monarcas, unos años antes, se habían comprometido a no acrecentar el número de las juradurías toledanas y a consumir las que ya excedían el número original<sup>99</sup>. Aunque no podemos precisar la evolución detallada del número de las juradurías, sí tenemos noticias para algunas fechas más concretas; sabemos que en torno a 1465 había cuarenta y dos jurados<sup>100</sup>; en 1469 había ya cincuenta y uno<sup>101</sup>; y en 1474 el número ascendía a setenta y seis<sup>102</sup>. En todo caso, y a pesar de los compromisos de los monarcas, el exceso en el número de oficios no se resolvería a corto plazo<sup>103</sup>.

---

<sup>99</sup>. Así lo hacían constar los reyes en una carta enviada a la Ciudad el 3 de marzo de 1475; vid. A.G.S., R.G.S., 1475, III, fol. 251.

<sup>100</sup>. Así lo hace saber Enrique IV al ordenar a sus contadores que asienten 42.000 mrs. anuales en las rentas reales de Toledo para el pago del salario de los cuarenta y dos jurados toledanos, a razón de 1.000 mrs. por oficial; vid. A.M.T., Ms., sec. B, n° 120, fol. 208 r. - 210 r.

<sup>101</sup>. El 24 de noviembre de 1469, el rey Enrique ordenaba a los recaudadores de las alcabalas de Toledo que reservasen 51.000 mrs. anuales para que los jurados de la Ciudad percibiesen sus quitaciones; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 1, n° 1/1.

<sup>102</sup>. De este nuevo aumento se deriva la nueva orden de Enrique IV de reservar 76.000 mrs. anuales a los jurados; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 1, n° 1/2.

<sup>103</sup>. F. J. ARANDA, *Poder municipal y Cabildo de Jurados*..., cit., p. 86, señala, refiriéndose al siglo XVI, que el acrecentamiento del número de juradurías fue siempre más limitado que el del las regidurías.

### B. Acceso al oficio

El segundo asunto que nos hemos propuesto estudiar es el acceso a la Juraduría, una cuestión de protocolo del máximo interés, ya que los actos por los que había de pasar el nuevo investido, más allá del puro procedimiento administrativo, muestran la relevancia que se concedía a la ceremonia en las manifestaciones de la política ciudadana. Conocemos la forma de acceso a la Juraduría gracias a una orden de los Reyes Católicos de 1501 en que se exigía al corregidor Pedro de Castilla respetarlo<sup>104</sup>. En esta orden se recuerda que el procedimiento se deriva de los privilegios de los jurados de Sevilla, que fueron aplicados a los jurados toledanos por Juan II cuando creó el Cabildo de la ciudad del Tajo; en el documento del que ahora nos ocupamos queda claro que la responsabilidad de la elección era de los vecinos de la collación en que hubiese vacado la juraduría.

Siendo éste un oficio vitalicio, la vacante podía producirse por dos circunstancias: la muerte o la renuncia del titular; en caso de fallecer éste sin haber renunciado su oficio en favor de otra persona, la elección del nuevo jurado correspondía a los vecinos de la collación, aunque hay que señalar que éstos sólo podían escoger a los candidatos que cumplieran ciertas condiciones. Los requisitos exigidos a los candidatos eran, en primer lugar, una edad mínima que no se determina y la posesión de casa y la residencia en la collación correspondiente<sup>105</sup>. Por otra parte, al candidato se le supone “habilidad y suficiencia”, según protocolariamente se repite como

---

<sup>104</sup>. Esta orden, fechada el 12 de octubre de 1501, se conserva inserta en una confirmación de Carlos I y de su madre doña Juana, datada el 18 de febrero de 1526; vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 59. Un traslado del mismo documento de los Reyes Católicos, en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 1, nº 2.

<sup>105</sup>. Estas dos condiciones eran mencionadas como argumento, por parte de los Reyes Católicos en 1501, para no dotar a Diego de Santa María con la juraduría de la collación de Santiago que le correspondía por la renuncia en su favor que había hecho Martín Serrano antes de morir; vid. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 17/2; vid. Apéndice Documental, nº 12.

condición indispensable en las renunciaciones: “*Fernando de Segovia [...] remunçio e traspaso el dicho mi ofiçio de juraderia de la dicha peroça de sennora Santa Maria Madalena desta dicha çibdad donde yo soy jurado en Antonio Descobar mi fijo ligitimo por que es presona abile e sufiçiente e pertenesçiente para lo ser*<sup>106</sup>”.

La referencia a estas cualidades debía implicar cierto dominio del Derecho y el conocimiento de las funciones y actividades propias de la institución. Pero posiblemente más determinante fuera el requisito que se mencionaba en la orden real ya referida, donde se expresaba que sería elegida una “*buena persona e abonada*”<sup>107</sup>; parece verosímil que este “abonamiento” indique cierto nivel económico que quedaba sin determinar pero que, de hecho, cerraba el acceso a la juraduría a la mayor parte de los vecinos. Finalmente, hay que resaltar una última condición, de la mayor relevancia fáctica, que se menciona en el mismo documento: los vecinos de la collación elegían un nuevo jurado “*con el acuerdo e paresçer de los dichos jurados nombrados por el dicho Cabildo*”; este requisito era definitivo, porque, usando de él, los jurados podían vetar cualquier decisión de la asamblea vecinal que perjudicara sus intereses, rechazando así a cualquier candidato con el argumento de que no había sido “aconsejado” o “consensuado” con el Cabildo. En definitiva, se puede afirmar que la supuesta libertad de elección por parte de la vecindad se quedaba, de hecho, en una simple quimera.

Al margen de la elección por los vecinos, existía otro modo de acceso a la juraduría que ya conocemos, consistente en beneficiarse de una renuncia realizada por un titular. En efecto, los

---

<sup>106</sup>. Así lo expresaba Fernando de Segovia al renunciar su oficio en favor de su hijo en 1508; vid. A.M.T., A.C.J., Cartas, caj. 1, nº 26; Apéndice Documental, nº 16. Si en las renunciaciones se repite con insistencia este requisito, parece lógico que estas condiciones se exijan a cualquier jurado, aún cuando éste accede al oficio a través de la elección de los vecinos.

<sup>107</sup>. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 59, cit.

jurados trasmitían sus oficios empleando la fórmula jurídica de la “*remuntiatio in favorem*”<sup>108</sup>, a través de la cual cedían su cargo a una persona que consideraban adecuada, “hábil y suficiente”. La renuncia se presentaba ante el Cabildo, y en ella se expresaban los motivos por los que el oficial hacía dejación de su responsabilidad<sup>109</sup>. Era ésta una práctica perfectamente admitida; recordemos que el 17 de noviembre de 1480 los Reyes Católicos otorgaron licencia a los regidores y jurados de Toledo para renunciar sus oficios en otras personas<sup>110</sup>; anteriormente a tal fecha los monarcas habían concedido facultades individuales a algunos jurados para emplear esta fórmula jurídica, como sucedió unos meses antes de la expedición de la licencia general, el 15 de diciembre de 1479, fecha en que el rey Fernando concedía tal facultad a Juan de Rivadeneira para ceder una juraduría a su hijo Pedro de Rivadeneira<sup>111</sup>. Así pues, desde 1480 las juradurías, como las regidurías, serían renunciadas en Toledo sin necesidad de contar con una licencia regia individual; pero esto no significa que no existieran requisitos jurídicos ineludibles para los renunciantes, y así lo hizo saber la reina Juana el 20 de julio de 1515, cuando de modo general expresaba que las renunciaciones de oficios públicos debían verificarse ante la Monarquía en un plazo de veinte días, una vez realizadas<sup>112</sup>. En todo caso, las renunciaciones de juradurías tuvieron lugar con

---

<sup>108</sup>. Este utensilio jurídico, ya estudiado para la Regiduría, fue el objeto de análisis de F. TOMAS Y VALIENTE, “Origen bajomedieval de la patrimonialización y enajenación de oficios públicos en Castilla”, *Actas del I Symposium de Historia de la Administración*, Madrid, 1970, p. 123-179.

<sup>109</sup>. Se conservan algunas de estas renunciaciones en el Archivo del Cabildo de Jurados. Ya hemos citado la que otorga Fernando de Segovia en favor de su hijo Antonio de Escobar en 1508; vid. Apéndice Documental, nº 16. Pero podemos hacer referencia a muchas más, entre ellas la que en 1480 Pedro de Escarramán otorga en favor de Pedro de Uceda (A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 18); la que presentó Alonso Vázquez en favor de su hijo Gabriel Álvarez en 1483 (A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 25); o la que en 1515 Diego Fernández de Madrid dejó en manos de Gerónimo de Morales (A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 159 r.), por sólo citar algunos ejemplos conocidos.

<sup>110</sup>. El documento de concesión se halla en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 22.

<sup>111</sup>. A.G.S., R.G.S., 1479, XII, fol. 8.

<sup>112</sup>. A.M.T., A.S., caj. leg. 1, nº 29/a. Esta orden real revelaba la voluntad de ejercer cierto control

toda normalidad en Toledo y garantizaron el control del Cabildo por parte de familias de hombres buenos frente a nuevas familias en ascenso que buscaban el reemplazo.

Hubo jurados que accedieron al oficio por renuncia del anterior titular en su favor y que además fueron elegidos por los vecinos de la collación; éste fue el caso de Fernando Vázquez, que fue presentado por el Cabildo el 29 de marzo de 1497<sup>113</sup>, pero no podemos saber cuál fue realmente la libertad de elección por parte de los vecinos de su collación. Hay casos en que los propios reyes proveían una juraduría; Juan II, recordemos, eligió a los primeros jurados que tuvo Toledo, pero también Isabel y Fernando asumían esta iniciativa cuando nombraron jurado de la Ciudad al bachiller Alfón de Herrera el 24 de junio de 1501, para que ocupara la vacante producida por la muerte de Martín Serrano; este jurado -como más arriba se ha comentado- había renunciado su oficio en favor de Diego de Santa María, pero el beneficiario no tenía edad suficiente para ocupar el cargo, ni casa en la collación de Santiago por la que había sido indicado como titular<sup>114</sup>.

El procedimiento de elección de los nuevos jurados se producía a iniciativa del Cabildo. Convocado éste para tal fin, diputaba a algunos de sus miembros para que convocasen a los vecinos de la collación correspondiente<sup>115</sup>. Reunidos los vecinos, escogían a la persona que

---

sobre los traspasos de oficios por parte de la Monarquía, aunque sabemos que, de hecho, este control no tuvo gran efecto. Un interesante estudio sobre la venalidad de los cargos públicos en el nuevo siglo se debe a M. CUARTAS, "La venta de oficios públicos en Castilla – León durante el siglo XVI", *Hispania*, XLIV (1984), p. 495-516.

<sup>113</sup>. A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 7, fol. 8 vto. - 9 vto. Siete días antes, el 22 de marzo, Diego de Bargas había renunciado su juraduría en favor de este Fernando Vázquez; vid. A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 7, fol. 1 vto. - 3 vto; y en los días intermedios los vecinos de San Lorenzo lo habían elegido como oficial.

<sup>114</sup>. Una copia simple del traslado de este nombramiento, que recoge la argumentación de los reyes para actuar, se conserva en A.M.T., A.C.J., Varia, nº 17/2, cit.; vid. Apéndice Documental, nº 12.

<sup>115</sup>. Se conservan algunos documentos en que se relacionan los vecinos que son convocados para la elección de un nuevo jurado; vid. A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 6. Es ésta una copia simple de la elección del 9 de marzo de 1486, en la que los vecinos de San Soles eligen a Diego de Bargas como jurado en lugar y por renuncia de Juan Damián.



consideraban apropiada para el cargo, siempre teniendo en cuenta los requisitos ya mencionados de habilidad y suficiencia, edad mínima exigida, residencia en la collación, “abonamiento” del candidato y acuerdo de los jurados diputados. Escogido el candidato, estos jurados lo presentaban ante el Cabildo para que éste lo recibiera, y, finalmente, ante el corregidor o su alcalde mayor para recibir solemne juramento en la catedral de Santa María<sup>116</sup>. Aceptado por todos y comprometido con sus funciones, el nuevo jurado era recibido por el corregidor en el ayuntamiento de la Ciudad, donde tomaba el asiento que le correspondía.

### *C. Asistencia a las reuniones*

La tercera cuestión que hemos de afrontar es el fiel desempeño del oficio de jurado, en particular el cumplimiento de la obligación de asistir a los cabildos de jurados y a los ayuntamientos ciudadanos. El número de los jurados que participaban en los cabildos era variable, pero oscilaba, en una serie de reuniones estudiadas por Rosa María Montero, entre una y tres decenas de capitulares, siendo quince la media de asistentes registrados<sup>117</sup>. A los ayuntamientos de la Ciudad acudían en menor número; para ofrecer una estimación, hemos utilizado las mismas

---

<sup>116</sup>. Tenemos una copia simple del testimonio del juramento del oficio de jurado, correspondiente al acto que tuvo lugar en la iglesia de Santa María el 10 de febrero de 1483, cuando García Endalanares juraba solemnemente ante el corregidor Gómez Manrique y ante el mayordomo del Cabildo Pedro de la Fuente y otros cinco jurados, quizá los diputados para gestionar el proceso de elección del nuevo oficial; vid. A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 24/2.

<sup>117</sup>. R. M. MONTERO, “La organización del Cabildo de Jurados de Toledo (1422-1510)”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 3 (1990), p. 218. Esta estimación se halla en el contexto de un interesante estudio de la autora acerca de la preocupación del Cabildo para combatir el absentismo en sus reuniones.

reuniones que tomamos para calcular el número de regidores asistentes: siete ayuntamientos de 1444 y once de 1464, dieciocho en total<sup>118</sup>. Con los datos que aportan estos documentos obtenemos una media de 10,8 jurados por reunión, lo que representa, dada la inflación de oficios que ya se apuntaba en el periodo de estos ayuntamientos, en torno a un 25% del total de los miembros del Cabildo. La media no resulta significativa por el hecho de producirse enormes oscilaciones en la participación de unas reuniones a otras, ya que en fechas tan cercanas como el 24 de agosto y el 6 de septiembre de 1444 se registra la asistencia de veintidós y dos jurados, respectivamente.

Como ocurre en el caso de los regidores, hay unos jurados mucho más fieles a sus deberes que otros, de modo que hay que subrayar, por ejemplo, la presencia de Alonso López de la Fuente, que encontramos en quince de las dieciocho reuniones que hemos considerado, siendo ésta una notable asistencia, teniendo en cuenta que la primera y la última están separadas por más de veinte años; más loable aún es la participación del jurado Alonso López si lo comparamos con la actitud de algunos de sus compañeros a los que sólo encontramos en una o dos reuniones, o con la de otros que no conocemos porque no asistieron a ninguna. Por otra parte, el porcentaje de en torno al 25% de jurados participantes que hemos señalado, es semejante al que habíamos indicado para los regidores, siendo mucho más meritorio en el caso de los jurados por cuanto éstos no tomaban las decisiones. Si los regidores se ausentaban porque sólo era necesaria la presencia de unos pocos para aprobar las disposiciones que a ellos convenía, la ausencia masiva de los jurados puede explicarse por el hecho de que, al contar solamente con opinión, pero no con facultad para decidir, bastaba con que algunos representantes acudieran a comunicar las

---

<sup>118</sup>. Se trata de las reuniones cuyas actas fueron publicadas por E. BENITO, "Las más antiguas actas....", cit., correspondientes a los ayuntamientos de los días 19, 21, 24, 26, 29 y 31 de agosto, y 6 de septiembre de 1444; y 9, 12, 14, 16, 22, 23, 24, 26, y 29 (dos reuniones) de noviembre, y 3 de diciembre de 1464.

solicitudes y transmitir el parecer del Cabildo sobre uno u otro asunto, puesto que la mayoría quedaba de hecho en calidad de oyente.

#### *D. Rentabilidad del oficio*

El cuarto asunto a estudiar relacionado con el oficio de jurado es su rentabilidad. A lo largo de todo el período estudiado el salario de la Juraduría era de 1.000 mrs. anuales, procedentes de las rentas reales en Toledo; ya hemos comentado cómo Enrique IV se vio obligado a incrementar el volumen de las rentas destinadas al pago de los salarios de los jurados a medida que iba creciendo el número de los oficiales; en una decena de años, desde 1465 hasta 1474, el montante ascendió desde 42.000 mrs. hasta 76.000<sup>119</sup>. Estas cantidades se extraían, en concreto, de las alcabalas de Toledo; el 24 de noviembre de 1469, el rey Enrique indicaba a los arrendadores, tesoreros, recaudadores y cogedores de estas rentas reales que reservasen la cantidad necesaria para el pago de las quitaciones de los jurados, que en esa fecha ascendía a 51.000 mrs., ya que por entonces eran cincuenta y uno los jurados de Toledo<sup>120</sup>. Llama la atención el hecho de que los jurados no reivindicaran ningún aumento de su salario a lo largo de tantos años, en especial si tenemos en cuenta que los Reyes Católicos concedieron en 1480 un alza del

---

<sup>119</sup>. Estas cifras se especifican en las órdenes citadas de Enrique IV: la primera, de 1465, conservada en A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 208 r. - 210 r; y la segunda, de 1474, en A.M.T., A.C.J., Orig. nº 59.

<sup>120</sup>. Esta orden enriqueña se conserva en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 1, nº 1/1.

salario a los regidores de la Ciudad, de 2.000 a 3.000 mrs. anuales<sup>121</sup>; la explicación puede hallarse en el hecho de que -al margen de los privilegios que conllevaba el oficio- la juraduría era, más que rentable por sí misma, un magnífico instrumento para obtener beneficios económicos por otros conceptos, sobre todo por la posibilidad que ofrecía de ejercer oficios municipales mucho más jugosos materialmente; hay que señalar, además, que, junto a la rentabilidad, los jurados valoraban la dignidad que confería su oficio<sup>122</sup>.

### *E. Los privilegios de los jurados*

Finalmente llegamos al último punto de la regulación de la Juraduría: los privilegios que llevaba consigo. Se trata de un asunto esencial; en primer lugar, porque el estatuto privilegiado era apreciado en la época como síntoma de una notable dignidad personal, pero también porque la acumulación de privilegios suponía unas ventajas económicas nada despreciables. Los jurados de Toledo gozaban de un estatuto jurídico similar al que tenían los jurados de Sevilla; pocos días después de crear el Cabildo toledano, el 29 de marzo de 1422, el rey Juan II entregó una orden a Pedro de Baeza, jurado de Toledo, destinada al Concejo de Sevilla, por la cual éste contraía la obligación de ordenar, a su vez, la expedición de los traslados que el jurado toledano solicitase

---

<sup>121</sup>. El documento de concesión, ya estudiado en otro capítulo, se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 21.

<sup>122</sup>. En este mismo capítulo entraremos a considerar los emolumentos que se derivaban del desempeño de los oficios municipales a que eran acreedores los jurados por el hecho de formar parte del Cabildo.

de los privilegios de los jurados sevillanos<sup>123</sup>. Enseguida, Pedro de Baeza se encaminó a Sevilla y puso a trabajar a los alcaldes y escribanos de esta ciudad, que ordenaron transcribir y transcribieron una buena cantidad de cartas reales que se remontaban, al menos, al reinado de Sancho IV<sup>124</sup>. De entre la multitud de papeles que el jurado Baeza trajo de la ciudad andaluza, se entresacan tres importantes privilegios que constituyen el núcleo del estatuto de la Juraduría toledana: la exención del servicio en la hueste regia, la exención del pago de pechos y la exención de aposentamiento de la Corte real.

Las tres exenciones fueron concedidas a los jurados sevillanos tempranamente, ya bajo el reinado de Sancho IV. Las exenciones de hueste y de pecho (exceptuando la moneda forera, que sí habían de pagar los jurados sevillanos) fueron otorgadas el 20 de noviembre de 1292<sup>125</sup>. Pocas fechas después, el día 26 del mismo mes, el rey Sancho concedió los mismos privilegios, añadiendo la exención de hospedaje<sup>126</sup>.

La exención de hueste, que, como las demás, se aplicaría desde 1422 a los jurados de Toledo, constituía el privilegio más característico de éstos, ya que el resto de los vecinos de la ciudad estaban obligados a prestarlo, incluidos los caballeros. En la Corona de Castilla, el servicio

---

<sup>123</sup>. Esta orden se conserva inserto en multitud de traslados de privilegios de los jurados de Sevilla; vid. A.M.T., A.C.J., Libro 48. El primero de ellos, en fol. 1 vto. - 4 vto.

<sup>124</sup>. Los traslados que obtuvo Pedro de Baeza se encuadernaron para formar dos voluminosos manuscritos que hoy constituyen una de las joyas del Archivo Municipal toledano; vid. A.M.T., A.C.J., Libro 48 y Libro 49.

<sup>125</sup>. De este doble privilegio se conserva una copia en el Archivo Municipal de Toledo; vid. A.C.J., Libro 48, fol. 1 vto. - 4 vto. Se encuentran numerosas copias de este documento, así como de los que citaremos en notas posteriores, en forma de inserciones en las múltiples confirmaciones por parte de los sucesivos monarcas. Teniéndolo en cuenta, no citaremos todas las copias de estos documentos, con el fin de no alargar innecesariamente las notas a pie de página; nos limitaremos, en general, a referir el documento original y, en el caso de que éste no se haya conservado, citaremos la copia más fiable de las disponibles.

<sup>126</sup>. De este documento se conservan varias copias en el mismo Archivo Municipal; vid. A.C.J., Libro 49, fol. IV vto. - V vto.; A.C.J., Libro 49, fol. XII r. - vto; A.C.J., Libro 48, fol. 16 r. - 22 r.; y Ms.,

militar era un deber de todos los súbditos, ya que como vasallos del rey le debían el *auxilium* feudal; aunque esta obligación era satisfecha a distintos niveles, pues dependiendo del equipamiento de que cada cual podía proveerse servían unos a caballo (caballeros) y otros a pie (peones). Entendiendo que la principal función de los caballeros era la participación en la hueste regia, quienes tenían posibilidad de evadirse de este servicio eran los peones, y lo hicieron desde muy pronto mediante un pago de redención, la fonsadera<sup>127</sup>. En el siglo XV todos los vecinos de Toledo estaban obligados a servir en la hueste regia, o bien a satisfacer el pago de la redención de este servicio, salvo los jurados, que gozaban, en este contexto, de un estatuto particular.

La exención de pecho no era ya tan excepcional. El “pecho” era la denominación general que recibía la obligación tributaria que recaía en Castilla sobre la población libre y semiservil sometida directamente a la Monarquía, particularmente sobre la población rural; para designar a este amplio grupo de personas en los últimos siglos del Medievo se generalizó el uso del término “pecheros”, con el que se identificaba a la población no noble<sup>128</sup>. En la ciudad de Toledo, el conjunto de los vecinos gozaba, al menos desde fines del siglo XV, de un estatuto excepcional que los elevaba sobre los pecheros corrientes, pero que -en todo caso- no les hacía dignos de la condición nobiliaria, reservada para una minoría de caballeros. Del resto de los vecinos toledanos, hombres perfectamente libres aunque no caballeros, se distinguen aquéllos que la documentación denomina “hombres buenos”, u “hombres buenos del Común”, y más tarde “ciudadanos”, grupo del que emergería en el siglo XV como nueva minoría privilegiada, como “segunda oligarquía”

---

sec. B, nº 120, fol. 267 r.

<sup>127</sup>. L. GARCÍA DE VALDEAVELLANO, *Curso de Historia de la instituciones españolas. De los orígenes al final de la Edad Media*, Madrid, 1986, p. 620-622. Sobre la exención del citado pago de redención en un ámbito concreto, vid. C. GONZÁLEZ MÍNGUEZ, “Privilegios fiscales de Vitoria en la Edad Media: la fonsadera”, *Hispania*, 130 (1975), p. 433-490.

<sup>128</sup>. L. GARCÍA DE VALDEAVELLANO, *op. cit.*, p. 588-589.

perfectamente plasmada en el Cabildo de Jurados; una minoría, la de los hombres buenos, que por las exenciones que estamos considerando se separaba del grueso de los vecinos de Toledo pero, en modo alguno, podía asemejarse al grupo de los caballeros<sup>129</sup>.

La exención de pecho no era, ciertamente, un privilegio que separara a los jurados toledanos del resto de los vecinos de la ciudad, ya que este amplio sector social consiguió a lo largo del Medievo, importantes exenciones fiscales. Pero antes de llegar estos privilegios al Común, llegaron, como era de esperar, a los caballeros. Se puede fechar en torno a 1140 el documento por el que Alfonso VII eximía a los caballeros de Toledo del pago de pechos por las heredades poseídas en Toledo y su Tierra<sup>130</sup>. El 24 de diciembre de 1202 ampliaba a los caballeros de Toledo la misma exención, aplicándola esta vez a las heredades que éstos poseyeran en todo el reino<sup>131</sup>. Más tarde, el 26 de enero de 1259, Alfonso X añadiría a estos jugosos privilegios de la caballería local, la exención del pago de moneda<sup>132</sup>; era ésta un tributo que la Monarquía percibía de los súbditos como reconocimiento de la regalía de acuñación de numerario<sup>133</sup>.

---

<sup>129</sup>. Coincidimos plenamente con la apreciación de M. I. VAL, "Ascenso social y lucha por el poder en las ciudades castellanas del siglo XV". *En la España Medieval*, 17 (1994), p. 164, cuando apunta que la existencia de cabildo de jurados constituye una prueba de la elitización de un sector del Común.

<sup>130</sup>. Se conserva una copia simple del siglo XIV, en castellano, de este privilegio, en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, nº 7, fol. 10 r. - 11 r. El 30 de septiembre de 1182, Alfonso VIII vuelve a otorgar el mismo privilegio; el original de éste se encuentra en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 6, nº 1, y ha sido publicado por J. GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid, 1960, p. 678-680, y por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales otorgados a Toledo durante la Edad Media (1101-1494)*, Toledo, 1990, p. 102-103.

<sup>131</sup>. Este privilegio, que cierra el círculo de la exención de pechos a los caballeros, se encuentra en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 5, nº 1, y ha sido publicado por J. GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 285-287, y por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 105-106.

<sup>132</sup>. No se conserva el original de este privilegio; la más antigua copia se inserta en la confirmación de Sancho IV, fechada en 1289, vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 1, nº 1, pza. D., publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 123-124.

<sup>133</sup>. L. GARCÍA DE VALDEAVELLANO, *op. cit.*, p. 601. Un caso particular de exención es estudiado por M. C. VEAS, "El privilegio de franquicia de pedido y moneda concedido a Murcia en 1477", *Miscelánea Medieval Murciana*, XII (1985).

Hasta fines del siglo XIII las exenciones de pecho y moneda eran sólo disfrutadas en Toledo por el grupo de los caballeros, pero pronto se extenderían a capas sociales más amplias. El 30 de diciembre de 1289 Sancho IV concedía la exención del pago de moneda a los hombres buenos de Toledo: “*que todos los omnes bonos del comun que son moradores agora o fueren daqui adelante en la noble çibdat de Toledo que sean quitos de moneda pora sienpre que la non den*”<sup>134</sup>; y, al mismo colectivo de beneficiarios, Fernando IV, el 22 de marzo de 1303, otorgaba la complementaria exención de pechos por los “algos” que poseyeran en todo el reino: “*por fazer bien e merçet a los vezinos de Toledo tenemos por biren e mandamos que non pechen por los algos que ovieren en tierra de las ordenes et en tierra del Arçobispado et en todos los otros logares de nuestros regnos*”<sup>135</sup>. En la última fecha señalada, el propio Fernando IV completaba las ventajas concedidas a los toledanos eximiendo del pago de pecho a los vasallos y apaniaguados de los caballeros y vecinos de Toledo: “*otorgoles et mandoles de non pedir daqui adelante sserviçios nin pedidos nin otra cosa alguna que pecho sea a los vasallos et a los apaniaguados d los cavalleros nin de los vezinos de Toledo*”<sup>136</sup>, es decir, del conjunto de los vecinos de la ciudad, incluyendo a los hombres buenos en este nutrido grupo<sup>137</sup>. De esta manera, quienes vivían al servicio de los toledanos de pleno derecho y se amparaban fiscalmente en ellos, se veían también exentos de este importante capítulo de tributos. Con ello, la ciudad se distanciaba

---

<sup>134</sup>. El original de esta merced se halla en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 1, nº 1, pza. B; publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 136-137.

<sup>135</sup>. El original de esta exención en A.M.T., A.S., caj. 9, leg. 2, nº 1; publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 141-142.

<sup>136</sup>. El original de esta merced en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 4, nº 2, pza. 1; publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales*..., cit., p. 142.

<sup>137</sup>. La distinción entre categorías sociales y políticas se observa con toda claridad en la dirección de este privilegio: “*a los alcalles et al alguazil et a los cavalleros et a los omnes bonos et a todos los vezinos de Toledo*”.



definitivamente del entorno rural, de claro predominio pechero, y se hacía real la vieja sentencia que proclamaba la libertad del hombre urbano frente al campesino: en Toledo era una realidad que “el aire de la ciudad hace libre”.

Siendo tan ventajoso el estatuto de los vecinos de Toledo, se observará que la exención de pecho a los jurados en 1422 económicamente no representó absolutamente nada; sin embargo, como confirmación de una exención ya reconocida, como duplicación de la dignidad que consigo llevaba un privilegio, constituía un espaldarazo notable al estatuto de los oficiales del Cabildo.

La tercera exención de los jurados, el hospedaje, tampoco debía ser económicamente significativa en su contexto social, ya que el 6 de febrero de 1260 Alfonso X había concedido este privilegio a los caballeros y a los hombres buenos de Toledo: “*defendemos que de aqui adelante ninguno non sea osado de posar en sus casas si ellos non quieren*”<sup>138</sup>. Así pues, el valor de esta merced se limita, como en el caso de la exención de pecho, a la dignidad de la duplicación del privilegio. Llama la atención el hecho de que la duplicación de la exención de hospedaje fue utilizada por la Monarquía para dignificar a otros colectivos toledanos en el siglo XV, ya que fue concedida a los escribanos del número de Toledo el 6 de julio de 1467 por el infante don Alfonso, siendo el 16 de marzo de 1471 reexpedida por Enrique IV<sup>139</sup>. El 20 de marzo de 1480, el mismo día que confirmaban a los caballeros y hombres buenos de Toledo la exención de la que venimos

---

<sup>138</sup>. No se conserva original de esta concesión; la copia más temprana con que contamos se halla inserta en la confirmación de Juan I, de 25 de septiembre de 1379, cuyo original se conserva en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 2, nº 1; otra inserción se encuentra en el original de la confirmación de Enrique III, de 15 de diciembre de 1393; vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 2, nº 2, pza. 2. Otras inserciones se encuentran en copias simples, realizadas en el siglo XVIII, de la confirmación de Juan I (caj. 10, leg. 2, nº 2, pza. 1, y caj. 10, leg. 2, nº 2, pza. 4).

<sup>139</sup>. El original del privilegio del infante don Alfonso, que actuaba como rey, se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 16333/9. El original del privilegio enriqueño se encuentra en A.H.P.T., Protocolos, nº 16333/10; vid. inserciones del mismo en su confirmación por los Reyes Católicos de 1480 en A.H.P.T., Protocolos, nº 16333/11, y en A.G.S., R.G.S., 1480, V, fol. 1.

tratando<sup>140</sup>, los Reyes Católicos la confirmaban de modo particular a los oficiales de la Ciudad<sup>141</sup>, colectivo que ya estaba exento de dar posada, como los escribanos del número toledanos, a quienes los mismos monarcas les confirmaban el privilegio dos meses después, el 23 de mayo de 1480<sup>142</sup>.

El hecho de que se acumulasen estas confirmaciones en 1480 se debía a que aquel año se habían celebrado Cortes en Toledo y que el rey había abusado de la hospitalidad de los exentos toledanos, exigiéndoles “ropas y aves”; conscientes los monarcas del privilegio de los diversos colectivos a que nos hemos referido se comprometían en las confirmaciones a que el abuso no volvería a ser cometido. Pero ¿qué significan tantas duplicaciones de privilegios? Todas estas confirmaciones económicamente ineficaces, nos están indicando que el pragmatismo se hallaba muy lejos de la mentalidad de los toledanos del siglo XV: la Ciudad y los colectivos que hemos mencionado estaban dispuestos a satisfacer las cantidades estipuladas en la Cancillería para obtener títulos que en la práctica nada significaban. Resulta evidente que la posesión de un privilegio real, por poco que significase materialmente, se consideraba dignificador para cualquier persona o institución.

Una cuarta exención de los jurados sevillanos, que consistía en un estatuto judicial privilegiado, no fue plenamente aplicada a los jurados toledanos. El Cabildo de Jurados de Sevilla recibió esta exención un siglo más tarde que las otras tres. El 26 de febrero de 1394, Enrique III

---

<sup>140</sup>. Se conserva un traslado de 1529 de la confirmación a los caballeros y hombres buenos de Toledo; vid. A.M.T., A.C.J., R.C.P., nº 1/1.

<sup>141</sup>. La confirmación a los oficiales nos es conocida por la copia autenticada de A.G.S., R.G.S., 1480, III, fol. 278. El mismo 20 de marzo, los reyes confirmaban la misma merced a los vecinos y moradores de las Cuatro Calles, como se observa en la copia auténtica que se conserva en A.G.S., R.G.S., 1480, III, fol. 277.

<sup>142</sup>. De la confirmación a los escribanos se conserva el original, en A.H.P.T., Protocolos, nº 16333/11; y la copia autenticada de Corte, en A.G.S., R.G.S., 1480, V, fol. 1.

eximía a los jurados de Sevilla de la justicia ordinaria y nombraba un juez especial para sus pleitos<sup>143</sup>. Al igual que los anteriores, este privilegio habría de aplicarse a los jurados toledanos desde 1422, pero una orden de Juan II, fechada el 14 de julio de 1423, revocaba este privilegio a los capitulares de Toledo<sup>144</sup>. Aún así, conocemos un caso en que se hizo valer un estatuto judicial particular para los jurados toledanos: en 1513 la reina doña Juana advertía a la justicia de la Ciudad que el jurado Diego de Santamaría no podía ser preso por tener los jurados de Toledo el privilegio de no penar en prisión por deudas pecuniarias contraídas<sup>145</sup>. Se trata de un suceso aislado que no prueba nada con seguridad, pero al menos nos está indicando que existía cierto tratamiento privilegiado para los miembros del Cabildo en el procedimiento judicial.

### 3.2.3. El Cabildo frente al Regimiento

Si se pretende llegar a un conocimiento real del Cabildo de Jurados, se hace necesario llegar más allá de sus rasgos estáticos, institucionales, y penetrar en sus caracteres dinámicos, los que se hallan determinados por su actuación como colectivo. Para ello hemos de contemplar, en primer lugar, los elementos que caracterizaban al Cabildo como cuerpo autónomo. Como representante del Común, frente al Regimiento, los jurados habían de ocupar parte de los oficios

---

<sup>143</sup>. Una copia simple de este privilegio se halla en A.M.T., A.C.J., Libro 49, fol. XXIII r. - XXIV vto.

<sup>144</sup>. Esta orden, que ya hemos citado y que volveremos a aludir más adelante, regulaba el acceso a los oficios municipales por parte de regidores y jurados; vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 5/1; Apéndice Documental, nº 3.

<sup>145</sup>. Un traslado del siglo XVII de esta orden real se conserva en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 17, pza. 1, fol. 6 r. - 7 r.

administrativos de la Ciudad, razón por la que se realizó un reparto de estos cargos entre Cabildo y Regimiento. El ámbito en que el enfrentamiento entre los dos colectivos tomó mayor relieve fue el de las representaciones ante la Monarquía: las mensajerías del Cabildo, por un lado; por otro, las procuraciones en Cortes. De modo que se hace necesario, para completar el análisis de los jurados, el estudio de todos estos asuntos con mayor detenimiento.

### *A. El Cabildo como entidad autónoma*

El Cabildo de Jurados de Toledo fue creado para limitar el poder del Regimiento, como contrapeso político al cuerpo gobernante de la Ciudad; y para que esta misión se hiciera efectiva, el Cabildo necesitaba una amplia autonomía que los monarcas se preocuparon por garantizar. Esta autonomía se manifestó fundamentalmente en la celebración periódica de reuniones de los jurados, en la dotación de una organización interna y en la existencia de una financiación propia. Así pues, para comprender la autonomía del Cabildo, hemos de estudiar las siguientes cuestiones: los ayuntamientos o “cabildos” de los jurados, los oficios capitulares y la hacienda de la institución<sup>146</sup>.

Los cabildos de jurados se celebraban en la Sala de los Ayuntamientos de Toledo y todos los miembros del Cabildo tenían la obligación de asistir a ellos. Se marcó el sábado como día de

---

<sup>146</sup>. Estos aspectos del Cabildo son los que ha analizado, basándose en la serie de actas capitulares, R. M. MONTERO, “La organización...”, cit. De no haberlos tratado adecuadamente la doctora Montero Tejada, serían merecedores de un título propio, pero por no ser necesarias ya las aportaciones novedosas, debido al acierto de la investigadora citada, reducimos a un epígrafe nuestro estudio sobre estos asuntos.

reunión de este colectivo, de modo que no coincidiera con los ayuntamientos de la Ciudad<sup>147</sup>. La convocatoria del cabildo correspondía al mayordomo de los jurados, que firmaba sistemáticamente todos los viernes la correspondiente “cédula de convite”, la cual era mostrada a todos los jurados de la ciudad por el guarda del Cabildo<sup>148</sup>. Pero había ocasiones en que este documento era firmado por más de una persona, incluso por tres (probablemente los dos mayordomos y el escribano), y ocasiones en que no era el viernes el día de la convocatoria ni el sábado el día de la reunión<sup>149</sup>. Se trataba de congregaciones extraordinarias que exigían las circunstancias. En las ordinarias, se dedicaba un tiempo a escuchar las novedades que los fieles ejecutores de la Ciudad ponían en conocimiento de los jurados, fundamentalmente referidas a la alteración del precio de productos básicos, o a cuestiones relativas al orden público o higiene urbana<sup>150</sup>. Por último, conviene señalar la privacidad de que gozaban los cabildos de jurados, no asistiendo a ellos ni el corregidor ni otro oficial mayor, como se desprende de una de las primeras órdenes que los Reyes Católicos dirigieron al corregidor Manrique: el 23 de febrero de 1477 le comunicaron que los jurados habían de realizar sus reuniones sin la injerencia de la justicia

---

<sup>147</sup>. R. M. MONTERO, “La organización...”, p. 217, cit., indica que las reuniones tenían lugar el sábado porque éste era el día de la semana en que se congregaban los jurados sevillanos, cuya normativa se aplicaba al Cabildo toledano. La obligatoriedad de asistir para los jurados de la ciudad de Tajo es subrayada por los Reyes Católicos el 27 de noviembre de 1493, fecha en que se data la orden a estos oficiales toledanos de asistir a las reuniones de los sábados; vid. A.G.S., R.G.S., 1493, XI, fol. 49.

<sup>148</sup>. Así lo podemos observar en la cédula de convite firmada por el bachiller Diego Martínez de Ortega, mayordomo del Cabildo, el viernes 29 de mayo de 1506, por la que se convocaba a los jurados para asistir a la reunión del día siguiente; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 18 r.

<sup>149</sup>. Éste es el caso de la cédula de convite del 11 de mayo de 1506, que firman el bachiller Ortega, Fernando de Segovia y una tercera persona sin identificar, convocando cabildo para el martes 12; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 349 r. O el de la cédula de 10 de diciembre de 1488, lunes, en que el bachiller Ortega, Jaime de Morales y Fernando de Segovia, jurados los tres, convocan cabildo para el martes 11 de diciembre; vid. A.M.T., A.C.J., Personal, Convites, nº 1.

<sup>150</sup>. La copia de muchas de estas notificaciones de los fieles ejecutores se encuentra en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 6, fol. 30 r. y siguientes.

toledana<sup>151</sup>.

Los oficios capitulares, segunda cuestión a que nos referimos en este epígrafe, son la mayordomía, la receptoría, la escribanía y la guarda. La Mayordomía, el más preeminente de los cargos capitulares, era dúplice y se elegía anualmente a sus titulares, pero se conocen casos en que algún jurado repetía el oficio dos o más años consecutivos, pues parece que nada lo impedía. Conocemos de primera mano el ejemplo del bachiller Diego Martínez de Ortega, con al menos cinco años de ejercicio en el cargo, varios de ellos consecutivos<sup>152</sup>. Los mayordomos asumían las tareas de dirección del Cabildo, siendo con frecuencia quienes representaban al colectivo en sus peticiones a la justicia o a la Monarquía: así lo comprobamos por una solicitud, fechada el 16 de agosto de 1493, en la que los mayordomos Diego Martínez de Ortega y Francisco Ortiz requerían a Fernando de Monroy, señor de Monroy, y a Juan Álvarez Guerrero, alcalde mayor de Toledo, para que atendieran una pesquisa sobre ciertas usurpaciones que estaba padeciendo la Ciudad<sup>153</sup>. Un par de años antes, el mismo bachiller Ortega y el otro mayordomo del Cabildo aparecen como solicitantes en el emplazamiento que el Consejo dirigía a la Ciudad para atender un asunto de pastos<sup>154</sup>. Es posible, aunque no lo podamos comprobar por la carencia de actas de ayuntamientos, que los mayordomos fueran quienes actuaran habitualmente como portavoces del Cabildo en las reuniones de la Ciudad.

El mayordomo tenía encomendadas tareas económicas que fue cediendo al receptor del

<sup>151</sup>. Así se expresan los monarcas en este documento que conocemos por un traslado de 1745; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 4.

<sup>152</sup>. Se puede observar esta circunstancia en la Tabla 3 del apéndice de este capítulo. R. M. MONTERO, op. cit., p. 225, señala la ocupación del oficio por Pedro de Herrera durante cinco años seguidos, entre 1504 y 1508.

<sup>153</sup>. El requerimiento se conserva en A.M.T., A.C.J., caj. 7, leg. 2, nº 11, fol. I r. – III vto.

<sup>154</sup>. La fecha del emplazamiento del Consejo es 26 de octubre de 1491; una copia autenticada de este documento se halla en A.G.S., R.G.S., 1491, X, fol. 34.

Cabildo<sup>155</sup>. En un primer momento este oficial era el responsable de tomar a su cargo los maravedíes que los jurados percibían de la Monarquía en concepto de quitación, pero desde fines del siglo XV fue asumiendo todas las tareas contables del organismo, desplazando a los mayordomos de estas funciones y dejándoles las atribuciones puramente políticas, aunque tenían autoridad para revisar las cuentas del organismo, tarea que se atribuía al receptor. De este modo, el receptor actuaba, en el seno del Cabildo, de la misma forma que lo hacía el mayordomo de la Ciudad al gestionar las cuentas toledanas, como veremos en su lugar.

Las reuniones del Cabildo de Jurados exigían que uno de sus miembros tomara nota de lo acontecido para tener constancia de los acuerdos tomados; como en cualquier institución, en la que estamos contemplando había un escribano, un oficial que no era difícil de encontrar en un organismo del que formaban parte varios escribanos profesionales. Las labores de este oficial<sup>156</sup> eran, además de suscribir las actas de los cabildos, la redacción de la correspondencia del Cabildo, donde estampaba su firma, y todas aquellas que se vinculaban con este tipo de tareas, como la conservación de la documentación del organismo.

El guarda del Cabildo no era un jurado sino un subalterno al modo que lo eran los sofieles en la Ciudad. Como cualquier subalterno tenía funciones diversas que pueden reducirse a la obediencia de cualquier mandato que los oficiales del Cabildo, fundamentalmente los mayordomos, le encomendasen en relación con la institución. Sin embargo, su función más característica fue el reparto de las convocatorias de los cabildos, una misión que tenía lugar cada viernes y las vísperas de los días en que se celebraban cabildos extraordinarios<sup>157</sup>. El guarda del

---

<sup>155</sup>. Las atribuciones del receptor nos son conocidas por el estudio de R. M. MONTERO, op. cit., p. 226-227.

<sup>156</sup>. R. M. MONTERO, op. cit., p. 228.

<sup>157</sup>. Así lo podemos observar en un documento en que el mayordomo Pedro de la Fuente, en 1483,

Cabildo, como subalterno, formaba parte de un nivel social inferior al de los jurados; además, el salario que percibía un guarda no bastaba para una subsistencia cómoda, como ocurría en el caso del sofiel de la Ciudad, por lo que se veían obligados los guardas a rogar un suplemento al organismo para el que trabajaba: así lo hacía el guarda Garci Serrano cuando, en una fecha que no podemos determinar pero que podemos aproximar en torno a 1500, solicitaba al Cabildo de Jurados el “aguinaldo”, movido por sus necesidades<sup>158</sup>. Daba así oportunidad a la institución de ejercer la caridad de un modo corriente entre las entidades administrativas de la época, ya que observaremos acciones similares –donaciones de limosnas y ayudas- cuando nos ocupemos de estudiar el gasto de la Ciudad.

La última cuestión a que haremos alusión en este epígrafe es la Hacienda<sup>159</sup>. El modo de organización hacendística del Cabildo era similar al de la Ciudad, que estudiamos en otro apartado de este capítulo, con la fundamental diferencia de que, dada la modestia del cuerpo de jurados, la gestión de sus rentas era directa. Sin embargo, Cabildo y Ciudad tenían en común los hábitos contables: como el mayordomo de la Ciudad, el del Cabildo (y, desde el final del siglo XV, el receptor) anotaba las cantidades que tomaba y las que entregaba, constituyéndose así el cargo y la data, de cuya diferencia dependía el “alcance”, en favor o en contra del gestor -mayordomo o receptor-, que sería corregido después con el desembolso de éste al Cabildo o viceversa.

Los conceptos de ingreso eran muy reducidos, limitándose a la renta que el rey Enrique

---

expresaba cómo el guarda del Cabildo Pedro de Robles “convidaba” a los jurados de Toledo al cabildo que al día siguiente iba a tener lugar; vid. A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 24/1.

<sup>158</sup>. A.M.T., A.C.J., Personal, Ayudas, nº 1.

<sup>159</sup>. En un epígrafe titulado “La contabilidad”, M. R. MONTERO, op. cit., p. 235-258, estudia la Hacienda del Cabildo, desarrollando extraordinariamente el análisis de los gastos. Aquí nos limitaremos a comentar brevemente los conceptos de ingreso y gasto.



IV había establecido, situando su percepción en las alcabalas de Toledo<sup>160</sup> para satisfacer la quitación de los jurados toledanos, los 12.000 mrs. que la Ciudad desembolsaba para la realización de mensajerías del Cabildo, las cuotas que pagaban los nuevos jurados y las multas que se imponían a quienes no asistían a las reuniones. Los conceptos de gasto eran mucho más amplios, destacando, dentro de ellos, los salarios a los oficiales: 1.000 mrs. anuales a cada jurado, 2.000 mrs. a los mayordomos y al escribano del Cabildo desde 1492, 3.000 para el receptor en la misma época y 600 para el guarda<sup>161</sup>; pero además, hay que considerar los pagos a jurados comisionados por el Cabildo y los gastos extraordinarios, como las dádivas a las que antes ya hemos aludido.

### *B. El reparto de los oficios administrativos*

Es indudable que Regimiento y Cabildo de Jurados representaban a dos colectivos diferentes: el de los oligarcas y el Común. Aunque podamos afirmar que, de hecho, representaban los intereses, respectivamente, de quienes gobernaban la Ciudad y de quienes aspiraban a participar en el Gobierno, hay que considerar que el Cabildo se creó en 1422 como contrapeso político del predominio ejercido por el círculo oligárquico que los regidores representaban. Era por esto que los principales oficios administrativos de la Ciudad habían de ser repartidos entre los

---

<sup>160</sup>. Ya se han comentado en el epígrafe “Rentabilidad del oficio” las órdenes de Enrique IV para hacer llegar a los jurados su salario: una de 1465, en A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 208 r. – 210 r.; y otra de 1474, en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 59.

<sup>161</sup>. R. M. MONTERO, op. cit., p. 240-241.

que gobernaban (los regidores) y los que representaban de algún modo a los gobernados (los jurados).

Al comienzo de la nueva era política que se iniciaba en 1422, el reparto de los oficios administrativos produjo algunos roces entre el Regimiento y el Cabildo de Jurados, pero pronto se zanjó la cuestión por la intervención del propio Juan II. El problema se debía a que no existía un reglamento para el reparto de los nuevos oficios, y el que se aplicaba en Sevilla no podía aplicarse sin más en Toledo; los regidores consideraban que los jurados de la ciudad del Tajo no debían ocupar ciertos oficios que disfrutaban los de la ciudad del Guadalquivir, en particular porque en ésta existía un mayor número de cargos que en Toledo. Los jurados recurrieron al monarca y éste adaptó el reparto de oficios a las circunstancias de nuestra Ciudad<sup>162</sup>.

Lo esencial del reparto se refiere a la igualdad establecida entre ambos cuerpos. A pesar de la opinión contraria de los regidores, las fieldades del vino, las contadurías, las fielejecutorías, las mensajerías y las procuraciones en Cortes serían equitativamente repartidas entre unos y otros. Dejando al margen los dos últimos oficios, que ya estudiamos en el capítulo anterior, observaremos el primero, para pasar después a comentar contadurías y fielejecutorías, los más importantes oficios administrativos a nivel local. En el documento que examinamos se establecen cuatro fieldades del vino, de las que dos habían de ser cubiertas por regidores y otras dos por jurados<sup>163</sup>. La provisión correspondía a la Ciudad, aunque no sabemos mediante qué sistema de elección se cubrían las vacantes. Estos oficiales, que situaban en las puertas de la ciudad a sus

---

<sup>162</sup>. Este reglamento de reparto de oficios, al que hemos aludido ya en más de una ocasión, lo conservamos en varios traslados, el más antiguo de los cuales se encuentra en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 5/1; vid. Apéndice Documental, nº 3.

<sup>163</sup>. Este reparto se basaba en el que de las cuatro fieldades del vino se villanas hizo en 1371 Enrique II, como se observa en su confirmación por Enrique III de 1391; vid. A.M.T., A.C.J., Libro, 48, fol. 23 r. – 29 r.

subalternos con la misión de controlar la entrada del producto<sup>164</sup>, debían disfrutar de un cargo lucrativo e influyente, a juzgar por el alto nivel de consumo de vino en la época y por la gran preocupación de las autoridades por controlar su producción y comercio<sup>165</sup>.

Más relevantes aún eran los dos oficios de contadores. Se encargaban éstos de revisar las cuentas anuales de la Ciudad elaboradas por el mayordomo: al final de las series de ingresos y gastos, los contadores estampaban su firma para así autorizar la contabilidad; sin esta autorización, no podía ser aprobada por Toledo la gestión de Mayordomía, de modo que el mayordomo, ante un desajuste visible podía pactar un “arreglo” con sus supervisores. No tenemos pruebas para afirmar que estos “arreglos” se produjeran, pero nos parece muy corto el salario que a los contadores, uno regidor y el otro jurado, correspondía por su función: 1.000 mrs. al primero y 500 al segundo<sup>166</sup>.

Las fielejecutorías toledanas eran tres, frente a las cinco que existían en Sevilla. El papel de los fieles ejecutores era mucho más visible para los vecinos y moradores que el de cualesquier otros oficiales. Se encargaban de vigilar lo que se compraba y se vendía en Toledo “por peso y por medida”, evitar las actividades de regatones que pudieran modificar el precio de los productos básicos, ya que correspondía también a los fieles ejecutores la corrección del precio de la carne, la harina y otros productos de primera necesidad “*segund los tienpos lo requieran*”, además de

---

<sup>164</sup>. Esta misión se observa por la orden de Enrique IV, fechada el 7 de julio de 1459, a los alcaides y guardas de puertas de Toledo, para que permitiesen la presencia de estos oficiales; vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 9/1.

<sup>165</sup>. Entre las normas a que da lugar este producto destacan las ordenanzas de 1398 sobre las viñas y sobre el vino; vid., respectivamente, A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5, fol. 47 r. – 48 r. y fol. 18 r. – 27 vto.

<sup>166</sup>. Juan II estableció estos salarios en 1423; vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 5/1. El reparto equitativo de las dos contadurías, como el de las fiendades del vino, se basaba en la orden referida de Enrique II; vid. A.M.T., A.C.J., Libro 48, fol. 23 r. – 29 r.

juzgar pleitos surgidos en torno a los propios de la Ciudad y “*otras cosas del oficio*”<sup>167</sup>. Esta amplia serie de atribuciones les convertía en oficiales omnipresentes en la vida cotidiana de Toledo, particularmente en asuntos económicos de todo tipo. Esta intervención sobre el comercio les ofrecía posibilidades de alterar a su conveniencia el precio de los bienes de consumo corriente, de acordar secretamente el pago de infracciones, entre otras muchas posibles corruptelas.

Para no caer en la tentación de cometer algún delito lucrativo, los fieles ejecutores habían de ser muy celosos del cumplimiento de sus cometidos y extremadamente honrados, ya que sus salarios no eran demasiado altos; de los tres oficiales uno había de ser regidor, otro jurado y el tercero un vecino de Toledo: los dos primeros percibían 1.300 mrs. anuales, y el último 1.500. Era precisamente el Cabildo de Jurados quien, al tiempo que controlaba la evolución de los precios en Toledo, observaba de cerca cómo eran ejercidas las fielejecutorías por aquéllos que, como más arriba hemos indicado, estaban obligados a acudir los sábados a las reuniones capitulares y dar parte a los jurados de las novedades en los precios<sup>168</sup>.

---

<sup>167</sup>. Así se describen sus funciones en el reglamento de 1423; vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 5/1, cit.; Apéndice Documental, nº 3.

<sup>168</sup>. Algunas copias de estas notificaciones de los fieles ejecutores se conservan en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 6, fol. 30 r. y siguientes.

### *C. Mensajerías capitulares y procuraciones en Cortes*

En el terreno de las representaciones ante la Monarquía fue en el que se dieron los más agudos conflictos entre regidores y jurados. Los enfrentamientos tuvieron lugar por el hecho de que el Regimiento no siempre respetó los derechos que el Cabildo tenía reconocidos por la Monarquía en lo referente al envío de mensajeros propios y en la participación en las procuraciones en Cortes.

El Cabildo de Jurados de Toledo desarrollaba, al margen de la Ciudad, un sistema propio de mensajería, que servía para hacer llegar a la Monarquía las quejas que provocaba la acción del Regimiento. Este sistema surgió con el propio Cabildo, en 1422, basándose en la tradición sevillana<sup>169</sup>. La cantidad que, a cargo de los propios de la Ciudad, tenían asignada los jurados para esta misión ascendía a 12.000 mrs. anuales. Por primera vez encontramos esta cantidad en una orden de Enrique IV, fechada el 20 de diciembre de 1461, por la que ordenaba a la Ciudad que fuera reservada para las mensajerías de los jurados<sup>170</sup>. El Regimiento debió poner alguna traba a los pagos para que se realizaran estas misiones, ya que el 15 de mayo de 1464 el rey don Enrique se vio nuevamente obligado a dirigirse a Toledo para reafirmar su voluntad de que los jurados contasen con esta cantidad para tenerle informado de cómo se regía la Ciudad<sup>171</sup>. Y no sería sólo la resistencia de los regidores al pago de las cantidades determinadas lo que pondría en riesgo el adecuado cumplimiento de los jurados, sino que además éstos tenían padecer algún daño

---

<sup>169</sup>. El 2 de diciembre de 1413 Juan II ordenó al Concejo de Sevilla que desembolsase cierta cantidad de sus rentas a los jurados de la ciudad para que éstos pudieran enviar mensajeros a la Corte. Este documento lo conocemos porque fue uno de los que mandó copiar el Concejo sevillano en 1422 para el Cabildo de Jurados de Toledo; un traslado de esta copia, fechado en 1494, se conserva en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 2.

<sup>170</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 4, nº 6.

actuando como mensajeros, ya que el 16 de marzo de 1477 los Reyes Católicos tuvieron que otorgar su seguro para que no fueran estorbados en sus viajes<sup>172</sup>. Un año después, el rey don Fernando confirmaba la orden a Toledo de reservar los 12.000 mrs.<sup>173</sup>.

Los problemas parece que se solventaron bajo el reinado de los Reyes Católicos, ya que las confirmaciones regias de tal derecho desaparecen después de 1478. El Regimiento se sometió a la insistente voluntad regia, y con toda normalidad aparecen los desembolsos de 12.000 mrs. en favor del Cabildo en las datas de Mayordomía desde los últimos años del siglo XV<sup>174</sup>. Sin embargo, nuevos problemas surgirían: siendo una cantidad fija la asignada, el Cabildo no pudo someterse a ella en algunos años, debido a la acumulación de mensajerías en momentos particularmente conflictivos. Así ocurrió entre 1492 y 1494, años en que esta institución envió mensajeros a los monarcas para tratar algunos asuntos tocantes a la jurisdicción de la Ciudad, que había padecido usurpaciones. En esta ocasión, los jurados Alonso de Balmaseda y Fernando de Segovia debieron pasar en la Corte algún tiempo para resolver estos problemas acuciantes<sup>175</sup>.

A lo extraordinario de los problemas surgidos, se sumaba la lejanía de los monarcas, que por entonces pasaron largas temporadas en el Reino de Granada, en el Reino de Aragón y en el

<sup>171</sup>. Esta nueva orden se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 10.

<sup>172</sup>. A.M.T., A.S., caj. 2, leg. 4, nº 3. Este seguro se inserta en una serie de medidas que por aquellos días los monarcas estaban poniendo en práctica para pacificar Toledo; piénsese que unas semanas antes de la emisión de este seguro había llegado a la ciudad el corregidor Gómez Manrique.

<sup>173</sup>. El original de esta orden se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 19; una copia autenticada en A.G.S., R.G.S., 1478, V, fol. 72.

<sup>174</sup>. En la data de 1491, los 12.000 mrs. de los jurados "*para sus mensajerías*", como expresa el texto, forman parte de la primera nómina del año, junto con el salario de los principales oficiales municipales; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 10, Data, nº 1/2.

<sup>175</sup>. Se conservan los "capítulos" con las indicaciones detalladas de lo que estos jurados habían de comunicar a los reyes; vid. A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 19/3. Previendo los gastos que acarrearía esta larga misión, el Cabildo puso inmediatamente en conocimiento del corregidor Pedro de Castilla la empresa en que se embarcaba; vid. A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 19/4.

Principado de Cataluña. Como consecuencia de todas estas circunstancias, los gastos en mensajerías capitulares se desorbitaron de tal modo que el Cabildo se vio obligado a acudir a los reyes para que abogaran por ellos ante la Ciudad. Los monarcas, efectivamente, ordenaban en 1494 al corregidor toledano que averiguase si era cierto que los gastos de los jurados en mensajerías habían ascendido a 60.000 mrs. durante los dos últimos años, superando en 36.000 la cantidad que les había sido asignada<sup>176</sup>. Debió ser excepcional el caso de estos años, ya que en las datas de Mayordomía no observamos novedades posteriores en la cantidad que les corresponde a los jurados para las mensajerías propias<sup>177</sup>.

Más problemáticas aún fueron las disputas por la representación en Cortes entre regidores y jurados. En este mismo capítulo, tratando de las funciones representativas del Regimiento, nos hemos referido a la sentencia que el 6 de marzo de 1463 emitió el asistente Montalvo para clarificar cómo habían de repartirse los regidores y jurados de Toledo las procuraciones en Cortes: fueran cuatro o dos los representantes que el rey requiriera, la mitad había de ser jurados<sup>178</sup>. Esta disposición del licenciado Montalvo no hacía más que confirmar una norma que, según la jurisprudencia local, debía aplicarse, pero probablemente los jurados encontraban la oposición de los regidores, que, antes y después de 1463 mostraron una evidente intención de monopolizar estas representaciones.

---

<sup>176</sup>. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 42.

<sup>177</sup>. En la data de Mayordomía de 1519, por ejemplo, se satisfacen con toda normalidad los mismos 12.000 mrs. al Cabildo de Jurados "*para sus pleitos*", como expresa el texto; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 20, nº 1/25.

<sup>178</sup>. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 10, pza. 1 y pza 2, cit. Esta norma se basaba en dos anteriores: la primera de ellas es la que el rey Enrique III había impuesto a Sevilla en 1394 para que la mitad de los representantes en Cortes de esta ciudad fueran jurados; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 14/5, cit. La segunda es el reglamento toledano de 1423 por el que la mitad de los enviados de Toledo a presencia del rey, existiendo una petición de éste, habían de ser jurados; vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 5/1; Apéndice Documental, nº 3.

La sentencia de Montalvo tenía vigor como tal pero, por si no fuera suficiente la autoridad del asistente, Enrique IV confirmaba implícitamente la norma al indicar al siguiente asistente, el 22 de marzo de 1464, cómo debían repartirse las procuraciones<sup>179</sup>. Esta forma de repartir resultaba congruente con la equidad practicada en la distribución de oficios administrativos, pero mientras el reparto de los oficios no despertaba apenas resentimiento entre los regidores, éstos, con cierta frecuencia, no se mostraban dispuestos a compartir las procuraciones en Cortes, por considerar que ellos habían de ser los legítimos representantes de Toledo cara al Reino en las más digna de las reuniones de la Monarquía con sus súbditos.

Conocemos muy pocos documentos que reflejen la elección de procuradores, pero podemos observar que en ellos se percibe cierta resistencia de los regidores a ceder la mitad de las procuraciones que correspondía al Cabildo. En el ayuntamiento de 26 de agosto de 1479 se trató el asunto al hilo de la convocatoria de los reyes a Cortes para jurar por heredero al príncipe Juan; siendo dos los que habían de representar a Toledo, fueron nombrados el corregidor Gómez Manrique y el jurado Francisco Núñez de Toledo, pero mientras el corregidor había sido ya apoderado por la Ciudad no ocurría lo mismo con el jurado: *“e ovieron dado poder al dicho sennor corregidor e no se dio poder al dicho Françisco Nunnes”*<sup>180</sup>. Algún problema se intuye al leer estas palabras, pero en este caso el problema parecía solventarse rápidamente, puesto que en aquella misma reunión el jurado Núñez de Toledo fue apoderado debidamente. Sin embargo, debió prolongarse el asunto por algún nuevo inconveniente, porque el 25 de octubre del mismo año volverían a ser apoderados los dos procuradores<sup>181</sup>.

---

<sup>179</sup>. Esta indicación la encontramos en A.M.T., C.C., caj. 1, nº 6.

<sup>180</sup>. Conocemos un fragmento de las actas de este ayuntamiento gracias a una copia autenticada que se conserva en A.M.T., A.C.J., Varia, nº 6/5.

<sup>181</sup>. La copia autenticada del fragmento del ayuntamiento de aquel día se conserva en A.M.T., A.C.J.,



La resistencia de los regidores al cumplimiento de la norma no se limitaba al momento de las elecciones, sino que, al no poder evitar que se nombrase el jurado o los jurados correspondientes, intentaban en ocasiones presionarlos una vez nombrados. De este tipo de presiones se quejaba el Cabildo ante los Reyes Católicos en una fecha que podemos situar en torno a la última década del siglo XV<sup>182</sup>. En la misma fase del reinado de doña Isabel y don Fernando, en concreto en el invierno de 1494, puede situarse la llamada de auxilio que el Cabildo lanzaba a los monarcas para que fuera posible el cumplimiento del reparto equitativo de las procuraciones<sup>183</sup>. En respuesta a esta petición, los reyes, el 9 de abril de 1494, ordenaron al corregidor de Toledo que averiguara si había sido quebrantado el derecho de los jurados<sup>184</sup>.

El conflicto por las procuraciones resultó particularmente encendido en el invierno de 1498/1499, cuando hubieron de ser enviados representantes de la Ciudad a las Cortes de Ocaña de 1499<sup>185</sup>. El problema debió surgir inmediatamente, ya que, sólo unos días después de la convocatoria, el Cabildo se veía obligado a solicitar a la Ciudad que respetara su privilegio, de modo que uno de los dos procuradores que habían de marchar a Ocaña fuera jurado<sup>186</sup>. El día 17 de diciembre de 1498, la Ciudad dirigía a los jurados una declaración en la que se intentaba

Varia, nº 6/6.

<sup>182</sup>. El documento, sin fecha, del que obtenemos esta información es una copia simple de la queja de los jurados; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 179 r. Aunque es poco explícito este documento, el tipo de letra nos sitúa en la última década del siglo. Consideramos que la fecha del original enviado y de esta copia ha de ser la misma por el hecho de que ésta sólo pudo escribirse inmediatamente antes de poner la queja en manos del mensajero.

<sup>183</sup>. A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 17/1. En esta nueva queja, el Cabildo recuerda el modo en que el asistente Montalvo había dispuesto el reparto.

<sup>184</sup>. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 44, pza. 2.

<sup>185</sup>. El 5 de diciembre de 1498 los Reyes Católicos ordenaban a la Ciudad el envío de procuradores para jurar en Ocaña como heredero a Miguel, su nieto; vid. A.M.T., A.C.T., T.T., caj. 2, nº 14/1.

<sup>186</sup>. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 15/1. En esta ocasión, los mayordomos del Cabildo Jaime de Morales y Diego Martínez de Ortega actuaron como portavoces del colectivo.

justificar por qué no debían acudir ellos cómo representantes de la Ciudad en Cortes<sup>187</sup>: el argumento de los regidores se basaba en el hecho de que los jurados no tenían voto en el ayuntamiento y ello los desautorizaba para dar su juramento en nombre de la Ciudad, aunque no para realizar mensajerías con o sin la compañía de regidores. Nunca se planteó de modo más directo la razón de la oposición del Regimiento a compartir esta digna representación, y se hacía en oposición a una norma regia de meridiana claridad; sin embargo, este choque frontal a la orden real no encontraría una respuesta firme por parte de la Monarquía.

En defensa del Cabildo, los monarcas ordenaron a Toledo, en el mismo mes de diciembre, que se respetasen los privilegios de los jurados en la elección de procuradores<sup>188</sup>, y unos días después la Ciudad se reunía y discutía sobre el asunto, decidiendo finalmente nombrar como procuradores a Fernando Dávalos y Arias de Silva, ambos regidores<sup>189</sup>. Posteriormente, el primer día del año 1499, la Ciudad volvió a discutir la cuestión, acordando obediencia a la orden regia pero negándose a cumplirla con el argumento de que el documento carecía de ciertas formalidades jurídicas<sup>190</sup>. Los regidores, en defensa de sus intereses, hacían frente a la Monarquía seguros de que la solución del problema, aunque fuera desfavorable para ellos, llegaría tarde y en las Cortes serían dos regidores quienes representarían a Toledo. Aún un mes después, el 4 de febrero de 1499, los Reyes Católicos ordenaban a la Ciudad que se expidiera a los jurados una copia de las actas de los ayuntamientos de los días del conflicto para que el Cabildo pudiese justificar su queja.

Los esfuerzos de los jurados no encontraban el fruto buscado, porque la capacidad del

---

<sup>187</sup>. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 15/2.

<sup>188</sup>. Esta nueva orden de los reyes, fechada el 27 de diciembre de 1498, se conserva en una copia autenticada, en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 14/5.

<sup>189</sup>. El debate tuvo lugar el último día del año 1498, como se expresa en una copia autenticada de las actas; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 14/6.

Regimiento para elevar a la Monarquía una suplicación, en caso de desacuerdo con una orden regia, permitía a los regidores ganar el tiempo suficiente para colmar sus aspiraciones, siendo conscientes de que no se producirían represalias por parte de los reyes. Posiblemente los problemas entre jurados y regidores por las procuraciones irían paulatinamente suavizándose, al comprender el Regimiento que la oposición frontal a las órdenes regias podría acarrearle consecuencias nefastas. Sabemos que un regidor y un jurado asistieron por Toledo a las Cortes de Burgos de 1515 y a las de Valladolid de 1518<sup>191</sup>. Parece un hecho que el Regimiento iba cediendo a comienzos del siglo XVI.

### 3.2.4. El Cabildo, agente de una nueva conciencia política e instrumento de la “segunda oligarquía”

No resulta sencillo comprender la acción política del Cabildo de Jurados de Toledo. En principio, las atribuciones que tenía encomendadas eran servir a la Corona y atender el bien común. Hemos comentado algunas actitudes del Cabildo que parecen hallarse bastante lejos de la persecución de estos objetivos, entre las cuales pueden recordarse la imposición de sus candidatos frente a los deseos de los vecinos de las collaciones o la pugna con el Regimiento para

---

<sup>190</sup>. La copia autenticada de este acuerdo en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 14/7.

<sup>191</sup>. El 20 de julio de 1515 el rey don Fernando ordenó a la Ciudad satisfacer sus salarios como procuradores en las Cortes burgalesas al regidor Fernando Dávalos y al jurado Fernando de Ávila; vid. A.M.T., A.S., caj. 8, leg. 1, nº 65, pza. 14. El 18 de marzo de 1518, Carlos I emitía una orden en el mismo sentido, siendo esta vez los beneficiarios el regidor Lope de Guzmán y el jurado Pedro de Villayos; vid. A.M.T., A.S., caj. 8, leg. 1, nº 65, pza. 15.

ocupar oficios administrativos particularmente lucrativos. Sin embargo, detectamos algunas actuaciones que nos muestran un Cabildo bien diferente, preocupado por los intereses del Común y dotado de una conciencia política más abierta y moderna que el Regimiento. No hablamos de una conciencia ni mucho menos revolucionaria, pero sí se observa algún rasgo renovador en la concepción de la honradez política<sup>192</sup>.

Podemos tomar, para ilustrar esta idea, una queja que el jurado Alfonso de Azafrán, en nombre del Cabildo, dirigía a los Reyes Católicos en torno a 1500. En su carta, el jurado Azafrán se lamentaba de la actitud irrespetuosa de algunos vecinos de Toledo que, estando enfermo de muerte un jurado, preparaban su candidatura para sustituirle de modo poco honroso: “*procuraban votos muy ynjustamente con favores de cavalleros asy de la misma perrocha como de otras presonas de otros estados en que yntervienen tambien eclesyasticas como seglares*”<sup>193</sup>. Al final del documento, el jurado remitente señala que de la intervención de los monarcas en esta cuestión se beneficiaría, además de las personas regias, la *Republica de aquella çibdad*. La utilización de la expresión “República” nos parece importante porque implica cierta concepción de la colectividad como algo al margen de los intereses particulares y, en el contexto del documento que comentamos, visiblemente por encima de las reprochables actitudes de algunos conciudadanos del digno jurado Azafrán.

Hay que tener en cuenta que la palabra en cuestión no era habitual en el lenguaje político del tiempo y lugar que estamos contemplando; y no es ésta, por cierto la única ocasión en que el Cabildo emplea la expresión, mientras que no hemos encontrado ninguna ocasión en que el

---

<sup>192</sup>. M. I. VAL, “Ascenso social...”, cit., p. 164-166, relaciona el surgimiento de los cabildos de jurados con el desagajamiento de una élite del Común y afirma que su actuación pone de manifiesto la conciencia que de sí misma tiene la comunidad urbana.

<sup>193</sup>. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 7, pza. 2. En el tono del discurso de Azafrán se aprecia su amargura, particularmente por el hecho de contemplar cómo tantas personas, que se consideraban honradas, se

Regimiento o alguno de los regidores acudan al término para referirse a la colectividad de Toledo como entidad política. La cercanía a la realidad que implicaba el oficio de jurado, frente al distanciamiento que se observa en los regidores, hacía que expresiones del tipo de la que acabamos de referir, o la palabra “pueblo”<sup>194</sup>, se hallen presentes en el lenguaje del Cabildo que, si en muchas ocasiones actuaba movido por ambiciones particulares en otras no puede dudarse de su rectitud moral.

Aunque no pueda negarse lo que se ha apuntado acerca de algunas actuaciones de los jurados, no hay que perder de vista que el Cabildo también se constituía como un instrumento de participación en la política local para un sector de ciudadanos muy concreto, en particular para aquel grupo de los hombres buenos “abonados” al que aludíamos algunas páginas más arriba. Las juradurías no eran ambicionadas por los caballeros porque ellos fijaban su mirada en el Regimiento, pero aquellos grupos familiares toledanos que carecían de la categoría social nobiliaria podían perfectamente tener como meta la obtención de una juraduría para alguno de los suyos, al margen de los hombres buenos que lograban una regiduría.

Al observar las actuaciones de los cuerpos gubernativos toledanos se percibe que el Regimiento y el Cabildo de Jurados representaban los intereses de dos grupos enfrentados, que el Regimiento defendía la posición de quienes habían alcanzado el estatus político deseado y el Cabildo era el órgano de los que pretendían participar en el Gobierno de la Ciudad. Los jurados, que formaban parte de la minoría más poderosa del Común<sup>195</sup>, encontraban en el Cabildo el

---

disputaban los despojos de un compañero que aún vivía.

<sup>194</sup>. Los jurados solían utilizar la palabra “pueblo” cuando trataban asuntos de abastecimiento, de salud pública o de cualquier otra índole, para referirse a los problemas que eran ocasionados a los elementos más indefensos de la población. Un ejemplo del empleo de esta expresión lo encontramos en un documento de comienzos del siglo XVI que se refiere a la impunidad de que se beneficiaban los poderosos de la ciudad que cometían ciertos delitos; vid. A.M.T., A.C.J., A.C.C., nº 11/2.

<sup>195</sup>. Son interesantes algunos trabajos citados de la profesora Val Valdivieso sobre la representación

ámbito más provechoso para ejercer un papel político notable y para beneficiarse económicamente de los oficios a que tenían acceso como miembros de este colectivo. Por esta razón, el Cabildo podía colmar las aspiraciones de aquéllos que, por su condición de hombres buenos, no tenían fácil acceso al Regimiento y, sin embargo, podían intervenir muy lucrativamente en asuntos públicos; era, por tanto, el instrumento de la que podemos denominar “segunda oligarquía” u “oligarquía del Común”.

---

del Común, bien a través del cabildos de jurados, bien de otras instituciones como los procuradores del Común. En “La intervención real en las ciudades castellanas bajomedievales”, *Miscelánea Medieval Murciana*, XIX-XX (1995-1996), p. 76-77, observa que cuando la Monarquía imponía representantes del Común sólo estaba respaldando a la élite de este colectivo, y no con decisión,

---

puesto que en ningún caso era amenazado el predominio de la oligarquía tradicional.

### 3.3. El Colegio de Escribanos y la Escribanía Mayor de Toledo

Tradicionalmente el estudio de los escribanos no ha constituido una preocupación de primer orden para la Historiografía<sup>196</sup>; sin embargo, se ha producido en los últimos años una notable eclosión de investigaciones que ofrecen luz sobre este asunto<sup>197</sup>. En gran medida, estos trabajos se centran en los aspectos institucionales del oficio de escribano, cuya definición comenzó con la legislación de Alfonso X: en las Partidas ya se establecen dos clases de escribanos públicos:

<sup>196</sup>. De esta general despreocupación hay que exceptuar el sobresaliente trabajo de F. ARRIBAS, "Los escribanos públicos en Castilla durante el siglo XV", *Centenario de la Ley del Notariado. Sección Primera: Estudios Históricos*, Madrid, 1964, p. 165-260.

<sup>197</sup>. Entre los trabajos referidos al final del Medievo, podemos citar los de A. BEJARANO, "Los escribanos públicos en Castilla: el condado de Ledesma en el siglo XVI", *Miscelánea Medieval Murciana*, XIX-XX (1995-1996), p. 9-26; J. BONO, *Historia del Derecho notarial español*, Madrid, 1982; E. CORRAL, *El escribano del concejo en la Corona de Castilla (siglos XI al XVIII)*, Burgos, 1987; M. H. da CRUZ, "Os tabeliaes em Portugal. Perfil profissional e sócio-económico (sécs. XIV-XV)", *Historia. Instituciones. Documentos*, 23 (1996), p. 173-211; A. GARCÍA ULECIA, "El papel de los corredores y escribanos en el cobro de alcabalas", *Historia. Instituciones. Documentos*, 23 (1996), p. 89-110; J. A. MARTÍN FUERTES, "Notarios públicos y escribanos del Concejo de León en el siglo XV", *Archivos Leoneses*, 75 (1984), p. 7-28; J. M. MURRAY, M. OOSTERBOCH y W. PREVENIER, "Les notaires publics dans le anciens Pays-Bas du XIIe au XVIe siècle", *Historia. Instituciones. Documentos*, 23 (1996), p. 385-401; J. M. MURRAY, *Notarial instruments in Flandres between 1280 and 1452*, Bruselas, 1995; P. OSTOS y M. L. PARDO (ed.), *Estudios sobre el Notariado europeo (siglos XIV-XV)*, Sevilla, 1997; M. L. PARDO, "Notariado y Monarquía: los escribanos públicos de la ciudad de Sevilla en el reinado de los Reyes Católicos", *Historia. Instituciones. Documentos*, 19 (1992), p. 317-326; y, de la misma autora, "Exámenes para escribano público de Carmona de 1501 a 1502", *Historia. Instituciones. Documentos*, 20 (1993), p. 303-312; L. PASCUAL, "Estudios de Diplomática castellana. El documento privado y público en la Baja Edad Media: los escribanos", *Miscelánea Medieval Murciana*, VII (1981); M. P. RÁBADE, "Las lugartenencias de escribanía como conflicto: un ejemplo de la época de los Reyes Católicos", *Espacio, tiempo y Forma. Historia Medieval*, 5 (1992), p. 211-228; y, de la misma autora, "Las escribanías como conflicto entre poder regio y poder concejil en la Castilla del siglo XV: el caso de Cuenca", *Anuario de Estudios Medievales*, 21 (1991), p. 247-276; y "Los escribanos públicos en la Corona de Castilla durante el reinado de Juan II. Una aproximación de conjunto", *En la España Medieval*, 19 (1996), p. 125-166; A. RUBIO, "L' escribania municipal de València en els segles XIV i XV: notes y documents", *Caplletra. Revista Internacional de Filologia*, 15 (1993); del mismo autor *L' escribania municipal de València als segles XIV i XV: burocràcia, política i cultura*, Valencia, 1995; M. J. SANZ, "Documento notarial y Notariado en la Asturias del siglo XIII", *Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XIV*, Valencia, 1989, p. 245-280; K. SKUPIENSKI, "Les notaires publics en Pologne au Moyen Age", *Historia. Instituciones. Documentos*, 23 (1996), p. 403-419; P. ZUTSHI, "Notaries publics in England in the fourteenth and



los que actuaban en la Corte y los que lo hacían en las ciudades y villas del reino para dar fe de las escrituras de todo tipo que configuran la documentación privada<sup>198</sup>; precisamente es esta última clase de escribanos la que aquí nos interesa, en particular los que actuaron en Toledo durante el siglo XV, aquéllos que constituyeron un colegio profesional celoso de sus privilegios y de sus intereses en general. Así pues, en las páginas que siguen estudiaremos cómo se constituyó el grupo de los escribanos toledanos; nos detendremos en el análisis de un oficio muy notable, el de escribano mayor de los ayuntamientos; y, finalmente, observaremos cuál era la capacidad política de este grupo profesional. Los escribanos toledanos, como elementos de un grupo de extraordinario dinamismo en el siglo XV, serán tratados en otro capítulo, junto a los miembros de otras profesiones liberales con las que el Notariado se relacionaba socialmente.

### 3.3.1. El Colegio de Escribanos de Toledo

#### *A. Los escribanos públicos del número*

En todas las ciudades castellanas se limitó el número de escribanos públicos con capacidad para actuar como fedatarios públicos en el ámbito territorial que dependía de ellas, razón por la

---

fifteenth centuries”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 23 (1996), p. 421-433.

<sup>198</sup>. F. ARRIBAS, op. cit., p. 170.

que a lo largo del siglo XV encontramos a estos oficiales denominados indistintamente “escribanos públicos” y “escribanos del número”, queriendo hacer alusión con esta última expresión a los autorizados para dar fe pública en un territorio concreto, diferenciándolos en todo caso de los escribanos de cámara, de los apostólicos y de otros. El número que correspondía a cada ciudad dependía de las necesidades de cada comunidad y era determinado por la legislación regia. En Toledo fueron veinte hasta que Alfonso XI, el 13 de mayo de 1348, aumentó el número a treinta, concediendo a la Ciudad la merced de elegir los diez nuevos titulares<sup>199</sup>. Precisamente el respeto al número constituía uno de los privilegios mejor defendidos por los escribanos, ya que se esforzaron por monopolizar la fe pública en Toledo frente al intrusismo profesional; esta defensa de su monopolio la vemos con toda claridad en la respuesta que Juan II dio a una denuncia el 28 de abril de 1437: el rey prohibía terminantemente la actuación de otros escribanos para dar fe en escrituras públicas en Toledo y su Tierra, porque para tal menester estaban cualificados exclusivamente los treinta del número de la ciudad<sup>200</sup>.

El número de los escribanos públicos toledanos no siempre se respetó, pues sabemos que se excedió en alguna ocasión durante el siglo XV: la primera de ellas, todavía durante el reinado de Juan II, daría lugar a que este rey, en 1446, ordenara la supresión de las escribanías excedentes de las treinta autorizadas<sup>201</sup>. Una nueva alteración en la sosegada evolución del colectivo de los

---

<sup>199</sup>. Conocemos esta disposición a través de una copia simple del siglo XV conservada en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5, fol. 106 vto. – 107 r.

<sup>200</sup>. Esta prohibición real nos ha llegado a través de un traslado de 1493 suscrito por el escribano del número Diego Pérez; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 16333/2. Contamos, sin embargo, con el original de la confirmación de esta prohibición, fechada el 4 de diciembre de 1445; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 16333/5.

<sup>201</sup>. Se conserva una copia autenticada de 1543 de esta orden de Juan II, en A.H.P.T., Protocolos, nº 16333/7. Como se puede observar, frente a lo que expone F. ARRIBAS, op. cit., p. 210, se produjo un exceso del número anterior al que tendría lugar durante la guerra civil entre Enrique IV y los partidarios de su hermanastro don Alfonso.

escribanos tuvo lugar en el contexto de la guerra civil de 1465-1468; al comienzo del enfrentamiento, el príncipe don Alfonso, titulándose rey, intervino sobre las escribanías, así como sobre otros relevantes oficios de la ciudad, para confirmar a algunos escribanos y suspender a otros, éstos seguramente menos conformes con su imposición en Toledo<sup>202</sup>. Algunos años después Enrique IV, ya con el poder en sus manos, confirmaría la elección de oficiales que había tenido lugar desde 1467 por parte de la Ciudad y del Colegio de Escribanos<sup>203</sup>.

En cuanto a los privilegios, no parece éste un rasgo particularizador de los escribanos, ya que la única concesión de esta especie es la que les exime de dar posada a la hueste regia. Por primera vez, el infante-rey don Alfonso les concedió este privilegio el 6 de julio de 1467<sup>204</sup>. Unos años después, el 16 de marzo de 1471 Enrique IV, ignorando la concesión de su hermanastro, volvía a otorgar esta merced<sup>205</sup>, que sería confirmada el 23 de mayo de 1480 por los Reyes Católicos<sup>206</sup>. Sin embargo, este privilegio no tendría sino un valor simbólico, ya que los mismos reyes Isabel y Fernando, el 20 de marzo de 1480, habían confirmado la exención de hospedaje al conjunto de los toledanos, que habían tenido que sufrir la exigencia de entregar ropas, aves y otros objetos par la manutención de la amplia comitiva que había llegado a la ciudad para la celebración de Cortes<sup>207</sup>. Y fue ésta una confirmación porque ya en 1260 Alfonso X había

---

<sup>202</sup>. El 29 de junio de 1465 don Alfonso confirmaba y suspendía en sus oficios, además de algunos escribanos, a varios alcaldes, alguaciles, regidores y jurados de Toledo; vid., A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 11.

<sup>203</sup>. El original de esta confirmación tardía, fechada el 28 de junio de 1471, se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 14/b. Una copia validada de 1736, en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 15.

<sup>204</sup>. El original se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 16333/9.

<sup>205</sup>. El original de esta nueva concesión se halla en A.H.P.T., Protocolos, nº 16333/10.

<sup>206</sup>. El original de esta merced se halla en A.H.P.T., Protocolos, nº 16333/11; un registro de Corte se conserva en A.G.S., R.G.S., 1480, V, fol. 1.

<sup>207</sup>. Algunos detalles de los perjuicios ocasionados a la población con ocasión de la celebración de las

concedido este privilegio a los vecinos de Toledo<sup>208</sup>; de modo que parece evidente que se trataba de una distinción que llenaría de orgullo a los escribanos del número de Toledo, pero que no significaba ventaja económica alguna, ya que por el hecho de ser hombres buenos de Toledo podían disfrutar de esta exención.

### B. *El oficio de escribanía: acceso y rentabilidad*

El oficio de escribano del número de Toledo se hallaba al final del Medievo regulado con bastante precisión. La regulación más antigua que conservamos se remonta al 4 de abril de 1348, fecha en que la Ciudad, obedeciendo una orden concreta de Alfonso XI, elaboró y aprobó el *Ordenamiento de los escrivanos publicos e de las escrivanias de las abdiencias de los poyos de las allcaldias de Toledo*<sup>209</sup>. Será en torno a 1400 cuando la regulación sea actualizada y completada: en una ordenanza de 1398 se aludía a aspectos formales de las escrituras de los fedatarios públicos, pero fue en una norma de 1409 y en otra de 1411 en las que se complementó de modo duradero la disposición de 1348<sup>210</sup>. Desde luego, en estas cuatro normas no se contenía

---

Cortes de Toledo se expresan en esta confirmación, de la que tenemos un traslado de fines del siglo XVI en A.M.T., A.C.J., R.C.P., nº 1/1.

<sup>208</sup>. Perdido el original de esta concesión, conservamos la copia más antigua inserta en la confirmación de Juan I de 1379; vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 2, nº 2, pza. 4.

<sup>209</sup>. Con este título se presenta esta norma, que conocemos gracias a una copia de comienzos del siglo XV; vid. A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5, fol. 80 vto. – 84 vto.

<sup>210</sup>. Una copia de la época de la ordenanza de 1398 se conserva en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5, fol. 11 r. – vto; en el mismo manuscrito, fol. 84 vto. – 87 vto. se puede ver la ordenanza de 1409. Las modificaciones de 1411 forman parte del ordenamiento del regente don Fernando, publicado por E. SÁEZ, “Ordenamiento dado a Toledo por el infante don Fernando de Antequera, tutor de Juan II, en

toda la regulación de la escribanía, ya que varias órdenes reales concretas y nuevas ordenanzas locales vendrían a modificar algunos aspectos del oficio. De los diversos asuntos a que la regulación hace referencia, nos interesa particularmente atender al modo de acceso a la escribanía y a la rentabilidad que producía.

El acceso al oficio resulta de particular interés porque en torno a él se fraguó un importante enfrentamiento entre instituciones que representaban intereses bien distintos: el Colegio de Escribanos, la Ciudad y la Monarquía. En la ordenanza de 1348<sup>211</sup> se determinaba con precisión cómo se accedía al oficio: a la muerte de uno de los entonces veinte escribanos públicos, los alcaldes, el alguacil, dos caballeros y dos hombres buenos, con cuatro escribanos, elegían a la persona que había de ocupar el despacho vacante, de modo que quienes tomaban la decisión eran siete representantes de la Ciudad y cuatro del grupo de los escribanos. Pero la normativa de 1411 presenta una modificación sustancial del modo de acceso al oficio, dejando en manos de los propios escribanos la provisión: “*quando alguna escrivannia vacare en la dicha çibdad de que a los otros escrivannos pertenesca de escojer escrivano para ella*”<sup>212</sup>.

En los últimos años del reinado de Enrique IV parece comenzar, en forma aparentemente “desaforada”, la intervención regia sobre la provisión de escribanos. Conocemos dos casos de intervención de este monarca, probablemente al margen de la norma, durante los últimos compases de su reinado: en octubre de 1472, se dirigía a la Ciudad buscando apoyo frente a los escribanos del número, que no debían estar muy inclinados a aceptar la provisión de una escribanía que Enrique IV había entregado a Álvaro de Toro, su criado; para forzar la situación,

---

1411”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XV (1944), p. 529-530.

<sup>211</sup>. A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5, fol. 80 vto. – 84 vto., cit.

<sup>212</sup>. Así lo expresa la Ley XXXII del Ordenamiento del regente Fernando; vid. E. SÁEZ, op. cit., p. 259, que exigía además que antes de escoger el nuevo escribano todos los del número habían de jurar ante el altar mayor de la iglesia de Santa María que en la elección obrarían honestamente.

el monarca ordenaba a la Ciudad “*que tengades manera con los mis escrivanos del numero que luego lo elijan para el dicho ofiçio segund sus privilejos e lo resçiban*”<sup>213</sup>. Un año después, en noviembre de 1473, don Enrique volvía a dirigirse a Toledo buscando similar apoyo para conseguir que no se le perturbase en su escribanía a Juan Álvarez de Pulgar, criado de la madre del rey, al cual éste reconocía haber proveído algún tiempo antes<sup>214</sup>; en esta misiva, el rey reconoce abiertamente la oposición encarnizada de los demás escribanos: “*por los movimientos en esta çibdad acaesçidos le fue perturbado el dicho ofiçio e que agora los mis escrivanos del numero desa çibdat le non consienten usar del*”, de modo que opta por utilizar a la Ciudad para someter a los rebeldes escribanos, ordenándole “*que non dedes lugar que por los dichos mis escrivanos del numero e por otra persona alguna le sea perturbado nin le sea puesto embargo alguno*”. De la actitud decidida y enérgica del rey Enrique se deduce la intención de hacer valer su poder en tiempos que no eran, desde luego, tranquilos; al menos, nos sirve esta actitud del monarca para comprobar nuevamente, como lo hacíamos al estudiar la Gobernación en Toledo, que la Historiografía ha llevado demasiado lejos la pusilanimidad de este rey, que también en la cuestión de las escribanías se constituye como precedente de los Reyes Católicos.

Bajo el reinado de Isabel y Fernando, al hilo de la reforma del Notariado que emprenden estos monarcas en las Cortes de Toledo<sup>215</sup>, se agudiza la intervención real sobre la provisión de los escribanos del número de Toledo. Al parecer, sin atender al conocido “comité de selección”, los reyes proveen en favor de Francisco de Bargas la escribanía toledana que había quedado vacante por la condena de herejía que había caído sobre Pedro García de Alcalá. Este primer caso

---

<sup>213</sup>. Este breve documento, escrito en tono amistoso, se conserva en A.M.T., A.S., caj. 3, leg. 1, nº 2, pza. 1; vid. Apéndice Documental, nº 7.

<sup>214</sup>. Así lo declara este documento que conservamos en A.M.T., A.S., caj. 3, leg. 1, nº 2, pza. 2; vid. Apéndice Documental, nº 8.

conocido de intervención de los Reyes Católicos tuvo lugar el 8 de noviembre de 1486<sup>216</sup>, pero sería el comienzo de una serie de provisión reales que parecen trastocar por completo la tradición toledana: el 2 de abril de 1487 sería igualmente nombrado Alonso de Maldonado, criado de la infanta Isabel<sup>217</sup>; el 20 de febrero de 1489 el beneficiado de la gracia real fue Pedro del Matute<sup>218</sup>.

El 3 de abril de 1490 los Reyes Católicos hacían merced de otra escribanía del número a Alonso de Mármol<sup>219</sup>, pero en esta ocasión la elección no parece partir de la Corona. El anterior titular no había sido condenado por hereje, ni siquiera había muerto, sino que había tenido que ofrecer en almoneda pública su oficio por la necesidad de satisfacer una pesada deuda; así, la escribanía había pasado a manos de un tal Diego Núñez, el mejor postor, y éste lo había traspasado a Alonso de Mármol, de modo que la provisión real no era sino una aprobación de la cesión de un oficio público, un oficio que era, como los demás, objeto de comercio. Tenemos así la sensación de hallarnos muy lejos de la elección de un candidato que reuniera las condiciones exigibles para ejercer correctamente el oficio de escribanía, pero esto puede ser rebatido con una provisión en favor de un escribano con experiencia: Diego de la Canal, notario de la Inquisición de Toledo, que es elegido por el rey don Fernando el 28 de julio de 1490 para sustituir a Pedro de Marañón, caballero real<sup>220</sup>.

En todo caso, una orden de la reina Juana, fechada el 24 de abril de 1505, nos aclara que

<sup>215</sup>. J. BONO, *op. cit.*, tomo II, p. 291 y siguientes, comenta el programa de esta reforma.

<sup>216</sup>. Conocemos esta provisión por la copia conservada en A.G.S., R.G.S., 1486, XI, fol. 3.

<sup>217</sup>. A.G.S., R.G.S., 1487, IV, fol. 25. La escribanía que ocupaba Maldonado había quedado vacante por la suspensión de su anterior titular, Gutierre de la Peña, al haber sido condenado su padre por herejía.

<sup>218</sup>. A.G.S., R.G.S., 1489, II, fol. 20. Esta vez la vacante se había producido por la muerte, suponemos natural, del anterior titular, Pedro Rodríguez de Bargas.

<sup>219</sup>. A.G.S., R.G.S., 1490, IV, fol. 149.

era el Colegio de Escribanos quien elegía y examinaba a los aspirantes a escribanías, sin intervención de la Ciudad, ante la cual el nuevo escribano tenía que jurar el oficio<sup>221</sup>. La Monarquía, en el plano de la norma, se limitaba a confirmar las elecciones que hacía el propio grupo de los escribanos, aunque ya sabemos que, de hecho, el papel de la Monarquía excedió lo previsto por el legislador. Lo fundamental es que se había ganado una nueva batalla contra las ciudades castellanas por parte de la Monarquía, una batalla que en el campo de las escribanías no se limitaría, como veremos, a las del número, sino que afectaría a la Escribanía Mayor de la Ciudad. La Corona, primero Enrique IV y después Isabel y Fernando, había utilizado un método habitual para intervenir directamente sobre las ciudades, una estrategia que consistía en utilizar en su favor el enfrentamiento entre personas, grupos e instituciones, para así imponer su poder arbitral y conseguir extender un poco más sus ya imparables tentáculos.

La rentabilidad del oficio constituye un asunto secundario para el análisis sociopolítico, ya que la condición de escribano era por sí misma enaltecedora, al margen de los ingresos que podía proporcionar. No eran éstos discretos por lo que conocemos de los niveles patrimoniales de los oficiales, que más adelante analizaremos, pero resultan imposibles de calcular con precisión debido al modo en que se obtenían. El escribano no recibía, como otros oficiales, un salario por cada período de tiempo establecido, sino que sus ingresos se derivaban de su actuación; la determinación de las cuantías dependía del tipo de escritura que suscribían, pero existía una confluencia entre unas tasas establecidas a nivel general, que Alfonso X plasmó en las Partidas y que luego serían actualizadas, y aranceles locales de diverso tipo<sup>222</sup>.

<sup>220</sup>. A.G.S., R.G.S., 1490, VII, fol. 116.

<sup>221</sup>. Así se dispone en una carta de la reina, que conservamos inserta en un testimonio del mismo año, en A.H.P.T., Protocolos, n° 15953, fol. 1 r. – 5 r.

<sup>222</sup>. En Toledo se conserva un arancel de tasas de justicia de mediados del siglo XIV que indica las



Las tarifas de escribanos que más usualmente se registran en la normativa son las de las escrituras del proceso judicial. Los alcaldes y alguaciles practicaban acciones diversas (emplazamientos, sentencias, embargos) que se tasaban de modo preciso<sup>223</sup> y que, claro está, necesitaban ser suscritas por un depositario de la fe pública para que tuviera validez. Por esta razón, de la renta que era satisfecha al alcalde o alguacil por cada acción escrita, el escribano se llevaba una parte significativa. No podemos, pues, cuantificar, ni aproximadamente cuál era la rentabilidad del oficio de escribanía, pero, teniendo en cuenta la limitación en el número de los oficiales y la intensa actividad judicial y económica privada de la ciudad, podemos al menos imaginar unos jugosos beneficios en favor de estos letrados que no en vano se manifestaban tan celosos de su monopolio de la fe pública.

### *C. El Colegio de Escribanos: reuniones y oficios*

El colectivo de los escribanos del número de Toledo se constituyó en Colegio, creando así una institución con su reglamento, sus oficios internos, su contabilidad. No sabemos en que momento se constituyó como tal el Colegio de Escribanos de Toledo; tenemos pruebas evidentes de su funcionamiento desde 1499, año de datación de las más antiguas actas de sus reuniones

---

rentas que habían de llevarse los escribanos en las escrituras de esta especie; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 203. En Sevilla se detecta también esta confluencia de tarifas generales y locales; vid. M. L. PARDO, “Notariado y Monarquía....”, cit., p. 321.

<sup>223</sup>. En A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, nº 19, se conserva un arancel de justicia para todo el reino que los Reyes Católicos ordenaron aplicar a Toledo en 1503. En éste se indican con exactitud las cuantías que de cada acción judicial escrita se derivaba para los autores de las acciones y para los suscriptores de las escrituras.

llegadas hasta nosotros, pero la primera referencia explícita al colectivo como Colegio es bastante anterior: el 28 de febrero de 1471 Enrique IV ordenaba que se restituyese en su oficio a todos los regidores, jurados y escribanos públicos que injustamente hubieran sido destituidos durante los años del dominio de su hermanastro en la ciudad, y además que fueran tenidos por oficiales todos los que fueron nombrados por él, a pesar de que se acrecentara el número de los tres colectivos citados<sup>224</sup>. Para hacer cumplir esta comprometida disposición, el rey se dirigía a su hombre de confianza en aquellos días en Toledo, el alcalde mayor Pedro López de Ayala, ya por entonces titulado conde de Fuensalida; pero además aludía en una segunda dirección a los tres colectivos implicados: *“a los Alcaldes alguaciles regidores cavalleros escuderos oficiales e omes buenos de la dicha çibdad de Toledo e al Cabildo de los Jurados de la dicha çibdad e al Colegio de los escrivanos publicos de la dicha çibdad”*.

Es evidente que antes de la muerte de Enrique IV el Colegio de Escribanos ya tenía entidad jurídica. Pero aún tenemos un testimonio más de la existencia del Colegio y del desarrollo de sus órganos internos anterior a la fecha señalada del comienzo de la serie de actas de sus reuniones: el Consejo de la Inquisición actuó en 1496 contra Pedro Fernández de Oseguera, elemento de una ilustre familia de escribanos toledanos que en aquella ocasión ocupaba el cargo de mayordomo del Colegio de Escribanos<sup>225</sup>.

El primer libro de actas del Colegio ofrece alguna luz sobre el funcionamiento de esta

---

<sup>224</sup>. El original de esta importante orden de Enrique IV se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, n.º 14, pza a y b. Una copia validada del siglo XVIII se custodia en A.M.T., A.C.J., Orig., n.º 15. El documento ha sido publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV. Vida política*, Madrid, 1961, p. 262-265.

<sup>225</sup>. El registro de esta disposición del Consejo de la Inquisición se conserva en A.G.S., R.G.S., 1496, V, fol. 183. La acción del Consejo no tenía que ver con ninguna sospecha que pesara sobre los Oseguera, sino con un pleito que a nivel personal Pedro Fernández sostenía con otro individuo por unas casas que habían sido confiscadas a una condenada por herejía.

institución<sup>226</sup>. La escasez de reuniones (en torno a un centenar) que se registran en el manuscrito para el amplio espacio de veinte años, deja traslucir una paupérrima frecuencia de los “ayuntamientos” de escribanos públicos; no parece probable que este manuscrito recoja solamente parte de las anotaciones y que otras muchas se perdieran, ya que su encabezamiento, debido al escribano Pedro Sánchez de Cuerva, expresa la intención de incluir en él las actas de largo tiempo de la siguiente manera: “*Libro del Colegio de los Escibanos publicos del numero de la muy noble çibdad de Toledo para asentar los abtos e cosas que pasen antel Colegio [...] e en que dias e meses e annos*”. No es probable que el Colegio se reuniera con asiduidad, ya que, al no ser un órgano gubernamental o administrativo que requiriera urgencia para resolver asuntos cotidianos, sólo era convocado cuando la acumulación de problemas exigía las pláticas de los escribanos.

Llama la atención, por otra parte, la manifestación del lugar en que los escribanos se reunían; cada acta se encabeza con la fecha de la celebración y con la referencia a un ámbito concreto: “*se ayuntaron los sennores escrivanos publicos en su Casa de escrivania*”. Este edificio fue sede del Colegio y lugar de reunión de los escribanos, como la Casa de los Ayuntamientos de la Ciudad lo era para las reuniones del Regimiento y del Cabildo de Jurados. Gracias a un documento fechado en 1541 conocemos el lugar en que se levantaba este inmueble: el 3 de marzo de aquel año, un acuerdo entre el Colegio y la Ciudad dejaba en manos de esta segunda institución la vieja “Casa de la Escribanía” toledana, que fue demolida para crear la actual

---

<sup>226</sup>. El manuscrito que contiene las más antiguas actas conservadas del Colegio se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 15991. En él se encuentran las anotaciones de diez reuniones de 1499 (vid. fol. 2 r. – 8 vto.), de una del año 1500 (fol. 8 vto - 9 r.), siete de 1501 (10 r. – 12 vto.), trece de 1502 (12 vto. – 17 vto.), una de 1503 (17 vto.), cuatro de 1509 (18 r. – 20 vto.), diecinueve de 1510 (26 r. – 41 r.), y varias de 1511 (42 r. – 46 vto.), de 1512 (47 r. – 59 vto.), 1513 (60 r. – 73 vto.), 1514 (73 vto. – 80 r.), 1515 (80 vto. – 81 vto.), 1517 (95 r. – 101 vto.), 1518 (102 r. – 107 vto.), y 1519 (107 vto. – 129 vto.), además de las cuentas de cargo y data del Colegio del año 1510 (fol. 21 r. – 23 r.).

plaza del Ayuntamiento<sup>227</sup>.

En las actas del Colegio se señalan continuamente los dos oficios básicos de este organismo: la mayordomía y la escribanía, ya que cada ocasión se expresa que los escribanos se han reunido en la Casa de la Escribanía “*por cedula de ante dia la qual se dio firmada de [nombre] mayordomo del Colegio e de mi [nombre] escrivano publico e escrivano del Colegio de los seniores escrivanos publicos*”. De esta cita, que constantemente se repite en las actas, se deduce fácilmente la labor del escribano de la institución, que consiste en dar fe de las reuniones del colectivo y anotar las pláticas que tienen lugar en estos “ayuntamientos” profesionales. Pero además, este escribano actuaba como custodio de los papeles del Colegio y como fedatario general de los actos jurídicos que afectaban directamente a la institución, como las propias cédulas de convite que convocaban a las reuniones de las que venimos tratando, o las renunciaciones de oficios de los titulares de escribanías. Todo esto se expresa en el acta de 13 de junio de 1500, en el que el escribano Pedro Sánchez de Cuerva anota que se reunía el Colegio con motivo de la renuncia de una escribanía del número por parte de Pedro Ortiz, señalando que “*todo esto e la elecion del esta en poder de mi el dicho Pero Sanches de Cuerva escrivano publico e escrivano del Colegio ante quien paso*”<sup>228</sup>.

El mayordomo del Colegio era quien estaba al frente del mismo, el que convocaba y presidía las reuniones y el que dirigía la contabilidad de la institución. No se puede decir que representaba al Colegio porque en cada ocasión en que éste necesitaba algún portavoz, bien ante la Corte, bien ante la Ciudad o ante una persona o entidad, era apoderado un escribano cualquiera.

---

<sup>227</sup>. El acuerdo Colegio-Ciudad a que nos referimos se conserva inserto en su confirmación por el emperador don Carlos, fechada en 1542; vid. A.M.T., A.S., caj. 4, leg. 1, n° 23. El lugar en que se hallaban las Casas del Colegio, o Casa de la Escribanía, ha sido señalado en el plano de Toledo que se ofrece en el apéndice del capítulo 1.

<sup>228</sup>. A.H.P.T., Protocolos, n° 15991, fol. 9 r.

Pero cuando la representación implicaba asuntos de la Hacienda colegial era al mayordomo a quien se apoderaba. Lo vemos en el acta de la maratoniana reunión que abre el libro que estamos utilizando como referencia, la del 13 de marzo de 1499: en uno de los puntos de este acta, el Colegio apoderaba a Diego Fernández de Oseguera, su mayordomo *“especialmente para demandar receber e cobrar todos los maravedies e otras cosas al dicho Colegio devidos e pertenesçientes ansi de los tributos de casas al dicho Colegio pertenesçientes como de alcançes de los otros mayordomos si los oviere o de contribuciones e repartimientos o en otra qualquier manera e para dar cartas de pago e para lo demandar en juisio o fuera del e faser çerca dello todos los abtos que convengan egualmente para en todos los pleitos e causas del dicho Colegio movidos o por mover con poder de jurar”*<sup>229</sup>.

A través de este apoderamiento, el mayordomo Oseguera asumía la capacidad para administrar la Hacienda del Colegio; se convertía en el receptor de los ingresos de la institución, que era acreedora de tributos sobre inmuebles, siendo autorizado para emitir cartas de pago, recibiendo así las rentas del Colegio, y para promover pleitos dirigidos, al cobro de todo tipo de ingresos. Por si quedara alguna duda acerca de la función hacendística del mayordomo, en el poder referido se especifica que el nuevo oficial percibiría las posibles deudas que los mayordomos precedentes hubieran contraído con el Colegio si las cuentas no estuvieran aún perfectamente cuadradas. Parece ser que el mayordomo de los escribanos, como otros oficiales de hacienda, y lo veremos en el caso del mayordomo de la Ciudad, al final de su función no siempre había dejado en manos de la institución el monto global de los ingresos que había percibido para ella, de modo que en ocasiones se hacía necesario contabilizar lo que faltaba por cobrar por parte del organismo, el Colegio en este caso, y convertir al anterior gestor en deudor.

---

<sup>229</sup>. Ibid., fol. 3 r.

Lo fundamental, en todo caso, es que los mayordomos eran los gestores de la Hacienda del Colegio de Escribanos, que ésa era su principal función.

Los oficios de mayordomo y de escribano se descubren como los fundamentales en el colectivo de los fedatarios públicos, pero no eran los únicos. Existen, además, oficios concretos, que podemos encuadrar en la noción de misiones temporales, como son las atribuciones de las escribanías de las audiencias de los alcaldes de Toledo o las escribanías de los juicios de residencia. Este último es el caso que nos encontramos en 1499, cuando llegaron sucesivamente los licenciados Zumaya y Ávila para tomar residencia al corregidor Pedro de Castilla, siendo cuatro, los mismos en cada ocasión, quienes eran elegidos por el Colegio para dar fe de los autos de los pesquisidores<sup>230</sup>. El hecho de que fueran los escribanos del número quienes atendieran estos oficios de justicia se debe al hecho de que, como anteriormente hemos subrayado, ellos eran los únicos que tenían autoridad para dar fe pública en Toledo en su Tierra.

---

<sup>230</sup>. El 8 de julio de 1499, día de la llegada del juez Zumaya, son elegidos Juan Núñez, Pedro Rodríguez de Ocaña, Andrés Ortega y Antonio Ortiz; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15991, fol. 4 r. – vto. Sustituido el licenciado Zumaya por el juez Ávila, el 23 de septiembre del mismo año, el Colegio no modificó su decisión y los cuatro escribanos referidos se pusieron al servicio del nuevo pesquisidor; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15991, fol. 4 vto. – 5 r.

### 3.3.2. La Escribanía Mayor de los Ayuntamientos

#### *A. El oficio de escribano mayor: la provisión*

Existe una escribanía de extraordinaria relevancia en Toledo, como en las otras ciudades de la Corona de Castilla y de otros países: la Escribanía de la Ciudad, un oficio que era ocupado por un escribano del número y que a lo largo del tiempo iría adquiriendo una relevancia muy notable, de carácter fundamentalmente administrativo, no político, siendo el antecedente de la Secretaría del Ayuntamiento constitucional. Sobre el origen de esta escribanía, que en Toledo se denominaba “Mayor de la Ciudad” o “Mayor de los Ayuntamientos”, pero que en otras villas y ciudades era llamada “del Concejo”, los historiadores de las instituciones han reflexionado concienzudamente, no pudiendo encontrarlo con claridad antes del siglo XIII<sup>231</sup>.

El problema más relevante que se planteaba en torno a los escribanos de las ciudades era el de su acceso al cargo, en particular a quién correspondía su elección. Esteban Corral ha diferenciado tres fórmulas generales de designación de este oficial: el nombramiento directo por el rey, como ocurría en Burgos; el sistema mixto de elección por el concejo y confirmación por el señor, corriente en villas de señorío como Cuéllar; y el nombramiento directo por la ciudad, caso de Toledo<sup>232</sup>. Desconocemos desde qué momento nuestra Ciudad tenía capacidad para escoger su propio escribano, pero conservamos un documento de 1386 que corrobora que por

---

<sup>231</sup>. Sobre este asunto vid. E. CORRAL, *El escribano de Concejo*..., cit., p. 6-7.

<sup>232</sup>. *Ibid.*, p. 16-17. En todo caso, señala Corral García, la regla es la no uniformidad en el modo de

entonces Toledo elegía el oficial, aunque con ciertas formalidades que no se podían pasar por alto<sup>233</sup>: el rey Juan I, sin tener en cuenta la tradición local, proveyó el oficio de escribano mayor de los ayuntamientos, que había quedado vacante por la muerte de Gonzalo Fernández, a un tal Gonzalo Vélez de Sevilla, escribano real. La protesta de Toledo no tardó en llegar, y el rey accedió a formar un consejo de árbitros para que resolviera el conflicto. Los jueces decidieron que correspondía a la Ciudad la provisión de su escribanía, de modo que Gonzalo Vélez quedó suspendido de su nuevo oficio; pero también quedaba suspendido el oficial que la Ciudad había nombrado, un tal Fernán Alonso, por el hecho de que éste no era escribano y porque no se habían observado las formalidades que eran preceptivas, entre las cuales se hallaba la autorización del alcalde mayor de Toledo Pedro López de Ayala<sup>234</sup>.

Es interesante observar la última razón que hemos señalado para la anulación de la provisión de Fernán Alonso. La autorización del alcalde mayor, representante del monarca en la Ciudad, era una forma de intervención real, aunque tenue, en un aspecto de la administración local que, de momento, escapaba de sus manos. Podía haber sido éste el instrumento de intervención que la Monarquía utilizase para controlar el oficio de escribano mayor de Toledo, pero prefirió enfrentarse directamente con la tradición e insistir en sus prerrogativas, apoyándose en la disposición de las Partidas que, refiriéndose al escribano del concejo, sentencian “*ninguno los*

---

acceder al oficio de escribano del concejo.

<sup>233</sup>. Nos estamos refiriendo a una disposición de Juan I, fechada el 13 de mayo de aquel año, por la que se resolvía un conflicto surgido por la provisión real de un escribano que atentaba contra el fuero de Toledo; vid. A.M.T., A.S., caj. 3, leg. 1, nº 1.

<sup>234</sup>. Además de la autorización del alcalde mayor, con las formalidades se estaba haciendo alusión a los requisitos del seleccionado, entre ellos, por supuesto, la suficiencia o profesionalidad del escogido, su edad, su vecindamiento en la ciudad, una moral intachable, etc. Todos estos requisitos son estudiados por E. CORRAL, *op. cit.*, p. 18 y siguientes.



*pueda poner si sennaladamente no le fuese otorgado poderio del rey para los façer*<sup>235</sup>. Al parecer, a Toledo le fue otorgada *sennaladamente* la capacidad para proveer escribanos de la Ciudad, puesto que desde el comienzo de su reinado los Reyes Católicos le solicitaron la documentación que acreditase tal facultad<sup>236</sup>.

El 3 de marzo de 1475, no bien asentados en el trono, doña Isabel y don Fernando retaron a Toledo para que presentase las pruebas que le sirviesen para hacer valer su supuesto derecho a escoger escribano<sup>237</sup>. No tenemos noticia de que la Ciudad respondiera ante tal reto, posiblemente porque no podía hacerlo a falta de una cesión explícita de este privilegio real; el hecho es que el 2 de agosto de 1478 se emitía la primera provisión real válida conocida: los monarcas habilitaban en aquella ocasión a Juan Fernández de Oseguera, escribano de cámara, para que usase del oficio de escribano mayor de los ayuntamientos de Toledo junto con el titular de la escribanía, su pariente Alfonso Fernández de Oseguera<sup>238</sup>.

Nuevamente se plantearía el conflicto entre Ciudad y Monarquía a la muerte de Alfonso Fernández de Oseguera. En esta ocasión, la Ciudad actuaría rápidamente proveyendo al regidor Juan Ramírez de Guzmán en su lugar; la reacción de la Monarquía llegó el 3 de mayo de 1488, fecha en que los reyes volvían a retar a Toledo a que presentase la documentación que acreditase su derecho para efectuar la provisión de Guzmán<sup>239</sup>. No tenemos documentación acerca de este

---

<sup>235</sup>. Partida 3ª, Título 19, Ley III; tomado de E. CORRAL, *op. cit.*, p. 16.

<sup>236</sup>. Esta actitud de los Reyes Católicos no se produjo únicamente frente a Toledo; simultáneamente, y por el mismo motivo, tenía lugar un conflicto de la Monarquía con Cuenca, otra de las ciudades que nombraban tradicionalmente su escribano. El pleito que se desencadenó entre el escribano nombrado por los monarcas y el que habían escogido los regidores ha sido estudiado por M. P. RÁBADE, "Las escribanías como conflicto....", cit.

<sup>237</sup>. El registro de esta osada misiva se conserva en A.G.S., R.G.S., 1475, III, fol. 235.

<sup>238</sup>. Una copia autenticada de esta provisión en A.G.S., R.G.S., 1478, VIII, fol. 1.

<sup>239</sup>. A.G.S., R.G.S., 1488, V, fol. 67.

pugna, pero hemos de pensar que la Ciudad defendió con energía sus intereses, ya que la provisión real en favor de Juan Fernández de Oseguera, su candidato, con la anulación de la elección de Guzmán, no se produjo hasta el 9 de marzo de 1492, fecha desde la que sin problemas Oseguera mantendría el oficio en sus manos<sup>240</sup>. En el intervalo entre 1488 y 1492 conocemos una actuación de Juan Fernández como escribano<sup>241</sup>, mientras que no tenemos constancia de la supuesta actividad de Guzmán, pero sabemos que durante algún tiempo el regidor tuvo en su poder el oficio porque el propio Oseguera lo reconoce como predecesor en su testamento<sup>242</sup>.

Más aún, es un hecho que en este intervalo de cuatro años se produjo una avenencia entre los dos candidatos, seguramente con el consentimiento regio, por la que Juan Fernández satisfizo una cantidad de dinero por la renuncia de Juan Ramírez; al respecto, las siguientes palabras del testamento de Oseguera dejan poco lugar a la duda: *“por quanto yo vendi seisçientos maravedis de tributo que tenia en la bodega del alhandaque que solie ser de Garçia Martines mi suegro para acabar de pagar los maravedis de la escrivania a Juan de Gusman”*. En todo caso, Juan Fernández de Oseguera ejercería el oficio de escribano mayor y lo traspasaría a su hijo, llamado también Juan Fernández de Oseguera, como se expresa en el testamento al que venimos haciendo referencia. Como se ve, la intervención real, contra la tradición y mediante usos de dudosa legalidad, terminaría imponiéndose en este asunto.

---

<sup>240</sup>. El registro de la provisión de 1492 se conserva en A.G.S., R.G.S., 1492, III, fol. 17.

<sup>241</sup>. Se trata de una toma de declaración al alcaide de la puerta y puente de Alcántara; vid. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 62.

<sup>242</sup>. El testamento de Juan Fernández de Oseguera, fechado el 4 de agosto de 1502, se conserva en

## B. Funciones del escribano mayor de Toledo

Los cometidos que le eran encomendados al escribano mayor de los ayuntamientos no se limitaban a la función de anotar los actos que tenían lugar en las reuniones del Gobierno toledano. Este escribano era fundamentalmente un fedatario público al servicio de la entidad local, pero esta función sobrepasaba el hecho de dar fe de lo acontecido en los ayuntamientos, ya que también era el encargado de suscribir testimonios de actos gubernativos que tenían lugar al margen de las reuniones; además convocaba los ayuntamientos, hacía declaraciones como experto en Derecho Administrativo y gestionaba el Archivo y la correspondencia de la Ciudad. Observando la documentación de que disponemos, podemos diferenciar cuatro funciones del oficial que enseguida pasamos a exponer: la de fedatario, la de asesor, la de archivero y la de administrador general<sup>243</sup>.

Como fedatario, la responsabilidad básica del escribano consistía en anotar los actos y dar fe de las reuniones, como muy claramente se le atribuye en el Ordenamiento para Toledo de 1411: *“que el escrivano de los ayuntamientos que escriba en sus libros bien e fielmente sin vanderia e sin arte alguna todas las cosas que pasaren en los ayuntamientos asi como pasaren non annadiendo nin menguando cosa alguna”*<sup>244</sup>. Como fedatario encontramos al escribano mayor en las actas de los ayuntamientos que se conservan, pero además era él quien convocaba estas reuniones por propia iniciativa para los días en que estaban marcadas –los martes y los viernes de

---

A.S.D.R., 5/11; vid. Apéndice Documental, nº 14.

<sup>243</sup>. Para el establecimiento de estas cuatro funciones generales, hemos tomado como modelo la tipología expuesta por E. CORRAL, *El escribano de Concejo*..., cit., p. 57-71, simplificándola, a causa de que el periodo que nos ocupa aquí es mucho más reducido, pero acercándola más a la realidad por el hecho de que nos basamos más en documentación de hechos que en normativa del oficio.

<sup>244</sup>. Ordenamiento de 1411, Ley IV, ed. de E. Sáez, p. 510.

cada semana- y, en el caso de los ayuntamientos extraordinarios, por orden de los oficiales mayores.

Hay que tener presente que este oficial era un escribano profesional y que, como tal, tenía autoridad para dar autenticidad a los documentos, para dar fe de la veracidad de los actos que los documentos reflejaban; por esto, su tarea de fedatario no se limitaba a acreditar los acuerdos de las reuniones de la Ciudad, sino que además expedía testimonios de los actos que ante él pasaban, siempre en relación con los asuntos ciudadanos. Era a él a quien los reyes ordenaban sacar testimonio de los acuerdos de los ayuntamientos para el Cabildo de Jurados cada vez que éste efectuase un requerimiento en tal sentido<sup>245</sup>. También era este oficial el que tomaba declaraciones a caballeros, clérigos y vecinos de Toledo, siempre que éstas fueran de la entidad necesaria como para que la Ciudad pudiera servirse de ellas. Un caso de este tipo de testimonios es el de la declaración prestada por el alcaide de la puerta y puente de Alcántara que, solemenemente ante Juan Fernández de Oseguera, titular de la escribanía de los ayuntamientos, aseguraba que eran falsas las acusaciones que se hacían sobre los alcaldes de Toledo, a los que se atribuía el cobro indebido de ciertas rentas<sup>246</sup>. Sin duda, había sido la Ciudad la que había ordenado al escribano dar fe de aquel acto de justicia, pero con más claridad aún se nos presenta otro caso de toma de declaración por el escribano: el 13 de junio de 1520, inmersa la Ciudad en la lucha contra el modo de gobernar del joven rey Carlos, ordenaba al escribano mayor que tomara el juramento de Comunidad a los curas de las parroquias toledanas y que después presentara ante ella el

---

<sup>245</sup>. A petición del Cabildo, el 2 de octubre de 1493 el Consejo dirigió esta orden al escribano Juan Fernández de Oseguera, titular del oficio; vid. A.G.S., R.G.S., 1493, X, fol. 149. Veinte días después los reyes reemitían la misma orden, cuyo original se conserva en A.M.T., C.C., caj. 3, nº 72; un traslado de 27 de noviembre del mismo año se halla en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 8. Nuevamente los Reyes Católicos dirigían la orden el 4 de febrero de 1499; vid. A.M.T., A.S., caj. 2, leg. 4, nº 9. El 30 de septiembre de 1515 la reina Juana reiteraba la orden a Juan Fernández de Oseguera, el homónimo sucesor del anterior titular; vid. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 108.

testimonio del acto<sup>247</sup>.

Como asesor, el escribano actuaba para garantizar la conformidad a Derecho de los actos ciudadanos. Se trata de una función que hoy ejerce el secretario de ayuntamiento, heredero directo de nuestro escribano, en forma de “advertencia de ilegalidad”, que se materializa en la emisión de informes sobre un asunto conflictivo cuando le son requeridos o cuando él considera que son necesarios para no desviarse de la legalidad. El escribano mayor del siglo XV atendía igualmente esta vigilancia del ajuste a Derecho de los actos gubernativos y administrativos, y conocemos un informe requerido por el Cabildo de Jurados acerca de una duda de procedimiento: en septiembre de 1493, los jurados, opuestos a una decisión del Regimiento, pretendían que el escribano Juan Fernández de Oseguera anotase su desacuerdo, y el escribano solicitó un plazo de unos días para estudiar el asunto de la legalidad de este añadido; el 14 de septiembre leía ante el ayuntamiento su informe al respecto, en el que señalaba que todos los acuerdos de los ayuntamientos habían de pasar como aprobados por la Ciudad, sin expresar quiénes formaban la minoría que se oponía a ellos<sup>248</sup>.

Para preparar el informe, Oseguera tuvo que revisar las actas de los ayuntamientos pasados y la normativa al respecto, una labor que le fue facilitada por el hecho de actuar como custodio de la documentación municipal, como archivero, aunque con algunas restricciones. Para que quedara constancia de lo anotado por el escribano mayor se hacía necesario conservar adecuadamente los libros de actas y era lógico que la responsabilidad de la custodia recayese sobre quien los suscribía, del mismo modo que era tarea suya la ordenación de toda la

---

<sup>246</sup>. Esta declaración, que podemos datar en torno a 1490, se conserva en A.M.T., C.C., caj. 3, nº 62.

<sup>247</sup>. Esta orden se refleja en una relación del siglo XVI, muy cercana en el tiempo a los disturbios comuneros, que se halla en A.M.T., Ms., sec. B, nº 121, fol. 57 vto.

<sup>248</sup>. El informe de Oseguera se conserva en forma de testimonio en A.M.T., A.C.J., Libro 47, nº 1.

documentación de la Ciudad, pues sabemos, como más adelante mostraremos, que el escribano era el que gestionaba la producción y recepción de los documentos de Toledo.

Hemos señalado que el escribano mayor no era el único responsable del archivo, lo cual era corriente en todas las ciudades de la época. Como otras instituciones, los concejos guardaban su documentación en grandes arcas que solían tener más de una cerradura, por lo que se hacía necesario el uso de más de una llave para poder acceder a su interior. Corral García comenta el empleo de tres llaves para abrir el arca de la ciudad de Cuzco, ya en época moderna, y de hasta cuatro llaves para el caso del arca de Burgos<sup>249</sup>. Tenemos escasas referencias al “*arca del ayuntamiento donde estan las escripturas*”<sup>250</sup> de Toledo, pero son suficientes para comprender que las llaves estaban en manos de distintas personas, de modo que resultaba imposible que una sola decidiera abrir y cerrar este mueble o hacer desaparecer tal o cual documento. Es posible que fueran tres, una custodiada por un oficial mayor y luego por el corregidor, otra por un regidor, quizá el más antiguo, y otra por el escribano mayor; puede incluso que éste no contara con ninguna llave, pero es un hecho que era él, como gestor de la documentación, quien se encargaba de abrir el arca para extraer los documentos necesarios. Por esta razón, los Reyes Católicos, el 25 de mayo de 1499, ordenaban al corregidor Pedro de Castilla que obligara a ciertos regidores a entregar las llaves del arca al escribano mayor<sup>251</sup>.

En todo caso, la presencia del escribano constituía un requisito inexcusable para poder

---

<sup>249</sup> E. CORRAL, *El escribano de Concejo*..., cit., p. 63 y 66. Por el trabajo de M. MORATINOS, “Guía del Archivo Municipal de Burgos”, *La Ciudad de Burgos. Actas del Congreso de Historia de Burgos. MC aniversario de la fundación de la ciudad, 884-1984*, Valladolid, 1987, p. 186, sabemos que en 1435 eran dos regidores quienes custodiaban las dos llaves que por entonces abrían el arca, y que eran cuatro las cerraduras en 1497.

<sup>250</sup> De esta manera se refieren al continente de la documentación de la Ciudad los Reyes Católicos en una orden de 1504 a la que enseguida aludiremos; vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 65.

<sup>251</sup> Ignoramos la razón por la que se negaban los regidores a facilitar la apertura del arca en esta ocasión. La orden referida se encuentra en A.M.T., A.S., caj. 2, leg. 4, nº 9.

abrir el depósito documental. Las formalidades para este acto, aparentemente sencillo, no concluían en este punto, porque además de la presencia de la primera autoridad toledana, de algún regidor y del escribano mayor (forzada por la posesión de una llave o simplemente por el Derecho), se hacía necesario la presencia de algún jurado. Sospechando que algo se fraguaba a sus espaldas, el Cabildo solicitó al rey su intervención para forzar la comparecencia de alguno de sus miembros en los momentos de apertura del arca: el 24 de abril de 1504 los reyes ordenaban al corregidor Castilla que se encargara de hacer efectiva tal presencia, ya que los jurados eran acreedores por sus privilegios a este derecho<sup>252</sup>. Más allá de las formalidades, es comprensible el interés de todos los colectivos en estar al tanto de lo que se extraía y se introducía en el arca, porque en él se guardaban los privilegios que garantizaban un estatuto peculiar a la Ciudad y a sus vecinos.

El último de los cometidos del escribano que hemos señalado es el de administrador general, un término vago e impreciso que, sin embargo, refleja la amplitud de quehaceres que se derivaban de sus funciones de fedatario, asesor y archivero. Como experto en documentos, el escribano se nos aparece como emisor y receptor de los escritos de la Ciudad: los acuerdos municipales que se materializaban en la emisión de un documento, como una respuesta a una orden del rey o una misiva a un particular o a una institución, exigían la redacción del escribano; por otra parte, la correspondencia que recibía la Ciudad llegaba a manos del mismo oficial, que era quien se encargaba de incluir los asuntos de interés en el orden del día de los ayuntamientos. Una vez más, el escribano del siglo XV presenta perfiles similares al secretario de nuestros ayuntamientos, particularmente de los pequeños municipios, donde este funcionario es

---

<sup>252</sup>. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 65. En 1513 Fernando el Católico vuelve a ordenar la Ciudad que permita a los jurados ser representados por uno de los suyos en las aperturas; vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 70.

omnipresente. Mientras el resto de los que se reunían en los ayuntamientos tenían voz y voto (oficiales mayores, comisionados regios y regidores) o simplemente voz (jurados), el escribano mayor, sin voz ni voto, era sin embargo quien más constantemente atendía los asuntos de la Ciudad, dando forma jurídica a los actos gubernativos y gestionando directamente los asuntos administrativos cotidianos.

Los oficios de duración anual, que se proveían el primero de marzo de cada año, se hacían efectivos gracias a la labor de preparación de una sesión extraordinaria a celebrar en la fecha indicada. Por fortuna conservamos la convocatoria de uno de estos ayuntamientos, fechada el 28 de febrero de 1494, a través de la cual el escribano informaba a los miembros del Gobierno local que tendría lugar tal acontecimiento en la reunión del día siguiente<sup>253</sup>; cuando llegaron a la Casa de los Ayuntamientos el 1 de marzo, los “ayuntados” encontraron dispuestos, como todos los años, los saquitos con las habas con que había de realizarse el proceso<sup>254</sup>, gracias a que había alguien que era el responsable de la preparación de esta parafernalia: el escribano.

Este oficial era, podemos decir, el elemento estable de la organización político-administrativa toledana, siendo su presencia en la Casa de los Ayuntamientos casi constante, al menos a través de algún ayudante. Como elemento estable recibía, como ya lo hemos indicado, los documentos que se dirigían a la Ciudad y su experiencia le decía en qué lugar del orden del día y en qué día había que pasar a discutir la cuestión que se derivaba del mensaje recibido. Algunos de estos documentos eran de tal entidad que el escribano los leía o los hacía leer

---

<sup>253</sup>. Esta convocatoria o “cédula de convite” se haya inserta en el acta del día siguiente; vid. su traslado en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 9/3.

<sup>254</sup>. Pocos días antes, el 26 de febrero, Toledo había decidido no cumplir la orden real de proveer los oficios por elección y no por suertes, acto que conocemos por una copia autenticada del acuerdo fechada el 4 de marzo de 1494; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 9/1. El modo tradicional de procedimiento en este día de provisión era la insaculación y la suerte era decidida por habas que sacaban de la bolsa todos los candidatos.



íntegramente; así, el 7 de diciembre de 1498 Juan Fernández de Oseguera dispuso la lectura de la convocatoria a las Cortes de Ocaña por los Reyes Católicos<sup>255</sup>.

Corral García considera una función económica del escribano la redacción de órdenes de pago para que las haga efectivas el mayordomo de la Ciudad<sup>256</sup>, pero este cometido no era sino consecuencia del deber de redactar los documentos que se derivaban de acuerdos del ayuntamiento, como lo podía ser la suplicación de una carta real o una misiva cualquiera a un particular. Se conserva una solicitud de Alfonso Fernández de Oseguera, como escribano mayor de Toledo, fechada en septiembre de 1474, en la que pide información a los contadores mayores del rey sobre el inicio del pago de un juro sobre rentas de Toledo a un particular<sup>257</sup>; la respuesta a esta solicitud, fechada el 29 de octubre, se dirigía al mismo escribano<sup>258</sup>. Podemos preguntarnos si éste no era un asunto de Mayordomía, pero enseguida nos damos cuenta de que la orden de pago era responsabilidad de la Ciudad y de que era ésta la que había encargado al escribano la información sobre el asunto para saber cómo había de actuar. No podemos deducir, por tanto, que el oficial de que nos ocupamos tuviera funciones económicas sino simplemente administrativas.

Éste es, en fin, un simple muestrario, reducido por la escasez de las fuentes que nos informan, de la multitud de funciones que el escribano mayor de Toledo asumía, funciones políticamente nulas, pero administrativamente inmensas. Se puede concluir observando que nada o muy poco de la realidad de la Ciudad se escapaba de las manos de este oficial, el cual era, sin duda y con diferencia, la persona mejor informada de la política y la administración toledana en

---

<sup>255</sup>. La convocatoria real lleva fecha de 5 de diciembre, como vemos en el traslado de su lectura, conservado en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 14/1.

<sup>256</sup>. E. CORRAL, *El escribano de Concejo*..., cit. p. 67.

<sup>257</sup>. Una copia de esta misiva se halla en A.M.T., C.C., caj. 3, nº 28/1.

<sup>258</sup>. Esta respuesta la tenemos en A.M.T., C.C., caj. 3, nº 28/2.

el siglo XV.

### 3.3.3. Los escribanos como grupo de presión

Se puede concluir el análisis de la escribanía pública y de los escribanos comentando cuál era la posición política de este colectivo profesional. En primer lugar, conviene subrayar el hecho de que los escribanos eran los monopolizadores de la fe pública, lo que les hacía indispensables en los ámbitos del Derecho Público y Privado; eran auténticas autoridades en Derecho en Toledo y su Tierra y, como tales, contaban con la capacidad de interpretar las normas. Su potencialidad se manifiesta en la fuerza que asumieron como colectivo en el Colegio de Escribanos de Toledo.

Quienes ocupaban escribanías de la Ciudad formaban parte de la minoría más poderosa del Común; eran hombres buenos con posibilidades para formarse académicamente y para penetrar en el reducido círculo de oficiales del número. Socialmente, ya lo veremos, no se diferenciaban de los más destacados profesionales de actividades tan lucrativas como el comercio o el crédito; se relacionaban de modo bastante directo con los jurados, tanto profesional como socialmente, y eran partícipes de ese grupo de toledanos que pretendía tener un papel en los asuntos públicos para poder beneficiarse de ello. Su objetivo político no era otro que el de consolidarse como colectivo indispensable para el buen funcionamiento de las relaciones de las instituciones públicas con los ciudadanos y de los particulares entre sí. La similitud de su conciencia política con el Cabildo de Jurados se puede mostrar por su paralelismo en la forma de emplear el lenguaje: también el Colegio de Escribanos de Toledo utilizaba conceptos “modernos” como “República” o “bien común”, aunque lo hiciese para el provecho particular de sus miembros

o por el interés del colectivo que éstos formaban<sup>259</sup>.

Al margen de la presión política que el Colegio de Escribanos, como colectivo que representaba al grupo profesional, podía ejercer, hay que destacar la figura del escribano mayor de los ayuntamientos. Por el hecho de ser un miembro estable de los ayuntamientos, el mejor conocedor de la política ciudadana, aunque no tuviera ninguna capacidad de decisión sobre ella, hemos de tenerlo en cuenta como elemento fundamental del anclaje de los escribanos en el poder. Si además recordamos algunas de las funciones que hemos observado que ejercía, como las de asesor jurídico o gestor de la documentación municipal, hemos de estar de acuerdo en que la figura del escribano mayor constituía uno de los ejes fundamentales de la actividad política toledana. Su autoridad debía llegar a cotas considerablemente elevadas, ya que no conocemos reproche que le fuera dirigido desde ningún colectivo ni institución: ni el Regimiento, ni el Cabildo de Jurados ni la Monarquía ponían en duda ninguna acción administrativa del escribano de los ayuntamientos. Así pues, sumadas la capacidad de influencia y la autoridad del Colegio de Escribanos y del escribano mayor, convendremos en otorgar al colectivo de los escribanos un papel de primer orden como grupo de presión en Toledo.

---

<sup>259</sup>. Como ejemplo del uso que los escribanos hacían del concepto de bien común, podemos tomar una solicitud que el Colegio, al final del reinado de los Reyes Católicos, envió al Cabildo de Jurados para que éste tomara como suyo el pleito que los escribanos mantenían contra el comendador Pedro Maraón, argumentando que su victoria jurídica resultaba esencial para el bien de la República; vid.

### 3.4. La Hacienda local

En las últimas décadas la investigación sobre haciendas urbanas castellanas ha experimentado un desarrollo sin precedentes. En las amplias series de títulos que nos ofrecen las revisiones generales con que contamos sobre la materia<sup>260</sup> podemos observar la relativa escasez de obras de carácter general y regional y la abundancia de estudios locales, y dentro de este último grupo la preponderancia de investigaciones acerca de determinadas ciudades: en particular, como señala el profesor Collantes de Terán, sobre Murcia, Burgos y Sevilla<sup>261</sup>, por el hecho de que en los archivos municipales de estas tres ciudades se han conservado más numerosos y más útiles documentos para estos estudios. Frente a esta relativa riqueza, la documentación hacendística medieval toledana es extremadamente pobre, de modo que no se ha realizado hasta la fecha ni un sólo trabajo sobre este asunto, haciéndose extrañas las referencias a la ciudad del Tajo en las obras de carácter general.

Para nuestra ciudad, la documentación propiamente hacendística, la que fue generada y

---

A.M.T., A.C.J., Cartas, caj. 1, nº 11.

<sup>260</sup>. Un amplio elenco de estos trabajos se encuentran en la revisión bibliográfica de A. COLLANTES DE TERÁN, "Los estudios sobre las haciendas concejiles españolas en la Edad Media", *Anuario de Estudios Medievales*, 22 (1992), p. 323-340. Un estado de la cuestión actualizado, dotado también de una amplia exposición bibliográfica, se debe a M. A. LADERO, "Las haciendas concejiles en la Corona de Castilla (Una visión de conjunto)", *Finanzas y fiscalidad municipal*, León, 1997, p. 7-71.

<sup>261</sup>. "Los estudios....", cit., p. 325. Sobre estas ciudades puede consultarse trabajos de gran valor, como los de J. TORRES FONTES, "La Hacienda concejil de Murcia en el siglo XIV", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXVI (1956), p. 741-756; D. MENJOT, *Fiscalidad y sociedad: Los murcianos y el impuesto en la Baja Edad Media*, Murcia, 1986; y M. C. VEAS, *La Hacienda concejil murciana en el siglo XV (1423-1482)*, tesis doctoral inédita, leída en 1987 en la Universidad de Murcia, para la primera de las tres. Para Burgos, J. A. PARDOS MARTÍNEZ, "Hacienda municipal y constitución de rentas: "censos y deuda del concejo en Burgos, ca. 1476-1510", *Anuario de Historia del Derecho Español*, LIV (1984), p. 599-612; Y. GUERRERO, *Organización y gobierno en Burgos durante el reinado de Enrique IV (1453-1476)*, Burgos, 1986. Para Sevilla, A. COLLANTES DE TERÁN, *Sevilla en la Baja Edad Media. La ciudad y sus hombres*, Sevilla, 1977; y M. A. LADERO, "Los propios de Sevilla (1486-1502)", *Los mudéjares de Castilla y otros estudios*

recibida por los órganos de gestión y control de la hacienda, es muy reducida, limitándose a un puñado de cuentas de cargo y data de Mayordomía<sup>262</sup> y algunos papeles relacionados con la gestión de los arrendamientos de impuestos. Dentro de este último grupo, muy reducido en número de documentos, podemos encontrar desde concesiones de Toledo a particulares para la gestión de determinadas rentas hasta solicitudes de diverso tipo de los arrendadores a la Ciudad<sup>263</sup>. Dada la escasez y el aislamiento de estos documentos, resulta de mayor utilidad la serie de cuentas de Mayordomía; si la comparamos con la serie que se ha conservado, por ejemplo, en Sevilla<sup>264</sup>, la de Toledo resulta extremadamente pobre, pero al menos será útil para extraer algunas notas. Las cuentas de cargo y data, agrupadas en cuadernillos, servían para expresar la contabilidad del gestor de la hacienda de la Ciudad, el mayordomo, y para que los contadores, que se encargaban de controlar la gestión del mayordomo, hicieran sus comprobaciones. El “cargo” refleja la cantidad de dinero que el mayordomo, como gestor de la hacienda urbana, había tomado

---

*de Historia Medieval andaluza*, Granada, 1989, p. 313-346.

<sup>262</sup>. Se conservan las cuentas de la data de 1457 y 1477, el cargo y la data de 1482 y 1485, la data de 1486, el cargo de 1487, el cargo y la data de 1489, 1490, 1491, el cargo de 1494, el cargo y la data de 1506, 1508, 1509, 1510, la data de 1511, el cargo y la data de 1512, 1513, 1517, 1519, 1520 y 1521, el cargo de 1522, el cargo y la data de 1523 y, ya de modo más completo, para los años sucesivos. De las cuentas expuestas hay algunas incompletas.

<sup>263</sup>. Como ejemplo de este tipo de documentos, muy escasos, podemos citar la concesión, en 1427, de la gestión de las rentas de la Ciudad en Herrera a Diego Rodríguez de Madrid, vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 244, pza. 20; y la solicitud de 1405 en la que los arrendadores de las rentas de Toledo allende el Guadiana argumentan la necesidad de imponer cierta exacción; vid. A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5, 122 vto. – 125 r.

<sup>264</sup>. Conocemos bien la cantidad y calidad de las fuentes hacendísticas sevillanas gracias sobre todo al reciente trabajo de A. COLLANTES DE TERÁN, “Documentation pour l’ étude de la fiscalité et des finances municipales de Séville au bas Moyen Âge”, *La fiscalité des villes au Moyen Âge (France méridionale. Catalogne et Castille): 1. Étude des sources* (coord. D. Menjot y M. Sánchez Martínez), Toulouse, 1997, p. 37-44. Los llamados *Libros del Mayordomazgo* de Sevilla, contenedores de la documentación relativa a la gestión hacendística concejil, se conservan desde 1368 y encierran, además de las cuentas de cargo y data completas, nombramientos y confirmaciones de mayordomos, cartas de recudimiento, “cuadernos de condiciones” por las que se puede conocer el modo de arrendar las rentas municipales, y otro tipos documentales que ayudan notablemente a profundizar en el conocimiento de la hacienda hispalense.

para sí (“a su cargo”) a lo largo del año; la “data” expone los pagos a que había tenido que hacer frente el mismo oficial. De los montos totales de cargo y data se hallaba el “alcance” o diferencia entre uno y otra, para así establecer en qué modo la Ciudad había de saldar cuentas con el mayordomo.

A las lamentaciones por las pérdidas de documentación contable, hay que sumar el sentir por no contar con las actas de los ayuntamientos, que podrían remediar en buena medida la ausencia de las cuentas que faltan, ya que era en las reuniones municipales donde se acordaban las resoluciones que luego aparecen cuantificadas en los documentos de Mayordomía: las nóminas y las cartas de pago, en el caso de la data; el precio de los arrendamientos de rentas de la Ciudad, si nos referimos al cargo. En cambio, sí tenemos a nuestra disposición ordenanzas que pueden ser de cierta utilidad para nuestro objetivo<sup>265</sup> y algún documento real relacionado con los propios de la Ciudad<sup>266</sup>.

Con todo esto podemos afrontar, sin demasiadas ambiciones, los siguientes asuntos de la hacienda toledana:

- la formación de los propios,
- los órganos y la gestión hacendística,
- las fuentes de ingreso,
- los gastos de la Ciudad y
- algunas estimaciones, a modo de conclusión, que dan lugar a la inclusión de ciertas consideraciones acerca de los ingresos extraordinarios.

---

<sup>265</sup>. El más importante conjunto de ordenanzas de Toledo se encuentra en AM.T., A.S., ala 2, leg. 6, nº 5, y contiene normas emitidas en torno a 1400.

<sup>266</sup>. El más importante y conocido de este grupo es, desde luego, la venta de los Montes de Toledo a la Ciudad por Fernando III en 1246, operación a la que ya nos hemos referido en este trabajo y a la que volveremos a aludir más adelante.

### 3.4.1. Formación de los propios

Una porción importante de los recursos de las ciudades medievales estaba formada por los propios o patrimonio del concejo, que proporcionaba un volumen de rentas ordinarias que servían para satisfacer buena parte de las necesidades. No en todas las ciudades de la Corona de Castilla tuvieron los propios la misma relevancia, siendo escasos en las poblaciones al norte del Duero y aumentando considerablemente según avanzamos hacia el sur, en consonancia con la disponibilidad de tierras por colonizar<sup>267</sup>. La propiedad de un importante patrimonio, capaz de generar jugosas rentas, hacía menos necesario el recurso a las exacciones extraordinarias, poco populares entre la vecindad; éste era el caso de Toledo, dotado desde temprano de un conjunto de bienes y rentas, provenientes fundamentalmente de la Monarquía, que le proporcionaban un alto grado de autonomía económica.

Desconocemos cuáles fueron los primeros pasos de la formación de la Hacienda toledana, pero es lógico que, según iba pasando el tiempo, las necesidades crecieran, de modo que resultaban oportunas las donaciones regias de propiedades y rentas. La más antigua concesión regia conocida en este sentido se remonta a 1196, año en que el rey Alfonso VIII otorgaba a la Ciudad 200 mrs. de renta anual del portazgo de la Puerta Bisagra con el objeto de cubrir las necesidades de defensa: “*quos [los 200 mrs.] expendatis in fabrica et reparatione murorum et turrium ville vestre et in ceteris structuris clausure ville vestre neccesariis*”<sup>268</sup>. Años más tarde,

---

<sup>267</sup>. La diversidad de los propios urbanos de Castilla es advertida y comentada por M. A. LADERO, “Las haciendas concejiles...”, cit., p. 24-26. A lo largo del recorrido del profesor Ladero Quesada de norte a sur del país llama poderosamente la atención la ausencia de Toledo, una ausencia que se explica por el hecho de no contar con estudios locales de base.

<sup>268</sup>. El original de esta concesión se halla en A.M.T., A.S., caj. 6, leg. 1, nº 2, pza. 1, y ha sido publicada por J. GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid, 1960, y por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales otorgados a Toledo durante la Edad Media*

Fernando III cambiaría la ubicación de los 200 mrs., pasándolos a percibir Toledo en la renta de los montes de Magán<sup>269</sup>. Poco después de la primera concesión, el 24 de diciembre de 1203, el mismo Alfonso VIII donaba el Mesón del Trigo toledano a la Ciudad, reservando la décima parte de las rentas que se obtuviesen al arzobispo y Cabildo de Santa María de Toledo<sup>270</sup>. Siglo y medio después Toledo recibía de Alfonso X dos montazgos en la Tierra: uno en Milagro y otro en Cijara<sup>271</sup>.

Las primeras compras de tierras por la Ciudad que conocemos corresponden ya al siglo XIV. Algunas de ellas se dirigen a la adquisición de propiedades junto al Tajo, en suelo fértil donde podía asegurarse una parte significativa del abastecimiento de productos básicos; así, en la vega de San Martín, junto a la Ciudad, sólo en 1341 Toledo adquirió al menos treinta y cuatro tierras de pan, una viña y una huerta; y en el año 1342, otras siete tierras y otra viña más<sup>272</sup>. La compra de tierras no cesaría, dada la importancia de la producción agraria; y el interés de Toledo en este sentido siempre se dirigía al entorno de la ciudad, donde el acarreo no representaba un gran problema, y, si era posible en lugares cercanos al río, con la intención de moler el grano con

---

(1101-1494), Toledo, 1990, p. 104-105. Se conservan, asimismo tres copias de este privilegio en B.N., Ms., nº 12982, fol. 311; B.N., Ms., nº 838, fol. 6 vto; y R.A.H., S.C., 0-5, fol. 6 vto.

<sup>269</sup>. Este privilegio se encuentra inserto en su confirmación por Enrique II en A.M.T., A.S., caj. 6, leg. 1, nº 2; ha sido publicado por J. GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *Reinado y diplomas de Fernando III*, Córdoba, 1983, tomo II, p. 82-83, y por R. IZQUIERDO, *op. cit.*, p. 114-115.

<sup>270</sup>. La copia más antigua que se conserva de esta donación se encuentra inserta en la confirmación de Fernando III en 1222; vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, nº 1, pza. K; otras inserciones en caj. 10, leg. 3, nº 6 (en confirmación de Alfonso X); caj. 10, leg. 3, nº 9 (en confirmación de Sancho IV); caj. 6, leg. 1, nº 1, pza. 1 (confirmación de Alfonso XI); caj. 6, leg. 1, nº 1, pza. 2 (confirmación de Pedro I); caj. 6, leg. 1, nº 1, pza. 3 (confirmación de Enrique II); caj. 6, leg. 1, nº 1, pza. 4 (confirmación de Juan I); y caj. 6, leg. 1, nº 1, pza. 5 (confirmación de Juan II). Este documento ha sido publicado por R. IZQUIERDO, *op. cit.*, p. 107-108.

<sup>271</sup>. Este privilegio se conoce por su inserción en las confirmaciones de Juan I; vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 2, nº 2, pza. 4; caj. 10, leg. 2, nº 2, pza. 1; y caj. 10, leg. 2, nº 1; y por su inserción en la confirmación de Enrique III; vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 2, nº 2, pza. 2.

<sup>272</sup>. Todas estas compraventas a particulares se conservan en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 1, nº 4 y nº 5,



mayor facilidad<sup>273</sup>. Unos años después, Alfonso XI otorgaría a la Ciudad los derechos de mostrenco y algarbio en Puebla de Alcocer y Herrera<sup>274</sup>.

Hemos obviado la más trascendental adquisición de la Ciudad en lo que se refiere a los propios, el bien patrimonial máspreciado por Toledo a lo largo de los siglos por ser aquél del que obtuvo las más jugosas rentas: Los Montes, una comarca completa al servicio de las arcas toledanas. Este fundamental elemento fue adquirido por la Ciudad en 1246, mediante compra al rey Fernando III, quien años antes lo había obtenido a través de un importante trueque con la Iglesia toledana<sup>275</sup>. Desde entonces supuso el marco más apropiado para una producción agraria que se complementaba adecuadamente con la que se obtenía en las tierras llanas; pero además, los Montes sirvieron para extraer rentas cuantiosas, de la propia explotación económica del territorio, desde luego, pero también de las atribuciones jurisdiccionales extraordinarias que Toledo disfrutaba en la comarca adquirida, como más nitidamente podremos observar al tratar acerca de las fuentes de ingresos y de los arrendamientos de las rentas que nos son conocidos.

---

en enormes piezas de pergamino que reflejan cada operación en un párrafo.

<sup>273</sup>. Una buena porción de las compras de tierras conocidas se datan en los primeros años del siglo XVI; vid., entre otras, las escrituras de compraventa de A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 2, nº 3, nº 5, nº 8 y nº 10.

<sup>274</sup>. El original de esta donación se halla en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 2, nº 17, pza. 1/1; copias insertas en la confirmación de Enrique II, en caj. 12, leg. 2, nº 17, pza. 1/1; y en caj. 12, leg. 2, nº 17, pza. 2.

<sup>275</sup>. Sobre las vicisitudes de la comarca de Los Montes en la primera mitad del siglo XIII ya se ha tratado en el capítulo 1 de este trabajo, a propósito de la repoblación de la Tierra. Baste aquí con recordar que el original de la compra de la comarca por Toledo se conserva en A.M.T., A.S., caj. 12,

### 3.4.2. Órganos y gestión hacendística

La organización de la Hacienda municipal tuvo que formarse desde el momento en que se organizó la propia comunidad toledana; la trayectoria seguida entre los siglos XII y XIV permanece en el terreno de lo desconocido, pero en el siglo XV existe documentación suficiente para hacernos una idea bastante precisa de quiénes eran los que gestionaban la Hacienda y de cómo lo hacían. El Ordenamiento de 1411 refleja una organización primitiva, pues sólo cita al mayordomo como encargado de esta rama de la administración urbana, pero, eso sí, después de definir los oficios de gobierno (alcaldes mayores, alguacil mayor y los seis fieles), lo anota por delante del resto de los oficiales locales: *“los otros ofçiales de la çibdad que son estos que adelante en esta ley se declararan un mayordomo de la dicha çibdad de Toledo tres personas buenas un cavallero e dos omes buenos estos que sean fieles de las alvalaes del vino un posentador de la çibdad [...] un abogado de las biudas e huerfanos quatro sofieles que conbiden a los ayuntamientos”*<sup>276</sup>.

El mayordomo<sup>277</sup>, gestor de la Hacienda local, era un elemento indispensable en la Ciudad; en el Ordenamiento de 1422 se expresa que el mayordomo *“ha de resçebir todos los maravedis de los propios e rentas de la çibdad”*<sup>278</sup>. Esta norma se refería a Sevilla, ciudad para la que fue dictada unos años antes, pero fue de aplicación en Toledo desde 1422; hay que señalar, sin

---

leg. 4, nº 12, pza. 1.

<sup>276</sup>. Ordenamiento de 1411, ley VI, p. 512.

<sup>277</sup>. Sobre la figura del mayordomo en general vid. E. CORRAL, *El Mayordomo de Concejo en la Corona de Castilla (s. XIII – s. XVIII)*, Madrid, 1991; para ciudades concretas, A. COLLANTES DE TERÁN, *El mayordomo del Concejo de Sevilla en el siglo XV*, memoria de licenciatura inédita; M. C. VEAS, “Las finanzas del Concejo murciano en el siglo XV: el mayordomo”, *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes*, Murcia, 1987, tomo II, p. 1725-1739.

<sup>278</sup>. Ordenamiento de 1422, ley XIV, p. 596.

embargo, que mientras en la ciudad andaluza había dos mayordomos, en la castellana solamente se advierte la presencia de uno. En todo caso, la atribución de competencias citada resulta muy poco ilustrativa porque sólo se refiere a la recepción de rentas, sin expresión de los gastos ni de las responsabilidades del oficial. Al gestionar los recursos económicos de la Ciudad, el mayordomo estaba obligado a presentar fiadores que se obligaran con ciertas cantidades de bienes, como oportunamente se recuerda en el Ordenamiento de 1422 una vez que se ha expresado su misión de receptor de rentas: “*e el mayordomo çibdadano [....] que resçiba todos los maravedis de los propios e rentas de la çibdad dando primeramente sus fiadores buenos e abonados*”<sup>279</sup>. Elegido por la Ciudad, el mayordomo se encargaba de revisar las condiciones en que se arrendaban las rentas y de anotar las sumas que ingresaba y que pagaba, siempre por orden de la Ciudad, para poder al final del año proporcionar estas anotaciones a los contadores de Toledo, los cuales habían de dar el visto bueno a todo ello y estampar sus firmas junto con la del escribano mayor<sup>280</sup>.

Parece que en Toledo el mayordomo era un hombre bueno, el equivalente al *mayordomo çibdadano* que en Sevilla quedaba a cargo de la recepción de las rentas, frente al mayordomo hidalgo, con funciones menos nítidas. Los mayordomos de Toledo que conocemos -Diego González de León, Antón de Ayllón, Pedro de Córdoba, Francisco de León, Juan Fernández de Oseguera, Alfón de Azafrán, Pedro Sánchez de Yepes y Juan de Torres- eran hombres buenos, en todos los casos “abonados”, como se exigía de sus fiadores y como éstos, sin duda, sabían que eran los mayordomos. Así, este oficio constituía un objetivo a alcanzar por ese grupo social en ascenso que copaba las escribanías públicas y las juradurías, y que se repartía el Regimiento con

---

<sup>279</sup>. Ordenamiento de 1422, ley XXIV, p. 597.

<sup>280</sup>. Estas labores del mayordomo se diseñan en una orden de Alfonso XI, fechada el 29 de abril de 1346, por la que clarifica algunas cuestiones del Gobierno municipal sevillano y que se incluye en el

los caballeros; de hecho, algunos de los mayordomos que tenemos documentados eran escribanos o jurados. Su salario era de 3.000 mrs. anuales<sup>281</sup>, idéntico al que percibían los regidores desde el reinado de los Reyes Católicos y superior al salario de los jurados; en todo caso, 3.000 mrs. no constituían una renta anual que permitiera un estatus económico boyante, por lo que hay que pensar que existía algún modo, legal o no, por el que el mayordomo obtenía rentas más jugosas.

La Mayordomía podía ser ocupada por personas que no participaban en los ayuntamientos de la Ciudad; sin embargo, los dos contadores, que completaron, al menos desde 1423, el trío de los oficiales de la Hacienda, si eran necesariamente miembros del Gobierno urbano. La reforma municipal de 1422, que hemos tratado en varias ocasiones, llevó consigo una regulación general acerca de los oficios que no es sino el ya referido Ordenamiento de 1422; pero esta serie de normas, que se habían dictado para Sevilla, no encajaban por completo en la organización política toledana, por mucho que las dos ciudades tuvieran importantes semejanzas en su constitución. Desde el primer momento de su aplicación, surgieron diferencias entre regidores y jurados a la hora de repartirse los oficios administrativos, entre ellos las contadurías y, para dar solución al problema, Juan II reguló el acceso a ellos por parte de unos y otros a través de una importante norma constitutiva fechada el 14 de julio de 1423<sup>282</sup>.

La regulación de 1423 expresa con toda claridad las competencias de los contadores, indicando que son los encargados de la recepción de las cuentas de las rentas y propios de la Ciudad, así como de los pechos y derramas "*quando se ovieran de resçebir*", además de acometer

Ordenamiento de 1422 para Toledo, ley XV bis, p. 588-591.

<sup>281</sup>. Esta es la suma que recibía en 1457 el mayordomo Antón de Ayllón; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 1, Data, nº 16; y la quitación que obtenía en 1491 el mayordomo Juan Fernández de Oseguera; vid., A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 10, Data, nº 1.

<sup>282</sup>. Esta orden de 1423, repetidamente citada en este capítulo, es conocida a través de varios traslados, el más antiguo de los cuales, fechado el mismo año 1423, se conserva en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 5/1; vid. Apéndice Documental, nº 3.

*“las otras cosas del oficio”*. En definitiva, su labor consiste en controlar la gestión del mayordomo, dar el visto bueno a sus cuentas y señalar el “alcance” o diferencia entre ingresos y gastos, para sumar esa cantidad o restarla del alcance que resultó del año anterior. La anotación final de las cuentas suele disponerse de esta manera: *“asy monta el cargo que se fase al dicho .... este dicho anno de [año] asy lo ordinario como las penas e el alcançe de los dichos annos pasados segund que de suso se faze mençion”*, a lo que se añade la suma total resultante y las firmas de los contadores y de las autoridades (corregidor, escribano).

En la referida regulación de 1423, Juan II establecía que los contadores habían de ser un regidor y un jurado, que ejercerían el oficio vitaliciamente y que su salario ascendería a 1.000 mrs para el contador-regidor y 500 para el contador-jurado, añadidos a los que ya recibían por sus oficios gubernativos<sup>283</sup>. Se trata de rentas poco cuantiosas para oficiales de alta dignidad, de modo que nos sentimos inclinados a pensar en la obtención de rentas extraoficiales por parte de los contadores.

A esta sencilla organización hacendística de Toledo, por lo que afecta a las instituciones, hay que añadir un relativamente complejo sistema de gestión de las rentas de la Ciudad. En el siguiente título examinaremos el conjunto de fuentes de renta de Toledo, pero ahora nos proponemos atender al modo en que eran administradas esas fuentes; hoy diríamos que se trataba de una gestión predominantemente indirecta, ya que los “propios y rentas” eran atendidos por arrendadores y receptores que no eran oficiales de la Ciudad, sino que tomaban esa responsabilidad, con todas las ventajas que ofrecía, a cambio del pago al mayordomo de una cantidad establecida. El arrendamiento de las rentas locales era habitual en todas las ciudades

---

<sup>283</sup>. Tenemos constancia de que se mantuvieron los salarios, como se observa en las cuentas de 1457, en las que figura el pago de 1.000 mrs al contador-regidor Arias Gómez de Silva; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 1, Data, nº 13.

castellanas de la época; Miguel Ángel Ladero ha constatado la misma realidad para la hacienda sevillana, donde el arrendamiento sustituye la gestión directa o “en fieltad” (a cargo de fieles del municipio), y afirma que este sistema se utilizaba por ser más provechoso<sup>284</sup>. Por supuesto, esto es cierto para una época en que no había una conciencia desarrollada del bien público, y, desde luego, sintomatiza una mentalidad poco proclive al desarrollo de la Administración. El arrendamiento de las rentas suponía el ahorro de personal al servicio público en un momento en que no se planteaba la ampliación de la organización municipal, de modo que se dejaba en manos de particulares una actividad para la que la Administración tardaría aún siglos en prepararse.

Hay que señalar que no podía ejercer cualquiera como arrendador de rentas; en primer lugar, lo tenían expresamente prohibido los oficiales de justicia de la Ciudad, advirtiéndoseles por primera vez acerca de tal impedimento a través de una orden de Juan I que podemos datar en torno a 1387<sup>285</sup>. Es posible que en el origen de esta prohibición se hallaran algunos casos conocidos de presiones sobre los contribuyentes por parte de personas tan influyentes; y la orden real debió tener efecto, ya que no conocemos ningún alto oficial toledano que tomara la gestión de rentas de la Ciudad. En octubre de 1408 la Regencia de Juan II prohibía a los judíos de todo el reino el arrendamiento de rentas<sup>286</sup>, una orden que debió aplicarse a la Hacienda local, ya que tampoco encontramos a judíos entre los arrendadores toledanos del siglo XV. Esta medida respondía al espíritu antisemita que se iba consolidando entre los castellanos desde los *pogroms* de 1391 y que daría lugar en Toledo a un número importante de conversiones, provocando el

---

<sup>284</sup>. M. A. LADERO, “Los propios de Sevilla...”, cit., p. 318.

<sup>285</sup>. Esta orden, inserta en su confirmación por Enrique III, prohíbe el arrendamiento de rentas a los caballeros y a los alcaldes; vid. A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5, fol. 134 r. – 135 r.

<sup>286</sup>. Se conserva un traslado de esta prohibición xenófoba, fechado el 8 de noviembre del mismo 1408, en A.M.T., caj. 5, leg. 7, nº 1/3-d.

desarrollo de un poderoso grupo de conversos que también sufriría las iras del pueblo<sup>287</sup>. Por otra parte, serían de hecho excluidos de la posibilidad de gestionar rentas urbanas los que carecían de la capacidad económica para hacerlo, que era la gran mayoría de la población; hay que recordar, para afirmar esta realidad, que entre las condiciones de la Ciudad para asumir la gestión estaba el depósito de cierta cantidad de dinero mediante fiadores, personas que se comprometían con sus bienes a garantizar el pago del arrendador al mayordomo. Como se puede observar, el arrendamiento de rentas de la Ciudad constituía otra modalidad de enriquecimiento para el grupo social en ascenso que estaba constituido por la élite del Común.

El arrendamiento de las rentas de la Ciudad se realizaba de un modo estrictamente normalizado. Cada una de estas fuentes de ingresos tenía un modo específico de cesión, caracterizado por un plazo concreto, que oscilaba entre el año de la mayoría de ellas y los ocho años de algunas salinas, pero sobre todo marcado por unas condiciones precisas que se materializaban en “cuadernos de condiciones”, actualizables con el paso del tiempo<sup>288</sup>. En estos cuadernos se especificaban los deberes de los contribuyentes, los privilegios de algunos de ellos, los derechos a que la Ciudad era acreedora; en definitiva, todo lo que se consideraba que el arrendador debía tener en cuenta al comprometerse a realizar su labor. Conocido este “pliego de condiciones”, la Ciudad procedía al arrendamiento<sup>289</sup>, estableciendo un plazo para la puja de los aspirantes a arrendadores: había una primera oferta por parte de alguno de éstos en que se fijaba

---

<sup>287</sup>. Sobre esta reorientación de la xenofobia en el final del Medievo vid. E. BENITO, “Del problema judío al problema converso”, *Simposio “Toledo Judaico”*, Toledo, 1973, tomo II, p. 5-28.

<sup>288</sup>. Desgraciadamente se ha perdido la casi totalidad de estos cuadernos, pero nos sirve como muestra el traslado de uno de ellos, fechado en 1440 y referido al arrendamiento de los Montes; vid. A.M.T., A.S., ala. 1, leg. 3, nº 2.

<sup>289</sup>. Se conserva la copia de un testimonio de los actos del arrendamiento de la salina de Peralejos para los años 1498-1506, por el que podemos hacernos una idea de cómo se realizaba el proceso de pujas y concesión del arrendamiento; vid. A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 2, fol. 131 r. – 132 r.

un precio; a esta primera oferta se le llamaba “remate de primo” y constituía una aceptación provisional por parte de los representantes de la Ciudad, que eran al menos un regidor y un jurado, presentes en todos los actos de la puja. A partir del remate de primo se abría un plazo de diez días para esperar una oferta más cuantiosa; si no llegaba ésta, se consideraba definitiva la oferta anterior y quedaba la renta “rematada de todo remate” y otorgada a quien con mayor cuantía había pujado por ella.

A continuación, se declaraban la forma y los plazos (tercios de año, año) en que el arrendador había de satisfacer el precio establecido. Sin pérdida de tiempo, el beneficiario presentaba documentos de fiadores, personas que obligaban sus bienes a la satisfacción de las cantidades declaradas en los plazos que se habían fijado<sup>290</sup>. El resto del proceso se limitaba al normal cumplimiento de las condiciones generales establecidas en los cuadernos y de las específicas fijadas en el remate; para hacer posible la recaudación, el arrendador tenía a su servicio receptores a los que él, con sus ingresos, debía pagar, sin que la Ciudad interviniera de ningún modo ni en esta cuestión ni en la contabilidad que, sin duda, había de llevar el beneficiario de la cesión. En caso de incumplimiento de las condiciones referidas sí podía intervenir Toledo, como ocurrió en 1477, cuando la Ciudad, temiendo no recibir los pagos correspondientes de Diego de la Rúa, arrendador de *“cierta parte del sennorio de los nuestros montes de los annos pasados de quatroçientos e setenta e tres e setenta e quatro annos”*, ordenó a la justicia de las cuadrillas de la comarca actuar contra aquéllos que tenían deudas con el arrendador<sup>291</sup>.

---

<sup>290</sup>. Se han conservado algunos documentos que expresan fianzas para arrendadores; entre ellas las que presentó Lope Francés en 1482 para adquirir la renta de la correduría de verde y seco y la renta de las meajas de lienzo; vid. A.M.T., A.S., caj. 6, leg. 1, nº 6, pza. 1 y pza. 3, respectivamente; en ambas ocasiones actuó como fiadora su madre Constanza Núñez, obligando 20.000 mrs. en el primer caso y 5.000 en el segundo. Acerca de los fiadores vid. A. COLLANTES DE TERÁN, “Los fiadores en la hacienda concejil sevillana bajomedieval”, *Mayurqa*, 22 (1989), tomo I, p. 191-198.

<sup>291</sup>. Una copia de esta comisión se conserva en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 2, fol. 43 r. – 44 r. En



### 3.4.3. Fuentes de ingreso

No resulta sencillo establecer una tipología mínimamente desarrollada de las fuentes de renta de Toledo en la época que nos ocupa, máxime si volvemos a recordar la pobreza de las fuentes, pero al menos podemos establecer un cuadro general de estos recursos y pasar a comentar cada uno de los tipos generales de los que Toledo se servía<sup>292</sup>. Podemos comenzar con el siguiente cuadro<sup>293</sup>:

- Rentas derivadas de la jurisdicción sobre los Montes.
- Ingresos procedentes de monopolios de la Ciudad.
- Tasas impuestas sobre la producción y el comercio.
- Tarifas sobre el tráfico de personas y bienes.
- Rentas de inmuebles rurales y urbanos.
- Ingresos procedentes de sanciones judiciales.

---

este documento se especifica que la pretensión de la Ciudad era que el arrendador Rúa satisficiera los pagos que tenía pendientes con el mayordomo Francisco de León.

<sup>292</sup>. Una útil exposición de las fuentes de ingresos de las haciendas urbanas se debe a M. A. LADERO, *Las haciendas concejiles* ..., cit.

<sup>293</sup>. Hay que admitir que aquí expondremos los conceptos de ingresos ordinarios (aunque puedan hacerse reproches por clasificar como tal al último de los tipos que incluimos); dejaremos para el final del apartado algunas notas acerca de los ingresos extraordinarios.

### *A. Rentas derivadas de la jurisdicción sobre los Montes*

La adquisición de los Montes supuso la puesta en funcionamiento de una fundamental fuente de recursos económicos para Toledo. Desde el primer momento la Ciudad se hizo acreedora de la percepción de ciertos derechos como señor de la tierra; y así lo comprobamos en el fuero de Pulgar, en el cual se señalan los derechos de humazgo que los labradores habían de satisfacer y la ubicación del peso de la Ciudad, entre otras atribuciones de tipo jurisdiccional<sup>294</sup>. El detalle con que es posible conocer la renta de Pulgar representa una excepción, atribuible al conocimiento que tenemos de su fuero, pero sólo de este lugar y de las villas de Puebla de Alcocer y Yébenes nos ha llegado este tipo documental<sup>295</sup>.

Sin embargo, podemos conocer la renta global de los Montes para los años en que tenemos cuentas de cargo de Mayordomía; si tomamos como ejemplo los años 1491 y 1519<sup>296</sup>, cuyas cuentas de ingresos se conservan completas, apreciamos unas rentas bastante notables, además de observar en qué cantidad eran arrendados estos ingresos. En primer lugar, apreciamos que se dividen en catorce partidas: seis cuadrillas y ocho escribanías, cada una arrendada individualmente, siendo el precio de la cesión de las primeras muy superior al que se ofrecía en

---

<sup>294</sup>. El fuero de Pulgar, otorgado en el siglo XIII, es conocido por su actualización de 1483, donde se recuerdan las atribuciones antiguas de la Ciudad y se modifican parcialmente; vid. A.M.T., caj. 11, leg. 5, nº 1.

<sup>295</sup>. El fuero de Puebla de Alcocer, fechado en 1288, se halla inserto en una confirmación de 1290, de la cual conservamos una copia simple de hacia 1400 en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5, fol. 5 r. – 6 vto., y ha sido publicado por E. SÁEZ, “Fueros de Puebla de Alcocer y Yébenes”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LIV (1948), p. 111-113. La modificación del fuero de Yébenes de Toledo, fechada en 1371, se conserva en un traslado de 1416 en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5, fol. 7 r. – 9 vto., y está publicada por E. SÁEZ, op. cit., p. 113-116.

<sup>296</sup>. El cargo del año 1491 se conserva en A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 10; el de 1519, en la misma caja, cuad. 20. Para simplificar las referencias, en adelante anotaremos solamente el número del cuadernillo y, en su caso, el número de la partida de ingreso a que estamos aludiendo.

la puja por las segundas. Las cuadrillas eran los distritos fiscales de los Montes: Milagro, Las Ventas, San Pablo, Herrera, Arroba y Estena; cada una se cedía globalmente a una o varias personas que percibían todos los derechos de la Ciudad en el distrito, gracias a la correspondiente “carta de recudimiento”. No todas las cuadrillas generaban similar volumen de rentas: Milagro, Las Ventas y Arroba eran mucho más valoradas en el arrendamiento que San Pablo y Estena, que tenían rendimientos mucho más discretos<sup>297</sup>.

Las ocho escribanías son las de Yébenes con Marjaliza, Pulgar, La Retuerta, Estena, Milagro, Las Ventas, Herrera y Arroba con Hontanarejo. Toledo tenía la atribución de nombrar escribanos en Los Montes y eran ocho las poblaciones en que se ubicaban éstos<sup>298</sup>; en lugar de designar al oficial correspondiente, la Ciudad arrendaba anualmente el despacho por un precio, destacando entre ellos el de Yébenes, que representaba aproximadamente la mitad del total de los ingresos debidos al arrendamiento de las escribanías. En todo caso, el precio de estos despachos era poco significativo en relación a los remates que se establecían para las cuadrillas, ya que de un total de 254.924 mrs. que Toledo ingresó en 1491 por el arrendamiento de las rentas de los Montes, solamente ascendía a 7.190 lo que se había pagado por las ocho escribanías, mientras que por las seis cuadrillas se sumaban 247.734 mrs., de modo que el precio de las escribanías sobre el total de la renta comarcal representaba un 2,82%. En 1519 el porcentaje se elevaba a 3,21%, ya que el arrendamiento de las escribanías había supuesto 12.915 mrs. de los 401.317, más siete

---

<sup>297</sup>. Por presentar casos extremos podemos referirnos a la diferencia entre el precio pagado en 1491 por el arrendamiento de la cuadrilla de Las Ventas, 79.834 mrs., frente a los 15.500 mrs. que fueron abonados por la de San Pablo; vid. cuad. 10, n° 1/2 y n° 1/3.

<sup>298</sup>. Por la documentación del siglo XVI sabemos que las escribanías se convirtieron en nueve poco después del periodo del que aquí nos ocupamos, al independizarse la de Marjaliza respecto de la de Yébenes. Al menos esto era así desde 1540, año en que comienza la serie completa de las cuentas; vid. A.M.T., Ms., sec. B, n° 250, fol. II r. – LXXVIII r.

arrobas de cera, que habían sido ingresados por la renta monteña<sup>299</sup>.

Más interesante resulta destacar que el volumen total de las rentas provenientes de la comarca representaba un más que notable porcentaje del conjunto de los ingresos toledanos; así, los 254.924 mrs. que en 1491 Toledo había obtenido de los Montes suponían un 23,6% del total del cargo que el mayordomo había tomado aquel año; los 401.317 mrs. de origen monteño de 1519 llegaban al 32,17% del total de los ingresos de la Ciudad. De todo esto se deduce que la jurisdicción sobre los Montes, con las rentas que de ella se derivaban, resultaba esencial para la Hacienda de la Ciudad.

### *B. Ingresos procedentes de monopolios de la Ciudad*

La intervención de las ciudades castellanas sobre la venta de productos básicos para la alimentación se justificaba en el deber asumido por los gobiernos urbanos de garantizar el abastecimiento; esta intervención se convertía en ocasiones en monopolio de venta, o al menos en una participación importante en la comercialización de un producto mediante locales particularmente dotados, llamados en la documentación “asientos”, “bancos” o “redes”. Los productos en cuya venta hemos detectado al menos una participación notable de Toledo son el trigo, la carne y el pescado.

Ya hemos comentado la adquisición por Toledo, mediante donación regia, del Mesón del

---

<sup>299</sup>. Para 1491 vid. cuad. 10, y para 1519, cuad. 20.

Trigo en 1203<sup>300</sup>, una donación que expresaba la entrega “*illum mesonem in Toletu ubi venditur triticum*”, el local donde se comercializa en la ciudad este producto básico para la alimentación. Este texto puede hacernos pensar en un monopolio, dado que la cita que acabamos de insertar parece indicarnos que el Mesón del Trigo era el único lugar donde se vendía este producto. Sin embargo, sabemos que los particulares comerciaban con trigo<sup>301</sup> y que había profesionales en la fabricación de pan<sup>302</sup>, así como propietarios de hornos para esta labor<sup>303</sup>; pero también es cierto que la Ciudad, preocupada por el abastecimiento de la ciudadanía o por la posibilidad de obtener beneficios particulares para oligarcas, se constituía en la gran productora de trigo en la Tierra<sup>304</sup> y en la gran almacenadora y vendedora en la Ciudad<sup>305</sup>, además de regular su producción<sup>306</sup> y su

<sup>300</sup>. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 3, nº 1, pza. K. Recordemos que la décima parte de las rentas obtenidas habían de reservarse a la Iglesia de Toledo.

<sup>301</sup>. Se conserva una buena cantidad de escrituras que documentan compraventas de diversas cantidades de trigo, generalmente deudas de particulares a mercaderes de Toledo, que venden y prestan trigo y simiente del mismo; vid. como ejemplo el reconocimiento de una deuda de 2.000 mrs. que, el 19 de octubre de 1503, Juan García de Mascaraque, vecino de Toledo, hace a Luis de Segovia, por cierta cantidad de trigo y pan que le había vendido, en A.H.P.T., Protocolos, nº 1219, fol. CXXV r. – vto.

<sup>302</sup>. La presencia de productores de pan en Toledo puede comprobarse en diversos documentos; por ejemplo en el acensamiento de un suelo en Las Covachuelas, extramuros de la ciudad, que Toledo hace al vecino de Toledo Juan García “*panadero*”; vid. A.M.T., Tributos, caj. 5, nº 1. La existencia de panaderías se evidencia por la orden de la reina Juana, fechada el 20 de julio de 1515, en que prohíbe a los extranjeros “de estos reinos” tener carnicerías, pescaderías o panaderías; vid. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 29/b.

<sup>303</sup>. En 1455 Juan González Husillo, vecino de Toledo, traspasa a Mayor de Bargas un horno de pan tributario del Monasterio de Santo Domingo el Antiguo en la ciudad de Toledo; vid. A.M.T., C.C.J., nº 10/1.

<sup>304</sup>. Más arriba se ha presentado a la Ciudad como gran propietaria de tierras de pan, realidad que conocemos particularmente por dos momentos en que adquiere multitud de tierras: el primero de ellos a mediados del siglo XIV (vid. A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 1, nº 2, nº 3 y nº 4) y el segundo a comienzos del siglo XVI (vid. A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 2).

<sup>305</sup>. Se tiene constancia de la capacidad de almacenaje de la Ciudad por una donación de 20.000 fanegas de pan que el Cardenal Cisneros le donó en 1512. Sobre su almacenamiento se discutió en el ayuntamiento de 26 de mayo de aquel año, del que se conserva una copia autenticada de 1639; vid. A.M.T., A.S., caj. 3, leg. 3, nº 3, fol. 1 r. – vto. La generosa donación arzobispal dio lugar a una serie

comercialización<sup>307</sup>, al margen de percibir una tasa sobre la producción y comercialización del pan, la llamada “renta del alaminazgo de las panaderas”<sup>308</sup>.

En cuanto a la carne y el pescado, al margen de los derechos que Toledo obtenía de su circulación, poseía la Ciudad tres establecimientos importantes de venta: la carnicería mayor, la de Zocodover y la red del pescado. El “asiento” de la carnicería mayor producía la escasa renta de 1.000 mrs. en 1491 y de 2.000 en 1519<sup>309</sup>; la carnicería de Zocodover parece resultar bastante más rentable a la Ciudad, quizá por su céntrica situación, pues alcanzaba los 8.500 mrs. en 1491<sup>310</sup>. La red del pescado, probablemente por encontrar menor competencia en este género, producía rentas muy superiores a los dos establecimientos de carnicería, sumando 27.000 mrs. en

---

de discusiones en sucesivos ayuntamientos, debido al problema de su almacenamiento, hasta que el 18 de junio del mismo 1512, la Ciudad decidió crear una mayordomía del pan para controlar la entrada y salida de este producto en los almacenes municipales; vid. la copia autenticada de 1639 de las ordenanzas de la mayordomía del pan en A.M.T., A.S., caj. 3, leg. 3, nº 3, fol. 8 vto. En 1519 dos diputados de la Ciudad, un regidor y un jurado, revisan las cuentas de un tal Francisco Ramírez, mayordomo del pan de Toledo; vid. A.M.T., Pósito, caj. 1, nº 4.

<sup>306</sup>. Al menos en la comarca montañesa, la Ciudad ordenaba la producción, como se puede observar a través de la ordenanza “de los que labran por pan en los Montes”; vid. una copia del siglo XV de esta norma, emitida hacia 1400, en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5, fol. 48 r. – 48 vto.

<sup>307</sup>. El control del comercio del pan, así como de los otros dos productos básicos a los que nos referiremos, se vislumbra por la orden que la Ciudad emitió en 1390 de no vender pan, vino ni carne a ningún clérigo de Toledo. Esta orden, debido al conflicto que causó, tuvo que ser revocada el 23 de julio de aquel año; vid. el pregón de esta revocación en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 9, nº 1/1. Sobre este conflicto entre Ciudad y Cabildo vid. R. IZQUIERDO, “Conflictos entre los poderes temporal y eclesiástico en las ciudades medievales: el caso de Toledo en 1390”, *En la España Medieval*, 7 (1985), p. 1089-1103. Pero se observa con mayor claridad a través de la orden que la Ciudad emite a las villas y lugares de su jurisdicción en La Sagra, comarca de gran producción cerealera, en la que se especifica la cantidad que cada una de ellas está autorizada a vender en la ciudad; vid. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 8. La Ciudad, por otra parte, regulaba el precio del pan, así como de otros productos, a través de los fieles ejecutores, cuya actividad en este sentido podemos ejemplificar con las notificaciones que debían estos oficiales al Cabildo de Jurados cada sábado; así se aprecia en las notificaciones de 24 de abril de 1479; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 6, fol. 30 vto., y de 15 de septiembre de 1481, vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 6, fol. 32 vto.

<sup>308</sup>. Esta renta, de escaso valor, se recoge en el cargo de mayordomía de 1491; vid. cuad. 10, nº 30.

<sup>309</sup>. Cuad. 10, nº 45; y cuad. 20, nº 39.

<sup>310</sup>. Cuad. 10, nº 41.

1491 y 39.500 en 1519<sup>311</sup>. Como se ve en las cuentas de cargo de mayordomía, todos estos comercios eran arrendados por la Ciudad a particulares del mismo modo en que eran cedidas las rentas de los Montes.

### *C. Tasas impuestas sobre la producción y el comercio*

Una parte fundamental de los ingresos de la Ciudad tenía su origen en los gravámenes que se imponían sobre la producción y movimiento de productos de todo tipo, dada la cantidad de figuras impositivas que en las cuentas de cargo de mayordomía parecen referirse a ellos. La forma en que se gravaban estas actividades económicas era variada: algunas de las figuras indicadas parecen aludir a actividades de producción y transformación; otras se aplicaban sobre el control de pesos y medidas; y otras, sobre la compraventa. Veremos una a una estas tres formas de aplicar el impuesto.

Sobre las actividades de producción y transformación de materias primas las tasas no parecen recibir una denominación concreta, apareciendo en las cuentas generalmente como “derechos” de la Ciudad sobre tal o cual producto o actividad. Así ocurre con el “derecho” del carbón, cuya renta se arrendaba por un precio modesto<sup>312</sup>, cantidad esta a la que había que añadir

---

<sup>311</sup>. Cuad. 10, nº 47; y cuad. 20, nº 40.

<sup>312</sup>. 13.000 mrs. en 1491 y 8.500 en 1519; vid. cuad. 10, nº 22, y cuad. 20, nº 24, respectivamente. Vamos dando los precios por los que se arriendan en los años señalados para ofrecer una referencia cuantitativa de lo que cada renta supone en los ingresos totales de Toledo, que en aquellos años sumaron 1.084.345 y 1.247.300 mrs. respectivamente.

la recepción de veinte cargas de encina para el brasero de la Sala de los Ayuntamientos<sup>313</sup>. Significativamente más cuantiosos eran los “derechos del trigo”, que probablemente gravaban a los productores, renta que era arrendada en varias decenas de millares de maravedies<sup>314</sup>, aunque a esta cifra habría que añadir cierta cantidad que el arrendador debía satisfacer a algunos particulares o instituciones (“situado”) y a la Iglesia (“diezmo”). El llamado “*apresçio de los molinos*”, cuya renta era muy modesta<sup>315</sup>, debía corresponder al conjunto de las tasas que por moler satisfacían los molineros toledanos; este gravamen suponía una contrapartida razonable a la garantía que constituía la preocupación de la Ciudad por el abastecimiento de trigo a estos centros de producción. En momentos de dificultad los poseedores de molinos, situados la mayor parte de ellos a orillas del Tajo, recurrían a la Ciudad para solicitar su ayuda; así, el 15 de septiembre de 1479, los maestros molineros acudieron a Toledo para que actuara ante la notable bajada del caudal del río que ponía en apuros su labor y, con ella, la producción de harina panificable, esencial para el abastecimiento de la ciudad<sup>316</sup>.

Otra renta toledana que gravaba la manufactura era la “adahala de los alfahares”, de ínfima relevancia económica<sup>317</sup>, pero útil al menos para controlar la producción de bienes de uso doméstico tan corrientes, que en Toledo se concentraba en la collación de San Isidro, lindante con el tramo de la muralla que desciende del puente de Alcántara hacia el norte del recinto<sup>318</sup>.

---

<sup>313</sup>. “*Salvado de las veynte cargas*”, se suele expresar en las cuentas; vid. cuad. 10, nº 22.

<sup>314</sup>. 53.100 mrs. en 1491 (cuad. 10, nº 16) y 32.000 en 1519 (cuad. 20, nº 17).

<sup>315</sup>. Nula en 1491 (cuad. 10, nº 25) y 2.200 mrs. en 1519 (cuad. 20, nº 30).

<sup>316</sup>. Esta solicitud de los molineros se conserva en A.M.T., C.C., caj. 3, nº 35.

<sup>317</sup>. Sólo se valoró su arrendamiento en 200 mrs. el año 1491 (cuad. 10, nº 27).

<sup>318</sup>. En un contrato de compraventa de 1442 se traspasa un suelo que se halla en el “arrabal de los alfahares, collación de San Isidro”; vid. A.H.N., Clero, carp. 3087, nº 18.



Posiblemente haya que considerar también en este grupo el alaminazgo de los tejares, algo más cuantioso<sup>319</sup>, pero también con intención de controlar la producción, como es el caso del alaminazgo del esparto y la renta de rejas y papel<sup>320</sup>. Todos estos gravámenes resultaban escasamente rentables para las arcas toledanas, pero cabe pensar que se dirigieran sobre todo a garantizar la producción local, asegurando en ella un mínimo de calidad.

El control de pesos y medidas sí que producía rentas cuantiosas a la Ciudad. Existían unas herramientas oficiales para pesar y medir las cantidades de los productos que entraban en la ciudad y que se vendían en ella, y éstos quedaban en manos de oficiales de Toledo y de arrendadores, por los que pasaban los productos que llegaban de fuera y los que del interior salían al mercado. Los derechos que se derivaban de esta actividad de control procedían de una institución hispanomusulmana que pasó a las ciudades de la Corona de Castilla; se trata de una atribución de la Monarquía que ésta fue cediendo a las ciudades debido a la facilidad que éstas tenían para usar de ella. La institución en cuestión era el almotacén, una figura del mundo islámico que se responsabilizaba de diversas actividades mercantiles urbanas, entre ellas la limpieza de los mercados y el control del peso y la medida de los productos que en ellos había<sup>321</sup>.

En Toledo estas herramientas, que servían tanto para obtener rentas como para evitar fraudes mercantiles, estaban en manos de diversas personas, algunas de ellas en cumplimiento de una tarea oficial, otras beneficiándose económicamente de su empleo. El primer grupo de personas lo formaban quienes tenían los pesos de la harina de los accesos a Toledo y cumplían el

---

<sup>319</sup>. 2.900 mrs. en 1491 (cuad. 10, nº 23) y 3.102 en 1519 (cuad. 20, nº 25).

<sup>320</sup>. 2.400 mrs. en 1491 (cuad. 10, nº 33) y 2.100 en 1519 (cuad. 20, nº 32), en el caso del alaminazgo del esparto. La renta de rejas y papel no pudo arrendarse en 1491 (cuad. 10, nº 35) y sólo se hizo por 316 mrs. en 1519 (cuad. 20, nº 37).

<sup>321</sup>. M. A. LADERO, "Las haciendas concejiles ....", cit., p. 28, sospecha que la expansión de los derechos de almotacenazgo por las ciudades del centro de la Península se deben a la influencia

cometido de cuantificar y gravar las cantidades que entraban de este producto en la ciudad<sup>322</sup>. La renta que se obtenía por esta labor era por fuerza cuantiosa, al aplicarse sobre un producto sumamente básico, y posiblemente era la más importante de las que habían quedado bajo la tradicional denominación de “almotacenazgo” en Toledo<sup>323</sup>, una renta que se arrendaba por 122.700 mrs. en 1491 y por 113.500 en 1519<sup>324</sup>, lo que supone, respectivamente, un 11,3% y un 9,0% del total de los ingresos de la Ciudad, porcentajes muy estimables.

El otro grupo de personas que se responsabilizaban de pesos y medidas municipales eran arrendadores de rentas específicas para diversos productos, posiblemente independizadas de un primitivo almotacenazgo que pudo abarcar todo lo pesable y medible. Por encima de todas las demás rentas de este grupo destaca el “peso del mercado”, valioso instrumento de exacción que debía servir para estimar las cantidades de muy diversos productos circulantes en la ciudad; en los años que hemos tomado como ejemplo, el peso del mercado fue arrendado por un precio superior al del almotacenazgo: 131.000 mrs. en 1491 y 172.750 en 1519<sup>325</sup>, difras que suponen, respectivamente, un 12,0% y un 13,8% sobre el total de los ingresos de dichos años.

Pero el control de pesos y medidas no se detenía en estos dos cuantiosos gravámenes, sino que probablemente también responden a este tipo impositivo las “meajas” que se imponían sobre diversos productos, entre las que destacan las “meajas de los paños”, que incidían en la

---

toledana.

<sup>322</sup>. Estos “tenentes” de los pesos de la harina toledanos eran cinco y recibían una quitación diversa, según la puerta de que se encargasen, pero que rondaba los 5.500 mrs. anuales; vid. cuad. 10, Data, nº 4, entre otras nóminas.

<sup>323</sup>. M. A. LADERO, “Los propios de Sevilla...”, cit., p. 330, observa cómo en la ciudad del Guadalquivir había en el siglo XV una larga serie de partidas de renta que se habían independizado del almotacenazgo, pero este derecho aún agrupaba un conjunto de rentas de diversa importancia.

<sup>324</sup>. Cuad. 10, nº 17, y cuad. 20, nº 18.

<sup>325</sup>. Cuad. 10, nº 19, y cuad. 20, nº 20.

comercialización de la producción textil, produciendo notables rentas<sup>326</sup>; y las “medidas y meajas de almonedas”, de similar renta<sup>327</sup>, que gravarían los bienes que salían a subasta pública. En conjunto, las percepciones basadas en pesos y medidas representaban en torno al 25-30% de los ingresos de la Ciudad, lo que suponía para ésta una importantísima fuente de recursos que se relacionaban directamente con la propia dinámica económica de la ciudad.

La tercera de las formas en que se aprovechaba esta dinámica para la obtención de rentas municipales era la imposición de tasas sobre las compraventas de bienes. Este impuesto se asemejaba a las alcabalas, pero éstas, de atribución regia, no fueron cedidas en ningún momento a la Ciudad, de modo que ésta tuvo que incorporar a las operaciones económicas indicadas su propia exacción. En general, las imposiciones toledanas de esta especie se denominaban “derechos de correduría” y Enrique II los confirmó a Toledo en 1375, al tiempo que concedía licencia a la Ciudad para arrendarlos<sup>328</sup>. Eran cuatro las corredurías que se arrendaban: las de heredades, de las bestias, de fruta verde y seca y de ropa vieja; cuatro, por tanto, los productos cuyas transacciones eran gravadas por este impuesto indirecto. El monto de la renta del conjunto de las corredurías asciende a 104.700 mrs. en 1491 y a 151.922 en 1519<sup>329</sup>, lo que supone, respectivamente, un 9,6% y un 12,1% sobre el total de los ingresos; pero no todas las corredurías tenían el mismo valor, ya que la correduría “de verde y seco”, como se expresa generalmente en la documentación, representa más de tres cuartas partes del total.

---

<sup>326</sup>. El precio del arrendamiento fue de 25.500 mrs. en 1491 (cuad. 10, nº 20), y de 24.500 en 1519 (cuad. 20, nº 22).

<sup>327</sup>. Las medidas y meajas de almonedas se arrendaron en 1519 por 28.375 mrs. (cuad. 20, nº 21).

<sup>328</sup>. Esta merced fue emitida el 30 de abril de 1375; vid. A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5, fol. 108 r. – vto. Dos meses después, el 23 de junio, el mismo monarca dejaba en manos de Toledo la libre elección de los arrendadores de este impuesto; ambos documentos han sido publicados por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales...*, cit., p. 211-212, y 212, respectivamente.

<sup>329</sup>. Cuad. 10, nº 29, 32, 36 y 37; cuad. 20, nº 34, 19, 35 y 38.

### *D. Tarifas sobre el tráfico de personas y bienes*

Los gravámenes sobre el movimiento de personas y bienes solía ser atribución regia, pero al final del Medievo había ciudades castellanas que contaban con recursos de esta clase, logrando imponer tasas al aprovechar el trasiego por su territorio, bien fuera de personas, bien de cargas transportadas para ser vendidas, bien de ganado en movimiento trashumante. Toledo contó con algunas de estas imposiciones, que contemplaremos una a una: el portazgo de Bisagra, los montazgos de Milagro y Cijara y el travesío de San Andrés, el pontazgo del Guadarrama y la barquería del Tajo.

Al estudiar la formación de los propios toledanos, hemos comentado la cesión de una renta de 200 mrs. anuales sobre el portazgo de la Puerta Bisagra por parte de Alfonso VIII a la Ciudad en 1196, y el posterior traspaso de esta renta, por Fernando III, a los montes de Magán en 1219. En poco más de veinte años Toledo había adquirido y había perdido los derechos sobre este impuesto regio; sin embargo, en algún momento posterior la Monarquía volvería a ceder a la Ciudad una parte o el total del portazgo de Bisagra, ya que en las cuentas del final del Medievo éste es uno más de los ingresos ordinarios<sup>330</sup>. La renta de Bisagra no quedaba íntegramente en manos de Toledo, porque la Ciudad había de ceder prácticamente la mitad de los ingresos a instituciones eclesiásticas: de los 25.000 mrs que producía en 1491, 12.000 eran para Toledo, 10.000 para el Monasterio de San Agustín, 2.200 para el de San Pedro Mártir y 800 para la Mesa Arzobispal. No resultaba novedoso el hecho de que se repartiera este portazgo, ya que incluso los particulares gozaron de sus recursos; así, vemos cómo en la segunda mitad del siglo XIV, el alcalde mayor Diego Gómez de Toledo se comprometía a entregar 800 mrs. anuales que tenía de

---

<sup>330</sup>. En 1491 el portazgo de Bisagra producía a Toledo 12.000 mrs. (cuad. 10, nº 48) y 12.010 en 1519

renta en el portazgo de Bisagra a los monasterios de San Agustín y de Santa Úrsula, a cambio del cumplimiento por parte de éstos de cierta manda piadosa<sup>331</sup>. Hay, por otra parte, síntomas del deseo de la Ciudad de ampliar esta atribución impositiva, como deducimos de la orden de los Reyes Católicos al corregidor Manrique, el 17 de marzo de 1477, en la que solicitaban a éste que se ocupase de impedir que se cobrara portazgo en otra puerta toledana que no fuese Bisagra<sup>332</sup>. El valor, en fin, conferido a este acceso dio lugar a la construcción de uno mayor, en lugar más elevado y mejor preparado para la vigilancia, un acceso que no es otro que la magnífica puerta nueva de Bisagra, levantada por el arquitecto Alonso de Covarrubias ya en pleno estilo renacentista<sup>333</sup>.

Los dos montazgos antiguos de Toledo, uno en Milagro y otro en Cijara, se debían a la merced que en 1255 el rey Alfonso X concedió para dotar a la Ciudad de nuevos y necesarios recursos<sup>334</sup>. En el privilegio se especificaba qué proporción de cabezas se había de tomar de los rebaños que atravesaran estas montazgos, pero posiblemente no resultaran demasiado productivas estas imposiciones, ya que, como sabemos, la Tierra de Toledo quedó marginada de las grandes vías pecuarias del país. Un síntoma de esta improductividad es la ausencia de confirmaciones de los montazgos después del reinado de Enrique III; el hecho indiscutible es que en las cuentas del siglo XV estos montazgos no aparecen entre los propios que se arrendaban. Sí aparece, en

---

(cuad. 20, nº 36).

<sup>331</sup>. Esta manda, fechada el 26 de febrero de 1370, se conserva en A.S.D.R., nº 595.

<sup>332</sup>. Esta orden se conserva en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 24, pza. 2.

<sup>333</sup>. Los gastos a que la Ciudad tuvo que hacer frente para la construcción de esta puerta nueva, se reflejan en un inventario de 1517, en que se detallan diversas partidas (peones, material, acarreo); vid. A.M.T., O.P.B., nº 1.

<sup>334</sup>. El original de este privilegio de Alfonso X no se ha conservado, pero sí tenemos diversas copias insertas en confirmaciones, la más antigua la de Juan I en 1379, (A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 2, nº 1), aunque conservamos también la de Enrique III en 1393 (A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 2, nº 2, pza. 2),

cambio, una tasa nueva por el paso de ganado en estas cuentas<sup>335</sup>; al comienzo del reinado de los Reyes Católicos la Ciudad, a instancia del Concejo de la Mesta, había abierto una vía pecuaria que conectaba transversalmente las grandes cañadas segoviana y soriana y que tenía como fin el cambio de dirección de los rebaños para evitar el pago de imposiciones en el puerto de Montalbán y en la tierra de la Orden de Calatrava<sup>336</sup>. El acuerdo entre Toledo y la Mesta parecía ventajoso para ambas entidades: los propietarios de ganados eludían el pago de las tasas reales, a cambio de la satisfacción de derechos menos cuantiosos a Toledo, que así obtenía un ingreso más para su Hacienda.

Pero este acuerdo no tardaría en encontrar serios problemas; en 1487, sólo una década después de su entrada en funcionamiento, Rabi Mayor, arrendador del servicio y montazgo real, se quejó a los Reyes Católicos de la disminución de las rentas que había de recaudar debido a la marcha de rebaños por cañadas nuevas, entre las cuales, sin duda se hallaba ésta de San Andrés. Isabel y Fernando reaccionaron ordenando al Concejo de la Mesta que transitasen con sus bestias por las cañadas antiguas, de modo que los intereses regios no sufrieran menoscabo<sup>337</sup>. A pesar de la actitud enérgica de los monarcas, aún nueve años después el “travesío” de San Andrés seguía abierto, siendo en esta ocasión la propia Ciudad quien se inclinaba por cerrarlo, y así lo solicitaba

---

además de algunas copias del siglo XVIII.

<sup>335</sup>. En concreto, se registra en 1491 la renta de 7.000 mrs. por “*el paso del ganado que pasa por Santandres*”; vid. cuad. 10, nº 40.

<sup>336</sup>. Esta operación de reorientación de rutas ganaderas se conoce gracias a la solicitud de Toledo al Concejo de la Mesta que se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 5, nº 1/1, documento que seguimos en nuestro discurso. Algunas cuestiones relacionadas con esta ruta alternativa han sido comentadas por J. P. MOLÉNAT, *Campagnes et monts de Tolède du XIIe au XVe siècle*, Madrid, 1997, p. 261-262. Las grandes cañadas y lavía pecuaria de San Andrés se pueden observar en los mapas de la Tierra que se ofrecen en el capítulo 1 de este trabajo.

<sup>337</sup>. Esta orden, fechada el 16 de octubre de 1487, se conserva en el Archivo Municipal de Toledo, no sabemos por qué razón, aunque quizá se explique por la implicación toledana en el “fraude” a la Hacienda regia; vid. A.S., caj. 5, leg. 2, nº 4.

al Concejo de la Mesta el 24 de agosto de 1496<sup>338</sup>, no sabemos si movida por el temor a la sanción regia o por la razón aducida en la petición, que no era otra que la molestia que el paso de las bestias suponía para los labradores de los Montes.

En todo caso, influiría poderosamente en la solicitud de los toledanos la limitada rentabilidad que obtenían de una vía que dañaba los intereses de los productores de la zona, y por tanto los propios intereses de la Ciudad, y que además debía ser ilegal, ya que los Reyes Católicos, al referirse a estas nuevas cañadas, en la orden de 1487 que más arriba hemos comentado, afirmaban que *“aquellas se avian de abrir con facultad real con ynformacion de los recabadores del serviçio e montadgo”*; no cabe presumir que el travesío de San Andrés contara con esta autorización, pues lesionaba los intereses de la Monarquía y de sus agentes hacendísticos. A pesar de todo, el Concejo de la Mesta contestaba a la solicitud de Toledo el 8 de septiembre del mismo 1496 negando a la Ciudad la posibilidad de cerrar la nueva vía, argumentando su privilegio de transitar por todo el reino *“por lo que se sigue que pueden muy bien yr por los dichos montes de Toledo e cannada de Santandres sin pagar ninguno ni algund derecho mas del serviçio y montadgo ques devido a sus altezas”*<sup>339</sup>. No podemos asegurar que los rebaños de la Mesta dejaran de transitar desde entonces por el travesío de San Andrés, pero al menos Toledo no ingresaría rentas por este concepto.

Finalmente, cabría añadir a este pequeño conjunto de rentas que se obtenían del movimiento de los ganados un juro de 8.000 mrs anuales que la Ciudad tenía situado en el servicio y montazgo de Montalbán; se trata de un ingreso que en las cuentas toledanas se denomina

---

<sup>338</sup>. A.M.T., A.S., caj. 5, leg. 1, nº 5/1, cit.

<sup>339</sup>. Esta respuesta del Concejo de Mesta se halla en A.M.T., A.S., caj. 5, leg 1, nº 5/2.

*previllejo del paso de Montalvan que tiene la Çibdad*<sup>340</sup>, sin duda el más saneado de los ingresos de este grupo.

El pontazgo del Guadarrama y la barquería del Tajo eran, como el travesío de los Montes, rentas que obtenía Toledo por la prestación de servicios a quienes atravesaban su Tierra. En el caso del primero de estos gravámenes, se nos aparece con evidencia que la tasa que se imponía derivaba de la construcción del puente por la Ciudad. En 1468, el viejo paso que existía para salvar el Guadarrama, una legua río abajo de Toledo, había sido destruido por una impetuosa crecida; podemos localizar la ubicación de este puente antiguo gracias a la descripción que nos facilita la licencia que Enrique IV concedía a Toledo aquel año para el cobro del pontazgo: “*en el camino que desa çibdad va a la villa de Torrijos habia una puente que se dise de Guadarrama que esta en el rio de la dicha Guadarrama*”<sup>341</sup>; se trata del camino que unía a Toledo con la Meseta norte a través de Ávila, vital para las comunicaciones de la ciudad. En consecuencia, el viejo puente, como el nuevo que entonces se iba a levantar, había de coincidir, aproximadamente, con el que hoy salva el Guadarrama pocos kilómetros al oeste de Toledo.

La Ciudad, estimando la necesidad de reconstruir el paso sobre el río, solicitó al rey la licencia para poder obtener un pontazgo, “pontaje” según expresa la autorización, del paso de personas y bienes, con el objeto de poder así financiar el levantamiento del puente, que había de ser inmediato. En aquel año 1468 el rey don Enrique concedió este privilegio, y Toledo pudo percibir esta tasa sobre quien cruzara el río, no sólo por el puente sino también por los vados a lo largo de dos leguas, una abajo y una arriba de dicho paso. En la autorización enriqueña no se especifica la duración de este privilegio, pero sospechamos que solamente duró el tiempo que se

---

<sup>340</sup>. Cuad. 10, n° 50, y cuad. 20, n° 43.

<sup>341</sup>. Así se expresa este privilegio fechado el 4 de septiembre de 1468, unas semanas después de la entrega de Toledo a Enrique IV, un momento en que, téngase en cuenta, el rey se sentía inclinado a



tardó en satisfacer las deudas que ocasionaría la construcción del puente, ya que en las cuentas de los últimos años del siglo XV no encontramos este ingreso, posiblemente por tratarse de una partida extraordinaria, destinada a durar un tiempo limitado y, por tanto, no arrendable, sino gestionada directamente por la Ciudad. Medio siglo después del levantamiento del puente del Guadarrama encontramos una prueba evidente de la preocupación de Toledo por la conservación de este precioso medio para la comunicación con el norte castellano: en 1519 se establecía la prohibición de atravesarlo con carretas, por temor seguramente a que se desplomase de nuevo<sup>342</sup>.

Es posible, por otra parte, que la Ciudad percibiese ingresos de modo ordinario por el paso sobre el puente de Villarta de los Montes, pero nada seguro se puede afirmar al respecto, porque de existir esta renta, no podía figurar en las cuentas de Mayordomía, ya que iría incluida en el arrendamiento de alguna cuadrilla de los Montes<sup>343</sup>. En todo caso, no sería importante la cantidad ingresada por este concepto; en el caso del puente sobre el Guadarrama, el pontazgo interesaba, en primer lugar, por conseguir un modo de financiación para un paso que sin duda era muy transitado por los mercaderes toledanos que se dirigían al norte y por los del norte que llegaban a Toledo.

Sí fue un ingreso habitual la llamada “barquería”, una tasa sobre el servicio que prestaban las barcas de la Ciudad a los que habían de cruzar el Tajo con sus bienes; un servicio al que era necesario recurrir para quienes atravesaban la Tierra de Toledo en dirección norte-sur, dado que el discurrir de las aguas del río se hace más violento en una zona en la que el valle se encajona.

---

favorecer a esta ciudad; vid. la merced en A.M.T., A.S., caj. 6, leg. 1, nº 12.

<sup>342</sup>. La prohibición nos es conocida por un comentario algo posterior a ella; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 121, fol. 53 r.

<sup>343</sup>. Nos hace sospechar del cobro de un pontazgo en el lugar una petición acerca de los derechos sobre este puente de Villarta, fechada el 13 de abril de 1497 y conocida por un traslado de 1534; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 244, pza. 38.

Se trata, en consecuencia, de un ingreso seguro para la Hacienda municipal, que lo arrendaba por 12.000 mrs. en 1491 y por 14.000 en 1519<sup>344</sup>. La renta de la barquería, llamada en otros ámbitos “barcaje”<sup>345</sup>, completa este conjunto de exacciones que la Ciudad pudo imponer beneficiándose del tráfico en general de gentes de fuera de la Tierra, ya que los toledanos estaban exentos de estos impuestos.

### *E. Rentas de inmuebles rurales y urbanos*

Al referirnos a estos ingresos de la Ciudad nos movemos en el terreno de los propios, aunque habrá que tener en cuenta que la mayoría de ellos no tenían su origen en propiedades, sino en rentas situadas sobre bienes que utilizaban particulares de diversa condición. Estas rentas a las que ahora nos referimos son tributos generados por contratos muy frecuentes en la época: los censos enfitéuticos, que constituían derechos, generalmente satisfechos en dinero, sobre inmuebles que la Ciudad, en este caso, había transferido a los particulares en forma perpetua<sup>346</sup>. Estos tributos eran impuestos sobre casas, suelos, tiendas, cámaras, bóvedas, torres y molinos, entre otros bienes; y no constituían una excepción en el conjunto de las instituciones toledanas de la época, ya que algunas entidades de carácter religioso, como el Cabildo de Santa María o el

---

<sup>344</sup>. Cuad. 10, nº 21, y cuad. 20, nº 23.

<sup>345</sup>. Así se denominaba en Zamora, Benavente, Talavera, Plasencia, Murcia, Sevilla y otras ciudades andaluzas; vid. M. A. LADERO, “Las haciendas concejiles...”, cit., p. 38.

<sup>346</sup>. Sobre esta figura jurídica vid. B. CLAVERO, “Enfiteusis, ¿qué hay en un nombre?”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, LVI (1986), p. 467-519.

Monasterio de Santo Domingo el Real, gozaban de un volumen de tributos notablemente superior al que disfrutaba la Ciudad<sup>347</sup>.

Las rentas de inmuebles que en las cuentas de Mayordomía se consideraban no eran muy cuantiosas, alcanzando solamente 16.538 y 42.452 mrs. en los dos años que hemos tomado como muestra<sup>348</sup>, lo que supone un 1,6 y un 3,4% respectivamente del total de los ingresos. Los inmuebles que se explotaban eran fundamentalmente urbanos y, dentro de éstos destacaban las casas y las tiendas, sobre todo porque sumaban una importante cantidad de objetos de tributación y no porque cada una de ellas produjera cuantiosas rentas. Pueden exceptuarse de esta regla las casas que formaban parte de la manzana de la Sala de los Ayuntamientos, citadas como *casas debaxo del ayuntamiento*, sobre cada una de las cuales se cargaba un tributo anual superior a 2.000 mrs.<sup>349</sup>. Frente a estos inmuebles excepcionalmente rentables se encontraban otros, sobre todo suelos, que tributaban incluso por debajo de los 100 mrs. anuales<sup>350</sup>.

Hay que señalar un detalle acerca de la ubicación de estos inmuebles: el hecho de que, además de encontrarse en la ciudad y no en la Tierra, se acumulaban en algunas zonas: las Herrerías, San Lázaro o Covachuelas, periféricas las dos últimas, lo que suponía quizá cierta pérdida de valor.

Por último, refiriéndonos a los inmuebles rurales, se observa que son muy escasos los que

---

<sup>347</sup>. Sobre la naturaleza de los bienes de estas entidades vid. R. IZQUIERDO, *El patrimonio del Cabildo de la Catedral de Toledo en el siglo XIV*, Toledo, 1980; J. L. BARRIOS, "Arrendamientos y subarrendamientos de inmuebles urbanos en Toledo durante el siglo XV: acceso al 'dominio útil', su movilidad y fragmentación", *Anales Toledanos*, XXXIV (1997), p. 89-102, y *Santo Domingo el Real y Toledo a fines de la Edad Media (1364-1507)*, Toledo, 1997.

<sup>348</sup>. 1491 y 1519; vid. cuad. 10 y cuad. 20, respectivamente.

<sup>349</sup>. Cuad. 20, nº 71, 72 y 73.

<sup>350</sup>. Éste es el caso de una serie de suelos que se citan en las cuentas de cargo de 1519; vid. cuad. 20, nº 60, 61 y 62, entre otros.

tenía en sus manos Toledo, limitándose a un puñado de viñas y de olivares que se arrendaban a particulares para su explotación a cambio de rentas en dinero<sup>351</sup>. Llama la atención la ausencia de tierras de pan, cuando sabemos que las compras de este tipo de bienes raíces fueron muy frecuentes, como ya hemos comentado. Cabe pensar que el producto de estas tierras, que debían ser cuantiosas, llegaran directamente al pósito, sin pasar por las manos del mayordomo, pero nada seguro puede afirmarse respecto a este asunto.

#### *F. Ingresos procedentes de sanciones judiciales*

Se ha repetido a lo largo de este trabajo la confusión existente entre justicia y gobierno en la época de que nos ocupamos. Hemos observado a los oficiales mayores de Toledo como agentes gubernamentales y judiciales a un tiempo; el propio Regimiento, con la presencia de los oficiales mayores, de los jurados y del escribano mayor, es decir como Ciudad, en sus reuniones resolvía conflictos surgidos entre vecinos; el juez de la Fielidad actuaba como delegado de la Ciudad para actuar como juez de primera instancia y los alcaldes ordinarios eran también oficiales de Toledo; en fin, la Ciudad misma era administradora de justicia en la ciudad y su Tierra<sup>352</sup>. De este deber, o servicio, directamente relacionado con la labor gubernativa, se derivaba la capacidad

---

<sup>351</sup>. Cuad. 20, nº 64 y nº 75, 76, 77, 78 y 79.

<sup>352</sup>. La compleja administración de justicia en Toledo merece un voluminoso trabajo clarificador del que aún hoy no disponemos. Contamos, eso sí, con un estudio relacionado con el tema, el de A. PALOMEQUE, “El fiel del juzgado de los propios y montes de la ciudad de Toledo”, *Cuadernos de Historia de España*, LV-LVI (1972), p. 322-399. Sobre la justicia en general, como maquinaria, vid. J. SÁNCHEZ-ARCILLA, *La administración de justicia en León y Castilla en la Baja Edad Media (1252-1504)*, Madrid, 1980.

de la Ciudad para imponer sanciones económicas a los que violaban normas, particularmente a los infractores de ordenanzas locales, ya que Toledo era el emisor de las mismas y el organismo directamente perjudicado por estas faltas de los particulares. Estas sanciones impuestas por la Ciudad se diferenciaban claramente de las llamadas “penas de cámara”, que eran aquéllas que se debían a la Monarquía.

Con cierta frecuencia se encuentran en ordenanzas y otros documentos determinaciones acerca de las penas que Toledo había de llevar por las infracciones cometidas. En 1519, la Ciudad expresaba la cuantía de las penas que había de satisfacer quienes falseaban pesos<sup>353</sup>. Bastantes años antes, en 1475, Toledo determinaba las penas que recaerían sobre los que practicaran el juego de los dados, prohibido por considerarlo contrario a la moral pública<sup>354</sup>; en esta prohibición se señala que el fruto de la sanción se dividía en cinco partes *“allende de las penas que pertenesçen a los arrendadores que tienen arrendadas las penas de los dados”*; de estas cinco partes, una correspondía al delator, otra al ejecutor de la pena (un fiel ejecutor o un alguacil ordinario), otra al alguacil mayor y dos a Toledo; así, la sanción servía para remunerar a algunos oficiales, además de obtener la Ciudad algún dinero y para premiar la “colaboración ciudadana”. Los fieles ejecutores, ávidos de ingresos, eran los primeros interesados en favorecer la denuncia de estos delitos y de otras infracciones, y una de sus labores era la información al Cabildo de Jurados sobre las penas impuestas; gracias a estas notificaciones, conocemos otras sanciones, como la que se impone a un vecino de Toledo por vender pescado fresco en su casa<sup>355</sup>.

---

<sup>353</sup>. Sobre esta ordenanza nos informa un documento de la época; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 121, fol. 53 r.

<sup>354</sup>. Se conoce esta ordenanza por una copia que se conserva en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 2, fol. 42 vto. – 43 vto.

<sup>355</sup>. Tenemos constancia de algunas de estas denuncias gracias a la copia que el Cabildo de Jurados ordenó a su escribano de las visitas de los fieles ejecutores de Toledo los sábados para notificar las

Las sanciones de este tipo, denominadas “penas” en las cuentas de Toledo, no parecen generar cuantiosos ingresos a la Ciudad: el mayordomo percibía por este concepto 48.302 mrs. en 1491 y 30.725 en 1519<sup>356</sup>, lo que supone un 4,4% y 2,4%, respectivamente, sobre el total de las rentas. Sin embargo, parece verosímil que no todos los recursos toledanos de este género pasaran por las manos del mayordomo, lo que supondría un aumento de las cantidades y de los porcentajes señalados. Esta sospecha se basa en el hecho de que “*la renta de las penas de los juegos de dados y naypes y otros juegos vedados*”, que parecer ser la más jugosa de las de este grupo, no aparece en algunas cuentas de Mayordomía. Quizá sea así porque en un momento determinado, el cobro de estas sanciones dejó de ser objeto de arrendamiento por parte de Toledo. Hasta 1494, al menos, la renta de todos los juegos vedados era cedida<sup>357</sup>, pero aquel año los Reyes Católicos prohibieron tajantemente el arrendamiento, argumentando la dificultad de los fieles para castigar estos delitos<sup>358</sup>. En años anteriores ya se habían producido quejas por parte de los arrendadores: en 1492, éstos solicitaban a la Ciudad medios más adecuados para perseguir las infracciones<sup>359</sup>; el mismo año 1494 el fiel ejecutor Juan Ramírez rogaba al Cabildo de Jurados que el problema de los juegos se tratara en los ayuntamientos de la Ciudad, debido a que se relacionaba con comportamientos que repugnaban a la moral de la época<sup>360</sup>. La prohibición de

---

novedades de su quehacer. La notificación de la sanción referida se encuentra en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 6, fol. 30 r.

<sup>356</sup>. Cuad. 10, nº 38, 39, 66, 67, 68 y 69; y cuad. 20, nº 31, 96, 97, 98 y 99.

<sup>357</sup>. Así lo observamos en las cuentas de 1491, año en que esta renta se remató en la nada despreciable suma de 37.000 mrs., vid. cuad. 10, nº 38, de donde hemos tomado la cita anterior.

<sup>358</sup>. La prohibición de los Reyes Católicos, en A.M.T., A.S., caj. 6, leg. 1, nº 13, pza. 1, reconoce que “*las rentas de los juegos desa dicha çibdad es propios della*”.

<sup>359</sup>. Fernando de Úbeda, vecino de Toledo, representaba al conjunto de los beneficiarios del arrendamiento de aquel año; vid. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 70.

<sup>360</sup>. De esta cruda forma lo expresaba el fiel ejecutor: “*en esta çibdad ay muchas tavernas donde de continuo acogen e juegan a los dados e naypes e que en son de jugar fruta e vino se juegan dineros*”.

arrendar las penas de los juegos vino acompañada de una “disposición transitoria” de los mismos monarcas, que en julio de 1494, cuatro meses después de la prohibición, aplazaban ésta por un año para impedir que sufrieran menoscabo las arcas toledanas, ya que la renta de las penas de juegos vedados había sido ya rematada para aquel año<sup>361</sup>. La prohibición sería confirmada más tarde por la reina doña Juana, que en 1508 advertía al corregidor de Toledo sobre la necesidad de su cumplimiento<sup>362</sup>.

La razón de la desaparición de las penas de juegos, partida importante cuantitativamente, tengámoslo presente, de las cuentas de Mayordomía puede deberse a su ingreso directo en las arcas toledanas, o bien a su gasto casi inmediato en la mejora de la muralla de la ciudad. Una misiva del rey don Fernando, fechada en 1497, nos hace pensar en ello, ya que este monarca, el 1 de septiembre de aquel año, solicitaba al corregidor Pedro de Castilla información sobre la marcha de la mejora de la cerca con los recursos obtenidos de las rentas de las penas del juego<sup>363</sup>. Si además de estas penas, había otras que tampoco pasaban por Mayordomía, es posible que haya que considerar a las sanciones como una partida bastante más importante para los ingresos de la Ciudad de lo que a primera vista parece.

A partir de los datos que tenemos disponibles en las cuentas de Mayordomía de los años que hemos tomado como ejemplo (1491 y 1519) presentamos a continuación, para concluir con

---

*e allende de este danno dan causa que reniegan e dizen mal a nuestro sennor e a sus santos e allende desto es causa que muchos moços se van ally asy que tienen sennores commo los que no les tienen e de alli vienen el urtar e faser otros dannos*”; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 6, fol. 39 r.

<sup>361</sup>. El precio de este remate se elevaba a 45.000 mrs., dato que nos ofrece la misma orden de julio, en A.M.T., A.S., caj. 6, leg. 1, nº 13, pza. 2, y que deja traslucir la progresión de la rentabilidad de este ingreso.

<sup>362</sup>. La orden de Juana I se conoce por un traslado de la misma, suscrito el mismo año 1508, que se halla en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 1, nº 4.

<sup>363</sup>. Una copia de esta carta que, significativamente, envía el monarca a su hombre de confianza y no

el título de los ingresos, una tabla en la que se exponen éstos clasificados en once grupos, que se corresponden con los que hemos analizado separadamente, con la salvedad de que las tasas sobre producción y comercio aparecen desglosadas en los tres subgrupos que hemos distinguido en su momento (producción, pesos/medidas y corredurías). Además, en 1491 se incorpora el ajuste que supone el “alcance” del mayordomo de los años anteriores, en forma de deuda del oficial con la institución. El concepto “Otros” integra un complejo conjunto de partidas que resultan difíciles de identificar.



INGRESOS: AÑOS 1491 Y 1519				
CONCEPTO DE INGRESO	AÑO 1491 (CANTIDAD)	AÑO 1491 (PORCENTAJE)	AÑO 1519 (CANTIDAD)	AÑO 1519 (PORCENTAJE)
MONTES	254.924 mrs.	23.6%	401.302 mrs.	32.1%
MONOPOLIOS	68.500 mrs.	6.3%	41.500 mrs.	3.3%
PRODUCCIÓN	73.500 mrs.	6.7%	48.218 mrs.	3.8%
PESOS/ MEDIDAS	338.500 mrs.	31.2%	339.125 mrs.	27.1%
CORREDURÍAS	104.700 mrs.	9.7%	151.922 mrs.	12.1%
TRÁFICO	39.000 mrs.	3.5%	26.000 mrs.	2.0%
INMUEBLES	16.538 mrs.	1.6%	42.452 mrs.	3.4%
PENAS	48.302 mrs.	4.4%	30.725 mrs.	2.4%
OTROS	17.814 mrs.	1.7%	166.046 mrs.	13.8%
ALCANCE	122.541 mrs.	11.3%	-	-
TOTAL	1.137.766 mrs.	100%	1.247.300 mrs.	100%

### 3.4.4. Gastos de la Ciudad

Si los estudios sobre ingresos de las haciendas municipales se han multiplicado últimamente, no ha ocurrido lo mismo con su contrapartida, los gastos, que sufre un prolongado estancamiento<sup>364</sup>. Es posible que la deficiencia de las fuentes influya en esta escasez de investigaciones pero, al menos en lo que se refiere a Toledo, las deficiencias son tan lamentables para los gastos como para los ingresos. Quizá este último asunto despierte mayores expectativas para el investigador por lo revelador que puede resultar en cuanto al carácter señorial de las entidades urbanas o por lo que informa acerca de la vida económica de la ciudad; sin embargo, hay que reseñar, que el estudio de los gastos trae a la luz, como veremos, algunas realidades del mayor interés, como son la simbolización del poder de los oligarcas o el germen de una “política social” aún bastante difusa. No hay duda, en todo caso, de que el análisis de los gastos, a la hora de intentar comprender la hacienda de una entidad urbana, merece una atención que hasta hoy no ha tenido.

Por el propio hecho de la penuria de estudios sobre este asunto, se hace difícil plantear una división en grupos de las partidas de gastos; los escasos modelos con que contamos<sup>365</sup> no

---

<sup>364</sup>. Los trabajos sobre haciendas locales en general suelen dedicar mucho menor volumen a los gastos que a los ingresos, aunque prácticamente todos reservan algún apartado al asunto. Además de los trabajos de este tipo, algunos de ellos ya referidos en el título anterior, hemos de señalar el estudio de M. A. MONTURIOL, “Estructura y evolución del gasto en la Hacienda Municipal de Madrid: último tercio del siglo XV”, *En la España Medieval*, 5 (1984), p. 651-692, dedicado específicamente a esta cuestión.

<sup>365</sup>. M. A. MONTURIOL, op. cit., presenta un cuadro que dota de especial relieve a tres grandes grupos de gastos: los que atienden al funcionamiento del concejo, basados en los salarios a los oficiales; los que denomina “gastos de transferencia”, que atienden los servicios; y los que sirven de “vehículo de cohesión social y de propaganda del poder”, fundamentalmente las fiestas. M. A. LADERO, “Las haciendas concejiles...”, p. 57-58, expone, basándose en los trabajos sobre esta cuestión, un complejo cuadro con cuatro puntos fundamentales: el funcionamiento del concejo, los servicios públicos, las actividades de “cohesión social y propaganda del poder” y la amortización de deudas/anticipos a la hacienda regia.

resultan perfectamente válidos para Toledo, de modo que a continuación proponemos nuestro propio cuadro, imperfecto y abierto a correcciones, pero que será debidamente justificado a medida que vayamos entrando, a lo largo de los epígrafes de este título, en su contenido más detallado. Ahora sólo lo presentamos:

- Salario de los oficiales.
- Funcionamiento de la Ciudad.
- Servicios.
- Fiestas y solemnidades.
- Obras pías.

#### *A. Salario de los oficiales*

Los estudios sobre el gasto municipal coinciden en señalar que el de los salarios es el apartado cuantitativamente más importante del conjunto, lo que no debe resultar extraño a quien conoce cómo se reparten los presupuestos de gastos de las administraciones públicas actuales. Pero el predominio de los salarios es más aplastante si se les agrupa con los gastos generales de funcionamiento del concejo, siendo ésta la razón fundamental por la que aquí los separamos en dos grupos diferentes. Téngase en cuenta, además, que sólo consideramos en este grupo los emolumentos de quienes tenían un salario anual establecido, dejando al margen, para el siguiente epígrafe, los abonos de quienes circunstancialmente servían a la Ciudad, que no eran pocos. En consecuencia, los oficiales aquí considerados son los siguientes: alcaldes mayores, regidores,

escribano mayor, mayordomo, contadores, fieles ejecutores, guardas del vino, letrados, procuradores, veedores de tintoreros, tenentes del sello de los tintes, sofieles, verdugo, pregonero, pesadores del carbón y pesadores de la harina.

La ausencia del delegado regio puede ser llamativa, pero se explica por el hecho de que no parece que fuera siempre Toledo quien pagaba a sus corregidores, si nos referimos al delegado que arraigó definitivamente en la Ciudad. Se conoce una orden de los Reyes Católicos en que instaban al Gobierno local a hacerse cargo del pago de 25.000 mrs. anuales a Gómez Manrique<sup>366</sup>; sin embargo, es seguro que el corregidor Ferrer fue remunerado con rentas regias, como se comprueba por la orden de la reina Juana I a sus contadores mayores para que a este oficial le fueran librados 308.000 mrs. anuales por el ejercicio de la corregiduría de Toledo<sup>367</sup>. Tampoco figuran los jurados en las nóminas, ya que a ellos también se les satisfacían sus quitaciones a costa de las rentas reales, como prueba la orden de Enrique IV, de 1469, a sus arrendadores de alcabalas de Toledo para que reservasen la cantidad necesaria para que fueran remunerados los jurados de la Ciudad<sup>368</sup>. En cuanto al alguacil, ya hemos visto que no percibía salario alguno, sino que se beneficiaba de rentas que generaban sus actuaciones.

Las cuentas de data más antiguas que se conservan en Toledo nos reafirman en la idea del predominio de los gastos “de personal” sobre los demás: en 1519 ascendían a un total de 496.282 mrs., lo que supone un 41,2% de los gastos totales computados<sup>369</sup>; en 1491, alcanzaban 476.427

---

<sup>366</sup>. Este documento está fechado el 20 de febrero de 1477, días después de la llegada de este corregidor; vid. A.G.S., R.G.S., 1477, II, fol. 318.

<sup>367</sup>. La orden real se copia en los cuadernos de libramientos de salarios de la Contaduría Mayor; vid. A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 23, fol. 598 r. No insistiremos más sobre el asunto del salario del corregidor, puesto que ya se ha tratado en el apartado 2.5. de este trabajo.

<sup>368</sup>. Esta orden se halla en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 1, nº 1/1. En este mismo capítulo, al tratar sobre las remuneraciones de los jurados, hemos citado otras órdenes de pago a costa de las rentas reales.

<sup>369</sup>. A la hora de valorar las cifras que se irán dando hay que tener en cuenta que se toma como ejemplo

mrs., dando lugar a un porcentaje cercano al anterior<sup>370</sup>. Tanto en los años señalados como en todos los demás las nóminas de los oficiales no suelen faltar en las cuentas incompletas, ya que la primera orden de pago del año de la Ciudad era el libramiento de los salarios de sus oficiales, realidad que no tiene por qué ser reveladora de egoísmo o de avaricia por parte de los miembros de los ayuntamientos, sino que tiene su explicación en el hecho de que no había apenas gastos fijos y éstos sí lo eran.

Esta elevada suma de remuneraciones se debe en buena medida a que el salario de los alcaldes mayores era muy notable, ascendiendo a 318.000 mrs. anuales. En el año que tomamos como muestra, esta cantidad se acercaba a dos tercios del total de los salarios y a una cuarta parte del conjunto de los gastos de la Ciudad<sup>371</sup>, siendo quizá más significativo aún en años anteriores a 1477, en que, como sabemos, no había uno sino dos alcaldes mayores, lo que suponía 636.000 mrs. anuales a las arcas toledanas<sup>372</sup>. Otra quitación notable, aunque a gran distancia de la anterior, era la del escribano mayor, que ascendían a 10.400 mrs. anuales<sup>373</sup>, aunque éste percibía otros ingresos por el ejercicio de sus funciones. La mayoría de los oficiales percibía salarios discretos; así, 3.000 mrs. obtenían los regidores, el mayordomo y el verdugo, 2.000 los letrados

---

el año 1519, porque es uno de los que tiene la Data más completa; como ejemplo que es, los datos que de él obtenemos sólo son aproximativos, aunque consideramos que pueden hacernos una idea bastante correcta de la composición del gasto toledano, al menos de esta época tardía, por numerosas razones que en su momento se irán presentando. La Data de 1519 tienen la signatura A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 20, Data; por comodidad citaremos sólo el número del cuadernillo y, si es necesario, el número del párrafo en que se encuentra la cita.

<sup>370</sup>. Cuad. 10. El porcentaje no puede expresarse con demasiada aproximación ni en éste ni en muchos otros años, ya que las cuentas no se conservan, ni mucho menos. completas.

<sup>371</sup>. Cuad. 20, nº 1/44.

<sup>372</sup>. Aunque no tengamos cuentas para comprobar la satisfacción de estos salarios, sabemos que se libraban en tal cuantía, puesto que ésta fue acordada por un compromiso que el alcalde mayor Pedro López de Ayala estableció con la Ciudad en 1415; vid. A.M.T., Ms., sec. B., nº 639.

<sup>373</sup>. Cuad. 10, nº 1/5, y cuad. 20, nº 1/42.

y los veedores de tintoreros, 700 los sofieles, 500 los contadores. Como se puede observar, la cuantía del salario no indica, en ningún caso, la consideración social que se tenía del oficio.

### *B. Funcionamiento de la Ciudad*

Este apartado de los gastos, que a menudo se ha vinculado a los salarios, conviene observarlo individualmente por el hecho de que era, a diferencia del anterior, una partida mucho más dinámica, imprevisible al comienzo del año administrativo y por eso repartido a lo largo del curso en multitud de libramientos que obedecían a las correspondientes cartas de pago. Al final del Medievo no existía el presupuesto de gastos y el capítulo que aquí consideramos era uno de los que rompían todas las posibles previsiones. Consideramos gastos de funcionamiento a todos aquéllos que generaba el normal desarrollo de las actividades municipales, al margen de los salarios, desde la reparación de un banco de la Sala de los Ayuntamientos hasta el envío de un mensajero a la Corona de Aragón, desde la necesidad de pregonar un mandamiento de la Ciudad en los lugares de la Tierra hasta la presentación de probanzas en pleitos de la Ciudad en el Consejo o en las chancillerías. Debido a la amplitud de este concepto de “funcionamiento”, nos vemos en la necesidad de distinguir tres apartados bien definidos, que a continuación pasamos a comentar: los gastos generales, las mensajerías y el sostenimiento de pleitos.

Lo que llamamos “gastos generales” constituye una partida relativamente importante y engloba todos los desembolsos que podemos considerar ordinarios: mantenimiento y mejora de las instalaciones municipales, pregón de mandamientos y ordenanzas en la ciudad y la Tierra, vigilancia de los términos de Toledo, visitas de la Tierra, redacción de escrituras, pago de tributos

situados sobre propiedades municipales, entre otras varias actuaciones. Encontramos muchos aunque modestos gastos en el mantenimiento de las instalaciones de la Ciudad, y en primer lugar de la Sala de los Ayuntamientos, como es la compra de cuatro esteras en 1491 por 528 mrs. o la adquisición de un cofre-archivo en 1519 por 204 mrs.<sup>374</sup>. Pero la preocupación por el buen estado de los edificios y otras instalaciones locales no se detenía en la sala de reuniones, sino que se dirigía sobre todo a la conservación de los medios de obtención de ingresos; así, eran gastados en el año que hemos tomado como ejemplo 99 mrs. en sacar las barcas del agua, 400 en reparar las pesas del carbón, 16.875 en vigilar el puente del Guadarrama o 170 en reforzar la red del pescado.

Había que destinar otras sumas, no demasiado cuantiosas, para remunerar a quienes desarrollaban la misión de dar a conocer en la Tierra las disposiciones de la Ciudad, ya que era necesario el pregón público de mandamientos y ordenanzas. Estas funciones las realizaban con frecuencia los sofíeles, que necesitaban varios días para notificar las órdenes, de modo que era inevitable pagarles el viaje y la manutención durante la expedición. Las misiones se realizaban por comarcas; así, encontramos al sofíel Cristóbal de Salvatierra recorriendo durante cinco días los lugares de La Sagra para comunicar la prohibición de la Ciudad de hacer padrones sin su autorización<sup>375</sup>; el mismo mandamiento ponían en conocimiento de los lugares de La Sísila el propio sofíel Salvatierra y su compañero Alonso de Tapia<sup>376</sup>.

---

<sup>374</sup>. Cuad. 10, nº 14/8, y cuad. 20, nº 40/13, respectivamente. La compra de este arca constituye una muestra del crecimiento en volumen de la documentación municipal; en las cuentas se expresa que se adquiere “*un cofre para tener las cartas que traen del rey nuestro sennor e de otras partes*”, lo que quizá indique la existencia de una primitiva organización del archivo.

<sup>375</sup>. Cuad. 20, nº 18/15. Cuando no se indique lo contrario, nos estamos refiriendo a actuaciones del año 1519.

<sup>376</sup>. Cuad. 20, nº 18/20. Debieron ser más días los que necesitaron en esta comarca, ya que les fueron pagados 408 mrs. por su labor.

Otro tipo de misión en los lugares de la Tierra, en particular en la comarca de los Montes, era la visita, en la que el juez de la Fielidad o una pareja de oficiales diputados por la Ciudad revisaban el orden y el cumplimiento de las normas, elaborando un cuaderno en el que se reflejaban los delitos cometidos, denunciados y castigados y el estado de orden en que se encontraban los lugares. El fiel Alonso de Silva pasó cincuenta y cuatro días ocupado en visitar los Montes en el otoño de 1519, labor por la que le fueron librados 10.800 mrs.<sup>377</sup>; el verano anterior, el regidor Gutierre de Guevara y el jurado Miguel de Hita habían pasado otros cuarenta y nueve días en los Montes cumpliendo la misma misión y percibiendo el regidor 14.600 mrs. y el jurado 7.450<sup>378</sup>.

Para concluir, señalemos misiones, realizadas también en la Tierra, que eran habituales por considerarse necesarias: la guarda de términos. Con demasiada frecuencia se producían quejas, sobre todo por parte del Cabildo de Jurados, lamentando la ocupación de términos de la Ciudad por obra de particulares; para protegerse de las usurpaciones, Toledo no disponía de oficiales especializados y utilizaba a personas que recorrían los caminos observando la correcta ubicación de los mojones y, en su caso, denunciando desplazamientos de éstos u ocupaciones por particulares de bienes de propios o comunales; estos “guardas de los términos”, que actuaban por parejas, eran comisionados por meses, y por meses se les pagaba al término de su labor, aunque lo más corriente era que si habían ejercido correctamente su función, prosiguieran con ella por otro mes y así sucesivamente hasta desarrollar su labor por tiempos relativamente largos<sup>379</sup>.

---

<sup>377</sup>. Cuad. 20, nº 21. Silva cobró a razón de 200 mrs. diarios.

<sup>378</sup>. Cuad. 20, nº 11. La diferencia de cuantía cobrada por uno y otro se debe al rango diferente; solía ocurrir que por la misma misión un regidor cobrara el doble que un jurado, como sucedió en esta ocasión, en que Guevara percibía 300 mrs. diarios e Hita solamente 150.

<sup>379</sup>. Esta prolongación de la misión de guarda la vemos en Juan Alderete, al que se libraron sucesivos pagos a lo largo de 1491 y 1492; vid. cuad. 10, nº 16, 23 y 32.



La segunda partida de gastos de funcionamiento se destinaba al pago de mensajeros, necesarios para la comunicación de la Ciudad con el exterior, no sólo con la Monarquía, sino también con otras ciudades y entidades. Hemos estudiado la mensajería de la Ciudad en otro capítulo y hemos observado que los mensajeros no funcionaban de modo independiente sino que formaban equipos, de modo que cuando un representante de Toledo tenía que instalarse temporalmente en algún lugar, pongamos por caso la Corte, precisaba de la ayuda de subalternos que mantuvieran la comunicación entre la Ciudad y él<sup>380</sup>. A través de las cuentas de Mayordomía se puede observar cierta evolución, sin matices por la escasa documentación que ha quedado, pero con la suficiente claridad como para afirmar que floreció notablemente la mensajería toledana al comienzo del siglo XVI, realidad que se dejaría ver en el movimiento comunero, marcado, entre otros muchos factores, por el desarrollo de la red de comunicaciones entre las ciudades rebeldes.

El hecho es que de constituir una partida poco importante al comienzo del reinado de los Reyes Católicos, los gastos de mensajería se incrementaron fuertemente en las dos primeras décadas del siglo XVI: en 1519, la Ciudad gastó cerca de 100.000 mrs. en el envío de mensajeros a multitud de lugares de la Península Ibérica, llegándose a utilizar los servicios de un delegado para las comunicaciones, el “correo” Juan de Benavente, quien recibía de la Ciudad el pago de los gastos de las mensajerías y se servía de un equipo de mensajeros con los que garantizaba a Toledo el funcionamiento del servicio<sup>381</sup>. Además de las tradicionales mensajerías a la Corte, la Ciudad emprendió, al comienzo del reinado de Carlos I, una campaña de comunicaciones con

---

<sup>380</sup>. En el capítulo 2 hemos estudiado las mensajerías como instrumento de relación entre Toledo y la Monarquía, pero aquí tratamos las mensajerías desde el punto de vista económico y bajo una óptica globalizadora, de modo que no sólo consideramos las mensajerías que vinculaban Ciudad y corona, sino todas las que ponía Toledo en funcionamiento.

<sup>381</sup>. La mayoría de los encargos de mensajes le llegaban entonces a Benavente, pero algunos de más corto recorrido, e incluso de largo recorrido pero quizá de especial delicadeza eran encargados a un regidor, un jurado o uno de los cuatro sofíes, oficiales por los que la Ciudad manifestaba un apego

otras ciudades, impulsada por los acontecimientos que se intuían: en el otoño de 1519 un mensajero se dirigía a Madrid, Guadalajara, Soria y Cuenca, con la misión de *“llevar unas cartas sobre que supliquen al rey nuestro sennor que no quiera partyr destos reynos”*, mientras otros dos se encaminaban a otras ciudades con la misma propuesta: uno de ellos a Córdoba, Jaén y Sevilla; el otro a Segovia, Valladolid, Burgos, León, Toro, Zamora, Salamanca y Ávila<sup>382</sup>.

Movida por las circunstancias políticas, la Ciudad iniciaba así una “política” intensa de relaciones exteriores al margen de la tradicional proyección al lugar en que la Corte se encontrara. Pero no sólo el asunto de la partida del rey hacia el Imperio intensificaba las relaciones entre las ciudades castellanas: Toledo envió mensajeros a Córdoba, Sevilla y Jaén para tratar con sus concejos cierto asunto de los encabezamientos que a todos concernía<sup>383</sup>. Por otra parte, el hecho de la desvinculación física del rey respecto a las altas instituciones de justicia -las chancillerías- obligaba a diversificar los destinos de los mensajeros de la Ciudad, ya que los asuntos de carácter judicial movían las relaciones de Toledo con la Monarquía tanto como los que ligaban a la Ciudad con la persona del rey. Por eso, consideramos el sostenimiento de pleitos como una tercera partida de gastos de funcionamiento.

La necesidad de sostener eficientemente los pleitos que tenía abiertos, le suponía a Toledo un notable volumen de gastos, tanto en lo que se refiere al mantenimiento y gratificaciones a los procuradores que se establecían en Valladolid y Granada, sede de las chancillerías, y cerca del Consejo Real, como en los desembolsos a que daba lugar la actividad de estos procuradores,

---

particular.

<sup>382</sup>. Las datas que nos informan sobre estas mensajerías se hallan en cuad. 20, nº 22/17, 22/18 y 22/19. Por cada una de estas mensajerías Toledo gastaría 1.000 mrs., dada la amplitud de sus recorridos y la longitud de su duración.

<sup>383</sup>. Cuad. 20, nº 40/2, para el mensajero hacia Córdoba y Sevilla; nº 40/6, para el mensajero que fue a Jaén.

fundamentalmente la redacción de escrituras para las probanzas, con todo lo que collevaba su preparación (toma de testimonios, desplazamientos largos en ocasiones) y el desarrollo de una comunicación fluida con la Ciudad mediante mensajerías. De manera que hemos dividido los gastos de mensajería en dos: por un lado, hemos contemplado las misiones que servían de vehículo para las relaciones de Toledo con el rey y con otras ciudades; por otro, incluimos aquí las que se derivaban directamente del sostenimiento de pleitos.

Las cantidades que se destinaban a las pugnias judiciales no eran nada despreciables; sostener un pleito resultaba costoso, pero la Ciudad se jugaba en estas pugnias rentas importantes y no podía dejar de defender sus derechos, pues en caso de conseguir su objetivo podía compensar las pérdidas. En realidad, eran muy pocos los asuntos que Toledo disputaba en el Consejo y en las chancillerías, pero de vital importancia para las arcas y el orgullo de la Ciudad. En el año que tomamos como ejemplo, tres pleitos absorbían su atención: el que había entablado con el Priorato de San Juan por el cobro de unos portazgos, el ya viejo que sostenía con el conde de Belalcázar por la Tierra de Alcocer y el que disputaba con Talavera por el lugar de Los Navalucillos. Los tres costaron a Toledo cerca de los 100.000 mrs. en un solo año, lo que suponía la casi totalidad de lo gastado en pleitos y una proporción cercana al 10% del gasto total anual. Un problema añadido en el caso de la Ciudad a la hora de enfrentar pleitos era que, dada su ubicación en el área del Tajo, había de enviar procuradores y mensajeros tanto a Valladolid como a Granada, puesto que los objetos de los bienes o derechos que disputaba se encontraban al norte y al sur de dicho río<sup>384</sup>.

---

<sup>384</sup>. Una muestra de este problema la pueden aportar dos pagos de 1519. El primero de ellos se expresa de este modo: “*al dottor Ferrando Dias letrado de la Çibdad en la chançelleria de Valladolid quinientos e ochenta e quatro maravedis quel gasto en costas de los pleitos de la Çibdad*; vid. cuad. 20, nº 20/10. El segundo reza: “*a Fernan Peres de Gusman regidor e a Juan Ramires de Vargas jurado veynte e quatro mill maravedis [...] los quales la Çibdad les mando dar para ayuda de costa en rason del trabajo que tovieron en la Çibdad de Granada en el pleito del conde de Venalçaçar*”;

En conjunto, los gastos que generaba el normal funcionamiento de la Ciudad, en los que hemos incluido, recordemos, gastos generales, mensajerías y pleitos, sumaban algo más de 300.000 mrs. en 1519, constituyendo el segundo grupo más importante de la data y situándose en torno al 25% del gasto municipal del conjunto.

### *C. Servicios*

En este epígrafe se contemplan los gastos debidos a diversas cuestiones que afectaban directamente a los vecinos, buscando todas ellas la garantía de un mínimo de bienestar, más por deferencia que por un “interés social”, tal como hoy entendemos este concepto. Se buscaba con estos desembolsos proteger a la población de enfermedades, de catástrofes y de todo tipo de peligros exteriores, además de ofrecer un espacio público debidamente acondicionado y agradable para el desarrollo de una existencia tranquila. Para observar este grupo de gastos con mayor atención distinguiremos tres apartados: la protección de la salud pública, la seguridad colectiva y las obras públicas. Dejamos fuera de este conjunto un apartado más que podríamos denominar “garantía jurídica”, que se correspondería con el sostenimiento de procuradores y letrados de pobres y de viudas y huérfanos, oficiales con los que se pretendía cubrir las necesidades jurídicas básicas de los individuos con escasos recursos, pero al tratarse de salarios de oficiales, los gastos en esta cuestión ya han sido incluidos en el primer epígrafe de este título.

Es innegable cierta preocupación de las autoridades toledanas por la salud pública; algunas

ordenanzas establecían normas básicas para impedir que Toledo se convirtiera en una ciudad insalubre, como es el caso de aquéllas en que la Ciudad prohibía dejar puercos sueltos por las calles<sup>385</sup>. Los fieles ejecutores se preocupaban de cuestiones de este tipo, y tenemos constancia de varias solicitudes de estos oficiales al Cabildo de Jurados para que sus miembros organizaran las operaciones de limpieza de calles por collaciones<sup>386</sup>. Se observa en la documentación que para el decoro de los espacios públicos se exigía la colaboración de los toledanos, pero además es un hecho que se gastaba algún dinero colectivo en contribuir al desarrollo de una vida higiénica.

Una muestra de este interés es el pago a una persona encargada de limpiar las vías públicas de animales muertos; comprobamos que el mayordomo de Toledo pagó cierta cantidad en 1491 a “*Anton Ytaliano de su salario que tovo cargo de echar los gatos e perros e cosas fediondas*”; la Ciudad también libró su salario en 1519 a “*Juan de Segovia que tiene cargo de echar todos los perros e gatos e otras alimannas muertas de las calles*”<sup>387</sup>. De modo excepcional, el Gobierno municipal se vio obligado a realizar cuantiosos desembolsos para protegerse de epidemias que hacían estragos en la época; esto ocurrió, por ejemplo, el mismo 1519, año en que fueron libradas importantes cantidades para pagar a personas que se ubicaban en las puertas de la ciudad para impedir el paso de los posibles infectados. Por esta delicada misión fueron remunerados los jurados Francisco Ramírez de Sosa, Nicolás de Párraga y Luis Zapata, “*de siete*

---

<sup>385</sup>. Un pregón de 1477 se recoge en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 2, fol. 88; publicado por R. IZQUIERDO, “El espacio público de Toledo en el siglo XV” *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 26 (1990), p. 58. Una ordenanza anterior, que puede remontarse al comienzo del siglo XV, en A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 6, nº 5. Para cuestiones relativas a la higiene de esta ciudad, vid. además, del mismo autor, *Un espacio desordenado: Toledo a fines de la Edad Media*, Toledo, 1996.

<sup>386</sup>. El 27 de agosto de 1479, los fieles ejecutores Pedro de San Martín y Fernán González Usillo “*requerieron a los dichos señores jurados que manden en sus perrochas que alinpien las calles segund esta pregonado*”; vid. A.M.T., A.C.T., T.T., caj. 2, nº 6, fol. 30 vto.

<sup>387</sup>. Encontramos estas palabras en cuad. 10, nº 12, y en cuad. 20, nº 18/12, respectivamente.

*dias que cada uno se ocupo con dos onbres en la guarda desta çibdad por que no entrasen de los lugares que morian de pestilencia*<sup>388</sup>. Dado el riesgo que corrían quienes guardaban directamente las puertas y puentes, que no debían ser los propios jurados sino los “dos hombres”, las remuneraciones eran importantes, de modo que, a cambio de la garantía de no importar la enfermedad, Toledo sufría cierta sangría económica, que en el año del que hablamos ascendió a más de 30.000 mrs.

Llama la atención también otra preocupación sanitaria de las autoridades toledanas: el gasto que se efectuó en 1491 para satisfacer el alquiler de la vivienda en que moraba un médico en Toledo: Nuño de Duarte “*doctor en medesina [....] por que el este e resyda en esta çibdad usando del dicho ofiçio de medico por que es persona muy docta e nesçesaria para esta çibdad*”<sup>389</sup>. Desde luego, no tiene nada que ver con el origen de una “política social”, pero nadie dudará de que el libramiento de la Ciudad estaba motivado por la necesidad de contar con un elemento que contribuyese eficazmente a la defensa de la salud colectiva, y con ello a la garantía de un bienestar mínimo, aunque quizá limitado a los más hacendados.

La higiene en los espacios públicos y la conservación de la salud colectiva no solían suponer gastos notables a la Ciudad, siendo cuantitativamente mucho más significativos los desembolsos destinados a la seguridad. Dentro de esta partida, el asunto que más preocupaba en Toledo, como en tantas otras ciudades, era la conservación de la muralla. Esta cuestión era una necesidad primaria y ya hemos visto cómo los reyes, al otorgar alguna renta como merced, expresaban que su destino había de ser la reparación del recinto amurallado. Desde luego, el continuo acondicionamiento de la muralla no se debía únicamente a la protección de los vecinos

---

<sup>388</sup>. Así se expresa uno de los varios libramientos que tuvieron lugar aquel año por este motivo; vid. cuad. 20, nº 7.

<sup>389</sup>. Cuad. 10, nº 11. Al doctor Duarte le son librados 5.000 mrs.

y moradores de Toledo de un posible enemigo; servía además para impedir la entrada ilegal de productos al interior de la ciudad o para evitar la penetración de desterrados, vagabundos o cualquier persona que no fuera grata a las autoridades. Pero además, el buen estado de la cerca urbana constituía un motivo de orgullo para todos los vecinos, un símbolo de la propia identidad de la ciudad que, con toda seguridad, marcaba indeleblemente a quien se acercaba al núcleo urbano. Unas murallas siempre íntegras eran la mejor imagen de toda la arrogancia de Toledo<sup>390</sup>.

En el año 1519 costó 75.000 mrs. el mantenimiento de la muralla, más de la mitad de los gastos globales de este apartado que denominamos “servicios”, a pesar del importante desembolso originado por el temor a la epidemia que ya hemos comentado. El encargo de los trabajos recaía en autoridades ciudadanas: un regidor y un jurado<sup>391</sup> que, a su vez repartían las cantidades que percibían para la obra entre especialistas de su confianza, encargados a su vez de gestionar los gastos en trabajadores, acarreo y materiales. Como se ve, el “reparo de los muros”, como expresa la documentación, era una actividad que movilizaba notablemente a la comunidad.

Otro gasto destinado a la seguridad colectiva era un primitivo servicio de bomberos. La Ciudad libraba en 1491 una cantidad en concepto de quitación, por tercios de año, a un equipo de personas que cumplieran la función de combatir el fuego: “*los dose carpinteros que tienen cargo de matar los fuegos*”<sup>392</sup>. Probablemente este servicio se limitaría a la ciudad, debido a la lentitud de los transportes, que impediría la eficacia del equipo a una distancia demasiado larga; era, por otra parte, un servicio útil, ya que sabemos que el masivo uso de la madera en la arquitectura

---

<sup>390</sup>. Sobre el simbolismo de este elemento defensivo, vid. C. de SETA, “Las murallas, símbolo de la ciudad”, *La ciudad y las murallas* (ed. J. Le Goff y C. de Seta), Madrid, 1991, p. 21-66.

<sup>391</sup>. Lo observamos así en cuad. 20, n° 60, donde se nos aparecen el regidor Pedro de Ayala y el jurado Diego Serrano como diputados para la realización de esta misión.

<sup>392</sup>. Cuad. 10, n° 9 y n° 30. La cantidad que los doce carpinteros recibían anualmente ascendía a 6.000 mrs. para todo el equipo.

doméstica de la época daba lugar a numerosos y peligrosos incendios que podían causar daños personales y materiales muy cuantiosos.

El tercer apartado del grupo del gasto de servicios que hemos considerado, las obras públicas, constituían un motivo de desembolso no demasiado importante. Podemos dividir espacialmente las obras públicas en dos grupos: las que se realizaban en el interior de la ciudad, que podríamos considerar relacionadas con el urbanismo, y las que tenían su objetivo en el exterior, centradas en el acondicionamiento de los caminos que partían de Toledo. Al margen queda entonces todo lo que hemos comentado acerca de la reparación de la muralla, actividad que sin duda hay que relacionar con éstas.

Los gastos que se emprendían para la mejora de las vías públicas dentro de la ciudad han de vincularse con los desembolsos que se destinaban a la limpieza de estos espacios, porque todos ellos tendían a mejorar el bienestar de quienes habitaban Toledo. Hay que tener en cuenta, por otro lado, que la Ciudad participará, ya en el siglo XVI, en empresas urbanísticas complejas y costosas, vinculadas ya a una mentalidad renacentista que se preocupa por la creación de espacios amplios y por el desarrollo de edificios monumentales de carácter civil<sup>393</sup>. Pero descendiendo a obras más modestas, observaremos que el Gobierno urbano efectuaba algunos desembolsos para hacer más cómoda la vida cotidiana de los toledanos, entre los que podemos señalar la remuneración a Pedro de Medina en 1519, un vecino de Toledo al que se pagaba 5.000 mrs. al año “*por que tenga cargo de enpedrar las calles*”<sup>394</sup>. Otros gastos pueden relacionarse ya con la

---

<sup>393</sup>. Desbordan ya la etapa que estudiamos la mayoría de los edificios y reformas urbanísticas llevadas a cabo según modelos renacentistas; entre las obras de esta clase más destacables se pueden citar el Hospital de Santa Cruz, la Puerta Bisagra nueva, el Alcázar de Carlos I, el Hospital de Tavera, la creación de la Plaza del Ayuntamiento y la construcción del actual edificio del Ayuntamiento, entre otras. Un extraordinario estudio de esta “revolución” arquitectónica y urbanística es el de F. MARÍAS, *La Arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631)*, Toledo, 1983-1986.

<sup>394</sup>. Dos pagos a este empedrador se recogen en cuad. 20, n° 28 y 58.



mentalidad renacentista a que hemos aludido más arriba; la búsqueda de espacios abiertos frente a la angostura de una ciudad de trazado musulmán como era Toledo, debió tener algo que ver en la serie de derribos de saledizos que se produjo en 1519<sup>395</sup>.

Fuera de la urbe, la preocupación fundamental de la Ciudad era el mantenimiento y mejora de los caminos. En las datas de Mayordomía se reseñan con bastante frecuencia gastos de esta clase<sup>396</sup>. En línea con la conservación de los puentes –recordemos la preocupación de Toledo por su paso sobre el Guadarrama– el buen estado de los caminos era de gran utilidad para los comerciantes y mensajeros toledanos y para el conjunto de los viandantes, que en las proximidades de la ciudad no debían ser pocos a causa de la afluencia de los moradores de la Tierra.

#### *D. Fiestas y solemnidades*

Las conmemoraciones de todo tipo daban siempre lugar a gastos, pero el volumen de éstos variaba notablemente de unos años a otros, debido a que los motivos de celebración no tenían ninguna regularidad. En los años en que los monarcas pasaban por la Ciudad esta partida

---

<sup>395</sup>. Se registraron aquel año cuatro pagos a personas que habían sido encargadas del derribo de saledizos en Toledo; vid. cuad. 20, nº 18/2, 18/17, 22/2, 40/7. Sobre cuestiones urbanísticas de Toledo, además de los trabajos señalados del doctor Izquierdo Benito, vid. J. P. MOLÉNAT, “L’urbanisme à Tolède au XIV<sup>e</sup>me et XV<sup>e</sup>me siècles”, *En la España Medieval*, 7 (1985), p. 1105-1111.

<sup>396</sup>. Como ejemplo vid. cuad. 10, nº 26, donde se anota un pago de 4.650 mrs. “a Diego de Alcantara por que adobo el camino de Regachuelo”; o cuad. 20, nº 18/4, donde se señala que son librados 485 mrs. a un tal Diego Hernández de Móstoles “por rason de un pedaço de tierra que dio a la Çibdad para adobar el camino de Regachuelo”. Hemos elegido dos citas referidas a la misma vía porque encontramos gastos destinados al mantenimiento de ésta en varios años diferentes.

se acrecentaba de modo apreciable debido al protocolo que exigía tan digna presencia<sup>397</sup>. Había además acontecimientos relacionados con la Monarquía que suponían gastos cuantiosos, debido al ansia de Toledo por simbolizar su particular vinculación con la institución monárquica. Podemos destacar dos trascendentales ejemplos de celebraciones de este tipo: la toma de Granada y el acceso al Imperio por Carlos I.

Como otras ciudades, Toledo seguía de cerca los acontecimientos que tenían lugar en torno a la guerra de Granada. Al margen de su participación en la conflagración con hombres y dinero, la Ciudad recibía noticias frecuentes de la marcha de la contienda; la más grata, por definitiva, fue la que puso en conocimiento de los toledanos, a fines de enero de 1492, la entrega de la ciudad del Genil a los reyes de Castilla. Estas “albriçias”, como lo expresa la documentación, que trajo Porras, criado y repostero del rey don Fernando, le supusieron al mensajero 36.5000 mrs., extraordinaria cantidad que Toledo le satisfizo por ser portador de tan grata noticia<sup>398</sup>. No faltaban motivos para la alegría, pues el fin de la guerra significaba el regreso de los toledanos que allí combatían y el fin de la sangría económica que llevaba consigo la gran empresa de la Monarquía.

Más cuantioso resultó el segundo acontecimiento que señalamos: el proceso de acceso a la corona imperial por Carlos I, particularmente por el luto que la ciudad optó por guardar a la muerte de su inmediato antecesor el emperador Maximiliano I, abuelo de don Carlos. El 9 de

---

<sup>397</sup>. Sobre las “entradas reales” y las solemnidades que llevaban consigo, vid. R. de ANDRÉS, “Las ‘entradas reales’ castellanas en los siglos XIV y XV, según las crónicas de la época”, *En la España Medieval*, 4 (1984), p. 48-62. Acerca de los gastos relacionados con fiestas en ciudades concretas, vid. A. CASTILLO, “Las fiestas y el gasto público en el Concejo de Alcalá de Henares en el siglo XV”, *Jornades d’ Estudis Locals*, Palma de Mallorca, 1993; y M. A. MONTURIOL, op. cit., p. 676 en adelante, quien con visión acertada considera estos desembolsos como “vehículo de cohesión social y propaganda del poder”.

<sup>398</sup>. En la data de Mayordomía se destaca esta donación, debida a las “albriçias que traxo con la carta de sus altasas de como fue entregada a su serviçio e obediencia la çibdad de Granada”; vid. cuad. 10, nº 22.

enero de 1520 la Ciudad libró la impresionante cantidad de 270.000 mrs. para manifestar el dolor *por el fallecimiento e muerte de la sacra majestad del emperador que en gloria sea*<sup>399</sup>. A este encabezamiento sigue en la data una larguísima serie de pagos efectuados a los oficiales de Toledo para que llevasen el luto debido: 6.000 mrs. a cada uno de los altos dignatarios ciudadanos (corregidor, alcalde mayor, alguacil mayor y regidores), y 3.000 a cada jurado. Un desembolso tan cuantioso no tendría sentido si no se supiera que el rey de Castilla iba a suceder a su abuelo, de modo que los gastos de luto sólo eran la antesala de una serie de “alegrías” que solían expresarse en corridas de toros.

El correr toros solía ser la actividad lúdica utilizada para celebrar acontecimientos que se consideraban felices, como una victoria, una paz, una coronación. Gracias a la conservación de algunas actas de ayuntamientos del siglo XV conocemos el modo en que en estas reuniones se expresaba la decisión de realizar una fiesta taurina: *“que por que toda la gente tenga solaz y alegría de tanto bien e paz e por serviçio del dicho sennor rey que mandan que se traigan ocho toros e se corran en la plaza de Çocodover”*<sup>400</sup>. Éste era el lugar donde se celebraban las corridas, motivo seguramente por el que la Ciudad adquirió allí en 1493 un corral en el que guardar los animales: *“un corral que es en la plaça de Çocadover desta dicha çibdad que se dise el corral de los toros”*<sup>401</sup>.

Al precio de los toros que eran adquiridos para la fiesta se sumaban otros gastos, como los tablados y talanqueras que se habían de levantar para correr los animales, como ocurrió en las

---

<sup>399</sup>. De este modo se manifiesta en el encabezamiento de la partida nº 2 del cuad. 20.

<sup>400</sup>. Esta decisión, emitida en el ayuntamiento de 24 de agosto de 1444, se debe a la alegría sentida por la llegada de la paz entre toledanos después de los enfrentamientos padecidos en los años anteriores; vid. A.G.S., C.C., D.C., leg. 40, nº 34, fol. 7 vto., publicado por E. BENITO, “Las más antiguas actas....”, cit., p.69.

<sup>401</sup>. El corral de los toros fue adquirido mediante compra al regidor Garci Vázquez por 49.000 mrs.;

“alegrías” de la entrega de Granada, además de otras “*invinçiones e atavios e cosas*” que eran necesarias para el engalanamiento de la ciudad en las grandes ocasiones<sup>402</sup>. Además de los toros, tenían lugar en Toledo algunas celebraciones festivas de carácter religioso para las que el Gobierno municipal aportaba algún dinero; un gasto destinado al ennoblecimiento de la fiesta religiosa más señalada de Toledo, el Corpus Christi, se registró en la data de Mayordomía, cuando el 7 de febrero de 1492 la Ciudad libró 1.240 mrs. a un particular por tirar una parte de su casa para dar lugar al paso de la procesión<sup>403</sup>. Por uno u otro motivo todos los años se realizaba algunos gastos, pero, al margen de albricias o alegrías extraordinarias, éstos no debieron ser ordinariamente cuantiosos.

### E. *Obras pías*

En este último capítulo de gastos se incluyen las actuaciones de carácter piadoso, tanto en la vertiente fervorosa como en la misericordiosa de la expresión. Queremos decir que se realizan desembolsos para la celebración de actos religiosos, fundamentalmente misas y aniversarios, y también en pequeñas donaciones a personas necesitadas. En el año que analizamos detenidamente la Ciudad pagó a clérigos que oficiaban misas en la Sala de los Ayuntamientos<sup>404</sup>,

---

vid. A.M.T., A.S., caj. 4, leg. 1, nº 9, pza. 2.

<sup>402</sup>. Los gastos por el levantamientos de tablados y por estas “*invinçiones*” de las alegrías de 1492 se recogen en cuad. 10, nº 27 y 28, y costaron a la Ciudad más de 10.000 mrs.

<sup>403</sup>. El libramiento se recoge en cuad. 10, nº 25.

<sup>404</sup>. Cuad. 20, nº 61/10, 61/14 y 61/24.

un modesto desembolso que se consideraba necesario para edificar el espíritu de los oficiales que tenían la responsabilidad de gobernar. Corrían además con los gastos de dos aniversarios: uno en memoria del obispo de Córdoba don Tello de Guzmán, por el que se pagaban 540 mrs. anuales a los capellanes de la Menor Oficia<sup>405</sup>, y el otro por el cardenal toledano Cisneros, de tan grato recuerdo para la Ciudad por las donaciones de grano a que hemos aludido más arriba. Por este último aniversario se satisfacían 2.000 mrs. anuales al Cabildo de Santa María<sup>406</sup>, lo que sumaba en total 2.540 mrs. invertidos todos los años en aniversarios, a los que si añadimos el pago de las misas en el edificio municipal, nos resulta un total notablemente inferior a los 5.000 mrs., que no se supera incluso añadiendo el gasto que suponía una serie de modestas donaciones a iglesias y monasterios<sup>407</sup>.

No resultaban tampoco muy gravosos para la Ciudad los desembolsos debidos a la caridad hacia particulares. En primer lugar, estas acciones se volcaban en los propios oficiales de la entidad, en forma de ayuda de costa a los sofíeles, por la conciencia que tenían los oficiales hacendados de la necesidad que podían padecer estos incondicionales servidores: a tres de ellos, en 1519 *“la Çibdad les mando dar de ayuda de costa por rason del poco salario que tienen por sofíeles”*<sup>408</sup>. Pero también otros toledanos podían ser agraciados con estos desembolsos caritativos, en forma de limosna, como ocurrió en 1491 con Diego de Villaescusa, que recibió 500 mrs. por esta razón<sup>409</sup>. Tenemos constancia de que estas ayudas eran solicitadas por algunos

---

<sup>405</sup>. Cuad. 20, nº 1/40.

<sup>406</sup>. Cuad. 20, nº 1/41.

<sup>407</sup>. Cuad. 20, nº 61/29. Estas instituciones son los monasterios de la Trinidad, San Clemente y Santo Domingo el Antiguo, y la capilla catedralicia de los mozárabes, fundada por Cisneros.

<sup>408</sup>. Así se expresa esta ayuda en cuad. 20, nº 40/9.

<sup>409</sup>. Cuad. 10, nº 17/7.

necesitados de Toledo, sabedores de la predisposición de los oficiales a ejercer la caridad: a finales del siglo XV, en fecha que no es posible precisar, un mendigo que acababa de ser liberado después de un largo cautiverio en Fez, rogaba una ayuda de este tipo para poder sobrevivir<sup>410</sup>. Con la satisfacción de las necesidades de algunos pobres, la Ciudad no solucionaba los problemas que a muchos toledanos aquejaban, pero cumplía un importante mandamiento de la Iglesia y daba la imagen cristiana que pretendía cualquier institución.

Para concluir con el apartado de gastos, incluimos a continuación una tabla de los que hemos analizado del año 1519, teniendo en cuenta que podría ser un año representativo, no porque las cantidades y porcentajes que se ofrecen sean ejemplares, sino por las tendencias que se marcan en asuntos tan relevantes como los mencionados de la mensajería, los pleitos o las solemnidades. Los conceptos señalados en la tabla son cuatro de los cinco que aquí hemos comentado, a los que añadimos el desglose de los gastos en funcionamiento según lo hemos detallado en el desarrollo de este título.

---

<sup>410</sup>. A.M.T., C.C., caj. 2, nº 1. No conocemos la respuesta de Toledo a los ruegos de este menesteroso.

GASTOS DE 1519		
CONCEPTO DE GASTO	CANTIDAD	PORCENTAJE
SALARIOS	496.282 mrs.	41,2%
GASTOS "GENERALES"	104.642 mrs.	8,6%
MENSAJERÍA	98.329 mrs.	8,2%
PLEITOS	97.369 mrs.	8,1%
SERVICIOS	123.425 mrs.	10,4%
FIESTAS Y SOLEMNIDADES	278.636 mrs.	23,2%
OBRAS PÍAS	4.238 mrs.	0,3%
TOTAL	1.202.921 mrs.	100%

### 3.4.5. Algunas estimaciones sobre ingresos y gastos ordinarios. Ingresos extraordinarios

Las tablas de ingresos y gastos que hemos presentado más arriba pueden servirnos para mostrar con algún detalle cuestiones del máximo interés de las que aquí venimos tratando. Lo que en este último título pretendemos es presentar estimaciones con carácter más general, basadas en las cuentas de cargo y data de Mayordomía de los años de los que se ha conservado aceptablemente, pero sin entrar en detalles. Nos puede servir, al menos, para comparar las cifras que obtenemos con las que algunos investigadores han ofrecido de otras ciudades, teniendo en cuenta que, al no poder expresar las cifras correspondientes a ingresos extraordinarios, sólo se incluyen en estas estimaciones los ordinarios, que son los que hemos estado manejando hasta ahora. Hay que advertir, además, que los datos ofrecidos en esta tabla pueden no ser completos, ya que algunos de los cuadernos de cuentas han perdido parte de su contenido. Se notará, por otra parte, que faltan las cifras de algunos cuadernos que se conservan y que se han expresado al comienzo de este apartado; su ausencia se justifica en el hecho de que la desaparición de muchas partidas da lugar a que los datos que de ellos se extraen quedan demasiado alejados de la realidad.



### INGRESOS Y GASTOS TOTALES EN DIFERENTES AÑOS

AÑO	INGRESOS	GASTOS
1482	1.616.621 mrs.	1.897.642 mrs.
1485	1.100.220 mrs.	1.078.474 mrs.
1487	829.877 mrs.	-
1489	792.377 mrs.	-
1490	-	1.017.825 mrs.
1491	1.084.345 mrs.	1.111.215 mrs.
1519	1.247.300 mrs.	1.202.921 mrs.
1521		951.442 mrs.
1522	1.328.551 mrs.	-

Sería absurdo sacar conclusiones acerca de la evolución de Hacienda de Toledo a partir de estos fragmentarios conocimientos que poseemos sobre ella: no podemos decir si los ingresos solían superar a los gastos ni lo contrario, ni en qué medida podían aumentar unos y otros. Nos limitaremos a situar estas cifras en el contexto de lo que conocemos de otras ciudades de la Corona de Castilla, subrayando que esta comparación es solamente contextualizadora, que no puede ser profunda en modo alguno debido a la falta de fiabilidad tanto de las cifras que tenemos de Toledo como de las que se ofrecen de otras ciudades.

En consecuencia, solamente anotaremos, observando el cuadro que nos ofrece el profesor Ladero Quesada en su reciente obra de conjunto sobre haciendas municipales<sup>411</sup>, el hecho de que sólo Córdoba y Sevilla presentan sumas de ingresos del nivel de cuantía de las toledanas, la primera de las ciudades quedándose ligeramente por debajo, mientras que la segunda duplica y, en algunos años, triplica las cifras toledanas. Se encuentra Toledo, en el cuadro general de las haciendas, al nivel de grandes ciudades con amplias tierras y considerables recursos, como Sevilla y Córdoba; sin embargo, sorprende la notable superación de las cifras toledanas respecto a las de otras importantes ciudades, como Murcia, Burgos, Segovia, Zamora, Ávila o Cuenca.

A la parcialidad de los datos que hemos ofrecido contribuye nuestro desconocimiento sobre el volumen de los ingresos extraordinarios, aunque sí podemos afirmar que se impusieron con cierta constancia. Ya hemos señalado que el recurso a las exacciones extraordinarias por parte de la Ciudad debieron ser modestas, debido al notabilísimo patrimonio de Toledo, fundamentalmente por que el señorío sobre Los Montes dotaba a la Ciudad de jugosos ingresos ordinarios; así pues, se puede establecer que, aunque fuera frecuente el uso de este recurso hacendístico, no debió ser demasiado pesado para los toledanos, al menos no tan pesado para

---

<sup>411</sup>. “Las Haciendas concejiles en la Corona de Castilla...”, cit., p. 53-55.

ellos como para otros castellanos. Conservamos la constancia de licencias regias a la Ciudad para imponer sisas con que sufregar gastos extraordinarios, como la facultad que los Reyes Católicos concedieron el 8 de abril de 1488 para que Toledo pudiera satisfacer treinta días de sueldo a doscientos espingarderos que habían sido enviados a la guerra de Granada<sup>412</sup>. En la petición, la Ciudad exponía la queja habitual de “*mucha falta de propios*”, pero en este lamento observamos mucho de formulismo y no consideramos que responda a la realidad. Los reyes, interesados en la satisfacción de los pagos a los espingarderos que les servían en la guerra, facultaron a Toledo para “*ymponer e echar sisa en algunas cosas del mantenimiento*”, en la circulación de artículos de primera necesidad sobre los que ya pesaban otras cargas impositivas, como hemos visto.

Otro datos menos directos de la existencia de repartimientos los encontramos en órdenes reales que exigían la revisión de las cuentas de repartimientos que se habían realizado; así, los Reyes Católicos ordenaban al corregidor Pedro de Castilla, el 26 de octubre de 1493, la toma de cuentas de los repartimientos de los últimos seis años en Toledo<sup>413</sup>. El hecho de que durante este periodo de tiempo se hubieran repartido cargas en Toledo revela cierta constancia de esta forma de obtener ingresos, lo que se confirma al examinar una orden similar a otro corregidor, ésta incluida en la propia carta de nombramiento. Nos estamos refiriendo a la orden de la reina Juana y su hijo el rey Carlos, fechada el 8 de noviembre de 1516, por la que ordenaban a Toledo la recepción de Luis Portocarrero, conde de Palma, fechada el 8 de noviembre de 1516, en la que se indica: “*otrosi mandamos al dicho nuestro corregidor que tome e resçiba las quentas de los propios y repartimientos desa dicha çibdad que se an echado e repartido e gastado despues que*

---

<sup>412</sup>. Una copia autenticada de la concesión de esta facultad se conserva en A.G.S., R.G.S., 1488, IV, fol. 4.

<sup>413</sup>. Esta orden se conserva, en registro de Corte, en A.G.S., R.G.S., 1493, X, fol. 44. Es interesante observar que los monarcas indicaban a su corregidor que colaborasen en la revisión de cuentas los contadores de Toledo, dos regidores y dos jurados.

*las mandamos tomar y resçebir y fueron tomadas y resçebidas y lo enbie ante nos para que nos lo mandemos proveer y hazer sobre ello cunplimiento de justiçia*”<sup>414</sup>.

El propio hecho de referirse a “las cuentas de propios y repartimientos” revela lo complementario de ambos tipos de ingresos y nos informa sobre la asiduidad con que las exacciones extraordinarias eran impuestas en Toledo, aunque con la correspondiente licencia regia, como se aprecia en el fragmento que más arriba hemos citado. Este tipo de ingresos se haría necesario para equilibrar un posible mayor peso de los gastos sobre los ingresos ordinarios, pero no creemos que éste desequilibrio de las cuentas ordinarias fuera demasiado importante, aunque sí constante, y de ahí la asiduidad en la utilización de este método correctivo. Por otra parte, se ha contemplado que los gastos extraordinarios provocaban la necesidad de efectuar imposiciones asimismo extraordinarias. Lamentablemente, no podemos establecer el volumen de estos ingresos y hemos de conformarnos con la constatación de su existencia.

---

<sup>414</sup>. Este documento se conserva inserto en su confirmación en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, nº 24; vid. Apéndice Documental, nº 18.



### 3.5. Conclusión

En este capítulo hemos trazado un análisis de los colectivos que daban forma al Gobierno toledano del final del Medievo y hemos observado cómo se sostenía económicamente la Ciudad. Regimiento, Cabildo de Jurados y Colegio de Escribanos participaban en la política urbana en muy diferente medida, pues mientras el primero de estos cuerpos gobernaba de hecho, el segundo había de conformarse con fiscalizar sus acciones y el tercero se limitaba a influir en el ámbito jurídico-técnico.

El Regimiento estaba formado por caballeros y hombres buenos que representaban a quienes tradicionalmente habían gobernado Toledo. Su poder no tenía realmente contrapeso en la Ciudad: todos los regidores tenían derecho a voto en las reuniones gubernativas locales, los ayuntamientos, y utilizaban este valioso instrumento para imponer las decisiones que convenían al grupo que representaban, que era el que pretendía monopolizar el poder y que estaba formado fundamentalmente por caballeros. Otros elementos de la sociedad toledana participaban a la sombra de la caballería en esa política de defensa de los privilegios políticos de un reducido círculo de oligarcas.

El Cabildo de Jurados, representante, al menos teóricamente, del Común, estaba integrado por los hombres buenos más poderosos, aquéllos que, basándose en su éxito económico, pretendían abrir el reducido círculo de la oligarquía caballeresca para participar con ella en el Gobierno. Al mismo grupo social que los jurados pertenecían los miembros del Colegio de Escribanos, especialistas en Derecho que contaban con la ventaja de su autoridad en asuntos jurídicos, una autoridad que había de tenerse en cuenta para la labor gubernativa, particularmente la del escribano mayor de los ayuntamientos, figura prestigiada por su alto grado de conocimiento de los asuntos políticos toledanos que actuaba como auténtico “caballo de Troya” de los notarios

en la Ciudad.

Unidos, jurados y escribanos formaban la punta de lanza de un grupo social emergente que buscaba una posición política al lado de los oligarcas “de sangre” que constituían el núcleo del Regimiento. Capitulares y notarios formaban, frente a los regidores, una “segunda oligarquía”, una oligarquía que podríamos denominar “de dinero” o “de letras”, frente a la anterior. Las pretensiones de esta segunda oligarquía se veían satisfechas en parte por dos motivos diferentes: en primer lugar, porque los caballeros, casi en su totalidad ignorantes del Derecho, necesitaban especialistas que dieran forma a un régimen político que buscaba la perpetuación de la oligarquía, y, a cambio, estaban obligados a hacer algunas concesiones, como compartir los lucrativos oficios administrativos o las representaciones de la Ciudad ante la Monarquía. Por otro lado, la Corona exigía estas concesiones, oponiéndose a admitir la completa imposición del Regimiento, jugando, como era habitual, con el enfrentamiento de dos grupos de intereses para actuar como poder arbitral, buscando siempre el recortamiento de la autonomía local.

De este modo se mantenía un sistema político cuya esencia era la propia tensión entre estos dos grupos de intereses: el de la reducida oligarquía “de sangre” que pretendía cerrar tras de sí las posibilidades de acceder al poder; y el de la oligarquía “nueva”, siempre en busca de la apertura, aunque limitada a una minoría, del primer grupo para compartir con él, en lo posible, el Gobierno municipal.

Este Gobierno que era disputado entre dos “partidos” políticos, la Ciudad, se sostenía gracias a un sistema hacendístico que se basaba en ingresos variados, entre los que destacan los procedentes de la jurisdicción toledana sobre los Montes y los derivados del privilegio de percibir impuestos por el control del peso y la medida de los productos de consumo corriente; la Ciudad logró diversificar las fuentes de ingresos para mantener un sistema hacendístico que garantizaba la autonomía económica. La despreocupación por el Común y la concepción de las labores de

Gobierno como un aspecto dignificador y lucrativo para los oficiales, se precibe en la composición de los gastos de la Ciudad, dándose la circunstancia de que casi la mitad de los desembolsos gubernativos se dirigían a la satisfacción de los salarios de los oficiales, llenando a parar a manos de los oligarcas otras buenas cantidades a través de conceptos diversos, como mensajerías y solemnidades. Solamente en torno a una décima parte de los gastos revertían de modo directo en el Común, en forma de servicios y fiestas, prueba evidente de que los poderosos, tanto de uno como del otro “partido”, gobernaban fundamentalmente para sí mismos.





### 3.6. Apéndice

Ofrecemos a continuación una serie de tablas en las que se contienen los nombres conocidos de diversos oficiales de Toledo en la centuria de la que nos ocupamos en este trabajo. La Tabla 1 contiene la serie de los regidores; la Tabla 2, la serie de los jurados; las cuatro siguientes ofrecen pequeños listados con los oficiales del Cabildo de Jurados (mayordomos, escribanos, receptores y guardas); la Tabla 7 presenta la serie de los escribanos; las tres siguientes, breves listados de los oficiales del Colegio; la Tabla 11 contiene la serie de los escribanos mayores de la Ciudad; de la Tabla 12 a la 21 se ofrecen series de oficiales de la Ciudad de distintas categorías (mayordomos, contadores, fieles del Juzgado, fieles ejecutores, aposentadores, letrados, procuradores, veedores de tintoreros, sofieles y pregoneros) con las que se pretende mostrar el mayor número posible de las personas que dedicaron su actividad profesional a la Ciudad.

Hay que señalar que en las tablas que contienen series alfabéticas de nombres (tablas 1, 2 y 7) se utiliza el *cognomen* para establecer el orden, y, cuando falta éste, se toma el patronímico; para clarificar cuál es la parte del nombre que, en cada caso, se toma como referencia alfabética, la primera letra se señalará subrayándola. Las relaciones alfabéticas de regidores, jurados y escribanos de Toledo ofrecen la ventaja de poder contemplar agrupados, en buena medida, a los miembros de una dinastía, pero no proporcionan una idea visible de la simultaneidad en la actuación de los oficiales. Por ello, se ha creído conveniente incorporar a este apéndice varias series de oficiales de la Ciudad coincidentes en el tiempo: son las tablas 22 a 25, que corresponden a los años 1422, 1457, 1496 y 1514, por presentar años (uno por cada uno de los reinados de la época) que tenemos relativamente bien documentados.

Las series cronológicas de regidores y jurados se obtienen de ayuntamientos de la Ciudad

que hemos conservado en original o en copia, con lo que podemos ofrecer varias y adecuadamente separadas cronológicamente entre sí. En cambio, no se encuentran series cronológicas de escribanos anteriores a 1499, porque se conservan actas del Colegio solamente a partir de aquel año, de modo que las series que ofrecemos son irremediablemente tardías y escasas.

En estos cuadros indicamos los nombres de todas estas personas acompañadas de los atributos que con ellos hemos encontrado en la documentación (títulos nobiliarios, señoríos, indicaciones de grado de estudios universitarios, detalles del oficio) y el año o los años en que está documentado el ejercicio del cargo. Se trata, desde luego, de tablas incompletas, que se amplían y se corrigen a medida que se va analizando mayor volumen documental; sin embargo, creemos útil incluir estos extensos listados, que corresponden al estado de nuestro conocimiento en el momento de la conclusión de nuestro trabajo, porque nos van a aclarar algunas cuestiones que tienen que ver con la continuidad de la presencia de algunos linajes en puestos importantes de la Ciudad y porque, al figurar en ellas fechas contrastadas por la documentación, nos ofrecen datos seguros (salvo error que sólo a mi persona es atribuible) para la datación, al menos aproximada, de documentos y noticias que aludan directa o indirectamente a cualquiera de los toledanos que aquí aparecen, que no son pocos.

Tabla 1: Relación alfabética de regidores toledanos (1422-1522)

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑOS DE EJERCICIO
Fernando de <u>Acitores</u>	-	1479.1481.1482.1489.1490.1491.1492.1493. 1494.1495.
Hernán Gómez de <u>Aguilar</u>	-	1422.
Fernán de <u>Alonso</u>	-	1475.1479.
Luis <u>Alonso</u> (o <u>Alfón</u> )	-	1473.1481.1489.
Antón <u>Álvarez</u>	-	1505.1519.1522.
Luis <u>Álvarez</u>	-	1498.
Juan <u>Álvarez</u>	-	1475.1479.
Diego de <u>Avellaneda</u>	-	1454.1473.
Álvaro de <u>Ayala</u>	-	1521.1529.
Juan de <u>Ayala</u>	-	1464.
Juan de <u>Ayala</u>	-	1507.1510.
Martín de <u>Ayala</u>	-	1517.1519.
Pedro de <u>Ayala</u>	Comendador de Paracuellos	1473.1481.1482.1489.1490.1491.
Pedro de <u>Ayala</u>	Señor de Peromoro	1511.1512.1513.1514.1517.1519.1520.1521. 1522.

Juan Vázquez de <u>Ayllón</u>	-	1473.1474.1475.1477.1479.1482.1485.1489. 1490.1491.1493.1494.
Antonio de <u>Baeza</u>	Licenciado	1517.1519.1520.
Juan Rodríguez de <u>Baeza</u>	-	1467.
Pedro de <u>Baeza</u>	-	1473.1376.1482.1487.1489.1491.1497.1507. 1511.1517.
?	Comendador de <u>Bamba</u>	1473.
Pedro Gómez <u>Barroso</u>	-	1422.
Pedro Gómez <u>Barroso</u>	-	1464.1473.1474.1478.
Gómez <u>Barroso</u>	-	1476.
Cristóbal <u>Bermúdez</u>	-	1473.
<u>Cadena</u>	Licenciado	1467.
Fernando de la <u>Cámara</u>	-	1473.
Gutierre de <u>Cárdenas</u>	Señor de Maqueda	1489.1490.
Pedro Ruiz <u>Caroa</u>	-	1473.
Alfonso <u>Carrillo</u>	-	1473.1476.
Diego <u>Carrillo</u>	-	1471.1473.1475.1482.
Juan <u>Carrillo</u>	-	1489.1490.1491.1493.1495.1505.1507.1508. 1509.1510.1511.1512.1513.1514.1517.1519. 1520.1522.
Luis <u>Carrillo</u>	-	1473.

Pedro Martínez de <u>C</u> arrión	-	1467.
Luis de la <u>C</u> erda	-	1464.
García de <u>C</u> ervatos	-	1444.
Diego García de <u>C</u> isneros	-	1473.1474.1481.1485.1489.1490.1491.1493. 1495.1498.1499.1505.1507.1508.1509.1510. 1512.
Fernando de <u>C</u> isneros	-	1473.
Lope <u>C</u> onchillos	-	1509.1510.1511.1512.1513.1519.1520.1522.
Juan de <u>C</u> órdoba "el Viejo"	Comendador	1467.1471.1473.1474.1475.1481.1482.1484. 1485.1489.1490.1491.1493.1494.1496.
Juan de <u>C</u> órdoba "el Mozo"	-	1493.
Pedro de <u>C</u> órdoba	-	1479.
Alonso <u>C</u> ota	Tesorero	1464.1467.
Francisco <u>C</u> ota	-	1471.
Fernando <u>D</u> ávalos	-	1444.1453.
Fernando <u>D</u> ávalos	-	1489.1490.1491.1493.1494.1498.1499.1501. 1505.1507.1508.1509.1510.1511.1512.1513. 1514.1517.1519.1520.1521.1522.
Íñigo <u>D</u> ávalos	-	1467.1473.
Pedro <u>D</u> ávalos	-	1509.
Ramiro Pérez <u>D</u> ávalos	-	1471.

Ruy López <u>Dávalos</u>	-	1464.1473.
Diego Arias <u>Dávila</u>	-	1456.
Alonso <u>Descarramán</u>	-	1468.1471.1473.1479.1480.1481.1482.1485.
Lope Ortiz de <u>Estúñiga</u>	-	1467.1473.1474.
Garcí Vázquez <u>Franco</u>	-	1461.1493.
Lorenzo Suárez <u>Franco</u>	Tesorero	1478.1479.1482.1485.1493.1494.
Pedro <u>Franco</u>	Tesorero	1444.
Gutierre de <u>Fuensalida</u>	-	1473.
Gonzalo <u>Gaitán</u>	-	1505.1507.1509.1510.1511.1512.1513.1517. 1519.1520.1521.1522.1525.
Charrán de <u>Gamboa</u>	-	1473.1481.
Gómez Pérez <u>Garabito</u>	-	1474.1475.1479.
Juan <u>Gudiel</u> de las Roelas	-	1422.
Guettierre de <u>Guevara</u>	-	1509.1510.1511.1512.1513.1519.1520.1522.
Alfón (o Alonso) <u>Gutiérrez</u>	-	1496.1505.
Álvaro Pérez de <u>Guzmán</u>	-	1453.1464.
Fernán Pérez de <u>Guzmán</u>	-	1497.1509.1510.1511.1512.1513.1519.1520. 1521.
Juan de <u>Guzmán</u>	-	1464.1473.1475.1479.1481.1485.

Juan Ramírez de <u>G</u> uzmán	-	1464.1492.
Lope de <u>G</u> uzmán	-	1517.1519.1520.1522.
Manuel de <u>G</u> uzmán	-	1473.1482.
Pedro de <u>G</u> uzmán	-	1467.
Ramir Núñez de <u>G</u> uzmán	-	1479.1481.1482.1485.1489.1490.1491.1493. 1494.
Tello de <u>G</u> uzmán	-	1492.1493.1494.1495.1496.1498.1499.1502. 1507.1508.1509.1510.
Sancho <u>H</u> ernández	-	1422.
Pedro de <u>H</u> errera	Licenciado	1514.1517.1519.1520.1521.1522.
Pedro de <u>H</u> ontañón	-	1489.1490.1491.1493.1494.1499.
Juan González <u>H</u> usillo	-	1457.
Miguel Lucas [de <u>I</u> ranzo]	Condestable de Castilla	1467.
Pedro Fernández del <u>L</u> ance	-	1422.1423.1444.1456.
Pedro del <u>L</u> ago I	-	1489.1490.1494.1496.1507.1508.1509.1510. 1511.1512.1513.
Pedro del <u>L</u> ago II	-	1519.
Lope de <u>L</u> ago y de Guzmán	-	1520.
Diego <u>L</u> ópez	-	1464.
Ruy <u>L</u> ópez	-	1475.



Diego Ramírez de <u>Lucena</u>	Comendador	1473.1482.1488.1489.1490.1491.1494.1496.
Alonso Gutiérrez de <u>Madrid</u>	-	1507.1508.1509.1510.1511.
Francisco de <u>Madrid</u>	-	1482.
Pedro de <u>Marañón</u>	-	1512.1513.1517.1519.1520.1521.1522.
Pedro <u>Martínez</u>	-	1475.1479.
Francisco de <u>Meneses</u>	-	1478.
Juan de <u>Miñón</u>	-	1493.
Fernando <u>Niño</u>	-	1422.1444.
Juan <u>Niño</u>	-	1481.1482.1485.1489.1490.1491.1493.1494. 1495.1502.1507.1508.1509.1510.1511.1512. 1513.1517.1519.1520.1522.
Rodrigo <u>Niño</u>	-	1464.1473.
Rodrigo <u>Niño</u>	-	1522.
Pedro <u>Núñez</u> “el Bermejo”	-	1464.1473.
Juan de <u>Oviedo</u>	-	1473.
Juan de <u>Padilla</u>	-	1513.1514.1517.1519.1520.1521.
Pedro López de <u>Padilla</u>	-	1473.1479.1481.1482.1489.1493.1507.1508. 1509.1510.1511.1512.1513.
Diego de <u>Palomeque</u>	-	1457.1464.1473.
Gonzalo <u>Pantoja</u>	-	1470.1473.1474.1475.1481.1482.1485.1489. 1490.1491.

<u>Pareja</u>	<u>Adelantado</u>	1473.
Garci Sánchez de <u>Pastrana</u>	-	1485.1489.1490.1491.1493.1494.1496.
Antonio de la <u>Peña</u>	-	1489.1490.1491.1493.1494.1495.1498.1507. 1509.1510.1511.1512.1513.1517.1519.1520. 1521.1522.
Gutierre de la <u>Peña</u>	-	1473.1474.1475.
Juan de la <u>Peña</u>	-	1475.1479.1482.
Sancho de la <u>Peña</u>	-	1481.1482.
Diego <u>Pérez</u>	-	1464.
Fernando Álvarez <u>Ponce de León</u>	-	1519.
Juan Rodríguez <u>Portocarrero</u>	-	1510.1511.1512.1513.1517.
Alfonso <u>Ramírez</u>	-	1480.
Álvaro <u>Ramírez</u>	-	1493
Antón <u>Ramírez</u>	Bachiller	1457.
Fernán <u>Ramírez</u>	-	1467.
Francisco <u>Ramírez</u>	-	1444.
Juan <u>Ramírez</u>	-	1457.
Juan <u>Ramírez</u>	-	1491.1493.1494.1495.1505.1510.
Nuño Fernández del <u>Registro</u>	-	1422.1423.

Diego de <u>Ribera</u> [de Malpica]	Comendador de Monreal	1473.1474.1481.1482.1486
Payo de <u>Ribera</u> [de Malpica]	Mariscal de Castilla y señor de Malpica y Valdepusa	1447.1454.1456.1462.1464.
Perafán de <u>Ribera</u> [de Malpica]	Mariscal de Castilla y señor de Malpica y Valdepusa	1464.1473.1479.1481.1482.
Juan de <u>Ribera</u> [de Montemayor]	Señor de Montemayor	1473.1475.1482.1485.1489.1490.
Juan de <u>Ribera</u> [de Montemayor]	-	1519.1520.1522.
Juan de Silva y <u>Ribera</u> [de Montemayor]	Señor de Montemayor	1507.1508.1509.1510.1511.1512.1513.
Fernando Díaz de <u>Rivadeneira</u>	Mariscal de Castilla y señor de Caudilla	1444.1456.1468.1473.
Fernán Díaz de <u>Rivadeneira</u>	Mariscal de Castilla	1478.1479.1481.1485.1489.1490.1491.1494. 1498.1499.1507.1508.1509.1510.1511.1512. 1513.1517.1519.1520.1522.
Juan de <u>Rivadeneira</u>	-	1473.1474.1479.1482.1485.1488.
Pedro de <u>Rivadeneira</u>	Mariscal de Castilla	1468.1480.1482.
Pedro Ruiz de <u>Roa</u>	-	1468.1471.
Antón Rodríguez	Bachiller	1453.1456.1464.1468.
Fernando de <u>Rojas</u>	-	1444.1464.1475.1479.1481.
Francisco de <u>Rojas</u>	-	1457.1464.1468.1473.1475.
Martín Vázquez de <u>Rojas</u>	-	1422.

Martín Vázquez de <u>Rojas</u>	-	1479.1481.1482.1485.1489.1490.1491.1493. 1494.1496.1497.1499.1507.1408.1509.1510. 1511.1512.1513.1517.
Fernán López de <u>Saldaña</u>	-	1444.
Fernando Salido	-	1473.1482.
Pedro de <u>San Martín</u>	-	1454.1464.1473.1474.1475.1479.1480.1481. 1482.1485.
Pedro Rodríguez de <u>Sansoles</u>	-	1422.
Alfón de <u>Silva</u>	-	1493.1495.1499.1502.1505.1507.1508.1509. 1510.1511.1512.1514.1517.1519.1520.1522.
Alonso de <u>Silva</u>	II Conde de Cifuentes	1464.
Arias Gómez de <u>Silva</u>	-	1456.1457.1464.1468.1469.1473.1475.1481. 1482.1485.1489.1490.1491.1493.1494.
Fernando de <u>Silva</u>	IV Conde de Cifuentes	1513.1519.
Francisco de <u>Silva</u>	-	1473.
Juan de <u>Silva</u>	I Conde de Cifuentes	1444.
Juan de <u>Silva</u>	III Conde de Cifuentes	1473.1474.
Pedro de <u>Silva</u>	-	1507.1508.1509.1510.1511.
Pedro de <u>Solórzano</u>	-	1479.1482.1485.1489.1490.
Francisco de <u>Soria</u>	-	1467.1473.
Juan Ramírez de <u>Sosa</u>	-	1473.1489.1491.1493.1507.1508.1509.1510. 1511.1512.1513.1514.

Diego Terrin I	-	1422.
Alfonso Álvarez de Toledo	-	1444.1456.
Alonso Suárez de Toledo	-	1511.1512.1513.1517.1519.1520.1521.1525.
Diego de Toledo	-	1464.
Diego López de Toledo	-	1481.1482.1485.1489.1490.1491.
Fernán Díaz de Toledo	-	1444.
Fernán Álvarez de Toledo	Señor de Higuera	1482.1490.1498.1499.1502.1507.1509.1510. 1511.1512.1513.1517.
Fernando Ramírez de Toledo	-	1475.
Garcí Álvarez de Toledo	-	1471.
Juan Álvarez de Toledo	-	1444.1464.
Luis Álvarez de Toledo	-	1490.1491.
Luis González de Toledo	-	1457.
Martín Álvarez [de Toledo]	-	1517.1519.1523.
Pedro Núñez de Toledo	-	1480.1481.1485.
Pedro Suárez de Toledo	Tesorero	1522.
Alonso González de la Torre	-	1444.
Álvaro de la Torre	-	1467.
Juan Rodríguez de Torrijos	-	1422.

Luis de <u>Valdés</u>	Comendador	1468.1471.1490.
Juan de <u>Valenzuela</u>	-	1467.
García <u>Vázquez</u>	-	1464.1473.1479.1481.1482.1485.1490.1491. 1493.1494.
Gómez <u>Vázquez</u>	-	1489.
Juan <u>Vázquez</u>	-	1422.
Garcilaso de la <u>Vega</u>	Comendador mayor de León	1505.1507.1508.1509.1510.
Pedro Laso de la <u>Vega</u>	-	1510.1511.1512.1513.1517.1519.1520.1521. 1522.
Alonso Pérez (o Ramírez) de <u>Villaescusa</u>	Doctor	1482.1488.1489.1490.1491.1502.
Alonso de <u>Villalobos</u>	-	1463.1464.1473.1481.1489.1490.
Diego García de <u>Villalobos</u>	Bachiller	1456.1457.1459.1463.
Diego de <u>Villarreal</u>	Bachiller	1473.1474.1479.1481.1482.1483.1485.1489.
<u>Villena</u>	Licenciado	1467.
Anrtonio Álvarez <u>Zapata</u>	-	1507.1508.1509.1510.1511.1512.1513.1517. 1519.1520.1521.
Fernando Álvarez <u>Zapata</u>	-	1473.1489.
Juan <u>Zapata</u>	-	1518.1519.1520.1521.1522.1523.
Juan Álvarez <u>Zapata</u>	-	1473.1479.1480.

Luis Álvarez <u>Z</u> apata	-	1479.1485.1489.1493.1494.1495.1498.1499. 1505.1507.1510.
Pedro <u>Z</u> apata	-	1491.1493.1494.1495.1496.1499.1500.1501. 1505.1507.1508.1509.1510.1511.1512.1513. 1517.1518.
Ruy Sánchez <u>Z</u> apata	-	1422.
Esteban Alonso <u>Z</u> orita	-	1422.
Pedro Esteban <u>Z</u> orita	-	1422.

Tabla 2: Relación alfabética de jurados toledanos (1422-1522)

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Juan <u>A</u> bad	-	1463.
Alfonso Pérez de <u>A</u> guilera	Bachiller	1501.
Fernán Pérez de <u>A</u> guilera	-	1505.
Luis de <u>A</u> guirre	-	1502.1509.1519.
Sancho Fernández de <u>A</u> lcaraz	Jurado por San Lorenzo	1422.1442.
Pedro <u>A</u> lfonso (o Alfón)	Jurado por San Pedro	1422.1436.
Martín <u>A</u> lonso	-	1444.
Alfón <u>Á</u> lvarez	-	1457.
Alonso <u>Á</u> lvarez	-	1512.1519.
Juan <u>Á</u> lvarez	-	1491.1499.
Pedro <u>Á</u> lvarez	-	1493.1494.
Diego de <u>Á</u> rgame	-	1506.1512.1519.
Pedro Esteban <u>A</u> rroyal	Jurado por San Román	1422.
Alonso López del <u>A</u> royo	-	1444.



Juan López del <u>Arroyo</u>	-	1444.1457.1464.
Rodrigo de <u>Atienza</u>	-	1481.
¿Alvar? de <u>Ávila</u>	-	1512.
Fernando de <u>Ávila</u>	-	1509.1510.1512.1513.1515.
Gaspar de <u>Ávila</u>	-	1510.1512.1519.
Jerónimo de <u>Ávila</u>	-	1519.
Gómez García de <u>Ávila</u>	-	1478.
Luis de <u>Ávila</u>	-	1512.1519.
Pedro de <u>Ávila</u>	-	1497.1519.
Antón de <u>Ayllón</u>	-	1457.1464.
Alfón de <u>Azafrán</u>	-	1493.1494.1496.1497.1499.1501.
Pedro de <u>Baeza</u>	Jurado por Santa María Magdalena	1422.
Alonso de <u>Balmaseda</u>	-	1494.1495.1497.1499.1500.1501.1502.1504.
Diego de <u>Bargas</u>	Jurado por San Lorenzo	1486.1491.1495.1496.1497.
Fernando de <u>Bargas</u>	-	1491.1499.1503.1505.
Francisco de <u>Bargas</u>	-	1490.1499.1502.1503.1505.1507.1510.1512.
Juan Ramírez de <u>Bargas</u>	-	1507.1509.1512.1519.1522.
Martín de <u>Bargas</u>	-	1497.1499.1501.1502.

Pedro Ruiz de <u>Bargas</u>	-	1519.
Juan <u>Bautista</u>	-	1519.1522.
Fernando Martínez del <u>Bernal</u>	Jurado por San Salvador	1422.
Juan Rodríguez de <u>Bonilla</u>	Jurado por San Andrés	1422.
Pedro González de <u>Bonilla</u>	-	1456.1457.1464.
Juan Martínez de <u>Braga</u>	Jurado por Santiago	1422.1444.
Perálvarez <u>Carranza</u>	-	1479.
Diego de <u>Carranza</u>	-	1481.1494.1495.1497.
Gonzalo Sánchez del <u>Castillo</u>	-	1481.
Rodrigo del <u>Castillo</u>	-	1464.1479.
Gonzalo de <u>Contreras</u>	-	1493.1499.1501.1502.
Francisco <u>Correa</u>	-	1478.
Payo <u>Correa</u>	-	1475.1481.
Alonso <u>Cota</u>	Tesorero	1444.1457.
Francisco <u>Cota</u>	-	1464.1468.1479.1480.
Martín Alonso <u>Cota</u> “el viejo”	-	1509.
Rodrigo <u>Cota</u>	-	1461.1462.1464.1475.1476.1477.1479.1481. 1491.1500.
Sancho <u>Cota</u>	-	1464.

Juan Rodríguez de la <u>C</u> uadra	-	1444.
Alfonso Álvarez de las <u>C</u> uentas	-	1522.
Juan <u>D</u> amián	Jurado por San Soles	1486.
Gonzalo <u>D</u> íaz	Jurado por San Cebrián	1422.
Miguel <u>D</u> íaz	-	1502.1505.1506.
Pedro de <u>E</u> scarramán	-	1480.
Francisco <u>F</u> ernández	-	1506.
Gómez <u>F</u> ernández	Jurado por San Justo	1422.
Gutierre <u>F</u> ernández	-	1464.
Pedro <u>F</u> ernández	Jurado por San Nicolás	1422.
Fernando <u>F</u> lores	-	1483.
Alfonso Rodríguez <u>F</u> rancés	-	1475.1479.1499.
Francisco <u>F</u> rancés	Jurado por San Nicolás. Bachiller hasta 1499. Licenciado 1501 y 1519	1490.1493.1499.1501.1512.1519.
Pedro <u>F</u> ranco	Jurado por San Nicolás	1422.1423.
Alonso López de la <u>F</u> uente I	Jurado por San Salvador Licenciado	1444.1456.
Alonso López de la <u>F</u> uente II	-	1456.1459.1464.
Diego de la <u>F</u> uente	-	1444.1456.1457.1464.1475.

Fernando González de la <u>F</u> uente	Jurado por San Ginés	1422.1444.
Gonzalo de la <u>F</u> uente	Jurado por San Salvador	1456.1464.
Gonzalo López de la <u>F</u> uente	Jurado por San Salvador	1422.1424.
Gutierre de la <u>F</u> uente	-	1484.
Pedro de la <u>F</u> uente	-	1483.
Rodrigo de la <u>F</u> uente	-	1464.1479.
Ruy Pérez de la <u>F</u> uente	-	1505.1509.1512.
Bernaldo <u>G</u> aitán	-	1464.
Alvar <u>G</u> arcía	-	1482.
Diego de <u>G</u> arnica	-	1501.
Juan de <u>G</u> arnica	Comendador	1497.1498.
Alfón <u>G</u> olondrino	-	1475.
Juan Gómez <u>G</u> olondrino	-	1475.
<u>G</u> ómez	Fiel	1464.
Diego <u>G</u> ómez	Jurado por San Andrés	1422.1464.
Juan <u>G</u> ómez	Escribano Público	1475.1481.1484.1490.1491.1492.1494.1495. 1497.1499.
Nicolás <u>G</u> ómez	Jurado por San Román	1422.
Diego <u>G</u> onzález	Alcalde	1464.

Fernán <u>G</u> onzález	Jurado por San Miguel. Bachiller	1422.
Fernando <u>G</u> onzález	Jurado por San Juan de la Leche	1422.
Luis <u>G</u> onzález	-	1422.1444.1464.
Pedro <u>G</u> onzález	-	1444.1464.
Juan Gómez de <u>G</u> uadamur	-	1494.1495.
Juan <u>G</u> utiérrez	Jurado por San Pedro	1422.
Alonso Pérez <u>H</u> arnalte	-	1444.
Diego <u>H</u> ernández	-	1512.1519.
Alfón de <u>H</u> errera	Bachiller	1501.
Pedro de <u>H</u> errera	Licenciado	1506.1507.1510.1511.1512.1514.
Bernardino de la <u>H</u> iguera	-	1512.1519.1522.
Bruno de la <u>H</u> iguera	-	1512.
Fernando de la <u>H</u> iguera	-	1479.1495.1497.1499.1502.1505.
Miguel de <u>H</u> ita	Alcaide del puente de Alcántara	1497.1499.1501.1502.1505.1512.1514.1519. 1522.
¿Bruno? De <u>H</u> orozco	-	1519.
Bruno de <u>H</u> otos	-	1512.
Fernando <u>H</u> urtado	-	1512.

Gonzalo <u>Hurtado</u>	-	1498.1499.1519.
Luis <u>Hurtado</u>	-	1444.1464.1465.1466.1471.1472.
Fernando González <u>Husillo</u>	-	1475.1479.1480.1481.
Juan González <u>Husillo</u>	-	1444.1456.1457.1464.
Francisco de <u>Illescas</u>	-	1480.
Antonio de la <u>Isla</u>	-	1501.
Jerónimo de la <u>¿Isla?</u>	-	1512.
Pedro González <u>Jarada</u>	-	1456.1457.1464.
Juan de <u>Jerez</u>	-	1468.
Francisco de <u>Langayo</u>	-	1482.1494.1495.1498.
Alfonso de <u>León</u>	-	1499.1509.
Sebastián de <u>León</u>	Jurado por San Martín. Bachiller en 1516.	1509.1516.
Diego <u>López</u>	-	1475.
Diego Fernández de <u>Madrid I</u>	-	1444.1464.1468.
Diego Fernández de <u>Madrid II</u>	-	1481.1494.1497.1498.1499.1501.1502.1506. 1510.1512.1515.
Juan Rodríguez de <u>Madrid</u>	-	1494.1496.1499.1502.1505.
Fernando <u>Maldonado</u>	-	1456.1464.

Juan González <u>M</u> árquez	-	1444.1468.
Alvar <u>M</u> artínez	Jurado por San Justo	1422.
Juan González <u>M</u> artínez	Jurado por Santa María Magdalena	1422.1423.
Pedro González del <u>M</u> ercado	-	1456.
Diego de <u>M</u> ontoya	-	1512.1517.1519.
Alfonso Martínez de <u>M</u> ora	-	1522.
Alonso de <u>M</u> orales	-	1464.
Alonso de <u>M</u> orales	-	1522.
Jaime de <u>M</u> orales	-	1468.1481.1488.1493.1494.1495.1498.1499. 1500.1501.1502.1505.
Jerónimo de <u>M</u> orales	-	1512.1515.1519.1522.
Garcí Fernández <u>N</u> ieto	Jurado por San Cristóbal	1422.
Francisco <u>N</u> úñez	-	1444.1463.1476.
Juan <u>N</u> úñez	-	1422.1444.
Juan <u>N</u> úñez	Jurado por San Antolín	1463.1464.1475.1477.1479.1482.
Diego Martínez de <u>O</u> rtega	Bachiller	1488.1489.1494.1497.1498.1499.1500.1501. 1505.1506.1507.
Pedro <u>O</u> rtega	-	1505.1506.1508.
Alfonso <u>O</u> rtiz	Bachiller	1510.1512.1519.

Antón <u>Ortiz</u>	-	1493.1494.1495.1498.1499.1501.
Francisco <u>Ortiz</u>	Bachiller	1479.1483.1493.1496.1499.1500.1502.
Juan <u>Ortiz</u>	-	1494.1496.1498.1499.
Alfón Fernández de <u>Oseguera</u>	-	1519.1523.
Diego Fernández de <u>Oseguera</u>	-	1519.
Juan Sánchez de <u>Oviedo</u>	Jurado por San Soles	1422.
Fernando López de la <u>Palanca</u>	Jurado por San Juan de la Leche	1422.
Juan Fernández <u>Paniagua</u>	Jurado por San Miguel	1422.
Cristóbal <u>Pantoja</u>	-	1501.
Gonzalo <u>Pantoja</u>	-	1512.1519.
Bartolomé <u>Panzano</u>	-	1456.1464.
Fernando Alfonso de la <u>Parra</u>	Jurado por San Vicente	1422.
Nicolás de <u>Párraga</u>	-	1510.1512.1514.1519.
Alonso <u>Pérez</u>	-	1464.
García <u>Pérez</u>	-	1512.1519.
Ruy <u>Pérez</u>	-	1512.1519.
Diego de <u>Piña</u>	-	1493.1499.1500.1501.1502.
Francisco <u>Ramírez</u>	-	1501.1502.1512.1519.



Juan de <u>Rivadeneira</u>	-	1475.1479.
Alfón González de <u>Roa</u>	-	1457.
Alonso <u>Rodríguez</u>	-	1444.
Fernán <u>Rodríguez</u>	Bachiller	1444.1464.
Gonzalo <u>Rodríguez</u>	Jurado por San Vicente	1422.1455.
Juan <u>Rodríguez</u>	-	1464.1499.1500.
Pedro <u>Rodríguez</u>	Jurado por San Lorenzo. Bachiller	1422.1442.
Pedro <u>Rodríguez</u> "El Cano"	-	1444.1464.
Diego de <u>Rojas</u>	-	1464.1479.1483.1493.1494.1498.1499.1500. 1501.1502.1503.1506.1507.1508.1509.1512. 1513.1519.1522.
Garci Pérez de <u>Rojas</u>	-	1502.1509.1510.1512.1522.
Alfonso <u>Romero</u>	-	1505.1510.1512.
Alfonso <u>Ruiz</u>	-	1464.1468.
Juan <u>Ruiz</u>	-	1494.1499.1501.1502.
Miguel <u>Ruiz</u>	-	1479.1481.1505.1513.1519.
— Fernán López de <u>Sahagún</u>	-	1464.
Juan Sánchez de la <u>Sal</u>	Jurado por San Ginés	1422.1430.1444.
Juan de <u>Salazar</u>	-	1505.

Juan González de <u>San</u> Cristóbal	-	1444.
Diego de <u>San</u> Martín	-	1510.
Diego Sánchez de <u>San</u> Pedro I	-	1444.
Diego Sánchez de <u>San</u> Pedro II	-	1505.1506.1509.1512.1514.1519.
Fernando de <u>San</u> Pedro	-	1464.1479.
Gonzalo de <u>San</u> Pedro	-	1483.
Juan de <u>San</u> Pedro	-	1464.1475.
Juan Sánchez de <u>San</u> Pedro I	Jurado por Santo Tomé. Contador	1422.
Juan Sánchez de <u>San</u> Pedro II	-	1494.1496.1504.
Juan Rodríguez de <u>San</u> abria	Jurado por San Lorenzo	1422.
Gonzalo <u>S</u> ánchez	-	1481.1483.
Juan <u>S</u> ánchez	Jurado por San Soles	1422.
Miguel <u>S</u> ánchez	Jurado por Santa Leocadia	1422.
Ruy <u>S</u> ánchez	-	1481.1488.
Tomás (o Tomé) <u>S</u> ánchez	-	1492.1494.1496.1502.1505.1506.1507.1512. 1519.
Diego de <u>S</u> antamaría	-	1507.1510.1511.1512.1513.1519.1522.
Juan de <u>S</u> antamaría	-	1475.1479.1491.

Juan Pérez de <u>S</u> antamaría	-	1444.
Juan Sánchez de <u>S</u> anto Tomé	-	1444.
Fernando de <u>S</u> egovia	Jurado por Santa María Magdalena	1475.1479.1483.1488.1493.1494.1495.1497.1499.1500.1501.1506.1507.1508.
Luis de <u>S</u> egovia	-	1479.
Gonzalo Rodríguez de <u>S</u> egura	-	1464.
Manuel de <u>S</u> egura	-	1475.1479.
Diego <u>S</u> errano I	-	1444.
Diego <u>S</u> errano II	-	1512.1516.1519.1521.
Juan <u>S</u> errano	-	1464.
Martín <u>S</u> errano	-	1479.1498.1499.1500.1501.
Alfón Gómez de <u>S</u> evilla	Jurado por Santo Tomé	1422.1423.
Alfón Vélez de <u>S</u> evilla	-	1497.
Fernán Alonso de <u>S</u> evilla	-	1444.
Juan <u>S</u> olano	-	1510.1511.1512.1513.1519.
Alonso de <u>S</u> osa	-	1481.1512.1519.1522.
Esteban de <u>S</u> osa	-	1456.1457.1464.1475.
Francisco Ramírez de <u>S</u> osa	-	1519.
Juan de <u>S</u> osa	-	1493.1494.1495.1498.1506.

Diego de <u>Soto</u>	-	1493.
Diego López de <u>Tamayo</u>	-	1512.1519.
Diego <u>Terrín</u> II	-	1490.1498.1499.1506.
Juan <u>Terrín</u>	-	1444.
Alfonso de <u>Toledo</u>	-	1468.1475.1479.1480.1481.1483.
Alfonso Álvarez de <u>Toledo</u>	-	1512.
Álvaro García de <u>Toledo</u>	Alguacil	1464.1471.1475.1479.
Diego de <u>Toledo</u>	-	1467.
Fernando Rodríguez de <u>Toledo</u>	Bachiller	1444.1462.1464.
Francisco Núñez de <u>Toledo</u>	-	1479.1480.
Gonzalo de <u>Toledo</u>	-	1489.
Gutierre de <u>Toledo</u>	Aposentador del rey	1464.1479.1481.1487.
Juan Núñez de <u>Toledo</u>	-	1509.
Pedro Álvarez de <u>Toledo</u>	-	1480.1488.
Alonso de la <u>Torre</u>	Jurado por Santo Tomé	1489.1499.1505.1511.1512.1520.
Fernando de la <u>Torre</u>	-	1464.1467.
Juan de la <u>Torre</u>	-	1485.
Francisco Rodríguez de <u>Torrijos</u>	Jurado por Santa Leocadia	1422.

Diego Sánchez <u>T</u> rapero	-	1444.
Diego de <u>U</u> ceda	-	1482.1489.1490.1491.1500.1501.1502.1505.
Pedro de <u>U</u> ceda	-	1480.
Sancho de <u>U</u> lloque	-	1444.
Juan de <u>V</u> aillo	-	1485.
Diego de <u>V</u> alcárcel	-	1479.
Fernando de <u>V</u> alencia	-	1480.1484.
Alfonso Rodríguez de <u>V</u> alenzuela	-	1475.
Juan de <u>V</u> alenzuela	-	1480.
Antón de <u>V</u> alladolid	-	1464.1468.1469.
Juan Pérez de <u>V</u> allejo	-	1496.1497.1498.1499.1500.
Alonso <u>V</u> ázquez	-	1475.1483.
Fernando <u>V</u> ázquez	Jurado por San Lorenzo	1497.1499.1512.1514.1519.
Fernando de <u>V</u> ergas	-	1501.
Lope de <u>V</u> illarreal	-	1481.1491.1493.1494.1495.
Pedro de <u>V</u> illayos	-	1512.1514.1518.1519.
Luis de <u>V</u> itoria	-	1483.
Francisco <u>Z</u> apata	-	1522.

Juan Álvarez <u>Z</u> apata	Jurado por San Nicolás	1492.1496.1499.1505.1510.1511.1512.1514.
Luis <u>Z</u> apata	-	1519.
Alfón de <u>Z</u> ayas	-	1464.

Tabla 3: Mayordomos del Cabildo de Jurados

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Pedro Alfonso (o Alfón)	-	1436.
Álvaro González de Toledo	-	1471.1479.
Alfón García de Toledo	-	1479.
Pedro de la Fuente	-	1483.
Diego Martínez de Ortega	Bachiller	1493.1494.1498.1499.1500.
Alonso de Balmaseda	-	1494.
Jaime de Morales	-	1498.1500.1501.
Juan Gómez	-	1499.
Francisco Ortiz	Bachiller	1499.
Juan Ortiz	-	1499.
Diego de San Martín	-	1510.
Juan Solano	-	1511.
Juan Solórzano	-	1511.
Juan Álvarez Zapata	-	1511.

Tabla 4: Escribanos del Cabildo de Jurados

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Juan Rodríguez	-	1464.
Alfonso de Toledo	-	1480.
Fernando de Segovia	-	1497.1499.1500.1501.1506.1507.

Tabla 5: Receptores del Cabildo de Jurados

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Diego de Rojas	-	1507.1508.



Tabla 6: Guardas del Cabildo de Jurados

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Rodrigo de Madrid	-	1472.
Pedro de Robles	-	1483.
Juan de Peñalosa	-	1497.
García Serrano	-	1501.
Rodrigo Carreño	-	1506.
Juan Vizcaino	-	1506.

Tabla 7: Relación alfabética de escribanos de Toledo (1422-1522)

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Alfonso Pérez de <u>A</u> guilera	-	1477.1493.1494.1499.
Fernán Pérez de <u>A</u> guilera	-	1500.1501.1502.1514.
Francisco Fernández de <u>A</u> guilera	Notario Apostólico	1494.1499.1505.
Diego García de <u>A</u> lcálá	-	1503.1507.1508.1509.1510.1511.1512.1513. 1514.1515.1516.1517.1518.1519.1520.1521. 1522.
Fernando García de <u>A</u> lcálá	-	1510.1512.
Fernando Ortiz de <u>A</u> lcálá	-	1510.1512.
Pedro García de <u>A</u> lcálá	-	1465.1482.1486.
Diego <u>A</u> lonso	-	1463.1478.
Alfonso <u>A</u> lvarez	-	1499.1505.
Alvar López del <u>A</u> rroyo	-	1497.1499.1505.
Pedro López del <u>A</u> rroyo	-	1509.
Ruy López del <u>A</u> rroyo	-	1509.1522.
Francisco de <u>B</u> argas	-	1486.1490.1499.
Pedro Rodríguez de <u>B</u> argas I	-	1463.1479.1481.1483.1487.1489.

Pedro Rodríguez de <u>B</u> argas II	-	1496.1497.1499.1503.
Rodrigo de <u>B</u> argas	-	1497.
Alfón Fernández de <u>B</u> onilla	-	1507.1508.
Martín Fernández de <u>B</u> onilla	-	1458.
Fernando Rodríguez de <u>C</u> anales	-	1508.1515.
Francisco Rodríguez de <u>C</u> anales	Escribano de Cámara	1479.1481.1482.
Alfón Martínez <u>C</u> ota	-	1465.1465.
Martín Alfón <u>C</u> ota	-	1491.
Alvar Rodríguez de la <u>C</u> uadra	-	1459.
Alfón Álvarez de las <u>C</u> uentas	-	1505.
Pedro González de las <u>C</u> uentas	-	1510.1523.
Pedro Sánchez de <u>C</u> uerva	-	1499.1505.
Antonio <u>F</u> lores	-	1503.1505.
Pedro <u>G</u> arcía	-	1511.1517.
Antón Gómez de <u>G</u> ómara	-	1497.1499.1505.1509.1519.1520.
Gómez Fernández de <u>G</u> ómara	-	1484.1493.
Juan Gómez de <u>G</u> ómara	-	1514.
Diego ¿ <u>G</u> ómez?	-	1499.

Juan <u>G</u> ómez	Jurado	1490.
Pedro Sánchez de <u>G</u> uadalajara	-	1497.
Juan Gómez de <u>G</u> uadamur	-	1494.
¿Juan Álvarez? <u>G</u> uerrero	Bachiller	1499.
Diego <u>L</u> ópez	-	1482.
Pedro Sánchez de <u>L</u> ucena	-	1505.
Andrés Núñez de <u>M</u> adrid	-	1510.
Diego Núñez de <u>M</u> adrid	-	1505.
Juan Núñez de <u>M</u> adrid	-	1490.1499.1504.1510.1513.1514.
Alonso <u>M</u> aldonado	-	1490.
Alonso de <u>M</u> ármol	-	1490.
Fernán <u>M</u> artínez	-	1427.
Pedro del <u>M</u> atute	-	1489.
Pedro Díaz de <u>M</u> ondéjar	Notario Apostólico	1496.1499.1501.1509.1514.
Diego Sánchez <u>M</u> ontesino	-	1494.1499.1500.1505.
Juan Sánchez <u>M</u> ontesino	-	1509.1513.1514.1515.1516.1518.1519.1520. 1521.1522.
Alonso Martínez de <u>M</u> ora	-	1499.1504.1505.1508.1509.
García Martínez del <u>M</u> oral	-	1442.

Bernardino de <u>Navarra</u>	-	1506.1507.1508.1510.1511.1512.1513.1514. 1515.1516.1517.1518.1519.1520.1522.
Gaspar de <u>Navarra</u>	-	1522.
Juan de <u>Navarra</u>	-	1499.
Pedro Núñez de <u>Navarra</u>	-	1499.1505.
Juan García <u>Notario</u>	-	1494.1499.
Juan <u>Núñez</u>	-	1479.
Pedro Rodríguez de <u>Ocaña</u>	-	1499.1505.1506.
Andrés <u>Ortega</u>	-	1499.1501.1505.
Antonio <u>Ortiz</u>	-	1499.1500.1505.
Pedro <u>Ortiz</u>	-	1499.
Alfón Fernández de <u>Oseguera</u>	-	1512.1514.1522.1523.
Alfonso Fernández de <u>Oseguera</u>	-	1480.1481.
Andrés Fernández de <u>Oseguera</u>	-	1505.1506.
Diego Fernández de <u>Oseguera</u>	-	1493.1499.1500.1501.1503.
Francisco Fernández de <u>Oseguera</u>	-	1489.1490.1493.1494.1495.1496.1498.1499. 1501.1505.1507.
Juan Fernández de <u>Oseguera</u> I	-	1492.1493.1494.1498.1499.
Juan Fernández de <u>Oseguera</u> II	-	1503.

Pedro Fernández de <u>O</u> seguera	-	1496.1499.1503.
Fernando Pérez de <u>P</u> árraga	-	1499.
Nicolás Fernández de <u>P</u> árraga	-	1508.1513.
Gaspar de <u>P</u> edrosa	-	1515.
Francisco Ramírez de <u>P</u> eñalosa	-	1482.
Diego <u>P</u> érez	-	1437.
Diego <u>P</u> érez	Notario Apostólico	1496.1499.
Juan López de la <u>P</u> uebla	-	1468.
Pedro González de <u>R</u> oa	-	1471.1492.1494.1499.1505.
Fernán <u>R</u> odríguez	-	1437.
Fernán Rodríguez	-	1517.
Juan <u>R</u> odríguez	-	1441.1442.1464.
Diego López de <u>R</u> ojas	-	1485.
Diego de <u>S</u> an Martín (o de la Canal)	-	1490.
Esteban López de <u>S</u> an Benito	-	1482.
Gonzalo Rodríguez de <u>S</u> an Pedro	-	1463.1466.
Fernando de <u>S</u> egovia	-	1497.
Martín Fernández de <u>S</u> evilla	-	1458.

Sancho de <u>Soto</u>	-	1491.1499.
Alfonso Álvarez de <u>Toledo</u>	-	1482.
Diego Alfón de <u>Toledo</u>	-	1463.1465.1472.
Juan Rodríguez de <u>Toledo</u>	-	1478.
Pedro Álvarez de <u>Toledo</u>	-	1451.
Pedro González de <u>Toledo</u>	-	1456.
Juan de <u>Vera</u>	-	1518.
Diego Fernández de <u>Villatoro</u>	-	1499.
Pedro Sánchez de <u>Yepes</u>	-	1499.1505.

Tabla 8: Mayordomos del Colegio de Escribanos

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Pedro Fernández de Oseguera	-	1496.
Diego Fernández de Oseguera	-	1499.

Tabla 9: Escribanos del Colegio de Escribanos

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Pedro Sánchez de Cuerva	-	1499.
Andrés Fernández de Oseguera	-	1505.
Alonso Martínez de Mora	-	1509.
Pedro García	-	1511.
Juan Sánchez Montesinos	-	1516.
Juan de Vera	-	1518.
Antón Gómez de Gómara	-	1519.

Tabla 10: Guardas del Colegio de Escribanos

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Juan de Medina	-	1499.



Tabla 11: Escribanos mayores de los ayuntamientos de Toledo

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Luis González de Toledo	-	1451.1454.
Alfón Franco	Licenciado	1456.1457.
Diego González de Toledo	Doctor. Contador mayor de cuentas	1457.
Diego Gómez	-	1457.
Pedro González	-	1464.
Juan López de la Puebla	-	1468.
Alfonso Fernández de Oseguera	-	1468.1474.1475.1478.1479.1480.1481.1482.
Juan Fernández de Oseguera I	-	1478.1491.1492.1493.1494.1495.1498.1499.
Francisco Fernández de Oseguera	-	1499.
Juan Fernández de Oseguera II	-	1499.1503.1507.1510.1512.1514.1515.1519.
Alfón Fernández de Oseguera	-	1522.

Tabla 12: Mayordomos de la Ciudad

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Diego González de León	-	1427.1428.
Antón de Ayllón	-	1457.
Pedro de Córdoba	-	1471.
Francisco de León	-	1477.
Juan Fernández de Oseguera	Escribano Mayor de Toledo	1482.1485.1487.1489.1490.1491.
Alfón de Azafrán	Jurado	1493.1494.
Pedro Sánchez de Yepes	-	1506.
Juan de Torres	-	1508.1509.1511.1512.1513.1517. 1519.1520.1521.1523.

Tabla 13: Contadores de la Ciudad

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Nuño Fernández del Registro	Regidor	1423.
Alfón Gómez de Sevilla	Jurado	1423.
Diego Palomeque	Regidor	1457.
Arias Gómez de Silva	Regidor	1491.
Pedro Zapata	Regidor	1491.
Juan Álvarez Zapata	Jurado	1492.

Tabla 14: Fieles del Juzgado

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Ramiro de Tamayo	-	1423.
Rodrigo de Vera	Aposentador Real	1445.
Ruy García de la Rúa	Escribano de Cámara	1445.1449.1462.1463.
Alonso de Silva	Regidor	1519.

Tabla 15: Fieles ejecutores

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Pedro Fernández del Lance	Regidor	1423.
Pedro Franco	Jurado	1423.
Fernán Martínez de Carrión	Vecino de Toledo	1423.
Alonso Cota	Jurado	1457.
Rodrigo Cota	Jurado	1461.1462.1464.
Pedro de San Martín	Regidor	1479.1480.1481.
Fernando de Trujillo	-	1479.1480.1481.
Fernando González Husillo	Jurado	1479.1480.1483.
Luis Alfón	Regidor	1481.
Gonzalo Pantoja	Regidor	1481.
Ruy Sánchez	Jurado	1481.
Juan Vázquez de Ayllón	-	1482.
Martín Vázquez de Rojas	Regidor	1482.1512.
Pedro de Solórzano	Regidor	1482.

García Vázquez	Regidor	1482.
Diego de Villarreal	Regidor	1483.
Juan de Córdoba	Regidor y comendador	1484.
Juan Gómez	Jurado	1484.1491.1492.1494.1495.
García Sánchez de Pastrana	Regidor	1491.
Ramiro Núñez de Guzmán	Regidor	1491.
Fernando de Acitores	Regidor	1491.1492.
Juan Fernández de Oseguera I	Escribano Mayor de los Ayuntamientos	1491.1493.1502.
Antonio de la Peña	Regidor	1493.
Tello de Guzmán	Regidor	1493.
Juan Ramírez	Regidor	1494.
Juan Fernández de Oseguera II	-	1503.
Fernán Pérez de Guzmán	Regidor	1512.
Diego de Rojas	Jurado	1512.
Gutierre de Guevara	Regidor	1519.
Juan Zapata	Regidor	1519.
Diego Fernández de Oseguera	Jurado	1519.1523.

Tabla 16: Aposentadores de la Ciudad

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Martín de Briones	-	1457.
Sancho ¿Capacho?	-	1457.
Ramiro Núñez de Guzmán	Regidor	1491.
Pedro de Ayala	Regidor y comendador de Paracuellos	1491.
Lope Conchillos	Regidor	1519.

Tabla 17: Letrados de la Ciudad

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Herrera	Bachiller	1482.
Gutierre García de Arroyal	Bachiller	1482.1491.
Quijada	Bachiller	1491.
Falcón	Licenciado	1519.
Martínez	Doctor	1519.

Tabla 18: Procuradores de la Ciudad

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Fernán García de Guadalajara	Procurador	1491.
Lope Rodríguez Francés	Procurador de Viudas y Huérfanos	1491.
Juan de Almodóvar	Procurador	1519.
Pedro Vázquez Gómez	Procurador de Viudas y Huérfanos	1519.



Tabla 19: Veedores de los tintoreros

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Ramiro Núñez de Guzmán	Regidor	1491.
Pedro de Ayala	Comendadro de Paracuellos. Regidor	1491.
Alonso de Silva	Regidor	1519.
Fernando Dávalos	Regidor	1519.

Tabla 20: Sofieles

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Francisco Fernández	-	1457.
Juan de Medina	-	1457.
Rodrigo Ortiz	-	1457.
Lope Rodríguez	-	1457.
Alfonso Bermejo	-	1481.
Alfonso de Medina	-	1490.1491.
Juan Vizcaino	-	1493.1494.1495.1498.
Juan de Peñalosa	-	1494.
Juan Quijada Carranza	-	1494.
Rodrigo Carreño	-	1514.
Andrés de Tapia	-	1514.
Luis de Córdoba	-	1514.
Alonso de Tapia	-	1519.
Cristóbal de Salvatierra	-	1519.

Carreño	-	1519.
---------	---	-------

Tabla 21: Pregoneros

NOMBRE	ATRIBUTO	AÑO DE EJERCICIO
Gonzalo de Valladolid	-	1508.
Juan de Mérida	-	1508.
Pedro de Sepúlveda	-	1508.

Tabla 22: Oficiales de la Ciudad en 1422

- Oficiales mayores: Pedro López de Ayala (alcalde mayor), Juan Carrillo (alcalde mayor) y Pedro Carrillo (alguacil mayor).
  
- Regidores: Pedro Gómez Barroso, Hernando Niño, Hernán Gómez de Aguilar, Juan Vázquez, Sancho Hernández, Pedro Fernández del Lance, Martín Vázquez de Rojas, Esteban Alonso Zorita, Juan Gudiel de las Roelas, Nuño Hernández del Registro, Diego Terrín el viejo, Mosén Juan, Juan Rodríguez de Torrijos, Ruy Sánchez Zapata, Pedro Esteban Zorita y Pedro Rodríguez de San Soles.
  
- Jurados: Juan Rodríguez de Bonilla, Diego Gómez, Pedro Esteban Arroyal, Nicolás Gómez, Gonzalo Rodríguez, Fernando Alonso de la Parra, Sancho Fernández de Alcaraz, Juan Rodríguez de Sanabria, Juan González Nartínez, Pedro de Baeza, Pedro Rodríguez, Juan Núñez, Fernando López de la Palanca, Fernándo González, Juan Sánchez de San Pedro, Alfonso Gómez de Sevilla, Pedro Fernández, Pedro Franco, Juan Gutiérrez, Pedro Alfonso, Miguel Sánchez, Francisco Rodríguez de Torrijos, Gonzalo López de la Fuente, Fernando Martínez del Bernal, Gonzalo Díaz, Juan Sánchez, Pedro Alfonso de Oviedo, Luis González, Garci Fernández Nieto, Juan Martínez de Braga, Fernán González, Juan Fernández Paniagua, Alvar Martínez, Gómez Fernández, Fernando González de la Fuente y Juan Sánchez de la Sal.

Tabla 23: Oficiales de la Ciudad en 1457

- Oficiales mayores: Alfonso de Estuñiga (asistente), Pedro López de Ayala (alcalde mayor), Diego Romero (alcalde mayor), Luis de la Cerda (alcalde mayor de las alzadas) y Fernán Álvarez de Toledo (alguacil mayor).
- Lugartenientes: Diego González (alcalde, por Diego Romero), Juan de Ayala (alcalde de las alzadas, por Luis de la Cerda) y Álvaro de Toledo (alguacil, por Fernán Álvarez de Toledo).
- Regidores: Diego de Avellaneda, Álvaro Pérez de Guzmán, Diego de Palomeque, Juan Ramírez, Antón Ramírez, Payo de Ribera, Fernando Díaz de Rivedeneira Antón Rodríguez, Fernando de Rojas, Francisco de Rojas, Pedro de San Martín, Arias Gómez de Silva, Juan Álvarez de Toledo, Luis Gómez de Toledo y Diego Garcia de Villalobos.
- Jurados: Alfón Álvarez, Juan López del Arroyo, Antón de Ayllón, Pedro Gómez de Bonilla, Alonso Cota, Alonso López de la Fuente I, Alonso López de la Fuente II, Diego de la Fuente, Gonzalo de la Fuente, Luis González, Pedro González, Luis Hurtado, Juan González Husillo, Pedro González Jarada, Diego Fernández de Madrid I, Fernando Maldonado, Juan González Márquez, Francisco Núñez, Bartolomé Panzano, Alfón González de Roa, Fernán Rodríguez, Pedro Rodríguez “el Cano”, Esteban de Sosa y Fernando Rodríguez de Toledo.
- Escribano: Alfonso Franco de Toledo.

Tabla 24: Oficiales de la Ciudad en 1496

- Oficiales mayores: Pedro de Castilla (corregidor), Juan Álvarez Guerero (alcalde mayor) y Álvaro de Mena (alguacil mayor).
  
- Regidores: Juan Carrillo, Diego García de Cisneros, Juan de Córdoba “el viejo”, Fernando Dávalos, Tello de Guzmán, Pedro de Hontañón, Pedro del Lago I, Diego Ramírez de Lucena, Juan Niño, Pedro López de Padilla, Garci Sánchez de Pastrana, Juan Ramírez, Martín Vázquez de Rojas, Alfón de Silva, Juan Ramírez de Sosa, Fernán Álvarez de Toledo, Alfón Ramírez de Villaescusa, Luis Álvarez Zapata y Pedro Zapata.
  
- Jurados: Juan Álvarez, Alfón de Azafrán, Alonso de Balmaseda, Diego de Bargas, Fernando de Bargas, Francisco de Bargas, Diego de Carranza, Rodrigo Cota, Alfonso Rodríguez Francés, Francisco Francés, Juan Gómez, Francisco de Langayo, Diego Fernández de Madrid II, Juan Rodríguez de Madrid, Jaime de Morales, Diego Martínez de Ortega, Antón Ortiz, Francisco Ortiz, Juan Ortiz, Diego de Piña, Juan Rodríguez, Diego de rojas, Juan Ruiz, Miguel Ruiz, Juan Sánchez de San Pedro II, Tomé Sánchez, Fernando de Segovia, Martín Serrano, Alonso de Sosa, Juan de Sosa, Diego Terrín II, Alonso de la Torre, Diego de Uceda, Juan Pérez de Vallejo y Juan Álvarez Zapata.
  
- Escribano: Juan Fernández de Oseguera I.

Tabla 25: Oficiales de la Ciudad en 1514

- Oficiales mayores: Jaime Ferrer (corregidor) y Rodrigo Ronquillo (alcalde mayor).
  
  - Regidores: Antón Álvarez, Pedro de Ayala, Pedro de Baeza, Juan Carrillo, Lope Conchillos, Fernando Dávalos, Gonzalo Gaitán, Gutierre de Guevara, Fernán Pérez de Guzmán, Pedro de Herrera, Pedro de Marañón, Juan Niño, Juan de Padilla, Antonio de la Peña, Juan Rodríguez Portocarrero, Fernán Díaz de Rivadeneira, Martín Vázquez de Rojas, Alfón de Silva, Fernando de Silva, Juan Ramírez de Sosa, Alonso Suárez de Toledo, Fernán Álvarez de Toledo, Pedro Laso de la Vega, Antonio Álvarez Zapata y Pedro Zapata.
  
  - Jurados: Luis de Aguirre, Alonso Álvarez, Diego de Árgame, Fernando de Ávila, Gaspar de Ávila, Luis de Ávila, Pedro de Ávila, Juan Ramírez de Bargas, Francisco Francés, Diego Hernández, Pedro de Herrera, Bernardino de la Higuera, Miguel de Hita, Gonzalo Hurtado, Sebastián de León, Diego Fernández de Madrid II, Diego de Montoya, Jerónimo de Morales, Alfonso Ortiz, Gonzalo Pantoja, Nicolás de Párraga, García Pérez, Ruy Pérez, Francisco Ramírez, Diego de Rojas, Garci Pérez de Rojas, Miguel Ruiz, Diego Sánchez de San Pedro II, Tomé Sánchez, Diego de Santamaría, Diego Serrano II, Juan Solano, Alonso de Sosa, Diego López de Tamayo, Alonso de la Torre, Fernando Vázquez, Pedro de Villayos y Juan Álvarez Zapata.
- 
- Escribano: Juan Fernández de Oseguera II.

**CAPÍTULO 4:**

**LA OLIGARQUÍA DE SANGRE:  
LA CABALLERÍA TOLEDANA**





La caballería era el grupo social privilegiado de Toledo, aquél que formaban los más poderosos linajes de la ciudad y la Tierra. Precisamente era el conjunto de privilegios específicos el rasgo que diferenciaba jurídicamente a la caballería frente a los demás grupos, pero en este capítulo no pretendemos caracterizar jurídicamente la caballería sino observarla desde el punto de vista social del modo más integrador posible<sup>1</sup>. Ya hemos subrayado que, en el ámbito político, el Regimiento toledano era la institución que mejor representaba los intereses de los caballeros, aunque no estuviera formado íntegramente por personas de esta condición social. El Regimiento era portavoz de la caballería y gobernaba la Ciudad para el beneficio de la misma, pero su objetivo era la reproducción de la primacía política de este grupo social y no necesariamente el beneficio de sus miembros de forma particular. Es por esto por lo que no debe extrañarnos contemplar el ataque de la Ciudad contra uno u otro de los caballeros, ya que lo que el Regimiento buscaba en su actuación era el beneficio del grupo, el cual casi sistemáticamente se contraponía a los intentos de encumbramiento de los particulares.

Antes de atender a las cuestiones que consideramos básicas para la caracterización de la caballería toledana, creemos conveniente expresar cuál es el sentido en que aquí concebimos este grupo social, y para ello estableceremos una clasificación de la nobleza toledana en distintos niveles: en el escalón más alto se halla la ricahombría, a la que sólo pertenecen unos pocos linajes bien asentados y muy considerados en toda la Corona de Castilla, aunque asentados en Toledo<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup>. En el epígrafe A del apartado 3.1.4. de este trabajo ya hemos señalado los rasgos jurídicos fundamentales de la caballería toledana.

<sup>2</sup>. Se puede considerar a la ricahombría toledana dentro del grupo de la alta nobleza castellana,

Por debajo encontramos el estrato que suele denominarse “caballería”, cuya influencia, en el caso toledano, se limitaba a la ciudad y su Tierra, aunque sus vinculaciones con otros ámbitos de Castilla podían ser considerables. Esta caballería, que centra nuestro interés, podemos relacionarla con esa “nobleza media” que Marie Claude Gerbat caracteriza por una serie de “criterios distintivos”: el servicio al rey, la ocupación de regidurías, la entrada de los segundones en órdenes de caballería<sup>3</sup>. Podemos, asimismo, relacionar con la “hidalgúa” el tercer nivel de la nobleza en Toledo, el de las ramas secundarias de los linajes de caballeros, pero preferimos denominar “caballería de segunda fila” a este numéricamente importante conjunto de nobles, porque sus aspiraciones y su modo de vida no diferían significativamente del que presentaba esa nobleza media de los caballeros; las fundamentales diferencias entre unos y otros eran su patrimonio y su capacidad política, pero el horizonte del ascenso social para la “baja nobleza” no se encontraba cerrada en Toledo y hallamos muchos caballeros que, por su posición política y económica, no sabríamos si encajan mejor en el grupo de los nobles “medios” o “bajos”. La movilidad entre los diversos niveles de caballeros que podríamos establecer es tan cierta que los límites entre unos y otros se difuminan en exceso, lo que nos invita a considerarlos dentro de un mismo grupo, diverso, desde luego, pero bien cohesionado en cuanto a su definición como colectivo.

Hay que advertir, por último, que el interés de nuestra investigación se centra más en los caballeros afortunados, en la primera fila de la caballería, pero esto puede justificarse por que la documentación con que contamos es mucho más abundante y rica para quienes lograron medrar. Cuando hallamos en ella abundante información sobre algún caballero de segunda fila, ello se debe a que la mejoría de su posición le ha sacado de la oscuridad. A lo sumo, contamos con

---

caracterizado por los títulos, que estudia M. C. GERBET, *Las noblezas españolas en la Edad Media. Siglo XI-XV*, Madrid, 1997, p. 360 y siguientes.

<sup>3</sup>. M. C. GERBET, *op. cit.*, p. 368 y siguientes.

informaciones frías acerca de los menos afortunados, bien de carácter genealógico, por tanto posteriores y de dudosa veracidad, bien simples constataciones de su aparición como oficiales de la Ciudad<sup>4</sup>.

Un análisis que pretende ser lo más globalizador posible ha de contar con el problema de información que hemos apuntado, lo que puede dar lugar a la presentación de un grupo caballeresco más poderoso de lo que realmente era; no obstante, advertida esta traba, no dejaremos de recordar que los modelos que presentamos en la exposición que sigue responden mucho más al tipo de caballero que medra que al que permanecía en la mediocridad, con el fin de evitar que quien contemple nuestro trabajo considere que caemos en un optimismo injustificable al tratar de este grupo social.

Expuestas estas consideraciones, pasamos a presentar los asuntos que, a través de ejemplos que creemos modélicos, estudiamos a lo largo de los siguientes apartados, asuntos que responden a elementos que estimamos caracterizadores de la caballería toledana del final del Medievo:

- en primer lugar, estudiaremos la sucesión de los linajes más característicos de este grupo social, para mostrar el modelo de linaje que pretendemos analizar y contar con una referencia de las relaciones de parentesco entre sus miembros; el estudio de estas dinastías va precedido de la exposición de algunas ideas acerca de la transformación nobiliaria en el siglo XIV toledano;

---

<sup>4</sup>. Estas constataciones, abundantes, son las que se han utilizado para confeccionar el listado de regidores y otras tablas que se ofrecen en el capítulo anterior. M. A. LADERO, "La consolidación de la nobleza en la Baja Edad Media", *Nobleza y sociedad en la España moderna*, Oviedo, 1996, p. 25, recuerda la relevancia de los niveles medios y bajos de la nobleza castellana castellana, "que eran su

- a continuación, observaremos un rasgo político-económico fundamental en este grupo social: el desempeño de oficios de todo tipo y las atribuciones jurisdiccionales que sus más destacados elementos obtuvieron en la Tierra de Toledo, con todas las implicaciones que de ello se derivan;
- el patrimonio es un aspecto muy interesante para descubrir la diversidad de niveles de poder que diferencian a unos linajes de otros;
- también trascendental resulta el estudio de las relaciones más o menos estables que vinculan a los caballeros entre sí y con el resto de la sociedad;
- completaremos la panorámica de este grupo social con el análisis del programa de simbolización de su poder que despliega;
- para concluir, expodremos, retomando las ideas expuestas a lo largo del capítulo, cómo utilizaba la caballería los medios que tenía a su alcance para gobernar Toledo.

#### 4.1. Los linajes de caballeros toledanos

No es sencillo establecer cuáles son los linajes toledanos de caballeros; existen muchas ramas secundarias de casas principales que resultaron abortadas o quedaron relativamente desplazadas, con poco más que una discreta fortuna, algún oficio de regidor y el disfrute de sus privilegios, pero con una sucesión deficientemente asentada, como puede deducirse de la discontinuidad de sus renombres. Estas ramas, aunque desplazadas, secundarias y menos poderosas, hay que tenerlas en cuenta porque ellas también formaban parte del grupo social que aquí nos ocupa; sin embargo, como ya hemos subrayado, su estudio resulta mucho más complejo que el de los linajes bien establecidos. Sin que pretendamos excluir estas ramas secundarias, será útil establecer con claridad la presencia de unos cuantos linajes que asentaron fuertemente su poder en la ciudad, que llegaron a crear señoríos en la Tierra y que consolidaron sus notables patrimonios mediante fundaciones de mayorazgos; éstos son los Niño, los Rivadeneira, los Ribera de Malpica, los Rojas, los Padilla y los Vega. Con ello completamos la panorámica de las grandes parentelas nobiliarias de Toledo al finla del Medievo, ya que en otro capítulo fueron objeto de nuestro interés los Ayala, los Silva y los Cárdenas, elevados por encima del resto de los nobles toledanos pero, como veremos, necesitados de ellos en su acción política cotidiana.

#### 4.1.1. De los linajes mozárabes a la “nobleza nueva” en Toledo

Durante los siglos XII al XIV, la nobleza toledana estaba constituida por una serie de linajes que se enorgullecían de pertenecer a la minoría cristiana que vivió en la ciudad bajo el dominio islámico, dando así brillo a su origen como “resistencia” cristiana frente a la mayoritaria religión musulmana. Éstos eran los linajes mozárabes, cuyos renombres más conocidos (Palomeque, Gudiel, Cervatos) se fijaron tardíamente, siendo más conocidos en su día los nombres particulares, como el de Esteban Illán, Esteban Hambrán, Ruy Ponce, Gonzalo Meléndez, Gómez Pérez, e incluso, ya avanzado el siglo XIV, figuras que ya se conectan directamente con los linajes del siglo XV, como Diego Gómez de Toledo y Pedro Suárez de Toledo<sup>5</sup>. Entre mediados del siglo XIII y mediados del XIV, los linajes mozárabes experimentaron la época de mayor esplendor a todos los niveles, logrando situar a varios de sus miembros en la silla arzobispal de Toledo<sup>6</sup>, pero después llegó su declive.

Desde la segunda mitad del siglo XIV, los linajes mozárabes, que constituían la nobleza de origen toledano, parecen sufrir una profunda crisis: algunas sucesiones se extinguieron, como sucedió con los arraigados Beni Furon; otras, bien representadas por los Álvarez de Toledo y los Guzmán de Orgaz, se alejaron de Toledo a otros ámbitos en los que su ascenso sería notable; linajes como Palomeque, Cervatos, Pantoja, Gaitán u otros Guzmán, parecen oscurecerse ante la llegada de clanes desconocidos en Toledo, caso de los Ayala, los Silva, los Ribera, más tarde

---

<sup>5</sup>. Al margen de otros trabajos, que se irán citando más adelante, queremos señalar aquí el meticuloso esfuerzo de J. P. MOLÉNAT, *Campagnes et monts de Tolède du XIIIe au Xve siècle*, Madrid, 1997, para trazar las sucesiones de los linajes mozárabes.

<sup>6</sup>. J. P. MOLÉNAT, *op. cit.*, p. 150, observa esta pujanza y analiza la consolidación de estas familias a lo largo de este siglo culminante; vid. p. 155-179.

los Cárdenas<sup>7</sup>. Esta coyuntura nos esconocida a nivel general gracias al trabajo de Salvador de Moxó<sup>8</sup>, y observamos que el fenómeno que se produjo en el seno de la nobleza toledana no difiere sino en escala a quéel que supuestamente conmovió a la aristocracia castellana en su conjunto.

En la segunda mitad del siglo XIV, y aún más tarde, en la nobleza toledana estaba teniendo lugar el reemplazo de unos linajes por otros; pero además, estos “nuevos linajes” no lo eran tanto, porque las vinculaciones biológicas con los antiguos eran muy fuertes: la sangre de los Guzmán menores se encuentra en los condes de Fuensalida, la de los Barroso en los Ribera de Malpica, Diego Gómez de Toledo y Pedro Suárez de Toledo son antecesores directos de Fernando el Católico. El cambio del renombre que presenta el linaje es lo que, en ocasiones, nos ha inclinado a pensar que el reemplazo de unas familias por otras fue más importante<sup>9</sup>, pero no es la simple sustitución de personas, de líderes ni de renombres lo que dejó la huella más profunda de esta transformación, sino unos nuevos elementos que hicieron más poderosos a los linajes del final de la Edad Media<sup>10</sup>.

A lo largo del presente capítulo, observaremos el componente de sangre mozárabe que cada uno de los linajes del siglo XV tenía y la relevancia que a éste se daba. Si los renombres traídos de fuera (Rivadeneira, Ribera, Niño, Rojas) se impusieron como elementos identificadores

---

<sup>7</sup>. Éste es la panorámica nobiliaria que nos presenta J. P. MOLÉNAT, *op. cit.*, p. 319-382, al analizar las sucesiones de los diversos linajes.

<sup>8</sup>. “De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria castellana en la Baja Edad Media”, *Cuadernos de Historia. Anexos de la revista Hispania*, 3 (1969), p. 1-210.

<sup>9</sup>. N. BINAYÁN, “De la nobleza vieja... a la nobleza vieja, *Estudios en homenaje a don Claudio Sánchez-Albornoz en sus noventa años*, Buenos Aires, 1986, p. 108-109, subraya las vinculaciones sanguíneas entre viejos y nuevos nobles, pretendiendo así minimizar la transformación del siglo XIV.

<sup>10</sup>. La historiografía de las últimas décadas ha puesto claramente de manifiesto los caracteres de esta nobleza del final del Medievo; vid., entre otros trabajos, E. CABRERA, *El condado de Belalcázar (1444-1518). Aportación al estudio del régimen señorial en la Baja Edad Media*, Córdoba, 1977; M. C. QUINTANILLA, *Nobleza y señoríos en el Reino de Córdoba. La Casa de Aguilar (siglos XIV-XV)*, Córdoba, 1980; y F. MAZO, *El condado de Feria (1394-1503). Contribución al estudio*



de los linajes, el arraigo de éstos en Toledo se hallaba determinado por la sangre local que corría por sus venas; así, por poner un ejemplo, los Ribera de Malpica se enorgullecían del renombre familiar que les vinculaba con sus parientes sevillanos, pero lo que les proporcionaba influencia en Toledo era su vinculación con algunos viejos linajes locales, primero a través del matrimonio de Perafán de Ribera con Aldonza de Ayala, y más tarde por su emparentamiento con los Barroso. En todo caso, para lograr aceptación en Toledo el renombre era mucho menos operativo que el recuerdo vivo de los antepasados inmediatos que, en ocasiones, presentaban nombres diferentes.

#### 4.1.2. Los Niño, señores de Noez

Los Niño toledanos tenían su origen en el norte de la Corona de Castilla: el que parece ser el primero de este linaje que llegó a Toledo, Rodrigo Niño I, era hermano de Juan Niño, señor de Cigales, y tío del célebre Pedro Niño, conde de Buelna<sup>11</sup>. Rodrigo Niño casó con Juana Díaz de Tordelobos, descendiente de una rama del antiguo linaje toledano de los Cervatos<sup>12</sup>, siendo ésta la circunstancia que le trajo a Toledo en torno a 1400, pero el definitivo asentamiento en la

---

*del proceso señorializador en Extremadura durante la Edad Media*, Badajoz, 1980.

<sup>11</sup> Estos datos son aportados por J. P. MOLÉNAT, *op. cit.*, p. 362. Sobre el conde de Buelna vid. G. DÍEZ DE GAMES, *El Victorial. Crónica de don Pero Niño, conde de Buelna*, ed. de J. M. Carriazo, Madrid, 1940; más reciente es la edición debida a A. Miranda, Madrid, 1993. Vid. además A. FRANCO, "El mariscal García de Herrera y el marino don Pedro Niño, conde de Buelna. Ascenso y fin de dos linajes de la nobleza nueva de Castilla", *Historia. Instituciones. Documentos*, 15 (1988), p. 181-216; y R. PÉREZ-BUSTAMANTE, "Propiedades y vasallos de Pero Niño, conde de Buelna, en las Asturias de Santillana", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXIII (1976), p. 97-110.

<sup>12</sup> J. P. MOLÉNAT, *op. cit.*, p. 362. Sobre esta familia toledana vid. B. MARTÍNEZ CAVIRÓ, "El linaje toledano de los Cervatos", *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias*

ciudad fue obra del hijo de Rodrigo y de Juana: Fernando Niño I, iniciador de una dinastía que mantuvo en sus manos un oficio en el Regimiento de Toledo a lo largo del primer siglo de vida de esta institución. Fernando Niño I fue uno de los dieciséis regidores iniciales<sup>13</sup> y disfrutó del oficio durante el resto de su vida<sup>14</sup>. En 1448, Fernando Niño moría, dejando la regiduría y otros oficios en manos de su hijo Rodrigo Niño II<sup>15</sup>.

Rodrigo Niño II, hijo de Fernando Niño y de Sancha Rodríguez, aparece como regidor de Toledo a lo largo del reinado de Enrique IV<sup>16</sup>. Rodrigo casó con Inés Coello, teniendo con ella ocho hijos, de los cuales dos jugarían un papel significativo en la política toledana del tiempo de los Reyes Católicos: Fernando y Juan. De los dos, el más hacendado fue Fernando Niño II, probablemente el mayor, que casó con Elvira de Salazar, primero, y más tarde con Elvira Barroso<sup>17</sup>: de la primera mujer tuvo a Rodrigo Niño; de la segunda, a María Niño.

---

*Históricas de Toledo*, 34 (1996), p. 221-242.

<sup>13</sup>. Su nombre, junto con los otros quince, aparece en la relación de P. ALCOCER, *Historia o descripción de la ciudad de Toledo con todas las cosas acontecidas en ella, desde su principio y fundación*, Toledo, 1554, edición facsímil en Toledo, 1973, fol. LXXVI. También podemos ver el nombre de los dieciséis primeros titulares en el *Libro de la razón de los señores corregidores, dignidades y regidores que ha habido en los ayuntamientos de esta Imperial Ciudad de Toledo*, manuscrito debido a Juan de Toro, regidor de Toledo en el siglo XVII, y conservado en A.M.T., Ms., sec. B, n° 131; la relación referida se encuentra en p. 61.

<sup>14</sup>. Entre otros, participó en los ayuntamientos de 24 y 29 de agosto de 1444; vid. E. BENITO, "Las más antiguas actas conservadas del Ayuntamiento de Toledo", *Revista de la Universidad de Madrid*, 74 (1970), p. 64 y p. 74.

<sup>15</sup>. En este año 1448 le eran asentados a Rodrigo 3.000 mrs. anuales como quitación del oficio de guarda del rey, oficio que su padre había renunciado en su favor como, hay que suponer, haría también con la regiduría. En este documento se indica que la muerte de Fernando Niño tuvo lugar el mismo 1448; vid. A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 1, fol. 381.

<sup>16</sup>. Como miembro del Regimiento está acreditada su presencia en el ayuntamiento de 14 de noviembre de 1464; vid. E. BENITO, "Las más antiguas actas....", cit., p. 89. Forma parte, además de la relación de regidores de 1473 que nos refiere Juan de Toro; vid. *Libro de la razón....*, cit., p. 63.

<sup>17</sup>. Junto con la primera mujer, Fernando Niño realizó operaciones económicas de cierta entidad, como la venta de unas casas en Toledo al comendador Juan de Córdoba por 70.000 mrs. el 14 de septiembre de 1474; vid. A.S.C., carp. 44, n° 4. Con la segunda esposa se comprometía, el 3 de julio de 1481, a donar cierta cantidad de bienes a uno de los hijos que tuvieran ambos; vid. una copia del siglo XVI

Juan Niño I se nos muestra como uno de los regidores más dinámicos bajo el reinado de los Reyes Católicos. Al no poder comprobar que Fernando Niño II fuera regidor, hemos de pensar que el oficio había pasado a su hermano Juan, al que encontramos como regidor entre 1481 y 1522, mientras el grueso del patrimonio de Rodrigo II habría quedado en manos del primogénito. Pero esta suposición no encaja, al menos en apariencia, con la información que nos proporciona una declaración de 1503: el 30 de mayo de aquel año fue notificado a Juan Niño el informe del licenciado Juan de Cuéllar, comisionado por los reyes, en el que se consideraban injustas las nuevas imposiciones sobre el lugar de Noez<sup>18</sup>. ¿Cómo es posible que el regidor Niño fuera el titular de este señorío<sup>19</sup>, si su hermano Fernando, probablemente ya difunto, tenía descendientes? Quizá haya que explicar esta “titularidad” en la representación de sus sobrinos que Juan Niño podía estar ejerciendo, o en la usurpación eventual. El hecho es que la herencia de Rodrigo Niño II era objeto de pugna entre su hijo segundo y los herederos de su primogénito a comienzos del siglo XVI, en un pleito que se decantaba a favor de Rodrigo Niño III en enero de 1508, gracias a una ejecutoria en su favor del Consejo Real<sup>20</sup>.

Probablemente, desde 1508 los caminos de ambas ramas se diversificaron: el linaje de Juan Niño pasó a un segundo plano a nivel social, siempre dentro de la caballería, pero con el prestigio de la regiduría heredada, que el propio Juan Niño supo hacer valer, convirtiéndose en uno de los

---

e este compromiso en R.A.H., S.C., M-140, fol. 271-272.

<sup>18</sup>. Una copia simple del traslado de 1518 de esta declaración se conserva en A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 2, nº 8/5. La declaración del licenciado Cuéllar precede en unos meses a su notificación, fechada el 30 de mayo de 1503. La localización de este y otros señoríos toledanos se observa en el mapa 1 del Apéndice del capítulo 1 de este trabajo.

<sup>19</sup>. Téngase en cuenta, por otra parte que este “señorío” no englobaba la jurisdicción sobre el lugar, puesto que las imposiciones de las que se trata en el documento se habían puesto en práctica contra Derecho, lo que se confirma en el propio documento utilizando la expresión “*Noez juridiçion de Toledo*”.

<sup>20</sup>. A.G.S., R.G.S., 1508, I. Conocemos este dato por J. P. MOLÉNAT, *op. cit.*, p. 363.

oficiales más valiosos del reinado de los Reyes Católicos, particularmente por la misión realizada en el otoño de 1495. Por entonces los monarcas estaban negociando con las ciudades las condiciones del primer encabezamiento, y la ardua tarea de representar a Toledo en este trance fue encargada a Juan Niño y al jurado Lope de Villarreal. En octubre de aquel año, los Reyes Católicos ordenaban a la Ciudad que autorizara a estos dos oficiales para concertar el encabezamiento de las alcabalas y tercias de Toledo<sup>21</sup>; un mes más tarde, los dos negociadores acordaban las condiciones con los reyes en Almazán<sup>22</sup>. Es probable que la larga negociación reportara a Juan Niño notables beneficios económicos, pero parece indudable que las condiciones pactadas dotaron al regidor de prestigio; de hecho, lo encontramos como procurador de la Ciudad nuevamente en 1502, con la misión de hacer llegar a Toledo la información que los reyes le habían transmitido acerca de una petición que antes había llevado a las manos reales por encargo de la Ciudad<sup>23</sup>. La regiduría de la rama “menor” de los Niño quedó patrimonializada sin problemas, pues no tenemos constancia de su participación en las Comunidades; el 9 de abril de 1526, ya muerto Juan Niño, su hijo Juan Niño II presentaba en el ayuntamiento la provisión de los reyes don Carlos y doña Juana, concedida por la renuncia que en su favor había efectuado tiempo atrás su padre; el 11 de abril, dos días después de presentar la provisión, se le daba posesión al nuevo

---

<sup>21</sup>. La orden de los reyes se conserva en A.M.T., A.S., caj. 8, leg. 2, nº 4, pza. 9. La misiva regia se debe a que Niño y Villarreal no querían seguir adelante con la negociación, que tenía lugar en el Reino de Aragón, donde estaban ambos en la Corte, sin que la Ciudad les diese más amplios poderes.

<sup>22</sup>. Trasladada la Corte al extremo de Castilla, fueron asentadas finalmente las condiciones el 22 de noviembre de 1495, fecha en que el secretario real Fernán Álvarez notificaba a Toledo el feliz resultado de las negociaciones de Niño y Villarreal; vid. A.M.T., A.S., caj. 8, leg. 2, nº 4, pza. 6.

<sup>23</sup>. Al ser una simple “carta de creencia” no conocemos el contenido de la información que los monarcas expresan que transmitirá Juan Niño pero, dado que 1502 era el año en que concluía el plazo del primer encabezamiento, podemos sospechar que el asunto tratado por este regidor podía estar relacionado con su prórroga.

Juan Niño en banco de caballeros, el séptimo de la mano izquierda<sup>24</sup>.

La rama “mayor” de los Niño reunió una importante fortuna, además de patrimonializar también una regiduría de Toledo. Los hijos de Fernando Niño II, Rodrigo Niño y María Niño, casaron con miembros de familias de gran éxito económico, pero probablemente de condición ciudadana y no caballeresca. Rodrigo Niño III contrajo matrimonio con Inés de Toledo, hija del mercader Sancho Sánchez de Toledo. Este próspero comerciante había muerto en 1509, dejando seis hijos: Francisco Sánchez de Toledo, Sancho Sánchez de Toledo, la propia Inés de Toledo<sup>25</sup>, Bernardo Sánchez, Leonor Sánchez e Isabel de Alarcón<sup>26</sup>. Los ventajosos casamientos de los miembros de esta familia de comerciantes (con los nobles Niño y con los opulentos Torre) evidencian la sobresaliente posición económica que había alcanzado.

El matrimonio de María Niño con Lope Conchillos también era ventajoso. Lope, de origen modesto pero letrado, había emprendido una carrera al servicio de la Monarquía que le había llevado a puestos de gran relevancia, con el correspondiente favor de la Realeza: fue embajador en Navarra y en Flandes, secretario personal de Fernando el Católico y, más tarde, de Carlos I; obtuvo una regiduría en banco de ciudadanos y la encomienda de Estriana y Monreal, de la Orden

---

<sup>24</sup>. La información sobre esta sucesión nos ha llegado gracias al *Libro de la razón*..., cit., p. 331.

<sup>25</sup>. Estos tres hermanos estaban presentes en las capitulaciones matrimoniales de la menor Isabel de Alarcón; vid. J. P. MOLÉNAT, *op. cit.*, p. 363, nota 363, y J. C. GÓMEZ-MENOR, *El linaje familiar de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz*, Toledo, 1970, p. 126. En estas capitulaciones, fechadas el 14 de septiembre de 1509, Inés de Toledo figura como mujer de Rodrigo Niño, en cuya morada se firma este documento.

<sup>26</sup>. El 31 de agosto de 1509 Tello Palomeque, vecino de Toledo, asumía la tutoría de estos tres hermanos, aún menores, ya que el anterior tutor, Yuste de la Torre, renunciaba a seguir cumpliendo esta función porque pretendía casar a su hijo Gabriel con Isabel de Alarcón. La escritura de traspaso de la tutoría, conservada en A.H.P.T., Protocolos, n° 1269, fol. DCCXIV r. – DCCXVIII r., se firmó en la morada del regidor Juan Niño, hecho que confirma la vinculación de este linaje con la familia de Sancho Sánchez. La pretensión de Yuste de la Torre se evidencia días después, al firmar las capitulaciones matrimoniales a las que hacíamos referencia en la nota anterior.

de Santiago<sup>27</sup>. Esta fulgurante carrera, que le proporcionó a Conchillos un gran prestigio como hombre de letras de primera fila, se complementó con un prodigioso enriquecimiento<sup>28</sup>, necesitando como culminación el acceso a un estatus social que, por origen, le faltaba; por su parte, los Niño buscaban en el secretario real la vinculación con un hombre cercano a la Monarquía que podía facilitar mercedes para sus sucesores. El matrimonio entre Conchillos y María Niño se planteaba así como una operación ventajosa para ambas partes.

Lope Conchillos y los Niño fueron significados defensores del partido realista en el movimiento de las Comunidades. Debió morir en 1521 el secretario, siendo concedida su regiduría a Alonso Gutiérrez en un primer momento, al que el 18 de noviembre del mismo 1521 se le daba posesión del oficio en banco de ciudadanos; sin embargo, la provisión definitiva fue a parar a manos de Rodrigo Niño, que tomó posesión el 13 de junio de 1522<sup>29</sup>. ¿Quién era este nuevo Rodrigo? No parece posible que pueda identificarse con Rodrigo Niño III, cuñado de Conchillos, ya que había muerto en 1511<sup>30</sup>; hemos de pensar, en consecuencia, en Rodrigo Niño IV, hijo del anterior y sobrino de Conchillos que, a pesar de ser el hermano pequeño, menor que Fernando

---

<sup>27</sup>. F. MARTÍNEZ GIL, *La ciudad inquieta. Toledo comunera, 1520-1522*, Toledo, 1993, p. 166-167, recoge esta información de L. SALAZAR Y CASTRO, *Historia genealógica de la Casa de Silva*, Madrid, 1685.

<sup>28</sup>. F. MARTÍNEZ GIL, *op. cit.*, p. 167-168.

<sup>29</sup>. Estas noticias nos son proporcionadas por el *Libro de la razón*..., cit., p. 293. Es de suponer que este Rodrigo Niño, perteneciente a un linaje noble, tomara asiento en banco de caballeros, lo que nos proporcionaría una muestra de cómo los bancos iban cambiando de naturaleza con la condición de sus nuevos titulares, pasando de la paridad inicial de caballeros y ciudadanos al predominio de los primeros ya a comienzos del siglo XVI, a su casi completo monopolio en el siglo XVII y a la total desaparición de los segundos en el siglo XVIII; vid. M. MORA, *Municipio y poder en Toledo: dinámica política y reforma bajo el reinado de Carlos III*, tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1998, p. 210.

<sup>30</sup>. J. P. MOLÉNAT, *op. cit.*, p. 363, nota 364, alude a un inventario que el 28 de octubre de aquel año ordenaba hacer su viuda Inés.

Niño III, por la posible muerte temprana de éste, tomó la herencia paterna<sup>31</sup>. Por lo que se refiere a la descendencia de María Niño y Lope Conchillos, sin duda más exitosa que la del matrimonio Rodrigo-Inés, sus hijos fueron Francisca de Ribera, que llegaría a ser la tercera mujer del tercer conde de Fuensalida<sup>32</sup>, y Pedro Niño de Conchillos<sup>33</sup>. No conocemos las razones por las que Conchillos cedería la regiduría a su sobrino y no a su hijo; quizá se deba al cumplimiento de un compromiso tiempo atrás establecido; quizá, simplemente, debamos interpretar como un error la información que nos proporciona el *Libro de la razón*, debiendo leer “Pedro” donde Juan de Toro escribió “Rodrigo”.

#### 4.1.3. Los Rivadeneira, señores de Caudilla

Como otros grandes linajes de caballeros toledanos del siglo XV, los Rivadeneira tenían su origen fuera de Toledo. Una genealogía de los Rivadeneira escrita en el siglo XVII los remonta a tiempos anteriores, dotando de gran trascendencia a la figura de Fernán Díaz de Rivadeneira,

---

<sup>31</sup>. Este último Rodrigo Niño lo encontramos en el árbol genealógico de B. MARTÍNEZ CAVIRÓ, *Conventos de Toledo. Toledo, castillo interior*, Madrid, 1990, p. 163, tomando de su hermano mayor el señorío de la dehesa de Tejares que había ostentado el padre de ambos.

<sup>32</sup>. Se alude al nulo resultado, tanto a nivel político como a nivel biológico, de este matrimonio en mi trabajo *Los Ayala de Toledo: Desarrollo e instrumentos de poder de un linaje nobiliario en el siglo XV*, Toledo, 1986, p. 26. En todo caso, este enlace con un gran linaje suponía la culminación del ascenso social de Lope Conchillos y la posibilidad de los Niño de ascender puestos en el escalafón nobiliario de la época.

<sup>33</sup>. Éste fue, según B. MARTÍNEZ CAVIRÓ, *op. cit.*, p. 165, quien tomó el señorío de Noez y Villahumbrosa, procedentes, respectivamente, de su abuelo Fernando Niño y de su abuela Elvira Barroso.

caballero gallego que estuvo presente en las Cortes de Madrid de 1391<sup>34</sup>. El hijo de éste, Gonzalo Pérez de Rivadeneira, fue el primero de su linaje que se estableció en Toledo, aunque no sabemos en qué medida. Desde luego, no sería Gonzalo el principal artífice del ascenso toledano de los Rivadeneira, sino su hijo Fernando Díaz, que formaría parte del Gobierno local, además de establecerse como señor en la Tierra y convertirse en un hombre bien pagado por los oficios de Corte, delatando así su cercanía a la persona del rey.

Fernando Díaz de Rivadeneira había tomado posiciones al comienzo del reinado de Juan II, apareciendo muy pronto como camarero de Álvaro de Luna. La privanza respecto al todopoderoso condestable le reportaría mercedes que dieron lugar a su encumbramiento en Toledo y a un lugar privilegiado cerca de la Monarquía; data de 1429 la más antigua concesión de que tenemos noticia: Juan II ordenó aquel año que le fuesen asentados 4.000 mrs. anuales como quitación por su oficio de guarda del rey<sup>35</sup>. En 1465 Fernando Díaz era nombrado mariscal de Castilla<sup>36</sup>. No sabemos en qué fecha entraría en el Gobierno toledano, pero en 1444 era ya uno de los regidores de la Ciudad<sup>37</sup>, y sigue apareciendo en la documentación con este oficio hasta

---

<sup>34</sup>. Encontramos noticias sobre el linaje Rivadeneira en la genealogía que de él trazó el padre Jerónimo Román de la Higuera, en su manuscrito *Familias de Toledo*, conservado en R.A.H., S.C., con la signatura C-7. La genealogía de la Casa de Rivadeneira se localiza en fol. 298 r. – 306 r. Sobre el origen gallego del linaje y su evolución anterior al siglo XV, en un relato teñido de leyenda, vid. fol. 298 r. – 300 r. Seguimos este relato hasta llegar a Fernando de Rivadeneira, verdadero iniciador de la poderosa dinastía toledana. Sobre este caballero las noticias de la genealogía son erradas y sobre sus sucesores el silencio que guarda resulta sorprendente.

<sup>35</sup>. El asiento se conserva en A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 1, fol. 131. Por esta orden de Juan II a sus contadores mayores conocemos el oficio de camarero del condestable que ya gozaba por entonces el joven Fernando de Rivadeneira.

<sup>36</sup>. El 7 de julio de 1465 el rey ordenaba a los contadores mayores que se le asentase a Rivadeneira, como salario por su oficio de mariscalía, la cantidad de maravedíes anuales que recibía Juan Pimentel, el anterior mariscal; vid. A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 3, fol. 133. El 10 de julio de 1467 se le efectuó un libramiento de 10.000 mrs. como salario; vid. *ibidem*.

<sup>37</sup>. En los ayuntamientos ciudadanos no lo encontramos presente pero sí referido como regidor en el acta de la reunión del 4 de septiembre de 1444; vid. E. BENITO, “Las más antiguas actas...”, cit., p.



1473<sup>38</sup>, cuando estaba cercana la fecha de su muerte. Aún más, el 11 de junio de 1469, el agradecido Enrique IV nombraba al anciano mariscal alcalde mayor de Toledo<sup>39</sup>. Por otro lado, Fernando Díaz había adquirido tiempo atrás un señorío, comprando Caudilla en 1447 a Fernán Álvarez de Toledo, primer conde de Alba<sup>40</sup>.

El primer señor de Caudilla casó con Guiomar de Toledo y tuvieron varios hijos, según se expresa en el testamento de esta última, fechado en 1465, pero sólo conocemos con certeza a Pedro, probablemente el primogénito<sup>41</sup>. Pedro de Rivadeneira, hijo de Fernando Díaz y de Guiomar, era regidor en 1468, aún en vida de su padre, y no dejó de serlo hasta su muerte, en 1488<sup>42</sup>. Pedro de Rivadeneira heredó además los oficios de mariscal de Castilla<sup>43</sup> y de alcalde

81.

<sup>38</sup>. El ya anciano Fernando Díaz de Rivadeneira forma parte de la relación de regidores de este año que nos aporta Juan de Toro; vid. *Libro de la razón*..., cit. Debió morir el camarero en torno a 1475, porque después del reinado de Enrique IV desaparece de la documentación.

<sup>39</sup>. En esta ocasión, el rey se sentía complacido con la colaboración que Fernán Díaz había prestado al conde de Fuensalida para que la ciudad de Toledo fuera entregada a su persona. Acerca de la participación del caballero Rivadeneira en las luchas de bandos toledanos vid. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV. Vida política*, Madrid, 1961. Sobre sus vínculos con el bando de los Ayala en estas luchas, vid. J. R. PALENCIA, "La solidaridad como fundamento de poder de la nobleza castellana en el siglo XV: el ejemplo de los Ayala de Toledo", *Anales Toledanos* (en prensa).

<sup>40</sup>. R.A.H., S.C., M-I, fol. 143 vto.; cit. por S. MOXÓ, *Los antiguos señoríos de Toledo. Evolución de las estructuras jurisdiccionales en la comarca toledana desde la Baja Edad Media hasta fines del Antiguo Régimen*, Toledo, 1973, p. 157.

<sup>41</sup>. Sólo tenemos constancia de un fragmento del testamento de Guiomar, en el que expresa algunos de sus vínculos de parentesco al solicitar "al dicho sennor Ferrando de Ribadeneira mi marido que aya encomendada a Catalina de la Fuente mi prima...e asimismo mando a los dichos mis fijos que honrrén e acaten segund el cargo que saben que della tengo"; vid. el traslado de esta cláusula en A.H.N., Clero, leg. 7331, n° 16. Sólo por otros documentos, que citaremos, sabemos que Pedro de Rivadeneira era uno de estos hijos.

<sup>42</sup>. La primera aparición de Pedro como regidor la hallamos en la orden de la Ciudad, fechada el 31 de octubre de 1468, por la que se disponía la concentración en un local del ejercicio de la prostitución en Toledo; vid. A.M.T., A.S., caj. 4, leg. 1, n° 59, pza. 13. El 10 de abril de 1488 los Reyes Católicos proveían la alcaldía mayor de Toledo en favor de Mateo de Rivadeneira por la reciente defunción de su padre Pedro, que ocupaba el mismo oficio mayor; vid. A.G.S., R.G.S., 1488, IV, fol. 123.

<sup>43</sup>. El 14 de julio de 1485 los Reyes Católicos ordenaban a sus contadores mayores el asiento de

mayor de Toledo y alcalde de los pastores<sup>44</sup>. Contemporáneo de Pedro fue Juan de Rivadeneira, quizá hermano menor de aquél; Juan era regidor al menos desde 1473, manteniendo este oficio hasta 1488<sup>45</sup>. Lo que es indudable es que a Pedro de Rivadeneira le sucedió en sus oficios su hijo Mateo de Rivadeneira, nacido de una mujer que desconocemos. El 13 de febrero de 1488 los Reyes Católicos ordenaban el asiento de su salario por el ejercicio de la mariscalía de Castilla<sup>46</sup>; el 10 de abril del mismo año, los monarcas proveían en su favor la alcaldía mayor de Toledo y la alcaldía de los pastores<sup>47</sup>, revelándose su condición de señor de Caudilla en una comisión del Consejo fechada en 1499<sup>48</sup>.

Todos los datos ofrecidos, aunque algo fríos, dibujan un linaje que pudo establecerse con solidez en la ciudad gracias al ascenso del longevo Fernando Díaz, el cual supo aprovechar la privanza de Álvaro de Luna, primero, para recibir mercedes de Juan II; más tarde, desde los últimos compases del reinado de don Juan hasta el final de las luchas civiles de los tiempos de Enrique IV, puso en práctica una estrategia de firme adhesión al linaje Ayala, para lograr elevarse al nivel de ese reducido grupo de linajes toledanos que accedieron a una dignidad de la Ciudad.

---

40.000 mrs. anuales en favor de Pedro de Rivadeneira como quitación de su oficio de mariscal; vid. A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 34, fol. 211.  
 A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 34, fol. 211. El Consejo Real tomaba el pleito que Alvar Gómez de Ciudad Real emprendía contra Pedro de Rivadeneira porque, a su juicio, este caballero disfrutaba ilícitamente de los oficios de alcalde mayor de Toledo y de alcalde de los pastores que su padre, Fernando Díaz, había tomado años atrás del propio Alvar Gómez; vid. A.G.S., R.G.S., 1480, I, fol. 273.

<sup>45</sup>. En el *Libro de la razón*..., cit., figura en la lista de regidores de 1473. El 10 de junio de 1488 era nombrado por el obispo de Cartagena el regidor Juan de Rivadeneira como remitente de cierta escritura de la Ciudad; vid. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 46.

<sup>46</sup>. Esta orden se conserva en A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 34, fol. 652.

<sup>47</sup>. Una copia autenticada de esta provisión se halla en A.G.S., R.G.S., 1488, IV, fol. 123.

<sup>48</sup>. Nos estamos refiriendo a la comisión dirigida al bachiller Castillo, el 8 de julio de aquel año, para que atendiese la solicitud de unos vecinos de la vecina villa de Torrijos, que se sentían acosados por el mariscal Mateo porque les exigía ciertos derechos sobre los olivares que los torrijeños poseían en el lugar de Caudilla; vid. A.G.S., R.G.S., 1499, VII, fol. 73.

#### 4.1.4. Los Ribera, señores de Malpica

La Casa de Malpica surgió en el siglo XV de la fusión de dos linajes, los Barroso y los Ribera, a través del casamiento de Pedro Gómez Barroso con Aldonza de Ribera. Los Barroso tenían una ascendencia toledana de notable antigüedad, que el padre Jerónimo Román de la Higuera remontaba al momento mismo de la conquista de la ciudad por Alfonso VI, atribuyendo a los antepasados del linaje una labor destacable en las operaciones militares de 1085<sup>49</sup>. Al margen de la genealogía apologética, es cierto que el de los Barroso era uno de los linajes de mayor antigüedad y raigambre en la caballería toledana, pues tenemos noticias de algunas operaciones económicas de relieve realizadas por sus miembros en los siglos XIII y XIV<sup>50</sup>.

Los Ribera<sup>51</sup> no tenían origen toledano, sino que procedían de la estirpe sevillana de Perafán de Ribera, adelantado mayor de Andalucía<sup>52</sup>. Del matrimonio de este caballero sevillano

---

<sup>49</sup>. *Familias de Toledo*, cit. fol. 1 vto., donde se relata que varios miembros de los mozárabes Barroso salieron del interior de la ciudad para colaborar con el rey cristiano en la toma de Toledo.

<sup>50</sup>. Son varios los documentos otorgados por Barroso en los siglos referidos; por poner un ejemplo, podemos citar una donación que en 1276 hizo Pedro Gómez Barroso a sus hijos, documento en árabe del que conocemos la traducción del siglo XVII; vid. R.A.H., S.C., C-7, fol. 15 r. – 16 r. En 1341 García Fernández, otro miembro del linaje, vendía a la Ciudad cuatro tierras en la vega de San Martín; vid. A.M.T., A.S., ala. 2, leg. 1, n° 2/1. A mediados del siglo XIV se desplegó la actividad de uno de los más insignes miembros de los Barroso: el cardenal Pedro Gómez, que tuvo un intenso papel en la formación del Canciller Ayala, de quien era tío-abuelo; vid. J. R. PALENCIA, “El Canciller Ayala como representante de la transformación nobiliaria castellana del siglo XIV”, *Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas*, Málaga, 1998, p. 47.

<sup>51</sup>. En Toledo confluyen dos linajes de idéntico renombre, Ribera, ambos procedentes de los adelantados de Andalucía, que en la documentación aparecen nombrados indistintamente con las grafías “Rivera” y “Ribera”. Cuando exista posibilidad de duda entre una sucesión y otra, emplearemos la apóstilla “de Malpica” cuando nos refiramos a los Ribera que crearon el mayorazgo de esta villa, tratándose del linaje que ahora estudiamos; cuando queramos aludir a la otra sucesión, siempre que haya posibilidad de confusión, los denominaremos “Ribera de Montemayor”, porque éstos, que surgieron en el siglo XV como rama secundaria de la Casa de Silva, crearon su mayorazgo en torno a esta villa ubicada en el obispado de Coria.

<sup>52</sup>. Sobre esta estirpe sevillana tenemos una genealogía bastante completa en el manuscrito de Alonso

con Aldonza de Ayala, sobrina del célebre canciller, nació Payo de Ribera, que hizo fortuna en Toledo con el apoyo del prestigio que en la ciudad del Tajo le proporcionaba el linaje de su madre, hija del alcalde mayor Diego Gómez de Toledo y de Inés de Ayala. Ya en 1395 Perafán y Aldonza emprendieron la formación de un patrimonio en Toledo al recibir la parte correspondiente de los bienes que había dejado el alcalde Diego Gómez al morir<sup>53</sup>.

A partir de este patrimonio inicial, Payo de Ribera, que recibió el oficio de mariscal de Castilla en fecha que desconocemos, desarrolló una serie de compras, acompañadas de importantes mercedes regias, que le convertirían en uno de los caballeros más hacendados de Toledo<sup>54</sup>. El 15 de marzo de 1447, fecha de la fundación del mayorazgo en favor de su hijo Perafán de Ribera, Payo era ya señor de Malpica y de Valdepusa, mariscal de Castilla y regidor de Toledo, pero además tenía una sucesión asegurada por seis hijos vivos, nacidos de su mujer Marquesa de Guzmán: Perafán de Ribera, Diego de Ribera, Vasco Ramírez de Ribera, Aldonza de Ribera, Juana de Ribera e Inés de Ribera<sup>55</sup>. El 16 de octubre de 1462 el mariscal Payo ordenó modificar el mayorazgo fundado, debido a importantes cambios patrimoniales y familiares, entre ellos la incorporación de algunas hijas más al ya numeroso conjunto de sus retoños; las nuevas

---

Téllez de Meneses, escrito en el siglo XVI bajo el título *Espejo de nobleza*, conservado en R.A.H., S.C., C-12. La genealogía de los Ribera se ubica en fol. 328 r. y siguientes. Sobre este linaje vid. M. A. LADERO, "De Per Afán a Catalina de Ribera. Siglo y medio en la historia de un linaje sevillano (1371-1514)", *En la España Medieval*, 4 (1984), p. 447-497.

<sup>53</sup>. Los bienes del difunto alcalde se localizaban en Talavera, en la ciudad de Toledo y en algunos lugares de su Tierra, como Sonseca y Casalgordo; una copia de esta partición de bienes se halla en A.S.D.R., nº 1178.

<sup>54</sup>. Se puede deducir la cantidad de sus adquisiciones por los bienes que se observan en la fundación de mayorazgo de 1447 que enseguida aludiremos, pero como ejemplo de estas operaciones puede señalarse la compra, en 1435, de un majuelo en el lugar de Burujón, cuya escritura original se conserva en A.H.N., Clero, carp. 3134, nº 19.

<sup>55</sup>. Un traslado en letra impresa de esta fundación, fechado en 1669, se conserva en A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 8 vto. – 28 r.

hijas eran Beatriz de Ribera, María y Leonor<sup>56</sup>.

Se data en 1465 uno de los últimos documentos en que se hace alusión al mariscal Payo con vida. Se trata de un documento que hay que situar en el contexto del inicio de la contienda que enfrentó a los partidarios del infante don Alfonso con los del rey don Enrique, en particular en los días en que Toledo acababa de decantarse por el infante-rey. Don Alfonso, agradecido, otorgó un juro a los nobles más poderosos de la ciudad, entre ellos el mariscal Ribera<sup>57</sup>. Unos años después, ya en 1473, los dos hijos mayores eran regidores de Toledo: Perafán se había convertido en beneficiario del mayorazgo fundado por su padre y de los principales oficios de aquél, mientras que Diego era comendador de Monreal, en la Orden de Santiago, y disfrutaba de cuantiosas rentas<sup>58</sup>. Dos décadas después, los tres hijos varones del mariscal Payo habían desaparecido: Elvira de Figueroa aparece como viuda del mariscal Perafán de Ribera en una orden de los Reyes Católicos fechada el 14 de enero de 1488<sup>59</sup>; Diego de Ribera había otorgado testamento el 15 de julio de 1486 y nada más vuelve a saberse de él<sup>60</sup>. El tercer hermano varón, Vasco Ramírez de Ribera, del que poco conocemos, otorgó testamento el 3 de enero de 1489,

---

<sup>56</sup>. Un traslado de 1669 en letra impresa de la modificación del mayorazgo de 1462 se halla en A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 33 vto. – 41 r.

<sup>57</sup>. Se beneficiaron también del juro el mariscal Rivadeneira, el alcalde mayor Pedro López de Ayala, el conde de Cifuentes y el caballero Lope de Estúñiga; una copia de esta merced se encuentra en R.A.H., S.C., M-94, fol. 335 r. – vto., documento publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 236-237. Aún vivía en 1468 el mariscal Ribera, si creemos al cronista D. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, "Crónica del rey don Enrique el cuarto", *Crónicas de los Reyes de Castilla*, Madrid, 1953, tomo III, cap. CX-CXII, p. 173-177, que nos lo presenta participando en los acontecimientos de 1468 que dieron lugar al regreso de la obediencia de Toledo a Enrique IV; vid. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 104.

<sup>58</sup>. Algunos datos sobre estos dos caballeros los encontramos en la avenencia que establecieron con el monasterio de Santo Domingo el Real sobre la herencia de su hermana Leonor, que había ingresado en él; vid. A.H.N., Clero, carp. 3093, nº 10 y nº 14.

<sup>59</sup>. En el documento se ordena a la Audiencia Real inhibirse en el pleito que doña Elvira trataba con la viuda de Rodrigo de Céspedes; vid. A.G.S., R.G.S., 1488, I, fol. 40.

figurando en él como obispo de Coria, inquisidor mayor y presidente del Consejo de los Reyes Católicos<sup>61</sup>.

El mayorazgo de Malpica pasaba a manos de la mayor de las hijas del mariscal Payo: Aldonza de Ribera, que años antes había casado con Pedro Gómez Barroso. Este caballero procedía de un linaje de caballeros de gran antigüedad en Toledo, como hemos visto; al igual que otras sucesiones de origen local con reconocido prestigio social (podemos recordar renombres tan célebres como Roelas, Gudiel, Cervatos, Palomeque), en el siglo XV los Barroso no encontraban el lugar puntero que antiguamente les había correspondido en el seno de la caballería local. Linajes que habían llegado del exterior, como Silva, Ayala, Rivadeneira o Ribera, iban suplantando a los indígenas en el liderazgo político en la ciudad. Los Barroso, como los demás, se encontraban en la disyuntiva de someterse al papel secundario que en la nueva época estaban desempeñando o fusionarse con el adversario a través del matrimonio. Así hicieron los Barroso que, por su parte, aportaron a los poderosos Ribera el prestigio de la antigüedad en Toledo, un prestigio que le proporcionó a Pedro Gómez Barroso, que probablemente era el padre del marido de Aldonza de Ribera, una de las dieciséis regidurías perpetuas que fueron proveídas por Juan II en 1422<sup>62</sup>.

Pedro Gómez Barroso, el yerno de Payo de Ribera, fue también regidor y debió morir antes de que llegara a manos de sus descendientes el mayorazgo de Malpica<sup>63</sup>. Quien aparece en

<sup>60</sup>. El testamento del comendador Diego se conserva en la institución “Valencia de Don Juan”.

<sup>61</sup>. El testamento de Vasco Ramírez, con un inventario de bienes, se halla en el manuscrito Egerton del British Museum; en él ordena que su sepultura se haga en el monasterio de Santo Domingo el Real, institución, como se ve, muy vinculada a la Casa de Malpica.

<sup>62</sup>. Pedro Gómez Barroso es nombrado el primero en la lista de los regidores iniciales de Juan de Toro; vid. *Libro de la razón*..., cit., p. 61.

<sup>63</sup>. El 23 de abril de 1480 los Reyes Católicos proveían una regiduría de Toledo en favor del doctor Alfonso Ramírez por la renuncia que en él hizo Pedro Gómez Barroso, posiblemente ya difunto por

la documentación como heredero de la extraordinaria herencia es Payo Barroso de Ribera, al que encontramos con cierta frecuencia a comienzos del siglo XVI, con los títulos de mariscal de Castilla, señor de San Martín de Valdepusa, de Malpica y de Parla<sup>64</sup>. La hermana del nuevo señor de Malpica, Marquesa Barroso, profesó en el monasterio de Santo Domingo el Real, al que aportó una importante dote de ingreso y algunas mercedes reales posteriores<sup>65</sup>. Tenemos noticias indirectas de un tercer hijo del matrimonio Pedro-Aldonza: Perafán de Ribera, que tuvo con su mujer María de Sandoval una hija, Elvira Barroso, la cual ingresaría en el monasterio de San Clemente, recibiendo su dote de ingreso de sus tíos Payo Barroso de Ribera y Leonor de Mendoza, su mujer, que atenderían esta donación el 21 de mayo de 1526<sup>66</sup>.

---

entonces; vid. A.G.S., R.G.S., 1480, IV, fol. 53.

<sup>64</sup>. Con estos títulos se presenta, por ejemplo, en la carta de arrendamiento de su dehesa de Calabazas en 1509; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 1269, fol. CCXXXIX r. – CCXL r. El señorío de Parla le había llegado del linaje paterno. En 1488 Gómez Manrique, corregidor de Toledo tomaba el cargo de determinar el destino del mayorazgo de Parla, que reclamaba Payo Barroso de Ribera por ser el hijo mayor de su anterior titular; vid. A.G.S., R.G.S., 1488, III, fol. 175.

<sup>65</sup>. Entre los bienes dotales de Marquesa se halla un juro de 4.600 mrs. sobre las alcabalas de Toledo, provenientes de sus padres Pedro y Aldonza; la confirmación de este juro por la reina Juan I se anota en A.S.D.R., Becerro, fol. 24. La confirmación original se conserva en A.S.D.R., nº 1084. En 1516 Marquesa era ya subpriora del monasterio; vid. A.H.N., Clero, carp. 3099, nº 14.

<sup>66</sup>. El cargo de dotar a Elvira puede deberse a la muerte prematura de los padres de la nueva profesa; vid. una copia del otorgamiento de la dote en R.A.H., S.C., O-6, fol. 43.

#### 4.1.5. Los Rojas, señores de Layos

El renombre Rojas encuentra su origen, al parecer, en la comarca de La Bureba, emplazada en el solar de la más primitiva Castilla, siendo éste quizá la cuna más o menos lejana de los Rojas toledanos<sup>67</sup>. Ya en el siglo XIV el renombre sonaba en Toledo, ya que Juan Rodríguez de Rojas, hijo segundo del señor de Rojas, había llegado a la región del Tajo sirviendo a Alfonso XI, estableciéndose en la ciudad y casándose con la indígena María González de Palomeque<sup>68</sup>. Aunque transmitido por los genealogistas del Antiguo Régimen, este relato nos parece verosímil porque se ajusta al modelo de entrada de ilustres apellidos septentrionales en Toledo: un caballero segundógenito que medra al servicio de la Monarquía se establece contrayendo matrimonio con una mujer perteneciente a una vieja stirpe de la ciudad. Aunque el caballero extranjero fuera visto como tal, su descendencia se hallaría marcada por el prestigio local del linaje materno y por las ventajas que confería la cercanía paterna a la Monarquía en una época en que se estaba imponiendo una “nobleza de servicio”<sup>69</sup>.

Teresa Gómez de Rojas, nieta de Juan Rodríguez, casó con Francisco Vázquez de Toledo y Sosa, otro miembro de un distinguido linaje toledano. Los hijos de Teresa y Francisco fueron: Alfón González de Sosa, Martín Vázquez de Rojas, Esteban de Sosa, Luis de Sosa, Juan

---

<sup>67</sup>. Sobre la presencia del renombre en la ciudad vid., J. C. GÓMEZ-MENOR, “Los Rojas toledanos”, *Anales Toledanos*, VI (1973), p. 181-197.

<sup>68</sup>. El establecimiento en Toledo de Juan Rodríguez nos lo relatan de esta forma verosímil A. GARCÍA CARRAFFA y A. GARCÍA CARRAFFA, *Diccionario heráldico y genealógico de apellidos españoles y americanos*, Madrid, 1957, tomo 69.

<sup>69</sup>. Sobre la nueva nobleza que se estaba enaltecendo a mediados del siglo XIV vid. S. MOXÓ, “De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria castellana en la Baja Edad Media”, *Cuadernos de Historia de España. Anexos de la revista Hispania*, 3 (1969), p. 1-210. Acerca de la promoción política y social de los nuevos linajes vid. E. MITRE, *Evolución de la nobleza en Castilla bajo Enrique III (1396-1406)*, Valladolid, 1968.



Vázquez, Sancha Vázquez e Inés Vázquez. Los tres primeros se repartieron lo mejor del patrimonio de sus padres, pero sólo Martín y Esteban tuvieron descendencia, repartiendo los renombres de los antepasados y la jerarquía de las respectivas líneas: la descendencia de Martín Vázquez de Rojas llevaría el nombre Rojas, mientras que los herederos de Esteban de Sosa portarían este último apellido. Los dos hermanos conocieron la reforma del Gobierno municipal de 1422, obteniendo Martín Vázquez una de las primeras regidurías perpetuas por la provisión inicial de Juan II<sup>70</sup>, mientras que a Esteban de Sosa lo encontramos como jurado<sup>71</sup>.

Martín Vázquez de Rojas tomó el señorío de Villamejor y el “vínculo de Gutierre Armildez”, un lote patrimonial protegido con licencia regia<sup>72</sup>, y casó con Inés Alfonso Cervatos, con la que tendría cinco hijos: Francisco de Rojas, Marina de Rojas, Teresa de Rojas, Inés Alfón de Cervatos y Sancha de Rojas. Las dos últimas fueron bien dotadas e ingresaron en el monasterio de San Clemente, institución a la que los Rojas estuvieron muy vinculados, llegando a ser Inés Alfón abadesa en la segunda mitad del siglo XV<sup>73</sup>. Otra de las hermanas, Teresa, contrajo matrimonio en dos ocasiones: la primera vez con el toledano Gonzalo Palomeque y, en segundas nupcias, con Pedro Girón, regidor de Talavera; sin embargo, si tuvo descendencia, no parece que ésta mantuviera relaciones cercanas con los descendientes de Francisco y Marina, los dos hermanos que salieron mejor parados de la generación. Estos dos estaban destinados a dar lugar a las líneas más poderosas del linaje, puesto que fueron muy bien casados y mejor dotados

---

<sup>70</sup>. *Libro de la razón*..., cit., p. 61.

<sup>71</sup>. Como tal aparece en los autos del pleito que ante el Consejo libraban en el siglo XVII los herederos, ya lejanos, de Francisco Vázquez y de Teresa Gómez; vid. A.H.N., Consejos, leg. 32586.

<sup>72</sup>. Sobre la transmisión de este vínculo estamos informados gracias a los autos del pleito que ya hemos señalado.

<sup>73</sup>. En el pleito al que nos acabamos de referir, fol. 1, se testimonio el enclaustramiento de estas dos hermanas. Inés Alfón es la abadesa que Balbina Martínez Caviro llama Inés García Cervatos, que otorga su testamento en 1487; vid. su *Conventos de Toledo*..., cit., p. 72.

patrimonialmente que sus hermanas.

Francisco de Rojas heredó de su padre el vínculo de Gutierre Armíldez y el oficio de regidor de Toledo<sup>74</sup>, a lo que en 1451 añadiría la dehesa de Loranque, como herencia de su tío Alfón González de Sosa<sup>75</sup>. Casado con Mencía de Ayala, tendría un hijo, Alfonso de Rojas, que no dejó descendencia, y otro, Martín Vázquez de Rojas, que se convertiría en uno de los más activos regidores toledanos en la época de los Reyes Católicos<sup>76</sup>. Este Martín Vázquez de Rojas contrajo matrimonio con Leonor de Ayala, hija del caballero Íñigo López de Ayala y de doña Mencía, hija del señor de Alcobendas<sup>77</sup>. De los hijos de Martín y Leonor, Martín de Ayala, Teresa de Ayala y Francisco de Rojas, fue el primero quien asumió la herencia familiar, en particular el oficio de regidor, del que tomó posesión en banco de caballeros en agosto de 1517, poco después de morir su padre, que había renunciado el oficio en su favor<sup>78</sup>.

Aún más venturoso futuro aguardaba al linaje de Marina de Rojas, que heredó la dehesa

---

<sup>74</sup>. Francisco de Rojas, hijo de Martín Vázquez, aparece como regidor en 1457, en la serie de los que estuvieron presentes en la aprobación de las ordenanzas de la dehesa de Peña Aguilera el 20 de junio de aquel año: vid. A.M.T., A.S., ala. 1, leg. 2, nº 1. Debió ocupar esta regiduría bastantes años antes, pues su padre había ya muerto en 1444, según se expresa en la carta de arras del caballero Alonso de Cáceres a su hermana Marina de Rojas, fechada el 19 de enero de aquel año; vid. A.H.N., Consejos, leg. 32586, pza. 2. Lo encontramos por última vez haciendo uso del oficio en el nombramiento de procuradores para dar obediencia a los Reyes Católicos el 26 de enero de 1475; vid. la copia autenticada de esta disposición en A.M.T., A.C.J., Varia, nº 6/2.

<sup>75</sup>. El original de la partición de bienes del difunto Alfón González de Sosa se encuentra incluido como prueba en el pleito conservado en A.H.N., Consejos, leg. 32586, pza. 3/3.

<sup>76</sup>. A Martín Vázquez lo encontramos por primera vez como regidor el 21 de julio de 1479, presente en un ayuntamiento en que se discutía acerca de quiénes había de enviar Toledo como procuradores a la Corte: vid. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 6/4. El 25 de mayo de 1482 informaba, como fielejecutor de la Ciudad al Cabildo de Jurados; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 6, fol. 33 r. Fueron varias las ocasiones en que Martín Vázquez representó a Toledo ante la Monarquía; una de ellas, en 1496, para tratar sobre la construcción ilegal de la fortaleza de Odón; vid. A.M.T., C.C., caj. 1, nº 39.

<sup>77</sup>. Íñigo de Ayala era uno de los descendientes de las ramas secundarias del linaje de los condes de Fuensalida, con los que colaboró activamente; sobre su linaje y el papel de este caballero en la lucha de bandos toledana de la época vid. J. R. PALENCIA, "La solidaridad como fundamento....", cit.

<sup>78</sup>. *Libro de la razón*..., cit., p. 101.

de Villamejor. Marina casó con Alonso de Cáceres y Escobar, comendador de Campo de Criptana<sup>79</sup> y alcaide del castillo de Consuegra en 1444, año en que otorgó arras a la señora de Villamejor<sup>80</sup>. Teniendo en cuenta la convulsa situación de la Corona castellana en estos años, parece razonable pensar que el cargo de la fortaleza de Consuegra fuera eventual y, sin embargo, la ocupación estable de Alonso se relacionara más con la gestión de una encomienda santiaguista. Hijo de Diego López de Escobar, noble asentado en Tierra de Campos, el comendador de Campo de Criptana era, probablemente, un hombre cercano al maestro don Álvaro de Luna, como Fernando de Rivadeneira, del que más arriba hemos tratado, y gracias al empuje que el condestable le proporcionó, pudo medrar ostensiblemente en este período conflictivo de la alta política castellana.

Marina y Alonso tuvieron una abundante prole, pero fueron tres los hijos más significativos del matrimonio: Diego López de Escobar, Francisco de Rojas y Alonso de Escobar y Rojas. El primero murió sin descendencia, aunque probablemente estaba llamado a convertirse en el pariente mayor del grupo familiar<sup>81</sup>. Francisco de Rojas, quizá el más célebre de los de su linaje, fue comendador de Mestanza, de Puertollano, de Almodóvar del Campo, de Aceca y de las casas de Toledo de la Orden de Calatrava<sup>82</sup>, pero su singularidad reside en el papel que ejerció como embajador de los Reyes Católicos, para los que acudió en varias ocasiones a Roma con el

---

<sup>79</sup>. Aparece con este título en la genealogía del padre Román de la Higuera; vid. R.A.H., S.C., C-7, fol. 270 r.; y en la descripción genealógica del pleito del Consejo; vid. A.H.N., Consejos, leg. 32586.

<sup>80</sup>. El original de la donación de arras, fechada el 19 de enero de 1444, se conserva incluido como prueba en el pleito del siglo XVII conservado en A.H.N., Consejos, leg. 32586, 2.

<sup>81</sup>. A Diego López lo encontramos el 11 de octubre de 1483 defendiendo el derecho heredado de sus padres, ya difuntos, sobre unas casas en Burguillos frente al jurado Pedro Álvarez de Toledo; vid. A.G.S., R.G.S., 1483, X, fol. 201.

<sup>82</sup>. Con estos títulos sucesivos nos lo presenta el pleito del Consejo; vid. A.H.N., Consejos, leg. 32586.

objeto de tratar diversos asuntos con los propios papas<sup>83</sup>. Promovido por la privanza regia, Francisco de Rojas hizo una notable fortuna con la que pudo comprar en 1509 la villa de Layos de sus anteriores titulares, el tercer conde de Fuensalida Pedro López de Ayala y su hermana María de Guevara<sup>84</sup>. Sin descendencia directa, Francisco fundó un mayorazgo con la villa de Layos en favor de su sobrino, llamado también Francisco de Rojas, hijo de su hermano Alonso de Escobar y Rojas, señor de Villamejor, y de Constanza de Ribera; murió en 1523 tras sufrir el ataque y las imposiciones de los comuneros de Toledo.

#### 4.1.6. Los Padilla, un ascenso truncado

Probablemente ninguno de los linajes de caballeros toledanos sea tan célebre como el de Padilla, debido al caudillaje de uno de sus miembros en el movimiento comunero. Sin embargo, este renombre no era demasiado antiguo en Toledo cuando Juan de Padilla se convirtió en líder de los rebeldes. La primera huella segura que encontramos de la presencia en Toledo de este linaje se remonta a 1442: el 7 de junio de aquel año el rey Juan II ordenaba a sus contadores mayores que traspasasen de la Merindad de Castrojeriz al Arcedianazgo de Toledo los veinte *escusados* de moneda anuales que Diego López de Padilla tenía<sup>85</sup>. Este traspaso revela el interés de su

---

<sup>83</sup>. P. LÓPEZ PITA, *Layos. Origen y desarrollo de un señorío nobiliario: el de los Rojas, condes de Mora*, Toledo, 1988, p. 59 y siguientes, nos ofrece sobre este peculiar personaje una semblanza que seguimos en adelante.

<sup>84</sup>. Al conde pertenecían 7/8 partes de la villa y a María de Guevara 1/8; ambos vendieron sus respectivas porciones en abril de 1509; vid. P. LÓPEZ PITA, *op. cit.*, p. 49-52.

<sup>85</sup>. La orden real se encuentra en A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 9, nº 67.

beneficiario por la ciudad del Tajo, una inclinación que no puede extrañarnos, ya que Diego López disfrutó de un oficio de regidor de Toledo de los que Juan II creó después de 1422<sup>86</sup>. Sabemos, por el asiento de los escusados al que nos hemos referido más arriba, que Diego López era hijo de Pedro López de Padilla, vasallo del rey en 1442; y que estuvo casado con Teresa de Haro, que habitaba en Toledo en 1463, ya viuda<sup>87</sup>.

No podemos establecer con seguridad la relación de parentesco que existía entre Diego López y Sancho de Padilla, el segundo de este linaje que encontramos en la documentación toledana, pero parece probable que fueran hermanos. A Sancho se le presenta en las genealogías como quinto hijo de Pedro López de Padilla, señor de Calatañazor y de Coruña del Conde, y de Leonor Sarmiento, casado con Marina de Sandoval<sup>88</sup>. Sancho y Diego parecen ser hermanos, hijos del mismo padre al menos. La primera noticia que del primero conocemos no tiene nada que ver con Toledo; se trata del asiento, fechado en 1461 de una renta anual en su favor por parte de Enrique IV, como quitación de su oficio de guarda del rey<sup>89</sup>. En la orden enriqueña se expresa que Sancho había de percibir idéntica cantidad que por el oficio obtenía su suegro Gutierre de Sandoval, lo que nos confirma que estamos ante el mismo Sancho que es esbozado en las genealogías.

---

<sup>86</sup>. No podemos precisar la fecha en que fue proveída esta regiduría, ya que la noticia nos ha llegado de Juan de Toro, *Libro de la razón*..., cit., p. 61, que se limita a expresar el nombre de los regidores que se beneficiaron del acrecentamiento en tiempos del rey Juan II.

<sup>87</sup>. El 9 de julio de aquel año los vecinos de San Soles denunciaron a doña Teresa ante el Cabildo de Jurados, acusándola de apropiarse de una plaza pública; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120; documento publicado por R. IZQUIERDO, "El espacio público de Toledo en el siglo XV", *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 26 (1990), p. 56-57.

<sup>88</sup>. Así lo recogen A. GARCÍA CARRAFFA y A. GARCÍA CARRAFFA, *op. cit.*, tomo 67, p. 79-83.

<sup>89</sup>. La orden del rey Enrique está fechada el 12 de septiembre de 1461; vid. A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 4, fol. 562. En el asiento de la quitación, el rey titula a Sancho "*mi vasallo*", tal y como había tratado años antes el rey Juan II a Pedro López de Padilla.

En 1464 Sancho había ya desaparecido, dejando iniciada la construcción de una fortaleza en el lugar de Mascaraque, que prosiguieron su hermano Garci López de Padilla, claverero de la Orden de Calatrava, y los hijos del primero. El 16 de abril de aquel año el rey don Enrique les ordenó detener la obra, para la cual no tenían expresa licencia regia<sup>90</sup>, pero el castillo fue completado. El beneficiario de esta fortificación, como de la mayor parte de los bienes de Sancho fue su hijo Pedro López de Padilla, que en 1470 recibía la quitación correspondiente por el oficio de guarda del rey<sup>91</sup> y que en 1473 ya lo encontramos como regidor de Toledo<sup>92</sup>, oficio éste que ejerció durante cuarenta años de forma notable: el 21 de agosto de 1493, fecha en que se reunió la Ciudad para decidir si cumplía la orden real de visitar la cárcel semanalmente un regidor y un jurado, se expresa la primacía de Pedro López en el Regimiento toledano; a la hora de emitir su voto -en forma de opinión- Padilla era el primero en hacerlo<sup>93</sup>. Todavía está atestiguada la presencia de Pedro López en los ayuntamientos del 20 de mayo de 1507, 29 de enero de 1510 y 1 de marzo de 1512<sup>94</sup>. Un año después, el 20 de julio de 1513, Juan de Padilla presentó ante el Ayuntamiento una provisión de la reina doña Juana para ocupar el puesto de su padre por la renuncia en su favor que éste había dispuesto; el 29 de julio, Juan tomaba posesión del oficio.

El célebre Juan no era el único hijo de Pedro López, pero sí el primogénito de los que tuvo con María de Guzmán. El guarda real Pedró López había casado primero con Teresa de Toledo, hermana de Fenán Álvarez de Toledo, señor de Higuera, no quedando de esta unión

---

<sup>90</sup>. La orden real se halla en A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 1, n° 2.

<sup>91</sup>. La orden de asentar esta renta se encuentra en A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 4, fol. 562 vto.

<sup>92</sup>. *Libro de la razón*..., cit., p. 62-63.

<sup>93</sup>. A.M.T., A.C.J., libro 47, n° 3/2, cit.

<sup>94</sup>. *Libro de la razón*..., cit., p. 139.

descendencia masculina, ya que el único varón, llamado como su padre, falleció siendo niño<sup>95</sup>. El segundo matrimonio de Pedro López lo unió a María de Guzmán, hija de Martín Fernández de Córdoba, alcalde de los Donceles y señor de Lucena, de la que nació Juan de Padilla y sus hermanos Pedro López de Padilla y Gutierre López de Padilla. Juan de Padilla, lo hemos señalado, tomó de su padre la regiduría en 1513; no tenemos constancia de que heredara también el oficio de guarda real, pero sí asumió otro cargo de Pedro López: la capitania general, renunciada por éste el 7 de agosto de 1517 para que el rey proveyese en favor de su hijo<sup>96</sup>.

El oficio de capitán general le dotaba a Juan de una enorme influencia, además de reportarle una buena suma de dinero, lo que le permitió convertirse en el líder más influyente del movimiento comunero que en Toledo se declaró en 1520 en abierta rebelión contra el modo de gobernar de Carlos I. Su poderoso influjo dio lugar a su nombramiento, el 5 de julio de 1520, de capitán general de la Comunidad por la Ciudad<sup>97</sup>. El liderazgo en el movimiento le costó la vida en Villalar, siendo ajusticiado junto a sus compañeros Bravo y Maldonado tras la derrota del 23 de abril de 1521. Sin embargo aún tardaría más de un año la Monarquía en cubrir la vacante que dejaba en el Regimiento el líder rebelde, hasta que el 13 de junio de 1522 Juan de Tovar, hijo del condestable de Castilla, tomó posesión del asiento de caballero que Padilla había dejado vacío<sup>98</sup>. Al morir antes que su padre, Juan no llegaría a ser titular del patrimonio familiar; su hijo Pedro López de Padilla, habido con María Pacheco, moriría aún infante, no disfrutándolo tampoco, de

---

<sup>95</sup>. Esta y otras noticias se nos ofrecen en la genealogía de los hermanos GARCÍA CARRAFFA, *op. cit.*

<sup>96</sup>. Se conserva un traslado de 1518 de esta carta de renuncia en A.G.S., P.R., caj. 4, nº 32 r. – 33 r.

<sup>97</sup>. Una relación de este nombramiento, algo posterior a los sucesos, se encuentra en A.M.T., Ms., sec. B, nº 121, fol. 58 vto. Sobre el destacado papel de Juan de Padilla en el movimiento comunero vid. F. MARTÍNEZ GIL, *op. cit.*, p. 169 y siguientes.

<sup>98</sup>. *Libro de la razón*..., cit., p. 139. Más noticias sobre el linaje Padilla en el trabajo de F. MARTÍNEZ GIL, cit., p. 169-178.

modo que quedó en manos de Gutierre López de Padilla, hermano de Juan. Este patrimonio, que contaba con bienes de gran relevancia en los lugares de Mascaraque y Novés, anunciaba la constitución de un señorío jurisdiccional, pero éste no llegó a crearse<sup>99</sup>. La jurisdicción sobre lugares, el único elemento que faltaba para culminar el ascenso de la sucesión toledana de los Padilla, no llegó a las manos del intrépido comunero, como cabía esperar atendiendo a la privanza regia de que venía disfrutando el linaje, debido, sin duda, a su rebeldía y temprana muerte.

#### 4.1.7. Los Vega, señores de Batres y Cuerva

La sucesión de los señores de Batres y Cuerva parte de la vinculación de Garcilaso de la Vega, comendador mayor de León, con el linaje de Fernán Pérez de Guzmán, a través del matrimonio del primero con Sancha de Guzmán, nieta del segundo. Como otros segundones de grandes linajes, Garcilaso, sirviendo a la Monarquía con las armas, vino a parar a Toledo mediante el casamiento con una descendiente de linaje con arraigo local. Fernán Pérez de Guzmán es el conocido autor de una crónica del reinado de Juan II y de *Generaciones y semblanzas*, hijo de Pedro Suárez de Guzmán y de Elvira Álvarez, hermana ésta del Canciller Ayala<sup>100</sup>. El cronista Guzmán suele ser presentado como señor de Batres, pero es posible que realmente no tuviera

---

<sup>99</sup>. Todas estas noticias sobre el destino del linaje las encontramos en el trabajo de F. MARTÍNEZ GIL, cit., p. 169-178.

<sup>100</sup>. La figura de Fernán Pérez es tratada en las ediciones de sus obras; para *Generaciones y semblanzas*, vid. las ediciones de J. Domínguez Bordona, Madrid, 1965, y de R. B. Tate, Madrid, 1985; para la crónica, vid. edición de C. Rosell, Madrid, 1953.



autoridad jurisdiccional sobre esta población, como observa el doctor Molénat<sup>101</sup>. Fernán Pérez casó con Doña Marquesa de Avellaneda, con la cual tuvo, al menos, seis hijos: Pedro de Guzmán, Manuel de Guzmán, Ramir Núñez de Guzmán, Alfonso de Guzmán, Marquesa Suárez de Guzmán y María Ramírez de Guzmán<sup>102</sup>.

Pedro de Guzmán, el primogénito, heredó el mayorazgo que había fundado su bisabuelo Pedro Suárez de Toledo y ocupó una regiduría de Toledo, aunque la perdió tras la guerra civil de 1465-1468 por seguir el partido del infante don Alfonso<sup>103</sup>. El linaje volvería al Regimiento a través de Ramir Núñez de Guzmán, al que encontramos como oficial entre 1479 y 1494<sup>104</sup>; pero el tercer hijo del cronista no tomaría el mayorazgo, porque éste pasó a manos de Sancha de Guzmán, hija de Pedro de Guzmán, a quien correspondía la herencia por sucesión directa.

Sancha de Guzmán fue casada con Garcilaso de Vega, nieto del señor de Feria Gómez Suárez de Figueroa y sobrino del primer conde de la misma villa Lorenzo Suárez de Figueroa<sup>105</sup>.

<sup>101</sup>. J. P. MOLÉNAT, *Campagnes et monts de Tolède*..., cit., p. 337, no encuentra pruebas concluyentes para afirmar que el cronista fuera señor jurisdiccional, mientras sí está probado que lo era su hijo mayor Pedro de Guzmán.

<sup>102</sup>. Sobre Marquesa Suárez, que profesó como monja en el monasterio de Santo Domingo el Real, vid. J. L. BARRIOS, *Santo Domingo el Real y Toledo a fines de la Edad Media (1364-1507)*, Toledo, 1997, p. 157-158. Estos seis hermanos partieron los bienes que dejó Fernán Pérez el 5 de septiembre de 1464; vid. A.S.D.R., nº 757.

<sup>103</sup>. La suspensión del oficio fue ordenada por Enrique IV el 20 de julio de 1468; vid. J. P. MOLÉNAT, *op. cit.*, p. 337, nota 151.

<sup>104</sup>. Por vez primera, Ramir figura como regidor entre los que acudieron al ayuntamiento de 26 de agosto de 1479; vid. una copia autenticada de un fragmento de las actas de este ayuntamiento en A.M.T., A.C.J., Varia, nº 6/5. La fecha más tardía en que nos aparece como oficial es el 1 de marzo de 1494; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 9/5. La regiduría de Ramir pasaría a manos de su hijo Fernán Pérez de Guzmán, al que encontramos como oficial, entre otras ocasiones, en 1502; vid. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 10.

<sup>105</sup>. Sobre el linaje de los señores de Feria, vid. los trabajos de F. MAZO, "Los Suárez de Figueroa y el señorío de Feria", *Historia. Instituciones. Documentos*, 1 (1974), p. 113-174, y *El condado de Feria (1394-1503). Contribución al estudio del proceso señorializador en Extremadura durante la Edad Media*, Badajoz, 1980.

Garcilaso, comendador de León de la Orden de Santiago, había hecho fortuna sirviendo a la Monarquía en la guerra, particularmente en la contienda que los Reyes Católicos libraron contra los musulmanes de Granada<sup>106</sup>. Ramir Núñez de Guzmán disputó con el matrimonio Sancha-Garcilaso por algunos bienes de la herencia de Fernán Pérez; tenemos noticia de tres dehesas que en 1491 eran disputadas por el regidor Ramir a su sobrina: el 28 de febrero de aquel año el Consejo Real ordenaba al bachiller Velasco la remisión del proceso que ambas partes mantenían en pugna por la dehesa de Alvar García<sup>107</sup>; unas semanas después, los propios reyes ordenaban el secuestro de la dehesa del Almendral, por la que Ramir y Garcilaso pleiteaban<sup>108</sup>; finalmente, el 28 de junio emitían los monarcas una carta de amparo en favor de Garcilaso para que mantuviera la posesión de la dehesa de Valladiel, en Toledo como las anteriores<sup>109</sup>.

Al mayorazgo de Fernán Pérez, el matrimonio heredero añadiría Cuerva. Esta población había estado en manos de Juan Carrillo, adelantado de Cazorla y alcalde mayor de Toledo, pasando tras su muerte a su hija Aldonza Carrillo. Pedro López de Ayala, marido de Aldonza, administraba este señorío en nombre de su mujer<sup>110</sup>, pero cuando en 1489 murió don Pedro, segundo conde de Fuensalida, volvió la mayor parte de Cuerva a las manos de Aldonza Carrillo

---

<sup>106</sup>. La genealogía de Téllez de Meneses, titulada *Espejo de nobleza*, libro II, conservada en R.A.H., S.C., C-13, nos lo presenta como un soldado incansable y valeroso; vid. fol. 9 vto.

<sup>107</sup>. Una copia autenticada de esta orden se conserva en A.G.S., R.G.S., 1491, II, fol. 59.

<sup>108</sup>. A.G.S., R.G.S., 1491, IV, fol. 42.

<sup>109</sup>. A.G.S., R.G.S., 1491, VI, fol. 10. Se aclara en esta copia de Corte que la dehesa de Valladiel, que por la fuerza tenía ocupada Ramir Núñez, era propiedad de Sancha de Guzmán, mujer de Garcilaso, porque la había recibido de su hermano Pedro Suárez; que a su vez la había tomado del padre de ambos, Pedro de Guzmán.

<sup>110</sup>. El 9 de septiembre de 1479, Pedro López declaraba que los vecinos de Cuerva tenían licencia para apacentar sus ganados en cierta dehesa; vid. A.M.T., C.C., caj. 3, nº 33. Lo más interesante de esta declaración es que la población no es llamada por su nombre actual sino "Villacarrillo", señalando muy nitidamente a quién había pertenecido; pero además, al referirse a los pobladores, Pedro López expresa "*mis vasallos*", lo que evidencia quién tenía entonces la posesión.

que, junto con sus hermanas Teresa de Guevara y doña Constanza, que algún derecho habían de tener sobre la población, venderían a Garcilaso de la Vega y a Sancha de Guzmán las siete octavas partes que tenían de Cuerva el 22 de diciembre de 1493; la octava parte que quedaba, en manos del tercer conde de Fuensalida, fue vendida por éste a los señores de Batres el 24 de mayo de 1499<sup>111</sup>.

El comendador de León, que al principio era un extranjero en Toledo, adquirió cierto relieve en la ciudad: su fortuna y su cercanía a los monarcas le convirtieron en un hombre de gran consideración a los ojos de las autoridades locales, las cuales le solicitaron servicios de relevancia: el corregidor Pedro de Castilla le pedía en 1493 que estuviese al tanto de cuándo se iba a producir la llegada de los príncipes a Toledo<sup>112</sup>. El 14 de enero de 1507, el señor de Batres y Cuerva establecía con el conde de Cifuentes un acuerdo para poner en orden la administración de justicia en la ciudad del Tajo<sup>113</sup>; debía tener encargo de la Corte para mediar en el conflicto que había enfrentado poco tiempo antes a los partidarios del corregidor Castilla con los que apoyaban al que el rey Felipe I había enviado para sustituir al mismo, ya que el día 30 del mismo mes el Consejo de Castilla se dirigía a Garcilaso para agradecerle el papel que había jugado para hacer posible la pacificación de Toledo<sup>114</sup>.

Garcilaso de la Vega ejerció como regidor de Toledo entre 1505 y 1510, año éste en que ya aparece en su lugar su hijo mayor Pedro Laso de la Vega<sup>115</sup>. El normal desarrollo de la

---

<sup>111</sup>. Esta información es suministrada por A. RÍOS, "La historia de Cuerva a través de los últimos hallazgos documentales", *Montes de Toledo. Revista de Estudios Monteños*, 60 (1992), p. 3.

<sup>112</sup>. El corregidor debía referirse a don Juan y a doña Isabel en esta petición; vid. R.A.H., S.C., Ap. B (tomo I), n° 233.

<sup>113</sup>. Una copia simple de esta escritura la encontramos en R.A.H., S.C., A-12, fol. 193.

<sup>114</sup>. El original de esta carta de agradecimiento se halla en A.M.T., A.C.J., Orig., n° 195, pza. 2.

<sup>115</sup>. Se conserva una serie de nombres de regidores de Toledo de 1505, fechada el 7 de mayo, en un

regiduría de Pedro se vio enturbiado por su participación en el movimiento comunero, del que fue uno de los líderes más sobresalientes; su actitud le valió la suspensión del oficio que, tras la reacción de los imperiales, sería proveído en favor de Vasco Ramírez de Guzmán<sup>116</sup>; no obstante, los Vega recuperarían la regiduría perdida, ya que, poco tiempo después de la suspensión de Pedro, tomaría posesión de otro oficio su hermano menor Garcilaso de la Vega, el célebre poeta, que luchó contra el movimiento comunero al lado de los imperiales<sup>117</sup>.

Pedro Laso, el mayor de los dos hijos del comendador de León, había tomado un notable patrimonio basado en el mayorazgo de Batres y Cuerva y una posición de considerable relevancia en el conjunto de la caballería toledana y de la nobleza castellana en general<sup>118</sup>; casado con María de Mendoza, hija de Álvaro de Mendoza y de Teresa Carrillo de Castilla<sup>119</sup>, era alcalde mayor de Badajoz y teniente de algunas fortalezas reales. Su posición en el movimiento comunero fue marcadamente moderado, convirtiéndose en reticente al enfrentarse al propio Padilla; pero de poco le valió el cambio de actitud, porque tuvo que huir a Portugal ante la reacción imperial, temiendo por su vida, y fue uno de los exceptuados del perdón otorgado por Carlos I<sup>120</sup>.

testimonio que recoge la discusión de la Ciudad acerca del cumplimiento de una orden de Juana I a propósito de la provisión de los escribanos; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15953, fol. 5 r. – vto. Garcilaso ocupaba el 20 de mayo de 1507 el sexto asiento de la mano izquierda del corregidor; vid. *Libro de la razón*..., cit., p. 323, siendo sustituido por su hijo mayor en este banco desde, al menos, el 1 de marzo de 1510.

<sup>116</sup>. Vasco Ramírez fue proveído conjuntamente por Juana I y Carlos I y tomó posesión de su oficio el 16 de junio de 1524; vid. *Libro de la razón*..., cit., p. 323.

<sup>117</sup>. A Garcilaso de la Vega se le dio posesión en el banco noveno de la mano izquierda, en sustitución del cesado Gonzalo Gaitán, el 1 de abril de 1525; vid. *Libro de la razón*..., cit., p. 345.

<sup>118</sup>. Un testimonio de su notabilidad en el seno de la nobleza puede ser la firma de una confederación con Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos, fechada el 19 de abril de 1515; vid. A.D.O., Arcos, leg. 1635, nº 3/21.

<sup>119</sup>. El 16 de mayo de 1517 Sancha de Guzmán aprobaba la donación de arras que su hijo había otorgado en favor de María de Mendoza; vid. A.D.O., Infantado, leg. 1776, nº 13.

<sup>120</sup>. Sobre la figura y el destino de Pedro Laso de la Vega, vid. F. MARTÍNEZ GIL, *op. cit.*, p. 184 y



## 4.2. La privanza regia: oficios y señoríos de los caballeros

Si hay una prueba evidente del favor regio a la nobleza ésa es la cesión de oficios y señoríos, unos porque proporcionaban recursos económicos y la cercanía al rey que era necesaria para seguir accediendo a sus favores, otros porque ofrecían la potencia necesaria para prescindir de otros favores regios. Los oficios y los señoríos son la mejor manifestación de lo que, en su día, el profesor Moxó concebía como uno de los rasgos esenciales en la nobleza castellana: la privanza. El malogrado profesor, en un trabajo digno de admiración que revolucionó el panorama de la historiografía nobiliaria, después de distinguir con nitidez dos grados de la nobleza – ricos hombres y caballeros – presentó los tres elementos que consideraba coadyuvantes a la condición nobiliaria: *“si la sangre y estirpe esclarecidas –en suma, el nacimiento– constituían un elemento importante para la caracterización que pretendemos, aún lo son más, a nuestro juicio, la fortuna y la privanza largo tiempo sostenidas, ya que la primera de éstas revela la sólida posición del linaje transmitida de padres a hijos, la cual permite a la estirpe destacar permanentemente en el cuadro social, mientras que la segunda hace posible a su vez que una familia o ciertos personajes de ella –como tales vinculados entre sí por lazos de parentesco– despliegue una actividad política capaz de influir en la vida nacional”*<sup>121</sup>.

Si entendemos la privanza como el favor que la Monarquía estaba dispuesta a prestar a sus colaboradores y aceptamos que toda merced regia a un individuo constituía un acto de

---

<sup>121</sup>. S. MOXÓ, “De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria castellana en la baja Edad Media”, *Cuadernos de Historia. Anexos de la revista Hispania*, 3 (1969), p. 22. En otros trabajos del mismo Salvador de Moxó encontramos expuesta nuevamente su teoría de los tres elementos caracterizadores de la nobleza: así, leemos *“Tres elementos pueden servirnos habitualmente para caracterizar en líneas simples pero claramente constructivas a la nobleza en general y, en consecuencia, a la hispánica de la Edad Media siempre que se trate de una fuerza viva y no anquilosada o caduca. Son éstas la riqueza, la privanza y el nacimiento o herencia de la sangre”*; vid. S. MOXÓ, “La nobleza castellano-leonesa en la Edad Media. Problemática que suscita

privanza, hemos de convenir en que la rentabilidad económica movía a cualquier “privado” o beneficiado por la privanza. Pero si observamos la tipología de las mercedes que los monarcas concedían a personas, nos daremos cuenta de que las había que solamente aportaban un beneficio económico, como puede ser el caso de las donaciones de bienes y los juros y otras rentas; al margen de estas mercedes “económicas”, podemos señalar las mercedes “políticas”, esto es, aquéllas que, además de la rentabilidad económica, ofrecían al beneficiario la ocasión de utilizar atribuciones públicas para promover fines particulares, bien a nivel local, bien a nivel del Reino. Este tipo de mercedes son la provisión de oficios en la Corte y en las ciudades y la cesión de la jurisdicción sobre tierras y hombres. Son precisamente estas manifestaciones de la privanza regia –oficios y señoríos- las que vamos aquí a estudiar.

#### 4.2.1. Los oficios como manifestación de la privanza regia

En este apartado no distinguimos por su significado político los oficios cortesanos de los locales, pero resulta interesante establecer una diferenciación entre unos y otros porque los primeros significan mayor cercanía al rey y, por tanto, más amplias posibilidades de obtener nuevas ventajas. En adelante, nos referiremos a “oficios cortesanos” cuando aludamos a aquéllos que desempeñaban una función, real o no, en lo que, no con total propiedad, podemos denominar “Administración Central”, en el contexto de las instituciones de las que se rodeó la Monarquía para gobernar el reino. Así, entran en esta consideración los oficios de la Casa del Rey o de

palacio, como la mayordomía, condestabía, repostería y otros cercanos a la persona del monarca como las secretarías personales; pero también los que la Monarquía empleaba para el control de los territorios, como merindades, adelantamientos, alcaidías y tenencias de fortalezas, corregidurías, asistencias; y los cargos de justicia de Corte, como alcaldías y alguacilazgos, cancillerías, notarias territoriales y otros de esta especie<sup>122</sup>. Todos ellos son oficios que delatan la cercanía de los titulares a la persona del rey, aunque en diversos grados, y la voluntad regia de fortalecer la posición personal de sus colaboradores.

Como “oficios locales” hemos de considerar fundamentalmente las regidurías, pero también las juradurías, los oficios de justicia como alcaldías y alguacilazgos de todo tipo y cargos administrativos de la Ciudad; si exceptuamos este último grupo, hemos de estar de acuerdo en que los oficios locales también manifestaban la privanza regia, porque correspondía al monarca su nombramiento o, cuando menos, su confirmación. Pero a diferencia de los cargos cortesanos, los locales no significaban el mismo grado de cercanía a la persona del rey, aunque llevaban consigo la ventaja de ser más directamente influyentes sobre el territorio de interés para los linajes. La mayoría de los caballeros que fundaron una sucesión poderosa en Toledo, a los cuales nos hemos referido ya en el apartado anterior, como el mariscal Fernando Díaz de Rivadeneira, el comendador mayor Garcilaso de la Vega o el mariscal Payo de Ribera, sirvieron al rey en oficios de Corte antes de establecerse de modo definitivo en Toledo, donde accederían a un oficio local de relevancia; el modelo de carrera de servicio de estos “aventureros” partía del desempeño de un oficio cortesano para adquirir más tarde un oficio local y concluir fundando un señorío en la

---

<sup>122</sup>. Sobre estas instituciones, al margen de estudios más específicos sobre oficios concretos y grupos de oficios, vid. los trabajos generales de A. GÓMEZ IZQUIERDO, *Cargos de la Casa y Corte de Juan II de Castilla*, Valladolid, 1968; R. PÉREZ-BUSTAMANTE, *Los oficios de Casa, Corte y Cancillería en Castilla durante la Baja Edad Media*, tesis doctoral inédita; del mismo, *El Gobierno y la Administración Territorial de Castilla (1230-1474)* (2 tomos), Madrid, 1976; M. C. SOLANA, *Cargos de Casa y Corte de los Reyes Católicos*, Valladolid, 1962; y D. TORRES SANZ, *La*



Tierra. Los caballeros de “segunda fila”, del tipo de Ramir Núñez de Guzmán (tercer hijo del cronista Fernán Pérez) o de Esteban de Sosa (tercer hijo de Teresa Vázquez de Rojas), desarrollarían un *curriculum* diferente, mucho más modesto, habiéndose de conformar con una regiduría, una juraduría o, incluso, no ejerciendo ningún oficio<sup>123</sup>.

En otro capítulo hemos hecho referencia a los oficios cortesanos que ejercían los grandes linajes toledanos: la aposentaduría mayor y la montería mayor por parte de los Ayala, una notaría mayor y el título de alferez del pendón real por los Silva, el oficio de maestresala de los Cárdenas. La privanza de estos tres linajes era superior a aquélla de la que gozaron los caballeros, y esta realidad se observa en el desempeño de oficios y en otros elementos, pero no quiere esto decir que las estirpes caballerescas de Toledo no disfrutaran de cierto trato con los monarcas: los Niño gozaban de un oficio de guarda del rey antes y después de 1448, siendo titulares del mismo al menos Fernando Niño I y Rodrigo Niño II<sup>124</sup>. Desde 1429 era titular de similar oficio Fernando de Rivadeneira, ocupando más tarde, a partir de 1465, una mariscalía<sup>125</sup>. Payo de Ribera se preocupaba por manifestar en las escrituras su condición de privado del rey, como se observa en una compra de 1435 donde se titula “*Payo de Rivera caballero vasallo del rey*”, antes de convertirse en mariscal de Castilla<sup>126</sup>, su hijo segundo Diego percibía salario de los contadores

---

*Administración Central castellana en la Baja Edad Media*, Valladolid, 1982.

<sup>123</sup>. Los dos caballeros citados, que han sido aludidos en el apartado anterior, se incluyen en los árboles del Apéndice de este capítulo.

<sup>124</sup>. Así se acredita en el asiento que el año 1448 ordenaba el monarca realizar en favor de Rodrigo Niño, especificando que dicho asiento se debía a la renuncia en su favor que Fernando Niño había hecho antes de su muerte; vid. A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 1, fol. 381. El privilegio del disfrute de este oficio se señala en la orden real, al expresar que Rodrigo era “*uno de los quarenta guardas del rey*”.

<sup>125</sup>. La orden de asentar la quitación de guarda en favor de Rivadeneira se halla en A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 1, fol. 131. La que dirige el rey a sus contadores mayores en el mismo sentido, pero refiriéndose al oficio de mariscal, se encuentra en A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 3, fol. 133.

<sup>126</sup>. La compraventa de 1435 se conserva en A.H.N., Clero, carp. 3134, n° 19. Como mariscal ya se intitula en 1447, con ocasión de la fundación de mayorazgo en favor de su hijo Perafán; vid. A.H.N.,

mayores desde el comienzo del reinado de Enrique IV como doncel del rey<sup>127</sup>. Juan de Ribera, tío del tercer conde de Cifuentes e iniciador de una estirpe independiente asimilable al grupo de los caballeros, era guarda mayor de la reina en 1476<sup>128</sup>. Pedro López de Padilla y su hijo Juan gozaron de una capitania real a comienzos del siglo XVI<sup>129</sup>. Además, todos estos caballeros ocuparon una regiduría. La lista de referencias a oficios cortesanos ejercidos por caballeros toledanos podría resultar tediosa, de modo que conviene fijar nuestra atención en unos pocos casos, en tres caballeros que se constituyen en paradigma del ascenso social y político propiciado por la privanza regia a través del desempeño de oficios; estos caballeros son Fernando de Rivadeneira, Fernán Álvarez de Toledo y Juan de Padilla.

Ya nos hemos referido a Fernando Díaz de Rivadeneira en más de una ocasión, observando que se trata de uno de aquellos caballeros que llegaron a Toledo desde el exterior, asentándose en esta tierra mediante el matrimonio con una mujer perteneciente a un linaje local y gracias al apoyo de la Monarquía, a su privanza. No sabemos si Fernando era segundogénito o primogénito de limitados recursos, pero es un hecho que el suyo era uno de los linajes procedentes de la periferia castellana que servían a la Monarquía con probada fidelidad<sup>130</sup>. En su

---

Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 8 vto. – 28 vto.

<sup>127</sup>. Un libramiento que parece ser de 1455 lo encontramos en A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 2, fol. 421. El oficio de doncel o escudero suponía, con cierta probabilidad, que el joven Diego de Ribera se había educado cerca del príncipe don Enrique, con el que se formaba en el manejo de las armas; vid. L. GARCÍA DE VALDEAVELLANO, *Curso de Historia de las instituciones españolas. De los orígenes al final de la Edad Media*, Madrid, 1986, p. 324.

<sup>128</sup>. Como tal es intitulado en una orden de doña Isabel fechada el 1 de enero de 1476, presente en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 17, pza. 2. Si recordamos el apartado sobre la Gobernación, en el capítulo 2 de este trabajo, observaremos que en el comienzo del reinado de los Reyes Católicos se produjo un intenso fortalecimiento de la privanza de los Silva y sus colaterales los Ribera.

<sup>129</sup>. La renuncia de Pedro López en favor de su hijo, lo que significa de hecho la transmisión de este cargo, lo conservamos en A.G.S., P.R., caj. 4, nº 60, fol. 32 r. – 33 r.

<sup>130</sup>. En particular, el linaje de Fernando Díaz era gallego, pues como tal es presentado su abuelo Fernán Díaz, colaborador del rey Enrique III; vid. la genealogía de Román de la Higuera, R.A.H., S.C.,

búsqueda por un lugar en que establecerse con cierta holgura, Fernando Díaz tuvo la dicha de servir al condestable don Álvaro de Luna, con el que se acrecentó su influencia política y su valoración social. Como camarero del condestable, Rivadeneira era una de las personas más cercanas al poderoso privado de Juan II, pudiéndose hablar en este caso de una privanza indirecta, puesto que el camarero se benefició del favor del condestable por cuanto éste recibía, a su vez, el del rey, pero este favor se convertiría en directo desde 1429, año en que le encontramos, como ya hemos indicado, percibiendo una quitación de la Hacienda Real por el ejercicio del oficio de guarda de rey.

En la última década del reinado de don Juan, Fernando Díaz, que no dejó de servir al condestable, ya se había establecido en la ciudad del Tajo, casándose con Guiomar de Toledo, ocupando una regiduría y adquiriendo por compra la jurisdicción de Caudilla, lugar de la Tierra<sup>131</sup>. Le sería difícil al camarero ejercer de hecho la jurisdicción sobre el lugar recientemente adquirido, ya que desde 1446, al menos, los enfrentamientos entre parcialidades en Toledo le resultarían desfavorables. Frente a la rebeldía del asistente Pedro Sarmiento, Rivadeneira, fiel al condestable y al rey, formó en el partido del alcalde mayor Ayala. Los seguidores de Sarmiento llegaron, incluso, a secuestrar a la mujer del camarero Fernán Díaz en 1449, en los momentos más violentos del conflicto<sup>132</sup>.

---

C-7, fol. 298 r.

<sup>131</sup>. Estas circunstancias de su ascenso se han recordado en el apartado anterior. El lugar de Caudilla fue comprado a Fernán Álvarez de Toledo, primer conde de Alba; este linaje se había establecido en otro territorio de la Corona de Castilla, y en el siglo XV se preocupó por deshacerse, a cambio de buenas sumas de dinero, de los lazos que le ataban al ámbito del Tajo: Fernán Álvarez vendió Caudilla a Rivadeneira en 1447; su hijo Garci Álvarez de Toledo hizo lo mismo en 1471 con el oficio de alguacil mayor de la Ciudad, poniéndolo en manos del linaje Ayala; vid. J. R. PALENCIA, *Los Ayala de Toledo: Desarrollo e instrumentos de poder de un linaje nobiliario en el siglo XV*, Toledo, 1996, p. 28 y p. 108-109.

<sup>132</sup>. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 36, siguiendo la *Crónica de don Álvaro de Luna*, ed. de J. M. Carriazo, Madrid, 1940, p. 223 y p. 230, comenta cómo los rebeldes que sitiaban la torre

En los incidentes de mediados de siglo, Rivadeneira probó su fidelidad a Álvaro de Luna y a Juan II, de modo que siguió disfrutando de su pequeño señorío, sin que esta condición se modificara tras la caída en desgracia del condestable. La amistad con los Ayala, muy bien relacionados con el nuevo monarca, le sirvió a Fernando Díaz, guarda del rey, como catapulta para continuar por la senda del ascenso social y político; la cercanía a la persona de Enrique IV, probada por el oficio cortesano que ostentaba, es la manifestación de una privanza “largo tiempo sostenida”, según expresión del profesor Moxó. En 1465, en el momento de la rebelión de los nobles que coronaron al infante-rey don Alfonso, tras destronar a Enrique IV, la posición de Fernando Díaz no resulta demasiado clara: por un lado, el 11 de julio de aquel año recibía del infante don Alfonso una merced compartida con Pedro López de Ayala y con otros caballeros toledanos<sup>133</sup>; sin embargo, unos días antes, el 7 de julio, el rey don Enrique ordenaba a sus contadores mayores que le asentasen el salario correspondiente por el oficio de mariscalía, concedido por la suspensión de Juan Pimentel<sup>134</sup>. La observación de ambos documentos produce la sensación de que los dos candidatos a la Corona se disputaban los servicios del viejo camarero, como harían con los de otros nobles.

Al igual que se observa con el alcalde mayor Ayala, el papel de Rivadeneira en la guerra civil de 1465-1468 fue extremadamente pasivo, hecho que permite sospechar su indecisión o su incomodidad en el bando alfonsino, en el cual le había correspondido figurar por la declinación de Toledo hacia el infante-rey. Lo que se nos muestra con evidencia es que el señor de Caudilla

---

de San Martín, defendida por un tío de Fernán Díaz, se cubrieron de los disparos con el cuerpo de la mujer del camarero y los defensores de San Martín tuvieron que rendirse.

<sup>133</sup>. Esta merced consistía en un juro de 200.000 mrs. anuales en favor de Ayala, el conde de Cifuentes, los mariscales Ribera y Rivadeneira y Lope de Estúñiga; una copia de la donación regia en R.A.H., S.C., M-94, fol. 335 r. – vto.; documento publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 236-237.

<sup>134</sup>. La orden regia expresa que se le libre a Rivadeneira el salario que se le libraba a Pimentel; vid.

probó nuevamente su fidelidad a Enrique IV participando de modo activo en el regreso de Toledo a su obediencia: fue el propio mariscal quien acompañó a don Enrique en su trayecto de Madrid a Toledo a comienzos de junio de 1468, defendiéndolo después con las armas frente a quienes quisieron combatirlo<sup>135</sup>. No podría el rey olvidar tan valeroso gesto, fundamental en su victoria final sobre los partidarios de su hermanastro; así, cuando fue pacificado y sometido el reino a su rey legítimo, Fernando de Rivadeneira, ya anciano, recibiría la última gran muestra de la privanza regia: la alcaldía mayor de Toledo, que le permitiría a su linaje, años después, formar parte de las dignidades de la Ciudad.

Otra vida marcada por la privanza regia fue la del caballero Fernán Álvarez de Toledo, secretario de los Reyes Católicos. Estamos ante un ejemplo de caballero de linaje modesto, de segunda fila, que, a través de las letras, se hizo un hueco entre los privados de la Monarquía y logró catapultarse hasta la primera fila de la caballería local. Hijo de Juan de Toledo, hombre cercano a Juan II, Fernán Álvarez consiguió hacerse un lugar de enorme influencia cerca de doña Isabel y don Fernando desde el comienzo del reinado de éstos: el 21 de septiembre de 1478 los monarcas ordenaban que se pagase cierta cantidad al que ya era su secretario<sup>136</sup>. A pesar de no pertenecer a una estirpe de ricos hombres, parece que Fernán fue premiado con gran generosidad por los monarcas durante el último cuarto del siglo XV; los patrimonios confiscados a los condenados por herejía permitían a la Monarquía obsequiar a sus privados con bienes de origen ajeno: el 30 de agosto de 1489, la reina Isabel se permitía ceder a su secretario unas casas en Toledo que habían pertenecido a los condenados Pedro Rodríguez de Fandares y su mujer y que

---

A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 3, fol. 133.

<sup>135</sup>. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 104.

<sup>136</sup>. Los reyes exigían en esta ocasión a un alguacil de Toledo que fuesen efectuados ciertos cobros para que fuese satisfecha la cantidad requerida al secretario; vid. A.G.S., R.G.S., 1478, IX, fol. 129.

eran valoradas en 70.000 mrs.<sup>137</sup>.

Un objetivo muy evidente de Fernán Álvarez era el acceso a la jurisdicción sobre lugares de la Tierra de Toledo, con el firme establecimiento en la ciudad que esto llevaba consigo. Contaba con el inconveniente de no ser beneficiario de un patrimonio bien consolidado; en realidad, el bien más valioso que su padre le había dejado era la cercanía a la persona real, la confianza con los monarcas, una herencia que le reportaría grandes ventajas, a pesar de no proceder de un linaje económicamente poderoso. La privanza resultaba al menos tan importante como el patrimonio o la sangre heredados; Fernán Álvarez debía ser consciente de ello y sabía que no tenía más que esperar a que el volumen de las dádivas regias llegara a convertirse en una base sólida para su establecimiento. En 1495, la espera y la acumulación de bienes ya había dado sus frutos; el 20 de enero de aquel año, los reyes le otorgaban licencia para fundar mayorazgo en favor de su hijo primogénito Antonio Álvarez, nacido de su mujer Aldonza de Alcaraz<sup>138</sup>. En esta facultad se expresa con claridad la posición como señor de vasallos de Fernán en un par de poblaciones toledanas: “*e fagades mayoradgo de vuestras villas de Çedillo e Mançaneque con su castillo et fortaleza con todos sus vasallos e juridiçiones*”, además de señalar otros bienes que nos hacen concebir el considerable nivel patrimonial que el secretario había alcanzado.

El señorío sobre Cedillo y Manzaneque no había sido heredado, sino comprado con los dineros que había obtenido a lo largo de años de servicio y merced al lado de los Reyes Católicos. Hacia 1487 había comprado la villa de Cedillo al que estaba llamado a convertirse en tercer conde

---

<sup>137</sup>. A.G.S., R.G.S., 1489, VIII, fol. 1. En este documento se señala a Fernán Álvarez como miembro del Consejo Real, lo que nos hace pensar que este privado fuera secretario de este organismo y no formara parte del equipo personal de los reyes, pero por el trato que recibe de parte de éstos, sobre todo de doña Isabel, parece probable que despachara directamente con ellos.

<sup>138</sup>. La licencia de fundación fue concedida al secretario y a su mujer conjuntamente; vid. el registro de Corte de la merced en A.G.S., R.G.S., 1495, I, fol. 1.

de Fuensalida por 1.000.000 mrs.<sup>139</sup>. La villa de Manzaneque, por su lado, había sido también adquirida por compra a Íñigo Dávalos, quien había levantado la fortaleza de la población<sup>140</sup>. Sólo una muy sobresaliente fortuna podía hacer frente a la compra de dos villas con sus derechos jurisdiccionales a finales del siglo XV; y solamente un prolongado favor regio podía convertir a un linaje de modestos caballeros en una estirpe de señores de vasallos<sup>141</sup>.

El caso de Padilla llama la atención por su estrepitosa caída posterior. Juan de Padilla no era un hombre “oscuro” como podríamos calificar al secretario Fernán Álvarez antes de su engrandecimiento; es aceptable pensar que el acceso de los Padilla a más altas cotas de poder, a la titularidad de un señorío, en concreto, era de algún modo previsible a comienzos del siglo XVI. Pedro López de Padilla, el padre de Juan, fue titular de un oficio cortesano, el de guarda del rey, que ya antes había ejercido su padre Sancho de Padilla, como hemos visto; fue además titular de una regiduría en Toledo y del cargo de capitán de armas del rey. Juan de Padilla tomó la regiduría en 1513 y la capitania en 1517: en la renuncia de este cargo, Pedro López afirmaba ser “*capitán de cien hombres de armas en Castilla*”<sup>142</sup>. El 22 de agosto de 1518 los reyes Juana y Carlos

---

<sup>139</sup>. A.D.F., Fuensalida, leg. 278, nº 10. La venta de Ayala se entiende en una época de reordenación del señorío del joven Pedro López IV, que aún no era beneficiario del mayorazgo principal de su linaje; vid. J. R. PALENCIA, *Los Ayala de Toledo*..., cit., p. 121-122. Unos años después, en 1493, Constanza de Toledo, hija de Fernán Álvarez y de Aldonza, casaría con Pedro de Ayala, hijo bastardo del segundo conde de Fuensalida y señor de Peromoro, matrimonio que muestra que el ascenso del secretario no hacía a su linaje merecedor aún de emparentar con lo más granado de la ricahombría toledana.

<sup>140</sup>. El procurador de Fernán Álvarez, defendiendo la posición de éste en el pleito con la Ciudad por la jurisdicción de Manzaneque en 1504 reconocía que su representado había obtenido los derechos sobre Manzaneque por haberlos comprado a sus antecesores; vid. J. P. MOLÉNAT, “Tolède et ses finages au temps des Rois Catholiques: contribution à l’histoire sociale et économique de la cité avant la révolte des Comunidades”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, VIII (1972), p. 349.

<sup>141</sup>. En otro apartado de este capítulo se comentará el pleito al que se ha aludido en la nota anterior, un pleito que pone de manifiesto el fraudulento ejercicio de la jurisdicción de Fernán Álvarez sobre la villa de Manzaneque.

<sup>142</sup>. El traslado de 1518 de esta renuncia hecha en favor de Juan se conserva en A.G.S., P.R., caj. 4,

ordenaban que a Juan de Padilla le fuera asentado el salario que correspondía a este oficio, que ascendía a 200.000 mrs. de quitación anuales<sup>143</sup>, una notable dotación que convertía al joven capitán en un hombre muy bien pagado por la Monarquía.

Los emolumentos obtenidos de su oficio de capitán, sumados a la fortuna que su padre iba a dejar en sus manos y los dineros que se derivaban de su oficio de regidor, hacían de Juan de Padilla, hombre aún muy joven en 1518, un candidato muy claro a acceder a cotas más altas de poder. Además, la influencia a que daba lugar el cargo de capitán, con una pequeña tropa de hombres armados a su servicio, su preparación como coordinador de soldados, aunque también su fogosidad, le convirtieron en el más claro candidato a dirigir el movimiento comunero en el campo de batalla. El 25 de junio de 1520 la Ciudad entregaba al joven Padilla la dirección del ejército que había de caminar hacia Santa María de Nieva contra el alcalde Ronquillo; el 5 de julio era nombrado capitán general por Toledo, concediéndole así el mando supremo de las fuerzas armadas de los comuneros toledanos<sup>144</sup>.

A Juan de Padilla le dieron alas quienes le elevaron a la cúspide de las fuerzas rebeldes. Dada la posición del joven capitán ante Carlos I en los años anteriores al estallido de la revuelta, resulta muy difícil pensar que se hallaba dispuesto a llevar hasta el final, con todas sus consecuencias, el movimiento que lideraba; parece más verosímil que el caudillo comunero pensara en una negociación posterior, sobre todo cuando las violencias de los sectores más

---

nº 60, fol. 32 r. – 33 r.

<sup>143</sup>. El original de la orden regia se conserva en A.G.S., P.R., caj. 4, nº 60, fol. 34 r. – vto. Se añaden a esta orden los libramientos de los años 1518 y 1519.

<sup>144</sup>. La relación de estas y otras disposiciones municipales del tiempo de la revuelta comunera se encuentran en A.M.T., Ms., sec. B., nº 121; en concreto, estas resoluciones se encuentran en fol. 58 r. y fol. 58 vto., respectivamente.



radicales de la revuelta empezaron a provocar la respuesta de la alta nobleza<sup>145</sup>, pero su popularidad le empujó más allá de donde deseaba llegar. No es descabellado que Padilla hubiera pensado forzar la situación hasta poder ofrecer una paz que el rey estuviese dispuesto a premiar adecuadamente; o bien, imponerse en el campo de batalla para exigir las peticiones de los rebeldes y beneficiarse del prestigio de la victoria. No hubiera sido la primera vez, desde luego, que un noble rentabilizara su enfrentamiento con el propio monarca. Pero cualquier plan fue realizado en vano, porque la derrota de Villalar llevó a Padilla al más brutal de los castigos, truncando así una carrera prometedora al lado de una Monarquía a la que su linaje se hallaba ligado desde bastante tiempo atrás, manteniendo una “privanza largo tiempo sostenida”.

#### 4.2.2. La fundación de señoríos como meta del ascenso social

Debemos comenzar este título clarificando de qué estamos tratando cuando utilizamos el término “señorío”. Pocos vocablos existen en la Historiografía tan controvertidos como éste y no está de más que al emplearlo advirtamos si nos inclinamos por una acepción o por otra, con el fin de evitar equívocos<sup>146</sup>. Suelen distinguirse “señorío solariego” y “señorío jurisdiccional” para

---

<sup>145</sup>. F. MARTÍNEZ GIL, *op. cit.*, p. 178, nos presenta un Padilla que tiende a la moderación, disgustado con los excesos de los más radicales comuneros y dispuesto a buscar el camino de la paz. Sobre el papel de la alta nobleza en la represión del movimiento vid: J. I. GUTIÉRREZ NIETO, *Las comunidades como movimiento antiseñorial. (La formación del bando realista en la guerra civil castellana de 1520-1521)*, Barcelona, 1973. Véase además J. A. MARAVALL, *Las Comunidades de Castilla. Una primera revolución moderna*, Madrid, 1963; y J. PÉREZ, *La revolución de las Comunidades de Castilla*, 6ª edición, Madrid, 1998.

<sup>146</sup>. En algunas de sus más brillantes obras, Salvador de Moxó insistió en la distinción de ambas realidades, dotando a los conceptos de unos contornos bien definidos. En la diferenciación que establecemos aquí nos

referirse a dos realidades muy diferentes aunque ambas referidas al poder sobre la tierra y sobre los hombres en el Medievo. Una de las acepciones más conocidas de “señorío solariego” es la que se refiere a él como una forma de producción de bienes que constituye una primera fase en la evolución del régimen señorial, caracterizada por el dominio sobre la tierra, del cual se deriva el dominio sobre los hombres, siendo la forma característica de la explotación de las *villae* altomedievales.

Una forma peculiar de “señorío solariego” o “territorial” lo encontramos en el siglo XIV en la Tierra de Toledo; se basaba en derechos que los grandes propietarios adquirían sobre un enclave físico (que lo mismo puede ser una dehesa, unas casas, una población) que obligaban a todos sus pobladores a satisfacer algunos pagos, pero manteniendo un estatus de libertad. Contamos con acensamientos, llamadas en la documentación “cartas de censo y tributo”, que crean esta situación, como el contrato que el 18 de octubre de 1369 Juana de Ayala, hermana del Canciller, pactó con Juan Fernández, por el cual la primera donaba un solar con una casa construida a cambio de la satisfacción de un tributo anual por parte del segundo, pero además de esta carga perpetua, la de Ayala exigía a Juan Fernández que le prestase vasallaje a la donante “*segund que lo fassen los otros vasallos de la dicha aldea a sus sennores*”<sup>147</sup>.

Se trataba, en consecuencia, de una forma de vinculación bastante difundida, pero de escasa concreción y probablemente con nulos rendimientos económicos, aunque con un contenido simbólico y político de gran interés. Quizá no deba considerarse este tipo de relaciones “señoriales” como residuales y primitivas, porque posiblemente nos hallemos ante un tipo de vinculación que ofrecía a ambas partes notables ventajas: el que otorgaba el censo podía verse

---

basamos en el discurso de dos esclarecidos trabajos de S. MOXÓ, “Los señoríos: cuestiones metodológicas que plantea su estudio”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLII (1973), en particular p. 278-279, y “Los señoríos: estudio metodológico”, *Actas de las I Jornadas de metodología aplicada a las Ciencias Históricas*, Santiago de Compostela, 1975, tomo II, p. 166 y siguientes.

<sup>147</sup>. La escritura original de este acensamiento se conserva en A.S.C., carp. 19, n° 16; vid. Apéndice Documental, n° 2.

beneficiado por la prestación de servicios militares (que nos recuerdan al *auxilium* feudal) cuando los necesitase; en contrapartida, el tomador del censo se convertía en protegido del primero y, con ello, en exento del pago de pechos conforme al privilegio que el rey Fernando Iv había otorgado el 22 de marzo de 1303 a los “vasallos y apaniaguados de los toledanos”<sup>148</sup>

El “señorío jurisdiccional” constituía, si pensamos en la Tierra de Toledo, una realidad en pleno desarrollo desde la segunda mitad del siglo XIV y en verdadero auge en la centuria posterior. Frente a la diversidad de acepciones de “señorío solariego”<sup>149</sup>, manejamos una sola, muy precisa, de “señorío jurisdiccional”. Alfonso María Guilarte lo define como “*conjunto de prerrogativas de derecho público que, sobre los asentados en un núcleo de población definido, la Corona transfiere a quien las ejerce en derecho propio*”<sup>150</sup>. Este tipo de señorío se entiende como la delegación de una jurisdicción que correspondía a la Monarquía y que sólo podía ejercerse con autorización de ésta, una forma de autoridad característica del Antiguo Régimen que minaba las pretensiones centralistas de los liberales del siglo XIX, que fueron sus verdugos. En este trabajo empleamos el término “señorío” entendiéndolo como “señorío jurisdiccional”, mientras no se exprese lo contrario. Además, vamos a utilizar el vocablo para referirnos tanto a la totalidad del territorio bajo la jurisdicción de un señor como para hacer alusión a uno de los sectores del conjunto. Echaremos mano, también, de la denominación “estado señorial”, término que puso en boga el profesor Moxó, para indicar el conjunto territorial de

---

<sup>148</sup>. El original de este privilegio, por el que el monarca prometía no exigir pecho “a los vasallos e a los apaniaguados de los cavalleros nin de los vezinos de Toledo”, se encuentra en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 4, nº 2; documento publicado por R. IZQUIERDO, *Privilegios reales otorgados a Toledo durante la Edad Media*, Toledo, 1990, p. 142.

<sup>149</sup>. Salvador de Moxó distingue otros usos del término, como el que se refiere al señorío nobiliario por oposición a los de la Iglesia (“abadengo”) y al de la Monarquía (“realengo”); o el que lo identifica con el terruño propio del señor frente a las tierras que pertenecen a otros propietarios o al conjunto de los habitantes de un área bajo jurisdicción señorial.; vid. S. MOXÓ, “Los señoríos: cuestiones metodológicas....”, cit., p. 278-279.

<sup>150</sup>. A. M. GUILARTE, *El régimen señorial en el siglo XVI*, 2ª ed. revisada, Valladolid, 1987, p. 28. La definición es válida para un arco temporal mucho más amplio que el que el título de su trabajo indica.

un señor.

Una vez realizadas las oportunas clarificaciones conceptuales, hemos de recalcar el hecho de que la titularidad de señoríos representaba una nota característica de miembros del estamento nobiliario, pero, hay que subrayar, a pesar de su evidencia, que no todos los nobles eran titulares de señoríos; más aún, que la inmensa mayoría de ellos no disfrutaba de ninguna jurisdicción delegada, que ni siquiera los parientes mayores de conocidos linajes de caballeros accedieron durante largo tiempo a la constitución de un estado señorial. Precisamente, la titularidad de un señorío extenso constituye uno de los elementos diferenciadores de la alta nobleza respecto a la caballería; y esta realidad se manifiesta nitidamente si comparamos los ámbitos jurisdiccionales de los Ayala, los Silva, los Cárdenas, e incluso de ricoshombres territorialmente “marginales” en Toledo, como los Guzmán de Orgaz o los Pacheco y Girón de Montalbán, con los modestos señoríos de los Rivadeneira, Ribera de Villaluenga, Niño, Álvarez de Toledo de Cedillo o Ayala de Peromoro. Conviene, por tanto, en línea con la distinción social entre ricoshombres y caballeros, estalecer una barrera entre grandes señoríos y los que podríamos denominar “señoríos menores”, regentados por caballeros de la oligarquía que estudiamos en este capítulo.

Tanto los señoríos mayores como los menores de la Tierra de Toledo no tienen un origen antiguo, sino que son un producto de la era Trastámara, un fruto del régimen pronobiliario que se inauguró bajo el reinado de Enrique II, pero un fruto tardío, ya que sólo desde mediados del siglo XV se desarrolló con fuerza el proceso señorializador en estas tierras<sup>151</sup>. El tamaño de estos señoríos “menores” era tan modesto como su antigüedad: no llegaba a las 6.000 hectáreas el de Villaluenga y Villaseca, extensión que era similar al del estado de Batres y Cuerva, superior a las 1.000 hectáreas que rondaba el de Caudilla y a las poco más de 3.000 a que se reducía el de Noez, y asimilable al tamaño

---

<sup>151</sup>. El estudio de este proceso es estudiado por S. MOXÓ, *Los antiguos señoríos....*, cit.; y *Los señoríos de Toledo*, Toledo, 1972.

del señorío conjunto de Cedillo y Manzaneque<sup>152</sup>, cifras muy lejanas de las 23.866 hectáreas del estado de Orgaz, las 50.000 del estado de Montalbán, las 37.000 del de Maqueda y las casi 30.000 del de Fuensalida<sup>153</sup>.

Además, a diferencia de éstos, los señoríos de los caballeros estaban formados por una o dos aldeas y sometían un volumen modesto de población; en 1528 un grupo de agentes de la Monarquía realizaba una “averiguación” de las vecindades de<sup>o</sup>l partido de Toledo para estudiar cómo habían de ser cargadas las poblaciones para el pago del servicio, y gracias a los resultados de estas averiguaciones conocemos el volumen de vecinos que reunían los territorios de señorío de la Tierra toledana. Llama la atención los sólo diecisiete vecinos de Caudilla, frente a los sesenta y cuatro de Cedillo, los doscientos ochenta y cuatro de Villaseca con Villaluenga, los trescientos setenta y seis de Cuerva con Batres y los doscientos setenta y ocho de Malpica; todas estas cifras se quedan aún muy lejos de los mil veintiuno del señorío de Orgaz-Santa Olalla y de los mil cincuenta del estado de Montalbán<sup>154</sup>.

No conocemos con detalle la constitución de la mayoría de estos señoríos, pero es un hecho que la Ciudad, perjudicada por la pérdida de tierras y hombres, se resistió con fuerza a las amputaciones. Es conocida la oposición de Toledo a la consolidación del señorío por los Ayala: en 1444 le fueron concedidos trescientos vasallos en Puebla de Alcocer, pero no consiguió ubicarse en aquella comarca la jurisdicción por diversas circunstancias, entre ellas la negativa de la Ciudad a aceptar la pérdida de un área tan relevante de su territorio. Finalmente, los vasallos otorgados fueron ubicados por Juan II en Guadamur y otros lugares, ante lo cual la oligarquía toledana presentó un frente común,

---

<sup>152</sup>. La superficie total de todos estos señoríos se han tomado de S. MOXÓ, *Los antiguos señoríos...*, cit., p. 148, p. 156, p. 157, p. 158 y p. 160-162. Téngase en cuenta que, como se ha señalado ya, Manzaneque no era señorío jurisdiccional, aunque como tal aparezca en el trabajo de Moxó.

<sup>153</sup>. *Ibid.*, p. 136, p. 139 y p. 167.

<sup>154</sup>. Estas cantidades se encuentran en la información al Consejo por parte de los “averiguadores” comisionados; vid. A.G.S., C.G., leg. 768, fol. 448 vto. – 449 r.

llegando a utilizar la actitud rebelde del asistente Sarmiento para tratar de impedir que el alcalde Pedro López tomara posesión efectiva de la merced que se le había concedido<sup>155</sup>.

Aunque la resistencia frente a la investidura señorial de Ayala resulta sintomática, el caso más estudiado de lucha contra la amputación de jurisdicción urbana fue el de la prolongadísima pugna judicial que la Ciudad emprendió contra la merced que en aquellos mismos años Juan II otorgó al maestre de la Orden de Alcántara, por la cual éste accedía a la autoridad señorial sobre la comarca de Alcocer. La evolución jurisdiccional de esta comarca está repleta de vicisitudes antes del siglo XV<sup>156</sup>, pero fue en esta centuria cuando cambió de modo definitivo su dependencia de la Ciudad por la jurisdicción solariega. El 22 de abril de 1441 Juan II, movido por la obstinada rebeldía de Toledo<sup>157</sup>, eximió a Puebla de Alcocer de la jurisdicción de la Ciudad para convertirla en autónoma, dependiente directamente de la Corona: “*es mi merçed que daqui adelante para sienpre jamas sea mia e non sacada ni apartada de la mi corona real*”<sup>158</sup>.

A pesar de la firmeza mostrada, más aparente que real, sólo cuatro años después, el 7 de abril de 1445, el mismo rey entregaba la villa de Puebla de Alcocer a Gutierre de Sotomayor, maestre de Alcántara<sup>159</sup>. La reacción de Toledo llegó el 13 de febrero de 1446, a través de una protesta airada por

<sup>155</sup>. Sobre el acceso al señorío por Pedro López, con todas sus vicisitudes –luchas nobiliarias en el ámbito castellano y local- vid. J. R. PALENCIA, *Los Ayala*..., cit., p. 116-119.

<sup>156</sup>. Un comentario de estas vicisitudes se encuentra en J. R. PALENCIA, “Contribución de las órdenes militares a la definición del espacio toledano (siglos XII al XV)”, *Actas del Congreso Internacional “Las Órdenes Militares en la Península Ibérica”* (en prensa).

<sup>157</sup>. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 19 y siguientes. Éste sigue siendo el mejor análisis de las convulsiones toledanas de los años 1440-1450.

<sup>158</sup>. De esta manera lo expresaba Juan II, como observamos por una copia de este privilegio que se conserva en A.M.T., Ms., sec. B, n° 244, pza. 21/2.

<sup>159</sup>. Este privilegio lo conocemos por hallarse inserto en su confirmación por Juan II, fechada el 20 de mayo de 1447; vid. A.M.T., Ms., sec. B, n° 244, pza. 23.

una merced que se juzgaba contraria al provecho de Toledo y de la misma Monarquía<sup>160</sup>. A esta reclamación, infructuosa, seguirían otras muchas a lo largo de más de un siglo, dando lugar a un importante volumen documental en el Archivo Municipal de Toledo que pone de manifiesto la enérgica resistencia que el Gobierno municipal opuso a la pérdida de este importante sector de la jurisdicción<sup>161</sup>.

Aunque los casos de Ayala y Sotomayor, de Guadamur y Alcocer, afectaban a la alta nobleza, resultan extraordinariamente significativos por lo que informan de la enérgica negativa de la Ciudad a sufrir amputaciones jurisdiccionales, sobre todo en estos casos por el hecho de tratarse de pérdidas relevantes. Si estos notables quebrantos territoriales resultaban lamentables para la Ciudad, para la oligarquía local en su conjunto, las amputaciones en favor de caballeros, aunque menos importantes, también suponían recortes que Toledo soportaría mal, pero no conocemos las respuestas de la Ciudad ante las mercedes de jurisdicción a caballeros. Sin embargo, con cierta frecuencia el conjunto de los oligarcas sí hacía oír su voz contra las modestas aunque ilegales usurpaciones de su término por parte de alguno de sus miembros. Para comprobarlo, observaremos un par de ejemplos, referidos a dos oligarcas de idéntico nombre: Fernán Álvarez de Toledo, el señor de Higares en el primer caso y el señor de Cedillo en el segundo.

El señor de Higares era hijo de Juan Álvarez Zapata, que había sido regidor de Toledo durante los primeros años del reinado de los Reyes Católicos<sup>162</sup>. Se trata de otro ejemplo de un caballero

---

<sup>160</sup>. La protesta de la Ciudad se encuentra en un traslado de letra endiablada fechado en 1533; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 244, pza. 2/2.

<sup>161</sup>. La pugna judicial que desarrolló Toledo con los sucesores del maestre Sotomayor es estudiada en la tesis doctoral de J. B. OWENS, *Despotism, Absolutism and the Law in Renaissance Spain: Toledo versus the counts of Belalcázar (1445-1574)*, Universidad de Wisconsin, 1972. Sobre el acceso de Sotomayor al señorío de Alcocer son interesantes las consideraciones de E. CABRERA, *El condado de Belalcázar (1444-1518). Aportación al estudio del régimen señorial en la Baja Edad Media*, Córdoba, 1977, p. 108-124. En la citada tesis doctoral de J. B. OWENS, p. 315-322, encontramos una sucinta relación del contenido de los más de cuarenta legajos del pleito que se conservan en el Archivo Municipal de Toledo.

<sup>162</sup>. Encontramos a Juan Álvarez como regidor de Toledo desde 1473; vid. *Libro de la razón*..., cit.,

modesto, de nivel secundario, que conocemos porque despuntó, lo que le hace poco representativo de lo de su especie. Estos monarcas confirmaban a Fernán Álvarez el 24 de abril de 1489 la propiedad de unas casas y algunos bienes más en Toledo que su padre Juan Álvarez había comprado de los que habían sido confiscados a personas condenadas por herejía<sup>163</sup>, acción de la que se deduce que este linaje Zapata-Toledo era uno de los beneficiados de la política inquisitorial que dio lugar al trasvase de propiedades a partir de las confiscaciones a los condenados. El ascenso del linaje que tuvo como meta la adquisición del señorío de Higuera, a poco más de una legua aguas arriba de Toledo, proporcionó impulso a Fernán Álvarez, que en torno a 1500 acaparó para sí el pago de Olihuélas, jurisdicción de Toledo, adehesándolo para su propio aprovechamiento. Toledo denunció la usurpación ante la Monarquía, y los reyes respondieron comisionando al licenciado Juan de Seseña para que actuase en el litigio<sup>164</sup>.

La usurpación de Olihuélas perjudicaba a los vecinos de las poblaciones de Olias y Magán, pero además ponía en una situación comprometida a los defensores de la jurisdicción urbana, ya que ampliaba el territorio señorial de Fernán Álvarez en una zona muy cercana a la ciudad, que recorría el camino que remontaba el Tajo atravesando Azucaica, Mazarracín e Higuera y se dirigía a Valdemoro y Ocaña. El lugar de Higuera no era más que un villorrio sin mayor interés, pero el intento de dilatar un señorío en un área tan sensible como la que se extendía río arriba de Toledo no podía ser aceptada por el conjunto de la oligarquía urbana. Obediente a la comisión regia, el juez de términos Seseña comenzó su actuación contra el señor de Higuera casi inmediatamente, el 20 de julio del mismo año

---

p. 62-63.

<sup>163</sup>. Este documento de los reyes parece confirmar, junto con la no coincidencia en los años de ocupación de la regiduría, el parentesco existente entre Juan y Fernán; vid. la confirmación regia en A.G.S., R.G.S., 1489, IV, fol. 62.

<sup>164</sup>. La comisión de los Reyes Católicos, inserta en la solicitud de un particular, se fecha el 13 de julio de 1502 y se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 5044/1.1.



El otro Fernán Álvarez de Toledo, secretario de los Reyes Católicos de quien hemos comentado su trepidante ascenso unas páginas arriba, también fue objeto de ataque judicial por parte de la Ciudad, que le acusaba de usurpaciones. Hemos señalado más arriba que el señorío de este Fernán no había sido heredado; procedente de un linaje de servicio directo a la Monarquía, no era titular de jurisdicción al comienzo del reinado de los Reyes Católicos, pero gracias a las generosas mercedes que los monarcas le proporcionaron adquirió una fortuna con la que pudo emprender la fundación de un señorío mediante compra de sus elementos: Cedillo y Manzaneque. No encontraría ningún problema para mantener en sus manos el primero de ellos, pero en Manzaneque no podría nunca asentar todo su poderío. Aunque recibió licencia regia para fundar mayorazgo con las dos villas, la Ciudad conseguiría detener su asentamiento meridional, el de Manzaneque, acudiendo nuevamente a la Monarquía. Para éste y otros litigios de términos, los monarcas enviaron a Toledo al licenciado Lorenzo Zomeño, que trabajó en esta ciudad entre 1503 y 1505<sup>166</sup>, siendo uno de los pleitos que resolvió éste que se había entablado entre Fernán Álvarez y la Ciudad.

Toledo se quejaba de que, perteneciendo Manzaneque a la jurisdicción urbana, el señor de Cedillo nombraba alcaldes, alguacil y regidores en el lugar. El secretario real se amparaba en que había comprado a Íñigo Dávalos la villa con los derechos que había disfrutado aquél, siendo un hecho que él no había innovado en nada. Parece que esto era cierto, pero para incumplir la legalidad no hacía falta que innovase ya que, al parecer, el regidor Dávalos, aunque era propietario del castillo que él mismo había levantado en la aldea y poseía algunos derechos solariegos, había usurpado la jurisdicción de la

---

<sup>165</sup>. Las actuaciones del juez se conservan en A.H.P.T., Protocolos, nº 5044/1.2., en un cuadernillo ue muestra la prontitud con que fue llevado a cabo el procedimiento.

<sup>166</sup>. J. P. MOLÉNAT, "Tolède et ses finages...", cit., p. 348 y siguientes, estudia la actuación de Zomeño y seguimos sus reflexiones. En este mismo trabajo se comentan las diligencias llevadas a cabo por otros jueces de términos que fueron comisionados por los Reyes Católicos para librar pleitos de

Ciudad en algunos aspectos, como éste de los nombramientos, siendo un hecho conocido que la aldea, por sí misma, elegía sus oficiales y los presentaba a Toledo, como hacían los otros concejos de la Tierra sometidos a la jurisdicción urbana. Estudiado el caso y tomadas las pruebas oportunas el licenciado Zomeño falló en favor de la Ciudad; Antonio Álvarez, hijo del secretario Álvarez de Toledo, recurrió la sentencia, pero el Consejo Real la confirmaría más tarde<sup>167</sup>. Los éxitos judiciales de la Ciudad no desanimaban a los caballeros de Toledo, que insistían en extender su ansia de rapiña sobre puntos diversos de la Tierra.

---

esta especie en Toledo, como el bachiller Juan Álvarez Guerrero en 1493.

---

<sup>167</sup>. J. P. MOLÉNAT, “Tolède et ses finages....”, cit., p. 349-350, proporciona esta información.

### 4.3. El patrimonio en la Tierra y en la ciudad

El nivel patrimonial de los linajes caballerescos se halla en relación estrecha con el favor regio, con la privanza, con las mercedes que los monarcas estaban dispuestos a dispensar a sus más fieles colaboradores. En el apartado anterior hemos diferenciado “mercedes políticas” y “mercedes económicas”, advirtiendo que todas ellas generaban ventajas patrimoniales. Sin embargo, cometeríamos un error si consideráramos que la riqueza de los caballeros toledanos dependía en exclusiva de la privanza regia, porque observamos que los diversos linajes desarrollaron una política patrimonial propia, al margen de su posición con respecto a la Monarquía, que se desenvolvió a través de compraventas, intercambios, acensamientos y otros contratos que tendían a su fortalecimiento económico.

El patrimonio ha sido uno de los temas favoritos de los estudiosos de la nobleza; basta, para reconocer esta realidad, echar un vistazo a los elencos bibliográficos de las revisiones historiográficas que sobre asuntos nobiliarios se han realizado<sup>168</sup>. No debemos sorprendernos de la notabilidad que se suele atribuir a la riqueza como elemento fundamental de la nobleza, ya que de la pujanza patrimonial de un linaje dependían cuestiones tan trascendentales como el mantenimiento de un modo de vida acorde con su condición, la capacidad de intervenir en la política local y del Reino y el establecimiento de unas relaciones ventajosas en el seno del propio grupo nobiliario.

En cada uno de los trabajos de investigación se diseña, al menos implícitamente, un

---

<sup>168</sup>. Resultan de particular interés las revisiones de M. C. QUINTANILLA, “Nobleza y señoríos en Castilla durante la Baja Edad Media. Aportaciones de la Historiografía reciente”, *Anuario de Estudios Medievales*, 14 (1984), p. 613-639, y “El protagonismo nobiliario en la Castilla bajomedieval. Una revisión historiográfica”, *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 7 (1997), p. 187-233.

modelo de análisis de los patrimonios, válido no sólo para el linaje o la persona que en él se atiende, sino reutilizable para el estudio de otros fortunas. Teniendo en cuenta los diversos modelos propuestos por la Historiografía nobiliaria<sup>169</sup>, vamos a adoptar aquí nuestro propio guión, forjado para atender no uno sino un conjunto amplio de patrimonios, los de los caballeros toledanos que, si no son uniformes, si presentan algunos elementos comunes que serán expuestos y ejemplificados con casos modélicos para cada uno de sus aspectos. Así pues, los asuntos que nos van a ocupar en las páginas que siguen son los que a continuación se exponen:

- la evolución de los patrimonios de los caballeros toledanos, en relación con el camino seguido en su ascenso político y social,
- la vinculación de los patrimonios a través del mayorazgo, instrumento utilizado por algunos de los linajes caballerescos del siglo XV,
- la naturaleza de los bienes que formaban las fortunas de estos linajes y su composición por grupos
- y la estructuración de las haciendas caballerescas.

---

<sup>169</sup>. Sería extensísima la lista de trabajos que centran su interés en los patrimonios nobiliarios, tanto de ricos hombres como de caballeros, de modo que solamente señalamos, a título de ejemplo, los de E. CABRERA, "La fortuna de una familia noble castellana a través de un inventario de mediados del siglo XV", *Historia. Instituciones. Documentos*, 2 (1975), p. 9-42; del mismo, "Orígenes del señorío de Espejo y formación de su patrimonio territorial (1297-1319)", *En la España Medieval*, 2 (1982), p. 211-231; A. FRANCO, "La fortuna de Alvar Pérez de Guzmán, alguacil mayor de Sevilla y señor de Orgaz (1483)", *Archivo Hispalense*, CCXVI (1988), p. 37-67; del mismo, "La fortuna del adelantado mayor de Castilla Gómez Manrique", *Ifigea*, II (1985), p. 107-123; M. M. GARCÍA GUZMÁN, "Ascenso político y formación del patrimonio de Juan Fernández Galindo, comendador de Reina, durante el reinado de Enrique IV", *Cuadernos de Estudios Medievales y Ciencias y Técnicas Historiográficas*, XVII (1992), p. 141-171; E. GONZÁLEZ CRESPO, "El patrimonio dominical de los Velasco a través del 'Libro de las Behetrias'. Contribución al estudio de la fiscalidad señorial", *Anuario de Estudios Medievales*, 16 (1986), p. 239-250; A. GONZÁLEZ GÓMEZ "Notas sobre el patrimonio de un linaje trujillano a fines del siglo XV. El caso de los Tapia", *Anales de la Universidad de Alicante*, 4-5 (1986), p. 237-255; M. A. LADERO, "Rentas condales en Plasencia (1454-1488)" *Homenaje al profesor Lacarra, Zaragoza*, 1977, tomo IV, p. 235-265; R. SÁNCHEZ SAUS, "De los patrimonios nobiliarios en la Andalucía del siglo XV. Los bienes del caballero jerezano Martín Dávila (1502)", *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), p. 469-487.

#### 4.3.1. Evolución de los patrimonios caballerescos

Es innegable que la privanza regia jugó un papel sustancial, pero no exclusivo, en el proceso de enriquecimiento de los linajes toledanos de caballeros del Cuatrocientos. Al margen de servir como instrumento para conseguir ambiciosas metas, como la fundación de un señorío, la privanza era una cómoda vía de enriquecimiento personal y familiar que facilitaba a algunos linajes su predominio en el ámbito local, pues permitía extender sus redes de influencia sobre un conjunto amplio de personas; en consecuencia, es acertado afirmar que, de la misma forma que las que hemos denominado “mercedes políticas” generaban beneficios económicos, las que pueden considerarse “mercedes económicas” daban lugar a jugosos frutos políticos. El camino del ascenso social en el siglo XV contaba con una vertiente institucional (el ejercicio de oficios, fundamentalmente) y con una vertiente puramente patrimonial (el conjunto de propiedades y rentas), ambas relacionadas con el favor regio, aunque mucho más directamente la primera de ellas; conjuntamente, a través de la rentabilidad política de los oficios y de una adecuada gestión del patrimonio, un grupo de caballeros toledanos llegó, en torno a 1500, a dominar el Regimiento, a constituir señoríos y a controlar el tejido social a través de una firme red de relaciones<sup>170</sup>.

A medida que va avanzando el siglo XV, a pesar de las enormes carencias documentales al respecto, nos encontramos con unos caballeros más activos económicamente, con patrimonios más amplios y más diversificados. A modo de ejemplo, se puede observar la evolución patrimonial de dos de los linajes que mejor pueden seguirse por la documentación: los Ribera de Malpica y los Ribera de Montemayor; contamos con la ventaja, en ambos casos, de conservar dos

---

<sup>170</sup>. Aquí se hace referencia fundamentalmente a los caballeros de éxito, pero parece indudable que el alcance patrimonial de algunos linajes dio lugar a una mejor dotación de las generaciones posteriores y, con ello, al ascenso económico de ramas secundarias.

fundaciones de mayorazgo sucesivas, con una mejora en la más tardía respecto a la más temprana, una mejora que expresa bien claramente el acrecentamiento del patrimonio.

Payo de Ribera, fundador de la Casa de Malpica, contaba con una base patrimonial relativamente modesta; hijo de una toledana y de un sevillano, tomó algunos bienes de la familia de su madre Aldonza de Ayala, hija ésta de la poderosa Inés de Ayala, hermana del Canciller, y del alcalde mayor Diego Gómez de Toledo. A pesar de pertenecer Aldonza a uno de las más ricos linajes toledanos del final del siglo XIV, los bienes que recibió no fueron demasiado cuantiosos, debido a que su hermano mayor Pedro Suárez de Toledo y su hermana Teresa de Ayala, abadesa del monasterio de Santo Domingo el Real, se quedaron con la parte más sustancial de la fortuna familiar<sup>171</sup>. Sin embargo, Aldonza de Ayala y Perafán de Ribera, padres de Payo, disponían de algunos bienes importantes en Toledo, como unas casas en la collación de San Vicente que donaron en 1416 a su nieta Beatriz de Ribera<sup>172</sup>.

La primera vez que aparece Payo de Ribera actuando como pariente mayor, lo hace comprando un majuelo y once tinajas en Burujón, en 1435, por 5.000 mrs.<sup>173</sup>. Esta operación delata el interés temprano de este primer Ribera de Toledo por consolidar un patrimonio agrario en tierras al oeste de la ciudad, ribereñas del Tajo y cercanas a Malpica, lugar en que ya debía estar hacendado el linaje por aquellos años. Debió ser ésta una etapa de acumulación de bienes raíces, puesto que el 18 de junio de 1441 la fortuna de Payo era lo suficientemente importante

---

<sup>171</sup>. En la partición de bienes del alcalde Diego Gómez, efectuada en 1395, el principal beneficiario fue Pedro Suárez; vid. A.S.D.R., nº 1178. El testamento de Inés de Ayala, fechado en 1398, benefició sobre todo a su hija Teresa y al monasterio de Santo Domingo; vid. A.S.D.R., nº 349, fol. 7-12.

<sup>172</sup>. Esta donación se conserva en A.H.N., Clero, carp. 3081, nº 16. Este documento es el más antiguo de los que acreditan la presencia de los Ribera de Malpica en esta zona de la ciudad, tan vinculada a lo poderosos toledanos. Las relaciones de parentesco de los Ribera de Malpica pueden observarse en el Árbol 3 del apéndice de este capítulo.

<sup>173</sup>. A.H.N., Clero, carp. 3134, nº 19. El vendedor era un tal Pedro González de Burujón, vecino de La Cerezuela.

para recibir del rey Juan II la licencia para fundar un mayorazgo<sup>174</sup>. Resulta extraño el encaje de una herencia toledana modesta a comienzos de siglo con un rico patrimonio territorial hacia 1440, y ante la aparente contradicción de estas dos realidades sólo cabe pensar en una notable inyección de dinero procedente del linaje paterno; el propio Perafán de Ribera, antes que Payo, se preocupó por asentar un digno patrimonio con que dotar a su hijo en Toledo, como había hecho en Sevilla para Diego Gómez, el hijo mayor<sup>175</sup>.

En la fundación de mayorazgo de Payo de Ribera, realizada en favor de su hijo mayor Perafán<sup>176</sup>, aparece el otorgante ya como mariscal de Castilla y regidor de Toledo, y se integran en el conjunto de bienes vinculados las casas mayores en la collación de San Vicente, la villa de Malpica con sus bienes, su fortaleza y su jurisdicción y la vecina tierra de Valdepusa, con sus bienes y jurisdicción. A este conjunto habría que añadir el patrimonio no vinculado, consistente en los oficios de mariscal y regidor y algunas propiedades agrarias y urbanas que no podemos concretar. El señor de Malpica y Valdepusa, percibía anualmente la quitación de 3.000 mrs. por su oficio de regidor y en torno a los 10.000 por la mariscalía<sup>177</sup>. Hay que suponer, además, que el mariscal Payo percibiría otras rentas, fruto de mercedes regias.

En 1462 se nos aparece con toda claridad el poderío económico del señor de Malpica, ya

---

<sup>174</sup>. La facultad para la fundación se encuentra inserta en la propia creación del vínculo de 1447; vid. A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 10 r. – 12 vto.

<sup>175</sup>. J. P. MOLÉNAT, *Campagnes et monts de Tolède*..., cit., p. 360, observa este hecho.

<sup>176</sup>. El traslado de 1669, en letra impresa, se contiene en A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 8 vto. – 28 r.

<sup>177</sup>. La quitación por la regiduría se testimonia en la orden de pago del mayordomo de Toledo en 1457; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 1, Data, nº 5. Los 10.000 de la mariscalía se calculan por los que percibía Fernando de Rivadencira en 1467 por el mismo oficio; vid. A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 3, fol. 133.



que en la modificación del mayorazgo, fechada el 16 de octubre de aquel año<sup>178</sup>, el otorgante justificaba las enmiendas introducidas en el vínculo por un notable crecimiento de su patrimonio que convertía en modesto el primitivo mayorazgo. Entre los bienes y rentas que aparecen en este documento encontramos unos molinos en Corralejo, un juro de 5.000 mrs. anuales sobre la renta de la carne y el pescado y sobre la renta de los paños de colores de Toledo; un conjunto de heredades, dehesas, casas, tributos y vasallos en Sonseca y Casalgordo, las dehesas de Mochares, Fuentetechada y Corralejo; y más 50.000 mrs. de juro sobre las alcabalas de Sevilla. Por otra parte los pagos que aseguraba Payo haber efectuado y los compromisos que obligaba a aceptar a sus dos hijos mayores, nos presentan a un mariscal dotado de dinero líquido para afrontar las cuantiosas dotes de sus hijas. Aunque no se detallan en la modificación del mayorazgo los elementos de este patrimonio, este documento nos presenta un señor de Malpica mucho más hacendado que el que observábamos para 1447, en la primitiva fundación del mayorazgo.

El incremento del patrimonio de los Ribera no se detendría en el mariscal Payo, puesto que conocemos operaciones de su nieto Payo Barroso de Ribera, también mariscal de Castilla. En 1502 hacía partición con los monasterios de San Pedro Mártir y Santo Domingo el Real, las más poderosas instituciones dominicas de Toledo, de la dehesa de Calabazas, una legua aguas arriba de la ciudad<sup>179</sup>. En 1509, arrendaba por seis años esta dehesa y las de Torres, Hayn y Corralejo a dos jurados de Toledo por un precio de 100.000 mrs.<sup>180</sup>. El enriquecimiento de este linaje toledano, favorecido por la fortuna, protegido por la Realeza y de notable influencia en la ciudad, se puede considerar modélico para la comprensión del proceso de acumulación de bienes por

---

<sup>178</sup>. El traslado de 1669 de esta modificación de la carta fundacional se encuentra en A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 33 r. - 41 vto.

<sup>179</sup>. El original de esta partición se contiene en un cuaderno de medio centenar de folios, en A.H.N., Clero, leg. 15126.

parte de linajes “nuevos” en Toledo, procedentes del exterior y aceptados dentro por sucesivos casamientos con mujeres pertenecientes a estirpes con arraigo local.

El caso del otro linaje es similar, aunque más tardío; similar en cuanto a la rapidez en la acumulación de bienes, pero diferente por cuanto estos Ribera, a pesar de su renombre, tenían mayor arraigo en Toledo por su vinculación con los Silva, pues surgieron como rama secundaria del mismo tronco de los condes de Cifuentes. Del primer matrimonio de Juan de Silva, primer conde de la serie, con Leonor de Acuña, nació Alfonso de Silva, segundo conde, que daría continuidad a la línea principal del linaje. Juan de Silva casó después con Inés de Ribera, hija Diego Gómez, adelantado de Andalucía y hermano del mariscal Payo de Ribera, de quien antes hemos tratado; de Inés y del conde de Cifuentes nació Juan de Ribera, que iniciaría una dinastía de caballeros muy ligada a la de sus parientes, los ricoshombres Silva<sup>181</sup>.

El primer conde de Cifuentes, muerto en 1464, quiso dotar adecuadamente a los primogénitos de sus dos matrimonios, ofreciendo ventajas al fruto del primero. El 15 de agosto de 1458, Juan de Silva fundó conjuntamente dos mayorazgos: por el primero, dotaba a Alfonso de Silva con la villa de Cifuentes y las aldeas de su entorno, en La Alcarria, con todos los bienes que allí poseía y con la jurisdicción sobre las poblaciones; por el segundo mayorazgo, Juan de Ribera era dotado con la villa de Montemayor, en el obispado de Coria, con sus aldeas, bienes y jurisdicción<sup>182</sup>. El resultado de esta escisión de los bienes de los Silva dio lugar a dos líneas

<sup>180</sup>. El contrato original se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 1269, fol. CCXXXIX r. – CCXL r.

<sup>181</sup>. Sobre toda esta generación, formada por Alfonso de Silva, Juan de Ribera y los hermanos de ambos, vid. M. B. RIESCO, *La Casa de Silva y el Condado de Cifuentes. Un ejemplo de régimen señorial castellano en la Baja Edad Media*, memoria de licenciatura inédita, leída en la Universidad Complutense de Madrid, 1990, p. 21.

<sup>182</sup>. Una copia parcial, pero suficiente para nosotros, de los dos mayorazgos, mecanografiada por el Consejo de Castilla en 1789, se encuentra en A.H.N., Consejos, leg. 31248, nº 13, pza. 1, fol. 1 r. – 24 r.

independientes, aunque muy vinculadas por su parentesco. La línea principal, además de consolidar su poder en tierras alcarreñas, se asentaría en Barcience y jugaría un papel fundamental en el Gobierno toledano, donde tenía su lugar garantizado por la tradición. En cambio, Juan de Ribera, hacendado en tierras lejanas, necesitaba buscar una posición y dejó sentir su voluntad de participar en la política local consiguiendo el nombramiento de gobernador, compartido con su sobrino Juan de Silva, tercer conde de Cifuentes, en los primeros compases del reinado de los Reyes Católicos<sup>183</sup>.

El acrecentamiento del patrimonio de Juan de Ribera se produjo en estos años decisivos, gracias a la privanza de los nuevos monarcas, concentrándose sus adquisiciones en la Tierra de Toledo, donde pretendía ejercer un papel señalado. En 1476 el intrépido señor de Montemayor era titular del oficio de guarda mayor de la reina Isabel<sup>184</sup>. Aprovechando estos momentos dulces, Juan de Ribera había comprometido al conde de Fuensalida para casar a su hija Inés de Ribera con el nieto de aquél, Pedro Lopez de Ayala, futuro tercer conde de Fuensalida<sup>185</sup>. Pero no fueron éstas unas capitulaciones matrimoniales sencillas, sino que se desarrollaron a lo largo de sucesivos acuerdos<sup>186</sup>, de los cuales lo más interesante para nosotros en este punto es que el señor de Montemayor se comprometía a satisfacer por su hija Inés, en concepto de dote, 2.500.000 mrs.,

---

<sup>183</sup>. Sobre este importante oficio de Juan de Ribera se ha tratado en el título 2.4.3. de este trabajo; el nombramiento de gobernador se conserva en A.M.T., A.S., caj. 5, leg. 6, y ha sido publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 288-289.

<sup>184</sup>. Como guarda mayor aparece en una orden de la propia reina, fechada el 1 de enero de 1476, en que se le pedía a Juan que facilitara la recepción de Alfonso Carrillo como regidor de Toledo; vid. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 17, pza. 2.

<sup>185</sup>. La reina Isabel confirmó el acuerdo forzado de los Ribera con los Ayala el 27 de mayo de 1475; vid. A.G.S., R.G.S., 1475, V, fol. 458; documento publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 290-291.

<sup>186</sup>. Los compromisos se firmaron en la primavera de 1475: el 1 de abril, el 24 de mayo y el 9 de junio; se conservan copias del siglo XVII de las tres escrituras en R.A.H., S.C., K-37, fol. 122 vto., 123 r. – 125 r. y 122 vto. – 123 r. El contenido de estas capitulaciones es comentado en mi trabajo *Los Ayala*

sorprendente cantidad para ser desembolsada por el pariente mayor de un linaje de caballeros. Sin embargo, el hecho de comprometer un pago no quiere decir que el otorgante dispusiera inmediatamente de líquido para satisfacerlo; en este caso, además, al depender la paz urbana del cumplimiento de lo pactado, es probable que los Silva, parientes directos de los Ribera, se mostraran dispuestos a contribuir a la satisfacción de la suma.

En todo caso, parece probable que para Juan de Ribera el compromiso no fuera osado, puesto que, dada su cercanía a la Monarquía, esperaba obtener nuevas mercedes por los importantes servicios prestados en pro de la paz y para la imposición de los Reyes Católicos. En los años precedentes, el señor de Montemayor había acumulado importantes rentas procedentes de su señorío y de los oficios de que era titular; por el propio pacto con los Ayala, además, éstos se veían forzados a cederle una renta de 20.000 mrs. anuales del alguacilazgo mayor del jovencísimo Pedro López, objeto del acuerdo.

La suma de la hábil política de fuerza de Juan de Ribera, el apoyo de los Silva, la colaboración forzada de los Ayala y la continua merced de los Reyes Católicos, hicieron posible el acrecentamiento del patrimonio del linaje de Montemayor, hasta el punto de que el 24 de enero de 1516, Juan de Ribera, asistente de Sevilla e hijo del anterior Juan de Ribera, modificaba el mayorazgo que había fundado su abuelo más de medio siglo antes para cedérselo mejorado a su hijo Juan de Silva<sup>187</sup>. En el nuevo mayorazgo los bienes toledanos ya destacaban sobre los del entorno de Coria: al señorío de Montemayor se sumaban las casas mayores de Toledo, en la collación de San Nicolás, el señorío de Villaluenga con su fotaliza y el señorío de Villaseca con su casa llana y la vecina fortaleza del Águila, además de todos los derechos, casas, heredades y

---

*de Toledo*..., cit., p. 80-82.

<sup>187</sup>. La fundación del nuevo mayorazgo se conserva, en copia mecanografiada del Consejo fechada en 1789, en A.H.N., Consejos, leg. 31248, nº 13, pza. 1, fol. 24 vto. – 26 r.

rentas de ambas villas sagreñas. En las vísperas del movimiento comunero, el linaje de los Ribera de Montemayor, surgido en la segunda mitad del siglo XV, se encontraba en la cúspide de la caballería toledana, con un patrimonio con el que pocos podían rivalizar.

#### 4.3.2. El mayorazgo, instrumento de cohesión patrimonial

Luis de Molina, jurista del Renacimiento castellano, definía el mayorazgo como “*el derecho de suceder en los bienes dejados por el fundador con la condición de que se conserven íntegros perpetuamente en su familia para que los lleve y posea el primogénito más próximo por orden sucesivo*”<sup>188</sup>. Esta definición expresa lo básico de la institución sucesoria, indicando sus dos elementos fundamentales: la integridad del patrimonio y la primogenitura en la norma de sucesión. La difusión del mayorazgo, que cristalizó en Castilla en la segunda mitad del siglo XIV<sup>189</sup>, se dirigía a liquidar los perjuicios que a los patrimonios nobiliarios producían las antiguas normas sucesorias, en particular la institución de la “legítima” que, procedente de la legislación visigoda y rupturista con el Derecho Romano, obligaba a dejar en manos del conjunto de los hijos del testador un 80% de los bienes que éste poseía<sup>190</sup>. La legítima descomponía las fortunas creadas

---

<sup>188</sup>. Hemos tomado la cita de B. CLAVERO, *Mayorazgo. Propiedad feudal en Castilla. 1369-1836*, 2ª edición corregida y aumentada, Madrid, 1989, p. 211.

<sup>189</sup>. B. CLAVERO, *Mayorazgo*..., cit., p. 46 y siguientes, considera que la institución puede considerarse madura en el reinado de Enrique II.

<sup>190</sup>. Mediante la ley *Dum inlicita*, el rey Chindasvinto limitó la libertad de testar que había prevalecido en el Derecho Romano; vid. F. L. PACHECO, “Legítima”, *Enciclopedia de Historia de España: V. Diccionario temático* (dir. M. Artola), Madrid, 1991, p. 727-728, artículo en que se revisa la evolución histórica de esta fundamental institución de Derecho sucesorio.

por los nobles que servían a los monarcas y se beneficiaban de su merced, de modo que ya antes del siglo XIV se tendió a potenciar la “mejora” o porción de bienes de la que el testador podía disponer libremente.

El quinto de libre disposición no era suficiente para dotar adecuadamente a uno de los hijos, ya que con este 20% había que cumplir con ciertos usos piadosos; la dispersión del patrimonio se afrontó entonces con la “mejora del tercio de la legítima”, en la cual se basó la institución del mayorazgo. Esta institución, que supone la culminación del fortalecimiento de la cuota de libre disposición por parte del testador, dio lugar a la posibilidad de conservar la integridad de un patrimonio a través de las generaciones, evitando así la dispersión que suponía el mantenimiento de la legítima. Esto tuvo como consecuencia un fortalecimiento sin precedentes de los patrimonios nobiliarios conseguidos mediante la privanza regia y, en este sentido, hay que ponerlo en relación con la política pronobiliaria de la dinastía Trastámara.

Como corresponde a sus diferentes niveles de fortuna, la creación de mayorazgos de los linajes de ricoshombres se produjo con anterioridad a la fundación por parte de los caballeros, salvo en el caso de los Cárdenas, cuyo retraso se explica por la tardía llegada de este linaje a Toledo. Si tomamos como término de comparación los mayorazgos fundados por los Silva y los Ayala, en 1430 y 1435 respectivamente<sup>191</sup>, observaremos el retraso relativo de los que hemos tomado como modelo de mayorazgos de caballeros: el de los Ribera de Malpica, creado en 1447, y, mucho más tardío, el de los Ribera de Montemayor, datado en 1516.

Las fundaciones de mayorazgo conocidas de los caballeros toledanos no afectan siquiera a una decena de linajes, siendo ésta una realidad que corrobora un hecho evidente: sólo la cúspide

---

<sup>191</sup>. La fundación de mayorazgo por Alfonso Tenorio de Silva se fecha el 14 de agosto de 1430; vid. M. B. RIESCO, *La Casa de Silva...*, cit., p. 76. Un traslado de 1506 de la fundación de mayorazgo de Pedro López de Ayala I, fechada el 27 de septiembre de 1435, se encuentra en A.H.N., Consejos, leg. 43649, nº 5. En el apéndice de este capítulo se incluye una tabla que recoge la fecha de fundación

de la caballería local pudo acceder a niveles de renta notablemente elevados. La mayoría de los linajes habían de conformarse con patrimonios más modestos, que en muchos casos no posibilitarían la fundación de un mayorazgo, logrando sólo los más afortunados de esta segunda fila de la caballería la creación de vínculos patrimoniales a lo largo de los siglos XVI y XVII. La modestia de las fortunas de gran parte de los linajes obligaría a dispersar los bienes para atender al mantenimiento de los segundogénitos, algunos de los cuales se puede pensar que vivían en el borde de la subsistencia, quizá dependiendo de sus hermanos mayores o de sus padres a lo largo de toda su existencia. Pero todo esto sólo puede imaginarse a partir del silencio documental de muchas decenas de caballeros cuyos nombres podemos llegar a conocer, en algunos casos, pero de cuya existencia nada más podemos probar.

Volviendo a la primera fila de la caballería toledana, podemos afirmar con toda seguridad que los bienes que se incluían en las fundaciones de mayorazgo eran valiosos y compactos; el vínculo solía constar de un inmueble urbano muy particular, las “casas mayores” o morada principal del linaje en Toledo, a lo que se añadía el conjunto de bienes y derechos sobre la población o poblaciones que abarcaba el señorío del fundador. En el documento de creación del mayorazgo de Malpica, fechado en 1447, encontramos las casas mayores de Payo de Ribera en la collación de San Vicente, por un lado; por otro, la villa de Malpica con su jurisdicción, su fortaleza y el conjunto de sus bienes; y, finalmente, la vecina tierra de Valdepusa, con su jurisdicción y sus bienes<sup>192</sup>. Similar esquema hallamos en el acrecentamiento de 1516 del mayorazgo de los Ribera de Montemayor: las casas mayores de la collación de San Nicolás; la villa de Montemayor, su jurisdicción y sus bienes; Villaluenga, con su jurisdicción y bienes; y

---

de algunos mayorazgos toledanos.

<sup>192</sup>. La fundación de este mayorazgo, recordemos, se localiza, en copia autorizada del siglo XVII, en A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 8 vto. – 28 r.

Villaseca, con su jurisdicción y bienes y con la fortaleza del Águila; a todo ello se añaden 8.000 mrs. de juro en el lugar de Igljuela<sup>193</sup>. Además de estar vinculados por Derecho estos bienes, solían formar, ya lo vemos, un conjunto territorialmente compacto, situado en una, dos o más poblaciones, pero abarcando buena parte de las riquezas de éstas, de las cuales, casi siempre, el otorgante era titular de la jurisdicción. Se trataba, en consecuencia, de consolidar un bloque patrimonial que debía servir para perpetuar el linaje en Toledo, con unos frutos lo suficientemente cuantiosos para situar al titular en una posición ventajosa en el contexto de la ciudad.

Los mayorazgos, ya lo hemos señalado, eran conjuntos patrimoniales vinculados, que quedaban, en consecuencia, a salvo de las divisiones sucesorias y, en principio, al margen de la voluntad de su titular, ya que éste debía conservar íntegro el conjunto; en palabras del doctor Clavero Salvador, *“su titular dispone de la renta, pero no de los bienes que la producen, se beneficia tan solo de todo tipo de fruto rendido por un determinado patrimonio sin poder disponer del valor constituido por el mismo”*<sup>194</sup>. Cuando se quería modificar el paquete patrimonial que constituía el mayorazgo, se hacía necesario recurrir a la licencia regia, de la misma forma que durante el siglo XV la expresa autorización de la Corona fue requisito indispensable para fundar un mayorazgo nuevo; de hecho, siempre que el vínculo iba a ser trastocado de alguna manera, el Derecho exigía el visto bueno de la Monarquía. Cuando el secretario Fernán Álvarez de Toledo pudo fundar mayorazgo para dotar a su primogénito Antonio Álvarez tuvo que proveerse de la oportuna licencia regia, fechada en enero de 1495<sup>195</sup>.

Por supuesto, Payo de Ribera necesitó el mismo requisito, pero lo curioso del caso del

---

<sup>193</sup>. El acrecentamiento del mayorazgo de los Ribera de Montemayor se encuentra, en copia autenticada del siglo XVIII, en A.H.N., Consejo, leg. 31248, nº 13, pza. 1, fol. 24 vto - 26 r.

<sup>194</sup>. B. CLAVERO, *Mayorazgo*..., cit., p. 21.

<sup>195</sup>. Una copia autenticada de esta licencia se conserva en A.G.S., R.G.S., 1495, I, fol. 1.



señor de Malpica es que obtuvo la licencia en 1441 y fundó su vínculo en 1447<sup>196</sup>; no sabemos si Payo se encontraría con algún problema para la fundación que pueda explicar la tardanza, ya que ignoramos si hubo un titubeo del beneplácito regio, o si necesitó algún tiempo más para redondear el paquete patrimonial que pretendía incluir en el mayorazgo. Es aceptable pensar en un problema surgido en el seno del linaje, y en ello nos hace pensar la gran cantidad de hijos del mariscal, potenciales herederos: seis, al menos, en 1447<sup>197</sup>. El fortalecimiento patrimonial en favor de Perafán, el primogénito, que suponía la fundación de un mayorazgo, ponía en riesgo el futuro de los hermanos menores, lo que pudo obligar al señor de Malpica a buscar, antes de utilizar la licencia, la conformidad de los otros hijos, en particular de Diego y Vasco, que llegarían, como ya se ha visto, a ocupar la titularidad, respectivamente, de una encomienda y de un obispado, con las rentas que estos cargos proporcionaban. Nos empuja, además, a pensar en la búsqueda de una solución para los segundones, un documento relativamente extraño que se anexa a la propia creación de mayorazgo de 1447: una aprobación de la fundación por parte de doña Marquesa de Guzmán, mujer de Payo, y de los hijos de éste<sup>198</sup>.

La intangibilidad de los mayorazgos servía como argumento para emprender un pleito contra cualquier caballero que hiciera uso de los bienes vinculados como si fueran de otra especie. Un ataque de este tipo lo sufrió Francisco Suárez; en 1512, este caballero había vendido al embajador Francisco de Rojas, señor de Layos, unas casas y, acosado, le fue necesario jurar que dichas casas no pertenecían a los bienes que formaban parte del paquete patrimonial sometido a

---

<sup>196</sup>. Esta autorización, fechada el 18 de junio de 1441, se inserta, como otras, en la propia fundación de mayorazgo; vid. A.H.N., Consejos, leg. 29766, n° 6, fol. 10 r. – 12 vto.

<sup>197</sup>. El mariscal Payo y doña Marquesa de Guzmán tendrían aún algunos hijos más después de 1447. La descendencia de los Ribera puede contemplarse en el Árbol 3 del apéndice de este capítulo.

<sup>198</sup>. Esta autorización, con los demás papeles de la fundación, se halla en A.H.N., Consejos, leg. 29766, n° 6, fol. 28 r. – 33 r.

vínculo que había recibido de su padre Antón Rodríguez de Lillo<sup>199</sup>. También hubo de padecer problemas un noble toledano que, apurado por los pagos a que tenía que hacer frente, se vio obligado a pedir licencia regia solamente para obligar bienes: así lo hizo Pedro López de Ayala, tercer conde de Fuensalida; comprometido, como se ha visto anteriormente, por la imposición del bando de Silva, a contraer matrimonio con Inés de Ribera, hija del señor de Montemayor, recibió de los Reyes Católicos en 1492 licencia para “*que podades sacar e saquedes del dicho vuestro mayorazgo e de los bienes a el incluidos e incorporados la dicha dehesa de Portusa*”, porque necesitaba comprometerla como fianza del pago de las arras que debía satisfacer a su mujer doña Inés de Ribera<sup>200</sup>. Es cierto que éste es un ejemplo tomado de un personaje de la alta nobleza pero que implica a un linaje de caballeros, los cuales, sin duda, pudieron haberse encontrado con problemas similares, aunque no tengamos constancia de ello.

Tanto en el caso de los ricoshombres como en el de los caballeros, apreciamos que las fundaciones de mayorazgo constituyeron un instrumento fundamental para la estabilización de los patrimonios redondeados por el fundador después de una larga carrera de privanza y meditadas y oportunas operaciones económicas. La constitución de mayorazgos dejaba un importante paquete patrimonial a salvo de la erosión que producían las sucesivas particiones sucesorias; pero la creación de este paquete implicaba, además de la acumulación de bienes al modo en que lo habían hecho caballeros como Payo de Ribera, el secretario Fernán Álvarez de Toledo, el comendador Garcilaso de la Vega o Juan de Ribera, un excedente suficiente para poder dotar adecuadamente a los segundogénitos, bien a costa de las rentas de las órdenes militares, bien

---

<sup>199</sup>. El juramento de Francisco Suárez, fechado el 24 de enero de 1512, se encuentra en A.S.D.A., Papeles, 37/18. Antón Rodríguez de Lillo expresaba en su testamento, fechado en 1505, que anteriormente había creado un mayorazgo en favor de su hijo Francisco Suárez; vid. A.S.D.A., Papeles, 36/5.

<sup>200</sup>. El registro de Corte de la emisión de esta licencia regia, fechada el 16 de abril de 1492, se conserva

mediante matrimonios ventajosos, bien a través de la profesión en el Clero secular o en las instituciones monásticas toledanas<sup>201</sup>. Este reparto de roles en el seno del linaje nos lleva a otro asunto al que desde aquí sólo podemos emplazar: el de la solidaridad interna del grupo familiar bajo la dirección del pariente mayor, muy estrechamente relacionado, como se puede observar, con la institución del mayorazgo<sup>202</sup>.

#### 4.3.3. La naturaleza de los bienes patrimoniales

Conocida a grandes rasgos la evolución patrimonial de los linajes caballerescos, su acceso a la jurisdicción sobre lugares y el más útil instrumento para la perpetuación de su riqueza, conviene ahora preguntarse cuáles eran los bienes, vinculados o no, que componían las fortunas caballerescas para así hacernos una idea acerca de la composición de los elementos que forman el conjunto. Al margen dejaremos las rentas que producía el ejercicio de los oficios y de la jurisdicción y las rentas situadas, que trataremos en el siguiente título, para centrarnos aquí en los bienes más tangibles, aunque antes de comenzar habrá que advertir que no contamos con muchos testamentos, particiones de bienes *post mortem*, fundaciones de mayorazgo y cartas de dote y de arras, los tipos documentales más útiles para enfrentarse con esta clase de análisis.

---

en A.G.S., R.G.S., 1492, IV, fol. 10.

<sup>201</sup>. Evidentemente era éste el excedente que no les era posible reunir a los caballeros de modesta fortuna que, de haber fundado un mayorazgo, hubieran sometido a sus segundogénitos a una profunda postración.

<sup>202</sup>. En el título 4.4.1. se afrontará detenidamente el asunto de la solidaridad interna de los linajes caballerescos, basada en la autoridad del pariente mayor.

Las particiones *post mortem*, que exponen el conjunto de bienes no vinculados que el fallecido poseía, nos ofrecen información de gran interés por el hecho de que muestran el monto total de una fortuna, exceptuando los bienes vinculados, en el caso de que el finado los poseyese. Afortunadamente hemos localizado dos de estas muestras completas del siglo XV: la primera de ellas recoge el conjunto de los bienes de Pedro Suárez de Toledo, caballero fallecido en torno a 1400, pero conservamos un traslado de 1438 de la partición de sus bienes, cuya propia existencia nos está indicando la permanencia de todos estos bienes en manos de sus herederos, que necesitaron restaurar sus derechos en las décadas centrales del siglo XV<sup>203</sup>. La segunda muestra que hemos anunciado es la que recoge la serie de los bienes del difunto Alfón González de Sosa en 1451<sup>204</sup>.

Otro documento de interés, fechado en 1441, es la escritura de arras de Alfonso de Cáceres, alcaide de Consuegra, por la que otorgaba 80.000 mrs. en tal concepto a su mujer Marina de Rojas, hija del regidor toledano Martín Vázquez<sup>205</sup>. El valor de las arras debía corresponder a una décima parte de la fortuna del otorgante, y así lo reconocen los donantes en las cartas de arras; Alfonso de Cáceres, cumpliendo con las normas, ordenó apreciar el conjunto de sus bienes y los “*apresciadores*” declararon que estimaban el monto total de las posesiones del alcaide de Consuegra en 800.000 mrs., una cantidad que no era muy elevada pero que estaba llamada a acrecentarse en los años sucesivos, debido a la privanza de Cáceres y del linaje de su mujer. Aunque es éste uno de los pocos casos en que contamos con estimaciones sobre el valor del conjunto de los bienes de un caballero, no podemos acercarnos a la composición de esta

---

<sup>203</sup>. Este traslado se conserva en A.H.N., Clero, leg. 7367, nº 4.

<sup>204</sup>. Una copia autenticada de la partición de bienes de Alfón González se halla en A.H.N., Consejos, leg. 32586, pza. 3/3.

<sup>205</sup>. El original de esta carta de arras fue remitido al Consejo de Castilla, por lo que se conserva en

fortuna, porque la carta de arras no especifica nada al respecto. Para conocer algunos datos sobre la composición de estas fortunas, será necesario acudir a las particiones de bienes que más arriba hemos señalado.

El patrimonio de Pedro Suárez de Toledo se dividió entre sus dos hijas, que utilizarían los bienes recibidos para acrecentar las fortunas con que habían de dotar a sus descendientes. Estas dos hijas, Inés de Ayala y Teresa, habían sido casadas con el mariscal Diego Fernández, señor de Baena y Casarrubios, la primera de ellas; y la segunda, con Fernando Álvarez, hijo del señor de Valdecorneja Fernán Álvarez de Toledo; caballeros que desarrollaban su existencia fuera del ámbito toledano y que probablemente utilizarían la herencia de su suegro para obtener rentas o dinero líquido con el que comprar bienes en otros lugares. Pedro Suárez era el primogénito del alcalde mayor Diego Gómez de Toledo y de Inés de Ayala, alcalde mayor como su padre, sobrino del Canciller Ayala y primo del mariscal Payo de Ribera, un caballero bien representativo, por tanto, de la nueva nobleza que compartía sangre toledana con sangre de nobles extraños. La partición de su patrimonio, aunque pueda parecer temprana para nuestros intereses cronológicos, constituye un buen ejemplo del tipo de fortuna de los caballeros toledanos de todo el siglo XV, por el hecho de Pedro Suárez era uno de los nobles de servicio cuyo ascenso se apuntaba claramente cuando murió dejando sólo dos hijas y dispersándose sus bienes; y además, esto es lo más importante desde el punto de vista patrimonial, porque su fortuna se hallaba repartida entre la ciudad y la Tierra y bien diversificada tipológicamente.

El conjunto de los bienes urbanos del alcalde mayor Pedro Suárez fue valorado en 85.000 mrs.<sup>206</sup>; estos bienes urbanos eran fundamentalmente inmuebles: las casas “*de Johan Quixada*”

---

A.H.N., Consejos, leg. 32586, pza. 2.

<sup>206</sup> El aprecio de los bienes en Toledo de Pedro Suárez fue realizado por los musulmanes Maestre Abdalla y Maestro Alí Aparicio, designados para esta labor por las partes; vid. A.H.N., Clero, leg.

cuya ubicación desconocemos, una casa y una bodega en Todos los Santos, un solar con un molino en el Arrabal, unas casas en San Antolín, unos solares en la Cuadra Nueva, otras casas más y un corral. No nos podemos permitir la misma detallada exposición de los bienes fuera de Toledo porque éstos forman una lista muy extensa que sobrepasa la cincuentena de elementos, pero sí es necesario señalar que casi todos estos bienes se localizaban en el lugar de Yuncillos, en la comarca de La Sagra. La clara concentración del patrimonio rústico delata un interés muy determinado por esta población; el mismo, probablemente, que mostraba Pedro López de Ayala I por Fuensalida y Huecas ya en la primera mitad del siglo XV<sup>207</sup>. Observando el caso de éste que era su primo, nos sentimos impulsados a concebir a Pedro Suárez como el potencial señor de Yuncillos.

Pero al margen de sospechas, es interesante señalar la diversidad tipológica de los bienes rústicos de Pedro Suárez. Lo primero que llama la atención es que de los cincuenta y cuatro elementos patrimoniales que se reparten, más de la mitad, un total de treinta y siete, son tierras de pan, siendo otros diez espacio de explotación viti-vinicola, repartido entre viñas y parrales; el resto se reparte entre huertas y “heredades”. Es de suponer que en las huertas se trabajarían cultivos de regadío, mientras que las heredades serían espacios amplios de múltiple aprovechamiento agrario. El predominio de tierras cerealeras se corresponde con el predominio del cereal como producto alimenticio, pero además, en el caso de los bienes que estamos atendiendo, hay que considerar la cercanía de Yuncillos, donde se encuentra el grueso de estas tierras, a Toledo, gran centro de consumo donde iría a parar el fruto de las cosechas de Pedro Suárez. No es descabellado dar por supuesta la comercialización del producto por parte de este caballero; y no sólo la comercialización, sino también la posibilidad de especular con

---

7367, nº 4, cit.

<sup>207</sup>. Sobre la estrategia patrimonial del primer Ayala toledano en este sentido vid. J. R. PALENCIA, *Bases de poder.....*, cit., p. 233-234.

un stock que podía fácilmente acumular una vez cubiertas las necesidades familiares. En cuanto a la ausencia de olivar, frente a la importante presencia de viñedo, hay que tener en cuenta que estamos en la comarca de La Sagra, donde hay un claro predominio del segundo sobre el primero y donde una tierra más fértil permite la explotación masiva de los cultivos de siembra, mucho más rentables.

Más completo, más heterogéneo y más disperso era el segundo conjunto patrimonial del que tenemos detallada información: el de Alfón González de Sosa a su muerte, en 1451. Este caballero, hijo de Teresa Gómez de Rojas y de Francisco Vázquez de Toledo y Sosa, no tuvo descendencia directa y sus bienes pasarían a sus hermanos y a sus sobrinos, los hijos de su hermano el regidor Martín Vázquez de Rojas<sup>208</sup>. Siendo este último el miembro del linaje Rojas destinado a llevar la dirección del mismo y a transmitirla a sus herederos, Alfón González fue menos dotado económicamente, pero además no se infiere ninguna intencionalidad al observar su patrimonio, como podíamos ver en el caso de Pedro Suárez de Toledo o en el de Pedro López de Ayala I. Porque Alfón González fue heredado para vivir holgadamente, para sostener un tren de vida acorde con su posición social, pero no para luchar por la consecución de un señorío o por redondear el patrimonio y fundar un mayorazgo.

El grueso del patrimonio de Alfón González lo formaban las heredades, conjuntos de bienes agrarios diversos que podían componerse de tierras de labrantío, plantíos, casas de labor, eriales y animales de tiro. Las ocho heredades que poseía Alfón se encontraban dispersas: en Olías, Yuncillos, Loranque, Gallegos, Villamejor, Argés, Talavera y Recas; no debía ser escasa la producción resultante de la explotación de estas ocho fincas, pero, frente a las posesiones de Pedro Suárez, las de Alfón González no eran el instrumento de una política patrimonial premeditada que persiguiera el predominio del titular en un área determinada. Las únicas casas que Alfón poseía en la ciudad se ubicaban en la collación de Santiago del Arrabal, una zona urbana que no se caracterizaba por albergar moradas de

---

<sup>208</sup>. El original de la partición de bienes de Alfón González de Sosa se ha conservado en A.H.N., Consejos, leg.32586, pza. 3/3.

nobles<sup>209</sup>; por esta razón hemos de pensar que Alfón explotaba estos inmuebles a través de arrendamiento, habitando él quizá en la morada de su hermano Martín Vázquez.

Habitara o no con su hermano, Alfón González era propietario de un conjunto de armas, que repartió entre sus herederos, y otros bienes muebles que no se especifican y que quedaron en manos de su viuda Beatriz Alfón. Aunque no aparezcan con la asiduidad que sería deseable, las armas formaban parte insustituible de los bienes muebles de todo caballero, puesto que eran el instrumento de su función social y un elemento fundamental de su orgullo nobiliario. En cuanto a los otros bienes muebles del difunto que hemos mencionado, dejados en manos de su mujer, aunque no se detalla su naturaleza, se concreta que son todos salvo las bestias, las armas y las deudas a favor, lo que nos empuja a pensar en mobiliario de hogar, ropas, joyas y algún dinero, todo aquello que la pareja compartía o guardaba con mayor intimidad<sup>210</sup>.

El patrimonio de Alfón González, aunque modesto si lo comparamos con el de un líder de linaje, era diversificado, contando con bienes inmuebles y muebles, que ya hemos observado, y también con bienes semovientes, con ganado en particular. Las “bestias” que poseía el difunto fueron divididas en seis partes, formando seis lotes junto con las armas y las deudas a favor; no se especifica más sobre

---

<sup>209</sup>. En la collación de Santiago del Arrabal hemos encontrado sobre todo casas, cámaras y otros bienes que eran objeto de arrendamiento o de acensamiento, que estaban, en todo caso, sujetas al pago de rentas o tributos en favor de un poderoso, sea noble o monasterio, por parte de quienes utilizaban estos bienes inmuebles como vivienda o almacén. Incluso, fue en esta zona donde la Ciudad determinó en 1468 que se concentraran las prostitutas de Toledo; vid. esta disposición de la Ciudad en A.M.T., A.S., caj. 4, leg. 1, n° 59, pza. 13. Como se puede observar no era éste un barrio adecuado para levantar las “casas mayores” de un caballero.

<sup>210</sup>. Los inventarios de bienes, efectuados normalmente tras la muerte del titular de éstos por parte de apreciadores o repartidores, constituyen el tipo documental en que más detalladamente se advierte la presencia de bienes muebles de uso corriente de los nobles. Utilizando este tipo documental se han construido trabajos interesantes como los de E. CABRERA, “La fortuna de una familia noble castellana a través de un inventario del siglo XV”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 2 (1975), p. 9-42; J. M. CALDERÓN, “Inventario de las propiedades en Toledo de doña Inés de Torres”, *Anales Toledanos*, XX (1984), p. 37-44; o B. CAUNEDO, “Un inventario de bienes de Gómez Manrique”, *Estudios de Historia Medieval en homenaje a Luis Suárez Fernández*, Valladolid, 1991, p. 95-114.



estas “bestias” pero probablemente con este término se designaba al conjunto de los animales que poseía Alfón González, tanto los rebaños de ovejas, vacas y cabras, como las piaras de cerdos; pero de este conjunto hay que exceptuar los animales de tiro que formaban parte de las ocho heredades y dos yeguas que se dejaban en manos de Marina de Rojas y de Teresa de Rojas, sobrinas del difunto. La atención especial a estos dos especímenes puede deberse a que se trate de yeguas de montar y no de crianza, lo que estaría informándonos del aprecio particular que se tenía a otro elemento del orgullo de caballero: sus animales de monta, útiles para la batalla y considerados al margen de las “bestias”.

Con los datos que poseemos no nos es posible realizar estimaciones porcentuales acerca de la composición de los bienes de los caballeros toledanos, pero puede ser interesante comentar la relevancia de cada uno de los tipos de bienes de que tenemos noticias. Utilizando el clásico cuadro de clasificación en tres grupos de propiedades –inmuebles, muebles y semovientes- parece que el prodominio corresponde al primero de ellos, destacando dentro de él los inmuebles agrarios, particularmente las tierras de pan y, en menor medida, las viñas, aunque también nos encontremos con pequeños espacios de regadío, las huertas. Hay que señalar otras explotaciones agrícolas, como las plantas frutales y los olivares que, aunque no se cuenten entre los que aquí hemos contemplado, se daban en la Tierra de Toledo<sup>211</sup>.

Otros bienes inmuebles que se observan son las casas, destinadas en buena parte al arrendamiento con el objeto de obtener de ellas una renta segura, y las instalaciones productivas del tipo de los molinos, a los que se añadirían bodegas y lagares, con sus tinajas, almacenes en general, graneros, tiendas, hornos y otros. Entre los bienes muebles destacan las armas, el mobiliario y ropa de hogar, dinero líquido y potencial por deudas a favor y quizá joyas. Los bienes semovientes que se registran en la documentación presentada se reducen a ganado sin determinar su especie, aunque

---

<sup>211</sup>. Así lo hemos constatado en *Bases de poder*..., cit., p. 257, para el caso de los Ayala.

hemos observado además la presencia de yeguas; apenas nos han aparecido los esclavos<sup>212</sup>, que formaron parte de los patrimonios caballerescos como de otros nobiliarios de la época, aunque no en las cantidades que se daban en Andalucía; conocemos el caso de Catalina de Ribera, aristócrata sevillana emparentada, como hemos visto, con los Ribera de Malpica, que poseía setenta y un esclavos en 1505<sup>213</sup>.

#### 4.3.4. Estructura de las haciendas caballerescas

En el título anterior se ha hecho alusión a las propiedades que los caballeros toledanos poseían y a la composición de cada tipo de propiedad, pero un aspecto diferente es el que se refiere a los ingresos, que constituyen la suma de lo que producían los bienes que ya hemos atendido, las rentas que generaban los bienes ajenos cuyo rendimiento era cedido y las rentas derivadas de actividades desempeñadas por los caballeros. El estudio de las haciendas nobiliarias no ha sido tan atendido como otros aspectos patrimoniales de este grupo social. La parquedad de las fuentes explica en buena medida esta carencia: nos faltan relaciones de rentas y libros de cuentas similares a los que tenemos para la Monarquía, los concejos y algunos monasterios; además, no conocemos adecuadamente el

---

<sup>212</sup>. De los escasísimos testimonios de esclavitud que poseemos, podemos citar el de una esclava de María de Orozco, mujer de Pedro López Dávalos y madre de Íñigo Dávalos, que en su testamento, fechado en 1478, libera a una esclava y le hace una donación: “*mando a Leonor de Sant Juan una cama segund le pertenesçiere con su colchon e savanas e mantas e unos manteles e mas la ahorro e fago horra e libre de su cabtyverio para que faga de si lo que quisyere como persona libre*”; vid. A.S.D.R., nº 1102.

<sup>213</sup>. A. FRANCO, *La esclavitud en Sevilla y su tierra a fines de la Edad Media*, Sevilla, 1979, p. 281. Téngase en cuenta que en las zonas fronterizas como Sevilla, el volumen de la esclavitud era mucho mayor debido a la captura de musulmanes en las constantes fricciones con el Reino granadino.

funcionamiento de la organización hacendística privada de los nobles<sup>214</sup>. Aún así, nos sentimos obligados a emprender una penetración, aunque sea poco profunda, en el conocimiento de las fuentes de ingresos de las haciendas caballerescas; si no es posible ofrecer datos concretos sí podremos, al menos, establecer un cuadro de clasificación de los diferentes conceptos de ingreso y comentar la incidencia relativa de cada uno de ellos sobre el total.

Para construir nuestro cuadro de clasificación de ingresos contamos con un par de modelos útiles, debidos a Salvador de Moxó y a María Concepción Quintanilla<sup>215</sup>. El modelo del profesor Moxó, que se limita a las rentas señoriales, prescindiendo de las patrimoniales privadas de los nobles, contiene tres grandes partidas de ingresos: las rentas de carácter solariego, las que proceden de la fiscalidad jurisdiccional y las originadas en la fiscalidad real. La profesora Quintanilla presenta una visión más amplia de la hacienda nobiliaria, señalando seis conceptos de ingresos: rentas procedentes de la explotación de las propiedades, tributos propiamente señoriales, tributos pertenecientes a la fiscalidad real, ingresos por libranza de la Casa Real, tributos pertenecientes a la fiscalidad eclesiástica y tributos pertenecientes a la fiscalidad concejil. Al margen del mayor desarrollo del cuadro, la doctora Quintanilla suprime el grupo de las rentas derivadas del vasallaje rural del primer grupo de los de Moxó (que se corresponden con esas rentas solariegas, quizá de carácter arcaico, ligadas a pactos de ayuda y protección, de las que ya hemos tratado) y las incluye como un apartado dentro de los “tributos

---

<sup>214</sup>. Trabajos pioneros en este sentido son los de J. M. CALDERÓN, “La hacienda de los duques de Alba en los siglos XV y XVI: las instituciones”, *Hispania*, 183 (1993), p. 57-113; y “La hacienda de los duques de Alba en el siglo XV: ingresos y gastos”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 9 (1996), p. 137-227.

<sup>215</sup>. Nos referimos a los propuestos en los siguientes trabajos: S. MOXÓ, “Los señoríos: cuestiones metodológicas que plantea su estudio”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLII (1973), p. 300-305; y M. C. QUINTANILLA, “Haciendas señoriales nobiliarias en el Reino de Castilla a fines de la Edad Media”, *Historia de la Hacienda española (épocas antigua y medieval). Homenaje al profesor García de Valdeavellano*, Madrid, 1982, p. 769-798, en el que se replantea el modelo propuesto por el profesor Moxó.

propiamente señoriales”, como “prestaciones y derechos derivados del vasallaje rural”<sup>216</sup>. El cuadro de clasificación de ingresos que aquí vamos a proponer, refiriéndolo a los caballeros toledanos, consta de los siguientes capítulos:

- rentas derivadas de la explotación del patrimonio inmueble,
- ingresos procedentes de la jurisdicción señorial,
- rentas obtenidas por el ejercicio de oficios públicos e
- ingresos debidos a la cesión de parcelas de la hacienda regia.

Las rentas derivadas de la explotación del patrimonio inmueble debían proporcionar a los caballeros buena parte de sus ingresos, siendo el capítulo más importante de éstos. Los inmuebles urbanos, salvo la morada caballerisca, se cedían a particulares para que en ellos establecieran su vivienda o los utilizaran para sus actividades profesionales; nos encontramos gran cantidad de testimonios documentales de cesiones en régimen de arrendamiento o de censo enfiteútico de casas-vivienda e instalaciones productivas del tipo de tiendas, cámaras y sótanos-almacen, entre otros. Seguramente éste era el uso que hacía Alfón González de Sosa, caballero al que nos hemos referido unas páginas más arriba, con las casas en la collación de Santiago del Arrabal que poseía<sup>217</sup>; pero tenemos testimonios mucho más explícitos de arrendamiento de casas, como el que prorrogaban en 1424 Juana Díaz y su hijo Juan Pantoja al mercader Gonzalo López de la Fuente<sup>218</sup>. Aunque el

---

<sup>216</sup>. En este apartado se incluye una larga serie de conceptos como martiniega, infurción, yantar, fumazga y obsequio navideño, entre otros; vid. M. C. QUINTANILLA, “Haciendas señoriales nobiliarias....”, cit., p. 779.

<sup>217</sup>. Estas casas son citadas en la partición de bienes del propio Alfón; vid. A.H.N., Consejos, leg. 32586, pza. 3/3, cit.

<sup>218</sup>. Juana Díaz era mujer de Gonzalo Díaz Pantoja, padre de Juan Pantoja. Madre e hijo se comprometían, el 2 de mayo de 1424, a no alterar las condiciones del contrato de arrendamiento de unas casas en la collación de Todos los Santos que habían firmado con el mercader Fuente; vid. el compromiso en A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 9. Juana y Gonzalo, por otra parte, pueden ser representantes del tipo de linaje de segunda fila (que, por cierto, conserva en este caso renombre de raigambre local) que desarrollaba una existencia, si no precaria, mucho más modesta que los que

arrendamiento de inmuebles era corriente, parece más usual entre los nobles toledanos el acensamiento: en 1442 Francisco de Rojas, hijo de Martín Vázquez, acensaba al zapatero Juan González de Yepes unas casas-tienda en la collación de San Nicolás por 900 mrs. y dos gallinas anuales<sup>219</sup>.

Más frecuente que los acensamientos eran los reconocimientos de censos antiguos por parte de nuevos inquilinos o la cesión de cargas sobre inmuebles de unos poderosos a otros: el 16 de noviembre de 1456 Alfonso de Cáceres y su mujer Marina de Rojas, cuñado y hermana del caballero anteriormente citado, vendían a María de Meneses y a Inés Franco, monjas ambas en Santo Domingo el Real, tres censos sobre inmuebles que poseían en las collaciones de San Juan de la Leche, San Román y San Salvador, cambiando los ingresos que obtenían de estos tributos anuales (que ascendían a 1.300 mrs. por año en total) por una suma de 26.000 mrs., es decir, veinte veces la renta anual producida, de modo que las monjas amortizarían el pago veinte años después de la compra<sup>220</sup>.

Los inmuebles urbanos aparecen en mucha menor medida que los agrarios en las series de bienes de los caballeros que conocemos; sin embargo, los contratos de arrendamiento o acensamiento de tierras, viñas y otros bienes raíces de este tipo han dejado poca huella. La documentación de que disponemos no permite clarificar cuál era el modo de obtención de rentas agrarias por parte de los linajes caballerescos, pero, a falta de documentación propia de los linajes, podemos acercarnos al problema recurriendo al modo en que se realizaban contratos agrarios en la Tierra de Toledo en el

---

hemos podido estudiar con mayor atención.

<sup>219</sup>. El original de esta carta de censo se encuentra en A.H.N., Consejos, leg. 32586, pza. 4. Francisco de Rojas exigía como condición al inquilino que reparase las casas y las mantuviese en buen estado, "*bien adobadas*", según expresa el documento.

<sup>220</sup>. Las cartas de compraventa se conservan en A.H.N., Clero, carp. 1090, n° 4 para las casas (con tienda, sótano y cámaras) en San Juan de la Leche, n° 5 para las casas de la collación de San Román y n° 6 para las casas (con tienda) en San Salvador. El precio de compra en proporción 20 a 1 sobre el precio del censo era habitual en Toledo, por lo que observamos en otros documentos. Sobre las operaciones patrimoniales con esta clase de bienes vid. J. L. BARRIOS, Arrendamientos y subarrendamientos de bienes urbanos en Toledo durante el siglo XV: Acceso al 'dominio útil', su movilidad y fragmentación", *Anales Toledanos*, XXXIV (1997), p. 89-102.

Cuatrocientos. Jean Pierre Molénat, que ha atendido este asunto, cita algunos documentos, no todos del siglo XV, en que son arrendadas viñas a particulares a cambio del pago de un canon monetario y una parte de la cosecha<sup>221</sup>. No parece descabellado pensar que éste fuera el modo de ceder los inmuebles agrarios por parte de los caballeros, que de esta forma se aseguraban, por un lado, una renta que les proporcionaba dinero líquido y, por otro, productos básicos para el consumo y para su comercialización en la ciudad, consiguiendo acumular un stock con el que poder especular, si los fieles ejecutores de la Ciudad no lo impedían. En todo caso no debieron innovar sustancialmente los caballeros el régimen de tenencia de la tierra, basado en la enfiteusis, que había sido heredado del pasado: lo normal debió ser comprar propiedades con el modo de producir y obtener rentas ya impuesto por costumbre inmemorial. Por otra parte, la explotación directa de los bienes agrarios sería muy limitada, dado el alejamiento de los propietarios respecto a sus bienes.

A falta de datos acerca del rendimiento que la gestión de los señoríos proporcionaba a los caballeros, hemos de señalar el notable peso que tuvo en sus haciendas el ingreso de quitaciones, raciones y otros pagos debidos a la ocupación de oficios diversos, satisfechos sobre todo por parte de la Monarquía, pero también por la Ciudad. Al estudiar la privanza regia hemos contemplado que la merced regia a algunos caballeros dio lugar a provisiones de oficios bien remunerados. Por no reiterar lo que ya se ha anotado, nos limitaremos aquí a recordar, a modo de ejemplo, el salario de 11.200 mrs. anuales que percibía Fernando Díaz de Rivadeneira por su oficio de guarda del rey en los años centrales del siglo XV<sup>222</sup>, o los 25.000 de quitación que eran librados en favor de Diego de Ribera, hijo del

---

<sup>221</sup>. J. P. MOLÉNAT, *Campagnes et monts de Tolède*..., cit., p. 470-471. Obsérvese que el doctor Molénat toma los ejemplos del modo de contratar estas fincas de la documentación eclesiástica.

<sup>222</sup>. Vid. entre otros el libramiento que los contadores mayores del rey ordenaron el 14 de diciembre de 1457, orden conservada en A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 3, fol. 131.

mariscal Payo, por el ejercicio del oficio palaciego de caballero mayor<sup>223</sup>, o la astronómica quitación de 200.000 mrs. anuales que Juan de Padilla recibía por su capitania de armas en los años inmediatamente anteriores al estallido del movimiento comunero<sup>224</sup>.

Llegados a este punto, conviene recordar que el ejercicio de oficios municipales ofrecía a algunos caballeros de segunda fila la oportunidad de obtener ingresos al margen de la legalidad. Un fiel ejecutor, pongamos por caso, podía pasar por alto la obligatoriedad del precio establecido para la venta del grano en una época de crisis productiva, siempre que el vendedor le cediera una parte de los beneficios. No tenemos pruebas para atribuir este tipo de delito a ningún oficial toledano, de modo que hemos podemos creer que un caballero asumía el oficio de fielejecutoría solamente por el honor que llevaba aparejado y por los 1.300 mrs. anuales que le reportaba de salario, además de algunas rentas más que se derivaba de algunas actuaciones como oficial<sup>225</sup>.

Regresando a los caballeros más afortunados, hay que señalar que los voluminosos ingresos que les proporcionaban los salarios de los oficios cortesanos, les hacían aún más dependientes del favor regio de lo que pueda parecer a primera vista, de modo que la caída en desgracia, la pérdida del favor regio, podía poner a alguno en serios apuros, mucho mayores, en todo caso, que los que sufría un ricohombre en el mismo trance. Basta para comprobar tal realidad comparar los casos de Pedro López de Ayala, primer conde de Fuensalida, con el de los Padilla. Al acceder los Reyes Católicos al trono, Pedro López sufrió la represión por parte, más que de los monarcas, del bando local triunfador con su coronación; ya hemos comentado las capitulaciones matrimoniales con los Ribera de Montemayor que tuvieron que aceptar los Ayala, hasta el punto de obligar bienes de su mayorazgo para salir del paso; aún así, su inmenso patrimonio sólo se resentiría eventualmente, recuperando en poco tiempo su

---

<sup>223</sup>. La orden de asiento se encuentra en A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 2, fol. 422.

<sup>224</sup>. La orden de asiento de esta quitación, en A.G.S., P.R., caj. 4, nº 60, fol. 34 r. - vto.

posición preeminente en la ciudad. En contraposición, la derrota comunera, además de llevar a la ejecución de Juan de Padilla, truncó el ascenso de su linaje y lo postró durante largo tiempo a una posición secundaria en la caballería toledana.

No tenían tampoco un peso escaso en las haciendas caballerescas los ingresos procedentes de la captación de rentas pertenecientes a la Hacienda regia, materializada en la concesión de inmunidades y rentas de todo tipo sobre bienes de monopolio real. Un caso ejemplar de cesión de inmunidad lo encontramos en la merced de veinte escusados de moneda anuales que la Monarquía cedió a Diego López de Padilla<sup>226</sup>, un privilegio que permitía la extensión de la protección de este caballero a un buen número de personas que resultaban exentas de este impuesto. La posesión de juro situados sobre rentas reales en el partido fiscal de Toledo menudeaba entre los miembros de linajes caballerescos de la ciudad: Teresa de Guevara, viuda del alcalde mayor Juan Carrillo, poseía en 1473 un juro de 7.000 mrs. anuales sobre las alcabalas de la leña y el carbón<sup>227</sup>, además de otro de 6.000 mrs. sobre las alcabalas de la carne y el pescado<sup>228</sup>. El 2 de diciembre de 1478 María de Orozco, viuda de Pedro López Dávalos, emitía una manda testamentaria por la que cedía a sus hijas Teresa Dávalos e Isabel Dávalos, profesas ambas en el monasterio de Santo Domingo el Real, un juro de 20.000 mrs. sobre las alcabalas de Toledo<sup>229</sup>.

<sup>225</sup>. Sobre el oficio de fiel ejecutor se ha tratado en el epígrafe 3.2.3.B. de este trabajo.

<sup>226</sup>. Se conserva el traspaso de esta merced de la Merindad de Castrojeriz al Arcedianazgo de Toledo, concedida por Juan II en 1442; el 7 de junio de este mismo año, el rey ordenaba a sus contadores mayores el asiento de este traspaso; vid. A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 9, nº 67.

<sup>227</sup>. El 15 de febrero de aquel año lo donaba a su hija Inés Carrillo, monja en Santo Domingo el Real, para dotarla de una renta segura; vid. A.S.D.R., nº 374.

<sup>228</sup>. El 26 de mayo de 1486, los Reyes Católicos confirmaron al monasterio de Santo Domingo el Real este juro, que había sido cedido anteriormente por Inés Carrillo, la cual lo había recibido a su vez de su madre Teresa de Guevara; vid. A.S.D.R., Becerro, fol. 16.

<sup>229</sup>. El testamento de María de Orozco, donde se contiene esta manda, se conserva en A.S.D.R., nº 1102. El 22 de septiembre de 1481 los Reyes Católicos confirmaron a las hermanas Teresa e Isabel



En manos de la misma institución monacal, a la que llegaron muchos de estos juros con los que eran dotados las profesas de linajes caballerescos, fue a parar uno situado sobre rentas sevillanas: los reyes Isabel y Fernando confirmaban, el 3 de agosto de 1489, un juro de 7.500 mrs. sobre el almojarifazgo de la ciudad del Guadalquivir<sup>230</sup>. Inés de Ribera llegó a tomar de su madre hasta 75.000 mrs. anuales de juro situados sobre el almojarifazgo de Sevilla, cediendo 25.000 de ellos al monasterio dominico de la Madre de Dios<sup>231</sup>. En fin, podría prolongarse esta serie de ocupaciones de parcelas de la hacienda regia hasta más allá de lo imaginable, basándonos sobre todo en documentación monacal. Llama la atención el hecho de que tantas mercedes de este tipo fueran a parar a estas instituciones eclesiásticas, pero este fenómeno puede explicarse por la demanda, por parte de los monasterios, de rentas de esta clase, seguras y fáciles de obtener, aunque no necesariamente cuantiosas, como dote de las profesas de origen nobiliaria que pretendían ingresar en su congregación.

A juzgar por las fechas en que nos encontramos estos juros, que se van acrecentando desde fines del siglo XV, tenemos la sensación de que esta clase de ingresos, dependientes también de la merced regia, fueron incrementándose entre los caballeros, tomando cada vez un mayor peso relativo en el conjunto de ingresos, constituyendo un elemento más de la consolidación de la caballería toledana dentro de la clase rentista del Antiguo Régimen.

---

este juro, especificando que 10.000 mrs. se percibían de la recaudación de las alcabalas del pescado y la carne y los otros 10.000 de las alcabalas de los paños de color; vid. A.S.D.R., Becerro, fol. 13.

<sup>230</sup>. A.S.D.R., Becerro, fol. 32/1. Este juro había sido donado al monasterio por la priora María de Ayala, hija de Juan de Ayala, hermano menor del primer conde de Fuensalida.

<sup>231</sup>. La partición de bienes en la que toma este juro Inés se conserva en A.M.D., 4/4.

#### 4.4. Cohesión de los linajes y proyección política

Hasta ahora hemos atendido aspectos de la caballería de los que la investigación histórica se ha ocupado tradicionalmente: la sucesión de los linajes, el desempeño de oficios de todo tipo, la creación de señoríos o la fundación de mayorazgos, entre otros. Pero el poder de esta nobleza urbana, o “local”, del final de la Edad Media no sólo se basaba en estos aspectos, sino que empleaba otros elementos para asentar su influencia en el ámbito territorial donde desarrollaba sus potencialidades. Entre estos elementos hay que señalar uno de enorme relevancia para entender la proyección política de estos linajes; aún se podría decir más: fundamental para su propia pervivencia como tales. Nos referimos a la solidaridad, la colaboración como grupo bien organizado, jerarquizado y relacionado con el exterior<sup>232</sup>.

Los caballeros toledanos de los que nos ocupamos se desenvolvían en un medio social con unas estructuras de relación complejas, comenzando por las relaciones de parentesco, que eran las más estables, compromisos de fidelidad, obediencia y protección, acuerdos concretos de ayuda recíproca; toda una serie de vínculos, unos más estáticos, otros más dinámicos, que configuraban una fuerte red de solidaridades, necesarias para mantener una posición notable en la sociedad toledana de la época.

---

<sup>232</sup>. Hace ya tiempo que en la historiografía se percibe mayor interés hacia aspectos organizativos de esta clase; entre los trabajos que reflejan esta nueva sensibilidad, pueden señalarse los de M. C. GERBET, *La noblesse dans le Royaume de Castille. Étude sur ses structures sociales en Estrémadure (1454-1516)*, París, 1979; R. SÁNCHEZ SAUS, *Caballería y linaje en la Sevilla medieval. Estudio genealógico y social*, Sevilla, 1989; I. BECEIRO y R. CÓRDOBA, *Parentesco, poder y mentalidad. La nobleza castellana, siglos XII-XV*, Madrid, 1990; y M. C. QUINTANILLA, “Estructura y función de los bandos nobiliarios en Córdoba a fines de la Edad Media”, *Bandos y querellas dinásticas en España al final de la Edad Media*, París, 1991, p. 157-193. Incluso las familias reales han sido estudiadas a través de la perspectiva del linaje; vid. A. W. LEWIS, *Royal succession in Capetian France. Studies on familiar order and the state*, Harvard, 1981. La estructura de este título sobre la cohesión de los linajes se basa parcialmente en la que he utilizado en un trabajo anterior, en el que me ocupaba de un linaje de ricoshombres toledanos: “La solidaridad como fundamento de poder de la nobleza castellana en el siglo XV: los Ayala de Toledo”, *Anales Toledanos* (en prensa).

Todos estos vínculos pueden condensarse en dos:

- los vínculos sanguíneos, constituidos por las relaciones de parentesco directas, cercanas y reconocidas por el linaje y por la sociedad en su conjunto; una solidaridad, podríamos decir, en el seno del linaje en la Casa, entre padres e hijos, entre hermonos y hermanos, que daba lugar a unas relaciones notablemente jerarquizadas, a un reparto de funciones característico, y
- los vínculos externos, al margen de la Casa, con otros linajes de la ciudad y de fuera de ella, con instituciones eclesiásticas y con personas y grupos de niveles sociales inferiores

#### 4.4.1. Solidaridad interna: el reparto de roles

El estudio de las relaciones en el seno del linaje nos obliga a tratar algunas de las fuentes ya conocidas desde puntos de vista diferentes de los que hemos utilizado en las páginas anteriores. Las fundaciones de mayorazgo y los testamentos no nos interesan aquí desde el ángulo patrimonial sino desde la perspectiva de las vinculaciones jerárquicas y afectivas que nos muestran, más allá del formalismo que presentan; las capitulaciones matrimoniales expresan muy nítidamente la utilización de miembros del linajes en función del proyecto social y político del grupo familiar, al margen del volumen de renta que es trasvasado de unos a otros linajes; las confederaciones nobiliarias nos hablan de la jerarquía en el seno del linaje, a pesar de que llamen

primero la atención los objetivos políticos concretos que se pretenden lograr con ellas<sup>233</sup>.

La Antropología Social proporciona a la Historia Social un instrumental conceptual básico para el análisis de las relaciones familiares, aportando conceptos tan esenciales como los de parentesco, filiación y descendencia. El parentesco es el vínculo sanguíneo que existe entre dos personas que tienen en común un antepasado; pero en cada sociedad se valora el parentesco de una forma peculiar, que depende de la relevancia que se atribuya a esta relación sanguínea. Los etnógrafos han investigado culturas muy diversas, observando que para algunas de ellas, la nuestra sería un caso, las relaciones de cuarto grado de consanguinidad no son demasiado relevantes, mientras que en otras los lazos son estrechos en grados aún más lejanos<sup>234</sup>.

La descendencia, en cambio, se refiere solamente a los vínculos de parentesco que existen en línea directa: entre padres e hijos, abuelos y nietos, etc.<sup>235</sup>. Se constatan dos sistemas de descendencia diferentes: uno, el matrilineal o cognaticio, atiende a la filiación a través de las mujeres; otro, el patrilineal o agnaticio considera preferible la filiación por vía de varón. No son sistemas necesariamente excluyentes, sino predominantes. El linaje castellano del Medievo, que no sería para la Antropología sino un grupo de filiación, puede entenderse de dos modos diferentes: en sentido restringido, sería el grupo de filiación que forman tres generaciones; en

---

<sup>233</sup>. Vid. las consideraciones sobre estos aspectos expuestas por I. BECEIRO y R. CÓRDOBA, *Parentesco, poder y mentalidad*..., cit., p. 16.

<sup>234</sup>. L. MAIR, *Introducción a la Antropología Social*, Madrid, 1986, p. 74-75, define parentesco de la forma en que lo hemos expuesto. Este trabajo y el de M. HARRIS, *Antropología Cultural*, Madrid, 1993, p. 259-291, basándose en los estudios sobre culturas de nuestro tiempo, clarifican algunos conceptos básicos del parentesco y de otros aspectos relacionados con él.

<sup>235</sup>. M. HARRIS, *op. cit.*, p. 260, llama la atención acerca de la diversidad terminológica que caracteriza a la Antropología en el entendimiento de este término: en algunas escuelas se prefiere el término "filiación" al de "descendencia", en otras el primero de estos términos define las relaciones de parentesco a partir de la segunda.

sentido lato es el conjunto de los descendientes de un antepasado común<sup>236</sup>, coincidiendo esta última acepción con el concepto biológico de grupo de parentesco. Los dos significados expuestos de linaje son válidos y no estimamos conveniente decantarnos por ninguno de ellos; estamos utilizando el término, y lo seguiremos empleando, tanto para referirnos a una línea de filiación “vertical” como para aludir al grupo de descendientes de un antepasado común, aunque no muy lejano, con todas sus relaciones horizontales. Valoraremos el grado de autonomía del grupo de parentesco para considerarlo linaje, de modo que trataremos como tal a la descendencia de un caballero fundador de una línea independiente. Por poner un ejemplo sobre personas que ya hemos conocido, diremos que mientras que Alfón González de Sosa no constituyó un linaje, sí lo fundaron Martín Vázquez de Rojas y Esteban de Sosa, sus hermanos<sup>237</sup>.

Muchos miembros de la caballería toledana no fundaron un linaje propio por ingresar en una institución eclesiástica, como es el caso de Vasco Ramírez de Ribera, hijo del mariscal Payo, o de Inés Alfonso de Cervatos, hija de Martín Vázquez de Rojas; la mayoría de las mujeres casaban con otros caballeros, pasando a ser miembros de otro linaje. Algunos varones no seguían carrera eclesiástica y seguían al lado del pariente mayor, incluso estando casados, como parece el caso de Alfón González de Sosa, al que hemos aludido más arriba.

Estas circunstancias de la convivencia nos conducen a pensar en el modelo de familia de la época<sup>238</sup>. El Medievo conoció los dos más conocidos: la familia extensa y la familia nuclear,

---

<sup>236</sup>. Esta diferenciación es expresada con claridad por M. C. GERBET, *La noblesse dans le Royaume de Castille. Étude sur les structures sociales en Estrémadure (1454-1516)*, Paris, 1979, p. 203-205.

<sup>237</sup>. Vid. Árbol 4 del apéndice de este capítulo.

<sup>238</sup>. En lo posible huiémos del uso del vocablo “familia” y utilizaremos, según convenga, “linaje”, “parentesco”, “clan”, “casa”, “sucesión” u otros que no estén tan infectados de prejuicios contemporáneos, pues no es un término que utilice la documentación de la época. Así nos lo recuerda A. GUERREAU-JALABERT, “Sur les structures de parenté dans l’Europe médiévale”, *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 36 (1981), p. 1030.

dejando paso aquélla a ésta progresivamente, aunque la solidaridad más allá del núcleo restringido del hogar se mantuvo durante largo tiempo, lo que nos indica que el modelo extenso no desapareció del todo. Desde el siglo XII se perciben síntomas de la “nuclearización” de los linajes o, al menos, de la autonomía que van tomando los pequeños grupos de parentesco frente a los clanes tradicionales; entre estos síntomas, hay que señalar la construcción de panteones funerarios y el empleo del un *cognomen* que manifestaba la identidad de estos grupos<sup>239</sup>. Simultáneamente se producía el triunfo del sistema agnaticio sobre el cognaticio; y con la masculinidad, la imposición de la primogenitura, triunfo que se consolidó gracias al avance de la mejora y a la irrupción del mayorazgo, que va a ser fundamental en la estructuración de los linajes del final del Medievo.

#### *A. Los varones: el pariente mayor y los segundogénitos*

Entre los varones de un linaje caballeresco hay que distinguir tres categorías: el pariente mayor, el primogénito y los segundogénitos. Las dos primeras categorías constituyen un nivel en dos fases diferentes, ya que el primogénito está llamado a la sucesión del liderazgo del grupo, por lo que es un pariente mayor potencial. Hemos observado que en los últimos siglos del Medievo se produjo un crecimiento continuo del lote de la herencia que correspondía al primogénito, de lo que se deduce un proceso de fortalecimiento del rol<sup>240</sup> del pariente mayor del linaje. Éste era

---

<sup>239</sup> I. BECEIRO y R. CÓRDOBA, *op. cit.*, p. 35-107, trazan las líneas fundamentales de la evolución del parentesco en el seno de la nobleza castellana en las últimas centurias del Medievo.

<sup>240</sup> Conviene, en este punto, señalar el significado que tomamos de la Antropología para dotar de

el elemento esencial en torno al cual giraban todas las relaciones internas del grupo familiar, pues la autoridad del pariente mayor era absoluta. Este líder trazaba la estrategia del linaje, repartía afectos y favores entre todos los miembros, los cuales le estaban sometidos por unos lazos tan fuertes que apenas pueden observarse síntomas de rebeldía interna en los linajes caballerescos.

El pariente mayor heredaba normalmente su condición, su “estatus” familiar, por ser el hijo primogénito de otro pariente mayor. Pero en ocasiones ocurría que un linaje de caballeros era tan poderoso económicamente que el líder dotaba notablemente al primogénito y a uno de los segundogénitos, dando lugar a una escisión calculada del grupo en dos linajes<sup>241</sup>. Pero el reparto en favor de los que habrían de convertirse en parientes mayores independientes nunca era equitativo; y el segundogénito, beneficiado por la herencia respecto a los demás segundogénitos, pero perjudicado respecto a su hermano mayor, solía mostrarse combativo frente a este último, temiendo que pudiera ponerse en riesgo su autonomía personal y, con ésta, la autonomía del linaje recién nacido. Esta circunstancia tuvo lugar cada vez que un grupo familiar de caballeros se fragmentaba por voluntad del pariente mayor que, acaudalado con los suficientes recursos como para dotar notablemente a dos de sus hijos, procuraba establecer caminos bien diferentes para cada uno de ellos.

Casos de “biparticiones” de linajes de caballeros toledanos se producían con cierta frecuencia, dado que lo permitía el rápido enriquecimiento que propiciaba la prianza regia. Entre

---

sentido al término “rol”. Cada persona, en cualquier sociedad tiene una posición, un “estatus”, y a cada estatus corresponde un “rol”, que no es sino el papel que se espera que ha de desempeñar cada persona según su posición social. Estos conceptos son muy claramente expuestos por L. MAIR, *op. cit.*, p. 17-18.

<sup>241</sup>. M. C. GERBET, *Las noblezas españolas en la Edad Media. Siglos XI-XV*, Madrid, 1997, p. 189, hace notar que algunos nobles fundaron dos o más mayorazgos; es el caso, como hemos visto del primer conde de Cifuentes. No fue el caso de los caballeros toledanos, cuyo nivel de fortuna era inferior al de los grandes nobles; entre nuestros caballeros las fragmentaciones en dos linajes se dieron a través de la fundación de un solo mayorazgo y una dotación notable, aunque no vinculada, en favor del segundo hermano.

los más conocidos casos de fragmentación, podemos citar la que tuvo lugar en el seno de los Niño, cuando Rodrigo Niño II repartió sus bienes y oficios entre Fernando Niño II y Juan Niño; o la que dispusieron Teresa Gómez de Rojas y Francisco Vázquez de Toledo para separar los caminos de sus hijos Martín Vázquez de Rojas y Esteban de Sosa; la que decidió el primero de estos dos hermanos para que cada uno de sus dos hijos, Francisco de Rojas y Marina de Rojas, trazara su propio proyecto; o, por finalizar esta serie, la que el cronista Fernán Pérez de Guzmán tuvo a bien facilitar con el objeto de que sus hijos Pedro de Guzmán y Ramir Núñez de Guzmán fueran independientes<sup>242</sup>.

En la mayoría de las ocasiones en que cuajaba una bipartición de esta clase, uno de los dos nuevos grupos resultaba notablemente más poderoso que el otro, dando oportunidad al líder menos potente a mostrar su capacidad de acción y su arrogancia frente al hermano mayor y sus sucesores inmediatos, bien reclamando parte de la herencia del progenitor común, bien usurpando directamente propiedades o derechos de quienes podían intentar someterlos. No observamos estas luchas que podríamos denominar “internas” entre los Rojas, ni en el caso de los hermanos Martín Vázquez y Esteban de Sosa ni en el de los hermanos Francisco y Marina. En este último es posible que la armonía se debiera a la nivelación de ambos gracias al ventajoso matrimonio de Marina que, aunque peor dotada por su linaje, gozó de una posición fuerte debida a la notable privanza de su marido Alonso de Cáceres<sup>243</sup>. Pero consideramos que el fundamental factor de armonía en las fragmentaciones del linaje Rojas es la propia supervivencia de los nuevos parientes mayores:

---

<sup>242</sup>. Todos estos caballeros aparecen en los árboles genealógicos del apéndice de este capítulo con sus relaciones de consanguinidad.

<sup>243</sup>. Los bienes de Alonso se parecían en 800.000 mrs., según la carta de arras que otorgó a Marina de Rojas en 1444; vid. A.H.N., Consejos, leg. 32586, pza. 2. Aunque la cifra no resulta demasiado cuantiosa, hay que pensar que el fortalecimiento patrimonial de Alonso de Cáceres, alcaide del castillo de Consuegra y comendador en la Orden de Santiago, no había hecho más que empezar en el reinado de Juan II.



tanto Martín Vázquez como Esteban, Francisco y Marina sobrevivieron muchos años a la división del patrimonio de sus progenitores, lo que dio lugar a la consolidación de las líneas recién creadas.

En las fragmentaciones de los linajes Niño y Guzmán de Batres, antes aludidas, se produjo la muerte prematura del primogénito, del pariente mayor más poderoso resultante de la bipartición; y esta circunstancia sería aprovechada por el segundogénito para intentar sustraer algún lote patrimonial suplementario, al margen de la expresa voluntad paterna. Para lograr este objetivo recurrieron a la vía judicial, emprendiendo pleitos que no serían demasiado duraderos; no parece, por lo que sabemos, que recurrieran a la violencia, como ocurrió en el caso de alguna pugna “interna” en linajes de ricoshombres de aquel tiempo<sup>244</sup>. Ya hemos hecho alusión a lo que parece una usurpación, por parte de Juan Niño, de algunos derechos que correspondían a Rodrigo Niño III, su sobrino, como hijo de su hermano mayor Fernando Niño II, muerto mucho antes que Juan: si en 1503 éste, prestigiado quizá por su brillante labor como regidor de la Ciudad, aparece como titular del señorío de Noez<sup>245</sup>, sería finalmente Rodrigo Niño quien tomaría para su línea tal titularidad, la cual le correspondía por herencia<sup>246</sup>.

Frente a la directa usurpación que se observa en la acción de Juan Niño, aprovechando la supuesta debilidad de un muy joven sobrino heredero, observamos el ataque judicial de Ramir Núñez de Guzmán a su sobrina Sancha de Guzmán. Fernán Pérez, señor de Batres y conocido

---

<sup>244</sup>. Puede resultar ejemplar en este sentido el largo enfrentamiento, judicial y armado, que se desarrolló entre los hermanos Garci Fernández Manrique, primer marqués de Aguilar, y Juan Manrique, señor de Fuenteguinaldo, entre 1493 y 1499, en disputa por bienes que habían pertenecido al padre de ambos Juan Manrique, segundo conde de Castañeda; vid. sobre el conflicto J. R. PALENCIA, “Fundación y consolidación del Marquesado de Aguilar de Campoo a través de los pleitos de Garci Fernández Manrique (1480-1499)”, *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, Palencia, 1996, tomo II, p. 792-793.

<sup>245</sup>. En 1503 era Juan Niño, como señor de Noez, quien recibía la notificación de una declaración que se había hecho contra sus imposiciones en el lugar; vid. A.M.T., A.S., caj. 12, leg. 2, nº 8/5.

<sup>246</sup>. Así nos lo presenta J. P. MOLÉNAT, *Campagnes et monts de Tolède....*, cit., p. 363, a la luz de la ejecutoria del Consejo cuyo registro de Corte se halla en A.G.S., R.G.S., 1508, I.

cronista, dotó con el señorío y el grueso de su patrimonio al mayor de sus hijos, Pedro de Guzmán, dejando en manos de Ramir Núñez una herencia más discreta. La muerte prematura del hermano mayor, ofreció al menor la oportunidad de reclamar parte de los bienes que había dejado el cronista, también apoyado por su posición de regidor, uno de los más influyentes de fines del siglo XV, por cierto, pues era de los que primero emitían su opinión en los ayuntamientos. Pero el regidor Ramir Núñez encontró enfrente al poderoso Garcilaso de la Vega, marido de su sobrina Sancha de Guzmán y, sea por la influencia de este privado de los Reyes Católicos, sea porque los argumentos jurídicos no estaban a su favor, el regidor Guzmán no salió airoso del enfrentamiento judicial<sup>247</sup>.

Los celos que producía en los hermanos menores la potenciación del lote del primogénito, consecuencia de la institucionalización del mayorazgo, podía dar lugar a enfrentamientos de todo tipo. Esta realidad obligaba a los linajes nobiliarios, al pariente mayor en particular, a adoptar una estrategia patrimonial basada en la búsqueda de fuentes de renta seguras para los segundones, de modo que se marcharan lo antes posible del hogar, independizándose patrimonialmente. Esta estrategia, provocada por las nuevas fórmulas sucesorias, contribuyó decisivamente a la desintegración de la familia amplia y al avance del modelo nuclear; por decirlo de una manera expresiva, el pariente mayor tendía a “deshacerse” de los hijos menores e hijas para que a la hora de la sucesión sólo quedaran en casa padre, madre e hijo mayor, pero, de hecho, la familia nuclear del final del Medievo permitía una larga presencia de los hijos hasta su emancipación, cuando ésta era difícil de conseguir en condiciones ventajosas para el linaje<sup>248</sup>.

---

<sup>247</sup>. Se conservan algunos documentos, datados en 1491, que nos hablan de la pugna de Ramir Núñez por varias dehesas que habían sido de su padre el cronista; vid. A.G.S., R.G.S., 1491, II, fol. 59; IV, fol. 42; y VI, fol. 10.

<sup>248</sup>. Éste es el tipo de familia que consideran predominante C. RONCIÈRE, “La vida privada de los nobles toscanos en el umbral del Renacimiento”, *Poder privado y poder público en la Europa feudal*,

Resultaba particularmente delicado para el pariente mayor definir el estatus social de los varones segundogénitos. Si lo permitía el patrimonio familiar podían ser dotados con un mayorazgo, lo que proporcionaba una total independencia; podían obtener la independencia también sin mayorazgo, siempre que gozaran de un conjunto de bienes suficiente o de un oficio influyente, para que pudiera servir de apoyo al hermano mayor. Pero en muchos casos la emancipación podía resultar imposible. El segundogénito se proyectaba, por otra parte, como suplente para tomar el rol de pariente mayor, en el caso de que falleciera sin descendientes el primogénito. La estrategia para resolver los problemas de la sucesión preocuparon vivamente a los parientes mayores de los linajes de caballeros toledanos, como a todos los nobles de la época; cuando el número de hijos era elevado, los problemas podían acrecentarse de modo preocupante, siendo éste el caso del caballero Payo de Ribera, fundador de una de las más ilustres casas caballerescas toledanas de fines del Medievo.

El mariscal Payo de Ribera desarrolló una estrategia que podía resultar peligrosa; su nivel patrimonial le permitía fundar dos o más mayorazgos, pero prefirió crear uno solo, muy notable, en favor de su hijo Perafán, potenciando así al primogénito. En 1447 el mariscal había fundado el primer mayorazgo<sup>249</sup> y quince años después, en 1462, lo modificó mejorándolo<sup>250</sup>. En esta última ocasión el mariscal Ribera tuvo la oportunidad de fundar un segundo mayorazgo, al menos, en favor de su segundogénito Diego de Ribera; sin embargo, no modificó la voluntad expresada en el primer mayorazgo, en el cual se trazaban claramente los caminos a seguir por cada uno de

---

Madrid, 1991, p. 164-165, y P. CONTAMINE, "Siglos XIV-XV", *El individuo en la Europa feudal*, Madrid, 1991, p. 120-121. Se puede pensar que la estancia de los segundones podía prolongarse indefinidamente en los linajes de caballeros más modestos.

<sup>249</sup>. Se conserva un traslado de esta fundación en A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 8 vto. – 28 r.

<sup>250</sup>. Un traslado de edsta modificación se encuentra en A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 7 r. – 41 vto.

los hijos varones del otorgante: Perafán, Diego y Vasco. Al primero, por ser el primogénito, le correspondía el extraordinario lote que señalaba la fundación de 1447 y que aún acrecentaba la de 1462; el inmenso patrimonio que había de pasar vinculado a sus manos podía despertar recelos en sus hermanos varones, porque la notabilidad de la fortuna del padre común les había de convertir, necesariamente, en hombres ambiciosos. Por esta razón, el mariscal Payo programó un futuro venturoso para Diego y Vasco ya desde el momento de fundar el mayorazgo de 1447, porque en la misma fecha en que se otorgó este documento, Diego, Vasco, Doña Marquesa (madre de los dos) y las hermanas de los mismos dieron su aprobación explícita a la fundación del vínculo que elevaría a Perafán muy por encima de todos ellos social y económicamente<sup>251</sup>.

Para conformar a los otros hijos, Payo de Ribera, condicionaba la toma de posesión del mayorazgo por parte de Perafán al pago de ciertas cantidades de dinero a sus hermanos y a la cesión temporal de ciertas rentas que producían los bienes vinculados<sup>252</sup>, pero lo más trascendental para la conformidad de Diego y Vasco es el camino alternativo que se les trazó. Payo de Ribera les transfería, mediante la fundación de mayorazgo y a través de otros documentos que desconocemos, algunos bienes y rentas, pero no suficientes para alcanzar y mantener el estatus social al que los segundogénitos Ribera aspiraban, de modo que el padre procuró para sus hijos la toma de rentas ajenas al linaje que la Monarquía, la Iglesia y las órdenes militares estaban dispuestas a ofrecer.

En 1455 se nos manifiesta la primera renta de origen ajeno que beneficia a estos

---

<sup>251</sup>. La aprobación, que no constituía un requisito fundamental para la fundación, aunque sí una garantía más para su cumplimiento pacífico, se conserva (en un traslado del siglo XVI) en A.H.N., Consejos, leg. 29766, n° 6, fol. 28 r. – 33 r.

<sup>252</sup>. En la fundación se señala el pago de 400.000 mrs. de Perafán a sus hermanos y hermanas, más la cesión de las rentas de Valdepusa durante los cinco primeros años tras la muerte del padre; a la madre, doña Marquesa, le habían de ser cedidas vitaliciamente las rentas de los molinos del Corralejo; vid. fundación citada.

segundogénitos: 5.400 mrs. como ración anual por su oficio de doncel en favor de Diego de Ribera<sup>253</sup>. El hecho de que este joven caballero fuera doncel del también joven rey expresa la temprana determinación de la carrera que Diego iba a seguir, como se deduce de la nitida definición que de este “oficio” cortesano hace el profesor García de Valdeavellano: “*Los donceles o escuderos eran los adolescentes nobles que, criados o educados por un caballero o al servicio del mismo, llevaban los escudos y otras armas para aprender a usarlas y que de esta manera se preparaban para profesar más tarde en la Orden de Caballería*”<sup>254</sup>. El libramiento de un salario de doncel nos está indicando que Diego, hijo segundo de Payo, había sido enviado muy joven a la Corte para formarse en las armas, al lado del príncipe don Enrique, para servirle perpetuamente. Y el servicio lo prestaría más tarde como miembro de una orden militar, en particular como comendador de Monreal<sup>255</sup>. Pero aún percibiría el caballero Diego de Ribera otras rentas de la Corona por el oficio de caballerizo mayor del rey, cuya titularidad sería ejercida desde el conflictivo año de 1466<sup>256</sup>.

La conformidad de Vasco Ramírez de Ribera, tercer hermano, se logró mediante su incorporación a la carrera eclesiástica y cortesana, un camino de éxitos que fue coronado con la titularidad, al final de su vida, del obispado de Coria, la presidencia del Consejo de los Reyes

---

<sup>253</sup>. El pago de 1455 ordenado por los contadores mayores del rey se conserva en A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 2, fol. 421.

<sup>254</sup>. L. GARCÍA DE VALDEAVELLANO, *Curso de Historia de las instituciones españolas. De los orígenes al final de la Edad Media*, Madrid, 1986 (se trata de una de las múltiples reimpresiones de la edición de 1968), p. 324.

<sup>255</sup>. Como comendador de Monreal encontramos a Diego de Ribera en su testamento, otorgado el 15 de julio de 1486; vid. esta escritura en la biblioteca del Instituto “Valencia de Don Juan”.

<sup>256</sup>. Así lo observamos por la orden real a los contadores mayores fechada el 3 de febrero de aquel año; vid. A.G.S., E.M.R., Q.C., leg. 2, fol. 422.

Católicos y el oficio de inquisidor mayor<sup>257</sup>. Con el estatus alcanzado por los segundogénitos del mariscal Payo no era posible que ninguno de ellos rompiera la concordia: la vía de la caballería, la Corte y la Iglesia permitían utilizar una válvula de escape de tensiones que, de otra forma, hubieran sido inevitables; las rentas de las órdenes militares, la Monarquía y la Iglesia permanecían abiertas para su absorción por parte de los elementos que podrían resultar discolos a los linajes caballerescos.

### *B. Las mujeres: esposas, viudas y monjas*

Del mismo modo que se buscaba una salida para los ambiciosos segundogénitos, se trazaba un camino para el futuro de las mujeres del linaje, más que para evitar tensiones, para lograr objetivos concretos, con fines políticos a veces muy evidentes. Lo más aconsejable para el linaje era encontrar para sus elementos femeninos un enlace matrimonial que pudiera servir a los intereses del grupo, sin pensar, desde luego, en otras cuestiones, ya que las mujeres nobles de la época carecían de cualquier capacidad para elegir marido; ésta era una decisión que correspondía al pariente mayor del linaje, y no una decisión irrelevante, ya que una buena política matrimonial garantizaba el mantenimiento y la potenciación del poder del linaje en su entorno social<sup>258</sup>. Mediante las capitulaciones matrimoniales las mujeres nobles pasaban de unos linajes

---

<sup>257</sup>. Estas actividades de Vasco Ramírez se conocen por su testamento, fechado el 3 de enero de 1489, que se conserva en el manuscrito Egerton del British Museum.

<sup>258</sup>. M. C. GERBET, *La noblesse....*, cit., p. 172. Sobre estas realidades resultan interesantes las reflexiones de I. BECEIRO, "La mujer noble en la Baja Edad Media castellana", *La condición de la mujer en la Edad Media*, Madrid, 1986, p. 302-303; y de C. OPITZ, "Vida cotidiana de las mujeres

a otros, según una norma que Claudia Opitz denomina “patrilocalidad”, que garantizaba a los varones la permanencia en su medio, siendo las mujeres las que cambiaban su domicilio, trasladándose en ocasiones a lugares lejanos y extraños para ellas<sup>259</sup>. Marie Claude Gerbet ha mostrado que cuanto mayor era la categoría nobiliaria de la contrayente, más amplio resultaba el desplazamiento que tenía que realizar al contraer matrimonio<sup>260</sup>; esto se debe al hecho de que los grandes linajes nobiliarios, a través de las capitulaciones matrimoniales, podían establecer vinculaciones con casas muy lejanas, porque su ámbito de poder no se limitaba a una entidad local.

Sin embargo, los caballeros toledanos solían buscar vínculos dentro de la ciudad, de modo que, con frecuencia, las mujeres que casaban con otros caballeros no se desplazaban más que unas decenas de metros a partir del hogar originario, aunque, eso sí, cambiaban la fidelidad a su padre por la fidelidad a su marido y se convertían en miembros de un linaje diferente. Solía darse el caso de que al casar con un caballero de origen extraño, se concebía el matrimonio como una alianza con un nuevo toledano; así ocurrió con Marina de Rojas al casar con Alonso de Cáceres, con Sancha de Guzmán al casar con Garcilaso de la Vega, o con Juana Díaz de Tordelobos al casar con Rodrigo Niño I. Fueron bastante frecuentes también los matrimonios entre dos cónyuges más radicalmente toledanos, como puede ser el caso de Martín Vázquez de Rojas y Leonor de Ayala, Rodrigo Niño III e Inés de Toledo o Aldonza de Ribera y Pedro Gómez Barroso.

Si exceptuamos la determinación que imponen las fundaciones de mayorazgo respecto a las normas onomásticas, el renombre que recibían los caballeros no estaba fijado más que por la

---

en la Baja Edad Media (1250-1500)”, *Historia de las mujeres, 2: La Edad Media*, Madrid, 1992, p. 330.

<sup>259</sup>. C. OPITZ, op. cit., p. 331.

<sup>260</sup>. M. C. GERBET, *La noblesse....*, cit., p. 173.

costumbre, y si observamos las denominaciones de los miembros de los linajes caballerescos, advertimos enseguida un síntoma inequívoco del predominio del varón, pues la inmensa mayoría de los descendientes directos de los matrimonios reciben el renombre del padre y no de la madre: todos los hijos que conocemos de Fernán Pérez de Guzmán y de doña Marquesa de Avellaneda llevan el renombre Guzmán; todos los descendientes de Pedro López de Padilla y de Leonor Sarmiento llevan el de Padilla a través de varias generaciones; sólo en casos de clara superioridad del linaje de la esposa predomina el renombre de ésta, como se observa en los descendientes de Marina de Rojas y Alonso de Cáceres<sup>261</sup>.

La mujer noble padecía una consideración muy deficiente desde nuestro punto de vista, pues estaba obligada a cumplir ciertos deberes que al varón no se le imponían. La esposa noble debía garantizar la legitimidad de la descendencia, por lo que la fidelidad conyugal era una condición indispensable para no ser inmediatamente repudiada y castigada. Además, se le exigía un exquisito cumplimiento de sus funciones fisiológicas como esposa y madre: la cópula, la gestación, el parto y la crianza de los hijos<sup>262</sup>. El marido, agradecido por la sumisión de su mujer, había de preocuparse por el bienestar de ésta cuando él moría antes, lo que ocurría con bastante frecuencia; lo hacía garantizando a la viuda una existencia digna, concediéndole el usufructo de ciertos bienes que normalmente eran los que pasaban a manos del primogénito: así lo observamos en la fundación de mayorazgo de Payo de Ribera, en el cual se expresa (se recuerda) que el mariscal había ordenado en su testamento que a doña Marquesa, su mujer correspondiera vitaliciamente la renta de unos molinos<sup>263</sup>.

---

<sup>261</sup>. Para contemplar estas afirmaciones véanse los árboles genealógicos del apéndice de este capítulo.

<sup>262</sup>. Así lo muestra S. VECCHIO, "La buena esposa", *Historia de las mujeres, 2: La Edad Media*, Madrid, 1992, p. 151-152.

<sup>263</sup>. A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 8 vto. – 28 r. En la modificación del mayorazgo de 1462,



Las hijas que no contraían matrimonio solían ingresar en monasterios de Toledo, con el objeto de utilizar estas instituciones como apoyos que en determinados momentos podían ser eficaces para la acción política de los linajes, aunque no se puede negar el hecho de que el ingreso en la clausura de algún miembro del linaje expresaba también una devoción particular hacia alguna orden religiosa. La vinculación de linajes y monasterios toledanos tenía ya una larga tradición en el siglo XV, y se observa una relación estrecha entre determinadas sucesiones y algunas congregaciones: los Ayala con Santo Domingo el Real, los Ribera de Malpica con la misma fundación, o los Cervatos, los Gudiel y los Rojas con el monasterio de San Clemente<sup>264</sup>. Del mismo modo que el casamiento de una hija, con su dote, constituía un compromiso de solidaridad por parte del linaje del marido, la incorporación de una hija a un monasterio, también con su dote, significaba la garantía de contar con el apoyo de esta institución eclesiástica, sobre todo si el linaje podía llevar a la nueva monja hasta los más altos cargos de la congregación, como sucedió con Inés Alfón de Cervatos, hija de Martín Vázquez de Rojas y de Inés Alfón de Cervatos, que llegó a ser abadesa de San Clemente en las últimas décadas del siglo XV<sup>265</sup>.

---

el mariscal decidía transferir a su mujer una renta de 5.000 mrs. anuales, que más tarde pasaría al mayorazgo del primogénito Perafán; vid. A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 7 r. - 41 vto.

<sup>264</sup>. Se muestran muchos ejemplos de estas vinculaciones en el trabajo de B. MARTÍNEZ CAVIRÓ, *Conventos de Toledo*..., cit.

<sup>265</sup>. *Ibid.*, p. 72.

#### 4.4.2. Solidaridad externa: los bandos

Al tratar de las solidaridades externas del linaje caballeresco estamos observando los vínculos que se tejían en el ámbito urbano, entre unos y otros grupos familiares nobiliarios y entre todos ellos y el resto de la población toledana. Dejamos al margen las redes de solidaridad con el exterior de la ciudad y su Tierra porque éstas, aunque también actuantes en la realidad social y política toledana no eran estables y no se prolongaban demasiado en el tiempo. Los únicos vínculos relativamente estables, fuertes y determinantes en el devenir local eran los que se tejían en ámbito local, los que ligaban a personas y grupos de Toledo entre sí.

Establecida la “localización” de las redes de solidaridad hemos de diferenciar dos formas en que éstas se desarrollaban, teniendo en cuenta el nivel de los elementos vinculados: por un lado se trazaban vínculos que podemos llamar “horizontales” porque ligaban a personas y grupos pertenecientes a la nobleza; por otro lado, existían vinculaciones, tan necesarias como las anteriores, que denominaremos “verticales” porque relacionaban a personas y grupos de distinto nivel social, a caballeros con hombres buenos, e incluso con personas no libres.

##### *A. Clientelas caballerescas y estructuración de los bandos urbanos*

Suele emplearse el término “bando” para referirse a las facciones que se enfrentaban por la conquista del poder al final del Medievo, tanto a nivel general de la Corona de Castilla, como

en cada una de sus ciudades<sup>266</sup>. La doctora Gerbet diferencia dos clases de bando urbano: el “bando-linaje”, que agrupaba un conjunto de parientes y clientes, siendo característico de las ciudades de la Extremadura castellana en los primeros siglos de existencia de estos concejos; y el “bando-parcialidad”, que reunía a varios linajes nobiliarios con objetivos políticos comunes, al margen de su parentesco, con sus clientelas y otros grupos urbanos<sup>267</sup>. Este último es, precisamente, el tipo de bando que se desarrolló en Toledo durante el siglo XV y el comienzo del siglo XVI. Pero antes de contemplar cómo evolucionó la pugna entre estas peculiares asociaciones, conviene apuntar cómo se estructuraban internamente.

Hay que subrayar, en primer lugar, que el bando-parcialidad fue en Toledo una asociación de tipo político, que se formó con fines concretos en cada ocasión, siendo por ello una realidad dinámica, en constante transformación, aunque contara con elementos capaces de dotarle de cierta estabilidad. En segundo lugar, debemos apreciar que los bandos toledanos fueron siempre dos, surgidos el uno contra el otro, sin otra pretensión que la de someter al oponente y, por tanto, a una fase de fortalecimiento de sus estructuras seguía otra, a veces bastante prolongada, de

---

<sup>266</sup>. Sobre los bandos nobiliarios castellanos vid. L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Nobleza y Monarquía. Puntos de vista sobre la historia política castellana del siglo XV*, 2ª ed. corregida y aumentada, Valladolid, 1975, y M. I. DEL VAL VALDIVIESO, “Los bandos nobiliarios durante el reinado de Enrique IV”, *Hispania*, 129 (1975), p. 249-293. Las luchas de bandos locales son objeto de estudio de M. A. LADERO QUESADA, “Linajes, bandos y parcialidades en la vida política de las ciudades castellanas (siglos XIV y XV)”, *Bandos et querelles dynastiques en Espagne à la fin du Moyen Âge*, Paris, 1991, p. 101-134. Sobre bandos en otras ciudades, vid. M. A. CARMONA, “Luchas de bandos en Baeza”, *III Jornadas de Historia Medieval. La Península en la Era de los Descubrimientos. 1391-1492*, Sevilla, 1997, tomo II, p. 1301-1308; C. I. LÓPEZ BENITO, *Bandos nobiliarios en Salamanca al iniciarse la Edad Moderna*, Salamanca, 1983; P. A. PORRAS, “Los bandos señoriales de la ciudad de Jaén en los siglos XIV y XV”, *Senda de los Huertos*, IX (1988), p. 29-39; M. C. QUINTANILLA, “Estructura y función de los bandos nobiliarios en Córdoba a fines de la Edad Media”, *Bandos y querellas dinásticas en Córdoba a fines de la Edad Media*, Paris, 1991, p. 157-183; de la misma autora, “Política ciudadana y jerarquización del poder. Bandos y parcialidades en Cuenca”, *En la España Medieval*, 20 (1997), p. 219-250; y “Les confédérations de nobles et les bandos dans le Royaume de Castille au bas Moyen Age. L’exemple de Cordoue”, *Journal of Medieval History*, 16 (1990), p. 165-179. Para el caso de Toledo, vid. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit.

debilitamiento acusado.

Los bandos toledanos, dos siempre, cambiantes y caracterizados por la alternancia entre fases de pujanza y fases de desdibujamiento, se basaban en la solidaridad de personas y grupos que, como ya hemos observado, se vinculaban por circunstancias políticas. Los bandos eran asociaciones multitudinarias pero marcadamente jerarquizadas: estaban lideradas por los parientes mayores de los dos linajes más poderosos de la ciudad: el de los Ayala y el de los Silva, elementos sobre los que giraban las relaciones que hacían posible la existencia misma de la parcialidad. El pariente mayor Silva o Ayala era seguido, en primer lugar, por todos los miembros de su linaje y por los grupos de personas que vivían a su servicio de forma estable. A cada uno de estos clanes de ricoshombres rectores se vinculaban varios linajes de caballeros, con toda su clientela y, en ocasiones, otros diversos grupos urbanos y rurales.

Así pues, los bandos estaban formados por dos elementos complementarios: uno inestable en la cúspide, que respondía a alianzas circunstanciales entre los poderosos; y el otro estable, en la base, sostenido por los sólidos vínculos que cada uno de los poderosos arrastraba tras de sí. Es éste el momento de recordar los vínculos “horizontales” y “verticales” a los que más arriba nos hemos referido; los primeros se identifican con las asociaciones trazadas entre los linajes de ricoshombres y caballeros, acuerdos coyunturales en la mayoría de las ocasiones; los segundos son los vínculos que relacionaban a los linajes con elementos de inferior categoría social, unas alianzas mucho más estables que configuran las clientelas de los grupos de parentesco nobiliarios. Cabe ahora preguntarse cómo se estructuraban estas redes de solidaridad estables, las “clientelas”, que son el cimiento mismo del bando urbano<sup>268</sup>.

---

<sup>267</sup>. M. C. GERBET, *La noblesse*..., cit., p. 203-205.

<sup>268</sup>. Hemos estudiado en otra ocasión la red de alianzas “verticales” de un linaje nobiliario; vid. “La solidaridad...”, cit.. En el presente epígrafe seguiremos, en parte, el modelo de análisis que

Los linajes caballerescos mantenían un grupo más o menos numeroso de personas que les servían de modos diversos: gestionando el señorío, guerreando o defendiendo con las armas la persona del pariente mayor o redactando documentos, por poner algunos ejemplos. El tipo de servicio que ejercían estas personas no resulta determinante para establecer una clasificación, dado que sus funciones no se restringirían demasiado. Si es oportuno señalar que algunos de estos servidores eran tratados de un modo que expresa una vinculación afectiva respecto a los caballeros muy peculiar: son los criados.

El término “criado” no ha sido concebido por la Historiografía de una forma unívoca. María del Carmen Carlé considera que se puede denominar “criado”, refiriéndonos al final del Medievo, a cualquier persona cuya crianza era encomendada a quien no era su progenitor, advirtiéndole que bajo esta acepción se admitiría como tal al hijo de padres acaudalados que era atendido por una ama o amo en sus primeros años, y es un hecho que a esta persona no se le puede denominar “criado”, ya que esta expresión implicaba cierta inferioridad social respecto al “criador” y no era éste el caso<sup>269</sup>. Marie Claude Gerbet propone una concepción de significado más extenso, considerando “criado” a cualquier persona que servía en la casa de otra; bajo esta definición cabría el esclavo, el gestor del patrimonio ajeno, el hombre que sirve con las armas o con una formación intelectual específica, a cualquiera que servía dentro del ámbito doméstico y que estaba ligado a su “señor” de uno modo muy particular, marcadamente afectivo<sup>270</sup>. Esta afectividad puede ponerse en relación con una larga trayectoria en el ámbito de la Casa a la que atendía, quizá a una “crianza” en ella, sin que por ello haya que suponer un alejamiento de los

---

proponíamos en aquel trabajo.

<sup>269</sup>. M. C. CARLÉ, “La sociedad castellana del siglo XV: los criados”, *Cuadernos de Historia de España*, LXIX (1987), p. 110.

<sup>270</sup>. M. C. GERBET, *op. cit.*, p. 312.

propios padres, ya que los hombres al servicio de casas nobiliarias podían perfectamente ver crecer a sus propios hijos junto a los del linaje para el que trabajaban.

Resulta interesante poner en relación a los criados con aquellos servidores que a comienzos del siglo XIV se incluían bajo la denominación de “vasallos y apanaguados de los caballeros de Toledo” y que fueron eximidos del pago de pechos por el rey Fernando IV<sup>271</sup>. Es posible que este privilegio real fomentara la adhesión de los servidores a quienes habían de servir, y que empujara al engrosamiento de las filas de servidores en las casas nobiliarias. Parece seguro, en todo caso, que en Toledo proliferaron los criados o domésticos que encontraban protección junto a los caballeros; algunos de estos criados llegaron a lograr una capacidad económica considerable, pero, a pesar de ello, se mantenían a la sombra de los caballeros porque resultaba más cómodo, ya que de este modo permanecían a salvo del pago de pechos, dado que no solían tener la condición de vecinos de Toledo<sup>272</sup>. Los caballeros, por su parte, se sentían respaldados, a veces incluso económicamente, por estos acaudalados criados, de modo que el mantenimiento de la vinculación resultaba beneficiosa para ambas partes y servía a los linajes caballerescos para formar poderosas clientelas en torno a sí.

Un modo de constatar el prestigio y el poder de un caballero es el establecimiento del número y la calidad de sus criados y del volumen de su servidumbre. No podemos conocer con precisión este aspecto de los linajes caballerescos de Toledo, pero sí podemos entresacar de la documentación de que disponemos algunos datos que expresan fidelidades, tipos de servicio y

---

<sup>271</sup>. Nos estamos refiriendo a la exención que Fernando IV otorgó en 1303, por la que concedía este privilegio a quienes servían a los caballeros, pero también a los hombres buenos de Toledo; vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 4, nº 2, pza. 1.

<sup>272</sup>. Conviene recordar en este punto la exención de pecho de la que disfrutaban los vecinos de Toledo, como más arriba se ha señalado en más de una ocasión. Por otra parte, hay que señalar que esta clientela no se reducía al servicio doméstico, sino que podía extenderse por toda la Tierra, según la forma de vasallaje que se ha estudiado en el título 4.2.2.

formas de relación que se desarrollaban entre los caballeros y su servidumbre, en la más amplia acepción de este término. Había criados que contaban con capacidad económica para prestar sumas importantes de dinero y otros bienes a sus protectores: Inés de Ayala, la poderosa benefactora del monasterio de Santo Domingo el Real, reconocía en 1395 una deuda que había contraído con el judío Abraham aben Cota, su criado, por una mula y una suma de dinero que había adquirido de él, lo que sumaba una cantidad de 4.800 mrs.<sup>273</sup>. Este testimonio muestra, por otra parte, que había judíos que pertenecían a la clientela de nobles poderosos, progresando económicamente a su sombra para emprender más tarde, ya como conversos y vecinos de Toledo, un camino de progreso que les llevaría a actuar incluso cerca de la Monarquía.

Encontramos muchos criados cumpliendo misiones de gestión patrimonial para los caballeros, actuando en su nombre para contratar compraventas, permutas o particiones de bienes. Un ejemplo de este tipo de servicio lo encontramos, por ejemplo, en una carta de poder que el mariscal Diego Fernández, señor de Baena y Casarrubios, marido de Inés de Ayala, nieta de la otra Inés de Ayala anteriormente citada: el mariscal apoderaba en 1402 a su criado García Álvarez de Madrid para que actuara en la partición de los bienes que había dejado Pedro Suárez de Toledo, padre de la primera Inés e hijo de la segunda<sup>274</sup>. Este tipo de servidor doméstico es el que más frecuentemente aparece en la documentación, dado que son los agentes de las operaciones económicas quienes han dejado una huella más profunda en nuestros archivos; se trata de hombres de letras, sin duda, ya que se encontraban preparados para examinar contratos de diversos tipos,

---

<sup>273</sup>. Así lo expresa doña Inés, viuda del alcalde mayor Diego Gómez de Toledo, hermana del Canciller Ayala y suegra del adelantado Perafán de Ribera; vid. A.S.D.R., nº 102. Hay que llamar la atención sobre el renombre del criado judío, Cota, porque probablemente este Abraham constituye el tronco de la poderosa familia de conversos Cota, cuyo protagonismo en la historia toledana del siglo XV es indiscutible.

<sup>274</sup>. El apoderamiento otorgado por el señor de Baena se inserta en la partición de bienes que tuvo lugar en 1503; vid. A.H.N., Clero, leg. 7367, nº 4.

con todo lo que ello implicaba: el dominio de operaciones matemáticas, el conocimiento de los términos en que se expresaban los contratos, la constatación sobre el terreno de la veracidad de las mediciones que se establecían para los inmuebles urbanos y rurales que eran objeto de traspaso, entre otras cuestiones.

Las clientelas de los caballeros de Toledo debían tener una amplitud variable, pero siempre mucho menor que las de los ricoshombres, pues encontramos alusiones más frecuentes a los criados de los Ayala, por ejemplo, de potentados de fuera de Toledo, como Álvaro de Luna o Gómez Manrique, o de la propia Monarquía, al margen de los clientes de instituciones como órdenes militares, iglesias y monasterios<sup>275</sup>. En el otro extremo, hay que suponer la existencia de numerosos caballeros sin clientela. La percepción del volumen de las clientelas de los linajes, nos muestran la capacidad de acción política de éstos y las multitudes que los acuerdos entre varios clanes nobiliarios podían llegar a arrastrar. Así, podemos observar los bandos urbanos como auténticos ejércitos potenciales formados por varios cientos de personas que se encontraban vinculadas por fuertes lazos de parentesco, amistad o fidelidad, ligadas por obligaciones recíprocas de protección que podían degenerar, sin grandes dificultades, en conflictos armados de cierta intensidad, aunque no demasiado sangrientos, como más adelante tendremos ocasión de observar.

Los bandos toledanos estaban liderados, ya lo hemos mencionado, por el pariente mayor del los linajes dirigentes de la ciudad: Ayala y Silva, con toda su parentela y su clientela, lo que suponía ya un buen número de personas. Mediante acuerdos diversos, como capitulaciones matrimoniales que vinculaban a estos linajes con los de caballeros, o circunstanciales

---

<sup>275</sup>. Sobre criados del linaje Ayala vid. A.S.C., carp. 29, nº 5 y A.H.P.T., Protocolos, nº 16352/45. Sobre los que servían a don Álvaro de Luna en Toledo, vid. A.G.S., R.G.S., 1480, V, fol. 36 (documento éste confirmatorio de una donación fechada en 1436). Acerca de criados de Gómez Manrique, vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15986, fol. 231 r. – 232 r. Documentos sobre criados de



confederaciones, ligas o simples pactos, se constituía la cúpula del bando, capitaneado por los parientes mayores de varios linajes. Cada uno de estos clanes aportaba su parentela, que podía ampliarse a los linajes de hermanos menores y sobrinos, si es que éstos los habían creado, pero además los parientes mayores de las casas caballerescas arrastraban tras de sí a sus criados, protegidos y servidores: hombres de armas, hombres de letras, domésticos, gestores de todo tipo e incluso esclavos, todos ellos con sus propias parentelas.

Ante conflictos entre dos pequeños grupos, los bandos se convertían, rápidamente, en auténticas muchedumbres de gentes dispuestas a combatir, sin pestañear, a la llamada de la persona a la que prestaban servicio, con todos sus medios materiales y con el ímpetu que proporcionaba la fidelidad debida. Pero tan rápidamente como se constituían estos bandos, por el acuerdo de los poderosos, se dispersaban cuando los objetivos de éstos dejaban de ser coincidentes; no obstante, cuando el conflicto se apaciguaba, la estructura de los bandos, al nivel de sus cimientos, permanecía latente, porque las fidelidades particulares no desaparecían.

La facilidad con que se estructuraban los bandos en Toledo permitía a los poderosos utilizar para su beneficio estas complejas redes de solidaridad. Al final del Medievo los bandos se hicieron presentes solamente en las ocasiones en que se desarrollaba un conflicto agudo de reparto de poder entre los linajes nobiliarios, de modo que la mayor parte del tiempo sólo permanecían las parcialidades en estado latente. Por la naturaleza de las luchas que protagonizaron los bandos toledanos podemos establecer una periodización de éstas en tres fases:

- etapa de bandos en formación, uno liderado ya por los Ayala y otro sin líder nítido, que se desarrolla hasta mediados del siglo XV;
- fase de pugna entre Ayala y Silva, que llega hasta comienzos del siglo XVI; y

- una tercera fase en que el conflicto, ya atenuado, se produce entre los linajes establecidos y los que buscan una posición similar, cuyo máximo exponente es, sin duda, la vertiente local del movimiento comunero.

### B. *La lucha de bandos toledanos en el reinado de Juan II*

Durante la primera mitad del siglo XV tuvieron lugar algunos enfrentamientos en el seno de la oligarquía toledana, pero estas luchas, aunque fácilmente detectables, no resultan tan sencillas de analizar, ya que no es posible identificar con precisión los grupos que se enfrentaban en ellas. El primer choque se produjo durante la minoridad de Juan II y bajo la regencia del infante don Fernando; nos referimos al conflicto que tuvo como resultado la creación, en 1411, del primer Gobierno municipal toledano restringido a un número concreto de representantes. Pero esta reforma, que pretendía evitar los tumultos producidos en las reuniones municipales “*por fazerse el regimiento en ella por grande muchedumbre de gente ayuntada para ello*”<sup>276</sup>, no implica la existencia de luchas entre facciones, sino tumultos entre grupos enfrentados por problemas concretos del quehacer cotidiano de la Ciudad. Es posible que, dado que la nueva corporación gubernativa se repartió entre caballeros y hombres buenos por igual, se produjera algún

---

<sup>276</sup>. Así lo expresaba el monarca en el “Ordenamiento de 1411”, que ha sido repetidamente citado en los capítulos anteriores. La publicación de este extenso ordenamiento se debe a E. SÁEZ, “Ordenamiento dado a Toledo por el infante don Fernando de Antequera, tutor de Juan II, en 1411”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XV (1944), p. 499-556. La cita que hemos insertado se encuentra en p. 506.

desacuerdo importante entre ambos estamentos políticos, los cuales gobernaban conjuntamente Toledo desde tiempo atrás, como ya hemos tenido ocasión de comentar.

La primera ocasión en que se vislumbra con claridad una pugna entre bandos tiene lugar en el contexto de las luchas nobiliarias que acompañaron la llegada a la mayoría de edad de Juan II. En julio de 1420 se iniciaba este enfrentamiento, cuando el infante don Enrique se apoderó del rey y de toda su Corte en Tordesillas, con el fin de imponer su propia influencia y favorecer al sector de la nobleza que le apoyaba<sup>277</sup>. En la facción del infante figuraban el alcalde mayor de Toledo Pedro López de Ayala, hijo del canciller del mismo nombre, y el alguacil mayor de Toledo Pedro Carrillo<sup>278</sup>. Liberado el rey de su secuestro en Talavera, por obra de su privado don Álvaro de Luna, y amenazado el infante don Enrique por la aproximación de las tropas de su hermano el infante don Juan, el secuestrador se dirigió a Ocaña, importante fortaleza de la Orden de Santiago cuyo maestre era el mismo don Enrique. En su marcha, el infante encontró cerradas las puertas de Toledo<sup>279</sup>.

En este suceso se detecta con claridad el enfrentamiento entre facciones toledanas: en el interior de la ciudad se había impuesto un grupo de caballeros hostil al alcalde y al alguacil mayores, tomando partido por el infante don Juan y por don Álvaro de Luna. Para estos caballeros lo fundamental no era el triunfo de estos dos ricoshombres en sus pugnas cortesanas

---

<sup>277</sup>. Sobre los enfrentamientos entre facciones nobiliarias en esta época vid. L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Nobleza y Monarquía*..., cit. Sobre los parientes del rey Juan II, que protagonizan los sucesos de los que ahora nos ocupamos, vid. E. BENITO, *Los infantes de Aragón*, Pamplona, 1952.

<sup>278</sup>. Ambos figuran entre los sitiadores del castillo de Montalbán, donde se habían refugiado Juan II, Álvaro de Luna y otros caballeros que habían escapado del infante don Enrique; vid. *Crónica de don Álvaro de Luna, condestable de Castilla, maestre de Santiago*, ed. de J. M. Carriazo, Madrid, 1940, p. 43.

<sup>279</sup>. Así lo relata la "Crónica de don Juan el segundo", *Crónicas de los Reyes de Castilla*, ed. de C. Rosell, Madrid, 1953, tomo II, año 14º, cap. XI, p. 396.

sino la contención de dos altos oficiales toledanos que se estaban imponiendo sobre el grueso de la caballería; adivinamos la presencia de lo más granado de las viejas estirpes toledanas tras la rebeldía de la ciudad frente a sus más altos dignatarios, puesto que algunos de sus renombres (Roelas, Gudiel, Barroso) aparecen entre los primeros regidores al término de este conflicto. Ayala y Carrillo siguieron al lado del infante don Enrique algún tiempo, y Juan II aprovechó las diferencias entre los toledanos para imponer una nueva forma de Gobierno restringido mucho más fácilmente controlable por la Monarquía: el Regimiento de dieciséis miembros que ya hemos estudiado. Sin duda, Juan II contó con el apoyo de los linajes toledanos para constituir el nuevo Gobierno municipal, que beneficiaría los intereses de ambas partes, ya que algunos de las regidurías fueron otorgadas a insignes miembros de los linajes: Pedro Gómez Barroso, Fernando Niño, Martín Vázquez de Rojas y Juan Gudiel de las Roelas<sup>280</sup>.

El conflicto de 1420-1422 enfrentó a dos asociaciones de personas de diversa condición lideradas por la nobleza, dos bandos, aunque aún no claramente estructurados: sabemos que en uno de ellos había ya un líder concreto: el alcalde mayor Pedro López de Ayala, con el que los Carrillo, parientes suyos, colaboraban abiertamente. En el otro bando no es posible conocer si había un líder; parece evidente que esta parcialidad reunía un conjunto de linajes, pero difícilmente podía destacarse una cabeza en ella, puesto que no existe ninguna estirpe de las que formaban el bando que pudiera someter a las demás bajo su autoridad. El enfrentamiento entre el ya estructurado bando de Ayala y la facción opositora, sin cabeza visible, volvería a repetirse dos décadas después, de nuevo en el contexto de las luchas castellanas protagonizadas por la alta nobleza, pero esta vez encontraría la parcialidad sin líder una cabeza, un hombre extraño a la

---

<sup>280</sup>. Conocemos el nombre de los dieciséis primeros titulares por el cronista P. ALCOCER, *Historia o descripción de la ciudad de Toledo con todas las cosas acontecidas en ella, desde su principio y fundación*, Toledo, 1554, edición facsímil en Toledo, 1973, fol. LXXVI, y por el *Libro de la razón*..., cit., debido a la pluma del regidor toledano del Seiscientos Juan de Toro.

Ciudad utilizado por los oligarcas como punta de lanza en su presión sobre Ayala y los suyos: este hombre es Pedro Sarmiento.

Nuevamente Toledo respondió al enfrentamiento entre don Álvaro de Luna y los infantes de Aragón, que libraban desde tiempo atrás una lucha sorda por la imposición en la Corte de Juan II. La pugna se convertiría en abierta desde 1440<sup>281</sup>. El alcalde mayor y los suyos se adhirieron al bando de los infantes; otros caballeros, fieles al condestable don Álvaro, serían expulsados de la ciudad en marzo de 1440<sup>282</sup>. Hasta la batalla de Olmedo, Toledo fue dominado por el bando de los Ayala, cuyo líder, en abril de 1445 recibió de Juan II un estado señorial de notable relevancia en la Tierra de Toledo, en claro perjuicio de la Ciudad<sup>283</sup>. Esta merced agudizaba la oposición de la oligarquía toledana al alcalde mayor, circunstancia que el rey aprovechó para introducir una nueva cuña de su poder en la Ciudad, mediante el envío de Pedro Sarmiento, su repostero mayor, como asistente de Toledo, cuya misión se volcó enseguida contra los Ayala y contra sus aliados los Carrillo y Rivadeneira<sup>284</sup>. No asumió Sarmiento la función arbitral que correspondía a su oficio, convirtiéndose muy pronto en portavoz de la facción adversa a Pedro López de Ayala. Juan II quiso detener el liderazgo que ejercía Sarmiento en uno de los bandos

---

<sup>281</sup>. Los pormenores de este enfrentamiento se pueden encontrar en el relato analítico de L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, "Del seguro de Tordesillas a la batalla de Olmedo", *Los Trastámaras y la unidad española*, Madrid, 1980, p. 377-387.

<sup>282</sup>. Este detalle lo conocemos por la *Crónica del Halconero de Juan II*, ed. de J. M. Carriazo, Madrid, 1946, p. 319-320, que, lamentablemente, no detalla quiénes eran estos caballeros exiliados.

<sup>283</sup>. Ya nos hemos referido a la fundación del señorío de los Ayala, cuyo hito fundamental, la concesión de la jurisdicción de varios lugares, se conserva en A.N., A.D.F., Fuensalida, leg. 278, nº 1 y 2.

<sup>284</sup>. La actuación del asistente nos es bien conocida gracias a los trabajos de E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 33-59; "Pero Sarmiento y la rebelión toledana de 1449", *Revista de la Universidad de Madrid*, V (1956); y "Don Pero Sarmiento, repostero mayor de Juan II: datos biográficos-documentales", *Hispania*, XVII (1957), p. 483-504. En ellos se desarrolla con gran claridad el relato y comentario de los sucesos de aquellos años, por lo cual aquí nos limitamos a seguir su discurso.

toledanos en pugna, pero el caballerizo desoyó sucesivas advertencias regias e impidió al alcalde mayor durante más de tres años, con el apoyo de la mayor parte de los linajes locales, tomar posesión de su señorío.

En 1449 el bando apoderado de la ciudad empleó por vez primera la demagogia antisemita en la lucha. La persecución y el linchamiento de conversos, por parte de la masa popular, serían asumidos en el verano de aquel año por el asistente al promulgar la norma jurídica que conocemos como “Sentencia-Estatuto de Pedro Sarmiento”<sup>285</sup>, que excluía a los conversos del ejercicio de oficios públicos municipales. Con esta medida, los enemigos de Ayala, al tiempo que ganaban al grueso de la población para su causa, conseguían desalojar de la Ciudad a algunos de sus elementos para poder así disponer de los oficios que quedaban vacantes. Pero cuando los instintos del pueblo, que en el converso veía al arrendador de impuestos y al acreedor, fueron salvajemente satisfechos y la ciudad fue cercada por las tropas del rey y del condestable, Sarmiento fue perdiendo todo su prestigio, debiendo abandonar Toledo vergonzosamente al final de aquel mismo año 1449. La pacificación de la ciudad exigía a Juan II el perdón a los rebeldes y la reposición de Pedro López de Ayala en su antigua preeminencia.

Esta vez, el viejo Ayala había logrado su objetivo, convirtiéndose en señor de Guadamur y otros lugares; los Carrillo habían consolidado su señorío de Layos y Cuerva; los Rivadeneira, la jurisdicción sobre Caudilla. La lucha se había librado entre un reducido grupo, aunque muy poderoso, de linajes con jurisdicción sobre lugares, frente a un amplio conjunto de estirpes que defendían la autoridad urbana, aunque alguno de ellos hubiese arrancado ya algún territorio a la Ciudad; posiblemente se hallan ocultos tras el aguerrido asistente Sarmiento los antiguos linajes

---

<sup>285</sup>. La “sentencia-estatuto” ha sido repetidamente publicada, entre otros por A. MARTÍN-GAMERO, *Historia de la ciudad de Toledo, sus claros varones y sus monumentos*, Toledo, 1862, p. 1036-1040. Sobre el efecto en su tiempo y la polémica que desató, vid. E. BENITO, “La Sentencia-Estatuto de Pedro Sarmiento contra los conversos toledanos”, *Revista de la Universidad de Madrid*, 22-23 (1957),

toledanos que ya habían conseguido regidurías en el nuevo Gobierno municipal, estirpes que habían perdido la primacía frente al arrogante alcalde mayor. Se puede pensar en los Barroso, en los Palomeque, en los Guzmán de Batres quizá, pero nada parece seguro, pues todo el bando se oculta tras el todopoderoso asistente. Aunque Sarmiento estuviera movido por ambiciones personales que no logró, hemos de observarlo como instrumento al servicio de ese conjunto de caballeros que, sin un líder local señalado, se oponían al encumbramiento de Ayala; un bando que, después de la derrota de 1449 se presentaría con mayor nitidez, tomando como líder a un linaje que progresivamente se iba sumergiendo en los conflictos locales de Toledo: los Silva. Pero al tiempo que se estructuraba más “verticalmente”, este grupo perdía su esencia como representativo de la caballería local; es un hecho que desde que se consolidaron los dos bandos bajo el liderazgo de los Ayala y los Silva, se impuso el predominio de los intereses personales y familiares sobre los objetivos corporativos.

### *C. Los bandos “clásicos” en la segunda mitad del siglo XV*

La segunda fase de la lucha de bandos es la que nos impone el modelo; se trata de un período en que las parcialidades toledanas se encuadraron definitivamente bajo la autoridad de los dos linajes más poderosos: el de Silva y el de Ayala. Fueron éstos dos linajes implicados en luchas nobiliarias de mayor alcance territorial, en los conflictos que conmocionaron la Corona de

Castilla bajo el reinado de Enrique IV<sup>286</sup> y que, bajo los Reyes Católicos, serían paulatinamente sofocadas, aunque estallaron de nuevo, con gran violencia, a la muerte de Felipe el Hermoso, en 1506. Hemos denominado “clásicos” a los bandos de este período porque son los que han pervivido en el recuerdo historiográfico local, pero además porque sus luchas responden al modelo de conflicto local de la época, tratándose de facciones perfectamente estructuradas, que se conectan con el exterior y que, a falta de programa alguno de gobierno, tenían como único objetivo el sometimiento del bando opuesto y la imposición de sus propios elementos. Así fue la realidad, porque la solución de sus diferencias se logró a través de la violencia y las sucesivas pacificaciones de Toledo no consistieron más que en la suplantación de un bando por el otro.

Se puede apreciar cierta continuidad en algunas vinculaciones a lo largo de los conflictos, plasmada fundamentalmente en el apoyo que a los Silva prestaron siempre sus colaterales los Ribera de Montemayor y en la continuidad, al menos en una primera fase, de los Carrillo y los Rivadeneira en el bando de Ayala. Entre los contendientes se alzaron algunas personas, cercanas a la Monarquía, en el papel de pacificadores; así podemos ver al asistente Alfonso de Estúñiga, el corregidor Gómez Manrique, e incluso el caballero Garcilaso de la Vega. Pero su labor sólo logró una tras otra tregua, y a las treguas seguía, tarde o temprano, la ruptura que iniciaba nuevas violencias, porque en el seno de la oligarquía toledana se encontraba fuertemente asentada la ponzoña de la ambición de los linajes, dispuestos a aprovechar cualquier oportunidad para lograr sus objetivos patrimoniales.

Los enfrentamientos no llenaron por completo la segunda mitad del siglo XV, ya que se

---

<sup>286</sup>. Además del estudio sobre las luchas de bandos castellanos debido a Luis Suárez Fernández, mencionado más arriba, hay que añadir el valioso trabajo de I. del VAL, “Los bandos nobiliarios....”, cit., en el que se estudia la evolución de las facciones a lo largo de esta complicada fase. Sobre esta época y este grupo social vid. M. J. GARCÍA VERA, *La nobleza castellana bajomedieval. Bases de su predominio y ejercicio de su poder en la formación político-social del siglo XV: el reinado de Enrique IV*, tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1997.



produjeron fases de relativa paz, con unos bandos que permanecían en estado latente. Al margen de conflictos menores, se produjeron tres hitos fundamentales en esta etapa de los bandos clásicos toledanos: el primero, en el verano de 1467; un año más tarde tendría lugar el segundo, con motivo del regreso de Toledo a la obediencia regia; el tercero se produjo mucho más tarde, en el contexto de la muerte del rey Felipe I en 1506.

Los dos primeros conflictos hay que observarlos en el contexto de la guerra civil castellana de 1465-1468, que enfrentaba a los partidarios del infante don Alfonso con los del rey legítimo<sup>287</sup>. Pero antes de este gran conflicto se habían producido conatos de lucha entre los bandos urbanos, ya que en 1458 el aún joven rey exigió a los notables toledanos prestar juramento de guardar la paz en la ciudad. En esta tregua<sup>288</sup> se percibe la consolidación de los líderes de las facciones, que aparecen en el encabezamiento inmediatamente después del asistente Estúñiga: Juan de Silva, primer conde de Cifuentes, y Pedro López de Ayala II, alcalde mayor de Toledo e hijo del otro Pedro López que había protagonizando las luchas del reinado de Juan II. A lo largo de las semanas siguientes a la redacción de la tregua fueron estampándose las firmas de un buen número de caballeros y hombres buenos; entre ellos, hay algunos que pueden vincularse con uno de los dos líderes: el comendador Fernando de Ayala y sus hermanos Íñigo de Ayala y Pedro de Ayala<sup>289</sup>, como el alcalde Antón de Ajofrín, se hallaban fuertemente ligados a Pedro López de Ayala, mientras Arias Gómez de Silva formaba parte del bando de Juan de Silva, conde de

---

<sup>287</sup>. Sobre este conflicto son interesantes los trabajos de D. C. MORALES, “Las confederaciones nobiliarias en Castilla durante la guerra civil de 1465”, *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), p. 455-463; y *Alfonso de Ávila, rey de Castilla*, Ávila, 1988; y el de J. TORRES FONTES, *El príncipe don Alfonso. 1465-1468*, Murcia, 1971

<sup>288</sup>. El original, fechado el 6 de octubre de 1458, se halla en A.M.T., A.S., caj. 5., leg. 6, nº 4, y ha sido publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 228-231.

<sup>289</sup>. Sobre la vinculación sanguínea y las interrelaciones de los hermanos Fernando, Íñigo y Pedro con la rama principal del linaje Ayala vid. J. R. PALENCIA, “La solidaridad...”, cit.

Cifuentes.

En los años que siguieron a la tregua todo parecía estar en calma en Toledo. Luis de la Cerda, alcalde mayor de las alzadas, actuaba como árbitro, colaborando con el asistente, en el primer momento Alfonso de Estúñiga, pero después Alonso Díaz de Montalvo y Pedro de Guzmán. Al parecer, esta representación del rey se estaba asentando en Toledo, gracias en parte a figuras como las aquí referidas, que se mantenían fieles a la Monarquía y no caían en el error de acercarse a uno de las facciones toledanas, que, aunque “dormidas”, sobrevivían en los tiempos de paz. Bien porque el control regio molestara a los toledanos o bien porque se esperaran mayores mercedes del nuevo monarca, los caballeros toledanos actuaron aparentemente unidos ante la deposición de Enrique IV en la “farsa de Ávila”, que tuvo lugar en junio de 1465, tomando los puntos fuertes de la ciudad y expulsando al asistente Pedro de Guzmán. Toledo acogía como nuevo monarca al infante don Alfonso, hermanastro del rey Enrique; el infante-rey, o más precisamente, sus partidarios, cedieron un juro perpetuo de 200.000 mrs. anuales a los cinco hombres más poderosos de Toledo, porque ellos tenían en sus manos la postura de la ciudad completa, apoyados en las solidaridades que podían mover. Estos cinco poderosos eran dos ricos hombres, Alfonso de Silva (segundo conde de Cifuentes) y Pedro López de Ayala, y tres caballeros, los mariscales Ribera y Rivadeneira y Lope de Estúñiga, los cinco portadores de renombres de origen foráneo, por cierto<sup>290</sup>. El acuerdo en 1465 entre los bandos locales era más aparente que real, ya que estos cinco caballeros, unos contra otros, iban a protagonizar en los años sucesivos la fase más aguda de la lucha de bandos en Toledo.

En el verano de 1467 se produjo un conflicto en el que participarían diversos grupos sociales. Todo comenzó en la pugna por la recaudación de ciertas rentas en Maqueda, en la que

---

<sup>290</sup>. Una copia del siglo XVII de esta merced se conserva en R.A.H., S.C., M-94, fol. 335 r. – vto.

el Cabildo de Santa María se enfrentaba con Alvar Gómez de Ciudad Real. Los conversos salieron en defensa de Ciudad Real, e inmediatamente una gran masa de toledanos se dirigió contra los conversos, sucediéndose durante varios días enfrentamientos de gran violencia<sup>291</sup>. En esta lucha entre cristianos viejos y conversos, semejante a la de 1449, encontramos nuevamente a los poderosos utilizando para sus intereses la brutalidad de las masas populares; en el fondo, lo que se estaba librando era una lid por el predominio local, en la que el conde de Cifuentes tomó las riendas del bando converso, con la confianza de imponer condiciones a Pedro López de Ayala, al que los cristianos viejos apoyaban. Finalmente, los conversos fueron vencidos y Alonso de Silva “*tuvo que salir de la Tierra*”<sup>292</sup>.

Los sucesos de 1467 sirvieron para evidenciar que la igualdad de los bandos hacía difícil la imposición de uno de ellos en la ciudad contando únicamente con la fuerza de los linajes. En las luchas del verano de aquel año tomaron parte activa el Cabildo de Santa María y grupos organizados de las collaciones urbanas y de la Tierra de Toledo; y esto es lo más llamativo. En una batalla callejera los hombres de la collación de San Lorenzo, capitaneados por el tintorero Antón Sánchez, se enfrentaron contra un grupo de conversos; las genetes de la collación de Santa Leocadia apresaron a Fernando de la Torre cuando éste pretendía huir; los cristianos viejos de la collación de San Miguel el Alto prendieron y ajusticiaron al converso Álvaro de la Torre, hermano del anterior; ciento cincuenta hombres de la aldea de Ajofrín acudieron a la ciudad para socorrer a los cristianos viejos<sup>293</sup>. Desconocemos cuál era el nivel de organización de estos grupos

---

<sup>291</sup>. A. PALENCIA, *Crónica de Enrique IV. escrita en latín*, ed. de A. Paz y Meliá, Madrid, 1904-1909, Década I, Libro VII, cap. VI, tomo I, p. 446-447, relata las luchas callejeras que siguieron a los primeros enfrentamientos.

<sup>292</sup>. De esta forma expresa el destierro voluntario del conde de Cifuentes A. PALENCIA, *op. cit.*, Década I, Libro IX, cap. VI, tomo II, p. 50-51.

<sup>293</sup>. Todas estas escaramuzas las ha dado a conocer el doctor Benito Ruano, que las ha tomado de una

“parroquiales” y aldeanos, pero consideramos de gran interés comprobar su potencial como instrumento de choque al servicio de los bandos en lucha.

Un año después de estos acontecimientos, Toledo se reintegraría a la obediencia del rey legítimo, contribuyendo así de modo fundamental a hacer posible la victoria final de Enrique IV sobre la facción nobiliaria rebelde. Con esta reintegración toledana el predominio del bando de Ayala, que era parcial después del alboroto del verano de 1467, se haría completo gracias a la colaboración del alcalde mayor Pedro López con el mariscal Rivadeneira y los suyos. Los sucesos que hicieron posible este vuelco tuvieron lugar en junio de 1468<sup>294</sup>, siendo mucho menos violentos que los del verano anterior; en ellos no participó el conde de Cifuentes, que había tenido que huir el año anterior, y sin él, su bando, no pudo sino someterse a la voluntad de la facción opuesta. Pedro López de Ayala y Fernando de Rivadeneira serían los principales artífices del regreso a la obediencia enriqueña, beneficiándose por ello de la merced regia subsiguiente<sup>295</sup>. Por su parte, el mariscal Payo de Ribera y su hijo Perafán se mantuvieron fieles al bando alfonsino y fueron expulsados de Toledo. Los expulsados de la ciudad, Silva y Ribera de Malpica, tramaron poco después una confabulación, consistente en reestructurar su bando desde el exterior, intentando ganar voluntades dentro de la ciudad, pero su intento fue descubierto, algunos de los “conspiradores” ajusticiados y Lope de Estúñiga, que también colaboraba en el proyecto, expulsado de la ciudad. La represión le fue pagada a Fernando de Rivadeneira con el

---

carta del canónigo Pedro de Mesa, redactada un mes después de los acontecimientos. Una de las copias de esta carta se custodia en la nueva Biblioteca de Castilla – La Mancha, en el fondo Biblioteca Borbón Lorenzana, ms. n° 106, fol. 251-264.

<sup>294</sup>. Los acontecimientos que dieron lugar a la entrada del rey Enrique en Toledo y a la imposición total del bando de Ayala son detenidamente relatados por A. PALENCIA, *Crónica de Enrique IV*..., cit., Década I, Libro X, cap. IX, tomo II, p. 144-147.

<sup>295</sup>. Pedro López de Ayala fue nombrado gobernador de Toledo días después de la entrega de la ciudad; vid. A.N., A.D.F., Fuensalida, catál. 9, n° 20, documento publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 249-251. Un año después, el 6 de noviembre de 1469, Fernando de

nombramiento de alcalde mayor en noviembre de 1469<sup>296</sup>.

La lucha de 1468, que tiene su prólogo en 1467 y su epílogo en 1469, representa muy bien el modo en que se desarrollaba y concluía un conflicto de este tipo. En primer lugar, tenemos dos bandos perfectamente constituidos, con sus líderes indiscutibles y un pequeño núcleo de linajes dirigentes: Ayala y Rivadeneira, por una parte; y Silva y Ribera de Malpica, por otra. Hemos observado, además, que la colaboración de grupos ajenos al bando resulta determinante, lo que se muestra en la implicación de diversos colectivos humanos de la ciudad y la Tierra, colectivos que en principio se hallaban al margen de los enfrentamientos entre facciones organizadas. En tercer lugar, apreciamos claramente la imbricación de las luchas urbanas con las que simultáneamente tenían lugar en el exterior de la ciudad, a nivel del Reino. Un elemento más: los líderes de ambos bandos, además de necesitar la fuerza de choque que proporcionaban los hombres del pueblo y el apoyo que prestaban algunos agentes exteriores, estaban necesitados por completo de la solidaridad de los caballeros de la ciudad, y esto se observa cuando el conde de Cifuentes pretendía regresar a la ciudad en 1469 y recuperar la posición que había perdido; para lograrlo no se dispuso a entrar por la fuerza, porque de nada le habría servido: lo primero que hizo fue intentar tejer una nueva red de apoyos para que le facilitaran la entrada, lo que nos muestra el fundamental papel que el servicio jugaba en las luchas entre facciones urbanas.

La resolución del enfrentamiento también nos hace ver cuál era el resultado de las luchas entre banderías locales: la completa imposición de un bando sobre otro, que en este caso supuso el aplastamiento de los dirigentes de la facción de los Silva. Sin embargo, esta sumisión sería sólo temporal; al contemplar los acontecimientos que tuvieron lugar en los años finales del reinado de Enrique IV, nos damos cuenta de que los golpes de timón de la política del reino producían

---

Rivadeneira sería nombrado alcalde mayor de Toledo; vid. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 5, nº 8.

modificaciones en la estructuración de las solidaridades entre los linajes toledanos, y fácilmente se recomponían los bandos para dar lugar a la victoria del que en la anterior lucha había sido vencido, y con ello el sometimiento del anterior vencedor y el consiguiente destierro de sus líderes<sup>297</sup>.

El último enfrentamiento de importancia entre los bandos organizados de Silva y Ayala tuvo lugar en 1506. Esta nueva contienda entroncaba con el conflicto que la Corona de Castilla padeció a la muerte de Felipe el Hermoso y guardaba, además, muy estrecha relación con las pugnas por el poder que tenían lugar en Toledo desde hacia décadas; así, podemos señalar un elemento externo y otro interno presentes tanto en esta nueva lucha de bandos como en las anteriores. El elemento externo no es sino el enfrentamiento de facciones nobiliarias que tuvo lugar entre los partidarios de Felipe I y el ya regente Fernando de Aragón; con la llegada al trono de don Felipe y de doña Juana muchos nobles entrevieron la oportunidad de recuperar el terreno perdido durante el reinado de los Reyes Católicos, y en cuanto pusieron pie los nuevos monarcas en tierra castellana fueron calurosamente recibidos y aclamados; simultáneamente, el rey aragonés, abandonado por casi todos, se retiró a sus reinos orientales<sup>298</sup>.

El elemento interno que hemos señalado aparece también con la llegada de los nuevos monarcas, porque Pedro López de Ayala, tercer conde de Fuensalida, logró situarse enseguida cerca de Felipe el Hermoso, con la clara intención de recuperar el terreno cedido por su linaje bajo el reinado de los Reyes Católicos. Seguramente aconsejado por hombres cercanos a este nuevo

<sup>296</sup>. En la nota anterior ya se ha aludido a esta merced.

<sup>297</sup>. Los enfrentamientos de los últimos años del reinado de Enrique IV los ha estudiado E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 112 y siguientes, donde se destaca el importante papel como atizador de discordias del maestro Don Juan Pacheco.

<sup>298</sup>. Sobre el breve reinado de este monarca, vid. J. M. CALDERÓN y R. PÉREZ-BUSTAMANTE, *Felipe I*, Palencia, 1995.

Ayala, el joven rey envió a Toledo un corregidor que sustituyera a Pedro de Castilla, que había actuado como delegado de los Reyes Católicos durante más de diez años<sup>299</sup>. Se desencadenaron graves enfrentamientos en Toledo, antes y después de la repentina muerte de Felipe, tomando rápidamente éstos la forma de un nuevo combate entre bandos. Desde el comienzo del verano de 1506 la pugna se centraba en torno a la aceptación de uno u otro corregidor: Castilla pretendía mantener su oficio, con el apoyo del conde de Cifuentes y los suyos, mientras que el conde de Fuensalida y quienes lo seguían rechazaban al viejo corregidor<sup>300</sup>.

Las violencias fueron intensas, produciéndose algunas muertes por linchamientos en las calles de la ciudad; extraordinariamente relevante fue el asesinato, el mismo verano, del anciano jurado Diego Terrín, que fue muerto a golpes por hombres que, al parecer, servían al marqués de Villena, que actuaba cerca del conde de Fuensalida<sup>301</sup>. Los enfrentamientos se prolongaron durante todo el verano y a lo largo del otoño; ya en noviembre, muerto el joven rey Felipe, su privado Pedro López de Ayala llegó incluso a reclamar las varas de la justicia que le correspondían como alguacil mayor de Toledo, en detrimento de la autoridad del corregidor<sup>302</sup>. La definitiva reacción de la Monarquía se produjo cuando la reina doña Juana envió al bachiller Jerónimo Gallegos el 4 de diciembre de 1506 para estudiar las responsabilidades de las violencias

---

<sup>299</sup>. El envío del nuevo corregidor, que se deduce de las luchas posteriores, es señalado por J. PÉREZ, *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*, Madrid, 1988, p. 375. Los favores de Felipe el Hermoso al conde de Fuensalida se comentan en mi trabajo *Los Ayala de Toledo...*, cit., p. 88-89.

<sup>300</sup>. El 27 de junio de 1506 el Cabildo de Jurados solicitaba a Pedro López que pacificase a su gente y buscase un acuerdo con el conde de Cifuentes; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 311 r. – 313 vto.

<sup>301</sup>. El Cabildo de Jurados dirigió varias cartas quejándose al rey y a otras personas por el vil asesinato en los primeros días de agosto de 1506; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 248 r. – vto., fol. 226 r., fol. 227 r., fol. 280 r. - vto., fol. 356 r., fol. 281 r. – vto.

<sup>302</sup>. Las violencias que tuvieron lugar con motivo de la salida de Pedro López con la vara de alguacil mayor por las calles de la ciudad son relatadas por el Cabildo de Jurados en una carta dirigida a la reina; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 324 vto.; Apéndice Documental, nº 15.

pasadas<sup>303</sup>. La actuación de Gallegos dio lugar a la firma de una tregua entre los bandos el 12 diciembre<sup>304</sup>; la transgresión de la tregua por ciertos actos violentos obligó a un nuevo compromiso entre el conde de Fuensalida y el de Cifuentes, algunas semanas después, llegándose al fin a una paz duradera<sup>305</sup>.

La tregua de diciembre de 1506 resulta de particular interés para el estudio de los bandos por el hecho de que en ella figuran el nombre y la firma de los más insignes componentes de las facciones toledanas, siendo fácil asociar a algunos de ellos a uno u otro líder porque cada uno asumió su compromiso con la paz en las casas de los líderes de los bandos. El primer acto del acuerdo se realizó en el palacio del conde de Fuensalida, donde el alguacil mayor Pedro López estaba rodeado de toda una corte de caballeros de su partido: Pedro de Ayala, Enrique Manrique, Vasco de Guzmán, Juan Niño, Vasco Suárez, Perafán de Ribera, Luis de Guzmán, Hernando Chacón, Pedro Vélez, Pedro de Acuña, Vasco de Contreras, Martín de Rojas, Antón Álvarez, Juan Carrillo y Vasco Ramírez de Guzmán. Aunque no podemos encuadrar a todos ellos, es interesante señalar la presencia de dos parientes muy cercanos, que son los dos primeros caballeros nombrados, los conocidos regidores Juan Niño y Martín Vázquez de Rojas, Perafán de Ribera, hermano menor del mariscal Payo Barroso, o Antón Álvarez, señor de Cedillo.

Todos eran caballeros, aunque su condición variaba desde la que ejemplifica el poderoso

---

<sup>303</sup>. A.N., A.D.F., Fuensalida, catál. 14, adición, nº 1. Seguramente este bachiller Jerónimo Gallegos, que llegó a Toledo en diciembre de 1506 como juez puede identificarse con el licenciado Gonzalo de Gallegos que tomaba residencia a comienzos de 1507 al corregidor Castilla. Sobre la acción de este juez de residencia se ha tratado en el título 2.5.7. de este trabajo.

<sup>304</sup>. El original de la tregua de diciembre de 1506 se encuentra en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 27, y ha sido publicada en varias ocasiones; vid. A. MARTÍN-GAMERO, *Historia de la ciudad de Toledo*..., cit., p. 1069-1073; E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 305-310; y J. R. PALENCIA, *Los Ayala de Toledo*..., cit., p. 157-165.

<sup>305</sup>. El nuevo acuerdo entre los líderes de los bandos se firmó el 28 de febrero de 1507; vid. A.N., A.D.O., leg. 1860, nº 26.



conde de Fuensalida hasta la de los modestos regidores citados, o el aún más modesto Perafán de Ribera, pasando por señores de vasallos como Pedro de Ayala o Antón Álvarez. Frente a ellos se hallaban los cabecillas del linaje de Silva, que se comprometieron por la paz en la morada del conde de Cifuentes: éste en primer lugar, pero con él Pedro López de Padilla, los hermanos Fernán Pérez de Guzmán y Juan Carrillo, hijos ambos del regidor Ramir Núñez de Guzmán y, lo que es más interesante: el comendador Alonso de Escobar. Nos parece llamativo el hecho de que este caballero se hallara en esta facción porque frente a él hemos citado a Martín Vázquez de Rojas, su primo hermano. Con este hecho pretendemos ilustrar una realidad que se nos presenta irrefutable: los bandos agrupaban a personas ligadas por objetivos políticos comunes, siendo el parentesco un factor secundario en la elección de una u otra parcialidad por parte de los caballeros. Los propios Ayala y los Silva se hallaban emparentados por matrimonios realizados precisamente para procurar la paz<sup>306</sup>, siendo estos dos linajes los que mayor rivalidad parecían tener.

Todos estos caballeros, y algunos más, junto con algunos hombres buenos que son citados en el acuerdo de tregua pero que aquí no hemos nombrado, arrastraban consigo en la lucha a todos los que, de una u otra manera les debían auxilio en caso de necesidad, conforme a acuerdos individuales generalmente no escritos. El propio documento expresa muy gráficamente toda la multitud que arrastraban los caballeros firmantes al comprometerles por su firma a no participar en ningún alboroto ni ellos *“ni sus parientes ni amigos ni criados ni allegados ni valedores ni otra persona alguna desta çibdad ni de fuera della”*<sup>307</sup>.

---

<sup>306</sup>. Para contemplar el parentesco de los Ayala con los Silva y el de otros caballeros que han sido referidos puede verse los árboles genealógicos que figuran en el apéndice del capítulo 2 y en el presente capítulo.

### D. *Los bandos de la nueva era: las Comunidades*

La última fase de la lucha de bandos toledanos que estamos contemplando tuvo lugar, ya en el siglo XVI, como apéndice de los conflictos que habían conmocionado toda una centuria de violencias que tienen como fondo el reparto del poder entre los oligarcas toledanos. Esta “coda” de las banderías locales se caracteriza por su desnaturalización, por la pérdida de algunos de los elementos tradicionales de estas luchas. Aunque siguen respondiendo a la dificultad de armonizar los intereses de los poderosos, vinculándose a conflictos generales castellanos y basándose en las alianzas puntuales de los caballeros, después del enfrentamiento de 1506-1507, los bandos han perdido el equilibrio que proporcionaba el liderazgo de los Silva y los Ayala; en la revuelta comunera, los dos grandes linajes (los tres, si consideramos a los Cárdenas) formaron parte del mismo bando, pero no sólo los ricoshombres toledanos se alinearon entre los realistas, sino que también lo hicieron la mayor parte de los linajes de caballeros, al menos de los que habían accedido a la jurisdicción sobre lugares y que contaban con una considerable fortuna. A excepción de Pedro Laso de la Vega y Juan de Padilla, los caballeros que participaron en el movimiento rebelde eran segundogénitos, líderes de linajes de segunda fila que buscaban probablemente una promoción social y política forzada por reivindicaciones sin duda atractivas en un primer momento para la nobleza local, pero no lo suficientemente realizables como para emprender un enfrentamiento contra las tropas del propio emperador<sup>308</sup>.

---

<sup>307</sup>. Vid. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 27, cit.

<sup>308</sup>. Sería muy extensa la exposición de un elenco de los títulos que la Historiografía ha dedicado al movimiento comunero; nos limitaremos a citar aquí algunos de los más interesantes trabajos. Entre los que ofrecen una panorámica general de la cuestión, además de los ya citados de Maravall, Gutiérrez Nieto y Pérez, citaremos los de M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, “Derrota y triunfo de las Comunidades”, *Revista de Occidente*, CXLIX-CL (1975), p. 234-249; J. I. GUTIÉRREZ NIETO, “Los conversos y el movimiento comunero”, *Hispania*, XXIV (1964), p. 237-261, y “Semántica del

Aquello que fue en el contexto de la Corona de Castilla una guerra en toda regla, y que en determinados lugares representó un intento de subversión contra el orden social, en el ámbito toledano se convirtió, entre otras cosas, en un enfrentamiento entre quienes pretendían acceder al estatus superior de la caballería y quienes lucharon por impedirlo. Para comprobar una afirmación tan decidida hemos de observar quiénes eran los caballeros toledanos que se unieron al movimiento, dirigiéndolo; entre ellos, además de Juan de Padilla y Pedro Laso de la Vega, Juan Carrillo o los hermanos Gaitán.

Gracias a una serie de actas municipales del tiempo de las Comunidades, conservadas a través de una copia que, al parecer, se obtuvo inmediatamente después de la represión del movimiento<sup>309</sup>, puede demostrarse que las reuniones municipales de aquellos días congregaban a un reducido grupo de miembros del Gobierno urbano, casi nunca más de media docena de regidores y un número similar de jurados. Estos ayuntamientos “revolucionarios”, que comenzaron en abril de 1520, tomaron decisiones importantes para la organización del movimiento que ya había surgido<sup>310</sup> y en ellos se atestigua la presencia constante de los más insignes líderes que hemos señalado más arriba y la ausencia de caballeros que antes y después

---

término ‘comunidad’ antes de 1520: las asociaciones juramentadas de defensa”, *Hispania*, 136 (1977), p. 319-367; S. HALICZER, *Los comuneros de Castilla: la forja de una revolución (1475-1521)*, Valladolid, 1987; y S. de LUXÁN, “La revolución comunera en las síntesis generales de Historia de España”, *Hispania*, L (1990), p. 1141-1157. Entre los que estudian los casos de ámbitos territoriales concretos; vid. P. ÁLVAREZ DE FRUTOS, “Segovia y la guerra de las Comunidades. Análisis social”, *Hispania*, 158 (1984), p. 469-494; C. ÁLVAREZ GARCÍA, “La revolución de las comunidades en Medina del Campo”, *Historia de Medina del Campo y su Tierra* (coord. E. Lorenzo), Valladolid, 1986, tomo I; T. de AZCONA, *San Sebastián y la provincia de Guipúzcoa durante la guerra de las Comunidades (1520-1521). Estudios y documentos*, San Sebastián, 1974; J. H. EDWARDS, “La nobleza de Córdoba y la revuelta de las Comunidades”, *Las ciudades andaluzas (siglos XIII-XVI)*, Málaga, 1991, p. 561-574. Algunos trabajos relacionados con Toledo serán citados en las páginas que siguen.

<sup>309</sup>. Esta relación de lo sucedido en los ayuntamientos del tiempo de las Comunidades se conserva en A.M.T., Ms., sec. B., nº 121.

<sup>310</sup>. Una útil cronología del movimiento comunero en Toledo lo encontramos en el libro de F. MARTÍNEZ GIL, *La ciudad inquieta. Toledo comunera, 1520-1522*, Toledo, 1993, p. 301-307.

de los días de este conflicto ocupaban con normalidad sus bancos de regidores; probablemente no existe testimonio más gráfico para identificar quiénes eran los rebeldes y quiénes los realistas en esta ciudad.

Juan de Padilla fue desde muy temprano el líder de los comuneros toledanos, al menos en el campo de batalla. El 25 de junio de 1520, con la Ciudad ya en abierta rebeldía, se le encargaba a Padilla la organización de las tropas que de Toledo salían hacia tierras segovianas para combatir al alcalde Ronquillo; unos días después, el 5 de julio, la Ciudad nombraba al mismo regidor capitán general de la Comunidad de Toledo<sup>311</sup>. En varias ocasiones nos hemos referido al oficio de capitán general del rey que ejercía el joven Padilla desde 1517, una experiencia que, sin duda, le sirvió para ser considerado idóneo caudillo de las fuerzas armadas, actividad que en tiempos de guerra llevaba consigo la dirección general del movimiento rebelde.

Hasta su muerte, en abril de 1521, Padilla estuvo al frente de los rebeldes, y ya hemos aludido anteriormente a la extrañeza que nos produce observar a un caballero con un futuro tan prometedor llevando hasta el final una lucha que parecía abocada al fracaso. En otro lugar de este capítulo hemos comentado el camino abierto que tenía Juan de Padilla para el medro social y político: gracias a la posición de su padre Pedro López contaba con la privanza regia, mostrada una vez más en el traspaso de la capitania general en 1517; obtenía cuantiosas rentas de este oficio cortesano, así como del notable patrimonio que pronto iba a recibir, concentrado en Novés y Mascaraque, lugares de los que su padre no era señor jurisdiccional, pero de los que posiblemente terminaría siéndolo Juan si su privanza hubiera seguido la senda habitual que ya ha sido contemplada algunas páginas más arriba.

---

<sup>311</sup>. El primer encargo se conserva en A.M.T., Ms., sec. B., n° 121, fol. 58 r.; el nombramiento de capitán general en fol. 58 vto. Hay que recordar que Rodrigo Ronquillo había sido unos años antes alcalde mayor de Toledo por el corregidor Jaime Ferrer; vid. apéndice del capítulo 2 de este trabajo.

Reconociendo estas realidades, hemos de subrayar que el caso de Padilla resulta excepcional, no porque sus intereses no coincidieran con los de sus compañeros de lucha, sino porque esos objetivos podía haberlos logrado utilizando otros medios, fundamentalmente la paciencia. Pero Padilla quiso acelerar el proceso y emprendió una lucha que no podía triunfar por su radicalidad, ya que debido a ella la reacción nobiliaria no se haría esperar<sup>312</sup>. En consecuencia, hay que reiterar la idea de que el ardor de Padilla le llevó demasiado lejos, pero no es descabellado pensar que el joven caudillo, seguramente disgustado con la radicalización social de algunos sectores del movimiento, debía tramar un acuerdo con sus enemigos para lograr el apaciguamiento de los bandos enfrentados, con el fin de conseguir alguna ventaja significativa por tan notable servicio a la Monarquía. No hubiera tenido nada de extraño este modo de actuar; basta con recordar que los Ayala, por tomar un ejemplo cercano, accedieron a la jurisdicción sobre lugares, poco después de declararse en abierta rebelión contra el rey Juan II.

Más extraño aún resulta el caso de Pedro Laso de la Vega, uno de los más activos comuneros en los primeros compases de la rebeldía. Parece que este caballero se ocupó de cuestiones de gestión, al margen de las propiamente militares, puesto que a él se le encargó la redacción de misivas a diversos colectivos para solicitar su adhesión a las Comunidades o para tratar asuntos organizativos de amplio calado: el 28 de junio de 1520, tomaba la misión de tratar con el Cabildo de Santa María el envío de cartas a Cazorla y su comarca; un día después asumía el encargo de escribir a la ciudad de Segovia, a la villa de Alcalá, a Peromoro y al Colegio de Alcalá; el 2 de julio, escribía a las comunidades de Cuenca, Soria, Murcia y otras que “*no respondieron por sus ayuntamientos a lo de la Junta siendo tanto servicio de Dios e de su*

---

<sup>312</sup>. La lógica de la reacción nobiliaria es uno de los principales argumentos del libro de J. I. GUTIÉRREZ NIETO, *Las comunidades como movimiento antiseñorial*..., cit.

*majestad que se junten*<sup>313</sup>. Evidentemente, se estaba utilizando el nombre de un linaje de gran prestigio en la nobleza castellana de aquel tiempo, pues el padre de Pedro Laso, el comendador mayor de León Garcilaso de la Vega, había sido uno de los caballeros más aguerridos de los que tomaron parte en las conflagraciones de los Reyes Católicos, particularmente en la guerra de Granada.

Parece claro que la Comunidad de Toledo tenía en Pedro Laso un instrumento fundamental para la propaganda del movimiento: descendiente de un linaje que tan bravamente había servido a los “castellanos” Reyes Católicos aparecía como rebelde contra el modo de gobernar del “extranjero” rey Carlos. Por su parte, Pedro Laso podía pretender un lugar de dirección lo suficientemente importante para poner la capitulación del movimiento en manos del rey<sup>314</sup>. Señor de Cuerva y Batres, no formaba parte del grupo de caballeros comuneros que aspiraban a medrar en la jerarquía nobiliaria, porque Pedro Laso figuraba ya a comienzos del siglo XVI, cuando tomó la dirección de su linaje, en la primera fila de la caballería toledana.

Juan Carrillo, pariente de Pedro Laso, sí representa bien el tipo de caballero que buscaba en las Comunidades una mejora en su posición social. Era hijo de Ramir Núñez de Guzmán y de Juana Carrillo, caballero de discreta fortuna, relegado en favor de su hermano mayor el comendador Fernán Pérez de Guzmán y miembro de una rama segundogénita del cronista Fernán Pérez, su abuelo, relegada en favor de la venturosa línea de los Laso de la Vega<sup>315</sup>. Juan Carrillo

---

<sup>313</sup>. Estas tres misiones son ordenadas por la Ciudad en los ayuntamientos de los días señalados; vid. A.M.T., Ms., sec. B., n° 121, fol. 58 vto.

<sup>314</sup>. F. MARTÍNEZ GIL, *op. cit.*, p. 184-185, expresa lúcidamente la evolución de Pedro Laso como moderado y, más tarde, traidor del movimiento, considerando asimismo su enfrentamiento con Padilla.

<sup>315</sup>. Ya se ha estudiado en el apartado 1 de este capítulo la postergación que tuvo que padecer Ramir Núñez de Guzmán, frente a su sobrina Sancha de Guzmán, mujer de Garcilaso de la Vega. Para observar las relaciones de parentesco entre todas estas personas, vid. Árbol 6 del apéndice de este capítulo.

fue una autoridad en el seno del movimiento; a él se le encargó el abastecimiento material, sobre todo en dinero, del ejército que se dirigía contra el alcalde Ronquillo el 25 de junio de 1520; el 3 de agosto se le requería para que resolviese los problemas del pago a las gentes de armas de la Comunidad<sup>316</sup>. Evidentemente Carrillo era un organizador, aparece continuamente participando en las reuniones municipales, trazando los pasos a seguir por el movimiento. Fernando Martínez Gil, estudioso de las Comunidades en Toledo, lo presenta como el regidor al que todos pedían opinión antes de decidir, lo que le acredita como hombre de inmenso prestigio, pero además era un caballero letrado, culto, al que se le atribuye la redacción de una crónica sobre la lucha comunera<sup>317</sup>.

Los hermanos Gaitán son igualmente representativos de la caballería comunera: Juan Gaitán, Gonzalo Gaitán y Gil González de Ávila eran hijos de Gonzalo Gaitán, hijo éste de Leonor Núñez de Rivadeneira y de Pedro Pantoja<sup>318</sup>. Por los nombres de estos caballeros ya se infiere su origen, que se remonta a los primeros tiempos de la conquista cristiana de Toledo, pues Pantoja y Gaitán eran renombres de la vieja nobleza toledana que habían quedado en la onomástica de los segundones de los nuevos linajes, frente a los renombres de origen foráneo que se habían impuesto como signo de identificación de las más poderosas estirpes de caballeros.

Para los hermanos Gaitán las Comunidades eran una oportunidad para acceder a la primera fila de la caballería. De hecho, Gonzalo Gaitán, uno de ellos, se muestra como uno de los más significativos comuneros en el terreno de la acción, pues fue el artífice de la ardiente adhesión

<sup>316</sup>. El primer encargo se recoge en A.M.T., Ms., sec. B., nº 121, fol. 58 r.; el segundo en fol. 59 vto.

<sup>317</sup>. Vid. el magnífico retrato trazado por F. MARTÍNEZ GIL, *op. cit.*, p. 194-195. La crónica a la que se alude es la llamada *Berdadera relación de las Comunidades*, conservada en la B.N., ms. 1751.

<sup>318</sup>. Nos proporciona la información sobre el linaje el trabajo de J. P. MOLÉNAT, "Reflexions sur les origines agraires de la révolte des Comunidades à Tolède", *Génèse médiévale de l'Espagne moderne. Du refus a la révolte: les resistances*, Niza, 1991, p. 199 y siguientes.

de la villa de Yepes al movimiento: en el ayuntamiento de 28 de junio de 1520, Toledo manifestaba su alegría al recibir una carta de Yepes y de Gonzalo Gaitán en la que se mostraba la villa al servicio de la Ciudad<sup>319</sup>. El 20 de agosto, el regidor Gaitán (el mismo Gonzalo) recibe el libramiento de un salario de 4 ducados diarios por su labor en la Tierra como difusor del movimiento<sup>320</sup>, como artífice de la propaganda comunera. Al referirse al comendador Juan Gaitán, el mayor de los hermanos, Jean Pierre Molénat le califica de “resentido” al recordar su derrota en un pleito que desarrolló contra el regidor Alonso Suárez de Toledo, hijo de Juan de Ribera, para recuperar ciertos bienes que habían pertenecido a un antepasado<sup>321</sup>.

Podríamos seguir nombrando caballeros comuneros, como Pedro de Ayala y Fernando Dávalos, y en todos ellos encontraríamos alguna razón para el resentimiento. En general, estos nombres forman parte de una “caballería de segunda fila” frente al grupo triunfante de la nobleza toledana, formado por nombres como Pedro López de Ayala IV, Fernando de Silva, Bernardino de Cárdenas, Payo Barroso de Ribera, Francisco de Rojas<sup>322</sup> o Rodrigo Niño. La derrota del movimiento comunero supuso el fracaso de las pretensiones de los caballeros “resentidos”, pero además trajo consigo el fin de las luchas de bandos que habían sintomatizado una larga época de violencias en el seno de la nobleza, dándose así inicio a una nueva etapa en las relaciones entre los linajes toledanos, una etapa marcada por la concordia.

---

<sup>319</sup>. A.M.T., Ms., sec. B., nº 121, fol. 31 r. El 7 de julio la Ciudad prestaba a la villa armas de fuego para que su colaboración se hiciera efectiva; vid. fol. 58 vto.

<sup>320</sup>. En esta ocasión Gonzalo Gaitán aparece intitulado “*capitán de Toledo*”; vid. A.M.T., Ms., sec. B., nº 121, fol. 59 vto.

<sup>321</sup>. J. P. MOLÉNAT, “*Reflexions sur les origines agraires....*”, cit., p. 202.

<sup>322</sup>. Recordemos que, en el tiempo del movimiento comunero, este caballero fue atacado por un grupo de radicales en su lugar de Layos; vid. P. LÓPEZ PITA, *Layos. Origen y desarrollo de un señorío nobiliario....*, cit., p. 77 y siguientes; y, de la misma autora, “Las Comunidades frente a Francisco de Rojas”, *En la España Medieval*, V (1986), p. 591-601.





## 4.5. Simbología del poder caballeresco

Entramos aquí en un apartado con un todavía frágil basamento historiográfico, puesto que hasta hace poco tiempo éste no ha sido campo de interés para los estudiosos de la nobleza, aunque ya existen algunos trabajos que avanzan por este camino<sup>323</sup>. Si la simbología del poder de la nobleza no ha sido aún profundamente estudiada, sí ha sido objeto de importantes estudios la simbología política referida a la Monarquía<sup>324</sup>, así como el tema del simbolismo en general, desde puntos de vista ajenos a la propia Historiografía<sup>325</sup>, de modo que contamos con un marco bien asentado para emprender nuestra investigación.

Los linajes de la caballería toledana del Cuatrocientos, además de preocuparse por acrecentar el patrimonio, situarse cerca de la Monarquía y mantener una posición ventajosa en la enmarañada red de vínculos que estructuraban los bandos de la época, manifestaron un particular interés por mostrar a sus convecinos cuál era su estatus social. Esta ostentación no es característica únicamente de la nobleza castellana en un tiempo determinado, sino que se observa

---

<sup>323</sup>. Entre ellos podemos citar los siguientes: R. SÁNCHEZ SAUS, *Caballería y linaje en la Sevilla medieval. Estudio genealógico y social*, Sevilla, 1989; I. BECEIRO y R. CÓRDOBA, *Parentesco, poder y mentalidad. La nobleza castellana, siglo XII-XV*, Madrid, 1990; M. A. LADERO, "El modo de vida noble y su entorno social y cultural en Andalucía a fines de la Edad Media: Guzmanes y Ponces", *II Congreso de Academias Iberoamericanas de la Historia*, Madrid, 1994, p. 291-318; o J. R. PALENCIA, "Elementos simbólicos del poder de la nobleza urbana en Castilla: los Ayala de Toledo al final del Medievo", *En la España Medieval*, 18 (1995), p. 163-179.

<sup>324</sup>. Entre otros trabajos, podemos citar los de B. PALACIOS, "Los símbolos de la soberanía en la Edad Media española. El simbolismo de la espada", *VII Centenario del infante don Fernando de la Cerda*, Ciudad Real, 1976, p. 273-296; J. M. NIETO, "Imágenes religiosas del rey y del poder real en la Castilla del siglo XIII", *En la España Medieval*, V (1986), tomo II, p. 709-725; del mismo, *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, 1993; y M. P. RÁBADE, "Simbología y propaganda política en los formularios cancillerescos de Enrique II de Castilla", *En la España Medieval*, 18 (1995), p. 223-239.

<sup>325</sup>. Algunas obras pueden servir de gran ayuda para dar sentido a las observaciones que nos sugiere la documentación; entre otras, pueden señalarse las de J. E. CIRLOT, *Diccionario de símbolos*, Madrid, 1997; y A. COHEN, "Antropología política: el análisis del simbolismo en las relaciones de

en el grupo predominante de cualquier sociedad, ya sea pasada o presente. Los antropólogos consideran que los grupos sociales, además de diferenciarse por niveles de renta diversos, se distinguen por “estilos de vida” característicos que los identifican frente a otros colectivos<sup>326</sup>. Sin duda, una de las actitudes que identifican el estilo de vida de los poderosos, y de los caballeros toledanos del final del Medievo en particular, es la ostentación de su poder.

Esta ostentación de los caballeros, que no es sino la manifestación visible de su estatus social, se materializaba a través de ciertos elementos, que podemos agrupar en tres conjuntos muy característicos, que serán objeto de análisis individualizado en las páginas que siguen:

- los elementos identificativos, entre los que hay que señalar las armas, los antropónimos y el solar;
- los elementos dignificadores, particularmente el mito del origen y el honor; y
- los elementos funerarios, como las mandas piadosas testamentarias y la memoria de los antepasados.

---

poder”, *Antropología Política* (ed. J. R. Llovera), Barcelona, 1979, p. 55-82.

<sup>326</sup>. Resultan del mayor interés las consideraciones que en este sentido desarrolla M. HARRIS, *Antropología cultural*, Madrid, 1993, p. 382-384, afirmando que “*las clases difieren unas de otras no sólo en el poder que disfrutan per cápita, sino también en amplias áreas de pensamiento y conducta pautados llamadas ‘estilo de vida’....En otras palabras, las clases tienen sus propias subculturas, integradas por pautas de trabajo, arquitectura, mobiliario, dieta, ropas, rutinas domiciliarias, relaciones sexuales y prácticas de apareamiento, rituales mágico-religiosos, arte e ideología distintivos*”.

#### 4.5.1. Elementos identificativos

Es necesario comenzar el estudio de los instrumentos de ostentación de la caballería atendiendo a los elementos que identificaban a los linajes, entre los que señalaremos los usos heráldicos, los antropónimos y el solar.

El emblema heráldico era probablemente el símbolo que más directamente identificaba a un linaje, pues las sucesiones de caballeros lo presentaban como elemento representativo de la Casa y lo mostraban con bastante frecuencia. Este emblema se constituía en objeto de orgullo del grupo caballeresco por el hecho de que se presentaba como prueba material de su vinculación con el ejercicio de las armas, la actividad caracterizadora de la nobleza, lo que contribuía a enardecer cierto espíritu de casta que este grupo social llevaba consigo. Las “armas” o emblema heráldico encuentra su origen en el símbolo distintivo que los aristócratas tradicionalmente habían empleado para ser reconocidos en el estruendo de la batalla, necesario porque las protecciones corporales ocultaban el rostro y el cuerpo de los combatientes. Este símbolo primitivo, que se llamó “divisa”, evolucionó convirtiéndose en representativo de personas y familias de un modo permanente, más allá de su uso identificativo en la guerra; durante el siglo XIV el uso de los emblemas heráldicos se extendió, produciéndose una enorme proliferación en la centuria posterior<sup>327</sup>.

La muestra más evidente del apego al emblema heráldico por parte de los linajes caballerescos toledanos se advierte en las fundaciones de mayorazgo, lo que nada tiene de particular si se conocen las condiciones habituales exigidas al titular de un vínculo de este tipo. Así, en la fundación del mayorazgo de Malpica, en 1447, Payo de Riblera exigía a cualquiera que

---

<sup>327</sup>. Un buen estudio sobre el nacimiento y el devenir de estos símbolos de origen bélico es el de F. MENÉNDEZ-PIDAL, *Los emblemas heráldicos. Una interpretación histórica*, Madrid, 1993, p. 47 y siguientes, trabajo que recoge el discurso de ingreso de su autor a la Real Academia de la Historia.

pretendiera mantener, en el futuro, la titularidad del conjunto patrimonial que se vinculaba, que “*traiga mis armas*”<sup>328</sup>, lo que a efectos prácticos obligaba a los sucesores a representarse personalmente con el símbolo heráldico del fundador.

Por su parte, Juan de Silva, conde de Cifuentes, exigía al futuro titular del mayorazgo de Montemayor, uno de los dos que fundó en 1458, que portara sus armas, las del fundador, y las hiciese “*poner en las puertas principales de las casas principales de su morada*”, así como en sus castillos y en su sepultura. Era excusado de esta obligación Juan de Ribera, el beneficiario de este mayorazgo, siempre que tomara el mayorazgo del adelantado Diego Gómez de Ribera, su abuelo; en tal caso, se le autorizaba a portar las armas del adelantado, aunque debía conservar las de Silva como divisa<sup>329</sup>. Juan de Ribera no tomó el mayorazgo de su abuelo materno y se enorgulleció de lucir el león rampante de los Silva.

En cuanto a la ostentación de símbolos heráldicos por parte de nobles toledanos podemos apuntar algunos casos notables, como los tres palacios mudéjares llamados “de los Toledo”, “del Rey don Pedro” y “de Fuensalida”; los tres despliegan en sus portadas e interiores extraordinarios programas de decoración heráldica que reflejan el orgullo de los nobles por sus emblemas identificativos. El “Palacio de los Toledo” fue mandado construir por Pedro Suárez de Toledo, hijo de Inés de Ayala y de Diego Gómez de Toledo, en torno a 1480 en la collación de San Antolín. La portada muestra una decoración heráldica de insistente repetición con las armas de Pedro Suárez: el castillo de ocho torres del linaje de su padre, los lobos pasantes de clan de su madre y el emblema de la banda con tres castillos inscritos como posible caballero de la insigne

---

<sup>328</sup>. Esta fundación de mayorazgo se conserva, a través de un traslado, en A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 8 vto – 28 r.

<sup>329</sup>. Un traslado de esta fundación se halla en A.H.N., Consejos, leg. 31248, nº 13, pza. 1, fol. 1 r. – 24 r.

Orden de caballería de la Banda<sup>330</sup>.

El mal llamado “Palacio del Rey don Pedro”, también en la collación de San Antolín, fue levantado por Teresa de Ayala, hija del citado Pedro Suárez de Toledo, y por su marido Fernando Álvarez de Toledo, hijo del señor de Valdecorneja del mismo nombre<sup>331</sup>. Probablemente con los inmuebles heredados, Fernando y Teresa levantaron su palacio urbano en torno a 1400, cuya portada, a sólo quince metros del palacio de Pedro Suárez, presenta una decoración heráldica menos recargada. Tres grandes emblemas en el frontón ostentan las armas de los constructores, de los cuales ya conocemos dos: los lobos pasantes de Ayala, a cuya estirpe pertenecían las madres de los dos miembros del matrimonio y el castillo de ocho torres del linaje de Pedro Suárez; el tercer emblema correspondía a la estirpe paterna de Fernán Álvarez, la que enorgullecía a los señores de Valdecorneja como Álvarez de Toledo: las “tres fajas sangrientas” con orla jaquelada que se observa en el escudo del caballero Esteban Illán, pintado en la girola de la catedral de Toledo<sup>332</sup>.

Al mismo tipo de portada mudéjar coronada con tres escudos en el frontón responde la entrada principal de uno de los más admirables edificios toledanos del final del Medievo, sin duda

---

<sup>330</sup>. B. MARTÍNEZ CAVIRÓ, *Mudéjar toledano. Palacios y conventos*, Madrid, 1980, p. 134-140, estudia esta portada, datando su construcción a partir de su decoración heráldica. Sobre la orden militar aludida vid. A. CEBALLOS-ESCALERA, *La Orden y divisa de la Banda Real de Castilla*, Madrid, 1993.

<sup>331</sup>. El matrimonio Fernando Álvarez - Teresa de Ayala no es otro que el que partió con el matrimonio Diego Fernández - Inés de Ayala los bienes dejados por Pedro Suárez de Toledo, padre de Teresa e Inés, en 1402, según hemos comentado más arriba; vid. esta partición en A.H.N., Clero, leg. 7367, nº 4.

<sup>332</sup>. El caballero Esteban Illán era el tronco de todos los Álvarez de Toledo, incluido el arzobispo Gutierre Álvarez de Toledo, muerto en 1445, que en su retrato de la Sala Capitular de la catedral de Toledo porta un emblema jaquelado con los mismos colores que lucía Esteban Illán. El emblema de Esteban Illán y de los Álvarez de Toledo lo encontramos en otros palacios toledanos, como en la portada de otro “de los Toledo” ubicado en la collación de San Salvador. Sobre el célebre caballero del siglo XII al que venimos haciendo referencia, vid. J. PORRES, “El linaje de don Esteban Illán”, *Genealogías mozárabes*, Toledo, 1981, tomo I, p. 65-79. Acerca del palacio de Fernando Álvarez y

la más soberbia de las construcciones civiles: el Palacio de Fuensalida, levantado en la collación de Santo Tomé por Pedro López de Ayala I y su mujer Elvira de Castañeda en torno a 1440. En esta ocasión la forma de expresar el orgullo del linaje nos parece más personal que familiar, puesto que únicamente son representados los emblemas personales del matrimonio constructor, olvidándose de otros antecesores: en la portada de este palacio se esculpen las armas de los Ayala en el centro, y a sus lados dos reproducciones del emblema de los Castañeda: “tres bandas de plata cargadas de armiños de sable”. En los capiteles del magnífico patio se repite el motivo: los lobos de los Ayala y los armiños de los Castañeda se suceden insistentemente<sup>333</sup>.

Por lo demás, no conocemos demasiado acerca del significado de los emblemas de algunos linajes de caballeros, pero al menos anotaremos su descripción. No encontramos la vinculación con Francia que se propone como posibilidad al contemplar el símbolo de los Niño, consistente en siete lises azules sobre campo de oro<sup>334</sup>; del mismo modo, ignoramos el sentido de la inscripción “*Ave Maria Gratia Plena*” en azul sobre campo de oro llano de los Laso de la Vega y las cinco estrellas azules de ocho puntas sobre campo de oro de los Rojas<sup>335</sup>. Las veneras y las ondas del emblema de los Rivadeneira pueden ponerse en relación con un origen costero de este linaje gallego<sup>336</sup>. Asimismo podría conectarse con el conocido escudo del retrato de Esteban Illán

---

de Teresa de Ayala, vid. B. MARTÍNEZ CAVIRÓ, *Mudéjar toledano*..., cit., p. 175 y siguientes.

<sup>333</sup>. Un atento estudio de este palacio se encuentra en el libro de B. MARTÍNEZ CAVIRÓ, *Mudéjar toledano*..., cit., p. 229 y siguientes.

<sup>334</sup>. “De oro, siete lises de azul” es como lo describe F. MENÉNDEZ PIDAL, “Niño”, *Enciclopedia de Madrid, Castilla – La Mancha*, Madrid, 1984, tomo IX, p. 2283-2284.

<sup>335</sup>. “De oro llano, con la inscripción *Ave Maria Gratia Plena* en orla de letras de azul” y “De oro, cinco estrellas de azul”, según correcta expresión de F. MENÉNDEZ PIDAL, “Laso de la Vega”, *op. cit.*, tomo VI, p. 1638-1639; y “Rojas”, *op. cit.*, tomo X, p. 2812, respectivamente.

<sup>336</sup>. “De oro, cruz floronada de gules cargada de cinco veneras de plata, acompañada de ondas en punta” dice la descripción del repetidamente citado F. MENÉNDEZ PIDAL, “Rivadeneira”, *op. cit.*, tomo X, p. 2790-2791.

el emblema de los Gudiel, que A. López de Haro define “*partido en seis partes en faxa, el primero, el segundo de plata, con cinco armiños negros en cada faxa de las blancas*”<sup>337</sup>. Son de más fácil interpretación, aunque de significación menos profunda otros emblemas de caballeros toledanos, como la paloma de los Palomeque, el ciervo de los Cervatos o las sartenes (o “padillas”) de los Padilla. Estas y otras armas debían repartirse, quizá con variantes, entre las ramas secundarias de la caballería, ya que los antepasados comunes justificarían el empleo de los mismos símbolos.

Tampoco carecen de significado los usos onomásticos, los antropónimos de los caballeros<sup>338</sup>. Ya se ha hecho alusión a la ausencia de normas fijas para dar nombre a los miembros de la nobleza, como al resto de las personas de la época, aunque también es cierto que una serie de reglas se suelen cumplir porque la costumbre, las normas no escritas, influían poderosamente a la hora de elegir los antropónimos. Corrientemente el nombre completo de un caballero se componía de tres elementos: el nombre “de pila”, el patronímico y el “renombre” o *cognomen*, que viene a ser algo así como el apellido familiar. Desde luego, este último elemento era el fundamental, el que identificaba comúnmente al linaje; es el caso de Silva, Ribera, Dávalos, Ayala, Carrillo, Orozco, Niño.

Había ocasiones en que el renombre se componía de más de una palabra, lo que ocurría cuando el apelativo final era empleado por varios linajes, de modo que se unía a un patronímico para diferenciarse; es por esto que los Ayala emplearon continuamente el patronímico López para denominarse con insistente frecuencia “López de Ayala”, del mismo modo que los descendientes

---

<sup>337</sup>. A. LÓPEZ DE HARO, *Nobiliario genealógico*, Madrid, 1622, p. 451. Esta cita es recogida por B. MARTÍNEZ CAVIRÓ, “En torno al linaje de los Gudiel”, *Genealogías mozárabes*, Toledo, 1981, tomo I, p. 84.

<sup>338</sup>. En los párrafos que siguen se harán continuas alusiones a los antropónimos de los caballeros que hemos atendido hasta aquí, por lo que conviene contemplar sus nombres en los árboles genealógicos



del comendador mayor de León emplearían el compuesto “Laso de la Vega”. Tenía mucho mayor interés, para la diferenciación en la ciudad del Tajo, añadir el patronímico al primitivo renombre de todos aquéllos que utilizaran el nombre de la ciudad: así, Suárez de Toledo o Álvarez de Toledo. Pero consideramos que, mucho más allá de buscar una simple diferenciación, con la repetición de patronímicos se pretendía simbolizar la perdurabilidad del linaje a lo largo del tiempo.

Hay que observar, asimismo, que el patronímico había perdido en el siglo XV su sentido, ya que no se usaba como manifestación de la filiación directa de primer grado, sino que se añadía bien al renombre, como hemos observado, o bien, más frecuentemente, al que hemos denominado “nombre de pila”. Este nombre personal solía repetirse continuamente dentro de los linajes: hasta cuatro Pedro encontramos en las cuatro generaciones de los Ayala que llenan la época que nos ocupa; tres Fernando y tres Rodrigo entre los Niño; dos Payo y dos Perafán entre los Ribera. Y esto si solamente atendemos a los parientes mayores. No es que tuviera nada de extraño la repetición de nombres personales en la época, puesto que por entonces muy difícilmente se producía una novedad antroponímica<sup>339</sup>, pero la elección continua de uno o dos en cada linaje nos empuja a creer que existía una tradición que obligaba en el momento de elegir.

Se ponía en práctica con bastante frecuencia la costumbre de dar al primogénito el nombre de su abuelo. Lo observamos en los Padilla, pero aún más claramente en los Ribera de Malpica y en los Niño. Payo de Ribera llamó a su hijo Perafán, como su abuelo; Aldonza de Ribera, a cuya línea fue a parar el mayorazgo fundado por su padre Payo, llamó Payo a su hijo mayor, que a la postre tomó la titularidad de aquel mayorazgo, y a su hija le puso el nombre de Marquesa, que

---

del apéndice de este capítulo.

<sup>339</sup>. M. BOZON, “Histoire et sociologie d’ un bien symbolique: le prénom”, *Population*, 42 (1987), p. 42-43, recuerda la extremada reducción de nombres una vez que los nombres cristianos, en los

respondía al recuerdo de doña Marquesa de Guzmán, mujer del fundador Payo. El linaje Niño se comportó escrupulosamente fiel a esta costumbre caballeresca, ya que a lo largo de seis generaciones se sucedieron los nombres Rodrigo y Fernando para los parientes mayores.

No hay que olvidar, sin embargo que para el caso de los renombres podía existir una norma escrita que obligase a quien había de elegirlos; es el caso de las fundaciones de mayorazgo en que se dispone, como condición para tomar el vínculo, portar el *cognomen* del fundador. Payo de Ribera exigía este compromiso al heredero del mayorazgo fundado en 1447. El primer conde de Cifuentes, por su parte, obligaba a llevar el renombre Silva, sin mezcla con otro, a los que hubieran de ser titulares del mayorazgo de Cifuentes; sin embargo, era más flexible con los futuros titulares del vínculo de Montemayor, atento a la herencia que podían adquirir del linaje sevillano Ribera<sup>340</sup>.

Hay que apuntar, por último, que las normas onomásticas perdían rigidez según se descende en la escala caballeresca; basta recordar la familia nuclear que formaban los hermanos Gonzalo Gaitán, Juan Gaitán y Gil González de Ávila, con sus padres Leonor de Rivadeneira y Pedro Pantoja. La diversidad de sus renombres evidencia una conciencia de sucesión mucho más relajada: este grupo familiar no tenía ninguna razón para establecer normas férreas, pero sí desde luego, para presentar un muestrario de apellidos ilustres como los que portaban, porque eran descendientes directos de quienes los habían llevado con anterioridad.

El tercer elemento que identificaba al linaje caballeresco, el solar, era mucho más ostentoso que los dos anteriores, porque representaba perfectamente el “estilo de vida” de la

---

últimos siglos del Medievo, hacen retroceder a los germánicos.

<sup>340</sup>. La fundación de mayorazgo de Payo de Ribera, de 1447, se conserva en A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 8 vto. – 28 r. La fundación doble de Juan de Silva, fechada en 1458, en A.H.N., Consejos, leg. 31248, nº 13, pza. 1, fol. 1 r – 24 r.

nobleza. El solar era el lugar en que el linaje tenía su origen o su asiento principal<sup>341</sup>; en tiempos en que la aristocracia se enorgullecía por habitar en su *villa* rural, el solar podía identificarse con un castillo o con una población, pero en el siglo XV la nobleza se había urbanizado, habitaba de modo casi permanente en la ciudad y se implicaba en los asuntos urbanos, de modo que el solar había de identificarse con un enclave urbano determinado que se señalaba en ocasiones con la construcción de un suntuoso palacio<sup>342</sup>.

En la documentación el solar de los caballeros suele denominarse “casas mayores”, para diferenciar este emplazamiento de otros inmuebles que se poseían en la ciudad de Toledo. Los propio caballeros lo citan en fundaciones de mayorazgo y testamentos como “*las casas mayores de mi morada*”. Hemos observado la ubicación de palacios, que se correspondían con las casas mayores de algunos nobles toledanos: el de Pedro Suárez de Toledo y el de Fernán Álvarez de Toledo en la collación de San Antolín, y el de Pedro López de Ayala en la de Santo Tomé; conocemos algunos emplazamientos más de moradas caballerescas: la de los Niño, en la collación de San Pedro<sup>343</sup>; la de los Rojas en la de San Ginés<sup>344</sup>; la de los Dávalos de Manzaneque, en la de Santo Tomé<sup>345</sup>; o el de los Ribera de Malpica, en la de San Vicente<sup>346</sup>.

---

<sup>341</sup>. M. C. GERBET, *La noblesse*..., cit., p. 204, recalca la relevancia para los nobles de tener un “solar conocido” por el que pudieran ser territorialmente reconocidos.

<sup>342</sup>. J. HEERS, *El clan familiar en la Edad Media*, Barcelona, 1978, p. 124, señala esta realidad.

<sup>343</sup>. La ubicación de la morada de los Niño la conocemos por una escritura, fechada en 1509, en la que el escribano expresa que los actos descritos tienen lugar en las “*casas mayores*” de Rodrigo Niño (III), hijo de Fernando Niño II y de Elvira de Salazar; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 1269, fol. DCCXIV r. – DCCXVIII r.

<sup>344</sup>. La ubicación de las casas mayores de Francisco de Rojas, hijo del regidor Martín Vázquez, la conocemos porque el mismo caballero nos lo hace saber en el acensamiento que hace de unas casas en la vecina collación de San Nicolás en 1442; vid. A.H.N., Consejos, leg. 32586, pza. 4.

<sup>345</sup>. Por el testamento de María de Orozco sabemos que la morada de su linaje, el de su marido Pedro López Dávalos y el de su hijo Íñigo Dávalos, constructor del castillo de Manzaneque, en 1478 se hallaba en la collación de Santo Tomé, junto a la manzana en que se encontraba el palacio del conde

A propósito de las casas mayores de los Ribera de Malpica, resulta de interés anotar cómo destacaban en su entorno las moradas caballerescas, realidad de la que encontramos una huella fehaciente en una compraventa fechada en 1483: el mercader Juan de Toledo vendía al jurado Gonzalo de San Pedro unas casas en la collación de San Vicente<sup>347</sup>, y al señalar los lindes de este inmueble, entre otros citaba “*la plaza del mariscal Perafan de Rivera*”, aludiendo, sin duda al frente de la portada principal de las casas mayores del señor de Malpica<sup>348</sup>. No son numerosas las referencias a plazas en la documentación del siglo XV, de modo que se puede pensar en la existencia de espacios abiertos relativamente amplios (teniendo en cuenta el contexto urbanístico toledano) ante las ostentosas moradas caballerescas, de las cuales desgraciadamente nos han llegado muy pocas.

#### 4.5.2. Elementos dignificadores

Los linajes caballerescos de Toledo se presentaban ante sus convecinos a través de sus armas, sus nombres y sus solares, pero además mostraban un elevado concepto de sí mismos mediante una percepción mitificada de sus ancestros y un sentido del honor peculiar muy

---

de Fuensalida; vid. A.S.D.R., nº 1102.

<sup>346</sup>. Las casas mayores de Payo de Ribera se integran en el vínculo creado en 1447; vid. A.H.N., Consejos, leg. 29766, nº 6, fol. 8 vto. – 28 r.

<sup>347</sup>. En este punto vale la pena señalar que las operaciones con inmuebles en la zona más elevada de la ciudad –en particular en las collaciones de San Vicente y San Román– reflejan un poder adquisitivo muy alto por parte de sus otorgantes, ya que este área urbana era el ámbito de las viviendas de las personas más pudientes. Pero sobre este asunto volveremos en el siguiente capítulo.

<sup>348</sup>. La compraventa referida se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 16352/3, nº 1.

vinculado a su particular estilo de vida. A través de estos que hemos llamado “elementos dignificadores”, los nobles expresaban un sentimiento de superioridad que encajaría perfectamente con un espíritu de casta si la nobleza fuera un grupo endogámicamente cerrado; una “conciencia de clase” manifestada en un sistema de valores que, desde la perspectiva marxista, se podría considerar una superestructura ideológica. Si nos parecen tan importantes estos elementos dignificadores es precisamente porque se manifestaban sin una intención inmediatamente premeditada, porque se ofrecían al entorno social de un modo natural, cotidiano, y porque el resto de la sociedad aceptaba estas ostentaciones con la mayor normalidad, al menos por lo que podemos conocer. Esta última realidad puede entenderse, desde la perspectiva marxista, como la aceptación de la ideología de la clase dominante por parte de la clase dominada.

Desde cualquier punto de vista que se contemple, es indudable que el sentimiento de superioridad de la nobleza medieval respecto al resto de la sociedad constituye un rasgo característico de este grupo social y que el mejor modo de mostrar esta distancia era el empleo de los símbolos de poder que hemos incluido en el grupo de los elementos dignificadores. Entre éstos destaca el mito del origen, que se materializaba en la creencia, por parte de los nobles, en un ascendiente de extraordinaria categoría, incluso sobrehumana<sup>349</sup>. La doctora Beceiro Pita ha observado varios tipos de ancestros que eran corrientemente reivindicados entre los linajes castellanos del final del Medievo, entre ellos las sucesiones reales y nobiliarias de los siglos altomedievales<sup>350</sup>. La búsqueda de un origen glorioso y lejano era una manifestación de una

---

<sup>349</sup>. Es llamativo, en este aspecto, el caso del linaje Manrique, para el que se llega a reivindicar el propio Diablo como ancestro; un excelente estudio sobre este particular mito es el de A. RUCQUOI, “Le Diable et les Manrique”, *Razo. Cahiers du Centre d' Études Médiévales de Nice*, VIII (1988), p. 108-109.

<sup>350</sup>. I. BECEIRO, “La conciencia de los antepasados y la gloria del linaje en la Castilla bajomedieval”, *Relaciones de poder, de producción y parentesco en la Edad Media y Moderna* (comp. R. Pastor), Madrid, 1990, p. 330-331. En este trabajo, la doctora Beceiro Pita se interna audazmente en un campo

nobleza de primera fila que pretendía distanciarse en dignidad de linajes secundarios<sup>351</sup>, y fue precisamente un clan de ricos hombres que arraigaría en Toledo uno de los primeros que manifestó una visión mítica de sus ancestros: los Ayala, que se presentaban como descendientes de un rey de Aragón y de una sucesión poderosa consolidada en Vasconia desde el siglo XII<sup>352</sup>.

Los linajes de caballeros toledanos no escribieron sus propias genealogías, como hicieron los señores de Ayala y Salvatierra en el siglo XIV; sin embargo, a comienzos del siglo XVI ya tenemos reflejadas las historias de algunas sucesiones toledanas importantes: los Carrillo, los Ribera de Montemayor, los señores de Batres, varias ramas de los Suárez de Toledo y de los Álvarez de Toledo, la Casa de Malpica, la de los señores de Peromoro e incluso otras de menor relevancia<sup>353</sup>.

En general, se perciben en todas estas genealogías dos anhelos fundamentales de los linajes caballerescos de Toledo: el primero de ellos es la vinculación, real por otra parte, con nobles procedentes del norte de la Corona de Castilla que habían medrado a la sombra de la Monarquía, un tipo de linajes que hemos observado al comienzo de este capítulo y que se

apasionante y aún poco desarrollado.

<sup>351</sup>. Así lo pone de manifiesto I. BECEIRO, “La conciencia...”, cit., p. 333-334. C. KAPLISH-ZUBER, “La invenzione del passato familiare a Firenze”, *La famiglia e le donne nel Rinascimento a Firenze*, Roma, 1988, p. 25, pone de relieve una reivindicación similar por parte de los linajes que pretendían ocupar un puesto destacado en el gobierno de la República.

<sup>352</sup>. La genealogía de los Ayala, escrita por Fernán Pérez, padre del célebre canciller, en la segunda mitad del siglo XIV, ha sido atendida en mi artículo “Elementos simbólicos...”, cit., p. 168-170; y, más extensamente, en el trabajo de I. BECEIRO, “El uso de los ancestros por la aristocracia castellana. El caso de los Ayala”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 50/2 (1995).

<sup>353</sup>. A lo largo de los siglos XVI y XVII van siendo cada vez más numerosas las genealogías de nobles castellanos. En general toman los datos unas de otras, careciendo de originalidad en la información que ofrecen; por lo que nos afecta, citaremos aquí solamente algunas de las más tempranas colecciones de historias de linajes que se conservan, en particular la anónima *Origen y principios del linaje de los ilustres y principales varones que florecieron en España en nobleza y grandeza de ánimo*, conservada en R.A.H., S.C., C-16, y fechada en 1520, aún dentro de la época que estudiamos; cabe también señalar las colecciones debidas a Alonso Téllez de Meneses, *Nobiliario de España*, en R.A.H., S.C., C-14, y *Espejo de nobleza*, en R.A.H., S.C., C-12 y C-13.

encuentran bien representados por los Rivadeneira, los Niño o, ya en el ámbito de la ricahombría, los Ayala; el segundo de los anhelos, éste más improbable aunque no descartable, era el de emparentar con caballeros que habían estado presentes en Toledo en la época de dominio musulmán, esto es mozárabes, que habían participado en la conquista de la ciudad o que habían protagonizado los primeros tiempos de la evolución cristiana. Es la pretensión que observamos en los Barroso, que se enorgullecían de haber colaborado con Alfonso VI en la toma de la ciudad<sup>354</sup>; o los Álvarez de Toledo, que se presentaban como sucesores por línea directa del caballero Esteban Illán. En nuestra ciudad, la raigambre local, lo que venía a ser sinónimo de mozarabía, era tan dignificadora como la vinculación con los grandes linajes castellanos del momento; de hecho, hemos observado anteriormente que quienes llegaban de fuera, como el sevillano Perafán de Ribera, el gallego Fernando Díaz de Rivadeneira o el castellano septentrional Rodrigo Niño I se veían obligados a emparentar, mediante matrimonio, con alguna de las viejas estirpes locales. En línea con esta aspiración cabe considerar el caso de renombres de raigambre local (Cervatos, Gaitán, Palomeque, Gudiel, Pantoja) por parte de los linajes de segunda fila.

Para disfrutar de una posición elevada en Toledo, tan determinante como tener raíces locales era mostrar un sentido del honor puramente caballeresco. Para contemplar este aspecto, observamos que el término “honor” lo entiende la Sociología bajo tres puntos de vista diferentes que encuentran significado en la época que estudiamos: en primer lugar, se concibe como un sentimiento particular de dignidad; además, este sentimiento se manifiesta a través de una conducta adecuada, una conducta “honorable”; y por último, existe una valoración exterior de esa

---

<sup>354</sup>. Según la genealogía del padre Jerónimo Román de la Higuera, Gómez Pérez Barroso y sus dos hijos Pedro Gómez y Men Gómez salieron del interior de Toledo, donde habitaban como caballeros cristianos, para colaborar con Alfonso VI en la toma de la ciudad para la Cristiandad. Según el mismo relato, dos hijos de Pedro Gómez fueron alcaldes de los mozárabes de Toledo y su nieto Gutier Fernández Barroso, ayudado por los Gudiel, Palomeque y Portocarrero, dirigió en torno a 1180 la defensa de la ciudad frente a un feroz ataque de los musulmanes de Úbeda y Baeza; vid. *Familias de*

conducta, que se identifica con lo que llamamos “reputación”<sup>355</sup>. Así pues, el honor es sentimiento, conducta y reputación, y para contemplarlo entre los caballeros toledanos del final del Medievo comentaremos algunas muestras de su exteriorización, de la manifestación de una conducta propia de un grupo social, de un estilo de vida peculiar que muestra el sentimiento interno del honor y da lugar a una reputación característica del colectivo de los caballeros.

Sin duda, la más expresiva manifestación del honor caballeresco la encontramos en Lope de Estúñiga, al cual hemos hecho ya alguna referencia. Puede que este caballero no represente la conducta más habitual de las personas de su clase, pero sí nos ofrece el comportamiento más caracterizador del honor nobiliario del siglo XV. Lope Ortiz de Estúñiga fue uno de tantos caballeros de origen foráneo que se instalaron en Toledo casándose con una mujer perteneciente a la arraigada nobleza de esta ciudad: Mencía de Guzmán, emparentada con Pedro Suárez de Toledo y anteriormente viuda de García de Cervatos. Por su parte, Lope Ortiz pertenecía al poderoso linaje de los Estúñiga, engrandecido al servicio de los primeros reyes Trastámara, particularmente por obra de Diego López de Estúñiga, que fue justicia mayor de Castilla<sup>356</sup>.

Lope Ortiz era segundogénito de un segundogénito de este justicia mayor, hecho que le convertía en el típico caballero en busca de fortuna, candidato, por tanto, a mostrar esa actitud aventurera que fue materia prima de las novelas de caballerías. De hecho, nuestro caballero protagonizó un relato que no era sino el trasvase a la literatura de hechos reales que rozan lo novelesco; nos referimos al *Passo honroso*, que relata la aventura del caballero Suero de

---

Toledo, R.A.H., S.C., C-7, fol. 2 r. – 3 r.

<sup>355</sup>. J. PITT-RIVERS, “Honor”, *Enciclopedia internacional de las Ciencias Sociales* (dir. D. L. Sills), Madrid, 1976, tomo 5, p. 514.

<sup>356</sup>. Los datos sobre la ascendencia de Lope Ortiz los encontramos en el trabajo de E. BENITO, “Lope de Stúñiga. Vida y cancionero”, *Revista de Filología Hispánica*, LI (1968), p. 17 y siguientes.



Quiñones y sus hombres defendiendo el paso de un puente sobre el río Órbigo<sup>357</sup>. Lope de Estúñiga, amigo de empresas de armas, fue uno de los caballeros que más diestros se mostraron al lado de Suero en tal lance<sup>358</sup>. Este hecho de armas lo caracteriza ya como un caballero con un llamativo sentido del honor, pero aún muchos años después de la aventura del Órbigo, sucedida en 1434, ya anciano y establecido en Toledo, Lope Ortiz volvería a dar prueba de un ímpetu inusual para su edad, retando al mismísimo conde de Fuensalida. Antes de semejante atrevimiento, nuestro caballero mostró de nuevo su talante violento: en el otoño de 1462, su mujer Mencía de Guzmán había abandonado el hogar por desavenencias conyugales, refugiándose en el monasterio de Santo Domingo el Real; en tal trance, a Lope no se le ocurrió más que presentarse ante la puerta de dicho monasterio con gente armada, penetrando en él por la fuerza y llevándose a su mujer: *“estando la puerta del dicho monasterio cerrada como sienpre estuvo la avia quebrantado e rajado con armas [....] e saco de alli a donna Maria [sic] de Guzman”*<sup>359</sup>.

El episodio comentado de 1462 puede ser considerado como un borrón en una existencia que pretendía ser honorable, mientras que el último suceso conocido de la conducta caballeresca de Lope de Estúñiga habría que observarla como un exceso de su sentimiento de dignidad, una muestra de un orgullo desmedido que de nuevo roza la violencia y el rencor. En 1470, el alcalde mayor Pedro López de Ayala, aprovechando su posición predominante en Toledo, había dirigido las operaciones para destruir la fortaleza que, sin licencia regia, Lope de Estúñiga estaba

---

<sup>357</sup>. P. RODRÍGUEZ DE LENA, *El passo honroso de Suero de Quiñones*, ed. de A. Labandeira, Madrid, 1977.

<sup>358</sup>. E. BENITO, “Lope de Stúñiga....”, cit., p. 22 y siguientes, relata de forma amena los encuentros de armas del diestro justador.

<sup>359</sup>. Así es relatado el suceso en el acta del ayuntamiento en que se dispuso el confinamiento en su casa a Lope de Estúñiga, no por ejercer violencia sobre su esposa sino por quebrantar el seguro real que protegía al monasterio. La cita se ha obtenido de la publicación de una copia del siglo XVII de este acta presente en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, debida a E. BENITO, “Lope de Stúñiga....”, cit., p. 97-100.

levantando en el lugar toledano de Polán, situado en la comarca de La Sisa, a sólo dos leguas de la ciudad<sup>360</sup>. Indignado el caballero Lope Ortiz envió una carta de desafío al conde de Fuensalida a finales del año 1471, carta que tuvo réplica inmediata por parte de Ayala, que con tono de superioridad respondía al inquieto Estúñiga que le complacería en tal requerimiento “*mostrando vos vuestros quatro costados linpios y sin macula*”. Indudablemente, Ayala hacía referencia a la condición de su madre Juan de Navarra, que era hija natural del rey Carlos III “el Noble”; a pesar de la posterior insistencia del pendenciero Lope Ortiz, el reto no tuvo efecto por la superioridad social del ricohombre Pedro López<sup>361</sup>. A través de estas manifestaciones de la conducta caballeresca se pueden apreciar algunos rasgos de un peculiar sentimiento del honor que quizá al nivel de expresión de Lope de Estúñiga no podría generalizarse, pero que en todo caso muestran un aspecto esencial del estilo de vida caballeresco.

#### 4.5.3. Elementos funerarios

La muerte y los asuntos relacionados con ella vienen siendo atendidos intensamente por la Historiografía de las últimas décadas. Entre los temas de investigación al respecto destacan los estudios que abarcan amplios arcos temporales, entendiendo que se inscriben en el nivel

---

<sup>360</sup>. Este suceso, con todas sus circunstancias, ha sido estudiado por E. BENITO, “Incidente en Polán (1470)”, *Anales Toledanos*, XI (1976), p. 5-25.

<sup>361</sup>. Las llamativas cartas cruzadas entre Ayala y Estúñiga, que transpiran rencor y sentimiento de honor por ambas partes, se encuentran, en copia del siglo XVI, en R.A.H., S.C., F-34, fol. 30 r. y siguientes, y han sido publicadas, por E. BENITO, “Lope de Estúñiga...”, cit., p. 103-108.

braudeliano de la *longue durée*<sup>362</sup>, al mismo tiempo, se han multiplicado las investigaciones sobre aspectos más específicos y de ámbito temporal más limitado<sup>363</sup>. Guiados por todos estos trabajos, nos inclinamos por señalar dos elementos a través de los cuales los caballeros de Toledo mostraban su poder a sus convecinos aprovechando el triste trance de la muerte; éstos son las mandas piadosas y la memoria de los difuntos.

El primero de estos elementos se refleja perfectamente en los testamentos, que son, desde luego, el tipo documental que constituye la base de todo lo que en este título se trata<sup>364</sup>. Los

---

<sup>362</sup>. Entre los trabajos de este tipo hay que señalar los dos clásicos, debidos a P. ARIÈS, *El hombre ante la muerte*, Madrid, 1983, y a M. VOVELLE, *La mort et l'Occident de 1300 à nos jours*, Paris, 1983. Aunque de ámbito temporal más reducido, hay que indicar también el libro de A. TENENTI, *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento*, Turin, 1977.

<sup>363</sup>. Exponer aquí una relación de los trabajos referidos al final del Medievo podría resultar interminable de modo que sólo mencionaremos algunos estudios recientes para aludir posteriormente, si es necesario, a otros. Entre los que se refieren al conjunto de la Corona castellana, vid. A. ARRANZ, "Reflexión sobre la muerte en el Medievo hispánico: ¿continuidad o ruptura?", *En la España Medieval*, V (1986), p. 109-123; M. C. CARLÉ, *Una sociedad del siglo XV. Los castellanos en sus testamentos*, Buenos Aires, 1993; M. C. PORRAS, "El concepto de la muerte a finales de la Edad Media", *Boletín de la Institución 'Fernán González'*, 65 (1993); S. ROYER DE CARDINAL, *Morir en España (Castilla Baja Edad Media)*, Buenos Aires, 1993; E. MITRE, "La muerte y sus discursos predominantes entre los siglos XII y XV (Reflexiones sobre recientes aportes historiográficos)", *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVI* (ed. E. Serrano), Zaragoza, 1994; F. MARTÍNEZ GIL, *La muerte vivida. Muerte y sociedad en Castilla durante la Baja Edad Media*, Toledo, 1996. Otros trabajos centran su interés en ámbitos regionales o locales; vid. M. C. PALLARÉS y E. PORTELA, "Muerte y sociedad en la Galicia medieval (siglos XII-XV)", *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y el Arte de la Edad Media*, Santiago de Compostela, 1988, p. 21-29; A. BEJARANO, *El hombre y la muerte. Los testamentos murcianos bajomedievales*, Cartagena, 1990; C. I. LÓPEZ BENITO, *La nobleza salmantina ante la vida y la muerte: 1476-1535*, Salamanca, 1992; M. CABRERA, "El sentido de la muerte en la nobleza cordobesa durante la segunda mitad del siglo XV", *Meridies*, I (1994), p. 63-83; D. COURTEMANCHE, *Ouvrier pour la prospérité. Les testaments parisiens des gens du roi au début du XVème siècle*, Paris, 1997; y M. C. MARANDET, *Le souci de l'Au-delà: la pratique testamentaire dans la région toulousaine (1300-1450)*, Perpiñán, 1998.

<sup>364</sup>. Los testamentos como tipo documental y como excepcional filón informativo para estudiar la religiosidad, la muerte y las mentalidades han sido muy utilizados desde hace ya bastante tiempo; vid. además de algunos de los títulos recogidos en la nota anterior y de trabajos sobre testamentos particulares de reyes y nobles, J. ABELLÁN y M. M. GARCÍA GUZMÁN, *La religiosidad de los jerezanos según sus testamentos (siglo XV)*, Cádiz, 1997, y J. I. CORIA, "El testamento como fuente de estudio sobre mentalidades (siglos XII al XV)", *Miscelánea Medieval Murciana*, IX (1982), p. 193-219.

testamentos del siglo XV comienzan con un prolongado discurso religioso, casi idéntico en todos ellos, que no es sino una declaración de fe por parte del otorgante; una vez expresada ésta, se expone la elección del lugar de enterramiento y, a continuación, las mandas piadosas. Estas mandas consistían en donaciones para instituciones eclesiásticas, para las obras de iglesias y monasterios y para servir al bien de la Cristiandad, lo que se materializaba en forma de cantidades donadas para la lucha contra el Islam y para redimir esclavos cristianos (“*sacar cautivos de tierra de moros*”).

No es posible comprender estas mandas como manifestación de piedad si no tenemos en cuenta la religiosidad y los hábitos piadosos de la época, entre éstas las costumbres locales. En los testamentos toledanos se repite insistentemente una serie de mandas que, más que mostrar piedad, revelan la ciega fidelidad a una tradición inmemorial; esta serie se identifica con lo que los testamentos señalan muy expresivamente como “*las mandas acostunbradas*”, que no siempre coinciden pero que se aproximan mucho en unos y otros: continuamente se donaba cierta cantidad de dinero a los monasterios de la Trinidad y de Santa Catalina, a la obra de la catedral de Toledo, o al monasterio de Guadalupe, entre otros<sup>365</sup>. Al margen de estas donaciones más generalizadas, cada otorgante cedía cantidades diversas de dinero a otras instituciones por las que sentía una devoción especial o con las que estaba personalmente vinculado; en primer lugar, desde luego, la congregación titular del edificio religioso en que dejaba su cuerpo enterrado<sup>366</sup>. Con estas mandas, el otorgante se mostraba como benefactor de la Iglesia, protector de sus titulares y de

---

<sup>365</sup>. Estas “mandas acostumbradas” aparecen tanto en testamentos de caballeros como en los de ricos hombres y hombres buenos, siempre que los otorgantes se hallen capacitados para satisfacer estas donaciones; para el caso de los caballeros, vid. por ejemplo el testamento de María de Orozco, viuda de Pedro López Dávalos; A.S.D.R., nº 1102.

<sup>366</sup>. Es característico el testamento de Inés de Ayala, hermana del conocido canciller, que dejaba 500 mrs. al monasterio de Santo Domingo el Real, en el cual se enterraría, 1.000 mrs. a la iglesia de San Antolín, donde se hallaba enterrado su marido Diego Gómez de Toledo, y otros 500 para la obra de

sus fieles necesitados.

La pompa funeraria servía perfectamente al afán de ostentación caballeresco. Por lo que se observa en la documentación, la muerte de algunos toledanos daba ocasión a la realización de auténticas manifestaciones públicas de sentimiento, conseguidas, eso sí, mediante cuantiosos pagos. La poderosa Inés de Ayala ordenó, en 1398, la satisfacción de la cuantía correspondiente para que los frailes de San Pablo de Toledo celebrasen hasta 3.000 misas por su alma, además de pagar 300 mrs. a seis monasterios de la ciudad para que participasen en las vigiliass y en el enterramiento de su cuerpo<sup>367</sup>. Las ampulosas demostraciones de estatus social a través de las pompas funerarias llamativas eran más propias de los elementos de la alta nobleza, pero la caballería, siempre que estuviera al alcance de sus posibilidades, competía sin complejos en preservar la memoria de los difuntos del linaje, fundamentalmente a través de la creación de panteones familiares y mediante la fundación de capellanías.

Los panteones familiares no solían crearse de un modo premeditado, sino que iban formándose por la acumulación de miembros de un linaje enterrados en un espacio determinado<sup>368</sup>. Un buen número de elementos del grupo caballeresco, particularmente mujeres, manifestaron su deseo de ser enterradas en lugares a los que por algún motivo se sentían vinculadas, sin que con ello se diera lugar a una tradición de acumulación de sepulturas de su

---

esta iglesia; vid. una copia de este testamento en A.S.D.R., nº 349, fol. 7-12.

<sup>367</sup>. A.S.D.R., nº 349, cit. Sobre el ceremonial del enterramiento de los condes de Fuensalida, vid. mi artículo "Elementos simbólicos....", cit., p. 173-174.

<sup>368</sup>. Sobre el lugar de enterramiento vid. J. ORLANDIS, "Sobre la elección de la sepultura en la España medieval", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XX (1950); A. BEJARANO, "La elección de sepultura a través de los testamentos medievales murcianos", *Miscelánea Medieval Murciana*, XIV (1987-1988); J. YARZA, "La capilla funeraria hispana en torno a 1400", *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y el Arte de la Edad Media*, Santiago de Compostela, 1988, p. 67-91; M. C. PALLARÉS y E. PORTELA, "Los espacios de la muerte", *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y el Arte de la Edad Media (II)*, Santiago de Compostela, 1992, p. 27-35.

linaje; es el caso de Mencía de Guzmán, mujer de Lope de Estúñiga, que en cierta ocasión se había refugiado en el monasterio de Santo Domingo el Real huyendo de la ira de su marido<sup>369</sup>.

Conocemos un buen número de mujeres de linajes caballerescos que se sepultaron entre los muros de este monasterio dominico, que disfrutaba de prestigio como ámbito para la última morada, pero la abundancia de documentación que conocemos de esta institución hace que la realidad se nos aparezca deformada<sup>370</sup>.

Sí fueron constituidos auténticos panteones familiares por parte de algunos linajes, como los Ribera de Malpica y los Gaitán. No conocemos un testimonio seguro en el primero de los casos, pero la acumulación de sepulturas de miembros de este linaje en Santo Domingo el Real obliga a deducir la creación, al menos de hecho, de un conjunto sepulcral familiar<sup>371</sup>. El caso de los Gaitán nos es conocido por la fundación de una capellanía por Gonzalo Gaitán, hijo de Pedro Pantoja y de Leonor de Rivadeneira, al cual más arriba hemos atendido; en esta escritura, el fundador expresaba su deseo de ser sepultado en el altar mayor de la capilla del monasterio de la Trinidad, donde ya estaba el cuerpo de su segunda mujer Isabel de Guzmán, habiendo sido enterrada la primera esposa, Doña Blanca, en el mismo monasterio aunque en distinto emplazamiento<sup>372</sup>.

---

<sup>369</sup>. El deseo de ser enterrada en este monasterio se expresa en su testamento, fechado en 1469; vid. una copia de esta escritura en A.S.D.R., nº 4/11.

<sup>370</sup>. Entre otras, María de Orozco, mujer de Pedro López Dávalos, expresó el deseo de ser enterrada en Santo Domingo el Real en su testamento, fechado en 1478, cuyo original se conserva en A.S.D.R., nº 1102.

<sup>371</sup>. En 1486 Diego de Ribera, hijo segundo del mariscal Payo mandaba enterrarse en este monasterio, en la capilla donde yacía su padre, dato éste por el que sabemos que Payo de Ribera fue sepultado en Santo Domingo; vid. el testamento de Diego de Ribera en la biblioteca del Instituto "Valencia de Don Juan". Tres años después, en 1489, el obispo de Coria Vasco Ramírez de Ribera, hermano de Diego, otorgó testamento, expresando en él su deseo de enterrarse en el mismo edificio; vid. este testamento en el manuscrito Egerton del British Museum.

<sup>372</sup>. Vid. el original de la fundación de Gonzalo Gaitán, fechada en 1479, en A.H.N., Clero, leg. 3133,

Con mayor claridad observamos las fundaciones de capellanías, la del mismo Gonzalo Gaitán, fechada en 1479, así como varias que fundó Inés García de Cervatos en 1487 y la que mantenían los regidores Rojas a lo largo del siglo XV, que son las que nos servirán como ejemplo de esta institución característica. Las capellanías servían para que uno o varios clérigos realizaran oficios religiosos perpetuamente por el alma del fundador; Juan Pro Ruiz ha distinguido dos tipos de capellanías según el modo empleado para satisfacer el pago a los eclesiásticos por sus servicios: la “capellanía eclesiástica” se caracteriza por la donación de una renta perpetua incorporada al patrimonio eclesiástico; en la “capellanía laical”, sin embargo, el fundador no dona el bien sino que se obliga a efectuar pagos periódicos a los capellanes<sup>373</sup>. En ocasiones, esta clasificación no resulta demasiado operativa porque la renta con que se mantenía la capellanía podía estar compuesta de diversas fuentes; es éste el caso de la capellanía que fundó Fernán Gutiérrez, quizá a fines del siglo XIII, una capellanía que a mediados del siglo XV le correspondía mantener a su descendiente Francisco de Rojas. Este caballero acensaba a un zapatero, en 1442, unas casas en la collación de San Nicolás, exigiéndole el pago de 900 mrs. y dos gallinas anuales a satisfacer al capellán que servía la institución fundada por su “sexto abuelo” Fernán Gutiérrez<sup>374</sup>.

Era frecuente que la fundación de una capellanía se asociara a obras de construcción o de reconstrucción de una capilla, de mejora de las instalaciones o de embellecimiento de un espacio sagrado; es éste el caso de la fundación de una capellanía en el templo de Santo Tomé por parte de los condes de Fuensalida<sup>375</sup>. Gonzalo Gaitán, hijo de Pedro Pantoja, se hizo cargo del

---

nº 12.

<sup>373</sup>. J. PRO RUIZ, “Las capellanías: familia, Iglesia y propiedad en el Antiguo régimen”, *Hispania Sacra*, 41 (1989), p. 585 y 589.

<sup>374</sup>. La escritura de censo se conserva en A.H.N., Consejos, leg. 32586, pza. 4.

<sup>375</sup>. Vid. J. R. PALENCIA, “Elementos simbólicos....”, cit., p. 176.

patronato sobre la capilla mayor del monasterio de la Trinidad en la segunda mitad del siglo XV, apoyándose en el hecho de que un antepasado suyo había donado unos inmuebles para que los frailes del monasterio pudieran construir dicha capilla. Pero mediante un acuerdo entre el caballero y la congregación, firmado en 1479, ésta cedía definitivamente el uso de la capilla mayor a Gaitán para que fueran allí sepultados todos los de su linaje. A cambio, Gonzalo Gaitán se comprometía a cerrar la capilla con rejas, coronando éstas con un crucifijo; además, se obligaba a reparar el tejado, a poner vidrieras en las ventanas, a levantar un púlpito, a donar un caliz, a proveer la capilla de otros objetos litúrgicos y decorativos y a ceder un censo de 6.000 mrs. anuales sobre bienes de la ciudad de Toledo<sup>376</sup>. Aunque este último elemento era el constituyente de la capellanía, pues se indicaba que esta donación serviría para pagar los rezos por el alma de los difuntos del linaje, el compromiso no era completo sin todas las donaciones y restauraciones pactadas, con las que la capilla, además, se dispondría para representar la grandeza y la piedad de la sucesión de Gonzalo Gaitán.

Un caso extraordinario lo representa la múltiple fundación de Inés García de Cervatos, abadesa del monasterio cisterciense de San Clemente, en su testamento, fechado en 1487<sup>377</sup>. Mediante una serie muy cuantiosa de donaciones, la poderosa abadesa fundaba una capellanía por las almas de Juan Gudiel y Doña Elvira, sus padres, y por su hermana, los tres enterrados en el monasterio de San Francisco, consistente en 30 misas cada semana; pero además, doña Inés fundaba otras capellanías y varios aniversarios, celebraciones litúrgicas y ofrendas en determinadas fiestas para el provecho de su propia alma y de las almas de parientes y de otras personas por las que, por diversos motivos, sentía inclinación, como era Sancha Díaz, que precedió a la propia Inés

---

<sup>376</sup>. El compromiso entre la congregación y Gaitán se conserva en A.H.N., Clero, leg. 3133, nº 12.

<sup>377</sup>. Conocemos estas fundaciones gracias a una relación efectuada en el siglo XVII por el mayordomo del monasterio; vid. A.S.C., Libro 113, fol. 3 r. – 13 r.



como abadesa del monasterio de San Clemente. Para satisfacer los pagos a quienes debían servir estas capellanías, aniversarios y ofrendas, donaba bienes y rentas que ella poseía en Toledo y su Tierra, rentas sobre casas, heredades, dehesas y molinos, entre otros. Doña Inés expresaba el deseo de beneficiar las almas de los suyos con esta ingente cesión, pero esta acción proclamaba al mismo tiempo el prestigio de su linaje, con una ascendencia de antigua raigambre local, como puede comprobarse por los renombres indicados.

La fundación de capellanías y la creación de capillas funerarias familiares constituían, como la fundación de mayorazgos y de señoríos, objetivos que los diversos linajes caballerescos se marcaban para hacerse presentes en la sociedad local y perpetuar su prestigio. Precisamente, capellanías y mayorazgos son relacionadas por Jean Pierre Molénat para señalar el deseo de los linajes de asegurar la pervivencia de su estirpe a través de las generaciones, sin amputaciones de ninguna clase<sup>378</sup>.

---

<sup>378</sup>. J. P. MOLÉNAT, "La volonté de durer: majorats et chapellanies dans la pratique tolédane des XIIIème – XVème siècles", *En la España Medieval*, V (1986), p. 695.

## 4.6. Conclusiones

A lo largo de este capítulo hemos estudiado un colectivo poderoso, la caballería, que empleó los medios a su alcance para mantener y acrecentar su primacía en Toledo. Un colectivo que no era nuevo en la sociedad local, pero que se renovó ostensiblemente para hacerse más poderoso aún de lo que era anteriormente. Si la caballería mozárabe había representado este grupo nobiliario en Toledo a lo largo de las centurias anteriores, desde la conquista cristiana de la ciudad hasta la época Trastámara, una nueva caballería, mucho más pujante, vendría no a sustituirla sino a reverdecerla y modificarla de modo que, siendo descendientes directos de los linajes mozárabes, los caballeros de Toledo de comienzos del siglo XVI, se hallaban mucho más integrados en ese proyecto político de alcance que es el Estado moderno. Cómo se produjo este cambio es, en buena parte, lo que en este capítulo se ha observado.

Desde el punto de vista de los linajes, los grandes renombres del siglo XV –Ribera, Niño, Padilla- pueden hacer pensar en el paso a un segundo plano de estirpes que hasta el siglo XIV se hallaban en la primera línea de la caballería local; pero esto no es así, ya que la sangre de los nevos líderes nobiliarios se encontraba intensamente impregnada de la que habían aportado Gudiel, Roelas, Palomeque, Gaitán, Barroso y otros tantas estirpes antiguas. El reemplazo dentro del seno de la caballería fue solamente nominal, y los renombres nuevos, que sirvieron para dar una nueva identidad a los viejos linajes, fueron traídos por segundogénitos pertenecientes a grandes linajes del reino que sólo pudieron establecerse y ser respetados como líderes en Toledo una vez que por sus venas corrió, en cantidad abundante, sangre local. Así, a pesar de llevar nombres que en el siglo XIII, e incluso en el XIV, eran desconocidos en la ciudad, algunos caballeros del siglo XV eran hombres radicalmente toledanos, por su sangre y por el reconocimiento que se hacía de su posición.

Al lado de estos linajes “de primera fila” había una base mucho más numerosa grupos familiares mucho más modestos, que apenas podían mantener un estilo de vida noble, que solamente ocupaban un oficio local y gozaban de una fortuna discreta; su nivel de rentas no permitía la creación de señoríos, ni la fundación de mayorazgos, ni el lucimiento de una morada que indicara su categoría social a sus convecinos; ni siquiera, posiblemente, la emancipación de los segundones respecto a los hermanos mayores. Sin embargo, dado el número de estos linajes de caballeros, que iban surgiendo como ramas colaterales de las principales Casas caballerescas toledanas, hay que tenerlos bien en cuenta, aunque muy poco podamos saber de ellos, con el fin de no suponer que la generalidad de los caballeros de la ciudad tenían la oportunidad de protagonizar las carreras exitosas que nos han servido para presentar algunos ejemplos en este capítulo.

Un papel fundamental en este encumbramiento de hombres nuevos (que sabemos que se limitó a un puñado de linajes con fortuna) lo jugó el favor regio, que se manifestó fundamentalmente a través del ejercicio de oficios y, en casos extraordinarios, a través de la adquisición de un señorío jurisdiccional. Un síntoma del ascenso de un linaje era el desempeño de oficios, tanto cortesanos como locales, porque la cercanía al rey se puede medir considerando las provisiones de este tipo. El ejercicio de múltiples oficios por parte de una persona se nos aparece como signo inequívoco de un rápido ascenso social y político; de hecho, es frecuente observar cómo algunos caballeros “oscuros”, no demasiado dotados económicamente y con escasa influencia en Toledo, medraron al lado de los monarcas hasta llegar a formar parte de la primera línea de la caballería toledana, asumiendo incluso la jurisdicción sobre lugares de la Tierra.

El patrimonio constituía un instrumento necesario para el engrandecimiento de los linajes, pero no puede desligarse de otros factores a él vinculados, como la prianza y el origen ilustre.

Sin embargo, frente a estos dos elementos, la riqueza podía fomentarse desarrollando una estrategia propia, mediante compras, ventas, permutas, acensamientos y otras operaciones que se desarrollaban al margen de la intervención de la Monarquía. En todo caso, la operación patrimonial decisiva para el encumbramiento económico de los linajes debía contar necesariamente con la directa participación de los monarcas; nos referimos a la fundación de mayorazgos, con los que un conjunto patrimonial se vinculaba permanentemente al pariente mayor del linaje, quedando así a salvo de la erosión que provocaban las continuas particiones a que obligaba el derecho sucesorio.

Desde un ángulo más estrictamente local, hemos contemplado el alto valor que para el mantenimiento y acrecentamiento del poder de los linajes tenía la solidaridad, una solidaridad que se proyectaba en dos planos: uno interno y otro externo. Dentro del linaje, el liderazgo del pariente mayor era absoluto, y total la sumisión del resto de sus componentes. Hemos observado que las escisiones dentro del seno del linaje no solían ser traumáticas porque eran calculadas, de modo que no daban ocasión a violencias capaces de trastocar la potencia del grupo. Por parte de las mujeres, la sumisión llegaba a tal punto que habían de entregar sus servicios como esposas o como monjas, pues en ellas no se observan otros roles, para beneficio del grupo.

En el plano externo, el linaje se conectaba en una intrincada red de vínculos que le otorgaban el lugar que le correspondía en la sociedad local; una red que no se detenía en el entorno nobiliario sino que abarcaba al conjunto de la sociedad, que a los linajes los acercaba o los enfrentaba con sus semejantes hasta envolverlos en la lucha de bandos, un tipo característico de enfrentamientos cuya evolución hemos estudiado en el presente capítulo.

Finalmente, nos hemos detenido en un aspecto que fue arrinconado por la Historiografía tradicional pero que hoy va ganando terreno en la investigación; se trata de la simbología del poder nobiliario, cuyo estudio crece al calor del desarrollo de la investigación sobre la simbología

política de la Realeza. La atención a los símbolos de poder de los caballeros nos ha introducido en la observación de los emblemas heráldicos, los palacios, los propios antropónimos, el sentido del honor, el mito de los ancestros, la elección del lugar para sepultarse y la fundación de capellanías como instrumentos de la caballería toledana para presentar ante la sociedad de su tiempo el prestigio alcanzado y su presencia en la ciudad. El estudio de estos aspectos como elementos simbólicos del poder nos ha permitido, asimismo, penetrar en esa forma peculiar de ser del grupo social, en lo que hemos denominado “estilo de vida” caballeresco.

En resumen, en las páginas que constituyen este capítulo, y a través de casos seleccionados por su ejemplaridad o por el azar de la conservación documental, hemos pretendido presentar el modo en que un colectivo determinado por sus privilegios y su consideración social pudo consolidarse en la cima de ese microcosmos que era Toledo al final del Medievo.

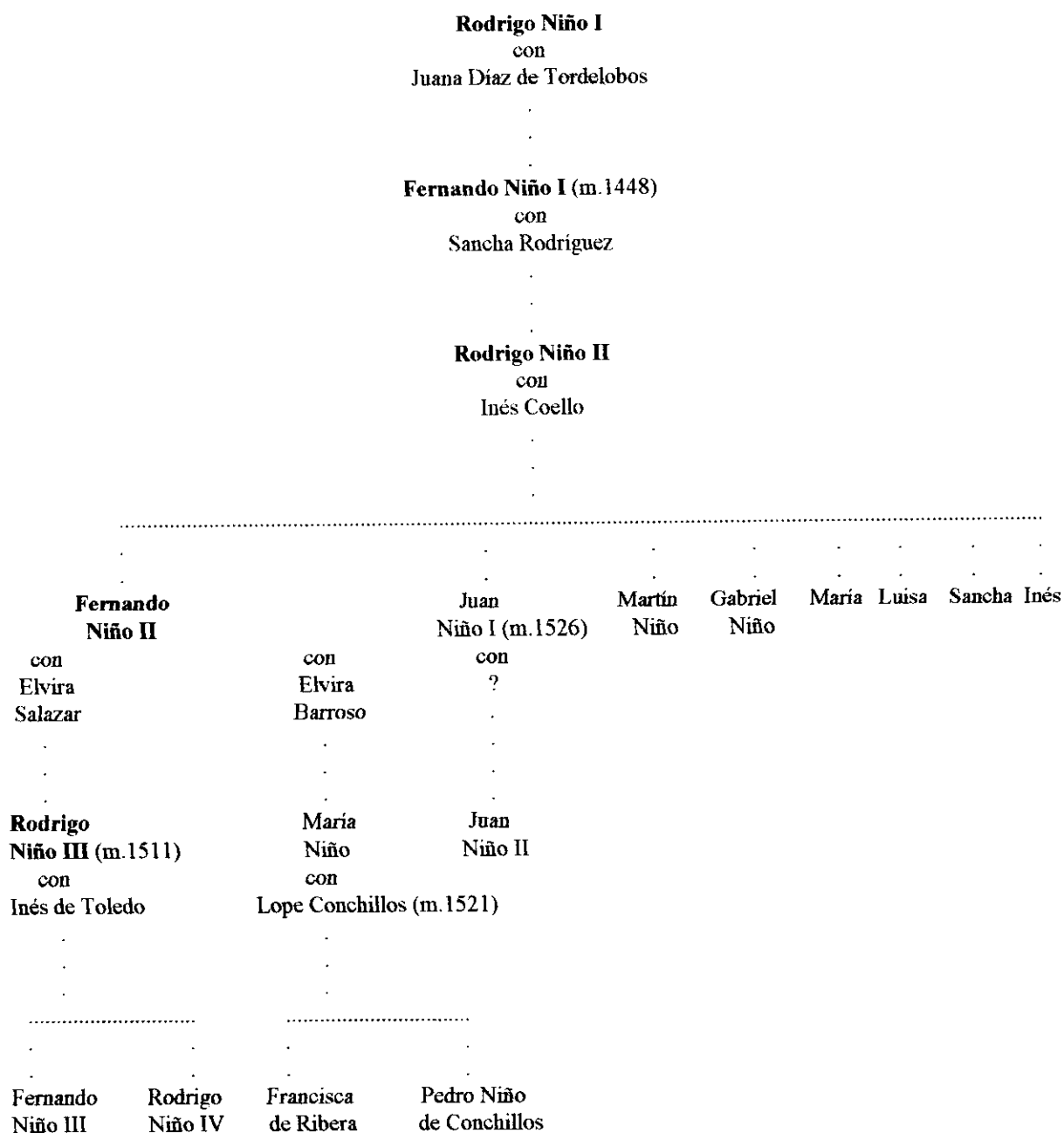
## 4.7. Apéndice

En el presente apéndice se incluyen seis árboles genealógicos y dos tablas. Los árboles corresponden a los linajes estudiados en el primero de los apartados de este capítulo; en ellos, figuran en negrita los nombres de los parientes mayores del linaje o de los transmisores de esta función principal; además, para que sirva como referencia cronológica, se anota al lado de algunos nombres la fecha de muerte, teniendo en cuenta que ésta no se conoce casi nunca con exactitud, de modo que la que se indica suele corresponder al año de datación del testamento o al de la partición de los bienes dejados tras la defunción.

Las dos tablas corresponden a la fecha y otros datos del acceso de diversos linajes a la jurisdicción sobre lugares, una de ellas; y la otra, a la fecha y algunos datos más sobre la primera fundación de mayorazgo de varias sucesiones. Se incluyen en ambas tablas, junto con los datos referidos a los clanes caballerescos, los que aluden a los tres clanes de ricos hombres que se han estudiado en el capítulo 2, para poder así observar y comparar los tiempos en que se alcanzan señoríos y mayorazgos. Hay que señalar, en este punto, que el retraso de los Cárdenas se debe a su tardía incorporación a la nobleza toledana.

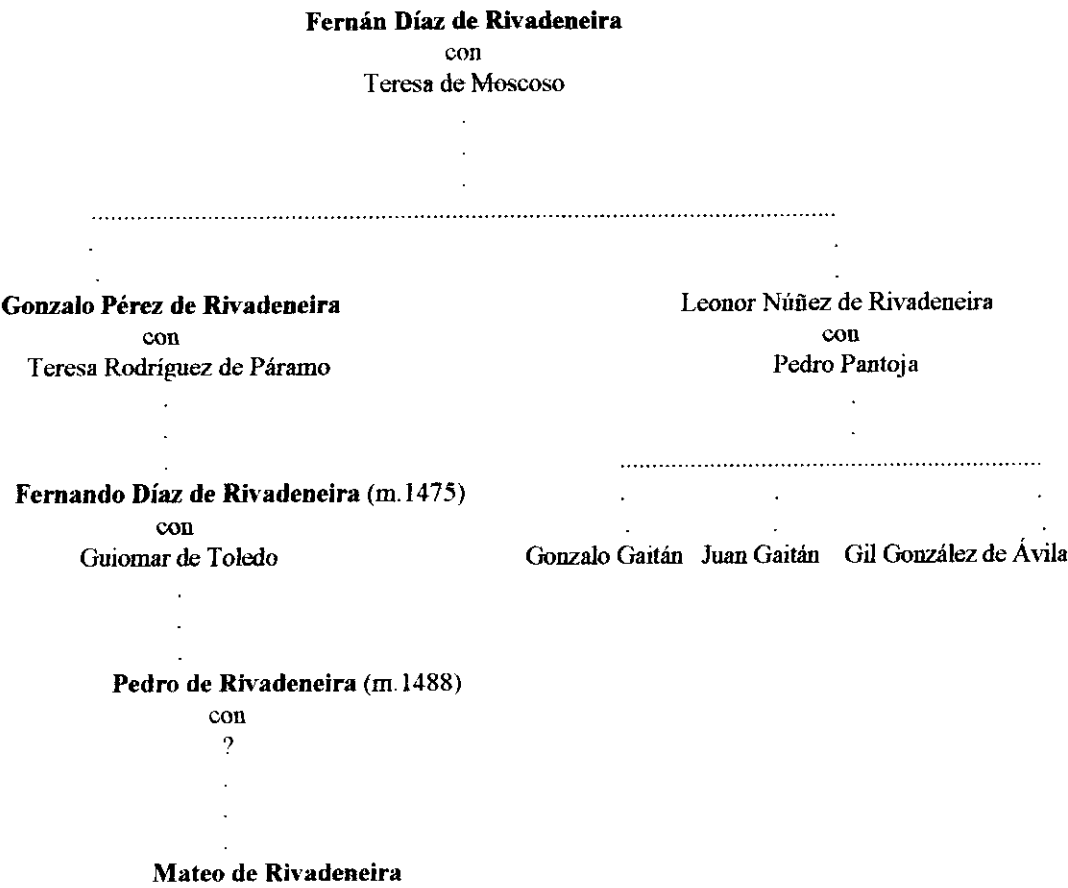


# Árbol 1: Linaje Niño

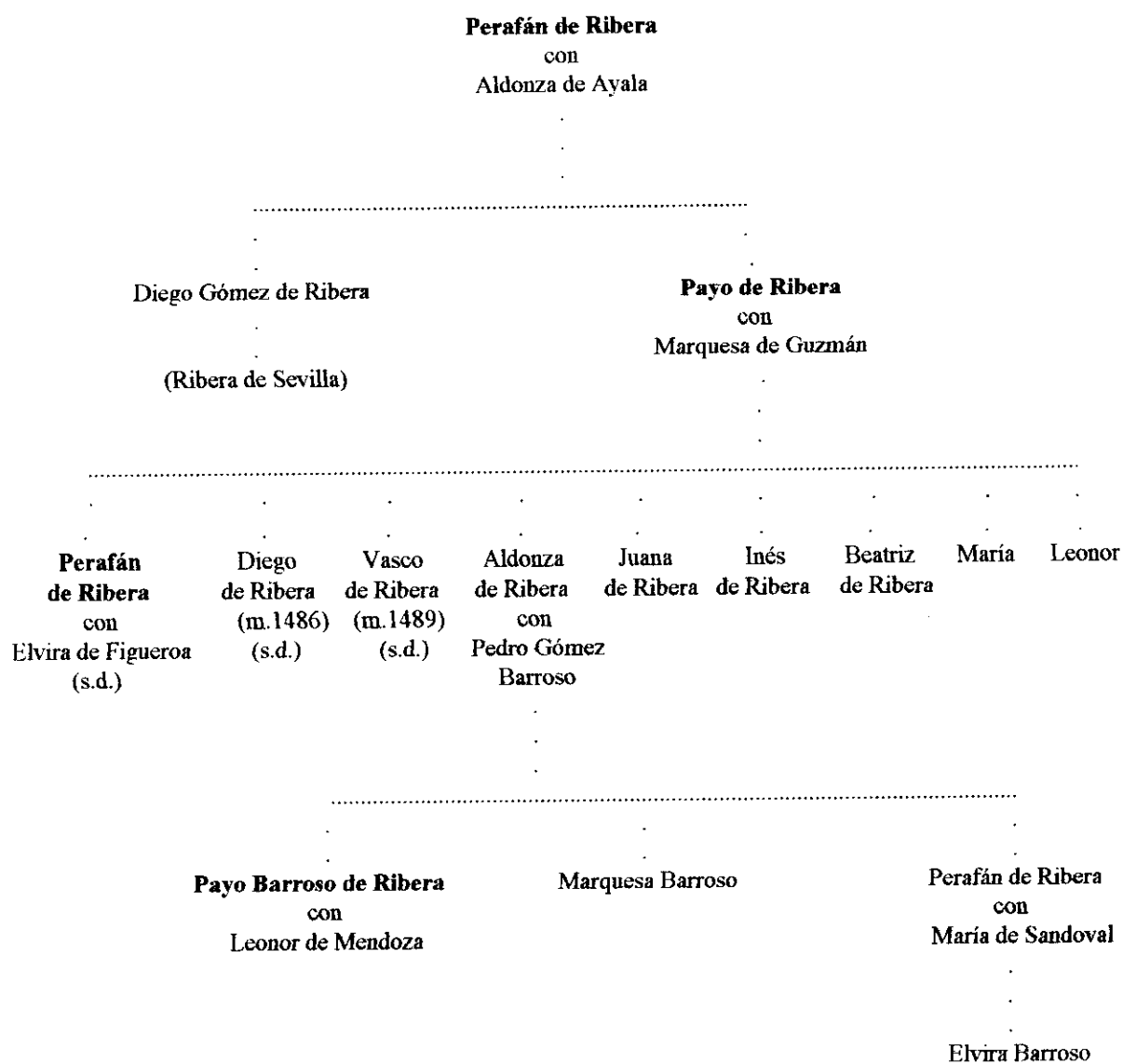




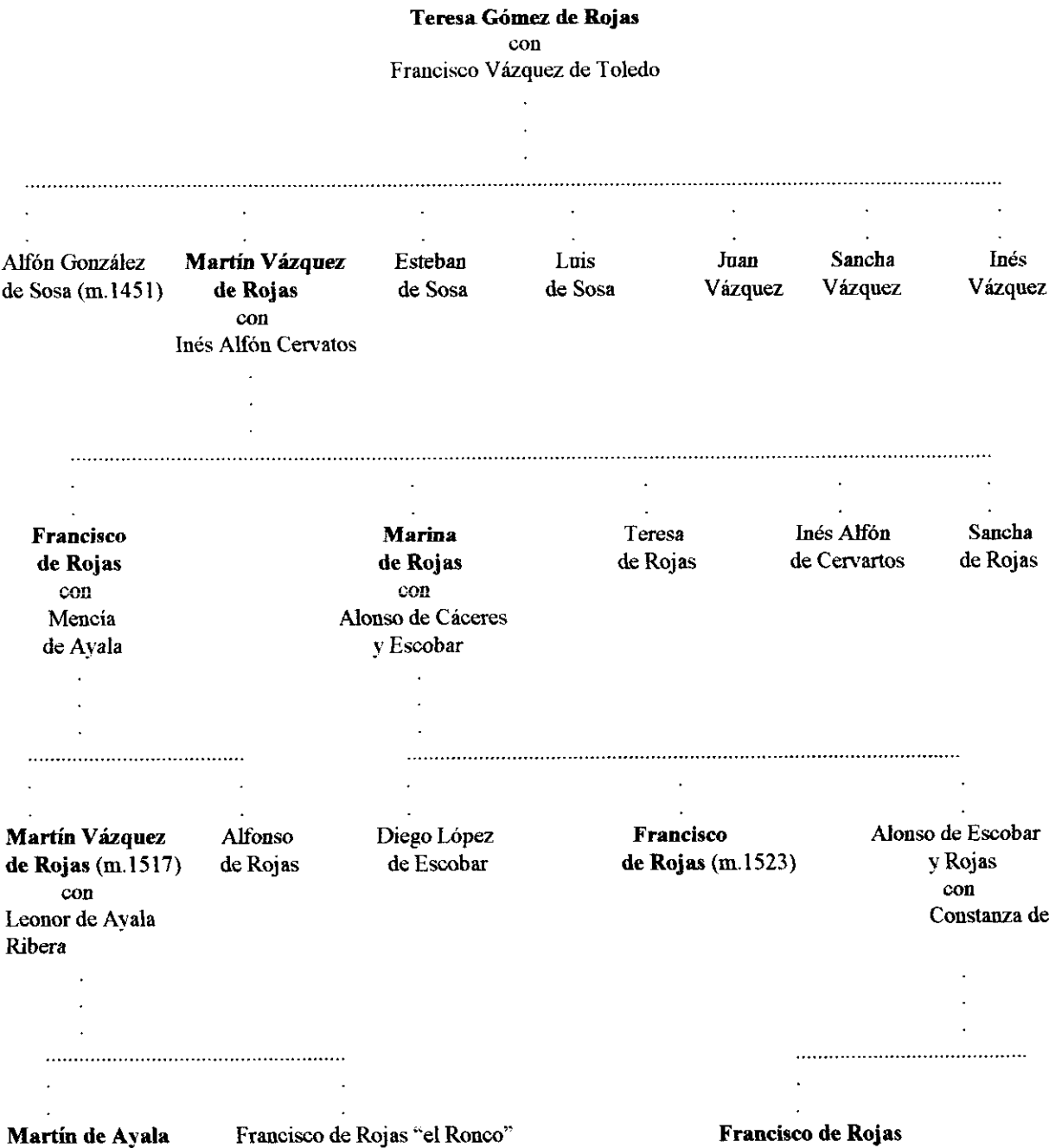
Árbol 2: Linaje Rivadeneira



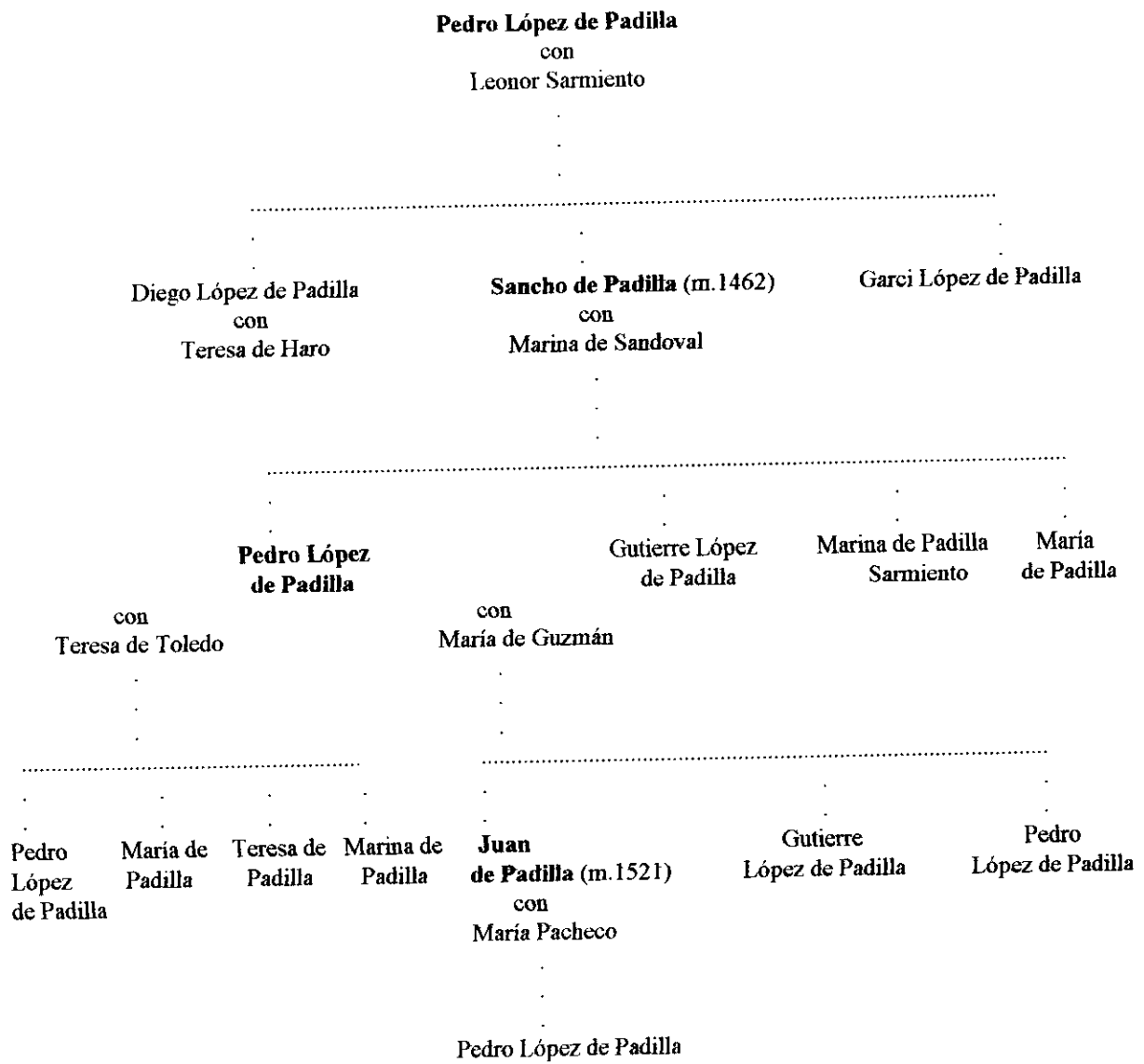
### Árbol 3: Linaje Ribera



Árbol 4: Linaje Rojas



# Árbol 5: Linaje Padilla



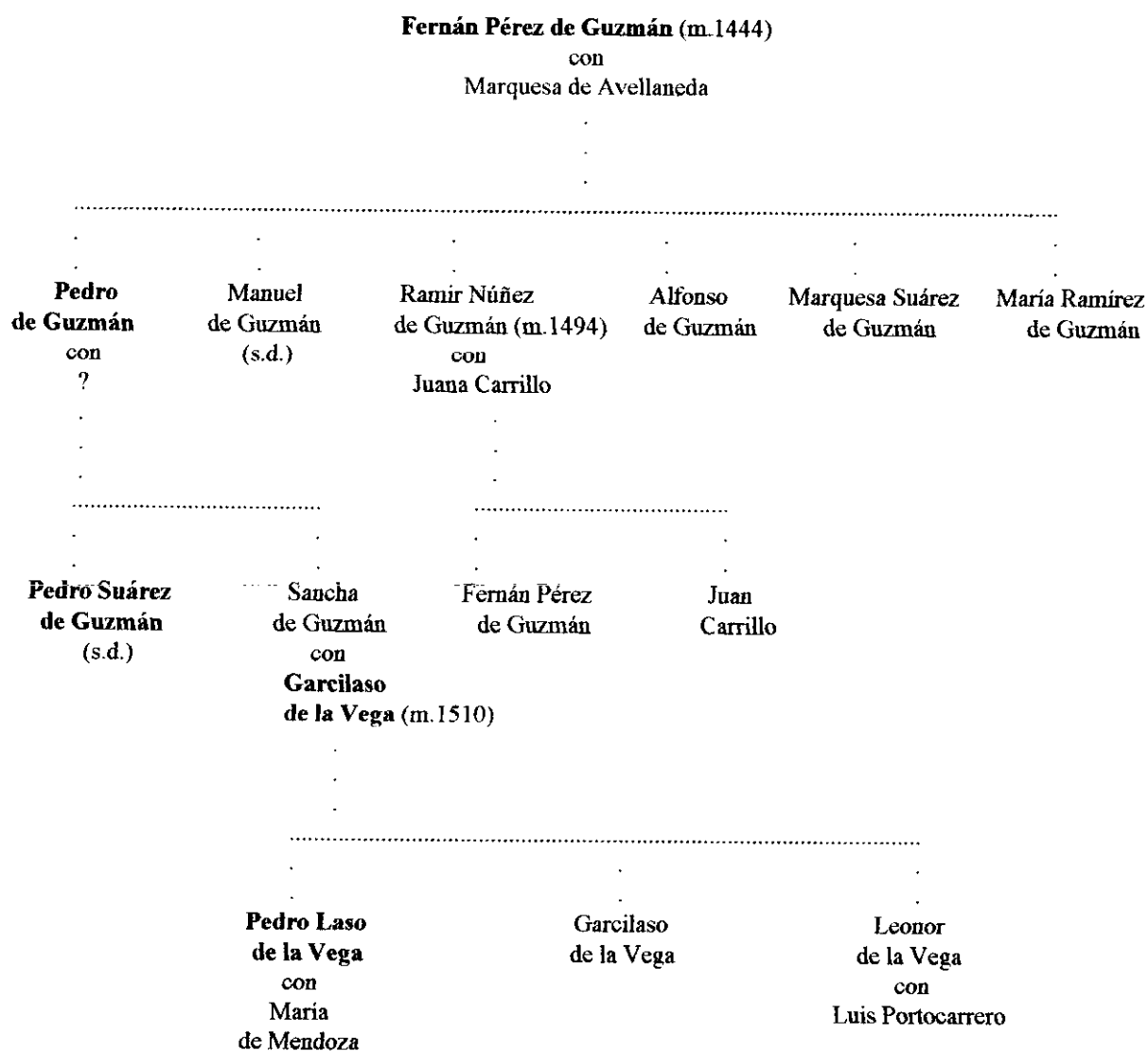
Árbol 6: Linaje Guzmán-Vega

Tabla 1: Acceso al señorío

FECHA DE ACCESO	POBLACIÓN DEL SEÑORÍO	RENOMBRE DEL LINAJE	NOMBRE DEL FUNDADOR	MODO DE ACCESO
1427	Barcience	Silva	Alfonso Tenorio de Silva	Merced
1445	Cedillo, Huecas, Humanes y Peromoro	Ayala	Pedro López de Ayala I	Merced
Hacia 1445	Malpica y Valdepusa	Ribera	Payo de Ribera	¿Merced?
1447	Caudilla	Rivadeneira	Fernando Díaz de Rivadeneira	Compra
Hacia 1460	Batres	Guzmán	¿Pedro de Guzmán?	¿Merced?
1464	Montemayor	Ribera	Juan de Ribera	Desglose
¿1482?	Maqueda	Cárdenas	Gutierre de Cárdenas	Compra
1487	Cedillo	Toledo	Fernán Álvarez de Toledo	Compra
¿1489?	Peromoro	Ayala	Pedro de Ayala	Desglose
Hacia 1490	Noez	Niño	Ferando Niño II	¿Merced?

Hacia 1490	Higares	Zapata-Toledo	Fernán Álvarez de Toledo	¿Merced?
1493	Cuerva	Vega	Garcilaso de la Vega	Compra
1493	Layos	Rojas	Francisco de Rojas	Compra

Tabla 2: Fundaciones de mayorazgo

FECHA DE FUNDACIÓN	CABEZA DEL MAYORAZGO	RENOMBRE DEL LINAJE	NOMBRE DEL FUNDADOR	NOMBRE DEL BENEFICIARIO
1430	Barcience	Silva	Alfonso Tenorio de Silva	Juan de Silva
1435	Fuensalida	Ayala	Pedro López de Ayala I	Pedro López de Ayala II
1447	Malpica	Ribera de Malpica	Payo de Ribera	Perafán de Ribera
1458	Cifuentes	Silva	Juan de Silva	Alonso de Silva
1458	Montemayor	Ribera de Montemayor	Juan de Silva	Juan de Ribera
1462	Malpica	Ribera de Malpica	Payo de Ribera	Perafán de Ribera
1475	Fuensalida	Ayala	Pedro López de Ayala II	Pedro López de Ayala III
¿1495?	Cedillo	Toledo de Cedillo	Fernán Álvarez de Toledo	Antonio Álvarez
1503	Maqueda	Cárdenas	Gutierre de Cárdenas	Diego de Cárdenas
1516	Montemayor	Ribera de Montemayor	Juan de Ribera II	Juan de Silva





**CAPÍTULO 5:**

**LA “SEGUNDA OLIGARQUÍA”: LOS GRUPOS  
EMERGENTES DE UNA SOCIEDAD DINÁMICA**



Si la caballería constituye el nivel más alto de los grupos sociales que formaban la oligarquía toledana del final del Medievo, un segundo nivel, de menor altura y más limitada influencia, aunque también integrante de la élite política, es la bonahombría, el grupo social del que formaban parte todos aquéllos que estaban capacitados para participar en los asuntos públicos pero que no gozaban de la condición nobiliaria, lo que les sumía en un nivel social y político inferior al de los caballeros y explica por qué les consideramos aquí componentes de una “segunda oligarquía”. No vamos a detenernos ya a considerar en qué consiste la bonahombría, puesto que de ello hemos tratado anteriormente<sup>1</sup>; en este capítulo nos ocuparemos de asuntos que nos van a ayudar a ajustar la definición de este peculiar grupo social.

Para examinar la bonahombría se hace necesario detenerse primero en la identificación de las familias y los individuos que formaban parte de ella. Si hemos podido reconstruir, no sin dificultades, algunas sucesiones de caballeros, establecer los vínculos de parentesco de los hombres del Común resulta bastante más complicado. En primer lugar, porque no contamos apenas con genealogías de estas familias; además, porque la documentación que de ellas conservamos suele referirse a actividades profesionales, fundamentalmente comerciales, que sólo proporcionan información de individuos aislados, hasta el punto de que los documentos que se refieren a algún individuo presentándolo como hijo o mujer de otro, resultan para nosotros preciosos. En todo caso, a lo largo de las páginas que siguen, se apuntarán los datos que se conocen acerca del parentesco de los individuos que vamos a utilizar como muestra del grupo

---

<sup>1</sup>. Sobre los caracteres definitorios de la bonahombría toledana véase el epígrafe B del título 3.1.4. de este trabajo.

social de la bonahombría.

En ocasiones, sucede que la documentación a nuestro alcance<sup>2</sup> nos ofrece una interesante serie de actividades de un hombre bueno -pongamos por caso un conjunto de compras, acensamientos, reconocimientos de deudas y poderes- sin que podamos saber quiénes eran sus padres, hermanos, cónyuge e hijos. Por último, podría dificultar la existencia de sucesiones prolongadas la actuación de la Inquisición y de las ocasionalmente exaltadas masas populares contra muchos de estos individuos, ya que una buena parte de los hombres buenos tenía un claro origen judío. Los tribunales inquisitoriales y las violencias del pueblo produjeron algunas muertes en las filas de estos oligarcas de segunda fila, y aunque no truncaron la evolución natural de las familias, sí provocaron importantes parones en el ascenso económico y político de la élite del Común, dificultando una tranquila sucesión que podría haber contribuido al surgimiento de linajes al modo de los caballerescos. Pero entre los hombres buenos no parece existir conciencia de linaje<sup>3</sup>. No obstante, es apreciable el empleo de renombres familiares, lo que nos indica, al menos, cierto deseo de perpetuación del apellido.

Como hemos señalado, identificar las familias de hombres buenos no es tarea fácil; desde luego, no podemos aspirar a conocer profundamente todas, de modo que nos limitaremos a reconstruir las sucesiones, siempre parcialmente, de las que con mayor claridad se manifiestan como tales en Toledo al final del Medievo. Algunas son más conocidas por el hecho de contar en sus filas con algún miembro eminente, como es el caso de los Cota; en general, se trata de grupos

---

<sup>2</sup>. Se apreciará que la documentación utilizada en este capítulo es sensiblemente distinta de la que anteriormente se ha empleado. En esta ocasión predomina el uso de documentación privada y de carácter económico, por lo que el Archivo Histórico Provincial de Toledo, la sección Clero del Archivo Histórico Nacional y los depósitos de los monasterios de la ciudad relegan al Archivo Municipal de Toledo a un segundo plano.

<sup>3</sup>. A. MOLHO, *Marriage Alliance in Late Medieval Florence*, Cambridge-Massachusetts, 1994, aprecia que ni siquiera entre los mercaderes florentinos existía ese ansia de perpetuación que

de parentesco que han aparecido con cierta frecuencia a lo largo de este trabajo, dado que entre sus miembros se cuentan regidores, jurados, escribanos y otros oficiales que aquí se han nombrado. Se reconocen, entre otras, las familias Acre, Alcalá, Baeza, Bargas, Cota, Franco, Fuente, Gómara, Hurtado, Husillo, Jarada, Madrid, Navarra, Oseguera, Peña, Santamaria, San Pedro, Serrano, Terrín y Torre.

Pero creemos que más interesante que el examen de las sucesiones, resultará el comentario acerca de las actividades que los hombres buenos desempeñaban, tanto a nivel político como en el orden económico y cultural. Por esta razón, la estructura general del estudio que emprendemos se basa en los campos de actuación que caracterizan a la élite del Común, en las profesiones que la enaltecían en la sociedad de su tiempo. Dentro de cada uno de los tres amplios ámbitos profesionales que atendemos (los oficios públicos, las actividades propias de hombres de letras y las propiamente económicas), serán presentados familias e individuos como ejemplos en las diversas actividades. Hacemos alusión a los datos que conocemos acerca de las parentelas de quienes nos sirven como muestra porque ello nos servirá para observar hasta qué punto las familias de la oligarquía del Común se volcaban sobre las actividades que eran propias de su condición.

Al conocer las actividades de los conjuntos familiares se contemplará que, aunque en algunos de ellos había una profesión característica, lo usual era el desempeño de diversas actividades en su seno. Por esta razón, queremos señalar que al tratar, por poner un ejemplo, de los Fuente en el apartado de los mercaderes, no olvidamos que muchos miembros de esta familia fueron jurados; o que al considerar a los Franco como una familia característica de hombres de letras, somos plenamente conscientes de que algunos de sus miembros fueron ricos comerciantes, y que otros ejercieron notables oficios de la Ciudad. Así pues, a través de los epígrafes de este

capítulo iremos observando, mediante ejemplos con individuos y familias, las características fundamentales de los hombres que formaban la élite del Común.

Expuestas todas estas cuestiones, presentamos los tres grandes ámbitos profesionales que caracterizan a los hombres buenos de Toledo a fines del Medievo para, inmediatamente, pasar a la exposición detallada de cada uno de ellos:

- los oficios públicos de regidores y jurados,
- las profesiones letradas, fundamentalmente escribanías, y
- las actividades mercantiles y financieras.

## 5.1. Hombres buenos y oficiales

En este grupo consideramos a algunas sucesiones cuyos miembros utilizaron el oficio público para intervenir en asuntos colectivos y favorecer su propio ascenso de este modo. Si observamos los listados de regidores y jurados que en el capítulo 3 de este trabajo hemos expuesto, nos daremos cuenta de que con bastante asiduidad se repiten los renombres familiares, lo que nos indica la frecuencia con que algunas familias de hombres buenos hacían uso de este valioso instrumento de ascenso político y social, y económico en última instancia. Entre los grupos familiares que con mayor frecuencia aparecen en estos listados se encuentran los Baeza y los Peña, entre los regidores; y los Hurtado, Husillo, Santamaria, Serrano y Terrín, entre los jurados.

Hay que advertir que estas familias, en su tiempo influyentes, quedan oscurecidas por las más características parentelas de letrados y mercaderes, como los famosos Franco, los sabios Oseguera, los ricos San Pedro o los emprendedores Acre. Sin embargo, desde el punto de vista político, los Baeza o los Serrano pueden resultar más esclarecedores para comprender la consolidación de las familias de la bonahombria en las instituciones de la Ciudad, desde las que podían ejercer una presión considerable sobre sus convecinos, y para estudiar algunos aspectos que son característicos de este grupo social tan directamente relacionado con los oficios: las regidurías estaban dotadas de una inmensa reputación, además de ser, en la práctica, los oficios más influyentes; las juradurías proporcionaban también prestigio, pero además constituían la meta natural para un hombre bueno que pretendiera representar a su grupo social.



### 5.1.1. Oficiales al servicio de la caballería

Baeza y Peña son las sucesiones de hombres buenos que tomamos como modelo de familias de regidores porque sus miembros aparecen con cierta constancia en el Regimiento. No era éste, como se ha visto, el lugar en que los de su condición defendían intereses propios, pero quizá esta sorprendente dedicación se explique por la vinculación cercana de estas familias a la Monarquía, quizá por el establecimiento de una tradición que en estas sucesiones gozó de permanencia y en otras se apagó con rapidez. No estamos en condiciones de responder con seguridad a estas dudas; de momento, nos conformaremos con comentar la presencia de estas dos familias en el más poderoso organismo del Gobierno toledano: los Baeza como representante de los grupos sanguíneos que pretendían acceder a una condición social superior; los Peña, como familia que sufrió una dura persecución a pesar de su cercanía a los que gobernaban la Ciudad.

#### *A. Oficiales en busca de la condición caballeresca: los Baeza*

La de Baeza puede ser considerada la familia más genuinamente volcada en el ejercicio de funciones públicas, al menos porque de sus miembros conocemos casi solamente su vertiente como oficiales. La primera noticia que tenemos de ellos está datada en 1422: Pedro de Baeza aparece como uno de los jurados proveídos por el propio rey aquel año, representando a la collación de Santa María Magdalena. Si esta provisión múltiple se fecha el 10 de marzo de 1422<sup>4</sup>,

---

<sup>4</sup>. El original de esta provisión inicial del Cabildo de Jurados toledano se conserva en A.M.T., A.C.J.,

el 29 del mismo mes encontramos al jurado Pedro de Baeza recibiendo un encargo muy particular del rey Juan II, consistente en acudir a Sevilla y solicitar al Concejo el traslado de los privilegios de los jurados de aquella ciudad para que el Cabildo toledano pudiera hacerlos valer como suyos<sup>5</sup>. Después de estas dos apariciones cercanas no volvemos a encontrar a Pedro de Baeza entre los jurados toledanos, seguramente a causa de la pobreza documental para los primeros años de existencia del Cabildo.

La siguiente noticia la encontramos en 1448, año en que el rey Juan II ordenaba a Gonzalo Rodríguez de Baeza, que había sido recaudador mayor de las rentas reales en Toledo en el año 1445, que diese veinte cahíces de trigo que le correspondían en dichas rentas al monasterio de Santo Domingo el Real por merced regia<sup>6</sup>. Aunque es evidente que Gonzalo Rodríguez era una persona acaudalada y llevaba el renombre Baeza, no nos es posible establecer la relación biológica que lo vincula con el jurado Pedro de Baeza, del que ya hemos tratado, ni con el regidor Juan Rodríguez de Baeza, que aparece en la documentación algo más tarde. El 8 de enero de 1467 el príncipe don Alfonso, titulándose rey, proveyó una regiduría en favor de Juan Rodríguez, disponiendo que a la muerte de éste ocupara el lugar su hijo Pedro<sup>7</sup>. A pesar de la excepcionalidad

Orig., nº 4; se conservan además dos copias de la época en A.M.T., A.C.J., Libro 49, fol. 1 r. – 3 r.; A.M.T., Ms., sec. B., nº 120, fol. 265 r. – 266 vto.; y una copia del siglo XVII en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 1 y 2/2. Este importante documento ha sido publicado por A. MILLARES, “El libro de los privilegios de los jurados de Toledo”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, IV (1927), p. 458-461 y F. J. ARANDA, *Poder municipal y Cabildo de Jurados en Toledo en la Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*, Toledo, 1992, p. 151-155.

<sup>5</sup>. La orden de Juan II al Concejo de Sevilla, confiada a Pedro de Baeza, la encontramos en múltiples inserciones, ya que en cada una de las copias autenticadas que el Gobierno sevillano entregó al jurado toledano se inserta el documento; vid., por ejemplo, A.M.T., A.C.J., Libro 48, fol. 8 vto. – 9 r., en el traslado de una confirmación de Juan I, o A.M.T., A.C.J., Libro 48, fol. 44 r. – vto., en el traslado de una confirmación de Enrique II.

<sup>6</sup>. El original de esta orden de Juan II se conserva en A.S.D.R., nº 509.

<sup>7</sup>. La noticia de la peculiar provisión la encontramos en el *Libro de la razón de los señores corregidores, dignidades y regidores que ha habido en los ayuntamientos de esta Imperial Ciudad de Toledo*, que el regidor toledano Juan de Toro redactó en el siglo XVII; vid. A.M.T., Ms., sec. B,

de una provisión válida para dos generaciones y de la eventualidad del rey títere que la había expedido, los Baeza se encaramaron durante tres generaciones en el Regimiento toledano.

Pedro aparece ya como titular en 1473, año en que el número de regidores se había acrecentado hasta cincuenta y dos<sup>8</sup>, pero el 6 de marzo de 1476 el rey don Fernando lo destituyó por haber prestado ayuda a Alfonso V de Portugal<sup>9</sup>. No obstante, sería el propio rey católico quien haría posible el afianzamiento de los Baeza en la institución; el 20 de enero de 1487 don Fernando se dirigía a Toledo para ordenar que fuera desembolsado a Pedro de Baeza el salario de regidor correspondiente al año administrativo que pronto finalizaría, a pesar de no haber asistido apenas a los ayuntamientos, debido a que había estado prestando ciertos servicios a los monarcas<sup>10</sup>. Similares órdenes fueron emitidas por el mismo monarca el 21 de marzo de 1491 y el 10 de junio de 1497<sup>11</sup>, de modo que hemos de suponer que durante largo tiempo el regidor Pedro de Baeza sirvió en la Corte, en concreto al rey.

Aunque lo más probable es que el oficio de los Baeza se contara entre los acrecentados, y por tanto debía vacar a la muerte del titular, Antonio, hijo de Pedro, fue premiado en diciembre de 1517 con la regiduría de su padre<sup>12</sup>. A Antonio se le dio asiento en banco de ciudadanos y, a pesar de la protesta que presentó, nunca se sentaría en banco de caballeros. A su muerte, en 1531,

nº 131, p. 131.

<sup>8</sup>. *Ibid.*, p. 62-63.

<sup>9</sup>. A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 17, pza. 3. En este documento Pedro de Baeza, calificado de rebelde, figura como alcaide de Trujillo. En su lugar es nombrado regidor Alfonso Carrillo.

<sup>10</sup>. Esta orden real se conserva en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 20, pza. 5.

<sup>11</sup>. Vid. la orden de 1491 en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 20, pza. 6; y la de 1497 en A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 1, nº 20, pza. 10.

<sup>12</sup>. La provisión en favor de Antonio de Baeza, firmada por Carlos I y la reina doña Juana, fue presentada en el ayuntamiento el 7 de diciembre de aquel año y aceptada el día 11, fecha de la toma de posesión; vid. *Libro de la razón...*; cit., p. 131. Es de señalar que en esta obra no se indica que la provisión fuese consecuencia de una renuncia del padre.

sería sustituido por Álvaro de Salazar, que ocuparía también banco de ciudadanos, sin que podamos precisar si era otro más de los Baeza, que había tomado otro renombre, o pertenecía a una familia diferente. Así pues sólo podemos estar seguros de la sucesión de los Baeza a lo largo de tres generaciones; aunque en la documentación aparecen otros Baeza, no puede probarse que formaran parte del mismo clan<sup>13</sup>.

Si se tiene, en cambio, la sensación de que existe alguna relación biológica entre las tres generaciones de regidores Baeza y el jurado inicial Pedro, dado que si fue a éste a quien se encomendó la labor de solicitar las escrituras del Concejo de Sevilla, no es descabellado pensar que se tratara de un hombre de letras, como lo fue Antonio de Baeza, regidor en tiempos de las Comunidades que figura como licenciado<sup>14</sup> y que, como tal, podía estar continuando una tradición familiar. Más relevante para establecer la vinculación del jurado con los regidores es un dato antroponímico; se ha observado anteriormente que en los linajes nobiliarios existía la costumbre de poner como primer nombre el que llevaba el abuelo, y los Baeza podían estar emulando esta costumbre al llamar Pedro al segundo de los regidores señalados, el cual, por edad, podía ser nieto del jurado. En cualquier caso, son débiles los argumentos que pueden presentarse para establecer una sucesión larga de los Baeza en cargos relevantes del Gobierno toledano, y el hecho de que figuren como regidores los sitúa lejos de los intereses de su grupo social, ya que, como hemos visto, el Regimiento representaba a la caballería toledana y los hombres buenos que poseían una regiduría servían intereses ajenos, actuando por ello al modo de “traidores de la burguesía”, según expresión bien aceptada por la historiografía del Antiguo Régimen.

---

<sup>13</sup>. Un Diego de Baeza, vecino de Toledo, figura como testigo en la toma de posesión de unas casas en 1483; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 16352/3. Un Juan de Baeza, vecino de Úbeda, reconoce la deuda que ha contraído con un mercader toledano en 1503; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 1219, fol. CCCLVI r. – vto.

<sup>14</sup>. Vid. *Libro de la razón*..., cit., p. 131.

### B. *Oficiales sospechosos de herejía: los Baeza*

La evolución de los Peña es paralela a la de los Baeza. Los Peña hicieron su entrada en la Ciudad tardíamente: en 1473 tenemos constancia del primero de esta sucesión de regidores, Gutierre de la Peña, que aparece como titular de una regiduría en la lista que nos ofrece Juan de Toro<sup>15</sup>. Juan de la Peña, ya bajo el reinado de los Reyes Católicos, ocupó una segunda regiduría para el linaje, pero era de aquéllas que, por acrecentadas, habían de consumirse<sup>16</sup>. Quien si mantuvo largo tiempo el oficio fue Antonio de la Peña, posiblemente hijo de Gutierre, que aparece como regidor en 1493<sup>17</sup>. Posteriormente, Antonio asistió a los ayuntamientos del 20 de mayo de 1507, 1 de marzo de 1510 y 29 de octubre de 1512. El 31 de diciembre de 1522 Rodrigo de Salazar presentaba una provisión de Carlos I y de la reina Juana para ocupar el lugar del último Peña por la defunción de éste<sup>18</sup>.

Los Peña eran también escribanos del número de Toledo, dato que conocemos por una noticia acerca de su desaparición de tal cuerpo. El 2 de abril de 1487 los Reyes Católicos proveían una escribanía a Alonso de Maldonado e indicaban en esta provisión que tal oficio había pertenecido a Fernando de la Peña, condenado por hereje, y había sido secuestrada a su posterior titular, Gutierre de la Peña, por la condena de su padre<sup>19</sup>. Más tarde encontramos otros miembros del linaje de Gutierre: en 1506, muerto ya este escribano, su mujer Catalina Hernández y los hijos

---

<sup>15</sup>. Nos estamos refiriendo al citado *Libro de la razón*..., cit. p. 62-63.

<sup>16</sup>. Así lo expresa el *Libro de la razón*..., cit. p. 63-64.

<sup>17</sup>. A.M.T., A.C.J., libro 47, nº 3/2; cit.

<sup>18</sup>. *Libro de la razón*..., cit., p. 337.

<sup>19</sup>. La copia autenticada de esta provisión, en la que se incluye toda la información señalada, se conserva en A.G.S., R.G.S., 1487, IV, fol. 25.

de ambos satisfacían una deuda que el propio Gutierre, llamado en esta ocasión Gutierre Fernández, había contraído con Juan Hernández del Arrabal para pagar la dote de su hija Guiomar de la Peña<sup>20</sup>. Quizá sea la misma Guiomar de la Peña la que en 1495 se reconciliaba con la Inquisición mediante el pago de 600 mrs.<sup>21</sup>.

Los problemas de este linaje con la justicia no se limitan a estos casos de herejía: el regidor Antonio de la Peña llegó a ser sospechoso de causar la muerte de un tal Andrés de Aranda durante el cerco de Baza, aunque no parece que fuera finalmente inculcado<sup>22</sup>. Este mismo regidor ejerció como fiel ejecutor de la Ciudad unos años después: en 1493 nos lo encontramos informando al Cabildo de Jurados de la modificación de algunos precios y de otros asuntos concernientes al oficio<sup>23</sup>. Se encuentra en la documentación algunos Peña más, pero su vinculación con los Peña regidores y escribanos no parece probable. Es un hecho, además que no resulta comprobable la vinculación de los Peña regidores con los Peña escribanos mientras no se pueda identificar el Gutierre regidor con el Gutierre Fernández escribano, pero dada la similitud del nivel social de uno y otro no es descabellado pensar que se trate de la misma persona.

Los Peña no eran, ni mucho menos, la única familia oligárquica de posible pasado judío, pero la casi constante persecución que sufrieron hace pensar en una parentela que despertaba recelos, debidos quizá a actividades financieras que desconocemos, quizá a su alejamiento irritante

---

<sup>20</sup>. El reconocimiento de la satisfacción de la deuda por parte de Juan Hernández se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/2, fol. CCLXIX r. – vto.

<sup>21</sup>. F. CANTERA, *Judaizantes del Arzobispado de Toledo habilitados por la Inquisición en 1495 y 1497*, Madrid, 1969, p. 44.

<sup>22</sup>. El 15 de febrero de 1490 el rey Fernando ordenaba a ciertos oficiales de justicia que no afrontaran el asunto de la misteriosa muerte del cerco de Baza, señalando la posible inculpación del regidor Peña, que en esta ocasión es tratado de “*contino*” por el monarca; vid. A.G.S., R.G.S., 1490, II, fol. 130.

<sup>23</sup>. Una copia de estas actuaciones se encuentra en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 6, fol. 37 vto. y fol. 38 r., 38 r. – vto.

respecto del Común, o bien porque judaizaran con ostentación. En todo caso, representan perfectamente la familia de hombres buenos que se había alejado de su medio social originario y sufrió el repudio de una sociedad (delatora) que no aprobaba este rápido distanciamiento de quienes lograban medrar, y aprovechó para su venganza los medios institucionales de que se había dotado, en este caso la Inquisición<sup>24</sup>.

### 5.1.2. Oficiales al servicio de la bonahombría

El resto de las familias de oficiales que vamos a señalar las conocemos fundamentalmente por su vinculación al Cabildo de Jurados, del que fueron miembros a lo largo de varias generaciones. Se trata de familias de hombres buenos que ocupaban el lugar que correspondía a los de su condición, ya que, como dinastías de jurados, eran representantes del Común de los toledanos. Los Hurtado, Husillo, Santamaría, Serrano y Terrín fueron familias que aportaron un buen número de jurados; sin embargo, hay que señalar que otras familias, como los Fuente y los San Pedro, son las que más cantidad de elementos presentan en el Cabildo, pero su significado como mercaderes nos aconseja estudiarlos como tales. Cada una de las dinastías de jurados se presenta como pretexto para contemplar un aspecto de su grupo social: la combinación de oficios con negocios, la presencia en las cofradías, el corporativismo político de la bonahombría en el Cabildo, la consolidación de las dinastías de jurados y la implicación en los conflictos urbanos.

---

<sup>24</sup>. Sobre esta institución en nuestra ciudad, vid. J. P. DEDIEU: *L'administration de la foi. L'Inquisition de Tolède XVIe – XVIIIe siècles*, Madrid, 1992, trabajo cuyo término inicial, a pesar de lo que el título indica, se halla en el siglo XV.

### A. Jurados y mercaderes: los Hurtado

Los Hurtado constituyen un claro ejemplo de este tipo de familia; el primero de los jurados que conocemos de ella es Luis Hurtado, que ejerció este oficio durante unos treinta años, al menos entre 1444 y 1472, fechas en que tenemos las referencias extremas<sup>25</sup>. Gracias al testamento de su hija Mari Díaz, fechado en 1472, podemos reconstruir una parte de la sucesión de los Hurtado; el jurado Luis, no sabemos con qué mujer, tuvo tres hijos: la propia Mari Díaz, Gonzalo Hurtado y Juan Hurtado<sup>26</sup>. A través de Mari Díaz, los Hurtado emparentaron con otras importantes familias de hombres buenos de Toledo: el marido de Mari fue Fernando Arroyal, miembro de una familia de mercaderes; Mencía y Leonor, hijas de Mari y Fernando, fueron casadas, respectivamente, con Pedro Jarada y Juan de San Pedro, pertenecientes ambos a familias adineradas; el tercer hijo de Mari y Fernando, Esteban, ingresó en el monasterio jerónimo de La Sisla.

Juan Hurtado debió ser el segundo hijo del jurado Luis, porque no tomó el oficio de su padre, sino que se dedicó al comercio, sin que podamos precisar si se especializó en un producto concreto. Dos veces aparece en la documentación que conocemos: en la primera ocasión, en una carta de censo, fechada en 1466, es citado como "*Juan Hurtado mercador hijo del jurado Luys Furtado*"<sup>27</sup>; en la segunda ocasión era el propio monarca quien lo citaba, pues lo tenemos en una

---

<sup>25</sup>. Para la primera referencia vid. E. BENITO, "Las más antiguas actas...", cit., p. 65; la última se encuentra en el testamento de su hija Mari Díaz, de la que Luis Hurtado fue albacea; vid. A.H.N., Clero, leg. 7081.

<sup>26</sup>. Ya se ha indicado que el testamento de Mari Díaz, con un codicilo, se conserva en A.H.N., Clero, leg. 7081; vid. Apéndice Documental, nº 6. Gonzalo Hurtado es aludido en el testamento de su hermana, pero el otro hermano, Juan, que no aparece en el mismo documento, lo conocemos por otras escrituras.

<sup>27</sup>. Se trata del acensamiento de unas casas en la collación de San Juan de la Leche a la inquieta



orden de Enrique IV a la Ciudad, fechada en 1473, por la que mandaba que fueran efectuados ciertos pagos a varios mercaderes de Toledo, entre ellos Juan Hurtado<sup>28</sup>. No tenemos más noticias de este mercader; sin embargo, su hermano Gonzalo Hurtado nos aparece en algunas series de jurados entre 1498 y 1519<sup>29</sup>. Aún aparece otro Hurtado jurado de Toledo; se trata de Fernando Hurtado, al que encontramos en 1512<sup>30</sup>. Es posible que se trate de un hijo de Gonzalo Hurtado, al cual sustituyera temporalmente; de hecho, no vuelve a aparecer antes del tiempo de las Comunidades y sí lo hace, en cambio, el que creemos su padre.

El apunte de lo poco que conocemos acerca de los Hurtado nos muestra una familia relativamente modesta de oligarcas que permaneció amarrada al Cabildo al tiempo que ejercía el comercio y se vinculaba a otras familias de comerciantes mucho más conocidas y poderosas. Puede servirnos como modelo de una parentela “corriente” de hombres buenos que desarrollan actividades políticas y económicas simultáneamente.

---

toledana Catalina de la Fuente, de la que más adelante trataremos; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, n° 12.

<sup>28</sup>. La orden del rey Enrique se conserva en A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 7, n° 1, pza. 10.

<sup>29</sup>. La mención más temprana se encuentra en la serie de los oficiales de 1498 presentes en los ayuntamientos en que se elige a los procuradores de Toledo en las Cortes de Ocaña de 1499; vid. una copia autenticada de estos actos en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, n° 14/2. La mención más tardía se encuentra en la serie de jurados de Toledo a los que se paga el luto que han de llevar po la muerte del emperador en 1519; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 20, Data.

<sup>30</sup>. Fernando Hurtado es uno de los jurados presentes en la reunión municipal de 26 de mayo de 1512 en que se trató de las 20.000 fanegas de pan que había donado el Cardenal Cisneros; una copia

### *B. Presencia en las cofradías: los Husillo*

Los Husillo fueron otra típica familia de jurados que ejerció también actividades mercantiles, pero si aquí los señalamos es porque tenemos constancia de un aspecto de su existencia que sabemos que era corriente entre los hombres de su condición, pero que no encontramos con demasiada facilidad en la documentación toledana: la participación en cofradías de carácter profesional (incluso “social”, podríamos señalar). Los principales representantes de esta estirpe son Juan González, Fernando González y Álvaro, los dos primeros oficiales y el tercero mercader. Juan González Husillo fue el primer jurado de la familia, ejerciendo este oficio a mediados del siglo XV<sup>31</sup>; por entonces, tenía este oficial algunos negocios privados que conocemos por otros documentos, como el traspaso que efectuaba en 1455 de un horno de pan que tenía en Toledo<sup>32</sup>. Hijo probablemente del anterior, Fernando González Husillo, tomó el oficio de jurado al final del reinado de Enrique IV, disfrutándolo durante la primera fase del reinado de los Reyes Católicos<sup>33</sup>, pero además ejerció como fiel ejecutor de la Ciudad durante algunos años, hasta 1483 al menos<sup>34</sup>.

---

autenticada de estas pláticas se conserva en A.M.T., A.S., caj. 3, leg. 3, nº 3, fol. 1 r. – vto.

<sup>31</sup>. Las menciones extremas de Juan González como jurado son de 1444 y de 1464; vid. E. BENITO, “Las más antiguas actas...”, cit., p. 57, para el ayuntamiento de 19 de agosto de 1444; y p. 87, para el ayuntamiento de 9 de noviembre de 1464.

<sup>32</sup>. Este horno, que Juan González tenía a censo del monasterio cisterciense de Santo Domingo el Antiguo, lo traspasó a Mayor de Bargas; vid. A.M.T., C.C.J., nº 10/1.

<sup>33</sup>. Las menciones extremas de Fernando González como jurado son de 1475 y de 1481, aunque es probable que su juraduría fuera algo más duradera. La primera mención la tenemos en una copia del acta del ayuntamiento de 18 de enero de 1475; vid. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 6/1. La mención más tardía se fecha el 9 de noviembre de 1481, en una disposición de la Ciudad acerca del pleito que ésta sostenía contra el fiel del juzgado Ruy García de la Rúa; vid. A.M.T., A.S., caj. 2, leg. 3, nº 2, pza. 14.

<sup>34</sup>. Algunas actuaciones de Fernando González como fiel ejecutor se encuentran reflejadas en las

No contamos con más Husillo entre los oficiales de Toledo, pero sí tenemos noticia de un Álvaro Husillo, cuya relación biológica con los anteriores no hemos podido comprobar, que figura ya en 1477 como integrante de la Cofradía de mercaderes de San Nicolás, de la que no conocemos más que una extraña referencia bibliográfica<sup>35</sup>. El hecho más trascendente de este Álvaro es que en un documento de 1509 aparece nada menos que como mayordomo de la poderosa Cofradía del Corpus Christi<sup>36</sup>. En otros documentos de comienzos del siglo XVI encontramos a este Álvaro Husillo junto con su hermano Alonso Álvarez Husillo, ambos mercaderes, desarrollando negocios como tantos oligarcas de la ciudad<sup>37</sup>, pero es evidente que éste gozaba de una consideración fuera de lo común, ya que, como mayordomo, ejercía el oficio más importante de una institución que seguramente serviría para trazar muchas propuestas del grupo social del que tratamos<sup>38</sup>.

---

copias de las notificaciones de estos oficiales al Cabildo durante el reinado de los Reyes Católicos; vid., como la más temprana que conocemos, la notificación de Fernando González y Pedro de San Martín, fechada el 27 de febrero de 1479, y, como la más tardía, la que realiza nuestro fiel ejecutor junto con su compañero Diego de Villarreal, regidor, el 16 de agosto de 1483; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 6, respectivamente fol. 30 r. y fol. 33 r. – vto.

<sup>35</sup>. El nombre de Álvaro Husillo aparece entre los que se reúnen en un adarve de la collación de San Nicolás, según el documento publicado por J. C. GÓMEZ-MENOR, *Cristianos nuevos y mercaderes de Toledo*, Toledo, 1969, p. [4]-[8], que no tiene signatura sino una referencia de localización que alude a una biblioteca particular del autor, cuando menos curiosa, tratándose de una copia del siglo XVII de un documento del siglo XV. En este documento Álvaro figura como jurado, pero no podemos contrastar esta titulación con otros testimonios de sus actividades ni en series de jurados de la época.

<sup>36</sup>. Este documento, un arrendamiento de rentas de la Cofradía, se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 1269, fol. XII r. – XIII r.

<sup>37</sup>. Así el 13 de marzo de 1516, fecha en que un mercader de Úbeda reconoce la deuda que tiene con ambos hermanos; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 1314, fol. 285; o el 17 de enero de 1520, en que los Husillo se comprometen como fiadores del pago de una dote; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 1236, fol. 57.

<sup>38</sup>. Sobre diversos asuntos relacionados con las cofradías se trató en la Semana de Estudios Medievales de Estella celebrada en 1992, cuyas actas han sido publicadas en el volumen *Cofradías, gremios y solidaridades en la Europa medieval*, Pamplona, 1993.

### *C. Corporativismo político de la bonahombria: los Santamaría*

Los Santamaría no deben ser considerados sino una dinastía más de jurados, como tantas otras; sin embargo, llaman nuestra atención porque en un momento determinado fueron beneficiarios del corporativismo institucional del principal órgano de la bonahombria toledana: el Cabildo de Jurados que, en defensa de sus privilegios y sus intereses, cerró filas en torno a Diego de Santamaría en ytorno a 1500.

Tres miembros de la familia Santamaría ocuparon una juraduría, el primero de los cuales fue Juan Pérez de Santamaría, que nos aparece como jurado en 1444<sup>39</sup>. Desde 1470 tenemos constancia del ejercicio del oficio por Juan de Santamaría<sup>40</sup>, pero el asunto que aquí más nos interesa es el tercero de los Santamaría, centro del conflicto que surgió a fines de siglo en torno al acceso a una juraduría. Sabemos que Diego de Santamaría era hijo de Juan, pero la juraduría a la que pretendía acceder le había sido cedida por Martín Serrano, de quien más abajo trataremos<sup>41</sup>. En una interesante carta, que no lleva data pero que podemos fechar por el contexto al que nos estamos refiriendo<sup>42</sup>, los jurados Juan Ortiz y Alonso de Balmaseda se quejaban al

---

<sup>39</sup>. Juan Pérez es uno de los jurados que estaban presentes en el concurrido ayuntamiento de 24 de agosto de 1444; vid. E. BENITO, "Las más antiguas actas....", cit., p. 64.

<sup>40</sup>. La actuación más temprana que conocemos de este segundo Juan es el reconocimiento de un censo, fechado el 20 de noviembre de 1470, que se registra en A.S.D.R., Becerro, fol. 453/3.

<sup>41</sup>. Nos informa de la renuncia *in favorem* otorgada por Martín Serrano una provisión de los Reyes Católicos fechada el 24 de junio de 1501, a la que más adelante volveremos a aludir; vid. su traslado en A.M.T., A.C.J., Varia, nº 17/2.

<sup>42</sup>. El original de esta carta se encuentra en A.M.T., A.C.J., Cartas, caj. 1, nº 7. En el documento no se expresa ningún elemento de la data: ni lugar, ni día, ni mes, ni año. Esto indica, sin duda, que esta misiva, en principio destinada a permanecer poco tiempo en el archivo de los jurados, formaba parte de una serie de envíos en ambos sentidos entre el Cabildo y dos mensajeros suyos. Se puede datar la carta en torno a 1500 por las personas que son citadas en ella (Alonso de Balmaseda, Juan Ortiz, los dos Santamaría), las cuales no coinciden en activo más que en aquellos momentos, pero con más precisión puede datarse en 1501 al conocer los acontecimientos en que se inserta.

Cabildo por no haber sido informados del asunto de la juraduría de Diego y expresaban su convencimiento de que Juan de Santamaría y su hijo Diego irían a defenderse.

La defensa de los Santamaría, apoyada por el Cabildo de Jurados, se debía a que los monarcas habían otorgado una merced contra la costumbre, contra los privilegios de los jurados. Esta suposición se confirma por la alusión que los autores de la carta hacen a que ya han expresado el agravio que recibía el Cabildo “*en haber hecho la merçed*”. Descubrimos aquí, en la causa de los Santamaría, un caso de defensa corporativista de los jurados toledanos frente a una clara intromisión de la Monarquía, una curiosa pugna que no contradice la posesión de cierta conciencia política por parte del Cabildo de Jurados, siempre dentro de una firme defensa de los privilegios de su grupo. Diego de Santamaría es objeto de otro importante documento que ya se ha mencionado en este trabajo, aquél que nos presenta la única prueba de un tratamiento judicial privilegiado para los jurados de Toledo: en 1513, la reina doña Juana prohibía a la justicia toledana el apresamiento del jurado Diego de Santamaría, por el hecho de que los jurados disfrutaban del privilegio de no poder ser presos por deudas pecuniarias<sup>43</sup>.

---

<sup>43</sup>. Un traslado del siglo XVII de esta orden de la reina se conserva en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 17, pza. 1, fol. 6 r. – 7 r. Sobre las limitaciones de los privilegios procesales de los jurados de Toledo, vid. el apartado 3.2. de este trabajo.

### D. La tradición de un oficio: los Serrano

Los Serrano estuvieron fuertemente vinculados al Cabildo de Jurados, tanto que nos sirven como modelo de familia de hombres buenos que asienta una larga dinastía que desborda los límites convencionales del Medievo<sup>44</sup>; cinco de tal renombre encontramos ligados a la institución en la época que nos ocupa: Diego, Juan, Martín, García y otro Diego. El primer Diego era uno de los jurados que asistieron a las reuniones municipales de 1444<sup>45</sup>; once años antes, el 12 de marzo de 1433, nos aparece en la documentación tomando a censo unas casas en la collación de San Lorenzo; en esta ocasión, Diego Serrano era criado del arcediano de Toledo Vasco Ramírez de Guzmán<sup>46</sup>. Unos meses después, este mismo criado permutaba ciertos bienes con el monasterio de Santo Domingo el Real<sup>47</sup>. Estos dos documentos nos muestran a un hombre bueno de Toledo capaz de realizar importantes operaciones económicas personales, criado de un clérigo influyente, en el que probablemente se apoyó para emprender un camino de progreso familiar que muy pronto produciría el acceso al Cabildo de Jurados como primer gran hito.

A la muerte de Diego, su sucesor en el Cabildo debió ser Juan Serrano, que encontramos presente en el ayuntamiento de 29 de noviembre de 1464<sup>48</sup>, pero no hallamos ningún rastro más de este segundo Serrano, al cual no podemos atribuir ninguna actuación, ni siquiera su parentesco

---

<sup>44</sup>. Varios Serrano ejercieron como jurados más allá del siglo XVI, como pone de manifiesto F. J. ARANDA, *Poder municipal y Cabildo de Jurados en Toledo en la Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*, Toledo, 1992, p. 217.

<sup>45</sup>. Como participante en el ayuntamiento aparece en la reunión de 24 de agosto de 1444; vid. E. BENITO, "Las más antiguas actas....", cit., p. 64.

<sup>46</sup>. El monasterio dominico de Santo Domingo era la entidad que acensaba las casas a Diego Serrano; vid. A.H.N., Clero, carp. 3086, nº 1.

<sup>47</sup>. A.H.N., Clero, carp. 3086, nº 7.

<sup>48</sup>. E. BENITO, "Las más antiguas actas....", cit., p. 94.

con el primero de la familia. Conservamos algunas huellas más de Martín Serrano, jurado del tiempo de los Reyes Católicos, al menos desde 1479<sup>49</sup> y hasta 1501. El 24 de junio de este último año, los reyes de Castilla proveían en favor del bachiller Alfón de Herrera la juraduría que había quedado vacante por la muerte de Matín Serrano; éste, muerto unas semanas antes, había renunciado su oficio en favor de Diego de Santamaría, al que más arriba nos hemos referido, pero el beneficiario de la cesión no podía asumir el oficio, al menos inmediatamente, por no tener edad suficiente y por no poseer casa en la collación de Santiago, parroquia por la que había de ser titular<sup>50</sup>.

En el tiempo de Martín Serrano, otro hombre del mismo apellido, Garci Serrano, desarrolla su actividad en el Cabildo, pero a nivel de guarda del mismo<sup>51</sup>. Es posible que este Garci no formara parte de la misma familia que los Serrano jurados que hemos observado; parece más plausible pensar que fuera miembro de una rama de nivel inferior que, gracias a la vinculación familiar con algunos jurados, consiguiera un oficio digno aunque no demasiado rentable. Se conserva, datado en el fragor del movimiento comunero, el testamento de un García Serrano, mercader y vecino de Toledo, que, dado su notable nivel económico, no parece que se trate del mismo que nuestro guarda Garci<sup>52</sup>. Otros Serrano pudientes, cuya vinculación biológica con los

---

<sup>49</sup>. La aparición más temprana de Martín como jurado se halla en una copia autenticada de un fragmento del acta del ayuntamiento de 19 de julio de 1479; vid. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 6/3.

<sup>50</sup>. La provisión de los Reyes Católicos, que, como hemos visto, no tendría efecto años después, la conocemos por una copia simple de su traslado, fechado el 15 de julio de 1501, tres semanas después de la emisión de la propia provisión; vid. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 17/2.

<sup>51</sup>. Garci Serrano se nos presenta como guarda del Cabildo en una solicitud dirigida al propio Cabildo para que éste tenga a bien cederle una cantidad de dinero en concepto de “aguinaldo”; vid. A.M.T., A.C.J., Personal, Ayudas, nº 1. Este documento no está datado por considerársele inmediatamente expurgable, pero el tipo de letra y su ubicación en el archivo nos aconseja fecharle en los últimos años del siglo XV.

<sup>52</sup>. El testamento del mercader García Serrano, escrito con endiablada letra y fechado en la primera mitad del año 1521, se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 1312, fol. CXII r. – CXIII vto.

jurados que nos ocupan no queda clara, aparecen en unas capitulaciones matrimoniales de 1509; por ellas, el 22 de enero de aquel año el platero Antón Yáñez reconocía la recepción de 54.000 mrs. en concepto de dote a su mujer Isabel Díaz Serrano, hija de Bartolomé Serrano y de Elvira Díaz; el mismo día, Antón Yáñez otorgó a su mujer 100 florines de oro en concepto de arras<sup>53</sup>. El patrimonio del platero, valorado en cerca de 300.000 mrs., no era demasiado cuantioso, pero sí lo suficiente como para considerarlo plenamente integrado en el colectivo de quienes formaban parte de este grupo económicamente solvente y socialmente “emergente” del que nos venimos ocupando: la bonahombría.

El quinto elemento de los Serrano que encontramos ligado al Cabildo de Jurados es Diego Serrano, que por el nombre se podría pensar que fuera nieto del Diego Serrano que inicia la supuesta dinastía. Aunque, como hemos observado, Martín Serrano había cedido su juraduría a Diego de Santamaría y los Reyes Católicos otorgaron el oficio al bachiller Alfón de Herrera, encontramos a este Diego Serrano II como jurado desde 1512<sup>54</sup>. En el conflicto comunero, este último Serrano participó activamente del lado de los rebeldes: el fatídico 23 de abril de 1521 se presentaba, junto con otros jurados, en el ayuntamiento de la Ciudad y ésta les recibía como oficiales que eran<sup>55</sup>; el 25 de mayo del mismo año, el jurado Diego Serrano, junto con el regidor Pedro de Ayala, tomaba el cargo de adquirir para la Ciudad cierta cantidad de salitre y pólvora<sup>56</sup>,

---

<sup>53</sup>. El reconocimiento de la dote se localiza en A.H.P.T., Protocolos, nº 1269, fol. XLVII r. – XLVIII r.; la cesión de las arras en A.H.P.T., Protocolos, nº 1269, fol. XLVIII vto. – XLIX vto.

<sup>54</sup>. Diego Serrano es uno de los jurados que participan en el ayuntamiento de 26 de mayo de 1512 para tratar sobre el pan donado por el Cardenal Cisneros; vid. una copia autenticada de las pláticas de aquel día en A.M.T., A.S., caj. 3, leg. 3, nº 3, fol. 1 r. – vto.

<sup>55</sup>. En una relación del siglo XVI se expresa cómo se presentaron Diego Serrano, Rodrigo Álvarez, Pedro Franco y otros afirmando ser jurados de Toledo; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 121, fol. 57 r.

<sup>56</sup>. La orden de la Ciudad se conserva en la relación citada; vid. A.M.T., Ms., sec. B., nº 121, fol. 57 r.



hecho que le implica claramente en la rebeldía.

### *E. Implicación en las banderías urbanas: los Terrín*

La última de las familias de jurados que vamos a recordar es la de los Terrín; no encontramos muchos de tal renombre entre los oficiales toledanos, pero la triste implicación de uno de ellos en las luchas de bandos nos animan a presentar a esta familia como muestra de la participación de los hombres buenos en los enfrentamientos toledanos del final del Medievo. El primero de los oficiales de esta familia fue Diego Terrín “el viejo”, que forma parte de la serie de los primeros regidores de Toledo, elegidos por Juan II en 1422 entre los hombres buenos<sup>57</sup>. Juan Terrín, quizá hijo del anterior, era uno de los jurados que acudían a las reuniones municipales de 1444<sup>58</sup>. Este segundo Terrín se asienta en el lugar que les correspondía a los de su condición por tener condición de hombres buenos y no contar con una cercanía particular con el rey, como era el caso de hombres buenos del tipo de los Baeza.

El más conocido de todos los Terrín fue Diego, al que podemos denominar Diego Terrín II por diferenciarlo del regidor antes nombrado; este segundo Diego aparece por primera vez en la documentación el 15 de octubre de 1490, fecha en que la Ciudad le ordenaba que abriese un caño en su propiedad para permitir el paso del agua de lluvia<sup>59</sup>; aún lo encontramos en más

---

<sup>57</sup>. *Libro de la razón*..., cit., p. 61.

<sup>58</sup>. Su presencia se observa en la reunión, por ejemplo de 24 de agosto de 1444; vid. E. BENITO, “Las más antiguas actas...”, cit., p. 64.

<sup>59</sup>. La orden de la Ciudad se conserva en A.M.T., Ms., sec. B., nº 120, fol. 261 r.

ocasiones a lo largo de la siguiente década, pero el hecho que le hace tristemente conocido es su muerte violenta en el verano de 1506, a manos de hombres armados con palos al servicio, al parecer, del marqués de Villena, en el contexto de los enfrentamientos que tuvieron lugar bajo el reinado de Felipe el Hermoso<sup>60</sup>. No parece haber duda sobre la vinculación familiar del asesinado Terrín con los anteriores, particularmente con su homónimo el regidor, ya que la coincidencia completa de sus antropónimos no puede atribuirse a otra circunstancia que al vínculo sanguíneo, puesto que el renombre Terrín no aparece en Toledo a fines del Medievo salvo para denominar a los individuos de esta parentela de oficiales. El hecho de llamarse Diego podría indicarnos que este jurado de fines del XV era nieto del regidor del comienzo; es posible que así sea, pero la distancia cronológica es excesiva, y el dato de llamar “el viejo” al regidor de 1422 nos advierte que al tiempo había un Diego Terrín “el mozo”, aún relativamente joven en los primeros tiempos del reinado de Juan II, y este Diego sí podría encajar mejor como abuelo del malogrado Diego Terrín, el último de esta familia que contemplamos en el Cabildo de Jurados.

---

<sup>60</sup>. Al mismo rey Felipe I solicitaban los jurados justicia para castigar a los culpables de la muerte de Diego Terrín; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 248 r. – vto. A este asunto y su contexto hemos dedicado algunos párrafos en el análisis de las luchas de bandos toledanas del anterior capítulo de este trabajo.



## 5.2. La oligarquía letrada

Consideramos familias de letrados a todas aquéllas que a lo largo de al menos dos generaciones mantuvieron un oficio propio de hombres formados en Derecho; lo más corriente es que estos oficios fueran escribanías del número, pero también entrarían en la definición las familias que aportaron a lo largo de las generaciones clérigos “letrados”, como vicarios u otros, o que ocuparon los oficios de Letrados de la Ciudad, así como quienes presentaban en sus títulos los grados de bachiller, licenciado o doctor, y quienes servían a la Monarquía mediante el conocimiento del Derecho. Sin embargo, aquí nos ocuparemos fundamentalmente de los linajes de escribanos, puesto que esta condición profesional es la que con mayor asiduidad se acredita entre los hombres con formación intelectual del Cuatrocientos y del Quinientos.

Para estudiar estas familias podemos diferenciar, por un lado, las que, sin ocupar apenas escribanías y no demasiados oficios ciudadanos (regidurías, juradurías) presentaban títulos académicos notablemente elevados, presentándose dispuestos a servir a la Monarquía y siendo particularmente favorecidos por ella; en este grupo encajan los Cota y los Franco, que, por razón de lo apuntado, serán encuadrados en el título “letrados de graduación académica”<sup>61</sup>. Otras familias, al contrario, presentaban mayor arraigo en Toledo y ocupaban oficios locales muchos de sus miembros, varios de ellos escribanías; es el caso de los Madrid y los Bargas. Otros conjuntos familiares se orientaron con decisión a los oficios de escribanías, constituyendo verdaderas sucesiones de fedatarios públicos, sin apenas atender otras actividades; así, los Alcalá, Gómara y Navarra, pero de una forma muy particular los Oseguera. Estos dos últimos grupos serán presentados bajo el título de “familias de escribanos”, ya que se caracterizan por esta

---

<sup>61</sup>. Como veremos más adelante, de estas familias de altos vuelos intelectuales procede más de un autor

profesión.

Téngase en cuenta, por otra parte, que la escribanía, o el oficio relacionado con la formación intelectual en general, era para estos linajes el instrumento para perpetuar su presencia en la élite del Común, pero al lado del individuo o individuos del grupo que gestionaban el despacho de escribano, o un oficio asimilable de los que hemos señalado, había un conjunto más o menos amplio de parientes mercaderes, industriales, financieros, incluso jurados o fieles ejecutores; más aún, los propios escribanos ocuparon alguna juraduría o ejercieron alguna de las actividades referidas. He aquí la vinculación de las familias de letrados con los otros “tipos” de familias de hombres buenos, una vinculación que nos indica que la especialización profesional no era un cargo determinante de este grupo social.

### 5.2.1. Letrados de graduación académica

Al seleccionar las familias que se caracterizan por su preparación intelectual y su dedicación a oficios “letrados” hemos observado que dos de ellas –los Cota y los Franco- tenían una proyección territorial más amplia que todas las demás. Sin ser más influyentes en Toledo que otros, estos dos mantenían una relación más estrecha con la Monarquía, colaborando con ella a diferentes niveles, aunque no por ello abandonaron su vinculación con Toledo ni pudieron evitar, dada su condición conversa, la presión de su entorno social y de la acción inquisitorial. En todo caso, creemos justificado considerar a estas familias al margen de las demás (caracterizadas éstas

por su apego a las escribanías), atendiendo a la extraordinaria brillantez literaria de alguno de sus miembros y a la cualificación académica que presentan. Son varios los aspectos que cabría señalar en estas familias, pero nos centraremos en los que consideramos más ejemplificadores para el conjunto de la bonahombria: el rentismo que anuncian los Cota y la privanza que se aprecia en los Franco.

### *A. El rentismo de la bonahombria: los Cota*

Aunque será destacada la figura de Rodrigo Cota, vamos a tratar más ampliamente sobre esta familia que sobre otras por distintas razones. El argumento que más inmediatamente acude a nuestro pensamiento es que su apellido nos sitúa ante uno de los más célebres linajes toledanos del final del Medievo, conocido particularmente por la altura literaria del propio Rodrigo Cota, autor del *Diálogo entre el Amor y un viejo*, entre otras obras<sup>62</sup>. Pero ésta no sería una razón de peso si no coincidieran otras circunstancias, en concreto tres: primero, los Cota no solamente pueden ser contemplados desde el prisma del oficio público, pues tenemos numerosos testimonios de sus actividades como industriales, financieros y mercaderes; segundo, dentro de los oficios que estamos considerando, los Cota fueron un híbrido, ya que ocuparon tanto regidurías como juradurías, pero además fueron titulares de una fielejecutoría y de algunas escribanías del número, circunstancia que, por otra parte, nos daría pie a incluirlos como familia de letrados; y tercero, en

---

<sup>62</sup>. Sobre el autor, el estudio más completo se debe a F. CANTERA, *El poeta Ruy Sánchez Cota (Rodrigo Cota) y su familia de judíos conversos*, Madrid, 1969. La obra señalada de Rodrigo Cota tiene varias ediciones, entre ellas la de E. Aragone, Florencia, 1961.

parte los Cota nos son conocidos por su condición de conversos, siendo posiblemente los más significativos judaizantes toledanos de fines del siglo XV, pues algunos de sus miembros sufrieron condenas terribles. Todo ello nos sitúa ante una familia muy característica, de particular interés para nosotros y para cualquier estudioso interesado en la bonahombría castellana del final del Medievo.

El primer miembro cristiano que conocemos de esta familia, de forma fiable, es Rodrigo Alfón Cota, mercader que en 1449 levantó una capilla en la iglesia toledana de San Nicolás<sup>63</sup>. No es posible conocer en qué momento los Cota se convirtieron a la religión cristiana, pero sin duda las persecuciones de 1391 se presentaron como una ocasión conveniente<sup>64</sup>; sin embargo, la documentación eclesiástica toledana testimonia la existencia de un Abraham aben Cota en 1395, años después de las violencias señaladas. Este Abraham era criado de Inés de Ayala, viuda de Diego Gómez de Toledo; pero un criado económicamente solvente, ya que doña Inés le reconocía una significativa deuda en el documento a que nos referimos<sup>65</sup>.

No es posible establecer la vinculación biológica entre Abraham y los Cota cristianos del

---

<sup>63</sup>. Noticias sobre este primer Cota son transmitidas por F. CANTERA, *op. cit.*, p. 9, que no alude al documento fundacional de la capilla sino a noticias posteriores, como la del erudito Jerónimo Román de la Higuera, *Historia eclesiástica de la imperial Ciudad de Toledo y su tierra*, B.N., ms. 1290, tomo VI, Libro 28, fol. 222. El profesor Cantera Burgos propone, sin poder afirmarlo con seguridad, que los Cota de Toledo se remontan a mediados del siglo XIV, ya como cristianos, y que quizá se puedan vincular a ciertos Cota judíos que son documentados en Burgos a comienzos del siglo XIII. Pero, como reconoce el ilustre hebraísta, todos estos datos se basan en documentos genealógicos, que sabemos que no son demasiado fiables.

<sup>64</sup>. Sobre las violencias antijudaicas de 1391 vid. P. WOLFF, "The 1391 pogrom in Spain, social crisis or not?", *Past and Present*, 50 (1971), p. 4-18; y E. MITRE, "El pogrom de 1391 en Castilla y sus efectos. ¿Gestación de un clima para la expulsión?", *La expulsión de los judíos de España*, Toledo, 1993, p. 47-53. Acerca del fenómeno converso que surge desde fines del siglo XIV existe una extensa bibliografía, de la que podemos entresacar los trabajos de E. BENITO, "Del problema judío al problema converso", *Simposio 'Toledo Judaico'*, Toledo, 1973, tomo II, p. 5-28; del mismo autor, *Los orígenes del problema converso*, Barcelona, 1976; y M. P. RÁBADE, *Una élite de poder: los judeo-conversos en la época de los Reyes Católicos*, Madrid, 1993. En su lugar serán citados los trabajos referidos a los conversos toledanos.

siglo XV, pero a partir del ya citado mercader Rodrigo Alfón Cota, que debió morir a mediados de aquella centuria, se nos muestra más claramente la sucesión, aunque la multitud de personas que llevaban el renombre Cota en la época dificulta enormemente la reconstrucción. Parece evidente que el hijo primogénito de Rodrigo Alfón era Alonso Cota, que llegó a convertirse en uno de los oligarcas toledanos más influyentes durante el reinado de Enrique IV. Alonso Cota era ya jurado de Toledo en 1444<sup>66</sup>; al menos desde 1455 ejercía el oficio de tesorero, y dos años después lo encontramos como fiel ejecutor de la Ciudad<sup>67</sup>. En las actas municipales de 1464 figura el *thesorero Alonso Cota* como uno de los regidores que solía acudir a los ayuntamientos toledanos<sup>68</sup>. El hebraísta Francisco Cantera Burgos nos informa sobre los últimos compases de la vida del tesorero, que tuvo que sufrir prisión, ya anciano, durante algunos meses, debido al impago de una deuda por parte de su hermano Francisco Cota, del que era fiador; desengañado por los feos gestos de su hermano, murió Alonso Cota poco después de salir de prisión en el año 1468 o 1469<sup>69</sup>.

Francisco Cota y Sancho Cota, los hermanos del tesorero Alonso, eran jurados de la Ciudad al menos desde 1464<sup>70</sup>. Mientras Sancho queda oscurecido para nosotros, pues no lo

<sup>65</sup>. Vid. A.S.D.R., nº 102.

<sup>66</sup>. Como tal figura en algunas actas de ayuntamientos de 1444, como la del 24 de agosto; vid. la publicación de E. BENITO, "Las más antiguas actas....", cit., p. 64.

<sup>67</sup>. Alonso Cota aparece como tesorero en el reconocimiento de un censo de 1455; vid. A.H.N., Clero, carp. 1089, nº 17. En la compra de un censo, fechada el 26 de marzo de 1457, figura como jurado y fiel ejecutor de Toledo y "*tesorero por el rey de la Casa de la Moneda*"; vid. A.H.N., Clero, carp. 3090, nº 8.

<sup>68</sup>. E. BENITO, "Las más antiguas actas....", cit., p. 89, entre otras.

<sup>69</sup>. F. CANTERA, *El poeta Ruy Sánchez Cota....*, cit., p. 18-19.

<sup>70</sup>. Ambos asistieron a los ayuntamientos de aquel año. A Francisco Cota lo encontramos en el que se celebró el 16 de noviembre; vid. E. BENITO, op. cit., p. 90. A Sancho, en el de 12 de noviembre; vid. *Ibid.*, p. 88.



encontramos en la documentación posterior, ocurre lo contrario con Francisco, que sobrevivió a su hermano mayor bastantes años, durante los cuales pleiteó enconadamente, como veremos, con su sobrino Rodrigo Cota, hijo del tesorero Alonso. El mismo año 1464 al que nos hemos referido, además de aparecer como regidor Alonso Cota y como jurados sus hermanos Francisco y Sancho, nos encontramos a Rodrigo Cota, hijo del primero, como jurado y fielejecutor de la Ciudad<sup>71</sup>, de modo que cuatro Cota ejercían simultáneamente oficios de relieve en Toledo. Pero poco después pasarían importantes apuros, al sufrir las violencias de los cristianos viejos durante la guerra civil de 1465-1468, particularmente en el alboroto del verano de 1467, del que ya hemos tratado en el anterior capítulo<sup>72</sup>.

Al restaurarse el orden, después de la victoria de Enrique IV, llegaría la tranquilidad para la familia Cota, cuyos miembros recuperarían los oficios perdidos. En junio de 1471 el propio rey ratificaba la restitución de los oficiales desposeídos durante las turbulencias, y en esta orden aludía a *“dos ofiçios de regimientos desa dicha çibdad de que yo agora nuevamente provei a Françisco Cota mi guarda mayor e alcalde de la mi casa de la moneda de la dicha çibdad e a Fernan Alvares de Toledo fijo de Juan Alvares de Toledo mis regidores de la dicha çibdad”*<sup>73</sup>.

El tratamiento que en este documento se le da a Francisco Cota, acredita la prianza de que disfrutaba en los últimos años del reinado de don Enrique. Son Francisco y su sobrino Rodrigo, el gran poeta, quienes representan la potencia de esta familia en los últimos años del

---

<sup>71</sup>. En el acta del ayuntamiento de 16 de noviembre, Rodrigo Cota encabeza la serie de los jurados figurando, además, como fielejecutor; vid. E. BENITO, op. cit., p. 90.

<sup>72</sup>. Ya en 1449 los Cota tuvieron que sufrir el acoso de la masa popular debido a su condición de conversos. Por la sentencia-estatuto de Pedro Sarmiento habían sido destituidos de sus oficios López Fernández Cota, su sobrino Gonzalo Rodríguez de San Pedro y Juan Fernández Cota; vid. la sentencia-estatuto publicada por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV. Vida política*, Toledo, 1961, p. 191-196.

<sup>73</sup>. A.M.T., A.S., caj. 5, leg. 6, n° 3; documento publicado por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 262-265.

reinado enriqueño y en los primeros de doña Isabel y de don Fernando, siendo tristemente protagonistas sus sucesores durante la última década de vida de la reina Católica, cuya política religiosa les produciría grandes problemas con la Inquisición. A la muerte del tesorero Alonso Cota, líder indiscutible del grupo, su hermano y su hijo se repartieron sus oficios: hemos visto que Francisco Cota fue nombrado regidor por Enrique IV, pero además nos lo encontramos como tesorero en 1480<sup>74</sup>; a Rodrigo Cota lo hemos presentado como jurado y fiel ejecutor en 1464, cargos que ejercía su padre una década antes.

La rivalidad entre tío y sobrino se prolongaría en el reinado de los Reyes Católicos. A Francisco se le encuentra casi siempre en la documentación agobiado por los problemas económicos, de modo que el profesor Cantera Burgos le designa “el de las deudas”; precisamente una deuda impagada por Francisco amargaría los últimos días de su hermano mayor, y mucho después las deudas que había contraído tiempo atrás con Alonso Cota eran demandadas por los hijos de éste, encabezados por el poeta Rodrigo: el 27 de octubre de 1479, los Reyes Católicos ordenaban a Francisco Cota que retirara la demanda que había emprendido contra Rodrigo y sus hermanos, una demanda originada en la insistente solicitud, por parte de éstos, de la satisfacción de las deudas que había contraído Francisco con su hermano mayor<sup>75</sup>. Pocos meses después, en enero de 1480, el Consejo Real asumía el largo pleito entre el nuevo tesorero Cota y los herederos del difunto Alonso<sup>76</sup>.

No sabemos cómo concluyó este pleito, pero posiblemente fuera favorable al poeta, ya que mientras no volvemos a encontrar a Francisco en la documentación, Rodrigo, en los años

---

<sup>74</sup>. Como tal figura en un documento, fechado el 3 de enero de 1480, del pleito que libraba contra su sobrino; vid. A.G.S., R.G.S., 1480, I, fol. 98. Curiosamente en este documento vuelve a intitularse jurado y no regidor.

<sup>75</sup>. Una copia autenticada de la orden de los reyes se encuentra en A.G.S., R.G.S., 1479, X, fol. 30.

posteriores a los mencionados, continuó siendo un hombre influyente en Toledo: en 1484 renunció su oficio de fiel ejecutor en favor de Juan Fernández de Oseguera<sup>77</sup>, sin que sepamos por qué razón, aunque nos sintamos inclinados a pensar en una compraventa; en 1490 aún gestionaba asuntos de la Ciudad ante la Monarquía, como se observa por la carta de creencia que el secretario Fernando Álvarez dirigía a Toledo el 10 de noviembre de aquel año<sup>78</sup>.

Una treintena de años antes, y éste es un asunto crucial, Rodrigo Cota había emprendido un camino con gran porvenir: la compra de juros. El 21 de julio de 1461, Fernán Ramírez de Toledo, sobrino del doctor Fernán Díaz de Toledo, arcediano de Niebla, notificaba a Enrique IV que “yo ove vendido e vendi a Rodrigo Cota vuestro jurado e fiel esecutor de la dicha Çibdad de Toledo hijo del tesorero Alfonso Cota los dichos çinco mill e seys çientos e sesenta e seis maravedis e quatro cornados de juro de heredad por çierta quantia de maravedis que del reçebi”<sup>79</sup>. Unos meses después de la adquisición de estos 5.666 mrs. y 4 cornados de juro, redondeaba la compra con otros 5.666 mrs. y 4 cornados que le eran traspasados, también por compra, por el bachiller Diego Ramírez de Toledo, arcediano de Reina y sobrino del mismo arcediano de Niebla<sup>80</sup>. El 29 de marzo de 1477, los Reyes Católicos confirmaban estos traspasos, que daban forma a un juro de 11.333 mrs. y 2 cornados que le había sido asentado a Rodrigo Cota

<sup>76</sup>. A.G.S., R.G.S., 1480, I, fol. 98.

<sup>77</sup>. Conservamos la copia autenticada de la provisión del oficio en favor de Oseguera por parte de la reina Isabel, que expresa la renuncia anterior de Cota; vid. A.G.S., R.G.S., 1484, VII, fol. 20.

<sup>78</sup>. Vid. A.M.T., C.C., caj. 3, n° 53. El asunto que Cota traía entre manos era la aportación de hombres de armas de Toledo para la Monarquía.

<sup>79</sup>. La notificación del traspaso se encuentra inserta en la confirmación por los Reyes Católicos del juro perteneciente a Rodrigo Cota; vid. A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 52, n° 70.

<sup>80</sup>. La notificación de esta segunda compra se produjo el 6 de marzo de 1461, y se conserva igualmente inserta en la confirmación anteriormente señalada; vid. A.G.S., E.M.R., M.p., leg. 52, n° 70.

tiempo atrás<sup>81</sup>.

El juro se repartía de la siguiente manera en las alcabalas de Toledo: 3.000 en la renta de la especiería, 4.000 en la renta del aceite, 3.000 en la renta del alfahar y 1.333 mrs y 2 cornados en la renta de la bercería. Se trata de rentas seguras por situarse sobre las que le correspondían a la Monarquía en Toledo, de modo que quienes habían de satisfacer las cantidades anuales eran los recaudadores reales en la ciudad, personas que solían residir en la propia urbe. Una renta perpetua al alcance de la mano que no tiene nada de particular, pues muchos nobles y hombres buenos disfrutaban de juros de este tipo. Pero no es la peculiaridad de una fuente de renta lo que queremos mostrar aquí sino precisamente todo lo contrario: la ejemplaridad que para nosotros ofrece la operación efectuada por Rodrigo Cota.

El poeta se convertía en un rentista que cómodamente percibiría una cantidad fija cada año en su propia ciudad, del mismo modo que percibía otras cantidades como fiel ejecutor y como jurado. Desde nuestro punto de vista, la posición del rentista puede oponerse al espíritu emprendedor que se supone en un hombre bueno de la época, pareciéndonos más propio de caballeros. Verdaderamente lo es, pero hay que observar que no fueron pocos los hombres buenos que “se acomodaron” y fundaron su patrimonio, cada vez en mayor medida, en las rentas situadas que la Corona proporcionaba. Hay otros linajes de hombres buenos que no vemos acomodarse de esta manera y nos parecen más “progresistas” en el modo de obtención de rentas, como veremos en el caso de los Acre o los Torre, pero es innegable esta tendencia de los grupos sociales en ascenso a asentarse en rentas reales, y las compras que hemos señalado de Rodrigo Cota constituyen una temprana muestra de esta otra manera de “traición de la burguesía” que supone el abandono de las formas capitalistas de obtención de riqueza.

---

<sup>81</sup>. Un traslado de 1509 de la confirmación de este juro es el documento que nos pone al tanto del origen de esta renta de Rodrigo Cota; vid. A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 52, nº 70.

En la última década del siglo XV, cuando el poeta Rodrigo Cota parece haber abandonado la vida activa, aparecen en la documentación varios miembros de esta familia, algunos de ellos condenados por la Inquisición, confiscados sus bienes a veces, comprando su rehabilitación en otras ocasiones. Es el caso de Inés Cota, vecina de la collación de San Juan de la Leche e hija del “doctor Cota”, y de Leonor Arroyal, vecina ésta de San Nicolás y mujer del mismo “doctor Cota”<sup>82</sup>. ¿Quién era este “doctor Cota”? Es difícil determinarlo para nosotros, pero el profesor Cantera Burgos parece estimar que se trata de uno de los hijos de Sancho Cota, tío del poeta Rodrigo Cota<sup>83</sup>. Exponer la lista completa de los Cota conocidos por la documentación toledana de fines del siglo XV y comienzos del XVI sería tedioso, dándose además la circunstancia de que no es fácil establecer las vinculaciones biológicas entre todos ellos, particularmente por la dificultad añadida de repetirse continuamente los nombres completos en varios personajes<sup>84</sup>.

---

<sup>82</sup>. Ambas figuran en la lista de los habilitados a cambio de un pago en metálico; vid. F. CANTERA, *Judaizantes del Arzobispado de Toledo*..., cit., p. 20 y 14, respectivamente.

<sup>83</sup>. Vid. el extenso árbol genealógico que presenta en su libro *El poeta Ruy Sánchez Cota*..., cit., entre las páginas 8 y 9.

<sup>84</sup>. Entre otros, tenemos un Martín Alonso Cota “el viejo” y un Martín Alonso Cota “el mozo” a comienzos del siglo XVI, varios Rodrigo Cota, un Sancho Cota “el viejo” y algunos más del mismo nombre, por poner ejemplos ilustrativos. Para obtener una información más completa, aunque no siempre clara, de los Cota, hemos de remitir a F. CANTERA, *El poeta Ruy Sánchez Cota*..., cit.

## B. La privanza de los letrados: los Franco

La originalidad de los Franco en su entorno social reside en la extraordinaria ampliación de horizontes que esta familia presenta. Ya se ha llamado la atención sobre la “expansión territorial” de los Franco en el final del Medievo, encontrándoselos en Toledo, en Valladolid y en otros ámbitos de la geografía castellana<sup>85</sup>. La huella más lejana de este clan, como de otros que ya hemos visto, nos muestra a uno de sus miembros recibiendo dinero de un noble: en 1396 Inés de Ayala aclaraba sus cuentas con García González Franco, al que debía cierta cantidad de dinero por pan que le había comprado<sup>86</sup>. En este primer Franco se aprecia ya la amplitud de objetivos que caracteriza al linaje, ya que García González era recaudador de rentas reales en Toledo y su Tierra<sup>87</sup>. El mismo García González era un hombre cultivado, un jurista al servicio de la Ciudad; en 1404 se intitulaba juez “*de la fiedad de Toledo e de todo su propio por los sennores Toledo*”<sup>88</sup>. Se trata del Juzgado de la Fiedad de Toledo, oficio que, como más arriba vimos, dio lugar a una virulenta pugna entre Ciudad y Monarquía en la segunda mitad del siglo XV.

Los hijos de García González fueron contemporáneos de la renovación político-institucional toledana de 1422. A través del estudio de las genealogías del antiguo Régimen, el doctor Cantera Burgos ha establecido una genealogía de los Franco bastante verosímil que le ha

---

<sup>85</sup>. Sobre esta familia, vid. el trabajo genealógico de F. CANTERA, “El poeta Cartagena del ‘Cancionero General’ y sus ascendientes los Franco”, *Sefarad*, XXVIII:1 (1968), p. 3-39.

<sup>86</sup>. El “ajuste de cuentas” se contempla en A.S.D.R., nº 359. García González Franco se titula “recaudador de Toledo y su Tierra” para 1396.

<sup>87</sup>. El 20 de junio de 1397 encontramos al mismo recaudador recibiendo una cantidad de dinero del judío Yuçaf Halel, que había arrendado la mitad de las alcabalas de los paños de color en Toledo; vid. A.S.D.R., nº 222. El pago de Yuçaf correspondía a la cantidad convenida en el contrato de subarrendamiento.

<sup>88</sup>. Así lo expresa la recepción de un pago fechada el 3 de julio de 1404; vid. A.S.D.R., nº 349, fol.

permitido afirmar que de García González y de su mujer Teresa Vázquez nacieron Diego González Franco, Juan González Franco, Fernán González Franco<sup>89</sup> y Pedro Franco de Toledo. El primero de estos cuatro hermanos es el conocido “doctor Franco”, hombre que vivió cerca de Juan II, siendo contador mayor de cuentas y titulándose “del Consejo Real”<sup>90</sup>. Este doctor Franco, al alejarse de nuestra ciudad para servir al monarca, desvinculó parcialmente a sus descendientes de Toledo, de manera que la rama de los Franco que partió de él no ha dejado la misma huella en nuestro ámbito que la de su hermano Pedro Franco.

La rama de Pedro Franco fue la que tuvo mayor relevancia en la ciudad del Tajo. El propio Pedro fue uno de los jurados “fundadores” de 1422, siendo nombrado por el propio Juan II como representante de la collación de San Nicolás<sup>91</sup>. Un año después, el 14 de julio de 1423, el mismo monarca lo nombraba fiel ejecutor, también con carácter “fundacional”, junto con el regidor Pedro Fernández del Lance y el vecino Fernán Martínez de Carrión<sup>92</sup>. En la década siguiente nos encontramos al jurado Franco con el título de “tesorero”<sup>93</sup>, que respondía a su cargo de tesorero de la Casa de la Moneda de Toledo por el rey, lo que acredita la privanza de nuestro

108.

<sup>89</sup>. El propio F. CANTERA, “El poeta Cartagena...”, cit., p. 15, expresa la cautela al considerar al doctor Fernán González de Toledo como hermano de los otros Franco señalados. Nosotros no hemos encontrado ningún documento que acredite esta vinculación sanguínea.

<sup>90</sup>. Sobre el doctor Franco, que en la documentación (al menos, la que nosotros hemos manejado) se le suele citar como “Diego González de Toledo”, vid. los certeros párrafos que le dedica F. CANTERA, “El poeta Cartagena...”, cit., p. 13-15.

<sup>91</sup>. El documento fundacional del Cabildo de Jurados de Toledo, en varias ocasiones referido a lo largo de este trabajo, se encuentra, en versión original, en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 4; vid. Apéndice Documental, nº 3.

<sup>92</sup>. Además de otros traslados, contamos con un traslado de 1523 que solamente reescribía el fragmento que se refería a la creación de las tres fiejecutorías toledanas; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 3/2.

<sup>93</sup>. Por primera vez encontramos el título de tesorero aplicado a Pedro Franco en una importante compra que éste realizó, fechada el 18 de noviembre de 1433, por la cual adquiría la heredad de

fiel ejecutor. En la última década del reinado de Juan II, el tesorero Pedro Franco era regidor de Toledo y como tal asistía a los ayutamientos ciudadanos<sup>94</sup>. Pedro Franco, verdadero protagonista del ascenso político de su rama, casó con Catalina González y tuvo con ella ocho hijos, según el doctor Cantera Burgos: Lorenzo Suárez Franco, Garci Vázquez, Pedro Vázquez, Diego Vázquez Franco, Mari Vázquez, Teresa Vázquez, Catalina Vázquez y Sancha Vázquez<sup>95</sup>. Pero a estos ocho hemos de sumar Inés Franco, monja en Santo Domingo el Real<sup>96</sup>.

Los Franco que observamos participar activamente en la segunda mitad del siglo XV toledano son los de la generación posterior a Diego González de Toledo y el tesorero Pedro, en particular Alfón Franco, hijo del primero, y, sobre todo, Lorenzo Suárez Franco, hijo del segundo, pero también asoman en la documentación algunos hermanos de este último, como Garci Vázquez, Diego Vázquez, Inés o Catalina. El primero de los señalados, Alfón Franco, es el único escribano de la familia; en la aprobación de las ordenanzas para la dehesa de Ventas con Peña Aguilera, fechada el 20 de junio de 1457, el hijo del doctor Franco era presentado del siguiente modo: “*el licenciado Alfón Franco de Toledo oydor e refrendario del dicho sennor Rey escrivano mayor de la dicha çibdad*”<sup>97</sup>. Otro hombre de letras, como su padre y como su abuelo, y cercano a la Monarquía, como sus predecesores.

Pero Alonso Franco fue, además, un hombre de acción, pues nos lo encontramos como uno de los protagonistas de los altercados que se produjeron en Toledo durante el verano de

Aceñuelas; vid. A.M.D., 4/8.

<sup>94</sup>. Entre otras, Pedro Franco estuvo presente en la reunión de 21 de agosto de 1444; vid. E. BENITO, “Las más antiguas actas...”, cit., p. 60.

<sup>95</sup>. Tomamos estos datos del trabajo de F. CANTERA, “El poeta Cartagena...”, cit., p. 15-16.

<sup>96</sup>. La monja Inés Franco es presentada como hija de Pedro Franco en una compraventa fechada en 1456; vid. A.S.D.R., Becerro, fol. 125/2.

<sup>97</sup>. El traslado de estas ordenanzas se conserva en A.M.T., A.S., ala. 1, leg. 2, n° 1; vid. Apéndice



1467; su acción como líder de los conversos que combatían en la collación de La Magdalena nos lo describe el profesor Benito Ruano de la siguiente manera: “*combatían, también con ventaja, los conversos, acaudillados por el licenciado Alonso Franco, contra los hombres de la parroquia de San Lorenzo, a quienes llevaba hechas cinco bajas. Pero sucedió que en el ardor de la pelea, el citado licenciado Franco se adelantó demasiado a los que le seguían, siendo hecho prisionero*”<sup>98</sup>. El licenciado Franco, defendía, junto con los otros conversos de la ciudad, al alcalde mayor Alvar Gómez de Ciudad Real, lo que no tiene nada de extraño si pensamos que este alcalde mayor era el marido de su prima Catalina Vázquez<sup>99</sup>.

Lorenzo Suárez Franco, hijo mayor del tesorero Pedro Franco, fue el miembro de su familia que mayor presencia tuvo en Toledo durante los reinados de Enrique IV y de los Reyes Católicos. En 1458, en una escritura en que aparece con su mujer Elvira Suárez, se titulaba ya tesorero pero no regidor<sup>100</sup>; sólo uno de estos dos oficios que tenía su padre había pasado a Lorenzo Suárez, ¿se puede considerar que Pedro Franco ha muerto y ha perdido su rama la regiduría? Al menos habría que responder negativamente a la segunda hipótesis que plantea esta interrogante, ya que, por un lado, sabemos que Lorenzo Suárez se convertirá posteriormente en regidor de Toledo; y por otro, carece de sentido que estos Franco de Toledo, tan cercanos al rey

---

Documental, nº 4.

<sup>98</sup>. E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 96.

<sup>99</sup>. Catalina Vázquez era hermana de Lorenzo Suárez Franco e hija del tesorero Pedro Franco, tío éste del licenciado Alonso Franco; vid. E. CANTERA, “El poeta Cartagena...”, cit., p. 15-16. Sobre estas luchas de 1467 ya se ha tratado en el capítulo anterior. La otra hermana de Lorenzo Suárez de la que tenemos noticia, al margen de Catalina Vázquez y la monja Inés Franco, es Sancha Vázquez, que casó con el bachiller Diego Gómez de Herrera; vid. *Ibid.* El doctor Cantera Burgos titula regidor de Toledo a este Diego Gómez, pero no nos consta que así fuera, aunque Pedro de Herrera, posiblemente su hijo, sí ocupó una regiduría.

<sup>100</sup>. Con esta titulación aparece Lorenzo Suárez en una compraventa, fechada el 1 de septiembre de 1458, por la que adquiría unas casas en la collación de San Román; vid. A.H.N., Clero, carp. 3091, nº 5.

y tan bien relacionados con los sucesores del doctor Franco, privados asimismo del monarca, pudieran perder parte del favor real, precisamente en los primeros años del reinado de Enrique IV, en los que consiguió medrar un buen número de familias, nobles o no, cercanas a la Corte.

La explicación podemos encontrarla leyendo un documento veinte años posterior: el 10 de diciembre de 1478, la reina doña Isabel proveía una regiduría de Toledo en favor del tesorero Lorenzo Suárez por renuncia que en su favor hizo su yerno Diego de Avellaneda<sup>101</sup>. En 1458 quizá estuviera ya muerto Pedro Franco; su oficio de tesorero sería tomado inmediatamente por Lorenzo Suárez, pero no así el de regidor. Es posible que éste, por motivos que ignoramos, pasara de largo por la generación de Lorenzo Suárez y llegara al marido de una de sus hijas, al que habrían de satisfacer los Franco por alguna razón. Para que regresara a manos del tesorero la regiduría que había sido de su padre debió carecer de descendencia Diego de Avellaneda, o bien sentirse obligado a satisfacer un compromiso contraído con anterioridad. Nada podemos asegurar al respecto; solamente, observar que, después de todo, los Franco de Toledo, rama paralela, como hemos visto, a la enaltecida del doctor Franco, se estaba consolidando en importantes oficios toledanos.

Lorenzo Suárez Franco siguió como regidor, al menos hasta 1494<sup>102</sup>, pero probablemente permaneció ocupando su banco hasta entrado el siglo XVI, pues en 1507 Alfón Gutiérrez de Madrid tomaba posesión de la regiduría que había quedado vacante por la desaparición del tesorero<sup>103</sup>. Sin embargo el oficio de tesorero lo debió ceder con anterioridad a su hijo Pedro

---

<sup>101</sup>. Una copia autenticada de esta provisión se conserva en A.G.S., R.G.S., 1478, XII, fol. 187.

<sup>102</sup>. Su nombre nos aparece por última vez aquel año en las series de oficiales que conservamos; vid. el acuerdo de la Ciudad fechado el 26 de febrero de 1494, en A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, nº 9/1.

<sup>103</sup>. Se expresa con toda claridad el motivo del acceso a la regiduría por parte de Alfón Gutiérrez en su toma de posesión, cuya copia incompleta se conserva en A.M.T., Regimientos, caj. 1, nº 1.

Suárez de Toledo, que ya en 1493 se titulaba “tesorero de la Casa de la Moneda de Toledo”<sup>104</sup>. En 1522, este Pedro Suárez portaba el título de regidor de Toledo, aunque vecino de Madrid<sup>105</sup>; ¿estamos ante una cesión indirecta de un oficio, como pudo ser el caso de la que hizo Pedro Suárez a Lorenzo Suárez a través de Diego de Avellaneda? El hecho es que tres generaciones Franco se traspasan hereditariamente de forma directa el oficio de tesorero e indirectamente el de regidor, sin que advirtamos qué razón había para traspasar la regiduría de este modo solapado.

Se nos manifiesta también como regidor Garci Vázquez Franco, hermano de Lorenzo Suárez, entre 1461 y 1493<sup>106</sup>. El resto de los Franco que aparecen en la documentación fueron hombres de negocios: el mercader Fernán Franco en 1492<sup>107</sup>; Alonso Franco en 1506<sup>108</sup>; el mercader Pedro Franco, hijo de Diego Franco que portaba el nombre de su abuelo el tesorero, también en 1506<sup>109</sup>; y otro hijo de Diego Franco, llamado también Diego Franco, en 1481<sup>110</sup>.

Con estos “hombres de números”, concluimos una exposición de individuos de una familia

<sup>104</sup>. Con este título y con el de “vecino de Madrid” aparece Pedro Suárez en una autorización que le concede el Consejo el 9 de julio de 1493; vid. una copia autenticada de esta escritura en A.G.S., R.G.S., 1493, VII, fol. 191.

<sup>105</sup>. Con estos títulos, y con el de hijo del tesorero Lorenzo Suárez Franco, nos encontramos a Pedro Suárez de Toledo en un reconocimiento de censo que le hace el pescador Juan de Barramán el 16 de septiembre de 1522; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 16018, fol. 27 r. – 30 r.

<sup>106</sup>. En una escritura fechada el 12 de julio de 1461 “*Garci Franco regidor*” era uno de los testigos; vid. A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 52, nº 70. En una disposición de la Ciudad de 1493 figura aún como regidor; vid. A.M.T., A.C.J., Libro 47, nº 3/2.

<sup>107</sup>. El 2 de mayo de 1492 el Consejo ordenaba a la justicia de diversas poblaciones de Extremadura que obligara a ciertos judíos a ejecutar inmediatamente los contratos establecidos con Fernán Franco y Alonso de San Pedro; vid. A.G.S., R.G.S., 1492, V, fol. 579.

<sup>108</sup>. Alonso Franco era apoderado por los hermanos Zamora para recaudar deudas que con ellos tenían dos portugueses; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/2, fol. XL r.

<sup>109</sup>. Encontramos a Pedro Franco como acreedor en el reconocimiento de una deuda por parte de otro vecino de Toledo; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/2, fol. CCXXXV vto.

<sup>110</sup>. Diego Franco hijo sólo se nos muestra en una serie de testigos de una escritura de compraventa, aunque se señala que es hijo del difunto Diego Franco, lo que nos pone sobre la pista acerca de su

que se nos muestra extraordinariamente volcada a los quehaceres intelectuales. El juez García González Franco fue padre del “doctor Franco” y éste, a su vez del “licenciado Franco” y de Garci Franco, padre del gran poeta Cartagena. Otro hijo de García González, Juan González Franco, fue canónigo de la Iglesia de Toledo y ostentó el grado de bachiller<sup>111</sup>. El tercer hijo, que dio lugar a la rama más presente en Toledo, la de los tesoreros-regidores que no lucían grados académicos, pero que emparentaron con familias notables de letrados: dos hijas del fiel ejecutor Pedro Franco casaron con el secretario Alvar Gómez de Ciudad Real y con el bachiller Diego Gómez de Herrera. Doctor Franco, licenciado Franco, bachiller Franco, nos presentan una familia muy ligada a las actividades y oficios letrados, como el de su pariente el secretario Ciudad Real o el del poeta Cartagena; una parentela que, además, ejerció importantes oficios en Toledo, como los de tesorero, jurado, regidor, fiel ejecutor y escribano. Una familia que sirve, mejor que cualquier otra, para representar las parentelas letradas de Toledo a fines de la Edad Media.

---

identificación; A.H.P.T., Protocolos, nº 16352/2.

### 5.2.2. Familias de escribanos

No son pocas las sucesiones de escribanos en Toledo<sup>112</sup>, sobre todo comprobables desde el último cuarto del siglo XV. Aunque en muchas ocasiones no pueda mostrarse documentalmente su vinculación sanguínea, nos parece ésta más que sospechosa porque, con llamativa frecuencia, ocurre que un escribano lleva el renombre de otro y comienza su actuación como fedatario público inmediatamente después de la desaparición del anterior, de modo que una observación atenta nos hace pensar en la sustitución de un padre por su hijo, un hermano mayor por su hermano menor o un tío por un sobrino. Así, podemos estar prácticamente seguros de que una buena parte de las escribanías públicas de Toledo fueron ocupadas por dinastías de letrados, entre las que podemos señalar las de Oseguera, Madrid, Bargas, Alcalá, Gómara y Navarra. Unas y otras se nos aparecen con perfiles bien diferentes, pero si hubiera que clasificarlas, estableceríamos dos grupos entre ellas: el primero, formado por los tres primeros renombres, tendría como rasgos caracterizador el ejercicio de oficios ciudadanos como juradurías, contando incluso con algún individuo que ocupó una regiduría, además de realizar operaciones económicas propias de mercaderes; el segundo grupo estaría formado por las familias “puramente” de escribanos, más modestos, de los cuales tenemos conocimiento casi únicamente por su actividad como fedatarios públicos.

---

<sup>111</sup>. F. CANTERA, “El poeta Cartagena...”, cit., p. 15.

<sup>112</sup>. Acerca de los escribanos de Toledo se ha tratado en el apartado 3.3., donde se incluye una larga serie de trabajos referidos al oficio y a los oficiales de escribanía en general; aquí solamente recordaremos las obras de J. BONO, *Historia del Derecho notarial español*, Madrid, 1982; E. CORRAL, *El escribano del concejo en la Corona de Castilla (siglos XI al XVIII)*, Burgos, 1987; y el colectivo *Estudios sobre el Notariado europeo (siglos XIV-XV)* (ed. P. Ostos y M. L. Pardo), Sevilla, 1997.

### *A. La influencia de los juristas: los Oseguera*

Los Oseguera constituyen una dinastía muy particular de escribanos, representan la familia de hombres de letras que alcanzó una destacada posición social y un alto grado de influencia en los ámbitos de decisión institucionales de Toledo hacia 1500, en particular en el Colegio de Escribanos y en la propia Ciudad. La eclosión de este linaje es relativamente tardía; hay una primera huella que se fecha en torno a 1420: una solicitud de un tal Gutierre Laso, en que éste pedía a un alcalde de Toledo que se hiciese aprecio de los bienes de su difunto padre Alonso Pérez de Rivadeneira, que por entonces eran administrados por su madre María de Oseguera<sup>113</sup>. A pesar de los muy conocidos renombres que portan los tres miembros de esta familia nuclear no nos es posible relacionarlos con ningún linaje toledano, ni con el de los futuros señores de Cuerva, ni con el de los mariscales de Castilla, ni con los propios Oseguera, que aparecerán con frecuencia en una documentación más tardía, de fines del siglo XV.

En la segunda mitad del Cuatrocientos encontramos a los Oseguera en la documentación cada vez con mayor frecuencia. Los dos principales artífices del ascenso del linaje son Juan Fernández de Oseguera y Alfonso Fernández de Oseguera, que desarrollan su actividad a lo largo de la cincuentena de años señalada. Se encuentra por vez primera el nombre de Juan Fernández en un documento fechado el 15 de junio de 1462; se trata de una compraventa otorgada por el monasterio de Santo Domingo el Real y el beaterio de la Casa de María García, ubicado éste en la collación de San Lorenzo<sup>114</sup>. El documento en sí no es importante para los Oseguera, puesto que Juan Fernández actuaba en él como representante del monasterio dominico, cumpliendo las

---

<sup>113</sup>. Un traslado de esta solicitud se conserva en A.S.D.R., nº 608.

<sup>114</sup>. El original de esta compraventa, por la que el monasterio de Santo Domingo adquirió unos inmuebles en la Judería de la ciudad, se conserva en A.H.N., Clero, carp. 3092, nº 7.

funciones de mayordomo de esta institución eclesiástica, cargo que ejerció durante largo tiempo.

Como mayordomo de Santo Domingo el Real, Juan Fernández ha dejado una huella importante en la documentación del propio monasterio; él mismo, en su testamento, nos expresa *“he seydo criado e mayordomo del su monesterio ha quarenta e dos annos”*. El testamento de Juan Fernández está fechado en 1502, lo que nos indica que desde 1460 ejerció como representante de Santo Domingo el Real para los asuntos económicos<sup>115</sup>. Pero la documentación en que nos aparece como procurador del monasterio sólo testimonia su actividad como agente de las monjas, sin que aporte nada al conocimiento de su familia.

Más temprano que a Juan, descubrimos en activo al primer escribano de la familia: Alfonso Fernández de Oseguera, de cuya actividad tenemos un testimonio fechado en 1451<sup>116</sup>. Alfonso Fernández actuaba, al menos desde 1468, como escribano mayor de los ayuntamientos<sup>117</sup>, oficio éste que lo sitúa en el lugar más elevado dentro del grupo profesional de los escribanos y en una posición muy notable en el conjunto de la bonahombría toledana. Hasta su fallecimiento, en 1491, Alfonso Fernández ocupó el oficio de escribano mayor de Toledo, siendo sustituido por Juan Fernández<sup>118</sup>.

---

<sup>115</sup>. Se conserva una copia autenticada del testamento de Juan Fernández de Oseguera en A.S.D.R., 5/11; Apéndice Documental, nº 14.

<sup>116</sup>. Este Alfonso Fernández suscribe, como escribano público del número de Toledo, la carta de poder que el 21 de abril de 1451 otorgó Teresa de Rojas para que su marido Gonzalo Palomeque la representase en la partición de bienes que había dejado su tío Alfón González de Sosa; vid. la inserción de este apoderamiento en A.H.N., Consejos, leg. 32586, pza. 3/1.

<sup>117</sup>. Por vez primera lo encontramos como escribano de la Ciudad en una disposición de Toledo, fechada el 31 de octubre de 1468, en que se establecía un lugar donde se ejercería en adelante la prostitución en exclusiva, para hacer posible el control de esta peculiar profesión; vid. A.M.T., A.S., caj. 4, leg. 1, nº 59, pza. 13.

<sup>118</sup>. El 9 de marzo de 1491, la reina Isabel I proveía la escribanía de la Ciudad en favor de Juan Fernández, expresando que lo hacía al haber quedado el oficio vacante por muerte de Alfonso Fernández; vid. A.G.S., R.G.S., 1492, III, fol. 17. Asimismo, por esta misma orden real se anulaba la elección ilegal que Toledo había efectuado en favor de Juan Ramírez de Guzmán.

Cuando Juan Fernández se sintió demasiado mayor para atender este cargo, lo traspasó a uno de sus hijos, llamado Juan Fernández de Oseguera también, por lo que denominamos a éste Juan Fernández II, y I al padre. El 8 de mayo de 1499 los Reyes Católicos proveían la escribanía mayor de la Ciudad a Juan Fernández II por renuncia que en su favor hizo Juan Fernández I, su padre<sup>119</sup>. A su vez, este segundo Juan cedió el oficio a Alfón Fernández de Oseguera, probablemente su hijo, que ya en 1512 ejercía como lugarteniente de escribano mayor y en 1522 como titular del oficio<sup>120</sup>.

Entre tanto, otros Oseguera actuaban en Toledo, fundamentalmente como escribanos públicos, pero también como titulares de oficios en la Ciudad. El propio Juan Fernández I, además de escribano del número y escribano de los ayuntamientos, fue mayordomo de la Ciudad entre 1482 y 1491<sup>121</sup>, y fiel ejecutor entre 1491 y 1502<sup>122</sup>. Francisco Fernández de Oseguera, hijo de Alfonso Fernández, fue escribano del número, al menos entre 1489 y 1501<sup>123</sup>. Diego Fernández, también escribano del número, llegó a ser mayordomo del Colegio en 1499<sup>124</sup>, como lo sería su

---

<sup>119</sup>. Una copia autenticada de esta provisión se conserva en A.G.S., R.G.S., 1499, V, fol. 106.

<sup>120</sup>. El 5 de febrero de 1512 encontramos a este Alfón Fernández como sustituto de Juan Fernández II en un acensamiento que efectuó la Ciudad; vid. A.M.T., Tributos, caj. 1, nº 3. El 12 de noviembre de 1522 ya lo tenemos como titular en una revisión de cuentas; vid. A.M.T., A.S., caj. 3, leg. 3, nº 5.

<sup>121</sup>. La primera ocasión en que figura como mayordomo se testimonia en las cuentas de cargo y data de Mayordomía del año 1482; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 3; la última en las cuentas de 1491, vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 10.

<sup>122</sup>. En su propio testamento Juan Fernández I se autotitulaba con orgullo "*fiel executor*" de Toledo, dejando de lado otros ornatos profesionales que podían ser más llamativos; vid. A.S.D.R., nº 5/11.

<sup>123</sup>. La primera ocasión en que aparece suscribiendo un documento se fecha el 2 de enero de 1489; vid. A.H.N., Clero, leg. 7368; la última, el 21 de julio de 1501; vid. A.S.D.R., Becerro, fol. 231/1. Pero lo tenemos referido en las listas de los escribanos del número que aparecen en las actas de los colegios; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15953, fol. 6 r. – 7 r., por ejemplo, que corresponde a 1505.

<sup>124</sup>. Como tal aparece en las más antiguas actas del Colegio de Escribanos de Toledo; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15991, fol. 2 r.; Apéndice Documental, nº 11.



hermano Pedro Fernández de Oseguera en 1496<sup>125</sup>. Ya entrado el siglo XVI, encontramos a los escribanos públicos Andrés Fernández<sup>126</sup> y el ya referido Alfón Fernández, que llegó a ser escribano mayor de los ayuntamientos. Este Alfón y un segundo Diego Fernández de Oseguera ocuparían juradurías poco antes del movimiento comunero<sup>127</sup>.

Todos estos oficios, además de otras actividades que aquí no hemos señalado, acreditan a los Oseguera como uno de los grupos familiares más influyentes de la bonahombría toledana. Como cristianos viejos se beneficiaron a fines del siglo XV de la persecución y caída en desgracia de muchos miembros de otros linajes poderosos de la ciudad; aunque su ascenso había comenzado antes, fue en las dos últimas décadas del siglo XV cuando su establecimiento entre los más selectos clanes se haría más sólido.

Estas dos décadas de ascenso decidido corresponden al último periodo de liderazgo de Juan Fernández I. Conviene subrayar esta figura porque su longevidad le permitió gestionar este marcado progreso familiar, del que conocemos algunos datos interesantes gracias a su extraordinario testamento, en el que se detiene a considerar, de una forma muy personal, aspectos de su existencia y detalles de su quehacer profesional y familiar<sup>128</sup>. Llama la atención la alusión de este escribano al ascenso material que logró en su vida; para justificar el destino de cierta

---

<sup>125</sup>. En un documento fechado el 6 de mayo de 1496, correspondiente a un pleito que sostenía por unas casas toledanas, Pedro Fernández es presentado con esta intitulación; vid. A.G.S., R.G.S., 1496, V, fol. 183. En la reunión del Colegio de 13 de marzo de 1499 volvería a hacer funciones de mayordomo “*Pero Fernandes de Oseguera en nombre del dicho Diego Ferrandes de Oseguera su hermano mayordomo del Colegio*”; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15991, fol. 2 r.; Apéndice Documental, nº 11.

<sup>126</sup>. Andrés Fernández llegó a ejercer como escribano del Colegio de Escribanos en 1505; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15953, fol. 6 r. ~ 7 r.

<sup>127</sup>. Como jurados los tenemos documentados; vid. las actas copiadas en A.M.T., Ms., sec. B., nº 121, fol. 56 r.

<sup>128</sup>. El testamento de Juan Fernández I se encuentra, en copia autorizada, en A.S.D.R., 5/11, cit.; Apéndice Documental, nº 14.

cantidad de dinero para decir misas por su alma, Juan Fernández recuerda en su testamento que en vida se preocupó poco de su salvación, mirando por el bienestar de sus hijos “*que todo el tiempo que he bivido lo he gastado en buscar como les dexase hazienda*”. En este punto se compara con su padre, buen cristiano que “*no dexo a mi ni a mis hermanos el dia que fallesçio salvo sendas cucharas de plata y no otra cosa*”. ¿Se trata de una exageración o de la manifestación de una fulgurante carrera que llevó a Juan Fernández desde la modestia a la opulencia? Si creemos al escribano, podemos considerar esta declaración como una muestra de que el paso de la humildad a la opulencia era perfectamente posible en el siglo XV. Es posible que en las palabras del escribano Oseguera exista un punto de hipérbole, pero la suerte, unida al trabajo, una pragmática inteligencia, un origen “limpio” y la protección de un poderoso monasterio hacían posible esta realidad que no encontramos documentada para ningún otro hombre bueno toledano de la época.

Del origen de Juan Fernández no sabemos nada con certeza, pero no podemos atribuirle ni a él ni a su familia la condición de conversos<sup>129</sup>, hecho que constituye una notabilísima excepción, por cuanto casi la totalidad de los linajes de hombres buenos de Toledo de la época eran descendientes de judíos en mayor o menor medida. Lo que no podemos considerar una excepción, ni mucho menos, es el camino que el aún joven Juan Fernández tomaba para fortalecer su posición económica y social: el servicio a un monasterio. Hemos visto que otros hombres buenos iniciaron su ascenso a la sombra de algún poderoso, sea noble, eclesiástico o monasterio: así, Abrahem aben Cota, criado de Inés de Ayala en 1395, o Diego Serrano, criado del arcediano Vasco Ramírez de Guzmán en 1433. Juan Fernández fue criado y mayordomo del monasterio de

---

<sup>129</sup>. No conocemos ningún documento que pueda contradecir la condición de cristianos viejos de los Oseguera. Ni siquiera aparece su renombre entre los habilitados en 1495 por la Inquisición que en su día publicó F. CANTERA, *Judaizantes del Arzobispado de Toledo*..., cit., lista en que casi todos los linajes de hombres buenos de Toledo son citados.

Santo Domingo el Real desde 1460, como hemos visto, y durante estos largos años, además de velar por los intereses económicos de la institución dominica, actuó como representante de algunas profesas que habitaban en su interior, realizando negocios para ellas.

El manejo de dinero ajeno durante tiempo prolongado nos hace sospechar que el astuto Juan Fernández realizara negocios solapados como los que sabemos que se hacían en Toledo abiertamente por parte de mercaderes de la ciudad<sup>130</sup>. En una interesante cláusula del testamento de nuestro escribano, éste se refiere a 100.000 mrs. que Sancha Ponce de León, monja en Santo Domingo, puso en sus manos para comprar tributos sobre inmuebles; por una sucesión de motivos que no vamos aquí a detallar, el mayordomo Juan Fernández se quedó con el dinero durante bastante más de diez años, pagando, eso sí, el 5% de esa cantidad a Sancha Ponce de León, de quien los había tomado de hecho prestados. Al final de su vida, Juan Fernández no había comprado tributos para la monja ni le había devuelto la cantidad que quedó en sus manos, y aún pedía que no obligase a sus albaceas a pagar el total de los 100.000 mrs. Conociendo la astucia del mayordomo, no podemos creer que dejara inactiva esta importantísima cantidad durante un tiempo en que sus convecinos Acre, San Pedro, Fuente y Torre, entre otros, como veremos, realizaban muy ventajosos negocios mediante la compra y venta de productos de lujo y de uso corriente y a través de créditos a personas de diversa condición.

Otro aspecto interesante que llama la atención de las “revelaciones” del testamento de Oseguera es la referencia que hace a sus apuros económicos circunstanciales. Recuerda Juan Fernández que tomó a censo del monasterio la heredad de Valdegámez, muy cerca de la ciudad, por la cual debía 3.500 mrs. anuales; por seguir a Juan de Ribera, se vio envuelto en uno de los

---

<sup>130</sup>. En la segunda mitad del siglo XV en Toledo ejercían su actividad compañías de mercaderes con importantes volúmenes de capital, como podemos comprobar en un pleito, fechado en 1480, que se refiere a la existencia de una compañía, dirigida por el mercader Lope de Acre, cuyo “caudal” ascendía a más de 200.000 mrs.; vid. A.G.S., R.G.S., 1480, VI, fol. 126.

enfrentamiento que sacudían a la ciudad en tiempos del rey Enrique, y por esta razón tuvo que abandonar Toledo durante dos años. Al regreso, el mayordomo afirmaba que no podía hacer frente a la deuda que se le había acumulado por el tributo debido: *“como veníamos perdidos yo no tenia de que poder pagar por estonçe”*. El relato de Juan Fernández nos habla de eventuales carencias de recursos por parte de hombres buenos que, desgraciadamente, no solemos encontrar en la documentación de la época de modo tan elocuente. Por otro lado, la participación en las luchas de bandos toledanas por parte de gentes de esta condición no suele verse reflejada en las solemnes treguas y confederaciones, ni en las órdenes reales para establecerlas, ya que los nombres de los hombres buenos se ocultan en referencias que acompañan a los nombres de los líderes como “los suyos”, “sus valedores”, “los que le siguen” u otras de este cariz<sup>131</sup>.

Por último, estimamos conveniente señalar la cesión de su escribanía del número en favor de su hijo Juan Fernández II y no en favor de Cristóbal de Oseguera, el hijo a quien tenía anteriormente pensado ceder la escribanía, *“por rason que fue neçesario quel dicho Juan Fernandez de Oseguera mi hijo fuese escrivano publico para que mejor e mas liberalmente fuese reçevido por escrivano mayor de los ayuntamientos”*. Nos podemos preguntar por qué Cristóbal no podía ser fácilmente recibido como escribano de los ayuntamientos, y enseguida pensamos en la insuficiencia de este hijo, al cual no encontramos como escribano del número en ningún momento. Posiblemente correspondía la escribanía a Cristóbal por edad, o bien porque el padre hubiese decidido establecer una escisión equilibrada entre los dos hermanos mayores, pero debió darse el caso de que el elegido no respondió a las expectativas paternas por deficiencias intelectuales o formativas<sup>132</sup>.

---

<sup>131</sup>. Sobre las luchas de bandos toledanas, vid. el título 4.4.2. de este trabajo.

<sup>132</sup>. Hasta la segunda mitad del siglo XV Toledo proveía la escribanía mayor de los ayuntamientos, pero los Reyes Católicos se enfrentaron con esta tradición, como hemos comentado en el título 3.2.2.

El devenir personal de Juan Fernández I representa el salto de la modestia a la opulencia, pero también, si lo observamos bajo un punto de vista político, desde la insignificancia hasta la autoridad. La prueba de esto que afirmamos la encontramos en un conflicto gubernativo que surgió en el verano de 1493, cuando el Cabildo de Jurados de Toledo, visiblemente contrariado por su incapacidad a la hora de tomar decisiones en los ayuntamientos, recurrió al escribano mayor para que éste anotara en un acuerdo que la decisión se había tomado con la oposición de los jurados. Juan Fernández de Oseguera, experto conocedor del Derecho Privado y del Derecho Administrativo –como lo expresaríamos hoy– estudió esta petición y, al cabo de algunos días, negó a los jurados la posibilidad de incluir la apostilla solicitada por cuanto los acuerdos toledanos eran o no aprobados por la Ciudad y no había precedentes para clarificar quienes se oponían a ellos<sup>133</sup>.

Después de la emisión del informe de Juan Fernández nadie, que sepamos, volvió a insistir. Hay que tener en cuenta que el escribano mayor de los ayuntamientos era probablemente la primera autoridad jurídica de Toledo. Los Oseguera patrimonializaron el oficio durante una cincuentena de años trascendental, desde los últimos años del reinado de Enrique IV hasta el advenimiento de Carlos I; durante aquel largo período, esta familia de escribanos se convirtió en la referencia fundamental de la legalidad de los actos públicos y privados en Toledo, ya que hay que tener en cuenta que durante algunos períodos de tiempo un Oseguera fue también mayordomo del Colegio de Escribanos. Observados desde este punto de vista, Juan Fernández y los suyos representan la autoridad de los letrados frente a los ocasionalmente menospreciados

---

En todo caso, era exigible la condición de escribano del número para acceder a la escribanía mayor; y para ser escribano de número se exigía el cumplimiento de ciertos requisitos, entre los cuales la “habilidad y suficiencia” para ejercerlo, es decir, la preparación en Derecho, no era el menos importante.

<sup>133</sup>. El informe emitido por Oseguera sobre la legalidad de la pretensión de los jurados fue publicado el 14 de septiembre de 1493 y se conserva en A.M.T., A.C.J., Libro 47, nº 1.

mercaderes y a la incapacidad política de los oficiales.

### *B. La conciencia familiar: los Madrid*

Aunque lo más usual es que nuestro conocimiento de las familias de hombres buenos no se remonte más allá del reinado de los Reyes Católicos, contamos con notables excepciones, como la que representan los Madrid, cuyo miembro más antiguo del que tenemos noticia es Diego Fernández de Madrid, que actuaba como jurado a mediados del siglo XV. En 1444 ya asistía como tal a las reuniones municipales<sup>134</sup> y lo seguiría haciendo hasta 1468; el 21 de septiembre de este año el restituído monarca Enrique IV lo destituyó, junto con su compañero Alfonso Ruiz, por su colaboracionismo con el bando alfonsino en la pasada guerra<sup>135</sup>.

Debido a la multitud de personas que en la época presentaban el apellido Madrid, resulta de enorme dificultad establecer los vínculos de sangre que unían a los miembros de esta familia de letrados. Dada la plena coincidencia del nombre, no parece descabellado creer en el parentesco directo del jurado Diego Fernández de Madrid con otro Diego Fernández de Madrid, al que podemos numerar con un "II" para diferenciarlo del anterior. Este Diego Fernández II debió sustituir a Diego Fernández I y permaneció en el Cabildo durante todo el reinado de los Reyes

---

<sup>134</sup>. Entre sus asistencias podemos señalar la del 31 de agosto de aquel año, vid. E. BENITO, "Las más antiguas actas....", cit., p. 77.

<sup>135</sup>. La orden de destitución de Enrique IV se conserva en A.M.T., A.S., caj. 2, leg. 4, nº 4. Es ésta una de las muy escasas intervenciones directas que efectuó la Monarquía sobre el Cabildo de Jurados de Toledo.

Católicos<sup>136</sup>. Aún conocemos otro jurado del mismo apellido que ejerció el oficio bajo el reinado de estos monarcas: Juan Rodríguez de Madrid<sup>137</sup>. En la misma época vivió Francisco de Madrid, a quien Enrique IV concedió un cuantioso juro sobre las alcabalas de Toledo<sup>138</sup> y que en el reinado posterior era ya regidor de Toledo<sup>139</sup>. Debió ser Alonso Gutiérrez de Madrid quien sucediera a Francisco en la regiduría ya a comienzos del siglo XVI, incorporándose a la Ciudad en 1507<sup>140</sup>.

Según los datos ofrecidos, se podría pensar que nos hallamos ante una familia de oficiales como las que vimos en el apartado anterior, pero en el mismo reinado de los Reyes Católicos desplegaron su actividad hasta tres escribanos públicos de renombre Madrid: Juan Núñez, Diego Núñez y Andrés Núñez, los tres con el mismo patronímico, lo que puede estar indicándonos una cercanía de parentesco, posiblemente la existencia de una rama de los hombres buenos Madrid dedicada plenamente a labores jurídicas. Como se ve, la incorporación de esta familia a la minoría de letrados toledanos, aunque tardía, fue notablemente sólida. Por primera vez nos aparecen los Madrid escribanos, los Núñez de Madrid, en la documentación el 31 de diciembre de 1490, fecha

---

<sup>136</sup>. La primera aparición de Diego Fernández II como jurado de Toledo la encontramos en el ayuntamiento de 2 de noviembre de 1481; vid. A.M.T., A.S., caj. 2, leg. 3, nº 2, pza. 14. Su última actuación como jurado fue su renuncia del oficio en favor de Jerónimo de Morales, el 30 de marzo de 1515; vid. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 159 r.

<sup>137</sup>. Un testimonio de la actuación de este otro Madrid es la oferta de su casa como garantía de que pagaría las deudas que tenía contraídas con la Ciudad, garantía que ofreció en octubre de 1496; vid. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 10, pza. 1.

<sup>138</sup>. El 8 de agosto de 1472 el rey don Enrique ordenaba a Toledo que le fuera satisfecho a Francisco de Madrid, al que llama "*mi criado*", el pago del juro que le había concedido; vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 7, nº 1, pza. 12. El 23 de noviembre de 1474, ya en sus últimos días, el mismo rey ordenaba asentar 200.000 mrs. de las rentas de Toledo en favor de Francisco de Madrid; vid. A.M.T., A.S., caj. 10, leg. 7, nº 1, pza. 1.

<sup>139</sup>. En una nómina de 1482 aparece Francisco de Madrid como uno de los regidores a los que les es pagado su salario; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 3, Data, nº 54.

<sup>140</sup>. Conservamos, aunque incompleta, la toma de posesión de este Alonso Gutiérrez; vid. A.M.T.,

en que Juan Núñez de Madrid estampaba su firma como fedatario público en un compromiso entre particulares<sup>141</sup>; desde esta fecha hasta el año 1514 son frecuentes los testimonios de la actividad de Juan Núñez como escribano<sup>142</sup>. En ese espacio de tiempo, dos Madrid más se manifiestan como letrados: en 1505 Diego Núñez y en 1510 Andrés Núñez<sup>143</sup>. ¿Actuaban como lugartenientes de Juan Núñez, quizá padre común? ¿Tenían ya ambos, o alguno de ellos, su propia escribanía? Son preguntas que aún no podemos responder. En todo caso, la aparición de Diego y Andrés como escribanos les vincula a Juan; tanto su profesión, su formación intelectual, como su patronímico común, nos hace sospechar, como antes señalábamos, la escisión de una rama, dentro de una más amplia parentela de los Madrid, dedicada a una actividad muy concreta y tan consciente de su identidad como rama al margen que utilizaba el patronímico “Núñez” para diferenciarse de las decenas de personas (vinculadas o no biológicamente a ella) que en Toledo usaban del renombre Madrid.

---

Regimientos, caj. I, nº I.

<sup>141</sup>. Se trata de un acuerdo entre los clérigos de la iglesia de Santa Justa y un mercader por unas casas; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15972, fol. 169 r. – 172 r.

<sup>142</sup>. En el año 1514 Juan Núñez aún asistía a las reuniones del Colegio de Escribanos; las actas del Colegio del año 1514 se encuentran en A.H.P.T., Protocolos, nº 15991, fol. 73 r. – 80 r.

<sup>143</sup>. Diego Núñez es uno de los escribanos que apoderaban el 8 de mayo de 1505 a tres de los miembros del Colegio para representar a la institución; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15953, fol. 6 r. – 7 r. El 25 de febrero de 1510 Andrés Núñez actuaba como fedatario público en una compraventa



### *C. Escribanos, oficiales y hombres de negocios: los Bargas*

Los hombres buenos de apellido Bargas presentan importantes similitudes con los Madrid, en primer lugar por el hecho de que la gran difusión de su renombre en Toledo durante el final del Medievo dificulta fuertemente la identificación de cada individuo, produciendo una notable inseguridad al establecer los vínculos de parentesco entre ellos. Asimismo, los Bargas de que tenemos noticia, además de mercaderes, nos aparecen como jurados más que como escribanos, de modo que si los contemplamos como letrados ello se debe a la relativamente importante presencia de miembros de este linaje entre los hombres formados de la época y no porque no estuviera arraigado el apellido en la oficialía local. Se conocen cinco jurados Bargas que ejercieron en la época de los Reyes Católicos: Diego, Francisco, Fernando, Martín y Juan<sup>144</sup> y cuatro escribanos: Pedro Rodríguez de Bargas I, Pedro Rodríguez de Bargas II, el jurado Francisco de Bargas y Rodrigo de Bargas. ¿Estamos ante la división de una familia en una o varias ramas vinculadas al Cabildo de Jurados y otras al Colegio de Escribanos? En cierto modo así debió ocurrir, aunque Francisco constituye una notable excepción de la “especialización” profesional de las ramas Bargas, notable por ejercer a un tiempo como escribano y como jurado y por desarrollar negocios mercantiles de modesta relevancia.

El jurado-escribano Francisco es solamente un ejemplo de la omnipresencia de los Bargas en Toledo durante las décadas finales del siglo XV y las iniciales del siglo XVI. No era nuevo este linaje en el tiempo de los Reyes Católicos; conocemos algunas actividades de Bargas anteriores, probablemente antecesores de los que aquí nos ocupan, desde una tal Mencía que a comienzos

---

entre particulares; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15986, fol. 221 r. – 223 vto.

<sup>144</sup>. Para situar con mayor precisión cronológica la actuación de estos jurados, puede verse la tabla de los jurados toledanos que se ofrece en el capítulo 3 de este trabajo.

del siglo XV obtenía la amortización de una deuda que con ella tenía la poderosa Teresa de Ayala, priora del monasterio de Santo Domingo el Real<sup>145</sup>, hasta el canónigo Rodrigo de Bargas, que vivió al servicio de la Iglesia toledana en las décadas centrales del mismo siglo<sup>146</sup>. Puede ser éste un precedente de los Bargas letrados, como la tal Mencía, de los negociantes de este linaje.

Si nos situamos en las décadas y los individuos que ahora nos interesan, hemos de comenzar por recordar a Pedro Rodríguez de Bargas I, cuyo rastro seguimos desde 1463, año en que por vez primera lo encontramos como escribano público<sup>147</sup>, y lo abandonamos, después de comprobar otros testimonios de su actividad como fedatario, en 1489, año en que tenemos noticia de su muerte. El 20 de febrero de 1489 los Reyes Católicos proveían una escribanía del número de Toledo en favor de Pedro del Matute, señalando que el oficio había quedado vacante por la muerte de Pedro Rodríguez de Bargas<sup>148</sup>. ¿Qué motivo vinculaba a Pedro Rodríguez I con el tal Matute? Puede que la provisión real respondiera a una cesión “en depósito”, ya que el beneficiario no vuelve a aparecer como escribano del número, mientras sí encontramos a un Pedro Rodríguez de Bargas a partir de 1496 y hasta 1503<sup>149</sup>. Dada la coincidencia completa del nombre, no resulta

<sup>145</sup>. Se conserva el reconocimiento, por parte de Mencía de Bargas, del pago de 10 florines efectuado por la priora doña Teresa el 24 de septiembre de 1403; vid. A.S.D.R., nº 349, fol. 133. En realidad, fue el difunto marido de Mencía, Juan Rodríguez de Torquemada, quien había prestado el dinero, no a Teresa sino a su madre doña Inés.

<sup>146</sup>. Ya en 1437 lo encontramos comprando unas casas en la collación de Santa Leocadia; vid. A.H.N., Clero, carp. 3087, nº 4. Cuarenta años más tarde, el 25 de octubre de 1477 el canónigo Bargas donaba unas casas a un criado en la collación de San Román; vid. A.M.T., C.C.J., nº 7.

<sup>147</sup>. Como escribano se manifiesta Pedro Rodríguez en la trascendental sentencia del asistente Montalvo sobre la composición de las procuraciones de Toledo en Cortes; vid. A.M.T., A.C.J., Orig., nº 10, pza. 1.

<sup>148</sup>. Una copia autenticada de esta provisión se conserva en A.G.S., R.G.S., 1489, II, fol. 20.

<sup>149</sup>. Pedro Rodríguez suscribe como fedatario el reconocimiento de un censo el 5 de diciembre de 1496; vid. A.S.D.R., Becerro, fol. 138/2. La última aparición que conocemos de este Pedro Rodríguez como escribano del número se encuentra en el acta del Colegio de Escribanos de Toledo de 1 de enero de 1503; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15991, fol. 17 vto.

descabellado suponer que este Pedro Rodríguez II sería pariente cercano del primero.

A los otros dos escribanos Bargas, Rodrigo y Francisco, los conocemos en muy diversa medida; si del primero de ellos sólo tenemos una huella de su actividad como fedatario público, fechada en 1497<sup>150</sup>, podemos detallar bastantes aspectos de las múltiples actividades profesionales del segundo. El documento más antiguo en que aparece Francisco de Bargas se fecha en 1486: el 8 de noviembre de aquel año los Reyes Católicos proveían en su favor la escribanía del número que había dejado vacante Pedro García de Alcalá, que había sido hallado culpable del delito de herejía<sup>151</sup>. Durante los años finales del siglo XV observamos su actividad como escribano público, pero parece que Francisco de Bargas fue un hombre muy activo y no limitó su quehacer a las tareas propias de quien sirve al Derecho suscribiendo escrituras entre particulares. En 1490, actuando como fedatario público, es intitulado “jurado”, cuando el receptor de bienes confiscados a los condenados por herejía le pedía dar remate tras un plazo marcado para almoneda pública<sup>152</sup>. El jurado y escribano Francisco llegaría aún más lejos, pues él mismo se convertiría en receptor de bienes confiscados e, incluso, en receptor de penas de cámara<sup>153</sup>, lo que nos revela una privanza regia muy particular en hombres de su origen; sin duda, su capacidad intelectual jugaría un papel relevante en esta brillante carrera que se complementaría con actividades económicas

---

<sup>150</sup>. El 5 de septiembre de 1497, Rodrigo de Bargas suscribe como escribano un acensamiento de varias posadas en los Montes entre particulares; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15987, fol. 196 r. – 201 vto.

<sup>151</sup>. Una copia autenticada de esta provisión se conserva en A.G.S., R.G.S., 1486, XI, fol. 3. Pedro García de Alcalá formaba parte de otra familia de letrados a la que más abajo aludiremos.

<sup>152</sup>. Así se indica en el pregón de la almoneda pública de los bienes del condenado Pedro Díaz de Orgaz; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15986, fol. 227 r. – 230 r.

<sup>153</sup>. Como receptor de bienes de condenados nos lo presenta la orden del Consejo de la Inquisición, fechada el 2 de octubre de 1496, por la que se le indicaba a nuestro escribano que no se tomaran bienes de Mencía Núñez, mujer de Rodrigo Cota; vid. A.G.S., R.G.S., 1496, X, fol. 282. El propio regente don Fernando ordenaba a Francisco de Bargas, el 30 de mayo de 1509, el libramiento de cierta cantidad de dinero al corregidor Jaime Ferrer, titulado a nuestro escribano “*receptor de las penas*

diversas.

Francisco de Bargas<sup>154</sup> obtenía beneficios de la compra y venta de productos y del crédito a gente sencilla. En los últimos meses de 1503 realizó algunas de las operaciones que de él conocemos; nos lo encontramos proporcionando novillos y trigo a varios vecinos de la Tierra: un novillo “bermejo” a un vecino de Yuncillos por 2.000 mrs.; cierta cantidad de grano a un vecino de Bargas por 1.800 mrs.<sup>155</sup>. Además prestaba pequeñas cantidades de dinero a otras personas, como un tal Alonso de Magán, vecino de Toledo, que le reconoce 600 mrs. “*por cierta ayuda*” que el jurado tuvo a bien concederle<sup>156</sup>. Estas y otras compraventas y reconocimientos de deudas similares nos presentan un Francisco de Bargas como mercader y financiero de bajos vuelos, a mucha distancia de los opulentos mercaderes de los linajes San Pedro o Acre que en el siguiente apartado vamos a estudiar. De hecho, nuestro interés por Francisco de Bargas se justifica en la propia modestia de su quehacer como mercader y financiero, porque él representa mucho mejor que los grandes negociantes al hombre bueno toledano de 1500, moderadamente rico y perfectamente inserto en el ámbito de las operaciones económicas cotidianas. Además, Francisco de Bargas representa la perfecta vinculación de los tres conjuntos de actividades que nos están guiando para el estudio de los hombres buenos toledanos: el oficio público, el oficio letrado y los quehaceres mercantiles.

---

*de camara*”; vid. A.M.T., C.C., caj. 1, nº 63.

<sup>154</sup>. Por el testamento de Inés Ortiz, mujer de Francisco de Bargas, fechado el 14 de diciembre de 1503, sabemos que este jurado-escribano-mercader tenía ocho hijos: Francisco, Juan, Pedro, Alfonso, Juan Ruiz, Francisca de Bargas, Inés e Isabel; vid. AHPT, Protocolos, nº 1219, fol. CCCCXCII r. – CCCCXCIV r.

<sup>155</sup>. La primera operación, fechada el 19 de diciembre de 1503, se registra en A.H.P.T., Protocolos, nº 1219, fol. DXXIX r. - vto.; la segunda, fechada el 28 de diciembre del mismo año, en A.H.P.T., Protocolos, nº 1219, fol. DLXVI vto. – DLXVII vto.

<sup>156</sup>. La deuda fue reconocida por Alonso de Magán el 8 de diciembre de 1503; vid. AHPT, Protocolos, nº 1219, fol. CCCCLV vto.

*D. La decantación profesional por la escribanía: los Alcalá, los Gómara y los Navarra*

Todos los miembros que encontramos de las familias Alcalá, Gómara y Navarra, son escribanos; nos ofrecen el ejemplo de familias en que, por tradición, la escribanía era la profesión elegida y que no desarrollaban, al menos al mismo nivel, otras actividades características de la bonahombria. Eran éstas familias volcadas sobre el estudio de las leyes y sobre la práctica continua del Derecho, representantes de esa minoría intelectual laica que floreció en las ciudades europeas al final del Medievo.

Tenemos constancia de la actividad del más antiguo miembro de este grupo de linajes a mediados del siglo XV: Alfonso González de Alcalá, escribano del rey Juan II, vendía por entonces sus servicios como abogado en Toledo. El 20 de noviembre de 1442 Alfonso González formaba parte de un equipo de escribanos que representaba a un grupo de ganaderos toledanos en cierto pleito<sup>157</sup>. Unos meses después, en septiembre de 1443, encontramos al mismo Alfonso González como representante de los traperos de Toledo frente al monasterio de Santo Domingo el Real, para defender los derechos de aquéllos en la venta de paños<sup>158</sup>. El 12 de septiembre, el escribano Alcalá solicitaba al monasterio dominico pruebas escritas de los derechos que presumía tener sobre la venta de paños en la ciudad<sup>159</sup>. El pleito debió ser complejo, porque algún tiempo después el procurador de los traperos enviaba un memorial al príncipe don Enrique para pedir su

---

<sup>157</sup>. Los ganaderos toledanos apoderaban, junto a Alfonso González, a Pedro Rodríguez de Piedrafita y a Diego García, vid. A.S.D.R., nº 470.

<sup>158</sup>. En una cuaderno de quince hojas se conservan autos del pleito que el monasterio y el colectivo de traperos desarrollaban por entonces; vid. A.S.D.R., nº 482.

<sup>159</sup>. Esta solicitud se contiene en un cuaderno de doce hojas; vid. A.S.D.R., nº 531.

intervención, protestando contra la obligación, impuesta a sus representados, de poner un sello en todos los paños vendidos en la Alcaicería de Toledo, bajo control del monasterio de Santo Domingo<sup>160</sup>.

El siguiente escribano Alcalá que conocemos, Pedro García, constituye un caso interesante. Este hombre bueno era ya escribano del número en 1465<sup>161</sup> y siguió ejerciendo el oficio con normalidad hasta 1486. El 8 de noviembre de aquel año era proveída su escribanía en favor de Francisco de Bargas, al que más arriba nos hemos referido, por los Reyes Católicos, los cuales hacían expresar en la propia provisión que el oficio había quedado vacante por hallarse culpable de herejía a su anterior titular<sup>162</sup>. Más adelante en el tiempo, nos encontramos con un Pedro García de Alcalá: en 1493, como miembro de la Cofradía de Santa María la Blanca<sup>163</sup>; en 1509, como escribano de la Cofradía del Corpus Christi<sup>164</sup>. Podía tratarse de un descendiente del condenado anterior, pero es más verosímil creer que su destitución como escribano del número no implicó la inhabilitación completa, pues como experto en Derecho Privado, como conocedor de las formalidades de las escrituras, podía aún prestar servicios de importancia a entidades peculiares como cofradías.

---

<sup>160</sup>. Una copia del memorial, del que no conocemos la fecha exacta, se conserva en A.S.D.R., nº 428. Es interesante este documento porque en él Alfonso de Alcalá nos informa de que en Toledo había unos trescientos traperos. Sobre la relevancia de la producción y los productores de paños en la ciudad, vid. R. IZQUIERDO, *La industria textil de Toledo en el siglo XV*, Toledo, 1989.

<sup>161</sup>. Pedro García de Toledo “escribano del número” fue uno de los testigos del testamento de Guiomar de Toledo, mujer del mariscal Fernando de Rivadeneira; vid. el traslado de una cláusula de esta escritura en A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 16.

<sup>162</sup>. La provisión de los reyes se conserva, en copia autorizada, en A.G.S., R.G.S., 1486, XI, fol. 3.

<sup>163</sup>. El acta de un cabildo de la cofradía se conserva, al parecer, en el Archivo Parroquial de Santa Leocadia, leg. 220, según la referencia que nos ofrece J. C. GÓMEZ-MENOR, *Cristianos nuevos y mercaderes...*, cit., p. 14-15, donde se publica el listado de los asistentes a la reunión.

<sup>164</sup>. El escribano Pedro García era uno de los representantes de esta poderosa cofradía en un contrato de arrendamiento establecido el 5 de enero de 1509, vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 1269, fol. XII r. –

Por otra parte, estimamos que el sucesor legítimo de aquel Pedro García condenado por hereje debió ser el escribano de este linaje que en mayor número de ocasiones aparece en la documentación: Diego García de Alcalá, que llena el primer cuarto del siglo XVI<sup>165</sup>. Durante la época de actividad de este Diego García encontramos aún otros escribanos Alcalá a los que quizá haya que considerar lugartenientes del anterior, dada la circunstancialidad de su presencia como fedatarios<sup>166</sup>. Hay otras personas de renombre Alcalá en la documentación de la época; algunas de ellas no debían tener parentesco alguno con nuestros escribanos; otras podrían tenerlo pero no nos es posible probarlo. Sólo podemos estar prácticamente seguros de que existió una dinastía de escribanos, vertebrada por Alfonso, Pedro y Diego, los cuales se mantuvieron al frente de una familia caracterizada por su pertenencia a esta minoría intelectual toledana.

Los Gómara constituyen otro buen ejemplo de familia toledana volcada en la profesión jurídica, particularmente en la suscripción de documentación entre particulares. Sólo encontramos un Gómara que no se nos presenta como escribano, aunque sí ejerciendo una actividad bien reglamentada por el Derecho: en 1416, Pedro Sánchez de Gómara, vecino de Toledo, actuaba como albacea de Alvar García, racionero de la Iglesia toledana<sup>167</sup>. Aunque no sepamos más de este Pedro Sánchez, hay que sospechar que no sería persona de escasa consideración social si

---

### XIII r.

<sup>165</sup>. Diego García aparece entre los asistentes a las reuniones del Colegio de Escribanos desde 1503; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15991, fol. 17 vto. En adelante, se conservan protocolos completos de este escribano del número para diversos años, hasta al menos 1522; vid. el protocolo de este último año en A.H.P.T., Protocolos, nº 1281.

<sup>166</sup>. Tenemos constancia de la presencia de un tal Fernando García de Alcalá y de un tal Fernando Ortiz de Alcalá en las reuniones de los escribanos del número en 1510; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15991.

<sup>167</sup>. Junto a Alvar Fernández de Palencia, el otro albacea, Pedro Sánchez disponía el 5 de noviembre de 1516 cómo habían de cumplirse las mandas testamentarias del racionero; vid. A.H.N., Clero, carp. 3133, nº 8/1. El día 19 del mismo mes, en cumplimiento de tales mandas, los dos testamentarios donaban la heredad de Villamucén al monasterio de la Trinidad; vid. A.H.N., Clero, leg. 3133, nº 8/2.

había sido apoderado por todo un racionero de Santa María para ordenar el cumplimiento de su testamento.

A más de una generación posterior correspondería el miembro de este linaje que inaugura, por lo que conocemos, la serie de los escribanos. Se trata de Gómez Fernández de Gómara, que fue titular de una escribanía del número en la primera mitad del reinado de los Reyes Católicos, al menos entre 1484 y 1493<sup>168</sup>. Su sucesor, Antón Gómez de Gómara, llegaría a ocupar una posición de mayor relieve, hecho que manifiesta la consolidación del linaje en el Colegio de Escribanos de Toledo. Actuaba ya como fedatario público en 1497: el 24 de enero de aquel año suscribía como tal la venta de un censo<sup>169</sup>. En las dos primeras décadas del siglo XVI continúa Antón Gómez al frente de su escribanía, y llama la atención que en 1514 aparece un tal Juan Gómez de Gómara, quizá hijo del anterior, como uno de los escribanos públicos que se reunían en Colegio<sup>170</sup>. Puede que este Juan Gómez actuara temporalmente en función de lugarteniente de Antón Gómez, porque es a este último a quien seguimos contemplando en los años posteriores: en 1519 llegó a ocupar el oficio de escribano del Colegio de Escribanos<sup>171</sup>.

Evidentemente, había crecido el prestigio de los Gómara, y lo podemos confirmar observando que Antón Gómez, además de ser fedatario del Colegio profesional, era requerido

---

<sup>168</sup>. El 24 de febrero de 1484 Gómez Fernández de Gómara "*escribano publico e vesino de Toledo*" reclamaba una cantidad de dinero a dos particulares en un pleito que tomaba entonces a su cargo el corregidor Pedro de Castilla; vid. la comisión al corregidor por el Consejo de Castilla en A.G.S., R.G.S., 1484, II, fol. 55. Por última vez encontramos a Gómez Fernández suscribiendo como escribano público una donación el 4 de noviembre de 1493; vid. A.H.N., Clero, leg. 7439, n° 1/1.

<sup>169</sup>. El comprador de este censo era el tesorero Lorenzo Suárez Franco, al que ya conocemos, vid. A.H.P.T., Protocolos, n° 16018, fol. 22 r. – 26 r.

<sup>170</sup>. Solamente figura en las actas del Colegio de 1514, pero no lo encontramos como suscriptor de documentación privada; vid. A.H.P.T., Protocolos, n° 15991, fol. 73 vto. – 80 r.

<sup>171</sup>. Cumpliendo estas funciones figuraba Antón Gómez entre febrero y diciembre de 1519; vid. A.H.P.T., Protocolos, n° 15991, fol. 107 vto. – 129 vto.



para dar fe de actos públicos de la mayor trascendencia política toledana: el 29 de febrero de 1520, Gómara suscribía la negativa de su poderoso compañero Juan Fernández de Oseguera, escribano mayor de Toledo, a sacar traslado de los actos desarrollados en el ayuntamiento de aquel día porque la Ciudad no le autorizaba para ello<sup>172</sup>. Esta escritura, para cuya suscripción se había requerido a Antón Gómez de Gómara, se constituye ni más ni menos que en uno de los prolegómenos de la guerra de las Comunidades, en la cual no sabemos en qué medida se implicarían los Gómara y otro linajes de escribanos.

Los escribanos Navarra aparecen tardíamente ante nuestros ojos, pero, una vez que los tenemos a la vista, su continuidad en la documentación es llamativa, pues desde 1499 hasta 1522 su actividad la percibimos de un modo constante. No es que el hecho de suscribir escrituras de modo continuo fuera algo inusual para los escribanos de la época, pero la documentación fragmentaria que nos ha llegado no suele permitir una observación tan continuada del trabajo de los fedatarios públicos del final del Medievo. En todo caso, lo que conocemos bien es la actividad profesional de los Navarra, no sus relaciones de parentesco, aunque la aparición de un nuevo miembro de la familia cada vez que desaparece otro nos permite sospechar acerca de la sucesión en la escribanía con escaso riesgo de equivocarnos.

El primero de los escribanos de esta familia que conocemos es Juan de Navarra, uno de los asistentes a la primera de las reuniones del Colegio de Escribanos cuyas actas conservamos<sup>173</sup>. Esta asistencia tenía lugar en marzo de 1499, dándose la circunstancia de que en las siguientes reuniones que tenemos referidas, las de julio del mismo año, era ya Pedro Núñez de Navarra quien

---

<sup>172</sup>. Es de particular interés este documento por la fecha en que se produce y porque la negativa del escribano mayor se dirigía al licenciado Luis Pérez, alcalde mayor de Toledo, que actuaba en lugar del corregidor Antonio de Córdoba; vid. A.G.S., P.R., caj. 3, nº 171.

<sup>173</sup>. Juan de Navarra asiste al colegio de trece de marzo de 1499; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15991, fol. 2 r.; Apéndice Documental, nº 2.

asistía, no apareciendo más Juan<sup>174</sup>. Posiblemente en el intervalo de cuatro meses se produjo la sustitución de uno por otro, aunque no tenemos constancia de ello. Pedro Núñez nos aparece hasta 1505<sup>175</sup>; y, desde 1506, quien ocupó la escribanía fue Bernardino de Navarra, del que conservamos cientos de escrituras en voluminosos protocolos de los años posteriores, hasta 1522<sup>176</sup>. Este mismo año se iniciaría la carrera de escribano titular del sucesor Gaspar de Navarra<sup>177</sup>. Una sucesión de escribanos, que suponemos articulada por generaciones desde Juan hasta Gaspar, podría servir, como otras anteriores, para mostrar un modelo de familia de letrados dedicados íntegramente a dar fe en documentos privados gracias a su formación como juristas.

---

<sup>174</sup>. Pedro de Navarra es anotado desde la reunión del 2 de julio de 1499; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15991, fol. 3 vto.; Apéndice Documental, nº 2.

<sup>175</sup>. La más tardía aparición de Pedro Núñez la tenemos en el poder que los escribanos toledanos otorgaron el 8 de mayo de 1505 en favor de algunos de sus miembros para que éstos representasen al Colegio; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15953, fol. 6 r. – 7 r.

<sup>176</sup>. Los más antiguos protocolos de la escribanía de Bernardino de Navarra corresponden a 1506; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/2 y nº 1221. Aún el 16 de septiembre de 1522, Bernardino de Navarra suscribe como escribano un documento privado; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 16018, fol. 27 r. – 30 r.

<sup>177</sup>. El primer protocolo de Gaspar de Navarra corresponde al año 1522; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 1290.



### 5.3. La oligarquía mercantil

Las que consideramos “familias de mercaderes” -que no ejercían solamente actividades comerciales, sino también financieras y especulativas, al margen de quehaceres políticos y propiamente letrados- son aquéllas a las que se conoce fundamentalmente a través de documentación de tipo puramente económico: cartas de compraventa, reconocimientos de deudas, poderes para entregar o recibir sumas de dinero; en definitiva, toda aquella documentación que refleja las actividades económicas propias de un grupo social desinhibido para ejercerlas, sin apenas trabas de tipo ético. Cuando hacemos alusión a una “oligarquía mercantil” tratamos de un grupo de familias que se enriquecieron inmensamente en el siglo XV y a comienzos del siglo XVI a través de una gestión patrimonial moderna e independiente, al margen de las dádivas reales, aunque éstas no faltaran<sup>178</sup>.

Si comparáramos a los miembros de estas familias con los empresarios de nuestro tiempo, aquéllos nos parecerían conservadores en lo económico, pero si tenemos en cuenta el sistema de pensamiento de la época y la moral predominante no nos queda más remedio que reconocer que el riesgo de su forma de vida era infinitamente mayor. Y puede hablarse de riesgo porque los mercaderes toledanos del siglo XV efectuaban operaciones que nos recuerdan mucho a las formas de inversión capitalistas: por ejemplo, cuando prestaban dinero, o cuando proporcionaban bienes y el comprador no podía pagar inmediatamente, los mercaderes estaban garantizando la devolución de una cantidad de dinero superior a la aportada, ciertamente, pero a cambio de la inseguridad de su cobro. De momento, no entraremos en la observación de las formas de

---

<sup>178</sup> Sobre los hombres de negocios que configuran este grupo social en ascenso, vid. M. C. CARLÉ, “Mercaderes de Castilla (1252-1512)”, *Cuadernos de Historia de España*, XXI-XXII (1954), p. 146-328; y H. CASADO (ed.), *Castilla y Europa. Comercio y mercaderes en los siglos XIV, XV y XVI*, Burgos, 1995.

crecimiento patrimonial de estas familias, pero es necesario advertir que existe una peculiaridad llamativa de ellas que se deriva de sus actividades económicas.

También hay que señalar que, aunque algunas familias de este grupo no aportaron ninguno de sus miembros a los oficios públicos, caso de los Acre, otros lo hicieron hasta convertirse en grandes proveedores de jurados de Toledo, como los Fuente y los San Pedro. Casi todos estos grupos de parentesco sufrirían enormemente la ira del pueblo y de los poderosos, que les acusaron, condenándolos en varias ocasiones, de judaísmo. Éste sería, sin duda, el más duro inconveniente para el desarrollo de las actividades mercantiles y financieras de los hombres buenos toledanos de los siglos XV y XVI<sup>179</sup>.

---

<sup>179</sup>. Aunque ya hemos citado algún título sobre el problema converso del final del Medievo, mercede la pena recordar en este punto el trabajo de E. BENITO, "Del problema judío al problema converso", *Simposio "Toledo Judaico"*, Toledo, 1973, tomo II, p. 5-28. Sobre la propaganda anticonversa vid. el recientísimo artículo de M. P. RÁBADE, "Judeoconversos e Inquisición", *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)* (dir. J. M. Nieto Soria), Madrid, 1999, p. 246 y siguientes.

### 5.3.1. Familias de mercaderes

#### *A. El comercio de “altos vuelos”: Diego de la Fuente*

Tratando de los Fuente podemos hallarnos ante la más poderosa de las familias toledanas de hombres buenos. Probablemente no estaban vinculadas por un parentesco cercano todas las personas que llevaban este apellido en Toledo durante los siglos XV y XVI, pero su persistente presencia y el notable poder de que disfrutaban algunos de los que así se apellidaban hace que consideremos trascendental la presencia de los “de la Fuente” en la ciudad. Nos aparecen en la documentación más de treinta personas con el renombre Fuente y no menos de diez jurados, y, aunque sea imposible establecer los vínculos de parentesco entre todas ellas, sí se pueden probar algunas relaciones sanguíneas que nos hacen pensar en un conjunto familiar que se consolidaba en la oligarquía toledana, sobre todo teniendo en cuenta a algunos ilustres de la familia, como el licenciado Alonso López de la Fuente, la beata Catalina de la Fuente o el rico mercader Diego de la Fuente.

En el momento del nacimiento del Cabildo de Jurados, en 1422, ya tenemos dos oficiales de este apellido: el mercader Gonzalo López de la Fuente, por la collación de San Salvador, y Fernando González de la Fuente, por la de San Ginés<sup>180</sup>. Por un documento que por casualidad hemos localizado, obtenemos la más antigua noticia de esta familia: el 19 de diciembre de 1412 Gonzalo López, el primero de los dos jurados nombrados, efectuaba el deslinde de unas casas que

---

<sup>180</sup>. El original de la provisión inaugural de jurados, fechada el 10 de marzo de 1422, se conserva en

tenía en la ciudad<sup>181</sup> y en esta escritura se decía hijo de Gudiel Alfón, de modo que su conversión al cristianismo debía ser bastante antigua, al menos de fines del siglo XIV. Gonzalo López debía ser un hombre hacendado, pues además de la casa que obligatoriamente había de poseer en la collación de San Salvador, por la que era jurado desde 1422, tenía arrendados en 1424 varios inmuebles en la vecina collación de Todos los Santos a los Pantoja, que eran los propietarios<sup>182</sup>.

Aunque no se explicita en documento alguno, podemos suponer que el licenciado Alonso López de la Fuente era hijo, o al menos heredero directo, de Gonzalo López, ya que entre 1444 y 1456 se nos presenta como jurado por San Salvador<sup>183</sup>, collación a la que representaba el desaparecido (documentalmente, cuando menos) Gonzalo López. El primero de los Fuente dejó otros hijos en magnífica situación para hacerse un hueco entre los poderosos de su tiempo: Diego<sup>184</sup>, Catalina, Teresa García, Francisco de la Fuente y Gonzalo de la Fuente<sup>185</sup>. Doblada la mitad de siglo comienzan a manifestar su condición todos estos hermanos.

Sorprendentemente, la documentación sobre un elemento femenino de la familia, Catalina,

A.M.T., A.C.J., Orig., nº 4.

<sup>181</sup>. Este documento fue reutilizado posteriormente como cubierta para una carta de censo y tributo de una cofradía toledana y cumpliendo esta indigna función lo tenemos hoy en A.M.T., Cofradías, caj. 1, leg. 3, nº 2.

<sup>182</sup>. El 2 de mayo de 1424, Juana Díaz y su hijo Juan Pantoja prorrogaban el contrato de arrendamiento de las casas de Todos los Santos con el jurado Gonzalo López de la Fuente; vid. A.H.N., Clero, leg. 73331, nº 9.

<sup>183</sup>. La más temprana aparición del licenciado Alonso López se registra en el acta del ayuntamiento de 19 de agosto de 1444; vid. E. BENITO, "Las más antiguas actas...", cit., p. 57. El 19 de septiembre de 1456, el rey Enrique IV proveía la juraduría de la collación de San Salvador que había sido del licenciado, recientemente fallecido, en favor de su hijo Gonzalo de la Fuente; se puede ver inserta esta provisión en la recepción de Gonzalo, en A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 61, nº 50, pza. 2.

<sup>184</sup>. Conocemos de su existencia y de su vinculación con su padre por la compra de unas casas con cámaras en San Soles, suscrita el 19 de enero de 1463, escritura ésta en la que se titula "*mercador*" y se dice hijo del ya difunto jurado Gonzalo López; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 2.

<sup>185</sup>. Sabemos de la existencia de los últimos tres hermanos por el testamento de Teresa García, fechado el 20 de diciembre de 1484, en el cual se declaraba viuda del contador Diego García; vid. A.H.N.,

es mucho más abundante que la que poseemos sobre sus hermanos, y ello se debe a que Catalina de la Fuente fundó a finales del siglo XV una “casa de beatas” que se convertiría, ya en el siglo XVI en el monasterio franciscano de San Antonio de Padua, ubicado en la collación de Santo Tomé y aún hoy existente<sup>186</sup>. Un buen número de compraventas, acensamientos y otras escrituras en que Catalina era protagonista nos presentan a una mujer extraordinariamente activa en la segunda mitad del siglo XV<sup>187</sup>. Por la documentación de esta rica mujer toledana aún obtenemos alguna noticia más de las vinculaciones de parentesco de los Fuente: en 1465, Juana Téllez, mujer de su hermano Diego de la Fuente, se enfrentó a ella después de la muerte del mercader, en disputa de ciertos bienes hereditarios<sup>188</sup>; el mismo año otorgaba testamento Guiomar de Toledo, prima de Catalina y sus hermanos, y mujer del poderoso mariscal Fernando de Rivadeneira, y en él concedía una donación notable en favor de la beata Catalina<sup>189</sup>.

La juraduría de Gonzalo López cayó en manos del licenciado Alonso López, como hemos señalado, y de éste pasó a su hijo Gonzalo de la Fuente en 1456. Antes de convertirse en jurado, Gonzalo tenía asentado un juro de 2.000 mrs. anuales<sup>190</sup>, cantidad que se elevó a 3.000 mrs. a

Clero, leg. 7331; Apéndice Documental, nº 10.

<sup>186</sup>. Sobre el beaterio y los avatares de su fundación vid. B. MARTÍNEZ CAVIRÓ, *Conventos de Toledo. Toledo, castillo interior*, Madrid, 1990.

<sup>187</sup>. La más temprana actuación de Catalina que conservamos se fecha el 27 de julio de 1459; se trata de una escritura en la que se alude a la compra de unas casas en la collación de San Lorenzo efectuada con anterioridad por Catalina “*hija del jurado Gonçalo Lopes de la Fuente*”; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 10. El 10 de junio de 1499, Catalina aparece por última vez con vida, comprando un censo impuesto sobre un solar en la collación de San Cebrián; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 22. En esta escritura Catalina se titula “*hermana mayor de la casa de beatas que dicen de la contadora*”. Hemos de emplazar para más adelante un estudio más detenido sobre la figura de Catalina de la Fuente.

<sup>188</sup>. El 24 de julio de 1465 los jurados Luis Hurtado y Gómez García de Ávila, actuaban como jueces en el conflicto sucesorio que enfrentaba a las dos cuñadas; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 23.

<sup>189</sup>. Un traslado de la cláusula de donación se conserva en A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 16.

<sup>190</sup>. El primer libramiento que conocemos se remonta al 8 de marzo de 1454; vid. A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 61, nº 50, pza. 1/1.



partir del año 1457 y hasta 1462, fecha en que pudo producirse la muerte de este jurado<sup>191</sup>.

Otra rama de la parentela fue iniciada por el jurado Fernando González de la Fuente, que ocupó este oficio desde el momento de la inauguración del Cabildo, como se ha visto, y lo seguía ocupando en 1444. En aquel año llegaron a coincidir en algún ayuntamiento hasta tres Fuente, como se aprecia en el que se celebró el 24 de agosto, en cuyas actas, al ojear la serie de los jurados, leemos “...e Alonso López de la Fuente e Diego de la Fuente e Fernand Gonçales de la Fuente....”<sup>192</sup>. Evidentemente el primero de los tres era el licenciado Alonso López; el tercero, el jurado inaugural al que nos hemos referido; pero ¿quién era el segundo? No parece posible que se trate del hijo del licenciado Alonso López, puesto que su padre actuaba entonces como jurado y a Diego no lo encontramos en más ocasiones con tal título. Puede tratarse del representante de una tercera línea que desconocemos de esta amplísima parentela de la Fuente, y debe identificarse con el mismo jurado que aparece en otras ocasiones en los ayuntamientos de la Ciudad, al menos hasta 1464<sup>193</sup>. Por su parte, la rama de Fernando González encontró continuidad en la persona de Alonso López de la Fuente que, a pesar de la identidad de su nombre, no debe confundirse con el licenciado Alonso López, porque el descendiente de Fernando González nunca llevó el título académico y porque siguió asistiendo a las reuniones ciudadanas después de la muerte del licenciado, hasta 1475<sup>194</sup>.

Por lo que venimos observando, y por algunos datos más que se podrían proporcionar,

---

<sup>191</sup>. Desde el libramiento de 22 de diciembre de 1457 la cantidad librada ascendía a 3.000 mrs.; vid. A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 61, nº 50, pza. 1/3.

<sup>192</sup>. E. BENITO, “Las más antiguas actas....”, cit., p. 65.

<sup>193</sup>. La última ocasión en que lo encontramos como asistente en la reunión municipal es en el acta de 3 de diciembre de 1464; vid. E. BENITO, “Las más antiguas actas....”, cit., p. 96.

<sup>194</sup>. Este segundo Alonso López estaba presente en la recepción como jurado de Gonzalo de la Fuente; vid. A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 61, nº 50, pza. 2. La última vez que se testimonia su presencia en el ayuntamiento se fecha el 18 de enero de 1475; vid. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 6/1.

los Fuente ofrecen el perfil de una familia de jurados, como los que más arriba hemos contemplado, pero si nos hemos decantado por presentarlos como mercaderes es fundamentalmente por la fuerte personalidad profesional de dos elementos de este grupo de parentesco: Catalina, que, además de beata, se comportó como ambiciosa acumuladora de inmuebles urbanos, y otro Diego, que vivió en el reinado de los Reyes Católicos y se manifestó como uno de los más poderosos mercaderes toledanos. Recordaremos primero la figura de Diego de la Fuente para volver más tarde sobre Catalina.

Diego de la Fuente, asociado a Alonso de la Torre, quizá en “compañía”, se convirtió en un importante proveedor de la Corte, recibiendo de los propios reyes pagos tan notables como el que les efectuó a ambos Fernando el Católico el 30 de agosto de 1491<sup>195</sup>, o los dos que satisfizo la reina Isabel en 1495, que ascendían a la astronómica cantidad de 385.174 mrs., por sedas y brocados que le hicieron llegar para regalos y ornamentos cortesanos<sup>196</sup>. Pero éstos son sólo dos de una serie más amplia de pagos por mercancías de lujo que Diego, con sus hermanos Alonso y Juan, proporcionaba a la Corte castellana.

La doctora Caunedo del Potro<sup>197</sup> ha analizado, en un interesante trabajo, la labor de algunos mercaderes toledanos, entre los que figuran, además de Diego y sus hermanos, otros individuos de apellido Torre, San Pedro y Toledo, que ejercían el papel de intermediarios entre los importadores de productos de lujo y los más distinguidos consumidores. Hay que distinguir, por tanto, dos eslabones en esta actividad importadora-distribuidora de los productos de lujo

---

<sup>195</sup>. La orden de pago del rey se encuentra en R.A.H., S.C., A-12, Ap. B (tomo I), nº 219.

<sup>196</sup>. Se conservan copias de estos dos libramientos en A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 61, nº 47: el primero de ellos, ordenado el 5 de junio de 1495 ascendía a 293.237 mrs., vid. pza. 1/1; el segundo a 91.937; vid. pza. 2/1.

<sup>197</sup>. B. CAUNEDO, “Un importante papel de los mercaderes de Toledo a finales del siglo XV: abastecedores de la Casa Real”, *Anales Toledanos*, XVI (1983), p. 139-149.

procedentes del exterior: el primer eslabón, el de la importación, era cubierto por los mercaderes burgaleses, que operaban en la ruta del Canal de la Mancha y Golfo de Vizcaya, actuando sobre el ámbito atlántico y participando incluso en el Mediterráneo, aunque en esta área valencianos y barceloneses ejercieran un papel predominante<sup>198</sup>. El segundo eslabón, el de la distribución o venta al por menor, lo ocupaban los mercaderes de ciudades prósperas de Castilla, entre otras Toledo, Valladolid, Medina y Segovia. La profesora Caunedo considera, por otra parte, dos niveles en este segundo eslabón de la distribución del producto importado, distinguiendo un grupo de mercaderes poderosos de Toledo y Valladolid que abastecían a distinguidos clientes, como la propia Corte real castellana y, en un estrato inferior, los mercaderes de Segovia y Medina, que habían de conformarse con consumidores de menor rango y con radio de acción mucho menor<sup>199</sup>.

La evidencia de la capacidad de los negociantes toledanos lo ejemplifica con gran claridad la doctora Caunedo del Potro con las actividades abastecedores de la Corte que más arriba hemos mencionado. Los Fuente, en particular Diego, habían de controlar una infraestructura de transportes y agentes en diferentes lugares con los que poder hacer frente a tareas tan ambiciosas. Para poder ofrecer tejidos y paños de lujo a sus clientes sería necesario el contacto con los importadores burgaleses y la demanda de los monarcas y de los cortesanos procedía del conocimiento de la solvencia y eficacia de los Fuente, como de otros grupos familiares toledanos, dado que no fue en una ocasión aislada cuando la Corte recurrió a los servicios de los Fuente, los

---

<sup>198</sup> El destacado papel de los burgaleses ha sido profundamente estudiado por la misma B. CAUNEDO en su tesis doctoral *Mercaderes en el golfo de Vizcaya durante la primera mitad del reinado de los Reyes Católicos*, leída en la Universidad Autónoma de Madrid en 1981. Entre otros trabajos de la misma autora referentes a los grandes comerciantes burgaleses, cabe destacar “Acerca de la riqueza de los mercaderes burgaleses. Aproximación a su nivel de vida”, *En la España Medieval*, 16 (1993).

<sup>199</sup> B. CAUNEDO, “Un importante papel ....”, cit., p. 141.

San Pedro o los Torre, sino varias y a lo largo de varios años<sup>200</sup>.

### *B. Mujeres, negocio inmobiliario y piedad: Catalina de la Fuente*

No conocemos demasiado del papel de las mujeres en el medio mercantil<sup>201</sup>, pero hay documentación para penetrar algo más en esta campo. Las mujeres solían permanecer en un segundo plano, como es el caso de Margarida Fernández, a la que citamos para mostrar que, a pesar de su lugar secundario, su relevancia en el núcleo familiar era incomparablemente superior a la que solían tener las mujeres nobles. En su testamento<sup>202</sup>, el escribano Oseguera hace varias alusiones a la capacidad de su mujer y a la confianza que en ella deposita, hasta el punto de que la nombra albacea; algo tenía que ver la participación de Margarida en el patrimonio de la pareja,

---

<sup>200</sup>. En los cuadros que presenta B. CAUNEDO, “Un importante papel...”, cit., p. 147-149, percibimos la continuidad de la demanda cortesana a estos linajes. En cuanto a Diego de la Fuente aún podríamos señalar una noticia más de su capacidad económica: el 22 de enero de 1503 hacía efectivo el pago de un millón de maravedíes como contribución al pago de la fianza de Juan Bautista Cerezo y otros miembros de una poderosa compañía que operaba en diversas ciudades de Castilla y más allá de las fronteras; la fianza, que se fijó en 10 millones de maravedíes, servía para que permaneciesen libres los acusados de sacar moneda de oro de Castilla hacia el Reino de Valencia; vid. sobre este turbio caso el estudio de M. A. LADERO QUESADA, “El banco de Valencia, los genoveses y la saca de moneda de oro castellana. 1500-1503”, *Anuario de Estudios Medievales*, 17 (1987), p. 572.

<sup>201</sup>. En este aspecto hay que señalar los estudios de M. ASENJO, “Participación femenina en las compañías comerciales castellanas a fines de la Edad Media. Los mercaderes segovianos”, *El trabajo de las mujeres en la Edad Media hispana*, Madrid, 1988, p. 223-234; de la misma autora, “El trabajo y las mujeres en las ciudades de la Corona de Castilla (siglos XIII-XV). Integración y marginación”, *La donna nell'economia. Secoli XIII-XVIII* (ed. E. Cavaciocchi), Prato, 1990, p. 553-562; y “Las mujeres en el medio urbano a fines de la Edad Media”, *Las mujeres en las ciudades medievales*, Madrid, 1984, p. 109-124; y el artículo de M. J. FUENTE, “Mujer, trabajo y familia en las ciudades castellanas de la Baja Edad Media”, *En la España Medieval*, 20 (1997), p. 179-194.

<sup>202</sup>. Aprovechamos que en el Apéndice Documental, nº 14, de este trabajo hemos transcrito este testamento, cuya signatura es A.S.D.R., nº 5/11, para referirnos a él ahora, al tratar de la

pero, en todo caso, llama la atención la consideración con que el gran escribano de la Ciudad trataba a la esposa en su testamento, fechado en 1502. Valga, como ejemplo, las siguientes palabras extraídas del documento que estamos aludiendo: *“yten por quanto no es rason que mis hijos ayan alguna diferençia sobre los bienes mios y de la dicha mi muger quales son suyos o quales son mios digo e declaro que asy nuestro sennor me ponga en su gloria e por los santos evangelios que todos los bienes muebles e rayzes que oy dia tenemos que son suyos e mios e le pertenesçen aver la meytad dellos por que ella e yo los avemos avido durante el matrimonio e asi mando que les sean entregados a la dicha mi muger la meytad de todos los dichos bienes por que confio en su conçiencia que lo fara conmigo e con sus hijos como muy honrrada muger”*<sup>203</sup>.

Pero hemos de observar el caso, bastante más peculiar, de Catalina de la Fuente. Frente a la proyección exterior de Diego, Catalina representa la vertiente local de los negociantes de esta familia. Las actividades económicas de esta mujer, negocios inmobiliarios casi todas ellas, no tenían como objetivo el simple enriquecimiento, como sucedía en el caso de los mercaderes corrientes, sino que quiso dotar a sus empresas de fines mucho menos materialistas, pues los últimos años de su vida fundó un beaterio que enseguida se convertiría en monasterio de clausura. Así, es posible decir que las actividades de Catalina eran negocios movidos por la piedad. Hija del jurado Gonzalo López y hermana del jurado-licenciado Alonso López y del mercader Diego de la Fuente, tía del jurado Gonzalo de la Fuente, prima aunque no sanguínea del mariscal Fernando de Rivadeneira, hemos de reconocer que Catalina de la Fuente estaba bien relacionada con el poder, el dinero y las letras, y ello le permitiría emprender una camino peculiar: la fundación piadosa. Y decimos peculiar porque lo más corriente en su época era el simple ingreso en un monasterio ya fundado, en el que, debido a su nivel social, Catalina podría haber ocupado algún

---

consideración de este grupo social.

cargo de responsabilidad. Es por ello que, aunque posiblemente encaminada por decisión de sus familiares a las ocupaciones religiosas, Catalina sería una mujer de marcada personalidad, pues es de las pocas que encontramos en el siglo XV desarrollando una estrategia económica a largo plazo.

La primera vez, por lo que sabemos, que actuó Catalina de la Fuente en el comercio de inmuebles toledanos se remonta a los primeros años del reinado de Enrique IV: el 27 de julio de 1459, el conde de Cifuentes Juan de Silva daba por saldada la deuda de 14.000 mrs. que con él tenía un tal Juan de Montalvo, porque Catalina los pagó en su lugar quedándose con unas casas que el deudor tenía obligadas a la amortización de su deuda<sup>204</sup>. La actitud de Catalina en esta primera ocasión nos parece la propia de un mercader sin escrúpulos que aprovecha la frágil situación de una persona para adquirir a buen precio bienes que es urgente vender. El mismo año, el día 31 de diciembre, el alarife Pedro González vendía a Catalina un censo de 350 mrs. anuales sobre unas casas ubicadas en la collación de San Andrés que tenía Alfón López de Coca, el cual el mismo día reconocía deber el tributo a Catalina<sup>205</sup>.

En los años posteriores conocemos un buen número de reconocimientos de censos en favor de Catalina de la Fuente, censos a la vieja usanza como aquél en que, el 18 de mayo de 1467, el tejedor Alfón Rodríguez le reconocía la obligación de pagar 1.300 mrs. y un par de

<sup>203</sup>. Vid. testamento de Juan Fernández de Oserguera, citado.

<sup>204</sup>. El reconocimiento del fin de la deuda por parte del conde de Cifuentes se encuentra en A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 10.

<sup>205</sup>. En esta “carta de vendida” por vez primera Catalina se dice hija del jurado Gonzalo López de la Fuente, vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 7/2. El mismo día 31 de diciembre de 1459 Alfón López y su mujer Mencía López de la Fuente reconocía a Catalina el censo debido; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 7/3. El 6 de julio de 1464, el pedrero Martín de Bruselas reconocía el mismo tributo por unas casas en San Andrés que había comprado, las cuales debían ser las mismas que las que tenía anteriormente Alfón Cota; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 7/1. Llama la atención el hecho de que este pedrero Martín de Bruselas se dice hijo de “maestro Hanequin”, muy posiblemente quien vino a Toledo unos años antes para construir la gran torre de la catedral.

gallinas anuales de tributo por unas casas que tenía en la collación de San Lorenzo<sup>206</sup>, o el que el albañil Fernando de Alcalá reconocía el 1 de junio de 1499, valorado en 400 mrs. y un par de gallinas, por un suelo para edificar en la collación de San Cebrián<sup>207</sup>. Aunque la pérdida de valor de los censos era evidente a largo plazo, a medio plazo resultaba ser una renta jugosa, por lo que la compraventa de estas rentas era bastante corriente en la época; téngase en cuenta que el precio estándar de un tributo era veinte veces su producción anual, de modo que en veinte años se recuperaba lo que se había invertido en su compra y comenzaba a ofrecer beneficios perpetuos. Debido a las ventajas que presentaba esta inversión, Catalina de la Fuente, como otros mercaderes y nobles de la época, la puso en práctica, como observamos en una compra realizada el 10 de junio de 1499 al albañil Juan de Alcalá, probablemente hermano del otro albañil al que anteriormente hemos aludido<sup>208</sup>. En esta ocasión el precio tenía una proporción inferior a la usual sobre la producción del censo: Catalina de la Fuente había pagado 1.600 mrs. y el tributo ascendía a 110 mrs. anuales; teniendo en cuenta que el bien sobre el que se cargaba era un suelo para edificar, es posible que la necesidad de liquidez hubiera empujado a Juan de Alcalá a vender esta obligación para así poder levantar su morada. Si fuera así tendríamos de nuevo a Catalina obteniendo un precio ventajoso a costa de las estrecheces ajenas.

La compra de censos y el aprovechamiento de su producción periódica, recursos tan utilizados por Catalina de la Fuente, constituían una forma segura de obtener rentas. La futura fundadora del beaterio tuvo problemas para que le fuera pagado algún censo, pero fueron problemas coyunturales ya que no tuvo ningún empacho en demandar por impago al matrimonio

---

<sup>206</sup>. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 8.

<sup>207</sup>. El suelo había llegado a manos de Fernando de Alcalá de Juan Jarada el mozo, del que trataremos más adelante; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 14.

<sup>208</sup>. Esta compraventa se conserva en A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 22.

formado por Alfón de Toledo y María García, hasta conseguir que el alcalde ordinario de Toledo Gómez Garabito autorizara el apoderamiento de los bienes que habían sido obligados por el matrimonio y sus fiadores al pago del tributo<sup>209</sup>.

Dado el móvil piadoso de Catalina de la Fuente, algunos parientes le concedieron muy jugosos favores en sus testamentos, como en los casos de su prima Guiomar de Toledo y de su hermana Teresa García. Antes que estas dos, su hermano Diego de la Fuente (mercader que no debe confundirse con el opulento homónimo que abastecía a la Corte castellana de productos de lujo, del cual ya hemos hablado) había muerto, dejando en abierta disputa a su mujer Juana Téllez y a su hermana Catalina; la primera reclamaba a la segunda la devolución de la dote que había puesto en manos de su marido y la mitad de las mejorías del matrimonio, que al parecer la piadosa comerciante tenía en sus manos<sup>210</sup>. El conflicto, antes de recurrir a los alcaldes ordinarios, fue puesto en manos de dos jueces amigos aceptados por ambas partes: los jurados Luis Hurtado y Gómez García de Ávila, que el 24 de julio de 1465 emitieron una sentencia que debió ser aceptada por las dos cuñadas, ya que no volvemos a tener noticia de sus diferencias<sup>211</sup>.

Catalina de la Fuente encontró un apoyo de inestimable valor en su prima Guiomar de Toledo, mujer del mariscal Fernando de Rivadeneira, que en su testamento incluía una cláusula<sup>212</sup> en la que rogaba a su marido “*que aya encomendada a Catalina de la Fuent mi prima que ha*

---

<sup>209</sup>. El censo, valorado en 2.000 mrs. anuales, estaba cargado sobre unas casas en la collación de San Nicolás; vid. la autorización de Garabito, en un cuadernillo tamaño cuartilla, en A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 25.

<sup>210</sup>. La demanda de Juana Téllez, con la aceptación de dos jueces elegidos por ambas partes para decidir la solución al conflicto, fechada el 23 de julio de 1465, se conserva en A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 23.

<sup>211</sup>. La sentencia de Hurtado y García de Ávila se encuentra en A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 23/2.

<sup>212</sup>. El 14 de octubre de 1482, Catalina de la Fuente obtenía el traslado de la cláusula del testamento de su prima que le afectaba; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 16.



*estado conmigo pues sabe que ella me ha servido bien e lealmente con mucha caridad e amor*”, lo mismo mandaba a sus hijos y *“que nin ellos nin otra persona alguna non le pidan nin demanden cosa alguna por qual quier cargo que aya tenido de mi casa e otras cosas por quanto ella no me es en ningund cargo e caso que lo fuese yo la do de todo ello por libre e quita para agora e para sienpre jamas”*. Todo esto nos revela el temor de Guiomar a que su marido y sus hijos reclamasen deudas que con ella hubiese contraído Catalina, o bienes que ésta hubiera tomado de aquélla. No andaba errada en su sospecha la cándida Guiomar, ya que Fernando de Rivadeneira, algunos años después, reclamaría una cuantiosa deuda de la beata Catalina que ascendía a 2.000 doblas. El 28 de septiembre de 1478 el Consejo Real, admitiendo la demanda de Rivadeneira, comisionaba al corregidor de Toledo para tomar en sus manos el pleito que enfrentaba a los contendientes<sup>213</sup>.

El último gran favor de que tenemos noticia le llegó de su propia hermana Teresa García, a la cual conocemos por un interesante testamento, fechado el 20 de diciembre de 1484<sup>214</sup>. Teresa García, viuda de Diego García, que había sido contador del almirante de Castilla, y sin hijos, sólo contaba con tres hermanos, pues hacía muchos años que habían muerto el licenciado Alonso López de la Fuente y el mercader Diego de la Fuente. A los tres hermanos que le quedaban les donó bienes en muy diferentes cantidades, ya que casi todo lo que dejó, quiso que pasara a manos de Catalina, dejando muy poca cosa a Francisco y a Gonzalo: *“e mando a Françisco de la Fuente y a Gonzalo de la Fuente mis hermanos a cada uno dellos quinientos maravedis con los quales yo los deseredo e quiero que non ayan mas de los dichos mis bienes”*.

---

<sup>213</sup>. Una copia autenticada de la comisión se conserva en A.G.S., R.G.S., 1478, IX, fol. 50.

<sup>214</sup>. Este testamento, que hizo posible la cesión de casi la totalidad de los bienes de su otorgante en la persona de Catalina de la Fuente, se conserva muy justificadamente entre los fondos más antiguos del monasterio toledano de San Antonio de Padua, en A.H.N., Clero, leg. 7331; vid. Apéndice Ddocumental, nº 10.

Así de rotunda se mostraba Teresa, donando una cantidad insignificante a estos dos hermanos y mirando más por la piedad de sus mandas, ya que, conocidas las intenciones religiosas de Catalina, proporcionarle bienes materiales equivalía a efectuar mandas piadosas. Movidamente por una fe ciega en el buen hacer de su hermana, Teresa García dejaba a Catalina de la Fuente las casas de la collación de San Román donde moraba y el resto de los bienes muebles e inmuebles, salvando los legados a los dos hermanos y los dineros que había que emplear para los gastos y las mandas piadosas, ya que Catalina de la Fuente era constituida por heredera universal, además de ser designada albacea. Con todo esto y con el conjunto de fuentes de renta que había reunido, Catalina fundaba un beaterio que venía a redondear la implantación franciscana en Toledo, porque esta fundación era contemporánea de la edificación del monasterio de San Juan de los Reyes, en plena Judería toledana, con la cual lindaba también el futuro monasterio de San Antonio de Padua<sup>215</sup>.

Para concluir con los de esta familia señalaremos que, al margen de la sobresaliente actividad de Catalina de la Fuente y de Diego de la Fuente, hay que señalar que se conserva la huella de otros grandes “empresarios” de este mismo apellido, como el mercader Gonzalo de la Fuente, que el 6 de marzo de 1515 apoderaba a otros mercaderes toledanos para recibir parte de una enorme deuda que con él había contraído un mercader granadino, que había de satisfacer a Gonzalo 1.091.000 mrs. en varios plazos<sup>216</sup>.

La potencia política y económica de los Fuente era tan desmesurada que podríamos incluirlos en cualquiera de los tipos de familias de hombres buenos que hemos enunciado. Los recelos que entre sus contemporáneos despertaban se manifestaron con toda claridad en el buen

---

<sup>215</sup>. B. MARTÍNEZ CAVIRÓ, *Conventos de Toledo...*, cit., estudia documentadamente el nacimiento de esta institución eclesiástica.

<sup>216</sup>. A.H.P.T., Protocolos, leg. 1274, fol. 169-170; vid. J. C. GÓMEZ-MENOR, *Cristianos nuevos*

número de personas de este apellido que fueron condenadas por la Inquisición tempranamente, muchos de ellos habilitados en 1495 mediante el pago de sumas de dinero: Diego de la Fuente, el mencionado abastecedor de la Corte, hijo de Fernando de la Fuente, tuvo que entregar 7.500 mrs. como descendiente de un condenado; su hermano Juan de la Fuente, 15.000; Guiomar de la Fuente, con su marido el jurado Gonzalo de San Pedro y sus hijos, 12.000 mrs. por sí mismos; Francisco de la Fuente y su mujer Inés Álvarez, también 12.000 por ellos mismos<sup>217</sup>.

### *C. La división en ramas de una familia de hombres buenos: los San Pedro*

No hay duda de que los toledanos de apellido San Pedro ocupaban un lugar de notable importancia en el seno de la oligarquía toledana. Como en el caso de los Fuente, encontramos muchas personas que se presentan con el renombre San Pedro, no menos de treinta diferentes, cuya vinculación sanguínea resulta imposible de establecer con garantías de acierto, a pesar de que contamos con cerca de una centena de documentos que se refieren a esta familia. Sólo es posible esbozar la sucesión de una o dos ramas San Pedro, basándonos en las juradurías de que fueron titulares, y esta posibilidad de distinguir ramas independientes nos sirve para presentar a los San Pedro como ejemplo de familias que se dividen y que en cada uno de sus brazos se mantiene con orgullo el apellido originario.

Al referirse a los San Pedro hay que comenzar recordando a Juan Sánchez de San Pedro,

---

y mercaderes..., cit., p. [36].

<sup>217</sup> Las cuatro exigencias mencionadas se han obtenido de la habilitación colectiva de los condenados publicada por F. CANTERA, *Judaizantes del Arzobispado de Toledo*..., cit., p. 15, p. 15, p. 6 y p.

uno de los jurados iniciales de 1422, que fue proveído de un oficio por la collación de Santo Tomé<sup>218</sup>; después de este primer oficial de la familia, observamos que dos de sus ramas ocupan simultáneamente juradurías. Por no poseer las renunciaciones ni las provisiones de los titulares de los oficios no podemos establecer cuál era la que sucedía al jurado inaugural que hemos indicado, pero sí es posible distinguir las dos sucesiones que en todo momento parecen estar presentes en el Gobierno toledano.

En 1464 encontramos dos San Pedro en el Cabildo de Jurados: Juan de San Pedro y Fernando de San Pedro, que coincidieron en el ayuntamiento de 23 de noviembre de aquel año<sup>219</sup>. A este segundo lo podemos entroncar con fiabilidad en una sucesión de jurados, gracias a una escritura que se fecha el 20 de abril de 1476; aquel día, los hermanos Fernando de San Pedro y Gonzalo de San Pedro, mercaderes, vendían a María de Toledo, monja en Santo Domingo el Real, un censo sobre varias casas ubicadas en la collación de Santa Leocadia<sup>220</sup>. Al nombrarse a estos dos hermanos en el documento, se dice que son hijos del difunto jurado Diego Sánchez de San Pedro, del que no tendríamos más referencia que ésta si no lo identificáramos con el “Diego Sánchez” que asistió como jurado a algunas reuniones municipales de 1444<sup>221</sup>. El jurado Fernando, que aquí aparece titulado mercader y actuando como tal, había tomado el oficio de jurado de su padre Diego Sánchez, que lo ejerció a mediados del siglo XV. En cuanto a Fernando de San Pedro, lo encontramos de nuevo como jurado en la reunión ciudadana de 26 de agosto de

---

41, respectivamente.

<sup>218</sup>. Vid. el original de la provisión inaugural de jurados, fechada el 10 de marzo de 1422, en A.M.T., A.C.J., Orig., nº 4.

<sup>219</sup>. E. BENITO, “Las más antiguas actas...”, cit., p. 92.

<sup>220</sup>. El original de esta compraventa se conserva en A.H.N., Clero, carp. 1093, nº 18.

<sup>221</sup>. Entre otras lo encontramos en el acta del ayuntamiento de 19 de agosto de 1444; vid. E. BENITO, “Las más antiguas actas...”, cit., p. 57.

Conocemos a un hijo de este oficial que nos aparece como mercader a comienzos del siglo XVI: Gonzalo de San Pedro, que recibió el mismo nombre que su tío, se presentaba como “hijo del jurado Fernando de San Pedro” cuando, el 30 de enero de 1506, tomaba a censo una tienda en la Alcaicería Vieja de Toledo<sup>223</sup>. Pero quien parece que tomó la juraduría de Fernando fue otro Diego Sánchez, al que se dio el nombre del abuelo, por lo que en las series que más arriba hemos ofrecido lo llamamos Diego Sánchez de San Pedro II. Este oficial aparece por primera vez documentado en una declaración hecha por un particular sobre su persona ante el Cabildo de Jurados<sup>224</sup>. El documento en cuestión no lleva datación, pero por las referencias que en él se hallan, podemos fecharlo en torno a 1505; si aquí se encuentra el término inicial del ejercicio de la juraduría familiar por Diego II, el término final se nos pierde después de las Comunidades, pues lo encontramos el 7 de marzo de 1531, como representante de la Ciudad, presentando las cuentas del encabezamiento de alcabalas y tercias de los años 1529 y 1530<sup>225</sup>.

Al volver sobre la otra sucesión de jurados toledanos San Pedro, hemos de retomar la figura de Juan de San Pedro, jurado, como hemos visto, en 1464, y señalar que por última vez lo encontramos al frente de su oficio el 26 de enero de 1475<sup>226</sup>. Dos décadas después volvemos a contemplar un nuevo Juan de la familia, pero antes nos aparece en 1483 como jurado un Gonzalo

---

<sup>222</sup>. Un traslado del acta de esta reunión se halla en A.M.T., A.C.J., Varia, nº 6/5.

<sup>223</sup>. Conocemos este acto por una relación de 1507 del monasterio dominico de Santo Domingo, que era quien acensaba el inmueble; vid. A.S.D.R., Becerro, fol. 51.

<sup>224</sup>. La declaración se conserva en A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 147 r. – 148 r.

<sup>225</sup>. El jurado Diego de San Pedro presentaba las cuentas a su compañero el jurado Diego López de Toledo, receptor del encabezamiento de las rentas de Toledo por el rey; vid. A.M.T., Intervención, S. XVI, nº único.

<sup>226</sup>. Juan de San Pedro forma parte de la serie de jurados que asistieron al ayuntamiento de aquel día; vid. A.M.T., A.C.J., Varia, nº 6/2.

de San Pedro, casado con Guiomar de la Fuente<sup>227</sup>, que no podemos identificar ni con el hermano ni con el hijo del jurado Fernando, de modo que, aunque de nombre repetido en la sucesión que hemos estudiado anteriormente, este Gonzalo debía formar parte de la rama de Juan Sánchez de San Pedro I, posiblemente como eslabón que une al ya observado oficial Juan de San Pedro con Juan Sánchez de San Pedro II, jurado contemporáneo de su pariente y compañero Diego Sánchez de San Pedro II. Juan Sánchez de San Pedro II, al que añadimos este ordinal para diferenciarlo del jurado del mismo nombre que vivió en la primera mitad del siglo XV, ocupó la juraduría familiar desde la última década del siglo XV, apareciendo por vez primera como titular en 1494<sup>228</sup> y, una decena de años más tarde, en 1504, junto a su pariente Gonzalo Sánchez de San Pedro, tomando a censo unas casas con tiendas en la Alcaicería Vieja toledana<sup>229</sup>.

La ocupación de juradurías nos ha servido para conectar, aunque imperfectamente, unos pocos San Pedro. Pero la mayoría de los documentos que aluden a esta amplia familia nos muestran a sus miembros como compradores, vendedores, deudores, acreedores, acensadores, acensados, como gentes características de un grupo social que se desenvolvía cotidianamente en los negocios, algunos de pequeño alcance, otros mucho más ambiciosos, de los cuales aquí sólo ofreceremos un muestrario. El más remoto representante de los San Pedro que conocemos es Fernando de San Pedro, que en 1411 vendía, en nombre de las hermanas Teresa de Ayala y Mencía de Ayala, monjas ambas en el monasterio dominico de Santo Domingo, priora del mismo

---

<sup>227</sup>. El 10 de diciembre de 1483 el “jurado” Gonzalo de San Pedro compraba, junto con su mujer Guiomar de la Fuente, unas casas en la collación de San Vicente; vid. A.H.P.T., Protocolos, n° 16352/3.

<sup>228</sup>. El 26 de febrero de 1494 participa como miembro del Gobierno urbano en una toma de decisión de la Ciudad; vid. A.M.T., A.C.J., T.T., caj. 2, n° 9/1.

<sup>229</sup>. Se data el 5 de noviembre de 1504 esta carta de censo otorgada por el monasterio de Santo Domingo el Real con el jurado Juan Sánchez y el mercader Gonzalo Sánchez, posiblemente hermanos, hijos ambos, quizá, del jurado Gonzalo de San Pedro; vid. A.S.D.R., Becerro, fol. 74.

la primera, unas casas en la collación de San Vicente a un musulmán toledano<sup>230</sup>. Por el nombre de este San Pedro, podría pensarse que se trata del padre del jurado Diego Sánchez I, abuelo de Fernando y bisabuelo de Diego Sánchez II, siempre que diéramos por supuesto el hecho de que algunos hombres buenos aplicaban el criterio caballeresco de poner a los primogénitos el nombre de sus abuelos paternos. Al margen de suposiciones de frágil fundamento, hemos de advertir que este Fernando de San Pedro estaba cumpliendo la función de procurador de poderosos que hemos visto ya ejercer a otros iniciadores de conocidas familias de hombres buenos de la época, como Juan Fernández de Oseguera, que fue mayordomo del mismo monasterio al que representaba en 1411 Fernando de San Pedro.

En todo caso, la actividad de este primer San Pedro constituye un modelo de los quehaceres de toda su parentela. El 20 de junio de 1476, el jurado Fernando de San Pedro y su hermano Gonzalo vendían un censo a una monja del monasterio de Santo Domingo el Real<sup>231</sup> y en la carta de venta se titulaban “*mercadores*” porque ésa era su actividad profesional. También el jurado Gonzalo de San Pedro, en una compra que realizó el 10 de diciembre de 1483<sup>232</sup>, se titulaba mercader; como testigo de la escritura que con el vendedor estableció este jurado figuraba “*Juan de Sant Pedro mercador*”, al que quizá hubiera que identificar con el hijo de Gonzalo. El 12 de mayo de 1488, Pedro de San Pedro, “*mercador e vezino de Toledo*”, hijo de Diego de San Pedro, compraba una heredad en la Tierra de Toledo<sup>233</sup>. El 13 de julio del mismo año Diego Sánchez de San Pedro y su sobrino, llamado también Diego Sánchez de San Pedro (hijo de

---

<sup>230</sup>. La carta de compraventa se conserva en A.H.N., Clero, carp. 1080, nº 4.

<sup>231</sup>. El original de esta compraventa se encuentra en A.H.N., Clero, carp. 1093, nº 18.

<sup>232</sup>. A.H.P.T., Protocolos, nº 16352/3, nº 1.

<sup>233</sup>. A.S.D.R., nº 244. El vendedor era Martín de Rojas, que podría identificarse con el diligente regidor Martín Vázquez de Rojas que en el capítulo anterior hemos estudiado.

Alonso de San Pedro, hermano del primero), eran titulados “mercaderes” en la prórroga del plazo de ejecución de sus bienes que dictó la reina Isabel<sup>234</sup>. Esta serie de ejemplos, que podría ser notablemente ampliada, muestra con gran claridad la razón por la que hemos incluido a los San Pedro como linaje de mercaderes, no obstante su significativa participación en el Cabildo de Jurados.

El último de los documentos aludidos nos llama la atención sobre la condición de conversos de los San Pedro, una condición que se hace evidente al contemplar el listado de los toledanos habilitados por la Inquisición en 1495, en el que figuran hasta cinco de esta familia como deudores para hacer posible su restitución: Gonzalo de San Pedro, Aldonza de San Pedro, Gutierre de San Pedro, Alonso de San Pedro y un segundo Gonzalo de San Pedro, padre éste de Juan, Alonso, Gonzalo, Álvaro, María, Teresa y Mayor<sup>235</sup>.

#### *D. Persecución religiosa y actividades crediticias: los Torre*

También los Torre son conocidos por su condición de conversos. El profesor Cantera Burgos ha dado a conocer tres personas de este apellido que fueron obligadas a pagar su habilitación en 1495: el mercader Alonso de la Torre, con su mujer Francisca; Juan de la Torre el mozo, por sí y por sus hijos; e Inés de la Torre, mujer del comendador Juan de la Fuente; los

---

<sup>234</sup>. Una copia autenticada de esta prórroga la encontramos en A.G.S., R.G.S., 1488, VII, fol. 49.

<sup>235</sup>. Las referencias de los cinco San Pedro condenados a pagar, se localizan en F. CANTERA, *Judaizantes del Arzobispado de Toledo*..., cit., respectivamente, en p. 9, p. 6, p. 34, p. 34 y p. 20.



tres, vecinos de la collación de San Vicente<sup>236</sup>. En el mismo barrio moraba Mencía Rodríguez, viuda de otro Alonso de la Torre, también condenada a pagar su habitación<sup>237</sup>. Eran descendientes de condenados de San Vicente y, por tanto, estaban también obligados a pagar por su restitución, Álvaro de la Torre, con su mujer Aldonza de San Pedro, y los hermanos García, María y Aldonza, hijos de Alonso la Torre<sup>238</sup>. De la documentación publicada por el profesor Cantera Burgos sobre todos estos miembros del grupo familiar, tan sucinta como aquí se ha mostrado, podemos, al menos, reconstruir un hogar, el que habían formado poco antes de 1495 Alonso de la Torre y Mencía Rodríguez con sus hijos García, María y Aldonza, si damos por hecho que este Alonso de la Torre era el único de este nombre recientemente fallecido en el barrio alto de San Vicente. La propia documentación publicada nos proporciona un dato más: el año de esta curiosa tasación de las penas de “herejía”, María estaba casada con un tal Pedro de Toledo, hijo de Diego de Toledo<sup>239</sup>.

Los vínculos familiares que conocemos de los Torre son tan escasos como éstos. Conocemos en torno a dos decenas de personas con este apellido que vivieron en Toledo al final del Medievo, pero es raro el caso de los individuos de los que tenemos más de una noticia, de modo que, a pesar de que la dispersión de datos no sea tan desconcertante como la que se presenta para los Fuente o los San Pedro, resulta muy complicado establecer nexos familiares entre los Torre que nos aparecen: no siempre es posible identificar las personas que llevan el mismo nombre, salvo si, como en el caso de Alonso de la Torre mencionado más arriba, eran

---

<sup>236</sup>. *Ibid.*, respectivamente, en p. 4, p. 7 y p. 7.

<sup>237</sup>. *Ibid.*, p. 7.

<sup>238</sup>. *Ibid.*, p. 9 y p. 10, respectivamente.

<sup>239</sup>. Es oportuno volver a recordar en este punto el trabajo de J. P. DEDIEU, *L'administration de la foi. L'Inquisition de Tolède, XVIe – XVIIIe siècles*, Madrid, 1992, que se ocupa de las categorías

contemporáneas, habitaban la misma collación y provocaban, muy lejos de su voluntad, la sanción a su mujer y a sus hijos por el mismo delito. De las limitadas noticias que poseemos de los Torre, al margen del núcleo familiar ya señalado, podemos observar la presencia de una dinastía de oficiales y el quehacer de una rama de financieros muy activa a comienzos del siglo XVI.

El distanciamiento de los oficiales Torre respecto a los condenados de fines del siglo XV no se halla marcado por los orígenes culturales, puesto que los oficiales también eran conversos, y probablemente parientes cercanos también, sino porque ocuparon juradurías por collaciones que no eran la de San Vicente. Aunque el Cabildo fue el asiento institucional más usual de los Torre, el primer miembro de este linaje que conocemos fue regidor de Toledo tempranamente; ya en 1444 Alonso González de la Torre se nos presenta como tal, siendo por cierto el único regidor de la Ciudad que acudió a todas las reuniones de aquel año de las que conservamos actas<sup>240</sup>. En 1464 era jurado de Toledo Fernando de la Torre<sup>241</sup>. Tres años después, este jurado se convirtió en protagonista, a su pesar, de las violencias que sacudieron a la ciudad del Tajo en el verano de 1467. Parece que un exaltado Fernando de la Torre fue el principal desencadenante de los sucesos, pues fue él quien increpó al alcalde mayor Alvar García de Ciudad Real cuando éste se plegaba ante las exigencias del Cabildo de Santa María y parecía posible el entendimiento entre quienes habían iniciado una virulenta disputa en el interior del gran templo toledano. No contento con entorpecer la paz en aquel primer momento, Fernando de la Torre, si hemos de creer el relato de unas fuentes notablemente parciales, irrumpió, capitaneando a los conversos toledanos, en la

---

sociales de los condenados por el tribunal toledano.

<sup>240</sup>. En las siete reuniones cuyas actas publica E. BENITO, "Las más antiguas actas...", cit., observamos la presencia de Alonso González; vid., por ejemplo, el acta del ayuntamiento de 19 de agosto de aquel año, p. 56.

<sup>241</sup>. Fernando de la Torre era uno de los jurados asistentes al ayuntamiento de 12 de noviembre de 1464; vid. E. BENITO, "Las más antiguas actas...", cit., p. 88.

misma iglesia y allí dieron muerte a dos clérigos<sup>242</sup>.

Después de violentos altercados, que dieron lugar a varias muertes y cuantiosos daños materiales, los líderes del bando vencido huyeron, salvo Fernando de la Torre, que fue atrapado por los vecinos de la collación de Santa Leocadia e inmediatamente ahorcado en la torre de su templo parroquial. Poco después un hermano de Fernando, el regidor Álvaro de la Torre, fue apresado por los vecinos de la collación de San Miguel el Alto e igualmente ahorcado. Los cadáveres de ambos hermanos fueron conducidos por multitudes exaltadas por las calles de la ciudad y colgados boca abajo en la plaza de Zocodover, para mostrar a todos el riesgo que corrían los conversos que atacaban a la Iglesia.

Al margen de detalles escabrosos, como la acumulación de cuchilladas y espingardadas que el cuerpo del jurado Fernando recibió de quienes por allí pasaban durante los días que permaneció colgado, provocando el desprendimiento de uno de sus brazos<sup>243</sup>, el lamentable espectáculo refleja, una vez más, el odio del pueblo hacia gentes enriquecidas que tenían un resquicio de debilidad por el que podían ser combatidas: su origen judío<sup>244</sup>. Observado desde este

---

<sup>242</sup>. Estos hechos son relatados y comentados por E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 94 y siguientes, basándose en un par de relatos de la época de los acontecimientos, aunque uno más directo que otro, cuya imparcialidad es más que dudosa. Sin embargo, se trata de las únicas fuentes mínimamente fiables y útiles que tenemos sobre lo acontecido en aquel verano, como muy bien ha hecho observar el profesor Benito Ruano. Seguimos el relato de este autor en las líneas que siguen.

<sup>243</sup>. El destino de los desgraciados Torre y estos crueles detalles nos los transmite E. BENITO, *Toledo en el siglo XV*..., cit., p. 97-98.

<sup>244</sup>. Desde este punto de vista nos presenta el problema J. VALDEÓN: *Los conflictos sociales en el Reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1979, p. 182, al referirse al movimiento anticonverso cordobés de 1473, apuntando las palabras de Diego de Valera como causa del odio de los cristianos viejos: “entre ellos avia grandes enemistades é grande envidia, como los christianos nuevos de aquella ciudad estoviesen muy ricos y les viesen de contino comprar oficios de los quales usaban soberbiosamente, de tal manera que los christianos viejos no lo podian comportar”. Estudios más amplios sobre el problema son el de J. M. MONSALVO, *Teoría y evolución de un conflicto social. El antisemitismo en la Corona de Castilla en la Baja Edad Media*, Madrid, 1985; y los de E. BENITO, “Del problema judío al problema converso”, *Simposio ‘Toledo Judaico’*, Toledo, 1973, tomo II, p. 5-28; *Los orígenes del problema converso*, Barcelona, 1976; y “Otros

punto de vista, el escarnio de los toledanos se hacía, más que sobre el cadáver de un enemigo de la Iglesia, sobre la persona del poderoso y, posiblemente, del acreedor de muchos hombres de la ciudad y la Tierra que, en la podredumbre del cuerpo acuchillado de Fernando de la Torre, contemplaban la amortización de sus deudas.

Del relato de las consecuencias inmediatas del alboroto de 1467 podemos extraer algún dato interesante para el estudio de la familia Torre: de los dos hermanos ahorcados y escarnecidos conocíamos con anterioridad al jurado Fernando de la Torre, pero ésta de su muerte es la única noticia que tenemos del regidor Álvaro de la Torre. Puede pensarse que ambos fueran hijos del regidor Alonso González, al que más arriba nos hemos referido; si así fuese, observaríamos que en una generación los Torre habían ampliado su participación en el Gobierno local, pasando de ocupar una regiduría a controlar además una juraduría. Este ascenso se vio bruscamente truncado por su fracaso en 1467, que había originado el fin materialmente de los Torre oficiales.

Sin embargo, el desplazamiento de los Torre oficiales sería solamente eventual, ya que en la época de los Reyes Católicos constatamos la presencia de dos jurados de la familia: Alonso de la Torre y Juan de la Torre. El primero de ellos podría ser el heredero del asesinado Fernando, pues el 27 de marzo de 1489 los Reyes Católicos ordenaban al corregidor de Toledo, Gómez Manrique, que amparase a Alonso de la Torre en la posesión de una juraduría por la collación de Santo Tomé<sup>245</sup>, una juraduría que seguía ocupando en 1520, pues fue uno de los beneficiarios del libramiento efectuado por la Ciudad, fechado el 9 de enero de aquel año para guardar luto por la muerte del emperador Maximiliano I<sup>246</sup>. Conocemos un dato de este Alonso de la Torre que nos

---

cristianos. Conversos en España. Siglo XV", *Encuentros en Sefarad*, Ciudad Real, 1987, p. 253-263.

<sup>245</sup>. Una copia autenticada de esta orden se encuentra en A.G.S., R.G.S., 1489, III, fol. 225.

<sup>246</sup>. Para la muestra de la condolencia fueron satisfechos a Alonso de la Torre, como a los otros jurados de la Ciudad, 3.150 mrs.; vid. A.M.T., C.C.D., caj. 1, cuad. 20, Data, nº 2.

habla de su gran capacidad económica; en 1503 había sido descubierta una trama de comerciantes que sacaban moneda de oro de Castilla en dirección a Valencia, para lucrarse de la diferencia del precio que se daba a este metal pues; como ha puesto de manifiesto el profesor Ladero Quesada, los implicados conocían bien esta realidad, y desde aquel reino pedían el envío de “castellanos” con insistencia<sup>247</sup>. Una vez descubierta la trama, se inició una pesquisa que habría llevado a prisión a algunos de los principales implicados si no se hubiera pagado una fuerte fianza por su libertad; y uno de los que contribuyó al pago de esta fianza, nada menos que con un millón de maravedies, fue el jurado Alonso de la Torre<sup>248</sup>.

El otro jurado de la familia, Juan de la Torre, lo era por la collación de San Salvador, como se observa en una carta de los Reyes Católicos, fechada el 26 de abril de 1485, por la que le confirmaban el oficio de contador de la Ciudad<sup>249</sup>. También durante la época de los Reyes Católicos desplegaron su actividad dos mercaderes toledanos llamados Alonso de la Torre y Juan de la Torre, con los mismos nombres que los dos últimos jurados de la familia Torre. Si es posible la identificación del jurado Juan con el mercader Juan de la Torre “el viejo”, no lo es la de los dos Alonso de la Torre.

El rico mercader Alonso de la Torre era vecino de la collación de San Vicente<sup>250</sup>, lo que

---

<sup>247</sup>. Así lo hacía Francisco de Palomar, como indica M. A. LADERO, “El Banco de Valencia...”, cit., p. 582.

<sup>248</sup>. Ibid., p. 572. Sobre el negocio con metales en la época vid. además M. A. LADERO, “Crédito y comercio de dinero en la Castilla medieval”, *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 11-12 (1990-1991), p. 145-159.; y F. RUIZ MARTÍN, “La plaza de cambios de Valencia (siglos XIV-XVIII)”, *Economía española. cultura y sociedad. Homenaje a Juan Velarde Fuertes ofrecido por la Universidad Complutense*, Madrid, 1992, p. 181-210.

<sup>249</sup>. Una copia de esta confirmación se encuentra en A.G.S., R.G.S., 1485, IV, fol. 258. En el documento se expresa que Alfonso de Toledo había renunciado en su favor el oficio de contador.

<sup>250</sup>. Como condenado por esta collación fue sancionado por la Inquisición en 1495, como hemos señalado más arriba; vid. F. CANTERA, *Judaizantes del Arzobispado de Toledo...*, cit., p. 4.

imposibilita cualquier esperanza de identificarlo con el jurado por la collación de Santo Tomé; el mercader al que ahora nos referimos era el mismo que, asociado con Diego de la Fuente, desplegó durante la última década del siglo XV una actividad mercantil digna de envidia para cualquiera de su condición; ya el 30 de agosto de 1491 el rey don Fernando ordenaba a uno de sus más altos oficiales que hiciera efectivo el pago de cierta cantidad de dinero a Diego de la Fuente y a Alonso de la Torre<sup>251</sup>. En mayo de 1495 proporciona una considerable cantidad de tejidos de alta calidad (seda y brocados) a la reina doña Isabel, que los requería para utilizarlos en ornamentos religiosos<sup>252</sup>. En agosto del mismo año, la misma reina compraba a los dos mercaderes toledanos brocado y seda, por valor de 91.937 mrs., para Juana Pimentel, dama de la Corte<sup>253</sup>. Un año antes, en 1494, Alonso de la Torre había sido recaudador por el rey de la Bula de Cruzada en el Arzobispado de Toledo, y en 1501 se haría cargo, junto con su compañero profesional Diego de la Fuente, de recaudar las cantidades destinadas “para la paga de las guardas”<sup>254</sup>.

El jurado Juan de la Torre, por su parte, parece formar parte de una rama de los Torre que se dedicó activamente al comercio. Es bastante verosímil la identificación de este jurado con quien algún documento denomina “Juan de la Torre el viejo”, distinto, quizá padre, de Juan de la Torre

---

<sup>251</sup>. Esta orden de pago se conserva en R.A.H., S.C., A-12, Ap. B (tomo I), nº 219. El encargado de llevarla a efecto era el licenciado Álvaro de Santisteban, gobernador del Marquesado de Villena.

<sup>252</sup>. El 6 de mayo de aquel año, el dominico fray Alonso de Vallisa declaraba haber recibido de los mercaderes toledanos Alonso de la Torre y Diego de la Fuente este importante lote de brocado y seda; vid. A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 61, nº 47, pza. 1/ 2. Un mes después, el 5 de junio de 1495, doña Isabel ordenaba a sus contadores mayores el libramiento de 293.237 mrs. en favor de ambos mercaderes como pago de tales mercancías; vid. A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 61, nº 47, pza. 1/1.

<sup>253</sup>. El 12 de agosto Isabel I ordenaba a sus contadores mayores el pago de la mercancía; vid. A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 61, nº 47, pza. 2/1. El día siguiente, 13 de agosto, Juana Pimentel declaraba haber recibido el brocado y la seda que le regalaba la reina; vid. A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 61, nº 47, pza. 2/2.

<sup>254</sup>. De esta manera nos lo presenta B. CAUNEDO, “Un importante papel...”, cit., p. 145, estudiosa, como más arriba se ha señalado, de las actividades de estos y otros hombres buenos toledanos de la época.

“el mozo”. Ambos, viejo y mozo, son encontrados por la profesora Caunedo del Potro como acreedores de mercaderes medinenses en 1492<sup>255</sup>. Juan de la Torre, seguramente “el viejo”, llegó a convertirse en un importante acreedor de varios caballeros toledanos que, amparándose en su posición, se resistían a pagar, de modo que, ante la petición del mismo Juan de la Torre y de su hijo Alonso de la Torre, mercaderes ambos, el Consejo llegó a ordenar al corregidor Pedro de Castilla, el 9 de abril de 1499, que exigiera a los caballeros deudores hacer efectivo el pago debido a los Torre, padre e hijo. Este último, llamado Alonso como tantos otros de su linaje, debe identificarse con el vecino de San Vicente, marido de una tal Francisca, que fue conminado a pagar 15.000 mrs. para su habilitación por la Inquisición en 1495<sup>256</sup>. Por su parte, Juan de la Torre el mozo, también con su hijo, desplegó su actividad mercantil en torno al año 1500, correspondiendo al año 1503 la huella más tardía que conservamos de sus negocios<sup>257</sup>.

Por último, hemos de referirnos a otros Torre negociantes: la rama de Rodrigo de la Torre. Al “cabeza de familia” Rodrigo lo conocemos por una carta de censo, fechada el 5 de septiembre de 1497, por la cual este mercader imponía un tributo de 5.000 mrs. a unos vecinos de Ventas con Peña Aguilera por tres posadas de colmenas y un suelo en la Cuadrilla de Milagro<sup>258</sup>. A comienzos del siglo XVI, Rodrigo de la Torre ya había muerto: en 1505, su viuda Beatriz Núñez liberaba a los mismos vecinos de Ventas con Peña Aguilera del pago del tributo, puesto que habían obtenido su redención pagándolo “veinte a uno”, es decir, que habían

---

<sup>255</sup>. B. CAUNEDO, op. cit., p. 145. A Juan de la Torre el viejo se le debía la nada despreciable cantidad de 200.000 mrs., y al mozo 60.000.

<sup>256</sup>. Ya nos hemos referido a éste Alonso al comienzo del epígrafe; vid. F. CANTERA, *Judaizantes del Arzobispado de Toledo*..., cit p. 4.

<sup>257</sup>. El 22 de noviembre de 1503 un vecino de Úbeda reconocía a Juan de la Torre “el mozo” y a su hijo Fernando de la Torre la deuda de 14.243 mrs. por cierta mercancía que ambos le proporcionaron; vid. A.H.P.T., n° 1219, fol. CCCLVI r. – vto.

<sup>258</sup>. El acensamiento original se conserva en A.H.P.T., Protocolos, n° 15987, fol. 196 r. – 201 vto.

desembolsado 100.000 mrs. a Beatriz en un plazo predeterminado con Rodrigo<sup>259</sup>.

De quienes se conserva mayor volumen documental es de los hijos de Rodrigo y Beatriz, los hermanos Gonzalo de la Torre y García de la Torre, que a comienzos del siglo XVI gestionaban muy eficientemente las actividades que habían heredado de su padre, especializándose en operaciones de crédito muy concretas, por lo que se puede comprobar por una decena de escrituras firmadas en los últimos meses del año 1503<sup>260</sup>: el 21 de noviembre, un vecino de Gálvez reconocía la deuda de veinticuatro fanegas de pan, por mitad trigo y cebada, que había contraído con los hermanos Torre por un préstamo que éstos le habían hecho; el 28 de noviembre, un vecino de Santa Olalla les reconocía la deuda de 12.620 mrs. por cierto pan y cierto dinero que le habían prestado; el 4 de diciembre, un vecino de Seseña, reconocía deberles cierta cantidad de dinero por cierto pan que le habían vendido<sup>261</sup>.

Las que hemos citado son solamente tres muestras del conjunto de operaciones de crédito y especulación puestas en marcha aquella temporada por los hermanos Torre. Se trata de la adquisición de la cosecha o de parte de ella por adelantado, de la compra de “grano verde”<sup>262</sup>, una

---

<sup>259</sup>. La liberación del tributo se encuentra en A.H.P.T., Protocolos, nº 15987, fol. 191 vto. – 193 vto. Era corriente en Toledo por entonces el establecimiento de esta proporción de veinte a uno para redimir los censos cargados sobre los bienes.

<sup>260</sup>. Conviene poner en conexión estos créditos en la época de siembra con la crisis que tuvo lugar en el comercio cerealero castellano por aquellos años, provocado quizá por la tasa de precios impuesta por la Corona en 1502, que dio paso “a una retracción muy fuerte de la oferta en el mercado, a fenómenos de especulación”, entre otras consecuencias, según M. A. LADERO y M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Diezmo eclesiástico y producción de cereales en el Reino de Sevilla (1408-1503)*, Sevilla, 1979, p. 90.

<sup>261</sup>. Los tres reconocimientos se conservan en A.H.P.T., Protocolos, nº 1219: el que otorgó el vecino de Gálvez en fol. CCCLI vto. – CCCLII r.; el del vecino de Santa Olalla, en CCCLXXX vto. – CCCLXXXI r.; y el del vecino de Seseña en fol. CCCCXVIII vto. – CCCCXIX r.

<sup>262</sup>. M. ASENJO, “Ciudad y tierra: relaciones económicas y sociales en la época medieval”, *Congreso sobre el Centenario de la fundación de Segovia*, Segovia, 1991, p. 1-19, ha estudiado este tipo de operaciones que algunos negociantes de la ciudad del Eresma ponían en práctica a principios del siglo XVI, en el tiempo en que los hermanos Torre lo hacían en Toledo.



inversión de capital muy ventajosa en una época en la que el predominio del pan en la alimentación era tan absoluto. Hemos llamado a esta inversión “operación de crédito” porque en principio adquiriría la forma de un préstamo a interés, que era el que se expresaba en el tipo de contrato que los escribanos públicos denominaban “debdo” en sus protocolos: el prestamista ofrecía una cantidad de dinero o de simiente al agricultor en el período de la siembra (finales del otoño) para que el agricultor dispusiese de lo necesario para poner en funcionamiento sus tierras. Aunque hay algunas escrituras más que podrían incluirse en una serie de créditos para la siembra por parte de los hermanos Torre, en la siguiente tabla sólo incluimos los compromisos de pago que con plena seguridad respondía al préstamo de grano por parte de estos negociantes<sup>263</sup>.

DEUDOR	VECINDAD DEL DEUDOR	FECHA DEL COMPROMISO	CANTIDAD DEBIDA
Sebastián Fernández	Gálvez	21 nov 1503	24 fan. de pan
Juan Fernández y Miguel Gómez	Totanés	21 nov 1503	23 fan. y 10 celemines de pan
Alfonso Fernández Galindo y otros	Magán	22 nov 1503	120 fan. de pan
Lope de Montalbán	Santa Olalla	28 nov 1503	12.620 mrs.
Juan García	Portillo	1 dic 1503	3.658 mrs.

<sup>263</sup>. Todas las escrituras de donde se han obtenido estas informaciones se conservan en A.H.P.T., Protocolos, nº 1219.

García Caldonido	Toledo	2 dic 1503	1.651 mrs.
Diego Sánchez	Seseña	4 dic 1503	240 mrs.
Diego de Casarrubios y otros	Villaluenga	5 dic 1503	3.400 mrs.
Antonio del Caballero	La Guardia	6 dic 1503	11.200 mrs.

Llama la atención, en primer lugar, la diversidad de vecindades de quienes se obligaban a pagar lo prestado. Entre ellos, hay algunos que son vecinos de lugares pertenecientes a la jurisdicción de la Ciudad (Totanés, Magán, Portillo, Seseña) e incluso de la misma ciudad; pero también hallamos a vecinos de ámbitos que, perteneciendo al ámbito impreciso de la Tierra de Toledo, correspondían a señoríos laicos (Gálvez, Santa Olalla y Villaluenga) y eclesiásticos (La Guardia). Pero nos parece aquí más interesante señalar que una parte significativa de los compromisos anuncian el pago en dinero y algunos menos en grano. Volviendo a los tres ejemplos representativos que hemos presentado más arriba (los de los vecinos de Gálvez, Santa Olalla y Seseña), hemos de hacer notar que los dos últimos expresan lo debido en dinero, que es lo que los agricultores se comprometían a satisfacer al prestamista, pero a cambio de grano prestado; sin embargo, en el primero de los ejemplos, el prestatario se obligaba a pagar en especie, en trigo y cebada. Aquí es donde la operación de crédito mencionada podía convertirse en una “operación especulativa”; los mercaderes-prestamistas Torre eran conscientes de que el grano, producto de

primera necesidad, tenía al menos tanto valor como el precio que se le daba en Toledo<sup>264</sup>, pero que en una temporada de carestía podía elevarse su valor hasta límites insospechados y ésta podía ser la ocasión para utilizar una de las más repugnantes prácticas de los hombres de negocios: poner en circulación el stock acumulado para beneficiarse de las necesidades colectivas.

Sin duda, ésta debía ser una de las prácticas “modernas” de los mercaderes toledanos de la época. No podemos ofrecer pruebas de la utilización de un stock alimentario por parte de especuladores, pero sí resulta interesante poner de manifiesto la inversión agrícola que manifestaron los hermanos Torre que, frente a su opulento pariente Alonso de la Torre, mercader de altos vuelos que se ocupaba de abastecer a la Corte de productos de lujo, cubrían las posibilidades de inversión en el territorio toledano mediante créditos que los agricultores necesitaban contratar para obtener una cosecha que en verano habían de entregar parcialmente a sus acreedores.

### *E. Las compañías de comercio: los Acre*

Los Acre, como otros grupos familiares de su condición, fueron objetivo de la persecución inquisitorial. En las tarifas para la la habilitación de 1495 encontramos cinco de este apellido: Gonzalo de Acre, de la collación de San Vicente, con su mujer Leonor Álvarez; Francisco de Acre, de San Juan de la Leche, con su mujer María de la Fuente; Juan de Acre, de San Ginés, con

---

<sup>264</sup>. En este punto conviene recordar que los precios estaban controlados por la Ciudad mediante la institución de la Fielejecutoria, cuyos titulares tenían como fundamental misión regular los precios de los productos básicos, informando puntualmente de ellos al Cabildo de Jurados.

su mujer Leonor Álvarez; Lope de Acre, hermano del anterior y también vecino de San Ginés, con su mujer Mayor; y Sancho de Acre, vecino de Santo Tomé, con su mujer Teresa de Madrid<sup>265</sup>.

Sólo podemos aportar más noticias sobre uno de estos condenados: Lope de Acre, del que tenemos noticias anteriores. Gracias a una carta de receptoría del Consejo, fechada en la primavera de 1480<sup>266</sup>, conocemos algo de las vinculaciones sanguíneas y de las actividades de este mercader. Durante los años 1468 y 1469, al menos, Lope de Acre, Rodrigo de la Fuente y Juan de la Torre, los tres juntos “*tenian compannia entre si la qual priçipalmente tratava el dicho Lope de Acre el qual tenia el cabdal de la dicha compannia*”. Estas compañías, que habían florecido primero en Italia, eran asociaciones relativamente estables de mercaderes, familiares entre sí o no, que invertían un capital conjunto y emprendían negocios diversos, repartiendo más tarde los beneficios según el capital aportado<sup>267</sup>. Por lo que en este documento se expresa, da la sensación de que Lope de Acre era el socio que mayor capital había invertido, dado que era él quien “*prinçipalmente tratava*” la compañía y quien “*tenia el cabdal*”.

En el documento donde encontramos esta preciosa información, los componentes de la compañía habían demandado a Pedro López de Ayala, conde de Fuensalida, por considerarlo instigador del secuestro de Lope de Acre y de su padre Juan González de Acre y del consiguiente

---

<sup>265</sup>. F. CANTERA, *Judaizantes del Arzobispado de Toledo*..., cit., p. 6, p. 17, p. 23, p. 23 y p. 33, respectivamente.

<sup>266</sup>. Esta carta, emitida por el Consejo a petición del conde de Fuensalida ordenaba a la Ciudad de Toledo y a los concejos de su Arzobispado recibir las declaraciones de los testigos que Pedro López de Ayala presentaba para defenderse de las acusaciones que contra él vertían Lope de Acre y otros mercaderes toledanos; vid. A.G.S., R.G.S., 1480, VI, fol. 126.

<sup>267</sup>. Refiriéndose fundamentalmente a las ciudades italianas, el clásico de J. LE GOFF, *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*, Buenos Aires, 1984 (manejamos una de las múltiples reimpresiones de la traducción al castellano del original en francés de 1956), p. 29, afirma que la compañía era una de las asociaciones básicas para el comercio terrestre, puesta en práctica por los mercaderes de las ciudades del interior. Para nuestro ámbito vid. B. CAUNEDO, “Compañías mercantiles castellanas a fines de la Edad Media”, *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 3 (1993), p. 39-57.

robo en la casa de ambos, donde estaba el “caudal” de la compañía. En consecuencia, los mercaderes solicitaban 370.000 mrs. al conde de Fuensalida<sup>268</sup>, una cantidad no despreciable aunque suponemos que no de las más notables de las que acumulaban los mercaderes toledanos de la época, ya que hemos observado que una suma similar fue recibida por la “compañía” formada por Diego de la Fuente y Alonso de la Torre como pago de una sola operación comercial<sup>269</sup>. En todo caso, hay que pensar que Acre y sus asociados formaban parte de un pequeño grupo de mercaderes y financieros que disponía de una solvencia fuera de lo común, incluso entre las gentes de su grupo social; se puede considerar, incluso, que estos miembros de familias de mercaderes que emprendían grandes negocios formaban una “élite económica” dentro de la élite política del Común que eran los hombres buenos.

La solvencia económica y personal de Lope de Acre la apreciamos en el hecho de ser él el “*principal*” de la compañía. En un esclarecedor trabajo, la profesora Caunedo del Potro insiste en el papel preponderante de lo que podríamos llamar “primer accionista”, que en algunos casos podía llegar a imponer su figura de tal modo que sólo a él correspondía el control sobre las actividades del grupo, sin que tuvieran los accionistas siquiera información de las operaciones llevadas a cabo. Aunque había un segundo tipo de compañías en las que la transparencia era

---

<sup>268</sup>. Fueron el comendador Juan de Córdoba, alcaide del puente de San Martín por Ayala, y Pedro de Córdoba, alguacil también por Ayala, quienes eran acusados de efectuar materialmente las violencias y robos. Téngase en cuenta que los sucesos a los que se alude en el documento tuvieron lugar en los años en que Pedro López de Ayala, que aún no era conde de Fuensalida, era gobernador de Toledo y su poder no tenía contrapeso; los mismos afectados reconocían en 1480 que no habían acudido a la justicia antes “*por el grande mando e poder quel dicho conde tenia*”; vid. A.G.S., R.G.S., 1480, VI, fol. 126, cit.

<sup>269</sup>. El “capital social” de la compañía de Lope de Acre resulta insignificante si lo comparamos con los 12.000.000 mrs. en que se estimaba en 1507 la fortuna mercantil del burgalés Francisco de Orense, “principal” de una potente compañía; vid. B. CAUNEDO, “Compañías mercantiles castellanas...”, cit., p. 40. M. A. LADERO, “El Banco de Valencia, los genoveses y la saca de moneda de oro casatellana. 1500-1503”, *Anuario de Estudios Medievales*, 17 (1987), p. 571-594, estudia operaciones fraudulentas de poderosas compañías en que participaban algunos toledanos.

mucho mayor, en que la imposición del principal no era tan absoluta, el personalismo resultaba fundamental en empresas de este tipo y el prestigio del líder era básico para su propia existencia<sup>270</sup>. Lope de Acre, aunque regente de una compañía modesta por el volumen de su capital, debía contar con un crédito extraordinario como mercader, pues otros mercaderes de familias poderosas habían dejado en sus manos el “caudal” colectivo.

El otro miembro de los Acre del que tenemos alguna referencia significativa es Diego de Acre. Por primera vez aparece ante nuestros ojos el 28 de febrero de 1507, fecha en que el molinero toledano Alonso de Yepes le reconocía a él y a Lope García de Acre 4.800 mrs de cierto pan que le proporcionaron<sup>271</sup>. Gracias a unas cartas de dote y arras, conocemos a los parientes inmediatos de Diego de Acre: el 22 de enero de 1509, el licenciado Diego García de Amusco, médico y vecino de Toledo, reconocía a su mujer Aldonza Álvarez la recepción de 225.000 mrs. que en concepto de dote le había entregado, al tiempo que otorgaba a la misma 200 ducados de oro en concepto de arras<sup>272</sup>. La que aportaba el médico era una considerable cantidad de dinero, que delata una importante fortuna, pero lo que aquí nos interesa poner de manifiesto es que Aldonza Álvarez era hermana de Diego de Acre y que ambos eran hijos de Gonzalo de Acre y de Leonor Álvarez. Aún nos aparece una vez más Diego en la documentación, manifestando problemas importantes: el 13 de julio de 1514, solicitaba auxilio al Cabildo de Jurados porque el regidor Diego de Toledo mantenía en la cárcel a su hijo, a pesar de sus intentos por liberarlo<sup>273</sup>.

---

<sup>270</sup>. Todas estas interesantes apreciaciones sobre el carácter personal de las compañías y acerca de su tipología han sido tomadas de B. CAUNEDO, “Compañías mercantiles castellanas...”, cit., p. 40-43.

<sup>271</sup>. Vid. A.H.P.T., Protocolos, n 1222, fol. 75, según J. C. GÓMEZ-MENOR, *Cristianos nuevos...*, cit., p. [18].

<sup>272</sup>. Estas cartas se conservan en A.H.P.T., Protocolos, nº 12169, fol. L r. – LI vto, la de dote, y LII r. – LIII vto., la de arras.

<sup>273</sup>. A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 169 r.

No conocemos la razón del encarcelamiento del vástago del mercader Diego, pero el simple hecho de que esta familia pasara nuevos problemas, después de la persecución por parte de la Inquisición, nos pone nuevamente de manifiesto los riesgos que conllevaba el enriquecimiento para quien se hallaba señalado por su pasado judío y además tenía éxito material en este medio social adverso de Toledo al final del Medievo.

#### *F. Los comerciantes modestos: los Jarada*

Al lado de las más exitosas familias de mercaderes toledanos, desarrollaron su actividad, si bien de modo más modesto, otros grupos de parentesco cuyos miembros aparecen con cierta frecuencia en la documentación, lo que indica que sobrevivían con cierto acomodo en el estamento de la bonahombría toledana. El propio hecho de que el renombre de estas parentelas, entre los que tomamos como ejemplo a los Jarada<sup>274</sup>, perdurase entre mercaderes, letrados y oficiales toledanos indica ya cierta consolidación social y una notable conciencia familiar. Frente a las ambiciosas empresas de los Torre o de los Fuente, sólo conocemos discretas operaciones económicas de estas otras familias, modestas si las comparamos con las realizadas por los otros miembros de la bonahombría, pero inalcanzables para la mayoría de los vecinos de Toledo.

El más antiguo miembro de la familia Jarada que conocemos era, como otros antecesores de linajes de hombres buenos, acreedor de la alta nobleza: el 29 de julio de 1404, Inés de Ayala reconocía la deuda de 4.404 mrs. que había contraído con Luis Méndez y con Diego Gómez

---

<sup>274</sup> Los Jarada no eran muy diferentes de otras familias de mercaderes relativamente modestas de la

Jarada<sup>275</sup>. A este primer Jarada, que figura como tejedor y vecino de Toledo, no nos es posible vincularlo con otros dos de este apellido que fueron jurados de Toledo a mediados del siglo XV: Diego González y Pedro González. El primero de ellos, como alcalde, actuaba en funciones de lugarteniente del alcalde mayor Diego Romero en el ayuntamiento de 20 de junio de 1457<sup>276</sup>; todavía en la reunión de 9 de noviembre de 1464 nos aparece “*Diego Gonçales alcalde*” entre los jurados toledanos que asistieron<sup>277</sup>, lo que confirma su continuidad como alcalde y su titularidad de una juraduría.

Pedro González Jarada nos interesa más, porque de él parte la única dinastía de este renombre que nos es posible esbozar. En 1456 era ya jurado de la Ciudad<sup>278</sup>, seguramente por la collación de Santo Tomé, pues éste era el barrio del que eran vecinos sus descendientes, como la mayoría de los Jarada que podemos ubicar dentro de la ciudad. Desde el 24 de noviembre de 1464, fecha en que por última vez figura como jurado este Pedro González<sup>279</sup>, perdemos de vista a los Jarada de esta rama durante una treintena de años, hasta que nos los encontramos, para su desdicha, entre los condenados a pagar su restitución en 1495: Álvaro Jarada, hijo de “*Pero Gonçalez*”, vecino de Santo Tomé y marido de Elvira, se veía entonces obligado a pagar 15.000 mrs. por su habilitación<sup>280</sup>. Las desventuras no eran nuevas para Álvaro, ya que unos años antes

---

época, como los Arroyal o los Arroyo, que podríamos haber propuesto como ejemplo de este grupo.

<sup>275</sup>. Una copia simple de la época de este reconocimiento se conserva en A.S.D.R., n° 349, fol. 57 - 58.

<sup>276</sup>. Como sustituto de un alcalde mayor, Diego González figura entre los primeros representantes de Toledo; vid. A.M.T., A.S., ala. 1, leg. 2, n° 1; Apéndice Documental, n° 4.

<sup>277</sup>. E. BENITO, “Las más antiguas actas....”, cit., p. 87.

<sup>278</sup>. Pedro González era uno de los jurados de la serie que tenemos en el recibimiento de Gonzalo de la Fuente como jurado por la Ciudad, el 24 de septiembre de 1456; vid. A.G.S., E.M.R., M.P., leg. 61, n° 50, pza. 2.

<sup>279</sup>. E. BENITO, “Las más antiguas actas....”, cit., p. 98.

<sup>280</sup>. F. CANTERA, *Judaizantes del Arzobispado de Toledo....*, cit., p. 26.



le había sido confiscada una posada de colmenas que Gutierre de Villalobos obtuvo a precio reducido en almoneda pública en 1490 y que en 1510 vendió al bachiller Alonso Ortiz<sup>281</sup>. De la descendencia de Álvaro Jarada tenemos noticias por un poder que él mismo otorgó a dos mercaderes toledanos para percibir un plazo del alquiler de unas casas; en este apoderamiento, fechado el 24 de febrero de 1506, el propio Álvaro se llama a sí mismo “mercador” y se refiere a su hijo Fernando Pedro y a su sobrino Pedro<sup>282</sup>.

Sentimos la tentación de identificar a este Álvaro Jarada con un Álvaro Pérez Jarada, contemporáneo suyo, también vecino de Santo Tomé y mercader, pero casado con una tal Catalina Álvarez, que en año 1505 tomaba a censo una tienda en la Alcaicería Vieja de Toledo, compraba un esclavo negro y vendía una heredad<sup>283</sup>; pero solamente se podría corroborar esta identificación si comprobásemos que Catalina era la segunda esposa de Álvaro. Algunas vinculaciones más sería posible establecer con otros hombres buenos de apellido Jarada si contásemos con otros tantos documentos probatorios; como no es ésta ocasión de contemplar las actividades realizadas por individuos aislados, nos referiremos únicamente a dos ramas de mercaderes de este renombre: la de Alfón Pérez Jarada y la de Juan Jarada “el mozo”.

Alfón o Alonso Pérez Jarada, mercader y vecino de Toledo, aparece asociado a Bernardo de Santa Clara, otro mercader toledano, con el que quizá formara una modesta compañía. Un tercer mercader, Diego del Faro, reconocía el 7 de febrero de 1506 una importante deuda de

---

<sup>281</sup>. El remate en favor de Gutierre de Villalobos se otorgó el 10 de mayo de 1490; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15986, fol. 232 r. – 236 r. La venta de este inmueble fue suscrita el 25 de febrero de 1510; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 15986, fol. 221 r. – 223 vto.

<sup>282</sup>. El poder se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/2, fol. LXIV r. – vto.

<sup>283</sup>. La tienda de la Alcaicería era tomada el 22 de enero de 1505; vid. A.S.D.R., Becerro, fol. 85. El esclavo negro se lo compró a Gutierre de Arroyal el 9 de diciembre del mismo año; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/1, fol. CCCCXXXVII r. – CCCCXXXVIII vto. Y el mismo día, al mismo Gutierre le vendía la heredad de Fuente, en el pago de Mortero; vid. A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/1, fol. CCCCXXIII r. CCCCXXIV r.

40.000 por cierta mercancía que los otros dos le habían proporcionado<sup>284</sup>; el 30 de marzo del mismo año, el tejedor Gil Dávila reconocía una deuda de 6.030 mrs. con Jarada y Santa Clara, que le habían proporcionado materiales para el desarrollo de su actividad. Aunque sería necesario contar con más explícita documentación para afirmarlo, podemos hallarnos ante una copañía mercantil ocasional de importadores toledanos dedicados a gestionar viajes para adquirir productos de variable valor, que sirviesen para el abastecimiento de mercaderes e industriales locales de nivel medio-bajo.

En esta línea de hipótesis puede entenderse el reconocimiento, por parte del calcetero toledano Juan Díaz, esta vez solamente a Alfón Pérez Jarada, el 31 de diciembre del mismo año 1506, de la deuda de 746 mrs. por cierta mercancía que le había proporcionado<sup>285</sup>. Este tipo de negocio resultaba menos próspero que los que emprendían los mercaderes de más altos vuelos, pero, en compensación, era menos arriesgado, ya que exigía menor inversión, pues posiblemente las visitas a los proveedores se hiciesen con la lista de compras ya confeccionada por pedidos. Resultaba, eso sí, lo suficientemente jugoso para que el mercader Alfón Pérez pudiera emparentar con los Franco, al casar a su hija María Jarada con Diego García, hijo del alcalde de la Casa de la Moneda de Toledo Luis Álvarez Franco, el cual se obligaba a satisfacer a su consuegro 175.000 mrs. el 1 de junio de 1523<sup>286</sup>.

El mercader Juan Jarada “el mozo” se nos ofrece en la documentación como propietario de inmuebles urbanos y rústicos. La más antigua referencia de su patrimonio, fechada en 1496, nos viene indicada en una carta de tributo del monasterio de Santa Clara a otra persona, en la que,

---

<sup>284</sup>. Este reconocimiento se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/2, fol. CLII vto.

<sup>285</sup>. El reconocimiento del calcetero lo encontramos en A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/2, fol. CXXIII r.

<sup>286</sup>. El compromiso de Luis Álvarez Franco lo tenemos en A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 17/2; vid.

al señalar los lindes de la viña y el olivar acensados, en el pago de Valdehayete, se menciona una tierra del mercader Juan Jarada “el mozo”<sup>287</sup>. El patrimonio urbano de este comerciante se concentraba en la collación toledana de San Cebrián, donde el 1 de junio de 1499, el albañil Juan de Alcalá afirmaba haber comprado un suelo a Juan Jarada<sup>288</sup>. El 18 de enero de 1506, este mercader acensaba otros dos suelos a Juan Marqués, vecino de Toledo por 900 mrs. y dos pares de gallinas anuales<sup>289</sup>. Al mismo vecino de Toledo, el mismo día, nuestro mercader alquilaba por plazo de tres años unas casas más en la misma collación, por un precio total de 10.500 mrs. y nueve pares de gallinas<sup>290</sup>.

Juan Jarada “el mozo”, al que sin duda se añadía esta apostilla por coincidir en el tiempo con un “Juan Jarada el viejo” que desconocemos, casó en tres ocasiones. Con su primera mujer tuvo a Pedro Álvarez Jarada, también mercader y propietario urbano y rústico como su padre; ya en 1503 reconocía un censo al monasterio de Santo Domingo el Real por dos majuelos en el lugar de Mascaraque<sup>291</sup>, y en 1516 reconocía otro censo, esta vez al monasterio de San Antonio por una casa en la collación de “*Santa Maria de Sant Çebrian*” que anteriormente había comprado a su hermano Nicolás Ortiz<sup>292</sup>. Este documento nos informa de que Nicolás Ortiz era hijo de Juan

---

Apéndice Documental, nº 20.

<sup>287</sup>. Esta carta de censo está fechada el 27 de febrero de 1496; vid. A.H.N., Clero, leg. 7369, nº 5.

<sup>288</sup>. Esta afirmación se encuentra en el reconocimiento del tributo que el albañil toledano debía a Catalina de la Fuente; vid. A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 13, cit.

<sup>289</sup>. Esta carta de censo se conserva en A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/2, fol. XXV vto. – XXVII vto. Los suelos acensados, sitios “*en la perrocha de San Çebrian*”, lindaban con otras casas de Juan Jarada y con otras más de Juan Marqués.

<sup>290</sup>. El contrato de arrendamiento, custodiado en A.H.P.T., Protocolos, nº 1220/2, fol. LVII r., se suscribió, según en él se informa, en la morada de Juan Jarada, aunque no se expresa dónde se hallaba ésta.

<sup>291</sup>. El reconocimiento de este censo, fechado el 18 de marzo de 1503, se conserva en A.S.D.R., nº 654.

<sup>292</sup>. Aunque no conocemos el documento de compraventa de esta casa en San Cebrián, o San Cipriano,

Jarada “el mozo” y de María Ortiz, su segunda esposa, ya difunta; pero además nos indica la existencia de una tercera esposa, aún viva: Teresa de Lacina, que ocupaba otra casa en San Cebrián. En conclusión, podemos sospechar, por los datos con que contamos, que el al menos dos veces viudo Juan Jarada invertía en inmuebles más que en otra mercancía, y que su atención y la de los suyos estaba fijada en el periférico barrio toledano de San Cebrián.

---

sabemos de esta operación por la explícita indicación que se hace en el reconocimiento del censo; vid. éste en A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 5.



## 5.4. Conclusión

A lo largo de las páginas precedentes hemos tenido la oportunidad de contemplar una variopinta tipología de hombres buenos de Toledo de finales del Medievo. Desde luego, las familias contempladas no eran todas las que formaban parte de ese estamento socio-político que hemos pretendido comprender mejor a través de la muestra de la actividad de algunos de sus miembros más ilustres. Como colofón de este capítulo, queremos recordar algunos de los modelos elegidos para el fin que nos proponíamos.

En primer lugar, hay que reafirmar la existencia de tres actividades predominantes entre los miembros de aquel grupo social: la política, la jurídica y la económica, que nos han movido a distinguir, no sin cierto artificio, un grupo de familias de oficiales, otro de familias de letrados y un tercero formado por las parentelas de mercaderes. La permeabilidad de todos estos conjuntos es tal que muchas familias podrían ser trasladadas de uno a otro sin ningún problema, pero la clasificación se ha efectuado para emprender el análisis y nos ha parecido operativa al desarrollarlo. Dentro del primer grupo, el de los oficiales, hemos diferenciado dos subgrupos: el primero, formado por las familias que ocupaban una posición política que no les correspondía como hombres buenos, las familias que más evidentemente trabajaban al servicio de la caballería y en contra del estamento del que procedían; el segundo subgrupo es el las familias de jurados, aquéllas que ocupaban asientos apropiados para los de su condición, un grupo de parentelas que no resultan particularmente significativas en el universo de la bonahombria toledana de su tiempo, familias muy respetables en la época, por supuesto, debido a la reputación que conferían los oficios públicos vitalicios de nombramiento regio, pero en ningún caso con capacidad para competir con la opulencia de los linajes de mercaderes.

El segundo conjunto de familias de hombres buenos que hemos atendido es muy

característico de las gentes de su condición, porque su dedicación a las letras constituía un camino muy adecuado de medro social y político, si bien podía despertar recelos entre sus contemporáneos que, en ocasiones, desencadenaban violencias sin límite. El ascenso de las más encumbradas familias de hombres de letras, los Cota y los Franco, azuzó notablemente el sentimiento antisemita que en el siglo XV toledano se volcaría contra los conversos; precisamente una exacción nueva que un Cota recibió el encargo de recaudar, encendió la chispa del más conocido de los alborotos toledanos contra aquella minoría económicamente boyante: la rebelión de Pero Sarmiento.

Al margen de estas familias cultas de gran proyección exterior, hemos observado el despliegue de familias volcadas en el ámbito local sobre los oficios más característicamente de letrados: las escribanías públicas; y dentro de este grupo de las sucesiones de escribanos, hemos destacado a la hasta hoy olvidada familia Oseguera, perfectamente representada por el astuto Juan Fernández de Oseguera I, protegido del monasterio de Santo Domingo el Real que salió “de la nada” para convertirse en el hombre más influyente de la “Administración Pública” toledana del final del siglo XV. Además, nos hemos detenido en la contemplación de otro hombre modélico de los de su grupo social: el polifacético Francisco de Bargas que, en todo caso, no se enriqueció tan infinitamente como otros de su condición.

Quienes más se beneficiaron económicamente del esplendor toledano del final del Medievo fueron las familias del tercer grupo de hombres buenos: los mercaderes, prestamistas, especuladores, pero de maneras diferentes. Como modelos de los caminos del éxito material tenemos a Diego de la Fuente y Alonso de la Torre, que en momentos determinados se ocuparon de abastecer la Corte real castellana de productos de lujo llegados de más allá de los mares; hemos presentado también a Catalina de la Fuente, que escogió el camino de las fundaciones religiosas como móvil para emprender una estrategia patrimonial sin escrúpulos. Los hermanos Gonzalo y

García de la Torre se especializaron en los créditos a los agricultores toledanos, movilizando su capital sobre el seguro valor de la tierra. Las compañías de comercio, que seguramente abundarían en Toledo desde la segunda mitad del siglo XV, nos son conocidas por el “caudaloso” Lope de Acre, que, en defensa de sus intereses económicos, llegó a enfrentarse con el conde de Fuensalida.

Uno a uno, hemos observado cómo algunos toledanos de los siglos XV y XVI desbrozaban caminos nuevos, inexplorados, marcando un modelo a seguir para lograr, además de un asombroso fortalecimiento patrimonial, el ascenso de su capacidad política en el seno de la ciudad y, cuando era posible, un ascenso social que podía lograrse para los descendientes emparentando por matrimonio con la caballería. Sin embargo, los caminos del ascenso se encontraban entorpecidos por un peligro acuciante, que se materializaba en las endémicas persecuciones contra los conversos –condición que presentaba la mayoría de los linajes de hombres buenos toledanos, como hemos podido comprobar-, *pogroms* que llegaron a producir linchamientos y muertes crueles de ciudadanos abonados, como fue el caso del desdichado jurado Fernando de la Torre, ahorcado y acuchillado por las multitudes con el gozo de quienes creían que un horrible crimen podía cambiar una tendencia de gran fuerza, evitar el imparable ascenso que a medio plazo experimentaron las grandes parentelas de hombres buenos de Toledo.





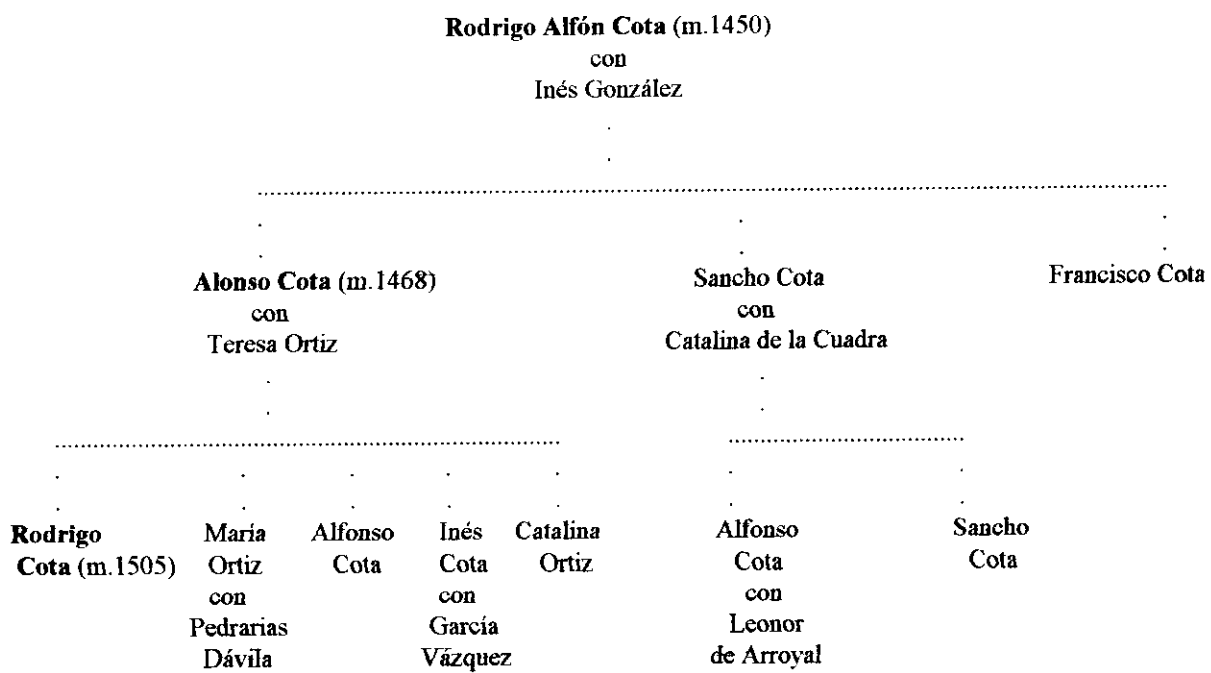
## Apéndice

Consideramos honesto reconocer que este apéndice, de carácter genealógico, es incompleto, y que probablemente los progresos de la investigación local toledana permitirán engrosarlo en el futuro. De momento, sólo nos es posible ofrecer algunas sucesiones de hombres buenos a los que nos hemos referido a lo largo de este capítulo. El elenco de árboles que sigue es breve porque hemos optado por mostrar solamente las sucesiones de las que podemos recomponer al menos tres generaciones; con datos mucho más frágiles, podríamos haber llenado más páginas, pero consideramos conveniente pisar sobre suelo firme y no levantar “castillos de naipes” que cualquier nueva información de las fuentes podría derribar. Son numerosas las familias nucleares que conocemos (formadas solamente por dos generaciones), y de ellas forman parte algunos importantes hombres buenos que nos han servido como modelo de los de su condición, pero nos parece que un árbol genealógico tan pequeño no aporta gran cosa al presente apéndice y que los vínculos familiares de estas reducidas familias pueden seguirse sin ningún problema en el texto del capítulo.

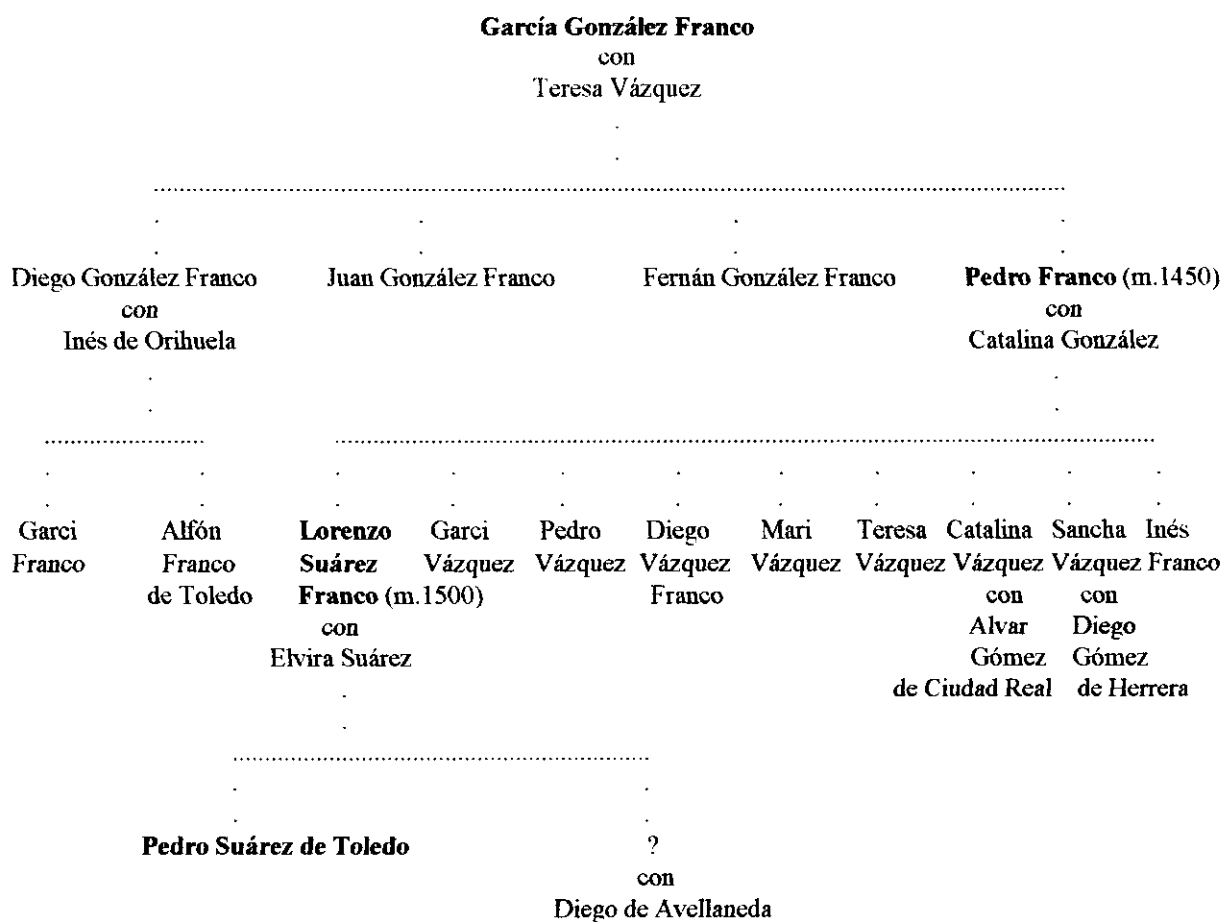
Así pues, exponemos a continuación árboles genealógicos de las familias Cota, Franço, Oseguera, Fuente y San Pedro, con indicación de las fechas aproximadas de defunción de algunos individuos para contar con una referencia temporal. Todos estos árboles no reflejan más que una o dos ramas de parentelas que sabemos que eran mucho más amplias, pero al menos nos servirán para vincular gráficamente algunos de los hombres buenos a los que mayor atención hemos prestado.



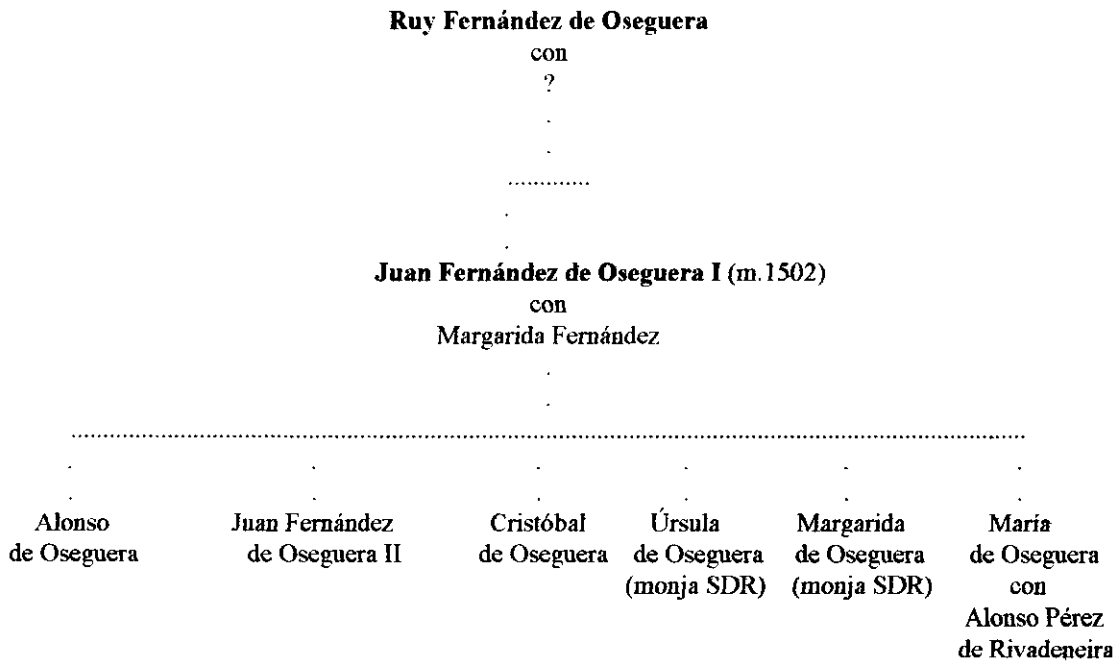
Árbol 1: Descendencia de Rodrigo Alfón Cota



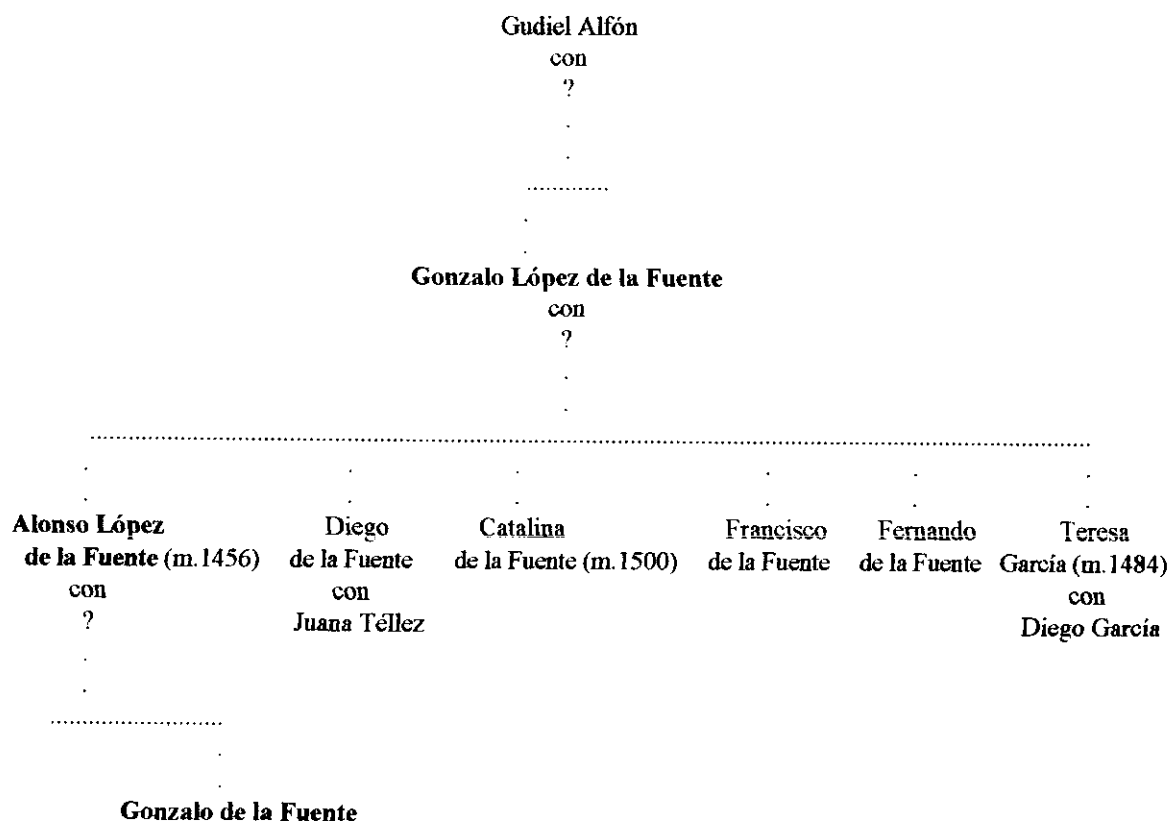
Árbol 2: Descendencia de García González Franco



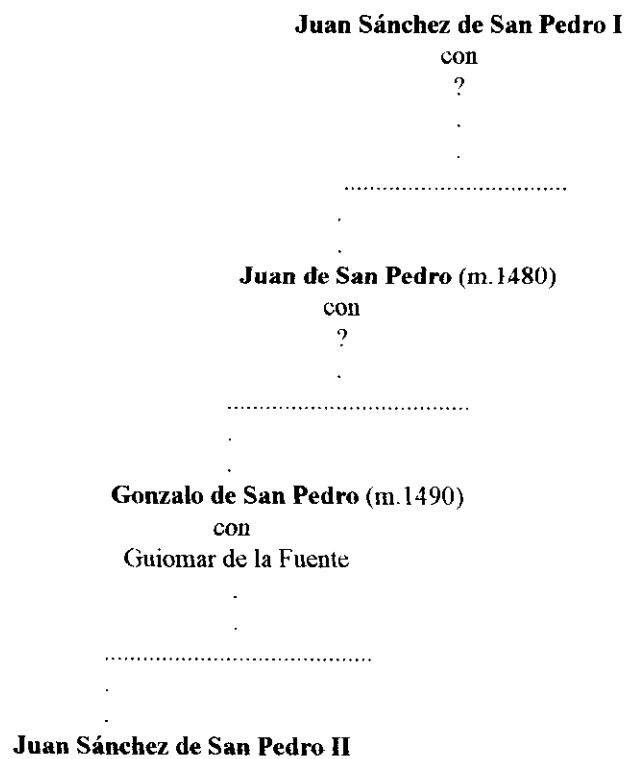
Árbol 3: Descendencia de Ruy Fernández de Oseguera



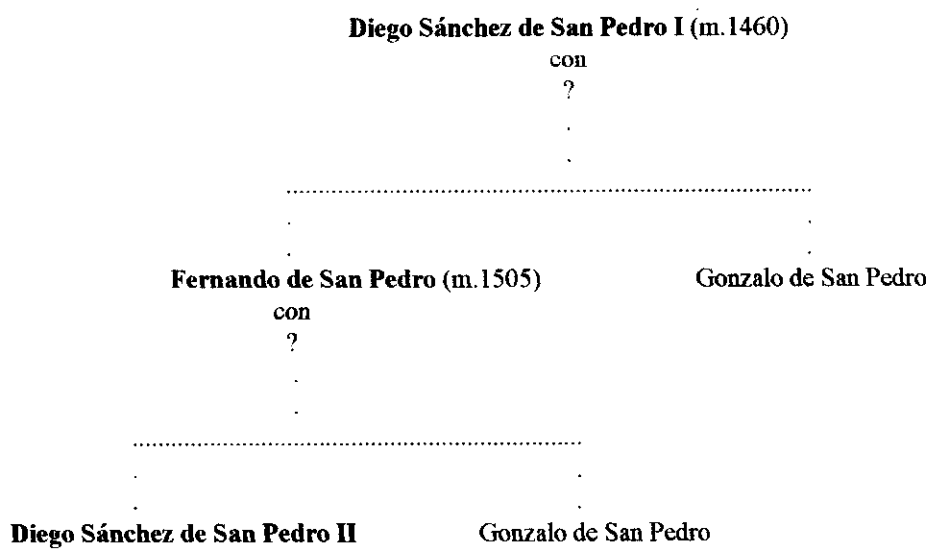
Árbol 4: Descendencia de Gonzalo López de la Fuente



Árbol 5: Descendencia de Juan Sánchez de San Pedro





Árbol 6: Descendencia de Diego Sánchez de San Pedro

## **CONCLUSIONES GENERALES**



En estas conclusiones pretendemos presentar las ideas fundamentales que a lo largo del presente trabajo han sido expuestas. Se trata, pues, de una re-exposición de las hipótesis a las que se ha llegado después de la revisión de la historiografía, la aportación de documentación inédita y la interpretación de ésta a la luz de aquélla, porque el “estado de la cuestión” de cada uno de los asuntos que aquí se han estudiado, ha sido el punto de partida desde el que se ha realizado la búsqueda de documentación y a partir del cual se ha interrogado a las fuentes. A lo largo del presente trabajo se ha presentado la información disponible y se ha interpretado la misma; ahora nos corresponde establecer las conclusiones generales, finales, que se derivan del análisis de estos problemas.

No podemos ahora llegar al detalle sino que, por el propio hecho de ser generales, estas conclusiones pretenden ser sintéticas. No volveremos a aportar pruebas para mostrar los argumentos en que nos basamos para proponer las hipótesis que aquí se presentan, porque todo este trabajo ya está realizado en las páginas precedentes. Por tanto, ahora solamente replantaremos las hipótesis básicas a las que hemos llegado a través del análisis; hipótesis que, como veremos, a veces corroboran las ideas que la bibliografía disponible nos había hecho concebir con anterioridad, pero que en otras ocasiones modifican sensiblemente esas ideas preconcebidas. Nos limitaremos, a partir de ahora, a exponer una tras otra las ideas-conclusiones para, inmediatamente, explicarlas sin grandes detalles, teniendo en cuenta en todo momento que a lo largo del presente trabajo se encontraran los desarrollos oportunos.

Toledo al final del Medievo era un espacio cohesionado y jerarquizado. La Tierra y la ciudad de Toledo formaban una entidad perfectamente cohesionada, con una cabeza en lo económico y lo jurisdiccional (la urbe) y un conjunto de elementos con ella relacionados (los concejos de la Tierra) y a ella sometidos. Se distinguen, dentro del espacio rural, diversas áreas con aprovechamiento económico diferente, desde la comarca de La Sagra, de aptitud agrícola, hasta Los Montes, caracterizados por su explotación forestal. Asimismo, la densidad de población va decreciendo de norte a sur. Económicamente, la ciudad es centro sin paliativos de la región constituida por la Tierra; demográficamente, Toledo es un espacio que podemos calificar como “macrocefálico” por el peso relativo de la urbe.

Toledo era un ámbito de señorialización tardía y progresiva. En los primeros siglos tras la conquista cristiana la región toledana permaneció, casi en su totalidad, bajo la jurisdicción urbana. Sin embargo, en la época Trastámara los señoríos comenzaron a difundirse, acelerándose este fenómeno en la segunda mitad del siglo XV, con la creación de espacios autónomos bajo la autoridad de particulares y la pérdida de toda una comarca, el Codo del Guadiana, en favor del linaje Sotomayor. Si el establecimiento de jurisdicciones particulares fue notable en la comarca sagreña, en La Sisa sería discreta y prácticamente nula en Los Montes, de modo que la rapacidad señorial se manifiesta con mayor intensidad en la parte septentrional de la Tierra, de perfiles mucho más recortados.

El control de la Ciudad por parte de la Monarquía fue intensificándose a lo largo del siglo XV. Toledo era una Ciudad en que la presencia regia fue siempre más sensible que en las ciudades al norte del Sistema Central y, en este aspecto, serviría de modelo para las ciudades de Andalucía occidental y Murcia. Sin embargo, a lo largo del siglo XV se percibió una progresiva intromisión

de la Realeza a través de agentes cada vez más influyentes: primero los asistentes; más tarde, y de modo extraordinario, los gobernadores; y, definitivamente, los corregidores. Como particularidad llamativa de estos últimos oficiales, hay que señalar que no fueron siempre pagados por la Ciudad, sino que la Monarquía también se hizo cargo de los salarios. A la llegada del primer corregidor estable, en 1477, Toledo se hallaba preparada después de haber recibido otros delegados regios. Particular interés presentan los gobernadores, así como los últimos asistentes, que a la Monarquía le sirvieron para, por un lado, imponer el orden en momentos de gran tensión política, y por otro, para habituar a Toledo a la presencia de agentes todopoderosos que encarnaban el poder real.

Cortes, hermandades, mensajerías y colaboración hacendística sirvieron a la Monarquía para ir consolidando su poder en Toledo. Todas estos instrumentos servían, a nivel institucional, para asentar las vinculaciones existentes entre la Ciudad y la Realeza, del mismo modo que los delegados lo hacían a otro nivel. Si las Cortes y hermandades anudaban lazos que solamente cobraban intensidad en momentos determinados, las mensajerías tuvieron la función de servir de nexo cotidiano, mientras que la colaboración hacendística se consolidó, también de forma constante, desde fines del siglo XV, con el establecimiento de los encabezamientos de alcabalas.

El Regimiento toledano sirvió como instrumento de imposición de la oligarquía nobiliaria. Si en un primer momento, el Regimiento fue ocupado a partes iguales por caballeros y hombres buenos, según transcurría el tiempo los caballeros fueron siendo predominantes en esta institución que gobernaba la ciudad y la Tierra sin contrapeso político digno de tal nombre. El modo de tomar decisiones por parte de la Ciudad, basado en el único voto de los oficiales mayores y los regidores, permitió a éstos imponer sus intereses como grupo frente a otros sectores sociales y

frente a las ansias individuales de algunos nobles, aunque en favor de éstos actuó a menudo la Monarquía.

El Cabildo de Jurados era el órgano a través del cual podía intervenir en el gobierno local, aunque mínimamente, una “segunda oligarquía”. Esta oligarquía de segunda fila estaba formada por hombres buenos, que encontraban en el Cabildo de Jurados el instrumento apropiado para intervenir en asuntos públicos. Su modo de hacerlo, a nivel de decisiones, se limitaba a las quejas a la Monarquía; en cambio, los jurados tenían garantizada cierta participación en asuntos administrativos que proporcionaba la posibilidad de controlar su funcionamiento y de beneficiarse económicamente de ellos. Sus nociones acerca del “bien público”, “justicia”, “pro común”, “República” nos permite atisbar el surgimiento de una conciencia política novedosa, aunque aún balbuciente.

La dotación de propios permitió a Toledo reducir la necesidad de obtener excesivos ingresos extraordinarios. Los bienes y derechos a que la Ciudad era acreedora, particularmente por la compra de la comarca de Los Montes dieron lugar a que no hubiera necesidad de abusar de las imposiciones de sisas y repartimientos. Se acudió, en todo caso, a los ingresos indirectos pero, por lo que conocemos, se hizo en menor medida que en otras ciudades. Era necesario este recurso porque los gastos, sobre todo en personal, eran cuantiosos.

En Toledo encontramos diversos niveles dentro de la categoría nobiliaria, produciéndose al final del Medievo un continuo movimiento entre ellos. Una reducida minoría de los nobles toledanos pertenecía al nivel de los ricos hombres; un grupo más numeroso, formado por las ramas principales de los linajes, constituía la caballería; el nivel inferior estaba formado por las ramas

secundarias de los linajes de caballeros de primera fila y por los linajes de menor éxito. La caballería toledana del final del Medievo procedía de dos troncos: uno era el de los viejos linajes mozárabes; otro, el de los privados de la Monarquía que, procedentes casi siempre del norte de la Corona de Castilla, se establecían en nuestra ciudad emparentando con la nobleza de mayor raigambre. El acceso a la primera fila de la caballería no estaba cerrado para los linajes secundarios, algunos de los cuales, favorecidos por la Monarquía, fueron capaces de acceder al establecimiento de un señorío en la Tierra y a la creación de un mayorazgo.

Las luchas de bandos toledanos tuvieron la función de modificar con cierta constancia las posiciones de poder dentro del grupo oligárquico. Los bandos agrupaban conjuntos muy amplios de la población toledana que se movilizaba por el servicio debido, lo que pone de manifiesto que existían, al menos en estado latente, unas tupidas redes de vinculaciones de protección y ayuda entre los miembros de la caballería; pero no sólo en este grupo social, porque la estructuración de los bandos implicaba a hombres buenos, vecinos y un buen número de pobladores de la ciudad y la Tierra. Aún con esta omnipresencia de los bandos, las luchas se debían a rivalidades existentes entre los que ocupaban la cúspide de estas formaciones características, que en Toledo adquirieron la forma de parcialidades, vinculadas más por los intereses comunes que por relaciones de parentesco. La imposición de la Monarquía, desde el reinado de los Reyes Católicos, trajo una relativa estabilidad que dio lugar a que el último de los enfrentamientos, la guerra de las Comunidades, opusiera a los caballeros de segunda fila con los que habían conseguido una posición ventajosa con anterioridad.

La bonahombría toledana, lejos de desafiar la supremacía de la caballería, se preocupó por establecerse como una “segunda oligarquía”. Los hombres buenos que lograron asentarse en el



poder, lo hicieron en un nivel inferior, ocupando regidurías, juradurías y escribanías. Los hombres buenos regidores no representaban a su grupo social ni al Común, sino que se comportaban como colaboradores de la oligarquía caballeresca. Las familias que ocuparon juradurías, al margen de defender vagamente el “bien público”, se preocuparon por establecerse con fuerza en el Cabildo de Jurados, olvidando paulatinamente su deber de representar al Común. Los escribanos y hombres de letras en general tuvieron que conformarse con la influencia que, en particular, su gran conocimiento del Derecho, les proporcionaba para intervenir en los asuntos públicos.

Las actividades mercantiles, crediticias y especulativas permitieron el ascenso de una minoría de familias de hombres buenos con una capacidad política muy limitada. El comercio, la especulación, el negocio inmobiliario, el abastecimiento de materias primas a los productores toledanos y de objetos de lujo a una clientela distinguida y otras actividades lucrativas permitieron el enriquecimiento ilimitado de un grupo de familias cuyos nombres conocemos por su repetida aparición en la documentación de tipo económico. Frente a esta potencia económica, su papel político era muy reducido, quedando al margen de los centros de decisión.

El riesgo de persecución por herejía estaba muy presente entre los hombres de éxito toledanos. No fueron pocos los hombres buenos que sufrieron las iras del pueblo y los interrogatorios y castigos de la Inquisición, padeciendo muertes tanto por la violencia de las masas como por la acción del tribunal inquisitorial toledano. Los celos que producían las nuevas formas de enriquecimiento encontraron una válvula de salida, primero, aprovechando los momentos de tensión, con el linchamiento de algunos elementos de este grupo de ricos comerciantes conversos; más tarde, el tribunal de la Inquisición se hallaba disponible para recibir denuncias. En todo momento, pues, el ascenso de los hombres más poderosos de la bonahombría,

en buena parte, al parecer, de origen judío, se hallaba amenazado; pero esto no representó un impedimento para que los negocios emprendidos por estos hombres fueran cada vez más prósperos.

Para finalizar, creemos oportuno referirnos, de un modo aún más general que en las anteriores conclusiones, a la Ciudad y la oligarquía de Toledo en su conjunto, para expresar que entre la instauración del Regimiento y la definitiva derrota del movimiento comunero, entre 1422 y 1522, que son las fechas límite que hemos utilizado, Toledo pasó de ser una Ciudad vigilada por la Monarquía a ser una entidad bajo estrecha tutela de una Corona mucho más poderosa; por otra parte, en 1422 se nos presenta una oligarquía con fuertes tensiones en su seno, y en 1522 la inestabilidad ha decrecido notablemente. En conexión con este último aspecto, podemos hablar, para todo el período que hemos estudiado, de una ciudad en pleno ebullición en lo político, lo social, lo económico y lo cultural. El período que sigue conocerá un paulatino parón, primero en la pujanza política, muy pronto en la dinámica social y más tarde en el aspecto económico.



## **APÉNDICE DOCUMENTAL**



El presente apéndice pretende ser una muestra de lo que se conserva de la documentación toledana acerca del Gobierno y la oligarquía del último siglo del Medievo. Para ello hemos seleccionado una serie de documentos que presentan la mayor disparidad cronológica posible, incluyendo uno que corresponde a una época muy anterior a la que es objeto de nuestro interés, aunque se relaciona directamente con los asuntos tratados en este trabajo. Se ha pretendido, por otra parte, mostrar un elenco documental que aluda a la mayor cantidad posible de asuntos a los que a lo largo de todas pasadas páginas nos hemos referido. Se combina documentación privada y documentación pública, utilizando piezas conservadas en diferentes archivos, lo que se deriva de la pretensión de dotar de diversidad a este apéndice. Son asimismo variadas, por su condición, las personas que aquí aparecen: ricos hombres, caballeros, hombres buenos, jurados, escribanos, regidores, simples vecinos, eclesiásticos, criados; una serie de personas que representa un arco social extenso, que era el que configuraba la oligarquía local y los grupos de su entorno.

Los documentos que se ofrecen a continuación son los siguientes:

- Documento nº 1: 1269. La Orden de Calatrava y Toledo establecen los límites entre sus respectivos términos.
- Documento nº 2: 1369. Juana de Ayala, hija de Fernán Pérez de Ayala, acensa a Juan Fernández un solar con una casa en Huecas por 2 mrs. y seis gallinas anuales, y la prestación de vasallaje.

- Documento nº 3: 1423. Juan II, rey de Castilla, regula el acceso a los oficios municipales por parte de los regidores y jurados de la Ciudad.
- Documento nº 4: 1457. La Ciudad de Toledo aprueba las ordenanzas de la dehesa de Ventas con Peña Aguilera.
- Documento nº 5: 1472. Enrique IV, rey de Castilla, faculta al asistente Rodrigo de Ulloa para disponer de los oficios de alcaldías mayores y alguacilazgo mayor de Toledo.
- Documento nº 6: 1472. Mari Díaz, hija del jurado Luis Hurtado y viuda de Fernando Arroyal, otorga testamento y codicilo.
- Documento nº 7: 1472. Enrique IV, rey de Castilla, ordena a la Ciudad que procure la aceptación en su oficio de Álvaro de Toro, su criado, al cual proveyó una escribanía del número de Toledo.
- Documento nº 8: 1473. Enrique IV, rey de Castilla, ordena a la Ciudad que procure la aceptación de Juan Álvarez del Pulgar en su oficio de escribano del número de Toledo.
- Documento nº 9: 1481. Isabel I, reina de Castilla, ordena al Cabildo de Santa María de Toledo que no conozca las apelaciones que algunos concejos le han remitido.

- Documento nº 10: 1484. Teresa García, viuda del contador Diego García, vecina de Toledo, otorga testamento.
- Documento nº 11: 1499. El escribano del Colegio de Escribanos de Toledo, suscribe actas del Colegio.
- Documento nº 12: 1501. Isabel I y Fernando V, reyes de Castilla, proveen en favor del bachiller Alfón de Herrera la juraduría que quedó vacante por muerte de Martín Serrano.
- Documento nº 13: 1502. Alfón Ramírez de Villaescusa, regidor de Toledo, solicita al Cabildo de Jurados que informe a los reyes acerca del acuerdo del corregidor con los regidores que quieren arrebatarle el banco que ocupa.
- Documento nº 14: 1502. Juan Fernández de Oseguera, mayordomo del monasterio de Santo Domingo el Real, otorga testamento.
- Documento nº 15: [1506]. El Cabildo de Jurados de Toledo pone en conocimiento de Juana I, reina de Castilla, el alboroto que ha tenido lugar en Toledo por la pugna entre el corregidor Pedro de Castilla y el alguacil mayor Pedro López de Ayala.



- Documento nº 16: 1508. Fernando de Segovia, jurado por la parroquia de Santa María Magdalena, presenta ante el Cabildo de Jurados la renuncia de su oficio en favor de su hijo Antonio de Escobar.
- Documento nº 17: 1511. Francisco Álvarez de Bonilla y Alfonso de Toledo prestan juramento ante el corregidor de los oficios de jurado para los que han sido designados.
- Documento nº 18: 1516. Juana I y Carlos I, reyes de Castilla, ordenan a la Ciudad que reciba a Luis Portocarrero, conde de Palma, como corregidor de Toledo.
- Documento nº 19: [1521]. El arzobispo de Bari comunica a Carlos I, rey de Castilla, la necesidad de su llegada ante el desorden que se experimenta en Toledo y en otros lugares de su Reino.
- Documento nº 20: 1523. Luis Álvarez Franco, monedero y alcalde de la Casa de la Moneda de Toledo, se obliga a pagar 175.000 mrs. a Alonso Pérez Jarada, su consuegro, y a María Jarada, su nuera.

La transcripción se ha realizado sin apenas trastocar la ortografía; solamente, por favorecer la claridad, se han separado los “item” seriados, se han desarrollado las abreviaturas y se ha iniciado con mayúscula algunos sustantivos. Cuando el deterioro del documento o la extrema dificultad del tipo de letra no permitían la lectura segura de una o varias palabras, se ha

escrito, dentro de corchetes, dos signos de interrogación que encierran puntos suspensivos. También se han utilizado los corchetes para anotar “sic” cuando el defecto de expresión, casi siempre por repetición de una o varias palabras, lo llevaba el propio documento, haciendo saber que no es un error del transcriptor. El deseo de dejar la ortografía con la mayor pureza posible, sin añadir signos de puntuación ni de acentuación, mostrando la confusión entre “i” e “y”, “b” y “v”, “z” y “ç”, “s” y “z”, se debe a la intención de permitir la utilización de estas transcripciones al estudioso de las formas lingüísticas, casi siempre disgustado con las ediciones de documentos que no le permiten el análisis de la lengua de nuestros antepasados.

Cada uno de los veinte documentos que forman este apéndice irá precedido por los siguientes datos:

- La datación,
- una sucinta descripción de su contenido,
- la signatura o signaturas del documento,
- la tradición documental y
- los datos de publicación, si ha sido editado con anterioridad.



Documento nº 1

1269, Agosto, 1.

*La Orden de Calatrava y Toledo establecen los límites entre sus respectivos términos.*

A.M.T., A.S., ala. 1, leg. 4, nº 4, pza. 1.

Original.

*In Dei nomine e Dei gracia conoçuda cosa sea a quantos esta carta vieren como sobre contienda que era entre la Orden de Calatrava de la una parte e los alcaldes e el alguacil e los cavalleros e los omes buenos de Toledo de la otra parte sobre los terminos de los extremos acordaronse amas las partes que viniesen el maestre e freyres e omes benos de su Orden e cavalleros e omes buenos de Toledo e que se iuntasen en aquellos lugares o era la contienda entre ellos e que mostrasen los privileios e que parasen los terminos a avenencia de amas las partes*

*e vinieron y por la Orden Johan Gonzales maestre de la cavaleria de la Orden de Calatrava e don Fernando Garçia comendador mayor e don Ferrando Paes clavero e don Ruy Peres fijo de don Pero Peres e don Espinel comendador de Samoch e don frey Xemenso comendador de Gar e don frey Sancho comendador de las vacas e don Gonzalo Garçia comendador de Malagon e don Fernan Paes fijo de don Pelay Mendes e don Pero Dias comendador del Ospital e don Fernand Yvannes Sacristan e don Ruy Peres que fue comendador de Açeca e don Pero Garçia Marroq e don Fernand Yvannes comendador de Toledo e don Galin Peres e don Martin Rodrigues mayordomo del maestre e don Fernan Yenegues e don frey Martin capellan del maeste, e don Melen Fernandes*

*e vinieron y por los alcaldes e el alguaçil e los cavalleros e los omes buenos de Toledo don Fernan Godiel alguaçil de Toledo e don Diago Alfonso e don Diago Gonzales fijo de don Gonzalo Yvanes el alcalde e don Alvar Yvanes e don Diago Arnalt e don Lop Gutierres e don Ruy Fernandes de Mera e don Johan Garçia fijo de don Guieco e don Diago Lopes fijo de don Lop Fernandes e don Estevan Peres fijo de don Pero Yllan e don Garçia Alfonso fijo de don Alfonso Peres, e don Estevan Fernandes fijo de don Fernan Godiel e don Fernan Lopes hijo de don Lop Sanches e don Diago Alvares hermano de don Fernan*

*Martines e don Johan Yllan e don Garçia Yvanes fijo de don Johan Martines e don Fernan Lopes del Puerto e don Fernand Yvanes fijo de don Johan Dias e don Fernan Martines alcalde del rey*

*e iuntaronse en Guadiana miercoles dos dias de mayo en la era de esta carta entre la foz de Guadiana e las Estimiellas*

*e el maestre e los otros freyres sobredichos que vinieron con el mostraron privileio de nuestro sennor el rey don Alfonso en que dizie que avia privileio del rey don Alfonso su bisabuelo en que diera al maestre don Nunno e a la Orden de Calatrava Calatrava [sic] e que el diera por terminos las navas que dizen de la condesa como van por la sierra que dizen del puerto de Muvadal asi como la sierra de Burialame e entra derechamente a Sandala a la penna que dizen del Barco e asi como descendien las aguas del val mayor a la cabeça del Pinal e va derechamente al castiello que dizen del Murgaval e asi como va a Guadamora e dende va a la cabeça de los almadaneros que es entre el rio de Guadalmes e Guadamora e dende a la cabeça del Gigo que es sobre el villar de Santa Maria en la postrimera parte del enzinal de Pedroch e asi como va de yuso cerca el castiello de Santa Eufemia e dende va a las mestas derechamente al lugar o entra el rio de Alcudia e el rio de Gargantiel en el rio de Guadalmes e dende va so el almaden de Chillon a la foz de Estera derechamente a la cabeça que dizen de Agudo al vado que dizen de la figuera de Estimellas e por el camino que va por el espinar que dizen del Can e dende va al puerto que dizen de Alhober fasta la sierra que dizen de Orgaz*

*et otrosi los cavalleros sobredichos de Toledo que y eran mostraron privileio del rey don Enrique en que dizie que dio a la iglesia de Santa Maria de Toledo e al arçobispo don Rodrigo el castiello de Miraglo e quel dio por terminos desde el puerto de Alhober como van las montañas por la sierra fasta el puerto de Orgaz como va la carrera de Toledo a Calatrava por el puerto de Orgaz con Yébenes e con la garganta de Babulea e las navas de Bermudo e las fuentes de Rabinat fata [sic] Corral Ruvio e de la otra parte como van las montañas del sobredicho puerto de Alhober e por el puerto del avellanar e de Maches gata Estena e con essa Estena con todos sus terminos asi como va derecha linea a la foz de Guadiana e la foz de Guadiana con su rio e con sus cuevas fasta Avenioa con todos sus logares e los villares antigos que entresos terminos se contiene et es a saber la sierra de Domingo Alhaquin e el campo de Arrova e de Alcoba e el robredo de Miguel Dias e el sotiello de Gutier Suares e las navas de Sancho Ximeno e las navas de Pelay Yvanes*

*et mostraron otro privileio del rey don Fernando en que dizie que diera a la Yglesia de Sancta Maria de Toledo e al arçobispo don Rodrigo el castiello de Miraglo con todos sus terminos los sobredichos asi*

*como se los diera el rey don Anrique*

*e mostraron otro privileio del rey don Fernando de como vendio a los de Toledo todos aquellos terminos que el arçobispo don Rodrigo vendio al sobredicho rey don Fernando con todos sus terminos que en las cartas del arçobispo dize con todo aquello que en la carta por que el rey compro del arçobispo dize con todos los castiellos e las aldeas Miraglo e la Torre de Foiahabraham e Muro e Açijara e Penna e Alcoçer e Pulgar e Pennaguilera e el corral de Miguel Garçia e [¿.....?] e Malamoneda e Ferrera e Pennaflor e a Yevenes e a Sant Andres e a Sancta Maria de la Nava e a Marjaliça e Nava Redonda con todos los villares e con todos los castiellos yermos e poblados que entre esos terminos yazen*

*e vistos estos privileios sobredichos e los terminos e entendiendo quanto entravan los unos privileios por los otros el maestre con el comendador mayor e con el clauero e con los otros freyres sobredichos que y eran con el por si e por su Orden e los cavalleros de Toledo sobredichos que y eran por Toledo e por si amas las partes catando e aguardando el amor e el debdo que ovieron siempre la Orden e los cavalleros e los omes buenos de Toledo ayuntaronse e partieron los terminos de la guisa que dicho sera*

*el moion que dice el privileio de la Orden de Calatrava, que es al vado de la figuera en las Estimiellas camiaronlo arriba que sea el moion a la foz de Guadiana a la torre de Johan Perdiguero e deste moion Guadiana arriba que sea de la Orden con sus rios e con sus canaves e con todos sus derechos e deste moion ayuso que sea de Toledo con su rio e con sus canaves e con sus cuevas e con todos sus derechos e deste moion de la torre de Iohan Perdiguero que vaya por como de la cumbre de la sierra derecho por como la sierra e como vierten las aguas de las sierras faz al castiello de Arrova con todo Arrova e con su castiello a pleyto que el castiello que se pueble e como va por como la sierras como vierten las aguas faz al castiello de Arrova e que vaya por como las cumbres de las sierras fata la sierra que es entre el puerto Ruvio e el puerto de Iarra que sea el moion en como la sierra en medio entre amos los puertos e deste moion que veniera lina derecha a moion cubierto a como de la cabeça que dizen de las Aguçaderas e de la cabeça de las aguçaderas que vaya lina derecho a moion cubierto a la cabeça mas alta de las cabeçuelas que dizen de Abdalcaryn que son ribera de Bullaque e deste moion que vaya lina derecha a moion cubierto a la sierra mas alta que es entre la sierra de Cubas e Galves e que vaya por como la sierra a la cabeça que dizen del Torcon e como va por como las sierras como vierten las aguas de la una parte a Albamiel e de la otra a Galves e como va dicho al portiçuelo de Bermudo e a la fuent de las navas de Bermudo e de la fuent que va derecho a la carrera del val del Tornero como va la carrera a la garganta de Balbulea a la boca de la garganta e de la boca de la garganta que vaya lina derecho a moion cubierto al moion que es en la carrera entre Gudarferça e Sant Andres que departe el termino entre Guadalferça*

*e Açoqueca e este moion mismo departe el termino entre Sant Andres e Guadalferça e destos moiones sobredichos contra Miraglo e contra Sant Andres que finque todo para Toledo con todos sus derechos e otrosi destos moiones sobredichos contra Piedra Buena e contra Calatrava e contra Malagón e contra Guadalferça que finque todo para la Orden con todos sus derechos*

*et que por que los privileios de la Orden pasavan contra lo de Toledo mas que esta partiçion sobredicha que agora fizemos et otrosi los privileios de Toledo pasavan mas contra lo de la Orden que esta partizion sobredicha et sobresto que entravan los unos privileios contra los otros era la contienda entre la Orden y Toledo por avinenza de amas las partes partironlo asi como los moiones sobredichos lo departen et que ninguna de las partes non pueda venir contra ello por ninguna manera et en todas las otras cosas aya cada una de las partes todos los derechos asi como sus privileios dizen*

*e por acrescentar mas el amor entre la Orden e Toledo avinieronse que todos los ganados de la Orden e de todos sus vasallos que anden e que pascan e que corten e que vivan en los extremos de Toledo asi como los de Toledo, e que les non tomen montadgo ni ervadgo ni otro derecho ninguno por ninguna manera otrosi los ganados de Toledo e de sus aldeas e de sus terminos que anden e que pascan e que corten e que vivan en los extremos de la Orden asi como dicho es de los de la Orden en los extremos de Toledo e que les non tomen montadgo ni ervadgo ni otro derecho ninguno por manera ninguna et que los de Toledo non fagan puebla ninguna en todos estos extremos que con la Orden parten ellos ni otro por ellos salvo Miraglo e las pueblas que son fechas et otrosi que la Orden ni otro por ellos non fagan puebla ninguna en todos extremos que con Toledo parte salvo Moriellas que es poblada et si la Orden o los de Toledo en estos extremos que en uno partieron quisieren fazer casas o chozas para sus colmenares o para sus losas o para recabdar sus derechos de la tierra que las faga cada uno en su parte mas que no labren por pan por que los extremos non menguen et si los de Toledo quisieren fazerlo a puebla de Miraglo en otro lugar y çerca de Miraglo que la fagan o en termino de Miraglo et si los de la Orden o los de Toledo fizieren puebla o pueblas mas que las que dichas son que peche a la otra parte treinta mil moravidis en coto e la puebla que se defaga*

*Et sea sabudo que esta particion sobredicha es de los terminos que son del rio de Guadiana contra Piedra Buena e contra Miraglo et del rio mismo de Guadiana e de la torre de Johan Perdiguero arriba que sea de la Orden asi como sobredicho es et de la torre en ayuso que sea de Toledo asi como dicho es de suso et de parte alend del rio de Guadiana que sea el moion al vado de la figuera e dende que vaya lina derecha a la cabeça de Agudo e dende a la foz de Estera asi como dize el privileio sobredicho de la Orden de Calatrava que finque para la Orden e dende ayuso contra Muro contra Açijara e contra Alcoçer finque*

*todo para Toledo con todos los derechos de mas las partes asi como sus privilegios dizen*

*et porque este fecho de esta particion sea firme e estable por siempre et non venga en dubda Nos don Johan Gonzales maestre de la Orden de la cavalleria de Calatrava con consintimiento e con voluntad de nuestro convento et Nos los alcaldes e el alguacil e los cavalleros e los omes buenos otorgamos todo quanto sobredicho es e mandamos fazer ende dos cartas a tal la una como la otra la una que tengamos nos el maestre e nuestro convento sobredicho et la otra nos los alcaldes e el alguacil e los cavalleros e los omes buenos de Toledo selladas mas a dos con los sellos de nos el maestre e de nuestro convento el sobredicho et con los sellos de nos los alcaldes e el alguacil e Toledo*

*esta partición fue fecha el sobredicho dia en era M CCC VI et las cartas fueron fechas e confirmadas primero dia de agosto era M CCC VII*



Documento nº 2

1369, Octubre, 18. Toledo.

*Juana de Ayala acensa a Juan Fernández, morador en Huecas, un solar con una casa en Huecas.*

A.S.C., carp. 19, nº 16.

Original.

*Sepan quantos esta carta vieren como yo donna Ihoana de Ayala fija de Ferrand Peres de Ayala otorgo que apodero a vos Iohan Ferrandes fijo de Domingo Ferrandes e marido de donna Ihoana morador en Huecas un solar en que ay una casa tejada que yo he en la dicha aldea que se tiene con la plaça e con solar del monesterio de Sant Climente de Toledo e con solar de Teresa Rruys e el dicho solar e casa vos apodero segund dicho es para que sea vuestro e de vuestros herederos despues de vos para dar e vender e canbiar e enpennar e enagenar e para faser dello e en ello e con ello todo lo que quisieredes e vuestra voluntad fuere a tal [¿...?] e con tal condiçion que vos e vuestros herederos despues de vos e quien quier quel dicho solar e casa toviere e oviere en qual manera quier que dedes e den e paguedes e paguen cada anno en tributo para sienpre jamas a mi e a mis herederos despues de mi o quien lo oviere de aver dos maravedis de la moneda que se agora usa e tres pares de gallinas buenas vivas e este dicho tributo que lo dedes e den e pagades e paguen vos e vuestros herederos despues de vos o quien quier quel dicho solar e casa toviere e oviere en qual manera quier a mi e a mis herederos despues de mi o a quien lo oviere de aver cada anno para sienpre jamas en esta manera la meytad dello el dia de la pascua mayor e la otra meytad el dia de pascua de navidat estos dos plasos uno en pos otro quales seran en cada anno en este dicho tributo que lo començades a dar e pagar el dia de pascua mayor e el dia de pascua de navidat primeros que vienen que seran el anno de la era de mill e quatroçientos e ocho annos e vos e vuestros herederos despues de vos o quien quier quel dicho solar e casa toviere e oviere en qual manera quier que fagades vasallaje a mi e a mis herederos despues de mi o a quien lo oviere de aver segund que fassen los otros vasallos de la dicha aldea a sus sennores e quel dicho solar e casa e lo que y esta fecho e lo que con ello fisieredes de aqui adelant que vos nin vuestros herederos despues de vos nin quien quier que lo toviere e oviere en qual manera quier que non ayades nin ayan poder de lo dar nin vender nin mandar*

*nin empennar nin enagenar nin faser dello donaçion a cavallero nin a escudero nin a duenna nin a donsella nin a egleſia nin a cabildo nin a monesterio nin a cofadria nin a ospital nin a ome nin a muger de orden ni de religion sy non a ome labrador tal como vos que de e pague e cunpla el dicho tributo cada anno a los dichos plasos para ſienpre jamas e que faga el dicho vasallaje como ſuso dicho es porque ſi vos o vuestros herederos despues de vos o quien quier quel dicho ſolar e casa toviere e oviere en qual manera quier lo quisiereſdes vender que lo fagades e fagan ſaber ante a mi e a mis herederos despues de mi o a quien lo oviere de aver e ſy yo o ellos quisiereſmos el dicho ſolar e casa por el preſçio que por ello dieren que lo ayamos ante que otro alguno ſy non dende en adelant que lo vendades e vendan a ome labrador tal como vos que de e pague e cunpla el dicho tributo cada anno a los dichos plasos para ſienpre jamas e que faga el dicho vasallaje ſegund ſuso dicho es e otorgo de vos [¿.....?] de quien quier que vos demande o enbargue o con ello el dicho ſolar e casa que vos apodero en manera que lo ayades e tengades e ſea vuestro como dicho es ſin enbargo alguno e porque lo aſi cunple obligo mis bienes*

*E yo el dicho Iohan Ferrandes otorgo que reçebo de vos la dicha donna Iohanna el dicho ſolar e casa por los dichos dos maravedis e tres pares de gallinas del dicho tributo ſegund que vos me lo apoderades e otorgo de vos dar e pagar el dicho tributo cada anno a los dichos plasos e que lo den e paguen e cunplan aſy mis herederos despues de mi o quien quier quel dicho ſolar e casa toviere e oviere en qual manera quier a vos e a vuestros herederos despues de vos e que faga e fagan el dicho vasallaje como ſuso diſe e porque lo aſy tomen e guarden e dar e pagar e cunplir vos obligo el dicho ſolar e casa que me apoderades e todos los otros mis bienes muebles e rayses avidos e por aver e deſto ſon dos cartas de un tenor e qual quier que pareſca dellas bala como ſy aſas pareſçieſen fechas otorgadas fueron en Toledo dies e ocho dias de otubre era de mill e quatroçientos e ſiete annos*

*Yo Pero Lopes eſcrivano publico en Toledo ſo teſtigo [ſigno] Yo Ferrand Garçia eſcrivano publico en Toledo ſo teſtigo [ſigno]*

Documento nº 3

1423, Julio, 14. Valladolid.

*Juan II, rey de Castilla, regula el acceso a los oficios municipales por parte de los regidores y jurados de la Ciudad.*

A.M.T., A.S., caj. 2, leg. 4, nº 2.

Traslado: Toledo. 1445, Agosto, 6.

*Este es traslado de un instrumento publico de abtoridad escripto en papel e en el fin della firmada de un nombre que desia Juan Gonçales alcalde e otrosi signada e firmada de escrivano e notario publico segund que por ella a prima vista paresçia el thenor del qual dicho instrumento es este que se sigue*

*In Dei nomine amen sepan quantos este publico instrumento de abtoridad vieren commo en la muy noble çibdad de Toledo çinco dias del mes de março anno del nasçimiento del nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quatroçientos e treynta e seys annos este dicho dia antel honrrado Iohan Gonçales de Madrid alcalde en la dicha çibdad por el honrrado e noble cavallero Pero Lopes de Ayala alcalde mayor de la dicha çibdad por nuestro sennor el rey estando el dicho Iohan Gonçales alcalde por tribunal en el poyo e audiençia acostumbrada oyendo e librando pleytos en presençia de mi el escrivano e notario publico e de los testigos de yuso escriptos paresçio en juyso antel dicho alcalde Pero Alfon jurado del dicho sennor rey a la collaçion de Sant Pedro de las Quatro Calles de la dicha çibdad asi como mayordomo e en nombre del Cabillo de los jurados del dicho sennor rey en la dicha su çibdad de Toledo e presento antel dicho alcalde e por mi el dicho escrivano leer fiso un instrumento de sentençia del dicho sennor rey escripta en un quaderno de pargamino e fyrmada de su nombre e sellada con su sello de çera bermeja pendient en una çinta de seda de diversos colores encaxado en una caxa de madera en las espaldas della escripto registrada el thenor de la qual es este que se sigue*

*Don Johan por la graçia de Dios rey de Castilla de Leon de Toledo de Gallisia de Sevilla de Cordova de Murçia de Jahen del Algarbe de Algesira e sennor de Viscaya e de Molina al mi corregidor e alcaldes e alguasil e regidores e jurados cavalleros e escuderos e omes buenos de la muy noble çibdad de Toledo*

o a qual quier o quales quier de vos que esta mi carta fuere mostrada o el traslado della signado de escrivano publico salud e graçia bien sabedes en como vos los dichos mis jurados distes e presentastes a mi çiertas petiçiones por las quales en efecto me fesisistes relaçion de como al tienpo que mi merçed fue de criar nuevamente regidores e jurados en esa dicha çibdad yo crie e mande que usasen con ellos en todas las cosas que a ellos pertenesçian e pertenesçer deven segund e en la manera que en la muy noble çibdad de Sevilla usan e deven usar con los mis regidores e jurados della e que los dexasen e consintiesen faser e ordenar a mandar a cada uno dellos en sus ofiçios todas las cosas e cada una dellas que a sus ofiçios pertenesçen e pertenesçer deven en qual quier manera e por qual quier rason segund las ordenanças de la dicha çibdad de Sevilla e que los non perturbasen nin ocupasen nin enbargasen nin consintiesen ocupar nin perturbar nin enbargar a ellos nin alguno dellos en cosa alguna de lo que pertenesçe a los dichos sus oficios e otrosy que les guardasen e fisiesen guardar todas las honrras e graçias e merçedes e franquesas e libertades e preheminençias e privilejos e por rason de los dichos ofiçios de regimientos e juraderias devian aver segund que las han e deven ser guardadas a los mis veynte e quatro e jurados de la dicha çibdad de Sevilla segund que mas largamente se contiene en çiertas mis cartas que en esta rason mande dar por virtud de las quales yo enbie mandar a la dicha çibdad de Sevilla que enbiasen ante mi los privilejos e ordenanças e cartas que los jurados de la dicha çibdad de Sevilla han e tienen en rason de los dichos sus oficios los traslados de los quales la dicha çibdad enbio ante mi escriptos en un libro de pargamino de cuero abtorisados e abtenticados signados e fyrmados e me pedistes por merçed vos los dichos mis jurados que vos los mandase guardar e conplir en todo segund que en ello se contiene contra lo qual vos oposistes vos los dichos mis regidores disiendo e alegando çiertas razones por que non devian ser guardadas las dichas ordenanças e cartas e previllejos a los dichos mis jurados e otrosy por que non devia aver en esta dicha çibdad de Toledo fieles e executores e contadores segund que los avia en la dicha çibdad de Sevilla e se contenia en los dichos previllejos e cartas e ordenanças que la dicha çibdad asy enbio ante mi por lo qual fue replicado por parte de vos los dichos jurados e fue sobre ello contendido entre vos los dichos regidores e jurados ante mi en el mi Consejo fasta tanto que pedistes sobre ello declaraçion e yo mande reçeber sobre ello çierta informaçion de çiertos veinte e quatro jurados e otras presonas de la dicha çibdad de Sevilla que en la mi Corte estavan a los quales mande mostrar los dichos privilejos e cartas e ordenanças que asy la dicha çibdad de Sevilla enbio ante mi e los quales vistos por ellos sobre juramento que fisieron dixeron e depusieron sus derechos en la dicha rason lo qual todo por mi visto yo entendiendo que cunple a mi serviçio e a esecuçion de la mi justiçio e a pro e bien comun desa dicha çibdad fue e es mi merçed de mandare mando que sean guardadas de aqui adelante para sienpre jamas a los dichos mis jurados desa dicha çibdad que agora son o seran de aqui adelante todas las cosas e cada una dellas contenidas en los dichos mis privilejos e ordenamientos e cartas que asi la dicha çibdad de Sevilla por virtud de la dicha mi carta enbio ante

*mi escriptos en el dicho libro de pargamino de cuero firmados e signados sy en largo de las razones puestas e otorgadas por parte de vos los dichos regidores lo qual todo mando que se guarde e cunpla asy de aqui adelante salvo tan solamente en lo que tanne los dichos privilegios e cartas a la exençion de los dichos jurados e de los suyos de la juridiçion de la justiçia desa dicha çibdad e que en todo lo otro se guarden los dichos privilegios e cartas con las modifiçiones e en la manera que se sigue primeramente en rason de los privilegios que fablan de como quando finare algund jurado deve otro de ser elegido e proveydo en su logar e que sea presentado ante el mi adelantado de la frontera porque reçiça del juramento etçetera es mi merçed de mandar guardar e que se guarde el dicho previllejo en todo segund que en el se contiene salvo que el dicho juramento que en Sevilla se fase adelant el adelantado se faga delant la justiçia desa dicha çibdad item en raçon de los previllejos que fablan en raçon de la guarda e fieldad del vino en que se contiene que sean dos fieles regidores e dos jurados es mi merçed que se guarde el dicho previllejo segund que en el se contiene e que los alcaldes e alguaçil e regidores e jurados desa dicha çibdad se elijan item en raçon de los previllejos que fablan en raçon de la guarda de las puertas de la dicha çibdad es mi merçed que en raçon de las dichas puertas se guarde la provision por mi fecha e no lo contenido en los dichos mis previllejos item en raçon de los previllejos que fablan que aya contadores en Sevilla es mi merçed e mando que haya en esa dicha çibdad de Toledo dos contadores los quales tomen e reçiçan las cuentas asi de las dichas rentas e propios desa dicha çibdad como de los hechos e derramas quando se ovieren de repartir e fagan todas las otras cosas pertenesçientes al dicho su ofiçio segund que se fase en la dicha çibdad de Sevilla e se contiene en los dichos previllejos e cartas e quel uno de los dichos contadores sea regidor e el otro jurado e que aya el dicho regidor de cada anno con el dicho ofiçio de contaduria mill maravedis e el jurado quinientos maravedis de mas de los salarios que les yo mando dar e es mi merçed que sean contadores desa dicha çibdad para en toda su vida con los dichos ofiços e en la manera que dicha es Nunno Fernandes regidor desa dicha çibdad e Alfon Gomes de Sevilla jurado desa dicha çibdad que les sean pagados los dichos sus salarios de las rentas e propios desa dicha çibdad e otrosi en raçon de los previllejos que fablan de los fieles e executores como quier que paresçe por la informaçion por mi mandado reçevida que en la dicha çibdad de Sevilla ay çinco fieles e executores los quales tienen cargo de ver todas las cosas que se venden en la dicha çibdad asy a peso por peso como por medida requiriendo los pesos e medidas si son [¿....?] o no e ordenando que non aya regatones e poniendo los preçios de la carne e de la farina e de las otras cosas en la dicha çibdad segund los tienpos lo requieren e executando los ordenamientos que tannen al regimiento de la dicha çibdad e judgando los pleitos de las rentas e propios de esa dicha çibdad e fasiendo las otras cosas pertenesçientes a los dichos ofiços de fieles executores mi merçed es que non aya en la dicha çibdad de Toledo salvo tres fieles executores el uno del estado de los regidores e el otro del estado de los jurados e el otro del estado de los çibdadanos los quales es mi merçed que sean estos del estado de los regidores Pero Ferrandes del*

*Lançe mi regidor desa dicha çibdad del estado de los jurados Pero Franco mi jurado desa dicha çibdad e del estado de los çibdadanos Ferrand Martines de Carrion veçino desa dicha çibdad e que ayan e tengan los dichos ofiços para en toda su vida con los salarios que se siguen el dicho Pero Ferrandes regidor con el dicho ofiço en cada anno mill e tresientos maravedis e el dicho jurado Pero Franco que aya con el dicho ofiço en cada anno mill e tresientos maravedis e el dicho çibdadano mill e quinientos maravedis los quales les sean pagados de las rentas e propios desa dicha çibdad de mas de los otros salarios que los dichos regidor e regidors [sic] han con los dichos ofiços e por quanto yo ove proveydo del ofiço del judgado de los pleitos de la fieltad desa dicha çibdad a Ramiro de Tamayo mi merçed es quel dicho Ramiro aya e tenga el dicho ofiço segund e por la forma e manera que gelo yo di e que los dichos fieles e executores nin algund dellos non se puedan entremeter nin entremetan en cosa alguna de lo que pertenesçe al dicho ofiço del dicho Ramiro por que todas las otras cosas e cada una dellas pertenesçientes a los dichos ofiços de fieles e executores puedan usar e usen dellas los dichos fieles e executores bien e conplidamente segund que a los dichos ofiços pertenesçe e se use en la dicha çibdad de Sevilla e se contiene en las dichas cartas e sobrecartas e previllejos sacando lo que tanne al dicho ofiço del dicho Ramiro e a que los dichos fieles e executores nin alguno dellos non se han de entremeter e porque los dichos contadores e fieles e executores mejor usen de los dichos sus ofiços es mi merçed e mando que ellos e cada uno dellos faga juramento en el ayuntamiento desa dicha çibdad ante la justiçia della por ante escrivano publico sobre la sennal de la crus e palabras [¿....?] e verdadera mente sin arte e sin enganno e sin cobdiçia e sin cohecho nin maliçia alguna usaran cada uno de los dichos sus ofiços guardando sobre todas cosas el serviçio de Dios e mio e el bien e pro comun desa dicha çibdad e igualmente la justiçia e derecho de amas las partes pospuesta toda vanderia e sennor e interese e odio e toda otra cosa que a lo susodicho e a qual quier cosa dello pudiese perjudicar e espeçial mente que los dichos fieles e executores nin alguno dellos por si nin por otra interposita persona conpraran [¿....?] algunas de las en que ellos han de poner los presçios nin faran enganno nin cohasion alguna por sus provechos en cosa alguna de lo que tanne a los dichos sus ofiços so pena de ser por ello perjuros e infames e fementidos e que por ese mismo fecho pierdan los dichos sus ofiços e non puedan aver estos nin otros algunos e de mas que yo mande proçeder contra ellos e contra sus bienes e como la mi merçed fuere e otrosi en raçon de los previllejos e cartas que fablan quando la çibdad oviere de enviar mensajeros o procuradores es mi merçed e mando e ordeno quando la çibdad oviere de enbiar procuradores por mi mandado que non puedan enviar nin enbien mas de los que yo enbiare mandar e quando los oviere de enbiar quier por mi mandado o en otra manera que si ovieren de ser quatro que sean los dos de fuera del estado de los regidores e los otros dos el uno regidor e el otro jurado e quando ovieren de enbiar dos que non sea alguno dellos de los regidores nin de los jurados mas que los regidores eligan uno que no sea regidor ni jurado e los jurados eligan otro que non sea jurado nin regidor e*

aquellos vengan por procuradores e non otros algunos e quando ovieren de enbiar un procurador que lo eligan los jurados e los regidores aquel que entendieren que cunple quier sea jurado quier regidor o otro qual quier que ellos entiendan que cunpla otrosy en raçon de los previllejos e cartas que diçen que sy en los cabillos e ayuntamientos que se fisieren non se acaesçieren algunos jurados que todo lo que ende se ordenare e mandare syn los tales jurados sea ninguno es mi merçed que los dias sennalados para ayuntamiento viniendo los jurados a cabillo que se guarde lo contenido en los dichos previllejos e cartas e sobrecartas en esta rason e sy los jurados non vinieren a cabillo en los tales dias sennalados que los regidores despachen por sy los negoçios e sy se ovieren de ayuntar en otros dias que sean llamados los jurados e que se guarde lo que mandan los dichos previllejos e cartas e sobrecartas e asy llamados non viniendo que los regidores despachen syn ellos e con esas dichas modifiçaciones e en la manera que dicho es mando que se guarde todo lo contenido en los dichos previllejos [¿....?] e justiçia como susodicho es e que los dichos mis jurados e fieles e executores e contadores desa dicha çibdad gosen en ella de todos los previllejos [¿....?] e franquesas e libertades que han e de que goson los mis jurados e fieles e executores e contadores de la dicha çibdad de Sevilla e les sean guardadas bien e conplidamente segund e en la manera e forma que en los dichos previllejos e cartas e sobrecartas se contiene por que vos mando a todos e a cada uno de vos que lo guardades e conplades e fagades guardar e conplir todo e cada cosa dello asy segund e por la forma e manera que en esta mi carta se contiene agora e daqui adelant para sienpre jamas e que non vayades nis pasedes nin consintades yr nin pasar contra ello nin contra parte dello por lo quebrantar e menguar en todo nin parte dello ni en contra algo dello sobre lo qual mando al mi chançiller e notarios e a los otros mis ofiçiales que estan a la tabla de los mis sellos que den e libren e pasen e sellen a los dichos mis jurados desa dicha çibdad mis cartas e previllejos las mas firmes e bastantes que menester ovierdes e los unos nin los otros non fagades ende al por alguna manera so pena de la mi merçed e de dies mill maravedis a cada uno de vos para la mi camara dada en la noble villa de Valladolid a catorse dias de jullio anno de nasçimiento de nuestro sennor Ihesu Christo de mill e quatroçientos e veinte e tres annos yo Martin Gonçales la fis escrivir por mandado de nuestro sennor e rey yo el rey registrada fiat

el qual instrumento de sentençia asy presentado por el dicho Pero Alfon jurado en nombre de dicho Cabildo de los dichos jurados en la manera que dicha es luego el dicho Pero Alfon jurado por sy e en el dicho nombre dixo que por quanto el dicho Cabillo de los dichos jurados e el en su nombre entendian levar e enbiar el dicho instrumento de sentençia suso encorporado asy a la Corte del dicho sennor rey como a otras partes e que se temian que se les podria perder o peresçer la dicha sentençia por fuego o por agua o por furto o robo o otra ocasion o caso fortituyto alguno e que si asi pasase que tal dicho sennor rey vernia grand deserviçio e a los dichos jurados grand danno e perdida por merçed dixo que

pedia e pidio al dicho alcalde que viesse e examinase la dicha sentençia e por el vista e examinada mandase e diese liçençia a mi el dicho escrivano e notario para que sacase o fisiese sacar de la dicha sentençia original un traslado o dos o mas quantos el dicho Cabillo de los dichos jurados e el o otro alguno en su nombre oviese menester a los quales dichos traslado o traslados diese su liçençia e abtoridad e interposiese su decreto para que valiesse asy como la dicha sentençia original e luego el dicho alcalde tomo en sus manos la dicha sentençia original e leyola e examinola e dixo que por el vista e examinada la dicha sentençia del dicho sennor rey e ser sana e non rota nin chançellada ni en parte della sospechosa [¿....?] e otrosy visto como el dicho Pero Alfon jurado por sy e en el dicho nombre le pedia rason e justiçia por ende dixo que mandava e mando e dava e dio liçençia a mi el dicho escrivano para que sacase o fisiese sacar de la dicha sentençia original un traslado o dos o mas quantos el dicho Cabillo de los dichos jurados e el dicho Pero Alfon o otro alguno en su nonbre oviese menester al qual dicho traslado suso encorporado e a los otros traslado o traslados que por el dicho escrivano fuesen sacados o fechos sacar de la dicha sentençia dicho que dava e dio su liçençia e abtoridad e que interponia e interpuso su decreto a ellos e a cada uno dellos por que valiesen e fisiesen fe en juisio e fuera de juisio en todo tienpo e logar do quier que paresçiesen bien asy como la dicha sentençia misma original seyendo el dicho traslado o traslados firmados del nombre del dicho alcalde e signados del signo de mi el dicho escrivano que le diese ende un instrumento o dos e mas quantos el dicho Cabildo de los dichos jurados oviese menester e yo el dicho escrivano di ende este segund que ante mi paso que fue fecha en el dia e mes e anno logar suso dichos testigos que a esto fueron presentes Alfon Gonçales de Toledo e Françisco Gonçales de Toledo e Juan Garçia de la Figuera escrivanos del rey e Gonçalo Rodrigues de Torrijos vesinos de Toledo para esto llamados e rogados Ihoan Gonçales Alcalde e yo Ruy Gonçales de Toledo escrivano de nuestro sennor el rey e su notario publico en la su Corte e en todos los sus regnos e escrivano en el ofiçio de la dicha alcaldia fui presente en uno con el dicho alcalde e con los dichos testigos a todo lo que dicho es e vi e ley e conçerte la dicha carta del dicho sennor rey original con este dicho traslado onde fue sacado e va çierto e conçertado e demandado del dicho alcalde e de poedimiento e requerimiento del dicho Pero Alfon lo fise escribir e en esta publica forma lo torne lo qual va escripto en tres fojas escritas de amas partes con esta mi suscreçion e signo en fin de cada una plana va una rubrica de mi nombre e de partes de arriba unas rayas de tynta e por ende fis aqui este mio signo en testimonio de verdad Ruy Gonçales escrivano

fecho e sacado fue este traslado del dicho instrumento publico de abtoridad en la muy noble çibdad de Toledo a seys dias de agosto del anno del nasçimiento del nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quatroçientos e quarenta e çinco annos testigos que lo vieron e oyeron leer e conçertar este dicho traslado con el dicho instrumento publico de abtoridad onde fue sacado Manuel Gonçales de Toledo



*notario e Diego Garçia del Prado escrivano del dicho sennor rey e Estevan de Toledo fijo de Iohan Gonçales de Illescas escrivano del rey vesinos de Toledo para esto llamados e yo Ihoan Gonçales [¿....?] escrivano de nuestro sennor el rey e su notario publico en la su Corte e en todos los sus regnos e notario publico dado por la actoridad arçobispal de Toledo vi el dicho instrumento [¿....?] de abtoridad onde este dicho traslado fue sacado e fis escrivir e lo ley e conçerte con el ante los dichos testigos en estas tres fojas de a medio pliego la foja escritas de amas parts e mas esta en que mio signo e en el fin de cada foja de amas partes va puesta una rubrica de mi nombre e salvadas las emendaduras e por ende fis aqui este mio signo [signo] a tal en testimonio de verdad*

Documento nº 4

1457, Junio, 20. Toledo.

*La Ciudad de Toledo aprueba las ordenanzas de la dehesa de Ventas con Peña Aguilera.*

A.M.T., A.S., ala. 1, leg. 2, nº 1.

Copia simple de fines de siglo XV.

*Traslado del testimonio que levo Anton Peres de Penna Gilera cerca de las penas de la dehesa que les mando dar Toledo*

*En la muy noble çibdad de Toledo miercoles veynte dias del mes de junio anno del nascimiento del nuestro sennor Ihu Xro de mill e quatroçientos e çinquenta e syete annos dentro en la camara de los ayuntamientos de la dicha çibdad estando ende ayuntados los sennores asystente e Toledo segund que lo han de uso e costumbre de se ayuntar conviene saber Alfon Destaniga vasallo de nuestro sennor el Rey e del su consejo e su asistente en la dicha çibdad e Pero Lopes de Ayala aposentador mayor del dicho sennor el Rey e de su consejo e su allcalde mayor en la dicha çibdad e Diego Gonçales allcalde por Diego Romero del consejo del dicho sennor Rey e su allcalde mayor en la dicha çibdad e Juan de Ayala vasallo del dicho sennor Rey allcalde de las alçadas de la dicha çibdad por Luys de la Çerda del consejo del dicho sennor Rey e su allcalde mayor de las dichas alçadas e Alvaro de Toledo alguasil por Garci Alvares de Toledo alguasil mayor en la dicha çibdad por el noble sennor don Ferrand Alvares de Toledo conde de Alba del consejo del dicho sennor Rey e su alguasil mayor en la dicha çibdad e Diego Palomeque e Françisco de Rojas e el bachiller Diego Garcia de Villalobos e Juan Ramires fijo de Françisco Ramires de Toledo e el bachiller Anton Ramires e Luys Gomes de Toledo regidores de la dicha çibdad*

*e otrosy estando y presentes el thesorero Alonso Cota e Estevan de Sosa e Juan Gonçales Usyllo e Anton de Ayllon e Diego de la Fuente e Alfon Gomes de Roa e Alfon Alvares e Pero Gomes de Bonilla e Pero Ruis Cano e Pero Gonçales Jarada jurados e vesino de la dicha çibdad e en presençia de mi Pero Gomes de Toledo escrivano de camara del dicho sennor Rey e su notario publico en la su corte e en todos los sus regnos e escrivano publico e de los ayuntamientos de la dicha çibdad lugartenient por el licenciado Alfon*

*Franco de Toledo oydor e refrendario del dicho sennor Rey escrivano mayor de la dicha çibdad paresçio Anton Peres fijo de Anton Peres de Merna vesino de Penna Gilera vasallo de los dichos sennores Toledo por sy e por parte del quadrillero e regidores e omes buenos vesinos en los lugares de Ventas e Penna Gulera vasallos de los dichos sennores Toledo e les fiso relaçion en el dicho su ayuntamiento disiendo que bien sabia la merçed de los dichos sennores en como por les faser merçed les avian acreçentado e dado çierto termino de su tierra çerca de los dichos lugares para dehesa para sus ganados de labrança que en los dichos lugares tenian por que los dichos lugares se ennobleçiesen e se poblasen de cada dia [sic] mas segund que por la carta de derechos e benefiçios que de los dichos sennores de cada dia reçiben se fase segund mas largamente en la carta de la merçed e de la dicha dehesas [sic] les avian fecho se contiene e que en las otras cosas contenidas en la dicha carta de merçed se contenia que los dichos omes buenos para guarda e conservaçion pidiesen faser entre sy condiçiones e poner penas contra aquellos asy de los dichos lugares como de otros que metiesen qualesquier ganados en la dicha dehesa salvo los de la labrança de los dichos lugares e roçasen e cortasen e caçasen dentro de la dicha dehesa e que asy por ellos fechas las dichas condiçiones e penas para guarda de la dicha dehesa las troxese e mostrase ant los dichos sennores por que por ello vistas que gelas aprovase e mandase guardar*

*por ende que notificava e fasia saber a la merçed de los dichos sennores que las condiçiones e penas que ellos avian puesto entre sy para guarda de la dicha dehesa que asy por ellos le avia seydo dada las quales presentava por escripto e son las que aqui dira en esta guisa*

*primeramente que de cada un rebanno de ovejas o cabras que entrare de noche en la dicha dehesa de los mojones adentro que en ella estan fechos e senalados e en la dicha carta de merçed se contiene paga de pena e prenda tomar e preñar del tal ganado ovejuno e cabruno dies cabeças e de cada rebanno del dicho ganado ovejuno e cabruno que entrare de dia en la dicha dehesa que pague de pena e prenda preñar danno çinco cabeças*

*item e de cada res bacuna que entrare de noche en la dicha dehesa que pague de pena çinco maravedis e sy entrare de dia pague de pena çinco blancas*

*item qual quiera que cortare lenna verde dentro en la dicha dehesa que pague de pana de cada un carasco verde dose maravedis*

*item de cada carga de la dicha lenna verde que fisiere en la dicha dehesa o la sacare de alli que pague de pena sesenta maravedis*

*item de cada cabeça cavallar yegua o roçin o potro o potranca que entrare de noche a paçer en la dicha dehesa que pague dies maravedis e si entrare de dia que pague de pena çinco maravedis*

*item qual quier persona que matare o caçare en la dicha dehesa dentro de los limites e mojones della qual quier caça perdisen conejos o gaçapos que pague en pena e sean exsecutadas en la tal persona que lo asy caçaren las penas fechas e establecidas por Toledo en este caso en las sus ordenanças que çerca desto tiene fechas e ordenadas salvo de la caça que oviere menester par las comidas de las cofedrias que entre ellos ay o de las [¿....?] o sy lo ovieren de caçar para faser present a Toledo esto aviendo primeramente la liçençia para ello de los dichos regidores e quadrillero e de los omes buenos vesinos de los dichos lugares e fasiendo juramento que lo quieren ante que lo vayan a caçar para las dichas neçesidades en otra manera que paguen las dichas penas contenidas en las dichas ordenanças*

*las quales dichas penas asy de paçer de los dichos ganados como de roçar e cortar de la dicha lenna e de caça que suplicavan a la merçed de los dichos sennores que fuese e las lieven para sy los dichos regidores e quadrillero e omes buenos sus vasallos vesinos de los dichos sus lugares Las Ventas e Penna Gilera*

*lo qual todo visto por los dichos sennores en el dicho su ayuntamiento dixeron que les paresçia e paresçio que estava bien fecho e ordenado segund que por los dichos quadrillero e regidores e omes buenos sus vasallos lo avian fecho e ordenado entre sy e que por los faser merçed e quedando [¿....?] sobre todo la mayoria e sennorio que ellos tienen sobre los dichos sus lugares e vasallos vesinos dellos para faseer dellos e en esto lo que quisieren e por bien tovieron cada e quando que quisieren que lo aprovavan e aprobaron por bien fecho e ordenado e mandavan e mandaron que de agora e de aqui adelant guarden entre sy las dichas ordenanças e puedan levar e lieven las penas susodichas para sy los dichos regidores e quadrillero e omes buenos sus vasallos vesinos de los dichos lugares de las personas e bienes que en unas e en cada una dellas incurrieren asy vesinos de los dichos lugares como otras quales quier personas de fuera dellos de quales quier partes que sean que en ellas incurrieren e que las puedan en ellos exsecutar los dichos ofçiales de los dichos sus lugares de Las Ventas e Penna Gilera o aquella persona o personas que ellos entre sy nombraren e pusyeren por guarda o guardas de la dicha dehesa*

*lo qual todo mandaron que sea asy guardado complido exsecutado en la forma susodicha so las penas contenidas en la çedula merced que de la dicha dehesa e acreçentamiento della fisieron a los dichos omes buenos sus vasallos e luego este dicho Anton Peres por sy e en nombre de los dichos omes buenos dixo que lo tenia e tovo en merçed a los dichos sennores e que lo pedia e pidio por testimonio para guarda de*

*la dicha dehesa e de los dichos omes buenos e por que lo tengan por alcanse e para guardar de la dicha su dehesa agora e de aqui adelant de que fueron testigos presentes el bachiller Juan Ferrandes de Villa Real allcalde de la justiçia de la dicha çibdad por el dicho sennor Pero Lopes e Lope Ruis e Juan de Medina sofeles de la dicha çibdad e vesinos della.*

Documento nº 5

1472, Junio, 2. Baeza.

*Enrique IV, rey de Castilla, faculta al asistente Rodrigo de Ulloa para disponer de los oficios de alcaldías mayores y alguacilazgo mayor de Toledo.*

A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, nº 8.

Original.

Publicación: A. Bermúdez Aznar, "El asistente real en los concejos castellanos medievales", *Actas del II Symposium de Historia de la Administración*, Madrid, 1971, p. 248-249.

*Yo el Rey*

*por quanto por algunas cosas conplideras a mi serviçio e a execuçion de la mi justiçia e al bien e pas e sosyego de la muy noble çibdad de Toledo mande a vos Rodrigo de Ulloa mi contador mayor e del mi Consejo estades por mi asistente en la dicha çibdad en quanto mi merçed e voluntad fuere vos di poder e facultad para usar e exerçer el dicho ofiçio de asistençia por mi carta firmada de mi nombre e sellada con mi sello por ende e por que entiendo ser asi conplidero a mi serviçio e a execuçion de la dicha mi justiçia e al bien e paçificaçion de la dicha çibdad por esta mi carta mando e do poder conplido a vos el dicho Rodrigo de Ulloa mi asistente para que durante el tienpo de la dicha vuestra asistençia podades tener e tengades los ofiços de alcalldia mayor e alcalldia de la justiçia çevil e alguasiladgo mayor de la dicha çibdad segund e por la via e forma e manera que tenia los dichos ofiços e cada uno dellos el doctor Garçi Lopes de Madrid mi oydor e refrendario e del mi consejo e mi asistente que fue en la dicha çibdad e que podades usar e exerçer e usedes e exerçades los dichos ofiços e cada uno dellos por vos e por la persona o personas que en ellos e en cada uno dellos pusierdes segund e en la manera e la forma que el dicho doctor los usava e exerçia e como por vos entendierdes que mas cunple a mi serviçio e a execuçion de la dicha mi justiçia e podades dar e dedes las varas de los dichos ofiços a las personas que vos quisierdes e los quitar e surrogar otro o otros en su logar e restituir en una persona e en mas cada e quando vos vieredes que cunple a mi serviçio a los quales e cada uno dellos yo por la presente do poder*

*conplido para usar e exerçer los dichos ofiçios segund lo pueden e deven faser los mis alcalldes mayores e alcalde de la justiçia e alguasil mayor de la dicha çibdad e por esta dicha mi carta mando a los alcaldes e alguasil regidores jurados cavalleros escuderos ofiçiales e omes buenos de la dicha çibdad que vos resçiban a los dichos ofiçios e a cada uno dellos e a la persona o personas que por vos fueren nombrados e puestos en ellos o en qual quier dellos e vos los dexe[n] e consyentan usar e exerçer segund lo usava e exerçia el dicho doctor e que en ello nin en parte dello non vos pongan embargo nin contrario alguno e los unos e los otros non fagan ende al por alguna manera so pena de la mi merçed e de privaçion de los ofiçios e confiscaçion de los bienes de los que lo contrario fisiesen para la mi camara dada en Baeça a dos dias de junio anno del nasçimiento del nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quatroçientos e setenta e dos annos [suscripción] yo Ihoan de Oviedo secretario del rey nuestro sennor la fise escrevir por su mandado*

Documento nº 6

1472, Julio, 4. Toledo.

*Mari Díaz, hija del jurado Luis Hurtado y viuda de Fernando Arroyal, otorga testamento y codicilo.*

A.H.N., Clero, leg. 7081.

Original.

*En el nombre de Dios e de la bien aventurada virgen gloriosa sennora Santa Maria su madre amen porque la vida e la salud de los omes e mugeres de todo el umanal linaje es en poder de Dios e non en poder nin en voluntad de ome terrenal nin de otra criatura alguna e porque las muerte es cosa muy çierta e la ora della çerca de nos es muy dubdosa e quanto quier que se aluengue ome del mundo non la puede estorçer nin della fuyr nin escapar e por ende toda persona de buen entendimiento deve estar sienpre aperçebida en fecho de su anima por quanto non sabe el dia nin la ora que nuestro sennor Dios enbiara por ella que vaya antel a dar cuenta e rason de lo que en este mundo fiso e obro por el su amor*

*por ende sepan quantos esta carta de testamento vieren como yo Mari Dias fija del jurado Luis Hurtado e muger de Ferrando Arroyal defunto que Dios aya vesina de la muy noble çibdad de Toledo veyendo que todo lo susodicho es asi verdad e en como yo soy pecadora cobdiçando poner la mi anima con Dios nuestro sennor que la fiso e la crio a la su ymagen e a su semejança al qual ruego e pido por merçed que pues tan caramente la compro por su santa sangre preçiosa que aya piedad della e la quiera perdonar e levar a la su santa gloria perdurable del parayso de los santos justos estan e los pecadores deseamos entrar estando segund que esto enferma de cuerpo e en mi sano juiçio e entendimiento natural tal qual plogo a Dios de me lo dar creyendo firme e verdadera mente en Dios trenidad padre e fijo e espiritu santo que son tres personas e un solo Dios verdadero que bive e regna por sienpre jamas otorgo e conosco que fago e ordeno este mi testamento e mandas a serviçio de Dios e a salvaçion de mi anima en la manera que adelante sera dicho e declarado*

*primeramente encomyendo mi anyma a Dios nuestro sennor que la fiso e la creo e la redimio e quiso que*



non fuese perdida por el su santo advenimiento e mando mi cuerpo a la tierra onde fue formado el qual dicho mi cuerpo mando que quando a Dios pluguiere de me levar deste mundo que sea enterrado en el monesterio de sennora Santa Maria de la Sysla de la orden de Sant Gironimo que es cerca desta dicha çibdad de Toledo e mando que me entierren en el abito de Sant Françisco el qual dicho abito mando que conpren e se pague de mis bienes

otrosy mando que a mi enterramiento honrren e acompañen a mi cuerpo la crus e clerigos de la yglesia de Sant Roman desta dicha çibdad donde yo soy perrochana e los frayres de los monesterios de Sant Pedro Martir e de la Trenidad desta dicha çibdad e asimesmo los clerigos de la yglesia de Sant Salvador desta dicha çibdad e digan cada uno de los dichos conventos e yglesias sus ofiçios acostunbrados de vigillas e misas que les den e paguen su devido derecho que por la dicha rason devieren aver

otrosy cerca de las obsequias e nueve dias que se han de faser por mi anima mando que todo ello se faga e cunpla como lo mandaren e ordenaren mis testamentarios que de yuso seran nombrados por quanto ellos saben mi voluntad e entençion cerca dello por que lo yo fable en mi sercreto con ellos

otrosy mando por la obra de sennora Santa Maria de Guadalupe e a la crusada e a la Trenidad e a Santa Catalina de la merçed para ayuda a sacar cativos christianos de tierra de moros a cada una destas mandas e de las otras acostunbradas çinco maravedis

.....

otrosy por quanto yo ove prometido e prometi de dar en dote e casamiento con Mençia mi fija muger de Pedro Jarada al dicho Pedro Jarada su marido çinquenta e çinco mill maravedis e despues de asi prometido yo fui indusida e atrayda contra mi voluntad a que me fisieron faser otro recabdo e obligaçion en que me obligue de dar al dicho Pedro Jarada otros quinse mill maravedis mas e mas quarenta olivas que yo tenia en termino de Val de Santo Domingo juridición de Maqueda que valia bien otros veinte mill maravedis de las quales dicha olivas me fisieron faser e otorgar carta de vendida al dicho Pedro Jarada mi yerno e asi mesmo le di e pague los dichos quinse mill maravedis en çiertas veses asi que monta e es todo lo que yo ove dado e di en el dicho casamiento al dicho Pedro Jarada e el tiene de mi reçevido de mas de los dichos çinquenta e çinco mill maravedis de su dote los dichos quinse mill maravedis e las dichas quarenta olivas que valian los dichos veinte mill maravedis por ende mando que la dicha Mençia mi fija e el dicho Pedro Jarada su marido traygan a partiçion con los dichos çinquenta e çinco mill maravedis que les di en el dicho dote los dichos quinse mill maravedis e las dichas olivas que les di mas del dicho dote como dicho es el qual contrato de los dichos quinse mill maravedis que le fise e otorgue juro en conçiencia que gelo tengo pagado al dicho Pedro Jarada mi yerno aun quel dicho contrato que

*dello le fise esta en su poder del dicho Pedro Jarada mi yerno que nunca me lo ha querido dar*

*otrosy por quanto yo la dicha Mari Dias ove dado e di a frey Garçia de Toledo freyre del dicho monesterio de la Sysla un escripto firmado de mi nombre de las cosas que queria que se fisiesen e cunpliesen por mi anima e otro escripto de çiertas debdas que yo so en cargo de pagar por ende mando que se vean los dichos dos escriptos que asi tiene el dicho frey Garçia e se paguen e fagan e cunplan todo segund que en ellos e en cada uno dellos se contiene los quales dichos escriptos quiero e mando que valan como mi testamento e do poder conplido a los dichos mis albaçeas e testamentarios que de yuso seran nonbrados o a qualquier dellos para que puedan acreçentar o menguar en las cosas contenidas en los dichos escriptos aquello quellos quisieren e entendieren que es descargo de mi anima a ordenaçion de Luys Hurtado mi sennor e padre por quanto çerca de todo ello e de lo en ello contenido yo fable mi voluntad en mi secreto con el dicho Luys Furtado mi sennor e padre que es uno de mis albaçeas e testamentarios que de yuso seran nombrados e todo ello se faga a ordenaçion del dicho Luys Furtado mi padre pues el sabe mi entençion çerca de todo ello como dicho es*

*otrosy por quanto yo debo a Gonçalo Furtado mi hermano çiertos maravedis e aseyte por ende mando que lo que el dicho Gonçalo Furtado jurare en su conçiençia que le yo devo dello que gelo paguen*

*otrosy mando que paguen a Ferrando platero quinientos maravedis que le devo*

*otrosy mando que paguen a Françisco de la Fuente fasta dosientos maravedis que le devo*

*otrosy por quanto entre mi e Iohan de Sant Pedro mi yerno esta una quenta de la qual quenta yo devo al dicho Juan de Sant Pedro mi yerno çiertos maravedis por ende mando que todo aquello quel dicho Juan de Sant Pedro mi yerno jurare que le yo devo dello gelo den e paguen*

*e pagado e conplido este dicho mi testamento e maravedis mandas e todo lo en el e en los dichos dos escriptos que dexo en poder del dicho frey Garçia e cada una cosa dello e mi anima conplida fago e constituyo por mis legitimos e universales herederos en el remanente que fincare de todos mis bienes asy muebles como rayses e semovientes a Leonor e Mençia e frey Estevan frayle del dicho monesterio de la Sysla mis fijos legitimos e fijos del dicho Ferrando Arroyal mi marido e muger que es mi fija la dicha Leonor mi fija del dicho Iohan de Sant Pedro e la dicha Mençia del dicho Pedro Jarada por que las dichas mis fijas e fijo ayan e sea suyo el dicho remanente e fincable de los dichos mis bienes muebles rayses e semovientes por eguales partes para que sea suyo por faser dello lo que quisieren e por bien*

*tovieren como de cosa suya propia trayendo cada una de las dichas mis fijas a partiçion lo que cada una dellas tiene reçevido asy en sus casamientos como en otra manera qual quier que todos ellos sean egualados tanto el uno como el otro*

*e para pagar e conplir e executar este dicho mi testamento e los dichos escriptos que dexo firmados de mi nombre en poder del dicho frey Garçia e todo lo en ellos e en este dicho mi testamento contenido fago e constituyo por mis albaçeas e testamentarios al dicho Luys Furtado mi sennor e padre e al dicho frey Garçia de Toledo frayre del dicho monesterio de la Sysla a amos a dos junta mente e a cada uno dellos por sy insolidum que deste mi testamento quisieren a los quales dichos mis testamentarios e a cada uno dellos por sy insolidum como dicho es do e otorgo todo mi poder conplido para que luego que yo finare se puedan apoderar e apoderen de todos mis bienes asy muebles como rayses e vendan dellos los que bastaren para conplir mi testamento e mandas e todo quanto yo aqui mando e ordeno e en los escriptos firmados de mi nombre e en ellos el dicho mi padre annadiere e menguare asy en almoneda publica como fuera della por el presçio e presios que quisieren e para que puedan reçebir el tal persçio o presçios por que los vendieren e remataren e para que puedan demandar recabdar reçebir e aver e cobrar todos e quales quier maravedis e pan e vino e aseyte e otras cosas quales quier que me son e sean devidas en qual quier manera por qualquier persona o personas asy con cartas como syn ellas o en otra qualquier manera e para que todo lo que ende reçiñieren e ovieren e cobraren puedan dar e otorgar cartas e alvalaes de pago e de libre e fin e quito e valan e sean firmes como sy yo mesma las diese e otorgase present biva seyendo e para que puedan faser e desir e rasonar e tratar e procurar asy en juisio como fuera del todas aquellas cosas e cada una dellas que buenos e leales albaçeas e testamentarios pueden e deven faser de derecho e que yo mesma faria e faser podria present biva seyendo e como lo ellos fisieren e conplieren por mi anima a tal depare Dios quien lo faga e cunpla por las suyas quando menester los fisiere lo qual dexo en cargo de sus conçiencias e por esta carta de mi testamento revoco e do por ningunas e de ningund valor todos e qualesquier otros testamento o testamentos cobdeçillo o cobdeçillos o poderes para faser mi testamento que yo ante deste aya fecho e otorgado en qual quier manera aunque contengan quales quier clausulas que en contrario lo contenido en este mi testamento sean o ser puedan e mando que non vala nin faga fe en juisio nin fuera del cosa alguna dello salvo este que es mi testamento e mi postrimera voluntad e los dichos escriptos firmados de mi nombre que dexo en poder del dicho frey Garçia los quales dichos escriptos e este mi testamento mando que vala como mi testamento e acabado e sy valiere por testamento si non mando que vala por cobdeçillo o como epistola o como otra qual quier mi postrimera voluntad e entençion que mejor pueda e deva ser e mas valer de fecho e de derecho por que en toda guisa e en toda manera se de e pague e faga e cunpla todo quanto yo aqui mando e ordeno e por que esto sea firme e non venga en dubda otorgue esta carta de mi testamento en la manera que suso dise antel*

*escrivano publico e testigos de yuso escriptos que fue fecha e otorgada en la dicha çibdad de Toledo quatro dias del mes de jullio anno del nasçimiento del nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quatro çientos e setenta e dos annos testigos a esto fueron presentes Luys Gonçales de Toledo escrivano de camara del rey nuestro sennor e Gonçalo Alfon de Figueroa broslador e pintor de sargas e Pedro Furtado e Ruy Gonçales de la Quadra fijo de Diego Gonçales de la Quadra mercadores vesinos desta dicha çibdad de Toledo e Pedro de Juera vesino de la çibdad de Cordova para esto llamados espeçial mente e rogados*

*e despues de lo sobre dicho en la dicha çibdad de Toledo çinco dias del dicho mes de jullio deste dicho anno del nasçimiento del nuestro salvador Ihsu Xpo de mill e quatroçientos e setenta e dos annos estando la dicha Mari Dias que otorgo el suso dicho testamento dentro en las casas del dicho Luys Furtado que son aqui en Toledo çerca del monesterio de la Trenidad desta dicha çibdad acostada en una cama de ropa que paresçia que estava enferma e en presençia de mi el dicho escrivano publico e de los testigos de yuso escriptos luego la dicha Mari Dias dixo que retificando e aviendo por firme e recto e grato el dicho su testamento suso escripto que por este su cobdeçillo ordenava e mandava que por quanto ella ovo dado e dio e dexo en poder del dicho frey Garçia frayre del dicho monesterio de la Sysla los dichos dos escriptos de que en el dicho su testamento suso contenido se fase mençion de las cosas que ella queria que se fisiesen e cunpliesen despues de sus dias e ella por el dicho su testamento ovo dicho e mandado que lo quel dicho Luys Furtado su sennor padre en ellos quisiese enmendar quitando e annadiendo que aquello era su voluntad della por quanto ella avia fablado en el dicho su padre en su secreto lo que queria que se fisiese en ello e que asi le plasia e plase que se faga como en el dicho su testamento lo tiene de suso mandado e ordenado e que queria agora declarar sobre ello algunas cosas que son estas que se siguen*

*primeramente dixo la dicha Mari Dias que por quanto a ella le deve Gonçalo Alfon broslador sobre tres sargas pintadas quinientos maravedis e tres reales e avia mandado que non gelos mandansen [sic] que agora por este dicho su cobdeçillo mandava e mando quel dicho Gonçalo Alfon pague los dichos quinientos maravedis e tres reales por que dellos e de otros se cunpla su anima e las cosas que con el dicho Luys Furtado su padre fablo*

*otrosy dixo que mandava e mando que demanden a Alfon Gonçales de Olvera vesino de Alcavon çinco tinajas vasias de tener aseyte e en la una estan fasta quinse arrovas de aseyte que es suyo de la dicha Mari Dias*

*e otrosy dixo la dicha Mari Dias que mandava e mando que non demanden a su casero de Alcavon*

*quinientos maravedis que le deve salvo que le demanden tres burras que el dicho casero tiene suyas de la dicha Mari Dias e la ropa que tiene suya*

*otrosy dixo que por quanto en el dicho escripto que dio al dicho frey Garçia dise que diesen a Catalina su criada çinco mill maravedis e que los toviere Iohan de Sant Pedro su yerno para su casamiento de la dicha Catalina por ende que agora que declarava e declaro que ella no es obligada a dar a la dicha Catalina mas de quatro mill e quinientos maravedis sirviendo dose annos de los quales dixo que le ha servido algunos dellos el recabdo de lo qual dixo que paso ante Alphon Gonçales de Olvera escrivano del rey nuestro sennor por ende que mandava e mando que se vea el dicho recabdo e paguen a la dicha Catalina lo que se obligo e la dicha Catalina cunpla de servir el tienpo que es obligada al dicho Iohan de Sant Pedro su yerno e si la dicha Catalina no quisiere acabar de servir al dicho Juan de Sant Pedro que se vea lo que meresçe por el serviçio pasado e aquello le paguen poniendolo en poder del dicho Iohan de Sant Pedro para su casamiento de la dicha Catalina*

*otrosy dixo la dicha Mari Dias que por quanto ella como del axuar ovo dado a Mençia su fija un cobertor de hardas e una delantera de cama e dos tapetes que por ende que mandava e mando que ge lo tornen a la dicha Mençia su fija o le cuenten por ello el presçio por que gelo ovo dado*

*otrosy dixo la dicha Mari Dias que por quanto ella ovo fecho mejoria a la dicha Leonor su fija e al dicho Iohan de Sant Pedro su marido por cargos que de la dicha su fija tenia del terçio de sus bienes e del remanente de su quinto de la dicha Mari Dias e despues por que lo diesen por ninguno ella les dio en satisfaçion quinse mill maravedis en axuar que por ende que mandava e mando que no les sea contado cosa ninguna de los dichos quinse mill maravedis que por que en ellos e mas le es encargo a la dicha Leonor su fija e al dicho su marido quando gelos dio e quiere que la dicha Leonor su fija no los trayga a partiçion mas de los çinquenta mill maravedis de quel dicho Iohan de Sant Pedro fiso dote a la dicha su fija*

*lo qual todo lo que dicho es dixo la dicha Mari Dias que mandava e mando que se asy faga e cunpla como suso dise de mas de lo quel dicho Luys Furtado su padre fisiere e mandare segund lo fablo con el en su secreto e lo otorgo por el dicho su testamento suso contenido e que en todo lo otro el dicho su testamento e lo contenido en los dichos escriptos sea e finque firme e se faga e cunpla segund suso dise*

*e otrosy la dicha Mari Dias que mandava e mando que den a Alfonso Enriques frayre de la merced tres libros que estan en poder del frayre portogues de Sant Pedro Martir e mas que tiene el dicho frayre*

*portogues bienes suyos de la dicha Mari Dias e del dicho Iohan de Sant Pedro su yerno e por ende que mandava e mando que lo recabden del e tomen cada uno lo suyo*

*e desto en camo paso la dicha Mari Dias pidio al dicho escrivano que pusiese e asentase lo que dicho es suso contenido en este su cobdeçillo al pie del dicho su testamento lo qual dixo que otorgava e otorgo por su cobdeçillo retificando e aprovando el dicho su testamento como dicho es*

*testigos que a esto fueron presentes frey Rodrigo de Madrid frayre de la oservançia en el monesterio de Villalpando e Rodrigo de Madrid guarda de los jurados desta dicha çibdad e los dichos Luys Gonçales de Toledo escrivano e Pedro de Juera para esto llamados e rogados*

*yo Diego Alfon de Toledo escrivano publico del numero de la muy noble çibdad de Toledo fuy presente a lo que sobredicho es en uno con los dichos testigos e de ruego e otorgamiento de la dicha Mari Dias esta carta de su testamento e cobdeçillo fis escrevir la qual va escripta en syete fojas de papal de quarto de pliego escriptas de amas partes e mas esto en que va mio signo e en fin de cada plana va una rubrica de las de mi nombre e por ende fis aqui este mio signo a tal [signo] en testimonio de verdad*

Documento nº 7

1472, Octubre, 22. Madrid.

*Enrique IV, rey de Castilla, ordena a la Ciudad que procure la aceptación en su oficio de Álvaro de Toro, su criado, al cual proveyó una escribanía del número de Toledo.*

A.M.T., A.S., caj. 3, leg. 1, nº 2, pza. 1.

Original.

*El Rey*

*Mis regidores e jurados de la muy noble çibdad de Toledo Yo provey de un ofiçio de escrivania del numero desa çibdad que vaco por fin e muerte de Alfonso de Morales a Alvaro de Toro mi criado segund por mi carta vereys por que mi voluntad es quel aya el dicho ofiçio e sea luego resçevido a el yo vos ruego e mando que tengades manera con los mis escrivanos del numero que luego lo elijan para el dicho ofiçio segund sus previllejos e lo resçiban a el e que non dedes logar que en ello ynpedimento alguno le sea puesto en lo qual me hareys mucho plaser e serviçio de Madrid a XXII dias de otubre anno de LXXII*

Documento nº 8

1473, Noviembre, 20. Madrid.

*Enrique IV, rey de Castilla, ordena a la Ciudad que procure la aceptación de Juan Álvarez del Pulgar en su oficio de escribano del número de Toledo.*

A.M.T., A.S., caj. 3, leg. 1, nº 2, pza. 2.

Original.

*El Rey*

*Mi asistente alcaldes alguasil regidores cavalleros escuderos jurados ofiçiales e omes buenos de la muy noble çibdad de Toledo ya sabeys en como yo ove preveydo a Juan Alvares de Pulgar vesino desa çibdat criado que fue de la reina mi sennora madre cuya anima Dios aya de un ofiçio de escrivania publica para que se consumiese en el primo ofiçio que vacase e como por vosotros fue a el resçevido e uso del e agora dise que por los movimientos en esa çibdad acaesçidosle fue perturbado el dicho ofiçio e que agora los mis escrivanos del numero desa çibdat le non consienten usar del e suplicome que sobre ello le proveyese e por que yo tengo muy grand cargo del dicho Juan Alvares por los muchos e buenos serviçios que a la dicha reyna mi sennora madre fiso e a mi ha fecho e fase por lo qual mi voluntad es quel todavia aya del dicho ofiçio yo vos ruego e mando que luego lo resçeibades a el e que fagades que de aqui adelante le dexten libremente usar del segund que antes de los dichos movimientos lo tenia e usava e que non dedes lugar que por los dichos mis escrivanos del numero e por otra persona alguna le sea perturbado nin le sea puesto en ello embargo alguno en lo qual seed çiertos me fareis mucho plaser e serviçio de Madrid a veynte dias de noviembre de LXXIII*



Documento nº 9

1481, Enero, 4. Medina del Campo.

*Isabel I, reina de Castilla, ordena al Cabildo de Santa Maria de Toledo que no conozca las apelaciones que algunos concejos le han remitido.*

A.M.T., A.S., caj. 7, leg. 2, nº 7.

Original.

*Donna Isabel por la gracia de Dios reyna de Castilla de Leon de Aragon de Seçilia de Toledo de Valençia de Galisia de Mallorcas de Sevilla de Çerdenna de Cordova de Corçega de Murçia de Jahen de los Algarbes de Algesira de Gibraltar condesa de Barçelona sennora de Viscaya e de Molina duquesa de Atenas e de Neopatria condesa de Rosellon e de Çerdania marquesa de Oristan e de Goçiano a vos lo onorables dean e Cabildo de la Santa Yglesia de Toledo e a vos los conçejos justiçia regidores cavalleros escuderos ofiçiales e omes buenos de las villas y lugares de Torrijos e Fasanna e Esquivias e Yeles e Alameda e Cobexa e Alamo lugares e juridiçion de la dicha çibdad de Toledo salud e gracia bien sabedes como sobre rason de los debates e diferençias que heran e son entre vos los dichos dean e cabildo de la una parte e los regidores alcaldes cavalleros escuderos ofiçiales e omes buenos de la otra fue fecho çierto compromiso en poder de don Vasco de Ribera arçediano de Talavera e de Ramiro Nunnes de Gusman regidor de la dicha çibdad e agora a mi es fecha relaçion que durante el tiempo del compromiso e la determinaçion de los dichos debates los vesinos de las dichas villas e logares que tienen pleitos e debates ante los alcaldes dellas apelan para ante vos los dichos dean e cabildo e que vos otros conosçes de las dicha apelaciones non se podiendo nin deviendo faser de derecho ni en teniendo poder nin facultad para ello que aviendo estado y estando las justiçias de la dicha çibdad de Toledo en posesyon paçifica de tienpo ynmemorial a esta parte de conosçer de las dichas apelaciones en lo qual sy asy pasase a mi se recresçeria deservio e a la dicha çibdad agravio por ser lo susodicho en perjuisio e derogacion de mi real juridiçion a mi como reyna e sennora en lo tal pertenesçe proveer e remediar acorde de mandar dar esta mi carta para vos en la dicha rason por que vos mando a todos e a cada uno de vos que durant el tienpo del dicho compromiso e fasta que los dichos jueses lo ayan visto e determinado non vos entrometays a conosçer nin conosçays de las dichas apelaciones nin vos los dichos vesinos de las dichas*

*villas e logares apeleys para ante los dichos dean e cabildo mas ni aliende de como lo soliades faser antes e al tienpo que se fisiese el dicho compromiso e todo este en el estado en que estava al dicho tienpo e los unos e los otros non fagades nin fagan ende al por alguna manera so pena de la nuestra merçed e de dies mill maravedis para la nuestra camara e demas mando al ome que vea esta mi carta mostrar e que vos enplase que parescades ante mi en la mi Corte donde yo sea del dia qeu vos enplasare fasta quinse dias primeros siguientes so la dicha pena so la qual mando a qual quier escrivano publico que para esto fuere llamado que [¿.....?] que vos la mostrare testimonio sygnado con su sygno por que yo sepa como se cunple mi mandado dada en la villa de Medina del Campo a quatro dias del mes de enero anno del nascimiento de nuestro sennor Ihesu Christo de mill e quatrosientos e ochenta e un annos*

*Yo la reyna*

*Yo Diego de Santander secretario de la reyna nuestra sennora la fise escrevir por su mandado*

Documento nº 10

1484, Diciembre, 20. Toledo.

*Teresa García, viuda del contador Diego García, vecina de Toledo, otorga testamento.*

A.H.N., Clero, leg. 7331.

Original.

*En el nombre de Dios amen e de la bienaventurada virgen gloriosa sennora Santa Maria su madre e de todos los santos e santas de la Corte Celestial Porque la vida y salud de todos los omes e mugeres del umanal linaje es en poder de Dios nuestro señor e non en poder nin en voluntad de persona alguna terrenal e porque las muerte es cosa muy çierta e la ora della muy dubdosa çerca de nos e quanto quier que se aluengue ome nin muger del mundo non la puede estorçer nin della fuyr nin escapar por lo qual toda persona de buen entendimiento deve estar sienpre aperçebida e aparejada en fecho de su anima por que non sabe el dia nin la ora allamar que vaya antel a dar cuenta e rason de los bienes e cosas que en este mundo fiso e obro de los yerros e faltas e ofensas que contra el fiso e cometio quanto en el bivio*

*por ende sepan quantos esta carta de testamento vieren como yo Teresa Garçia muger de Diego Garcia contador que fue del almirante que Dios aya vesina de la muy noble çibdad de Toledo estando sana de cuerpo e en mi seso e entendimiento natural tal qual a nuestro señor Dios plogo de me lo dar creyendo todo lo susodicho ser asy verdad e otrosy creyendo firme e verdadera mente en la santa verdadera e non departida trenidad padre fijo espiritu santo que son tres personas un solo Dios verdadero criador e mantenedor de todas vesybles e ynvesybles el qual quanto a la umanidad reçibio muerte e pasyon en el arbol de la santa vera crus por salud e alunbramiento del umanal linaje al qual encomiendo mi anyma que me vala e que me acorra en este mundo el cuerpo e en el otro el anyma segund que en el creo e fio otorgo e conosco que fago e ordeno e estableasco este mi testamento e postrimera voluntad a serviçio de Dios nuestro sennor e de todos los santos e santas de la Corte Çelestial e a salud e a salvacion de mi anyma en esta forma e manera siguiente*

*primeramente encomyendo mi anyma a nuestro salvador e redentor Ihu Xpo que la fiso e crio a su ymagen*

*e semejança e la redimio por su preçiosa sangre en el arbol de la santa crus que non fuese perdida al qual ruego e pido por merçed que la quiera perdonar todas las culpas e pecados que yo contra el fise e cometi en esta presente vida e la quiera levar e perdonar e poner en la su santa gloria de parayso donde los sus santos justos estan e los pecadores deseamos yr e entrar e mando mi cuerpo a la tierra onde fue formado*

*yten mando que quando a Dios nuestro sennor pluviere [sic] de me llevar desta presente vida que mi cuerpo sea sepultado en el monesterio de Sant Juan de los Reyes desta dicha çibdad de Toledo en abyto de señor San Francisco en el lugar donde mi albaça que de yuso sera declarada viere que mas cumple*

*Yten mando que el dicho dia de mi enterramiento acompañen mi cuerpo la crus e clerigos de la yglesia de Sant Roman desta dicha çibdad donde yo soy parrochiana e les paguen por el dicho acompañamiento su justo e devido salario*

*yten mando quel dicho dia de mi enterramiento acompañen mi cuerpo los cofadres de la cofadria de la caridad donde yo soy cofadra e les sea dado de mis bienes tresientos maravedis para quemar de la çera*

*yten mando quel dicho dia de mi enterramiento acompañen mi cuerpo la orden de los frayles del monesterio de Sant Françisco desta dicha çibdad e les sea pagado por el dicho acompañamiento su justo e devido salario*

*yten mando que sy falleçiere ante noche quel dia de mi enterramiento sy pudiere ser se diga por mi anyma treynta e tres misas de requiem e sy el dicho dia no se pudieren desir se me digan en uno o dos dias syguientes en el dicho monesterio de Sant Juan de los Reyes o donde mi albaça que de yuso sera nombrado mejor viere e sea pagado de mis bienes sus pitanças al que las dixere*

*yten mando que no se trayga luto ninguno por mi por ninguna nin alguna persona*

*yten mando que me sean fechos mis nueve dias en el dicho monesterio de Sant Juan de los Reyes en tres dias e que en cada un dia dellos me digan tres misas e lleven en cada un dia de los dichos tres dias ofrenda de pan e vino e çera e ençienso segund quel dicho mi albaça viere que cunple a mi honrra e se acostunbra levar por las semejantes*

*yten mando a las çinco mandas acostumbradas conviene a saber a las obras de Santa Maria de Toledo e Santa Maria de Guadalupe e Santa Olalla de Barçelona e al monesterio de la Santa Trenidad para*

*ayuda a sacar cabtyvos cristianos de tierra de moros a Santa Maria de la merçed para esta misma rason e definsyon e redençon a cada una destas dichas mandas un maravedi*

*yten mando a Catalina de la Fuente mi hermana mis casas que yo tengo e poseo por mias e como mias que son en esta dicha çibdad de Toledo en la collaçion de la yglesia de Sant Roman en las quiales yo agora moro que alindan de la una parte con casas del thesorero Lorenzo Suares Franco en que agora mora el jurado Gutierre Ferrandes e con las calles publicas reales las quales dichas casas son forras e libres e quitas las quales dichas casas le mando para que las tenga e posea la dicha Catalina de la Fuente mi hermana por suyas e como suyas todos los dias de su vida para faser dellas e en ellas e con ellas todo lo que ella quisyere o por bien tuviere en hemienda de muchos cargos que yo della tengo e por el grand debdo e amor que yo he tanto que las non pueda vender nin trocar nin canbiar nin enpeñar nin enajenar por que en fin de los dichos sus dias e vida de la dicha Catalina de la Fuente las dichas casas queden e sean para lo que yo le encomende e encargue que dellas fisiese lo qual ella muy bien sabe mi voluntad lo que despues de sus dias de las dichas casas ha de disponer e le yo encomende e encargue lo que dellas faga a la qual dicha Catalina de la Fuente mi hermana mando e dexo en cargo que en todos los dichos dias de su vida me faga faser la fiesta de la conçebicion de nuestra señora la virgen Maria e sus visperas e misa donde ella quisyere e asimismo me faga desyr por mi anima en todos los dichos dias de su vida una misa de nuestra sennora cada sabado e en fin de los dichos sus dias e vida disponga de las dichas mis casas lo que yo con ella fable en mi secreto que queria que en ellas se fisiese por mi anima e por el anima del dicho Diego Garçia mi marido de quien yo las dichas casas ove sobre lo qual yo le encargo su conçiençia que lo quiera faser e conplir segindgelo yo encomende e ella me lo prometio lo qual yo todo dexo a su determinaçion como lo ella lo quisyese faser sin que le sea demandada cuenta nin rason nin le sea puesto çerca dello contradicion alguna por ninguna nin alguna persona por manera que en todos los dichos dias de su vida la dicha Catalina de la Fuente mi hermana tenga e posea las dichas mis casas por suyas e como suyas segund dicho es e que despues de los dichos sus dias e vida disponga dellas lo que por mi le fue encomendado e encargado por quanto esta es mi determinada voluntad e final yntençon*

*yten encomiendo a la dicha Catalina de la Fuente mi hermana a Marina e a Juana mis criadas que las tenga e anpare e mire por ellas como yo fasta aqui he fecho e las satisfaga segund ella viere lo que cada una dellas mereçe por el serviçio que me han fecho e segund yo con ella lo fable*

*yten conplida mi anima e todas las mandas e legatos e pias cabsas en este dicho mi testamento contenidas e cada dia dellas segund que lo yo aqui dexo mando e ordeno fago e constituyo e dexo por mi universal heredera en todo el remanente que quedare e fincare de todos los dichos mis bienes asy muebles como*

*rayses sy algunos quedaren a la dicha Catalina de la Fuente mi hermana esto en hemienda de muchos cargos que yo della tengo e quiero e mando que aya e herede todos los dichos mis bienes e mando a Françisco de la Fuente e a Gonzalo de la Fuente mis hermanos a cada uno dellos quinientos maravedis con los quales yo los deseredo e quiero que non ayan mas de los dichos mis bienes*

*e para conplir e pagar e executar este dicho mi testamento e postrimera voluntad e las mandas e legatos e pias cabsas en el contenidas segund e por la forma e manera que lo yo aqui mando e dexo e ordeno fago e constituyo por mi albaçea e testamentario a la dicha Catalina de la Fuente mi hermana a la qual ruego e encomiendo e encargo su conçiencia que lo quiera faser e conplir bien por mi anima por que Dios nuestro sennor depare quien lo faga e cunpla por la suya quando menester le fuere que bien sabe que a Dios nuestro sennor no se encubre cosa ninguna en el Cielo nin en la Tierra*

*e por esta carta de mi testamento do e otorgo todo mi poder conplido a la dicha Catalina de la Fuente mi hermana para quella despues que yo finare e pasare desta presente vida se pueda apoderar e apodere de todos mis bienes asy muebles como rayses e semovientes do quier e por do quier que los yo he e tengo e me pertenecen en qualquier manera e pueda vender e venda e rematar e remate ende dellos los que quisyere e por bien toviere en almoneda o fuera della para conplir e pagar todo lo contenido en este dicho mi testamento e pueda recabdar e reçebir los mrs por que los dichos mis bienes vendieren e pueda faser e otorgar carta o cartas de vendida o vendidas e de remate de los dichos mis bienes e de cada parte dellos por ante quales quier escrivanos e notarios que a ello fueren presentes e con todas las fuerças e firmesas e penas e obligaciones e renunciaciones de leyes que cunplan e menester sean de se faser e otorgar e obligar e obligue a la rieda e saneamiento de las tales vendidas e remates todos los dichos otros mis bienes asy muebles como rayses*

*e otrosy le poder cunplido a la dicha Catalina de la Fuente mi hermana mi albaçea para que pueda demandar e recabdar reçebir e aver e cobrar todos e quales maravedis e oro e plata e ropas e joyas e otras cosas e bienes quales quier que quales quier persona o personas me deven e an a dar e pagar asy por contratos publicos e alvalaes como syn ellos o en otra qualquier manera o por qualquier rason que sea a de todo lo que ende reçibiere e oviere e cobrare pueda dar e otorgar sus cartas e alvalaes de pago e de libre e fin e quito las que en la dicha rason cunplieren e menester fueren e sean firmes e valederas asy e a tan conplidamente como sy yo mesma todo lo que dicho es reçibiese e cobrase e las dichas cartas de pago e de fin e quito diese e otorgase presente seyendo*

*e otrosy le do e otorgo todo mi poder conplido e bastante al dicho mi albaçea para que pueda entrar e*

*entre en contienda de juyso con quales quier personas que sean e por ante quales quier jueses e justisias asy eclesyasticas como seglares de quales quier çibdades e villas e lugares que sean e faser e faga todas las demandas e pedimientos e requerimientos protestaciones çitaçiones e enplasamyentos e entregas e execuçiones prendas e premias e afincamientos e todas las otras cosas e cada una dellas que para todo lo que dicho es e para cada cosa dello son e fueren menester e que yo mesma faria e faser podria presente seyendo*

*e quand conplido e bastante poder como yo he e tengo para todo lo que dicho es e para cada una cosa e parte dello otro tal e tan conplido e ese mesmo do e otorgo a vos la dicha Catalina de la Fuente mi hermana mi albaçea e testamentaria*

*e por esta carta de testamento e postrimera voluntad revoco e anullo e do por ningunos e de ningund valor todos los quales quier testamentos e cobdeçillos e mandas e poderes que yo aya fecho e otorgado en cabsa mortis fasta oy e quiero e mando que no valan nin fagan fe en juyso nin fuera del salvo este que es mi testamento e postrimera voluntad el qual quiero e mando que sea auido e tenido e conplido e executado como mi testamento e ulyma voluntad e sy valiere como testamento sy non mando que vala como epistola e como otra qualquier escriptura publica que mejor pueda ser de fecho e mas valer*

*e porque esto sea firme e no venga en dubda otorgue esta carta de mi testamento e postrimera voluntad en la manera que dicha es antel escrivano publico e testigos de yuso escriptos que fue fecha e otorgada en la dicha çibdad de Toledo a veynte dias del mes de desiembre anno del nasçimiento de nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quatroçientos ochenta e quatro annos*

*testigos que fueron presentes a lo que dicho es Garçia Serrano escrivano del rey nuestro sennor e Pedro de Madrid e Pedro de Toledo cortidor fijo de Juan de Ocanna e Diego Sanches alfaharero e Martin de Rojas fijo de Pedro de Rojas vesinos de la dicha çibdad de Toledo para esto llamados e rogados*

*e yo Estevan Lopes de Sant Benito escrivano publico del numero de la muy noble çibdad de Toledo presente fuy a todo lo que dicho es en uno con los dichos testigos e de ruego e otorgamiento de la dicha Teresa Garçia esta carta de testamento fise e escrivi la qual va escripta en estas siete fojas de papel [¿....?] de a quarto de pliego con esta en que va mi signo et en fin de cada plana lleva una rublica de las de mi nombre e por somo tres rayas de tinta e por ende fise aqui este mio signo [signo] en testimonio de verdad*

*[signo del escribano]*

Documento nº 11

1499, Marzo, 13. Toledo.

*Pedro Sánchez de Cuerva, escribano del Colegio de Escribanos de Toledo, suscribe actas del Colegio.*

A.H.P.T., Protocolos, nº 15991, fol. 2 r. - 3 vto.

Original.

*En treze dias del mes e março de mill e quatro çientos e noventa e nueve annos se ayuntaron los sennores escrivanos publicos en su casa de escrivania llamados por çedula de antedia la qual se dio firmada de Pero Fernandes de Oseguera en nombre del dicho Diego Ferrandes de Oseguera su hermano mayordomo del Colegio e de mi Pero Sanches de Cuerva escrivano publico e escrivano del Colegio e los sennores escrivanos publicos que se juntaron son los que se siguen*

*Diego Fernandes de Oseguera mayordomo*

*Frañisco Fernandes de Aguilera*

*Alvar Lopes del Arroyo*

*Pero Rodrigues de Bargas*

*Pero Rodrigues de Ocanna*

*Anton Gomes de Gomara*

*Pero Ortiz*

*Andres Ortega*

*Juan de Navarra*

*Pero Dias de Mondejar*

*Pero Gonsales de Roa*

*el jurado Frañisco de Bargas*

*Juan Nunnes de Madrid*

*Juan Garçia notario*

*Alonso Peres de Aguilera*

*ansy ayuntados los dichos sennores escrivanos publicos en su Colegio luego platicaron entre ellos para proveer de escrivano en el ofiçio de los pastores porque fasta oy le ha usado e exerçitado Alfonso Peres de Aguilera escrivano publico e por quanto no quiere el dicho Alfon Peres usar mas del e el ofiçio es del dicho Colegio e sobre muchas platicas que sobre ello ovieron acordaron dellegir e eligieron para escrivano que use e exerçite el dicho ofiçio e audiençia de los pastores a Andres Ortega escrivano publico desde oy en adelante por tanto tienpo como fuere la voluntad del dicho Colegio*



otrosy los dichos sennores deputaron a los sennores Pero Ortiz e Françisco Fernandes de Aguilera escrivanos publicos para que de parte del Colegio fablen con Aivaro de Yllescas alcalde de mesta e pastores disiendole como el dicho Andres Ortega escrivano publico es escrivano elegido e nombrado por el dicho Colegio para exerçitar el dicho ofiçio e mas lo que çerca desto les paresçiere sobre el dicho ofiçio

otrosy los dichos sennores platicaron sobre çiertas escrituras e cartas e provisiones pertenesçientes al colegio que tiene su muger de Ruy Sanches de Madrid escrivano publico que Dios aya por çiertos maravedis que le quedaron deviendo al dicho Ruy Sanches de los [¿....?] que fue a la Corte en serviçio del dicho collegio e sobre muchas platicas acordaron que se le paguen los dichos maravedis que deven Diego Peres escrivano de su alteça e diputaron e nombraron a los sennores el jurado Françisco de Bargas e a Pero Gonsales de Roa escrivanos publicos para que de parte del dicho Colegio lo diga e fable al dicho Diego Peres de manera que pague a su muger de Ruy Sanches lo que asy le es devido e se cobre las dichas escrituras e se ponga en carta del Colegio e de respuesta dello al sennor mayordomo

otrosy los dichos sennores diputaron para dar çedulas e mandallas dar que mas vieren que convenga mandar se dar a los honrados Alfonso Martines de Mora e Françisco de Aguilera e Juan Garçia notario e Alvar Lopes del Arroyo o los dos o trres dellos

otrosy los dichos sennores platicaron sobre la escritura que el Colegio tiene sobre los bienes de Alfonso Martines Cota de las casas que tiene a tributo del Colegio e acordaron que se vea con un letrado para que diga e declare lo quel Colegio deve faser cometieronlo a los sennores Alfonso Martines de Mora e Pero Gonçales de Roa que ellos lo vean e consulten con letrado sobre ello

otrosy este dicho dia los dichos sennores escrivanos publicos estando ayuntados en su colegio por sy e en nombre de los absentes otorgaron todo podeer cunplido bastante al honrado Diego Fernandes de Oseguera escrivano publico mayordomo del dicho Colegio espeçialmente para demandar reçebir e cobrar todos los maravedis e otras cosas al dicho Colegio devidos e pertenesçientes ansy de los tributos de casas al dicho Colegio pertenesçientes como de alcançes de los otros mayordomos si los oviere o de contribuçiones e repartimientos o en otra qual quier manera o para dar cartas de pago e para demandar en juisyo e fuera del o faser çerca dello todos los abtos que convengan e generalmente para en todos los pleytos e causas del dicho Colegio movidos e por mover con poder de jurar e sustinuir al qual relevaron segund derecho otorgaron de lo aver por firme su obligaçion de los bienes e posesyones del dicho Colegio otorgaron carta de poder firme testrigos Juan de Medina guarda del dicho Colegio e Juan de Avila criado

*del regidor Pedro Çapata e Diego Gomes de Ajofrin texedor de seda vesinos de Toledo*

*este dicho dia los dichos sennores dieron el cargo de las penas en que han caydo e cayeron los escrivanos reales e notarios apostolicos ansy desta çibdad de Toledo como de fuera della de los todos los annos pasados e deste presente anno fasta el dia de Sant Anton del anno venidero de mill e quinientos annos el dicho Diego Fernandes de Oseguera mayordomo e Anton Gomes de Gomara escrivanos publicos para que los pidan e demanden e executen para sy mismos para lo qual les dieron poder bastante e que por ello den al dicho Colegio quinientos maravedis e se carguen al dicho mayordomo con los otros maravedis de su cargo testigos los dichos de suso*

Documento nº 12

1501, Junio, 24. Granada.

*Isabel I y Fernando V, reyes de Castilla, proveen en favor del bachiller Alfón de Herrera la juraduría que quedó vacante por muerte de Martín Serrano*

A.M.T., A.C.J., Varia, nº 17, pza. 2.

Traslado: 1501, Julio, 15. Toledo.

*Este es traslado bien e fielmente sacado de una carta del rey e de la reyna nuestros sennores escripta en papel e firmada de sus reales nombres e sellada con su sello de çera colorada en las espaldads segund por ella paresçia su tenor de la qual es este que se sigue*

*Don Fernando e Donna Ysabel por la graçia de Dios rey e reyna de Castilla de Leon de Aragon de Seçilia de Granada de Toledo de Valençia de Galisia de Mallorcas de Sevilla de Çerdenna de Cordova de Murçia de Jahen de los Algarbes de Algesira de Gibraltar e de las yslas de Canaria condes de Barçelona e sennores de Viscaya e de Molina duques de Atenas e de Neopatria condes de Rosellon e de Çerdania marqueses de Oristan e de Goçiano por quanto por parte de vos el bachiller Alfón de Herrera a nos fue fecha relaçion disiendo que Martin Serrano jurado de la çibdad de Toledo en la collaçion de Santiago renunçio su juraduria ante de su fin e muerte en la dicha çibdad e en el Cabillo de los Jurados della para que proveyese del dicho ofiçio de juraderia a Diego de Santa Maria perteneçiendo a nos por la dicha renunçiaçion la provision del e no a la dicha çibdad por lo qual e por aver fecho la dicha renunçiaçion en persona ynabile e no de hedad e que no tiene casa en la dicha perrocha donde es el dicho ofiçio avia perdido el dicho ofiçio e pertenesçia a nos la provision del e estava vaco e nos suplicastes e pedistes por merçed que pues por las causas suso dichas e por cada una dellas pertenesçia a nos la provisyon para faser merçed del a quien nuestra merçed e voluntad fuese vos mandasemos faser merçed del dicho ofiçio de juradera o como la nuestra merçed fuese e nos acatando algunos buenos serviçios que nos avedes fecho e faseys de cada dia por la present si asy es quel dicho Martin Serrano renunçio el dicho ofiçio en la dicha Çibdad e en el Cabillo de los Jurados della para que proveyese del al dicho Diego de Santa Maria e pertenesçe a nos por las causas suso dichas o por qual quier dellas o en otra qual quier manera*

la provision del dicho ofiçio vos fasemos merçed del dicho ofiçio de juraderia de la collaçion de Santiago en lugar del dicho Martin Serrano e por esta nuestra carta mandamos al conçejo justiçia regidores cavalleros escuderos ofiçiales e òmes buenos de la dicha çibdad de Toledo e a los perrochanos de la dicha colaçion que luego que con esta nuestra carta fueren requeridos juntos en su conçejo e ayuntamiento segund que lo han de uso e de costumbre syn esperar otra nuestra carta nin mandamiento nin segunda nin terçera sy asy es como de suso se contiene reçiban de vos el dicho bachiller el juramento e solepnidad que en tal caso se acostunbra el qual por vos fecho vos reçiban por nuestro jurado de la dicha colaçion de Santiago en logar del dicho Martin Serrano e usen con vos en el dicho ofiçio e en todo lo a el conçerniente e vos recudan e fagan recudir con todos los derechos e salarios e otras cosas al dicho ofiçio de juraderia anexos e pertenesçientes e guarden e fagan guardar todas las honrras e guardas e merçedes e franquesas e libertades e esençiones preheminençias e todas las otras cosas e cada una dellas que por rason del dicho ofiçio vos deven ser guardadas segund que mejor e mas conplidamente recudieron e guardaron al dicho Martin Serrano e han recudido e recuden e guardando [sic] e guardan a los otros nuestros jurados de la dicha çibdad de Toledo de todo bien e conplidamente en guisa que vos no menguen en cosa alguna e que en ello nin en parte dello embargo nin contritio alguna non pongan nin consientan poner e a vos por esta nuestra carta vos reçebimos e avemos por reçebido al dicho ofiçio de juraderia e al uso e exerçiçio del e vos damos la posesyon e casy posesyon del e poder e facultad para lo usar e exerçer caso que por los dichos conçejo corregidor alcaldes cavalleros jurados escuderos ofiçiales e òmes buenos de la dicha çibdad de Toledo e perrochanos de la dicha collaçion o por alguno dellos no seades reçebido la qual dicha merçed fasemos vos el dicho bachiller Alfon de Herrera {¿....?} que non vos conçerteys por via directa ni yndirecta para que aya de quedar el dicho ofiçio en el dicho Alfon [sic] de Santa Maria e los unos nin los otros non fagades nin fagan ende al por alguna manera so pena de la nuestra merçed e de dies mill maravedis para la nuestra camara e de mas mandamos al ome que vos esta nuestra carta mostrare que vos enplase que parescades ante nos en la nuestrra Corte do quier que nos seamos del dia que vos enplasare fasta quinse dias primeros siguientes so la dicha pena so la qual mandamos a qual quier escrivano publico que para esto fuere llamado que de ende al que vos la mostrare testimonio sygnado con su sygno por que nos sepamos en como se cunple nuestro mandado dada en la çibdad de Granada a veynte e quatro dias del mes de junio anno del nascimiento de nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quinientos e un annos yo el rey yo la reyna yo Miguel Peres de Almagar secretario del rey e de la reyna nuestros sennores la fis escrevir por su mandado

E en las espaldas estavan escriptos estos nombres {¿....?} liçent el dotor arced de Talavera liçent Çapata mytell licent licent moxita registrada Alonso Peres Francisço Dias chançeller fecho e sacado este dicho traslado de la dicha carta de sus altesas original en la muy noble çibdad de Toledo a quinse dias del mes

*de jullio anno del nascimiento de nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quinientos e un annos testigos  
que fueron presentes e vieron leer e conçertar este dicho traslado con la dicha carta original de sus  
altasas Françisco Rodrigues de Canales escrivano e Juan de Sevilla notario vesinos de Toledo*

Documento nº 13

1502, [+Febrero], [+11]. Toledo.

*Alfón Ramirez de Villaescusa, regidor de Toledo, solicita al Cabildo de Jurados que informe a los reyes acerca del acuerdo del corregidor con varios regidores que quieren arrebatarle el banco que ocupa.*

A.M.T., A.C.J., Varia, nº 10.

Original.

*Nobles e vistuosos sennores el Cabildo de los Jurados*

*Yo Alfon Diaz de Quintanar en nombre e como procurador que soy del sennor doctor Alfon Ramires de Villescusa corregidor de la muy noble villa de [¿.....?] e del Consejo de sus altezas e regidor desta muy noble çibdad de Toledo digo que bien saben vuestras merçedes e vos es notorio y por tal lo alego como el dicho dotor fue resçibido por regidor desta çibdad y en onze dias del mes de febrero de mill e quatroçientos e ochenta e ocho annos por carta patente de sus altezas firmada de sus reales nombres y por conbite que para ello fue fecho como se costumbra faser en layuntamiento fue dado al dicho doctor el lugar e asyento a el devido conviene a saber donde se asyentan los otros cavalleros y en aquel mismo lugar e vanko e asyento asy como cavallero se asento y estovo el dicho doctor e contynuo e resydio quieta e paçifica mente en el dicho su lugar y asyento por espaçio de uno e dos e tres e quatro annos y por todo el tienpo que estovo en esta dicha çibdad y asy ha estado en la dicha su posesyon de catorze annos a esta parte segund paresçe por los actos de los ayuntamientos desta dicha çibdad que ante vuestras merçedes presento con esta petiçion por manera quel dicho dotor ha estado y esta en la dicha su posesyon en faz y en paz de todos los regidores cavalleros e çibdadanos sin que persona alguna gelo contradixese nin perturbase nin reclamase dellos antes todos los vieron por bien segund paresçe por los mismos actos de los ayuntamientos a los quales estovieron presentes los sennores Arias Gomez de Sylva e Ramir Nunnes de Guzman e Juan Ramires de Guzman e cuyos regimientos de poco tienpo aca han suçedido los ennores Tello de Guzman e Alfon de Sylva e Ferrand Peres de Guzman sus fijos y agora nuevamente el dicho Tello de Guzman ha yntentado de quitar perturbar e molestar al dicho doctor en el dicho su asyento e lugar*

*donde como dicho es fue resçebido y ha residido todo el dicho tienpo quieta a paçifica mente sin ninguna contradición y el sennor don Pedro de Castilla non se a que causa de lugar a su demanda tan ynjusta estando el dicho dotor en posesyon tan justa e quieta e paçifica mente el qual ha resçebido e resçibe grand agravio en no le anparar e defender en la dicha su posesyon y como esto es tan notorio agravio y propriamente al propio cargo e ofiçio de vuestras merçedes es fazer saber a sus altezas las cosas que acaesçen en esta çibdad espeçialmente sy el sennor corregidor o sus ministros fazen a alguno algund agravio por ende a vuestras merçedes pido por merçed que continuando el cargo de vuestro ofiçio de jurados por vuestra relaçion e petyçion verdadera ynformeis a sus altezas y a los sennores del su muy alto consejo de todo lo que en este caso vos consta por que sean ynformados por vuestras merçedes por sus petyçiones de la notoria justiçia quel dicho doctor tyene y suplicando a sus altezas que gela manden guardar mandandole defender e anparar en la dicha su posesyon y non dando lugar a que de aquella sea despojado nin en ella molestado nin ynquietado nin perturbado porque en esto Dios e sus altezas seran servidos en lo qual vuestras merçedes faran lo que deven e a mi en el dicho nombre faran merçed cuyas vidas e nobles e virtuosas personas conserve nuestro sennor a su santo serviçio*

Documento nº 14

1502, Agosto, 4. Burguillos.

*Juan Fernández de Oseguera, mayordomo del monasterio de Santo Domingo el Real, otorga testamento.*

A.S.D.R., nº 5/11.

Copia autorizada: 1503, Diciembre, 29. Toledo.

*En la noble çibdad de Toledo veynte e nueve dias del mes de dizienbre anno del nasçimiento de nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quinientos e tres annos este dicho dia antel honrrado Martin de Salzedo alcalde en la dicha çibdad de Toledo por el magnifico sennor don Pedro de Castilla corregidor e justiçia mayor de la dicha çibdad de Toledo por el rey e la reyna nuestros sennores e del su Consejo en presençia de mi Diego Fernandez de Oseguera escrivano publico de los del numero de la dicha çibdad de Toledo paresçio presente antel dicho sennor alcalde Pedro Rodrigues de Bonilla e Pero Fernandez de Oseguera escrivano publico vezino de la dicha çibdad de Toledo e dixeron que por quanto a su notiçia es venido que Juan Fernandez de Oseguera fielexecutor que fue desta dicha çibdad de Toledo difunto que Dios aya fizo e ordeno e otorgo su testamento e postrimera voluntad çerrado e sellado con un sello de çera colorado escripto en las espaldas del dicho testamento como le otorgo e en fin de la dicha otorgaçion firmado de su nombre e de çinco testigos e signado del sygno de mi el dicho Diego Fernandez de Oseguera segund que por ella paresçia el qual mostro e presento antel dicho sennor alcalde çerrado e sellado segund dicho es e que a su notiçia del dicho Pero Rodrigues de Bonilla era venido quel dicho Juan Fernandez de Oseguera le fizo e constituyo por su albaçea e testamentario e que era nesçesario de abrir el dicho testamento para conplir todas las mandas e pias cabsas en el contenidas*

*por ende el dicho Pero Rodrigues de Bonilla como albaçea susodicho e el dicho Pero Fernandez de Oseguera como su sobrino e pariente propinco dixeron al dicho sennor alcalde el dicho testamento como esta çerrado e sellado con la dicha otorgaçion escripta en las espaldas del firmada del dicho Juan Fernandez e de los dichos çinco testigos e sygnado de mi el dicho escrivano e por el visto lo mande abrir e abierto mandase faser publicaçion del para que sea publico e notorio todo lo en el contenido e de e*



*ynterponga el su abtoridad e decreto judiçial publico para que vala e sea firme e valedero en todo tienpo e lugar e paresca e de su liçençia al dicho Pero Rodrigues de Bonilla e a los otros albaçeas por el constituydos en el dicho testamento contenidos para que como albaçeas susodichos puedan conplir el dicho testamento e todas las mandas en el contenidas e que lo pedian e pidieron por testimonio e luego el dicho alcalde tomo el dicho testamento en sus manos çerrado e sellado como estava e firmado e sygnado e pregunto a mi el dicho escrivano si avia pasado ante mi la otorgaçion del dicho testamento e sy el dicho Juan Fernandez e los dichos çinco testigos que estavan firmados en la dicha otorgaçion sy lo avian firmado en mi presençia quando el dicho Juan Fernandez lo otorgo e yo el dicho Diego Fernandez escrivano publico dixe que la dicha otorgaçion del dicho testamento como en ella se contenia que avia pasado e paso ante mi e quel dicho Juan Fernandez lo avia otorgado ante mi e quel e los dichos çinco testigos lo avian firmado en mi presençia e que esta es la verdad*

*e luego el dicho sennor alcalde visto el dicho testamento e la dicha otorgaçion del como estava çerrado e sellado e ansy mismo visto el dicho pedimiento antel fecho por los susodichos dixo que mandava e mando abrir el dicho testamento el qual luego por mi el dicho escrivano por su mandado fue abierto publicamente e despues de asy abierto fue leydo todo lo en el contenido de verbo ad verbum su thenor de la qual dicha otorgaçion e del dicho testamento e de todo lo que dentro en el estava uno en pos de otro es este que se sygue*

*En el nombre de Dios amen por que la muerte es cosa muy çierta e la ora della muy dubdosa e quanto quier que ome della se aluengue no la puede huyr ni della escapar e por que todo ome de buen entendimiento deve estar aparejado en fecho de su anima que non sabe quando ni como nuestro sennor Dios le enviara a llamar que vaya a dar cuenta de lo que hiso e obro en este mundo e a los que bien hizieren dara galardon en la gloria del parayso e a los que mal pena perpetua en el ynfierno*

*Por ende sepan quantos esta carta de testamento vieren como yo Jhoan Fernandez de Oseguera hijo de Ruy Fernandez de Oseguera que santa gloria aya vezino de la muy noble çibdad de Toledo estando sano de mi cuerpo e en mi uso e entendimiento natural tal qual dios nuestro sennor me lo quiso dar por que non se el dia ni la hora en que nuestro sennor me enbiara a llamar otorgo e conosco que fago e ordeno este mi testamento e postrimera voluntad a honor e reverençia de nuestro redentor e salvador Ihesu Christo e de la bien aventurada Virgen gloriosa Santa Maria su madre e de todos los santos e santas de la Corte del Çielo creyendo firme mente que es un dios verdadero e que todas las cosas que son en el Çielo e en la tierra que las crio e hizo de no nada e que las mantiene con su ynfinito poder e con la su grand virtud otrosy creyendo firme mente que en esta santysma divinidad son tres personas e un Dios*

padre e fijo e Espiritu Santo trino e uno el qual hijo de Dios en su persona e por la virtud e obra del Espiritu Santo tomo la nuestra carne verdadera mente en el vientre virginal de la virgen gloriosa Santa Maria su madre nuestra muy cara sennora linpia e santa e nasçio de ella verdadero Dios e ome guardada sienpre la virginidad suya tambien antes del parto como en el parto como despues del parto otrosy creyendo que nuestro redentor sennor e maestro Ihesu Christo tomo muerte e pasion en la santa cruz + por fazer emienda a la cayda del pecado en que estava el humanal linaje e libronos de poder del Dyablo cuyos cativos estavamos otrosy que deçendio a los infiernos e que saco de alla Adan e a Eva e a todos sus amigos e otrsy creyendo que a terçero dia resuçito verdadero Dios e ome juntandose el anima e el cuerpo que estava en el santo sepulcro otrosy creyendo que todos quantos fueron e nasçieron desde el comienço del mundo aca e han de nasçer e nasçeran de aqui adelante que resuçitaran los buenos para ver e resçebir gloria e los malos para ver e resçebir pena otrosy creyendo que este hijo de Dios subio a los çielos verdadero Dios e verdadero ome e ha de venir el dia del juizio a judgar a todos los bivos y los muertos e dara a cada uno galardon e pena segund sus fechos e meresçimientos que hizieron mientros en este mundo bivieron otrosy por que yo se e creo verdaderamente que yo resçebi de Dios mi sennor el anima e el cuerpo e honra e todas las cosas que yo ove asi espirituales como temporales e nunca ove de mi mismo cosa alguna salvo las que de Dios reçebi otrosy creyendo que he de dar cuenta muy estrecha de quantas cosas de Dios nuestro sennor reçebi del mayor hasta el menor pensamiento por ende con afirmaçion de lo suso dicho ordeno e fago e establezco este mi testamento e postrimera voluntad en la manera que se sygue

primeramente mando mi anima a Dios padre que la crio e la hizo de nonada e fue redemida con la muy preçiosa sangre de su muy bendito hijo en el arbol de la santa cruz + que la quiera llevar con sus santos a la gloria del parayso e el cuerpo mando a la tierra donde fue formado mando que quando a mi sennor Dios ploguiere de me llevar de la vida presente quel mi cuerpo sea enterrado en el monasterio de mi sennor e padre Santo Domingo el Real y en su santo abito en el qual yo deseo morir porque yo del soy devoto y he seydo criado e mayordomo del su monasterio ha quarenta e dos annos en la sepoltura que mis sennoras la priora e las otras sennoras religiosas mandaren e mas fueren servidas e den por ella mis albaçeas lo que las dichas sennoras mandaren e mis albaçeas vieren e es rason e mando que en la dicha sepoltura donde yo asi fuere sepultado se ponga una piedra segund que los albaçeas vieren que cunple

yten mando qeul dicho dia de mi enterramiento acompanen el mi cuerpo hasta el dicho monasterio la cruz y clerigos de la iglesia de sennora Santa Leocadia donde yo he seydo sienpre perrochano e les den lo que se les acostunbra dar

yten mando quel dicho dia de mi enterramiento acompanen el mi cuerpo el cabillo de los sennores curas desta cibdad e les den el derecho que devan aver e digan vegilia e misa segund que es costunbre

yten mando quel dicho dia de mi enterramiento sea conbidada la cofadria de sennor Sant Pedro donde soy yo cofadre para que me entierren como a cofadre e les den su derecho acostunbrado e porque yo soy en cargo de lo que es ordenado en la dicha cofadria que cada e quando algund cofadre fallesçe ha de resar cada cofadre por cada cofadre que fallesçe çiertos paternostres e çiertas avemarias lo qual yo nunca conpli por ende mando que se de cargo a algund monasterio que digan çinquenta misas por las animas de aquellos cofadres por quien yo era obligado a resar lo sobredicho por descargo de mi conçiencia

yten mando que hagan nueve dias en tres dias en la yglesia del dicho monasterio que lieven el dia de mi enterramiento dose hachas e no mas e estas mismas esten cada dia e non mas e en el ofrenda que pusieren los albaçeas lo ordenaran e digan en el dicho monasterio por mi anima en todos los dichos tres dias asi en el como en Sant Pedro Martil y en Sant Bernaldo y en La Sysla cada dia treinta misas e le den lo que es acostunbrado e fagan cabo de anno e digan por mi anima aquel dia de cabo de anno dose misas e den a comer a dose pobres e cada dia del dicho anno desde el dia de mi enterramiento hasta el dicho cabo de anno digan una misa e se lleve la ofrenda segund costunbre

yten mando que dia de mi enterramiento a los dose pobres que llevaren las hachas les den a comer e sendos camisones por que rueguen a Dios por mi

yten mando que me sean dichas las misas del conde e del santo amador

yten mando que me digan un treyntenario llano

yten mando a las çinco mandas acostunbradas que les den a cada una diez maravedis

yten mando que por quanto muchas veses he oydo dezir a muchas personas religiosas que es cargo de conçiencia los gastos de los lutos por que no aprovecha al anima y es cosa superflua mando que no saquen luto

yten suplico e pido por merçed a mis sennoras la priora e sopriora y las otras muy nobles sennoras religiosas del dicho monasterio quieran mandar en los dichos tres dias se digan misas e vegilias cada

*dia segund costunbre e mando que les sea dado lo que es acostunbrado*

*yten por quanto no es rason que mis hijos ayan alguna diferençia sobre los bienes mios y de la dicha mi muger quales son suyos o quales son mios digo e declaro que asy nuestro sennor me ponga en su gloria e por los santos evangelios que todos los bienes muebles e rayzes que oy dia tenemos que son suyos e mios e le pertenesçen aver la meytad dellos por que ella e yo los avemos avido durante el matrimonio e asi mando que les sean entregados a la dicha mi muger la meytad de todos los dichos bienes por que confio en su conçiencia que lo fara conmigo e con sus hijos como muy honrrada muger*

*yten por quanto yo tengo çiertos cargos de çiertas personas en çierta forma y manera de que para descargo de mi anima y conçiencia yo soy obligado a la restituçion y pago dello por que mi anima no paresca [sic] detrimento e por algunas causas que a ello me mueven no hago declaraçion en este mi testamento de las personas e cargas en que les soy lo qual yo no puedo satisfaçer en mi vida e para que los dichos cargos en que asy soy en cargo despues de los dias de mi vida yo dexo un memorial escrito de mi letra e firmado de mi nombre todas las personas de quien asy tengo cargo e lo que a cada uno devo y soy en cargo el qual dicho memorial dexo en poder de mis albaçeas que de yuso seran nombrados para que ellos lo cunplan e paguen de mis bienes despues de los dias de mi vida por ende mando e encargo e encomiendo a los dichos mis albaçeas e a cada uno dellos que usando del poderio del dicho albaçeadgo muestren e publiquen el dicho memorial que yo asy dexo en su poder a los dichos mis hijos e hijas tan solamente e cunplan e paguen todo lo en el contenido a las personas e segund e por la forma e manera que por el paresçiera en ello no se ponga enbaraço nin contraste alguno por mis herederos que de yuso sean nombrados e quiero e mando quel dicho memorial sea avido por puesto e yncorporado en este mi testamento todo como en el se hallare segund e como en el se contuviere como sy palabra por palabra aqui fuese escrito e encorporado por clausula en este mi testamento*

*yten mando que paguen a Isidro Romero mi criado mill maravedis esto de mas e allende de los quatro mill maravedis que le tengo dados por lo que me sirvio*

*yten mando que paguen a Maria mi criada hija de Juan Lopez el de Hontanar ochoçientos e sesenta maravedis que le quede deviendo de lo que le era obligado a dar por el tiempo que me sirvio que quando le paguen los dichos ochoçientos e setenta maravedis cobren del dicho su padre el contrato de su serviçio e carta de pago de todo lo contenido en el dicho contrato*

*yten mando que por rason que yo ove rogado e rogue que ynpusiese en su heredad de Burguillos mi hijo*

*Juan Fernandez de Oseguera dos mill maravedis de tributo en que yo era en cargo de dar e pagar al dicho monasterio de Santo Domingo el Real por quanto tenia reęebidos ęinquenta mill maravedis para los conprar para el dicho monasterio por ende mando que se conpren los dichos dos mill maravedis de tributo segund en la forma e manera que se contiene en la escritura que esta otorgada por mi e por el dicho mi hijo al dicho monasterio a que dando los dichos dos mill maravedis el dicho monasterio de por ninguna la dicha escritura*

*yten mando que por quanto yo ove reęebido del dicho monasterio e de la sennora donna Sancha Ponce de León profesa del dicho monasterio ęient mill maravedis para conprar de tributos para la dicha donna Sancha los quales tributos no pude por entonęes aver y estava en nesęesydad y le suplique e pedi por meręed a la dicha sennora donna Sancha que me los dexase e que le daria cada anno de quantos los toviere ęinco mill maravedis y a su meręed le plugo dello los quales tuve diez annos e le pague cada anno ęinco mill maravedis de los quales dichos diez annos tengo cartas de pago de su meręed y en fin destos diez annos como vino la observanęia a causa que no ge los tomasen de mi poder para gastar en lavores que fueron nesęesarias en aquel anno luego dese fazer dentro en el dicho monasterio dimos orden Juan Rodrigues el escribano del monasterio e yo como yo enpusiese en mis casas las de Burguillos ęinco mill maravedis de tributo porque aunque supiesen los mayores e personas religiosas que tinien el dominio e governaęion del dicho monasterio como yo tenia los dichos ęient mill maravedis en la forma ya dicha no los pudiese tomar para gastar en lo sobredicho contra voluntad de la dicha sennora donna Sancha Ponęe el qual tributo sienpre le he pagado hasta oy y fue condięion que si hallase tributos en la dicha contia de los dichos ęinco mill maravedis en casas en la ęibdad que ge los conprase o si no que dentro de quatro annos le tornase los dichos ęient mill maravedis segund se contiene en la escritura que en esta rason paso e que las dichas mis casas e yo quedasemos libres por ende mando que supliquen a la dicha sennora donna Sancha que su meręed vea en su conęienęia si es rason que pague todos estos dichos ęient mill maravedis pues paso este negoęio en esta forma que dicha es y si su meręed mandare fazer lo que es su meręed de Dios e justięia e descargo de su conęienęia bien mando que les sean pagados los dichos ęient mill maravedis por que las dichas casas queden forras mando esto sy se fallare que es justięia*

*yten mando que por quanto yo vendi sesęientos maravedis de tributo que tenia en la bodega del alhandaque que solie ser de Garęia Martinez del Moral mi suegro que Dios aya para acabar de pagar a Juan de Gusman los maravedis de la escrivania que estavan ynpuestos en la dicha bodega al dicho monasterio de Santo Domingo el Real mando que se busque otra tal casa en tan buen lugar que la conpren y la pongan para el dicho monasterio los dichos seysęientos maravedis por que no pude por entonęes fazer otra cosa por conplir e pagar los dichos maravedis*

yten por quanto al tienpo que yo case a Maria de Oseguera mi hija e hija de la dicha mi muger con Alonso Perez de Ribadeneyra le di en casamientos dozientas e trainta mill maravedis de los bienes mios e de la dicha mi muger por ende mando que Juan Fernandez de Oseguera escrivano mayor de Toledo e Alfon e Christoval e Ursula e Margarida mis hijos e hijos de la dicha mi muger sean entregados en cada dozientos e treinta mill maravedis asi como fue entregada la dicha Maria de Oseguera mi hija esto que mando se entiende en la meytad de los bienes por que la otra mitad de todos los bienes que agora son mios e de mi meger los ha de aver la dicha mi muger segund que arriba dixe e declare por manera que son los maravedis que han de aver los dichos mis hijos de la parte de mis bienes çiento e quinze mill maravedis para ser ygualados con la dicha su hermana

yten mando que por quanto al tienpo que ove el ofiçio de la escrivania mayor del quel rey e reyna nuestros sennores me hizieron merçed por renunçiaçion que del dicho ofiçio me hiso el sennor Juan Ramirez de Guzman que Dios aya cuyo era sus altesas mandaron al sennor Don Juan de Ribera que me mandase de su parte que yo diese al dicho sennor Juan de Gusman por rason que me renunçiasse el dicho Juan de Guzman el derecho que el tenia al dicho ofiçio çiento e ochenta mill maravedis los quales yo le di e pague de los bienes mios e de la dicha mi muger por ende mando que le sean contados al dicho Juan Fernandez de Oseguera mi hijo los dichos çiento e ochenta mill maravedis de su legitima que ha daver de lo que arriba dixe e de los bienes de la dicha mi muger y esto tenga el en mucho que por darle a el este ofiçio no le di a quien me le conprava por mucha mayor contya de lo qual era tratante el sennor don Pedro de Castilla corregidor y la parte se ofresçia traer consentimiento de sus altesas para ello

yten por quanto el ofiçio de escrivania publica que yo tenia la tenia e tove sienpre para la dar e renunçar al dicho Christoval de Oseguera mi hijo y por rason que fue neçesario quel dicho Juan Fernandez de Oseguera mi hijo fuese escrivano publico para que mejor e mas liberal mente fuese reçevido por escrivano mayor de los ayuntamientos yo le renunçie a el la dicha escrivania publica la qual el dicho Juan Fernandez de Oseguera reçibio e yo gela renunçie con esta condiçion que despues de pasado çierto tienpo el dicho Juan Fernandez de Oseguera la renunçiasse e traspasase e diese al dicho Xristoval de Oseguera mi hijo e sy el dicho Juan Fernandez de Oseguera non quisiese renunçar el dicho ofiçio que fuese obligado a dar e pagar al dicho Christoval de Oseguera mi hijo çient mill maravedis conplido el dicho termino segund que mas largamente se contiene en la escritura quel dicho Juan Fernandez de Oseguera sobre lo ya dicho otorgo a la qual remito la qual obligaçion mando que sea entregada luego al dicho Christoval de Oseguera mi hijo la qual hallaran en el arca en que yo tengo mis escrituras en el talego grande de lienço

yten mando que por quanto al tiempo que labre la casa en que moro que es del dicho monasterio yo hable a mi sennora la priora donna Mária de Ayala que a la sason que yo queria labrar las dichas casas era priora del dicho monasterio y dixe a su merçed como aquella casa en que yo morava estava tan desypada e tan destruyda que avia verguença de morar en ella que sy mandava su merçed que yo hedeficase e labrase el quarto prinçipal que esta sobre el palaçio grande y la cosyna que estava cayda y losase y blaquease la dicha casa que bien sabia que por entonçes el dicho monasterio no tenia dineros que adelante lo podria entregar de lo que asy yo gastase en la dicha lavor de la dicha mi casa su merçed me respondio que bien era que se hiziese y pues yo tenia hijas en el dicho monasterio no era menester que tuviese esperança de entregarme en la renta del dicho monesterio que bien me podia entregar de todo lo que labrase en lo que avia de dar al dicho monesterio por rason de las dichas mis hijas en la qual dicha lavor yo gaste mas de quarenta mill maravedis de mas de diez mill maravedis que se gastaron de los maravedis del dicho monesterio por mandado de la dicha sennora donna Maria de Ayala priora del dicho monesterio que Dios aya por ende mando que estos dichos quarenta mill maravedis que yo asi gaste en las dichas casas del dicho monesterio por mandado de la dicha sennora donna Maria de Ayala sean reçebidos en cuenta e parte de pago de quales quier maravedis quel dicho monesterio oviere de aver de mis bienes e de los de mi muger por rason de las dichas mis hijas para en cuenta e parte de pago de la dicha su herençia que ansy han de aver

yten por quanto al tiempo que meti monjas en el dicho monesterio a las dichas mis hijas segund la parte que yo tenia e tove en mis sennoras priora e monjas e convento del dicho monesterio bien pudiera trabajar como oviera iguala de los bienes que avia de dar de mi fazienda al dicho monesterio por rason de la herençia de las dichas mis hijas mas yo consyderando como Dios no era servido de lo tal propuse de no trabajallo mas antes que se que fuesen ygualmente heredadas con los otros mis hijos y aun sy ser pudiera y el derecho lo sufriera quisiera que ovieran mas de mis bienes que no los otros mis hijos pues que las dava para servir a Dios que fuesen mejor pagadas que por yntençion que sienpre tuve e en la linpiesa de serviçio desta casa nuestro sennor lo ha hecho connigo mejor que yo nunca meresçi nin meresco y por que al tiempo que las dichas mis hijas Ursura de Oseguera e Magarida de Oseguera reçibieron velos yo gaste en ellos mas de treynta mill maravedis e los dichos quarenta mill de la dicha lavor que son por todos setenta mill maravedis le sean contados en los maravedis que las dichas mis hijas Ursura e Margarida han de aver por rason de sus legitimas

Yten mando que digan por el anima de Pedro del Moral mi cunnado que dios aya çient misas en la iglesia de Sant Andres donde el dicho Pedro del Moral esta enterrado

*otrosy mando que si de mas de las cosas que de aqui mando pagar mi muger se acordare que yo soy en cargo y tambien ella que mando que se paguen por que bien se que es persona de saber de conçiencia y que lo que ella dixere sera verdad por que todo lo que yo soy a cargo es durante el matrimonio de que de derecho le cabe a pagar la meytad dello que mando que se pague*

*yten mando que por quanto yo ove tomado de mi sennora donna Iohanna de Herrera y del dicho monesterio la heredad de Valdegamez que es ençima de la yglesia de Santa Susana que esta en cabo de la vega de la çibdad de Toledo la qual dicha heredad yo tome a perpetuo por vida mia e de mi muger y de un hijo por presçio de tres mill e quinientos maravedis cada anno la qual dicha heredad yo conpre por mandado de mi sennora donna Juana de Herrera priora que fue del dicho monesterio muchos annos ante que la dicha sennora donna Juana fuese priora del dicho monesterio la qual yo conpre para su merçed de Juan de Lugones e de otras personas por contya de unos çinquenta e seys mill maravedis y despues de asy conprada la dicha heredad el dicho monesterio e la dicha sennora donna Juana juntamente me la dieron a tributo como dicho es e segund que mas largamente se hallara en los libros Diagonalonso el Albo que a la sason era escrivano del dicho monesterio e tambien se hallara en los libros del dicho monesterio donde se pone lo que se da a tributo como por otorgamiento de mi sennora la priora donna Catalina de Castilla e la dicha sennora donna Juana e discretas me fue dada como dicho es e le començe a pagar el dicho tributo e como a la sason desto ovo algunos movimientos en la dicha çibdad entre los seniores conde de Çifuentes e don Juan de Ribera de la una parte e Lope Ortiz destunniga e de la otra los mariscales Perafan e Fernando de Ribadeneyra e los abades e los escuderos que dezian del rey don Enrique nuestro sennor que santa gloria aya el dicho sennor rey por dar paz en las dichas dyferençias mando a los dichos seniores conde de Çifuentes e don Juan de Ribera e Lope Ortiz destunniga e a los otros que los seguiian que saliesen de la çibdad y por rason que yo servia e seguia al dicho sennor don Juan ove de yr con su merçed donde estovimos çerca de dos annos y desque venimos a la çibdad yo devia a la a la sennora donna Juana de Herrera el dicho perpetuo de la dicha renta del y su merçed en viniendo enviome los a pedir y como veniamos perdidos yo no tenia de que poder pagar por estonçe enbiele a suplicar que su merçed me dyese logar que yo le pagaria todo lo que devia su merçed me envio dezir que ya veyra como era pasado tanto tienpo y que no le pagava y ella entendia dar la dicha heredad a quien mejor la pagase yo desque vi que con tanto enojo su merçed lo desya respondi que su merçed podia haser lo que mas fuese servida y luego algunos annos la arrendo a algunas personas anno avie que por ocho mill y anno avie que por de mas e otro por de menos al fin que a este que agora la tiene ge la dio por seys mill maravedis cada anno y yo veyendo quien su merçed era y como yo era suyo tenia esperança que me mandaria bolver la herdad e satisfasirme e desde entonçes fasta oy he pagado cada anno a Satyuste treynta maravedis e al monesterio de Santo Domingo el viejo quinse maravedis de que entiendo que su*



*merçed me es a cargo por mas de ochenta mill maravedis de todos aquellos annos fasta oy que mando a mis herederos que con buenas personas enbien a pedir e requerir de conçiencia a la dicha sennora dona Juana que lo mande descargar y pagar lo que es asy a cargo y sy su merçed no lo hiziere requieran a mi sennora la priora y a las ortras sennoras religiosas del dicho monesterio en quien ha de pasar esta renta que pues que me dieron sus merçedes junta mente la dicha heredad y son obligadas a la sanear que descarguen sus conçiencias e me manden pagar lo que hallaren que me son a cargo donde non quisieren a nuestro sennor lo remito quel sea el juez que a quien he servido tantos annos nunca quiera Dios que por mi les sea puesto pleyto y asy ge lo suplico y pido por merçed lo mande ver con ojos de piedad e de conçiencia*

*yten mando que pagado todo aquello que soy a cargo de pagar del quinto de mis bienes por este mi testamento del quinto de mis bienes y yo de derecho puedo disponer y mandar gastar por descargo de lo que a mi alma cunple que mando que mi hazienda sea justa mente apresçiada por buenas personas que con juramento la apresçien bien e fielmente y asy apresçiado mando que todo el remanente que fincare del dicho mi quinto sea gastado en desir misas por mi anima dentro del anno que yo fallesçiere en aquellos lugares que mis albaçeas bien vieren se podran dezir mejor espeçial mente en el dicho monesterio de Santo Domingo y ruego mucho a mis hijos que esto no lo ayan a mal por que yo he seydo tan pecador que todo el tienpo que he bivido lo he gastado en buscar como les dexase hazienda no curando de gastar el tienpo en lo que a mi alma conplia que si yo mirara a mi padre que santa gloria aya que por faser como buen christiano no dexo a mi ni a mis hermanos el dia que fallesçio salvo sendas cucharas de plata y no otra cosa que sy yo asy fisiera no levara el temor que levo mas antes le mucho ruego a mi muger y a ellos que quieran mirar como lo trabaje que por un solo Dios de sus bienes fagan bien por mi alma porque a luengos tienpos asy lo fagan sus hijos por ellos quando nuestro sennor los llevare*

*y para cunplir y pagar este mi testamento y las mandas y legatos y pias causas en el contenidas y cada una dellas hago y ordeno por mis albaçeas y testamentarios a Margarida Fernandez mi muger a a Alonso de Oseguera mi hijo a amos a dos y doles mi poder conplido e llevero e bastante para poder vender e rematar mis bienes en almoneda o fuera della e puedan faser e otorgar carta o cartas de vendidas de los dichos mis bienes e do les tan conplido poder como puedo e devo de derecho e que fagan como yo faria si bivo fuese con todas las fuerças e premias e condiçiones que los derechos en tal caso quieren e pagado e conplido este mi testamento e las mandas e legatos e pias causas en el contenidas fago e establezco por mis universales herederos a los dichos mis hijos e hijos de la dicha mi muger eçepto del dicho mi quinto que todavia mando que sea gastado en desir misas por mi alma como lo mande arriba en la clausula que*

*esta en somo desta*

*Juan Fernandez de Oseguera*

*E asy abierto e leydo el dicho testamento segund que en el se contiene luego el dicho sennor alcalde dixo que avia e ovo por abierto e publicado el dicho testamento e fasia e fizo publicaçion del e mandava e mando que fuese avido e tenido por testamento e ultima voluntad del dicho Juan Fernandez de Oseguera e sea cunplido e executado en todo e por todo segund que en el se contiene al qual dixo que dava e dio su abtoridad e interponia e interpuso su derecho judicial para que vala e faga fe en juyzio e fuera del en todo tienpo e lugar que paresçiere e que dava e dio su liçençia en quanto podia e de derecho devia a los sobredichos testamentarios e albaçeas en el dicho testamento contenidos para que puedan usar en el dicho ofiçio de albaçeadgo e conplir e pagar todas las mandas e legatos e pias causas en el dicho testamento contenidas e faser e fagan todas las otras cosas que como tales albaçeas son obligados a faser segund el dicho Juan Fernandez los constituyo por el dicho su testamento de lo qual todo en como paso los susodichos lo pidieron por testimonio e yo el dicho escrivano de su pedimiento e mandamiento del dicho sennor alcalde fize ende de lo que dicho es publicos instrumentos de un thenor de los quales el uno dellos es este que fue fecho e paso en la dicha çibdad de Toledo en el dia e mes e anno suso dichos testigos que fueron presentes Pero Rodrigues de Vargas escrivano publico e Françisco de Ribadeneira camarero del sennor conde de Çifuentes e Garçi Serrano escrivano vezinos de la dicha çibdad de Toledo para ello llamados e rogados e yo el dicho Diego Fernandes de Oseguera escrivano publico de los del numero de la dicha çibdad de Toledo fuy presente antel dicho sennor Martin de Sasedo alcalde en uno con los dichos testigos e de mandamiento del dicho alcalde que aqui [¿.....?] su nombre e de ruego e pedimiento de los dichos Pero Rodrigues de Bonilla e Pero Fernandes de Oseguera este publico instrumento fis escrevir por ende fis aqui este mio signo [signo] a tal en testimonio de verdad*

Documento nº 15

[1506], [Noviembre], [27]. [Toledo].

*El Cabildo de Jurados de Toledo pone en conocimiento de Juana I, reina de Castilla, el alboroto que ha tenido lugar en Toledo por la pugna entre el corregidor Pedro de Castilla y el alguacil mayor Pedro López de Ayala.*

A.M.T., Ms., sec. B, nº 120, fol. 324 vto.

Copia simple.

*Muy alta e poderosa prinçesa reyna nuestra sennora*

*El Cabildo de los Jurados de la muy noble çibdad de Toledo besamos las reales manos de vuestra altesa a la qual plega saber que ayer jueves XXVI dias del presente mes de noviembre el conde de Fuentsalida con otros muchos cavalleros parientes e amigos e valedores con muchas gentes armadas queriendo usar de su ofiçio de alguasil mayor salio de su posada con la vara de justiçia e otros muchos con varas de alguasiles por las calles publicas desta çibdad e por nosotros de parte de vuestra altesa fue requerido el dicho Conde e alguasiles de los cavalleros de los que ivan con el que se tornasen e çesasen de tan grande alboroto e non diesen lugar a tantas feridas e muertes de onbres como estavan aparejadas por que non se perdiese esta çibdad pidiendolo por testimonio ante escrivano e non curando dello pasaron adelante por las quatro calles fasta la plaça de Çocadover que es la prinçipal desta çibdad e se dieron pregones publicamente so grandes penas que ninguno truxese varas de alguasil de los que las trayan por el corregidor don Pedro de Castilla y se volvieron por otras calles fasta venir a la iglesia mayor y de alli ya noche se tornaron a su posada y algunos cavalleros servidores de vuestra altesa entienden en la pas e sosiego desta çibdad con el dicho Conde cumpliendo nuestro ofiçio e cargo por que esta es la mayor cosa de que se puede seguir deserviçio a vuestra altesa y perdimiento desta çibdad acordamos de lo faser saber a vuestra altesa a vuestra real majestad suplicamos muy humillmente mande luego proveer e remediar çerca dello lo que mas viere que cumple a su serviçio y al bien y sosiego desta su çibdad por que en ello Dios nuestro sennor sera muy servido y a nosotros y a toda esta çibdad fara grand merçed sobre lo qual enbiamos a [en blanco] suplicamos a vuestra altesa le mande oyr y dar fe a lo que de nuestra*

*parte dira çerca de lo susodicho por que no podemos asumirel grande escandalo y alboroto desta çibdad y el danno y perdiçion della que se espera el muy alto e muy poderoso estado de vuestra altesa ensalçe y prospere por largos tienpos con acresçentamiento de muchos reinos y sennorios*

[Más abajo, en letra diferente] *So color que dyse que don Pedro de Castilla non es corregidor*

Documento nº 16

1508, Noviembre, 8. [Toledo].

*Fernando de Segovia, jurado por la collación de Santa María Magdalena presenta ante el Cabildo de Jurados la renuncia de su oficio en favor de su hijo Antonio de Escobar.*

A.M.T., A.C.J., Cartas, caja 1, nº 26.

Original.

*Muy nobles virtuosos sennores Cabildo de los Jurados*

*Fernando de Segovia jurado de la perrocha de sennora Santa Maria Madalena desta muy noble çibdad de Toledo beso vuestras manos e me encomiendo en vuestras merçedes las quales bien saben como fasta agora yo he usado e exerçitado el dicho mi ofiçio de juraderia e agora por muchas ocupaçiones que tengo ansy de enfermedad de mi persona como otras cosas que me ocurren non puedo usar nin exerçer el dicho ofiçio de juraderia de lo qual se me fase cargo de conçeñcia e por descargo de aquella yo querria renunçiar e traspasar e por la presente renunçio e traspaso el dicho mi ofiçio de juraderia de la dicha perrocha de sennora Santa Maria Madalena desta dicha çibdad donde yo soy jurado en Antonio Descobar mi fijo legitimo por que es presona abile e sufiçiente e perteneçiente para lo ser por que humil mente a vuestras merçedes suplico resçiban e manden resçebir esta dicha mi renunçia e den e admitan el dicho ofiçio de juraderia al dicho Antonio Descobar mi fijo e le acudan e manden acudir con los dineros e salarios al dicho ofiçio pertenesçientes seyendo resçebido por los perrochanos de la dicha perrocha e le guarden e fagan guardar todas las onrras e libertades e franquezas e inmunidades que por rason del dicho ofiçio le deben ser guardadas esto sennores fago plaziendo dello a vuestras merçedes e si por vuestras merçedes e por los dichos perrochanos non fuere resçebido al dicho ofiçio yo non fago la dicha renunçiaçion del antes lo dexo e tengo e retengo en mi e para mi para serviçio de su alteza e porque desto sennores seades çiertos firme la presente renunçiaçion de mi nombre e la otorgue e otorgo antel escrivano publico e testigos de yuso escritos que fue fecha e otorgada en la dicha çibdad de Toledo dentro en las casas de Fernand [¿...?] en la perrocha de San Salvador desta çibdad testigos que fueron presentes el mariscal Payo Barroso de Ribera e don Françisco Alvares canonigo e maestreescuela de la Santa*

*Yglesya de Toledo e Graviel de Aguilar e Bartolome de Torres vesinos de la dicha çibdad de Toledo la qual dicha renunçiaçion fue otorgada a ocho dias del mes de noviembre anno del nasçimiento de nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quinientos e ocho annos Fernando de Segovia [signo] Yo Nicolas Hernandez de Parraga escrivano publico de los del numero de la dicha çibdad de Toledo fuy presente a todo lo que dicho es en uno con los dichos testigos e de otorgamiento del dicho jurado Herrando de Segovia aqui firmo su nombre este publico instrumento fiz escrevir segund que ante mi paso e por ende fize aqui este mio sygno que es a tal [signo] en testimonio de verdad*

Documento nº 17

1511, Agosto, 9. Toledo.

*Francisco Álvarez de Bonilla y Alfonso de Toledo prestan juramento ante el corregidor de los oficios de jurado para los que han sido designados.*

A.M.T., A.C.J., Varia, nº 22.

Copia.

*Que vos jurays a Dios y a esta señal de + en que pusistes vuestra mano derecha que deste ofiçio de juraderia de que soys proveydo usareys bien e fielmente como buen jurado y natural desta çibdad y que en todo guardareys y mirareys el serviçio de Dios e de la Reyna nuestra sennora y el bien publico desta çibdad y que honrrareys y favoreçereys la justiçia della e que no descubrireyes los secretos della quando en ellos os fallaredes y que si alguna cosa supieredes que en esta çibdad se faze contra el serviçio de la reyna nuestra sennora lo denunçiareys y fareys saber a su alteza por vuestra persona o por carta y mensajero vuestro o lo fareys saber a su corregidor que en esta çibdad es o fuere por manera que dijere en indijere no se soys en lo contrario os perjuro e la confeseys*

Documento nº 18

1516, Noviembre, 8. Madrid.

*Juana I y Carlos I, reyes de Castilla, ordenan a la Ciudad que reciba a Luis Portocarrero, conde de Palma, como corregidor de Toledo.*

A.M.T., A.S., caj. 1, leg. 8, nº 24.

Inserción en su confirmación: 1516, Noviembre, 23. Madrid.

*Donna Juana y don Carlos su hijo por la gracia de Dios reyna e rey de Castilla de Leon de Aragon de las dos Seçilias de Iherusalem de Navarra de Granada de Toledo de Valençia de Galizia de Mallorcas de Sevilla de Çerdenna de Cordova de Corçega de Murçia de Jahen de los Algarbes de Algezira de Gibraltar e de las yslas de Canaria e de las Yndias yslas e tierra firme del mar oçeano condes de Barçelona sennores de Vizcaya e de Molina duques de Atenas e Neopatria condes de Ruysellon e de Çerdania marqueses de Oristan e de Goçiano archiduques de Austria duques de Borgoña e de Brabante condes de Flandes e de Tirol etçetera a vos el ayuntamiento e regidores e cavalleros jurados escuderos ofiçiales e omes buenos de la muy noble çibdad de Toledo salud e gracia bien sabedes como nos hubimos mandado dar una nuestra carta para vosotros para que resçibiesedes por corregidor desa dicha çibdad a don Luys Puerto Carrero conde de Palma nuestro vasallo su thenor de la qual es este que se sigue*

*Donna Juana y don Carlos su hijo por la gracia de Dios reyna y rey de Castilla de Leon de Aragon de las dos Seçilias de Iherusalem de Navarra de Granada de Toledo de Valençia de Galizia de Mallorcas de Sevilla de Çerdenna de Cordova de Corçega de Murçia de Jahen de los Algarves de Algezira de Gibraltar e de las yslas de Canaria e de las Yndias yslas e tierra firme del mar oçeano condes de Barçelona sennores de Vizcaya e de Molina duques de Atenas e de Neopatria condes de Ruysellon e de Çerdania marqueses de Oristan e de Goçiano archiduques de Austria duques de Borgonna e de Brabante condes de Flandes e de Tirol etçetera a vos el ayuntamiento justiçia regidores cavalleros jurados escuderos ofiçiales omes buenos de la muy noble çibdad de Toledo salud e gracia sepades que nos entendiendo ser conplidero a nuestro serviçio e a la execucion de la nuestra justiçia e a la paz e sosiego de la dicha çibdad e su tierra nuestra merçed e voluntad es que don Luys Puerto Carrero conde de Palma*



tenga por nos el ofiçio de corregimiento e juzgado desa dicha çibdad e su tierra por tienpo de un anno primero siguiente contando desde el dia que por vosotros fuere resçevido al dicho ofiçio fasta ser cunplido con los ofiços de justiçia o jurisdiccion çevil e criminal e alcaldias e alguaziladgo desa dicha çibdad e su tierra porque vos mandamos a vos e a cada uno de vos que luego vista esta nuestra carta sin otra luenga ni tardança alguna e sin nos mas requerir nin consultar nin esperar otra nuestra carta nin mandamiento ni provision resçibades del dicho conde de Palma el juramento e solenidad que en tal caso se acostumbra fazer el qual por vos fecho le resçibades por nuestro corregidor e juez desa dicha çibdad e su tierra e le dexedes e consintades libre mente usar del dicho ofiçio e cunplir y executar la nuestra justiçia por si e por sus ofiçiales e lugares tenientes que es nuestra merçed que los dichos ofiços de alcaldias e alguaziladgo e otros ofiços al dicho corregimiento anexos pueda poner los quales pueda quitar e admoover cada e quando que a nuestro serviçio e a la execuçion de la nuestra justiçia cunpla e poner e subrrogar otro o otros en su lugar e oyga e libre e determine los pleytos e causas çeviles e criminales que en esa dicha çibdad estan pendientes comenzados e movidos e que en quanto por nos tuviere el dicho ofiçio se comenzaren e movieren e aver e llevar los dichos salarios acostumbrados e a los dichos ofiços pertenesçientes e que el entienda que a nuestro serviçio e a la execuçion de la nuestra justiçia cunpla e que para usar y exerçer el dicho ofiçio e cunplir y executar la nuestra justiçia todos vos conformeyss con el con vuestras personas y gentes y le deys y fagays dar todo el favor e ayuda que vos pidiere e menester oviere e que en ello nin en parte dello embargo ni contrario alguno le pongades ni consintades poner que nos por la presente le resçevimos e avemos por resçevido al dicho ofiçio e le damos poder para lo usar y exerçer e para cunplir y executar la nuestra justiçia caso que por vosotros o por alguno de vos no sea resçevido por quanto cunple a nuestro serviçio que el dicho conde de Palma tenga el dicho ofiçio por el dicho un anno no enbargante quales quier estatutos e costumbres que çerca dello tengades e por esta nuestra carta mandamos a quales quier personas que tienen las varas de la nuestra justiçia e de los dichos ofiços de alcaldias e alguaziladgo desa dicha çibdad e su tierra que luego las den y entreguen al dicho nuestro corregidor e que no usen mas dellas sin nuestra liçencia so las penas en que caen las presonas privadas que usan de ofiços publicos porque no tienen poder ni facultad ca nos por la presente los suspendemos y avemos por suspendidos e otrosi es nuestra merçed que si el dicho nuestro corregidor entendiere que es cunplidero a nuestro serviçio e a la execuçion de la nuestra justiçia que quales quier cavalleros e otras presonas vezinos desa dicha çibdad o de fuera parte que a ella vinieren o en ella estan salgan della que no entren ni esten en ella e que se vengán e presenten ante nos que lo el pueda mandar de nuestra parte e los faga della salir a los quales a quien lo el dixere e mandare nos por la presente mandamos que luego sin nos mas requerir ni consultar sobre ello ni esperar otra nuestra carta ni mandamiento e sin ynterponer dello apelacion ni suplicaçion lo pongan en obra segund que lo el dixere e mandare so las penas que les el pusiere de nuestra parte las quales nos por la presente

les ponemos y avemos por puestas e les damos poder e facultad para las ejecutar en los que remisos y no bidientes fueren y en sus bienes e mandamos al dicho nuestro corregidor que conosciades todas las causas e negoçios que estan cometidos a los corregidores e juezes de residençia sus anteçesores aun que sean de fuera de su jurisdiccion tome los proçesos en el estado en que los fallare e atento el tenor y forma de las cartas y provisiones que les fueron dadas faga a las partes cunplimiento de justiçia que para ello le damos poder conplido e otrosi por esta nuestra carta mandamos a vos el dicho ayuntamiento justiçia regidores cavalleros escuderos ofiçiales y omes buenos de la dicha çibdad que fagades dar y dedes al dicho nuestro corregidor este dicho anno otros tantos maravedis como aveys acostunbrado dar y pagar a los otros corregidores que fasta aqui an sido para los quales aver y cobrar de vosotros y de vuestros bienes e para vos fazer sobre ello todas las prendas e mas execuçiones y vençiones y remates de bienes que nesçesarias sean e para usar y exerçer el dicho ofiçio e cunplir y executar la nuestra justiçia le damos por esta nuestra carta poder conplido con todas sus inçidençias y dependençias anexidades e conexidades e otrosi vos mandamos que al tiempo que resçibierdes por nuestro corregidor de la dicha çibdad al dicho conde de Palma tomedes e resçibades del fianças llanas y abonadas que hara la residençia que las leyes de nuestros reynos mandan e otrosi tomedes e resçibades del juramento que dara para el dicho tiempo que por nos tuviere el dicho ofiçio visitara los terminos desa dicha çibdad a lo menos dos vezes en el anno e que renovara los mojones si menester fuere e que restytuyra lo que injustamente estuviere tomado e si no lo pudiere buenamente restytuyr enviara ante nos a nuestro consejo relacion dello para que nos lo proveamos como cunpla a nuestro serviçio e otrosi mandamos al dicho nuestro corregidor que las penas pertenescientes a nuestra camara o fisco en que el y sus ofiçiales condenaren a quales quier [¿.....?] y presonas a las que el pusiere para la nuestra camara que asimismo condenare a que las executen e las pongan en poder del escrivano del conçejo desa dicha çibdad por ynventario e ante escrivano publico para que las de y entregue al nuestro reçeptor de las dichas penas o a quien su poder oviere e otrosi mandamos al dicho nuestro corregidor que se ynforme que portazgos e ynpuçiones [¿.....?] se llevan en esa dicha çibdad y en sus comarcas e lo desa dicha çibdad y su tierra remedie e asimismo lo de sus comarcas que se pudiere remediar y lo que no se pudiere remediar nos lo notifique e nos enbie la pesquisa y verdadera relacion dello para que nos lo mandemos proveer como con justiçia debamos e otrosi mandamos al dicho nuestro corregidor que resçiba rresidençia del liçençiado Gonçalo Garçia de Gallegos nuestro juez de residençia que fue desa dicha çibdad e de sus ofiçiales por termino de quinze dias primeros siguientes segund que la ley fecha en las Cortes de Toledo lo dispone e cunpla de justiçia a los que del oviere querellosos sentençiando las dichas causas syn las remitir ante los del nuestro consejo salvo las causas que por los capitulos de los juezes de residençia se le mandan remitir la qual mandamos al dicho liçençiado Gallegos y a sus ofiçiales que hagan ante el dicho nuestro corregidor segund dicho es e otrosi le mandamos que se ynforme como y de que manera el dicho liçençiado Gallegos

y sus ofiçiales an usado el dicho ofiçio de corregimiento y executando la nuestra justiçia espeçialmente en los pecados publicos e como se an guardado las leyes fechas en las Cortes de Toledo e fecho guardar y cunplir y executar las sentençias que son dadas en favor desa dicha çibdad y si en algo fallare en partes por la ynformaçion secreta al dicho liçençiado Gallego y a sus ofiçiales llamadas e oydas las partes averigue la verdad e averiguada faga sobre todo ello cunplimiento de justiçia aperçibiendo al dicho liçençiado Gallego que faga ante el sus probanças y sus descargos porque aca no ha de ser mas rresçebido a prueba sobre ello e todo ello averiguado e la verdad sabida e determinada en la manera que dicha es la enbie asi mismo aya ynformaçion de las penas en que el dicho liçençiado de Gallego o sus ofiçiales condenaron a quales quier consejos y personas pertenesçientes a nuestra camara e fisco e las cobre dellos e las de y entregue a nuestro reçeptor de las dichas penas o a quien su poder oviere e otrosi mandamos al dicho nuestro corregidor que tome e resçiba las quantas de los propios y repartimientos desa dicha çibdad que se an echado e repartido e gastado despues que las mandamos tomar y resçebir y fueron tomadas y resçevidas y lo enbie ante nos para que nos lo mandemos proveer y hazer sobre ello cunplimiento de justiçia e asi mismo tome e resçiba residençia de los regidores y escrivanos del consejo y escrivanos publicos desa dicha çibdad y como y en que manera an usado y exerçido los dichos ofiçios e si en algo los fallaredes en parte por la ynformaçion secreta les de traslado dello e rresçiba sus descargos e averiguada la verdad cerca dello cunplidos los dichos quinze dias de la dicha residençia lo enbie todo ante nos con la ynformaçion que huviere tomado de como el dicho liçençiado de Gallegos e sus ofiçiales an usado el dicho ofiçio de corregimiento e mandamos quel alcalde que pusiere en esa dicha çibdad aya de salario por el dicho un anno veynte mill maravedis de mas y allende de sus derechos ordinarios que como alcalde le pertenesçen los quales mandamos a vos el dicho conçejo que dys e pageys al dicho alcalde del salario del dicho corregidor e que no lo deys nin pagueys al dicho corregidor salvo al dicho alcalde e que el dicho alcalde jure al tiempo que les resçibieredes por alcalde que por el dicho salario y derechos que le pertenesçieren no hara partido alguno con vos nin con otra persona alguna por via directa ni yndireta e el mismo juramento resçibid del dicho corregidor e otrosi mandamos al dicho corregidor que saque e lleve los capitulos que mandamos guardar a los corregidores de nuestros reynos y los presente en ese dicho conçejo al tiempo que fuere resçevido e los faga escribir en un pergamino o papel e ponga e faga ponerlos en la casa del ayuntamiento o regimiento desa dicha çibdad e que guarde lo contenido en los dichos capitulos con aperçibimiento que si no los llevare y guardare que sera proçedido contra el por todo rrigor de derecho por qual quier de los dichos capitulos que se hallare que no ha guardado non enbargante que diga que no supo dellos otrosi mandamos al dicho nuestro corregidor que ponga tal recabdo en los caminos e campos que esten todos seguros en su corregimiento e faga sus requerimientos a los cavalleros comarcanos que tuvieren caballos e si fuere menester fazer sobre ello mensajeros los faga a costa desa dicha çibdad con acuerdo de los regidores [i.....?] e que no

*pueda decir que no vino a su notiçia e otrosi mandamos al dicho nuestro corregidor que durante el tiempo que tuviere el dicho ofiçio tenga mucho cuydado e diligençia en que se [¿....?] y fagan guardar las bulas de nuestro muy santo padre que disponen sobre el abito e tonsura que an de traer clerigos de corona destos nuestros reynos e sennorios asi los que son conjugados como los que no fueren conjugados e la declaraçion que sobre ello fue fecha por los prelados destos reynos e que tenga manera con el provisor desa dicha çibdad que haga publicar las dichas bulas publicamente los tres domingos primeros de la Quaresma segund y como en las dichas bulas y declaraçion se contiene y en caso que no lo quiera hazer lo tome por testimonio e los enbie ante nos para que lo mandemos proveer y remediar como convenga e los unos nin los otros non fagades ende al por alguna manera so pena de la nuestra merçed e de diez mill maravedis para la nuestra camara dada en la villa de Madrid a ocho dias del mes de novienbre anno del naçimiento de nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quinientos e diez y seys annos cardenalensis Adrianus Ambasicetomin yo George de Baracaldo secretario de la reyna y del rey su hijo nuestros sennores la fize escribir por su mandado los gobernadores en su nombre archiepiscopus granatensis liçençiatu Çapata doctor Carvajal registrada liçençiatu Ximenez Castanneda chançiller*

*De la qual dicha nuestra carta por vosotros fue suplicado para ante nos e en grado de la dicha suplicaçion dixistes e alegastes çiertas razones por donde no deviades rresçebir por nuestro corregidor desa dicha çibdad al dicho conde e nos suplicastes mandasemos revocar la dicha nuestra carta que de suso va encorporada segund que esta y otras cosas mas largamente en la dicha vuestra suplicaçion se contiene e visto todo lo suso dicho por los de nuestro consejo fue acordado que syn embargo de la dicha vuestra suplicaçion deviamos mandar dar esta nuestra sobrecarta en la dicha rrazon e nos tovimos lo por bien por que vos mandamos a todos e a cada uno de vos que luego que con esta nuestra sobrecarta fuerdes requeridos syn nos mas requerir nin consultar e sin esperar para ello otra nuestra carta nin mandamiento nin terçera insion veays la dicha nuestra carta que de suso va encorporada e sin embargo de la dicha vuestra suplicaçion que de suso se haçe minçion e de otra qualquier suplicaçion que por vuestra parte sea ynterpuesta desta nuestra sobrecarta la guardedes y cumplades en todo y por todo segund que en ella se contiene y en guardandola y cunpliendola resçibais luego al dicho don Luys Puerto Carrero conde de Palma por nuestro corregidor desa dicha çibdad e useys con el y con sus ofiçiales en el dicho ofiçio de corregimiento segund y como en la dicha nuestra carta se contiene so las penas en ella contenidas y mas so pena de la nuestra merçed e de privaçion de vuestros ofiçios para nuestra camara e fisco so la qual dicha pena mandamos a qual quier escrivano publico que para esto fuere llamado que de ende al que vos la mostrare testimonio sygnado con su signo porque nos sepamos en como se cunple nuestro mandado dada en la villa de Madrid a veynt y tres dias del mes de novienbre anno del naçimiento de nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quinientos e diez y seys annos [varias*

suscripciones] yo *George de Baracaldo secretario de la reyna y del rey su hijo nuestros sennores la fize*  
*escrevir [deteriorado] gobernadores en su nombre*

Documento nº 19

[1521], [+Diciembre], [+15]. Toledo.

*El arzobispo de Bari comunica a Carlos I, rey de Castilla, la necesidad de su llegada ante el desorden que se experimenta en Toledo y en otros lugares de su Reino.*

A.G.S., P.R., caj. 2, nº 90, fol. 107 r.

Original.

*Toledo se allano de manera que yo no sabre dezir si la tenga por llana o no porque el prior capitulo con ellos muchas cosas que me dize que estos sennores no las quieren conçeder hasta agora ni tienen corregidor ni an dado alcaçar ni puertas que todo lo tiene de su mano comunicanse con las comarcas y tratan sus mercadurias y meten provisiones todo nin seguramente el prior esta a dos leguas de Toledo en Mascaraque sin gente la infanteria que tenia estan aposentados en tierra de Alcala y Talamanca y Huzeda comen a discreçion tienen asolada la tierra y todos los soldados que vienen de Valençia y de otras partes como hallan alli cuerpo sin alma vanse a juntar con ellos ay agora alli mas de siete mill harto buena gente aunque no para la tierra donde estan no lleva medio poderlos pagar ni les pedir tengo que a de resultar de alli cosa que sea peor que las pasadas porque veo materia dispuesta para ello y voluntad para saquear el Reyno plegue a Dios que ello se haga mejor que yo pienso y que esta aparejada que por çierto yo lo veo mal remedio si su magestad dilata su venida a estos reynos remediolo Dios como es menester*

Documento nº 20

1523, Junio, 1. Toledo.

*Luis Álvarez Franco, monedero y alcalde de la Casa de la Moneda de Toledo, se obliga a pagar 175.000 mrs. a Alonso Pérez Jarada, su consuegro y a María Jarada su muera.*

A.H.N., Clero, leg. 7331, nº 17/2.

Original.

*Sepan quantos esta carta vieren como yo Luis Albarez Franco vezino de la muy noble çibdad de Toledo otorgo que por quanto el sennor marques de Pliego debe çiento e sesenta e çinco mill e tantos maravedis a la compannia que yo e Diego Garçia mi hijo que Dios aya tobimos e de los dichos maravedis del dicho sennor marques tiene hecha çedula que [¿....?] al dicho Diego Garçia por la qual se obligo de pagar los dichos maravedis a çiertos plazos como en la dicha çedula se contiene e agora por sentençia arbitraria dada e pronunçiada entre vos Maria Jarada muger del dicho Diego Garcia de la una parte e vos Alonso Perez Jarada su padre de la otra parte e yo el dicho Luys Albarez de la otra parte vos fueron adjudicados a vos los dichos Alonso Perez e Maria Jarada los dichos çiento e sesenta e çinco mill e tantos maravedis que asi debe el dicho sennor marques e vos fueron adjudicados en esta manera a vos la dicha Maria Jarada çiento e quarenta e siete mill e quinientos maravedis los quales aveys de aver por razon de los maravedis de vuestro dotte e con los dichos maravedis se vos acaba de pagar el dicho vuestro dotte e a vos el dicho Alonso Perez diez e siete mill e tantos maravedis para en quenta de çiertos maravedis que vos debia el dicho Diego Garçia segund que todo se contiene en la dicha sentençia que paso antel escrivano publico yuso escripto por ende yo el dicho Luys Albarez otorgo e conozco que me obligo a vos los dichos Alonso Perez Jarada e Maria Jarada su hija e a cada uno de vos en la misma contia suso dicha que los dichos maravedis e cada cosa e parte dellos vos seran e saldran çiertos e sanos e pagados a los plazos e segund en el dicho conosçimiento se contiene e que yo e otra persona alguna por mi nin ninguno nin algunos acreedores del dicho Diego Garçia e de la dicha compannia nin otra persona por ellos no pidiere nin pedirán nin demandaran los dichos maravedis en parte alguna dellos nin los enbargaran nin ynpidiran la cobrança dellos nin porne nin porman en ellos nin en parte alguna dellos enbargo nin contradición alguna en ninguna nin alguna manera e si no vos fueren çiertos ni pagados vos fuere puesto*

en ellos o en qual quier parte dellos qual quier embargo o contrario en qual quier manera que yo sea obligado e me obligo de llano en llano sin condiçion alguna de vos dar e pagar los dichos maravedis o los que dellos no cobrardes en que os fuere puesta qual quier contradiccion e de vos los pagar de la hazienda e debdas de la conpannia de lo mejor parado della que los quisierdes de lo que agora se debe e ay en la dicha conpannia segund paresçe por la carta cuenta que agora hezimos de la dicha conpannia antel dicho escrivano publico yuso escripto so pena de vos los dar e pagar con el doblo e la dicha pena pagada o non pagada que todavia sea obligado e me obligo de vos dar e por el dicho debdo principal para lo qual todo quanto dicho es asi dar e pagar e tener e guardar e conplir obligo a mi mismo e a todos mis bienes muebles e rayzes avidos e por aver e por esta presente carta ruego e pido e doy poder conplido a quales quier justiçias de la Corte de sus magestades reyna e emperador e rey su hijo nuestros sennores e desta dicha çibdad de Toledo e de otra qual quier parte e logar ante quien esta carta paresçiere e fuere pedido conplimiento e execuçion de lo en ella contenido que me constringan e apremien a lo asi tener e guardar e conplir e pagar e aver por firme de la guisa e manera que de suso dize e yo Alonso de Villa Real Franco mercador vezino de la dicha çibdad de Toledo otorgo e conozco que me obligo por fiador del dicho Luys Albarez Franco con el de man comun a boz de uno renunçiendo como renunçio todas las leyes fueros e dis que hablan en razon de los que se obligan de man comun que los dichos maravedis que asi se dan e adjudican a vos los dichos Maria Jarada e Alonso Peres que debe el dicho sennor marques segund dicho es e de suso se contiene que los dichos maravedis nin cosa alguna dellos no los pidiran nin demandara Leonor de Villa Real muger del dicho Luys Albarez por razon de la dote nin los enbargara ni ynpedira la cobrança dellos ella nin otra por ella e si los pidiere o demandare o enbargare en qual quier manera que yo sea obligado e me obligo de vos los pagar e hazer pagados de la dicha hazienda e debdo de la dicha conpannia segund dicho es para lo qual asi hazer e conplir obligo a mi mismo y a todos mis bienes avidos e por aver e doy poder conplido a las dichas justiçias que me constringan e apremien a ello e a mi el dicho Luys Albarez segund dicho es amos a dos bien asi e tan conplidamente como si sobre ello en uno oviesemos contendido en juyzio e sentençia difinitiva fuese dada contra nos e pasada en cosa juzgada e dada a entregar e renunçiamos en esta razon que no podamos aver nin demandar plazo de terçero dia en ferias del pan e vino cojer nin otro plazo alguno de fuero nin de derecho e yo el dicho Luys Albarez renunçio en esta razon el previllejo y esençion que por razon de ser monedero e alcalde de la casa de la moneda desta çibdad tengo e me pertenesçe como en el se contiene que me non vala en testimonio de lo qual otorgamos esta carta ante escrivano publico e testigo de yuso escriptos que fue fecha e otorgada en la dicha çibdad de Toledo a primo dia del mes de junio anno del nasçimiento de nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quinientos e veynte e tres annos testigos que fueron presentes Graviel Ramirez e Pero Sanchez criado de sopuerta y Diego de Pros vezinos de la dicha çibdad de Toledo Luys Albarez Alonso de Villa Real e yo Pero Gonçales de las Cuentas escrivano publico del numero de



*la dicha çibdad de Toledo presente fui en uno con los dichos testigos a todo lo que dicho es e de otorgamiento de los dichos Luys Alvares e Alonso de Villa Real en mi registro firman sus nonbres e su carta fize escrevir e por ende fize en este mio sygno a tal [signo] en testimonio de verdad*